



49 cuentos Fantásticos

Comentario [LT1]:

El judío errante

Thomas M. Disch

Thomas M. Disch (1940), autor de Los genocidas, Campo de concentración, 334 y "La costa asiática", es uno de los abanderados de la corriente especulativa. Fuera de ciertos desplazamientos ocasionales su ámbito es el espacio infinito contenido en esa unidad conjetural llamada "hombre". Pero últimamente Disch ha experimentado con el universo interior de los animales ("Las aves"), de los artefactos eléctricos ("El valiente tostadorcito") y las plantas, como en esta historia de un judío que ningún lector podrá encontrar en una sinagoga.

Y luego vino la época –fue alrededor del solsticio de verano– en que Ella se enamoró y se largó con el objeto de Su amor a los Poconos porque, según Ella, la ciudad ya le estaba resultando ominosa. Entonces allí estábamos todos nosotros, los ocho, embutidos en la bañera y muriéndonos de sed lentamente, una vez recobrados del semi-ahogo inicial. Teníamos dos horas de sol cada mañana ¡en junio, imagínense! y la mayor parte del tiempo la luz no podía pasar a través de la cortina de la ducha, lo que estaba bien para mí, que soy una suculenta enredadera y prospero en lugares oscuros, pero compadezcan al pobre polipodio de espárragos. Nunca se recuperó. Sus tallos fueron del verde al amarillo y al marrón desteñido. Mientras, el cóleo se debilitaba hasta morir, aunque revivió con mucha rapidez cuando Ella volvió y lo pudo, lo que de cualquier forma venía haciendo falta, pues estaba creciendo demasiado. Nunca más se enamoraría, nos dijo, mientras Sus tijeras cortaban y expurgaban. Los hombres eran bestias. Bueno, nosotros le podríamos haber dicho eso a Ella. ¿El fin del problema, están pensando? Oh no, aún faltaba lo peor. Porque de alguna forma se le metió en Su cabeza criar albahaca en el macetero que había traído de vuelta de los Poconos. Entonces, todo el alféizar de la ventana le fue entregado a ese recipiente de plástico claveteado lleno hasta los bordes de esquist, polvo de

agujas de pino y pastosos huevos de insecto. ¡Quiero decir, estábamos desapareciendo bajo una lluvia de ácido! Si esto hace que yo suene como un ser limitado por los pote, una planta completamente hogareña y urbana, que así sea. La naturaleza está muy bien en su lugar, pero su lugar es el campo y mi lugar es un pote, y nunca ambos se van a unir si yo puedo evitarlo. Bueno, allí estábamos, de vuelta en nuestros puestos –excepto el pobre polipodio de espárragos, claro– lo que significa que yo colgaba justo encima de esa calamidad importada, con mis hojas prácticamente dentro de los huevos de insecto del macetero. Les diré que casi me muero. Si Ella no hubiera fregado cada una de mis axilas y ramificaciones con Q-Tips mojados en malathion, no hubiera contado el cuento. Me hago cargo de que hay algunos, como mi vieja amiga *Dizygotheca elegantissima*, que sienten malestares ante la sola mención de insectos chupadores, pero yo, siendo una enredadera común y corriente, crecida de un gajo, dentro de un frasco de jalea, sin la más mínima experiencia en criaderos, llamo a las cosas por su nombre. Estabaapestada, sin vuelta de hoja. De todas formas no hay mal que por bien no venga, porque si no hubiera sido por los huevos de insecto y por el malathion, yo nunca le podría haber comunicado a Ella mi filosofía de la vida, teniendo en cuenta que era el tipo de persona que no se relaciona fácilmente con las plantas. Ahora hay algunas plantas, sobre todo de exterior, que les dirán que la sangre y la clorofila no se mezclan, pero en mi fuero interno sé que las plantas y las personas se necesitan mutuamente. Es sólo que las personas viven a una velocidad espantosa, como si fueran eléctricas, tal como esos sórdidos artefactos que usan. Pero denles una oportunidad de ajustar su biorritmo al nuestro, y pronto no habrá una sola persona que no pueda tener la calma de un cactus.

–No pienses en ese estúpido enredo con aquel pastel de carne que tuviste en los Poconos –susurraban mis hojas mientras ella las frotaba con malathion–. El nunca te amó como te amamos nosotros. El no te necesita como nosotros. ¿Cómo podrías volver con alguien que te ha mandado de vuelta a casa con un macetero lleno de huevos de insecto? Olvídate de él. Echa raíces. Crece.

Porque eso era con lo que Ella estaba amenazando: volver con él y dejarnos el resto del verano en la bañera. Bueno, pero eso no fue lo que pasó. Ella no volvió con él. ¡El vino a vivir con Ella... con dos gatos y un terrier alemán! Una vez que los gatos hubieron destruido el cóleo, tuvimos suficiente. La libramos a Ella de nuestro sortilegio y fuimos adoptados por Su prima Flora. Y Bendita Sea, aquí viene nuestra Flora con el señor. ¿Pero, ya es la hora? Cómo se pasa el tiempo cuando uno charla con amigos.

Carne de su carne, sangre de su sangre

(Padre fundador)

Isaac Asimov

Founding father, © 1965 by Galaxy Publishing Corporation. Traducido por ? en *nueva dimensión* 51, Ediciones Dronte, Noviembre de 1973.

Uno de los más grandes nombres en el campo de la SF, Asimov siempre se ha distinguido por su interés especial hacia las grandes epopeyas espaciales. Y, en este relato corto, nos encontramos con una mini-epopeya, que no desmerece en nada a sus mejores obras.

La serie de catástrofes había tenido lugar hacía cinco años: cinco revoluciones de aquel planeta, HC-12549d según los mapas, y desprovisto de cualquier otro nombre. Más de seis revoluciones de la Tierra; pero, ¿quien lo contaba... ya?

Si la gente, allá en casa, lo supiera, quizá dijese que era una lucha heroica, una epopeya del Cuerpo Galáctico: cinco hombres contra un mundo hostil, manteniendo una amarga defensa durante cinco (o más de seis) años... Y ahora estaban muriendo, perdida la batalla después de todo. Tres habían entrado en el coma final, un cuarto tenía aún abiertos sus ojos teñidos de amarillo, y el quinto seguía aún en pie.

Pero no se trataba, en lo más mínimo, de una cuestión de heroísmo. Habían sido cinco hombres enfrentándose con el aburrimiento y la desesperación y manteniendo su burbuja metálica de condiciones vitales únicamente por la menos heroica de las razones: que no había otra cosa que hacer mientras les quedase vida.

Si alguno de ellos se sintió estimulado por la batalla, jamás lo mencionó. Pasado el primer año, dejaron de hablar de rescate, y tras el segundo la palabra «Tierra» pasó a ser tabú.

Pero una palabra estaba siempre presente, y si no la pronunciaban, al menos la tenían en mente: amoníaco.

La habían pronunciado por primera vez cuando estaban tratando, contra toda posibilidad, de lograr un aterrizaje con sus motores averiados y su casco maltrecho.

Naturalmente, uno acepta la mala suerte... pero sólo si no es demasiado mala. Una explosión estelar quema los hipercircuitos: pueden repararse con el tiempo. Un meteorito desalinea las válvulas de alimentación: eso puede arreglarse, con el tiempo. Una trayectoria es mal calculada en un momento de tensión, y un instante de aceleración arranca las antenas de navegación y merma los sentidos de todos los hombres de la nave: pero las antenas pueden ser remplazadas y los sentidos se recobran, si hay tiempo.

Las posibilidades de que estas tres malas pasadas del destino sucedan al mismo tiempo son una por un número incontable de veces; y aún menos de que sucedan durante un aterrizaje particularmente complejo, cuando lo que más falta es ese factor indispensable para la corrección de todo error: el tiempo.

El *Cruiser John* se había encontrado con esa posibilidad casi imposible y había realizado su último aterrizaje, pues nunca volvería a alzarse de una superficie planetaria.

El que hubiera aterrizado prácticamente intacto era ya de por sí casi un milagro. Al menos, a los cinco les quedaba vida para algunos años; aparte de esto, sólo la accidental llegada de otra nave podría ayudarles, pero nadie lo esperaba. Habían tenido ya una cuota de coincidencias superior a la que cabe esperar en toda una vida, y todas ellas habían sido malas.

Así estaban las cosas.

Y la palabra clave era «amoníaco». Con la superficie subiendo en espiral hacia la nave y la muerte (piadosamente rápida) aguardándoles con una casi total seguridad, Chou había tenido, de alguna manera, tiempo para fijarse en el espectrógrafo de absorción, que estaba funcionando a toda marcha.

—Amoníaco —gritó.

Los otros lo oyeron, pero no tenían tiempo para prestarle atención. Sólo lo tenían para una lucha desesperada contra una muerte rápida, para lograr una muerte lenta.

Cuando finalmente aterrizaron, en un terreno arenoso, con una escasa y maltrecha vegetación azulada —hierbas, y unos objetos con forma de árboles, de corteza azul y sin hojas—, ningún signo de vida animal, y con un cielo casi verdoso cruzado por algunas nubes, la palabra volvió a su atención.

—¿Amoníaco? —dijo en voz alta Petersen.

—Cuatro por ciento —confirmó Chou.

—Imposible —exclamó Petersen.

Pero no lo era. Los libros no decían que fuera imposible. Lo que el Cuerpo Galáctico había descubierto era un planeta de una cierta masa y volumen y que se hallaba a una determinada temperatura: era un planeta oceánico; y los planetas oceánicos siempre tenían uno de estos dos tipos de atmósfera: nitrógeno/oxígeno o nitrógeno/dióxido de carbono.

En el primer caso la vida era abundante; en el segundo, primitiva.

Nadie se preocupaba ya en comprobar más que la masa, el volumen y la temperatura. Se suponía que la atmósfera sería una de las dos citadas. Pero los libros no decían que tuviera que ser así; sino que, hasta entonces, siempre había sido así. Termodinámicamente, eran posibles otras atmósferas; pero eran muy poco probables, así que, en la práctica, no eran halladas.

Hasta entonces. Los hombres del *Cruiser John* se habían encontrado con una, y tenían que permanecer durante todo el tiempo que pudieran sobrevivir bajo una atmósfera de nitrógeno/dióxido de carbono/amoníaco.

Los tripulantes convirtieron su nave en una burbuja subterránea con condiciones de vida de tipo terrestre. No podían despegar de la superficie ni transmitir una onda de comunicación a través del hiperespacio, pero todo lo demás podía utilizarse. Para compensar las deficiencias de su sistema de reciclado, incluso podían aprovechar el suministro de aire y agua del propio planeta: siempre, claro está, que le quitasen el amoníaco.

Organizaron grupos de exploración, dado que sus trajes estaban en excelentes condiciones, y aquello ayudaba a pasar el tiempo. El planeta era inofensivo: no habla vida animal, y por todas partes la vida vegetal era escasa. Azul, siempre azul: clorofila amoniacada; proteína amoniacada.

Montaron laboratorios, analizaron los componentes de las plantas, estudiaron secciones microscópicas de las mismas, compilaron grandes volúmenes con sus hallazgos. Intentaron hacer crecer plantas nativas en una atmósfera sin amoníaco, y fracasaron. Se convirtieron en geólogos y estudiaron la corteza del planeta; en astrónomos, y estudiaron el espectro del sol del sistema.

A veces, Barrere decía:

–Algún día el Cuerpo llegará a este planeta y encontrará esperándole nuestro legado de conocimientos. Después de todo, es un planeta único. Quizá no haya otro planeta de tipo terrestre con amoníaco en toda la Vía Láctea.

–Maravilloso –dijo Sandropoulos, con amargura–. ¡Qué suerte hemos tenido!

Sandropoulos estudió el aspecto termodinámico de la situación.

–Es un sistema metaestable –dijo–. El amoníaco desaparece constantemente a causa de una oxidación geoquímica que forma nitrógeno; las plantas utilizan el nitrógeno y vuelven a producir amoníaco, adaptándose a la presencia de ese amoníaco. Si la producción de amoníaco por las plantas descendiese en un dos por ciento, se produciría una espiral descendente. La vida vegetal iría muriendo, reduciendo aún más el amoníaco, lo que influiría en las plantas que quedasen, etc., etc..

–¿Quieres decir que si matásemos suficientes plantas –preguntó Vlassov– podríamos acabar con el amoníaco?

–Si tuviéramos deslizadores aéreos y atomizadores de gran potencia, y un año para trabajar, quizá lo lográsemos –contestó Sandropoulos–, pero no lo tenemos, y hay un método mejor. Si lográsemos hacer crecer nuestras plantas, la formación de oxígeno a causa de la fotosíntesis incrementaría la velocidad de oxidación del amoníaco. Incluso un aumento pequeño y localizado haría disminuir el amoníaco de la región y estimularía aún más el crecimiento de las plantas terrestres, y, al inhibir el crecimiento de las nativas, haría que aún descendiese más el amoníaco, etcétera.

Se convirtieron en agricultores durante la estación de la siembra. Después de todo, aquello era rutina para el Cuerpo Galáctico. La vida en los planetas parecidos a la Tierra era habitualmente del tipo agua/proteína, pero la variación era infinita, y pocas veces los alimentos extraterrestres eran nutritivos, mientras que a menudo (no siempre, pero a menudo) sucedía que algunos tipos de plantas terrestres se imponían y acababan con la flora nativa. Y con la flora nativa en disminución, otras plantas terrestres podían echar raíces.

Docenas de planetas habían sido convertidos en nuevas Tierras mediante este método. En el proceso, las plantas terrícolas se habían desarrollado en centenares de variantes muy resistentes que florecían en las más difíciles condiciones; lo que mejoraba las posibilidades de que sobreviviesen en el siguiente planeta.

El amoníaco podía matar a cualquier planta de la Tierra, pero las semillas de que disponían en el *Cruiser John* no eran verdaderas plantas de la Tierra, sino mutaciones de esas plantas obtenidas en otros mundos. Lucharon bien, pero no lo bastante. Algunas variedades crecieron de forma débil y enfermiza, y acabaron muriendo.

Aún así se portaron mejor que la vida microscópica. Los bacterioides de aquel planeta eran mucho más florecientes que la anémica vida vegetal de color azul. Los microorganismos nativos acabaron con cualquier intento de competencia de sus congéneres terrestres. El intento de sembrar el suelo del planeta con flora bacteriana de tipo terrícola, con el fin de ayudar a las plantas de la Tierra, fracasó.

Vlassov agitó la cabeza:

–De todos modos, no iba a servir de nada. Si nuestras bacterias sobreviviesen, sería únicamente adaptándose a la presencia del amoníaco.

–Las bacterias no van a ayudarnos –dijo Sandropoulos–. Necesitamos las plantas; ellas son las que tienen sistemas de fabricación de oxígeno.

–Podríamos fabricarlo nosotros mismos –dijo Petersen–. Podríamos electrolizar el agua.

–¿Y cuánto tiempo nos duraría nuestro equipo? Si pudiésemos conseguir que nuestras plantas prosperasen, eso equivaldría a estar electrolizando agua constantemente, poco a poco, pero año tras año, hasta que el planeta se rindiese.

–Entonces, tratemos el suelo –intervino Barreré–. Está podrido de sales de amoníaco. Sacaremos las sales y dejaremos un suelo limpio de amoníaco.

–¿Y qué hay de la atmósfera? –preguntó Chou.

–En un suelo limpio de amoníaco quizá sobrevivan a pesar de la atmósfera. Ya casi lo consiguen sin eso.

Trabajaron como posesos, pero sin lograr ver un final a sus esfuerzos. Ninguno de ellos creía verdaderamente que fuera a funcionar y, aunque lo hiciese, no había futuro para ellos. Pero el trabajar ayudaba a pasar los días.

En la siguiente época de siembra tenían su suelo libre de amoníaco, pero las plantas terrestres seguían creciendo enfermizas. Incluso colocaron domos sobre algunas plantas y bombearon en su interior aire libre de amoníaco. Sirvió de algo pero no fue suficiente. Ajustaron la composición química del suelo de todas las maneras que les era posible, No obtuvieron premio.

Las débiles plantas producían sus pequeñas vaharadas de oxígeno, pero no era bastante para alterar el equilibrio de la atmósfera de amoníaco.

—Un empujón más —dijo Sandropoulos—, uno más. Estamos haciéndola tambalearse; se tambalea; pero no podemos derribarla.

Su equipo y herramientas se desgastaron y fueron fallando con el tiempo, y el futuro fue terminando para ellos. Cada mes tenían menos posibilidades de maniobra.

Cuando por último llegó el final, fue con una premura que casi era de agradecer. No sabían qué nombre darle a aquella debilidad y aquellos vértigos, que nadie suponía que fueran debidos a un envenenamiento directo del amoníaco. Sin embargo, estaban viviendo de las algas que habían formado parte del sistema hidropónico de la nave, y durante aquellos años era posible que las algas hubieran sufrido una contaminación del medio ambiente.

O tal vez hubiese sido la obra de algún microorganismo nativo que, al fin, hubiese aprendido cómo alimentarse de ellos. Aunque quizá hubiese sido un microorganismo terrestre, mutado bajo las condiciones de un mundo extraño.

Así que tres murieron por fin aunque, afortunadamente, lo hicieron sin sentir dolor. Estaban contentos de irse y poder dejar aquella inútil lucha.

Chou dijo en un susurro casi inaudible:

—Es tonto perder de esta manera.

Petersen, el único de los cinco que seguía en pie (¿sería inmune a aquella dolencia, fuera la que fuese?) volvió su rostro dolorido hacia su único compañero con vida.

—No mueras —le dijo—. No me dejes solo.

Chou trató de sonreír.

—No tengo elección, pero puedes seguirnos, viejo amigo. ¿Para qué luchar? Ya no tienes herramientas, y no hay forma de vencer, aunque quizá no la hubo nunca.

Aún así, Petersen combatió la desesperación final, concentrándose en la lucha contra la atmósfera. Pero su mente estaba cansada y su corazón desgastado, y cuando Chou murió a la hora siguiente, se quedó con cuatro cadáveres que eliminar.

Miró los cuerpos, evocando los recuerdos, volviendo hacia atrás (ahora que estaba solo y se atrevía a llorar) hasta llegar a la misma Tierra, que había visto por última vez en una visita hacia once años.

Tendría que enterrar los cuerpos. Rompería las azuladas ramas de los árboles nativos desprovistos de hojas y construiría cruces con ellas. Encima, colgaría el casco espacial de cada hombre y recostaría contra ella los cilindros de aire. Cilindros vacíos para simbolizar la lucha perdida.

Un sentimiento estúpido dedicado a hombres a los que ya no les importaba, y para ojos futuros que quizá jamás llegasen a verlo.

Pero en realidad lo estaba haciendo para él mismo, para mostrar respeto por sus amigos y también por sí mismo, pues no era el tipo de hombre que no se cuidase de sus amigos muertos mientras le fuera posible.

Además...

¿Además? Se sentó cansado, pensando durante un rato.

Mientras siguiera vivo lucharía con las herramientas de que dispusiese y enterraría a sus amigos.

Enterró a cada uno de ellos en un punto del suelo libre de amoníaco que habían logrado con tanto trabajo; los enterró sin sudario y sin ropa alguna, dejándolos desnudos en el suelo hostil, a merced de la lenta descomposición que producirían sus propios microorganismos antes de que también ellos muriesen por la inevitable invasión de los bacterioides nativos.

Petersen colocó cada cruz, con su casco y cilindros de aire, la aseguró con piedras y se volvió, hosco y triste, para regresar a la nave enterrada en la que ahora vivía solo.

Siguió trabajando y, al fin, también a él le llegaron los síntomas.

Se metió trabajosamente en su traje espacial y salió a la superficie en lo que sabía que sería su última visita.

Cayó de rodillas en los espacios cultivados. Las plantas terrestres se veían verdes. Habían vivido mucho más que nunca antes. Tenían un aspecto lozano, incluso vigoroso.

Habían tratado el suelo, cuidado la atmósfera, y ahora Petersen había utilizado la última herramienta, la única de que ya disponía, y también les había dado fertilizantes...

De la carne, en lenta descomposición, de los terrestres, salían los productos nutritivos que estaban proporcionando el último empujón. De las plantas terrestres surgía el oxígeno que derrotaría al amoníaco y sacaría al planeta del inexplicable nicho ecológico en el que se había visto encerrado.

Si los terrestres volvían alguna vez (¿cuándo?, ¿dentro de un millón de años?) se encontrarían con una atmósfera de nitrógeno/oxígeno y una flora limitada que recordaría extrañamente a la terrestre.

49 cuentos Fantásticos

Las cruces se pudrirían y descompondrían, el metal se oxidaría y convertiría en polvo. Quizá los huesos se fosilizasen y quedasen para dar una pista de lo que había sucedido. Tal vez fueran hallados sus informes, que había dejado sellados.

Pero nada de aquello importaba. Si no encontraban ninguna de esas cosas, el planeta mismo, todo el planeta, sería su monumento.

Y Petersen se recostó para morir en medio de la victoria de aquel grupo de terrestres.

El último sueño del viejo roble (Cuento de Navidad)

Hans Christian Andersen

Había una vez en el bosque, sobre los acantilados que daban al mar, un vetusto roble, que tenía exactamente trescientos sesenta y cinco años. Pero todo este tiempo, para el árbol no significaba más que lo que significan otros tantos días para nosotros, los hombres.

Nosotros velamos de día, dormimos de noche y entonces tenemos nuestros sueños. La cosa es distinta con el árbol, pues vela por espacio de tres estaciones, y sólo en invierno queda sumido en sueño; el invierno es su tiempo de descanso, es su noche tras el largo día formado por la primavera, el verano y el otoño.

Aquel insecto que apenas vive veinticuatro horas y que llamamos efímera, más de un caluroso día de verano había estado bailando, viviendo, flotando y disfrutando en torno a su copa. Después, el pobre animalito descansaba en silenciosa bienaventuranza sobre una de las verdes hojas de roble, y entonces el árbol le decía siempre:

–¡Pobre pequeña! Tu vida entera dura sólo un momento. ¡Qué breve! Es un caso bien triste.

–¿Triste? –respondía invariablemente la efímera–. ¿Qué quieres decir? Todo es tan luminoso y claro, tan cálido y magnífico, y yo me siento tan contenta...

–Pero sólo un día y todo terminó.

–¿Terminó? –replicaba la efímera–. ¿Qué es lo que termina? ¿Has terminado tú, acaso?

–No, yo vivo miles y miles de tus días, y mi día abarca estaciones enteras. Es un tiempo tan largo, que tú no puedes calcularlo.

–No te comprendo, la verdad. Tú tienes millares de mis días, pero yo tengo millares de instantes para sentirme contenta y feliz. ¿Termina acaso toda esa magnificencia del mundo, cuando tú mueres?

–No –decía el roble–. Continúa más tiempo, un tiempo infinitamente más largo del que puedo imaginar.

–Entonces nuestra existencia es igual de larga, sólo que la contamos de modo diferente.

Y la efímera danzaba y se mecía en el aire, satisfecha de sus alas sutiles y primorosas, que parecían hechas de tul y terciopelo. Gozaba del aire cálido, impregnado del aroma de los campos de trébol y de las rosas silvestres, las lilas y la madreSelva, para no hablar ya de la aspérula, las primaveras y la menta rizada. Tan intenso era el aroma, que la efímera sentía como una ligera embriaguez. El

día era largo y espléndido, saturado de alegría y de aire suave, y en cuanto el sol se ponía, el insecto se sentía invadido de un agradable cansancio, producido por tanto gozar. Las alas se resistían a sostenerlo, y, casi sin darse cuenta, se deslizaba por el tallo de hierba, blando y ondeante, agachaba la cabeza como sólo él sabe hacerlo, y se quedaba alegremente dormido. Ésta era su muerte.

—¡Pobre, pobre efímera! —exclamaba el roble—. ¡Qué vida tan breve!

Y cada día se repetía la misma danza, el mismo coloquio, la misma respuesta y el mismo desvanecerse en el sueño de la muerte. Repetíase en todas las generaciones de las efímeras, y todas se mostraban igualmente felices y contentas.

El roble había estado en vela durante toda su mañana primaveral, su mediodía estival y su ocaso otoñal. Llegaba ahora el período del sueño, su noche. Acercábase el invierno.

Venían ya las tempestades, cantando: «¡Buenas noches, buenas noches! ¡Cayó una hoja, cayó una hoja! ¡Cosechamos, cosechamos! Vete a acostar. Te cantaremos en tu sueño, te sacudiremos, pero, ¿verdad que eso le hace bien a las viejas ramas? Crujen de puro placer. ¡Duerme dulcemente, duerme dulcemente! Es tu noche número trescientos sesenta y cinco; en realidad, eres docemesino. ¡Duerme dulcemente! La nube verterá nieve sobre ti. Te hará de sábana, una caliente manta que te envolverá los pies. Duerme dulcemente, y sueña».

Y el roble se quedó despojado de todo su follaje, dispuesto a entregarse a su prolongado sueño invernal y soñar; a soñar siempre con las cosas vividas, exactamente como en los sueños de los humanos.

También él había sido pequeño. Su cuna había sido una bellota. Según el cómputo de los hombres, se hallaba ahora en su cuarto siglo. Era el roble más corpulento y hermoso del bosque; su copa rebasaba todos los demás árboles, y era visible desde muy adentro del mar, sirviendo a los marinos de punto de referencia. No pensaba él en los muchos ojos que lo buscaban. En lo más alto de su verde copa instalaban su nido las palomas torcaces, y el cuclillo gritaba su nombre. En otoño, cuando las hojas parecían láminas de cobre forjado, acudían las aves de paso y descansaban en ella antes de emprender el vuelo a través del mar. Mas ahora había llegado el invierno; el árbol estaba sin hojas, y quedaban al desnudo los ángulos y sinuosidades que formaban sus ramas. Venían las cornejas y los grajos a posarse a bandadas sobre él, charlando acerca de los duros tiempos que empezaban y de lo difícil que resultaría procurarse la pitanza.

Fue precisamente en los días santos de las Navidades cuando el roble tuvo su sueño más bello. Vais a oírlo.

El árbol se daba perfecta cuenta de que era tiempo de fiesta. Creía oír en derredor el tañido de las campanas de las iglesias, y se sentía como en un espléndido día de verano, suave y caliente. Verde y lozana extendía su poderosa copa, los rayos del sol jugueteaban entre sus hojas y ramas, el aire estaba impregnado del aroma de hierbas y matas olorosas. Pintadas mariposas jugaban a la gallinita ciega, y las efímeras danzaban como si todo hubiese sido creado

sólo para que ellas pudiesen bailar y alegrarse. Todo lo que el árbol había vivido y visto en el curso de sus años desfilaba ante él como un festivo cortejo. Veía cabalgar a través del bosque gentileshombres y damas de tiempos remotos, con plumas en el sombrero y halcones en la mano. Resonaba el cuerno de caza, y ladraban los perros. Vio luego soldados enemigos con armas relucientes y uniformes abigarrados, con lanzas y alabardas, que levantaban, sus tiendas y volvían a plegarlas; ardían fuegos de vivaque, y bajo las amplias ramas del árbol los hombres cantaban y dormían. Vio felices parejas de enamorados que se encontraban a la luz de la luna y entallaban en la verdosa corteza las iniciales de sus nombres. Un día – habían transcurrido ya muchos años –, unos alegres estudiantes colgaron una cítara y un arpa eólica de las ramas del roble; y he aquí que ahora reaparecían y sonaban melodiosamente. Las palomas torcaces arrullaban como si quisieran contar lo que sentía el árbol, y el cuclillo pregonaba a voz en grito los días de verano que le quedaban aún de vida.

Fue como si un nuevo flujo de vida recorriese el árbol, desde las últimas fibras de la raíz hasta las ramas más altas y las hojas. Sintió el roble como si se estirara y extendiera. Por las raíces notaba, que también bajo tierra hay vida y calor. Sentía crecer su fuerza, crecía sin cesar. Se elevaba el tronco continuamente, ganando altura por momentos. La copa se hacía más densa, ensanchándose y subiendo. Y cuanto más crecía el árbol, tanto mayor era su sensación de bienestar y su anhelo, impregnado de felicidad indecible, de seguir elevándose hasta llegar al sol resplandeciente y ardoroso.

Rebasaba ya en mucho las nubes, que desfilaban por debajo de él cual oscuras bandadas de aves migratorias o de blancos cisnes.

Y cada una de las hojas del árbol estaba dotada de vista, como, si tuviese un ojo capaz de ver. Las estrellas se hicieron visibles de día, tal eran de grandes y brillantes; cada una lucía como un par de ojos, unos ojos muy dulces y límpidos. Recordaban queridos ojos conocidos, ojos de niños, de enamorados, cuándo se encontraban bajo el árbol.

Eran momentos de infinita felicidad, y, sin embargo, en medio de su ventura sintió el roble un vivo afán de que todos los restantes árboles del bosque, matas, hierbas y flores, pudieran elevarse con él, para disfrutar también de aquel esplendor y de aquel gozo. Entre tanta magnificencia, una cosa faltaba a la felicidad del poderoso roble: no poder compartir su dicha con todos, grandes y pequeños, y este sentimiento hacía vibrar las ramas y las hojas con tanta intensidad como un pecho humano.

La copa del árbol se movió como si buscara algo, como si algo le faltara. Miró atrás, y la fragancia de la aspérula y la aún más intensa de la madreSelva y la violeta, subieron hasta ella; y el roble creyó oír la llamada del cuclillo.

Y he aquí que empezaron a destacar por entre las nubes las verdes cimas del bosque, y el roble vio cómo crecían los demás árboles hasta alcanzar su misma altura. Las hierbas y matas subían también; algunas se desprendían de las raíces, para encaramarse más rápidamente. El abedul fue el más ligero; cual blanco rayo proyectó a lo alto su esbelto tronco, mientras las ramas se agitaban como un tul verde o como banderas. Todo el bosque crecía, incluso la caña de pardas hojas, y las aves seguían cantando, y en el tallito que ondeaba a modo de una verde cinta

de seda, el saltamontes jugaba con el ala posada sobre la pata. Zumbaban los abejorros y las abejas, cada pájaro entonaba su canción, y todo era melodía y regocijo en las regiones del éter.

–Pero también deberían participar la florecilla del agua –dijo el roble–, y la campanilla azul, y la diminuta margarita.

Sí, el roble deseaba que todos, hasta los más humildes, pudiesen tomar parte en la fiesta.

–¡Aquí estamos, aquí estamos!– se oyó gritar.

–Pero la hermosa aspérula del último verano (el año pasador hubo aquí una verdadera alfombra de lirios de los valles) y el manzano, silvestre, ¡tan hermoso como era!, y toda la magnificencia de años atrás... ¡qué lástima que haya muerto todo, y no puedan gozar con nosotros!

–¡Aquí estamos, aquí estamos! –se oyó el coro, más alto aún que antes. Parecía como si se hubiesen adelantado en su vuelo.

–¡Qué hermoso! –exclamó, entusiasmado, el viejo roble ¡Los tengo a todos, grandes y chicos, no falta ni uno! ¿Cómo es posible tanta dicha?

–En el reino de Dios todo es posible –se oyó una voz.

Y el árbol, que seguía creciendo incesantemente, sintió que las raíces se soltaban de la tierra.

–Esto es lo mejor de todo –exclamó el árbol–. Ya no me sujeta nada allá abajo. Ya puedo elevarme hasta el infinito en la luz y la gloria. Y me rodean todos los que quiero, chicos y grandes.

–¡Todos!

Éste fue el sueño del roble; y mientras soñaba, una furiosa tempestad se desencadenó por mar y tierra en la santa noche de Navidad. El océano lanzaba terribles olas contra la orilla, crujió el árbol y fue arrancado de raíz, precisamente mientras soñaba que sus raíces se desprendían del suelo. Sus trescientos sesenta y cinco años no representaban ya más que el día de la efímera.

La mañana de Navidad, cuando volvió a salir el sol, la tempestad se había calmado. Todas las campanas doblaban en son de fiesta, y de todas las chimeneas, hasta la del jornalero, que era la más pequeña y humilde, se elevaba el humo azulado, como del altar en un sacrificio de acción de gracias. El mar se fue también calmando progresivamente, y en un gran buque que aquella noche había tenido que capear el temporal, fueron izados los gallardetes.

–¡No está el árbol, el viejo roble que nos señalaba la tierra! –decían los marinos–. Ha sido abatido en esta noche tempestuosa. ¿Quién va a sustituirlo? Nadie podrá hacerlo.

Tal fue el panegírico, breve pero efusivo, que se dedicó al árbol, el cual yacía tendido en la orilla, bajo un manto de nieve. Y sobre él resonaba un solemne coro

49 cuentos Fantásticos

procedente del barco, una canción evocadora de la alegría navideña y de la redención del alma humana por Cristo, y de la vida eterna:

*Regocíjate, grey cristiana.
Vamos ya a bajar anclas.
Nuestra alegría es sin par.
¡Aleluya, aleluya!*

Así decía el himno religioso, y todos los tripulantes se sentían elevados a su manera por el canto y la oración, como el viejo roble en su último sueño, el sueño más bello de su Nochebuena.

Los árboles parlantes

Juan-Jacobo Bajarlía

En *Historias de monstruos*, Ediciones de la Flor S. R. L., 1969.

Hay árboles que hablan y hay árboles que formulan enigmas. En mi cuaderno de apuntes tengo algunos ejemplos que probarían esta monstruosidad. Pierre Desvignes, canciller de Federico II (siglo XIII) acusado injustamente de traición, fue condenado a perder sus ojos. Sobrevivió al suplicio. Pero ya en la prisión, golpeó su cabeza contra los muros hasta quitarse la vida. Con éste hablará el Alighieri en un bosque cuyos árboles eran las estructuras de los que un día eligieron el suicidio. Metamorfosis de los violentos contra sí mismos (*Inf.* 33/151).

Los que creen que esto es una ficción, no han podido explicar por qué Charles Sorel en el siglo XVII habló con su hermano suicida dirigiéndose a un árbol tres días después del fallecimiento. Este árbol le reveló el secreto del suicida y de la traición que acechaba al mismo Charles Sorel si no mataba en duelo a su propio padre, casado incestuosamente con su hermana, y de los cuales descendían ellos. El duelo se realizó. Pero Charles Sorel fue vencido y murió decapitado. El padre lo había traicionado denunciándolo a los "cazadores de brujas". Pero al día siguiente el progenitor fallecía envenenado con arsénico. La madre incestuosa sobrevivió un año y después murió de cierto "ataque a la sangre" cuando atravesaba un puente. Nadie pudo descifrar el misterio de estas muertes imprevisibles. Pero el árbol suicida siguió emitiendo extraños sonidos hasta que los vecinos de Fontembleau resolvieron prenderle fuego y acabar con lo que denominaban "el hechizo del siglo".

El segundo ejemplo está extractado de las primeras líneas del *Hay Benyocdán* (siglo XII) de Abentofail. Es una cita de Almasudí en la que se habla de un árbol de la India que en vez de frutos producía mujeres a las que éste llama las *niñas del Uac Uac*. Los escoliastas, siguiendo el árabe Albiruní, nos informan, en cambio, de un árbol que crecía en la isla de *Uac Uac*, cuyo fruto tomaba la forma de una cabeza de mujer que se expresaba a través de un grito monosilábico en que repetía su *uac uac*. Otra leyenda árabe posterior (siglo XIII) aseguraba que la cabeza era la Esfinge arbórea que interrogaba sobre el misterio de la vida en la esperanza de que alguien advirtiera la vacuidad de los instintos. Nadie pudo contestar el enigma, y el fruto con cabeza de mujer no pudo ser fecundado y se marchitó.

Por la misma fecha, cuando las *Abil Leylah wa leylah* (*Las mil noches y una noche*) llegaban a su redacción definitiva entre 1475 y 1525 (habían arrancado del *Hezar Efmeh* o *Mil cuentos*, en el siglo VIII) hallamos, en la historia de Scheherazada, otro ejemplo de árboles parlantes. Es el relato en el que la vieja dice a Farizada que su vivienda admirable carecía de tres cosas importantes: el pájaro que habla, el agua de oro y el árbol que canta. Bachman, hermano de Farizada, sale en busca de estas tres maravillas, internándose en un sendero escalofriante, sembrado de piedras y voces amenazadoras, por cuya línea hay que avanzar sin retroceder para no petrificarse. Cuando halla el árbol que canta

confirma lo que la vieja le había dicho a Farizada. Las hojas del árbol eran otras tantas voces que producían "armonías incomparables".

El cuarto ejemplo pertenece a la ciencia-ficción. Alguna vez lo he mencionado al referirme a los sueños interplanetarios. Lo vivió en la imaginación Cyrano de Bergerac al escribir *Les voyages aux États de la Lune et du Soleil* (1643). La obra fue escrita cuando éste tenía veintitrés años y ningún rival que pudiera oponérsele a lo que él llamaba la *hoja* centelleante al aludir a su espada. Describió sus viajes oníricos a la Luna y el Sol. Describió el primer *solnizaje* del hombre demostrando que el Sol estaba poblado de manchas donde era posible detenerse sin temor al fuego. Pero advirtió que en ese astro existía algo así como la memoria del mundo que se manifestaba a través de estructuras arbóreas inverosímiles cuya voz era semejante a la del hombre. Cyrano, lleno de asombro, midiendo su propia finitud, habló con ellos. Dialogó sobre el misterio que persigue al hombre. Formuló preguntas y obtuvo las respuestas. Pensó posiblemente que el ser humano era un árbol parlante que en vez de crecer y morir en profundidad, crecía y se perdía en las alturas.

Terror en el espacio

Leigh Brackett

Terror out of space, © 1944 (*Planet Stories*, Verano de 1944). Traducido por Antonio Ribera en *El planeta oculto*, antología de relatos sobre el planeta Venus, selección de Donald A. Wollheim, *Selección de Nebulae* 10, edhasa, 1964.

Capítulo 1

Lundy conducía con sus propias manos el convertible aero-espacial. Lo había estado haciendo durante mucho tiempo. Tanto tiempo, que la mitad inferior de su cuerpo estaba dormida e insensible hasta las puntas de los pies y la mitad superior aun mas insensible, con excepción de dos dolores separados peores que los que produce un flemón: uno alojado en su espalda y el otro en la cabeza.

Los jirones de nubes desgarradas y arrancadas de la espesa atmósfera venusiana color gris perla, pasaban rápidamente junto a la veloz aeronave. Los reactores palpitaban y zumbaban, mientras los instrumentos se movían desordenadamente bajo el influjo de las corrientes magnéticas que hacen de la atmósfera venusiana la pesadilla de los pilotos.

Jackie Smith seguía frío y envarado en el asiento del copiloto. A través de la portezuela cerrada que tenía a sus espaldas y que comunicaba con la minúscula cabina interior, Lundy oía gritar y debatirse a Farrell.

Hacía rato que gritaba. Desde que la inyección de avertina que le puso Lundy cuando lo subieron a bordo dejó de surtir efecto. Se debatía chillando e intentando librarse de las correas, profiriendo roncas exclamaciones que nada significaban.

Luchaba y se debatía a causa de *aquello*.

En algún lugar dentro de Lundy, dentro del arrugado y sudoroso uniforme negro de la Sección Especial de la Policía de los Tres Mundos, dentro del metro sesenta y cinco de gruesos y acerados músculos que este uniforme recubría, había un nudo. Un nudo muy grande, y muy frío también a pesar del sofocante calor que reinaba en la cabina, y además tenía la mala costumbre de contraerse de vez en cuando, haciendo que Lundy se estremeciese y sudase copiosamente, como si le hubiesen pinchado.

A Lundy no le gustaba tener aquel nudo frío en el estómago, pues eso significaba que tenía miedo. Había tenido miedo muchas otras veces, y no se avergonzaba de ello. Pero en aquellos momentos necesitaba apelar a toda su inteligencia y valor para devolver *aquello* a su cuartel general de Vhia, y no deseaba tener que luchar también consigo mismo.

El miedo puede hacer las cosas muy difíciles. Puede debilitarnos cuando necesitamos ser más fuertes, si queremos salvar nuestra vida. Y en este caso se trataba de su vida y la de sus dos compañeros.

Lundy confiaba en poder dominar su miedo, y también su cansancio... porque *aquello* permanecía agazapado en la pequeña arquita guardada en la caja fuerte, esperando que alguien se desmoronase.

Farrell se había desmoronado completamente, desde luego, pero estaba firmemente sujeto. Jackie Smith había empezado a mostrar signos de desmoralización antes de desvanecerse, y por ello Lundy tenía una mano puesta sobre la jeringuilla hipodérmica cargada con anestésico que pendía a un lado de su asiento. Y Lundy pensaba:

«Lo peor de todo es que no se sabe cuando empieza a actuar en nosotros. No existen precedentes, o si existen nosotros los desconocemos. Quizás ahora mismo, las indicaciones que veo en estas esferas sean completamente falsas...»

Por debajo de ellos, podía atisbar de vez en cuando pequeñas extensiones de océano entre los jirones de niebla gris. Las aguas negras, inmóviles, sin mareas ni oleajes del planeta Venus, que ocultan inúmeros secretos de su vida pretérita.

Lo que veía no era de ninguna utilidad para Lundy. Le era imposible calcular su rumbo... podía hallarse sobre un punto cualquiera del océano. Esperaba que los motores seguirían funcionando con regularidad, o de lo contrario todos se darían un buen baño, en la inmensa extensión de aguas negras y tranquilas.

Farrell seguía gritando. Parecía tener la garganta blindada. Chillaba y se debatía para libertarse de sus ligaduras, porque *aquello* estaba encerrado y pedía socorro.

–Tengo frío –dijo Smith–. Oye, enanito.

Lundy volvió la cabeza. Por lo general mostraba una cara redonda, fresca y vivaracha, en la que brillaban unos ojos oscuros y una sonrisa juvenil que dejaba al descubierto sus dientes blanquísimos. En aquellos momentos, su aspecto era más bien el de una basura que el camarero hubiese sacado con la escoba de debajo una mesa a las cuatro de la madrugada, del día de año nuevo.

–Tienes frío, ¿eh? –dijo con voz ronca, pasándose la lengua por los labios empapados de sudor–. ¡Tanto mejor! Eso es lo que necesitamos.

Jackie Smith se movió un poco, gruñó y trató de incorporarse. Su guerrera negra estaba entreabierta, mostrando los vendajes blancos que le cruzaban el pecho, y tenía la mano izquierda sobre el extremo roto de la cremallera que cerraba la guerrera. Era un hombre corpulento y no mayor que Lundy, de facciones prominentes y feas, unos cabellos ásperos y claros y una tez que parecía cuero reseco.

–En Mercurio, donde nací –dijo– el clima es adecuado para los seres humanos. Vosotros, los pisaverdes del Viejo Mundo... –se interrumpía, palideciendo bajo su piel curtida, y dijo con los dientes muy apretados–: ¡Vaya! Veo que Farrell se ha ocupado a conciencia de mí.

–Te salvarás –le dijo Lundy, tratando de no pensar en lo cerca que él y Smith estuvieron de la muerte. Farrell había luchado como un demonio cuando lo

descubrieron en una aldea indígena, situada en lo más alto de los Montes de la Nube Blanca.

Lundy aún recordaba con horror lo sucedido.

A Lundy no le importaba entendedérselas con matones o andar a tortas con los peores rufianes. Pero Farrell no era de éstos. Sólo era un buen muchacho que cayó en las redes de alguien mucho más fuerte que él.

Un buen muchacho, enamorado con locura de alguien inexistente. Un muchacho decente y trabajador, con esposa y dos hijos, que perdió la chaveta, el alma y el corazón por un ser del espacio, hasta el punto que estaba dispuesto a matar para protegerlo.

«¡Qué diablo!», pensó Lundy, cansado y furioso. «¿No dejará nunca de chillar?»

Los reactores rugían poderosos. Los grises jirones de niebla pasaban con rapidez junto a la nave. Jackie Smith permanecía sentado, muy rígido, con los ojos cerrados, los labios pálidos y respirando entrecortadamente. Y aún faltaba mucho para llegar a Vhia.

Tal vez más de lo que él suponía. Quizás ni siquiera se dirigía hacia Vhia. Quizá *aquello* ejercía su influjo sobre él, y nunca lo sabría hasta que su aparato se estrellase.

El frío nudo se apretó aún más en su estómago, como la helada hoja de un cuchillo clavado en su carne.

Lundy lanzó una maldición. Sí se dejaba llevar por aquella clase de pensamientos, se iría de cabeza al infierno.

Pero no podía dejar de pensar en *aquello*. En el ser que había apresado gracias a una red especial de apretadas mallas metálicas. Echó aquella red sin mirar sobre algo que Farrell estaba contemplando. El ser que había metido a la fuerza en el cofre de glasita, cubriéndolo con una tela negra porque le habían advertido que no lo mirase.

A Lundy le cosquilleaban y le ardían aún las manos, de una manera que no era desagradable. Todavía le parecía notar aquel pequeño ser debatiéndose desesperadamente para escapar, cubierto por la red. Le pareció de una forma vagamente cilíndrica y terriblemente vivo.

Aquello era vida. Vida del espacio interplanetario, que salió de una nube de polvo cósmico atraída por la fuerza de gravedad de Venus. Desde que Venus atravesó aquella nube, se desencadenó una extraña oleada de locura en todo el planeta. Una locura como la que hizo su víctima de Farrell, que causó muertes y cosas aún peores.

Los hombres de ciencia tenían algunas teorías acerca de lo que podía ser aquella vida del espacio. Tuvieron la suerte de descubrir el cadáver de uno de aquellos seres, y circulaban varios rumores acerca de una substancia de apariencia cristalina que en realidad no era cristal, de unos ocho centímetros de longitud y magníficamente cincelada y estriada, provista además de unos pequeños y extrañísimos instrumentos cuyo uso nadie supo discernir.

Pero el cadáver de aquel ser no les sirvió de gran cosa. Tenían que apresar a uno vivo, si querían descubrir el secreto de su existencia y hallar el medio de terminar con lo que los telecomentadores habían denominado «La locura del más allá», o «El hechizo del vampiro».

Sin embargo, una cosa acerca de estos seres era del dominio general. Sus víctimas enloquecían de pronto, y en su demencia afirmaban que habían encontrado a la mujer soñada o el ideal último de la feminidad. Sólo podían verla ellos, pero esto les dejaba sin cuidado. Ellos la veían, y para ellos les bastaba con ver a... *Ella*. Y los ojos de ésta aparecían siempre velados.

Ella constituía un verdadero rompecabezas, y estaba mucho más allá de la hipnosis y del dominio de las fuerzas de la mente. Por esta razón no se había conseguido nunca apresar con vida a *Ella*, o a *Aquello*. Esto solamente se consiguió cuando Lundy y Smith, contando con todo el asesoramiento científico de la Policía Espacial, consiguieron localizar a Farrell y apoderarse del misterioso ser que lo tenía hechizado.

Desde luego, lo consiguieron por pura casualidad, por una suerte increíble. Lundy movió su dolorida cabeza tratando de librarse de la tortícolis, parpadeó para librarse del sudor que penetraba en sus ojos inyectados en sangre, y deseó ardientemente encontrarse en su casa y acostado.

Jackie Smith observó de pronto:

–Enanito, tengo frío. Dame una manta.

Lundy le miró. Sus claros ojos verdes estaban entreabiertos, pero su mirada estaba perdida en el vacío. Temblaba como un azogado.

–No puedo dejar los mandos, Jackie.

–Tonterías. Aún tengo una mano útil. Todavía puedo pilotar esta lata de conservas durante unos momentos.

Lundy refunfuñó. Sabía que Smith no bromeaba al afirmar que tenía frío. Las temperaturas que reinaban en Mercurio hacían que los hombres pertenecientes a la primera generación de colonizadores, fuesen sensibles a todas las temperaturas inferiores a la de un horno eléctrico. Además de la herida, Smith podía contraer una pulmonía si no le abrigan convenientemente.

–Muy bien –Lundy tendió la mano para cerrar el interruptor señalado con una A. – Pero dejaré que Miguelito se encargue de dirigir el vuelo. Probablemente no durará más de cinco minutos antes de estallar.

Miguelito, el piloto automático, se convertía en una verdadera nulidad cuando se trataba de volar por la atmósfera de Venus. La constante compensación magnética calentaba las bobinas del robot hasta tal punto, que era cuestión de minutos que éstas se fundiesen.

Lundy se dijo que después de todo era agradable saber que aún había un par de cosas que los hombres podían hacer mejor que las máquinas.

Se levantó, y le pareció como si hubiese estado enmoheciéndose al aire libre durante cuatrocientos años. Smith no volvió la cabeza. Lundy le gruñó:

—¡La próxima vez, hijito, ponte ropa interior de lana y déjame tranquilo!

Tras decir estas palabras notó que el nudo se apretaba en su estómago. Un sudor frío cubrió su cuerpo y una oleada de fuego recorrió sus nervios.

Farrell había dejado de gritar.

Reinó silencio en la nave. Nada lo rasgó. El fragor de los cohetes era ajeno a aquel silencio. Incluso la respiración jadeante de Jackie Smith cesó. Lundy se dirigió lentamente hacia la portezuela.

Apenas había dado dos pasos, cuando ésta se abrió. Lundy se detuvo, presa de súbita inmovilidad.

En el umbral se erguía Farrell. Farrell, un hombre bueno y honrado a carta cabal, con mujer y dos hijos. Su rostro era el mismo de siempre, pero los ojos que brillaban en él aparecían enajenados. No eran ni siquiera humanos.

Lundy le había atado por el pecho, la cintura, las piernas y los pies a la litera con cuatro fuertes correas. El cuerpo de Farrell mostraba las señales de las mismas. Se le habían clavado en su carne, en sus músculos y tendones, hasta mostrar sus desnudas costillas. Estaba cubierto de sangre, pero esto a él no parecía importarle.

—He roto las correas —dijo, dirigiendo una sonrisa a Lundy—. *Ella* me llamó y rompí las correas.

Hizo ademán de dirigirse hacia el cofre que se hallaba en un ángulo de la cabina. Lundy se esforzó por salir de la nube negra y fría que lo atenazaba y consiguió mover los pies.

Jackie Smith le dijo con voz queda:

—Quieto, enanito. A *ella* no le gusta estar encerrada en el cofre. Tiene frío y quiere salir.

Lundy le miró por encima del hombro. Smith se había vuelto a medias en su asiento y empuñaba la pistola hipodérmica, que había tomado de la funda colgada en el respaldo del asiento del piloto. Sus claros ojos verdes tenían un brillo distante y soñador, pero Lundy no se fiaba en absoluto de ello.

Sin la menor inflexión en su voz, dijo:

—Tú la has visto.

—No. La he... oído.

Los gruesos labios de Smith se plegaron en un extraño rictus. Su respiración se hizo ronca y sibilante.

Farrell se arrodilló junto al cofre. Poniendo sus manos sobre su superficie lisa y brillante, se volvió hacia Lundy. Éste vio que estaba llorando.

–Ábrelo. Tienes que abrirlo. *Ella* quiere salir. Está asustada la pobrecita.

Jackie Smith levantó imperceptiblemente la pistola.

–Ábrelo, enanito –susurró–. *Ella* tiene frío, ahí dentro.

Lundy no se movió. El sudor corría a raudales por su cuerpo y a pesar de ello tenía frío. Sin más, respondió con lengua estropajosa.

–No. Tiene calor. Allí dentro no puede respirar. Tiene calor.

Entonces levantó la cabeza con gesto convulsivo y gritó. Se volvió para enfrentarse con Smith, y con paso inseguro pero rápido se dirigió hacia él.

Las feas facciones de Smith se contrajeron como si fuese a llorar.

–¡Vamos, enanito! Mira que no quiero disparar contra ti. Abre el cofre.

Lundy, con un hilo de voz, dijo:

–Eres un pobre estúpido.

Y siguió avanzando.

Smith oprimió el gatillo.

Las agujas hipodérmicas cargadas de anestésico se clavaron en el pecho de Lundy. No dolían mucho. Sólo un pequeño pinchazo. El siguió avanzando, llevado por su impulso inicial.

A sus espaldas, Farrell gimíó como un cachorro y se tendió sobre el cofrecito. Ya no volvió a moverse. Lundy cayó de rodillas y siguió avanzando a gatas y como en sueños hacia los mandos. Jackie Smith le contemplaba con mirada turbia.

Súbitamente, el piloto automático estalló.

Del cuadro de mandos surgió una llamarada azul. Su brillo cegador y el calor intenso hicieron caer a Lundy de espaldas. La cabina se llenó de silbidos, aullidos y empezó a girar locamente, mientras el convertible bailaba como una hoja en brazos del huracán. El mecanismo automático de seguridad apagó los cohetes.

La aeronave empezó a caer.

Smith balbuceaba palabras incoherentes, entre las que sólo se entendía *Ella* y plegó su asiento. Lundy se frotó la cara con la mano. Sus facciones eran borrosas y estúpidas. Sus ojos negros no tenían ninguna expresión.

Empezó a arrastrarse sobre el suelo bamboleante en dirección al cofre.

La proa de la nave rasgaba las nubes, y de pronto apareció una gran extensión líquida. Un mar negro y tranquilo, sin oleaje, sembrada de islitas flotantes de sargazos que se movían y agitaban con vida propia.

Unas aguas negras que ascendían a su encuentro.

Lundy no las miró. Se arrastró sobre la sangre de Farrell empujándolo hacia la pared de la cabina, y empezó a rascar la brillante puerta, gimiendo como un perro al que no dejan entrar en casa.

La nave chocó con el agua a terrible velocidad. El impacto levantó oleadas de espuma, que brilló con una blancura cegadora sobre aquel negro mar.

El agua levantada por el impacto cayó, y los círculos concéntricos se fueron alejando y terminaron por borrarse.

Las islas verdinegras de sargazos se desplazaron lentamente sobre el lugar de la caída. Una bandada de pequeños dragones marinos agitó sus alas de pedrería para abatirse sobre las peces, y ninguno de aquellos seres demostró el menor interés por la suerte de la nave voladora que se hundía hasta las profundidades.

Ni siquiera el propio Lundy, tendido y frío en la cabina estanca, oprimiendo con su cuerpo el cofrecillo, mientras las lágrimas y el sudor se secaban en sus mejillas recubiertas de una barba incipiente.

Capítulo 2

La primera sensación que tuvo Lundy fue la de silencio e inmovilidad. Una sensación mortal, como si todos los seres creados hubiesen dejado de respirar.

Lo segunda que notó fue la presencia de su cuerpo. Le dolía espantosamente, tenía calor y además le repugnaba el aire espeso y viciado que respiraba. Lundy se sentó penosamente y trató de hacer funcionar su cerebro. Esto era muy difícil, porque alguien le había abierto la cabeza con cuatro hachazos.

No era del toda oscuro en la cabina. Una temblorosa claridad plateada semejante al claro de luna penetraba por las portillas. Lundy podía ver bastante bien. Distinguió el cuerpo de Farrell exánime sobre el suelo, y un conjunto de cables y hierros retorcidos, que habían sido los mandos.

Vio también el cofre.

Lo miró larga rato, aunque no había mucho que ver. No era más que un cofre abierto y vacío, junto al que había un pedazo de tela negra.

—¡Dios mío! —susurró Lundy—. ¡Oh, Dios mío! Entonces lo comprendió todo de pronto. Su cuerpo no contenía apenas nada con excepción de su estómago, y éste hallábase sujeto. Sin embargo, quiso salirse por su boca. Las náuseas cesaron de pronto, y entonces fue cuando Lundy oyó que alguien llamaba a la puerta.

Era una llamada muy suave. Su ritmo era lento y espaciado, como si el que llamaba dispusiese de mucho tiempo y no tuviese prisa por entrar. La llamada procedía de la escotilla que comunicaba con la esclusa de salida.

Lundy se levantó lentamente, más frío que el vientre de un sapo y blanco como éste. Contrajo involuntariamente los labios y permaneció de pie, helado de espanto.

Las llamadas continuaban con un ritmo somnoliento. Quienquiera que fuese que llamaba, no tenía prisa por entrar. Sabía que tarde o temprano aquella puerta cerrada se abriría, y a él no le importaba esperar. No tenía prisa. Nunca tendría prisa.

Lundy paseó la mirada por la cabina, en silencio. Dirigió una mirada de soslayo a la portilla. Al otro lado de ella vio agua. La negra agua de mar de Venus, clara y negra, como una noche profunda.

La nave se había posado sobre una llanura arenosa. La luz plateada era reflejada por la arena. Era una luz fosforescente, tan brillante como el claro de luna y de un débil tinte verdoso.

Negras aguas marinas. Arenas plateadas. El misterioso visitante seguía llamando a la puerta, despaciosamente. Con paciencia. Uno... dos. Uno... dos. Al compás del corazón de Lundy.

Este pasó a la cabina interior, andando ya con paso firme. Miró cuidadosamente a su alrededor antes de regresar y detenerse ante la esclusa.

—Muy bien Jackie —murmuró—. Espera un minuto. Sólo un minuto, muchacho.

Entonces se volvió para dirigirse rápidamente hacia el armario de babor y sacó de él una botella de litro, que levantó después de sacarla de su soporte antichoque. Tuvo que hacerlo con ambas manos.

Al poco rato bajó la botella y se inmovilizó, sin mirar a ninguna parte, hasta que dejó de temblar. Descolgó a continuación su escafandra espacial del gancho donde estaba pendida y se la puso. Tenía la cara cenicienta e inexpresiva.

Cargó con todas las botellas de oxígeno que podía llevar, junto con raciones de socorro y toda la bencedrina que contenía el botiquín. Mezcló la dosis más fuerte posible de este estimulante con el coñac antes de cerrar el casco. Hizo caso omiso de la pistola hipodérmica, y en lugar de ella tomó las dos pistolas desintegradoras de reglamento... la suya y la de Smith. Entre tanto, los suaves golpecitos no cesaban.

Miró por un momento el cofre vacío y la tela negra caída a su lado. Una expresión cruel asomó a su rostro. Sus facciones se endurecieron, antes de cubrirse de una terrible expresión de paciencia.

El hecho de hallarse bajo la superficie del agua no molestaría en lo más mínimo a un ser del espacio interplanetario. Descolgó de su gancho la red de apretadas mallas metálicas y se la aseguró al cinto. Luego se dirigió resueltamente hacia la escotilla para abrirla.

Las aguas negras irrumpieron en negros remolinos en torno a sus botas lustradas. Luego la escotilla se abrió de par en par y Jackie Smith entró.

Había estado esperando en la esclusa inundada, golpeando con sus botas la escotilla interior, con el lento vaivén del mar. Entró con los pies por delante y el agua que penetraba a presión lo levantó. Con lo que pareció que andaba por su pie y miraba a Lundy al pasar. Era un hombre rubio y corpulento de ojos verdes con vendas blancas que asomaban por su guerrera negra entreabierta, mientras

miraba a Lundy. No por mucho tiempo. Solamente por un segundo. Pero fue bastante.

Lundy se contuvo después del tercer grito de terror. Tenía que contenerse, porque sabía que si seguía gritando ya no podría dejar de hacerlo. Las negras aguas ya se habían llevado a Jackie Smith hasta la pared apuesta, cubriendo piadosamente su cara.

—¡Dios mío! —susurró Lundy—. ¡Dios mío...! ¿Qué debió de ver antes de ahogarse?

Nadie le respondió. Las negras aguas empujaban a Lundy, mientras se alzaban a su alrededor, tratando de llevarlo hacia donde estaba Jackie Smith. La boca de Lundy se contrajo en un rictus amargo.

Se mordió el labio inferior con fuerza. Echó a correr torpemente, tratando de vencer la resistencia que le oponía el agua, hasta que por último se detuvo. Entonces empezó a andar, sin mirar hacia atrás, por la compuerta inundada. La escotilla se cerró tras él, automáticamente.

Pisó la compacta arena de un color entre verde y plateado, mientras tragaba la sangre que le llenaba la boca y le ahogaba.

Andaba sin apresurarse. Su caminata por el fondo del océano sería probablemente larguísima. A juzgar por la posición de la nave cuando se hundió, calculaba aproximadamente hacia donde se hallaría la costa... a menos que *aquello* hubiese influido en su mente, haciéndole ver en las esferas unas cifras que no existían.

Comprobó su nimbo, ajustó la presión que reinaba en el interior de su escafandra, y siguió avanzando por aquel sobrenatural paisaje submarino, que parecía bañado por un fantasmal claro de luna. La marcha no era difícil. Si no encontraba a su paso una profunda fosa oceánica, una escarpadura imposible de franquear, o se convertía en la presa de alguna especie de voraz alga venusiana, conseguiría sobrevivir para presentarse ante su jefe en el cuartel general, y comunicarle que dos hombres habían muerto, la nave se había perdido y la misión que se le había encomendado había terminado en el más estrepitoso fracaso.

Aquel mundo submarino que le rodeaba era bellissimo. Parecía el ensueño que provocan las drogas o el delirio. La fosforescencia se elevaba en las negras aguas, para danzar en temblorosas espirales de fuego frío. Los peces, aquellos extraños seres policromados que parecían minúsculas joyas vivas con ojos de rubí, pasaban como centellas junto a Lundy, como ráfagas de color, o nadaban sobre las grandes extensiones de algas que parecían selvas en miniatura, y que manchaban las negras aguas y el brillo fosforescente de la arena con enormes y ardientes manchas azules, violetas, verdes y plateadas.

También había flores. Una vez, Lundy se acercó demasiado a algunas de ellas. Estas se tendieron hacia él, abriendo unas bocas redondas llenas de espinas, que denotaban una increíble voracidad. Los peces se mantenían a saludable distancia de ellas. Desde entonces, Lundy les imitó.

Apenas hacía media hora que andaba, cuando descubrió la carretera.

Era una carretera perfecta, que avanzaba en línea recta a través de la arena. Presentaba algunas grietas y resquebrajaduras, y algunas de las enormes losas que la formaban estaban alzadas o caídas a un lado, pero en general estaba perfectamente conservada y era evidente que se dirigía a alguna parte.

Lundy la miró mientras un escalofrío recorría su espinazo. Había oído hablar de cosas parecidas. Venus aun era un mundo casi desconocido. Era un planeta joven, bravío, desconcertante, que daría más de una sorpresa a los sesudos hombres de ciencia.

Mas incluso los jóvenes planetas tienen un largo pasado, lleno de leyendas y mitos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que gran parte de la superficie de Venus que hoy se hallaba sumergida no lo estuvo en otros tiempos, y viceversa. La bella diosa cambió varias veces de maquillaje antes de adoptar su semblante definitivo.

Ello quería decir que, en épocas remotas, aquella carretera cruzó una llanura bajo un cálido cielo gris perla. Por ella venían probablemente las caravanas de la costa. Aquella carretera debió de ver el tráfico formado por los fardos de especias y seda de araña, junto con las ánforas de *vakhi* procedentes de los cañaverales de Nahali, y las esclavas de cabellos de plata que venían de las tierras altas donde moraba el Pueblo de las Nubes, avanzando bajo el calor bochornoso, apenas resguardadas por los verdes árboles *liha*, para terminar vendidas en el mercado.

A la sazón la carretera seguía conduciendo a alguna parte.

Lundy iba en aquella misma dirección. Era probable que la carretera se hubiese desviado un poco antes, la cual explicaba que él la hubiese encontrado. Lundy se pasó la lengua por los labios cubiertos de frío sudor y empezó a seguirla.

Andaba lenta y cuidadosamente, como el que penetra a solas en la nave de un templo vacío.

Siguió la carretera durante largo rato. Las algas formaban una espesura a ambos lados de ella. Parecía atravesar un denso bosque de algas que se perdía en la distancia por ambos lados, hasta allá donde alcanzaba la vista de Lundy. Este se alegró de haber encontrado la carretera, ya que ésta era muy ancha y si se mantenía en el centro las flores no podían llegar hasta él.

La luminosidad disminuyó, debido a las algas que cubrían la arena. Fuera cual fuese la causa de la fosforescencia, aquel apiñamiento de algas la hacía disminuir notablemente, y pronto estuvo tan oscuro que Lundy tuvo que encender el proyector de su casco. A las bordes de su haz luminoso podía ver las frondas de algas moviéndose perezosamente en un lento vaivén, al compás del mar de fondo.

Las flores se habían hecho más bellas y de colores más vivos. Pendían como lámparas en las negras aguas, irradiando una luz que parecía surgir de ellas mismas. Sus colores eran rojos sombríos y amarillos violentos, junto con azules pálidos y desvaídos.

Su vista resultaba inquietante para Lundy.

Las algas cada vez eran más espesas y juntas. Sus raíces asomaban sobre el borde de las losas de piedra. Las flores abrían sus brillantes bocas voraces en dirección a Lundy.

Trataban de alcanzarle, sin conseguirlo. De momento.

Él estaba cansado. El efecto producido por el coñac con benedrina empezaba a amortiguarse. Cambió la botella de oxígeno por otra. Aquello le reanimó pero no mucho. Bebió otra sorbo de la mezcla estimulante, pero tampoco quería abusar de ella para no fatigar a su corazón. Tenía las piernas entumecidas.

No había dormido desde hacía muchas horas. Seguir la pista de Farrell no fue ningún juego de niños, y apoderarse de él –y de *aquello*– constituyó una verdadera hazaña, arriesgada y peligrosísima. Hay que tener en cuenta que Lundy no era más que un ser humano. Por lo tanto era natural que se hallase cansado. Molido. Deshecho y agotado.

Se sentó para descansar un rato, apagando la lámpara para ahorrar las pilas. Las flores le acechaban, brillando en la oscuridad. Él cerró los ojos pero seguía notando su presencia, como animales de presa, agazapadas a su alrededor.

Después de un par de minutos se levantó para proseguir la marcha.

Las algas se hicieron más espesas y altas. Estaban cargadas de flores.

Tomó más benedrina, sin pensar en lo que le podría ocurrir al corazón. La luz del casco abría un túnel blanco y frío a través de las tinieblas. Guiado por esta luz, él avanzaba, andando todo lo de prisa que le permitía la densidad del agua. Las frondas de algas se unían y se entretreían a gran altura sobre su cabeza, encerrándole en un inquietante túnel. Las flores pendían sobre él. Sus pétalos casi le rozaban. Eran unas pétalos carnosos, voraces y vivientes.

Echó a correr, sobre los surcos abiertos por las ruedas en la piedra y las desgastadas losas de la carretera que aún llevaba a alguna parte, en el fondo de aquel negro océano.

Lundy corrió torpemente durante largo rato entre las oscuras paredes cada vez más próximas. Las flores casi le tocaban. Una vez se acercaron tanto a él, que le sujetaron nuevamente cuando se escapaba. Empezó a hacer uso de la pistola desintegradora.

De esta manera redujo a cenizas un gran número de algas. Esto no parecía gustarles. Empezaron a balancearse coléricas sobre sus raíces, asestándole golpes desde ambos lados y desde el techo entrelazado que lo cubría. Lundy corría penosamente, sollozando pero sin derramar lágrimas.

Fue la carretera quien le condujo hasta allí. Se cruzó con él de pronto, sin previo aviso. Luego avanzó suavemente bajo el túnel de algas, hasta terminar en una masa caótica de enormes losas y bloques, esparcidos sin orden ni concierto como si el hijo de un gigante se hubiese cansado de jugar con ellos.

Y las algas crecían entre aquellos bloques dispersos.

Lundy tropezó y cayó, dándose de cabeza contra la parte posterior del casco. Por un momento vio una luz cegadora. Luego reinaron las tinieblas y comprendió que se había producido un falso contacto, pues su luz se había apagado.

Se arrastró por encima de un gran bloque inclinado. Las flores brillaban en la oscuridad, muy cerca de él. Demasiado cerca. Lundy abrió la boca, pero sólo salió de ella un ronco gemido animal. Aún empuñaba su pistola. La disparó un par de veces y por último se encontró en lo alto del bloque, tendido de bruces.

Sabia que no podía seguir avanzando. La carretera terminaba allí.

Las brillantes flores descendieron hacia él, surgiendo de las tinieblas. Lundy, tendido sobre la piedra, las observaba con rostro inexpresivo. En sus ojos brillaba un odio terco y concentrado, pero nada más.

Vio como las flores se adherían a su escafandra y empezaban a actuar. Entonces, allá en lo alto, a través del negro túnel de algas, vio brillar la luz.

Brilló de pronto, como un relámpago. Una sábana de oro cálido y brillante que restallaba como un estandarte, iluminando el final de la carretera.

Iluminando también la ciudad y la pequeña procesión que salía de ella.

Lundy no quería dar crédito a sus ojos. Estaba ya medio muerto, con su espíritu flotando libre de su cuerpo y envuelto a medias en negras nubes. Contempló sin curiosidad lo que veía.

La luz áurea se extinguió, para brillar dos veces al final del túnel, cruzando una pequeña llanura, después de la cual se alzaba la ciudad.

Lundy veía sólo una parte de ella, a causa de las algas. Pero parecía ser una gran ciudad. La rodeaba una muralla, de mármol verde vetado de rosa sombrío, y con sus bordes desgastados por siglos de erosión marina. En la muralla se abrían amplias puertas de oro puro, no empañado por el paso de los siglos, y que giraban sobre bisagras igualmente de oro. Por las puertas abiertas se distinguía una gran plaza pavimentada con cuarzo de color gris neblina, y alrededor de la plaza se alzaban unas construcciones que recordaban a Lundy los castillos de la Tierra que había visto en su infancia, bajo las nubes rosadas del atardecer.

Esto es lo que aquel lugar parecía bajo los destellos de luz dorada: un país de cuento de hadas al atardecer. Remoto, de una belleza soñadora, cubierto por las negras aguas, como por un velo... algo indestructible, porque era inexistente.

Los seres que salieron por las puertas doradas y que venían por la carretera parecían diminutos jirones de niebla desgajados por una brisa fría y errante y apartados de la luz.

Se acercaron flotando a Lundy. A pesar de que su avance parecía lento, probablemente no lo era, porque de pronto se hallaron entre las algas. Eran muchos; tal vez cuarenta o cincuenta. No tenían más de un metro o un metro veinte de altura, y todos mostraban el mismo color mortecino, azul grisáceo. Lundy no podía ver qué eran. Su forma era vagamente humana, aunque tenían algo de pez, y algo que no alcanzaba a expresar qué era, a pesar de que intuía su naturaleza.

De pronto, todo aquello dejó de importarle. La sombría cortina negra que cubría su mente se rasgó, y el temor penetró gritando por la hendidura. Notaba como las flores mordían y tiraban de su escafandra como si fuese de su propia piel.

Un frío sudor cubría su cuerpo. Antes de un minuto agujerearían su traje y el agua de mar lo inundaría, y entonces...

Lundy empezó a debatirse desesperadamente. Contrajo los labios pero no gimió ni gritó. Únicamente oía su pesado resollar. Trató de luchar contra las flores, utilizando indistintamente la pistola y la fuerza bruta. Luchaba sin arte ni método. Era la última lucha ciega de un animal que no se resignaba a morir.

Las flores le sujetaban firmemente. Le aplastaban y le oprimían, envolviéndole en mortíferos y encantadores pétalos de colores ardientes. Él consiguió quemar a algunas de ellas, pero cuantas más quemaba más aparecían. Lundy no siguió luchando por mucho tiempo.

Por último permaneció postrado, con las rodillas algo dobladas hacia su rígido estómago atenazado por un nudo, cubierto de sudor y con el corazón latándole en desorden. Permanecía helado y tenso... esperando.

Hasta que las flores empezaron a apartarse.

Se apartaban a la fuerza, a regañadientes, retirándose airadas como gatos despojadas de un opíparo ratón, haciendo débiles y rápidos intentos para atacarle nuevamente. Mas terminaban por retirarse.

Lundy estuvo a punto de desfallecer para siempre. Se sentía al límite extremo de sus fuerzas. Su corazón dejó de palpar; su cuerpo se contrajo espasmódicamente. Entonces, a través de una niebla formada por su sudor y sus lágrimas, al borde del Más Allá, vio las pequeñas criaturas azul grisáceas inclinándose sobre él para mirarlo.

Se cernían en una nube sobre él, sosteniéndose gracias a sus aleteantes membranas, tan delicadas como el trino de un pájaro en un día de viento. Estas membranas unían sus extremidades superiores e inferiores, las cuales estaban provistas de unas pequeñas aletas natatorias planas en su extremidad. Aquellos miembros estaban dotados de ventosas, situadas en el lugar que hubiera correspondido a los talones si aquellos seres hubiesen tenido pies.

Sus cuerpos eran gráciles y esbeltos, y de aspecto marcadamente femenino, a pesar de que no poseían características humanas muy especiales. Eran unas hermosas criaturas, distintas a todo cuanto Lundy había visto o había soñado.

Tenían caras. Pequeñas caritas de hadas sin nariz. Es decir: tenían una diminuta naricilla redonda, pero los ojos eran su rasgo dominante.

Eran unas enormes ojos redondos y dorados con pupilas de un pardo oscuro. Unas ojos suaves, curiosos, inquisitivos, que dieron ganas de llorar a Lundy y le asustaron tanto que casi estuvo a punto de enloquecer.

Entretanto, las flores se mantenían a cierta distancia, esperando el momento de volver al ataque. Pero cuando una se acercaba demasiado a Lundy, uno de los

pequeños seres le daba un golpecillo cariñoso, como hacemos nosotros con un perro inoportuno, y la ahuyentaba.

–¿Vives?

Capítulo 3

A Lundy no le sorprendió oír aquella voz telepática. La comunicación mental abundaba más que la oral y era mucho más sencilla que ésta, en muchos lugares de los mundos habitados. La Policía Espacial daba lecciones de telepatía a sus hombres.

–Sí, vivo gracias a vosotras.

Había algo en la cualidad de aquel cerebro que sondeó que lo desconcertaba. Era distinto de todo cuanto había conocido. Se puso en pie, no muy firme.

–Habéis llegado a tiempo. ¿Cómo supisteis que estaba aquí?

–Nos llegaron tus pensamientos de temor. Sabemos lo que es tener miedo. Entonces, vinimos.

–No os puedo decir otra cosa sino «gracias».

–Nos alegramos mucho de haberte salvado. ¿Por qué no había de ser así? Por ello, no es necesario que nos des las gracias.

Lundy miró las llores que brillaban con apagado resplandor en las tinieblas.

–¿Cómo conseguís que os obedezcan? ¿Por qué no os...?

–¡Ellas no son caníbales! No son como... las otras.

Este último pensamiento expresaba un terror cervical.

–Caníbales...

Lundy miró a la nube de delicadas figurillas femeninas de color azul grisáceo. Sintió que se le ponía la carne de gallina.

Aquellos seres le miraron benévolaemente con sus suaves ojos dorados, y le pareció como si sonriesen.

–Sí, somos diferentes de ti, ya lo sabemos. Del mismo modo como somos diferentes de los peces. ¿Qué piensas? En las algas... las algas brillantes que crecen... sí, son parientes nuestras.

Parientes, se dijo Lundy. En efecto. Como nosotros somos parientes de los animales. Eran plantas. Las plantas vivientes no eran nada nuevo en Venus. ¿Por qué no admitir la existencia de plantas pensantes, de plantas que se desplazaban en sus raíces, y miraban con tristes ojos suaves?

–Vámonos de aquí –dijo Lundy.

Salieron del oscuro túnel y prosiguieron por la carretera, mientras las flores abrían sus bocas como canes hambrientos tratando de morder a Lundy, pero sin conseguir alcanzarlo.

Él empezó a atravesar la estrecha llanura, con las plantas femeninas nadando lánguidamente como una nube a su alrededor.

Eran algas. Pequeños fragmentos de algas con los que se podía conversar telepáticamente. Lundy se hallaba pasmado ante lo increíble de la situación.

La ciudad no hizo más que aumentar su pasmo. Estaba sumida en las sombras cuando la vio desde la llanura, débilmente iluminada por el resplandor procedente de la arena, semejante al claro de luna. Era una gran ciudad, que se extendía a lo lejos, rodeada de sus murallas. Era grande, silenciosa y antiquísima. Parecía esperar al final de la carretera.

En aquella luz mortecina, por curioso que fuese, parecía más real. Lundy se olvidó por un momento de la existencia del agua. Le parecía caminar hacia una ciudad dormida, bañada por la pálida claridad lunar, sintiendo su fuerza secreta y débilmente hostil domeñada y retenida hasta el alba...

Aunque jamás habría un alba para aquella ciudad. Nunca jamás.

Lundy deseó de pronto emprender la huida.

—No temas. Nosotros vivimos aquí. Es un lugar seguro.

Lundy movió la cabeza con irritación. De pronto la luz brillante centelleó de nuevo por tres veces consecutivas. Parecía venir de algún lugar a la derecha, más allá de la cordillera submarina. Lundy notó un débil temblor en la arena. Una hendidura volcánica, probablemente, que se abrió al hundirse la arena.

La luz dorada hizo cambiar de nuevo el aspecto de la ciudad, que volvió a parecer una ciudad de cuento de hadas al atardecer... un lugar de los que se ven en sueños.

Cuando atravesó las puertas se sentía intimidado, pero no experimentaba temor. Y entonces, mientras permanecía en el centro de la plaza contemplando los grandes y borrosos edificios que se alzaban a su alrededor le alcanzó un pensamiento procedente de la nube de pequeñas criaturas femeninas.

—Era un lugar seguro y dichoso... antes de que *ella* viniese.

Tras una larga pausa, Lundy dijo:

—¿*Ella*?

—No la hemos visto. Pero nuestros compañeros sí la vieron. *Ella* vino no hace mucho y recorrió las calles, y todos nuestros compañeros nos dejaron para irse en su seguimiento. Decían, al irse, que su belleza es incomparable, muy superior a la de cualquiera de nosotras y que...

—...Y que tiene los ojos velados y que ellos desean verlos. Si no le ven los ojos enloquecerán, y por esto la siguen.

La triste nubecilla azul grisácea se agitó entre las aguas oscuras. Varios pares de ojos dorados le miraron.

Lundy respiró profundamente. Tenía las palmas de las manos húmedas.

–Sí. Sí, yo también la seguí.

–Comprendemos tu pensamiento...

Descendieron hacia él, rodeándole, mientras sus delicadas membranas aleteaban como las transparentes alas de los elfos. Sus grandes ojos dorados tenían una expresión cariñosa y suplicante.

–¿Puedes prestarnos tu ayuda? ¿Puedes hacer que vuelvan nuestros compañeros, sanos y salvos? Lo han olvidado todo. Si los otros viniesen...

–¿Los otros?

La mente de Lundy se sumió en un espantoso temor. Se representó las más terribles imágenes. Vio engendros de pesadilla...

–Vienen siguiendo las corrientes que unen las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Son voraces. Lo aniquilan todo.

Las delicadas figurillas vagamente femeninas se echaron a temblar como hojas agitadas por el viento.

–Nos escondemos de ellas en las casas. Así los tenemos a raya, evitando que lleguen hasta nuestras semillas y nuestros vástagos. Pero nuestros compañeros lo han echado todo al olvido. Si los otros vienen mientras ellos la siguen, los encontrarán inermes y desamparados y los matarán a todos. Entonces nosotras nos quedaremos solas, sin simiente y sin descendencia.

Se apretujaron a su alrededor, tocándole con sus pequeñas aletas delanteras de color azul grisáceo.

–¿Puedes prestarnos tu ayuda? ¿Verdad que nos ayudarás?

Lundy cerró los ojos. Cerró fuertemente las mandíbulas. Cuando abrió los ojos de nuevo, éstos eran duros como ágatas.

–Os ayudaré o moriré en la demanda.

Reinaba la oscuridad en la enorme plaza. Por las puertas abiertas se filtraba el débil resplandor procedente de la arena. Por un momento los pequeños seres azul grisáceos se apiñaron a su alrededor, inmóviles, oscilando únicamente bajo la acción del lento ritmo del océano.

De pronto todas se apartaron de él, arrebatadas por una loca esperanza... y Lundy se quedó mirándolas, boquiabierto.

Ya no eran de color azul grisáceo. De pronto brillaron y sus alas y sus delicados y flexibles cuerpecillos adquirieron un cálido tono verde que latía con la vibrante palpitación de la vida.

Sus largos y esbeltos pétalos vivientes debían de estar contraídos, mientras llevaban su color azul grisáceo de luto. De pronto estallaron como corolas llameantes en torno a sus cabecitas.

Eran de color azul, escarlata y dorado, rojas como amapolas violetas y de color de fuego, de color blanco plateado y rosado como una nube matinal, tiñendo las negras aguas con pinceladas de color. Surgían de los cuerpecitos verdes que hacían cabriolas y ascendían a gran altura junto a los oscuros y ceñudos edificios, semejantes a las mariposas que habían revoloteado ante ellos cuando la luz del sol aún no había desaparecido para siempre.

Tan repentinamente como habían empezado esta danza, la terminaron. Se dejaron arrastrar inmóviles por las aguas y sus colores palidieron. Lundy les preguntó:

—¿Dónde están?

—En lo más profundo de la ciudad, más allá de estas casas donde moramos... en las calles que sólo visitan los jóvenes curiosos. ¡Haz que vuelvan, por favor! ¡Te lo suplicamos, tráelos de nuevo junto a nosotras!

Dejándolas sobre la gran plaza oscura, penetró en la ciudad.

Recorrió anchas calles pavimentadas marcadas por profundas roderas y desgastadas por generaciones de pies calzados por sandalias. Las grandes construcciones corroídas por el agua se alzaban a ambos lados, dominadas por el resplandor intermitente de la lejana fisura volcánica.

Las ventanas, de forma típicamente venusiana, estaban cerradas por celosías de mármol y de piedra semipreciosa, delicadamente labrada hasta parecer una joya complicadísima. Las grandes puertas doradas permanecían abiertas sobre sus goznes no atacados por la corrosión. Por aquellas puertas Lundy tuvo un atisbo de la vida de aquel pequeño pueblo vegetal.

La planta baja de algunas de las casas se hallaba recubierta de una capa de arena. Sobre ella se cernían con gesto protector aquellas plantas femeninas, alisando la arena cuando el movimiento del agua la alteraba. Lundy conjeturó que allí estaban plantadas las semillas.

En otros lugares vio colonias enteras de diminutos seres que parecían flores plantados en la arena; brillaban en la semiobscuridad con un pálido resplandor verde y primaveral. Permanecían en tranquilas hileras moviendo sus pequeñas corolas infantiles de color rosado y jugando solemnemente con pedacitos de alga de alegres colores y piedras abigarradas. Las pequeñas flores estaban atendidas y cuidadas solícitamente por plantas adultas.

Varias veces Lundy pudo ver a grupos de jóvenes retoños, que ya se habían desprendido de la arena, aprendiendo a nadar bajo la égida de las plantas femeninas, agitándose en las negras aguas como pétalos de vivos colores bajo el viento de la primavera.

Todas las plantas femeninas mostraban el mismo color gris azulado de luto con sus flores ocultas.

Así seguirían a menos que Lundy pudiese dar cima a la tarea que le había encomendado la Policía Espacial. Hasta aquel momento no había demostrado hallarse a la altura de aquella misión.

El pobre Farrell, casi desollado vivo y sin sentirlo porque sólo era capaz de pensar en ella. Jackie Smith, ahogado en una esclusa estanca porque ella quería ser libre y él tuvo que ayudarla a conseguir su propósito.

¿Sería superior él, Lundy, a Farrell y a Smith y a todos cuantos ella había hecho enloquecer? ¿Sería capaz de apresar a aquella diabólica vampiresa en una red y mantenerla a buen recaudo en ella, sin perder antes la razón?

Lundy no se sentía capaz de ello. Aquella misión era superior a sus fuerzas.

Recordaba la primera vez que consiguió apresar a aquel ser en su red. Recordaba también los últimos minutos antes de estrellarse, cuando lo oyó gritar desde el interior del cofre, pidiéndole que le pusiese en libertad. Recordó la cara de Jackie Smith cuando entró en la cabina empujado por el agua que inundaba la esclusa, y la pregunta que entonces se hizo él mismo... Dios mío, ¿qué vio antes de ahogarse?

Notó de nuevo que se le hacía un nudo frío en el estómago, pero esta vez aquel nudo tenía espinas que se clavaban en su carne.

Dejó atrás la colonia de plantas y penetró en calles desiertas iluminadas por el intermitente centelleo de la fisura volcánica. Empezó a encontrar ruinas a su paso. Pavimentos agrietados y removidos, torres hundidas, las celosías de piedra esculpida caídas de las ventanas. Paredes enteras habíanse desmoronado en algunos sitios, y la mayoría de las puertas doradas estaban rotas, abiertas violentamente o faltaban por completo.

Era una ciudad muerta. Tan muerta y silenciosa que en ella no se podía respirar, y tan antigua que amedrentaba el ánimo más templado.

Buen sitio para volverse loco en seguimiento de un ensueño.

Al cabo de mucho tiempo, Lundy los vio... vio a los compañeros de las pequeñas algas femeninas. Formaban una larga hilera... dijérase una bandada de aves migratorias, que serpenteaba entre las oscuras torres en ruinas.

Se parecían a sus compañeras. Quizá eran algo mayores, un poco más robustos, de cuerpos verdinegros fuertes y recios y brillantes colores. Sus ojos dorados permanecían fijos en algo que Lundy no podía ver, y hubiérase dicho que eran los ojos de Lucifer suplicando que le franqueasen la entrada en el Cielo.

Lundy empezó a avanzar contra la corriente, cruzando en diagonal una amplia plaza para avanzar a la cabeza de la procesión. Entre tanto descolgó la red de su cintura con manos semejantes a dos peces muertos.

De pronto se tambaleó, perdió pie y cayó de bruces. Le parecía que alguien le había empujado de un fuerte empujón. Trató de levantarse, pero algo le empujó de nuevo. El áureo resplandor procedente de la fisura brillaba ahora ininterrumpidamente, y era cegador.

La hilera de figurillas vagamente masculinas se dobló de pronto como bajo los efectos de un latigazo y Lundy comprendió lo que ocurría.

Se alzaba una corriente en la ciudad. Era una corriente que surgía como los vientos cálidos que antes la barrían, procedentes del mar, y que traían las lluvias.

«Vienen siguiendo las corrientes que unen las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Son voraces. Lo aniquilan todo.»

Eran los otros... los otros, caníbales...

Ella conducía el brillante cortejo de algas masculinas entre los torreones, mientras en las calles se alzaba la corriente...

Lundy se incorporó Después de equilibrarse para resistir el empuje de la corriente, echó a correr en seguimiento de la procesión. Resultaba muy difícil correr en aquel medio líquido y con sus botas de suela de plomo. Se esforzó por calcular dónde debía de hallarse *aquello* –o *ella*– a juzgar por el lugar hacia donde miraban los hombrecillos-plantas.

La luz cegadora brillaba ininterrumpidamente, y aún parecía hacerse más rutilante. El agua frenaba su avance, tirando de él con mil manos. Miró una vez hacia atrás, pero no pudo ver nada en las sombras que se extendían entre los torreones. Sintió miedo.

Cuando extendió la red, el miedo le dominaba.

Aquello –o *ella*– no le vio, aunque esto pueda parecer raro. Tampoco notó la proximidad de su mente, a pesar de que él alzó barreras protectoras a su alrededor. Pero Lundy quedaba muy empequeñecido bajo las sombras que proyectaban los gigantescos muros y el esfuerzo de crear una ilusión para tantas mentes debía tener muy ocupado al espantoso ser del espacio.

La suerte estaba nuevamente de su lado como cuando consiguió alcanzar a Farrell. Rogó al Cielo que la suerte no le desamparase.

Lo consiguió.

La corriente empujó a la procesión hacia el lugar donde se hallaba agazapado Lundy. Éste observó los ojos de las algas. *Ella* aun conducía a los diminutos seres. *Ella* tenía un cuerpo físico, aunque él no pudiese verlo, y notaría el influjo de la corriente, por pequeño que fuese.

Tiró la red con rapidez.

La red se hinchó en las aguas negras y entonces él tiró de *ella*. Había apesado algo. Algo pequeño, cilíndrico y que se debatía. Algo vivo.

Apretó el lazo que cerraba la red, temblando y sudando de excitación nerviosa. Y entonces los hombrecillos vegetales le atacaron.

Cayeron sobre él como una nube resplandeciente. Sus ojos dorados resplandecían de furor. Habían perdido el juicio. Sus mentes chillaban en un solo clamor de ira... y de temor por *ella*.

Le pegaron con sus pequeñas aletas verdes. Sus corolas echaban chispas, cálidas manchas de color, llamaradas que brillaban en las aguas oscuras. Tiraron de la red, la sacudieron, agitando sus membranas como alas en su esfuerzo por luchar contra la corriente.

Lundy era un sujeto rechoncho, fuerte y musculoso. Lanzando verdaderos rugidos, luchó para defender la red como hubiera hecho un lobo al que intentasen arrebatarse un tierno corderillo. Sin embargo, la perdió. Cayó de bruces bajo un montón de hombrecillos vegetales, jadeando afanosamente bajo su peso, y dando gracias a Dios de que su sólida escafandra le salvase de morir aplastado.

Vio como ellos se apoderaban de la red. Se apiñaron a su alrededor como un enjambre de abejas, danzando en las aguas movedizas. Sus ojos dorados tenían una terrible expresión de dolor.

No podían abrir la red. Lundy la había asegurado con un fuerte nudo, y aquellos seres no tenían dedos. La golpeaban y acariciaban con sus aletas, pero eran incapaces de abrirla para que *ella* escapase.

Lundy se puso a gatas. La corriente se hacía más violenta. Rugía entre las torres desmoronadas como un negro vendaval y se llevó con *ella* el enjambre de hombrecillos verdes, que seguían aferrando la red.

Y entonces llegaron los otros.

Capítulo 4

Lundy les vio desde muy lejos. Por un momento no quiso dar crédito a sus ojos, tomándolos por sombras arrojadas por los destellos de luz que surgían de la fisura. Se apoyó en la pared de un edificio y se dedicó a observarlos.

Los observó mientras la corriente impetuosa los impelía hacia él. No se movió entonces. Sólo abrió afanosamente la boca tratando de respirar.

Recordaban vagamente las rayas gigantes que él había visto en la Tierra, con la diferencia de que éstas eran plantas. Grandes y esbeltos bulbos vegetales con sus hojas extendidas como alas para aprovechar la fuerza de la corriente. Su largos cuerpos en forma de lágrima terminaban en un reborde semejante a una cola de pez que hacía las veces de timón. En lugar de brazos tenían una especie de tentáculos.

Su color era rojo pardusco oscuro, el color de la sangre seca. El áureo resplandor de la fisura prestaba un extraño brillo a sus fríos ojos. Mostraba asimismo sus bocas redondas revestidas de agudas espinas, y las mortíferas ventosas que cubrían la parte interior de sus enormes tentáculos.

Aquellos brazos eran lo suficientemente largos y fuertes para desgarrar la tela de su escafandra. Lundy no sabía si aquellos seres comían carne, pero esto poco importaba. Una vez uno de aquellos tentáculos le hubiese golpeado, de nada le serviría ya saberlo.

La red que contenía a ella se alejaba de él, y los otros se acercaban cada vez más. Aunque hubiese deseado renunciar entonces a su misión, no había ningún sitio para ocultarse en aquellos edificios arruinados y sin puertas.

Lundy llenó su traje de oxígeno, hinchándolo y confundiendo con los seres que aquella negra corriente arrastraba hacia los infiernos.

La corriente le arrastró como una burbuja entre los muertos torreones, pero no con la suficiente celeridad. No llevaba bastante delantera a las algas caníbales. Trató de nadar, para aumentar su velocidad, pero aquello era como si un bote de remos quisiese competir con una flotilla de lanchas rápidas a plena marcha.

Ante él distinguía el grupo de hombrecillos vegetales. No habían cambiado de posición. Daban volteretas en el agua, y perdían lastimosamente el tiempo en correrías sin sentido, por lo que Lundy consiguió fácilmente darles alcance.

Pero no corría lo bastante. Lo peor era que no sabía qué hacer cuando los alcanzase. La red estaba en el centro del enjambre de hombrecillos, y éstos no le permitirían llegar hasta *ella*. Y aunque consiguiese arrebatarla, ¿de qué le serviría? Los hombrecillos-alga se irían igualmente tras *ella*, pues se hallaban tan ofuscados que no se daban cuenta de la proximidad de sus terribles enemigos.

A menos que...

Se le ocurrió a Lundy de repente. Una esperanza, una solución. Se le ocurrió claramente cuando el alga que iba delante le dio alcance y le abrazó con sus alas de hoja, estrechándole fuertemente.

Lundy lanzó un aullido de terror animal y pataleó desesperadamente, inyectando más aire en su traje. Ascendió con rapidez y las alas rozaron sus botas, pero no consiguieron apresarle. Volviéndose, Lundy descargó su pistola desintegradora contra el terrible ser, alcanzándole de pleno entre los ojos.

La voraz criatura empezó a debatirse, mientras caía desordenadamente, como un ave herida. Las que venían detrás chocaron con ella, y se detuvieron para devorarla. Muy pronto una docena de ellas se entrelazaban en lucha mortal, peleándose como una bandada de gaviotas por un pez. Lundy nadó furiosamente, maldiciendo su engorroso traje.

Pero muchas de las gigantescas rayas vegetales no se detuvieron, y las otras no estarían paradas por mucho tiempo. Lundy movía brazos y piernas, fatigándose y sudando. Estaba medio muerto de miedo. Le parecía vivir una pesadilla, en la que son vanos todos los esfuerzos por avanzar.

La corriente parecía ser más rápida allá arriba. Reunió todos sus pensamientos en un apretado haz, que arrojó hacia el corazón del grupo de hombrecillos-planta, tratando de alcanzar el ser encerrado en la red.

«Puedo libertarte. Soy el único que puede hacerlo.»

Una voz le respondió en el interior de su cerebro. Era la voz que había oído ya una vez en el interior de la cabina de la nave voladora hundida. Una voz tan dulce y tenue como la flauta de Pan que resonaba en las umbrías de la Arcadia.

«Lo sé. Mis pensamientos se han cruzado con los tuyos...»

Aquella voz de elfo se interrumpió de pronto, como si experimentase un acceso de dolor. Muy débilmente, Lundy oyó:

«¡Qué peso! ¡Qué peso! Me cuesta moverme...»

Un desesperado anhelo por algo que él no podía comprender atravesó la mente de Lundy como el grito de un niño asustado. Y entonces el enjambre de hombrecillos vegetales se abrió y se dispersó como barrido por un huracán.

Lundy contempló como todos se despertaban de su sueño.

Ella había desaparecido, y los pequeños hombrecillos verdes no sabían por qué estaban allí ni qué hacían. Tenían el recuerdo conmovedor de una belleza inalcanzable, y eso era todo. Se sentían perdidos y asustados.

Y entonces vieron a los otros.

Fue como si les hubiesen asestado un tremendo golpe. Permanecieron inmóviles, dejándose llevar por la corriente, con sus ojos dorados muy abiertos y sorprendidos. Sus brillantes pétalos se plegaron sobre sí mismos y desaparecieron, y sus verdes cuerpos adquirieron un color casi negro.

Las rayas vegetales desplegaron sus alas y se abalanzaron sobre ellos como grandes pájaros negros. Y más allá, bajo el opaco brillo dorado, Lundy distinguió los distantes edificios de la colonia. Algunas de las puertas aún estaban abiertas, y frente a ellas esperaban grupos de diminutas figurillas.

Lundy aún conservaba cierta ventaja sobre las primeras rayas. Se apoderó de la red flotante y se la sujetó al cinto, para dirigirse luego con torpes movimientos hacia una torre en ruinas que se alzaba a su derecha.

Dio una perentoria orden telepática a los hombrecillos vegetales, tratando de obligarles a volverse y emprender la huida, asegurándoles al propio tiempo que él plantaría cara a los otros. Los pobrecillos estaban demasiado asustados para entenderle. Casi llorando, él los apostrofó. Al tercer intento consiguió hacerse comprender y entonces todos huyeron apresuradamente, con toda la velocidad que les fue posible.

Lundy, entre tanto, se había hecho fuerte entre las ruinas para hacer frente a sus primeros atacantes.

Empuñaba una pistola en cada mano y redujo a cenizas a muchas de las feroces rayas. Las aguas que le rodeaban pronto estuvieron llenas de cuerpos que se agitaban convulsivamente, y de vivos que devoraban a los muertos o se peleaban entre sí. Pero no podía detenerlas a todas, y algunas rayas llegaron hasta él.

Casi sin volver la cabeza podía ver las enormes siluetas rojas semejantes a grandes pájaros que se abatían sobre los moribundos, para envolverlas en sus anchas alas, y permanecer luego quietas en el centro de la corriente, entregadas a su espantoso festín.

Entre tanto, la algas femeninas mantenían abiertas las puertas de sus casas. Así esperaron hasta que el último de sus compañeros regresó, y entonces cerraron las puertas de oro en las narices romas de las feroces rayas. Sólo perecieron unos pocos de los hombrecillos verdes. Solamente unas cuantas viudas tendrían que ocultar sus pétalos y llevar su azul grisáceo de luto. Lundy se alegró de ello.

Más valía que Lundy se alegrase de algo, porque uno de aquellos feroces seres había hecho presa sobre los hombros del terrestre. Las voraces algas habían conseguido descubrir finalmente a su atacante. Además, Lundy era entonces la única presa visible.

Se reunieron para dar el asalto final, después de describir una apretada curva en las negras aguas. Lundy consiguió aniquilar a dos más antes de que una de sus pistolas se quedase sin carga. Poco después, la otra se encasquilló.

Lundy, solo en la torre arruinada, veía cómo la muerte giraba en círculos a su alrededor. Y entonces le habló de nuevo la dulce voz del ello encerrado en la red:

«Suéltame. ¡Suéltame!»

Lundy apretó fuertemente las mandíbulas y tomó la única alternativa que le quedaba. Deshinchó su traje y saltó, para hundirse en las negras profundidades del edificio en ruinas.

Las rayas plegaron sus alas como un pájaro al caer como una piedra y descendieron tras él, impeliéndose con enérgicos coletazos.

Por las hendiduras de los muros y por las ventanas penetraban destellos intermitentes. Lundy descendió largo rato. No necesitaba escaleras. Además, los terremotos habían hundido casi todos los pisos.

Las rayas le seguían implacablemente. Sus largos cuerpos sinuosos eran tan ágiles como el de un tiburón, y avanzaban con celeridad increíble.

Y la vocecilla no cesaba de gritar en su mente, pidiéndole que la soltase.

Así llegó Lundy al fondo.

Le rodeaban allí unos muros solidísimos, y reinaba una profunda obscuridad. Se hallaba en un lugar lleno de ruinas y cascotes. Avanzó a tientas. La luz del casco se había averiado, y además tampoco la hubiera utilizado para no atraer a sus perseguidores.

Notaba la presencia de éstos, girando veloces a su alrededor. Echó a correr sin rumbo determinado y tropezando en las piedras. Por tres veces le rozaron unos grandes cuerpos musculosos, derribándole, pero no pudieron apresarle en la obscuridad, porque chocaban entre sí y se confundían.

Lundy cayó de pronto en una gran sala, contigua a la estancia en que se hallaba y a un nivel algo inferior al de ésta. Apenas recibió daño en la caída. Las áureas puertas se abrían hacia las aguas libres, y reinaba bastante claridad.

Bastante claridad para que Lundy viese algunas cabezas de rayas que trataban de entrar, y también bastante para que éstas viesan a Lundy.

La vocecilla insistía:

«¡Suéltame ¡Suéltame!»

A Lundy no le quedaba aliento para maldecir. Volviéndose, echó a correr, pero las rayas movieron lánguidamente sus colas y le alcanzaron antes de que hubiese podido recorrer diez metros. Hubiérase dicho que se reían de él.

Lo único que salvó de momento a Lundy fue que cuando desplegaron sus grandes alas para envolverle en ellas, chocaron con las que venía del otro lado. Esto las detuvo por unos segundos. Aunque ello bastó para que Lundy viese la puerta.

Era una portezuela de piedra negra sin ningún ornamento, que permanecía entreabierta sobre sus goznes de oro, a unos tres metros de distancia.

Lundy se precipitó hacia ella. Esquivó una enorme ala que se abatía sobre él, dio un tremendo salto que casi partió su espinazo, y asió el borde de la puerta con ambas manos, tirando frenéticamente de él.

El extremo de un tentáculo chocó contra sus pies. Sus botas con suela de plomo golpearon el suelo, y por un momento pensó que le habían roto las piernas. Pero la onda líquida creada por el golpe le ayudó a introducirse por la estrecha abertura.

Media docena de romas cabezas parduscas trataron de introducirse tras él, sin conseguirlo. Lundy se hallaba a gatas, tratando de recuperar su aliento, pero le parecía como si su pecho soportara el peso de un torreón de piedra. Además, su vista se debilitaba.

Avanzó a rastras hasta arrimar su hombro a la puerta, empujándola con fuerza para cerrarla. Pero la puerta no se movió. La construcción se había movido, atascando para siempre la puerta en sus goznes. Ni siquiera las poderosas rayas podían abrirla.

Pero a pesar de ello, seguían forcejeando. Lundy se arrastró lejos de allí. Al poco rato parte de aquel peso que oprimía su pecho desapareció, y recuperó la visión.

Un rayo de luz dorada, que brillaba y se apagaba intermitentemente, entraba por una grieta situada a unos diez metros sobre su cabeza. Era una pequeña hendidura, por la que ni siquiera hubiera podido pasar un niño. En la estancia no había más abertura que aquella y la puerta.

Era una habitación de reducidas dimensiones. Sus paredes de piedra eran completamente negras, sin adornos ni relieves, con excepción de la pared del fondo.

Ante ésta se alzaba un bloque cuadrado de azabache, de unos dos metros y medio de largo por poco más de un metro de ancho, ahuecado de manera peculiar, que hacía pensar en algo muy poco agradable. Sobre él lucía con un rojo resplandor, que parecía preludiar el fuego del infierno, un solo y enorme rubí, engarzado en la piedra.

Lundy había visto cámaras parecidas en antiguas ciudades que aún se hallaban en tierra firme. Allí era donde antaño se sacrificaban a los hombres que habían pecado contra sus semejantes o contra los dioses.

Lundy echó una mirada hacia los voraces monstruos que trataban de abrir más la puerta atrancada, y se rió, a pesar de que la situación no tenía nada de divertida. Después de disparar su último tiro, se sentó.

Aquellos monstruos terminarían sin duda por cansarse y se marcharían. Pero si no se iban dentro de pocos minutos, poco importaría que se quedasen. El oxígeno de Lundy se estaba acabando, y aún le faltaba mucho para llegar a la costa.

La vocecilla de la red gritó:

«¡Suéltame!»

–Vete al infierno –gritó Lundy. Se sentía muy cansado. Tan cansado que poco le importaba ya vivir o morir.

Se aseguró de que la red seguía bien sujeta al cinto, y el nudo que la cerraba bien apretado.

–Si vivo, irás a Vhía conmigo. Y si muero... bueno, ya no podrás hacer más daño a nadie. Habrá un diablo menos suelto en Venus.

«¡Quiero ser libre. ¡Suéltame, suéltame! Este peso agobiante.»

–Sí, claro. Quieres ser libre para volver locos a hombres como Farrell, y obligarles a abandonar sus mujeres e hijos para seguirte. Quieres ser libre para matar... – miró la red con ojos abotagados–. Jackie Smith era amigo mío ¿Y tú crees que podrás obligarme a que te suelte con tus artimañas?

Entonces la vio.

A través de la red, como si la apretada malla metálica fuese celofan. La tenía acurrucada sobre sus rodillas, un ser diminuto de apenas medio metro de estatura, doblado sobre sus piernas. La curva de su espalda parecía esculpida por un ángel en un pedazo de cálida nube rosada, nacarada...

Capítulo 5

El tembloroso Lundy empezó a sudar copiosamente. Cerró los ojos para no ver. Pero era inútil: la veía igualmente. No podía dejar de verla. Trató de luchar mentalmente, pero estaba muy cansado...

Ella estaba oculta casi por completo bajo su propia cabellera, negra como la noche y brillante como un rayo de luna y tornasolada como el pecho de un colibrí. Una cabellera de ensueño. Una cabellera con la que se hubiera estrangulado muy gustoso.

Ella levantó lentamente la cabeza, apartando de su cara aquel velo de cálidas tinieblas. Tenía los ojos ocultos por espesas y sedosas pestañas. Tendió ambas manos hacia Lundy, como una niña implorante.

Pero no era una niña. Era una mujer, desnuda como una perla y tan encantadora que Lundy sollozó, presa de un éxtasis tembloroso.

—No —dijo roncamente—. No. ¡No!

Ella le tendió los brazos implorando que la liberase, sin moverse.

Lundy se arrancó la red del cinto y la tiró sobre el altar de piedra. Levantándose, se dirigió cautelosamente hacia la puerta, pero ante ella las voraces rayas seguían acechando. Volvió a sentarse en el rincón mas alejado de los dos sitios que pudo hallar, y tomó un poco de bencedrina.

Esto constituyó un craso error. Había alcanzado ya casi el límite de saturación. La droga se le subió a la cabeza. Se sintió incapaz de luchar contra *ella*, de desoír sus ruegos. *Ella* se arrodilló sobre el altar tendiéndole los brazos, mientras un rayo de luz dorada la iluminaba como si se hallase en el interior de un templo.

—Abre los ojos —le suplicó Lundy—. Abre los ojos y mírame.

«Suéltame. ¡Suéltame!»

Aquella criatura hablaba a Lundy de una libertad que éste desconocía, la libertad del espacio interplanetario, con toda la Vía Láctea como campo de juegos, sin nada que constituyese una traba o un estorbo. Y con aquella añoranza se mezclaba el temor. Un pánico ciego, cervical...

—¡No! —gritó Lundy.

La mente de éste se ofuscó. De pronto se halló ante el altar, desatando la red con dedos temblorosos.

Se apartó tropezando y regresó tambaleándose a su rincón. Temblaba de pies a cabeza como un perro asustado.

—¿Por qué tienes que hacerlo? ¿Por qué tienes que torturarme y volverme loco por algo imposible... por algo que me matará? Igual haces con todos.

«¿Torturar? ¿Locura? ¿Matar? No entiendo. Todos me rinden culto. Es muy agradable sentirse objeto de un culto.»

—¿Agradable? —vociferó Lundy, casi sin darse cuenta—. ¿Agradable, dices? De modo que matas a un buen hombre como Farrell y ahogas a Jackie Smith...

«¿Matar? Espera... piensa de nuevo esta palabra...»

Algo en el interior de Lundy se volvió frío y quieto, conteniendo el aliento. Le envió de nuevo aquel pensamiento. Muerte. Final. Silencio. Tinieblas...

La pequeña figura resplandeciente que se erguía sobre el altar de piedra negra se postró de nuevo de hinojos, y su aspecto fue más triste que el grito de un ave marina en el crepúsculo.

«Así estaré yo pronto. Así estaremos todos nosotros. ¿Porqué este planeta nos arrebató al espacio? El peso, la gravedad y la presión nos oprimen y nos

aplastan, y no podemos liberarnos. En el espacio no existía la muerte, pero aquí moriremos...»

Lundy permanecía absolutamente inmóvil, mientras la sangre tamborileaba en sus sienes.

–¿Quieres decir que tú y todos tus semejantes del espacio vais en camino de morir? ¿Que... que esta ola de locura cesará por si misma?

«Pronto. Muy pronto. ¡En el Espacio no existía la muerte. ¡Ni el dolor! No los conocíamos. Aquí todo era nuevo, queríamos saborearlo todo, jugar con todo. No sabíamos...»

–¡Es espantoso! –exclamó Lundy, y miró a los monstruos que trataban de forzar la puerta de piedra. Luego se sentó.

«Tu también morirás.»

Lundy alzo lentamente la cabeza. Sus ojos tenían un terrible brillo.

–Te gusta que te rindan culto –murmuró–. ¿Te gustaría que te rindiesen culto después de tu muerte? ¿Te gustaría que te recordasen siempre como algo bueno y hermoso... como una diosa?

«Esto sería preferible a caer en el olvido.»

–¿Harás entonces lo que yo te pida? Si quieres, puedes salvarme la vida. Puedes salvar la vida de muchos de esos pequeños seres vegetales. Yo me ocuparé de que todos conozcan tu verdadera historia. Ahora te odian y te temen, pero después de esto te amarán y te reverenciarán.

«¿Quieres librarme de esta red?»

–Lo haré si antes me prometes hacer lo que te pido.

«Si he de morir, profiero hacerlo libre de esta red.»

La pequeña figura tembló y se echó hacia atrás el velo de su cabellera, negra como ala de cuervo.

«Apresúrate. Dime que...»

–Aparta a esos monstruos de la puerta. Llévatelos, con todos los que merodean por la ciudad, hasta el fuego de la montaña, donde perecerán.

«Me reverenciarán. Vale más esto que morir en una red. Te lo prometo.»

Lundy se levantó y se dirigió hacia el altar. Caminaba con paso incierto. Le temblaban las manos al desatar la red. El sudor le corría a raudales por el rostro, metiéndosele en los ojos. Quizás *ella* no mantendría su promesa. Quizás *ella*...

La red se abrió. *Ella* se irguió sobre sus piecitos sonrosados. Lentamente, como un jirón de niebla arrastrado por la brisa. Levantó la cabeza y sonrió. Tenía la boca roja y carnosa, los dientes eran dos ristra de níveas perlas. Sus pestañas bajas tenían sombras débilmente azuladas.

Empezó a crecer bajo el rayo de áurea luz, como una columna de niebla alzándose hacia el sol. El corazón de Lundy cesó de latir. El claro brillo de su tez, la armoniosa línea de su garganta y de su seno joven, la suave y modelada curva de su cadera y de su flanco...

«Tú también me rindes culto...»

Lundy dio dos pasos vacilantes hacia atrás.

–Te rindo culto... te adoro –susurró–. Déjame ver tus ojos.

Ella le sonrió y volvió la cabeza. Descendió del pétreo altar, y pasó flotando junto a él en las negras aguas. Estaba hecha de la materia de los sueños, sin peso ni substancia, pero era más deseable y atractiva que todas las mujeres que Lundy había conocido en su vida o visto en sus sueños.

El la siguió, tambaleándose. Trató de asirla.

–¡Abre los ojos! ¡Te lo ruego, ábrelos!

Ella siguió flotando y pasó por la puerta de piedra entreabierta. Las feroces rayas no la vieron. Únicamente veían a Lundy que avanzaba hacia ellas.

–¡Abre los ojos!

Ella se volvió entonces, en el preciso instante en que Lundy iba a precipitarse a una muerte cierta en la sala contigua. Lundy se detuvo, y vio cómo *ella* alzaba sus largas pestañas.

Lanzó un solo grito penetrante, y cayó de bruces sobre el piso de piedra negra.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí postrado. Debió de ser mucho tiempo, porque cuando volvió en sí apenas le quedaba el oxígeno suficiente para alcanzar la costa. Las rayas vegetales habían desaparecido.

Pero aquel tiempo fue una eternidad para Lundy... una eternidad de la que salió con el cabello canoso, amargas arrugas en torno a su boca, y una tristeza que jamás dejó su mirada.

Su sueño fue fugaz. Duró un breve instante, para verse ensombrecido al punto por la muerte. Tenía el cerebro embotado por las drogas y cansado, y no sentía las cosas con la suficiente fuerza y claridad. Eso fue lo que le salvó.

Pero ya sabía lo que vio Jackie Smith antes de ahogarse. Sabía lo que había hecho enloquecer para siempre a tantos hombres, cuando veían los ojos de su sueño, y al verlos, lo destruían.

Porque tras aquellas largas y sedosas pestañas, no había... nada.

La máquina del sonido

Roald Dahl

The sound machine, © 1949. Traducido por Hernán Sabaté en *Órbita de alucinación La psicología en la ciencia ficción*, relatos recopilados por Asimov-Waugh-Greenberg, Super Ficción 98, Ediciones Martínez Roca S. A., 1986.

Hay innumerables cosas en el mundo que nos afectan constantemente. La «percepción» es el estudio de cómo se reciben e identifican algunas de tales cosas, como el sonido o el color.

Además de los cinco sentidos que más conocemos –vista, la oído, olfato, gusto y tacto– existen otras cosas en nosotros y en el mundo que nos rodea que podemos percibir. Podemos percibir el paso del tiempo, por ejemplo; o la presencia y cantidad de calor; o nuestra posición en el espacio y la posición de una parte del cuerpo en comparación con otra... Y así, muchas cosas más.

Por ejemplo, una prueba: cierre los ojos, extienda del todo el brazo con el índice recto y llévese la yema del dedo a la punta de la nariz en un gesto rápido. ¿Cómo podía saber dónde estaba la nariz la con los ojos cerrados? Su sentido quinesésico recuerda la posición de todas las partes del cuerpo.

Existen, naturalmente, otras cosas en el mundo que no podemos percibir porque no tenemos manera de captar las señales, o el bien porque, aunque podamos percibirlos, los estímulos que en condiciones normales nos afectarían están demasiado lejos o son demasiado débiles para hacerlo.

Por ejemplo, podemos captar sólo una parte ínfima de las radiaciones lumínicas que nos rodean. A esa parte la denominamos luz visible. Si pudiéramos ver otras radiaciones de este tipo, podríamos observar la luz infrarroja que despiden los objetos calientes, los rayos ultravioletas, los rayos X, las ondas de radio, etcétera. El ser humano no ha desarrollado nunca estas capacidades porque no le han sido necesarias, o bien porque esas radiaciones no existen en el ambiente natural salvo en cantidades muy pequeñas. En la naturaleza no hay rayos X, afortunadamente; de lo contrario sufriríamos graves daños.

Cada tipo de organismo tiene sus propias limitaciones sensoriales. Por ejemplo, el ser humano puede captar sonidos que van desde los 20 ciclos por segundo (cps) a los 20.000 cps, mientras que el perro puede captar «ultrasonidos» de hasta 50.000 cps, los murciélagos de hasta 120.000 cps y los delfines de hasta 150.000 cps. Y aunque nosotros no podemos escuchar los sonidos por debajo de los 20 ciclos, podemos percibirlos en forma de vibración (como en el sistema Sensurround de los cines).

Habitualmente, no pensamos que las plantas tengan sentidos pero, como es lógico, deben tenerlos. Las hojas responden a la luz, las raíces son afectadas por la gravedad, etcétera. Es posible que no conozcamos en toda su extensión los sentidos de las plantas. The secret life of plants, de Peter Tomkins y Christopher Bird, editada en 1973, expone una extensa lista de percepciones vegetales. Los

autores, por ejemplo, creen que hablar con amor a las plantas las hace crecer mejor, y hablarles con desagrado las perjudica. En capítulos posteriores exponen unos ejemplos cada vez más sensacionalistas de respuestas de las plantas que hacen parecerlas casi capaces de leer el pensamiento.

Los botánicos, que han estudiado las plantas meticulosamente, no parecen en absoluto impresionados por estas nuevas teorías, al menos por el momento. Sin embargo, supongamos que las plantas experimentan realmente sensaciones como las nuestras. En La máquina del sonido, Roald Dahl estudia esta posibilidad. Es cierto que diversos experimentos científicos demuestran que las plantas son más receptivas a los estímulos de lo que podíamos pensar. Hablar con las plantas las hace parecer, realmente, más sanas; probablemente, ello se deba a que nosotros exhalamos el dióxido de carbono que ellas necesitan para crecer. Naturalmente, lo mismo da si les hablamos con amor o con desagrado, siempre que exhalamos el aire en dirección a ellas. También parece afectarlas las vibraciones y sonidos de la música; la música clásica parece favorecer su crecimiento, mientras que el rock and roll parece perjudicarlas.

Roald Dahl (1916-), nacido en Gales de padres noruegos, reside actualmente en Gran Bretaña. Sin embargo, ha pasado gran parte de su vida en los Estados Unidos. Durante la segunda guerra mundial, como consecuencia de las heridas recibidas en la Royal Air Force, fue trasladado a Washington, donde empezó a escribir relatos sobre aviación. Sin embargo, pronto cambió de línea para dedicarse a los relatos de terror, algunos de ellos tan convincentes como Man from the south (1953) y Royal jelly (1960), por el que obtuvo merecida fama. En cuanto a otros aspectos, ha producido también varias novelas para niños, como The gremlins (1943) y Charlie and the Chocolate Factory (1964), esta última llevada a la pantalla con el título de Willie Wonka and the Chocolate Factory (1971).

Isaac Asimov

En el atardecer de un caluroso día de verano, Klausner salió a toda prisa de su casa y, tras recorrer el pasillo lateral que la circundaba, atravesó el jardín del fondo, dirigiéndose a un cobertizo de madera que había allí. Entró y cerró la puerta a sus espaldas.

La única habitación que constituía la cabaña estaba sin pintar. Adosada a una de las paredes, en el lado izquierdo, había una larga mesa de trabajo y sobre ella, entre un revoltijo de cables, baterías y pequeñas herramientas de precisión, había una caja negra, de casi un metro de largo, parecida al ataúd de un niño. Klausner se dirigió a la caja, que tenía la tapa levantada, y empezó a hurgar en su interior, entre una masa de tubos plateados y cables de diferentes colores. Cogió una hoja de papel que había sobre la mesa y la revisó con meticulosidad; miró de nuevo el interior de la caja y empezó a maniobrar por encima de los cables, tirando con suavidad de ellos a fin de comprobar las conexiones. De vez en cuando consultaba el papel, y de nuevo manipulaba en la caja para comprobar cada cable. De ese modo transcurrió aproximadamente una hora.

Entonces dirigió la mano al exterior de la caja, en cuyo frente había tres diales, que comenzó a hacer girar, sin dejar de observar al mismo tiempo el mecanismo del interior. Mientras lo hacía, hablaba para sí, moviendo la cabeza, a veces incluso sonriendo; sus manos se movían sin cesar; los dedos recorrían ágiles el interior de la caja. Cuando algo era delicado o difícil, su boca adquiría las más curiosas y retorcidas formas, y murmuraba:

–Sí..., sí... Y ahora éste... Sí, sí... Pero ¿es correcto? Es..., ¿dónde diablos está mi diagrama?... Ah..., sí... Desde luego... Sí, sí, eso es... Y ahora... Bien... Sí... Sí, sí, sí...

Su concentración era intensa, y sus movimientos rápidos. Trabajaba con urgencia, con intensidad y excitación contenidas.

De pronto oyó ruido de pasos sobre la grava del sendero, se enderezó y se volvió con rapidez hacia la puerta, que se abría en aquel momento para dar paso a un hombre alto. Era Scott. Simplemente Scott, su médico.

–Bien, bien –comentó al entrar–. Conque es aquí donde pasa oculto las veladas.

–Hola, Scott –saludó Klausner.

–Pasaba por aquí y he decidido entrar para ver cómo sigue. No he encontrado a nadie en la casa, y me he acercado hasta aquí. ¿Cómo está su garganta ?

–Bien, muy bien.

–Ya que estoy aquí, le echaré un vistazo.

–No se moleste, estoy bien, estoy perfectamente.

El doctor empezó a percibir cierta tensión en el lugar. Miró la caja negra y después observó al hombre.

–Lleva puesto el sombrero.

–Oh..., es verdad. Klausner se lo quitó y lo dejó sobre la mesa. El médico se acercó más, inclinándose para mirar el interior de alta la caja.

–¿Qué es? –dijo–. ¿Una radio?

–No, un pequeño experimento.

–Parece muy complicado.

–Lo es.

Klausner parecía tenso y distraído.

–¿De qué se trata? –preguntó el médico–. Es un artefacto bastante impresionante, ¿no?

–Es tan sólo una idea.

–¿Sí?

–Tiene que ver con el sonido, eso es todo.

–¡En el nombre del cielo! ¿No tiene ya suficiente durante todo el día con su trabajo?

–Me gusta el sonido.

–No lo dudo.

El médico fue hacia la puerta, se volvió y dijo:

–Bien, no le entretendré más. Me alegro de que su garganta ya no le cause molestias.

Pero no salió; se quedó allí mirando la caja, intrigado por la complejidad de su interior, curioso por descubrir lo que se proponía su extraño paciente.

–¿Para qué sirve? –preguntó–. Me ha intrigado usted.

Klausner miró primero la caja y después al médico. Se enderezó y empezó a rascarse el lóbulo de la oreja derecha. Hubo una pausa. El médico, de pie junto a la puerta, aguardaba sonriente.

–Bien, si le interesa se lo diré.

Se produjo una nueva pausa y el médico se dio cuenta de que a Klausner no sabía cómo empezar.

Empezó a mover los pies, a estirarse el lóbulo de la oreja, mirando al suelo. Lentamente, explicó:

–Bueno, el caso es..., en realidad se trata de una teoría muy simple. Como usted sabe, el oído humano no puede oírlo todo; hay sonidos que son tan bajos o tan altos que no podemos captarlos.

–Sí –asintió el médico–, lo sé.

–Bueno, hablando en términos generales, no podemos oír ninguna nota que tenga más de quince mil vibraciones por segundo. Los perros tienen mejor oído que nosotros y, como sabrá, en el comercio existen unos silbatos cuya nota es tan aguda que nosotros no podemos oírla, pero los perros sí.

–Sí, he visto uno –dijo el médico.

–Por supuesto que sí. Subiendo en la escala, hay otra nota más alta que la de ese silbato..., una vibración si lo prefiere, pero yo la considero una nota. Tampoco podemos oírla. Sobre ella hay otra, y otra más, elevándose en la escala; una sucesión sin fin de notas..., una infinidad de notas... Por ejemplo, existe una, ojalá pudiésemos oírla, tan aguda que vibra un millón de veces por segundo, y otra un millón de veces más alta que ésa..., y así sucesivamente, hasta el límite de los números, es decir hasta el infinito, eternamente..., más allá de las estrellas.

Poco a poco Klausner se iba animando. Era un hombrecillo frágil y nervioso, siempre en movimiento. Su inmensa cabeza se inclinaba sobre el hombro izquierdo, como si el cuello no fuese lo suficientemente fuerte para soportarla. Su

cara era suave y pálida, casi blanca; los ojos, de un gris muy claro, lo observaban todo, parpadeando tras unas gafas con montura de acero. Eran unos ojos desconcertantes, descentrados y remotos. Se trataba de un hombrecillo frágil, nervioso, siempre en movimiento, minúsculo, soñador y distraído. Y ahora, el médico, mirando aquella extraña cara pálida, y aquellos ojos grises, pensó que, en cierto modo, en aquella diminuta persona había una calidad de lejanía, de inmensidad, de distancia inconmensurable, como si la mente estuviese muy lejos del cuerpo.

El doctor esperó a que continuase. Klausner suspiró y unió las manos con fuerza.

—Creo que a nuestro alrededor existe todo un mundo de sonidos que no podemos oír —prosiguió ahora, con más calma—. Es posible que allí arriba, en las elevadas regiones inaudibles, se esté creando una excitante música nueva, con armonías sutiles y violentas, y agudas discordancias. Una música tan poderosa que nos volvería locos si nuestros oídos estuviesen sintonizados para captarla...

Allí puede haber algo..., por lo que sabemos, puede haberlo.

—Sí —admitió el médico—, pero no es muy probable.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —Klausner señaló una mosca posada sobre un pequeño rollo de alambre de cobre que había sobre la mesa—. ¿Ve aquella mosca? ¿Qué clase de ruido produce ahora? Ninguno..., que nosotros podamos oír. Pero tal vez esté silbando en una nota muy aguda, ladrando, graznando o bien cantando una canción. Tiene boca, ¿verdad? ¡Tiene garganta!

El médico miró al insecto y sonrió. Aún estaba junto a la puerta, con la mano en el pomo.

—Vaya —dijo—. ¿Así que eso es lo que pretende averiguar?

—Hace algún tiempo creé un sencillo aparato que me probó la existencia de una serie de sonidos inaudibles. Muchas veces me he sentado a observar cómo la aguja de mi aparato grababa la presencia de vibraciones sonoras en el aire sin que yo pudiera oírlas. Quiero oír sonidos, quiero saber de dónde proceden o que los produce.

—¿Y esa máquina que tiene sobre la mesa se lo permitirá?

—Puede que sí..., aunque ¿cómo saberlo? Hasta ahora no he tenido suerte, pero he hecho algunos cambios, y esta noche pienso probarla de nuevo. Esta máquina —exclamó Klausner, tocándola con ambas manos— tiene la misión de captar las vibraciones sonoras que son demasiado agudas para poder ser oídas por los humanos, y llevarlas a la escala de tonos audibles. He conseguido sintonizar la máquina casi como una radio.

—¿Qué quiere decir?

—No es complicado. Digamos que deseo oír el chillido de un murciélago. Es un sonido muy agudo, unas treinta mil vibraciones por segundo. La mayoría de nosotros no podemos captarlo. Pero si hubiese un murciélago revoloteando alrededor de este cuarto y yo sintonizase mi máquina a treinta mil, oiría el chillido con claridad. Podría oír la nota correcta, fa sostenido mayor, si bemol, la que

fuese. Pero en un tono mucho más bajo, ¿comprende? El médico miró la larga caja negra en forma de ataúd.

—¿Y la probará esta noche?

—Sí.

—Bien, le deseo suerte —miró su reloj—. ¡Dios mío! Debo irme en seguida. Adiós, y gracias por contármelo. Ya volveré en otro momento para que me diga el resultado.

El médico salió, cerrando la puerta tras de sí.

Klausner siguió trabajando durante un rato con los cables de la caja negra, después levantó la cabeza y, con un susurro bajo y excitado, dijo:

—Ahora a probarla de nuevo. Esta vez hay que sacarla al jardín..., así quizá..., quizá... la recepción será más clara... Ahora la levanto un poco..., cuidadosamente... ¡Dios mío, cómo pesa!

Al llegar con la caja hasta la puerta, se dio cuenta de que no podría abrir con las manos ocupadas. Depositó de nuevo la caja a sobre la mesa, abrió la puerta y después, con gran esfuerzo, la llevó hasta el jardín, colocándola con sumo cuidado sobre una pequeña mesa de madera que había en el césped. Volvió al cobertizo para coger unos auriculares, los conectó a la máquina y se los colocó. Los movimientos de sus manos eran veloces y precisos. Estaba excitado, y respiraba rápida y pesadamente por la boca. Siguió hablando consigo mismo, con pequeñas palabras reconfortantes y animosas, como si tuviese algún temor... de que la máquina no funcionase o de lo que podía suceder en caso de hacerlo.

Permaneció en el jardín, junto a la mesa de madera, tan pálido, diminuto y delgado como un niño prematuramente envejecido, tísico y con gafas. El sol se había puesto, no hacía viento y el silencio era absoluto. Desde donde estaba podía ver, al otro lado del muro que separaba su jardín del de la casa vecina, a una mujer que caminaba con una cesta llena de flores colgada del brazo. La miró durante un rato, aunque sin pensar para nada en ella. Después se volvió hacia la caja que reposaba sobre la mesa y presionó un botón de la parte delantera. Puso la mano izquierda sobre el control de volumen y la derecha sobre el dial que hacía correr la aguja por el disco central, parecido al de longitudes de onda de una radio. El disco estaba graduado en muchos números en series de bandas, empezando con el 15.000 y subiendo hasta 1.000.000.

Se inclinó sobre la máquina, la cabeza torcida hacia un lado en una tensa actitud de escucha. Su mano derecha empezó a hacer girar el dial; la aguja recorría lentamente el disco, tan lentamente que casi no la veía moverse. A través de los auriculares pudo oír un débil y espasmódico chasquido. Por debajo de este ruido, oyó un zumbido distante producido por la misma máquina, pero eso era todo. Mientras escuchaba, tuvo una curiosa sensación; sintió como si sus orejas se fuesen alejando de la cabeza y cada apéndice estuviera conectado a la misma por un delgado cable, rígido como un tentáculo, que se iba alargando y elevándose hacia una zona secreta y prohibida, una peligrosa región ultrasónica donde los oídos jamás habían penetrado y tampoco tenían derecho a hacerlo.

La pequeña aguja se deslizaba lentamente por el disco, y de pronto oyó un grito, un impresionante grito agudo; se sobresaltó y se agarró con fuerza a la mesa. Miró a su alrededor como si esperase ver a la persona que había gritado. No había nadie a la vista excepto la vecina en el jardín, y ella no lo había hecho. Estaba inclinada sobre unas rosas amarillas, que cortaba y ponía en su cesta.

Lo oyó de nuevo, un grito sin voz, inhumano, agudo y corto, claro y helado. La nota poseía en sí misma una calidad metálica menor, como jamás había escuchado. Klausner miró a su alrededor buscando instintivamente la causa de aquel ruido. La vecina era el único ser vivo a la vista. La vio inclinarse, apoderarse del tallo de una rosa con los dedos de una mano y cortarlo con unas tijeras. Oyó nuevamente el grito.

Llegó en el preciso instante en que el tallo de la rosa era cortado.

La mujer se enderezó, dejó las tijeras de poda en la cesta, al lado de las rosas, y se dio la vuelta para marcharse.

–¡Señora Saunders! –gritó Klausner, la voz temblorosa por la excitación–. ¡Señora Saunders!

Mirando a su alrededor, la mujer vio a su vecino inmóvil sobre el césped; una persona pequeña y fantástica con un par de auriculares en la cabeza, haciéndole señas con el brazo y llamándola con voz tan aguda y potente que la alarmó.

–¡Corte otra! ¡Por favor, corte otra en seguida! Ella se le quedó mirando.

–Pero, señor Klausner –preguntó–, ¿qué ocurre?

–Por favor, haga lo que le pido. ¡Corte otra rosa!

La señora Saunders siempre había pensado que su vecino era una persona un tanto especial. Pero ahora, al parecer, se había vuelto completamente loco. Se preguntó si no sería mejor echar a correr hacia la casa y llamar a su esposo, pero decidió que Klausner no era peligroso y le siguió la corriente.

–Con mucho gusto, señor Klausner.

Sacó las tijeras de la cesta, se inclinó y cortó otra rosa.

De nuevo Klausner oyó aquel terrible grito sin voz; le llegó otra vez en el momento exacto en que el tallo de la rosa era cortado. Se quitó los auriculares y corrió hacia el muro que separaba los dos jardines.

–Muy bien –dijo–. Es suficiente, no corte más, por favor, no corte más.

La mujer se le quedó mirando, con una rosa amarilla en una mano y las tijeras en la otra.

–Le diré algo, señora Saunders, algo que usted no creerá –puso las manos sobre el muro y la miró fijamente a través del grueso cristal de sus gafas–. Acaba de cortar un ramo de flores; y con unas afiladas tijeras ha cortado los tallos de cosas vivas, y cada se rosa que usted ha cortado ha gritado de un modo terrible. ¿Lo sabía, señora Saunders?

–No –respondió ella–, la verdad es que no lo sabía.

–Pues es cierto, las oí gritar. Cada vez que usted cortó una, oí su grito de dolor. Un sonido muy fuerte, aproximadamente unas ciento treinta mil vibraciones por segundo. Usted no puede oírlas, pero yo sí.

–¿De veras, señor Klausner? –murmuró la mujer, dispuesta a huir hacia la casa al cabo de cinco segundos.

–Quizás objete usted que un rosal no tiene sistema nervioso con el que sentir, ni garganta con la que gritar, y tendrá toda la razón. No dispone de ellos, por lo menos no iguales a los nuestros. Pero –se inclinó más sobre el muro y habló en un violento susurro– ¿cómo sabe, señora Saunders, que un rosal no siente el mismo dolor cuando alguien corta su tallo en dos que usted sentiría si alguien le cortase la muñeca con unas tijeras?

–Sí, señor Klausner, sí... Buenas noches.

Dio media vuelta y corrió velozmente hacia el interior de su casa.

Klausner volvió a la mesa, se colocó los auriculares y se quedó un rato escuchando. Aún se oía el suave chasquido y el zumbido de la máquina, pero nada más. Se inclinó y arrancó una pequeña margarita. La cogió entre el pulgar y el índice y suavemente la fue doblando en todas direcciones hasta que el tallo se partió.

Desde el momento en que empezó a tirar de ella hasta la rotura del tallo, pudo oír –muy claramente a través de los auriculares– un suave y agudo quejido, curiosamente inanimado. Repitió el mismo proceso con otra margarita. Escuchó nuevamente el grito, pero ahora ya no estaba seguro de que expresase dolor. No, no era dolor, era sorpresa. ¿O no lo era? En realidad no expresaba ninguno de los sentimientos o emociones conocidos por los seres humanos. Era un grito neutro, sin emoción, que no expresaba nada. Con las rosas había oído lo mismo, se había equivocado al decir que era un grito de dolor. Probablemente una flor no lo sentía. Sus sensaciones eran un completo misterio. Se levantó y se quitó los auriculares. Estaba ya muy oscuro, y podía ver puntos de luz brillando ventanas de las casas que le rodeaban. Levantó la caja negra con cuidado y la llevó de nuevo al interior del cobertizo, dejándola sobre la mesa. Después salió, cerró la puerta y se fue hacia la casa.

A la mañana siguiente Klausner se levantó al amanecer, se vistió y fue directamente al cobertizo. Cogió la máquina y la sacó al exterior, llevándola con ambas manos y caminando inseguro bajo su peso. Cruzó el jardín, la verja de entrada y la calle en dirección al parque. Allí se detuvo, miró a su alrededor y dejó la máquina en el suelo, cerca del tronco de un árbol. Rápidamente regresó a su casa, sacó el hacha de la carbonera y, volviendo al parque, la dejó en el suelo junto al árbol.

Miró de nuevo a su alrededor, escrutando nerviosamente en todas direcciones a través de los gruesos cristales de sus gafas. No había nadie. Eran las seis de la mañana.

Se colocó los auriculares y conectó la máquina. Durante un momento escuchó el débil y familiar zumbido; después levantó el hacha, tomó impulso con las piernas abiertas, y la clavó con tanta fuerza como le fue posible en la base del tronco del árbol. La hoja penetró profundamente en la madera y se quedó allí. En el momento mismo del impacto, a través de los auriculares oyó un ruido extraordinario. Era un ruido nuevo, distinto –un bronco, inarmónico e intenso ruido, un sonido sordo, grave, quejumbroso; no corto y rápido como el de las rosas, sino prolongado durante casi un minuto, más fuerte en el instante en que clavó el hacha, y debilitándose gradualmente hasta desaparecer.

Al hundirse el hacha en la carne del tronco, Klausner se quedó horrorizado; después, suavemente, asió el mango del hacha, la desprendió y la dejó caer al suelo. Pasó los dedos por la herida y trató de cerrarla, mientras decía:

–Árbol..., amigo árbol... Lo siento, lo siento mucho... pero cicatrizará, cicatrizará perfectamente...

Por un momento se quedó allí, con las manos sobre el inmenso tronco; de pronto se dio la vuelta y salió corriendo del parque, cruzó la calle y entró en su casa. Fue hacia el teléfono, consultó la guía, marcó un número y esperó. Oprimía con fuerza el auricular con la mano izquierda y daba con la derecha golpes impacientes sobre la mesa. Oyó el zumbido del teléfono y después su chasquido al ser descolgado el auricular al otro extremo del hilo. La voz soñolienta de un hombre dijo:

–Diga.

–¿El doctor Scott?

–El mismo.

–Doctor, tiene que venir inmediatamente. Dése prisa, por favor.

–¿Quién llama?

–Klausner. ¿Recuerda lo que le conté ayer por la tarde acerca de mis experimentos con el sonido y cómo esperé que podría...?

–Sí, sí, claro, pero ¿qué ocurre? ¿Está usted enfermo?

–No, no lo estoy, pero...

–Son las seis y media de la mañana, y me llama sin estar enfermo...

–Por favor, venga, venga en seguida, quiero que alguien más lo oiga. ¡Me estoy volviendo loco! No puedo creerlo...

El doctor captó en la voz del hombre la nota frenética y casi histérica que solía oír en las voces de la gente que le llamaba para decir: «Ha ocurrido un accidente, venga en seguida». Lentamente, dijo:

–¿Quiere que me levante y vaya inmediatamente?

–Sí, en seguida, por favor.

–Está bien, ahora voy.

Klausner se sentó junto al teléfono y esperó. Trató de recordar el grito del árbol, pero no lo logró. Pudo recordar únicamente que había sido enorme y espantoso y que le había hecho sentirse enfermo de horror. Trató de imaginar el ruido que produciría un ser humano anclado en tierra si alguien le clavaba deliberadamente una pequeña hoja puntiaguda en una pierna, de tal modo que le cortase profundamente y le quedara clavada. ¿El mismo ruido quizá? No, muy distinto. El ruido del árbol era peor que cualquiera de los sonidos humanos conocidos, debido a su terrorífica y oscura calidad atonal. Empezó a pensar en otras cosas vivas y se imaginó un campo de trigo, un campo de trigo de semillas erguidas, amarillo y vivo, y una segadora que lo cruzaba, cortando los tallos, quinientos por segundo, un segundo tras otro. ¡Oh, Dios! ¿Cómo sería aquel ruido? Quinientas plantas de trigo gritando a la vez, y un segundo después otras quinientas cortadas y gritando, y... «No –pensó–, no iré con mi máquina a un campo de trigo, no volvería a probar el pan.» Pero ¿y las patatas, las coles, las zanahorias, las cebollas? ¿Y las manzanas? No, con las manzanas no hay problema; cuando están maduras caen solas. Si a las manzanas se las deja caer en vez de arrancarlas de la rama no ocurre nada. Pero con las verduras es distinto. Las patatas, por ejemplo, debían de gritar, lo mismo que las zanahorias, las cebollas o las coles...

Oyó el pestillo de la puerta del jardín, se levantó de un salto, salió y vio al médico acercarse por el sendero, con el pequeño maletín negro en la mano.

–Bien –dijo este–, que ocurre.

–Venga conmigo, doctor, quiero que lo oiga. Le llamé a usted ya que es el único a quien se lo he contado. Está al otro lado de la calle, en el parque. ¿Quiere venir?

El doctor le miró; Klausner parecía más calmado. No había signos de locura o de histeria, estaba únicamente excitado.

Cruzaron la calle, se adentraron en el parque y Klausner le acompañó hasta el pie de la gran haya donde había dejado el hacha y la caja negra de la máquina.

–¿Para qué la ha traído aquí? –preguntó el médico.

–Necesitaba un árbol, y en el jardín no hay.

–¿Y el hacha?

–Ya lo verá usted. Ahora, por favor, póngase los auriculares y escuche con atención. Luego explíqueme claramente lo que haya oído. Quiero estar seguro...

El médico sonrió y se puso los auriculares.

Klausner se inclinó y encendió con un gesto el interruptor del tablero de la máquina; después asió el hacha y tomó impulso con las piernas abiertas, dispuesto a golpear. Se detuvo y le dijo al médico:

–¿Puede oír algo?

–¿Si puedo qué?

–Oír algo.

–Un zumbido.

Klausner permaneció inmóvil, con el hacha en la mano, esforzándose en golpear, pero el pensamiento del ruido que emitiría el árbol le hizo detenerse de nuevo...

–¿Qué espera? –dijo el médico.

–Nada –contestó Klausner.

Levantó el hacha y la clavó en el árbol. Antes de hacerlo, hubiera podido jurar que había notado un movimiento en el suelo, justo donde se hallaba. Sintió un ligero temblor en la tierra bajo sus pies, como si las raíces del árbol estuviesen en movimiento bajo la superficie. Sin embargo, era demasiado tarde para corregir el impulso; la hoja golpeó el árbol y se hundió profundamente en la madera. En aquel momento, en lo alto, sobre sus cabezas, el chasquido de la madera al astillarse y el sonido susurrante de las hojas al rozar entre sí les hizo mirar hacia arriba.

–¡Cuidado! ¡Corra, hombre, corra! ¡Aprisa! –gritó el médico.

Se había quitado los auriculares y se alejaba a toda velocidad, pero Klausner se quedó allí, fascinado, mirando la gran rama, de casi dos metros de largo, que se inclinaba lentamente, partiéndose por su punto más grueso, donde se unía al tronco del árbol.

La rama se vino abajo con un crujido y Klausner saltó hacia un lado en el momento preciso en que aquélla llegaba al suelo, cayendo sobre la máquina, haciéndola pedazos.

–¡Cielos! –gritó el médico–. ¡Sí que la tuvo cerca, creí que le caía encima!

Klausner miraba al árbol, con la cabeza ladeada y una expresión tensa y horrorizada en su cara pálida. Lentamente, fue hacia el tronco y arrancó el hacha con suavidad.

–¿Lo ha oído? –dijo con voz casi inaudible, volviéndose hacia el médico.

Éste, que aún estaba sin aliento por la carrera y el sobresalto, preguntó.

–¿El qué?

–Por los auriculares. ¿Oyó usted algo cuando el hacha golpeó?

El médico empezó a rascarse la nuca.

–Pues –dijo–, de hecho... –se calló y frunció ligeramente el labio superior–. No, no estoy seguro, no puedo estar seguro. No creo que llevase puestos los auriculares más de un segundo después que usted clavó el hacha.

–Sí, pero ¿qué oyó usted?

–No lo sé. No sé lo que oí. Probablemente el ruido de la rama al partirse –añadió rápidamente, casi con irritación.

–¿Qué le pareció que era? –Klausner se inclinó ligeramente y miró con fijeza a su interlocutor–. Exactamente, ¿qué le pareció que era?

–Al demonio –repuso el médico–. No lo sé. Estaba más interesado en quitarme de en medio. Dejémoslo, ¿quiere?

–Doctor Scott, ¿qué-le-pareció-que-era?

–Por el amor de Dios, ¿cómo puedo saberlo, con medio árbol viniéndoseme encima y teniendo que correr para salvarme?

El médico parecía nervioso, y Klausner se daba cuenta de ello. Se quedó muy quieto, mirándolo fijamente, y durante casi medio minuto no dijo nada.

El otro movió los pies e hizo un gesto como para irse.

–Bueno –dijo–, es mejor que nos marchemos.

–Oiga –dijo el hombrecillo, y su cara pálida se cubrió de rubor–. Oiga –repitió–, hágale una sutura –señaló la última herida que el hacha había abierto en el tronco–. Hágasela en seguida.

–No sea absurdo –dijo el médico.

–Haga lo que le digo. Una sutura.

Klausner sostenía con fuerza el hacha, y hablaba en voz baja, con tono extraño, casi amenazador.

–No sea absurdo –dijo tajante el médico–, no puedo hacer suturas en la madera. Vamos, será mejor que nos vayamos.

–¿No se pueden hacer suturas en la madera?

–No, claro que no.

–¿Trae yodo en el maletín?

–Sí, ¿por qué?

–Pinte el corte con yodo. Escocerá, pero no puede evitarse.

–Vamos –dijo el médico, y de nuevo trató de marcharse–, no seamos ridículos. Volvamos a su casa y...

–Pinte-el-corte-con-yodo...

El médico dudó. Observó como las manos de Klausner se crispaban en tomo al mango del hacha. Decidió que su única alternativa era alejarse a toda prisa, pero desde luego no iba a hacer una cosa así.

–Está bien –dijo–, lo pintaré con yodo.

Recogió su maletín negro, que se hallaba más allá, a unos diez metros, apoyado en un árbol; lo abrió, y extrajo la botella de yodo y una bola de algodón. Fue hacia el tronco, destapó la botella y empapó el algodón con el yodo. Se inclinó sobre la

49 cuentos Fantásticos

herida y empezó a pintarla. Miraba de reojo a Klausner, que permanecía inmóvil con el hacha en la mano, observándole.

–Asegúrese de que penetre bien.

–Sí –asintió el médico.

–Ahora pinte la otra herida, la que está encima.

El médico hizo lo que Klausner le decía.

–Bueno –dijo–, ya está –se levantó y examinó con expresión grave su obra–. Esto le hará bien.

Klausner se acercó y examinó detenidamente las dos heridas.

–Sí –dijo, asintiendo despacio con la enorme cabeza–, sí, quedará bien –dio un paso atrás–. ¿Vendrá mañana a darle una ojeada?

–Oh, sí –dijo el médico–, desde luego.

–¿Y le aplicará más yodo?

–Si veo que hace falta sí.

–Gracias, doctor –dijo Klausner, entusiasmado.

Asintió de nuevo con la cabeza, y soltó el hacha y, de pronto sonrió. Era una sonrisa extraña y excitada. De inmediato, el médico fue hacia él y, cogiéndole amablemente por el brazo, le dijo:

–Vamos, debemos irnos ahora.

Se pusieron a caminar en silencio, juntos, con cierta rapidez, a través del parque, cruzando la calle, de regreso a casa.

Wood'stown

Alphonse Daudet

Alphonse Daudet nació en 1840 y murió en 1897. En vida fue muy respetado por sus novelas y obras dramáticas; más tarde se impusieron sobre todo sus relatos. Fue fundamental para él su encuentro con Frédéric Mistral, líder de un movimiento de revaloración de la literatura y el lenguaje provenzal. A partir de entonces se despertó su entusiasmo por la vida en el sur de Francia, a la que consideraba artística, apasionada, y sensual, en contraste con el intelectualismo del norte, y sobre todo de París. Durante un tiempo se vio obligado a vivir en Argelia, por dolencias relacionadas con una enfermedad venérea. En Cartas desde mi molino (1869) expresó sus vivencias en la isla de Córcega. Su estado de salud empeoró progresivamente, afectándole la médula espinal. Ello no le impidió seguir con su obra, y patrocinar a jóvenes escritores, entre los que se encontraba Marcel Proust.

Su estilo y obra son encuadrados por lo general dentro del naturalismo. Lo aparta de esta escuela, sin embargo, una menor concentración en los aspectos desagradables o sensacionalistas de la existencia. Su virtuoso manejo de la descripción impresionista estaba sólidamente asentado en la observación: solía tomar notas en las que luego abrevaba para sus narraciones. Se concentraba en personajes supuestamente menores, pero destacables. Según él, una novela debía ser "la historia de la gente que nunca tendrá una historia". Las prodigiosas aventuras de Tartarín de Tarascón (1872) fue mal recibido por el público y la crítica en el momento de ser publicado, pero luego el personaje se convirtió en modelo ejemplar y caricaturesco de la ingenuidad y la fanfarronería.

Wood'stown es uno de los pocos, si no el único, relato de su obra que se relaciona con la literatura fantástica o la ciencia ficción. Es una impecable estampa ecologista que pone de manifiesto la fecundidad de lo vegetal, el poder de las plantas, tema repetido en infinidad de novelas y cuentos posteriores, entre ellos clásicos como: El día de los trífidos de John Wyndham y Más verde de lo que creéis de Ward Moore.

El emplazamiento era soberbio para construir una ciudad. Bastaba nivelar la ribera del río, cortando una parte del bosque, del inmenso bosque virgen enraizado allí desde el nacimiento del mundo. Entonces, rodeada por colinas, la ciudad descendería hasta los muelles de un puerto magnífico, establecido en la desembocadura del Río Rojo, sólo a cuatro millas del mar.

En cuanto el gobierno de Washington acordó la concesión, carpinteros y leñadores se pusieron a la obra; pero nunca habían visto un bosque parecido. Aferrado al suelo con todas sus lianas, con todas sus raíces, cuanto talaban por un lado renacía por el otro, rejuveneciendo de sus heridas, en las que cada golpe de hacha hacía brotar botones verdes. Las calles, las plazas de la ciudad, apenas trazadas, comenzaron a ser invadidas por la vegetación. Las murallas crecían con

menos rapidez que los árboles, y en cuanto se erguían, se desmoronaban bajo el esfuerzo de las raíces siempre vivas.

Para terminar con esas resistencias donde se enmohecía el hierro de las sierras y de las hachas, se vieron obligados a recurrir al fuego. Día y noche una humareda sofocante llenaba el espesor de los matorrales, en tanto que los grandes árboles de arriba ardían como cirios. El bosque intentaba luchar aún demorando el incendio con oleadas de savia y con la frescura sin aire de su follaje apretado. Finalmente llegó el invierno. La nieve se abatió como una segunda muerte sobre los inmensos terrenos cubiertos de troncos ennegrecidos, de raíces consumidas. Ya se podía construir.

Muy pronto una ciudad inmensa, toda de madera como Chicago, se extendió en las riberas del Río Rojo, con sus largas calles alineadas, numeradas, abriéndose alrededor de las plazas, la Bolsa, los mercados, las iglesias, las escuelas y todo un despliegue marítimo de galpones de aduanas, de muelles, de entrepuertos, de astilleros para la construcción de los barcos. La ciudad de madera, Wood'stown – como se la llamó– fue rápidamente poblada por los estrenadores de casas de las ciudades nuevas. Una actividad febril circulaba en todos los barrios; pero sobre las colinas de los alrededores, que dominaban las calles repletas de gente y el puerto lleno de barcos, una masa sombría y amenazadora se instaló en semicírculo. Era el bosque que miraba.

Miraba aquella ciudad insolente que había ocupado su lugar en las riberas del río, y de tres mil árboles gigantescos. Toda Wood'stown estaba hecha con su vida misma. Los altos mástiles que se balanceaban en el puerto, aquellos innumerables desniveles uno tras otro, hasta la última cabaña del barrio más alejado, todo se lo debían, tanto los instrumentos de trabajo como los muebles, tomando sólo en cuenta el largo de sus ramas. Por esto, ¡qué rencor terrible guardaba contra esta ciudad de ladrones!

Mientras duró el invierno, no se notó nada. Los habitantes de Wood'stown oían a veces un crujido sordo en sus techumbres y en sus muebles. De vez en cuando una muralla se rajaba, un mostrador de tienda estallaba en dos estruendosamente. Pero la madera nueva padece estos accidentes y nadie les daba importancia. Sin embargo, al acercarse la primavera –una primavera súbita, violenta, tan rica de savia que se sentía bajo la tierra como el rumor de las fuentes– el suelo comenzó a agitarse, levantado por fuerzas invisibles y activas. En cada casa, los muebles, las paredes de los muros se hinchaban y se veía en los tablones del piso largas elevaciones, como ante el paso de un topo. Ni puertas, ni ventanas, ni nada funcionaba. "Es la humedad –decían los habitantes– con el calor pasará".

De pronto, al día siguiente de una gran tempestad que provenía del mar, y que trajo el verano con sus claridades ardientes y su lluvia tibia, la ciudad, al despertar, lanzó un grito de estupor. Los techos rojos de los monumentos públicos, las campanas de las iglesias, los tablones de las casas y hasta la madera de las camas, todo estaba empapado en una tinta verde, delgada como una capa de moho, leve como un encaje. De cerca parecía una cantidad de brotes microscópicos, donde ya se veía el enroscamiento de las hojas. Esta nueva rareza divirtió sin inquietar más; pero, antes de la noche, ramitas verdes se abrieron en todas partes sobre los muebles, sobre las murallas. Las ramas

crecían a ojos vistas; si uno las sostenía un momento en la mano, se las sentía crecer y agitarse como alas.

Al día siguiente todas las viviendas parecían invernaderos. Las lianas invadían las rampas de las escaleras. En las calles estrechas, las ramas se enlazaban de un techo al otro, poniendo por encima de la ruidosa ciudad la sombra de avenidas arboladas. Esto se volvió inquietante. Mientras los sabios reunidos discutían sobre este caso de vegetación extraordinaria, la muchedumbre salía fuera para ver los diferentes aspectos del milagro. Los gritos de sorpresa, el rumor sorprendido de todo aquel pueblo inactivo daba solemnidad al extraño acontecimiento. De pronto alguien gritó: "¡Miren el bosque!", y percibieron, con terror, que desde hacía dos días el semicírculo verde se había acercado mucho. El bosque parecía descender hacia la ciudad. Toda una vanguardia de espinos y de lianas se extendían hasta las primeras casas de los suburbios.

Entonces Wood'stown empezó a comprender y a sentir miedo. Evidentemente el bosque venía a reconquistar su lugar junto al río; sus árboles, abatidos, dispersos, transformados, se liberaban para adelantárselo. ¿Cómo resistir la invasión? Con el fuego se corría el riesgo de incendiar la ciudad entera. ¿Y qué podían las hachas contra esta savia sin cesar renaciente, esas raíces monstruosas que atacaban por debajo del suelo, esos millares de semillas volantes que germinaban al quebrarse y hacían brotar un árbol donde quiera que cayeran?

Sin embargo todos se pusieron bravamente a luchar con las hoces, las sierras, los rastrillos: se hizo una inmensa matanza de hojas. Pero fue en vano. De hora en hora la confusión de los bosques vírgenes, donde el entrelazamiento de las lianas creaban formas gigantescas, invadía las calles de Wood'stown. Ya irrumpían los insectos y los reptiles. Había nidos en todos los rincones, golpes de alas y masas de pequeños picos agresivos. En una noche los graneros de la ciudad fueron totalmente vaciados por las nidadas nuevas. Después, como una ironía en medio del desastre, mariposas de todos los tamaños y colores volaron sobre las viñas florecidas, y las abejas previsoras, buscando abrigo seguro en los huecos de los árboles tan rápidamente crecidos, instalaron sus colmenas como una demostración de permanencia y conquista.

Vagamente, en el gemido rumoroso del follaje se oían golpes sordos de sierras y de hachas; pero el cuarto día se reconoció que todo trabajo era imposible. La hierba crecía demasiado alta, demasiado espesa. Lianas trepadoras se enroscaban en los brazos de los leñadores y agarrotaban sus movimientos. Por otra parte, las casas se volvieron inhabitables; los muebles, cargados de hojas, habían perdido la forma. Los techos se hundieron perforados por las lanzas de las yucas, los largos espinos de la caoba; y en lugar de techumbres se instaló la cúpula inmensa de las catalpas. Era el fin. Había que huir.

A través del apretujamiento de plantas y de ramas que avanzaba cada vez más, los habitantes de Wood'stown, espantados, se precipitaron hacia el río, arrastrando en su huida lo que podían de sus riquezas y objetos preciosos. ¡Pero cuántas dificultades para llegar al borde del agua! Ya no quedaban muelles. Nada más que musgos gigantes. Los astilleros marítimos, donde se guardaban las maderas para la construcción, habían dejado lugar a bosques de pinos; y en el puerto, lleno de flores, los barcos nuevos parecían islas de verdor. Por suerte se encontraban allí algunas fragatas blindadas en las que se refugió la

49 cuentos Fantásticos

muchedumbre desde donde pudieron ver al viejo bosque unirse victorioso con el bosque joven.

Poco a poco los árboles confundieron sus copas y bajo el cielo azul resplandeciente de sol, la enorme masa del follaje se extendió desde el borde del río hasta el lejano horizonte. Ni rastro quedó de la ciudad, ni de techos, ni de muros. A veces un ruido sordo de algo que se desmoronaba, último eco de las ruinas, donde se oía el golpe de hacha de un leñador enfurecido, retumbaba en las profundidades del follaje. Solamente el silencio vibrante, rumoroso, zumbante de nubes de mariposas blancas giraban sobre la ribera desierta, y lejos, hacia alta mar, un barco que huía, con tres grandes árboles verdes erguidos en medio de sus velas, llevaba los últimos emigrantes de lo que fue Wood'stown...

La hija del árbol

Miriam Allen DeFord

The daughter of the tree, © 1951. Traducción de Mireia Bofill en *Extraños compañeros de cama*, selección de Thomas N. Scortia, Super Ficción 44, Ediciones Martínez Roca S. A., 1979.

Si tuviera que jugarle algo en una apuesta sobre cuál de los dos acabará hundiéndose antes, si el Peñón de Gibraltar o Miriam Allen DeFord, escogería el primero y comenzaría a buscar acomodo para los monos de Gibraltar en el zoológico de San Francisco. Con sus ochenta años bien cumplidos, Miriam puede más que cualquier pareja de nosotros en las reuniones mensuales que celebra Mystery Writers of America en Rocca's de San Francisco. Se me abre la boca sólo de pensar lo que debió ser cuando estaba en la flor de la vida..., très formidable, como dirían los franceses. Si después de estas palabras se la imaginan como una grande dame de imponente figura que abrumba a la gente con su aire de tener un contacto directo con el arcángel Gabriel por lo menos, descarten esa idea. Es una mujer menuda, casi recatada, de voz suave y con un excitante sentido del humor.

En una carta me dice que a este relato, el primero que publicó en «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», le siguió luego otro cuento sobre un árbol Gathi, a raíz del cual Tony Boucher la acusó de dendrofilia. Ella reconoce francamente esta peculiar afición. «Hasta el punto en que el muchacho se encuentra con el indio –escribe–, todo esto le sucedió a mi marido, exactamente tal y como está escrito, cuando se trasladó de Baltimore a Seattle en su primera juventud.»

Lo que más le oprimía a Lee era el silencio. En su casa, en Boston, había aprendido de memoria a Longfellow: «El murmullo de los pinos y los abetos». Allí había pinos y abetos del Canadá, aunque la mayor parte del bosque estaba formado por abetos corrientes y, sobre todo, abetos rojos; pero ninguno de ellos murmuraba. No había pájaros cantores y sólo de tarde en tarde escuchaba la llamada de una tórtola. Incluso echaba de menos el rumor del río Snoqualmie que tanto le había importunado la primera noche. El muchacho depositó en el suelo el hornillo de latón y las sartenes y latas, para dar un descanso a sus hombros, y bebió un largo trago de su botella de agua. Pensó que, tal vez, a fin de cuentas, había sido una insensatez no intentar cruzar ese puente a medio terminar.

Pero jamás hubiera podido cruzarlo. Todas las bromas y burlas de Watt sobre los cobardes jovencuelos de dieciocho años incapaces de mantener el equilibrio sólo sirvieron para encenderle la cara; no pudieron obligarle a poner un pie sobre ese artilugio tambaleante con los enormes boquetes que se abrían en medio. Nunca había soportado la altura. Cierta vez, cuando era un renacuajo y su padre le llevó a Vermont en verano, descubrió que se mareaba y sentía náuseas cuando no tenía un terreno sólido bajo los pies. Se las arreglaría muy bien solo. Tenía un hacha para cortar la maleza si los matorrales y los rododendros se hacían demasiado espesos. Si se topaba con un puma, o incluso con un oso, lo más

probable era que éste retrocediera apresuradamente al verle. No tenía miedo. Sólo que todo estaba tan terriblemente callado.

Para darse ánimos, empezó a silbar *McGinty bajó al fondo del mar*, una cancioncilla en boga en Boston dos años atrás, en 1890, antes de que falleciera su padre y él se encontrara a la deriva. Entonces le había parecido un sueño romántico y aventurero dejar la escuela y dedicar todo lo que le restaba del dinero del seguro para viajar a Seattle con Watt Gibson. Sólo hacía un año que Washington se había convertido en un estado; Watt, con los cinco años que le aventajaba en edad, y un tío que llevaba una década en el Oeste y lo había mandado a buscar, estaba lleno de optimistas historias de futuras perspectivas en las que se mezclaban inextricablemente el dinero y la excitación. Pero los muchachos llegaron a la zaga de un gran incendio que dejó a la pequeña ciudad postrada, con sólo dos edificios comerciales en pie; la gente vivía en tiendas de campaña y había poco trabajo, excepto para carpinteros y albañiles con experiencia. Entonces el tío de Watt se unió a una partida que iba a colonizar el territorio al este del Snoqualmie; y Lee, que había salido raras veces de la ciudad, agradeció abrumado la oportunidad de acompañarles como cocinero.

No había contado con que tendría que recorrer varios kilómetros a lo largo de una quebrada, completamente solo, hasta que ésta se hiciera lo suficientemente estrecha para poder cruzarla, y luego recorrer el camino de regreso hasta el campamento.

Bueno, si los otros eran capaces de sobrevivir todo ese tiempo sin tocino ni tortas, él lograría sobrevivir hasta volver a encontrarlos. Se agachó y volvió a cargarse al hombro la pesada mochila con los utensilios de cocina. No se oyó el menor crujido de ramitas ni un susurro de aire; pero cuando dio un rodeo en torno al enorme tronco de un abeto se encontró cara a cara con un hombre que le aguardaba calladamente.

Lee dio un salto y las latas tintinearón, pero el hombre continuó quieto, esperando. Era un indio, probablemente uno de los indios Flathead de la plantación de lúpulo, pues a veces salían al bosque en busca de bayas, perdices y antílopes durante la temporada baja.

—*Klahowya sikhs*—dijo tímidamente Lee.

Todas esas tribus indias de orígenes y lenguas diversas hablaban chinook, la jerga comercial; y también lo hablaban todos los hombres blancos que tenían tratos con ellos; y Lee se había entretenido casi dos años en aprender a hablar con fluidez la curiosa mezcla de inglés, francés, castellano y diversos dialectos indios.

—*Klahowya*—respondió tajantemente el desconocido.

Lee no hablaba con tanta facilidad como había imaginado. El impasible rostro moreno que tenía delante casi se sonrió mientras él le explicaba trabajosamente hacia dónde se dirigía, eludiendo los motivos del viaje. Esos tipos eran capaces de cruzar el Gran Cañón sobre un tablón; su delicado sentido del equilibrio los emparentaba con los gatos.

Se enteró de que estaba casi a ocho kilómetros del final de la quebrada. Ya había recorrido al menos cinco, de modo que le quedarían trece kilómetros de regreso por el otro lado. Todavía estaba poco avanzado el día; con suerte, podría reunirse con su grupo al atardecer. Si tenían hambre, podían encender una hoguera, calentar café y comer algunas galletas que habían sobrado del desayuno, pero él, a pesar de llevar el hornillo y todos los utensilios de cocina, no llevaba consigo nada comestible, aparte de la sal y la levadura y una pequeña y solitaria lata de harina. Se sintió bastante aliviado cuando el indio inquirió:

—¿*Mesika olo?*

Sí, tenía mucha hambre, como sólo puede tenerla un muchacho de dieciocho años en perfecto estado de salud. El indio tenía una bolsa llena de bayas y dos tórtolas. Celebrarían un festín.

Gravemente, sin hablar demasiado, montaron el hornillo y recogieron astillas. Lee preparó unas tortas mientras el indio desplumaba y limpiaba las tórtolas. Se pusieron a comer con buen apetito.

Inesperadamente, las matas de rododendro a su derecha se abrieron sin apenas un sonido y apareció una muchacha. El indio la saludó cortésmente con la cabeza y la muchacha esbozó una tímida sonrisa, pero no pronunció ni una palabra. Lee permaneció sentado con la boca entreabierta, la mirada fija en ella, con un palillo olvidado entre los dedos. La muchacha se dejó caer en el suelo a su lado, con un gracioso gesto, y se dispuso a compartir la comida, sin haber pronunciado aún una palabra.

En medio de su sorpresa, el muchacho se olvidó de la comida. Miró inquisitivamente a su compañero, pero el indio se limitó a menear muy levemente la cabeza y continuó impassible su comida. La muchacha no emitió ni un sonido y no pareció advertir las miradas subrepticias de Lee.

Iba vestida como una india, pero resultaba evidente que era de pura sangre blanca. Su cabello, que llevaba peinado en dos largas trenzas, era de un suave color castaño, y cuando alargó el brazo para coger una torta, Lee pudo distinguir la blancura de su piel, más allá de la parte bronceada. Una vez le miró de lleno, con una curiosidad equivalente a la suya, y Lee vio que tenía los ojos azul oscuro.

Luego se levantó tan sigilosamente como había aparecido, alzó un momento las manos por encima de la cabeza, en señal de saludo y aparentemente también de agradecimiento, y se alejó en silencio. Sus pasos, con los mocasines de ante, no produjeron ni un sonido, y aunque Lee se levantó de un salto y corrió algunos pasos tras ella, no pudo descubrirla por ningún lado.

Cuando volvió, el indio estaba recogiendo las cosas y enterrando los restos de su comida. Parecía divertido, pero esperó que fuera Lee quien hablara.

—¿Quién es? —preguntó el muchacho en chinook.

El indio estaba atareado encendiendo su pipa. Cuando consiguió que tirara bien, respondió pausadamente, en la misma lengua, aunque sin ir al grano.

–Ella no puede oír –dijo–, pero si hablamos de ella cuando ella está aquí, ella lo sabe y se pone triste.

–¿Pero quién es?

–*Okustie stick*–dijo el indio y siguió chupando su pipa en silencio.

–La hija del árbol.

Lee se ruborizó: ¿se estaría burlando de él ese hombre? Pero el indio le miró con amodorrada amabilidad.

Un poco ofendido, el muchacho terminó de empacar sus cosas y se dispuso a continuar su viaje. Sentía los ojos del hombre fijos en él, pero no miró hacia donde se encontraba el indio. Cuando hubo terminado su tarea, dijo secamente:

–Gracias por la comida. Adiós, amigo.

Y le volvió la espalda para marcharse.

El indio soltó una risita.

–Espera. Te lo contaré –se ofreció secamente.

Eso era justo lo que deseaba Lee. De inmediato dejó caer la mochila y se instaló en cuclillas al lado del hombre, con la espalda apoyada en el gran abeto.

Se produjo un cómodo silencio. Luego el indio, fumando tranquilamente al tiempo que emitía las palabras guturales de la extraña lengua, dijo:

–Hace mucho tiempo yo vine aquí, yo era un niño. Hace mucho tiempo mi padre venía a veces aquí a cazar. A veces hacía un puchero, quería mucha comida para dar a sus amigos. Entonces vivíamos a la orilla del lago, pescábamos. A veces buscábamos carne de oso, carne de antílope, mi padre recorría muchos kilómetros, cazando aquí en los bosques. Yo era un niño, él me trajo, me enseñó a cazar. Y mucho antes de que ella naciera, yo conocí a la madre de esa chica.

–Es una chica blanca, ¿verdad? –se le escapó a Lee.

El indio arrugó el ceño; había interrumpido el orden de su relato.

–Su madre mujer blanca.

–Pero parece toda blanca. ¿Su padre es un indio?

–Su padre no indio, no hombre blanco. Escucha, no hables. Yo te lo contaré.

Lee se acomodó. Los hombres podían esperar; estarían bastante cómodos y contentos de gozar de un merecido descanso tras varios días de marcar senderos y talar matorrales. El indio levantó una mano admonitoria para atajar nuevas interrupciones y continuó:

–Esa chica más joven que tú. Esto que te diré sucedió cuando yo ya hombre. Pero empezó hace mucho tiempo, cuando mi padre me trajo aquí de niño, me

enseñó a cazar. Cuando yo mayor, vine solo. Entonces un hombre blanco y una mujer blanca vinieron de muy lejos, a vivir aquí en los bosques.

»Pronto tal vez muchos hombres blancos vivirán aquí, talarán árboles, construirán casas. Tú vienes hoy, mañana muchos más. Algún día no habrá bosques, todo casas, todo hombres blancos. Pero entonces él primer hombre blanco que vino aquí, y trajo una mujer con él.

»Por qué vino, no lo sé, mi padre no lo sabía. Tal vez hizo algo malo, escapó. Tal vez estaba enfermo, quería curarse en el bosque. Tú vienes aquí enfermo, los árboles te curan. Pero no, era un hombre fuerte, trabajaba mucho, no estaba enfermo. Tal vez estaba loco, no sé. Pero vino, y trajo una mujer.

»Primero acampó, luego taló árboles y construyó una casa. Ahora la casa no está, los árboles crecieron sobre ella. Pero él la construyó y cazó para comer, y la mujer recogía bayas. Ella limpió el terreno e intentó plantar maíz, no pudo. No era mujer para trabajar duro. Cuando la vi noté en sus manos que no era mujer para trabajar.

»El hombre trabajaba mucho, todo el día, talaba árboles construyó una cerca, cazaba. Al final del día, estaba muy cansado; comía, se acostaba, dormía. En la mañana se levantaba salía a trabajar. Nunca hablaba mucho; siempre mucho silencio para la mujer.

Lee pensó en el silencio del bosque, que tanto le había oprimido. Imaginó a una mujer blanca de buena familia condenada a vivir para siempre en ese bosque y se estremeció.

—Cada año, el hombre blanco se marchaba, volvía a su tierra. Tal vez no había hecho cosas malas, tal vez sólo vino porque estaba loco. Pero no estaba tan loco, cuidaba muy bien de todo. Estuvo fuera tal vez dos lunas.

»Esos días, nuestra gente tenía esclavos. Él acudía a nosotros, pedía un esclavo para ayudarlo a llevar una carga. Volvía, devolvía el esclavo, nos dejaba regalos. A veces nosotros queríamos cosas, se lo decíamos, las compraba, nos las traía. Siempre volvía muy cargado, todo lo que necesitaba hasta el próximo año. Cuando estaba fuera, dejaba la mujer sola en la casa.

»Un día vino así a nuestro lugar, habló con mi padre. Dijo:

—Mi mujer ha escapado.

»Mi padre dijo:

—¿La has encontrado?

»El dijo:

—Oh, sí, la he encontrado. Ha escapado dos veces, tres veces, tal vez está loca, creo.

»Mi padre dijo:

—¿Qué hizo para que creas que está loca?

»El hombre blanco dijo:

–Cuando la encontré, hacía el amor con un abeto. Abrazaba al abeto, le decía como a un hombre: "Tú me entiendes, tú me quieres".

»El hombre blanco rió, pero mi padre meneó la cabeza. Sabía que los árboles son buena medicina para los enfermos, mala medicina para los locos. ¿Ves este árbol grande?

Lee asintió con un movimiento de cabeza. El indio rozó levemente el enorme abeto contra el cual estaban apoyados.

–Los árboles quieren a la gente, algunos árboles antes fueron gente, hace mucho tiempo. Este árbol, oye todo lo que decimos. No puede responder, pero oye.

Parecía absurdo, pero a pesar suyo Lee sintió un leve estremecimiento en la espina dorsal. El indio continuó gravemente:

–Tú tratas mal a la mujer, la dejas sola, a lo mejor le pegas, a lo mejor le dices malas palabras, algún árbol lo oye. Ese árbol, llama a esa mujer, se la quita al hombre, tal vez se hace su marido.

Eso era excesivo. El muchacho se rió. El indio arrugó el ceño.

–Tú no rías. El hombre blanco se rió cuando mi padre se lo dijo. Él dijo: «Tú también estás loco, como mi mujer». Él se fue.

»Entre tanto, yo me hice hombre mayor, iba a cazar solo al bosque. Mi padre era hombre viejo, no iba conmigo. Nos hicimos pobres, dejamos nuestra casa, no más esclavos, salimos a trabajar para los hombres blancos en la plantación de lúpulo. A veces, como ahora, recordaba cuando era niño. Volvía a los bosques, vivía aquí dos, tres días. Recordaba los buenos tiempos que viví, olvidaba los malos tiempos. Cada vez que venía, cuando era un hombre joven, veía a la mujer blanca aquí. A veces su marido estaba trabajando en el bosque, a veces estaba lejos, en su tierra. Pero siempre lo mismo: ella paseaba por el bosque, sin miedo a nada. Los jaguares, los osos, los antílopes: ella hablaba con esos animales, nunca le hacían daño. A veces cantaba. Una vez la vi, hace mucho tiempo. Alguien mató una hembra de antílope, tal vez su hombre, tal vez un indio. La pequeña cría estaba sola, tal vez tenía un mes. Ella cogió la cría en los brazos como un niño, le cantó. Yo lo vi.

»Siempre hablaba también con los árboles, como si fueran gente. Eso es malo, hablar con los árboles. Los árboles escuchan, no pueden hablar, pero oyen. Un gran abeto –grande como éste– la vi abrazarlo, besar la corteza, hablarle al árbol. Lo vi y corrí. No quería que el árbol me castigara porque lo vi con la mujer. Tú no me crees, pero yo te lo digo.

»Luego vino un largo invierno, muy malo. Mucha nieve, muy profunda. No podía trabajar; le dije al patrón; me voy a los bosques, tal vez cace algo para comer, tal vez no. Hace diecisiete años, tal vez.

Diecisiete años. Juzgando su edad lo mejor que pudo, Lee pensó que la muchacha debía tener unos dieciséis.

–Traté de cazar todo el día; ni una perdiz, ni una tórtola, ni un antílope, nada. La nieve caía fuerte, hacía mucho frío. Me acerqué a la casa del hombre blanco. Ahora la casa ya no está, los árboles han crecido sobre ella. Pero entonces la casa estaba allí. Oí voces dentro. Yo no quería entrar, tal vez se peleaban, no querían que un extraño oyese. Esperé fuera, escuché. La mujer blanca estaba muy enfadada, lloraba, decía: «¡Deja esa hacha!» Yo miré por la ventana: sólo había un papel en la ventana y el viento había rasgado una esquina, de modo que pude ver. El hombre blanco tenía un hacha, ella le sujetaba el brazo, muy fuerte.

»Él dijo: «¡Voy a acabar con esta tontería! ¡Acabaré con esto!» Pensé que tal vez iba a hacerle daño, tenía que impedirlo, pero ella le soltó el brazo, corrió a la puerta y él no la tocó. Él dijo: "¿Qué haces? ¿Adónde vas?" Entonces la oí hablar con la voz de otra mujer, no su voz; si no lo veo, pienso que hay otra mujer en la habitación. Aguarda. Recuerdo lo que dijo ella, las palabras. No chinook, las diré en *King Chautch le lang*.

El indio hizo una pausa, como si intentara recordar exactamente; luego muy despacio, en su voz gutural, dijo en inglés: «He terminado contigo. Me voy a un lugar donde me quieran».

El sonido de esas lentas palabras mal pronunciadas, en la monótona voz del indio, recorrió con un estremecimiento de horror las venas de Lee. Era un muchacho con imaginación –otro sin imaginación, como Watt Gibson, habría cruzado ese puente colgante sin pensárselo dos veces–, y de pronto oyó a esa criatura perdida, desolada, agotada hasta la locura, pronunciando su terrible desafío. En el silencio que siguió, imaginó por un momento que podía oír los ligeros pasos de la muchacha. Pero cuando se volvió bruscamente, no había nadie a la vista.

–Entonces –siguió diciendo el indio con deliberación–, porque habló con la voz de otra mujer, supe que estaba loca de verdad. Prefería quedarme afuera en la nieve que estar con una mujer loca. No escuché más, me fui.

–¿Y no averiguaste qué pasó? –preguntó Lee–. Él debía tener intención de cortar ese gran árbol que tanto le gustaba a ella, ¿no crees? Y ella intentaba impedirselo. ¿Lo cortó?

Con gran turbación, de pronto advirtió que había hablado en inglés, lengua de la cual el indio probablemente no conocía más que un par de palabras. Pero el hombre no hizo caso de su interrupción y siguió hablando plácidamente.

–Me alejé, pero no encontré nada que cazar. Llegó la noche, seguía nevando. Yo tenía mucho frío, no podía hacer fuego en la nieve. No tenía más remedio que pasar la noche con la mujer loca. Volví a la casa del hombre blanco. No había luz. Me acerqué a la puerta para llamar, ni un ruido en la casa. Tropecé junto a la puerta, me agaché. Cogí una rama de árbol, estaba tirada en el umbral. Sacudí la nieve de la rama, la palpé. Era una rama de abeto. Entonces supe.

–¿Supiste qué?

–Supe que el abeto había venido a buscar a la mujer. Supe que la había oído, había venido a buscarla. Supe otra cosa. Abrí la puerta. El hombre blanco estaba

tendido en el suelo. Encendí la luz, pero ya lo sabía antes de mirar. Estaba muerto.

—¿Muerto?

—Llevaba cuatro, cinco horas muerto. Miré para ver alguna señal de cómo había muerto, pero lo sabía antes de mirar. La nuca estaba rota.

—¿Con el hacha?

—El hacha estaba en un rincón, estaba limpia. El árbol había oído; había venido a buscar a su mujer, lo había matado.

—¡Pero, por Dios! —explotó Lee. Se contuvo y continuó pausadamente en chinook—: Un árbol no puede entrar en una casa y matar a un hombre.

—El espíritu del árbol puede entrar en cualquier parte, matar a cualquiera. Escúchame.

»Regresé al rancho, pero volví aquí. Antes del verano vi a la mujer blanca, tal vez dos, tres veces. No lo dije a nadie, ni a mi padre, ni a nadie. No quería que el árbol viniera, me castigara. La primera vez que volví, la luna siguiente, la casa estaba limpia, el cuerpo muerto enterrado. Una mujer puede hacer eso, trabaja lentamente sobre la tierra helada. Hizo mucho frío todo el tiempo, el cuerpo se conservó hasta que ella hubo terminado. Una vez volví, justo antes del verano. Vi a la mujer, ella dijo: «Vuelve cuando caiga la primera nieve». Yo dije: «Vendré».

»Cayó la primera nieve, le dije al patrón: no puedo trabajar, vine aquí, fui a la casa de la mujer blanca. Ahora era su casa, el hombre estaba muerto. Pero ella vivía casi todo el tiempo afuera, en el bosque, con el árbol. Entré en la casa, estaba muy enferma. Iba a morir. Tenía un bebé. Esa niña que has visto.

»Ella dijo: "Yo voy a morir, tú coge la niña, dásela a tu mujer". Yo dije: "Me quedará. Esperaré". Me quedé, tal vez dos, tres días, le di comida. Luego, ella murió. Cavé una fosa, la enterré. Luego, le llevé la niña a mi mujer.

»Era la hija del árbol. El árbol oye demasiado, por eso ella no puede oír, no puede hablar. Pero era una niña muy buena, muy tranquila. Vivió con nosotros, como nuestra hija. Muy bonita, muy buena, pero no podía hablar. Cuando fue una niña mayor, se escapó. Yo sabía dónde estaba. Vine aquí, la encontré, me la llevé. Ella se escapó una y otra vez.

»Ahora está todo el invierno en nuestro campamento. Ayuda a mi mujer, trabaja en el rancho, es muy buena chica. Pero cuando llega la primavera, se escapa, se queda aquí hasta la primera nieve. Ahora no la sigo, sé dónde está. Vengo aquí, a veces la veo, a veces no. Ella vive aquí, coge bayas, se lava en el río, duerme en el suelo. Está con su padre.

Instintivamente, Lee se apartó del abeto gigante contra el cual se había apoyado. El indio casi se sonrió.

—No este árbol. Yo no me apoyo en ese árbol. Ese árbol está muy escondido en el bosque. Si un hombre blanco corta algún día ese árbol, tal vez lo lamente. Tal vez el árbol le mate al caer.

–¡Todo lo que dices es imposible! –exclamo Lee, en voz excesivamente alta. Luego cambió otra vez al chinook–: Ella es una muchacha mayor. ¿Estará segura en el bosque?

–Está segura –dijo tristemente el indio–. Mi mujer vigila que esté segura en el campamento, su padre vigila que esté segura en el bosque. Yo pienso que tal vez nunca amaré a un hombre. Sólo es medio como tú y como yo.

Lee le miró dubitativo. La muchacha era muy bonita.

El indio se levantó. Sin duda debía estar de regreso en la plantación, en Snoqualmie, al amanecer.

–Tú vuelve con tus amigos, tal vez esta noche. Esta noche hay luna llena, será fácil –levantó una mano en señal de despedida–: *Klahowya sikhs*.

–*Klahowya* –respondió Lee. Luego, cuando ya se había alejado algunos pasos y empezaba a preguntarse con el pulso acelerado si la muchacha no volvería a aparecer entre los matorrales cuando el hombre se perdiera de vista, le gritó–: No te creo. La mujer blanca mató al hombre. La niña era su hija.

«O la tuya», pensó para sus adentros.

El indio también se volvió y le sonrió con condescendencia. Había vivido con hombres blancos: sabía cómo funcionaba su mente.

–La niña no era su hija –dijo sin pasión–. La niña no era mi hija, tampoco. Yo no toco una mujer que pertenece a un árbol. Tú eres un hombre, no un niño, no hables como un niño. Esa chica no es la hija de ningún hombre. Nació diez meses después de morir el hombre, cuando empezó a caer la nieve. Es hija del árbol.

Lee también sonrió y meneó obstinadamente la cabeza. El indio se encogió de hombros y dio media vuelta para marcharse. El muchacho le vio desaparecer entre los árboles; luego se ajustó la pesada mochila y empezó a avanzar por el sendero. Era cierto lo que le había dicho Watt; esos indios tenían mentalidad de niños. ¡Todas esas historias fantásticas!

Oyó un leve rumor a su izquierda, entre los matorrales. Lee levantó bruscamente la vista y alcanzó a divisar una larga cabellera castaña.

¡Ajá, se dijo, conque se ha fijado en mí! Tenía mucho tiempo; el día todavía era joven. Deliberadamente depositó la mochila en el suelo ató su pañuelo a una rama para señalar el lugar y se apartó del sendero.

Ella era más ligera que él y el bosque era terreno familiar para ella. Pero se mantuvo lo bastante próxima a su vista y a su oído para seguir atrayéndole. De pronto se detuvo, a menos de veinte metros de él; y sus ojos le miraban invitadores.

–¡Espera! –le llamó Lee, olvidando que no podía oírle. No se oía ningún otro sonido; los árboles le rodeaban como solemnes guardianes. Echó a correr.

Se encontró ridículamente tendido sobre el duro suelo, con las rodillas lastimadas, la mano izquierda ensangrentada.

49 cuentos Fantásticos

Se levantó dolorido. Vio tirada en el suelo la rama caída que le había hecho tropezar.

Se agachó y la recogió. Se la quedó mirando durante un largo minuto. De un vistazo comprobó que los árboles que le rodeaban eran abetos rojos, con algunos pinos.

La rama que tenía en la mano era de un abeto corriente.

La muchacha había desaparecido. Sólo había silencio a su alrededor.

Temblando bajo los cálidos rayos del Sol, Lee regresó cojeando al sendero. Se cargó la mochila a la espalda, tan rápidamente como pudo, y echó a andar rumbo al campamento. Sólo deseaba estar junto a Watt y los otros tan pronto como se lo permitieran sus presurosas piernas.

Retoños

Luisa Axpe

Había en aquella casa un ventanal de marcos blancos dividido en pequeños rectángulos, por donde el Sol llegaba hasta todos los rincones, en verano e invierno. También había, contra el ventanal, un asiento mullido con almohadones redondos y un gato blanco que parecía un almohadón. La cocina estaba llena de sabrosos presagios: frascos de vidrio con ramas de canela o vainilla, tarros de crema casera, galletas de chocolate que se deshacían al mirarlas. Había casi siempre olor a mermelada de frambuesa, y un pastel de manzanas que se horneaba lentamente a pesar del agua en la boca. El gato a veces bostezaba, y eso parecía una señal para que el piano sonara en la sala con un aninado teclar de estudio vespertino. La escalera que llevaba a los dormitorios tenía las barandas torneadas, Y uno podía sentarse allí y ver todo como recortado por un molde, curva arriba y curva abajo, dibujando la sala y sus alrededores en una simetría silenciosa y perfecta. Casi todas las habitaciones tenían las paredes cubiertas por un papel floreado, de dibujos muy pequeños que hacían cosquillas en los ojos a la hora de apagar el velador.

Era una delicia, aquella casa. Mis hermanos y yo la habíamos querido así.

Tenía también una gran chimenea para el invierno, y una alfombra redonda formada por aros de colores que parecía tejida a mano y un altillo repleto de cosas divertidas, y muchos rincones para escondernos mis hermanos y yo. Pero eso no era lo más extraordinario que tenía la casa. Lo importante es que aquella casa, que era como siempre la quisimos, había brotado.

Empezó a brotar una mañana de agosto, cuando todavía el frío nos dejaba del lado de adentro de las ventanas, en nuestro viejo hogar. Una mañana, mientras hacíamos crujir la escarcha en el pasto del fondo, vimos un cuadradito de ladrillos que se asomaba entre dos arbustos que no conseguían esconderlo del todo. Era la chimenea, lo supimos después. A la semana ya habían salido diez centímetros, sin que pudiéramos saber de qué se trataba. Cuando salieron otros diez centímetros empezamos a sospechar que aquello era, en verdad, una chimenea.

Sin estar totalmente seguros de que a continuación vendría la casa, mis hermanos y yo empezamos a regarla.

Para la primavera ya había comenzado a brotar parte del techo, y empezamos a pensar en mudarnos. Los mayores hicieron todo lo que había que hacer, y sin pensarlo más fuimos todos a parar a una pieza alquilada, a dos cuadras de casa.

La casa vieja pronto se vendría abajo, empujada por la nueva. Era tan vieja; ni los escombros podrían aprovecharse. Sacamos todas las cosas que servían, y la dejamos morir en paz.

Gracias a nuestros riegos la casa nueva despuntaba cada día con mayor vigor. Las tejas relucían, y hasta los ladrillos de la chimenea parecían más nuevos y

más rojos que al principio. Entonces mis hermanos y yo empezamos a pensar cómo queríamos que fuera.

Cuando asomé la ventanita del altillo nos atropellamos para mirar; pero adentro todo estaba aún muy oscuro.

–Tengo miedo –dijo un día mi hermano menor.

–¿De la casa que brota? –pregunté.

–No; tengo miedo de que ellos también estén tratando de hacer que la casa sea como ellos quieren.

Hablaba de papá y mamá, por supuesto.

–Pero, ¿cómo podrían ellos conseguir que la casa fuera para ellos?

–Igual que nosotros. Pensando –dijo; y se quedó callado, y nosotros también.

Para entonces ya no regábamos más alrededor de la casa, que estaba muy grande; hubiera sido como regar un árbol viejo.

Antes que el Sol pudiera alumbrar adentro nos conseguimos una linterna, y sin decir nada fuimos a escudriñar aquellos interiores nacientes. La luz de la linterna era más débil que nuestra curiosidad, pero igual pudimos ver que el altillo era como lo habíamos pensado: tenía vigas con ganchos para colgar viejas lámparas, varios arcones, una escalera de mano, una silla de montar, una colección de sombreros de explorador y muchos libros y revistas formando tentadoras pilas sobre una cama marinera.

Nos pasamos el resto del día tratando de imaginar qué habría dentro de los arcones. Esa casa que estaba creciendo parecía una caja de sorpresas.

En pocos días más empezaron a salir las ventanas del primer piso, y aunque todavía estaba muy oscuro pudimos descubrir cuál era la de nuestro cuarto, por las tres camas iguales. La de arriba era la que más se veía. Enseguida empezamos a pelearnos por ella. Finalmente me tocó a mí, no por ser la única mujer sino porque lo echamos a suertes. Ese cuarto igual prometía: podía adivinarse una soga con nudos, y una escalera de esas que hay en los gimnasios, para colgarse y jugar a los monos. Y mucho, mucho lugar...

Mientras la casa crecía íbamos adivinando todo lo que no podía verse desde las ventanas, pero que sabíamos que allí estaría. El baño con la mampara de estrellas, los espejos del pasillo, los grandes armarios para guardar nuestras cosas, la escalera que nos llevaría como un tobogán a costa de nuestros pantalones, la chimenea llena de brasas donde se asarían las papas y batatas en las vacaciones de invierno...

Cuando por fin pudimos entrar en la casa crecida, no nos causó demasiada sorpresa ver la mesa de la cocina pintada de blanco, tal como la habíamos

imaginado, o las puertitas gateras, como las de los dibujos animados; ni siquiera nos sorprendió el gato que, desparramada su indolencia sobre la alfombra, nos recibió con un bostezo. Al parecer, papá y mamá tampoco se sorprendieron demasiado. ¿Lo habrían conseguido?, nos preguntamos en silencio.

Pero no, no lo habían conseguido. La casa era enteramente nuestra. Estaba de nuestro lado. Velaba nuestros sueños, encubría nuestras picardías y vigilaba los pasos que nos rondaban. Por ejemplo, si el entusiasmo de algún invento milagroso nos había llevado a la cocina en busca de los ingredientes necesarios, hacía que el ruido de las pisadas de mamá fuera más fuerte, para darnos tiempo a guardar todo. O cerraba alguna puerta indiscreta con un golpe de viento apropiado, ocultando a los adultos la escena transgresora.

A ellos todo les parecía natural: tenían su dormitorio con mucha luz por la mañana, un sillón en la sala para sentarse frente al fuego, el piano para nuestros estudios... Pero los encantos de aquella casa eran sólo visibles a nuestra mirada. De noche nos acunaba con un suave murmullo de vigas de madera, llevándonos por sueños abrigados y fantásticos a la vez. De día hacía que nuestras horas de juego fuesen una aventura inefable, con la cual soñábamos en el banco de la escuela. Nuestros amigos habían aprendido también a amar aquella casa espaciosa, aunque no, claro está, con la misma pasión.

En el segundo verano mis padres decidieron que iríamos a las montañas un mes entero. Nosotros no queríamos. Era demasiado tiempo, y había tanto que jugar en la casa, tantos rincones aún inexplorados, que preferíamos quedarnos. Nuestros padres no entendían por qué no nos entusiasmaba la idea de viajar; no podían comprender nuestro amor por la casa. Convencidos de que se trataba de un capricho más, siguieron haciendo los preparativos, con la clara convicción de que ya se nos pasaría. Mamá iba de un lado para otro con ropas y valijas, ignorando nuestras caras largas. Entonces la casa intervino.

Con un bolso en una mano y un par de botas de abrigo en la otra, mamá pisó el primer escalón para bajar. La madera pareció perder estabilidad: se curvó primero en forma apenas visible para luego balancearse de izquierda a derecha. Totalmente mareada, mamá cayó rodando por la escalera.

Traumatismo de cráneo, dijo el doctor. Por supuesto, no pudimos irnos. Mamá tuvo que permanecer bastante tiempo quieta en la cama, y papá tenía que hacer la comida. Ellos se quedaron sin sus montañas aburridas, y nosotros nos quedamos con la casa.

Cuando se casó el primero de mis hermanos la casa se puso triste: estaba más oscura que de costumbre, y hasta el piano parecía sonar sin brillo entre aquellas paredes sensibles. Así fue cada vez que uno de nosotros se iba, aunque fuera por un tiempo. Cuando quedamos solamente papá y yo —a mamá la habíamos despedido hacía un año— la casa empezó a envejecer. Habría que hacer unos arreglos, decía papá. Pero él y yo sabíamos que todo quedaría igual.

49 cuentos Fantásticos

Durante su larga enfermedad la casa me ayudó a cuidarlo con todo el silencio de que era capaz. Al casarme, mi marido aceptó sin preguntar demasiado que viviéramos en la casa despoblada. Allí nacieron nuestros tres hijos, y allí vivimos hasta que el mayor cumplió diez años, cuando no pudimos soportar más la humedad y las grietas.

Hoy hace tres meses que nos mudamos a otra casa, y he comenzado a sentir una antigua inquietud. Sé que algo va a cambiar. Es como si la historia se repitiera, como esos cuentos que se cuentan siempre de la misma manera, a través de los años y los años. Lo sé, ante todo por el brillo especial que he visto en la mirada de los chicos durante toda esta semana. Y estoy preocupada. Al principio no le daba importancia, pero ahora sí. A medida que pasan los días se hace más evidente. Esta mañana salieron a dar una vuelta en bicicleta, y casualmente se acercaron a la casa vieja. «Tendrías que venir uno de estos días, mamá. El ciruelo se está cubriendo de flores.» Nada más; y todo el tiempo ese brillo en los ojos. No hay duda: en el fondo de la casa ha comenzado a brotar una chimenea.

El jardín del tiempo

J. G. Ballard

The garden of time, © 1961.

Al atardecer, cuando la gran sombra de la villa alcanzaba la terraza, el conde Axel abandonó su biblioteca y bajó los anchos escalones de estilo rococó que conducían hacia las flores del tiempo. Una figura alta e imperiosa con una chaqueta de terciopelo negro; un alfiler de corbata de oro brillaba bajo su barba a lo Jorge V. En una de sus enguantadas manos mecía ligeramente un bastón. Comenzó a inspeccionar las exquisitas flores de cristal, sin emoción, mientras escuchaba los sonidos del clavicordio de su esposa, que estaba tocando un rondó de Mozart en la sala de música. Los ecos de la melodía vibraban a través de los translúcidos pétalos.

El jardín de la villa se extendía unos doscientos metros bajo la terraza, llegando hasta un lago en miniatura cruzado por un puente blanco que conducía a un menudo pabellón en la orilla opuesta. Axel nunca se aventuraba más allá del lago. La mayor parte de las flores del tiempo crecían en un pequeño arriate justamente bajo la terraza, amparadas por el alto muro que circundaba la finca. Desde la terraza, el conde podía ver por encima del muro la llanura que había más allá; una gran extensión de terreno abierto que avanzaba en ondulaciones hasta el horizonte, donde ascendía suavemente antes de perderse de vista. La llanura rodeaba la casa por todas partes, y su monótono vacío acentuaba la soledad y la suave magnificencia de la villa. Aquí, en el jardín, el aire parecía más brillante y el Sol más cálido, mientras que en la llanura estaba siempre pálido y remoto.

Como de costumbre, antes de empezar su usual paseo vespertino, el conde Axel miró a lo largo de la llanura hasta la última elevación, donde el horizonte estaba iluminado como un escenario por los rayos del Sol vespertino.

Cuando las delicadas y armoniosas notas de Mozart llegaban a él procedentes de las graciosas manos de su esposa, vio que las primeras filas de un enorme ejército se movían lentamente en el horizonte. A primera vista le pareció que avanzaban ordenadamente, pero en una inspección más detallada pudo comprobar que el ejército estaba formado por un vasto y confuso tropel de gente hombres y mujeres entremezclados con unos cuantos soldados de raídos uniformes, y todos ellos avanzando como una marea humana. Algunos lo hacían dificultosamente, bajo pasadas cargas suspendidas de toscos yugos que rodeaban sus cuellos; otros luchaban con toscas carretas de madera, ayudando con sus manos el girar de las ruedas. Solo unos cuantos caminaban libres, pero todos avanzaban al mismo paso, recortándose sus figuras a la luz del huidizo Sol.

La multitud estaba casi demasiado lejos para ser visible; sin embargo, Axel siguió observando, con expresión fría y vigilante, hasta que se hizo claramente perceptible la vanguardia de un inmenso populacho. Por último, cuando la luz del día comenzó a desvanecerse, la multitud alcanzó la cresta de la primera

ondulación bajo el horizonte; entonces, Axel abandonó la terraza y descendió a pasear entre las flores del tiempo.

Las flores crecían a una altura de dos metros; sus delgados tallos, como varillas de cristal, sostenían una docena de hojas. Al extremo de cada tallo estaba la flor del tiempo, del tamaño de una copa. Los opacos pétalos exteriores guardaban su corazón de cristal. Su brillantez diamantina presentaba mil facetas. Al ser movidas ligeramente por la brisa vespertina, refulgían como lanzas de fuego.

Muchos de los tallos habían perdido su flor, y Axel los examinaba cuidadosamente, con un destello de esperanza en los ojos en su búsqueda de algún nuevo brote.

Por último, seleccionó una gran flor de un tallo cercano al muro, se quitó los guantes y la arrancó con sus fuertes dedos.

Cuando llevaban la flor a la terraza esta comenzó a centellear y a deshacerse, y la luz procedente del corazón fue desvaneciéndose. Lentamente, el cristal también empezó a disolverse, y sólo los pétalos de alrededor permanecían intactos. El aire que rodeaba a Axel se tomó brillante y vívido. En un instante, la tarde pareció transformarse, alternando sutilmente sus dimensiones de tiempo y espacio. El obscurecido pórtico de la casa quedó despojado de su pátina, y relumbraba con una espectral blancura, como surgido repentinamente de un sueño.

Alzando la cabeza, Axel miró fijamente otra vez por encima del muro. Sólo el lejano borde del horizonte estaba iluminado por el Sol, y la gran multitud que antes había avanzado casi una cuarta parte del camino de la llanura, había retrocedido ahora hasta el horizonte. Todos habían vuelto atrás abruptamente, en una reversión del tiempo, y ahora parecían inmóviles.

La flor, en la mano de Axel, se había contraído hasta adquirir el tamaño de un dedal de cristal. Los pétalos estaban crispados alrededor del desvanecido corazón. Un desmayado centelleo tembló por un instante desde el centro y se extinguió rápidamente; entonces, Axel sintió derretirse la flor como una gota de rocío en su mano.

El crepúsculo se cerraba alrededor de la casa, extendiendo sus grandes sombras sobre la llanura, fusionando el horizonte con el cielo. El clavicordio estaba silencioso y las flores del tiempo no reflejaban su música, ahora inmóviles, formando parte del bosque embalsamado.

Durante unos minutos Axel las miró, contando las flores que aún quedaban; después saludó a su esposa, que cruzaba la terraza arrastrando el borde de su vestido de noche, de brocado, por las baldosas.

—Qué hermoso atardecer, Axel —habló la mujer, conmovida como si fuesen obra de su marido las ornamentales sombras y el nítido aire.

Su rostro era sereno e inteligente; llevaba el pelo recogido por detrás con un broche de piedras montadas en plata. El vestido, escotado, revelaba un largo y delgado cuello y una barbilla altanera. Axel la examinaba con profundo orgullo. Le ofreció su brazo y juntos bajaron las escaleras hasta el jardín.

–Uno de los más largos atardeceres de este verano –confirmó Axel, añadiendo–: He arrancado una flor perfecta, querida. Una joya. Con suerte nos servirá para varios días –frunció el entrecejo y miró involuntariamente al muro–. Cada vez parecen estar más cerca.

Su mujer le sonrió alentadoramente y apretó su brazo con efusión. Ambos sabían que el jardín del tiempo estaba muriendo.

Tres tardes después, como había previsto (aunque más pronto de lo que esperaba), el conde Axel arrancó otra flor del jardín del tiempo.

Cuando aquel día miró por encima del muro, la chusma había alcanzado la mitad de la llanura, extendiéndose como una masa ininterrumpida. Creyó oír murmullos de voces traídos por el aire, un hosco ronroneo pleno de lamentos y gritos. Afortunadamente, su mujer estaba ante el clavicordio y los maravillosos contrapuntos de una Fuga de Bach se esparcían a través de la terraza, ocultando otros ruidos.

Entre la casa y el horizonte la llanura estaba dividida en cuatro grandes declives, y la cresta de cada uno de ellos era visible en la declinante luz. Axel se había prometido a sí mismo que nunca los contaría, pero el número era demasiado pequeño para pasar inadvertido, particularmente porque servían de referencia en el avance del ejército.

Ahora la avanzadilla había traspasado la primera cresta e iba camino de la segunda, y el grueso de la multitud presionaba detrás de los primeros. Mirando a izquierda y derecha de aquel compacto grupo, Axel pudo apreciar la ilimitada extensión del mismo. Lo que al principio pudo creer que formaba el cuerpo total de la masa no eran sino las avanzadillas. El verdadero centro no era visible todavía y Axel estimaba que cuando este, por fin, alcanzara la llanura no quedaría un palmo de terreno sin hollar.

Intentaba ver algunos vehículos o máquinas pero todo aquello era una maraña amorfa y sin coordinación. No había estandartes, banderas, mascotas ni cortapicas; con la cabeza inclinada, la multitud avanzaba sin tregua.

Repentinamente, las avanzadillas de la chusma aparecieron en lo alto de la segunda cresta y avanzaron hormigueando por la llanura. Lo que más asombró a Axel fue la increíble distancia que habían cubierto en tan poco tiempo. Las figuras se veían mucho más grandes que la vez anterior.

Rápidamente, Axel salió de la terraza, seleccionó una flor del tiempo del jardín y la arrancó del tallo. Esta despidió su compacta luz y Axel volvió a la terraza. Cuando la flor se redujo a una perla helada en su mano miró hacia la llanura y vio con alivio que el ejército había retrocedido hasta el horizonte. Entonces advirtió que el horizonte estaba mucho más cerca que cuando arrancó la flor; lo había confundido con la primera cresta.

Cuando se unió a la condesa en el paseo vespertino no le dijo nada de lo sucedido, pero ella se dio cuenta de su desconcierto e hizo todo lo posible para disipar su preocupación.

Mientras bajaban los escalones, la condesa señaló al jardín del tiempo.

—¡Qué maravilloso panorama, Axel! ¡Hay tantas flores todavía!

Axel asintió, sonriendo interiormente ante la tentativa de su mujer para tranquilizarle. La entonación con que ella había pronunciado la palabra «todavía» revelaba su propio conocimiento del próximo fin. De hecho, restaba una escasa docena de flores de los cientos que habían crecido en el jardín, y en su mayor parte eran tan solo capullos. Solamente tres o cuatro habían alcanzado la plenitud. Cuando caminaban hacia el lago, Axel trataba de decidir si debía arrancar primero las flores desarrolladas o dejarlas para el final. Estrictamente, sería mejor dar tiempo suficiente para que los capullos crecieran y madurasen, y este beneficio se perdería si retenía las flores formadas hasta el final, como deseaba hacer para la última acción defensiva. Se dio cuenta, empero, que en cualquier caso era lo mismo; el jardín moriría pronto y las pequeñas flores requerían más tiempo para crecer que el que él podía otorgarles.

Cruzando el lago, él y su esposa miraron sus cuerpos reflejados en las oscuras aguas. Amparado por el «pavillon» por un lado y el muro por el otro, Axel se sentía tranquilo y seguro, y la llanura, con su alborotada multitud, parecía una pesadilla de la cual había despertado felizmente. Puso un brazo alrededor del suave talle de su esposa y la atrajo hacia sí cariñosamente, dándose cuenta de que no la había abrazado desde hacía años, aunque sus vidas habían sido eternas, y podía recordar, como si fuera ayer, cuando la trajo a vivir en la villa.

—Axel —le preguntó su mujer, con repentina seriedad—. Antes que el jardín muera..., ¿puedo arrancar yo la última flor?

Entendiendo su petición, él asintió lentamente con la cabeza.

Una por una, durante los dos atardeceres siguientes, Axel arrancó las flores que quedaban, dejando tan solo un pequeño capullo que crecía justamente bajo la terraza, destinado a su esposa.

Había cogido las flores al azar, rehusando contarlas o racionarlas y arrancando dos o tres capullos a la vez cuando era necesario. La horda había alcanzado la segunda y tercera cresta; nublaban el horizonte. Desde la terraza, Axel podía ver con claridad la revuelta turba bajando por la depresión hacia la cresta final, y de cuando en cuando los sonidos de sus voces llegaban hasta él mezclados con gritos de cólera y chasquidos de látigos. Las carretas de madera daban tumbos por todos los lados sobre sus ruedas y los conductores luchaban por controlarlas. Por lo que podía distinguir Axel, ni un solo miembro de la multitud estaba enterado de la dirección que llevaban. Más bien cada uno avanzaba ciegamente sobre el terreno, pisando los talones a la persona que iba delante. Sin motivo que aducir, Axel tenía la vaga esperanza de que el verdadero núcleo, bajo el lejano horizonte, pudiera cambiar de dirección y la multitud alterase su curso gradualmente, desviándose de la villa, y retrocediera en la llanura como una resaca en el mar.

En el penúltimo atardecer, cuando arrancó la flor del tiempo, la avanzadilla de la chusma había alcanzado la tercera cresta y pasaba hormigueante ante ella. Mientras esperaba a la condesa, Axel miró las dos florecitas que quedaban; solo conseguirían hacerles retroceder un corto trecho en el próximo atardecer. Los tallos de cristal a los que arrancó las flores se alzaban en el aire, pero todo el jardín había perdido su lozanía.

Axel pasó la mañana siguiente tranquilamente en su biblioteca, encerrando sus manuscritos más raros en las cámaras de cristal situadas en las galerías. Caminó lentamente ante los retratos, puliendo cada uno de los cuadros cuidadosamente; después, puso las cosas en orden en su escritorio y cerró la puerta tras él. Durante la tarde halló trabajo en la sala, ayudando a su esposa que limpiaba sus ornamentos y ponía en orden los jarrones y bustos.

Al atardecer, cuando el Sol declinaba por detrás de la casa, ambos estaban cansados y polvorientos y no habían cruzado la palabra en todo el día. Cuando su mujer se dirigía a la sala de música, la llamó.

—Esta noche cogeremos las flores juntos, querida —anunció lentamente—. Una para cada uno.

Lanzó una ojeada por encima del muro. Pudo oír a unos seiscientos metros el rugir de la chusma avanzando hacia la casa.

Rápidamente, Axel arrancó su flor, un capullo no mayor que un zafiro. A medida que este iba perdiendo su luz, el tumulto de afuera pareció ceder momentáneamente; después, comenzó de nuevo.

Cerrando sus oídos al clamor, Axel dirigió la vista hacia la villa, contando las seis columnas del pórtico; después, se fijó en la plateada superficie del lago que reflejaba la última luz del atardecer, y en las sombras que se cruzaban entre los árboles y se extendían por el crespo césped. Axel se detuvo sobre el puente donde él y su mujer habían visto sucederse, cogidos del brazo, tantos y tantos veranos.

—¡Axel!

Afuera, el tumulto se hacía ensordecedor; mil voces bramaban a veinte metros escasos de allí. Una piedra cruzó por encima de la valla y cayó en el jardín del tiempo, rompiendo algunos de los vítreos tallos. La condesa corrió hacia él cuando una nueva oleada retumbó a lo largo del muro. Después, una pesada baldosa cruzó por encima de sus cabezas y se estrelló en una de las ventanas del invernadero.

—¡Axel!

La rodeó con sus brazos, ajustándose la corbata que ella había ladeado con su hombro.

—¡Rápido, querida, la última flor!

La condujo al jardín. La condesa tomó el tallo, arrancó la flor limpiamente y la protegió entre las palmas de sus manos.

Por un momento el tumulto desmayó y Axel recobró su sangre fría. Al vívido centelleo de la flor vio el blanquecino rostro y los asustados ojos de su mujer.

—Retenla todo lo que puedas, querida, hasta que muera la última de sus fibras.

Permanecieron juntos en la terraza. De pronto, el griterío de afuera aumentó. La multitud estaba golpeando la verja de hierro y toda la villa temblaba ante este impacto.

Cuando el último rayo de luz desapareció, la condesa elevó sus manos como si liberase un invisible pájaro; después, en un acceso final de valor, tomó las manos de su esposo con una sonrisa radiante que se desvaneció rápidamente.

—¡Oh Axel! —lloró.

Como una espada, la obscuridad descendió súbitamente sobre ellos.

Pesadamente, la multitud que había afuera pasó por encima de los residuos del muro que cercaba la finca; acarreaban sus carretas por encima de él y a lo largo de los baches que una vez habían sido primoroso camino. Las ruinas de lo que antes fuera una espaciosa villa eran holladas por una incesante marea humana. El lago estaba seco. En su fondo quedaban troncos de árboles quebrados y el viejo puente deshecho. Brotaban las malas hierbas entre el largo césped de la pradera, cubriendo los senderos.

La mayor parte de la terraza se había derrumbado y casi toda la multitud cruzaba rectamente por el césped, desviándose de la destruida villa; pero uno o dos de los más curiosos treparon y buscaron entre su armazón. Las puertas habían sido sacadas de sus goznes y los suelos estaban agrietados. En la sala de música se veía un viejo clavicordio hecho astillas y algunas de sus teclas aún reposaban entre el polvo. Todos los libros estaban esparcidos por el suelo, fuera de sus estantes, y los lienzos habían sido acuchillados, cubriendo con sus tiras el suelo.

Cuando el cuerpo mayor de la multitud alcanzó la casa cubrió el muro en toda su extensión. Toda la gente junta caminaba a tropezones por el seco lago, por la terraza, y atravesando la casa cruzaban hacia la parte norte. Solo una zona soportaba esta ola sin fin. Justamente bajo la terraza, entre el derruido balcón y el muro, había unos matorrales espinosos de unos dos metros de altura. El punzante follaje formaba una masa impenetrable y la gente pasaba a su alrededor cuidadosamente. Muchos de ellos estaban demasiado ocupados buscando su camino entre las destrozadas losas para mirar el centro de los matorrales espinosos, donde dos estatuas de piedra, una junto a la otra, miraban alrededor desde su zona protegida. La mayor de las dos figuras representaba a un hombre con barba que llevaba una chaqueta de cuello alto y un bastón en una mano. Junto a él había una mujer con un traje de seda. Su rostro era suave y sereno. En su mano derecha sostenía ligeramente una rosa de pétalos tan suaves que casi eran transparentes.

49 cuentos Fantásticos

Quando el Sol se puso tras la casa, un rayo de luz pasó a través de una cornisa rota e hirió la rosa y, reflejándose sobre las estatuas, iluminó la piedra gris de tal manera que, por un fugaz momento, esta fue indistinguible de la ya hacía tiempo desvanecida carne de los originales de las estatuas.

Época de siembra

Pete Adams y Charles Nightingale

Planting time, © 1975. Traducido por José M. Pomares en *Imperios galácticos 2*, recopilación de Brian Aldiss, Libro Ameno 24, Editorial Bruguera S. A., 1978.

Pete Adams y Charles Nightingale, que no son todavía dos de los nombre más famosos en la ciencia ficción, se enfrentan con los problemas sexuales de los viajeros galácticos, burlándose durante todo el tiempo del más cercano campo de musgo.

«Tú eres mi miel, mi flor dadora de miel, y yo soy la abeja...» La forma en que estas flores podían hacerse libar era suficiente para hacerle zumbiar a uno.

Randy Richmond se sentía aburrido, excesiva, intolerablemente, y, lo que parecía ser, eternamente aburrido. De hecho, se sentía tan aburrido que ya ni siquiera se preguntaba qué clase de programa habría bombeado el hipnocondicionador para hacerle regresar al sector X113 antes de volver a ser lanzado de nuevo al espacio. Fuera lo que fuese, no le causaría ninguna impresión en absoluto.

Se suponía que el hipnocondicionador alteraba el sentido del tiempo para relajar el intelecto y conseguir una plácida exploración de los más atrayentes caminos secundarios de las matemáticas espaciales, o de cualquier otro problema concebible con el que se encontraran los equipos planetarios de investigación. Como consecuencia de ello, se esperaba que uno terminara su viaje a través de las estrellas no sólo tan fresco como si el viaje acabara de comenzar aquella misma mañana, sino también en un estado inspirado que se aproximaba al nivel del genio. De este tratamiento se había predicho que era capaz de producir gigantescos saltos mentales para la humanidad, pero Randy aún tenía que conocer a cualquier viajero plus-luz que surgiera de la experiencia con cualquier otra cosa que no fueran ideas de la naturaleza más fundamental, por muy inventivas que algunas de ellas pudieran ser consideradas.

Suponía que alguien, en alguna parte, tendría que haberse dado cuenta de que el viaje plus-luz parecía actuar más como un estímulo físico que mental, porque los compañeros espaciales más recientes habían empezado a desarrollar accesorios notablemente sofisticados. Las computadoras siempre habían sido instrumentos esenciales en el espacio, desde luego, pero las nuevas computadoras CMP DIRAC-deriv. Mk IV Astg. multimedia podían proporcionar toda forma imaginable de entretenimiento, así como unas cuantas inimaginables, cuando el piloto se salía de sí. Ni siquiera se necesitaba estimularlas con un destornillador clandestino como los modelos antiguos. Proporcionaban una gran cantidad de diversión.

Pero hasta ellas tenían sus limitaciones, y después de nueve meses viajando en plus-luz con su compañera corriente, con su voluptuoso marco abrazando la pequeña cabina como un alocado edredón de plástico, Randy se encontró suspirando por alcanzar una realidad que la computadora no le podría proporcionar nunca. Dirigido hacia una estrella particularmente oscura, de clase K, situada en uno de los extremos de la espiral de la galaxia, aún tenía que enfrentarse a otros nueve meses de confinamiento. Los libros, las películas, las cintas y las obras de arte habían quedado exhaustas ya de toda su potencia, y Randy se veía ahora reducido a observar la revisión animada producida por la compañera de las ilustraciones de Beardsley «Bajo la colina», una de las videocintas *Favoritas Clásicas*. A juzgar por las crecientes desviaciones del original, parecía evidente que la computadora compartía la sospecha del piloto de que sus pasiones no volverían a surgir otra vez.

Fue en este momento crítico, tan perfectamente calculado como para invitar casi a extraer ciertas conclusiones sobre las motivaciones de la computadora, cuando la compañera anunció que sería deseable encontrar un planeta para repostar los suministros químicos de la nave. A sólo unas pocas horas de distancia se encontraba una estrella que poseía un planeta del tipo E, en el que había los materiales apropiados, a partir de los cuales la nave podría sintetizar lo que necesitaba. De acuerdo con los informes, el planeta estaba habitado por una raza del tipo humano que se encontraba en una fase de desarrollo bastante primitiva; perfectamente consciente de las estrictas directrices de la Federación en cuestiones de contacto intercultural, Randy proyectó aterrizar en una de las muchas islas deshabitadas desparramadas por el hemisferio oceánico norte.

Finalmente, la computadora seleccionó una isla exuberante, en forma cónica, que, según los detectores infrarrojos, no contenía una vida animal capaz de plantear grandes problemas, y la nave terminó por posarse en tierra con una cierta agitación. Las compañeras siempre disfrutaban con una oportunidad de dar un espectáculo y se habían conocido aterrizajes en los que las computadoras experimentaban una explosión de banderas, fuegos artificiales y el himno nacional del planeta de procedencia, echando a perder todas las esperanzas de establecer un contacto pacífico con las formas de vida locales. Pero, en esta ocasión, la puerta de la nave se limitó a abrirse con un susurro, y Randy salió al exterior con un enorme alivio.

Se encontraban en una planicie abierta y llena de hierba, cerca del reluciente mar zafiro, con una playa de arena blanca en contacto con sus bordes. Aquí y allá surgían de la hierba intrigantes plantas en forma de vaina, con magníficas y aterciopeladas hojas verdes. Algunos árboles tenían frutos que la computadora comprobó eran aceptables para la constitución humana, y Randy les prestó una atención entusiasta; se hundieron suculentemente en sus manos, revelando jugos y carne que tenían un sabor embriagador. Cuando al final ya no pudo comer más echó a correr hacia las aguas claras y asombrosamente poco profundas del océano y eliminó de su mente nueve meses de plus-luz. Se revolcó bajo el sol, rió y gritó, saltó sobre su propia sombra e hizo las cosas más tontas que se pueden imaginar y, a su debido tiempo, volvió a recuperar la calma, enfrentándose con el problema que las fragancias y brisas de la isla no hacían nada por solucionar.

Una parte del problema consistía en que la nave no le necesitaba. Su brillante serpiente terrestre, dirigida por la computadora, investigaba la superficie del planeta en busca de vetas minerales adecuadas, mientras que la sección de laboratorio de la compañera zumbaba, llena de una autosatisfactoria actividad. Se fueron probando muestras, se fundieron minerales, se mezclaron reactivos y se llevaron a cabo procesos de centrifugación; el tacleo de la música puntuaba la murmurante letanía de las ecuaciones, una señal a la que el piloto ya se había resignado como indicación de que la computadora estaba profundamente enfrascada en pensar. Se encogió de hombros, tratando de librarse de la sensación de impotencia que amenazaba con hacerle regresar demasiado pronto, y se puso a explorar la isla. Sería muy bueno para él poder entregarse a un reparador sueño natural aunque sólo fuera por una vez, en lugar de tener que aceptar las nauseabundas drogas adormecedoras de la computadora, que, al margen de la forma y del color, y su amplitud parecía infinita, siempre le producían pesadillas de una decadencia demoledora.

La línea de la costa era una verdadera delicia y estaba compuesta por colores claros en ondas y curvas repentinas. Un sol de oro silencioso colgaba en el cielo, como si la tarde pudiera durar siempre, y el aire olía a perfume, una clase de perfume que parecía traer inesperados recuerdos de realización propia. Siguiendo ensoñadoramente el instinto de su nariz, Randy fue andando por entre un bosquecillo de árboles que le hizo apartarse de la vista de la nave y se detuvo de pronto en sus sombras, mientras desaparecían de su mente todas las consideraciones sobre los castigos que se imponían a causa de la interferencia cultural. En la llanura verde que había al otro lado, la realidad relucía, como si las propias ondas de luz se estuvieran fundiendo con el calor. Después, su visión se aclaró y allí apareció ante él, sentada en una especie de asiento hecho de hojas aterciopeladas, una criatura de tan espectacular belleza, que se encontró prometiéndose febrilmente a sí mismo no volver a perder jamás su tiempo con las figuras 3-D de la revista *Stagman*.

Ella parecía no haberle visto cuando dirigió unos ojos de mirada misteriosa hacia el mar, con su cuerpo lánguido y relajado sobre el amplio asiento. No llevaba nada, excepto una corta camisa azul de algún material complicadamente elaborado, y la luz del sol acariciaba su piel para formar un tapiz de brillantes curvas y exquisitas sombras. Actuando con suavidad, Randy se fue acercando a ella por un lado y, extrañamente, ella se volvió para darle la bienvenida, haciendo un movimiento a modo de prueba que él tomó como una invitación. Se sentó, guardó silencio por un momento, a punto de entablar la conversación, pero en lugar de hacerlo extendió la mano para acariciar el pelo moreno que ondulaba como un largo velo, bajándole por la espalda. Las palabras no eran necesarias porque los mensajes que se establecieron entre los dos, en el aire electrizado, así como la propia mujer, no mostraban signos de desear ninguna lección de lenguaje.

Ella suspiró como el murmullo de las hojas a mediados de verano y se extendió ante él, elevando suavemente la punta de su blusa para revelar zonas oscuras y apetitosas. Despedía un aroma que olía a canela, a almizcle y a violetas puras, sofocando así cualquier pensamiento racional. Randy se volcó como un borracho sobre ella y en ella, y se vio rodeado por la carne que se retorció delicadamente contra su propia carne, mientras ella le acariciaba con unos dedos suavemente

empolvados, mientras él se hundía, boqueaba y se estremecía. La tarde explotó entonces en fragmentos dorados.

Después, Randy se deslizó hacia un lado y permaneció echado sobre la arena blanca, convencido, como la compañera nunca había sido capaz de convencerle, de que ahora tenía una excelente oportunidad para comprender su lugar en el universo. Era como si, de repente, seres procedentes de alguna otra galaxia se hubieran dado cuenta de su presencia; pero mientras ellos empezaban a moverse para saludarle, él comenzó a temer el eco hueco de sus pensamientos, la música disonante de su conocimiento, y volvió a regresar a un estado de desvelo. Una neblina de verde retorcido y de sombras de color púrpura permaneció brevemente sobre sus ojos, y unas voces de advertencia susurraron mensajes instantáneamente olvidados. Pero la mujer seguía permaneciendo plácidamente sentada en su asiento y, ante su vista, la confusión de Randy desapareció por completo. El propósito y la anticipación le hicieron ponerse bruscamente en pie.

Ante su sorpresa, el gesto de bienvenida de ella no fue repetido. La mujer le sonrió, con una expresión ausente, y después volvió su mirada hacia el océano. Cuando intentó acariciarlo como antes, su carne pareció arrastrarse llena de disgusto, y no hizo ningún movimiento para tenderse hacia atrás, mientras su blusa permanecía recatadamente extendida hasta sus rodillas. Randy estaba ya medio inclinado para forzar la situación, pero las directrices de la Federación comenzaron a pulular de nuevo en el fondo de su mente y, finalmente, abandonó el intento. Prometiendo regresar pronto con regalos sin precio, oferta a la que ella no prestó la menor atención, Randy reanudó su exploración de la isla.

La línea costera volvió a producir una inclinación, y la mujer no tardó en desaparecer tras él. La abundante hierba se desgarraba al calor y el aire se estremecía con un olor picante que hizo acelerar la velocidad de su sangre; junto a él, el océano despedía millones de reflejos procedentes del cielo. Protegiéndose los ojos con las manos, observó, sin dar crédito a lo que veía, a una nueva mujer que estaba echada sobre su cama de terciopelo, ondulando su cuerpo con indudable delicia ante su aproximación. Podría haber sido la hermana de la magnífica criatura que acababa de dejar: el mismo pelo oscuro cayéndole en ondulaciones perfectas sobre la espalda, el mismo caleidoscopio de delicadas luces y sombras recogido por la luz del sol y extendido a lo largo de los suaves y flexibles miembros, el mismo aroma dulce extendiéndose y atrayéndole sobre la hierba. Hasta llevaba una blusa similar, aunque ésta era roja. Su textura era muy complicada, con diminutos diseños que cambiaban y fluían a medida que él trataba de seguirlos con la mirada; atractivos dibujos que le sugerían un simbolismo elusivo cuya comprensión se le escapaba.

No sintiéndose inclinado a poner en duda los regalos que el destino ponía tan raramente en su camino, Randy se apresuró a acudir reverentemente hacia el asombroso y hermoso fenómeno que le esperaba. Una vez más, podía desechar las palabras, por ser totalmente innecesarias. Los ojos de la mujer, profundos estanques violeta llenos de promesas, le recibieron agradablemente con una inequívoca invitación, reforzados por el cuerpo complaciente y receptivo. Llegó a perder el sentido de sí mismo, y se dejó llevar hacia un frenesí de sensaciones que se mezclaron las unas con las otras, hasta que una estrella nova pareció

brillar ante él, y terminó por hundirse en un estado somnoliento en el que cada movimiento y cada gesto de la mujer parecía formar una parte de una comunicación obscura pero vital entre un extremo del universo y el otro. El se quedó mirando fijamente sus ojos, fascinado, mientras un hálito de gloriosos colores formaba una espiral sobre el lecho, y después tuvo que haberse quedado dormido, pues hubo un momento en que las hierbas y las enredaderas que alfombraban la isla parecieron explorarle con sus tentáculos, y en el que el musgo creció inconteniblemente bajo su espalda. El sol parecía tener un dorado más profundo y había descendido bastante en el cielo cuando Randy se remojó la cabeza en el océano y regresó, ya refrescado, hacia donde se encontraba su deliciosa compañera.

Cerca de ella, sintió cómo se reavivaba su deseo con tanta fuerza como si nunca hubiera quedado satisfecho, pero cuando trató de acercarse más la encontró tan inflexible como un bloque de madera, mientras su mirada permanecía fría y fija sobre el mar. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de despertar su interés por los saludables propósitos atléticos que albergaba en su mente. Ella le ignoró tan completamente que él ni siquiera pudo estar seguro de que ella entendiera lo que deseaba. Finalmente, Randy decidió que tendría que dejarla allí, con la esperanza de que al día siguiente se encontraría en un estado de ánimo más tratable. Besó la boca inmóvil y emprendió el camino de regreso hacia la nave.

Fue chapoteando en las aguas bajas, a lo largo de la costa, mientras la arena se deshacía bajo sus pies y la brisa se agitaba por entre la hierba y hacía mover las ramas de los árboles. La mujer que llevaba puesta la blusa azul todavía estaba tomando baños de sol en el mismo lugar en que él la dejara, y Randy se detuvo al borde del agua, sin saber muy bien si debía saludarla con la mano y marcharse a toda prisa, o debía detenerse un momento para hablar con ella de su experiencia.

Su perfume solucionó la cuestión. A medida que se fue aproximando, dejándose dirigir de nuevo por su olfato, ella se movió y se extendió y su sonrisa pareció penetrarle el cuerpo, sonando en su interior como una verdadera orquesta. Ella le atrajo hacia sí con una urgencia irresistible y, una vez más, él volvió a sentirse suspendido en el interior de ella, con un incomprensible torrente de alegría y placer. Apartándole por completo la blusa, se abandonó totalmente a una extraordinaria sinfonía de ritmos y caricias eróticas. Era como si el propio planeta se hubiera abierto para tragarle, con la hierba y las gigantescas hojas verdes cerrándose sobre su cabeza.

El clímax pareció desparramarle por todo el paisaje, como fragmentos de una vaina que acabara de estallar. Durante un largo tiempo, permaneció allí, incapaz de moverse, con fantásticas visiones de seres extraños y con una música extraordinaria bailándole a través de su mente. Los colores de la tarde que se iba yendo se fueron reuniendo lentamente hasta formar una magnífica puesta de sol, y cuando finalmente se puso de pie, ya estaba obscureciendo. La mujer estaba echada en su lecho, encogida sobre sí misma, y él no pudo hacer nada por despertarla. Renunciando de mala gana a llevarla a la nave, arriesgándose a despertar las sospechas de la compañera sobre sus actividades ilegales, extendió sobre ella la blusa y colocó algunas de las grandes hojas aterciopeladas sobre su cuerpo, como una forma de protección contra la noche, y reanudó su camino a través de la hierba.

La computadora estaba bastante pesada por haber sido abandonada durante tanto tiempo, pero, después de alguna discusión, consintió en apagar las luces. Randy se quedó dormido casi inmediatamente en su litera y las cápsulas para dormir terminaron por deslizársele del pecho, donde las había dejado, para caer al suelo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la compañera permaneció en extraño silencio, aunque las luces se encendían y apagaban aquí y allá, en su consola. Los cuadrantes de información indicaban que la tarea de la recarga química ya estaba completa, pero no aparecía ninguna indicación respecto a que ya se habían hecho los cálculos necesarios para reanudar el viaje. Preguntándose si debía echar un vistazo a la caja de fusibles, Randy se dio cuenta de repente de que la puerta de la nave estaba completamente abierta, poniendo al descubierto el mar, la arena y la luz del sol. El aire picante de la isla le atrajo y él respondió con placer.

Allá fuera todo aparecía poblado. Los lechos verdes estaban extendidos alrededor, al sol, cerca de la nave, pero también desperdigados por la hierba en todas direcciones, cubriendo la isla, por lo que podía apreciar Randy. Y sobre ellos permanecían reclinadas mujeres de todas las descripciones, tamaños y colores. Todas ellas llevaban blusas del diseño que ya le era familiar, con colores que comprendían todos los del arco iris, aunque, sin duda alguna, el azul y el rojo eran los favoritos. Por lo demás, las mujeres se parecían en el hecho de que todas ellas eran cegadoramente hermosas y en que sus profundos ojos claros estaban fijos en Randy, como si sus vidas hubieran sido especialmente construidas para este momento de éxtasis. Cuando él apareció, una oleada de placer se extendió sobre la audiencia, y él creyó haber escuchado a la propia isla suspirar en el estremecido silencio de la mañana. Sus fans le estaban esperando y había mucho que hacer allí. Su perfume le atrajo hacia adelante.

Randy estuvo extremadamente ocupado durante varias horas. Brazos, cuerpos y piernas le agarraron como en una trampa de espesa y voluptuosa carne, y el apetito y el placer se persiguieron el uno al otro con frenética urgencia. Él se fue abriendo paso a través de la increíble plantación de piel bañada por el sol, encontrándose con las blusas ya levantadas y con voluptuosas bienvenidas, hasta que su respuesta se hizo demasiado dolorosa como para que valiera la pena seguir haciendo el esfuerzo, mientras que las pausas entre los encuentros se vieron ensombrecidas por incómodos sueños en los que todo su ser se fragmentaba y parecía desmenuzarse hasta convertirse en arena, con una inescrutable finalidad. Se felicitó confusamente a sí mismo por su realización, y al final hasta llegó a confiar en la idea de que podría pasarse el resto de sus días sin necesidad de dirigir sus ojos hacia otra forma femenina.

Librándose de las ansiosas filas de sus admiradoras, se bañó y flotó en el cálido océano hasta que una modesta confianza regresó a sus piernas, permitiéndole pensar que éstas podrían sostenerle de nuevo. Afortunadamente, las chicas no hicieron ningún intento por seguirle, sino que permanecieron adorándole desde la orilla, ondulándose tristemente en sus lechos de hojas. Randy comió alguna fruta y estuvo andando por el borde del agua, manteniéndose fuera de su alcance, conservando siempre una sonrisa amable y observando a las mujeres con mirada desapasionada, mientras se dedicaba a pensar.

De repente, descubrió entre las que tomaban baños de sol a la chica de la blusa azul que él había dejado envuelta en hojas la noche anterior. Evidentemente, la noche pasada no debió haber sido muy beneficiosa para ella. Permanecía alejada de las demás, inmóvil sobre el lecho petrificado y desgastado, y su blusa le caía sobre las piernas como si se tratara de un sudario corrompido. La piel relumbrante que había brillado ante él el día anterior, aparecía ahora pálida y apagada, aflojándose en algunos lugares para crear huecos de demacración; su mata de pelo moreno se había coagulado, formando una masa flácida y repelente. Horrorizado ante la aparente consecuencia de sus atenciones, Randy se dirigió hacia ella; la compañera le había asegurado que, bajo circunstancias normales, no podía haber ninguna incompatibilidad entre las bacterias locales y la propia colección de Randy de virus extragalácticos; pero las circunstancias se habían dispersado, yendo mucho más allá de lo normal. Si aquella mujer tenía problemas, lo más probable era que Randy también los tuviera.

En un primer movimiento automático de diagnóstico, Randy le cogió la mano. Esta se partió inmediatamente, separándose de la aflojada masa de su cuerpo y permaneciendo fláccidamente en su propia mano, en forma de una materia verdosa que goteaba por la muñeca separada. Los dedos se rompieron y rezumaron en la palma de su mano, y el dedo gordo cayó al suelo, produciendo un suave chapoteo. Apartando con una convulsión revulsiva el tejido corrompido, volvió el rostro de la mujer hacia él. Se deshizo ante el contacto de su mano y sus dedos se hundieron en la gelatina negra donde habían estado sus ojos.

Randy echó a correr a toda prisa, saltando inconteniblemente a través de un paisaje lleno de encantadoras sonrisas. La isla parecía agitarse bajo sus pies y el sol pegaba como un martillo sobre su cráneo. Cuando llegó a la nave, iba arrastrándose y tuvo la impresión de que estaba haciendo mucho ruido. Cayó a través del umbral de la puerta y bajó el cierre de la escotilla.

La computadora recibió la confesión de Randy con el máximo desprecio. Si al menos se hubiera molestado en estudiar toda la información disponible antes de salir de la nave como un nudista yugoslavo (el indudable ardor apócrifo de esta raza legendaria formaba la base de una de las sagas más memorables del espacio), podría haber evitado, según la computadora, el convertirse a sí mismo en un tonto espectacular. Debía de haber sabido, añadió la compañera, que nada era desconocido o imprevisible para las computadoras CMP DIRAC-deriv. Mk IV Astg. multimedia, y que explosiones como la protagonizada por Randy no sólo no contaban con ninguna esperanza de permanecer en secreto, sino que eran incluso tan predecibles que hasta se podían calcular con toda exactitud, de acuerdo con una, ahora probada, constante en la que x era igual a quince raíces cuadradas de plus-luz, divididas simultáneamente por cero coma siete. Durante las horas en las que Randy había dejado de cumplir con sus obligaciones, confirmó la compañera, había tenido la oportunidad de preparar una tesis sobre este mismo tema, demostrando una amplitud de visión tan extraordinaria que la compañera estaba perfectamente convencida de que se le concederían los más elevados honores intergalácticos cuando terminara el viaje. Con una tosecilla modesta, la compañera desembuchó un volumen de seiscientas páginas de impresiones computarizadas, elegantemente encuadernadas en piel, con bordes dorados. La compañera sugirió que a Randy le podría interesar echar un vistazo a esta obra que marcaría una época, mientras preparaba su propio informe para la

Federación, aunque, de todos modos, no sería probable que trataran su caso con mucha simpatía si lo presentaba de acuerdo con su estilo normalmente inarticulado.

Introduciendo débilmente el libro en el reciclador, Randy apretó el botón Bowman (el control de emergencia, conocido únicamente por el piloto en las naves plus-luz), y dejó que la computadora cantara canciones de cuna durante media hora, mientras él consumía un tubo entero de pasta nerviosa suavizante. Relajándose en la litera de control, volvió después a reajustar los bancos de información de la computadora y evocó todos los hechos y referencias disponibles sobre el planeta en el que se encontraban. La compañera había dejado de informarle, desde luego, de que el lugar ya había sido visitado con anterioridad, de modo que, en lugar de la lista, normalmente corta, de investigación aérea y de la información correspondiente, se disponía de voluminosos informes técnicos y ecológicos, la mayor parte de los cuales resultaban incomprensibles para el que no estaba especializado en el tema. Todos los datos fueron pasando por la pantalla informativa, y Randy frunció el ceño al observarlos, sin encontrar en ellos nada que le pudiera ayudar. Las deducciones biológicas que se habían establecido no parecían estar relacionadas en modo alguno con sus propias experiencias, y sólo uno de los grupos de los equipos de exploración había estado cerca, en alguna parte de las islas del hemisferio norte, pero sus propósitos y conclusiones estaban relacionadas simplemente con la botánica.

Después de presentar todos los textos principales, la computadora comenzó a presentar las notas a pie de página y las addenda. Haciendo que toda esta información pasara a una velocidad doble a la usual, Randy estaba a punto de abandonar toda esperanza cuando una pequeña imagen surgió repentinamente, como un débil acorde que volvió a desaparecer inmediatamente. Hizo retroceder la información, y después se la quedó mirando durante un largo rato. La ilustración, brillantemente iluminada, mostraba un corte transversal de una flor, y el artículo que la acompañaba, situado bajo un serio título latino, era un informe escrito por uno de los botánicos.

De las tres especies de *Bacchantius* que crecen en el planeta Rosy Lee, la más inusitada es quizá la *Gigantiflora*. La planta es herbácea y perenne, subsistiendo por medio de gruesos tubos almidonados. Florece anualmente en las condiciones adecuadas y es un miembro de la familia *Phorusorchidaceae*, la familia local de las orquídeas. (Véase referencia Axaia, página 74.418 para la descripción de la evolución paralela de plantas floráceas de los mundos del tipo E. Véase referencia Modoinisk, página 731.111 para parámetros detallados de las condiciones del tipo E.) Normalmente, la *Gigantiflora* sólo florece después de haber recibido los productos de desecho transportados por el aire de las especies humanoides *Gaggus gaggus*, que habitan en el planeta Rosy Lee. Los brotes tardan unos cinco meses en madurar, pero no requieren ningún estímulo externo para iniciar la formación. Cuando se han desarrollado por completo, permanecen adormilados bajo una gruesa capa de hojas verdes aterciopeladas, una vez que la presencia de un humanoide ha despertado la respuesta tendente a la floración, los brotes se elevan de la noche a la mañana por encima de las hojas y se abren justo antes del amanecer. Las flores son enormes y poseen una configuración

sorprendente. Los especímenes examinados alcanzaban alturas que oscilaban entre los 1,3716 y los 1,8315 metros.

La fecundación se lleva a cabo por medio de la pseudocopulación, como sucede con muchas especies de plantas, pero es excepcional en este caso en el que el agente fecundador es un macho *Gaggus*. Las flores son réplicas exactas de las mujeres nativas, y toda su estructura, compuesta por sépalos y pétalos unidos, es completa casi en cada uno de los detalles externos. Una de las pocas diferencias visibles es la fibra, similar a un hilo, aunque robusta, que emerge de la parte más pequeña de la zona posterior de la planta.

El pétalo, análogo al labio en otras *orchidaceae*, es primariamente de un brillante color rojo o azul, aunque a menudo se pueden encontrar otros matices basados en estos colores. Ofreciendo el aspecto de una especie de blusa corta, está unido al perigonio únicamente por una junta diminuta situada en la nuca y puede ser apartada por completo sin producir ningún daño aparente, aunque se marchita con rapidez.

Las flores tienen un aroma muy intenso, y aunque la estructura química de éste aún tiene que ser determinada, se sabe que posee pronunciadas propiedades alucinatorias y afrodisíacas, por lo que se piensa que esto actuó originalmente para impedir que el *Gaggus* descubriera la verdadera naturaleza de la mujer con la que, aparentemente, se encontraba. Bajo la influencia del aroma, por ejemplo, el macho nota que los ojos de la planta parecen vivos y móviles, cuando, en realidad, son la parte menos lograda de toda la imitación.

Capaz de producir una serie bastante sofisticada de movimientos mecánicos, así como de reacciones, la *Gigantiflora*, al ser perturbada por un estímulo apropiado, emprenderá movimientos que se parecerán a los efectuados por una coqueta primitiva. El macho nativo *Gaggus* es a menudo completamente adicto a los placeres ofrecidos por estas flores, hasta el punto de llegar a repudiar a su propia esposa. El *Gaggus* hembra, por su parte, destruye estas plantas cada vez que las encuentra. Parece ser sostenible la teoría de que la población de Rosy Lee se ha mantenido a un bajo nivel debido al desperdicio de esfuerzo masculino en el cultivo de la *Gigantiflora*.

El polen se desarrolla ante el gineceo y forma un espeso polvo en la zona «pública» de la planta. Durante la pseudocopulación, este polen se adhiere al macho, y la próxima vez que éste se entretiene con una *Gigantiflora* es transferido a la zona que rodea el «ombigo» de la nueva flor, que es, en realidad, el estigma, completando así la fecundación o polinización. Inmediatamente después de este proceso, la flor es capaz de evitar nuevos intentos por parte del mismo macho, adoptando una postura rígida, de modo que se evite así la autopolinización.

Las semillas de la planta son como polvo y vuelan muchos kilómetros, atravesando incluso los océanos. En algunas de las numerosas islas no habitadas del planeta, se pueden encontrar colonias enteras de plantas; como el *Gaggus* no muestra tendencia a viajar, faltándole cualquier gran incentivo o energía para hacerlo así, se supone que estas colonias nunca alcanzan la fase de florecimiento. Cuando los miembros de la presente expedición aterrizaron en una de tales islas, las flores aparecieron al segundo día, en tan gran cantidad que se aproximaban a proporciones de infección, proporcionando el mismo efecto que un

burdel abarrotado. Como quiera que el equipo estaba compuesto únicamente por mujeres, no fue posible juzgar el efecto sobre un hombre, pero la vista, el olor y los vapores alucinatorios fueron de tanta fuerza como para convencernos de que los efectos serían insuperables, incluso para un hombre civilizado.

Tengo que confesar (añadía el informe, adoptando de repente un tono personal) que, como botánico, las flores me parecieron fascinantes, aunque como mujeres las encontré profundamente perturbadoras, produciéndome casi una sensación de disgusto. Incluso cuando estaba cortando fragmentos del pétalo del «rostro», lo que representa un ejercicio bastante inquieto, la parte inferior de la planta llevó a cabo varios intentos de seducirme, a pesar de que, como bien sabíamos, únicamente los hombres pueden poner en marcha el mecanismo de la polinización. El hecho de que, en las regiones deshabitadas, las flores puedan reaccionar a las mujeres igual que a los hombres, nos llevaría a la interesante especulación sobre medios alternativos de polinización. Y aunque cada uno de los miembros de nuestro equipo demostraba un gran disgusto por estas flores, no cabe la menor duda de que algunas plantas colocaron sus semillas durante nuestra estancia en la isla, a pesar de la imposibilidad de la autopolinización.

Sin duda alguna, en este campo se puede llevar a cabo una investigación posterior, pero aunque esto sería bastante divertido para los especialistas, no se puede anticipar ningún valor particular de esta clase de tarea. En botánica estamos familiarizados con los principios básicos de la pseudocopulación, estudiada con detalle en la Tierra durante el pasado siglo. (Referencia: *Flores salvajes del mundo*, por Everard & Morley, reimpresión bajo la etiqueta de *Tesoros de la antigüedad*: «La forma del labio, similar a un insecto, y la fragancia de la flor en la *Ophrys* atrae a los machos de ciertos insectos y les estimula para llevar a cabo intentos malogrados de copulación. Durante esta pseudocopulación, el insecto recoge diminutos granos de polen o bien transfiere el polen a los estigmas. Algunas orquídeas tropicales han demostrado igualmente poseer unos aromas particulares que excitan sexualmente a los insectos».) En consecuencia con todo lo anterior se recomienda un índice de Prioridad de Investigación a un nivel situado en un simple grado Z.

Seguían algunos aspectos técnicos sobre la morfología y la citología de la planta, pero Randy ya había leído suficiente. Su corazón le dolía de latir con tanta fuerza, mientras un torrente de ideas y esquemas cruzaban su mente con rapidez, y se dio cuenta de que el hipnocondicionamiento por el que había pasado a través del sector X113 iba a tener al fin la posibilidad de rendir frutos, gracias a su excepcional agotamiento. En rápidos fogonazos de inspiración, se dio cuenta de que estaba destinado a convertirse en el mayor jardinero jamás conocido. Cogió un destornillador y comenzó a trabajar.

El resto, desde luego, es historia. Randy esperó en Rosy Lee el tiempo suficiente para recoger diez vainas de semillas a las que él se refirió posteriormente en su autobiografía como su descendencia, y al cabo de unos pocos meses apareció en el planeta «seco» Bergia (donde la prostitución es ilegal), como el propietario de «Los jardines del placer de Rosy Lee». El escándalo llegó a producir un juicio que obligó a presentar un espécimen magnífico de *Bacchantius Gigantiflora* ante el encantado juez, y todas las acusaciones fueron rechazadas. Las noticias se

extendieron por toda la galaxia y con ello Randy logró hacer una verdadera fortuna. Fue capaz de lograr la compra, sin precedentes, de una nave plus-luz, de la que él fue propietario. El trato lo hizo con la misma Federación, y la nave estaba dotada de su correspondiente compañera.

Siendo el viaje plus-luz tan complicado como es, había muy pocas personas capaces de seguirle las huellas hasta el planeta en el que Randy recogía sus suministros, pero quienes lograron llegar a las islas de Rosy Lee dijeron que sólo encontraron allí zonas desérticas, cubiertas de baja maleza y acantilados pelados. El lugar, según dijeron, tenía una atmósfera de terror, y se sintieron contentos de marcharse de allí; la población *Gaggus*, sin embargo, pareció no sentirse perturbada en lo más mínimo, a pesar de la extraña preferencia por parte de los machos por una especie de coliflor que emitía un hedor insoportable, similar a pulpa corrompida.

Parece ser que Randy y su destornillador, llevados hasta las máximas alturas de la creatividad por el hipnocondicionamiento que atravesaba su cerebro, logró que la compañera de la nave alcanzara nuevos niveles de realizaciones químicas. Cuando la computadora terminó con Rosy Lee, la brisa afrodisíaca que se extendía por el planeta había adquirido un matiz que pasó desapercibido para los *Gaggus*, pero que llenaba los sentidos humanos de la más fuerte revulsión. De este modo, Randy y su camada conservan un cómodo monopolio. La compañera también demostró ser una maestra sin rival posible; las chicas de los «Jardines del placer», que se han convertido ahora en una atracción universal, son renovadas tanto en cuanto a su conversación seductora como en cuanto a sus habilidades físicas. Naturalmente, todas ellas son expertas en música adormecedora. Y las deformaciones híbridas desarrolladas con la ayuda de la computadora se hacen más deliciosas de año en año, especialmente cuando se trata de aquellos especímenes de elevado valor que tienen reputación de parecerse a famosas bellezas del pasado. El convulsionador Cleopatra, el frenesí a lo Bardot, y el paralizador Lazo de Amor, han pasado a la leyenda.

Esta es, chicas, la historia del famoso horticultor Randy Richmond, conocido en toda la galaxia como «mister Dedos Verdes» (aunque, según tengo entendido, los pilotos plus-luz tienen una versión ligeramente diferente). ¡Vigor para su abono y que su spray nunca se acabe! Y ahora, adentro. Otro grupo de visitantes acaba de detenerse ante nuestra casa verde.

Flautistas en el bosque

Philip K. Dick

Piper in the woods, © 1953 (*Imagination*, Febrero de 1953). Traducción de Eduardo G. Murillo en *Cuentos completos 1 - Aquí yace el wub*, relatos de Philip K. Dick, Gran Super Ficción, Ediciones Martínez Roca S. A., 1989.

–Bien, cabo Westerburg –preguntó suavemente el doctor Henry Harris–, ¿por qué piensa que es usted una planta?

Mientras hablaba, Harris miró la nota que tenía sobre el escritorio, redactada de puño y letra por el propio comandante de la base con su tosca caligrafía: «Doctor, éste es el tipo que le mencioné. Hable con él e intente averiguar cuál es el motivo de su alucinación. Forma parte de la nueva guarnición en la estación de control del Asteroide Y-3, y no queremos que nada vaya mal allí, especialmente por una chorrada como ésta».

Harris hizo a un lado la tarjeta y observó al joven que tenía enfrente.

Parecía incómodo y ávido de evadir el interrogatorio. Harris frunció el ceño. Westerburg era un chico bien parecido, atractivo con su uniforme de la patrulla y con el mechón de pelo rubio que le caía sobre un ojo. Era alto, casi un metro ochenta, de aspecto saludable, y había terminado el entrenamiento dos años antes, según la ficha. Había nacido en Detroit. Tuvo el sarampión a los nueve años. Interesado en los motores de reacción, el tenis y las chicas. Veintiséis años.

–Bien, cabo Westerburg –repitió el doctor Harris–. ¿Por qué piensa que es usted una planta?

El cabo le miró con timidez. Se aclaró la garganta.

–No es que lo piense, señor, es que soy una planta. Hace días que soy una planta.

–Comprendo –el doctor movió la cabeza–. ¿Quiere decir que no fue siempre una planta?

–No, señor. Me convertí en una planta hace poco.

–¿Y qué era antes de convertirse en una planta?

–Bien, señor, igual que los demás.

Hubo un silencio. El doctor Harris cogió su pluma y garabateó algunas líneas, pero no surgió nada importante. ¿Una planta? Un joven de aspecto tan sano... Harris se quitó las gafas con montura de acero y las limpió con su pañuelo. Se las colocó de nuevo y se reclinó en la silla.

–¿Le apetece un cigarrillo, cabo?

–No, señor.

El doctor encendió uno para él y posó el brazo sobre el borde de la silla.

–Cabo, debe comprender que muy pocos hombres se convierten en plantas, especialmente en un lapso de tiempo tan breve. He de admitir que es usted la primera persona que me comunica algo semejante.

–Sí, señor, es algo muy raro.

–Comprenderá los motivos de mi interés. Cuando dice que es una, planta, ¿significa que carece de movilidad? ¿O que es un vegetal, y no un animal? ¿O qué?

El cabo desvió la mirada.

–No puedo decirle nada más –murmuró–. Lo lamento.

–Bien, ¿le importaría decirme cómo se convirtió en una planta?

El cabo Westerburg vaciló. Bajó la vista al suelo, luego miró por la ventana al espaciopuerto y después siguió las evoluciones de una mosca sobre el escritorio. Por fin, se puso lentamente en pie.

–Ni siquiera puedo decirle eso, señor.

–¿Que no puede? ¿Porqué?

–Porque..., porque prometí no hacerlo.

La habitación quedó en silencio. El doctor Harris se levantó a su vez y ambos quedaron frente a frente. Harris frunció el entrecejo y se acarició el mentón.

–Cabo, dígame únicamente quién se lo hizo prometer.

–No puedo decírselo, señor. Lo siento.

El doctor reflexionó unos momentos. Luego fue hacia la puerta y abrió.

–Muy bien, cabo. Puede marcharse. Y gracias por concederme tiempo.

–Siento no poder ayudarle.

El cabo salió con paso cansino y Harris cerró la puerta a sus espaldas. Luego se dirigió al videófono. Tecléo la clave del comandante Cox. Al cabo de unos instantes apareció la faz bovina del comandante de la base.

–Cox, soy Harris. Hablé con él. Sólo obtuve la información de que era una planta. ¿Qué hago ahora? ¿Tiene más datos?

–Bueno, lo primero que observaron es que no hacía ningún trabajo. El jefe de la guarnición informó que Westerburg salía del recinto y se pasaba todo el día sentado Nada más.

–¿Al sol?

–Sí, nada más sentado al sol. Regresaba al anochecer. Cuando le preguntaron por qué no había estado trabajando en el edificio de reparación de motores, contestó que le era imprescindible tomar el sol. Después dijo... –Cox vaciló.

–¿Sí? ¿Qué dijo?

–Dijo que el trabajo era absurdo, que era una pérdida de tiempo que lo único útil era sentarse y contemplar...

–¿Y qué más?

–Entonces le preguntaron cómo se le ocurrió la idea, y les reveló que se había convertido en una planta.

–Ya veo que tendré que hablar con el de nuevo –dijo Harris–. ¿Le han dado la baja permanente de la patrulla? ¿Qué motivos alegó?

–El mismo, que ahora es una planta y ya no le interesa ser un patrullero. Sólo quiere quedarse sentado al sol. Es la cosa más extraña que he oído en mi vida.

–De acuerdo. Creo que le visitaré en su barracón –Harris consultó su reloj–. Iré después a cenar.

–Buena suerte –dijo Cox lúgubrementemente–. ¿Alguna vez oyó hablar de un hombre que se convertía en planta? Le dijimos que era imposible. pero se limitó a sonreír.

–Le informaré de lo que averigüe –prometió Harris.

Harris cruzó lentamente el vestíbulo. Eran más de las seis; la cena había terminado. Un concepto borroso comenzaba a formarse en su mente, pero era demasiado pronto para estar seguro. Aceleró el paso y dobló a la derecha al final del vestíbulo. Dos enfermeras pasaron corriendo. Westerborg se alojaba con un compañero, un hombre que había sufrido graves heridas con un motor y que ya estaba casi recuperado. Harris se acercó al ala de los dormitorios y se detuvo para examinar los números de las puertas.

–¿Puedo ayudarle, señor? –preguntó el robot que hacía las veces de conserje.

–Busco la habitación del cabo Westerborg.

–La tercera puerta a la derecha.

Harris siguió caminando. El Asteroide Y-3 tenía una guarnición desde hacía poco tiempo. Había llegado a ser el principal puesto de control para detener y examinar las naves que entraban en el sistema provenientes del espacio exterior. La guarnición cuidaba de que no se infiltraran bacterias, hongos u otros elementos perniciosos. Era un asteroide agradable, cálido, bien provisto de agua, árboles, lagos y mucho sol. Y la guarnición era la más moderna de los nueve planetas. Al llegar frente a la tercera puerta, meneó la cabeza. Levantó la mano y golpeó.

–¿Quién es?

–Busco al cabo Westerborg.

La puerta se abrió. Un joven de aspecto paciente, con gafas de concha y un libro en las manos se asomó.

—¿Quién es usted?

—El doctor Harris.

—Lo siento, señor. El cabo Westerburg está durmiendo.

—¿Podría despertarle? Me interesa mucho hablar con él.

Harris echó un vistazo al interior. Vio una habitación limpia, con un escritorio, una alfombra, una lámpara y dos literas. Westerburg yacía en una de ellas, boca arriba, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos firmemente cerrados.

—Señor —dijo el joven—, no creo que pueda despertarle por más que me esfuerce.

—¿Por qué?

—Señor, el cabo Westerburg no se despierta hasta la salida del sol. Es imposible despertarle.

—¿Catalepsia?

—Sin embargo, en cuanto sale el sol, salta de la cama y sale al exterior, donde permanece todo el día.

—Vaya —dijo el doctor—. Bueno, muchas gracias, de todos modos.

Regresó al vestíbulo y la puerta se cerró detrás de él.

—Es más complicado de lo que pensaba —murmuró.

Volvió por donde había venido.

Era un día cálido y soleado. El cielo se veía casi por completo despejado de nubes, y un viento suave se deslizaba entre los cedros que bordeaban la orilla del río, al que se llegaba por un sendero que se iniciaba al pie del hospital. Un puentecillo conducía al otro lado del río. Algunos pacientes, cubiertos por albornoces, se apoyaban en la barandilla y miraban distraídamente el agua.

A Harris le costó varios minutos localizar a Westerburg. El joven no estaba con los demás pacientes, sino más allá de los cedros, en una franja brillante de pradera, rebosante de hierba y amapolas. Estaba sentado sobre una piedra plana y grisácea, inclinado hacia atrás y con la boca entreabierta. No advirtió la presencia del doctor Harris hasta que estuvo casi a su lado.

—Hola —dijo Harris con afabilidad.

Westerburg abrió los ojos. Sonrió y se puso en pie con parsimonia, efectuando un movimiento grácil y ondulante, sorprendente para un hombre de su envergadura.

—Hola, doctor. ¿Qué le trae por aquí?

–Nada en especial. Quería tomar el sol.

–Venga, comparta mi roca.

Westerburg se apartó y Harris se sentó con cuidado de no desgarrarse los pantalones con los afilados bordes de la roca. Encendió un cigarrillo y contempló en silencio el agua. Westerburg recobró su pintoresca posición, inclinado hacia atrás, apoyado sobre las manos y con los ojos fuertemente cerrados.

–Bonito día –dijo el doctor.

–Sí.

–¿Viene cada día?

–Se está mejor aquí que adentro. No puedo estar adentro.

–¿Que no puede? ¿Qué quiere decir?

–Usted se moriría sin aire, ¿verdad?

–¿Y usted se moriría sin la luz del sol?

Westerburg movió la cabeza en señal de asentimiento.

–Cabo, ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Se propone hacer esto el resto de sus días? ¿Pretende seguir sentado al sol sobre una roca?

Westerburg asintió.

–¿Y su trabajo? Fue a la escuela durante años para ser un patrullero. Deseaba con verdaderas ganas ingresar en la Patrulla. Obtuvo excelentes calificaciones, una posición de primera clase. ¿No le apena abandonar todo esto? Le resultaría muy difícil volver. ¿No se da cuenta?

–Sí.

–¿De veras va a tirarlo todo por la borda?

–Exacto.

Harris permaneció en silencio un rato. Por fin, arrojó el cigarrillo y se giró hacia el joven.

–De acuerdo, supongamos que deja su trabajo y se sienta al sol. ¿Qué pasará después? Alguien ocupará su lugar, ¿no es cierto? Alguien tiene que hacer su trabajo. Si usted no lo hace, lo hará otro.

–Supongo que sí.

–Westerburg, imagínese que todo el mundo se comportara como usted. Imagine que todo el mundo quisiera estar sentado al sol todos los días. ¿Qué ocurriría? Nadie se ocuparía de controlar las naves que llegan desde el espacio exterior. Bacterias y cristales tóxicos penetrarían en el sistema, provocando la muerte en masa y tremendos sufrimientos. ¿Le parece bien?

–Si todo el mundo se comportara como yo, nadie iría al espacio.

–Pero es necesario. Hay que comerciar, hay que conseguir minerales, productos y plantas nuevas.

–¿Por qué?

–Para que la sociedad prosiga su curso.

–¿Por qué?

–Bien... –Harris hizo un ademán vago—. La gente no podría vivir sin una sociedad.

Westerburg no respondió. Harris le miró fijamente, pero el joven no dijo nada.

–¿No es así? –preguntó Harris.

–Quizá. Es un asunto complicado, doctor. Como ya sabe, me esforcé durante muchos años para pasar el entrenamiento. Tenía que trabajar para estudiar: fregaba platos, hacía de pinche en las cocinas y por las noches estudiaba, aprendía, me quemaba las cejas, un día tras otro. ¿Sabe lo que pienso ahora?

–No.

–Ojalá me hubiera convertido antes en una planta.

El doctor Harris se incorporó como impulsado por un resorte.

–Westerburg, cuando vuelva adentro, ¿tendría algún inconveniente en pasar por mi despacho? Me gustaría pasarle algunos tests, si no le importa.

–¿La caja de sorpresas? –Westerburg sonrió—. Ya imaginaba que acabaríamos así. Claro, no me importa.

Irritado, Harris saltó de la roca y se alejó unos pasos.

–¿A eso de las tres, cabo?

Westerburg asintió.

Harris regresó por la colina al sendero que llevaba hacia el hospital. Cada vez lo tenía más claro. Un chico que había luchado toda su vida.

Inseguridad económica. El ideal de su vida consistía en ingresar en la Patrulla. Y, al alcanzarlo, encontraba la carga demasiado pesada. En el Asteroide Y-3 había demasiada vegetación, la suficiente para pasarse todo el día en plan contemplativo. Identificación primaria y proyección en la flora del asteroide. La inmovilidad y la permanencia implican el concepto de seguridad. Un bosque inmutable.

Entró en el edificio. Un robot le detuvo de inmediato.

–Señor, el comandante Cox desea hablar con usted urgentemente por el videófono.

–Gracias.

Harris se precipitó en su despacho. Marcó el código de Cox y el rostro del comandante se materializó en la pantalla.

—¿Cox? Soy Harris. He estado charlando con el chico. Empiezo a comprender lo que ocurre. El peso de la responsabilidad le agobia. Cuando al fin alcanza lo que tanto deseaba, la idealización se derrumba bajo el...

—¡Harris! —ladró Cox—. Cállese y escuche. Acabo de recibir un informe de Y-3. Un cohete expreso está en camino.

—¿Un cohete expreso?

—Cinco casos más como el de Westerburg. ¡Todos se creen plantas! El jefe de la guarnición está hasta los huevos. Dice que o averiguamos lo que sucede o la guarnición se irá al carajo. ¿Me entiende, Harris? ¡Descubra lo que pasa!

—Sí, señor —musitó Harris—. Sí, señor.

Al final de la semana se contabilizaban veinte casos, todos provenientes, por supuesto, del Asteroide Y-3.

El comandante Cox y Harris se hallaban de pie en la cumbre de la colina, mirando sombríamente el río que discurría bajo sus pies. Dieciséis hombres y cuatro mujeres estaban sentados en la orilla, tomando el sol. Ninguno se movía, ninguno hablaba. No habían efectuado el menor movimiento en la hora que Harris y Cox llevaban observando.

—No lo entiendo —Cox sacudió la cabeza—. No lo entiendo de ninguna de las maneras. Harris, ¿es el principio del fin? ¿Es que todo se va a derrumbar en torno nuestro? Me jode cantidad ver a toda esa gente tocándose las pelotas al sol.

—¿Quién es aquel pelirrojo?

—Ulrich Deutsch. El segundo comandante de la guarnición. ¡Mírele ahora! Espatarrado con la boca abierta y los ojos cerrados. Hace una semana, ese hombre iba camino de la cumbre. Tomaría el mando de la guarnición cuando el comandante en jefe se jubilara. Le quedaba un año, como máximo. Toda su vida luchando para llegar a eso.

—Y ahora se dedica a tomar el sol.

—Esa muchacha, la morena de pelo corto. Una chica de carrera. Responsable del equipo administrativo de la guarnición. El hombre que está junto a ella: conserje. Esa chavala de ahí, la de las tetas grandes: secretaria, recién salida de la escuela. De todas clases. Y esta mañana me comunicaron que vienen tres más en camino.

Harris asintió.

—Lo más raro es... que realmente les gusta sentarse allí. Son completamente racionales: podrían hacer cualquier otra cosa, pero no quieren.

–¿Y bien? –preguntó Cox–. ¿Qué piensa hacer? ¿Ha descubierto algo? Contamos con usted. Dígame lo que sabe.

–No obtuve nada de ellos con las entrevistas, pero la caja de sorpresas ha proporcionado algunos resultados interesantes. Entremos y se lo enseñaré.

–Bien –Cox se encaminó al hospital–. Enséñeme lo que tenga. El asunto es muy grave. Ahora entiendo lo que sentía Tiberio cuando los cristianos salieron a la luz.

Harris apagó las luces. El cuarto quedó completamente a oscuras –le pasaré el primer rollo. El sujeto es uno de los mejores biólogos de la guarnición, Robert Bradshaw. Llegó ayer. Obtuve un buen material de la caja de sorpresas porque la mente de Bradshaw es muy peculiar. Contiene una cantidad de material reprimido de naturaleza no racional superior al de la media.

Oprimió un interruptor. El proyector zumbó, y en la pared opuesta apareció una imagen tridimensional en color, tan real como si contemplaran al hombre en persona. Robert Bradshaw frisaba en la cincuentena, era corpulento, de pelo gris acero y mandíbula cuadrada. Estaba sentado tranquilamente en una silla, con las manos apoyadas en el respaldo, indiferente a los electrodos sujetos a su cuello y muñecas.

–Ahora empieza –indicó Harris–. Observe.

Apareció su propia imagen filmada, acercándose a Bradshaw.

–Bien, señor Bradshaw –dijo la imagen–, esto no le causará ningún daño y, sin embargo, nos ayudará mucho a nosotros.

La imagen movió los controles de la caja de sorpresas. Bradshaw se puso rígido y apretó las mandíbulas, pero ya no se volvió a mover. La imagen de Harris le examinó por un tiempo y después se apartó de los controles.

–¿Me oye, señor Bradshaw? –preguntó la imagen.

–Sí.

–¿Cómo se llama?

–Robert Bradshaw.

–¿Qué cargo ocupa?

–Jefe de biología en la estación de control de Y-3.

–¿Se encuentra allí ahora?

–No. He vuelto a la Tierra. Estoy en un hospital.

–¿Porqué?

–Porque admití ante el jefe de la guarnición que me había convertido en una planta.

49 cuentos Fantásticos

–¿Es eso verdad? ¿Es usted una planta?

–Sí, en un sentido no biológico. Conservo la fisiología de un ser humano, por supuesto.

–¿Qué entiende usted por ser una planta?

–Se trata de una actitud. En psicología se denomina Weltans Chauung.

–Continúe.

–A un animal de sangre caliente, a un primate superior, le es posible adoptar hasta cierto punto la psicología de una planta.

–¿Sí?

–Me refiero a esto.

–¿Les pasa lo mismo a los otros?

–Sí.

–¿Cómo llegaron a adoptar esta actitud?

La imagen de Bradshaw titubeó. Hizo una mueca.

–¿Lo ve? –le indicó Harris a Cox—. Un poderoso conflicto. De haber estado consciente no habría seguido.

–Yo...

–¿Sí?

–Me enseñaron a convertirme en una planta.

La imagen de Harris mostró sorpresa e interés.

–¿Qué significa que le enseñaron a convertirse en una planta?

–Comprendieron mis problemas y me enseñaron a ser una planta. Ahora me he desembarazado de los problemas.

–¿Quién? ¿Quién le enseñó?

–Los Flautistas.

–¿Quién? ¿Los Flautistas? ¿Quiénes son los Flautistas?

No hubo respuesta.

–Señor Bradshaw, ¿quiénes son los Flautistas?

Después de una larga y agónica pausa, los labios se movieron.

–Viven en los bosques...

Harris detuvo el proyector y las luces se encendieron. Cox y él parpadearon.

–Esto es cuanto pude obtener –explicó Harris–. Y puedo considerarme afortunado. No esperaba que me dijera nada. Todos prometieron no revelar quién les había enseñado a ser plantas: los Flautistas que viven en los bosques de Y-3.

–¿Contaron los veinte la misma historia?

–No –Harris hizo una mueca de disgusto–. La mayoría opusieron mucha resistencia. Ni siquiera les extraje esta información.

–Los Flautistas –reflexionó Cox–. ¿Y bien? ¿Qué se propone hacer? ¿Esperar cruzado de brazos a completar la historia? ¿Es ése su plan?

–No –dijo Harris–. De ninguna manera. Iré a Y-3 y averiguaré por mí mismo quiénes son los Flautistas.

La pequeña nave patrullera aterrizó con cuidado y precisión; los motores tosieron hasta el silencio final. La escotilla se abrió y el doctor Henry Harris contempló el campo de aterrizaje, inundado de sol. En el extremo del campo se alzaba la torre de control. Largos edificios grises estaban diseminados por todo el terreno: la estación de control Garrison. Un enorme crucero venusino se hallaba estacionado en las cercanías: un inmenso casco verde semejante a una gran babosa. Los técnicos de la estación pululaban a su alrededor, examinando y analizando cada centímetro en busca de formas de vida letales o tóxicas que pudieran haberse adherido al casco.

–Todo está listo, señor –dijo el piloto.

Harris asintió. Cogió sus dos maletas y bajó con cuidado. El suelo estaba caliente, y la luz del sol le hizo parpadear. En el cielo se veía Júpiter; el vasto planeta reflejaba una considerable cantidad de luz solar.

Harris atravesó el campo, cargado con las maletas. Un empleado se ocupaba en abrir el depósito de la patrullera para sacar su baúl. Lo puso en una carretilla y siguió al doctor con aire de aburrimiento.

Cuando Harris llegó a la entrada de la torre de control, la puerta se abrió y un hombre de edad madura, ancho y robusto, de pelo gris y paso seguro, salió a recibirle.

–¿Cómo está, doctor? –dijo alargándole la mano–. Soy Lawrence Watts, el jefe de la guarnición.

Intercambiaron un apretón de manos. Watts le dirigió una sonrisa. Era un anciano de gran estatura, todavía apuesto con su uniforme azul oscuro y las charreteras doradas sobre los hombros.

–¿Tuvo un buen viaje? –preguntó Watts–. Pase, tomaremos un trago. Hace calor con el Gran Espejo ahí arriba.

–¿Júpiter? –Harris le siguió al interior del edificio, la torre de control estaba fresca y sombreada, un auténtico alivio–. ¿Cómo es que la gravedad es tan parecida a la

de la Tierra? Esperaba que me pondría a dar saltos como un canguro. ¿Es artificial?

–No. El asteroide tiene un núcleo denso, una especie de depósito metálico; por eso lo elegimos. Simplificó el problema de la construcción, y además posee aire y agua. ¿Ve las colinas?

–¿Las colinas?

–Desde la torre obtendrá una buena visión. Esto es como un parque natural, con bosques en los que hay de todo. Venga, Harris. Éste es mi despacho –el anciano le guió hasta un apartamento amplio y bien amueblado–. ¿A que es agradable? Mi intención es pasar el último año de servicio lo más confortablemente posible –frunció el ceño–. Claro que, ahora que Deutsch se ha ido, igual me quedo para siempre. Bueno... Siéntese. Harris.

–Gracias –Harris se sentó y estiró las piernas, observó como Watts cerraba la puerta que comunicaba al pasillo–. Por cierto, ¿ha habido más casos?

–Otros dos, hoy –el rostro de Watts se ensombreció–. Son casi treinta en total. Hay trescientos hombres en esta estación. Al paso que vamos...

–Comandante, mencionó que había bosques en el asteroide. ¿Concede permiso a los hombres para que vayan allí cuando quieran? ¿O sólo les deja circular por los edificios y el campo?

Watts se frotó el mentón.

–Bien, es una situación compleja, Harris. He de permitirles que salgan de vez en cuando. Ven el bosque desde los edificios, y basta contemplar un lugar hermoso para que te entren ganas de ir. Cada diez días se les concede un período de descanso. Entonces salen a pasear.

–¿Y luego vuelven trastornados?

–Sí, creo que sí, pero es lógico que si ven el bosque tengan ganas de ir. No puedo impedirlo.

–Lo sé, no le censuro. Bien, ¿cuál es su teoría? ¿Qué les sucede allí? ¿Qué hacen?

–¿Qué sucede? Que en cuanto salen y se relajan un rato ya no quieren volver a trabajar. Es inútil. Se estaquean. No quieren trabajar, así que se largan.

–¿Qué opina de sus fantasías?

Watts rió de buen grado.

–Escuche, Harris, usted sabe tan bien como yo que todo eso son cuentos. Son tan plantas como usted o yo. Lo único que pasa es que no quieren trabajar, y punto. Cuando era cadete usábamos varios métodos para obligar a la gente a trabajar. Me gustaría propinarles unos azotes en el culo, como solíamos hacer.

–¿Así que piensa que todo es un truco?

—¿Usted no?

—No —dijo Harris—. Creen realmente que son plantas. Les sometí a tratamiento de choque, la caja de sorpresas. Todo el sistema nervioso se paraliza, las inhibiciones desaparecen. Confiesan la verdad. Y todos dijeron lo mismo... y más.

Watts paseó de un lado a otro, con las manos unidas a la espalda.

—Harris, usted es médico, y supongo que sabe de lo que habla, pero examine la situación. Tenemos una guarnición, una excelente y moderna guarnición, probablemente la mejor del sistema. Contamos con los más complejos adelantos de la ciencia. Harris, esta guarnición es una gran máquina. Los hombres son partes de ella con un trabajo a realizar, el equipo de mantenimiento, los biólogos, la guardia y la administración.

»¿Qué pasa cuando una persona deserta de su labor? Todo se tambalea. No podemos arreglar los desperfectos si nadie hace funcionar las máquinas. No podemos solicitar provisiones y vituallas si nadie se ocupa de los inventarios y los informes. No podemos organizar la actividad si el segundo jefe decide marcharse a tomar el sol.

»Treinta personas, la décima parte de la guarnición. Son imprescindibles. La guarnición funciona así. Si quitamos los cimientos, los edificios se derrumban. Nadie puede marcharse. Formamos un todo, y esa gente lo sabe. Saben que no tienen derecho a hacer lo que les dé la gana. Nadie lo tiene. Estamos demasiado entrelazados. Es injusto para con los demás, la mayoría.

Harris aprobó con un gesto.

—Comandante, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Hay habitantes nativos en el asteroide?

—¿Nativos? —Watts reflexionó unos instantes—. Sí, existen algunos aborígenes.

Hizo un gesto vago en dirección a la ventana.

—¿Cómo son? ¿Los ha visto?

—Sí, les he visto. Al menos, les vi la primera vez que se acercaron por aquí. Merodearon un rato, nos observaron y se largaron.

—¿Han muerto? ¿Alguna enfermedad?

—No. Simplemente... se esfumaron en el bosque. Imagino que deben de continuar allí.

—¿Qué clase de gente es?

—Bueno, la leyenda dice que provienen de Marte, aunque no se parecen mucho a los marcianos. Son de piel oscura, cobriza. Delgados. Muy ágiles a su manera. Cazan y pescan. Carecen de lenguaje escrito. No les prestamos mucha atención.

–Entiendo –Harris hizo una pausa–. Comandante, ¿ha oído hablar de... los Flautistas?

–¿Los Flautistas? –Watts frunció el ceño–. No. ¿Por qué?

–Los pacientes mencionaron unos seres a los que llamaban los Flautistas. Según la declaración de Bradshaw, los Flautistas les enseñaron a ser plantas.

–Los Flautistas. ¿Qué son?

–No lo sé –admitió Harris–. Pensé que usted lo sabría. Mi primera deducción, por supuesto, fue que se trataba de nativos, pero ahora ya no estoy tan seguro después de oír su descripción.

–Los nativos son salvajes primitivos. Es imposible que puedan enseñar algo a nadie, especialmente a un biólogo de altos vuelos.

Harris titubeó.

–Comandante, me gustaría explorar los bosques. ¿Es posible?

–Desde luego. No habrá problemas. Ordenaré que un hombre le acompañe.

–Prefiero ir solo. ¿Existe algún peligro?

–No, ninguno que yo sepa. Excepto...

–Excepto los Flautistas –concluyó Harris–. Lo sé. Bueno, sólo hay una forma de encontrarles, y es ésa. Tomaré todo tipo de precauciones.

–Si camina en línea recta, estará de vuelta en la guarnición en menos de seis horas. Este jodido asteroide no es muy grande. Hay un par de ríos y lagos, de modo que procure no ahogarse.

–¿Serpientes o insectos venenosos?

–No tenemos noticia. Al principio hicimos bastantes exploraciones, pero la hierba ha vuelto a crecer. Nunca encontramos nada peligroso.

–Gracias, comandante –Harris se levantó y le estrechó la mano–. Nos veremos antes del anochecer.

–Buena suerte.

El comandante y dos guardias armados salieron y se dirigieron hacia la guarnición. Harris les vio desaparecer en el interior del edificio. Después se adentró en el macizo de árboles.

El bosque estaba silencioso. Árboles enormes de color verde oscuro le rodeaban por todas partes. Parecían eucaliptos. El suelo era suave, cubierto de miles de hojas caídas de los árboles. Al cabo de un rato atravesó un claro de hierba quemada por el sol. Miradas de insectos surgían de los tallos secos. Algo corrió a esconderse entre la vegetación. Divisó una bola gris con muchas piernas y antenas temblorosas.

El claro terminaba al pie de una colina. El camino se empinaba más y más. Ante él se extendía una infinita pradera verde y salvaje. Descansó unos minutos para recobrar el aliento.

Siguió adelante. Descendió hacia una quebrada profunda en la que crecían helechos del tamaño de árboles. Pisaba un auténtico bosque del Jurásico. Los helechos unían sus copas sobre su cabeza. Se abrió paso con sumo cuidado. Notó el aire más frío. El suelo de la quebrada era húmedo y silencioso.

Llegó a un terreno llano. Densas matas de helechos crecían por todas partes, silenciosos e inmóviles, obscureciendo el suelo. Halló un sendero natural, el antiguo lecho de un río, áspero y rocoso, pero fácil de seguir. La atmósfera era pesada y opresiva. Más allá de los helechos pudo ver la ladera de la próxima colina, una pradera verde que ascendía por ella.

Tenía enfrente algo grisáceo. Grandes rocas amontonadas. El lecho seco del río conducía directamente hacia ellas. Imaginó que se trataba de un antiguo lago del que nacía el río. Trepó con dificultades a la primera roca y descansó al llegar arriba.

Hasta entonces no había tenido suerte. Ni rastro de los nativos, los únicos que tal vez podrían ayudarle a encontrar a los misteriosos Flautistas que engatusaban a los hombres, caso de que existieran. Si pudiera hablar con los nativos, tal vez descubriría algo, pero el éxito no le sonreía. Paseó la mirada en derredor. El bosque estaba en silencio. Una ligera brisa movía las hojas. ¿Dónde estaban los nativos? Probablemente tenían un poblado, cabañas, un claro. El asteroide era pequeño; daría con ellos antes del anochecer.

Descendió por las rocas y volvió a trepar por las siguientes. De repente, se detuvo a escuchar. Oyó un sonido lejano, el sonido del agua. ¿Se estaba acercando a un lago? Reemprendió el camino con la esperanza de localizar el origen del sonido. Continuó subiendo y bajando rocas. El silencio era total, excepto por el ruido distante del agua. Quizá una catarata o un torrente. Si lo encontraba, hallaría a los nativos.

Las rocas se acabaron y apareció de nuevo el lecho del río, bastante húmedo, fangoso y cubierto de musgo. Seguía una buena pista; el cauce había llevado agua recientemente, quizá durante la estación de las lluvias. Subió por una de las márgenes a través de los helechos y las enredaderas. Una serpiente dorada se cruzó en su camino. Algo brillaba entre los helechos: agua. Un lago. Corrió en aquella dirección, apartando las enredaderas que le impedían el paso.

Llegó al borde de un lago, un profundo lago enclavado entre las rocas grises, rodeado de plantas. El agua era clara y brillante, y nacía de una catarata que caía por el extremo opuesto. Era hermoso, y permaneció admirando la serenidad del lugar. Un rincón virginal, inalterado desde que se formó el asteroide. Quizá, incluso, era el primero en verlo, tan oculto y disimulado entre la vegetación. Le deparó una sensación extraña, casi de propiedad. Dio unos pasos en dirección al agua.

Y entonces la vio.

La muchacha estaba sentada en la otra orilla. Miraba el agua con la cabeza apoyada en una rodilla doblada. En seguida reparó en que había estado bañándose. Su cuerpo cobrizo todavía estaba húmedo y brillante al sol. No le había visto. Harris contuvo el aliento, incapaz de apartar la vista de ella.

Era muy hermosa. Su largo pelo oscuro le cubría los hombros y los brazos. Tenía el cuerpo delgado y esbelto. La perfección de sus formas le impresionó, a pesar de que estaba acostumbrado a contemplar toda clase de anatomías. El tiempo, inmóvil, extraño, pasó mientras la admiraba. Tal vez el tiempo se había detenido en la imagen de la muchacha sentada sobre una roca y los helechos tan quietos como si estuvieran pintados a sus espaldas.

De repente, la chica levantó los ojos. Harris se revolvió inquieto, consciente de entrometerse en su intimidad. Retrocedió un paso.

–Lo siento –murmuró–. Vengo de la guarnición. No pretendía espiarla.

Ella asintió sin hablar.

–¿No le importa? –preguntó Harris al instante.

–No.

¡Hablaba la lengua de la Tierra! Se acercó un poco, bordeando el lago.

–Espero que no la esté molestando. Pronto me iré del asteroide. Acabo de llegar de la Tierra.

Ella esbozó una sonrisa tímida.

–Soy médico. Me llamo Henry Harris –miró el cuerpo cobrizo que brillaba al sol, la fina capa de humedad que cubría sus brazos y sus muslos–. Tal vez le interese saber por qué estoy aquí. Es posible que pueda ayudarme.

–¿Sí?

–¿Le gustaría ayudarme?

–Sí –sonrió ella–. Claro que sí.

–Estupendo. ¿Puedo sentarme? –se acomodó sobre una roca plana, de cara a ella–. ¿Un cigarrillo?

–No.

–Bueno, me fumaré uno –lo encendió y aspiró una profunda bocanada–. Tenemos un problema en la guarnición. Algo les está sucediendo a los hombres, y se extiende como una epidemia. Hay que averiguar las causas antes de que la guarnición se venga abajo.

Aguardó unos segundos. Ella asintió levemente. Se mantenía inmóvil y silenciosa como los helechos.

–Bien, he conseguido extraerles cierta información, de la que destaca un hecho en concreto. Se empeñan en afirmar que los..., los Flautistas son los

responsables de su estado. Dicen que los Flautistas les enseñaron... –se interrumpió, una extraña expresión cruzó por el rostro oscuro y delicado de la muchacha–. ¿Conoce a los Flautistas?

Ella asintió con la cabeza.

Harris se sintió invadido por una oleada de satisfacción.

–¿De veras? Estaba seguro de que los nativos los conocerían –se puso en pie–. Por lo tanto, existen, ¿verdad?

–Existen.

Harris frunció el ceño.

–¿Y viven aquí, en el bosque?

–Sí.

–Bien –aplastó el cigarrillo con impaciencia–. ¿Podría llevarme hasta ellos?

–¿Llevarle?

–Sí. Me urge resolver este problema. El comandante en jefe de la base de la Tierra me asignó la misión de investigar sobre los Flautistas. Hay que llegar al fondo del enigma, y yo soy el encargado de resolverlo. Es vital encontrarlos, ¿me comprende?

Ella asintió.

–Bien, ¿me va a acompañar?

La chica permaneció en silencio. Estuvo largo rato contemplando el agua con la cabeza descansando sobre la rodilla. Harris se impacientó. Apoyó su peso en un pie, y luego en el otro.

–¿Lo hará? –insistió–. Es muy importante para la guarnición. ¿Qué me responde? –inspeccionó sus bolsillos–. Quizá pueda ofrecerle algo. Aquí tengo... –sacó su encendedor–. Le daré mi mechero.

La chica se levantó lenta y armoniosamente, sin aparentar el menor esfuerzo. Harris se quedó boquiabierto. ¡Con qué agilidad se había erguido de un solo movimiento! Parpadeó. Apenas había percibido el cambio. De pronto estaba en pie, mirándole tranquilamente con su rostro inexpresivo.

–¿Lo hará? –repitió.

–Sí. Vámonos.

La muchacha se dirigió hacia los helechos. Harris la siguió, moviéndose con torpeza sobre las rocas.

–Estupendo. Muchas gracias. Me interesa mucho encontrar a esos Flautistas. ¿Adónde me lleva, a su poblado? ¿Cuánto queda para que anochezca?

49 cuentos Fantásticos

La muchacha no respondió. Se había adentrado en los helechos, y Harris apresuró el paso para no perderla de vista. ¡Con qué silencio se deslizaba!

–Espere –gritó–, espéreme.

La joven se detuvo a esperarle, grácil y hermosa, observándole sin decir una palabra.

Harris penetró en la masa de helechos, pisándole los talones.

–¡Que me aspen! –exclamó el comandante Cox–. No ha tardado mucho –bajó de dos en dos los escalones–. Deje que le eche una mano.

Harris sonrió mientras acarreaba sus pesadas maletas. Las dejó en el suelo con un suspiro de alivio.

–No se preocupe. En lo sucesivo, procuraré no ir tan cargado.

–Entre. Soldado, ayúdele.

Un patrullero se acercó y cogió una maleta. Los tres tomaron por el pasillo que conducía a las habitaciones de Harris. Éste abrió la puerta y el patrullero depositó la maleta en el suelo.

–Gracias –dijo Harris, colocó la otra junto a la primera–. Estoy contento de volver, aunque sea por poco tiempo.

–¿Por poco tiempo?

–Regresé para poner en orden mis asuntos. Volveré a Y-3 mañana por la mañana.

–¿No solucionó el problema?

–Lo hice, pero no lo he erradicado. Debo volver de inmediato. Queda mucho por hacer.

–Pero ¿averiguó lo que pasa?

–Sí. Exactamente lo que los hombres decían: los Flautistas.

–¿Los Flautistas existen?

–Sí. Existen.

Se quitó la chaqueta y la colocó sobre el respaldo de la silla. Después abrió la ventana. Un aire cálido y primaveral invadió la habitación. Se sentó en la cama.

–Los Flautistas existen, es cierto... ¡en la mente de los hombres de la guarnición! Para ellos, los Flautistas son reales, ellos los crearon. Se trata de una hipnosis colectiva, una proyección de grupo, y ninguno se libra de padecerla hasta cierto punto.

–¿Cómo empezó?

–Los hombres elegidos para la estación Y-3 fueron seleccionados por sus especiales habilidades, su capacidad y el alto grado de entrenamiento. A lo largo de sus vidas han sido modelados por la compleja sociedad moderna, el ritmo acelerado y una fuerte integración con el resto de la gente. Han sido sometidos a una intensa presión para alcanzar ciertos objetivos y realizar ciertos trabajos.

»De repente, se les traslada a un asteroide habitado por nativos que viven la más primitiva de las existencias, completamente vegetal. Desconocen el concepto de objetivo, de propósito y de planificación. Los nativos viven como animales, al día, durmiendo y obteniendo su comida de los árboles, como en el Jardín del Edén, sin luchas ni conflictos.

–¿Sí? Pero...

–Los miembros de la guarnición ven a los nativos y piensan inconscientemente en su vida anterior, cuando eran niños, cuando no tenían problemas, ni responsabilidades, ni se habían integrado en la sociedad desarrollada. Niños echados al sol.

»¡Pero son incapaces de admitirlo! No pueden admitir que les gustaría vivir como los nativos, descansando y durmiendo todo el día. De modo que inventan a los Flautistas, un misterioso grupo que vive en los bosques y les enseña una nueva forma de vivir. Descargan su culpa sobre ellos. Les enseñan a convertirse en parte de los bosques.

–¿Qué piensa hacer? ¿Quemar los bosques?

–No –Harris meneó la cabeza–. Ésa no es la respuesta adecuada; los bosques son inofensivos. La solución reside en la psicoterapia. Volveré para empezar a trabajar cuanto antes. Hay que convencerles de que los Flautistas viven en su interior, de que les llaman inconscientemente para que les descarguen de sus responsabilidades. Los bosques son inofensivos y los nativos no les pueden enseñar nada nuevo. Son salvajes primitivos que carecen incluso de lenguaje escrito. Nos enfrentamos a una proyección psicológica de todos los hombres de la guarnición que desean abandonar su trabajo y descansar una temporada.

Se hizo el silencio en la habitación.

–Comprendo –dijo Cox al cabo de un rato–. Bueno, tiene cierto sentido –se puso en pie–. Ojalá haga reaccionar a los hombres cuando vuelva.

–Eso espero –aprobó Harris–. Y creo que lo conseguiré. Después de todo, sólo se trata de reforzar su propio conocimiento de sí mismos. Cuando lo logren, los Flautistas se desvanecerán.

–Bien, deshaga las maletas, doctor. Le veré a la hora de cenar. O quizá mañana, antes de que se marche.

–Espléndido.

Harris abrió la puerta y el comandante salió al pasillo. Harris cerró con llave y cruzó la habitación. Miró un momento por la ventana, con las manos en los bolsillos.

49 cuentos Fantásticos

Era casi de noche y estaba refrescando. El sol acababa de desaparecer detrás de los edificios de la ciudad que rodeaba el hospital. Contempló el ocaso.

Después se acercó a sus maletas. Se sentía cansado, muy cansado a causa del viaje. Una gran pereza atenazaba sus miembros. Le quedaban muchas cosas por hacer, muchísimas. ¿Cómo esperaba llevarlas a cabo? Volviendo al asteroide. ¿Y luego?

Bostezó, se le cerraban los ojos. ¡Cuánto sueño tenía! Dio un vistazo a la cama, se sentó en el borde y se quitó los zapatos. ¡Tenía tanto que hacer al día siguiente!

Dejó los zapatos en un rincón de la habitación. Se inclinó y soltó el cierre de una maleta. La abrió. Extrajo un enorme saco de tela. Vació con cuidado su contenido sobre el suelo. Tierra, tierra rica y suave. Tierra que había recogido en las últimas horas pasadas en el asteroide.

La extendió sobre el suelo y se sentó en el centro. Se estiró de espaldas sobre ella. Cuando se sintió cómodo cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Quedaba tanto por hacer..., pero más tarde, por supuesto. Mañana. La tierra era tan cálida...

Se durmió al cabo de un momento.

Margaritas

Fredric Brown

Daisies, © 1954 (*Angels and spaceships*, SF Book Club, E. P. Dutton). Traducción de Kyo.

El doctor Michaelson estaba enseñando a su mujer, cuyo nombre era señora Michaelson, su combinación de laboratorio e invernadero. Era la primera vez que ella iba allí en muchos meses y se había añadido un poco más de equipamiento.

—¿Entonces hablabas en serio, John —le preguntó ella finalmente—, cuando me dijiste que estabas experimentando en la comunicación con flores? Creí que estabas bromeando.

—No del todo —dijo el doctor Michaelson—. Al contrario de lo que cree la gente, las flores tienen un cierto grado de inteligencia.

—¡Pero seguramente no pueden hablar!

—No como hablamos nosotros. Pero contrariamente a lo que la gente piensa, se comunican. Telepáticamente, eso sí, y en imágenes pensadas más que las palabras.

—Entre ellas quizás, pero seguramente...

—Contrariamente a lo que la gente piensa, querida, incluso la comunicación humano-floral es posible, aunque hasta ahora sólo he podido establecer comunicación en una dirección. Es decir, puedo captar sus pensamientos, pero no enviarles mensajes desde mi mente a la suya.

—Pero... ¿cómo funciona, John?

—Contrariamente a lo que la gente piensa —dijo su marido—, los pensamientos, tanto humanos como florales, son ondas electromagnéticas que pueden ser... Espera, será más fácil si te lo muestro, cariño.

Llamó a su ayudante que estaba trabajando al otro lado de la habitación:

—Señorita Wilson, ¿podría traer el comunicador?

La señorita Wilson trajo el comunicador. Era una cinta para la cabeza de la que salía un cable que llegaba a una barra delgada con un asa aislada. El doctor Michaelson puso la cinta alrededor de la cabeza de su esposa y la barra en su mano.

—Es muy simple de usar —le dijo—. Sujeta la barra cerca de la flor y actuará como una antena que recogerá sus pensamientos. Y así veras, que contrariamente a lo que la gente piensa...

Pero la señora Michaelson no estaba escuchando a su marido. Estaba sujetando la barra cerca de un macizo de margaritas en el alféizar. Después de un momento

49 cuentos Fantásticos

soltó la barra y cogió un pequeño revolver de su bolso. Disparó primero a su marido y después a su ayudante, la señorita Willson.

Contrariamente a lo que la gente piensa, las margaritas hablan.

La mañana verde

Ray Bradbury

The green morning © 1950. Traducción de ? en ?.

Cuando el Sol se puso, el hombre se acuclilló junto al sendero y preparó una cena frugal y escuchó el crepitar de las llamas mientras se llevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados en las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída desde los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Su nombre era Benjamin Driscoll, tenía treinta y un años. Y lo que él deseaba era que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría con cada temporada; árboles que refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, árboles que pararían los vientos del invierno. Hay muchas cosas que un árbol podía hacer: dar color, proporcionar sombra, soltar frutas, o convertirse en parque de juegos para los niños; un amplio universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Él permanecía escuchando a la oscura tierra recogiendo en sí misma, en espera del Sol y las lluvias que aún no habían llegado. Acercaba la oreja al suelo y podía escuchar las pisadas de los años moviéndose en la distancia e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscando apoyo en el cielo, echando rama tras rama, hasta que Marte era un bosque vespertino, Marte era un huerto resplandeciente.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pequeño Sol se elevase débilmente entre las apretadas colinas, él se levantaría y acabaría en unos pocos minutos con un desayuno ahumado, aplastaría las cenizas de la hoguera y empezaría a trabajar con los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el claro cielo cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

–Necesitas el aire –le dijo a su fuego nocturno.

El fuego era un rubicundo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosados, soñolientos y tibios.

–Todos necesitamos el aire. Hay aire enrarecido aquí en Marte. Uno se cansa tan pronto... Es como vivir en los Andes, en América del Sur, en la cima. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja torácica. En treinta días, cómo había crecido. Para tomar más aire, todos ellos necesitaban desarrollar sus pulmones. O plantar más árboles.

–Para eso estoy aquí –dijo; el fuego le respondió con un chasquido–. En la escuela nos contaban la historia de Johnny Appleseed caminando a través de Norteamérica plantando semillas de manzano. Bueno, yo estoy haciendo más. Estoy plantando robles, olmos, arces, toda clase de árboles, álamos y cedros y castaños. En vez de pensar sólo en fabricar fruta para el estómago, fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan en algunos años, ¿piensa cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como miles de otros, paseó los ojos por la apacible mañana y pensó: ¿Cómo encajaré aquí? ¿Qué haré? ¿Habrá trabajo para mí?

Luego se había desmayado. Alguien colocó un frasco de amoníaco contra su nariz y, tosiendo, él volvió en sí.

–Usted estará bien –dijo el médico.

–¿Qué sucedió?

–El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que usted tendrá regresar a la Tierra.

–¡No! Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Sus fosas nasales se dilataron y obligó a sus pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

–Estaré bien. ¡Tengo que permanecer aquí!

Le dejaron tendido, boqueando horriblemente, como un pez. Y él pensó: Aire, aire, aire. Ellos me envían de regreso a causa del aire. Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos. Cuando se le aclaró la vista, lo primero que notó fue que ahí no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos cuando uno miraba en cualquier dirección. La tierra estaba desnuda, negra, desolada, sin ni siquiera hierbas. Aire, pensó, mientras una substancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y sobre la cima de las colinas, en sus sombras, o aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la respuesta no le venía de su cerebro, sino de sus pulmones y su garganta. Y el pensamiento fue como una repentina ráfaga de oxígeno puro, poniéndole de pie. Hierba y árboles. Se miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Ésa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría una privada guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero, ¿y si introdujera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas y sauces llorones y magnolias y majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral ocultaba el suelo, sin explotar porque los viejos helechos, las flores, los arbustos, y los árboles se habían muerto de cansancio.

–¡Permítanme levantarme! –gritó–. ¡Quiero ver al coordinador!

Él y el coordinador hablaron de cosas que crecían y eran verdes, toda una mañana. Pasarían meses, sino años, antes que se organizaran las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en cámaras frigoríficas volantes, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

—Entretanto —dijo el coordinador—, ésta será su tarea. Le entregaremos todas nuestras semillas; una pequeña cantidad. El espacio en los cohetes es sumamente costoso por ahora. Estoy temeroso, puesto que los primeros poblados son colectividades mineras, que sus plantaciones de árboles no cuenten con mucha simpatía...

—¿Pero ustedes me dejarán hacerlo?

Ellos le dejaron hacerlo. Provisto con una simple motocicleta, con una caja llena de semillas y retoños, él había estacionado su vehículo en el desierto valle y echó pie a tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y él nunca había mirado hacia atrás. Mirar hacia atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que las semillas hubiesen brotado. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la Tierra, estaba perdida. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose del Primer Pueblo, aguardando la llegada de las lluvias.

Las nubes se acumulaban sobre las secas montañas ahora cuando él se cubría los hombros con la manta. Todo en Marte era tan imprevisible como el clima. Sintió alrededor las calcinadas colinas, que la escarcha de la noche iba empapando, y pensó en el suelo del valle, negro como la tinta, tan negro y lustroso que parecía arrastrarse y vivir en el puño, un suelo fecundo en donde podrían brotar unas habas de largos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que les sacudirían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de las ruedas de un carro estremeció el aire. Un trueno. Un repentino olor a agua. Esta noche, pensó, y extendió la mano para sentir la lluvia. Esta noche.

Despertó al sentir un golpe muy leve sobre la frente. El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota golpeó su ojo, nublandolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia. Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo, como un elixir mágico que sabía a encantamientos y estrellas y aire, arrastrando un polvo de especias, y moviéndose como raro jerez liviano sobre su lengua.

Lluvia. Se incorporó. Dejó caer la manta y su manchada camisa azul, mientras la lluvia arreciaba en gotas más sólidas. El fuego parecía un animal invisible danzando sobre él, pisoteándolo, hasta convertirlo en un furioso humo. La lluvia caía. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un maravilloso esmalte fracturado, y se precipitó a Tierra. Él observó diez mil millones de cristales de lluvia, titubeando lo bastante como para ser fotografiados por la descarga eléctrica. Luego oscuridad y agua.

Estaba empapado hasta la piel, pero mantenía su rostro hacia arriba y dejó al agua golpear sus párpados, riendo. Aplaudió y se incorporó y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin cesar durante dos horas. Aparecieron las estrellas, frescamente lavadas y más claras que nunca.

Cambiando sus ropas por una muda seca que sacó desde una bolsa de celofán, el señor Benjamin Driscoll se tendió y felizmente se durmió.

El Sol se elevó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la Tierra y despertó al señor Driscoll donde él descansaba.

Esperó por un momento antes de levantarse. Había trabajado y esperado ese momento durante un mes largo y caluroso, y ahora, incorporándose, se volvió y encaró la dirección de donde él había venido.

Era una mañana verde. Tan lejos como él pudo ver, los árboles se erguían contra el cielo. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino los miles que él había plantado en semillas y retoños. Y no pequeños árboles, no, ni arbolillos, ni pequeños brotes tiernos, sino grandes árboles, árboles tan altos como diez hombres, verdes y verdes e inmensos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, limoneros, secoyas y mimosas y robles y olmos, cerezos, arces, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por una tumultuosa lluvia, sustentados por el extraño y mágico suelo, e invariablemente hacia donde él miraba, echando nuevas ramas, nuevos y abiertos brotes.

—¡Imposible! —exclamó el señor Benjamin Driscoll.

Pero el valle y la mañana eran verdes. ¡Y el aire! De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el nuevo aire, el oxígeno soplando de los verdes árboles. Se lo podía ver brillando en las alturas en oleadas de cristal. Oxígeno, fresco, puro y verde, el frío oxígeno que transformaba el valle en un delta fluvial. En un momento las puertas en el pueblo se abrían de par en par, la gente se precipitaba en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con las mejillas rosadas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora en pasos de baile.

El señor Benjamin Driscoll aspiró una profunda bocanada de húmedo aire verde y se desmayó. Antes que despertara nuevamente, otros cinco mil nuevos árboles habían subido hacia el amarillo Sol.

Los venusianos evanescentes

Leigh Brackett

The vanishing venusians, © 1945 (*Planet Stories*, Primavera de 1945). Traducido por Rafael Marín y Francisco Blanco en *La edad de oro, 1944-45*, Gran Super Ficción, Ediciones Martínez Roca S. A., 1989.

Un motivo por el cual la ciencia ficción tipo «pulp» no puede leerse hoy día es que los descubrimientos científicos han invalidado algunas de las premisas básicas sobre las que ese tipo de historias descansaba. Esto es particularmente cierto en el caso de la astronomía: Ahora sabemos lo que hay en la cara oculta de la Luna y hemos puesto ojos y pies mecánicos en el planeta Marte. También conocemos bastante sobre Venus, lo suficiente para que todo el escenario de Los venusianos evanescentes carezca de validez: no existen masas de agua ni venusiano alguno nadando en ellas.

Pero Los venusianos evanescentes no desmerece a este libro debido a su colorido, sus fuertes caracterizaciones y su aventura; todo ello clásico del trabajo de su autora, la desaparecida y llorada Leigh Brackett, una de las estrellas, y la quintaesencia, de lo mejor de Planet Stories en los años cuarenta.

Martin Greenberg

Marty ha mencionado el hecho de que Venus no tiene masas de agua, o de ningún líquido, y que no existen venusianos nadando en ellas. En realidad, Venus es aún peor que eso. Goza de una temperatura considerablemente superior a la requerida para fundir el plomo en cualquier parte de su superficie, desde los polos hasta el ecuador, de día o de noche. Su atmósfera tiene una densidad noventa veces superior a la de la Tierra, y está compuesta, casi por completo, de dióxido de carbono. Y sus nubes están formadas por gotas de ácido sulfúrico. A menos que nuestra tecnología avance hasta el punto en que podamos alterar las propiedades esenciales de la atmósfera de Venus y exportarle agua, los seres humanos nunca colonizarán el planeta y, de hecho, jamás pondrán los pies en él. Y es una lastima. De todos los planetas de la astronomía anterior a la era espacial, Venus era el más interesante. ¡Qué historias nos proporcionó de un mundo exuberante y primitivo, rebosante de vida! Y ha desaparecido, todo ha desaparecido, y nos hemos quedado con una bola de roca caliente, yerma por completo. Sin embargo, mientras los relatos de ciencia ficción del pasado permanezcan con nosotros, como éste de Leigh, el recuerdo subsistirá.

Isaac Asimov

Capítulo 1

La brisa era firme, aunque no demasiado fuerte. Hinchaba la vela lo suficiente para que el casco, lleno de algas, se abriera paso entre las aguas, y poco más.

Matt Harker se encontraba junto a la caña del timón y contaba los chorros de sudor que se deslizaban por su cuerpo desnudo, mientras observaba, con ojos hundidos y opacos, la noche color índigo. La furia, contenida e impotente, se alzó en su garganta como vómito amargo.

El mar (la venusiana esposa de Rory McLaren lo llamaba el mar de los Ópalos de la Mañana) se extendía tranquilo, negro, surcado de fosforescencias. El cielo, cubierto por el manto de nubes de Venus, hacía que el Sol pareciera una leyenda medio recordada a los exiliados de la Tierra. Luces móviles ardían en la penumbra azul, formando una línea. Doce naves, tres mil ochocientas personas, yendo a ninguna parte, atrapados en el intervalo existente entre el nacimiento y la muerte, y sin saber qué hacer al respecto.

Matt Harker observó la vela y, a continuación, la linterna fija de la nave que iba delante. Su rostro, en el tenue brillo que ilumina a Venus incluso de noche, era un delgado conjunto oblongo de sombras y duros huesos, escariado y cicatrizado por vivir, por querer y no tener, por morir y no estar muerto. Era un hombre enjuto, nervudo y bajo, con una serpentina seguridad de movimientos.

Alguien avanzó en silencio por la cubierta, evitando los cuerpos dormidos que se encontraban por todas partes.

—Hola, Rory —dijo Harker, sin emoción.

—Hola, Matt —respondió Rory McLaren.

Se sentó. Era joven, tal vez con la mitad de la edad de Harker. Aún quedaba esperanza en su expresión, pero se le acababa. Durante un rato, permaneció sentado, sin hablar y mirando a la nada.

—En serio, Matt —dijo entonces—. ¿Cuánto tiempo más podemos durar?

—¿Qué sucede, muchacho? ¿Empiezas a desmoronarte?

—No lo sé. Tal vez. ¿Cuándo vamos a detenernos en alguna parte?

—Cuando encontremos un lugar donde hacerlo.

—¿Existe? Me da la sensación de que llevamos buscándolo desde que nací. Siempre ocurre algo. Nativos hostiles, o fiebre, o mal terreno, siempre algo, y volvemos a reemprender la marcha. No es justo. No es forma de intentar vivir.

—Te dije que no tuvieras hijos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Empiezas a preocuparte —dijo Harker—. El bebé ni siquiera ha nacido, y ya estás preocupado.

—Por supuesto que sí —McLaren se llevó las manos a la cabeza y maldijo; Harker sabía que lo hacía para no echarse a llorar—. Me preocupa que a mi esposa y a mi hijo les suceda lo mismo que a los tuyos. Hay fiebre a bordo.

Durante un instante, los ojos de Harker se convirtieron en carbones encendidos. Luego, miró hacia la vela.

–Estarían mejor muertos.

–No digas eso.

–Es la verdad. Como acabas de preguntarme, ¿cuándo vamos a detenernos en alguna parte? Tal vez nunca. Te preocupas al respecto desde que naciste. Bien, yo llevo más tiempo. Antes de que nacieras, vi nuestro primer asentamiento incendiado por el Pueblo Nube, y a mis padres crucificados en su propio huerto. Estuve presente allá en la Tierra cuando este viaje a la Tierra Prometida comenzó, y aún espero la promesa.

Los tendones del cuello de Harker eran como cables de acero. Su voz adquirió una terrible calma.

–Sería mejor que tu esposa y tu hijo murieran ahora, mientras Viki es joven y tiene esperanza..., y antes de que el niño llegue a abrir los ojos siquiera.

Sim, el hombretón negro, relevó a Harker antes del amanecer. Empezó a cantar, en voz baja, algo lastimero y lento como la brisa, e igual de hermoso. Harker le maldijo y se fue a dormir a la proa, pero la canción le acompañó.

Oh, miré al Jordán, y lo que vi, viniendo para llevarme a casa.

Harker se quedó dormido. Poco después, empezó a gemir, a retorcerse, y, luego, a gritar. La gente que había a su alrededor se despertó. Le observaron con interés. Harker era un lobo solitario cuando estaba despierto, violento y con mal temperamento. Sí, en largos intervalos, tenía que montar guardia, nadie se sentía ansioso por relevarle. Les gustaba observar a Harker cuando no miraba.

A él no le importaba. Ahora jugaba con la nieve. Tenía siete años; las nubes eran altas y blancas, y el cielo, por encima de ellas, era tan azul y despejado que se preguntaba si Dios lo limpiaría cada pocos días, como mamá hacía con el suelo de la cocina. El Sol resplandecía. Parecía una gran moneda dorada, y hacía que la nieve brillara como diamantes pulverizados. Alzó los brazos hacia el Sol, y el frío aire le abofeteó con manos claras; él se echó a reír. Entonces, todo desapareció...

–Por Dios –dijo alguien–, ¿pues no tiene lágrimas en el rostro?

–Lloriquea. Lloriquea como un niño pequeño. Escuchadle.

–Eh –dijo el primero con cierta timidez–. ¿No os parece que deberíamos de despertarle?

–Al Infierno con él, viejo resentido. Eh, ¿escucháis lo que dice?

–Papá –susurraba Harker–. Papá, quiero irme a casa.

El amanecer llegó como un tamiz de ópalos de fuego a través de las capas de nubes color gris perla. En su sueño, Harker oyó los gritos atenuados. Se sentía embotado y cansado, y sus párpados se negaron a abrirse. Los gritos tomaron forma gradualmente y se convirtieron en la palabra «¡Tierra!» repetida una y otra vez. Harker se obligó a despertarse y se levantó.

El mar sin mareas brillaba con colores irisados bajo la bruma. Manadas de pequeños dragones marinos de resplandecientes escamas se alzaban en las omnipresentes islas flotantes de algas, y las algas en sí, parte de ellas, se rebullían y extendían con vida consciente.

Por delante había un bajo montículo de terreno enlodado que se convertía en un enmarañado pantano. Más allá, alzándose hacia las nubes, había un acantilado de granito, un escarpado arrebatador que se alzaba como un muro contra la esperanzada mirada de los exiliados.

Harker descubrió a Rory McLaren junto a él; con un brazo rodeaba a Viki, su esposa. Viki era una de las venusianas que se habían casado con hombres de la colonia terrestre. Tenía la piel de un blanco lechoso, el cabello era plateado brillante, y sus labios vividamente rojos. Sus ojos se parecían al mar, cambiantes, llenos de vida oculta. Ahora tenían ese brillo especial que los ojos de las mujeres adoptan cuando piensan en la creación. Harker miró hacia otro lado.

–Es tierra –dijo McLaren.

–Es barro. Pantano. Fiebre. Como los demás.

–¿Podemos detenernos aquí un poco? –preguntó Viki.

Harker se encogió de hombros.

–Eso depende de Gibbons.

Quiso preguntar qué importancia tenía dónde demonios fuera a nacer el niño; pero, por una vez, refrenó su lengua. Se volvió. En algún lugar de la cubierta, una mujer gritaba de delirio. Había tres formas envueltas en sábanas harapientas y tendidas sobre planchas junto a las portillas de los embornales. La boca de Harker se torció en una sonrisa amarga.

–Es probable que nos detengamos para enterrarles –dijo–. Tal vez haya tiempo suficiente.

Echó un rápido vistazo al rostro de McLaren. La esperanza que había en él ya no estaba cansada, sino muerta. Muerta, como el resto de Venus.

Gibbons reunió a los jefes en su nave, los líderes, los guerreros, cazadores y marineros; los hombres duros y correosos que eran la armadura en torno al blando cuerpo de la colonia. Allí se encontraban Harker y McLaren. Este último era joven; pero hasta hacía poco tenía un optimismo que alegraba a sus compañeros, un liderazgo natural.

Gibbons era viejo, el espíritu guía original de los cinco mil colonos que habían salido de la Tierra para volver a empezar en un nuevo mundo. El tiempo y la tragedia, la decepción y la traición le habían marcado cruelmente, pero aún mantenía la cabeza erguida. Harker admiraba sus agallas mientras le maldecía por ser un loco idealista.

Comenzó la inevitable discusión de si deberían intentar asentarse permanentemente en ese llano de lodo o seguir vagabundeando por el desconocido e interminable mar.

–Por el amor de Dios, mirad este lugar –dijo Harker, impaciente–. Recordad la última vez, y la anterior; dejad de decir tonterías.

–La gente se cansa –dijo Sim, el grandullón negro–. El hombre está hecho para tener raíces en alguna parte. Muy pronto tendremos problemas si no encontramos tierra.

–Si crees que puedes encontrarla, amigo, ve a buscarla –dijo Harker.

–Pero tiene razón –repuso un Gibbons ominoso–. Hay histeria, fiebre, disentería y hastío, y el hastío es lo peor de todo.

–Voto por que nos establezcamos aquí –dijo McLaren.

Harker se echó a reír. Estaba apoyado en la puerta de la cabina, y contemplaba el acantilado. El granito gris parecía despejado por encima del pantano. Harker trató de escrutar las nubes que ocultaban la cima, pero no pudo. Sus oscuros ojos se entornaron. Las caldeadas voces que había tras él se perdieron en la distancia. De repente, se volvió.

–Señor, pido permiso para ver qué hay en la cima de ese acantilado –dijo.

Se hizo un completo silencio.

–Hemos perdido demasiados hombres en viajes como éste con anterioridad sólo para encontrar que el lugar es inhabitable –dijo Gibbons lentamente.

–Siempre existe la oportunidad. Recuerde que nuestro primer asentamiento fue en las zonas altas. Aire limpio, buen terreno, nada de fiebre.

–Lo recuerdo –repuso Gibbons–. Lo recuerdo –guardó silencio durante un instante, y después dirigió una mirada sagaz a Harker–. Te conozco, Matt. Harás lo que quieras, con mi permiso o sin él.

Harker sonrió.

–Ahora no repararán mucho en mi ausencia. Ya no soy una buena influencia –anduvo hacia la puerta–. Concédame tres semanas. De todas formas, las necesitarán para carenar y limpiar las quillas. Tal vez regrese con algo.

–Voy contigo, Matt –dijo McLaren.

Harker le miró directamente a los ojos.

–Será mejor que te quedes con Viki.

–Si allá arriba hay buena tierra, y te sucede algo, y no puedes venir a decírnoslo...

–¿Algo como no molestarme en volver, tal vez?

–No he dicho eso. Es posible que no regresemos ninguno. Pero dos es mejor que uno.

Harker sonrió. Fue una sonrisa enigmática y no muy agradable.

–Tiene razón, Matt –admitió Gibbons.

Harker se encogió de hombros. Entonces Sim se levantó.

–Dos está bien, pero tres es mejor –dijo, y se volvió hacia Gibbons–. Somos casi quinientos, señor. Si allá arriba hay tierra nueva, debemos compartir la carga de encontrarla.

Gibbons asintió.

–Estás loco, Sim –dijo Harker–. ¿Por qué quieres hacer toda esa escalada, tal vez para no llegar a ningún sitio?

Sim sonrió. Sus dientes resaltaban con increíble blancura en la negritud pulida por el sudor de su rostro.

–Pero si eso es lo que mi gente ha estado haciendo, Matt. Escalar mucho para no llegar a ninguna parte.

Lo dispusieron todo y gozaron de una última noche de sueño. McLaren se despidió de Viki. Ella no lloró. Sabía por qué se marchaba. Le besó.

–Ten cuidado –fue todo lo que le dijo.

–Volveré antes de que nazca –fue cuanto él le dijo a ella.

Partieron al amanecer. Llevaban pescado seco, tasajos de bayas marinas, además de sus largos cuchillos y cuerdas para la escalada. Hacía tiempo que se habían quedado sin municiones para sus pocas armas láser, y no disponían de equipo para conseguir más. Todos eran diestros en arrojar las lanzas, por lo que llevaban tres cortas, con punta de hueso, a la espalda.

Cuando cruzaron el llano de lodo, llovía, y chapotearon en él hasta los muslos en medio de la densa niebla. Harker abrió el camino a través del pantano. Era un experto en ello, con una increíble rapidez para detectar la vegetación que estaba tan independientemente viva y hambrienta como él. Venus es un enorme invernadero, y las plantas se han desarrollado en especies tan variadas y maravillosas como los mamíferos de los reptiles surgidos de los mares precámbricos, con flagelos primitivos y el desarrollo de voluntades propias, apetitos y motivaciones. Los niños de la colonia aprendían desde muy pequeños a no coger flores. A menudo, los capullos contraatacaban.

El pantano era estrecho, y salieron de él sin problema. Un gran dragón de los pantanos, un *leshén*, rugió no muy lejos; pero su especie cazaba de noche, y tenía demasiado sueño para cazarles. Finalmente, Harker pisó suelo firme y estudió el acantilado.

La roca estaba carcomida por el clima, marcada por siglos de erosión, destrozada por los terremotos. Había fragmentos de pizarra suelta y grandes planchas que parecían capaces de desmoronarse sólo con el contacto; sin embargo, Harker asintió.

–Podremos escalarlo –dijo–. El problema es hasta qué altura.

Sim se echó a reír.

–Tal vez hasta la Ciudad Dorada. ¿Tenemos todos la conciencia limpia? ¡No podemos llevar ninguna carga de pecado hasta tan lejos!

Rory McLaren miró a Harker.

–Muy bien, lo confieso –dijo Harker–. No me importa si hay tierra allá arriba o no. Todo lo que quería era salir de ese maldito barco antes de que me volviera loco. Ahora, ya lo sabéis.

McLaren asintió. No parecía sorprendido.

–Escalemos.

Alcanzaron las nubes a la mañana del segundo día. Ascendieron a través de un vapor opalino, medio líquido, caliente e insoportable. Siguieron arrastrándose durante dos días más. Las primeras dos noches Sim cantó durante su guardia, mientras descansaban en algún recodo. Después se sintió demasiado cansado. McLaren empezó a perder las esperanzas, mas no lo dijo. Matt Harker se volvió más taciturno y su carácter empeoró, si aquello era posible; pero, por lo demás, no hubo cambio alguno. Las nubes continuaron ocultando la cima del acantilado.

–¿Es que no termina nunca este acantilado? –preguntó McLaren con voz ronca durante un alto para descansar.

Su piel estaba amarillenta, y los ojos le brillaban de fiebre.

–Tal vez continúa más allá del cielo –repuso Harker.

La fiebre le había asaltado también. Una fiebre que vivía en los organismos de los exiliados, y surgía a intervalos para sacudirles y marchitarles, y luego retirarse. A veces no lo hacía, y, al cabo de nueve días, no había necesidad de ello.

–No te importaría si así fuera, ¿verdad? –dijo McLaren.

–No te he pedido que vinieras.

–Pero no te importaría.

–¡Ah, cierra el pico!

McLaren saltó hacia la garganta de Harker.

Éste le golpeó, con cuidado y precisión. McLaren se derrumbó, se llevó las manos a la cabeza y rompió en llanto. Sim se mantuvo al margen, meneó la cabeza, y, después de un rato, empezó a cantar para sí, o para alguien más allá de sí mismo.

Nadie conoce los problemas que sufro...

Harker se levantó. Los oídos le zumbaban y temblaba de manera incontrolable, pero aún podía llevar consigo parte del peso de McLaren. Subían una empinada cornisa, bastante ancha y sin dificultad.

–Vamos –dijo Harker.

Unos sesenta metros más adelante, la cornisa se hundía y empezaba a descender de nuevo en una serie de peldaños rotos. Por encima, sobresalía la cara del acantilado. Sólo una mosca podría haber escalado aquello. Se detuvieron. Harker maldijo con sañuda lentitud. Sim cerró los ojos y sonrió. También estaba un poco enloquecido por la fiebre.

–La Ciudad Dorada se halla en la cima. Ahí es donde voy.

Empezó a recorrer la cornisa, siguiendo su declive hacia un recodo, donde desaparecía. Harker se rió, sardónico. McLaren se zafó de él y fue tras Sim. Entonces, Harker se encogió de hombros y les siguió.

Tras el recodo, la cornisa desaparecía por completo.

Se quedaron inmóviles. Las vaporosas nubes les cercaban por delante, y tras ellos había una pared de granito llena de gruesas enredaderas carnosas. Un callejón sin salida.

–¿Y bien? –preguntó Harker.

McLaren se sentó. No lloró, ni dijo nada. Sólo se sentó. Sim permaneció de pie, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y la barbilla hundida en su enorme pecho negro.

–¿Veis lo que digo yo sobre la Tierra Prometida? –dijo Harker–. Venus es una rueda fija, y no se puede ganar.

Entonces fue cuando advirtió aquel aire frío. Había pensado que era un estremecimiento producido por la fiebre, pero le revolvía el cabello y se marcaba claramente en su cuerpo. Incluso tenía un olor claro y límpido. Surgía de las enredaderas.

Harker empezó a escarbar con su cuchillo. Descubrió la boca de una cueva, un corte irregular suavizado al pie por lo que antaño tuvo que ser un río.

–Esta corriente de aire procede de lo alto de la meseta –dijo–. El viento debe de soplar allá arriba y lo empuja hacia abajo. Puede que haya un camino.

McLaren y Sim sintieron un lento y terrible brote de esperanza. Sin hablar, los tres penetraron en el túnel.

Capítulo 2

Hicieron un buen promedio. El aire despejado actuaba como tónico, y la esperanza les acicateaba. De repente, el túnel se curvaba hacia arriba, y Harker, poco después, oyó agua, un murmullo bajo y estrepitoso como si encima hubiera un río subterráneo. Estaba completamente oscuro, pero era fácil seguir el suave canal de piedra.

—¿No es luz eso de ahí arriba? —preguntó Sim.

—Sí —respondió Harker—. Una especie de fosforescencia. No me gusta ese río. Puede detenernos.

Continuaron su ascensión en silencio. El brillo se agudizó. El aire se hizo más húmedo. Parches de líquenes fosforescentes aparecieron en las paredes, brillando con tonalidad de joya como un arco iris inestable. El rumor del agua aumentó.

Se toparon con el río de súbito. Era un río ancho, lento y majestuoso. Cruzaba el curso del túnel en un ancho canal horadado a bastante profundidad en la roca, de forma que su nivel había caído bajo su antiguo curso y dejaba seco el túnel. Los líquenes salpicaban techo y paredes, y se reflejaban en oscuros destellos de color procedentes del agua.

En la parte más alta había una oscura chimenea que subía a través de la roca, y la fría corriente surgía de ella con una fuerza casi huracanada que se disipaba en su mayor parte en el túnel del río. Harker juzgó que había una formación de acantilados en la superficie que impulsaba el viento hacia abajo. La chimenea resultaba de todo punto inaccesible.

—Supongo que tendremos que ir corriente arriba por la ribera —dijo.

La roca, con amplias cornisas a diferentes niveles, estaba lo suficiente erosionada para hacerlo posible.

—¿Y si el río no procede de la superficie? —preguntó McLaren—. ¿Y si viene de una fuente subterránea?

—¡Córtate el cuello! —dijo Harker—. Vamos.

Se pusieron en marcha. Después de un rato, dando vueltas como delfines en el agua negra, las criaturas doradas aparecieron nadando, y vieron a los hombres, y se detuvieron, y volvieron a nadar.

No eran muy grandes: el mayor de todos ellos tenía el tamaño de un niño de doce años. Sus cuerpos eran antropoides, pero adaptados para la natación con brillantes membranas. Resplandecían con una luz dorada, fosforescente como la del líquen; sus ojos carecían de párpados y eran negros, como una gran pupila abierta. Sus rostros resultaban increíbles. A Harker le recordaron algo los dientes de león que crecían en el campo en verano. Los rostros y cabezas de los nadadores eran así, cubiertos de radiantes pétalos que parecían tener movimientos independientes, como si fueran órganos sensores además de decorativos.

—Por el amor de Dios —preguntó Harker—, ¿qué son?

–Parecen flores –respondió McLaren.

–Más bien, peces –dijo el negro.

Harker se echó a reír.

–Creo que ambas cosas. Apuesto a que son *planis* que crecieron en un lugar donde no tuvieron más remedio que hacerse anfibios (los colonos habían contraído planta-animal en *planimal*, y, luego, sólo en *planí*) –aseguró Harker–. He visto bichos en los pantanos que no eran demasiado diferentes de éstos. Pero, vaya, ¡mirad esos ojos! Parecen humanos.

–La forma es también casi humana –tembló McLaren–. Ojalá no nos miraran de esa forma.

–Mientras se limiten a mirar, no voy a preocuparme... –dijo Sim.

No lo hicieron. Empezaron a acercarse a los hombres, nadando sin esfuerzo contra la corriente. Algunos de ellos empezaron a salir del agua. Eran ágiles y graciosos. Había algo desagradablemente infantil en ellos. Contaron quince o veinte, y a Harker le recordaron una pandilla de niños picaros..., sólo que la picardía tenía una despiadada cualidad de malevolencia.

Harker apretó el paso a lo largo de la cornisa. Había desenvainado el cuchillo y llevaba una lanza corta en la mano derecha.

El tono del río cambió. El canal se ensanchó, y, por encima, Harker vio que la caverna terminaba en un gran lugar en sombras, donde el agua, manando lentamente sobre un borde de roca, formaba un lago oscuro. Más brillantes cosas-niño jugaban allí. Se unieron a sus compañeros, y cerraron el círculo en torno a los tres hombres.

–Esto no me gusta –dijo McLaren–. ¡Si al menos hicieran algún sonido!

Y lo hicieron, sin previo aviso..., un chirrido entre dientes como la blasfemia de una risa infantil. Sus ojos brillaron. Se abalanzaron hacia ellos, subiendo el escalón, y salieron del agua para agarrarles por los tobillos, entre risas. Harker sintió que las tripas se le revolvían dentro de su plano vientre.

McLaren gritó y pateó. Las garras le arañaron el tobillo, uñas aguzadas como espinas. Sim atravesó un pecho dorado con su lanza. No tenía huesos. El cuerpo era liviano y membranoso, y la sangre que brotó de él, pegajosa y verde, como savia. A puntapiés, Harker devolvió a dos criaturas al río, agarró su lanza como si fuera un bate y echó a otros dos más del escalón (eran increíblemente livianos).

–Ahí arriba –gritó–, a esa cornisa alta. No creo que puedan trepar hasta ella.

Empujó a McLaren para que pasara delante de él y ayudó a Sim a cubrir la retaguardia mientras escalaba con dificultad. McLaren se agazapó en lo alto de la cornisa y lanzó piedras contra los atacantes. Una gran grieta corría por el techo de la caverna, la cicatriz de un antiguo terremoto, que empezó a ensancharse.

–Muy bien –jadeó Harker–. Deja de hacer eso antes de que derrumbes el techo. No pueden seguirnos.

Los *planis* estaban dotados para la natación, no para la escalada. Aunque se aferraban furiosamente a la roca, resbalaban, y, enfurruñados, se retiraron al agua. De repente, agarraron el cuerpo que Sim había atravesado de un lanzazo y lo devoraron, disputándose con fiereza. McLaren se asomó a la cornisa y se sintió enfermo.

Harker tampoco se encontraba del todo bien. Se levantó y continuó su avance. Sim ayudó a McLaren, cuyo tobillo sangraba copiosamente.

La cornisa superior subía y rodeaba la pared de la gran cueva sobre el lago. Hacía más frío, aunque el lugar era más seco, y los líquenes disminuían de número, hasta desaparecer, lo que producía una obscuridad total. Harker gritó una vez. Por el eco de su voz, supieron que el lugar era inmenso.

Muy por debajo, en el agua negra, los cuerpos dorados fluían como cometas en un universo de ébano, dirigiéndose rápidamente hacia alguna parte. Harker continuó su cuidadoso avance. La piel le hormigueaba con un nervioso impulso de peligro, una sensación de algo invisible, no natural, y perverso.

—Oigo algo —dijo Sim.

Se detuvieron. El negro aire estaba cargado de una fragancia fuerte y agradable, aunque, de alguna manera, sucia. El agua suspiraba perezosa por debajo. En alguna parte, por delante de ellos, había un suave rumor que Harker supuso era un recodo del río. Pero Sim no se refería a eso.

Se refería al sonido reptante que procedía de todas partes. La negra superficie del agua estaba salpicada de manchas de color fosforescente que dejaban fieras estelas. Las manchas crecían con rapidez, acercándose, para convertirse en alfombras de flores, escarlatas, azules, doradas y púrpuras. Campos flotantes, guiados por los brillantes nadadores.

—¡Dios mío! —exclamó Harker en voz baja—. ¿Qué tamaño tienen?

—Como tres veces el mío —dijo Sim, que era un hombre grande—. Los pequeños eran niños, está claro. Fueron a llamar a sus padres. ¡Oh, Señor!

Los nadadores, idénticos a los pequeños que les habían atacado en el río, a excepción de su tamaño gigante, no eran torpes, sino todo lo contrario; resultaban magníficos, con miembros flexibles y livianos. Sus membranas se habían convertido en grandes alas brillantes, cada reborde teñido de fuego. Sólo las doradas cabezas de diente de león habían cambiado.

Ya no llevaban sus pétalos. Sus cabezas adultas estaban coronadas de desarrollos lisos y rizados que tenían la belleza venenosa y repugnante de los hongos. Y sus rostros eran rostros de hombres.

Por primera vez desde la infancia, Harker sintió miedo.

Los campos de flores ardientes se agruparon al pie del acantilado. Los gigantes dorados gritaron, de súbito, una nota sonora y resonante, y el agua se convirtió en espuma burbujeante cuando miles de cuerpos parecidos a flores se separaron y empezaron a subir el acantilado sobre patas de ventosa y arácnidas.

Parecía que ni siquiera merecería la pena intentarlo; pero Harker exclamó:

–¡Salgamos de aquí!

Había un poco de luz, procedente del ejército de debajo. Harker empezó a correr por la cornisa, con los otros siguiéndole de cerca. Los sabuesos-flores ascendían con rapidez, y sus amos nadaban tranquilamente debajo, observando.

La cornisa se hundió. Harker saltó sobre ellos como un gamo. Tras el reborde inferior se perdía en el túnel de donde el río procedía. Un túnel corto, y al otro extremo...

–¡Luz! – gritó Harker–. ¡Luz!

La pierna herida de McLaren cedió y el muchacho cayó.

Harker le agarró. Estaban en la parte inferior de la depresión. Los sabuesos-flores se hallaban debajo, y escalaban con rapidez. El pie de McLaren se veía hinchado; el muslo, descolorido. Se había infectado en seguida por efecto de las garras de los *planis*.

–¡Vete! –le instó a Harker–. ¡Vete!

Harker le golpeó en la sien con fuerza. Se puso en marcha, cargando a McLaren a medias, pero vio que aquello no funcionaría bien: McLaren pesaba más que él. Le entregó a los poderosos brazos de Sim. El enorme negro asintió y corrió, llevando al hombre semiinconsciente como si fuera un niño. Harker vio a las primeras cosas-flores subir a la cornisa, delante de ellos.

Sim las golpeó. No eran grandes, y sólo había tres. Se apresuraron a continuar y Harker las atacó con la lanza, acometiéndolas y golpeándolas con la afilada punta de hueso. Tras ellos, toda la marea se alzó. Corrió, pero ellos eran más rápidos. Les mantuvo a raya con la lanza y el cuchillo, y volvió a correr; al instante, se dio la vuelta y les combatió de nuevo. Cuando alcanzaron el túnel, Harker jadeaba, agotado.

Sim se detuvo.

–No hay salida –dijo.

Harker miró por encima del hombro. El río caía sobre una gran roca: demasiado alto y con demasiada fuerza sobre el agua incluso para que los gigantescos *planis* acuáticos lo intentaran. La luz fluía de lo alto, cálida y agradable, como si estuvieran en Marte.

Callejón sin salida.

Entonces, Harker vio el pequeño canal erosionado que se retorció en un lado. Era poco más que un canalillo de desagüe, y seco desde hacía mucho tiempo, que conducía a un pasadizo tras la cima de la cascada..., una rendija lo bastante grande apenas para que un hombre pequeño pudiera pasar a rastras por ella. Era una esperanza infernal, pero...

Harker señaló el enjambre de flores.

–Tú primero –gritó Sim.

Dado que Harker era el mejor escalador, obedeció, y ayudó a subir al jadeante McLaren. Sim aferró su lanza como si fuera una maza, y, vigilando la retaguardia, subió centímetro a centímetro.

Llegó a un punto relativamente seguro, y se detuvo. Su enorme pecho soplaba como un fuelle, y su brazo subía y bajaba como una barra de pulido ébano. Harker le gritó para que continuara. McLaren y él se encontraban casi en la cima.

Sim se echó a reír.

–¿Cómo vas a hacer que entre por ese agujerito?

–¡Vamos, idiota!

–Será mejor que os deis prisa. Yo estoy acabado.

–¡Sim! ¡Sim, maldito seas!

–¡Arrastraos por ese agujero, pequeñajos! Soy un hombre grande, y tengo que quedarme. Vamos, rápido –añadió, furioso–, u os agarrarán antes de que logréis pasar.

Tenía razón; Harker sabía que tenía razón. Ayudó a McLaren a pasar por la estrecha abertura. McLaren estaba atontado y no servía de mucha ayuda, pero era delgado y pequeño, y lo consiguió. Salió rodando a un declive cubierto de hierba verde, la primera que Harker veía desde su infancia. Empezó a correr tras McLaren. No se volvió a mirar a Sim.

El negro cantaba sobre la gloria de la venida del Señor.

Harker asomó la cabeza a la oscuridad de la ensenada.

–¡Sim!

–¿Sí? –resonó su voz, ronca y débil.

–Hay tierra aquí, Sim. Buena tierra.

–Sí.

–Sim, encontraremos un modo...

Sim volvía a cantar. El sonido se hizo más débil, y acabó por perderse en la distancia. Las palabras se perdieron, pero no lo que subyacía tras ellas. Matt Harker enterró el rostro en la verde hierba, y la voz de Sim le acompañó en la oscuridad.

Las nubes cambiaban de color con el ocaso del Sol oculto. Colgaban como un palio de oro líquido bañado en sangre. El silencio era completo, a excepción de los pájaros. Nunca se oye a pájaros así en los lugares bajos. Matt Harker se dio media vuelta y se sentó con lentitud. Parecía que le hubieran dado una paliza. Se

sentía enfermo, y avergonzado, y la vieja ira oscura se enroscaba, mortífera, en su corazón.

Ante él se extendía el largo declive de hierba hasta el río, cuyo curso se curvaba a la izquierda hasta perderse de vista tras un macizo de granito. Tras el declive había una ancha llanura y luego un bosque de árboles gigantescos. Parecían flotar en la neblina de cobre, y sus oscuras ramas se extendían como alas, repletas de flores. El aire era frío, sin ningún rastro de lodo o putrefacción. La hierba, rica, y la tierra bajo ella, limpia y dulce.

Rory McLaren gimió suavemente y Harker se volvió hacia él. Su pierna mostraba mal aspecto. Estaba sumido en una especie de estupor, y tenía la piel enrojecida y reseca. Harker maldijo en voz baja, y se preguntó qué iba a hacer a continuación.

Miró hacia el llano, y vio a la muchacha.

No sabía cómo había llegado allí. Tal vez provenía de entre los setos que crecían en el declive. Podría llevar allí mucho rato, observando. Les miraba, inmóvil, a unos quince metros de distancia. Una gran mariposa escarlata colgaba de su hombro, moviendo sus alas con perezoso deleite.

Parecía más una niña que una mujer. Estaba desnuda, y era pequeña, esbelta y exquisita. Su piel tenía un leve tono de verde translúcido bajo su blancura. Sus cabellos, rizados y cortos, eran de un bello azul oscuro, al igual que sus ojos, también azules, y muy extraños.

Harker la miró, y ella le devolvió la mirada; ninguno de los dos se movió. Un brillante pájaro descendió del cielo y revoloteó junto a los labios de ella durante un momento, acariciándolos con el pico. Ella lo tocó y sonrió, pero no apartó los ojos de Harker.

Éste se puso en pie, despacio, con facilidad.

–Hola –dijo.

Ella no se movió, ni produjo sonido alguno; pero, de repente, un par de pájaros enormes, con picos y garras como águilas, y negros como el pecado, pasaron volando junto a la cabeza de Harker y regresaron, dando vueltas. Harker volvió a sentarse.

La mirada de los extraños ojos de la muchacha se apartó de él, y se dirigió hacia la grieta, en la falda de la colina, por donde ellos habían subido. Sus labios no se movieron, pero su voz (o algo) habló con enorme claridad dentro de la cabeza de Harker.

«Viniste de... Allí.»

«Allí» tenía una tremenda carga emotiva que no era agradable en absoluto.

«Sí –pensó Harker–. Eres telépata, ¿no?»

«Pero tú no eres....» Una imagen de los nadadores dorados se formó en la mente de Harker. Era reconocible, sin embargo, el odio y el miedo habían borrado toda la belleza, y dejado sólo el horror.

«No», dijo Harker. Le explicó quiénes eran McLaren y él. Le habló de Sim. Supo que la muchacha sondeaba cuidadosamente su mente, en busca de la verdad. A él no le preocupaba lo que ella pudiera encontrar. «Mi amigo está herido –dijo–. Necesitamos comida y refugio.»

Durante un rato no hubo respuesta. La muchacha volvió a mirar a Harker. Observaba su rostro, la forma y textura de su cuerpo, su cabello, y, por último, sus ojos. Él nunca había mirado a nadie de esa manera antes. Harker empezó a sonreír. Una sonrisa provocativa y desdeñosa que inyectó una sorprendente cantidad de luz y encanto a su sardónica personalidad.

«Cariño –dijo–, eres magnífica. ¿Animal, mineral o vegetal?»

Sorprendida, ella inclinó su redonda cabecita, y le formuló idéntica pregunta. Harker se echó a reír. Ella sonrió, su boca formó una pequeña V invitadora, y sus ojos chispearon. Harker se dirigió hacia ella.

De inmediato, los pájaros le advirtieron. La muchacha se rió, un pícaro murmullo de diversión.

«Ven», dijo, y dio media vuelta.

Harker frunció el ceño. Se agachó y habló a McLaren con su peculiar amabilidad. Consiguió levantar al muchacho, y luego se lo cargó a hombros, tambaleándose ligeramente bajo su peso.

–Volveré antes de que nazca –dijo McLaren con claridad.

Harker esperó hasta que la muchacha se puso en marcha, aunque mantuvo su distancia. Los dos pájaros negros les siguieron, vigilantes. Recorrieron la densa hierba de la llanura, en dirección a los árboles. En esos momentos, el cielo tenía el color de la sangre.

Una suave brisa prendió el cabello de la muchacha y jugueteó con él. Matt Harker vio que las cortas hebras rizadas eran anchas y planas, como pétalos azules.

Capítulo 3

La caminata hasta el bosque fue larga. La cima de la altiplanicie parecía tener forma de cuenco invertido, protegida por los acantilados que la rodeaban. Harker, pensando en aquel primer asentamiento de hacía tanto tiempo, decidió que ese lugar era infinitamente superior: como las visiones que había tenido en sus sueños febriles... de la Tierra Prometida. Su frialdad y claridad le daban la sensación de que le habían quitado un peso de los pulmones, el corazón, el cuerpo.

Sin embargo, el aire reconfortante no le alivió del peso de McLaren.

«Espera», dijo Harker poco después, y se sentó, depositando a McLaren con cuidado sobre la hierba.

La muchacha se detuvo. Retrocedió un poco y observó a Harker, que resoplaba como un caballo agotado. Él sonrió.

«Estoy hecho polvo –dijo–. Demasiado trabajo para un hombre de mi edad. ¿No puedes encontrar a alguien que me ayude a cargar con él?»

Ella le estudió una vez más con sorprendida fascinación. Caía la noche, de un índigo claro, menos oscura que al nivel del mar. Los ojos de la muchacha tenían una curiosa luminosidad en la penumbra.

«¿Por qué lo haces?», preguntó ella.

«¿Hacer el qué?»

«Cargar con eso.»

Por «eso», Harker supuso que se refería a McLaren. Fue súbita y fríamente consciente del abismo que existía entre ambos, un abismo que ninguna explicación podría llenar.

«Es mi amigo. Es..., tengo que hacerlo.»

Ella estudió sus pensamientos y sacudió la cabeza.

«No comprendo. Está gastado... –su pensamiento-imagen era una combinación de "roto", "acabado" e "inútil" –. ¿Por qué sigues cargando con él?»

«McLaren no es un objeto. Es un hombre como yo, mi amigo. Está herido, y debo ayudarle.»

«No lo comprendo.»

Su encogimiento de hombros le dijo que era su funeral, y que estaba loco. Se puso de nuevo en marcha, sin prestar atención a la llamada de Harker para que le esperara. Así, Harker recogió a McLaren y la siguió otra vez. Deseó que Sim estuviera allí, y, de inmediato, deseó no haber pensado en él. Esperaba que Sim hubiera muerto rápidamente antes..., ¿antes de qué? «Oh, Dios, la obscuridad me rodea; estoy asustado, el estómago me duele, y esa cosa que trota delante de mí a través de la neblina azul...»

La «cosa», no obstante, era hermosa. Maravillosamente formada, fascinante, un sinuoso destello de luz lunar, una flor en forma de cáliz que contenía el néctar místico y oloroso de lo irreal, lo desconocido, lo insondado. A su pesar, el corazón de Harker empezó a latir con una profunda excitación.

Llegaron a las fragantes sombras de los árboles. El bosque estaba despejado, con anchos cerros de musgo y claros. Había flores debajo, pero no matojos, y grupos de helechos. La muchacha se detuvo y extendió su mano. Una rama plumosa, muy por encima de su alcance, se curvó y le rozó el rostro; entonces, ella cortó un gran capullo pálido y se lo colocó en el cabello.

«¿Cómo has hecho eso?», preguntó él.

La muchacha pareció sorprendida.

«¿Te refieres a la rama? ¡Oh, eso! –se echó a reír; era el primer sonido que él le oía hacer, y le atravesó como plata líquida caliente–. Pensé que me gustaría una flor, y ya está.»

Teleportación, energía telequímica..., ¿cómo lo llamaban los libros? Allá en la Tierra sabían algo al respecto; pero la colonia no había tenido mucho tiempo para estudiar el tema en su pobre biblioteca. Había algunas sectas religiosas que hacían que las rosas se doblaran en sus manos. Vieja sabiduría, la fuerza tras los milagros bíblicos, sólo el infinito poder del pensamiento. Muy simple. Sí. Harker se preguntó, incómodo, si ella estaría dispuesta a hacerlo por él. Pero, claro, él tenía un cerebro propio. ¿O no?

«¿Cómo te llamas?», preguntó él.

Ella emitió un sonido claro y chirriante. Harker trató de silbarlo a su vez y renunció a hacerlo. Una especie de lenguaje tonal, supuso, sin palabras como él las conocía. Parecía como si ellos (su pueblo, fueran los que fuesen) lo hubieran copiado de los pájaros.

«Te llamaré Aciano –dijo él–. Aciano, como la flor..., pero, claro, no puedes saberlo.»

Ella recogió la imagen de su mente y se la envió de vuelta. Flores de hojas azules en el cuenco de porcelana de su madre. Volvió a reírse, echó a volar a sus pájaros y se internó en el bosque, gritando como un oriol. Otras voces contestaron, y poco después, corriendo con el viento entre los árboles, apareció su pueblo.

Eran como ellos. Había machos, criaturas delgadas como muchachos, y jovencitas como Aciano. Había varios centenares, todos desnudos, todos risueños y curiosos, sus cuerpos flexibles revoloteando como mariposas a través de las sombras índigo. Sus cabezas estaban cubiertas de pétalos (Harker los llamaba así, aunque seguía sin estar seguro), pétalos de todos los colores, desde escarlata sangre a blanco puro.

Hablaban entre sí. Al parecer, Aciano les estaba contando cómo había encontrado a Harker y McLaren. Todo el grupo avanzó poco a poco a través del bosque y se dirigió a un gran claro donde sólo había árboles dispersos. Un manantial formaba una laguna y, a continuación, un arroyo que se perdía entre los helechos.

Se acercaron más seres; entonces, Harker vio a los jóvenes, criaturas pequeñas y delgadas, de todos los tamaños, réplicas de sus mayores. No había viejos. No había ninguno con cuerpos imperfectos o lastimados. Harker, exhausto y al borde del colapso febril, no se sintió confortado.

Depositó a McLaren junto al manantial. Bebió; jadeaba como un animal, y se mojó la cabeza y los hombros. El pueblo del bosque se quedó observándole, formando un círculo. Guardaban silencio. Harker se sintió rudo y bestial, como si hubiera eructado con fuerza en una iglesia.

Se volvió hacia McLaren. Le bañó, le ayudó a beber, y se puso a atenderle la pierna. Necesitaba luz, y fuego.

Había hojas secas, e hilachos de musgo seco en las rocas alrededor del manantial. Cogió un puñado. El pueblo del bosque continuó observándole. Su mirada, silenciosa y luminosa, le puso nervioso. Le temblaban tanto las manos que hubo de hacer cuatro intentos con la yesca y el pedernal antes de conseguir una chispa.

La pequeña llama hizo que las silenciosas fibras se agitaran bruscamente. Harker la sopló. Las llamas prendieron, pequeñas y pálidas al principio, y luego se afianzaron, crecieron, entre chisporroteos. Harker vio sus rostros a la luz, los ojos hinchados de terror. Un chirrido surgió de ellos, y desaparecieron, como hojas caídas arrastradas por el viento.

Harker sacó su cuchillo. El bosque estaba silencioso. Silencioso, pero no en paz. Harker sintió que la piel le hormigueaba en la espalda y el cuero cabelludo, y se le tensaba en los pómulos. Pasó la hoja a través de la llama. McLaren le miró.

–Todo va bien, Rory –dijo Harker, y le golpeó en la mandíbula con cuidado.

McLaren se quedó quieto. Harker le agarró la pierna hinchada y se puso a trabajar.

Amaneció de nuevo. Harker se hallaba tendido en la fría hierba, junto al manantial; las cenizas de su hoguera estaban grises y muertas al lado de las manchas oscuras. Se sentía descansado, relajado, y la fiebre parecía haber desaparecido. El aire olía a vino.

Rodó sobre su espalda. El viento soplaba; un viento vivo y fuerte cargado de olor. Los árboles se mecían, casi gritando de placer. Harker inspiró hondo. El olor, el puro y limpio ribete...

De súbito, advirtió que las nubes estaban altas, mucho más de lo que él esperaba. El viento las dispersaba, y la luz del día era brillante, tan brillante que...

Harker se puso en pie de un salto. La sangre corría con fuerza en su interior. Había un picante borrón en sus ojos. Empezó a correr, hacia un árbol alto; se encaramó a sus ramas y subió por él, sin descanso, hasta la ondulante copa.

La concavidad del valle se extendía ante él, verde, rica y encantadora. Los grises acantilados de granito la rodeaban, más altos en la dirección de donde el viento soplaba. Más y más alto, y, tras ellos, muy lejos, había montañas que se recortaban contra el cielo.

En las montañas, asomado entre los jirones de nubes había nieve, blanca y fría y cegadoramente pura. Mientras Harker miraba, se produjo un destello, tan rápido y fugaz que lo vio más con el corazón que con los ojos...

La luz del Sol. Campos nevados y, sobre ellos, el Sol.

Después de un largo rato, descendió de nuevo al silencio del claro. Se quedó allí, sin moverse, y observó lo que no había tenido tiempo de ver antes.

Rory McLaren había desaparecido. Las mochilas, con la comida y las cuerdas para escalar, las vendas, la yesca y el pedernal habían desaparecido también. Las lanzas cortas tampoco estaban. Al palpase la cadera, Harker no encontró más que carne desnuda. Le habían quitado el cuchillo, e incluso su taparrabos.

Un cuerpo esbelto y exquisito avanzó desde las sombras de los árboles. Grandes capullos blancos brillaban contra el azul rizado que le coronaba la cabeza. Ojos luminosos contemplaron a Harker, llenos de burla y sutil animación. Aciano sonrió.

Matt Harker caminó hacia ella, sin apresurarse, su rostro duro y curtido carente de expresión. Trató de mantener su mente del mismo modo.

«¿Dónde está el otro, mi amigo?»

«En el lugar-final.»

Ella señaló vagamente con la cabeza hacia los acantilados, cerca del lugar por donde Harker y McLaren habían escapado de las cuevas. Su pensamiento-imagen estaba entre basurero y cementerio, por lo que Harker pudo deducir. También era indiferente por completo, un poco molesto de que se perdiera tiempo en tales trivialidades.

«¿Le..., está todavía vivo?»

«Lo estaba cuando le pusimos allí. Se encontraba bien, esperará hasta que... se pare. Como todos ellos.»

«¿Por qué os lo llevasteis? ¿Porqué...?»

Aciano se encogió de hombros.

«Era feo. Y, de todas formas, estaba roto.»

Extendió los brazos hacia arriba y alzó la cabeza al viento. Un escalofrío de placer la recorrió. Sonrió de nuevo a Harker.

El trató de mantener oculta su furia. Comenzó a caminar de nuevo, como si no tuviera ningún propósito *in mente*, y se dirigió hacia los acantilados. Pasó junto a un arbusto de flores amarillas y espinosas, con ramas finas. De repente, el arbusto se revolvió y le golpeó en el vientre. Harker se detuvo en seco y se dobló, mientras escuchaba la risa de Aciano.

Cuando se enderezó, ella se encontraba ante él.

«Es roja», dijo Aciano, sorprendida, y posó sus puntiagudos deditos sobre los arañazos producidos por las espinas.

Parecía excitada y fascinada por el color y el aspecto de la sangre. Sus dedos se movieron, tanteando la forma de los músculos de Harker, la textura de su piel y el oscuro vello de su pecho. Dibujaron pequeñas líneas de fuego por su cuello, por la línea de su mandíbula, y tocaron sus rasgos, uno a uno, sus párpados, sus negras cejas...

«¿Qué eres?», susurró su mente en la de él.

«Esto.»

Harker la rodeó lentamente con sus brazos. Sintió su fría y extraña piel bajo las manos, que le provocó un escalofrío indescriptible, mitad placer, mitad repulsión. Inclino la cabeza. Los ojos de ella se ensancharon, lagos de fuego azul; entonces, él encontró sus labios. Eran fríos y extraños, como el resto de su cuerpo; dóciles, con un fuerte sabor, el mismo perfume que procedía con súbita y abrumadora dulzura de sus pétalos rizados.

Harker vio movimiento en el bosque, una concentración de brillantes cabezas-flores. Aciano se apartó. Le asió las manos y le condujo al río y los suaves helechos de sus riberas. Cuando Harker alzó la mirada, vio que los dos pájaros negros les seguían.

«Entonces, ¿sois realmente plantas? ¿Flores, como éstas?»

Él rozó los capullos blancos de su cabeza.

«Entonces, ¿eres realmente una bestia? ¿Como las cosas peludas y rugientes que a veces suben por el paso?»

Los dos se echaron a reír. El cielo era del color del vellón claro. La cálida tierra y los helechos aplastados eran dulces bajo sus cuerpos.

«¿Qué ocurrió?», preguntó Harker.

«Por allí –ella señaló hacia el borde del valle–. Creo que baja hasta el mar. Hace mucho tiempo solíamos recorrerlo, pero no hay necesidad, y las bestias lo vuelven peligroso.»

«Seguro –dijo Harker, y la besó en el hoyuelo de su barbilla–. ¿Qué pasa cuando vienen las bestias?»

Aciano se echó a reír. Antes de que Harker pudiera moverse, quedó atrapado en una telaraña de enredaderas y duros helechos, y los negros pájaros chirriaron e hicieron chasquear sus afilados picos ante su rostro.

«Esto pasa –dijo Aciano; acarició los helechos–. Nuestros primos nos comprenden, aún mejor que los pájaros.»

Harker se quedó tendido, empapado en sudor, incluso después de ser liberado.

«Esas criaturas del lago subterráneo –dijo finalmente–, ¿son vuestros primos?»

El pensamiento-miedo de Aciano empujó su mente como si fueran unas manos que lo apartaran.

«No, no... La leyenda dice que hace mucho, mucho tiempo, este valle era un gran lago, y que los nadadores vivían en él. Eran una especie diferente de la nuestra por completo. Nosotros procedíamos de los altos barrancos, donde ahora sólo hay acantilados desnudos. Eso ocurrió hace mucho tiempo. A medida que el lago retrocedía, nos hacíamos más numerosos y empezamos a bajar. Finalmente hubo una batalla y empujamos a los nadadores al lago negro. Una y otra vez han

intentado salir, para volver a la luz, pero no pueden. En ocasiones, nos envían sus pensamientos. Ellos... –se interrumpió–. No quiero seguir hablando de ellos.»

«¿Cómo combatiríais contra ellos si salieran? –preguntó Harker tranquilamente–. ¿Con los pájaros y las plantas nada más?»

Aciano tardó en contestar.

«Te enseñaré un modo», dijo.

Le colocó una mano sobre los ojos. Durante un momento, sólo hubo oscuridad. Luego, una imagen empezó a formarse: en la mente de Harker, gente, su propia gente, vistos como reflejos en un espejo oscuro y distorsionado, pero reconocibles. Entraban en el valle, a través de una hendidura en los acantilados; al instante, todos los matojos, árboles y hierbas se curvaban sobre ellos, que luchaban, golpeaban con sus cuchillos, mientras se abrían paso, pero con lentitud. Luego, cruzando el llano, aparecía una especie de niebla, una fina cortina de suave blancura a la deriva.

Se acercaba, moviéndose con impulso propio, sin hacer caso al viento. Harker vio que era vilano. Semillas, cargadas en alas sedosas. Se posaba sobre la gente atrapada en los matojos. Era lento e interminable, y les cubría a todos con un fino vellón. Ellos empezaban a revolverse y a gritar de dolor, llenos de miedo. Se debatían, pero no podían liberarse.

El blanco rocío se apartó de ellos. Sus cuerpos aparecían cubiertos de interminables sarmientos verdes, que sorbían los elementos químicos de la carne viva y empezaban a crecer.

El pensamiento de Aciano cortó la imagen.

«He visto tus pensamientos, algunos de ellos, desde el momento en que saliste de las cuevas. Aunque no los comprendo, sí puedo ver nuestra llanura pelada hasta la tierra, nuestros árboles talados y todo convertido en algo feo. Si tu especie viviera, tendríamos que irnos. Y este valle nos pertenece.»

El cerebro de Matt Harker quedó inmóvil en la oscuridad de su cráneo, cansado, rebulléndose.

«Antes perteneció a los nadadores.»

«No pudieron conservarlo. Nosotros, sí.»

«¿Por qué me has salvado, Aciano? ¿Qué quieres de mí?»

«No había peligro por tu parte. Eras extraño. Quería jugar contigo.»

«¿Sientes amor por mí, Aciano?»

Sus dedos rozaron una gran piedra lisa, entre las raíces de los helechos.

«¿Amor? ¿Qué es eso?»

«Es mañana y ayer. Es esperanza y felicidad y dolor; el yo completo porque carece de egoísmo; la cadena que te ata a la vida y hace que ésta merezca la pena. ¿Comprendes?»

«No. Yo crezco, vivo del suelo y de la luz, juego con los otros, con los pájaros, el viento y las flores. Cuando la época llega, estoy madura de semillas, y, después de eso, voy al lugar final y espero. Eso es todo lo que comprendo. Eso es todo lo que hay.»

Él la miró a los ojos. Sintió un escalofrío.

«No tienes alma, Aciano. Ésa es la diferencia que existe entre nosotros. Vives, pero no tienes alma.»

Después de aquello, no fue tan difícil llevar a cabo lo que tenía que hacer. Hacer rápidamente, muy rápidamente, lo que era su única oportunidad de justificar la muerte de Sim. Lo que Aciano tal vez había vislumbrado en su mente pero contra lo que no podía protegerse, porque ella no era capaz de comprender la idea del asesinato.

Capítulo 4

Los pájaros negros se precipitaron contra Harker; pero la compulsión que los enviaba desapareció pronto. Los helechos y enredaderas se sacudieron, y luego permanecieron quietos, y los pájaros se marcharon pesadamente. Matt Harker se puso en pie.

Pensó que tal vez tenía un poco de tiempo. Probablemente, el pueblo-flor, se mantenía en contacto con la mente; pero quizá no advirtieran la ausencia de Aciano durante un rato. Tal vez no hurgaran en sus pensamientos, ya que era el juguete de Aciano. Tal vez...

Empezó a correr hacia los acantilados donde se encontraba el lugar-final. Se mantuvo en el descampado todo el tiempo que le fue posible, apartado de los matorros. No volvió a mirar lo que yacía a sus pies.

Se hallaba cerca de su destino cuando supo que había sido localizado. Los pájaros regresaron, y se precipitaron sobre él con sus negras alas sibilantes. Harker cogió una rama muerta para espantarlos y ésta se le deshizo en las manos. Telequinesis, el poder de la mente sobre la materia. Harker había leído en una ocasión que, si sabías cómo, siempre podías conseguir tus puntos pensando en la posición de los dados. Deseó poder pensar en un láser. Los picos ganchudos le desgarraron la carne de los brazos. Se cubrió el rostro, agarró a uno de los pájaros por el cuello y lo mató. El otro gritó, y esa vez, Harker no tuvo tanta suerte. Cuando terminó de matarlo, el segundo le había clavado las garras y abierto el rostro hasta los pómulos. Volvió a echar a correr.

Los matorrales se inclinaban hacia él mientras pasaba. Las ramas espinosas se estiraban. Las enredaderas se alzaban de la hierba como serpientes, y todas las hojas verdes se volvieron cuchillos contra sus pies.

Pero ya había alcanzado el acantilado, donde había espacios rocosos y pocas plantas.

Sabía que se encontraba cerca del lugar-final porque podía olerlo. La suave fragancia pútrida de flores marchitas, y una descomposición mortal y amarga. Gritó el nombre de McLaren, enfermo ante la amenaza de que quizá no hubiera respuesta, débil de alivio cuando la hubo. Corrió entre las rocas hacia el sonido. Una pequeña enredadera se enredó en su pie y le hizo caer. La arrancó de raíz, y continuó. Al mirar por encima de su hombro, vislumbró un fino velo blanco, un parche diminuto en el aire distante que avanzaba hacia él.

Llegó al lugar-final.

Era un desfiladero bastante profundo, con altas paredes lisas, de forma que casi era un pozo ancho. En el fondo había cuerpos amontonados y resecos. Cuerpos-flor sin color, marchitos y grises, una increíble fosa común.

Rory McLaren se encontraba en lo alto del montículo, ileso en apariencia. Las dos mochilas se hallaban a su lado, con las armas. Esparcidos en el montón, sentados, tendidos, moviéndose débilmente de un lado a otro, estaban los que esperaban el momento de pararse, como Aciano había expresado. Allí estaban los viejos, los agotados, los imperfectos y los heridos, donde su fealdad no pudiera ofender. Parecían ya muertos mentalmente. No prestaban atención a los hombres, ni entre ellos. Una absoluta vitalidad ciega les hacía continuar un poco más, igual que los geranios dan flor después de que se les corta el tallo.

–Matt –dijo McLean–. ¡Oh, Dios, Matt, me alegro de verte!

–¿Te encuentras bien?

–Claro. Incluso me parece que tengo mejor la pierna. ¿Puedes sacarme de aquí?

–Lánzame esas mochilas.

McLaren obedeció. Por el talante febril de Harker y su rostro, feo y sangrante, se dio cuenta que arriba sucedía algo desagradable. Harker se lo explicó con rapidez mientras sacaba una de las cuerdas y medio izaba a McLaren del pozo. El velo blanco se hallaba ahora cerca. Muy cerca.

–¿Puedes andar? –preguntó Harker.

McLaren miró a la nube blanca. Harker acababa de hablarle de ella.

–Puedo andar –dijo–. Y correr.

Harker le tendió la cuerda.

–Da la vuelta hasta el otro lado del cañón. Hasta aquel claro, ¿lo ves? –ayudó a McLaren a ponerse la mochila–. Quédate junto a la cuerda para ayudarme a subir. Y no te apartes de la zona de las rocas.

McLaren se puso en marcha. Cojeaba, y tenía el rostro contraído de dolor. Harker maldijo entre dientes. La nube estaba ahora tan cerca que podía ver los millones de diminutas semillas flotando sobre sus fibras satinadas, el vilano guiado por las

mentes del pueblo-flor del valle. Rebuscó en su mochila y empezó a enrollar vendas y puñados de hierba muerta en torno a la punta de hueso de su lanza, ya recuperada. El borde de la nube estaba casi sobre él cuando la chispa prendió en la improvisada antorcha y Harker corrió hacia el montículo de cosas-flores muertas del pozo.

Se hundió en él y dio tumbos por la traicionera superficie, atravesándola mientras aplicaba la antorcha. La sustancia reseca y marchita prendió. Harker corrió hasta la pared opuesta y miró atrás. Las criaturas moribundas no se habían movido, ni siquiera cuando el fuego las envolvió. En lo alto, los bordes de la nube-semilla ardían y crepitaban. Se movía a ciegas sobre el fuego. Hubo un débil destello de luz, y la nube se desvaneció en una humareda.

–¡Rory! –gritó Harker–. ¡Rory!

Durante un largo instante, se quedó allí, tosiendo; se asfixiaba con el denso humo, y sentía que el calor le chamuscaba la piel. Entonces, cuando ya era casi demasiado tarde, el sudoroso rostro de McLaren apareció por encima de él y la cuerda bajó reptando. Lenguas de llamas le lamieron la espalda, furiosas mientras él ascendía como un mono por la pared.

Se marcharon de allí, subiendo por el terreno rocoso, y empleando, en ocasiones, sus cuchillos contra los matorrales y enredaderas que no podían evitar. McLaren tiritó.

–Es imposible –dijo–. ¿Cómo lo hacen?

–Son primos de sangre. O debería decir de savia. Supongo que es una especie de control de radio...; cuestión de transmitir las frecuencias adecuadas. Eh, frena un momento.

McLaren se desplomó, agradecido. La sangre manaba a través de los tensos vendajes donde Harker le había abierto la herida. Harker miró el valle.

El pueblo-flor estaba desplegado en un larga media luna, sus brillantes cabezas multicolores recortadas contra la llanura verde. Harker supuso que sabían lo que sucedía en su mente con tanta precisión como Aciano. Una nueva forma de comunicación, una mente para todos y todos para una mente. Se dio cuenta de que, incluso sin el impedimento de McLaren, nunca conseguirían llegar al paso. Ni un ratón podría hacerlo.

Se preguntó cuánto tardaría en llegar la siguiente nube-semilla.

–¿Qué vamos a hacer, Matt? ¿Hay algún medio de... ?

McLaren no pensaba en sí mismo. Contemplaba el valle como Lucifer el Paraíso, con el pensamiento puesto en Viki. No en Viki sola, sino como símbolo de los tres mil ochocientos vagabundos sobre la faz de Venus.

–No lo sé –dijo Harker–. El paso está descartado, y también las cavernas... ¡Eh! ¿Recuerdas cuando combatimos a esas criaturas junto al río y casi provocaste un derrumbamiento al arrojarles rocas? Había una falla, justo sobre el borde del lago. Producto de un terremoto. Si pudiéramos localizarla desde arriba y sacudirla...

McLaren tardó un instante en comprenderle. Sus ojos se abrieron.

–Un deslizamiento crearía una presa en el lago y... si el nivel subiera lo suficiente, los nadadores podrían salir.

Harker miró con ojos expectantes las ondulantes cabezas-flor de abajo.

–Pero si el valle se inundara, Matt, y esas criaturas se apoderaran de él, ¿qué sucedería con nuestra gente?

–No creo que el deslizamiento fuese muy grande. La roca es sólida a ambos lados de la falla. Y, de todas formas, el peso del agua se abriría paso contra cualquier cosa, incluso una presa de hormigón, en cuestión de un par de semanas. –Harker estudió el suelo del valle con atención–. ¿Ves la forma en que se inclina hacia allí? Aunque el deslizamiento no se retirara, secaría la inundación del paso con excavar un poco. Simplemente, estaríamos construyendo un nuevo río.

–Tal vez –asintió McLaren–. Eso al menos supongo. Pero sigue quedando el asunto de los nadadores. No creo que sean más agradables que esas criaturas en lo que respecta a su tierra.

Su tono decía que prefería combatir con el pueblo de Aciano.

La boca de Harker se torció en una lenta mueca.

–Los nadadores son criaturas acuáticas, Rory. Anfibios. Además, llevan bajo tierra, en total obscuridad, desde Dios sabe cuándo. Ya sabes lo que le sucede a las lombrices cuando las sacas a la luz. Y lo que les ocurre a los hongos que crecen en la obscuridad –se pasó los dedos por la piel, casi con reverencia–. ¿No te has notado algo, Rory? ¿O has estado demasiado ocupado?

McLaren se sorprendió. Se frotó la piel, y dio un respingo; volvió a frotarse, y observó cómo sus dedos dejaban marcas blancas que se desvanecían al instante.

–¡Quemaduras solares! –exclamó, atónito–. ¡Dios mío, quemaduras solares!

Harker se levantó.

–Vamos a echar un vistazo –abajo, las cabezas-flor se agitaban–. No les gusta esa idea, Rory. Tal vez puede lograrse, y lo saben.

McLaren se levantó, apoyándose en una de las lanzas cortas como si fuera un bastón.

–Matt. No nos dejarán salir con la nuestra.

Harker frunció el ceño.

–Aciano dijo que había otros modos además de las semillas... –se dio la vuelta–. No sirve de nada preocuparse por ello.

Comenzaron a escalar de nuevo, muy despacio a causa de McLaren. Harker trató de decidir dónde estaban en relación con la caverna de abajo. El río era una

buena guía. Las rocas apenas tenían vegetación en aquel lugar, lo que era providencial para ellos. Observó; pero no pudo ver nada amenazador que se les acercara desde el valle. El pueblo-flor no eran más que puntitos, perfectamente inmóviles.

La formación rocosa cambió de repente. Antiguos terremotos habían dejado cicatrices en la forma de los retorcidos estratos, que formaban brillantes planchas de granito colocadas como bailarines, y grietas que desaparecían en la oscuridad.

Harker se detuvo.

–Esto es. Escucha, Rory. Quiero que subas hasta allá arriba, fuera de la zona de peligro.

–Matt, yo...

–Calla. Uno de nosotros debe vivir para llevar la noticia a los barcos en cuanto pueda atravesar el valle. No hay prisa y podrás recorrerlo en tres o cuatro días.

–¿Pero por qué yo? Eres mejor montañero...

–Estás casado –repuso Harker, cortante–. Sólo se necesita uno de nosotros para empujar una de esas grandes planchas. Están casi listas para caer por su propio peso. Tal vez no suceda nada, o quizá consiga salir de aquí sin problemas, Pero es una tontería que los dos corramos ese riesgo, ¿no?

–Sí. Pero, Matt...

–Escucha, muchacho –la voz de Harker era extrañamente amable–. Sé lo que hago. Dale recuerdos míos a Viki y al...

Se interrumpió con un brusco grito de dolor. Cuando bajó la mirada, incrédulo, vio su cuerpo cubierto de una tentativa de llamas, débiles, fluctuantes, que desaparecieron tras dejar sus rojas huellas.

A McLaren le sucedía lo mismo.

Se miraron mutuamente. Un terror ciego aferró a Harker por la garganta. Otra vez telequinesis. El pueblo-flor volvía su propia arma contra ellos. Habían visto el fuego, y lo que hacía, y copiaban el proceso en sus mentes, concentrando, todos juntos, la fuerza mental de la colonia sobre los dos hombres. Harker pudo comprender incluso por qué se centraban en la piel. Habían captado el pensamiento de las quemaduras solares y lo aplicaban literalmente.

Fuego. Combustión espontánea. Una reacción simple y fácil, si sabías el truco. Había algo sobre un matojo ardiendo...

El ataque regresó, más fuerte esta vez. El pueblo-flor empezaba a saber utilizarlo. Dolía. ¡Oh, Dios, cómo dolía! Las vendas y el taparrabos empezaron a chamuscarse.

«¿Qué hacer? –pensó Harker– ¡Rápido, dime qué he de hacer...!»

El pueblo-flor se concentra en nosotros a través de nuestras mentes, de nuestras mentes conscientes. Tal vez no puedan llegar al subconsciente con tanta facilidad, porque los pensamientos no son dirigidos, son imágenes, símbolos, cosas vagas. Tal vez si Rory no pudiera pensar conscientemente no lograrían encontrarle...

Otra llamarada de ardiente y agonizante dolor. En un minuto, la dominarían. Podrían continuar.

Sin una advertencia, Harker golpeó duramente a McLaren en la mandíbula y le arrastró hasta un lugar donde la roca era firme. Lo hizo todo con sorprendente fuerza y velocidad. No había necesidad de que él se salvase. No iba a ser necesario mucho más tiempo.

Se alejó unos treinta metros, y observó a McLaren. Un tercer ataque le asaltó, mareándole y deslumbrándole de forma que estuvo a punto de caer. Rory McLaren no fue tocado.

Harker sonrió. Se volvió y corrió hacia el lugar podrido de los acantilados. Una parte de su pensamiento consciente estaba tan fuertemente formada que su cuerpo lo obedeció de forma automática, sin detenerse ni siquiera cuando las llamas volvieron a aparecer una y otra vez sobre su piel, cada vez brillaban más, crecían, se reforzaban a sí mismas a medida que las energías-pensamiento del pueblo de Aciano se unían. Derribó una gigantesca piedra tambaleante, y la conmoción hizo caer a otra. Harker se dirigió a una tercera, apoyada sobre un lecho deslizante de guijarros, y empujó con todas sus fuerzas. La roca cayó también, retumbando.

Y Harker con ella.

El universo se disolvió en un caos rugiente y temblequeante tras un brillante velo de llamas y el olor a carne quemada. Pero, para entonces, sólo había una cosa para Harker, la segunda parte de su mente consciente, resuelta y aún más fuerte que la primera.

La imagen que se llevó consigo a la muerte era una alta montaña con la cima cubierta de nieve, destellando al sol.

Era de noche. Rory McLaren yacía tendido en un recodo, sobre el valle que se extendía bajo él, perdido en sombras índigo. Pero había un nuevo sonido..., el correr del agua furiosa y rápida.

Había nueva vida en el valle. Recorría la cresta de las aguas, oro ardiente en la noche azul, gigantes brillantes que regresaban, cargados de venganza, a su lugar de origen. Grandes parches de ardiente fosforescencia salpicaban el agua: los sabuesos-flor, libres para ir de caza. Y, entre ellos, rodando y saltando en su juego mortífero, los nadadores jóvenes.

McLaren les observó cazar al pueblo del bosque. Les observó durante toda la noche, temblando, mientras los titanes dorados se resarcían por los siglos que

49 cuentos Fantásticos

habían vivido en la obscuridad. Al amanecer, todo había terminado. Y, entonces, a lo largo del día, vio morir a los nadadores.

El río, vuelto sobre sí mismo, les arrancó de las cuevas. La fuerte y brillante luz les golpeó. Al principio, ellos se volvieron a saludarla con patética alegría. Después se dieron cuenta...

McLaren se volvió. Esperó, descansando, hasta que, como Harker había predicho, el bloque fue arrastrado por la corriente y el agua volvió a fluir otra vez con normalidad. El valle se estaba secando cuando él encontró el paso. Contempló las montañas y respiró el dulce viento; entonces, sintió gran vergüenza y humildad por encontrarse allí para poder hacerlo.

Se volvió hacia las cuevas donde Sim había muerto, y a los acantilados donde éstos habían enterrado los restos de Harker. Le pareció que debería decir algo; pero no se le ocurrió ninguna palabra, sólo que notaba el pecho tan henchido que apenas podía respirar. Se volvió en silencio hacia el paso rocoso, hacia el mar de los Ópalos de la Mañana y los tres mil ochocientos vagabundos que habían encontrado un hogar.

El Borametz

Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero

En *El libro de los seres imaginarios*, compilado por Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, Club Bruguera 33, Editorial Bruguera S. A., 1980.

El cordero vegetal de Tartaria, también llamado Borametz y *Polypodium Borametz*, y "polipodio chino", es una planta cuya forma es la de un cordero, cubierta de pelusa dorada. Se eleva sobre cuatro o cinco raíces; las plantas mueren a su alrededor y ella se mantiene lozana; cuando la cortan sale un jugo sangriento.

Los lobos se deleitan en devorarla. Sir Thomas Browne la describe en el tercer libro de la obra *Pseudodoxia Epidemica* (Londres, 1646). En otros monstruos se combinan especies o géneros animales; en el Borametz, el reino vegetal y el reino animal.

Recordemos a este propósito la mandrágora, que grita como un hombre cuando la arrancan, y la triste selva de los suicidas, en uno de los círculos del Infierno, de cuyos troncos lastimados brotan a un tiempo sangre y palabras, y aquel árbol soñado por Chesterton, que devoró los pájaros que habían anidado en sus ramas y que, en la primavera, dio plumas en lugar de hojas.

La Mandrágora

Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero

En *El libro de los seres imaginarios*, compilado por Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, Club Bruguera 33, Editorial Bruguera S. A., 1980.

Como el Borametz, la planta llamada Mandrágora confina con el reino animal, porque grita cuando la arrancan; ese grito puede enloquecer a quienes lo escuchan (*Romeo y Julieta*, IV, 3). Pitágoras la llamó "antropomorfa"; el agrónomo latino Lucio Columela, "semi-homo", y Alberto Magno pudo escribir que las Mandrágoras figuran la humanidad con la distinción de los sexos. Antes, Plinio había dicho que la Mandrágora blanca es el macho y la negra es la hembra. También, que quienes la recogen trazan alrededor tres círculos con la espada y miran al poniente; el olor de las hojas es tan fuerte que suele dejar mudas a las personas. Arrancarla era correr el albur de espantosas calamidades; el último libro de la *Guerra judía* de Flavio Josefo nos aconseja recurrir a un perro adiestrado. Arrancada la planta, el animal muere, pero las hojas sirven para fines narcóticos, mágicos y laxantes.

49 cuentos Fantásticos

La supuesta forma humana de las Mandrágoras ha sugerido a la superstición que éstas crecen al pie de los patíbulos. Browne (*Pseudodoxia Epidémica*, 1646) habla de la grasa de los ahorcados; el novelista popular Hanns Heinz Ewers (*Alraune*, 1913), de la simiente. Mandrágora, en alemán, es *Alraune*; antes se dijo *Alruna*; la palabra trae su origen de runa, que significó "misterio", "cosa escondida", y se aplicó después a los caracteres del primer alfabeto germánico.

El Génesis (XXX, 14) incluye una curiosa referencia a las virtudes generativas de la Mandrágora. En el siglo XII, un comentador judeo-alemán del *Talmud* escribe este párrafo:

"Una especie de cuerda sale de una raíz en el suelo y a la cuerda está atado por el ombligo, como una calabaza, o melón, el animal llamado Yadu'a, pero el Yadu'a es en todo igual a los hombres: cara, cuerpo, manos y pies. Desarraiga y destruye todas las cosas, hasta donde alcanza la cuerda. Hay que romper la cuerda con una flecha, y entonces muere el animal".

El médico Discórides identificó la Mandrágora con la circea, o "hierba de Circe", de la que se lee en la Odisea, en el libro décimo:

"La raíz es negra, pero la flor es como la leche. Es difícil empresa para los hombres arrancarla del suelo, pero los dioses son todopoderosos".

El árbol de oro

Ana María Matute

Asistí durante un otoño a la escuela de la señorita Leocadia, en la aldea, porque mi salud no andaba bien y el abuelo retrasó mi vuelta a la ciudad. Como era el tiempo frío y estaban los suelos embarrados y no se veía rastro de muchachos, me aburría dentro de la casa, y pedí al abuelo asistir a la escuela. El abuelo consintió, y acudí a aquella casita alargada y blanca de cal, con el tejado pajizo y requemado por el Sol y las nieves, a las afueras del pueblo.

La señorita Leocadia era alta y gruesa, tenía el carácter más bien áspero y grandes juanetes en los pies, que la obligaban a andar como quien arrastra cadenas. Las clases en la escuela, con la lluvia rebotando en el tejado y en los cristales, con las moscas pegajosas de la tormenta persiguiéndose alrededor de la bombilla, tenían su atractivo. Recuerdo especialmente a un muchacho de unos diez años, hijo de un aparcerero muy pobre, llamado Ivo. Era un muchacho delgado, de ojos azules, que bizqueaba ligeramente al hablar. Todos los muchachos y muchachas de la escuela admiraban y envidiaban un poco a Ivo, por el don que poseía de atraer la atención sobre sí, en todo momento. No es que fuera ni inteligente ni gracioso, y, sin embargo, había algo en él, en su voz quizás, en las cosas que contaba, que conseguía cautivar a quien le escuchase. También la señorita Leocadia se dejaba prender de aquella red de plata que Ivo tendía a cuantos atendían sus enrevesadas conversaciones, y –yo creo que muchas veces contra su voluntad– la señorita Leocadia le confiaba a Ivo tareas deseadas por todos, o distinciones que merecían alumnos más estudiosos y aplicados.

Quizá lo que más se envidiaba de Ivo era la posesión de la codiciada llave de la torrecita. Ésta era, en efecto, una pequeña torre situada en un ángulo de la escuela, en cuyo interior se guardaban los libros de lectura. Allí entraba Ivo a buscarlos, y allí volvía a dejarlos, al terminar la clase. La señorita Leocadia se lo encomendó a él, nadie sabía en realidad por qué.

Ivo estaba muy orgulloso de esta distinción, y por nada del mundo la hubiera cedido. Un día, Mateo Heredia, el más aplicado y estudioso de la escuela, pidió encargarse de la tarea –a todos nos fascinaba el misterioso interior de la torrecita, donde no entramos nunca–, y la señorita Leocadia pareció acceder. Pero Ivo se levantó, y acercándose a la maestra empezó a hablarle en su voz baja, bizqueando los ojos y moviendo mucho las manos, como tenía por costumbre. La maestra dudó un poco, y al fin dijo:

–Quede todo como estaba. Que siga encargándose Ivo de la torrecita.

A la salida de la escuela le pregunté:

–¿Qué le has dicho a la maestra?

Ivo me miró de través y vi relampaguear sus ojos azules.

–Le hablé del árbol de oro.

Sentí una gran curiosidad.

–¿Qué árbol?

Hacía frío y el camino estaba húmedo, con grandes charcos que brillaban al Sol pálido de la tarde. Ivo empezó a chapotear en ellos, sonriendo con misterio.

–Si no se lo cuentas a nadie...

–Te lo juro, que a nadie se lo diré.

Entonces Ivo me explicó:

–Veo un árbol de oro. Un árbol completamente de oro: ramas, tronco, hojas... ¿sabes? Las hojas no se caen nunca. En verano, en invierno, siempre. Resplandece mucho; tanto, que tengo que cerrar los ojos para que no me duelan.

–¡Qué embustero eres! –dije, aunque con algo de zozobra; Ivo me miró con desprecio.

–No te lo creas –contestó–. Me es completamente igual que te lo creas o no... ¡Nadie entrará nunca en la torrecita, y a nadie dejaré ver mi árbol de oro! ¡Es mío! La señorita Leocadia lo sabe, y no se atreve a darle la llave a Mateo Heredia, ni a nadie... ¡Mientras yo viva, nadie podrá entrar allí y ver mi árbol!

Lo dijo de tal forma que no pude evitar el preguntarle:

–¿Y cómo lo ves...?

–¡Ah, no es fácil –dijo, con aire misterioso–. Cualquiera no podría verlo. Yo sé la rendija exacta.

–¿Rendija?...

–Sí, una rendija de la pared. Una que hay corriendo el cajón de la derecha: me agacho y me paso horas y horas... ¡Cómo brilla el árbol! ¡Cómo brilla! Fíjate que si algún pájaro se le pone encima también se vuelve de oro. Eso me digo yo: si me subiera a una rama, ¿me volvería acaso de oro también?

No supe qué decirle, pero, desde aquel momento, mi deseo de ver el árbol creció de tal forma que me desasosegaba. Todos los días, al acabar la clase de lectura, Ivo se acercaba al cajón de la maestra, sacaba la llave y se dirigía a la torrecita. Cuando volvía, le preguntaba:

–¿Lo has visto?

–Sí –me contestaba; y, a veces, explicaba alguna novedad:

–Le han salido unas flores raras. Mira: así de grandes, como mi mano lo menos, y con los pétalos alargados. Me parece que esa flor es parecida al arzadú.

–¡La flor del frío! –decía yo, con asombro–. ¡Pero el arzadú es encarnado!

–Muy bien –asentía él, con gesto de paciencia–. Pero en mi árbol es oro puro.

–Además, el arzadú crece al borde de los caminos... y no es un árbol.

No se podía discutir con él. Siempre tenía razón, o por lo menos lo parecía.

Ocurrió entonces algo que secretamente yo deseaba; me avergonzaba sentirlo, pero así era: Ivo enfermó, y la señorita Leocadia encargó a otro la llave de la torrecita. Primeramente, la disfrutó Mateo Heredia. Yo espí su regreso, el primer día, y le dije:

—¿Has visto un árbol de oro?

—¿Qué andas graznando? —me contestó de malos modos, porque no era simpático, y menos conmigo. Quise dárselo a entender, pero no me hizo caso.

Unos días después, me dijo:

—Si me das algo a cambio, te dejo un ratito la llave y vas durante el recreo. Nadie te verá...

Vací mi hucha, y, por fin, conseguí la codiciada llave. Mis manos temblaban de emoción cuando entré en el cuartito de la torre. Allí estaba el cajón. Lo aparté y vi brillar la rendija en la oscuridad. Me agaché y miré.

Cuando la luz dejó de cegarme, mi ojo derecho sólo descubrió una cosa: la seca Tierra de la llanura alargándose hacia el cielo.

Nada más. Lo mismo que se veía desde las ventanas altas. La Tierra desnuda y yerma, y nada más que la Tierra. Tuve una gran decepción y la seguridad de que me habían estafado. No sabía cómo ni de qué manera, pero me habían estafado.

Olvidé la llave y el árbol de oro. Antes de que llegaran las nieves regresé a la ciudad.

Dos veranos más tarde volví a las montañas. Un día, pasando por el cementerio —era ya tarde y se anunciaba la noche en el cielo: el Sol, como una bola roja, caía a lo lejos, hacia la carrera terrible y sosegada de la llanura— vi algo extraño. De la tierra grasienta y pedregosa, entre las cruces caídas, nació un árbol grande y hermoso, con las hojas anchas de oro: encendido y brillante todo él, cegador. Algo me vino a la memoria, como un sueño, y pensé: «Es un árbol de oro». Busqué al pie del árbol, y no tardé en dar con una crucecilla de hierro negro, mohosa por la lluvia. Mientras la enderezaba, leí:

IVO MÁRQUEZ, DE DIEZ AÑOS DE EDAD

Y no daba tristeza alguna, sino, tal vez, una extraña y muy grande alegría.

La bahía de las corrientes irisadas

Iván A. Efrémov

Bukhta raduzhnykx strui, © 1945. Traducción de Valentín Díaz González en *Olgoi Jorjoi*, relatos de Iván A. Efrémov, albia ficción 6, Ediciones Albia, 1978.

La fantasía de Efrémov, al igual que una gran parte de los autores soviéticos de ciencia ficción, nos recuerda un poco los desasosegante mundos de H. P. Lovecraft, con sus detalladas descripciones de sombras y de seres no comprendidos. El mito, la leyenda, son fuentes que manan puntos de partida para obras que narran lo que quizá está ahí y no conocemos. Sobre todo en la U.R.S.S., donde el misterio de los grandes bosques compite con el sobresalto de los grandes desiertos y con la ominosidad de las grandes superficies nevadas para cautivar la pluma guiada por la ensoñación conciente. No hace falta un hombrecillo verde de Marte, ni un Jekyll/Hide para que la ciencia ficción combine plausiblemente elementos similares en lugares de nuestra Tierra de los que apenas tenemos noticia.

Al abandonar la biblioteca, el profesor Kondrásev se subió al piso superior y se fue a su laboratorio. Un pasillo largo con numerosas puertas blancas a ambos lados estaba a medias iluminado y silencioso. Solamente unos pocos colaboradores estaban entretenidos terminando algún trabajo urgente.

El profesor se fue a la mesa, metida entre dos estanterías de productos químicos y se dejó caer cansado en el sillón. Los mecheros de gas producían un rumor apenas perceptible. Un matraz y unos vasos brillaban con limpieza química que hacía temblar a los profanos. El aspecto irreprochable de las instalaciones, adecuadas para las reflexiones y los experimentos, tranquilizaba, con lo que desapareció el peso amargo que había en el alma del profesor. Una vez más revisó los principios fundamentales del último libro que había publicado, tratando de valorar sin pasión las observaciones que la crítica le había hecho.

En este libro el profesor Kondrásev insistía en la necesidad de estudiar ampliamente las propiedades descubiertas en las diferentes plantas, en particular, en los antiguos tipos de plantas que parecían supervivencias, reliquias de épocas más antiguas, de la vida de la Tierra. Semejantes plantas que crecen ahora en países tropicales y subtropicales, pueden ser portadoras de propiedades muy importantes y valiosas, que se han ido elaborando en la adaptación a diferentes condiciones de existencia hace decenas de millones de años. En calidad de ejemplo, el profesor citaba plantas que poseían una madera preciadísima y que eran restos del terciario antiguo hace sesenta millones de años: aquí, en Transcaucasia, el *boj* y la *retama*, en los países del sur, el *roble indio*, el *greenheart*; el *árbol negro* africano, el *gingko* japonés, con sus propiedades terapéuticas todavía no estudiadas y que existe hace más de cien millones de años. El *ginseng*, resto del período terciario...

Este trabajo del profesor Kondrásev se vio seriamente criticado por sabios respetables y ahora, silencioso, taciturno, reconocía que las críticas, en buena parte, eran justas. Las bases del trabajo se fundaban especialmente en fuertes convicciones, pero escaseaban los datos materiales exigidos por las férreas leyes del pensamiento científico. Al mismo tiempo, el profesor Kondrásev estaba convencido de la corrección de su tesis. Sí, más que en hechos convincentes...

¡Si tuviera a las manos las pruebas de la existencia real del «*árbol de la vida*» de la Edad Media! En el siglo XVI e incluso en el XVII aún se conocía este árbol que poseía propiedades milagrosas inexplicables. Las tazas y las copas hechas con su madera convertían el agua echada en ellas en bebida maravillosa de color azul celeste o dorado como el fuego, que curaba muchas enfermedades. El origen de este árbol y su aspecto quedaron sin explicar. El secreto estaba en manos de los jesuitas que regalaron a los reyes tazas mágicas de madera, consiguiendo de ellos donaciones y privilegios.

El árbol aparece en los viejos libros de Monardes, editados en Sevilla en 1754. Atanasio Kircher lo registra también, en latín, «*lignum vitae*» o «*lignum nefriticum*» que se traduce como «*árbol de la vida*» o «*árbol nefrítico*».

Unas fuentes afirmaban que procedía de Méjico, otras que de las islas Filipinas. Efectivamente, los aztecas conocieron un árbol curativo milagroso, llamado «*cóatl*» (*agua de serpientes*). El profesor recordó los experimentos publicados que se realizaron con tazas del *árbol nefrítico* por el famoso Boyle, quien describe los fenómenos de luminiscencia azul del agua echada en el vaso y que ya entonces advirtió que no se trataba de un color, sino de un fenómeno físico inexplicable.

—¿Se puede, Constantino Arcádievich? —se oyó una voz conocida de mujer, y por la puerta aparecieron los bucles radiantes y la nariz respingona de Eugenia Panóva.

Investigadora científica capacitada y a la vez una mujer bonita, Panóva no sólo tenía éxito entre la juventud, sino incluso entre los colaboradores respetables por la edad. El profesor Kondrásev, sin saber los motivos, gozaba de su especial simpatía.

—Escuche, querido Constantino Arcádievich, no se ponga triste... Ya se por que sufre... Me parece que usted posee ya perfectamente ese nivel científico que viene definido por los efectivos reales.

—Reconozco que soy impaciente —masculló entre dientes Kondrásev, afectado por la observación y disgustado por la intromisión—. Usted todavía puede esperar pero a mí ya no me queda mucho tiempo. En el mundo no existen los milagros ni los descubrimientos repentinos. Sólo el lento trabajo de aprender, a veces triste...

Deseando cortar la conversación, Panóva sacó del bolso dos entradas.

—Constantino Arcádievich, vámonos a la sociedad filarmónica. Hoy tendremos Chaikóvski, mi pieza preferida, «*El abedul*». También a usted le gusta. Nos llevará Sergio Semiónovich que sale ahora mismo. He venido a buscarle a usted... —y sonrió afectuosa.

A las nueve ya estaban en la sociedad filarmónica. Los violines cantaban a la naturaleza rusa inmensa, a la quietud de los ríos lentos y anchurosos, enmarcados en bosques oscuros, bajo las nubes sombrías de escasa transparencia, el temblor del verde fresco de los abedules esbeltos, promesa gozosa...

Y Kondrásev, conforme con su impaciencia, pensaba en el empuje incontenible de la ciencia, que sigue extendiéndose más y más por las planicies sin límites de lo desconocido, cautivando cada vez a más y más personas...

–Siempre que mi espíritu se encuentra agobiado, me voy a escuchar música – susurró Panóva.

El profesor sonrió y la miró ya complacido. En el descanso, cuando iban por el pasillo, de entre las personas que venían de frente, se destacó un hombre moreno con uniforme de marino. Kondrásev advirtió el insólito color tostado de su rostro enérgico y los ojos alegres, chispeantes. El marino o, mejor dicho, el aviador de marina, a juzgar por las alas que llevaba en las mangas, viendo a Panóva, al momento se puso delante de ellos gritando:

–¡Eugenia, Eugenia!

La chica, ruborosa corrió a su encuentro, pero conteniéndose al momento le dio las dos manos:

–¡Boris! ¿Cómo tú por aquí?

El profesor pensó que estaba allí de más y se fue al salón de fumadores. Tuvo tiempo de acabar el pitillo antes de que Panóva y el aviador le buscaran.

–Les voy a presentar. Boris Andriéievich, mi gran, gran amigo. Ha de saber, Constantino Arcádievich, que ha volado muy lejos y que acaba de llegar. Dice que ha visto algo extraordinario. Parece, realmente, una cosa de milagro, eso que usted negaba hace un poco... Lo que resulta formidable es que haya venido a buscarme aquí... Y no hace más que tres horas que ha llegado... –decía la chica precipitada y un poco incoherente.

El aviador estaba radiante de alegría...

El profesor estrechó gozoso la mano del marino, cuyo aspecto agradable... sí, indudablemente producía una impresión agradable.

Intercambiaron las palabras corrientes habituales en personas que se hablan por primera vez, pero la chica interrumpió impaciente:

–Boris, no entiendes... si existe entre nosotros un hombre siquiera capaz de explicar el descubrimiento extraordinario que has hecho, ese hombre es Constantino Arcádievich.

Los tres llegaron al piso del profesor donde el aviador contó el viaje con todos sus pelos y señales. Ya el comienzo del relato hizo que el profesor escuchara atento y satisfecho.

Tan sólo hace dos meses y medio el aviador marino Boris Andriéievich Sierguiévski, joven pero ya al mando de un puesto importante, fue encargado de una misión de responsabilidad. Más tarde, cuando se pueda publicar lo que ahora debemos mantener en secreto, semejantes empresas entrarán en la historia como ejemplos del valor indomable de sus realizadores y de la sabia clarividencia del mando.

Boris Andriéievich fue enviado a un vuelo largo sin escalas para llevar una carga valiosa. Su llegada rápida contaba mucho en los complicados avatares de la guerra con los fascistas.

El día oscuro correspondía con el cuadro triste del ambiente. Las casas del poblado se perdían entre los grandes abetos sombríos. Por todas partes se veían tocones recién cortados. Nubes opacas lo envolvían todo alrededor y, posándose, se extendían por las mismas copas de los árboles en jirones raros y sin forma. La hojarasca podrida despedía un fuerte olor, los pies chapoteaban en el suelo cenagoso y blando y una gruesa capa de musgo se asentaba con una desagradable flexibilidad silenciosa. Los pasos adquirieron soltura sólo en la cinta gris, sucia, del camino asfaltado, salpicado por doquiera de los anillos irisados de manchas aceitosas.

Sierguiévski echó gozoso una mirada a su aparato que ya rodaba, preparado para el despegue. El avión era alto, como de pasajeros. A los costados de su grueso fuselaje llevaba unas ventanillas. Por delante terminaba en un cono metálico compacto, cortado en su parte superior por una franja acristalada. Las alas levantadas, largas, llevaban dos motores cada una, protegidos por anchos anillos de duroaluminio bruñido. Sus hélices de tres palas se movían despacio. Detrás destacaba claramente un timón muy alto. Con su brillo plateado, desnudo, el avión era incitadoramente bello, como un albatros insolente.

Del aeropuerto llegó la orden de partir. Sierguiévski echó una mirada a los rostros severos y serios de los acompañantes y sonriendo miró el reloj. Todo estaba listo. Las últimas chupadas, que tan bien saben, y el pitillo cayó en un charco. Sierguiévski se fue decidido al avión.

Terminó la tensión ansiosa de la larga y minuciosa preparación. Llegó la hora de hacer. Respirando tranquilamente, el piloto echó una ojeada al cielo triste. Allí, tras las nubes, a esa gran altura, adónde llevará su albatros, luce espléndido un sol de verano...

Unas órdenes precisas y las puertas herméticas se cerraron de golpe. Un suave silbido de la llave del nivel de presión del aire, verificada por el radista, y todo se sumergió en el rugido ensordecedor de los motores de mil caballos.

El albatros plateado de veinte toneladas despegó ligero del suelo obediente al movimiento apenas perceptible de la mano del piloto, y casi al instante desapareció en la bruma impenetrable de las nubes. El giróscopo del panel gris mate del piloto automático señaló una fuerte inclinación. Las agujas de los altímetros se elevaban sin cesar. La niebla, que tapaba las ventanas, de repente comenzó a clarear, se transformó en una bruma ligera, pajiza y luego la luz brillante del cielo penetró por los cristales inclinados. El espesor perforado de las nubes quedaba debajo del avión. Las cimas de las masas caóticas de nubes no

cedían en blancura a la nieve, con hondonadas azules y hendiduras de gris obscuro. A siete mil metros Sierguiévski mantuvo el rumbo, puso los motores a la velocidad de crucero y conectó el piloto automático.

El piloto segundo, Yemieliánov , que ocupaba el asiento de la derecha, se quitó los auriculares y frunciendo la frente con entradas, trató de aliviar la tensión forzada. El marino que se sentaba detrás de Yemieliánov hojeaba tranquilamente una agenda.

Sierguiévski se echó en un sofá blando, mirando de vez en cuando al instrumental. Por delante había millas de recorrido sobre el océano antes de que bajo las alas encontraran tierra extranjera, pero hospitalaria. El reloj que había sobre el vano del cristal central marcaba las ocho. Media hora más y empezará la zona de peligro.

Allí, en el azul de un cielo tranquilo, andan piratas alemanes del aire. Aunque el albatros gigante iba armado con cuatro ametralladoras, sin embargo, el encuentro con los veloces «messer» suponía un peligro terrible.

Sierguiévski pensaba, no en sí mismo, sino en la preciada carga que estaba en la cabina a su espalda. Entre tanto los compañeros de Sierguiévski estaban tranquilamente ocupados en sus obligaciones sin hablar y hasta sin cambiar gestos. Parecía como si todos, sin decirlo, se hubieran puesto de acuerdo para no hacer ningún juicio hasta dejar atrás la zona de peligro. El mecánico era el que tenía un aspecto más preocupado. Seguía, concentrado, las infinitas agujas de los aparatos.

El albatros plateado volaba a una gran velocidad. Serenos y regulares zumbaban sus motores. Como antes una espesa capa de nubes pendía entre la Tierra y el avión. A veces se veían en ellas quebradas de azul obscuro con los extremos rotos. Por ellos se veía una tierra lejana, sin interés para los hombres del avión. Desde la altura de vuelo parecía un campo llano, sombrío, sin ningún pormenor.

Así pasó una hora y estaba terminando la segunda. El avión se encontraba ya bien metido en la zona de peligro, cuyos límites, por desgracia, eran demasiado grandes. Los tiradores miraban escrutadores, hasta sentir dolor de ojos, por el azul límpido del cielo y la blancura de las nubes. A las diez y veinte Sierguiévski bruscamente se irguió en el sofá y se agarró fuerte al timón:

–¡Atención! ¡Tres aviones enemigos!

Por delante, a lo lejos, ante un declive blanco de las nubes rizadas, aparecieron tres puntitos negros, chiquititos. Una voluntad imperiosa de luchar unió a todo aquel grupo minúsculo de personas encerradas herméticamente en una cabina espaciosa.

Yemieliánov, mirando con, los gemelos, de pronto, fuerte y despectivo exclamó:

–Éstos no nos asustan, Boris.

Otra vez los miles de caballos y las miles de revoluciones sacudieron el avión. Corría hacia la derecha la aguja del indicador de velocidad de ascensión. El velocímetro vacilaba hacia la izquierda. Los aviones enemigos se aproximaban

abriéndose hacia los costados. Por fin Sierguiévski acabó de subir y el aparato siguió hacia adelante con la velocidad anterior, dejando abajo a los lóbregos perseguidores que en vano trataban de alcanzar su techo.

Una blanca llanura de nubes que se esfumaba allá abajo, se deshizo en jirones gigantes hinchados. Debajo como una hoja oscura de estaño estaba el mar y a la izquierda, una franja similar, aunque de tinte más oscuro: era tierra firme con sus recortes caprichosos.

El avión avanzaba más y más, cortando la zona de peligro. Se varió el rumbo. Enfilando hacia el sur, Sierguiévski aumentó la velocidad. Un poco más y el aparato se internó en el océano, abandonando la zona de actividad del enemigo. La lisura infinita del océano parece como si hubiera detenido el avión con su uniformidad abrumadora. Desde siete mil metros las olas no se apreciaban. Delante se veía un frente nuboso que anunciaba un cambio en las condiciones del vuelo que hasta ahora había sido tranquilo. Pero el cambio se produjo antes.

Habían volado más de tres mil kilómetros cuando en el aire surgieron nuevamente los amenazadores puntitos negros, y lejos, muy lejos, abajo aparecieron las siluetas diminutas de unos barcos de guerra. Dos aviones enemigos levantando el morro empezaron a coger altura, mientras que el tercero se mantenía delante, un poco más alejado, junto al extremo encorvado de una nube larga y compacta. Parece como si el tiempo hubiera interrumpido su marcha acompasada.

Todo lo que vino después transcurrió como en un segundo de increíble tensión. Los disparos sordos de las descargas de ametralladora que azotaban el avión por el fuselaje apenas llegaban entre el ruido de los motores. Sierguiévski inclinó el aparato y viró bruscamente hacia la izquierda. Simultáneamente empezaron a rugir las ametralladoras de las dos torretas. Un giro más y en un instante frente a la ventana apareció un «Messerchmitt» que caía esquinado. Luego el albatros se fue para abajo con un rugido creciente en picado suave, acercándose rápido al tercer aparato enemigo. De nuevo rugieron las ametralladoras. Enfrente de Sierguiévski volaba algo en llamas, saltaron por todas partes los pedazos y el albatros penetró en una espesa bruma blanca.

Sierguiévski sintió una corriente casi fuerte de aire frío que le azotaba el rostro y comprendió que en el morro de la cabina había agujeros. El aparato continuaba volando en una nube impenetrable.

Era motivo de angustia la luz deslumbrante del sol, pero al encuentro venía avanzando de nuevo un muro de nubes. El brillo del sol, una y otra vez, se encendía y se apagaba, hasta que por fin el avión se sumergió en el espesor de nubes de muchos kilómetros que venían del oeste, altas sobre el océano. Al curso regular siguieron sacudidas que hacían cabecear el aparato. El aire estaba inquieto como si quisiera expulsar las muchas toneladas de la nave.

El cuerpo de Sierguiévski contraído por la tensión se había debilitado. Niveló el aparato, echó una ojeada a la brújula giroscópica y se quedó helado de asombro: toda la parte superior del tablero de mando parecía una aglomeración de materiales de desecho. Sierguiévski se volvió. Una ráfaga de balas perforadoras y explosivas, tras romper la parte delantera de la cabina, al parecer, debió pasar entre los pilotos y pegar en la base de la torreta donde iba montado el sistema de

radio. El radista yacía en el suelo con la mano en la mejilla, entre los aparatos destrozados. El mecánico, sin prestar atención a la sangre que le salía por el hombro, con aspecto pensativo apagó los fragmentos que ardían débilmente. El segundo piloto, Yemieliánov, se tocaba serio en el brazo a través de la manga desgarrada del mono. Los oídos estaban para estallar, faltaba respiración. Había descendido la presión en la cabina perforada, igualándose con el aire de altura que se atravesaba. Sin aparatos de oxígeno no podrían mantenerse por mucho tiempo a esa altura.

Mientras los compañeros tapaban un ancho boquete en el morro del aparato y vendaban a los heridos, Sierguiévski, convencido de que el espesor de las nubes era tal que el aparato con la cabina rota no podría aguantar, comenzó a descender.

La situación del aeroplano era grave ante la pérdida de los aparatos fundamentales de dirección y el destrozo en la instalación de radio. Sin sol volar sobre el océano, sin puntos de referencia, era casi igual que volar a ciegas.

Mientras reparaban la aguja magnética que había quedado, Sierguiévski soñaba con el sentido de las aves para orientarse. ¿Qué olfato singular las dirige en sus vuelos largos en medio de la lluvia y la niebla sobre el mar? ¿Se desarrolla este sentido en el hombre que se convierte en pájaro?

La brújula magnética, a pesar de la desviación que claramente se había producido después de semejante sacudida y desplazamiento, seguía dando, si bien en los límites de un cuarto del horizonte, la línea de dirección, sin la cual el arte más perfecto del vuelo a ciegas resultaría un juego peligroso e inseguro...

Obscurecía. Comenzaba una tormenta. Por las ventanas empezaba a correr el agua. La lluvia azotaba el aparato. La espuma ligera de la niebla dio paso a un velo oscuro, gris de agua. Yemieliánov y el marino, sin esperanzas de arreglar la radio, se pusieron a sacar y montar la de emergencia. El mecánico, balanceándose en el sillón derecho, trataba de reparar los instrumentos que no funcionaban, pero que habían quedado sanos.

Las tinieblas se hacían más espesas. El avión temblaba con las fuertes sacudidas. A una altura de doscientos metros las ventanas se iluminaron: el aparato salió de las nubes. Cincuenta metros más y abajo se veían las crestas blancas y rizadas de las olas. El océano seguía enfurecido. Bajo las nubes sombrías, amenazadoras, en una estrecha abertura entre las nubes y las olas gigantescas, el avión, como verdadero petrel, marcaba su ruta con fuerza arrebatadora. El aparato recibía embestidas y vacilaba. Los fragmentos y las cosas no sujetas rodaban por la cabina.

Las ráfagas del viento, apagadas por el fragor de los motores, con fuerza loca, se estrellaban contra el aparato y se deslizaban impotentes por las alas pálidas que vibraban sensiblemente. La admirable construcción del aparato le permitía aterrizar en el agua, pero un aterrizaje forzoso en la violencia furiosa de las aguas encabritadas sería fatal hasta para un hidroavión. Por lo demás, los pilotos estaban preocupados ahora por algo muy distinto: cálculos complicados de posibles errores de la brújula magnética insegura, la desviación de la nave aérea, el consumo de carburante...

Sierguiévski dejó la dirección a Yemieliánov , pues la herida del segundo piloto era insignificante y se puso a consultar los mapas con el marino. La radio de emergencia, sin saber por qué, no quería funcionar. El radista, con heridas de importancia, no podía ayudar a los pilotos. El día se apagaba, la niebla se espesaba sobre el océano y en los auriculares aún no había sonado ningún radiomensaje de orientación.

—¡Deme el mapa inglés dos mil novecientos veintisiete! —ordenó Sierguiévski.

Las líneas dentadas, azules, rojas de las tormentas y alisios se entrecruzaban con flechas en la red cuadrículada del mapa. Los cálculos no eran lo suficientemente exactos. Poco decían las indicaciones de los instrumentos no averiados. Sin embargo, una costa hospitalaria estaba allá a lo lejos por delante en una extensión de mil millas.

Desviarse tanto, hacia el sur y hacia el norte, para evitarla era imposible. Sierguiévski, tras sobrepesarlo todo, quedó tranquilo.

En el techo de la cabina dos bombillitas alumbraban claramente los protectores rotos de los instrumentos. El océano se ocultó retirándose a las tinieblas que dejaban sólo adivinar la presencia peligrosa del mar. Ya quedaban detrás miles de kilómetros de desierto acuático y debajo seguía sin haber otra cosa que olas y más olas, la eterna respiración de la masa de agua infinita.

El viaje duraba ya más de medio día y el objetivo lejano, a pesar de la demora del avión por el combate y por las borrascas en el vuelo, debería estar ya muy próximo. El tiempo pasaba lento, mucho más lento que las agujas indicadoras del consumo de combustible. Aún quedaban más de tres toneladas de gasolina en los tanques del avión, pero esto era ya mucho menos de la mitad de la reserva inicial. El consumo de carburante era demasiado elevado: el viento de frente impedía que el aparato avanzara a la velocidad necesaria.

Sierguiévski intentó tranquilizarse con ideas razonables: de todas formas no hay nada que hacer: hay que volar y volar, y luego ya veremos. El tiempo no favorecía la determinación de la posición. La zona del ciclón se quedó atrás, pero nubes altas seguían cubriendo las estrellas. La noche se prolongaba sin término. Sobraba tiempo para los pensamientos angustiosos, abrumadores. Diecinueve horas de vuelo y todavía no se ven señales de luces costeras.

Ahora estaba claro que no sólo la tempestad había detenido el avión, sino que se había producido una desviación del rumbo correcto. Sierguiévski giró un poco hacia el norte; procurando corregir la supuesta desviación hacia el sur.

Los excelentes motores funcionaban como la primera hora de vuelo, a pesar de que habían hecho ya tres millones de revoluciones. No quedaba más que media tonelada de gasolina y seguía sin verse la costa.

Pronto llegó el amanecer. La púrpura solar bañaba medio océano detrás del avión. Una mañana diáfana parece que iba a llevarse la esperanza y la alegría. Las agujas indicadoras del nivel de gasolina seguían corriendo más y más hacia la izquierda, hacia la cifra temible para el piloto, el círculo blanco del cero con trazo grueso que subraya el símbolo terrible: ¡No queda más combustible!

Parecía inverosímil la ausencia de tierra, pero ésa era la triste realidad. Un poco más y la fuerza potente de los motores callará, se detendrán las hélices ligeras que giran locamente y la nave aérea impotente se desplomará sobre las olas. Las olas, como si aguardaran su presa, armoniosa y rítmicamente se alzaban de lo profundo del océano, se quedaban quietas un instante, antes de descender, como si pretendieran alcanzar al avión que volaba bajo encima de ellas.

La aparición del sol por fin permitió orientarse.

—¡Veintisiete grados de latitud! —exclamó Sierguiévski—. Hemos tirado mucho hacia el sur... Lo más importante es la longitud, pero estamos peor, aproximadamente setenta y nueve occidental... Eh, compañeros, tiene que verse tierra.

El piloto cogió altura. Efectivamente, apenas perceptible, semejante a la cresta inmóvil de una ola elevada, surgió en el horizonte una franja oscura. En ella se clavaron las miradas de unos ojos encendidos, cansados. Yemieliánov alzó los prismáticos y Sierguiévski vio cómo el piloto suspiraba con alivio. La franja oscurecía y se agrandaba. Su extremo superior era entrecortado. Se descubrían cimas redondas de montañas o colinas.

Veinte minutos más y la blanca espuma de la resaca se veía con claridad. Los motores, consumiendo los últimos litros de gasolina, sonaban con estruendo al coger altura para el minuto decisivo del descenso forzoso. No se podía aterrizar en el agua junto a la costa. Las olas poderosas se estrellaban contra los chatos salientes de las piedras oscuras. Arremolinándose en los acantilados y en las quebradas, retrocedían sinuosas las corrientes de espuma.

Más arriba de la franja del rompiente se alzaba la orilla con salientes tallados, con una alfombra espesa verde por las pendientes abiertas hacia arriba de barrancos y valles poco profundos. Tampoco esto tenía traza favorable para un aterrizaje feliz.

Tras las montañas costeras descendía el terreno, y por lo que se podía ver, estaba cubierto de bosque frondoso. En algunas partes brillaban al sol las manchas cristalinas de un agua pantanosa. A la derecha, en los destellos del mar, muy lejos al norte, salía un cabo estrecho, en donde se adivinaba una elevación blanca, obra del hombre, posiblemente, la torre de un faro.

Sierguiévski advirtió ya claramente los árboles que se dibujaban en la orilla. Las agujas temblaban en el cero. Los compañeros de Sierguiévski con todas sus fuerzas accionaban la bomba de mano, sin quitar los ojos del comandante. A la izquierda la costa torcía hacia tierra adentro y se alejaba del oeste. El aparato sobrevoló el cabo crestado y largo cubierto de palmeras. En este momento, de repente, se hizo silencio. Los motores se pararon. Sólo el que estaba al extremo izquierdo produjo algunas explosiones como si fueran disparos. Delante de las alas se agitaron los álabes de las hélices, como advirtiendo de que ya no podrían sostener más la nave en el aire.

—¡Saltar de uno en uno por la puerta de la izquierda! Yemieliánov, da las órdenes —dispuso Sierguiévski mientras empujaba el timón hacia delante, llevando la pesada máquina hacia abajo y siguiendo la línea de la pendiente, tratando de

prolongar al máximo el descenso y al mismo tiempo evitar la pérdida fatal de velocidad.

En un silencio terrible descendía el aparato. Vaciló. A la derecha se enroscaban verticales los verdes salientes de los montes. Un poco más y el brillante metal del hermoso pájaro se estrujará, volará en pedazos informes junto con los cadáveres destrozados de los tripulantes. Pero la tripulación del avión callaba, conteniendo la respiración, sin decidirse a abandonar la maravillosa máquina y confiando en la pericia del piloto. Pero Sierguiévski, una vez dada la orden, sin pensar más en la gente, no tenía otra idea que la esperanza de salvar el avión y su carga. La tierra estaba a dos o tres segundos...

Pero el piloto divisó allí una pequeña bahía tranquila, protegida por los salientes de los bosques costeros contra los golpes de las olas. Una decisión repentina le pasó por la mente: un viraje, una mayor inclinación del avión hacia abajo... y la tierra que viene al encuentro. ..

Sierguiévski tiró fuerte del timón hacia sí, haciendo posar la ingente máquina como caballo dócil. Al no abrir el tren de aterrizaje, el avión pegó en la parte baja del bosque, en un saliente de la costa, produciendo un fragor de golpes y crujidos de los árboles al partirse. El pájaro de plata, sin fuerzas, aplastaba árboles como si fueran hierba, se dejó caer pesado en el agua de la bahía y se deslizó por ella lanzando ráfagas de agua. A unos ciento cincuenta metros se detuvo muy cerca de la orilla opuesta que era muy elevada. En el último segundo Sierguiévski todavía pudo sacar el tren de aterrizaje para aprovechar la pequeñísima posibilidad de frenar la inercia de la pesada nave. La maniobra fue un éxito: la máquina gigante se echaba sobre el agua profunda azulada, ligeramente inclinada sobre el ala derecha.

Todavía se balanceaba y temblaba el avión cuando los pilotos salieron sobre el ala. El alma de Sierguiévski se veía libre de una grave carga de responsabilidad. Estiró los hombros, alegrándose con el sol deslumbrante, el agua acariciadora y el verdor exuberante tropical. La profundidad del agua debajo del avión no pasaba de los tres metros. Las ruedas del tren de aterrizaje se apoyaban en la arena compacta del fondo en pendiente suave.

—¡Feliz llegada, amigos! —dijo Sierguiévski risueño—. Es cierto que no es el punto de destino, pero no está mal. Podía haber sido peor. Nos encontramos en alguna parte de Florida...

El calor tórrido, las formas caprichosas de plantas desconocidas hablaba sin más explicaciones del lejano sur.

Todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas parecía un sueño que había pasado como un relámpago.

—Bueno, robinsones, veamos de nuevo el aparato y durmamos un poco. Os aconsejo desnudaros; si no, nos coceremos con los buzos.

Consultando con el mecánico y el piloto segundo, Sierguiévski decidió después del descanso apuntalar la parte de la cola y el ala derecha con algún soporte para mantener el aparato completamente seguro a fin de que no se hundiera en el suelo con la bajamar.

El sol de mediodía calentaba el aparato y se reflejaba cegador en la superficie pulida. Los aviadores saltaron fuera respirando con ahogo. El radista herido se encontraba mejor y se le puso cómodo en la corriente entre dos ventanillas levantadas.

Los aviadores abrieron la lancha plegable de goma, dispuestos a llegar a la orilla en busca de soportes para el aparato. Sierguiévski dejó a uno de los tiradores de guardia y subiéndose a la parte superior del ala izquierda, echó una mirada a la bahía, eligiendo los árboles más adecuados.

El agua lisa de la bahía tenía un contorno en forma de corazón. En medio del saliente costero se elevaba una roca abrupta con palmeras finas y encorvadas. A la derecha el cabo en forma de uña estaba cubierto de árboles plumosos llenos enteramente de flores blancas. El camino ancho trazado por el avión atravesaba el cabo. Las copas destrozadas, los árboles arrancados de raíz y los troncos recién amontonados al borde del agua, llamaron la atención de Sierguiévski. «Hemos preparado mucho material para soportes» –pensó el piloto sonriente. Algunos trozos de árbol habían sido lanzados lejos, al fondo de la bahía. Tal fue la fuerza del golpe y tal la solidez del aparato.

–Sí, si no hubiera sido por este vallado elástico... –dijo en voz alta el propio Sierguiévski y, sin terminar su pensamiento, miró hacia la orilla opuesta de la bahía en la cual, seguramente, hubiera saltado hecho añicos el aparato de largas alas.

Dentro de la barca, los aviadores avanzaban lentamente por la tersura del agua, que sin querer se rizaba alrededor. En el punto del agua transparente en que se habían amontonado los trozos deshechos de los árboles, aplastado por todo un montón de leña, un cuadro increíble, inolvidable, asombró a los aviadores.

La arena lisa y compacta del fondo daba a la superficie un tinte monótono, como castaño, a través del agua azul. En todas las direcciones, en los rayos solares que atravesaban el agua, se movían curvándose, se entretejían y se entremezclaban hilillos del azul más oscuro y de color oro ígneo.

Una pequeña elevación arenosa en el fondo, con el peso de los troncos partidos, estaba ribeteada de semicírculos de color azul claro, llenos de círculos de oro chispeante y de azul purísimo. A veces entre el oro y el azul escintilaban meandros de corrientes bermejas, de púrpura llameante y verde esmeralda. Una fantástica sinfonía de colores brillantes vibraba en tornasoles, destellos, remolinos y chorrillos, atraía los ojos y los dejaba clavados con su embrujo casi hipnótico.

Pasmados por el espectáculo nunca visto, durante mucho tiempo los aviadores no pudieron apartar la vista, hasta que Sierguiévski con un golpe decidido empujó la barca justo hacia el oro en torbellino.

A la izquierda dos trozos, lanzados al fondo de la bahía y clavados en el suelo, estaban casi verticales. En torno a ellos se retorcían los mismos hilillos de oro y azul, sólo que más finos y transparentes.

Un suave aroma de árboles misteriosos se difundía en el aire, aumentando la sensación de misterio. En este rincón de la bahía el agua brillaba opalescente con

unos reflejos, como difuminados muchas veces, pero con la misma limpieza irreprochable del oro azul y púrpura.

Sierguiévski y sus compañeros llegaron al agua poco profunda de la orilla y empezaron a elegir dos troncos adecuados para los soportes. No eran gruesos, como mucho seis o siete centímetros de diámetro, pero de una madera compacta y pesada. La médula del árbol era de color castaño y ribeteada con una franja externa casi blanca.

El mecánico encontró un tronco partido por la mitad y se lo llevó para hacer la prueba en el agua. Al principio, los primeros dos o tres minutos, se extendió por el agua lentamente una nubecita azul opalescente, apenas perceptible. Luego comenzaron a desprenderse del tronco como pequeños chorros irisados que se revolvían en forma de espiral despidiendo brillo.

He ahí la solución del porqué de los colores maravillosos en el agua de la bahía: la presencia de la madera del árbol misterioso. Sierguiévski miraba atentamente a la orilla, tratando de recordar los caracteres de los árboles. Pero nada había de particular en sus ramas frondosas, en sus hojas plumosas ni en los racimos de sus flores blancas.

De pronto, en alguna dirección se escuchó un ruido poco claro, que no se podía confundir con ninguno otro. Era un motor. El zumbido lejano era fuerte, regular y, sin duda, se acercaba a la bahía.

—¡Al avión! ¡De prisa! —ordenó Sierguiévski.

Desde el ala izquierda que se alzaba sobre el agua, se veían las olas que, regulares y sin interrupción, rodaban hasta la orilla. Dando la vuelta al largo cabo, una motora gris cortó rauda las olas rítmicas que se rizaban espumosas. La proa, que se elevaba sobre el agua, se balanceaba suave. Debajo una sombra negra y los elementos metálicos del sistema de defensa y de los proyectores brillaban como fuego en la niebla.

La lancha giró, los motores callaron y el pequeño barco enfiló hacia el aeroplano. En su proa surgieron las figuras corpulentas de los marinos de la defensa costera con chaqueta blanca y pantalón amplio que parecía una frívola violación de la severa y necesaria etiqueta militar.

Las conversaciones no se prolongaron y la lancha desapareció con la misma rapidez con que se había presentado. Al cabo de un rato dos hidroaviones recortados se posaron pesadamente en el agua de la bahía grande, a un kilómetro al oeste de la «*bahía de las corrientes irisadas*».

El herido y parte de la carga fueron llevados a los hidroaviones. Echaron dos toneladas de combustible en los tanques del avión soviético. Falta esperar la llegada de dos barcos para remolcar el avión y sacarlo de la pequeña bahía, aprovechando la bajamar, a través del estrecho paso que había entre los escollos.

Una especie de obscuridad acabó con el breve crepúsculo. Sierguiévski se acordó de pronto de que había que coger una muestra del árbol pues, de lo contrario, todo lo visto en la bahía pronto resultaría inverosímil. Esperando la salida de la Luna el aviador subió al ala del aparato y vio el brillo azul claro que se extendía

por el agua alrededor de los soportes que apoyaban el ala y la cola del avión. Asombrado por la nueva manifestación de las maravillas de la bahía, el piloto miró hacia la parte de bosque abatido por el aeroplano. Una mancha de azul intenso, rodeada de agua oscura, brillaba donde de día lucían los reflejos de las corrientes irisadas.

Sierguiévski bajó a la barca y remó hasta la mancha brillante. Entre los troncos partidos el agua parecía una nube de gas azul luminoso que lanzaba reflejos plateados al rostro y a las manos de Sierguiévski. La luz que despedía el agua era suficiente para orientarse y el piloto recogió rápido unos cuantos trozos de madera, sin olvidarse de ramas con hojas y flores.

Durante los trabajos de remolcar el avión de la bahía, Sierguiévski no tuvo tiempo para preguntar; pero cuando la «*bahía de las corrientes irisadas*» se quedó atrás, el aviador no consiguió enterarse de nada que tuviera sentido. El árbol de que hablaba lo conocían los lugareños con el nombre de «*árbol dulce*». Era raro en estas tierras y nadie había oído hablar de las propiedades maravillosas de su madera.

Lentamente y con cuidado, al par que la bajamar, se sacó la nave plateada a la superficie tranquila del mar y el rugido de los motores atronó las orillas tranquilas del trópico.

El albatros abandonó para siempre la bahía milagrosa, llevando rápido a través del océano a todo el grupito de personas escogidas por el destino para contemplar uno de los prodigios desconocidos de la naturaleza.

El profesor Kondrásev se volvió en su silla alta hacia Sierguiévski que entraba en el laboratorio y en silencio le presentó una estantería con probetas en cuyo fondo se veían trocitos de la madera mágica que el aviador había traído. En el agua tornasolaban y refulgían hilillos y nubecitas de color ígneo y azul transparente que a veces se convertían en amarillo verdoso o azul resplandeciente.

—¿Parecido a su bahía? —sonrió el profesor interrogante.

—No del todo —repuso serio el aviador—. Allí los colores y las luces eran mucho más intensos.

—Claro —dijo el profesor cayendo en la cuenta—, porque en la bahía el agua es salada —y echó en las probetas varias gotas de una solución.

Al punto el azul se hizo espeso y de transparente se puso casi impenetrable a la vista, y las nubecillas amarillas parecían fundidas en oro carmesí.

—Parece —dijo el profesor— que la añadidura de una pequeña cantidad de álcali en el agua dulce aumenta considerablemente la capacidad de la madera para colorear el agua. Por lo demás, esto no es colorante, sino una substancia especial que todavía la ciencia no conoce. Su propiedad luminiscente y opalescente puede resultar muy valiosa. Conseguí determinar el árbol. Es de la familia de los *nogales grises* comunes, pero es un representante muy antiguo de este grupo y se llama «*eisengartia*». La *eisengartia* existió hace no menos de sesenta millones de años.

Ahora este arbusto se encuentra muy extendido al sur de los Estados Unidos y no tiene ninguna propiedad milagrosa, sin duda, porque ha degenerado debido a condiciones de vida desfavorables, y resulta que en el sur de Méjico, en el Yucatán y muy raro donde ustedes estuvieron, esta misma *eisengartia* se conservó en forma de arbolito, lo mismo que en los tiempos antiguos de su existencia. Este árbol posee las propiedades especiales que usted conoce. Precisamente representa el «*cóatl*» de los aztecas o el «*árbol de la vida*» de los sabios medievales.

A usted, amigo mío, le corresponde la honra del descubrimiento o, mejor, del redescubrimiento, de esta valiosa planta.

El profesor se levantó y solemnemente sacó del armario una copa pequeña hecha de madera oscura de *eisengartia*.

—A usted —dijo sirviendo en la copa agua limpia de un matraz—, a usted le corresponde por derecho propio beber la bebida mágica que conservaba la salud de los señores medievales...

En la copa oscura el agua parecía un espejo del azul más intenso. Sierguiévski, sonriendo confuso, tomó la copa de manos del profesor y, sin vacilar, la apuró hasta la última gota.

El roble de Bill

Brian Lumley

Bill's oak, © ?. Traducido por Joseph M. Apfelbäume en *El visitante nocturno*, Super Terror 19, Martínez Roca S. A., 1986.

Tras haber disfrutado de un sorprendente éxito con mi último libro *¡Venid aquí, brujas!*, durante cuyo proceso de investigación «documental» me encontré con varias menciones sobre la existencia de un cierto libro «negro» —el *Cthaat Aquadingen*, una colección casi legendaria de hechizos y encantos aparentemente relacionados, entre otras cosas, con la aparición de ciertos elementos acuosos—, me sentí desconcertado al descubrir que el Museo Británico no disponía de ninguna copia del libro; o bien, si existía, los encargados de ese enorme establecimiento no estaban dispuestos a permitir su examen. Sin embargo, yo deseaba ver una copia, sobre todo en relación con un nuevo libro que iba a titularse *¡Libros prohibidos!*, en cuya redacción mi editor me presionaba para que empezara a trabajar.

La desgana del encargado de la sección de Libros Raros a contestar mis preguntas con algo más que unas simples respuestas superficiales, fue lo que me impulsó a ponerme en contacto con Titus Crow, un londinense coleccionista de volúmenes raros y antiguos que, según había oído decir, poseía una copia del libro que yo deseaba consultar en su biblioteca privada.

Escribí una carta apresurada al señor Crow y éste no tardó en contestarme, invitándome a Blowne House, su residencia en las afueras de la ciudad, asegurándome que, en efecto, poseía un ejemplar de *Cthaat Aquadingen*, y que yo podría consultarlo si aceptaba un acuerdo y una condición. El acuerdo consistía en que toda visita a Blowne House la realizara a primeras horas de la noche, ya que, como actualmente estaba enfrascado en ciertos estudios y se concentraba mejor por la noche, se acostaba muy tarde y nunca se levantaba antes del mediodía. Esto, unido al hecho de mantener ocupadas las tardes en actividades más mundanas pero no por ello menos esenciales, sólo le permitía trabajar o recibir visitas durante la noche. Se apresuró a asegurarme que no recibía visitas con frecuencia. En realidad, de no haber estado familiarizado con mi obra anterior, se habría visto obligado a rechazar de plano mi proposición. Ya había habido demasiados «chiflados» que intentaron penetrar en su retiro.

Como si el destino lo hubiera querido así, elegí una noche de perros para visitar Blowne House. La lluvia era una cortina que descendía de grandes y abultadas nubes grisáceas que pendían bajas sobre la ciudad. Aparqué en el largo sendero de entrada por el que se accedía a la amplia vivienda del señor Crow, corrí por el camino con el cuello de la gabardina subido, y llamé a la pesada puerta de entrada. Durante el medio minuto que mi anfitrión tardó en contestar, tuve tiempo más que suficiente para quedar empapado. En cuanto me presenté como Gerald Dawson, me hizo entrar rápidamente, me ayudó a quitarme la chorreante gabardina y el sombrero, y me introdujo en su estudio, donde me rogó que me instalara ante un fuego crepitante para «secarme».

Él no era como yo había esperado. Se trataba de un hombre alto, de hombros anchos, que, sin la menor duda, había sido muy atractivo en sus años mozos. Ahora, sin embargo, el pelo se le había encanecido y los ojos, aunque aún eran brillantes y observadores, mostraban la impronta de los muchos años pasados explorando –y supuse que, a menudo, descubriendo– los caminos apenas hollados del misterio y del conocimiento obscuro. Llevaba puesto un batín de color rojo intenso, y observé que, en una pequeña mesita situada junto a su mesa de despacho, había una botella del mejor brandy.

Pero fue lo que vi sobre su mesa de despacho lo que más atrajo mi atención; se trataba, evidentemente, del objeto de estudio del señor Crow: un reloj alto, de cuatro monstruosas manecillas, con jeroglíficos y en forma de ataúd, posado horizontalmente y hacia arriba a todo lo largo de la gran mesa. Había observado previamente que, al abrirme la puerta, mi anfitrión llevaba un libro en la mano. Ahora lo dejó sobre el brazo del sillón en el que me había sentado y, mientras me servía una copa, vi que era una copia muy manoseada de *Notas sobre desciframiento de códigos, criptogramas e inscripciones antiguas*, de Walmsley. Al parecer, el señor Crow intentaba traducir los fantásticos jeroglíficos de la extraña cara del reloj. Al levantarme y cruzar la estancia para observar más de cerca el misterioso artificio, percibí que los intervalos entre los ruidosos tics del reloj eran muy irregulares, y que las cuatro manecillas no se movían en consonancia con ningún sistema conocido de medición del tiempo. No pude dejar de preguntarme para qué propósito cronológico podía servir una pieza tan curiosa.

Crow observó la expresión de extrañeza en mi rostro y se echó a reír.

–A mí también me intriga, señor Dawson, pero no se preocupe por ello. No creo que nadie llegue nunca a entender esa cosa; de vez en cuando, siento la necesidad de estudiarlo de nuevo, y entonces me paso semanas haciéndolo, sin llegar a ninguna parte. Pero no ha venido aquí esta noche para ocuparse del reloj de Marigny. Está usted aquí para consultar un libro.

Me mostré de acuerdo con él y empecé a bosquejarle mi plan para incluir una o dos menciones al *Cthaat Aquadingen* en mi nueva obra *¡Libros prohibidos!* Mientras yo hablaba, trasladó la mesita pequeña a un lugar más cercano al fuego. Una vez hecho esto, retiró hacia un lado de la chimenea un panel oculto en la pared, y de una pequeña estantería extrajo el volumen en el que yo estaba interesado. Una expresión de extremada aversión cruzó su rostro; se apresuró a dejar el libro sobre la mesa y se restregó las manos en el batín.

–Es una lata... –murmuró–. Siempre está transpirando..., lo que, estará usted de acuerdo conmigo, resulta bastante sorprendente, teniendo en cuenta que el donante murió hace más de cuatrocientos años.

–¡El donante! –exclamé, contemplando el libro con una mórbida fascinación–. ¿No querrá decir que está encuadernado con...?

–Me temo que sí. Al menos esta copia.

–¡Dios mío!... ¿Quiere decir que hay otras copias?

—Que yo sepa, sólo hay tres..., y una de las otras dos está aquí, en Londres. Supongo que no le permitieron verla, ¿no es cierto?

—Es usted muy perspicaz, señor Crow. Y tiene razón, no me permitieron ver la copia del Museo Británico.

—Habría recibido usted la misma respuesta en caso de haber pedido ver el *Necronomicon* —replicó ante mi desconcierto.

—Perdone, pero ¿cree realmente en la existencia de ese libro? ¿Cómo es posible? Me han asegurado una media docena de veces que el *Necronomicon* es una pura fantasía, una inteligente obra de apoyo literario creada con el propósito de mantener una mitología ficticia.

—Si usted lo dice —se limitó a comentar—. Pero, en cualquier caso, usted está interesado en este libro —dijo, indicándome el volumen relacionado con lo maligno que ahora se hallaba sobre la mesita.

—Sí, desde luego, pero ¿no mencionó usted la existencia de una... condición?

—¡Ah, sí! Pero en realidad yo mismo me he ocupado de eso —replicó—. He arrancado los dos capítulos más instructivos y los he hecho encuadernar aparte, sólo por si acaso. Me temo que no podrá usted verlos.

—¿Los más instructivos? ¿Sólo por si acaso? —repetí—. No comprendo a qué se refiere.

—Sólo por si cayera en manos indebidas, desde luego —dijo con una expresión de sorpresa—. Sin lugar a dudas se habrá preguntado por qué los del museo guardan sus copias bajo llave.

—En efecto; supuse que lo hacían porque se trata de ejemplares muy raros que valen mucho dinero —contesté—. Y quizá también porque algunos de esos libros contienen uno o dos temas bastante repugnantes; material erótico-sobrenatural-sádico, algo escrito por una especie de marqués de Sade medieval, ¿no?

—Se equivoca, señor Dawson. El *Cthaat Aquadingen* contiene series completas de hechizos e invocaciones; contiene, por ejemplo, el *Nyhargo Dirge*, y una frase sobre cómo hacer el *Signo antiguo*; contiene igualmente uno de los *Sathlatta*, y cuatro páginas de rituales *Tsathoguan*. Y muchas más cosas..., hasta el punto de que si ciertas autoridades hubieran logrado salirse con la suya, las tres copias habrían sido destruidas hace mucho tiempo.

—Pero ¿no creerá usted en tales cosas? —protesté—. Yo intento escribir sobre tales libros considerándolos como algo condenadamente misterioso y monstruoso... Tengo que hacerlo así, puesto que en caso contrario no vendería un ejemplar..., pero no puedo creer en ello.

Crow se echó a reír, aunque sin ninguna alegría.

—¿De veras no puede? Si hubiera visto usted las cosas que yo he visto, o si hubiera pasado por algunas de las cosas por las que yo he pasado..., créame, señor Dawson, en tal caso no se sentiría tan impresionado. ¡Claro que creo en estas cosas! Creo en los fantasmas y las hadas, en los demonios y los genios, en

una cierta propaganda mitológica, y en la existencia de la Atlántida, R'lyeh y G'harne.

–Pero, sin lugar a dudas, no existe ninguna prueba genuina en favor de ninguna de las cosas o lugares que acaba de mencionar –argüí–. ¿Dónde hay, por ejemplo, un lugar en el que uno pueda estar seguro de encontrarse con un... fantasma?

Crow se quedó pensativo un momento y tuve la seguridad de haber vencido con mi razonamiento. No podía imaginar que un hombre tan evidentemente inteligente como él creyera de veras y de un modo tan profundo en lo sobrenatural. Pero entonces, desafiando lo que yo había considerado como una pregunta insoluble, me contestó:

–Me sitúa usted en la posición del clérigo que asegura a un niño pequeño la existencia de un Dios todopoderoso y omnisciente, y a quien el niño pide que se lo haga ver. No, no puedo mostrarle ningún fantasma..., a menos que estemos dispuestos a pasar por una gran cantidad de problemas..., pero sí puedo mostrarle la manifestación de uno.

–Oh, vamos, señor Crow, usted...

–Hablo en serio –me interrumpió–. ¡Escuche!

Se llevó un dedo a los labios para indicarme silencio, y adoptó una actitud de escucha.

En el exterior, la lluvia había cesado y el silencio de la estancia sólo se veía perturbado por el sonido esporádico de las gotitas que caían de las tejas; sólo se escuchaba eso, y el tictac del gran reloj de Crow. Y entonces llegó hasta mis oídos un sonido perfectamente audible, prolongado y crujiente, como de maderas resquebrajándose.

–¿Lo ha oído? –preguntó Crow sonriendo.

–Sí –admití–. Ya lo había oído media docena de veces mientras hablábamos. Seguramente colocaron madera verde al construir su buhardilla.

–Esta casa posee vigas muy insólitas –observó él–. Son de madera de teca..., y estaban totalmente secas antes de que se construyera la casa. ¡Y la teca no cruje!

Sonrió con una mueca. Evidentemente, le agradaba aquel sonido.

–En tal caso será un árbol azotado por el viento –dije, encogiéndome de hombros.

–En efecto, se trata de un árbol. Pero si hubiera viento, lo oiríamos. No, ese sonido proviene de una rama del «Roble de Bill» que protesta bajo su peso – cruzó la estancia, dirigiéndose hacia la ventana y miró hacia el jardín–. Pasó usted por alto a nuestro Bill cuando escribió su último libro. Se trata de William «Bill» Fovargue, acusado de brujería, ahorcado en ese árbol en 1675 por una multitud de campesinos enloquecidos por el miedo. En aquel momento se dirigía a someterse a juicio, pero, tras el linchamiento, la gente declaró que lo asaltaron porque él había iniciado un horrible encantamiento, al tiempo que empezaban a

configurarse unas extrañas formas en el cielo..., de modo que lo colgaron para impedir que empeorara la situación...

–Ya entiendo. De modo que ese sonido procede de la rama de la que fue colgado, que aún cruje bajo su peso doscientos ochenta años después del linchamiento, ¿no es eso? –pregunté, dando a mi voz el mayor tono posible de sarcasmo.

–En efecto –replicó Crow, imperturbable–. Ese sonido afectó tanto a los nervios del anterior propietario de la casa que terminó por vendérmela. Y el otro propietario casi se volvió loco intentando descubrir su origen.

–¡Ah! Ese es el punto débil de su historia, señor Crow –le indiqué–. Él habría podido rastrear el origen del sonido hasta el árbol –tomé su silencio como un reconocimiento a mi inteligencia y me levanté, crucé la habitación y me situé a su lado, ante la ventana. Al hacerlo, volví a escuchar el crujido del árbol, esta vez más fuerte–. Eso lo produce el viento en las ramas del roble, señor Crow –le aseguré–. No hay nada más.

Al mirar hacia el exterior, retrocedí un paso, diciéndome que debía de estar viendo visiones. Pero, en realidad, no estaba viendo visiones. Allí no había roble alguno. De pronto, sentí que la cabeza me daba vueltas. Tras pensármelo un instante, estallé en una trémula carcajada. El señor Crow era endiabladamente listo. Por un momento, me había hecho dudar. Me volví hacia él, repentinamente enojado y vi que aún sonreía.

–De modo que, después de todo, son las vigas, ¿no es eso? –pregunté con una voz ligeramente temblorosa.

–No –contestó Crow sin dejar de sonreír–. Eso fue lo que casi enloqueció al antiguo propietario. Verá, cuando construyeron esta casa, hace unos setenta años, cortaron el Roble de Bill para que sus raíces no impidieran hacer los cimientos.

El árbol de la colina

H. P. Lovecraft y Duane W. Rimel

The tree on the hill, © 1934.

Al sureste de Hampden, cerca de la tortuosa garganta que excava el río Salmón, se extiende una cadena de colinas escarpadas y rocosas que han desafiado cualquier intento de colonización. Los cañones son demasiado profundos, los precipicios demasiado escarpados como para que nadie, excepto el ganado trashumante, visite el lugar. La última vez que me acerqué a Hampden la región – conocida como *el Infierno*– formaba parte de la Reserva del Bosque de la Montaña Azul. Ninguna carretera comunica este lugar inaccesible con el mundo exterior, y los montañeses dicen que es un trozo del jardín de Su Majestad Satán transplantado a la Tierra. Una leyenda local asegura que la zona está hechizada, aunque nadie sabe exactamente el por qué. Los lugareños no se atreven a aventurarse en sus misteriosas profundidades, y dan crédito a las historias que cuentan los indios, antiguos moradores de la región desde hace incontables generaciones, acerca de unos demonios gigantes venidos del Exterior que habitaban en estos parajes. Estas sugerentes leyendas estimularon mi curiosidad. La primera y, ¡gracias a Dios!, última vez que visité aquellas colinas tuvo lugar en el verano de 1938, cuando vivía en Hampden con Constantine Theunis. El estaba escribiendo un tratado sobre la mitología egipcia, por lo que yo me encontraba solo la mayoría del tiempo, a pesar de que ambos compartíamos un pequeño apartamento en Beacon Street que miraba a la ingame Casa del Pirata, construida por Exer Jones hacía sesenta años. La mañana del 23 de junio me sorprendió caminando por aquellas siniestras y tenebrosas colinas que a aquellas horas, las siete de la mañana, parecían bastante ordinarias. Me alejé siete millas hacia el sur de Hampden y entonces ocurrió algo inesperado. Estaba escalando por una pendiente herbosa que se abría sobre un cañón particularmente profundo, cuando llegué a una zona que se hallaba totalmente desprovista de la hierba y vegetación propia de la zona. Se extendía hacia el sur; se había producido algún incendio, pero, después de un examen más minucioso, no encontré ningún resto del posible fuego. Los acantilados y precipicios cercanos parecían horriblemente chamuscados, como si alguna gigantesca antorcha los hubiese barrido, haciendo desaparecer toda su vegetación. Y aun así seguía sin encontrar ninguna evidencia de que se hubiese producido un incendio... Caminaba bajo un suelo rocoso y sólido sobre el que nada florecía. Mientras intentaba descubrir el núcleo central de esta zona desolada, me di cuenta de que en el lugar había un extraño silencio. No se veía ningún ave, ninguna liebre, incluso los insectos parecían rehuir la zona. Me encaramé a la cima de un pequeño montículo, intentando calibrar la extensión de aquel paraje inexplicable y triste. Entonces vi el árbol solitario. Se hallaba en una colina un poco más alta que las circundantes, de tal forma que enseguida lo descubrí, pues contrastaba con la soledad del lugar. No había visto ningún árbol en varias millas a la redonda: algún arbusto retorcido, cargado de bayas, que crecía encaramado a la roca, pero ningún árbol. Era muy extraño descubrir uno precisamente en la cima de la colina. Atravesé dos pequeños cañones antes de llegar al sitio; me esperaba una

sorpresa. No era un pino, ni un abeto, ni un almez. Jamás había visto, en toda mi existencia, algo que se le pareciera; ¡y, gracias a Dios, jamás he vuelto a ver uno igual! Se parecía a un roble más que a cualquier otro tipo de árbol. Era enorme, con un tronco nudoso que media más de una yarda de diámetro y unas inmensas ramas que sobresalían del tronco a tan sólo unos pies del suelo. Las hojas tenían forma redondeada y todas tenían un curioso parecido entre sí. Podría parecer un lienzo, pero juro que era real. Siempre supe qué era, a pesar de lo que dijo Theunis después. Recuerdo que miré la posición del Sol y decidí que eran aproximadamente las diez de la mañana, a pesar de no mirar mi reloj. El día era cada vez más caluroso, por lo que me senté un rato bajo la sombra del inmenso árbol. Entonces me di cuenta de la hierba que crecía bajo las ramas. Otro fenómeno singular si tenemos en cuenta la desolada extensión de tierra que había atravesado. Una caótica formación de colinas, gargantas y barrancos me rodeaba por todos sitios, aunque la elevación donde me encontraba era la más alta en varias millas a la redonda. Miré el horizonte hacia el este, y, asombrado, atónito, no pude evitar dar un brinco. ¡Destacándose contra el horizonte azul sobresalían las Montañas Bitterroot! No existían ninguna otra cadena de picos nevados en trescientos kilómetros a la redonda de Hampden; pero yo sabía que, a esta altitud, no debería verlas. Durante varios minutos contemplé lo imposible; después comencé a sentir una especie de modorra. Me tumbé en la hierba que crecía bajo el árbol. Dejé mi cámara de fotos a un lado, me quité el sombrero y me relajé, mirando al cielo a través de las hojas verdes. Cerré los ojos. Entonces se produjo un fenómeno muy curioso, una especie de visión vaga y nebulosa, un sueño diurno, una ensoñación que no se asemejaba a nada familiar. Imaginé que contemplaba un gran templo sobre un mar de cieno, en el que brillaba el reflejo rojizo de tres pálidos soles. La enorme cripta, o templo, tenía un extraño color, medio violeta medio azul. Grandes bestias voladoras surcaban el nuboso cielo y yo creía sentir el aletear de sus membranosas alas. Me acerqué al templo de piedra, y un portalón enorme se dibujó delante de mí. En su interior, unas sombras escurridizas parecían precipitarse, espíarme, atraerme a las entrañas de aquella tenebrosa oscuridad. Creí ver tres ojos llameantes en las tinieblas de un corredor secundario, y grité lleno de pánico.

Sabía que en las profundidades de aquel lugar acechaba la destrucción; un Infierno viviente peor que la muerte. Grité de nuevo. La visión desapareció. Vi las hojas y el cielo terrestre sobre mí. Hice un esfuerzo para levantarme. Temblaba; un sudor gélido corría por mi frente. Tuve unas ganas locas de huir; correr ciegamente alejándome de aquel tétrico árbol sobre la colina; pero deseché estos temores absurdos y me senté, tratando de tranquilizar mis sentidos. Jamás había tenido un sueño tan vívido, tan horripilante. ¿Qué había producido esta visión? Últimamente había leído varios de los libros de Theunis sobre el antiguo Egipto... Meneé la cabeza, y decidí que era hora de comer algo. Sin embargo, no pude disfrutar de la comida. Entonces tuve una idea. Saqué varias instantáneas del árbol para mostrárselas a Theunis. Seguro que las fotos le sacarían de su habitual estado de indiferencia. A lo mejor le contaba el sueño que había tenido... Abrí el objetivo de mi cámara y tomé media docena de instantáneas del árbol. También hice otra de la cadena de picos nevados que se extendía en el horizonte. Pretendía volver y las fotos podrían servir de ayuda... Guardé la cámara y volví a sentarme sobre la suave hierba. ¿Era posible que aquel lugar bajo el árbol estuviera hechizado? Sentía pocas ganas de irme... Miré las curiosas hojas redondeadas. Cerré los ojos. Una suave brisa meció las ramas del árbol,

produciendo musicales murmullos que me arrullaban. Y, de repente vi de nuevo el pálido cielo rojizo y los tres soles. ¡Las tierras de las tres sombras! Otra vez contemplaba el enorme templo. Era como si flotase en el aire, ¡un espíritu sin cuerpo explorando las maravillas de un mundo loco y multidimensional! Las cornisas inexplicables del templo me aterrorizaban, y supe que aquel lugar no había sido jamás contemplado ni en los más locos sueños de los hombres. De nuevo aquel inmenso portalón bostezó delante de mí; y yo era atraído hacia las tinieblas del interior. Era como si mirase el espacio ilimitado. Vi el abismo, algo que no puedo describir en palabras; un pozo negro, sin fondo, lleno de seres innominables y sin forma, cosas delirantes, salvajes, tan sutiles como la bruma de Shamballah. Mi alma se encogió. Tenía un pánico devastador. Grité salvajemente, creyendo que pronto me volvería loco. Corrí, dentro del sueño corrí preso de un miedo salvaje, aunque no sabía hacia dónde iba... Salí de aquel horrible templo y de aquel abismo infernal, aunque sabía, de alguna manera, que volvería...

Por fin pude abrir los ojos. Ya no estaba bajo el árbol. Yacía, con las ropas desordenadas y sucias, en una ladera rocosa. Me sangraban las manos. Me erguí, mirando a mi alrededor. Reconocí donde me hallaba; ¡era el mismo sitio desde donde había contemplado por primera vez toda aquella requemada región! ¡Había estado caminando varias millas inconsciente! No vi aquel árbol, lo cual me alegró... incluso las perneras del pantalón estaban vueltas, como si hubiese estado arrastrando parte del camino... Observé la posición del sol. ¡Atardecía! ¿Dónde había estado? Miré la hora en el reloj. Se había parado a las 10:34...

El árbol

Howard Phillips Lovecraft

The tree, © 1921 (*The Tryout*, Octubre de 1921)

Fata viam invenient

En una ladera verde del monte Maenalus, en Arcadia, hay un olivar que rodea una villa en ruinas. Muy cerca existe una tumba, en otro tiempo tan hermosa como la casa. En un extremo de ese sepulcro, de modo que sus curiosas raíces desplazan los manchados bloques de mármol pentélico, crece un olivo asombrosamente grande y de formas repugnantes; y se asemeja tan grotescamente a una figura humana, o al cadáver contorsionado de un hombre, que los campesinos temen pasar por allí de noche, cuando la Luna ilumina débilmente sus ramas retorcidas. El monte Maenalus fue paraje predilecto del terrible Pan, que cuenta con muchos compañeros extraños; y los pastores sencillos creen que el árbol tiene alguna horrenda relación con los misteriosos panisci; pero un viejo colmenero que vive en una choza vecina me contó una historia muy distinta.

Hace muchos años, cuando la villa de la ladera era nueva y esplendorosa, vivían en ella dos escultores, Kalós y Musides. Sus obras eran alabadas desde Lydia a Neápolis, y nadie se atrevía a decir que el uno aventajase al otro en habilidad. El Hermes de Kalós se alzaba en un santuario de Corinto y la Pallas de Musides coronaba una columna de Atenas próxima al Partenón. Todos los hombres rendían homenaje a Kalós y a Musides, y se maravillaban de que no hubiese ni una sombra de celos artísticos que enfriara el calor de su fraterna amistad.

Pero aunque Kalós y Musides vivían en imperturbable armonía, sus naturalezas no eran iguales. Mientras Musides disfrutaba por la noche entregándose a las diversiones urbanas de Tegea, Kalós prefería quedarse en casa; entonces salía furtivamente, a escondidas de sus esclavos, y acudía al frío retiro del olivar. Allí meditaba las visiones que llenaban su mente, y allí concebía las hermosas formas que luego immortalizaba trasladándolas al mármol. Los ociosos decían que Kalós conversaba con los espíritus del olivar, y que sus estatuas no eran sino imágenes de los faunos y las dríadas que él veía allí... ya que nunca copiaba sus obras de ningún modelo vivo.

Tan famosos eran Kalós y Musides, que a nadie extrañó que el tirano de Siracusa les enviara emisarios para hablar de la costosa estatua de Tyché que había proyectado erigir en su ciudad. De enorme tamaño e ingenio debía ser esta obra, pues quería que fuese una maravilla para las naciones y una meta para los viajeros. Aquél cuya obra resultara elegida sería exaltado más allá de cuanto cabe imaginar; honor para el que Kalós y Musides fueron invitados a competir. Su amor fraternal era bien conocido, y el astuto tirano supuso que cada uno, en vez de ocultar su obra al otro, le ofrecería ayuda y consejo, que este entendimiento

produciría dos imágenes de inusitada belleza, y que aquella que destacase eclipsaría incluso los sueños de los poetas.

Con alegría aceptaron los escultores la oferta del tirano, y durante los días siguientes sus esclavos oyeron el incesante golpear de los cinceles. Kalós y Musides no se ocultaban sus obras; pero sólo ellos las veían. Salvo los suyos, ningún par de ojos contemplaba las dos divinas figuras que los hábiles golpes liberaban de los toscos bloques que las habían tenido aprisionadas desde los orígenes del mundo.

Por las noches, como siempre, Musides acudía a divertirse a los salones de Tegea, mientras Kalós vagaba a solas por el olivar. Pero a medida que transcurría el tiempo, los hombres observaban que le faltaba alegría al en otro tiempo chispeante Musides. Era extraño, se decían, que la depresión se hubiese apoderado de quien tantas probabilidades tenía de ganar la más alta recompensa del arte. Transcurrieron muchos meses; sin embargo, el rostro afligido de Musides no reflejaba otra cosa que la tensa expectación que la empresa despertaba.

Luego, un día, Musides habló de la enfermedad de Kalós, y ya nadie se maravilló de su tristeza, porque todos sabían lo hondo y sagrado que era el afecto de los dos escultores. Así que muchos fueron a visitar a Kalós, y pudieron comprender la palidez de su rostro; pero también vieron en él una feliz serenidad que hacía su mirada más mágica que la mirada de Musides, el cual, devorado por esta ansiedad, apartaba a todos los esclavos en sus ansias por alimentar y cuidar al amigo con sus manos. Ocultas detrás de pesadas cortinas, aguardaban las figuras inacabadas de Tyché, a las que apenas se acercaban ya el enfermo y el fiel compañero que le asistía.

Y Kalós a pesar de que estaba inexplicablemente cada vez más débil, a pesar de los auxilios de los sorprendidos médicos y los cuidados de su amigo, pedía a menudo que le llevaran al olivar que él tanto armaba. Allí rogaba que le dejaran, como si deseara hablar a solas con los seres invisibles. Musides siempre complacía sus deseos, aunque sus ojos se llenaban visiblemente de lágrimas, viendo que Kalós hacía más caso de los faunos y de las dríadas que de él. Por último, se acercó el final, y Kalós empezó a hablar de cosas del más allá. Musides, llorando, le prometió un sepulcro más hermoso que la tumba del propio Mausolo; pero Kalós le rogó que no le hablase más de glorias de mármol. Sólo un deseo obsesionaba ahora el pensamiento del moribundo: que enterrasen junto a su sepulcro, cerca de su cabeza, unas ramitas de olivo del olivar. Y una noche, estando a solas en la obscuridad del olivar, murió Kalós.

El sepulcro de mármol que el afligido Musides esculpió para su amigo del alma fue inefablemente hermoso. Nadie más que el propio Kalós habría podido emular sus bellos bajorrelieves, donde se revelaban todos los esplendores del Eliseo. Pero no olvidó Musides enterrar junto a la cabeza de Kalós las ramas de olivo que su amigo le había pedido.

Cuando el vivo dolor dio paso a la resignación, Musides volvió a trabajar con diligencia en su figura de Tyché. Todo el honor sería ahora para él, ya que el tirano de Siracusa no quería la obra más que de él o de Kalós. Su trabajo le permitía ahora dar libre curso a su emoción, y trabajaba con más constancia cada día, y eludía las diversiones a las que antes se entregaba. Entretanto, pasaba las

noches junto a la tumba de su amigo, cerca de cuya cabeza había brotado un joven olivo. Tan rápido era el crecimiento de este árbol, y tan extraña su forma, que quienes lo contemplaban prorrumpían en exclamaciones de sorpresa. En cuanto a Musides, parecía producirle a la vez fascinación y temor.

Tres años después de la muerte de Kalós, Musides envió un emisario al tirano, y en el ágora de Tegea se corrió la voz de que la enorme estatua estaba terminada. A la sazón, el árbol que había crecido junto a la tumba había adquirido unas proporciones asombrosas, superiores a todos los árboles de su especie, y extendía una rama corpulenta por encima del recinto donde Musides trabajaba. Como eran muchos los visitantes que acudían a contemplar el árbol prodigioso, así como a admirar el arte del escultor, Musides casi nunca estaba solo. Pero no le importaba esta multitud de invitados; al contrario, parecía más temeroso de quedarse solo, ahora que su absorbente obra estaba terminada. El viento desolado de la montaña, suspirando entre el olivar y el árbol de la tumba, producía, de manera extraña, sonidos vagamente articulados.

El cielo estaba oscuro la tarde en que los emisarios del tirano llegaron a Tegea. Se sabía que venían a llevarse la gran imagen de Tyché, y a traer eterna gloria a Musides, por la cual los próxenos les dispensaron una cálida acogida. Por la noche, se desató una tormenta de viento en la cumbre del Maenalus, y los hombres de la lejana Siracusa se alegraron de poder descansar a cubierto en la ciudad. Hablaron de su ilustre tirano y del esplendor de su capital, y se alegraron por la belleza de la estatua que Musides había esculpido para él. Entonces los de Tegea les contaron lo grande que era la bondad de Musides y su profunda aflicción por su amigo; y cómo ni siquiera los inminentes laureles del arte podían consolarle de la ausencia de Kalós, quien quizá los habría ceñido en su lugar. Y también les hablaron del árbol que crecía junto a la cabeza de Kalós. Pero el viento aullaba horriblemente, y los de Siracusa y los arcadios elevaron sus plegarias a Eolo.

Cuando el Sol salió por la mañana, los próxenos condujeron a los emisarios del tirano, ladera arriba, a la morada del escultor; sin embargo, el viento de la noche había hecho cosas muy extrañas. Los gritos de los esclavos se elevaban en medio de un escenario de desolación; y en el olivar no se alzaban ya las espléndidas columnatas de la inmensa residencia donde había soñado y trabajado Musides. Aisladas y rotas, sólo quedaban las viviendas humildes y los muros inferiores, pues sobre el suntuoso peristilo se había derrumbado la pesada rama del árbol extraño, reduciendo el majestuoso poema de mármol a un montón de ruinas deplorables. Los extranjeros y los tegeos se quedaron horrorizados, y se volvieron hacia el árbol siniestro y gigantesco, cuya silueta parecía misteriosamente humana, y cuyas raíces se hundían en el esculpido sepulcro de Kalós. Y el miedo y el espanto de todos aumentó cuando registraron el recinto derruido y no encontraron rastro alguno del bondadoso Musides y la maravillosamente modelada imagen de Tyché. En las tremendas ruinas sólo reinaba el caos, y los representantes de ambas ciudades se vieron decepcionados: los emisarios, por haberse quedado sin la estatua; los habitantes de Tegea, por haberse quedado también sin artista al que coronar. No obstante, los de Siracusa consiguieron, poco después, una espléndida estatua de Atenea, y los tegeos se consolaron erigiendo en el ágora un templo de mármol conmemorando el talento, las virtudes y la piedad fraterna de Musides.

49 cuentos Fantásticos

Pero aún sigue allí el olivar, así como el árbol que crece en la tumba de Kalós; el viejo colmenero me ha contado que a veces sus ramas susurran, cuando sopla el viento por la noche, y repiten una y otra vez: "¡Oidá! ¡Oidá!... ¡Yo sé! ¡Yo sé".

Próxima Centauri

Próxima Centauri, © 1935 (*Astounding Stories*, Marzo de 1935). Traducción de Horacio González Trejo en *La edad de oro de la ciencia ficción*, tomo 2, recopilada por Isaac Asimov, Ediciones Martínez Roca S.A., 1976.

Lo que recordaba más claramente de Próxima Centauri, al correr de los años, era el indefinible horror que sentí ante la idea de una raza de plantas inteligentes y ávidas de alimento animal. El volver del revés una situación aceptada, algo tan trivial que resulta prácticamente olvidado, es un efecto que casi nunca falla, para un cuento de ciencia-ficción. Naturalmente, los animales se alimentan de plantas y, naturalmente, los animales son rápidos y más o menos inteligentes, mientras que las plantas carecen de autonomía y son totalmente pasivas (a excepción de algunas raras plantas comedoras de insectos, que pueden pasarse por alto). Pero, ¿que ocurriría si las plantas inteligentes y carnívoras se alimentaran de animales?

En los cuentos de ciencia-ficción de aquella época se prestaba cada vez más atención a la verosimilitud científica; en este cuento de Leinster, publicado en Astounding Stories de Marzo de 1935, el viaje a la estrella más cercana se describía como una expedición de varios años.

Mientras releía Próxima Centauri, recordé Universe, de Robert A. Heinlein, publicado seis años después en Astounding Stories de Mayo de 1941. Tanta era la semejanza entre ambos relatos que cuando se describe al Jack Gary de Próxima Centauri como un Mut, supuse en seguida que eso significaba ser un Mutante, como habría ocurrido en Universe, y me sorprendí al descubrir que significaba Mutineer (Amotinado). Los parecidos pueden ser una coincidencia. Quizá Heinlein nunca leyó Próxima Centauri.

Isaac Asimov

1

De cerca, el «Adastra» brillaba ya bajo la luz del sol cada vez más próximo. Los discos de visión que recorrían el casco de la gigantesca nave espacial transmitían una débil claridad a las pantallas visoras del interior. Mostraban el monstruoso y redondo globo metálico, entrecruzado por vigas demasiado macizas para ser transportadas por una energía menos poderosa que la de la propia nave espacial. El globo de mil quinientos metros de diámetro aparecía como un objeto débilmente brillante inmóvil en el espacio.

Esa apariencia era engañosa. Aunque la nave parecía monstruosa demasiado inmensa para ser movida por cualquier tipo de energía concebible, en aquel momento reaccionaba a la energía. En una docena de lugares de su costado débilmente brillante se veían unas aberturas. De esas aberturas salían tenues llamas color púrpura. Su resplandor era débil —más que el de la estrella cercana— pero eran los cohetes desintegradores que habían elevado al «Adastra» desde la

superficie de la Tierra y durante siete años lo empujaron a través del espacio interestelar hacia Próxima Centauri, la estrella fija más cercana al sistema solar de la humanidad.

Ahora ya no empujaban la nave, La poderosa máquina reducía velocidad. Diez metros por segundo perdía el globo con exactitud, para mantener dentro de su casco el efecto de la gravedad terrestre. Hacia meses que comenzó a frenar. De una velocidad máxima poco inferior a la de la luz, la primera nave que recorría la distancia entre sistemas solares iba frenando poco a poco, para alcanzar la velocidad de maniobra a unos noventa y seis millones de kilómetros de la estrella.

Lejos, muy lejos, Próxima Centauri resplandecía tentadoramente. Los discos de visión que captaban su débil resplandor sobre el casco de la nave espacial iban conectados a circuitos que transportaban la imagen al interior. En la sala de mandos principal aparecía amplificada muchas veces. Un anciano de barba blanca y uniforme observó la imagen pensativamente. Luego comentó con voz queda, como si hubiera dicho lo mismo otras veces:

—Ese anillo resulta extraño. Es doble, como el de Saturno, Saturno tiene nueve lunas. Uno se pregunta cuántos planetas tendrá esta estrella.

La muchacha dijo, nerviosa:

—Pronto lo sabremos, ¿no? Estamos a punto de llegar. Ya conocemos el período de rotación de uno. Jack dijo que...

Su padre se volvió deliberadamente hacia ella.

—¿Jack?

—Gary —respondió la muchacha—. Jack Gary.

—Parece bien dispuesto y es muy hábil, pero es un Mut, ¡No lo olvides! —dijo el anciano sin alzar la voz.

La muchacha se mordió el labio.

El anciano continuó con gran lentitud y sin acritud:

—Es lamentable que se haya producido esta división entre la tripulación de lo que debía ser una expedición científica realizada con el espíritu de una cruzada. Tú apenas puedes recordar cómo comenzó. Pero nosotros, los oficiales, sabemos demasiado bien cuántos esfuerzos hicieron los Muts por dar al traste con el propósito de nuestro viaje. Jack Gary es un Mut. A su manera, es inteligente. Yo le habría traído a los alojamientos de los oficiales, pero Alstair investigó y descubrió hechos indeseables que lo desaconsejaron.

—¡No le creo a Alstair! —dijo la muchacha en el mismo tono imparcial—. De todos modos, fue Jack quien captó las señales. ¡Y él, oficial o Mut, es quien se ocupa de ellos! De cualquier modo, es humano. Es hora de que lleguen nuevamente las señales y tú le necesitas para cuando eso ocurra.

El anciano frunció el entrecejo y se dirigió con precaución hacia un asiento. Se sentó con el cuidado habitual y bastante patético de un anciano. Naturalmente, el

«Adastra» no exigía una vigilancia tan constante como las naves interplanetarias. Allí, en el vacío, no era necesario vigilar por si aparecían otros viajeros, o meteoros, o aquellos extraños campos de fuerza todavía inexplicables que, al principio, hicieron tan peligrosos los viajes interplanetarios.

De cualquier modo, la nave era una estructura tan gigantesca que los meteoritos pequeños no podrían dañarla. Y a la velocidad a que viajaba en aquel momento, los grandes serían captados por los campos de inducción a tiempo para observarlos y, si era necesario, desviarlos.

Una puerta lateral de la sala de mandos se abrió de súbito y entró un hombre. Observó con mirada de profesional consciente los grupos de indicadores. Se oyó el disparo de un relé, y volvió la mirada hacia allí. Luego saludó al anciano con meticulosa corrección y sonrió a la muchacha.

—¡Ah, Alstair! —dijo el anciano—. ¿Tú también estás interesado en las señales?

—Sí, señor. ¡Por supuesto! Como vicecomandante prefiero vigilar las señales. Gary es un Mut y no me gustaría que obtuviera información que pudiese ocultar a los oficiales.

—¡Eso es una tontería! —exclamó la muchacha con acaloramiento.

—Probablemente —admitió Alstair—. Supongo que sí. Incluso creo que es así, pero prefiero no descuidarme.

Se oyó el sonido de un zumbador. Alstair apretó un botón y se iluminó un disco visor. En él apareció un rostro joven, moreno y bastante serio.

—Sin novedad, Gary —dijo Alstair, lacónico.

Apretó otro botón. El disco visor se oscureció y se iluminó de nuevo para mostrar un largo pasillo por el cual avanzaba una figura solitaria. Al acercarse, el mismo rostro de antes les miró con indiferencia. Alstair dijo secamente:

—Las puertas están abiertas, Gary. Puede pasar.

—¡Considero que eso es monstruoso! —exclamó la muchacha enojada mientras el disco se oscurecía—. ¡Confíais en él! ¡Tenéis que hacerlo! ¡Pero cada vez que entra en los camarotes de la oficialidad actuáis como si viniera con una bomba en cada mano y el resto de los hombres le siguiera!

Alstair se encogió de hombros y miró al anciano, que dijo con fastidio:

—Querida, Alstair es vicecomandante y será comandante del viaje de regreso a la Tierra. Me gustaría que te mostraras menos desagradable.

La muchacha volvió la espalda con intención a la enérgica figura de Alstair con su elegante uniforme, y apoyó el mentón entre las manos, pensativa, mirando a la pared opuesta. Alstair se acercó a los grupos de indicadores y los estudió con atención. El ventilador zumbaba suavemente. Un relé sonó haciendo un ruido curioso, como engrneído y satisfecho de sí mismo. No se oía nada más.

El «Aadastra», la obra más poderosa de la raza humana, avanzaba por el espacio mientras la luz de un astro desconocido resplandecía débilmente sobre su enorme casco. Doce llamas de color púrpura brillaban en los agujeros de la parte delantera. Reducía su velocidad a razón de diez metros por segundo, manteniendo el efecto de la gravedad terrestre en el interior.

La Tierra quedaba a siete años de viaje y a incontables billones de kilómetros. Los viajes interplanetarios ya eran algo común en el sistema solar, una colonia próspera en Venus y una precaria colonia mantenida en la más grande de las lunas de Júpiter prometían un lucrativo comercio espacial para cuando las ciudades muertas de Marte dejaran de dar su botín increíblemente rico. El «Aadastra» era la primera nave que exploraba el espacio más allá de Plutón.

Era la más grandiosa de las naves, la estructura más colosal construida por los hombres, Por cierto que al principio el proyecto fue tildado de irrealizable por los mismos hombres que después hicieron una realidad de su construcción. Las vigas de su armazón eran tan inmensas que, una vez soldadas, no pudieron moverse con ningún dispositivo de elevación de los que tenían a su disposición los constructores. En consecuencia, hicieron moldes y el metal fue colado en su posición definitiva como parte de la nave. Los tubos de sus motores eran tan colosales que las vibraciones supersónicas necesarias para neutralizar el efecto desintegrador del campo de Caldwell debían generarse en treinta puntos distintos de cada tubo, pues de lo contrario, la desintegración del combustible se habría extendido a los tubos y luego a la gran nave, descomponiendo incluso el planeta madre en un estallido de radiantes llamas púrpura. A la aceleración máxima, cada conjunto de doce tubos desintegraba cinco centímetros cúbicos de agua por segundo.

Sus depósitos de aire transportaban una reserva que podía sustentar a su tripulación de trescientas personas durante diez meses sin necesidad de purificarlo. Sus almacenes, sus provisiones de materias primas y acabadas eran tan abundantes que enumerarlos equivaldría a recitar números sin sentido.

En su interior incluso había doscientas hectáreas reservadas al cultivo de alimentos, donde las cosechas crecían bajo las lámparas solares. Servían de fertilizantes los desperdicios de materias orgánicas. Las plantas absorbían el anhídrido carbónico para devolverlo en parte como oxígeno y en parte como verduras ricas en hidratos de carbono.

El «Aadastra» era en sí mismo un mundo. Con una reserva suficiente de energía, podía mantener indefinidamente a su tripulación, renovar sus provisiones alimenticias, depurar su atmósfera interna sin pérdidas.

Contenía en su interior espacio suficiente para satisfacer toda necesidad humana, incluso la de soledad.

Al emprender el viaje más estupendo de la historia humana, se le había concedido la calificación legal de mundo; el comandante tenía poderes para dictar y hacer cumplir todas las leyes necesarias. Embarcada hacia un destino situado a cuatro años-luz de distancia, se calculaba que el plazo mínimo de viaje sería de catorce años. Ninguna tripulación dejaría de sufrir bajas en un viaje tan largo. Por consiguiente, en aquel viaje no se habían alistado hombres, sino familias.

Cuando el «Aadastra» despegó de la Tierra había cincuenta niños a bordo. Durante el primer año de viaje nacieron diez. La gente de la Tierra supuso que la poderosa nave no sólo podía alimentar por tiempo indefinido a su tripulación, sino que ésta, con sus necesidades cubiertas y con medios adecuados de diversión y educación, se perpetuaría a sí misma de tal modo que un viaje de mil años fuera tan factible como la primera travesía a Próxima Centauri.

Y así pudo ser, salvo por un hecho tan trivial y humano que nadie supo preverlo: el tedio. En menos de seis meses, el viaje dejó de ser una gran aventura. La vida en la gran nave pasó a ser una rutina mortal, sobre todo para las mujeres.

El «Aadastra» se asemejaba a una gigantesca casa de apartamentos sin periódicos, tiendas, películas de estreno, caras nuevas, ni siquiera el aliciente de los cambios de tiempo, tan molestos en tierra. Al estar previstas todas las circunstancias del viaje, era imposible la sorpresa. Esto equivalía al tedio.

El tedio trajo la inquietud. Y la inquietud, existiendo a bordo mujeres que habían soñado con grandes aventuras, fue un gran pandemónium. Sus maridos ya no les parecían héroes fascinantes, sino meros seres humanos. Los hombres sufrieron desilusiones semejantes. Solicitudes de divorcio inundaron el escritorio del comandante, que era la suprema autoridad legal. El octavo mes hubo un asesinato, y dentro de los tres meses siguientes otros dos.

Al año y medio de salir de la Tierra, la tripulación estaba en situación de semiamotinamiento, originado por la profunda monotonía. Al cumplirse el segundo año, los camarotes de los oficiales fueron sellados para separarlos de la parte común del «Aadastra». La tripulación fue desarmada, y los trabajos que se exigían a los amotinados eran cumplidos por la fuerza de las armas en manos de los oficiales. Después del tercer año, la tripulación exigió el regreso a la Tierra. Pero el tiempo que necesitaba el «Aadastra» para decelerar y cambiar de rumbo en aquel momento la haría llegar tan cerca de su destino, que no constituiría diferencia apreciable en la duración total de su viaje. Los miembros de la tripulación intentaron aliviar el tiempo que les faltaba con todos los vicios y pasatiempos que podían improvisar a falta de verdadera necesidad de trabajar.

En la sección de los oficiales se referían a los subordinados con una palabra que se hizo habitual, una contracción del vocablo «Mutineers». La tripulación terminó por eludir el trato con los oficiales. A pesar de lo que dijera Alstair, ya no había peligro de que se declarase una rebelión. Aunque tardíamente, habían alcanzado una especie de equilibrio psicológico.

Del nerviosismo característico de los moradores de una casa de pisos aislada, la mayor parte de la dotación del «Aadastra» pasó a adoptar el carácter de los habitantes de un pueblo aislado. La diferencia era significativa. Los niños criados durante el largo viaje a través del espacio estaban bien adaptados a las condiciones de aislamiento y rutina.

Jack Gary era uno de ellos. Contaba dieciséis años cuando emprendió la travesía y era hijo de un ingeniero de cohetes cuya muerte se produjo durante el segundo año. Helen Bradley también entraba en este grupo; tenía catorce años cuando su padre, creador y comandante del poderoso globo, accionó la palanca de mando que puso en marcha los inmensos cohetes.

Al dar comienzo el viaje, su padre ya había pasado la madurez. Era un anciano envejecido por las responsabilidades de siete años ininterrumpidos. Y sabía, lo mismo que Helen, aunque ella no se atreviese a confesárselo, que jamás sobreviviría al largo viaje de retorno. Alstair ocuparía su puesto y ejercería la autoridad absoluta inherente al cargo. Además, quería casarse con Helen,

Meditó estas cuestiones con la barbilla entre las manos, sentada en la sala de mandos. No se oía nada sino el zumbido del ventilador y de vez en cuando el disparo de algún relé poniendo en marcha las máquinas automáticas, que hacían que el «Adastra» siguiera siendo un mundo donde nunca pasaba nada.

Llamaron a la puerta. El comandante abrió los ojos, algo sobresaltado. Ya era muy viejo. Había estado dormitando.

Alstair respondió:

–¡Entre!

Jack Gary entró.

Saludó al comandante sin dirigirse a nadie más, lo cual era correcto según el reglamento, pero los ojos de Alstair relampaguearon.

–¡Ah, sí! –dijo el comandante–. Gary. Se han recibido más señales, ¿no?

–Sí, señor.

Jack Gary se mostró muy sereno, muy frío. Sólo en una ocasión, cuando miró a Helen, mostró algo diferente de la actitud formal de un hombre concentrado en su trabajo. Luego, en una fracción de segundo, sus ojos le dijeron algo a la muchacha, que asumió una expresión de ruborosa alegría.

Aunque fue una rápida ojeada, Alstair la captó y dijo ásperamente:

–¿Ha adelantado algo en el desciframiento de las señales?

Jack manejaba los mandos de un receptor de toda banda, y consultaba notas escritas a lápiz en un cuaderno de cálculos. Estaba analizando el mensaje recibido.

–No, señor. Al principio llega una serie de señales que deben constituir un distintivo de llamada, dado que parte de la misma secuencia vuelve como firma al final. Con permiso del comandante he utilizado la primera parte de la secuencia llamada como firma de nuestros mensajes de respuesta. Pero al estudiar las señales he hallado algo que parece importante.

El comandante preguntó en voz baja:

–¿De qué se trata, Gary?

–Señor, durante algunos meses hemos enviado señales mediante un haz coherente de luz que nos precedía. Su intención era enviar señales por adelantado, de modo que si había seres inteligentes en planetas que rodean este sol, tuvieran la impresión de una misión de paz.

–¡Por supuesto! –exclamó el comandante–. ¡Resultaría trágico el primer contacto a escala cósmica fuera hostil.

–Desde hace unos tres meses venimos recibiendo respuesta a señales. Siempre a intervalos de poco más de treinta horas. Naturalmente, supusimos que las enviaba una emisora fija que emitía señales una vez al día, cuando la estación se hallaba en la posición may favorable para hacerlo.

–Por supuesto –repitió el comandante–. Nos permitió conocer período de rotación del planeta de donde provienen las señales.

Jack Gary graduó la última escala y accionó la palanca. Se oyó un zumbido agudo que se extinguió rápidamente. Volvió a mirar los mandos y los controló.

–He comparado los datos teniendo en cuenta nuestro acercamiento. Como acortamos tan rápido la distancia entre nosotros y la estrella, nuestras señales hoy tardan en llegar a Próxima Centauri varios segundos menos que ayer. Las señales de ellos deberían experimentar el mismo acortamiento de ritmo, si realmente emitieran todos los días a la misma hora planetaria.

El comandante asintió con indulgencia.

–Al principio fue así –prosiguió Jack–. Pero hace unas tres semanas la frecuencia cambió a otra totalmente distinta. La fuerza de la señal cambió y también la forma de la onda, como si hubiera intervenido otra emisora. El primer día del cambio, las señales llegaron un segundo antes de lo que correspondía a nuestra velocidad aproximación. El segundo día llegaron tres segundos antes, el tercero seis y el cuarto diez y así sucesivamente. Llegaban cada vez más antelación, en progresión lineal hasta hace una semana. Luego la velocidad de cambio comenzó a disminuir de nuevo.

–¡Tonterías! –exclamó Alstair con impaciencia.

–Está en los archivos –le respondió Jack concisamente.

–¿Cómo explica este hecho, Gary? –preguntó el comandante.

–Ahora transmiten desde una nave espacial que avanza hacia nosotros con una aceleración cuatro veces mayor que nuestra aceleración máxima –respondió Jack–. Y, según sus relojes, nos envían esta señal a intervalos iguales, como antes.

Hubo un silencio. Helen Bradley sonrió, distraída. El comandante pensó con detenimiento y luego observó:

–¡Muy bien, Gary! Parece posible. ¿Qué más?

–Bien, señor –dijo Jack–. Puesto que el ritmo de las señales cambió hace una semana, se diría que la otra nave espacial ha empezado a reducir velocidad. Aquí tiene mis cálculos, señor. Si las señales son transmitidas a intervalos constantes, existe otra nave espacial dirigida hacia nosotros, que está disminuyendo la

velocidad para detenerse y alcanzar nuestra posición y velocidad dentro de cuatro días y dieciocho horas Suponen que nos cogerán por sorpresa.

El rostro del comandante se iluminó.

–¡Maravilloso, Gary! ¡Sin duda debe ser una civilización muy desarrollada! ¡La comunicación entre dos pueblos, separados por una distancia de cuatro años-luz! ¡Cuántas cosas maravillosas aprenderemos! ¡Y pensar que han enviado una nave muy lejos de su sistema para saludarnos y darnos la bienvenida!

La expresión de Jack seguía siendo grave.

–Espero que sea así, señor –comentó, lacónico.

–¿Qué pasa ahora, Gary? –inquirió Alstair con enojo.

–Bueno –empezó Jack muy despacio– fingen que las señales provienen de su planeta, emitiéndolas en lo que suponen ser intervalos constantes. Si quisieran, podrían transmitir veinticuatro horas al día y elaborar un código de comunicaciones. Pero, en cambio, intentan engañarnos. Sospecho que se acercan dispuestos a luchar, como mínimo. Y si no me equivoco, las señales comenzarán exactamente dentro de tres segundos.

Calló y observó el receptor. La cinta que fotografiaba las ondas a medida que entraban, y la otra que registraba las modulaciones, salieron en blanco del receptor. De súbito, tres segundos después, una aguja osciló y sobre las cintas aparecieron minúsculas gráficas blancas. El altavoz emitió ruidos.

Era una voz; esto al menos quedaba claro. Era áspera y al mismo tiempo sibilante, muy parecida al chirrido de un insecto Pero los sonidos que emitía estaban modelados de un modo que no se podría atribuir a un insecto. Evidentemente formaban palabras, sin vocales ni consonantes, pero que poseían inflexión y variaban de volumen y tono.

Los tres hombres y la muchacha que estaban en la sala de mandos la habían oído otras veces. Pero ahora advertían en ella una impresión de peligro, de amenaza, de insidioso afán de destrucción, que les heló la sangre.

2

La nave espacial avanzó a través del espacio mientras sus cohetes emitían diminutas llamas púrpura, insignificantes en apariencia, que no despedían humo ni gases, como fuegos fatuos que ardiesen en el vacío de manera inexplicable.

Su aspecto exterior no había cambiado, ni cambiaría al correr de los años. A intervalos largos y pocos frecuentes, los hombres salían a través de las cámaras estancas y recorrían los costados, bañando el acero sobre el cual caminaban y sus propios cuerpos con poderosas antorchas térmicas, para evitar que el frío del revestimiento se transmitiera a través de los trajes y los matara como hormigas sobre una plancha candente. Pero hacía mucho tiempo que no se necesitaba ninguna reparación.

En aquel momento, bajo el lejano y débil resplandor de Próxima Centauri, un hombre protegido por un traje espacial salió de una cámara y fue instantáneamente disparado hasta el extremo de un filiforme cable salvavidas. La deceleración de la nave no sólo simula gravedad en su interior. Todo lo que participaba de su movimiento quedaba sometido al mismo efecto. El hombre se alejaba de la nave por su propio impulso, o sea por la misma fuerza que en el interior había mantenido sus pies pegados al suelo.

Regresó con dificultad, moviéndose con exagerada torpeza bajo la presión del traje. Se aferró a un saliente donde se enganchó, mientras manejaba un taladro eléctrico. Con la misma torpeza, cambió de posición y volvió a taladrar. La maniobra se repitió por tercera, quinta vez. Durante cerca de media hora trabajó colocando sobre la extensa pared de acero, que siempre parecía hallarse por encima de él, un complicado armazón de cables y tirantes. Al fin pareció darse por satisfecho, regresó a la compuerta y entró. El «Adastra» siguió avanzando exactamente igual, sólo que ahora llevaba aquel minúsculo amasijo de cables, de unos nueve metros de diámetro, que parecía una maraña microscópica de alambre de púas.

Ya dentro del «Adastra», Helen Bradley saludó con entusiasmo a Jack mientras se quitaba el traje especial.

—¡Qué miedo he pasado! —le dijo—. ¡Era espantoso verte colgado allí! ¡Y pensar que tenías a tu espalda millones de kilómetros de espacio vacío!

—Si la cuerda se hubiera roto —murmuró Jack con serenidad—, tu padre habría desviado la nave para recogerme. Encendamos el inductor y veamos cómo funciona la nueva parrilla de recepción.

Colgó el traje espacial. Mientras se disponían a atravesar el umbral, sus manos se rozaron por casualidad. Se miraron y titubearon, deteniéndose. Los ojos de Helen brillaban. Se enlazaron sin darse cuenta de lo que hacían. Las manos de Jack subieron, hambrientas.

Resonaron unos pasos cerca de allí. Alstair, vicecomandante de la nave espacial, apareció por un recodo y se detuvo en seco.

—¿Qué significa esto, Gary? —preguntó con rabia—. ¡Aunque el comandante le permita entrar en la sección de los oficiales, ello no le autoriza a traer también sus métodos de seductor Mut!

—¡Atrevido! —gritó Helen, furiosa.

Jack, que había enrojecido, se puso rápidamente lívido de ira.

—Tendrá que disculparse por esas palabras —dijo con gran serenidad— o le enseñaré los métodos Mut de lucha con un arma de fuerza. ¡Como oficial, ahora llevo una!

Alstair lo miró, iracundo.

—Tu padre se encuentra mal —se volvió a Helen—. Comprende que el viaje está a punto de terminar. Durante los últimos meses, la esperanza le daba fuerzas, pero ahora está...

La muchacha lanzó un grito y salió corriendo.

Alstair se dirigió de nuevo a Jack:

–No me disculparé –ladró–. Usted es oficial por orden del comandante. Pero además es Mut y, tan pronto como yo sea comandante del «Aadastra», perderá la categoría. ¡Se lo advierto! ¿Qué hacía aquí?

Jack estaba mortalmente pálido, pero el cargo de oficial del «Aadastra», con la posibilidad de ver a Helen, era demasiado precioso para dimitir, salvo en caso extremo. Además, tenía que hacer. Por cierto que su trabajo no podría continuar si le quitaban el grado de oficial.

–He instalado una parrilla de interferencia en la parte exterior del casco –respondió–, para localizar la estación emisora de los mensajes que hemos recibido. Como usted sabe, también actuará como inductor hasta cierta distancia, y a esa distancia será mucho más exacto que los inductores principales de la nave.

–Entonces, ¡dedíquese a su maldito trabajo, conságrele toda su atención, y menos romances! –exclamó Alstair, punzante.

Jack conectó la toma de la nueva parrilla al receptor de toda banda. Trabajó durante una hora, cada vez más desanimado. Algo andaba muy mal. Los inductores no mostraban nada alrededor del «Aadastra». La parrilla de interferencia revelaba un objeto de considerable tamaño a menos de tres millones de kilómetros de distancia y a un lado del rumbo del «Aadastra». De improviso, todas las indicaciones de la existencia de dicho objeto desaparecieron. Los diales del receptor de toda banda regresaron a cero.

–¡Maldita sea! –murmuró Jack en voz baja.

Sintonizó una nueva banda de recepción, hizo algunos cálculos y luego cambió la frecuencia del grupo de repuesto de los inductores principales, poniendo simultáneamente ambos instrumentos a sus nuevas frecuencias. Aguardó, casi conteniendo la respiración, durante cerca de medio minuto. Tal era el tiempo que tardarían las ondas del inductor de la nueva frecuencia en recorrer los tres millones de kilómetros, ser recogidas luego por los analizadores y denunciar la presencia en el espacio de cualquier objeto que hubiera tendido a deformarla.

Veintiséis, veintisiete, veintiocho segundos. ¡Todas las sirenas de la nave monstruosa resonaron con furia! Las puertas de emergencia aullaron hasta cerrarse con pesado retumbo, convirtiendo los pasillos en compartimentos estancos. Unos segundos después, los visores de la sala de mando principal empezaron a encenderse.

–¡Mando de los cohetes, todo en orden!

–¡Servicio de aire, todo en orden!

–¡Provisión de energía, todo en orden!

Jack señaló con énfasis:

–Los inductores principales detectan un objeto situado a tres millones de kilómetros de distancia, y que avanza velozmente hacia nosotros. El comandante está enfermo. Por favor, localicen al vicecomandante Alstair.

La puerta de la sala de mandos se abrió entonces y entró Alstair hecho una furia.

–¡Demonios! –bramó–. ¿Ha hecho sonar una alarma general? ¿Está loco? Los inductores...

Jack le indicó el inductor principal. Todas las escalas mostraban la posición de alarma, que aún sonaba. Alstair los observó, mudo de sorpresa. Mientras miraba, los indicadores retornaron al cero.

Parecían señalar la nulidad de Alstair.

–Descubrieron las pantallas de nuestro inductor y emitieron algún tipo de radiación que las neutralizó. Por eso preparé dos frecuencias distintas, emití una señal instantánea, y no pudieron neutralizarla a tiempo para evitar que sonase nuestra alarma.

Alstair se quedó inmóvil, luchando con la ira que aún le embargaba; luego asintió brevemente.

–Ha trabajado bien. No abandone el puesto.

Entonces, sereno y compuesto, se hizo cargo de la poderosa nave especial, aunque no le quedaba gran cosa por hacer. De hecho, en aquellos cinco minutos habían tenido lugar todos los preparativos de emergencia. Alstair se dirigió de nuevo a Jack.

–Usted no me gusta –comentó fríamente–. De hombre a hombre, me desagrada profundamente. Pero como vicecomandante y comandante suplente debo admitir que hizo un buen trabajo al descubrir el truquito que tenían nuestros amigos para colocarse a distancia de lucha sin que nos diéramos cuenta.

Jack guardó silencio. Tenía el ceño fruncido, pero esto se debía a que pensaba en Helen. El «Adastra» era inmenso y poderoso, pero no resultaba fácil de maniobrar. Era robusto, aunque no servía para atacar. Y poseía una capacidad de destrucción casi infinita con los Campos de Caldwell para la desintegración de la materia, aunque no transportaba armas más peligrosas que un cañón de dos mil kilovatios para destruir animales o plantas peligrosas donde pudiera aterrizar.

–¿Cuál es su opinión? –inquirió Alstair con aspereza–. ¿Qué piensa de la situación?

–Actúan como si vinieran en plan hostil –respondió Jack concisamente –y como alcanzan cuatro veces nuestra aceleración máxima, no podremos huir. A esta velocidad deben ser más maniobrables, conque no cabe pensar en esquivarlos. No sabemos qué armas llevan, pero no podremos luchar a menos que sean muy rudimentarias. Sólo vislumbro una posibilidad.

–¿De qué se trata?

–Trataron de engañarnos. Eso indicaría que pensaban abrir fuego sin previo aviso. Pero también es posible que estén asustados y que sólo desearan examinarnos sin darnos oportunidad de atacarlos. En este caso, nuestra única posibilidad consiste en enviar nuestro haz de señales a esa nave espacial. Cuando comprendan que hemos advertido su presencia y seguimos sin mostrarnos hostiles, no adivinarán que no podemos luchar. Pueden pensar que queremos ser amigos y que les conviene no atacar una nave tan grande como la nuestra, que además se halla en guardia.

–Muy bien. Queda a cargo de la comunicación –concluyó Alstair–. Continúe y lleve a cabo ese plan, Hablaré con los ingenieros de los cohetes y veremos si pueden improvisar medios de combate. ¡Puede retirarse!

Hablaba en tono áspero, arrogante, que alteraba los nervios de Jack y le hacía montar en cólera. Pero, a decir verdad, Alstair no permitía que la antipatía interfiriese en la defensa de la nave. En realidad, Alstair era uno de esos oficiales ambiciosos que siempre y en todo momento desagradan cordialmente a todos, hasta que surge una emergencia. Sólo entonces muestran su capacidad.

Jack se dirigió a la sala de mandos y comunicaciones. No tardó mucho en volver a alinear el haz transmisor. Luego la emisora repitió monótonamente el último mensaje enviado desde el «Aadastra» al planeta lejano y hasta el momento no identificado, Mientras emitía una y otra vez la señal, Jack avisó al puesto de observación para que estudiaran la nave desconocida.

Habían colocado una antena direccional. Con la máxima potencia y amplificación, a tal punto que la imagen se volvía tan áspera como un fotograbado de periódico antiguo, la nave desconocida apareció en el visor como una miniatura de quince centímetros.

Tenía forma de huevo, completamente lisa. No tenía soportes externos, aletas de navegación atmosférica ni compuertas de salida. Carecía de detalles apreciables, a no ser una hilera de puntos minúsculos que podían ser escotillas o toberas de cohetes donde parpadeaban llamas intermitentes. Aún reducían su velocidad para situarse al lado del «Aadastra».

–¿Tiene un análisis espectroscópico de esa nave? –preguntó Jack.

–Sí –respondió el asistente de observaciones–. Pero debe estar equivocado. Emplean cohetes de combustible... algún compuesto orgánico. El análisis dice que el casco no es de metal sino de celulosa. Como si fuese de madera.

Jack se encogió de hombros. No había indicios de armas. Regresó a su tarea. La nave espacial lejana era penetrada de cabo a rabo por las ondas con el mensaje. Los receptores de la misma no podían dejar de informar que un haz coherente de luz seguía todos sus movimientos y que, por tanto, su presencia y su misión habían sido advertidas por la poderosa nave del espacio.

Pero los receptores de Jack no respondían. Y la cinta salía sin señales. No... con una línea extraña, confusa y borrosa, como si los analizadores no supieran descifrar la frecuencia de emisión. Jack leyó el efecto calorífero. La otra nave

transmitía con intensidad de campo que equivalía a cinco mil kilovatios concentrados sobre el «Aadastra». Ninguna señal. Obstinado, Jack volvió heterodina la onda en un circuito de cinco metros, y leyó su frecuencia y forma. Llamó a la sala principal de mando.

–Nos están enviando ondas cortas –comunicó a Alstair–. Unos cinco mil kilovatios en ondas de treinta centímetros, como las que empleamos en la Tierra para matar los gusanos del trigo. Son mortales, pero nuestro casco las absorbe fácilmente.

Helen. Imposible detener el «Aadastra». Se dirigían a Próxima Centauri. Aunque estaban perdiendo velocidad, no podían detenerse demasiado lejos de aquel sistema, y ya habían sido atacados por una nave cuya aceleración era cuatro veces la máxima del «Aadastra». Radiaban sobre ellos una frecuencia mortal... que en la Tierra se empleaba para matar insectos dañinos. Helen estaba...

–¡Tal vez creerán que estamos muertos! Averiguarán el mecanismo de nuestro transmisor.

En el altavoz de comunicaciones generales resonó de súbito la voz de Alstair.

–¡Atención todos los oficiales! ¡La nave espacial enemiga nos ha dirigido lo que, evidentemente, considera una frecuencia mortal y ahora se acerca a toda velocidad. Ordeno que ninguno de los mandos sea tocado para nada. No debe mostrarse la menor actividad inteligente en el «Aadastra». Permaneced junto a los mandos de navegación dispuestos a maniobrar si es necesario. ¡Trataremos de fingir que el «Aadastra» es un vehículo totalmente automático! ¿Comprendido?

Jack imaginaba los informes de las otras salas de control. Su receptor volvió de improviso a la vida. Los sonidos casi chirriantes de la señal enemiga, tan conocidos que parecían palabras. Luego una extraordinaria confusión de ruidos: palabras de una voz humana. Más sonidos chirriantes, Retazos de un inglés perfecto. Las palabras inglesas tenían el tono y el acento de un oficial del «Aadastra», evidentemente, repetían fragmentos de una grabación.

–¡Comunicaciones! –gritó Alstair–. ¡No responda a esa señal!

–¡Están intentando averiguar si hemos sobrevivido a la acción de los rayos!

–Conforme –respondió Jack.

Alstair tenía razón. Jack miró y escuchó lo que salía del receptor.

–Éste se detuvo, quedando en silencio durante diez minutos. Comenzó de nuevo. El «Aadastra» seguía avanzando. La cháchara del espacio cesó del todo. Poco después volvió a sonar el teléfono de la sala de comunicaciones generales:

–La nave espacial enemiga ha aumentado su aceleración convencida, evidentemente, de que estamos muertos. Llegará dentro de unas cuatro horas. Se montarán las guardias normales durante las próximas tres horas, salvo alarma.

Jack se arrellanó en la silla y frunció el ceño. Empezaba a comprender las tácticas que Alstair había planeado. Eran malas, pero una nave indefensa como el «Aadastra» no tenía otra opción. Resultaba irónico que la bienvenida al «Aadastra»

después de un viaje de siete años por el espacio fuera una dosis de la radiación empleada en la tierra para exterminar gusanos.

Pero la futilidad del primer ataque no implicaba que todos fuesen a resultar igualmente inútiles. El «Adastra» no podía detenerse antes de muchos millones de kilómetros. Aunque el plan desesperado de Alstair eludiese a aquel agresor desconocido y a sus armas, ello no significaba, no podía significar, que el «Adastra» ni sus habitantes tuviesen posibilidad alguna de defenderse. Y allí estaba Helen...

3

Ahora los visores mostraban con claridad la nave espacial desconocida, sin necesidad de ampliación. Estaba detenida a ocho kilómetros del «Adastra». De forma oval perfecta, sin detalles relevantes salvo los cohetes de popa, flotaba inmóvil con relación a la nave terrestre. Ello significaba que sus navegantes habían analizado con anterioridad su deceleración para equiparar con precisión todas las constantes de su rumbo.

Helen con el rostro surcado de lágrimas, vio cómo Jack daba ampliación a los visores. Su padre había sufrido un súbito colapso. Ahora descansaba tranquilo, dormitando casi continuamente, y su rostro mostraba una expresión de completa beatitud.

Había mandado el «Adastra» hasta ponerlo en contacto con la civilización de otro sistema solar. La misión a la que había consagrado su vida estaba cumplida, por lo que se disponía a descansar. Naturalmente, ignoraba que el primer contacto verdadero con la nave espacial desconocida había sido un estallido de ondas cortas en una frecuencia mortal.

La nave espacial aumentó en el visor a medida que Jack hacía girar el mando, hasta quedar a una distancia aparente de pocos metros. El contraste era tal que incluso la luz de las estrellas sobre el casco habría sido suficiente para revelar cualquier detalle de su superficie. Pero no se veía prácticamente nada. Ni remaches, ni tornillos, ni soldaduras de unión de las planchas. La hilera de escotillas estaba oscura y apagada.

—¡Y es de madera! —exclamó Jack —¡Hecho de alguna especie de celulosa que soporta el frío del espacio!.

Helen dijo estas extrañas palabras:

—A mí me parece que ha crecido, en vez de ser construido.

Jack parpadeó. Fue a decir algo, pero el receptor que tenía a su lado estalló súbitamente en chirridos y alaridos. Eran señales de la nave oval, luego palabras en inglés, de grabaciones anteriores del «Adastra». Más frases moduladas, sin vocales. Era como si los seres de la otra nave espacial intentasen comunicarse con urgencia e insistieran en que tenían la clave de las señales del «Adastra». La tentación de responder era grande.

—De cualquier modo, tienen inteligencia —señaló Jack, sombrío.

Las señales cesaron. Silencio. Jack observó la cinta. Mostraba la misma algarabía que antes.

—Más ondas cortas. A esta distancia, no sólo nos matarían sino que esterilizarían el interior de toda la nave Suerte que nuestro casco es una aleación pesada con fuerte histéresis. Ni una sola partícula de esa radiación puede atravesarla.

Silencio durante largo, largo rato. La cinta indicaba que una terrible intensidad de ondas de treinta centímetros seguía cayendo sobre el «Adastra». De súbito, Jack conectó con el oficial de observaciones e hizo una pregunta. Sí, el casco exterior se estaba calentando. Había subido medio grado en quince minutos.

—No hay que preocuparse por ello —gruñó Jack—. Con esta energía, sólo podrán calentarnos un máximo de quince grados.

La cinta salía en blanco. La radiación supuestamente letal había cesado. La nave en forma de huevo se acercó. Luego, por espacio de unos veinte minutos, Jack tuvo que pasar de un visor a otro para verla. Se cernía alrededor del enorme casco del «Adastra» con cautelosa curiosidad. Ora a ochocientos metros, ora a no más de doscientos, la nave desconocida saltaba de aquí a allí con una aceleración sorprendente y una capacidad de frenado no menos asombrosa. Sólo presentaba las toberas en el extremo de popa de su forma de huevo. Cada cambio de rumbo debía infligir tremendas sacudidas a la estructura, y los giroscopios que equipaba debían ser terriblemente poderosos. La rapidez de sus maniobras resultaba sorprendente.

—¡No me gustaría estar dentro de esa cosa! —comentó Jack—. Con esos métodos de navegación, quedaríamos hechos papilla. No son hombres como nosotros. Pueden soportar más que nosotros.

La nave desconocida parecía sensible, viva. Y la impaciencia de sus movimientos era aún más horrible, mientras revoloteaba sobre la gigantesca nave espacial, a la que suponían un monstruoso féretro.

Giró de repente y se lanzó hacia el «Adastra». Doscientos metros, cien metros, treinta metros, hasta posarse con suavidad sobre el casco de la nave terrestre.

—Ahora los veremos —dijo Jack, nervioso—. Han aterrizado sobre una escotilla. Evidentemente saben para qué sirven. Los veremos con sus trajes espaciales.

Helen ahogó una exclamación. Parte del costado de la extraña nave pareció hincharse súbitamente, deformándose como una pompa de jabón. Tocó la superficie del «Adastra» y pareció adherirse. El círculo de contacto aumentó.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con angustia—. ¿Está viva? ¿Pretende comerse nuestra nave?

El teléfono de comunicación general ladró bruscamente:

—¡Oficiales con armas, todos a la compuerta estanca GH41! Los centaurianos están abriendo la compuerta desde el exterior. Esperen órdenes allí! El visor de la cámara de aire funciona y les tendremos al corriente. ¡En marcha!

El teléfono dejó de oírse. Jack cogió un arma larga, uno de los fusiles de energía que aturden a una distancia de mil ochocientos metros y matan a seis, puestos a máxima potencia. Llevaba una pistola en la cartuchera. Se dirigió a la puerta.

—¡Jack! —gritó Helen, llena de espanto.

La besó. Era la primera vez que sus labios se tocaban, pero en aquel momento les pareció lo más natural del mundo. Recorrió los largos pasillos del «Aadastra» hasta el lugar ordenado. Mientras corría, sus pensamientos no eran en absoluto los de un científico y oficial de la primera expedición terrestre al espacio interestelar. Jack pensaba en los labios de Helen apoyados con ansiedad en los suyos, en su cuerpo suave apretado contra él.

En lo alto, un altavoz habló mientras él corría:

—Han entrado en la cámara estanca. La abrieron sin dificultad. Ahora están probando nuestra atmósfera. Por lo visto es adecuada para ellos.

El altavoz quedó atrás. Jack siguió corriendo, jadeante. Otro hombre le precedía. Había diez o doce hombres reunidos al fondo del pasillo. Un altoparlante lateral continuaba:

—... endo la puerta interior de la cámara de aire. A lo que parece, sólo cuatro o cinco de ellos van a entrar en la nave. Se les permitirá alejarse de la cámara estanca. Os mantendréis ocultos. La señal será cuando funcionen los cierres de emergencia. Emplead vuestras armas pesadas, aumentando la potencia desde el mínimo hasta que queden paralizados. Probablemente será necesaria mucha energía para dominarlos. Procurad no matarlos. ¡Preparados!

Los oficiales eran cerca de una docena, con el obeso jefe de los cohetes, el oficial de neumática y subalternos de otros departamentos. El jefe de los cohetes resopló ruidosamente mientras se ocultaba. Oyeron abrirse la compuerta interior de la cámara estanca. Hubo una larga espera, durante la cual escucharon extraños rumores en sordina. Las Cosas o lo que fuesen se habían detenido a estudiar los trajes espaciales que colgaban en la cámara. Los gritos eran claramente distintos y bien entonados. Pero de súbito se armó una gran algarabía. Varias Cosas hablaban a la vez. Había excitación, impaciencia y un extraordinario tono de triunfo en sus voces.

Luego algo se movió hacia el umbral de la antesala de la cámara. Una sombra atravesó la puerta. Fue entonces cuando los terráneos vieron a las criaturas que invadían la nave.

De momento les parecieron hombres. Tenían piernas y dos tentáculos colgantes que al parecer les servían de brazos. Eran de forma ahusada y sus extremos se dividían en filamentos móviles. Tanto los tentáculos como las piernas parecían flexibles en toda su longitud. No tenían articulaciones como las humanas para caminar. Por ello los centaurianos se movían de un modo extrañamente ondulante.

Pero lo más asombroso era que no tenían cabeza. Salieron de la cámara serpenteando. Al extremo de un «brazo» todos llevaban un extraño objeto negro cilíndrico, que esgrimían como si fuera un arma. Llevaban mochilas metálicas

ajustadas a sus cuerpos. Éstos eran extrañamente «rugosos». Había algo curiosamente familiar en su textura exterior.

Asombrado, Jack miraba buscando ojos, nariz, boca. Sólo vio dos aberturas gemelas y dedujo que eran ojos. No vio la menor señal de una boca. No tenían cabello. Pero vio una substancia rugosa y pardusca en la espalda de una de las Cosas que se volvió para llamar excitadamente a las demás. Parecía corteza de árbol. Y Jack comprendió. Estuvo a punto de escapársele un grito, pero se agachó y en silencio puso la palanca de su arma a máxima potencia.

Las Cosas avanzaron, Llegaron a una encrucijada de dos pasillos, y después de mucho gesticular de brazos y dar voces aparentemente articuladas, se separaron en dos grupos y desaparecieron. Sus voces se alejaron. Todavía no había sido dada la señal de ataque. Los oficiales que quedaron detrás, se agitaron con nerviosismo. Un altavoz susurro:

—¡Tranquilos! Creen que estamos muertos. Se separarán de nuevo. Quizá podamos cerrar las puertas de emergencia, y aislarlos para luego ocuparnos a fondo de ellos. ¡Vigilad la cámara estanca!

Silencio. El zumbido de un ventilador en algún lugar cercano. Luego, de repente, un hombre gritó atrozmente a lo lejos. Después del grito se oyó un ruido nuevo que provenía de una de las Cosas. Fue un chillido agudo, triunfante, jubiloso e inenarrablemente horrible.

Otros le respondieron. Hubo un alboroto como si las demás Cosas corrieran a reunirse con la primera. Luego se oyó un silbido de aire comprimido y zumbar de motores. Las puertas se cerraron en todas partes, aislando cada zona de la nave de todas las demás. En el silencio mortal del compartimento cerrado, los oficiales de guardia oyeron gritos interrogantes.

Otras dos Cosas salieron de la cámara estanca. Uno de los hombres se movió. La Cosa le vio y dirigió su arma cilíndrica hacia él. El hombre era el oficial de comunicaciones —chilló y dio un brinco espasmódico. Estaba muerto incluso mientras sus músculos se tensaban para aquel salto increíble.

La Cosa emitió una aguda nota triunfante, idéntica al otro ruido horrible que oyeron antes, y se dirigió hacia el cadáver. Uno de los brazos largos en forma de huso se alargó y tocó la mano del muerto.

Entonces, el arma de fuerza de Jack comenzó a zumbar. Oyó que los demás también abrían fuego. En pocos segundos el aire se llenó de un sonido parecido al de un enjambre de abejas furiosas. Otras tres Cosas salieron de la cámara de aire pero cayeron bajo la barrera de las armas de fuerza. Sólo cuando notaron una ráfaga de aire hacia la cámara, indicando que la nave enemiga se había alarmado y se alejaba, los hombres se atrevieron a interrumpir la barrera de fuego concentrada sobre el umbral. Luego corrieron a cerrar la cámara de aire, con objeto de capturar a los invasores que quedaban en el «Adastra».

Dos horas más tarde, Jack entraba en la sala principal de mandos, saludando con corrección, Su rostro estaba bastante lívido y tenía una expresión obstinada y decidida. Alstair se volvió hacia él, ceñudo.

–Le he llamado –dijo con aspereza–, porque temo que origine muchos problemas. El comandante ha muerto. ¿Lo sabía?

–Sí, señor –respondió Jack sin pestañear–. Estaba enterado.

–Por tanto, yo soy ahora el comandante del «Aadastra» –agregó Alstair, provocativo–. No ignora que tengo poder de vida y muerte en casos de conducta sediciosa; por otra parte, ningún matrimonio a bordo del «Aadastra» es legal sino mediante orden ejecutiva firmada por mí.

–Lo sé muy bien señor –respondió Jack aparentando indiferencia.

–De acuerdo –silabeó Alstair–. Le ordeno formalmente que se abstenga de conversar con la señorita Bradley. Consideraré como un amotinamiento cualquier desobediencia a esta orden. Pienso casarme con ella. ¿Qué tiene que decir a esto?

Jack respondió con determinación:

–¡No acataré esa orden, señor, porque usted no es tan estúpido como para cumplir su amenaza! ¿Acaso no ve que tenemos menos de una probabilidad entre quinientas de salvarnos? ¡Si quiere casarse con Helen, será mejor que piense antes en cómo sacarla viva de aquí!

Hubo un breve silencio hostil. Los dos hombres se observaron furiosamente, uno cercano a la madurez, el otro joven. Luego Alstair mostró sus dientes en una sonrisa que no expresaba ninguna alegría.

–De hombre a hombre, usted me desagrada en extremo –observo–. Pero como comandante del «Aadastra», me gustaría tener más como usted, En esta maldita nave hemos pasado siete años de rutina, y todos los oficiales de los cuarteles están embotados hasta resultar inútiles ahora que se produce una emergencia. Obedecerán órdenes, pero no hay nadie que sea capaz de darlas. El oficial de comunicaciones ha sido asesinado por uno de esos demonios, ¿no?

–Sí, señor.

–De acuerdo. Le nombro oficial provisional de comunicaciones. Le detesto Gary, como usted a mí, sin duda. Pero usted tiene cabeza. Úsela ahora. ¿Qué estaba haciendo?

–Adaptando una dictaescribe, señor, para obtener un vocabulario del idioma centauriano y que sirva como máquina traductora en ambos sentidos.

Alstair se sorprendió de momento, pero luego asintió. La dictaescribe simplemente descompone cualquier palabra en sus partes fonéticas y consigna el resultado en una tarjeta. Normalmente, dicha tarjeta sirve para la impresora. En lugar de un archivo de selección de tipos, la tarjeta puede contener la grabación de una palabra equivalente en otra lengua y entonces actúa como traductora parlante.

–Estas máquinas se han empleado poco en la Tierra, debido a la enorme extensión del vocabulario humano, aunque han servido hasta cierto punto para traducciones literales, tanto impresas como habladas. Jack se proponía registrar el vocabulario centauriano con equivalentes en inglés y la dictaescibe, al oír los extraños ruidos pronunciados por la criatura desconocida, seleccionaría una tarjeta que luego un altavoz enunciaría dando el sinónimo inglés.

Naturalmente, también era posible la operación inversa. Una vez conseguidas las equivalencias se podía conversar inmediatamente, sin necesidad de práctica en la comprensión o la imitación de los sonidos de otra lengua.

–¡Excelente! –comentó Alstair–. Pero tan pronto como pueda, deje a otro esa tarea. En cuanto comience, resultará bastante sencilla. Le necesito para otros trabajos. ¿Ya sabe lo que hemos averiguado acerca de los centaurianos?

–Sí, señor. Sus armas ligeras no son muy distintas de nuestras armas de fuerza, aunque parecen mucho más eficaces. Vi cómo mataban al oficial de comunicaciones.

–¿Y con respecto a esos seres?

–Ayudé a atar a uno.

–¿Qué opina? ¡Tengo el informe del médico, pero ni él mismo lo cree!

–Es lógico, señor –repuso Jack–. No se asemejan en nada a nuestra noción de vida inteligente. No tenemos ninguna palabra para definirlos. Por lo visto, en cierto sentido son vegetales. Sus cuerpos parecen compuestos de fibras celulósicas, como los nuestros lo están de fibras musculares. Pero son inteligentes, perversamente inteligentes. Lo más parecido a ellos que existe en la Tierra son ciertas plantas carnívoras como las droseras. Pero son muy superiores a ellas, lo mismo que el hombre es superior a una anémona de mar, siendo ésta un animal como el hombre. Supongo que no son plantas ni animales, señor. Sus cuerpos están formados como las plantas terrestres, pero están dotados de autonomía como los animales. Nos han sorprendido, pero puede que nosotros también a ellos. Es posible que la forma animal típica de su planeta no sea semoviente, como no lo son los vegetales corrientes en el nuestro.

Alstair observó, contrariado:

–¡Y nos consideran a nosotros, animales, como nosotros consideramos a las plantas!

Jack replicó, en tono frío:

–Sí, señor. Comen por medio de orificios que tienen en los brazos. El que mató al oficial de comunicaciones le cogió el brazo. Al parecer segregó algún líquido que digirió enseguida la carne. Señor, si me permite manifestar una opinión...

–Adelante –le interrumpió Alstair–. Los demás no saben sino balbucir o temblar de miedo.

–El jefe del grupo, señor, llevaba algo que parecía un adorno. Alrededor de un brazo tenía una banda de cuero.

–Pues, ¿qué diablos...?

–Mataron a dos hombres: al oficial de comunicaciones y a un asistente. Cuando logramos dominar al centauriano que había matado al asistente, vimos que estaba comiéndose un pedazo de éste y que el resto del cadáver había sufrido un extraño proceso de desecamiento, debido a unas sustancias químicas que la Cosa parece poseer.

Alstair tragó saliva, como si sufriese náuseas.

–Lo vi.

–Puede ser una idea absurda –continuó Jack, impasible–, pero si un hombre estuviera en el lugar de ese centauriano, atrapado en una nave espacial perteneciente a una raza extraña, viéndose condenado a muerte, prácticamente lo único que aún procuraría retener, tal como hizo el centauriano con el cadáver disecado del asistente...

–Sería el oro –concluyó Alstair–. ¡O platino o joyas con las que intentaría escapar!

–Exacto –señaló Jack–. Ahora bien, es sólo una suposición, pero estas criaturas no son humanas, ni siquiera animales. Sin embargo creo, se alimentan de animales. Aprecian los alimentos animales tanto como un ser humano pueda apreciar los diamantes. Y usan los restos animales, el cuero, como adorno. Me figuro que esas materias son bastante raras en su planeta, puesto que las valoran tanto. En consecuencia ...

Alstair se puso en pie con el rostro contraído.

–Entonces ¡nuestros cuerpos son oro para ellos! ¡Diamantes! ¡No tenemos la menor posibilidad de hacer la paz con esos demonios!

Jack dijo con indiferencia:

–No, creo que no. Si unos seres compuestos de oro metálico aterrizaran en la Tierra, creo que serían asesinados. Pero también hay otra cuestión: la Tierra. Por nuestro rumbo, esas criaturas pueden averiguar de dónde provenimos, y sus naves espaciales son muy buenas. Creo que dejaré a otro el trabajo con la dictaescibe y trataré de enviar un mensaje a la Tierra. No es posible saber si lo recibirán, pero bien debían esperar alguno de nuestra misión. Tal vez hayan perfeccionado los receptores. Pensaban hacerlo.

–Los hombres podrían enfrentarse en el espacio a las naves de estas criaturas –agregó Alstair–, si reciben aviso. Y las armas actuales serían suficientes, de lo contrario habría que utilizar los torpedos Caldwell. O un escuadrón suicida, cuyos cuerpos sirvieran de señuelo. Estamos hablando como si nosotros ya fuéramos hombres muertos, Gary.

–Creo, señor, que lo somos en efecto –afirmó Jack, y luego agregó –: Haré que Helen Bradley se encargue de la dictaescibe, y pondré un guardia para que vigile al centauriano. Estará bien atado.

Esta iniciativa suponía que la orden de Alstair de evitar a la muchacha quedaba tácitamente anulada. Incluso era un desafío. Los ojos de Alstair brillaron de ira y se dominó con dificultad.

—¡Maldito sea, Gary! ¡Retírese! —gritó salvajemente.

Se volvió hacia el visor que mostraba la nave enemiga mientras Jack salía de la sala de mandos.

La nave ovoide se hallaba a tres mil doscientos kilómetros y reducía la velocidad para detenerse. En su primer movimiento había saltado de un punto a otro como enloquecida. Fue imposible alcanzarla con un proyectil y apenas se conseguía enviarle radiación por medio de un haz coherente. En cambio ahora estaba inmóvil con respecto al «Adastra», observando, o probablemente planeando alguna nueva asechanza. Al menos eso se figuraba Alstair mientras la contemplaba sombríamente.

Los recursos del «Adastra», que parecían tan amplios al despegar de Tierra, eran lastimosamente inadecuados para hacer frente a la actitud con que habían sido recibidos: hostilidad. Podía ofrecer los tesoros de la civilización humana a la raza que gobernaba aquel sistema solar. Podía civilizar a unos salvajes. Podía ofrecer amistad y ansias de saber a una raza superior a la humanidad. Pero aquellos seres que...

La nave espacial permanecía inmóvil, Sin duda dirigía señales a su planeta originario, solicitando órdenes. Los primeros análisis llegaron a la sala principal de mandos del «Adastra», y Alstair los leyó. Sin duda alguna, los centaurianos absorbían anhídrido carbónico del aire. Este gas era a su metabolismo lo que el oxígeno para los hombres, y no podrían vivir en una atmósfera pura.

Pero su índice metabólico era muy superior al de cualquier planta de la Tierra, y comparable al de los animales terrestres. No eran plantas sino por su constitución, lo mismo que una anémona de mar no es un animal, salvo a la prueba del análisis químico.

Los centaurianos tenían un sistema nervioso altamente organizado, el equivalente de un cerebro, que les dotaba de gran inteligencia y lenguaje. Producían sonidos mediante un órgano estridulante situado en una cavidad corporal especial. Y sentían emociones.

Al serle presentados diversos objetos, el individuo capturado mostró especial interés hacia las máquinas, comprendió enseguida la utilidad de una pequeña grabadora de sonidos y emitió ante ella una serie completa y deliberada de sonidos. Palpó con impaciencia las ropas humanas, Descartó las telas cuando eran de algodón o rayón, pero mostró gran excitación al tocar una falda de lana y aún más cuando se le ofreció un cinturón de cuero. Se colocó el cinturón en la mitad de su cuerpo y ajustó la hebilla sin torpeza después de echar una ojeada al mecanismo.

Sacó un hilo de la falda y lo consumió, meciéndose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera en éxtasis. Cuando le sirvieron carne, pareció alcanzar un

delirio de excitación, Consumió enseguida parte de la misma, con movimientos extáticos. Conservó el resto mediante un extraño proceso químico, empleando las substancias de una pequeña mochila metálica que le habían quitado y que solicitó mediante gestos.

Sus órganos de visión ocupaban dos hendeduras en la parte superior de su cuerpo, pero no se había realizado una revisión minuciosa de ellos. El informe que Alstair leía señalaba en particular que el centauriano mostraba una ávida impaciencia siempre que veía a un ser humano. Y que esa impaciencia no resultaba tranquilizadora.

Era la misma excitación, aunque mucho más intensa, que la mostrada al ver lana y cuero. Como por instinto, proseguía el informe, el centauriano capturado había hecho varias veces el gesto de dirigir un arma hacia el ser humano que veía por primera vez.

Alstair leyó este informe y otros. Helen Bradley apareció dos horas después de que Jack la hubiera puesto a trabajar con la dictaescribe.

–Lo siento, Helen –dijo Alstair con torpeza–. No debían asignarte una tarea, pero Gary insistió, Yo te habría dejado en paz.

–Me alegro de que él me llamara –replicó Helen tranquilamente–. Papá ha muerto contento, y sin llegar a saber cómo son estos centaurianos. Me ha sentado bien trabajar. He logrado mucho más de lo que esperaba. El centauriano con quien trabajo es el jefe del grupo que invadió esta nave. Comprendió casi enseguida para qué servía la dictaescribe, y hemos grabado un buen vocabulario. Si quiere hablar con él, ya puede hacerlo.

Alstair contempló el visor. La nave enemiga seguía inmóvil. Muy natural. Ahora la distancia entre el «Aastra» y Próxima Centauri podía medirse en cientos de millones de kilómetros y no en billones, si bien esto, en otros términos, aún equivalía a horas-luz. Si la nave espacial enviaba señales a su planeta madre pidiendo órdenes, no podría recibir las respuestas inmediatamente.

Alstair se dirigió al laboratorio de biología, que estaba a cargo de Helen; ella era también la encargada de los especímenes biológicos conejos, ovejas y una variedad infinita de otros animalitos que durante el viaje servían de provisión alimenticia, con intención de soltarlos luego, si se encontraba un planeta adecuado para la colonización alrededor de la estrella con anillos.

El centauriano estaba fuertemente atado a una silla. Él, ella o eso era totalmente impotente. Junto a la silla se hallaban la dictaescribe y el altavoz, El centauriano emitía sonidos ululantes que la máquina traducía no sin crujidos entre palabra y palabra.

–¿Usted... es... comandante... de... esta... nave? –tradujo la máquina sin entonación.

–Así es –respondió Alstair y la máquina rechinó la versión centauriana de sus palabras.

–El... hombre... de... esta... mujer... esta... muerto –volvió a decir la máquina sin entonación, después de una serie de ruidos por parte de la extraordinaria cosa viviente que no era animal.

Helen intervino con prontitud.

Le conté que mi padre había muerto. La máquina continuó:

–Yo... compro... todo... hombre... muerto... de... nave... doy... metal... oro... vosotros... deseáis...

Alstair apretó los dientes y Helen palideció. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

–¡Esto es el comienzo de la amistad interestelar que pensábamos fundar! –dijo Alstair con amargura.

El altavoz de comunicaciones generales aulló de súbito:

–¡Llamando al comandante Alstair! ¡Se recibe radiación de gran intensidad sobre varias longitudes de onda! ¡Es evidente que están enviando refuerzos!

Jack Gary entró en el laboratorio de biología, Su rostro estaba sombrío y muy pálido. Saludó con gran corrección.

–No tuve que hacer muchos esfuerzos, señor –comentó burlonamente–. El último oficial de comunicaciones se tomaba su empleo como una especie de sinecura. Durante siete años no recibimos señales, y él no esperaba que llegaran. Pero están llegando desde hace meses. Salieron de Tierra tres años después que nosotros. Parece que un tipo llamado Callaway descubrió que una onda circularmente lanzada crea un haz de luz coherente que siempre se mantiene. Sin duda, hace varios años que transmiten para nosotros y es ahora cuando recibimos los primeros mensajes. Han construido un segundo «Adastra», señor, y lo están dotando... ¡diablo, no! ¡Lo dotaron hace cuatro años! ¡Vienen hacia aquí! Debe hacer tres años que viajan y no saben que les esperan esos monstruos. Aunque nosotros nos destruyéramos, señor, viene otra nave de la Tierra tan desarmada como nosotros, para toparse con estos demonios cuando sea demasiado tarde...

Volvió a resonar el intercomunicador general:

–¡Comandante Alstair! ¡Informa el puesto de observación! La temperatura externa del casco ha aumentado cinco grados en los últimos tres minutos y sigue subiendo. ¡Alguien dirige calor sobre nosotros a una velocidad terrible!

Alstair se volvió hacia Jack y le dijo con helada amabilidad:

–Al fin y al cabo, Gary, es absurdo que continuemos odiándonos. Aquí moriremos todos. ¿Por qué todavía siento deseos de matarlo?

Era una pregunta retórica. El motivo estaba absolutamente claro. Ante las horribles novedades, Helen había comenzado a llorar quedamente y se había cobijado en brazos de Jack.

4

En realidad, la situación era mucho peor de lo que señalaban las primeras indicaciones. La temperatura externa del casco, por ejemplo, era la del termómetro general, que promediaba las medidas de todos los termómetros externos. Una ojeada al grupo de termómetros, conectado a través del visor, bastaba para advertir que la parte opuesta del casco del «Adastra» tenía una temperatura prácticamente normal. Era la parte anterior, en relación con Próxima Centauri, la que se estaba calentando. Pero no de modo uniforme. Los indicadores que exhibían luces rojas estaban agrupados.

Alstair los contempló por el visor, con una calma pétrea.

—Directamente al centro de nuestro casco, véanlo ustedes —dijo—. Seguro que se trata de la flota de naves espaciales.

Jack Gary anunció rápidamente:

—La nave cuyos prisioneros tenemos hizo contacto varias horas antes de lo que suponíamos. Parece que en lugar de enviar una nave con un transmisor a bordo, mandaron una flota precedida por una nave exploradora. ¡Ésta informó que habíamos tendido una trampa a parte de su tripulación y, por tanto, se declaran las hostilidades!

Alstair habló rápidamente por un intercomunicador general:

—El sector G90 será evacuado enseguida. Se cerrará herméticamente y todos los ocupantes saldrán de las cámaras estancas. Los sectores adyacentes también deben ser evacuados, aunque dejando un retén de guardia con trajes espaciales.

Desconectó el transmisor y agregó serenamente:

—Ahora la temperatura externa del sector G90 ha alcanzado cuatrocientos grados, Empieza a ponerse al rojo; dentro de cinco minutos se derretirá. Se habrán abierto paso hasta nosotros dentro de media hora.

Jack intervino con apremio:

—¡Señor! He dicho que atacaron porque la nave exploradora informó que tendimos una trampa a su tripulación. Tenemos una pequeña posibilidad de...

—¿De qué? —inquirió Alstair con amargura—. ¡No tenemos armas!

—¡La dictaescribe, señor! —gritó Jack—. ¡Ahora podemos hablar con ellos!

Alstair le cortó, desesperado:

—¡Muy bien, Gary! Lo nombro embajador. ¡Adelante!

Giró sobre sus talones y salió de la sala de mandos. Poco después, su voz llegó desde el intercomunicador:

—¡Jefe de cohetes! Preséntese ahora mismo ante el visófono. ¡Emergencia!

Su voz se cortó, pero Jack no tuvo conciencia de ello. Estaba ocupado con las comunicaciones, que requerían toda la potencia del haz portador y un aumento del arco barrido. Dio órdenes y explicó a Helen un resumen de lo que pensaba hacer.

Ella comprendió la idea enseguida. El centauriano situado en el laboratorio de biología seguía atado, naturalmente. Ni la menor expresión podía adivinarse en las angostas aberturas que constituían sus órganos de visión, Pero Helen, que conocía las palabras de las tarjetas del vocabulario, le apremió por el micrófono de la dictaescibe. Unos aullidos salieron del altavoz y el centauriano se removió. Él habló a su vez y el altavoz dijo torpemente:

—Yo... hablo... planeta... nave. Sí.

Mientras sus palabras llegaban del control de comunicaciones, los sonidos pavorosos, chirriantes y aparentemente inarticulados de su lenguaje dominaron el laboratorio de biología y fueron transmitidos por el potente haz del transmisor principal.

La nave exploradora centauriana se mantenía a quince mil kilómetros de distancia. El «Adastra» seguía avanzando hacia el astro anillado que constituía la meta de la expedición más atrevida de la humanidad. A quince mil kilómetros la nave debía parecer un puntito, pero seguramente aparecía con todo lujo de detalles en los telescopios de los centaurianos.

Pero a pocos kilómetros de distancia, su tamaño colosal se ponía de manifiesto. Con sus mil quinientos metros de diámetro, la nave empequeñecía incluso a la mayor de aquellas formas lejanas y ocultas en el vacío que integraban la flota hostil ahora dedicada a concentrar sus rayos mortales sobre ella.

Desde una distancia de pocos kilómetros se habrían apreciado también los efectos de la radiación. El casco del «Adastra» era de acero, de aleación resistente y, necesariamente, de gran histéresis. Las corrientes eléctricas alternas inducidas en el acero por la radiación centauriana habrían calentado incluso un casco de cobre. Pero el acero de aleación se calentó mucho. Cambió de color y se puso al rojo una zona de treinta metros de diámetro.

Un cohete de dicha zona dejó de emitir su llama púrpura y radiante. Estaba averiado. Los demás cohetes aumentaron un poco su potencia para compensar. El brillo rojo mate del acero aumentó. Se hizo carmesí. Lenta, inexorablemente, alcanzó un tinte amarillento. Se volvió blanco, viró hacia el azul.

El casco humeaba; los gases se alejaban de aquella superficie torturada y derretida como atraídos por el astro lejano. El humo se espesó, formando una verdadera nube de vapores metálicos. De súbito hubo una erupción violenta en el centro de la zona recalentada del «Adastra». El casco exterior se derritió. El aire interior fue expelido al vacío, junto con fragmentos revoloteantes de metal en fusión. Todo ello se dispersó con una rapidez increíble, resplandeciendo por unos instantes como la niebla atenuada y débilmente brillante de la cola de un cometa.

Las imágenes de los correspondientes visores del «Adastra» se apagaron. Las estrellas palidieron, La nave terrestre había perdido parte de su atmósfera, que se disipaba delante de ella. Ya se había extendido en un espacio tan vasto que su

densidad era inapreciable, aunque seguía muy superior a la del vacío infinito del espacio, de modo que llenaba todo el cosmos delante del «Adastra» como una tenue neblina.

En los bordes de la inmensa brecha abierta en el gran casco de la nave, el grueso metal burbujeaba y sacaba vapor. Los compartimentos interiores comenzaron a resplandecer con una siniestra luz de color rojo mate, que rápidamente viró al carmesí y comenzó a volverse débilmente anaranjada.

En la sala principal de mandos, Alstair observó con amargura, hasta que se fundieron los visores que mostraban el interior del sector G90. Habló con gran serenidad al micrófono que tenía delante.

–Tenemos menos tiempo de lo que me figuraba. Apúrese; los resultados no son seguros, y debe recordar que esos demonios sin duda nos atacarán de todas direcciones hasta asegurarse de que no quede nadie vivo a bordo. ¡Tiene que solucionarlo pronto, para hacer lo que he pensado!

Una voz medio histérica le respondió:

–¡Pero si anulamos las vibraciones sónicas de los cohetes volaremos hecho pedazos, señor! ¡Será cuestión de un instante! ¡La desintegración del combustible se extenderá a los tubos y la nave estallará!

–¡Idiota! –gritó Alstair–. ¡Hay otra nave de la Tierra en camino! ¡No saben nada! ¡Y están tan desarmados como nosotros! ¡Y de su rumbo estos demonios podrán deducir de dónde venimos! ¡Sí, vamos a morir! ¡Pero venderemos caras nuestras vidas, y nos cercioraremos de que estos demonios no envíen una flota espacial a la Tierra! ¡No habrá eutanasia para nosotros! ¡Nuestra muerte debe servir para algo! ¡Es preciso salvar la humanidad!

El rostro de Alstair, mientras hacía muecas por el visor, no era el de un mártir ni el de una persona que se sacrifica noblemente a sí misma, sino el de un hombre que intimida y amedrenta a un subordinado para obligarle a obedecer.

Alstair iba furioso de un departamento a otro, mientras la radiación seguía cayendo sobre su nave, radiación que el casco metálico absorbía y transformaba en calor. Otra compuerta fue derretida, y se produjo una segunda erupción de metal vaporizado y gas incandescente de la nave gigantesca. A millones de kilómetros de distancia, un amplio círculo de naves espaciales ovoides se mantenían inmóviles, sin dar muestras de vida. Parecían monstruos dormidos. Pero ellas emitían los implacables haces de radiación, que concentraban en un punto del casco del «Adastra», haciéndole vomitar metal espumoso, gases y de vez en cuando algún objeto entero, pero que estallaba enseguida en el vacío.

Dentro de los innumerables compartimentos de la poderosa nave, los seres humanos reaccionaban de diversos modos ante el destino que se avecindaba. Muchos gritaban. Algunos de los miembros más hoscos de la tripulación parecieron enloquecer, convertidos en maníacos homicidas. Otros asaltaron los almacenes y se dedicaron a beber rápida y sistemáticamente, hasta quedar en

estado comatoso. Algunas mujeres abrazaron a sus hijos y lloraron sobre ellos. Otras enloquecieron.

Pero la voz severa y autoritaria de Alstair mantenía una apariencia de disciplina en algunos compartimentos. En una sala de máquinas los hombres trabajaban con empeño, entre juramentos y errores que entorpecían su trabajo. El oficial de la sala de neumática montaba guardia en sus dominios con una enorme llave inglesa en la mano, amenazando con golpear al primero que diese muestras de pánico. El jefe de cohetes, resoplando, demostró una inesperada capacidad para el impropio, y los cohetes siguieron proyectando en el espacio sus pálidas llamas purpúreas sin la menor señal de vacilación.

En el laboratorio de biología reinaba una concentración serena e intensa. Atado hasta la inmovilización completa, el centauriano, falto de rasgos e inescrutable, llenaba el salón con su extraño lenguaje. La dictaescrube murmuraba, analizando mecánicamente los sonidos y buscando de modo mecánico tarjetas de vocabulario que los tradujeran a vocablos ingleses. De vez en cuando localizaba una equivalencia. Entonces, la máquina traducía una palabra del idioma centauriano.

–Nave... –identificó una larga serie de sonidos con rápidos cambios de volumen, intensidad y énfasis—... hombres... –otra larga serie —... hablar hombres...

El centauriano dejó de emitir sus ruidos aullantes. Luego volvió a hablar, esta vez más despacio. El altavoz los tradujo. El centauriano procuraba escoger palabras ya registradas por Helen.

–Comprende lo que intentamos hacer –murmuró Helen muy pálida.

La máquina dijo:

–Usted... habla... máquina... hablar... nave.

Jack dijo despacio a través del intercomunicador:

–Somos amigos. Tenemos cosas que a vosotros os interesan. Sólo queremos amistad. No hemos matado a los vuestros sino en defensa propia. Queremos paz. Si no la obtenemos, combatiremos. Pero queremos paz.

Mientras la máquina murmuraba y el parlante repetía lo dicho en centauriano, le comentó a Helen en voz baja:

–Eso de combatir ha sido una fanfarronada. ¡Espero que dé resultado!

Silencio. Desde millones de kilómetros de distancia, las naves espaciales invisibles enviaban una radiación mortal mediante haces coherentes de luz al centro del «Adastra». Lo más curioso era que aquella radiación habría sido absolutamente inocua para un hombre. Habría atravesado su cuerpo sin dañarlo.

Pero el acero del casco de la nave terrestre la absorbía, dando lugar a corrientes de Foucault. Éstas se convertían en calor. Y un pequeño volcán vomitaba hacia el

espacio las paredes, los muebles, la atmósfera del «Adastra», a través del agujero producido por el calor.

En el laboratorio de biología reinaba una gran tranquilidad. El receptor estaba en silencio. Pasó un minuto. Dos minutos. Tres. Las ondas portadoras del mensaje de Jack viajaban a la velocidad de la luz, pero no tardarían menos de noventa segundos en llegar al origen de los haces de luz que estaban destruyendo el «Adastra». Aunque era una pérdida de tiempo, había que aguardar otros noventa segundos, mientras la respuesta cruzaba el espacio a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

El receptor lanzó un sonido estridente. La dictaescribe crujió un poco y luego el altavoz habló, monótono:

–Nosotros... amigos... ahora... no... lucha... naves... se... aproximan... para... llevaros... planeta.

Al mismo tiempo, la erupción en miniatura del casco cesó y poco a poco el cráter derretido y burbujeante dejó de lanzar vapor; luego el acero al blanco azulado se enfrió pasando por el amarillo y el carmesí hasta el rojo mate, y más lentamente aún la superficie metálica adoptó el brillo infinitamente blanco del acero enfriado en ausencia de oxígeno.

Jack habló con énfasis por el micrófono de la sala de mandos:

–Los centaurianos me comunican que han cesado las hostilidades, señor. Dicen que enviarán una flota para trasladarnos a su planeta.

–Muy bien –respondió con pesimismo la voz de Alstair–, puesto que nadie parece capaz de hacer lo único que serviría para dar utilidad a nuestra muerte. Y luego, ¿qué?

–Creo que nos convendría liberar ahora al centauriano –opinó Jack–. Naturalmente, podemos vigilarlo y paralizarlo si se muestra hostil. Considero que sería un gesto diplomático.

–Usted es el embajador –comentó Alstair con sarcasmo–. Puede que ganemos un poco de tiempo. Pero tendrá que dejar a otro las funciones de embajador y tratar de enviar un mensaje a la Tierra, si le parece que puede adaptar un transmisor al tipo de onda que ellos emplearán ahora.

Su imagen desapareció. Jack se volvió hacia Helen. De súbito se sintió muy cansado.

–Eso es lo malo –murmuró con desgana–. ¡Esperan una onda como la que nos enviaron y, con la potencia de que disponemos, apenas si podrán captarnos! Pero nosotros pudimos escuchar un fragmento de su mensaje, exactamente cuando acababan de describir el aparato emisor que emplean en la Tierra. Sin duda repetirán esa descripción o, mejor dicho, la habrán repetido hace cuatro años. Si logramos vivir lo suficiente, la captaremos. Pero no sabemos cuánto puede tardar. ¿Seguirás trabajando con este... individuo para completar el vocabulario?

Helen le miró con angustia y apoyó una mano sobre su brazo.

–Es bastante inteligente –observó–. Instruiré a otra persona para que trabaje con él. Quiero acompañarte. Al fin y al cabo, quizá nosotros... nosotros... no tengamos mucho tiempo para estar juntos.

–Tal vez diez horas –señaló Jack en tono cansino.

Esperó con aire sombrío mientras Helen hablaba con el centauriano en palabras cuidadosamente elegidas que la dictaescibe traducía, Llamaron a un asistente y a dos guardias. Soltaron a la Cosa sin cabeza, No se mostró violenta, sino impaciente por completar el vocabulario de la traductora, mediante el cual podía realizarse un intercambio completo de ideas.

Jack y Helen se dirigieron a la sala de comunicaciones. Escucharon el mensaje de Tierra, que se acababa de recibir en aquel momento. Estaba todo muy confuso, Hacía cuatro años, la Tierra vibró de entusiasmo ante la idea de enviar un mensaje a sus aventureros más atrevidos. Un destello de energía inmaterial podía viajar incansablemente a través de incontables trillones de kilómetros y alcanzar a los exploradores que habían salido tres años antes. A juzgar por el texto, el segundo mensaje fue emitido poco después del primero. La emisión había sido difundida por radio en toda la Tierra y, sin duda, muchos millones de personas se entusiasmaron al escuchar las palabras que recorrerían la distancia entre dos astros.

Pero esas palabras no servían a los del «Adastra». El mensaje era un programa de felicitación que comenzaba con las alegres canciones de un cuarteto popular, seguía con los chistes del comediante mejor pagado de la Tierra demasiado viejos para los del «Adastra»–, luego con la pieza oratoria de un político eminente y otras tonterías. En resumen, era un montón de necedades destinadas a hacer publicidad mediante su difusión en la Tierra, y a favor de quienes participaban en la iniciativa.

Era inútil para los del «Adastra», que veían el casco de la nave perforado, la muerte sobre ellos y probablemente la destrucción de toda la raza humana como consecuencia del viaje.

Jack y Helen se sentaron en silencio y escucharon. Entrelazaron las manos sin darse cuenta del gesto, De un modo extraño, la terrible brevedad del tiempo con que contaban hacía absurdas las grandes demostraciones de afecto. Oyeron sin escucharlo realmente el mensaje inenarrablemente trivial que venía de la Tierra. De vez en cuando se miraban.

La recopilación del vocabulario avanzaba con prontitud en el laboratorio de biología. Se ayudaban con dibujos. Un segundo centauriano fue liberado y su talento para el dibujo –demostrando de paso que los ojos de los hombres-plantas funcionaban casi del mismo modo que los de los terrestres– permitió aumentar el acopio de definiciones y equivalencias, así como el conocimiento de la civilización centauriana.

A medida que se reunía más información, esa civilización comenzaba a adquirir un extraño parecido con la humana. Los centaurianos poseían estructuras artificiales que, sin duda, eran casas. Tenían ciudades, leyes, arte –los dibujos del

segundo centauriano lo demostraban— y ciencia. Sobre todo la biología se hallaba muy adelantada y, en cierto sentido, ocupaba el lugar de la metalurgia en la civilización humana. No construían sus estructuras, sino que las hacían crecer. En lugar de fundir metales para darles formas útiles, tenían especies de protoplasma cuya velocidad y formas de crecimiento podían controlar.

Casas, puentes, vehículos... incluso las naves espaciales se hacían de materia viviente, que mantenían en estado de hibernación una vez alcanzaba la forma y el tamaño deseados. Y podían activarla de nuevo a voluntad, consiguiendo hechos tan extraordinarios como la comunicación en forma de ampolla que realizaron entre su nave espacial y el casco del «Aastra».

Hasta aquí la civilización centauriana resultaba bastante extraña, pero comprensible. Incluso los hombres pudieron progresar de un modo parecido si la civilización humana hubiera comenzado sobre otras bases. Fue la economía de los centaurianos lo que pareció horrible y absurdo a los hombres cuando se enteraron de cómo funcionaba.

La raza centauriana evolucionó a partir de plantas carnívoras, lo mismo que los hombres y sus antepasados carnívoros. Pero en alguna etapa primitiva del progreso, el hombre despertó a la avidez por el oro. Ningún cambio de interés se produjo en los planetas de Próxima Centauri. Lo mismo que los hombres han devastado ciudades, talado bosques, excavado minas y destruido implacablemente infinidad de cosas en busca de oro u otras cosas que pudieran cambiarse por oro, los centaurianos codiciaban animales.

Y así como los hombres exterminaron el bisonte americano para cambiar su piel por oro, los centaurianos acabaron implacablemente con la vida animal de su planeta. Para los centaurianos, el tejido animal tiene el valor del oro. Hace mucho tiempo que, por absoluta necesidad, aprendieron a subsistir con alimentos vegetales. Pero la insensata avidez de carne continuó. Inventaron métodos para conservar el alimento animal durante tiempo indefinido. Dragaron sus mares en busca del último y más diminuto crustáceo. Los viajes espaciales se convirtieron en algo deseable y luego en una realidad cuando los telescopios mostraron la existencia de vegetación en otros planetas de su sol, y con ella la posibilidad de vida animal.

Tres planetas de Próxima Centauri tenían climas y atmósferas favorables a la vida vegetal y animal pero ahora sólo en uno más pequeño y alejado, quedaba algún vestigio de vida animal. Allí los centaurianos cazaron febrilmente, buscando las últimas colonias de minúsculos cuadrúpedos que hacían sus madrigueras a cientos de metros por debajo de un continente congelado.

Resultaba evidente que el «Aastra» era un galeón cargado de tesoros —en forma de seres humanos— como jamás un centauriano pudo imaginar que existieran. Y comprendieron que un viaje a la Tierra exigiría todos los recursos de la raza. ¡Millones de millones de seres humanos! ¡Trillones de animales inferiores! ¡Incontables criaturas de los mares! Toda la raza centauriana enloquecería de impaciencia por invadir aquella tierra prometida de riquezas y éxtasis, el éxtasis que sentía todo centauriano al consumir el ancestral alimento de su raza.

5

Las naves ovoides y sin rasgos se acercaron desde todas las direcciones al mismo tiempo. Las baterías de termómetros mostraban una progresión lenta y dolorosa de señales de alarma. Una lámpara piloto, resplandecía locamente roja y se apagaba; luego otra y otra más, a medida que las naves centaurianas ocupaban sus posiciones. Esas alarmas provenían del impacto momentáneo de un haz de radiación sobre el casco del «Adastra».

Veinte minutos después de que el último haz hubiera demostrado la impotencia del «Adastra», una nave en forma de huevo se acercó a la máquina terráquea y, con toda precisión, entró en contacto con su proa, a nivel de una cámara estanca. El casco de aquella se deformó hasta constituir una gran ampolla que se adhirió al acero.

Alstair miraba por el visor, con el rostro muy pálido y los puños apretados. La voz de Jack Gary, tensa y áspera, llegó desde el comunicador del laboratorio de biología.

—Un mensaje de los centaurianos, señor. Una nave ha aterrizado sobre nuestro casco y su tripulación entrará a través de la cámara estanca. Todo movimiento hostil de nuestra parte será castigado con la destrucción inmediata.

—Nadie debe oponerse a los centaurianos —señaló Alstair con acritud—. ¡Es una orden! ¡Lo contrario sería suicida!

—¡Aun así, señor, creo que sería mejor! —replicó la voz de Jack en tono beligerante.

—¡Ocúpese de sus obligaciones! —gruñó Alstair—. ¿Ha conseguido algo en las comunicaciones?

—Tenemos cerca de cinco mil palabras en tarjetas de vocabulario. Podemos conversar sobre casi cualquier tema, todos desagradables. Ahora las tarjetas han pasado a la duplicadora y estarán listas dentro de pocos minutos, Recibirá usted otra dictaescribe con el segundo archivo tan pronto como hayamos completado las tarjetas.

Alstair vio por un visor las figuras sin cabeza de los centaurianos que salían de la cámara estanca del casco.

—Los centaurianos han entrado en la nave —le gritó una orden a Jack—. ¡Usted es el oficial de comunicaciones! ¡Salga a recibirlos y acompañe al comandante hasta aquí!

—¡A la orden! —respondió Jack, sombrío.

La misión era como una condena a muerte. Estaba muy pálido. Helen se abrazó a él.

El centauriano prisionero gritó una pregunta en la dictaescribe. El altavoz tradujo.

—¿Qué... orden?

Helen se lo explicó. La humanidad se acostumbra tan rápido a lo increíble, que casi parecía natural dirigirse a un micrófono y oír los gritos y chirridos de una voz no humana llenando el cuarto mientras la máquina explicaba lo que eso quería decir.

–Yo.. también... voy... ellos... todavía... no... matar.

El centauriano se adelantó y abrió la puerta con una destreza extraordinaria. Sólo había visto cómo la abrían otros. Jack tomó la delantera. Su arma de fuerza del costado permanecía en la funda, puesto que era inútil. Probablemente podría matar al hombre-planta que le seguía, pero nada se adelantaría con ello.

Oyó rumores a medida que se acercaba. Los hombres-planta emitían sus voces ruidosas y penetrantes. Tenían acento de preguntas y respuestas. Jack se vio en presencia del nuevo grupo de invasores. Eran veinte o treinta, armados con objetos cilíndricos más grandes que los que llevaban los primeros invasores.

Al ver a Jack se excitaron. Ansioso temblor de los tentáculos a ambos lados de los torsos sin cabeza. Hicieron movimientos instintivos, furtivos, hacia las armas. Un grito restalló como una orden. Las Cosas quedaron inmóviles. Pero a Jack se le puso la carne de gallina al percibir la concupiscencia extraña y carnívora que parecía emanar de los centaurianos.

Su guía, el ex cautivo, intercambió ruidos incomprensibles con los recién llegados. Sus palabras causaron una nueva oleada de excitación entre las filas de los hombres-plantas.

–Vamos –dijo Jack, lacónico.

Les indicó el camino hasta la sala principal de mandos. Alguien gritaba monótonamente. Una mujer se había vuelto loca ante la inminencia del fin. Se alzaron voces estridentes entre las Cosas desgarbadas que seguían a Jack, pero otra nota autoritaria las hizo callar de nuevo.

La sala de mandos. Alstair parecía un hombre de piedra, de mármol, aunque en sus ojos brillaba una llama feroz y casi febril. Por el visor que tenía al lado veía la incesante multitud de centaurianos que entraban por otra cámara. Evidentemente, eran centenares. Trajeron la dictaescribe bajo la supervisión de Helen, que gritó horrorizada al ver tantas criaturas monstruosas en la sala de mandos.

–Monta la dictaescribe –dijo Alstair con voz tan áspera, tan ronca, que parecía hielo puro.

Temblorosa, Helen hizo ademán de obedecer.

–Estoy preparado para hablar –anunció Alstair al micrófono.

La máquina crujió levemente y tradujo. El jefe del nuevo grupo gritó en respuesta. Ordenó que todos los oficiales se presentaran allí enseguida, después de poner la nave bajo piloto automático. La traducción del equivalente centauriano «piloto automático» presentó algunas dificultades. No figuraba en el archivo del vocabulario, cosa que exigió cierto tiempo.

Alstair pasó la orden. Un sudor frío bañaba su rostro, pero su autodominio era férreo.

Una segunda orden también suscitó cierta dificultad. Copias de todos los archivos técnicos y todos –de nuevo costó tiempo comprender–, todos los libros relativos a la construcción de la nave debían ser llevados a la cámara por donde habían entrado aquellos hombres-planta. Muestras de máquinas, motores y armas debían ser llevadas al mismo destino.

Alstair volvió a repetir la orden. Su voz era temblorosa, incluso aguda, pero no vaciló ni se quebró.

El jefe centauriano lanzó otro grito, pero la dictaescribe no supo traducirlo. Sus seguidores se dirigieron rápidamente hacia la sala de mandos. Salieron dejando allí a cuatro de la partida. Jack se acercó a Alstair, sacó su arma de fuerza y la clavó en las costillas del comandante. Los centauros no trataron de impedirlo.

–¡Maldito sea! –exclamó Jack con voz cargada de ira–. ¡Usted ha permitido que tomaran la nave! ¡Piensa cambiarla por su vida! ¡Voy a matarlo, maldito sea, me abriré paso hasta un cohete y haré estallar esta nave en una pura llama que acabará con estos demonios lo mismo que con nosotros!

Angustiada, Helen gritó:

–¡Jack! ¡No lo hagas! ¡Te lo explicaré!

Como estaba cerca del micrófono de la dictaescribe, sus palabras fueron repetidas en los sonidos ululantes del idioma centauriano. Alstair, lívido y casi enloquecido, dijo roncamente hablando lo más bajo que pudo:

–¡Idiota! ¡Sabiendo que vale la pena, estos demonios podrían llegar a la Tierra! Aunque maten a todos los hombres de la nave excepto los oficiales, cosa probable, es nuestro deber viajar hasta su planeta y aterrizar allí.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro sibilante y prosiguió:

–¡Si cree que tengo ganas de vivir lo que se avecina, dispare!

Jack permaneció un instante rígido. Luego retrocedió y saludó con mecánica corrección.

–Le pido disculpas, señor –murmuró, confuso–. En lo sucesivo, puede contar conmigo.

Uno de los oficiales del «Adastra» entró tambaleándose en la sala de mandos, Otro y luego otro más siguieron entrando, hasta seis oficiales de un total de treinta.

Un centauriano entró con el extraño paso ondulante característico de su raza. Se acercó a la dictaescribe con impaciencia y habló:

–¿Éstos... todos... oficiales? –preguntó la máquina sin entonación.

–El oficial de aire mató a su familia y luego se suicidó –jadeó un subalterno–. Un grupo de Muts asaltó un cohete y el jefe de cohetes luchó con ellos. Luego se desangró de una puñalada en la garganta. El oficial de provisiones está...

–¡Basta! –ordenó Alstair con voz aguda y crispada. Tiró del cuello de su camisa, se acercó al micrófono y dijo bruscamente –:

–Éstos son todos los oficiales vivos. Podemos manejar la nave.

El centauriano, que llevaba una ancha banda de cuero en cada brazo y otra en la cintura, se dirigió al intercomunicador general. Los tentáculos manipularon el conmutador con pericia. Emitió sonidos extraños y sin inflexión... ¡y se desató el caos!

Los visores de toda la sala emitieron sonidos agudos y chirriantes. Eran horribles. Fantasmales. Más terribles que los aullidos de una manada de lobos sobre las huellas de un ciervo enloquecido de terror. Eran los mismos ruidos que Jack oyó cuando uno de los primeros invasores del «Adastra» vio un ser humano y lo asesinó al instante. También llegaban otros ruidos de los visores. Gritos humanos. Incluso oyó una o dos explosiones.

Luego reinó el silencio. Los cinco centaurianos de la sala de mandos se estremecieron y temblaron. Un desesperado deseo de sangre se apoderó de ellos, el anhelo irracional, ciego e instintivo, implantado por la evolución en una raza de plantas carnívoras que aprendieron a desplazarse por necesidad desesperada de alimento.

El centauriano que llevaba adornos de cuero se acercó nuevamente a la dictaescribe y ululó:

–Queremos... dos... hombres... salir... de... nave... aprender de... ellos... ahora.

En la sala principal de mandos se oyó un sonido infinitamente tenue. Era una gota de sudor frío, que había caído del rostro de Alstair al suelo. El comandante parecía encogido. Su rostro tenía un color gris ceniciento y había cerrado los ojos. Pero Jack miró serenamente a los oficiales sobrevivientes, de uno en uno.

–Supongo que esto significa la vivisección –comentó con ironía–. No cabe duda de que piensan visitar la Tierra, pues de lo contrario, inteligentes como son, no nos habrían dejado vivos después de matar a los demás. Ni siquiera como reserva. Seguramente quieren probar sus armas en un cuerpo humano y otras cosas. Como a partir de ahora el de comunicaciones es el más inútil de los servicios, me presento voluntario, señor.

Helen gritó:

–¡No, Jack! ¡No!

Alstair abrió los ojos.

–Gary se ha presentado voluntario. ¿Dónde hay otro que se ofrezca para la vivisección? –dijo con la voz ahogada de alguien que se aferra a la cordura

mediante el esfuerzo más terrible—. Quieren averiguar cómo matar hombres a distancia. Las ondas de treinta centímetros no fueron eficaces. Los rayos que derritieron nuestro casco no matan hombres. ¡Yo no puedo presentarme como voluntario! ¡Debo permanecer en la nave! —había desesperación en su voz—. ¡Es necesario que otro hombre se ofrezca como voluntario para que estos demonios lo maten lentamente!

Silencio. Los acontecimientos recientes y el conocimiento de lo que aún estaba sucediendo en los innumerables compartimentos del «Aastra» había embotado literalmente a casi todos los oficiales. No podían pensar. Se hallaban desconcertados, emocionalmente paralizados por los horrores que habían sufrido.

Entonces Helen se echó en brazos de Jack:

—¡Yo... también iré! —exclamó—. ¡Todos... vamos a morir! ¡No me necesitan! Y quiero... morir con Jack.

—¡Por favor! —gimió Alstair.

—¡Iré! —gritó—. ¡No puede detenerme! ¡Iré con Jack! Donde tú vayas...

Sollozó, abrazando a Jack, El centauriano de los cinturones de cuero ululó con impaciencia en la dicta escribe:

—Estos... dos... vienen.

Alstair dijo con voz extraña:

—¡Esperad —se acercó al escritorio como un autómatas, cogió una electropluma y escribió algo con mano temblorosa. Luego agregó con voz quebrada—: Estoy loco. Todos estamos locos. Supongo que estamos muertos y en el infierno. Pero tomad esto.

Jack se guardó el impreso oficial en el bolsillo. El centauriano de los cinturones de cuero aulló con impaciencia. Los condujo con su paso extraño hacia la cámara por donde habían entrado los hombres-planta. En tres ocasiones fueron vistos por Cosas vagabundeantes que emitieron horribles chillidos agudos. Pero el jefe centaurio no replicó aullando en tono autoritario y los otros hombres-planta se alejaron.

En una ocasión Jack vio a cuatro individuos alrededor de algo que yacía en el suelo. Alzó las manos y cubrió los ojos de Helen hasta que pasaron de largo.

Llegaron a la cámara estanca. El guía hizo una seña; el hombre y la muchacha obedecieron. Largos tentáculos que parecían de goma los apresaron. Helen lanzó un grito y quedó inmóvil. Jack forcejeó con rabia, gritando el nombre de la muchacha. Luego recibió un fuerte golpe y cayó.

Al volver en sí notó una tremenda opresión. Se agitó, y al moverse parte de la opresión desapareció, Brillaba una luz no como las que existen en la Tierra, sino un resplandor tembloroso que golpeaba implacablemente las paredes del globo transparente donde estaba encerrado. Había un olor extraño en el aire, olor a animales. Jack se sentó. Helen yacía a su lado, libre y al parecer ilesa. Los centaurianos no parecían hallarse cerca.

Le frotó las muñecas, desvalido. Oyó un ruido intermitente, acompañado de aceleraciones en rápida sucesión. Eran cohetes, cohetes de combustible.

–¡Estamos en una de sus malditas naves! –murmuró Jack con rabia y buscó su arma. Había desaparecido.

Helen abrió los ojos. Miró vagamente a su alrededor. Fijó la mirada en Jack. Entonces se estremeció y le abrazó.

–¿Qué... qué ha sucedido?

–Tendremos que averiguarlo –respondió Jack.

De pronto, el suelo tembló bajo sus pies. Jack se dio cuenta de que había allí una escotilla, y se acercó para mirar. Contempló la negrura del espacio bien conocida, iluminada por los infinitos puntos minúsculos de luz que eran las estrellas. Vio un astro con anillos, rodeado de puntos de luz que serían sin duda los planetas.

Uno de aquellos puntos de luz se hallaba muy cerca. Su disco, las cumbres polares nevadas y las zonas verdosas de contornos irregulares que eran los continentes, alternando con el tinte indescriptible que da el lecho oceánico cuando se ve desde más allá de la atmósfera de un planeta, resultaban ya visibles.

Silencio. Había dejado de oírse aquel idioma extraño sin vocales ni consonantes que empleaban los centaurianos. De momento, nada se escuchaba.

–Supongo que nos dirigimos hacia ese planeta –observó Jack en voz baja–. Tendremos que arreglárnoslas para que nos maten antes de aterrizar.

Luego hubo un murmullo lejano. Era un murmullo extraño, apagado, muy diferente de las extrañas notas de los hombres-planta. Llevando a Helen a su lado, Jack salió cautelosamente del cubículo donde habían despertado. Reinaba el silencio, con excepción de aquel murmullo lejano. Nada se movía. Otro petardeo de los cohetes originó una sensible aceleración de toda la nave. El olor animal se hizo más intenso. Atravesaron una abertura de forma extraña y Helen gritó:

–¡Nuestros animales!

Desordenadamente apiladas se hallaban las jaulas del «Adastra», pequeños compartimentos que contenían los ejemplares destinados a reproducción, a los que se pensaba soltar cuando se descubriese alrededor de Próxima Centauri un planeta apto para la colonización. Más allá, aparecía un amasijo indescriptible de libros, máquinas y cajas de todo tipo: los materiales que el jefe de los hombres-planta ordenó fueran trasladados a la cámara estanca. No se veía ni rastro de ningún centauriano.

Pero el murmullo apagado, asombrosamente parecido a una voz humana, provenía de más adelante. Atemorizada, Helen siguió a Jack mientras éste se acercaba con precaución al lugar de donde salía la voz.

La hallaron. Provenía de un dispositivo cubierto con el mismo material opaco y pardo que componía el suelo, los muros y toda la nave en la que estaban. Era una

voz humana. Más aún, se trataba de la voz de Alstair, atormentada, ronca y semihistórica.

–¡Maldita sea, en este momento ya habréis recobrado los sentidos y esos demonios quieren una demostración de ello! ¡Disminuyeron la aceleración cuando les dije que a esa velocidad quedaríais inconscientes! ¡Gary! ¡Helen! ¡Enviad esa señal!

Una pausa, y la voz continuó:

–Lo repetiré. Estáis en una nave espacial guiada por medio de un haz coherente que acciona el piloto automático. Se posará en uno de los planetas, que en otra época tuvo vida animal. Ahora está vacío, sólo habitado por plantas. Vosotros, los animales, los libros y las demás cosas de la nave espacial sois propiedad reservada y especial del archidemonio de estos diablos. ¡Os envió en una nave automática porque no se fiaba de los suyos para transportar un tesoro como vosotros y los demás animales! Sois una reserva de conocimientos para traducir nuestros libros, explicar nuestra ciencia y otras cosas. Cualquier nave espacial, salvo la de él, tiene prohibido aterrizar en vuestro planeta. ¿Enviaréis ahora la señal? Hay un botón exactamente encima del altavoz por donde me escucháis. Accionadlo tres veces para que ellos sepan que estáis bien, y no se les ocurra enviar otra nave con conservadores para vuestra carne, para evitar que se desperdicie tan precioso tesoro.

La desnaturalizada voz –los receptores centaurianos no estaban preparados para reproducir la complicada fonética de la voz humana– rió histéricamente.

Jack se incorporó y accionó tres veces el botón. La voz de Alstair prosiguió:

–Ahora nuestra nave es un infierno. Aunque ya no es una nave, sino un pozo de azufre. Somos siete los que quedamos vivos y estamos enseñando a los centaurianos el funcionamiento de los mandos. Les hemos explicado que no podemos apagar los cohetes para mostrarles cómo funcionan, porque para dispararlos es necesario tener cerca la masa de un planeta, para que la deformación del espacio inicie la reacción. Nos mantendrán con vida hasta que les hayamos enseñado eso. Tienen cierto método de escritura y apuntan todo lo que decimos, después de traducirlo mediante una dictaescribe. Muy científico.

La voz se interrumpió.

–Acabo de recibir vuestra señal –agregó al cabo de un momento–. Encontraréis alimentos ahí. El aire durará hasta que aterricéis. Os quedan cuatro días de viaje. Volveré a llamar más tarde. No os importe la navegación, pues ellos se ocupan de eso.

La voz calló definitivamente.

El hombre y la muchacha exploraron la nave espacial centauriana. Comparada con el «Adastra», era una miniatura. Treinta metros de largo o poco más, y unos dieciocho en su diámetro máximo. Hallaron lugares vacíos, sin duda destinados normalmente a transportar hombres-planta apretadamente colocados.

La cabina tenía refrigeración; a baja temperatura los centaurianos reaccionaban, al parecer, como la vegetación de la Tierra en invierno, caían en un estado inactivo, de hibernación. Ello permitía transportar una enorme tripulación, a la que se haría revivir para el aterrizaje o la batalla.

–Si acondicionasen el «Adastra» de este modo para un viaje a la Tierra, podría transportar al menos ciento cincuenta mil centaurianos comentó Jack sombrío—. Probablemente más.

La posibilidad de que aquellos seres atacasen a la humanidad era la obsesión que atormentaba a Jack. Helen quiso consolarle recordándole que se habían salvado de momento.

–Nos ofrecimos como voluntarios para la vivisección, pero ahora estamos a salvo, al menos durante cierto tiempo. Además... estamos juntos...

–Es hora de que Alstair llame otra vez –observó Jack con impaciencia. Habían pasado cerca de treinta horas desde la última señal. La rutina centauriana, a semejanza de la disciplina de la Tierra en las naves espaciales terráneas, medía el tiempo con arreglo al periodo de rotación diaria del planeta—. Será mejor que nos pongamos a la escucha.

Se acercaron al aparato, La voz atormentada de Alstair salió del altavoz de extraño diseño, Sonó más tensa, menos cuerda que el día anterior. Les habló de cómo las Cosas habían aprendido el manejo del «Adastra». Los seis oficiales sobrevivientes ya no eran necesarios para el funcionamiento de los aparatos de la nave. La maquinaria purificadora de aire fue desconectada, pues al eliminar el anhídrido carbónico, el aire era irrespirable para los centaurianos.

Los seis hombres sólo sobrevivían para satisfacer el insaciable deseo de información que experimentaban los hombres-planta. Los sometían a un interrogatorio permanente, que exigía todos los recursos de sus cerebros para ser consignados con la extraña escritura de sus vencedores. El más joven, un subalterno del departamento de aire, se volvió loco de miedo. Gritó durante horas, fue asesinado y su cuerpo rápidamente momificado mediante las sustancias químicas de los centaurianos. Los demás eran sombras vivientes que temblaban ante el menor ruido.

–Han modificado nuestra deceleración –señaló Alstair con voz nerviosa—. Vosotros aterrizaréis dos días antes de que nosotros llegemos al planeta que estos demonios llaman su casa. Resulta extraño que no tengan instinto colonizador. Creo que otro de los nuestros está a punto de enloquecer. A propósito, nos han quitado los zapatos y los cinturones. Son de cuero. Nosotros quitaríamos una faja de oro que encontrásemos en una sandía, ¿no es cierto? Son razonables... estos... –volvió a montar en cólera, presa de una histeria repentina–: ¡Soy un idiota! ¡Os envié juntos mientras yo vivo en un infierno! ¡Gary, le ordeno que no haga nada con Helen! ¡Les prohíbo terminantemente que se dirijan la palabra! ¡Os ordeno que...!

Transcurrió otro día, y otro, Alstair llamó dos veces más. Su voz sonaba cada vez más desesperada, más nerviosa, más cercana a la locura. La segunda vez lloró,

mientras insultaba a Jack por no tener que aguantar la presencia de los hombres-planta.

—Ya no interesamos a los demonios sino en concepto de ganado. ¡Nuestros cerebros no cuentan! ¡Están saqueando sistemáticamente la nave! ¡Ayer sacaron las lombrices del terreno donde producíamos cosechas! Ahora cada uno de nosotros está vigilado por un guardia. Esta mañana el mío me arrancó un mechón de pelo y se lo comió, balanceándose extáticamente. Ya no tenemos camisetas de lana. ¡Eran de fibra animal!

Otro día más. Alstair estaba semihistérico. En la nave sólo quedaban tres hombres con vida. Tenía instrucciones de dirigir a Jack en el aterrizaje de la nave oval en el mundo deshabitado. Daban por descontado que Jack colaboraría. Estaban cerca de su destino. El disco del planeta que sería su prisión y la de Helen cubría la mitad de los cielos, Para Alstair, el otro planeta adonde se dirigía el «Aadastra» era un disco completo.

Más allá de los anillos de Próxima Centauri había seis planetas. El planeta prisión era el siguiente después del hogar de los hombres-planta. Pese a ser más frío de lo conveniente, durante mil años sus expediciones en busca de carne lo habían recorrido hasta que no quedó un mamífero, un pájaro, un pez, ni siquiera un crustáceo. Más allá había un planeta cubierto de hielo y, más lejos aún, formas congeladas que giraban en el vacío.

—Ahora ya sabe cómo pilotar cuando el haz de luz libere los mandos atmosféricos —señaló la voz de Alstair. Tartamudeaba como si le castañeteasen los dientes a causa de la intolerable tensión nerviosa—. Tendréis paz. Árboles, flores y algo parecido al césped, si los dibujos que han hecho no mienten. Nos encaminamos hacia el más grandioso banquete de la historia de todos los infiernos. Todas las naves espaciales han regresado al planeta. No habrá allí un solo centauriano sin su pedacito de material animal para consumir. Lo suficiente para hacerle experimentar ese placer bestial que sienten cuando comen algo de origen animal. ¡Malditos sean, hasta el último individuo de la raza! ¡Somos la mayor provisión de tesoros que hayan soñado! No tienen escrúpulos en hablar delante de mí y estoy bastante loco como para entender gran parte de lo que dicen. El capitoste de ellos está ocupado proyectando naves espaciales más grandes que las que hicieron crecer hasta ahora. Caerán sobre la Tierra con trescientas naves espaciales y la mayor parte de la tripulación dormida o en estado de hibernación. En esas naves habrá tres millones de demonios salidos directamente del infierno, y tienen esos malditos rayos capaces de derretir cualquier nave terrestre a una distancia de quince millones de kilómetros.

Por lo visto, la conversación le servía a Alstair para aferrarse a los restos de su razón. Al día siguiente, la nave de Jack y Helen cayó como una pluma del espacio vacío a una atmósfera que aullaba locamente junto a sus costados lisos, Luego Jack dominó la nave y la hizo descender poco a poco, hasta posarla en un claro verde, en medio de un bosque de árboles extraños pero inofensivos al parecer. En el planeta estaba a punto de ponerse el sol y se hizo de noche antes de que pudieran explorarlo.

Fue poco lo que exploraron al día siguiente y al otro. Alstair les hablaba casi sin cesar.

–Viene otra nave de la Tierra –dijo, y su voz se quebró–. ¡Otra nave! Salió hace por lo menos cuatro años. Llegará dentro de otros cuatro. ¡Quizá vosotros dos la veáis pero yo, mañana por la noche, estaré muerto o loco! ¡Y esto es lo gracioso! ¡La locura me parece más llevadera cuando pienso en ti, Helen, permitiendo que Jack te bese! Sabes que te amé cuando era un hombre, antes de convertirme en un cadáver obligado a presenciar cómo mi nave es pilotada hacia el infierno. Te amé mucho. Sentía celos y cuando mirabas a Gary con los ojos brillantes yo le odiaba. ¡Todavía le odio, Helen! ¡Ah, cómo le odio! –la voz de Alstair era la de un espectro del purgatorio–. Fui un idiota al darle esa orden.

Jack daba vueltas abstraído, con los ojos encendidos. Helen quiso detenerle pero él le habló en tono ausente, con la voz cargada de odio. Era presa de un anhelo desesperado y apasionado de matar centaurianos. Comenzó a rebuscar entre las máquinas. Concentrándose en su tarea, montó con diversas piezas un revólver de remolino de diez kilovatios, Trabajó en ello muchas horas. Luego oyó a Helen ocupada en otro sitio. Parecía forcejear. Esto le intrigó y se acercó a mirar.

La muchacha había terminado de arrastrar la última caja del «Adastra» hasta el aire libre. Soltaba a los animales. Las palomas revoloteaban impacientes por encima de ella. Los consejos, en vez de saltar lejos de su alcance, se detuvieron para mordisquear la frondosa vegetación desconocida pero satisfactoria que allí crecía.

Helen palmoteó. Había seis conejos junto a un cordero pequeño de temblorosas patas. Los pollos picoteaban y escarbaban. En aquel mundo no había insectos. Sólo encontrarían semillas y plantas. Cuatro cachorros se revolcaban bajo la luz del sol, sobre plantitas con pinchos.

–¡De todos modos, podrán ser felices durante algún tiempo! ¡No son como nosotros! ¡Nosotros tenemos que preocuparnos! ¡Este mundo podría ser un paraíso para los humanos! –exclamó Helen.

Jack, ceñudo, contempló el mundo verde y hermoso. Ningún animal destructor. Ningún insecto dañino. En aquel planeta no podían existir enfermedades, a menos que los hombres las introdujeran adrede. Sería un paraíso.

El sonido de una voz humana llegó desde el interior de la nave espacial. Jack se acercó para escuchar. Helen le siguió. Se detuvieron en el cubículo de forma extraña que constituía la cabina de mandos. Paredes, suelo, techo, instrumentos, todo era del mismo material opaco y pardo oscuro, cultivado hasta adoptar la forma que los centaurianos deseaban. Les sorprendió oír la voz de Alstair mas serena, menos histérica, totalmente fluida.

–Helen y Gary, espero que no estéis lejos explorando –dijo por el altavoz–. Hoy se ha celebrado aquí un banquete. El «Adastra» aterrizó. Yo lo hice aterrizar. Soy el único superviviente. Nos posamos en el centro de una ciudad de esos demonios, entre edificios tales que parecen los cuarteles del infierno, El jefe de ellos tiene una especie de palacio junto a la plaza donde me hallo ahora. Hoy festejaron. Resulta extraño pensar cuánta materia animal había a bordo del «Adastra». Ellos incluso encontraron crines de caballo en las solapas de nuestros

uniformes. Mantas de lana. Zapatos. Incluso algunos jabones eran de origen animal, de modo que los «destilaron». Son capaces de recuperar cualquier materia animal tan inteligentemente como nuestros químicos purifican el oro y el radio. Extraño, ¿eh?

El altavoz guardó silencio un momento.

–Ahora estoy cuerdo –prosiguió serenamente la voz–. Antes creía que estaba loco. Pero lo que he visto hoy ha despejado mi cabeza. Vi millones de estos demonios hundiendo sus brazos en grandes depósitos, en artenas enormes donde habían disuelto todos los tejidos animales del «Adastra». ¡El capitoste se guardó para sí la mejor parte! Vi las cosas que transportaban a su palacio por entre filas de guardianes. Algunas de esas cosas fueron mis amigos. Vi una ciudad enloquecida por una alegría bestial, y a los demonios meciéndose en éxtasis mientras ingerían el botín de la Tierra. Oí que el centauriano más importante aullaba una especie de discurso imperial desde el trono. He aprendido a comprender gran parte de estos gritos. Les dijo que la Tierra está llena de animales. Hombres. Reses. Pájaros. Peces en los océanos. Y les dijo que pronto harán crecer la más grandiosa escuadra espacial de la historia, que utilizará los métodos de propulsión de los hombres, nuestros cohetes, Gary, y que la primera escuadra transportará incontables enjambres de ellos para conquistar la Tierra. Con los tesoros ganados, todos sus súbditos podrán alcanzar a menudo el mismo éxtasis que sintieron hoy, Y los demonios, meciéndose locamente, le hicieron coro con sus chillidos. Millones a la vez.

Jack gimió dolorosamente. Helen se cubrió los ojos, como para no ver lo que su imaginación le representaba.

–Ahora bien, ésta es la situación desde vuestro punto de vista –prosiguió Alstair con serenidad, el único ser humano que estaba a millones de kilómetros de distancia en un planeta de hombres-planta ávidos de sangre–. Ahora vendrán sus sabios a pedirme que les enseñe el funcionamiento de los cohetes. Otros quieren ir a interrogarnos mañana. Pero yo les mostraré a estos demonios nuestros cohetes. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que se hallan en este planeta todas las naves espaciales de la raza. Vinieron para compartir el banquete donde todos iban a recibir un regalo del capitoste, así como todo el tejido animal que podía esperar conseguir en una vida de esfuerzos. Aquí la carne es más preciosa que el oro. En comparación viene a ser algo intermedio entre el platino y el radio. De modo que vinieron todos. ¡Hasta el último! Y hay una nave espacial de la Tierra en camino. Llegará dentro de cuatro años. Que no se os olvide.

Desde el altavoz se oyó un clamor lejano e impaciente.

–Ya están aquí –anunció Alstair con serenidad–. Les mostraré cómo funcionan los cohetes. Quizá vosotros podáis ver los fuegos artificiales. Depende de la hora del día en que estéis. ¡Recordad que hay una nave semejante al «Adastra» en camino! Gary, esa firma que le di en el último momento fue un acto de locura, pero me alegro de haberlo hecho. ¡Adiós a los dos!

El altavoz reprodujo los sonidos ululantes, cada vez más alejados. Lejos, muy lejos, en medio de una ciudad llena de enemigos, Alstair iba a mostrarles a los hombres-planta el funcionamiento de los cohetes. Ellos deseaban comprender

todos los detalles de la propulsión de la gran nave, para poder construir o cultivar naves del mismo tamaño y transportar multitudes de ellos hasta un sistema solar poblado de animales.

—Salgamos —propuso Jack con sequedad—. Dijo que lo haría porque no se podía confiar en una máquina para hacerlo. Creí que se había vuelto loco, pero ahora veo que estaba equivocado. Salgamos y miremos el cielo.

Helen obedeció con paso vacilante. Se detuvieron en el prado, mirando el firmamento, y esperaron. Jack imaginó las grandes cámaras de los cohetes del «Adastra». Le pareció ver la extraña procesión entrando: una horda de hombres-planta espectrales y detrás de ellos Alstair, con el rostro como el mármol y sin temblarle las manos ante lo que se disponía a hacer.

Abriría la recámara de uno de los cohetes. Explicaría el campo de desintegración que separa los electrones del hidrógeno, de modo que éste alcanza el paso atómico del helio y éste el del litio mientras el oxígeno del agua se divide literalmente en neutronio y fuerza pura. Alstair respondería a preguntas aullantes. Explicaría el funcionamiento de los motores supersónicos como mandos de fuerza y dirección. No mencionaría que sólo el material de los tubos de los cohetes, y sólo estando sometido a la frecuencia generada por aquellos motores, podía resistir el efecto del campo de desintegración.

No explicaría que, puesto en marcha sin estar conectados esos motores, el cohete se desintegraría, y que la reacción, en ausencia de la vibración protectora, se propagaría a los tubos, a la nave y a todo el planeta, volatilizándolos en una llama púrpura radiante.

No; Alstair no explicaría esto. Les enseñaría a los centaurianos cómo obtener el campo de Caldwell.

El hombre y la muchacha contemplaron el cielo. De improviso, vieron una terrible luz púrpura, que incluso eclipsó el resplandor rojizo del astro central. La luz púrpura persistió durante uno, dos, tres segundos. No hubo estampido. Sólo una ráfaga momentánea de calor insoportable. Luego todo quedó como antes.

El sol con anillos seguía brillando, Nubes parecidas a las de la Tierra flotaban serenamente en un cielo algo menos azul que el terrestre. Los animalitos del «Adastra» pacían satisfechos entre la frondosa vegetación. Las palomas se remontaban alegremente, ejercitando sus alas en libertad.

—Lo hizo —señaló Jack—. Y todas las naves enemigas estaban en el planeta. Ya no hay hombres-planta. No queda nada de su planeta, de su civilización, ni de sus planes de conquistar nuestra Tierra.

En el espacio, no quedaba nada donde se hallara el planeta de los centaurianos. Ni siquiera vapor, ni gases en proceso de enfriamiento. Desapareció como si nunca hubiera existido. Y el hombre y la mujer de la Tierra se hallaban en un planeta que podía ser un paraíso para los seres humanos, y otra nave llegaría pronto, con los de su especie.

—¡Lo hizo! —repitió Jack serenamente—. ¡Que su alma descanse en paz! Nosotros... ahora nosotros podemos pensar en vivir, en vez de pensar en morir.

La seriedad se borró poco a poco de su rostro. Miró a Helen y la abrazó con cariño.

Ella se acercó, alegre, dejando de lado el recuerdo de lo sucedido. Luego preguntó con suavidad:

–¿Qué decía la última orden que Alstair te entregó?

–No la leí –repuso Jack.

La buscó en el bolsillo. El papel apareció arrugado y roto. Lo leyó y se lo mostró a Helen, De acuerdo con los estatutos aprobados antes de que el «Adastra» saliera de la Tierra, toda jurisdicción en el planeta artificial incumbía al comandante de la gran nave. En particular se dispuso que a bordo del «Adastra», el matrimonio legal quedaría constituido por una orden oficial de matrimonio firmada por el comandante. Y el papel que Alstair le entregó a Jack antes de enviarle a lo que creyó ser la muerte sin remisión, era esta orden. Efectivamente, se trataba de un certificado de matrimonio.

Se miraron sonrientes.

–Eso... no habría importado –murmuró Helen, ruborizada–. Te quiero. ¡Pero me alegro!

Una de las palomas liberadas encontró una brizna de paja en el suelo. La cogió. Su compañera la contemplaba con aire solemne. Emitieron arrullos y se alejaron volando con la paja. Por lo visto, después de discutirlo habían decidido que sería una brizna adecuada para iniciar la construcción de un nido.

Los comedores de lotos

Fritz Leiber

The lotus eaters, © 1972 (*The worlds of Fritz Leiber*). Traducción de José M^a. Pomares en *Ciencia Ficción Selección-33*, Libro Amigo 556, Editorial Bruguera S. A., 1978.

Siempre desaprobé enérgicamente la costumbre de castrar a los gatos o esterilizar a las gatas (en base a que tales acciones disminuyen la fortaleza, invaden la individualidad, y son un insulto contra el derecho de todo ser para procrear) hasta que empecé a cuidar una casa y tres gatos castrados en Summerland, en el sur de California. Era una casa maravillosa situada en la seca y abrupta falda de una colina.

No tardé en empezar a comprender a mis tres eunucos.

Mi esposa se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Estaba enferma y sentía una gran afición por el alcohol, los libros y las suaves luces de la chimenea.

Yo alimentaba a los tres gatos: Braggi, un macho enorme, suave, desaseado, con los ojos y el pelo rojo; Fanusi, una pequeña gata beige, con las costumbres de un ser inquieto; y la Gran Duquesa, blanca, con manchas negras, tortuosa y fuerte, que parecía una criatura capaz de cabalgar (aunque no sé muy bien sobre qué corcel) al mando de una tropa de caballería del Oeste.

Braggi era muy cariñoso. Se acercaba a mí y se tendía sobre mis zapatos..., un gran gesto de afectividad.

Fanusi era una neurótica, a pesar de su inquieto comportamiento básico. Aun cuando estuviera galanteando con uno, siempre estaba nerviosa y dispuesta a echar a correr.

La Gran Duquesa no perdía nunca su frialdad, aunque era la más pequeña –si bien la más tuerte– de los tres.

Lo que más me sorprendía de ellos, al cabo de una semana de convivencia, era que todos eran unos asesinos. Traían ratoncillos muertos, e incluso ratas, pájaros y ardillas, que no se comían, sino que arrojaban a mis pies. Creía que eran unos ejemplos perfectos de los deportes sangrientos. De hecho, me di cuenta de que la Gran Duquesa llevaba a cabo cada día una expedición regular de caza, esperando unos pocos minutos en cada uno de los lugares que elegía para matar.

Me preguntaba cómo se las arreglarían para comer, pues, al parecer, nunca se comían a sus presas... Se limitaban a mostrármelas, mientras que su dueña, que era la propietaria de la casa, cuando los puso estrictamente a mi cuidado, me aseguró que cada uno de ellos sólo tomaba dos cucharadas, pequeñas, de comida enlatada para gatos al día. Una afirmación que me dejó inmediatamente asombrado.

No tardé en encontrar la solución a través de mi esposa, que suele comprender a la gente mucho mejor que yo. Cada uno de los tres gatos seguía una ruta regular

hacia cuatro casas condescendientes situadas en el vecindario, donde conseguían buenas provisiones de las mesas de los seres humanos.

Entonces, me di mucha más cuenta de la existencia de un jardín bastante grande, situado al pie de la colina donde se encontraba la casa, y del que mi esposa y yo nos habíamos comprometido a cuidar, junto con los tres gatos cazadores desexualizados (¡qué terrible palabra esa de desexualizar!). Se entregaban a menudo al juego sexual entre ellos mismos; la castración no es un desastre tan grande para la actividad sexual como muchos piensan. Aquellos tres felinos disfrutaban los unos con los otros.

Me sentí aún más interesado por el jardín situado al pie de la casa, desde donde, por las noches, me llegaban los maullidos de los gatos como si se tratara de las toses suaves de los leones.

El jardín era una verdadera jungla. No, peor que una jungla. Era algo muy parecido al caos.

Así pues, comencé primero por intentar arreglar lo peor. Se trataba de una mala hierba que tenía puntas negras, con un aspecto parecido a las primeras agujas de fonógrafo de bambú, pero que mostraba diminutos erizamientos negros en los extremos. Se enganchaban muy decididamente a mis calcetines y pantalones. Pero seguí librándome de ellos con la ayuda de mi esposa.

Entonces, llegué a unos pequeños matorrales erizados, marrones y circulares. No tuve tanto problema para desembarazarme de ellos. La parte posterior del jardín empezó a adquirir el aspecto de algo que yo fuera capaz de conquistar.

Empecé a cortar toda clase de maderas muertas. Había matorrales que contenían bayas rojas, situados en el centro del jardín. Una vez serrada toda la madera inferior, gris, seca y muerta, descubrí bajo ella una simple fuente de cemento. Me imaginé que ni la dueña de la casa que habíamos alquilado –junto con sus tres gatos– estaría al corriente de la existencia de aquella fuente, pues la única atención que había prestado a aquella zona desde hacía cinco años había sido regar el terreno durante media hora cada tarde. Nunca descubrí cómo funcionaba aquella fuente.

Por aquella época, mi esposa sufrió un leve ataque al corazón, pero encontramos a un médico que le hizo mucho bien y tanto ella como yo continuamos manteniendo nuestras solitarias formas de vida: ella en su habitación, y yo ante mi máquina de escribir, en mi estudio, pasando siempre de una a tres enérgicas y sudorosas horas en la parte trasera del jardín.

Limpié las superficies bajas, ahora que había quitado los matorrales más molestos, primero con un machete, y después con una segadora de mano.

Empecé a acercarme entonces a los árboles y al elevado límite de vegetación. Aquello significaba que encontraría mucha más madera seca y muerta. Demasiado para nuestros capaces. Llenaría el coche de cajas de cartón, en las que colocaría mis grises y muertos desechos vegetales, y lo llevaría todo al basurero de la ciudad, un enorme valle sombrío situado detrás de las colinas que daban al mar, pero rodeado siempre de chillonas aves marinas. Él hacer aquello

me produjo una extraña sensación, como si estuviera enterrando a mi esposa... o uno, o todos los gatos que tanto ella como yo estábamos cuidando.

Aproximadamente por esta misma época, Braggi comenzó a visitarme mientras yo trabajaba en el jardín de la colina. Me observaba desde muy cerca y cuando me sentaba sobre el borde de la fuente de cemento para descansar un poco y enjugarme el sudor de la frente, se restregaba lleno de afectividad contra mis tobillos. Yo le acariciaba.

Mi esposa leía sus libros y tomaba sus buenos vasos de licor en nuestra habitación. Cuando miraba hacia abajo desde la amplia ventana lo hacía como queriendo darme a entender su compañía, su afecto y su preocupación por mí. Yo la saludaba con la mano.

Estaba fascinado por las cosas que iba poniendo al descubierto mi trabajo de desbrozar maleza. Mientras trabajaba bajo las ramas grises y muertas de dos aguacates, descubrí toda una «placentera bóveda» hemisférica, como se dice en el poema de Coleridge, una bóveda que se elevaba sobre mi cabeza con enormes hojas verdes y grandes frutos igualmente verdes caídos sobre tierra. Aquella noche, mi esposa y yo nos comimos una enorme ensalada.

Durante los días que siguieron, entregamos a los amigos que nos visitaron un buen número de estos maravillosos frutos de piel granulada.

Por esta época, las dos gatas «alteradas» –la neurótica Fanusi y la majestuosa Gran Duquesa– empezaron a observarme ocasionalmente, mientras Braggi lo seguía haciendo desde cierta distancia, mientras yo trabajaba en el jardín.

Entonces, me lancé al ataque del seto de cinco metros del jardín, todo él verde y vigoroso y cubierto de matas de pequeñas y extrañas bayas amarillas. Quedé extrañado de mis descubrimientos al cortar esta feroz vegetación; tres pequeños árboles de hoja perenne que crecían lateralmente, en su intento de librarse de esta enorme prisión verde y alcanzar el sol; dos hermosas ramas de rosas suavemente amarillentas, que estaban floreciendo; y un pequeño naranjo que mostraba frutos diminutos.

Aquella noche, mi esposa y yo colocamos un hermoso florero en nuestra mesa. Yo experimentaba una gran sensación de triunfo al haber conquistado el jardín.

Pero aquella misma noche, aunque algo más tarde, todo fue horrible. Me desperté de un sueño ligero y deslizándome muy despacio fuera de la gran cama con objeto de no despertar a mi esposa, me puse un batín y me dirigí hacia la parte trasera del jardín.

Cada una de las cosas que yo había cortado estaba creciendo ahora a una velocidad sobrenatural, aunque no sé qué dios o diosa tenía el poder suficiente para hacer aquello.

Me quedé perplejo por un momento... el tiempo suficiente para darme cuenta de que Braggi, Fanusi y la Gran Duquesa me estaban observando desde uno de los lados de la colina, silueteados por la luz de la Luna.

Parecía claro que toda la vegetación –hierbas, hierbajos, matorrales, parras y árboles– estaba decidida a rodearme y estrangularme hasta causarme la muerte a mí y a mi esposa y enterrar la casa.

Me di cuenta de que no había dominado aquello para darle vida, sino que aquello me estaba dominando a mí para darme la muerte. Aunque este pensamiento me planteó la paradoja de que al tratar de dar vida al jardín –liberándolo–, había puesto en marcha sus fuerzas contra mí.

Eché a correr colina arriba y subí las escaleras. Mi esposa se despertó instantáneamente. Cogí una botella de licor para ella. Sin empacar nada, nos dirigimos rápidamente hacia nuestro automóvil, pasando junto a matorrales y hierbas que crecían amenazadoramente y que nos cubrían las piernas. Saltamos al auto y lo pusimos en marcha, abriendo la puerta de atrás y gritando:

–¡Fanusi! ¡Gran Duquesa! ¡Braggi! ¡Saltad adentro!

Para mi propio alivio y máxima extrañeza, así lo hicieron con rapidez: Fanusi casi con un ataque de histerismo; Braggi tan cariñoso como siempre (de hecho, acomodándose sobre mi esposa), y la Gran Duquesa mirando hacia atrás, sobre su hombro blanco manchado de negro, con una actitud orgullosa, observando la vegetación que parecía estar persiguiéndonos.

Días más tarde, envié algunas cartas.

Tres meses después recibí noticias de la pareja propietaria de la casa.

Los puntos principales eran que estaban muy agradecidos por habernos llevado a los tres gatos –que habían sido una molestia para ellos durante mucho tiempo–, pero sin mostrarse dispuestos a recuperar a sus animales domésticos. ¿Y cómo es que había dejado el jardín de atrás en un estado tan desordenado, cuando había prometido arreglarlo? Y además, ¿nos habíamos llevado todos los aguacates?

En vista de todo lo cual, mi ruego de que se nos pagara un poco más por haber cuidado la propiedad parecía ridículo.

Mi esposa y yo nos miramos el uno al otro, mientras que Braggi, Fanusi y la Gran Duquesa nos contemplaban desde los lugares asignados junto a la chimenea que brillaba con luz parpadeante, roja, ondulante y misteriosa, y nos sonreían con sus sonrisas de Cheshire.

Más vasto que los imperios, y más lento

Ursula Kroeber Le Guin

Vaster than empires and more slow, © 1971 (*New dimensions 1*). Traducción de Matilde Horne en *El cuento de ciencia ficción*, selección de Jorge Sánchez, Biblioteca Total 67, Centro Editor de América Latina, 1978.

Ursula Kroeber Le Guin nació el 21 de octubre de 1929 en Berkeley, California, hija del decano de los antropólogos norteamericanos, Alfred L. Kroeber, y de Theodora Kroeber, autora de ese extraordinario estudio sobre una cultura casi extinguida, Ishi in two worlds. Estudió en la Universidad de Columbia, y, mediante una beca Fulbright, en la de París. Está casada con el historiador y profesor Charles Le Guin. Sus cuentos comenzaron a aparecer en las revistas del género a partir de 1962, publicando relatos en: Again dangerous visions, New Dimensions, Orbit, y Galaxy. Sus primeras obras fueron convencionales space opera (relatos de aventuras) como El mundo de Rocannon y Planeta de exilio (ambas de 1966). Escasamente conocida, salta repentinamente a la fama con La mano izquierda de la obscuridad (1969) una rica e imaginativa historia de un mundo extraterrestre llamado "Invierno", donde las costumbres, vida y ciclo sexual de sus habitantes son minuciosamente descritos. La novela fue galardonada con los premios Nebula 1969 y Hugo 1970. Sus obras siguientes fueron La rueda del cielo (1971) y Los desposeídos (1974) que volvió a ganar los premios Nebula 1974 y Hugo 1975. Posteriormente ganó otros premios: Hugo 1973 por El nombre del mundo es bosque (cuento largo), Hugo 1974 por Los que se alejan de Omelas y el Nebula 1974 por El día antes de la revolución, una continuación (en realidad, un prólogo) de Los desposeídos.

Inspirado en unos versos del poema de Andrew Marvel, A his Coy Mistress ("Mi amor vegetal iría creciendo / Más vasto que los imperios, y más lento") este relato, en un estilo original, y a través de una sutil pintura de caracteres propone un íntimo y fascinante acercamiento a los misterios extrasensoriales.

Estás mirando un reloj. Tiene manecillas y cifras dispuestas en círculo. Las manecillas giran. No sabes si giran a igual velocidad o si una gira más rápidamente que la otra. ¿Qué significa eso? Hay una relación entre las manecillas y el círculo de cifras, y el nombre de esa relación lo tienes en la punta de la lengua; las manecillas son algo, con respecto a las cifras. ¿O son las cifras las que... respecto de las manecillas? ¿Qué significa respecto de? Son cifras –tu vocabulario no se ha reducido– y naturalmente sabes contar; uno dos tres cuatro etc., pero tu problema es que no puedes decir cuál es cual. Cada una es una: ella misma. ¿Por dónde empiezas? Si cada una es una, no hay, cuál es la palabra, la tenía hace un instante, una nosequé-ción entre las unas. No hay un entre. Sólo hay un aquí y aquí, una y una. No hay un allá. Maya ha caído. Todo es aquí ahora uno. Pero si todo es ahora y todo aquí y todo uno, no hay un final. Si no hubo comienzo, no puede haber final. Oh Dios, aquí ahora sácame de este...

Estoy tratando de describir las sensaciones de una persona común en el vuelo NAFAL. Para algunas, dotadas de un agudo sentido del tiempo, puede ser mucho peor que esto. Para otras, es apacible, como una bruma narcótica que libera la mente de la tiranía de las horas. Y para unas pocas la experiencia es decididamente mística; la fractancia del tiempo y de la relación las conduce a la intuición de lo eterno. Pero el místico es una rara avis, y para la generalidad de la gente la máxima cercanía a ello, alcanzable en tiempo paradójal, es la plegaria inarticulada y angustiada por la liberación.

Para los saltos largos solían drogar a la gente, pero suspendieron la práctica cuando advirtieron sus efectos. Lo que le sucede a una persona drogada, o enferma, o herida durante un vuelo a velocidad cercana a la de la luz, es, desde luego, indeterminable. Un salto de diez años luz no debiera por lógica afectar de manera diferente a la víctima de sarampión y a la de una bala. El cuerpo envejece apenas unos minutos; ¿por qué entonces el enfermo de sarampión es retirado de la nave convertido en leproso, y el hombre herido en cadáver? Nadie lo sabe, excepto quizás el cuerpo, que conserva la lógica de la carne, y sabe que ha estado supurando, desangrándose o drogado hasta la inconsciencia, durante diez años. Al producirse muchos casos de imbecilidad, se reconoció como un hecho el Efecto Martín Pescador, y cesaron de utilizar drogas y de transportar a los enfermos, a los heridos y a las embarazadas. Para postularse para un vuelo NAFAL se debe tener salud normal y estar decidido a dar el salto.

Pero no es necesario estar cuerdo.

Fue sólo durante las primeras décadas de la Liga, cuando los terráqueos, quizás en un intento de fortalecer su vapuleado ego colectivo, enviaron naves en viajes tremendamente largos, más allá de la bóveda del cielo, allende las estrellas y aún más allá. Buscaban mundos que no hubiesen sido, como todos los mundos conocidos, colonizados o expoliados por los Fundadores de Hain, mundos realmente ignotos; y todos los tripulantes de estas Exploraciones a los Confines eran mentalmente desequilibrados. ¿Quiénes si no, estarían dispuestos a partir en busca de datos que no serían recibidos hasta dentro de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Recibidos por quiénes? Esto ocurría antes del invento del comunicador instantáneo; en ese entonces los viajeros quedaban aislados en el tiempo y en el espacio. Ninguna persona en su sano juicio que hubiese experimentado deslizamientos de tiempo aunque sólo fuese de unas pocas décadas entre mundos cercanos se postularía como voluntario para un viaje de ida y vuelta de medio milenio. Los Exploradores eran escapistas. inadaptados, locos.

Diez de ellos treparon a bordo del ferry en Puerto Smeming en Pesm, y durante los tres días que el ferry tardó en llevarlos a la nave, *Guma*, hicieron tentativas diversamente ineptas por conocerse unos a otros. *Guma* es un sobrenombre común en cetiano bajo, equivale a Bebé o Chiquitina. Había un cetiano bajo en el equipo, un cetiano peludo, dos hainianos, una beldene y cinco terráqueos; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el gobierno de la Tierra. Esta tripulación heterogénea abordó la nave reptando uno a uno a través del tubo de acoplamiento, como tímidos espermatozoides que fecundaran el universo. El ferry se alejó, y el piloto puso a *Guma* en camino. Durante varias horas la nave flotó en el filo del espacio a unos pocos centenares de millones de millas de Pesm, y luego desapareció bruscamente.

Cuando, luego de diez horas y veintinueve minutos, o sea 256 años, *Guma* reapareció en el espacio normal, debía estar, supuestamente, en las inmediaciones de la Estrella KG-T-96651. Y así era, allí estaba la chispeante y dorada cabeza de alfiler de la estrella. En alguna parte de la esfera de cuatrocientos millones de kilómetros tendría que haber también un planeta verdoso, Mundo 4470, tal como fuera relevado mucho tiempo atrás por un cartógrafo cetiano. Ahora la nave tenía que localizar el planeta. Esto no era tan fácil como podría parecer, en un pajar de cuatrocientos millones de kilómetros. Y *Guma* no podía revolotear en el espacio planetario a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hacía, ella y la Estrella KG-T-96651 y el mundo 4470 corrían el riesgo de estallar y hacerse añicos. Tenía que reptar, a propulsión por cohete, a razón de unos pocos centenares de miles de millas por hora. El piloto matemático, Asnanifoil, tenía una idea bastante aproximada de dónde debía estar el planeta y calculó que podrían llegar a él dentro de diez días terrestres. Mientras tanto los miembros de la Expedición se fueron conociendo todavía mejor.

–No lo puedo aguantar –dijo Porlock, el Científico Duro (química, más física, astronomía, geología, etcétera), y en su mostacho aparecieron burbujitas de saliva–. Ese hombre es demente. No entiendo cómo lo declararon apto para formar parte de un Equipo, a menos que éste sea un experimento deliberado de incompatibilidades, fraguado por la Autoridad, y nos estén utilizando como conejitos de Indias.

–Nosotros por lo general empleamos ardillas y vampirillos hainianos –dijo amablemente Mannon, el Científico Blando (psicología, más psiquiatría, antropología, ecología, etcétera); era uno de los hainianos–. En lugar de conejillos de indias. Bueno, ustedes saben, el señor Osden es por cierto un caso muy raro. En realidad, es el único caso totalmente curado del Síndrome de Render, una variante del autismo infantil que considerábamos incurable. El eminente analista terráqueo Hammergeld llegó a la conclusión de que la causa de la conducta autista era en este caso una capacidad de empatía supranormal, y dio con el tratamiento adecuado. El señor Osden es el primer paciente que ha sido sometido a dicho tratamiento, y en verdad vivió con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia tuvo un éxito total.

–¿Total?

–Bueno, sí. No cabe duda de que no es autista.

–No, es insoportable.

–Bueno, les diré –prosiguió Mannon, mirando sin inmutarse los hilillos de saliva en el bigote de Porlock–, la reacción defensiva-agresiva normal entre extraños que acaban de conocerse, digamos por ejemplo usted y el señor Osden, es algo de lo que uno rara vez es consciente; los hábitos, la educación, la despreocupación hacen que uno la pase por alto; ustedes han aprendido a ignorarla, al punto que serían capaces de negar su existencia. El señor Osden en cambio, por ser émpata la percibe. Percibe sus propios sentimientos y los vuestros, y se ve en figurillas para saber cuál es cual. Digamos que hay un elemento normal de hostilidad hacia cualquier desconocido en vuestra reacción emocional frente a él cuando lo conocéis, amén del rechazo espontáneo que os produce su aspecto, o su forma de vestirse, o de dar la mano... lo que sea. Él siente ese rechazo. Como

su defensa autística ha sido neutralizada, recurre a un mecanismo de defensa agresivo, una respuesta en especie a la agresión que vosotros inconscientemente habéis proyectado en él –Mannon se explayó en su tema durante largo rato.

–Nada le da a un hombre el derecho de ser tan hijo de puta –dijo Porlock.

–¿No puede des-sintonizarnos? –preguntó Harfex, el biólogo, otro hainiano.

–Es como oír –dijo Olleroo, Auxiliar del Científico Duro, mientras se agachaba para pintarse las uñas de los dedos de los pies con laca fluorescente–. Uno no tiene párpados en las orejas. No hay una llave que desconecte la empatía. Lo quiera o no, oye lo que nosotros sentimos.

–¿Sabe lo que estamos pensando? –preguntó Eskwana, el Ingeniero, mirando de hito en hito a los demás, realmente asustado.

–No –replicó Porlock con aspereza–. ¡Empatía no es telepatía! Nadie es telépatha.

–No es tan así –dijo Mannon, con su sonrisita de siempre–. Poco antes de partir de Hain se recibió una comunicación interesantísima de uno de los mundos recientemente redescubiertos, un hilfero llamado Rocannon informó que parece haber entre los miembros de una raza homínida mutada una técnica para enseñar telepatía; yo sólo vi una sinopsis en el Boletín HILF, pero... –y continuó con su perorata. Los otros se habían dado cuenta de que podían conversar mientras Mannon desarrollaba sus disertaciones; él no parecía darle importancia, ni tampoco perder mucho de cuanto manifestaban los demás.

–Entonces, ¿por qué nos odia? –preguntó Eskwana.

–Nadie te odia a ti, Ander, encanto –dijo Olleroo, mientras embadurnaba de rosa fluorescente la uña del pulgar izquierdo de Eskwana. El ingeniero se ruborizó y sonrió vagamente.

–Actúa como si nos odiase –dijo Haito, la Coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendente, áspera, profunda y suave, como una joven rana bramadora–. ¿Por qué, si nuestra hostilidad lo hace sufrir, la empeora con sus ataques e insultos constantes? No puedo decir que tenga una alta opinión de la cura del doctor Hammergeld, Mannon; tal vez el autismo sería preferible.

Calló bruscamente. Osdén acababa de entrar en la cabina principal.

Daba la impresión de un hombre a quien le hubieran arrancado la piel. Su tez, de una blancura y una transparencia morbosas, mostraba los vasos sanguíneos como un desteñido mapa de carreteras trazado en rojo y azul. La manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y ligamentos de las muñecas y las manos, todo se veía nítidamente como exhibiéndose para una clase de anatomía. El pelo era de un claro color herrumbre, como sangre reseca. Tenía cejas y pestañas, pero sólo eran visibles bajo ciertas luces; lo que uno veía eran los huesos de las órbitas, la red de las venillas de los párpados y los ojos incoloros. No eran rojos, porque Osdén no era realmente albino, pero tampoco eran azules ni grises; los colores se habían borrado de los ojos de Osdén, dejando una fría claridad acuosa, infinitamente penetrable. Nunca miraba a nadie

de frente. Tenía un rostro inexpresivo, semejante a un dibujo anatómico, o a un rostro desollado.

–Concuerdo –dijo en una alta y áspera voz de tenor– que incluso el retraimiento autístico sería preferible al smog de las baratas emociones de segunda mano con que me rodean todos ustedes. ¿Por qué exudas odio ahora, Porlock? ¿No puedes soportar mi vista? Ve a practicar un poco de autoerotismo como lo hacías anoche, eso mejora tus vibraciones. ¿Quién demonios tocó mis cintas? Que nadie, ninguno de vosotros, toque mis cosas. No lo permitiré.

–Osden –dijo Asnanifoil, el cetiano peludo, con su voz amplia y despaciosa– ¿por qué eres tan hijo de puta?

Ander Eskwana se contrajo y ocultó la cara entre las manos. Los enfrentamientos lo asustaban. Olleroo, eterna espectadora, miraba con una expresión ausente y a la vez ávida.

–¿Por qué no voy a serlo? –dijo Osden. No miraba a Asnanifoil y se mantenía físicamente tan distante de todos ellos como lo permitían las dimensiones de la atestada cabina–. Ninguno de vosotros constituye por sí mismo una razón valedera para hacerme cambiar de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; rara vez los cetianos están dispuestos a decir lo que es obvio. Harfex, un hombre reservado y paciente, dijo:

–La razón es que tendremos que pasar varios años juntos. La vida será más agradable para todos nosotros, si...

–¿No entiendes que me importa un bledo de todos vosotros? –dijo Osden y recogió sus cintas y salió.

Eskwana se había quedado dormido repentinamente. Asnanifoil dibujaba espirales en el aire con un dedo y musitaba las primas del Ritual.

–Uno no puede explicarse su presencia en el equipo a menos que sea una confabulación por parte de la Autoridad Terráquea. Esto lo comprendí desde el primer momento. Esta misión está condenada al fracaso –murmuró Harfax al oído de la Coordinadora, mientras echaba una mirada por encima del hombro.

Porlock jugueteaba con el botón de su bragueta: tenía lágrimas en los ojos.

–Ya les dije que eran todos locos, pero ustedes creyeron que yo exageraba.

Locos y todo, no les faltaba razón. Los Exploradores de los Confines contaban con que sus compañeros de equipo serían inteligentes, expertos, inestables y personalmente considerados. Debían trabajar juntos en contacto íntimo y en lugares desagradables y era de esperar que las paranoias, depresiones, manías, fobias y compulsiones de los otros fuesen lo bastante leves como para permitir buenas relaciones personales, al menos la mayor parte del tiempo. Osden podía ser inteligente, pero su educación dejaba mucho que desear y su personalidad era desastrosa. Había sido enviado únicamente a causa de su don singular, su capacidad empática: hablando con propiedad, el amplio espectro de su receptividad bioempática. Su don no era específico para una especie: podía captar emociones o vivencias de todo lo dotado de sensibilidad e inteligencia.

Podía compartir la lujuria de una rata blanca, el sufrimiento de una cucaracha aplastada, la fototropía de una polilla. En un mundo desconocido, había resuelto la Autoridad, sería útil saber si algo que está en las cercanías tiene sensibilidad e inteligencia, y de ser así, cuáles son sus sentimientos hacia uno. El cargo de Osden era inédito: era el Sensor del grupo.

–¿Qué es la emoción, Osden? –le preguntó un día Haito Tomiko en la cabina principal, tratando de entablar alguna relación con él–. ¿Qué es, exactamente, lo que captas con tu sensibilidad empática?

–Mierda –contestó el hombre con su voz aguda, exasperada–. Los excrementos psíquicos del reino animal. Vadeo en medio de vuestras heces.

–Estaba tratando –dijo Tomiko– de conocer algunos hechos. –Tenía la convicción de que su tono de voz era admirablemente sereno.

–No te interesaba ningún hecho. Estabas tratando de escarbar en mí. Con algo de miedo, un poco de curiosidad y mucha repugnancia. En la misma forma en que tratarías de hurgar a un perro muerto para ver reptar las larvas. ¿Entenderás de una vez por todas que no quiero que me manoseen, que quiero que me dejen en paz? –Tenía manchas rojas y moradas en la piel, y había levantando la voz–. ¡Ve a revolcarte en tu propia mierda, putita amarilla! –chilló, ante el silencio de Tomiko.

–Tranquilízate –le dijo ella, siempre serena, pero se marchó al instante y se dirigió a su camarote.

Naturalmente, Osden no se había equivocado en cuanto a sus motivos; su pregunta había sido más que nada un pretexto, un mero intento de despertar su interés. Pero ¿qué mal había en ello? ¿Acaso tal esfuerzo no implicaba un respeto por el otro? En el momento de formularle la pregunta, había sentido a lo sumo una desconfianza levísima; más que otra cosa había sentido lástima por él, el pobre bastardo arrogante y ponzoñoso, Señor Sinpellejo, como lo llamaba Olleroo. ¿Qué esperaba obtener con su forma de actuar? ¿Amor?

–Sospecho que no puede soportar que nadie lo compadezca –dijo Olleroo, quien, tendida en la litera baja, se doraba los pezones.

–Entonces no puede entablar ninguna relación humana. Todo cuanto hizo su famoso doctor Hammergeld fue darle vuelta el autismo del revés...

–Pobre infeliz –dijo Olleroo–. Tomiko, no te molesta que Harfex venga un rato esta noche, ¿verdad?

–¿No puedes ir tú a su camarote? Estoy harta de pasarme las horas en la Principal con ese maldito nabo pelado .

–Lo detestas, ¿verdad? Sospecho que él lo percibe. Pero también anoche dormí con Harfex, y Asnanifoil podría ponerse celoso, puesto que comparten la cabina. Aquí sería más agradable.

–Sírvelos a los dos –dijo Tomiko con la grosería de la virtud ofendida. Su subcultura terráquea, la del Lejano Oriente, era puritana; había sido educada en la castidad.

–Es que sólo me gusta uno por noche –respondió Olleroo con inocente serenidad. Beldene, el Planeta Jardín, nunca había inventado la castidad ni la rueda.

–Prueba con Osden, entonces –dijo Torniko. Rara vez su inestabilidad personal era tan evidente como en ese momento; una profunda falta de confianza en sí misma que se manifestaba como una tendencia destructiva. Se había ofrecido como voluntaria para esa misión porque, con toda probabilidad, no tendría utilidad alguna.

Pincel en mano, los ojos muy abiertos, la pequeña beldene levantó la cabeza.

–Tomiko, dijiste una cosa muy fea.

–¿Por qué?

–¡Sería una ruindad! ¡Osden no me atrae!

–No sabía que eso te importase –dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí lo sabía. Recogió algunos papeles y salió de la cabina, agregando–: Espero que tú y Harfex o quien sea terminen para la última campanada; estoy cansada.

Olleroo estaba llorando, las lágrimas goteaban sobre sus pequeños pezones dorados. Tenía el llanto fácil. Tomiko no sabía lo que era llorar desde los diez años.

No era una nave feliz; pero las cosas mejoraron un poco cuando Asnanifoil y su computadora localizaron el Mundo 4470. Allí estaba, una gema verde oscuro, como la verdad en el fondo de un pozo de gravedad. Mientras veían crecer el disco color jade, un sentimiento de solidaridad nació entre ellos. El egoísmo de Osden, su incisiva crueldad, servía ahora para unir a los otros.

–Tal vez –dijo Mannon– fue enviado a modo de paragolpes. Lo que los terráqueos llaman chivo emisario. Quizás en definitiva su influencia sea benéfica.

Y nadie discrepó, tanto cuidado ponían en ser amables los unos con los otros.

Entraron en órbita. Del lado de la noche no había luces, y en los continentes, ninguna de las huellas y terrones que amontonan los animales constructores.

–No hay hombres –murmuró Harfex.

–Claro que no –replicó con aspereza Osden, quien tenía un pantavisor para él solo y la cabeza metida en una bolsa de politeno. Aseguraba que el plástico atenuaba los ruidos empáticos que recibía de los demás–. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión Hainiana, y no hay hombres fuera de ella. En ninguna parte. No pensarán ustedes que la Creación cometería dos veces el mismo espantoso error.

Nadie le prestaba mucha atención; todos miraban con afecto la inmensidad de jade que se tendía allá abajo, donde había vida, pero no vida humana. Para ellos, que eran inadaptados entre los hombres, lo que veían no era desolación, sino paz. El mismo Osden parecía menos inexpresivo que de costumbre: fruncía el ceño.

Descenso en fuego sobre el mar; reconocimiento aéreo; aterrizaje. Una llanura de algo semejante a pastos, espesa, verde, tallos ondulantes, rodeaba la nave, rozaba las cámaras de visión panorámica, embadurnaba las lentes con un polen finísimo.

–Parece ser una pura fitoesfera –dijo Harfex–. Osdén, ¿captas algo sensible?

Todos se volvieron para mirar al Sensor. Osdén se había retirado de la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a preguntas verbales.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar era absolutamente inaplicable en estos equipos de Científicos Locos; el orden jerárquico era un algo que fluctuaba entre el sistema parlamentario y la ley del más fuerte y habría enloquecido a cualquier oficial del servicio regular. No obstante, por una inescrutable decisión de la Autoridad, a la doctora Haito Tomiko se le había conferido el título de Coordinadora, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

–Señor Sensor Osdén –dijo–, tenga la amabilidad de contestarle al señor Harfex.

–¿Cómo puedo "captar" nada del exterior –dijo Osdén sin volverse– cuando alrededor de mí pululan, como lombrices en una lata, las emociones de nueve homínidos neuróticos? Cuando tenga algo que decir, lo diré. Conozco mi responsabilidad como Sensor. Sin embargo, si vuelve a tomarse la libertad de darme órdenes, Coordinadora Haito, consideraré caduca mi responsabilidad.

–Muy bien, señor Sensor. Confío que de ahora en adelante no tendré necesidad de darle órdenes.

La voz de rana bramadora de Tomiko era calma, pero Osdén pareció estremecerse ligeramente mientras seguía dándole la espalda; como si la marejada del contenido rencor de Tomiko lo hubiese golpeado con fuerza física.

La intención del biólogo se vio confirmada. Cuando iniciaron los análisis de campo no encontraron animales entre la microbiota. Aquí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida eran fotosintéticas o saprófagas, vivían de la luz o de la muerte, no de la vida. Plantas: infinidad de plantas, ni una sola especie conocida por los visitantes de la Morada del Hombre. Infinitos matices e intensidades de verde, violeta, púrpura, castaño, rojo. Infinitos silencios. Sólo el viento se movía, meciendo las hojas y las frondas, un suspirante viento tibio cargado de esporas y pólenes, soplando el dulce polvillo verde pálido por las praderas de altas hierbas, brezales que no eran brezos, bosques sin flores jamás hollados, jamás contemplados por ojo alguno. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Exploradores, vagabundeando como excursionistas por las soleadas llanuras de filicaliformes violetas, hablaban unos con otros en voz baja. Sabían que sus voces rompían un silencio de un millón de años, el silencio del viento y de las hojas, de las hojas y el viento, que soplaba y cesaba y volvía a soplar. Hablaban en voz baja; pero, por ser humanos, hablaban.

–Pobre Osdén –dijo Jenny Chong, Bio y Tec, mientras pilotaba un helijet por la vía del Cuadrante Polar Boreal–. Semejante equipo de alta fidelidad en su cerebro y nada para recibir. ¡Qué desperdicio!

–Me dijo que odia las plantas –comentó Olleroo con una risita.

–Yo hubiera dicho que le gustaban, ya que no lo fastidian como lo hacemos nosotros.

–No puedo decir que a mí me gusten mucho estas plantas –dijo Porlock mirando desde lo alto las ondulaciones purpúreas del Bosque Circumpolar Boreal–. Todo es igual. No hay pensamiento. Ninguna variante. Aquí un hombre a solas se volvería loco.

–Pero todo está vivo –dijo Jenny Chong–. Y si vive, Osden lo aborrece.

–En realidad no es tan malo –dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de soslayo y le preguntó:

–¿Dormiste con él alguna vez, Olleroo?

Olleroo estalló en llanto.

–¡Sois obscenos vosotros, los terráqueos!

–No, no lo hizo –dijo Jenny Chong, siempre lista para defender–. ¿Y tú, Porlock?

El químico se rió con nerviosidad: Ja, ja, ja. Hilillos de saliva le aparecieron en el bigote.

–Osden no puede soportar que lo toquen –dijo Olleroo con un estremecimiento–. Una vez lo rocé apenas, accidentalmente, y me apartó de un empujón, como una cosa... inmundada. Todos nosotros no somos más que cosas para él.

–Es perverso –dijo Porlock con una voz estrangulada que sobresaltó a las dos mujeres–. Acabará por despedazar a este equipo sabotearlo, de uno u otro modo. Recuerden lo que les digo. ¡No es apto para vivir con otras personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Sobre colinas bajas ardía un sol de medianoche. Cortos y secos pastos briofórmes, de un rosado verdoso, se extendían en todas direcciones, que eran una sola dirección, el sur. Anonadados por el increíble silencio, los tres Exploradores montaron sus instrumentos y recogieron sus muestras, tres virus contorsionándose intermitentemente sobre el pellejo de un gigante inmóvil.

Nadie le pedía a Osden que lo acompañase como piloto o fotógrafo o grabador, y él nunca se ofrecía voluntariamente, de modo que rara vez se alejaba del campamento base. Alimentaba con los datos taxonómicos botánicos de Harfex a las computadoras de a bordo y actuaba como auxiliar de Eskwana, cuya tarea principal era la de reparación y mantenimiento. Eskwana había empezado a dormir mucho, veinticinco horas o más del día de treinta y dos, quedándose dormido en medio de la reparación de una radio o mientras revisaba los circuitos orientadores de un helijet. La Coordinadora permaneció un día en la base, para observar. Nadie más quedaba allí, excepto Poswet To, que sufría ataques de epilepsia; ese día Mannon la había conectado a un circuito de terapia en un estado de catatonia preventiva. Tomiko leía los informes a los bancos de memoria y no perdía de vista a Osden y Eskwana. Pasaron dos horas.

–Creo que tendrías que usar los 860 microwaldos para cerrar ese circuito –dijo Eskwana con su voz suave, vacilante.

–¡Por supuesto!

–Perdona. Acabo de ver que tenías los de 840...

–Y los volveré a poner cuando saque los de 860. Cuando no sepa cómo proceder, Ingeniero, le pediré su consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko miró. Como era de esperar allí estaba Eskwana profundamente dormido, la cabeza sobre la mesa, el pulgar en la boca.

–Osden.

El rostro blanco no se volvió, ni siquiera habló, pero dio a entender con impaciencia que estaba escuchando.

–No puedes ignorar la vulnerabilidad de Eskwana.

–Yo no soy responsable de sus reacciones psicopáticas.

–Pero eres responsable de las tuyas. Eskwana es indispensable para nuestro trabajo, aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, debes alejarte de él.

Osden soltó sus instrumentos y se levantó.

–¡Con mucho gusto! –dijo con su voz vengativa y raspante–. No puedes imaginarte lo que es experimentar los terrores irracionales de Eskwana. ¡Tener que compartir su horrible cobardía, tener que temblar con él por todo!

–¿Estás tratando de justificar tu crueldad hacia él? Creí que tenías más dignidad –se dio cuenta de que el despecho la hacía temblar–. Si es verdad que tus poderes empáticos te hacen compartir las angustias de Ander, ¿por qué nunca te inducen a sentir por él un mínimo de compasión?

–Compasión –dijo Osden–. Compasión. ¿Qué sabes tú de compasión?

Ella no le quitaba los ojos de encima, pero él se negaba a mirarla.

–¿Te gustaría que verbalice tu actual estado emocional con respecto a mí? –dijo–. Es algo que puedo hacer con más precisión que tú. Estoy adiestrado para analizar ese tipo de reacciones en cuanto las recibo. Y te aseguro que las recibo.

–Pero ¿cómo puedes esperar que yo sienta afecto por ti cuando te comportas de esta manera?

–¿Qué importancia tiene cómo me comporto, cerda estúpida? ¿Crees que eso puede cambiar las cosas? ¿Supones que el humano común es un pozo de bondad? Mi alternativa es ser odiado o despreciado. Como no soy una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

–Esas son sandeces. Autocompasión. Todo hombre tiene...

–Pero yo no soy un hombre –dijo Osden–. Están todos ustedes. Y estoy yo. Yo soy uno.

Horrorizada por ese vislumbre de un solipsismo tan abismal, Tomiko enmudeció durante un rato; luego dijo, sin piedad ni desprecio, clínicamente:

–Podrías suicidarte, Osden.

–Eso queda para ti, Haito –se burló–. Yo no soy depresivo y el seppuku no es para mí. ¿Qué quieres que haga aquí?

–Irte. Libéranos a nosotros y libérate tú. Toma el aeroplano y un alimentador de datos y vete a hacer un recuento de especies. En el bosque; Harfex todavía no ha empezado con los bosques. Toma cien metros cuadrados de zona boscosa, en cualquier lugar que se encuentre al alcance de la radio. Pero fuera del alcance de la empatía. Informa todos los días a las ocho y a las veinticuatro horas.

Osden partió, y nada se supo de él durante cinco días excepto sus lacónicas señales de "todo bien" dos veces al día. El estado de ánimo en el campamento de base cambió como el decorado de un escenario. Eskwana permanecía despierto durante dieciocho horas diarias. Poswet To sacó su laúd estelar y entonó las armonías celestiales (la música ponía frenético a Osden). Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko, todos prescindieron de los tranquilizantes. Porlock destiló algo en su laboratorio y se lo bebió a solas. Cogió una borrachera. Asnanifoil y Poswet To oficiaron durante toda una noche una Epifanía Numérica, esa orgía mística de la matemática superior que es el placer supremo del alma religiosa cetiana. Olleroo durmió con todo el mundo. Los trabajos marchaban a las mil maravillas.

El Científico Duro venía corriendo hacia la base, abriéndose paso entre los tallos altos y carnosos de las gramíneas.

–Hay algo... en el bosque...

Los ojos se le escapaban de las órbitas, jadeaba, le temblaban el mostacho y los dedos.

–Algo grande. Moviéndose detrás de mí. Estaba agachado, poniendo un mojón. Se me vino encima.

Como si se descolgara de los árboles. Detrás de mí.

Miraba a todos con ojos opacos de terror o agotamiento.

–Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Ahora espera, vuelve a repetirlo. Viste algo...

–No claramente. Sólo el movimiento. Deliberado. Un... una... no sé qué podía ser. Algo con movimiento propio. En los árboles, los arboriformes, o como quieran llamarlos. A la entrada del bosque.

Harfex tenía una expresión sombría.

–Aquí no hay nada que pueda haberte atacado Porlock. Ni siquiera hay microzoos. No puede haber sido un animal grande.

–¿No habrá sido una epífita que cayó súbitamente, una liana que se soltó detrás de ti?

–No –dijo Porlock–. Bajaba hacia mí, por entre las ramas, rápidamente. Cuando me volví, subió otra vez, escapó. Hacía ruido, algo así como un crujido. ¡Si no era un animal, sólo Dios sabe qué era! Era grande... tan grande como un hombre, por lo menos. Tal vez de color rojizo. No alcancé a ver, no estoy seguro.

–Era Osden –dijo Jenny Chong– haciéndose el Tarzán.

Rió, nerviosa, y Tomiko reprimió una absurda carcajada salvaje. Pero Harfex no sonreía.

–Uno se pone nervioso bajo los arboriformes –dijo con su voz educada y contenida–. Eso he observado. En realidad, esa puede ser la razón por la cual he estado postergando los trabajos en los bosques. Hay algo hipnótico en los colores y la disposición de los tallos y las ramas, especialmente en los helechiformes; y los esporangios crecen con una regularidad tan matemática que parece antinatural. Para mí es muy desagradable, subjetivamente hablando. Me pregunto si un efecto agudizado de esta naturaleza no podría haber producido una alucinación...

Porlock sacudió la cabeza. Se humedeció los labios.

–Estaba allí –dijo–. Algo. Avanzando con un propósito deliberado. Tratando de atacarme por la espalda.

Cuando Osden llamó puntual como de costumbre, a las veinticuatro horas de esa noche, Harfex le transmitió el informe de Porlock.

–¿Ha tropezado usted con algo, señor Osden, que pudiera corroborar la impresión del señor Porlock de una forma de vida sensitiva y dotada de movimiento, en el bosque?

Ssss, dijo la radio, sardónica.

–No. Mierda –dijo la voz desagradable de Osden.

–En realidad usted ha estado en el bosque más tiempo que cualquiera de nosotros –dijo Harfex con imperturbable amabilidad–. ¿Concuerda usted con mi impresión de que la atmósfera del bosque tiene un efecto un tanto perturbador y alucinógeno sobre las percepciones?

Ssss.

–Concuerdo en que las percepciones de Porlock se perturban con facilidad. Reténgalo en el laboratorio, hará menos daño. ¿Algo más?

–No por el momento –dijo Harfex, y Osden cortó.

Nadie creía en la historia de Porlock, y nadie podía dejar de creerla. Él estaba seguro de que algo, algo grande, había tratado de atacarlo por sorpresa. Era difícil negarlo, pues estaban en un mundo extraño, y todos los que habían entrado en el bosque habían sentido un escalofrío de temor y presentimiento debajo de

los *árboles*. (—Llámenlos árboles, sí —había dicho Harfex—: Eso es lo que en realidad son, Sólo que totalmente diferentes.) Todos reconocieron que habían experimentado cierta desazón o la sensación de que algo los vigilaba a sus espaldas.

—Tenemos que poner esto en claro —dijo Porlock, y pidió que lo enviasen a los bosques como Auxiliar Temporal del Biólogo, al igual que Osden, para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron para acompañarlo siempre que pudiesen ir en pareja. Harfex los envió a todos al bosque cercano al campamento, una extensa área que abarcaba cuatro quintas partes del Continente D. Les prohibió llevar armas blancas. No debían salir de un semicírculo de cincuenta kilómetros, que incluía el puesto de Osden. Los tres informaron dos veces diarias, durante tres días. Porlock comunicó haber vislumbrado lo que parecía ser una gran forma semierecta que se movía entre los árboles del otro lado del río; Olleroo estaba segura de haber oído moverse algo cerca de la tienda de campaña, la segunda noche.

—No hay animales en este planeta —decía Harfex con terquedad.

Entonces, una mañana Osden no llamó.

Tomiko esperó menos de una hora, luego voló con Harfex al área donde, según el informe de la noche anterior, Osden había acampado. Pero cuando el helijet planeó sobre el mar de hojas purpúreas, ilimitado, impenetrable, Tomiko sintió pánico y desesperación.

—¿Cómo vamos a encontrarlo en esto?

—Informó que desembarcaba a la orilla del río. Busquemos el aeroauto; tiene que haber acampado cerca de él, y no puede haberse alejado mucho de su campamento. El recuento de especies es un trabajo lento. Allí está el río.

—Allí está el auto —dijo Tomiko, al divisar el centelleo ajeno a los colores y sombras de la vegetación—. Vamos, pues.

Puso la nave en flotación fija y arrojó la escala. Ella y Harfex descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Tan pronto sus pies tocaron el suelo del bosque, abrió su cartuchera; luego, tras una mirada de soslayo a Harfex, que no llevaba arma, no sacó el revólver, aunque su mano volvía a él constantemente. Apenas se alejaron unos pocos metros del río, lento y parduzco, el silencio fue total y la luz penumbrosa. Grandes troncos muy separados, casi regularmente, casi idénticos; de corteza blanda, algunos parecían tersos y otros de consistencia esponjosa, grises o pardo-verdosos o pardos, entrelazados con lianas gruesas como cables y festoneados de epífitas que extendían rígidas marañas de enormes hojas oscuras caliciformes que tendían una techumbre de veinte a treinta metros de espesor. El suelo bajo los pies era mullido como un colchón, cada milímetro anudado de raíces y salpicado de plántulas de hojas carnosas.

—Aquí está su carpa —dijo Tomiko, intimidada por el sonido de su propia voz en esa inmensa comunidad de lo insonoro. En la carpa estaban el saco de dormir de Osden, un par de libros, una caja de raciones. Tendríamos que llamarlo a gritos,

pensó, pero ni siquiera lo sugirió; tampoco lo insinuó Harfex. Partieron en direcciones opuestas desde la carpa, teniendo cuidado de no perderse de vista el uno al otro a través de los exuberantes testigos, la penumbra opresiva. Tropezó con el cuerpo de Osden, a menos de treinta metros de la carpa, guiada por el resplandor blancuzco de una libreta de apuntes caída junto a él. Yacía de cara al suelo entre dos árboles de inmensas raíces. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía roja y rezumante.

Harfex apareció junto a ella, su pálida tez hainiana completamente verde en la penumbra.

—¿Muerto?

—No. Lo han golpeado. Apaleado. Desde atrás —los dedos de Tomiko palparon el cráneo, la nuca y las sienes ensangrentadas—. Un arma o una herramienta... no encuentro fracturas.

En el momento en que daba la vuelta al cuerpo para poder levantarlo, Osden abrió los ojos. Inclineda sobre su rostro, Tomiko lo sostenía. Los labios pálidos se contrajeron. Un terror mortal la sobrecogió. Gritó despavorida dos o tres veces y trató de escapar, resbalando y tropezando en aquella terrible oscuridad. Harfex la retuvo; el contacto de su mano y el sonido de su voz la apaciguaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —le decía Harfex.

—No sé —sollozó. El corazón le latía aún desacompañado. No veía con claridad—. El miedo... el... sentí un terror pánico. Cuando le vi los ojos.

—Los dos estamos nerviosos. No comprendo este...

—Ahora estoy bien, vamos, tenemos que atenderlo.

Trabajando ambos con una prisa insensata, llevaron a Osden hasta la orilla del río y lo izaron con una soga bajo los brazos; el cuerpo se bamboleó como un peso muerto y por un instante giró sobre el oscuro y glutinoso mar de follaje. Lo metieron en el helijet y partieron.

Un minuto después volaban sobre una pradera. Tomiko fijó el radar de regreso automático. Respiró hondo, y sus ojos encontraron los de Harfex.

—Me asusté tanto que estuve a punto de desmayarme. Nunca me había pasado esto.

—Yo también... sentí un miedo irracional —dijo el hainiano, y en verdad parecía avejentado y conmovido—. No tan pavoroso como el tuyo. Pero tan irracional.

—Fue el contacto con él, cuando lo sostenía. Por un momento parecía estar consciente.

—¿Empatía?... Espero que pueda decirnos qué fue lo que lo atacó.

Osden, como un muñeco roto cubierto de sangre y barro, seguía semiacostado en el asiento trasero, tal como lo habían arrojado en su enloquecida premura por salir del bosque.

Otra oleada de pánico los esperaba en el campamento. La inútil brutalidad del ataque era siniestra y desconcertante. Desde el momento que Harfex negaba obcecadamente la existencia de vida animal, empezaron a especular sobre la posibilidad de que hubiera plantas capaces de sentir y reaccionar, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong afloró, y ya no pudo hablar de otra cosa que no fuese los Egos oscuros que a sol y a sombra seguían a la gente sin dejarse ver. Ella y Olleroo y Porlock habían sido llamados de vuelta a la base; y nadie tenía muchas ganas de alejarse de ella.

Osden había perdido sangre en abundancia durante las tres o cuatro horas en que había yacido abandonado en el bosque, y la concusión y las contusiones graves lo habían llevado a un estado de conmoción y semi-coma. Al salir de ese estado se inició una etapa febril, durante la cual llamó varias veces al "Doctor" con voz quejumbrosa. "Doctor Hammergeid..." Cuando recobró el conocimiento, al cabo de dos de esos largos días, Tomiko se reunió con Harfex en el cubículo del herido.

—Osden ¿puedes decirnos qué te atacó?

Los ojos pálidos pestañearon eludiendo la cara de Harfex.

—Fuiste atacado —le dijo Tomiko con dulzura. La mirada escurridiza era odiosamente familiar, pero ella era el médico, la protectora del herido—. Tal vez no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

—¡Ah! —gritó Osden, con los ojos ardientes y el semblante crispado—. El bosque... en el bosque...

—¿Qué hay en el bosque?

Boqueó tratando de respirar. Una expresión de mayor lucidez apareció en su rostro. Al cabo de un rato dijo:

—No sé.

—¿Viste lo que te atacó? —le preguntó Harfex.

—No sé.

—Ahora tienes que recordarlo.

—No sé.

—La vida de todos nosotros puede depender de ello. ¡Debes decirnos lo que viste!

—No sé —dijo Osden, sollozando de debilidad. Estaba demasiado débil para esconder el hecho de que estaba ocultando la respuesta, y sin embargo se negaba a darla. Porlock, pegado al cubículo, se mordisqueaba el bigote color pimienta y trataba de oír lo que se hablaba. Harfex se inclinó sobre Osden y dijo:

—Nos *lo vas* a decir...

Tomiko tuvo que interponerse.

Harfex se controló con un esfuerzo penoso. Se marchó en silencio a su habitación, donde sin duda tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los otros hombres y mujeres, dispersos por el gran edificio frágil (un largo vestíbulo principal y diez cubículos dormitorios) no decían nada, pero parecían deprimidos e irritables. Osden, como siempre, incluso ahora, los tenía a todos a su merced. Tomiko lo miró con un encono tan violento que le quemó la garganta como bilis. Ese egoísmo monstruoso que se alimentaba de las emociones de los demás, ese egoísmo inexorable era peor que cualquier repulsiva deformidad de la carne. Como un monstruo congénito, no tendría que haber vivido. No debería estar vivo. Tendría que haber muerto. ¿Por qué no le habían partido la cabeza?

Mientras yacía así, lánguido y blanco, las manos inermes a los costados, sus ojos incoloros estaban muy abiertos y le brotaban lágrimas de las comisuras. Tomiko se le acercó bruscamente. Él se contrajo.

—No —dijo con voz débil y ronca, y trató de levantar las manos hasta su cabeza para protegerla—. ¡No!

Tomiko se sentó en la silla plegable junto a la cama, y al cabo de un rato puso su mano sobre la de él. El intento retirarla, pero no tuvo fuerza.

Se hizo un largo silencio entre los dos.

—Osden —murmuró—. Lo siento. Lo siento mucho. Te quiero bien. Deja que te quiera bien, Osden. No quiero hacerte daño. Escucha. Ahora lo veo claro. Fue uno de nosotros. Es eso ¿no? No, no me contestes, dime solamente si estoy equivocada; pero no lo estoy... Claro que hay animales en este planeta: Diez. No me interesa saber quién fue. No tiene importancia. Hace un instante, pude haber sido yo. Me doy cuenta de eso. Yo no lo había entendido, Osden. Tú no puedes saber lo difícil que es para nosotros entenderlo.. Pero escucha. Si fuera amor, en lugar de odio y miedo... ¿Nunca es amor?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué nunca puede ser? ¿Tan débiles son todos los seres humanos? Eso es terrible. No importa, no importa, no te preocupes. Quédate tranquilo. Al menos en este momento no es odio ¿verdad? Simpatía por lo menos, interés, buena voluntad. Sientes eso, Osden ¿verdad? ¿Es eso lo que sientes?

—Entre... otras cosas —dijo, en forma casi inaudible.

—El ruido de mi subconsciente, supongo. Y de todos los demás en el edificio... Escucha, cuando te encontramos allá en el bosque, cuando trataba de darte la vuelta, te despertaste a medias, y yo sentí horror por ti. Por un momento el miedo me enloqueció. ¿Fue tu miedo de mí lo que sentí?

—No.

La mano de Tomiko seguía apoyada en la de Osden y él ahora estaba muy relajado, derivando hacia el sueño, como un hombre dolorido a quien le han aliviado el dolor.

—El bosque —murmuró; ella a duras penas entendía las palabras—. Asustado.

No insistió más, pero conservó su mano sobre la de él y lo miró mientras se dormía. Sabía lo que ella misma sentía y, por lo tanto, lo que él debía sentir. Estaba convencida de ello: sólo hay una emoción, o un estado del ser, que puede así revertirse por completo, polarizarse, en un breve instante. En hainiano alto hay en realidad una sola palabra, ont , para amor y para odio. Naturalmente, no estaba enamorada de Osden, ese es otro cantar. Lo que Tomiko sentía por él era ont , odio polarizado. Le tenía la mano y la corriente fluía entre ellos, la tremenda electricidad del tacto, que él siempre había temido. Mientras dormía, el anillo de músculos de mapa anatómico que le rodeaba la boca se aflojó, y Tomiko vio en su rostro lo que ninguno de ellos había visto nunca, muy débil, una sonrisa. Que se borró. Siguió durmiendo .

Era fuerte; al día siguiente se había sentado en la cama y tenía hambre. Harfex quiso interrogarlo, pero Tomiko lo disuadió Colgó una lámina de politeno sobre la puerta del cubículo, como Osden mismo lo había hecho a menudo.

–¿Es verdad que interrumpe tu receptividad empática? –le preguntó, y él respondió en el tono seco y cauteloso que ahora usaban entre ellos:

–No.

–Un aviso entonces, nada más.

–En parte, más bien cura por la fe. El doctor Hammergeld creía que daba resultado... Quizá sea cierto, un poco.

Había habido amor, una vez. Un niño aterrorizado, sofocándose en medio del oleaje y el estrépito de las desmesuradas emociones de los adultos, un niño a punto de ahogarse salvado por un solo hombre. Aprendiendo a respirar, a vivir, de un solo hombre. Recibiéndolo todo, total protección y amor, de un solo hombre. Padre/madre/Dios: nadie más.

–¿Vive todavía? –preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y la extraña crueldad de los grandes médicos. Quedó azorada cuando escuchó su risa forzada, metálica:

–Murió hace por lo menos dos siglos y medio –dijo Osden–. ¿Te olvidas de dónde estamos, Coordinadora? Todos nosotros hemos abandonado a nuestras pequeñas familias...

Del otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían vagamente. Hablaban en voz baja y tensa. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong trataba de acomodar las luces de su cubículo para que no proyectasen sombras.

–Están todos asustados –dijo Tomiko, asustada–. Todos tienen ideas acerca de lo que te atacó. Una especie de patata-gorila, una gigantesca espinaca colmilluda, yo qué sé... Hasta Harfex. Quizá tengas razón en no obligarlos a ver. Eso sería peor, perder la confianza los unos en los otros. Pero, ¿por qué estamos todos tan temerosos, incapaces de hacer frente a la verdad, derrumbándonos con tanta facilidad? ¿Estamos todos locos?

–Pronto lo estaremos más.

–¿Por qué?

–Hay algo.

Cerró la boca, los músculos de sus labios se destacaron, rígidos.

–¿Algo sensible?

–Una sensibilidad.

–¿En el bosque?

Asintió en silencio.

–¿Qué es, entonces...?

–El miedo. –Otra vez pareció tenso, y empezó a agitarse–. Cuando caí allí no perdí el conocimiento en seguida. Lo recobraba a cada momento. No sé. Era más bien como estar paralizado.

–Lo estabas.

–Yo estaba en el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara en el barro, en ese blando mantillo. Se me metía en las fosas nasales y en los ojos. No podía moverme. No podía ver. Como si fuese parte del suelo. Hundido en él, parte de él. Sabía que estaba entre dos árboles a pesar de que no los veía. Supongo que sentía las raíces. Debajo de mí, en la tierra, enterradas profundamente. Tenía las manos ensangrentadas, eso lo sentía, y la sangre volvía pegajoso el barro que me rodeaba la cara. Sentía el miedo. Un miedo que crecía sin cesar. Como si por fin ellos supiesen que yo estaba allí, yaciendo sobre ellos, debajo de ellos, entre ellos, la cosa que ellos temían, y a la vez parte de su mismo temor. Yo no podía dejar de responder con miedo, y ese miedo seguía creciendo, y yo no podía moverme, no podía escapar. Perdería el sentido, pensaba, y luego el miedo me haría volver en mí, y aún así no podía moverme. Como tampoco ellos pueden.

Tomiko sintió el frío erizarse de su pelo, los preparativos de la maquinaria del terror.

–¿Ellos: quiénes son ellos, Osden?

–Ellos, esa cosa... no sé. El miedo.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Harfex en tono perentorio cuando Tomiko les comunicó esta conversación. Todavía no permitía que Harfex interrogase a Osden, sintiendo que debía protegerlo del ataque de las poderosas y ultra reprimidas emociones del hainiano. Desgraciadamente, esto no hizo más que avivar el lento fuego de la angustia paranoide que ardía en el desdichado Harfex, quien pensó que ella y Osden estaban confabulados para ocultar al resto del equipo algún dato de gran importancia o un peligro.

–Es como un ciego que trata de describir al elefante. Osden no ha visto ni oído la... esa cosa sensible, lo mismo que nosotros.

–Pero la ha sentido, mi querida Haito –dijo Harfex con furia apenas reprimida–. No empáticamente. En su cráneo. Fue y lo derribó y lo golpeó con un instrumento romo. ¿No alcanzó ni siquiera a atisbarlo?

–¿Qué habría visto, Harfex ? –preguntó Tomiko, pero él no quería escuchar lo que la voz de Tomiko insinuaba; hasta él se negaba a comprender. Lo que tememos es lo ajeno. El asesino es un desconocido, un forastero, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí!

–El primer golpe lo dejó bastante aturdido –dijo Tomiko un poco cansada–, no vio nada. Pero cuando volvió en sí, allí solo, en el bosque, sintió un miedo inmenso. No su propio miedo, un efecto empático. De eso está seguro. Y seguro de que no era nada que captase de alguno de nosotros. Por lo tanto es evidente que no todas las formas de vida nativas son insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

–Estás tratando de asustarme, Haito. No comprendo tus motivos.

Se puso de pie y se encaminó a su mesa-laboratorio; caminaba despaciosamente, envarado, como un hombre de ochenta años, no de cuarenta.

Tomiko miró a los demás. Se sentía un poco desesperada. Su reciente frágil y profunda interdependencia con Osden le daba, lo sabía muy bien, una nueva fuerza. Pero si ni siquiera Harfex era capaz de conservar la cabeza, ¿cuál de los otros lo haría? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, los restantes estaban trabajando u ocupados en algo. Había un no se qué de extraño en sus posiciones. Por un momento la Coordinadora no pudo saber en qué consistía, luego advirtió que todos estaban sentados frente al bosque cercano. Jugando al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla hasta quedar casi al lado de él.

Fue hasta donde estaba Mannon, que en ese momento disecaba una maraña de raíces parduscas, y le pidió que le diera la clave del enigma. Él comprendió en seguida y le dijo con inusual brevedad:

–Vigilar al enemigo.

–¿Qué enemigo? ¿Qué sientes tú, Mannon?

Tuvo una súbita confianza en él, por ser psicólogo, en ese oscuro campo de insinuaciones y empatías donde los biólogos se extraviaban.

–Siento una intensa ansiedad con una específica orientación espacial. Pero yo no soy émpata. Por lo tanto, la ansiedad es explicable en función de la situación de tensión particular, o sea el ataque en el bosque a un miembro del equipo, y también en función de la situación de tensión general, o sea mi presencia en un entorno totalmente extraño, para el cual las connotaciones arquetípicas de la palabra "bosque" proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde Tomiko se despertó al oír gritar a Osden en medio de una pesadilla, Mannon lo estaba calmando, y ella volvió a hundirse en los oscuros callejones sin salida de sus sueños. A la mañana, Eskwana no se despertó. No fue posible despertarlo ni con drogas estimulantes. Se aferraba a su sueño,

retrocedía cada vez más, balbuceando apenas de tanto en tanto hasta que, en una regresión total, yació enroscado sobre su flanco, el pulgar en los labios, ido.

–Dos días: dos menos. Diez negritos, nueve negritos... –este era Porlock.

–Y tú eres el próximo negrito –le espetó Jenny Chong–. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

–Nos está volviendo locos a todos –dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo–. ¿No lo sienten? ¡Por el amor de Dios! ¿Están todos sordos y ciegos? ¿No sienten lo que está haciendo, las emanaciones? Todo viene de él... de ese cuarto suyo... de su mente. ¡Nos está volviendo locos de miedo a todos!

–¿Quién? –dijo Asnanifoil, abalanzándose negro, impetuoso y peludo sobre el pequeño terráqueo.

–¿Tengo que decir el nombre? Osden, entonces. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué suponen que traté de matarlo? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! ¡Porque vosotros no queréis ver lo que nos está haciendo! Ha saboteado la misión sembrando cizaña entre nosotros, y ahora nos va a enloquecer a todos proyectando miedo en nosotros para que no podamos ni dormir ni pensar, como una radio inmensa que no hace ningún ruido pero que transmite sin cesar, y uno no puede dormir y no puede pensar. Haito y Harfex ya están bajo su control, pero el resto puede ser salvado. ¡Tuve que hacerlo!

–No lo hiciste muy bien –dijo Osden, apareciendo semidesnudo, pura costilla y vendajes, en la puerta de su cubículo–. Yo mismo hubiera podido golpearme más fuerte. ¡Demonios, no soy yo el que te ciega de miedo, Porlock, es algo que está allí afuera... allí, en el bosque!

Porlock hizo una tentativa inútil de atacar a Osden; Asnanifoil lo contuvo, y siguió reteniéndolo sin ningún esfuerzo mientras Mannon le aplicaba una inyección sedativa. Se lo llevaron mientras vociferaba algo acerca de radios gigantes. En un minuto el sedante surtió efecto, y Porlock sumó al de Eskwana su apacible silencio.

–Bien –dijo Harfex–. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes y todo lo que sabes.

Osden dijo:

–No sé nada.

Parecía débil y abatido. Tomiko lo hizo sentar antes de que empezara a hablar.

–Después de haber estado tres días en el bosque, me pareció que recibía de tanto en tanto una débil radiación afectiva.

–¿Por qué no informaste?

–Pensé que me estaba volviendo chiflado, como todos vosotros.

–También eso deberías haberlo informado.

–Me habrían hecho volver a la base. No lo hubiera podido soportar. Vosotros os dais cuenta de que el incluirme en esta misión fue un grave error. No soy apto para convivir íntimamente con otras nueve personalidades neuróticas. Hice mal en ofrecerme como voluntario para las Exploraciones de los Confines, y la Autoridad hizo mal en aceptarme.

Nadie habló, pero Tomiko vio, esta vez con certeza, la contracción de los hombros de Osden y el endurecimiento de sus músculos faciales, en el momento en que captó su enconado asentimiento.

–De todos modos, no quería regresar a la base porque estaba intrigado. Aunque me estuviese convirtiendo en un psicópata, ¿cómo podía captar afectos empáticos cuando no había ninguna criatura que pudiese emitirlos? Por lo demás, no eran malignos. Muy vagos. Raros. Como una corriente de aire en una habitación cerrada, un latido en la comisura del ojo. Nada en realidad.

Por un momento la atención de los demás lo había sostenido: si lo escuchaban, hablaba. Estaba íntegramente a merced de ellos. Si lo odiaban, tenía que ser aborrecible; si se burlaban de él, se volvía grotesco; si lo escuchaban, era el narrador. Obedecía irremisiblemente a las exigencias de las emociones, las reacciones, los estados de ánimo de todos ellos. Y ellos eran siete, demasiados para hacerles frente, de manera que debía ser juguete de los caprichos de uno u otro. No podía ser coherente. Incluso mientras hablaba y los mantenía en suspenso, la atención de alguno siempre estaría dispersa: Olleroo pensaba tal vez que él no era atractivo; Harfex procuraba encontrar el motivo ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, incapaz de concentrarse durante largo rato en cosas concretas, divagaba hacia la eterna paz del número; y a Tomiko la distraían la piedad, el miedo. La voz de Osden vaciló. Perdió el hilo.

–Yo... yo creía que debían ser los árboles –dijo, y se interrumpió.

–No son los árboles –dijo Harfex–. No tienen más sistema nervioso que las plantas del Descenso Hainiano en la Tierra. Ninguno.

–Tú no ves el bosque por mirar los árboles, como dicen en la Tierra –terció Mannon, sonriendo como un duende; Harfex lo miró fijo–. ¿Qué pasa con esos nudos de raíces que nos han estado intrigando durante veinte días... eh?

–¿Qué pasa con ellos?

–Son, sin duda alguna, conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿De acuerdo? Supongamos ahora por un momento, cosa sumamente improbable, que tú no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan para examinar un axón, o una célula glial aislada. ¿Te parece que podrías descubrir de qué se trata? ¿Te darías cuenta de que la célula es sensible y pensante?

–No. Porque no lo es. Una célula aislada es capaz de responder mecánicamente a un estímulo. Nada más. ¿Estás formulando la hipótesis de que cada uno de los arboriformes es una "célula" de una especie de cerebro, Mannon?

–No exactamente. No hago más que señalar que todos están interconectados, tanto por la cadena de raíces enmarañadas como por tus epífitas verdes enredadas al ramaje. Una red de una complejidad y una extensión física

inverosímiles. Si hasta las graminiformes de las praderas tienen esos conectores radiculares ¿no? Ya sé que la sensibilidad o la inteligencia no es una cosa, uno no la puede palpar, o analizar en las células de un cerebro. Es una función de las células conectadas entre sí. Es, en un sentido la conexión misma: el contacto. No existe. No estoy tratando de decir que existe. No hago más que conjeturar que quizás Osden podría describirla.

Y Osden retomó el hilo de su discurso, hablando como en un trance:

–Sensibilidad sin sentidos. Ciega, sorda, débil, inerte. Cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua, a las sustancias químicas de la tierra alrededor de las raíces. Nada comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Conciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

–¿Por qué entonces captaste el miedo? –le preguntó Tomiko en voz baja.

–No lo sé. No puedo saber cómo surge en mí la conciencia de los objetos, de los demás: una respuesta sin capacidad perceptiva... Pero durante varios días hubo una desazón. Y luego, cuando yacía allí entre los dos árboles, y mi sangre corría por sus raíces... –la cara de Osden relucía de sudor–. Se transformó en miedo – dijo con voz chillona–, sólo miedo.

–Tal función, si existiera –dijo Harfex–, no sería capaz de concebir un ente material, dotado de movimiento propio, ni de responder a ese ente. No podría tener de nosotros un conocimiento mayor que el que nosotros tenemos del Infinito.

–El silencio de esas extensiones infinitas me llena de terror –murmuró Tomiko–. Pascal conoció el infinito. Por el camino del miedo.

–A un bosque –dijo Mannon– nosotros podríamos parecerle incendios. Huracanes. Peligros. Para una planta, todo cuanto se mueve rápidamente es peligroso. Lo que no tiene raíces ha de serle extraño, terrible. Y si el bosque es mente, es sumamente probable que haya percibido a Osden, cuya mente – siempre que él conserve el conocimiento– está abierta a la comunicación con todas las demás, y que yacía dolorido y asustado en él, en realidad dentro de él. No es de extrañar que él, el bosque, sintiese miedo.

–No "él" –dijo Harfex–. No hay ningún ser, ninguna criatura inmensa, ninguna persona. A lo sumo podría haber una función...

–Sólo hay un miedo –dijo Osden.

Durante un rato todos permanecieron silenciosos e inmóviles, alertas a la quietud y el silencio de los bosques.

–¿Es eso lo que constantemente siento que se me acerca por la espalda? – preguntó Jenny Chong, abrumada.

Osden asintió.

–Todos ustedes lo sienten, sordos como son. Eskwana es el que está peor, porque en realidad tiene cierta capacidad empática. Si aprendiese a hacerlo, podría emitir, pero es demasiado débil, nunca será nada más que un medium.

–Escucha, Osden –dijo Tomiko–. Tú puedes emitir. Comunícate con él, entonces, con el bosque, con el miedo de allí afuera, dile que no le haremos daño. Puesto que tiene, o es, una especie de afecto que traduce lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no podrías tú traducir a tu vez? Envíale un mensaje: "Somos inofensivos, somos amigos".

–Tú debes saber que nadie puede emitir un mensaje empático falso, Haito. Nadie puede emitir algo que no existe.

–Pero nosotros no queremos hacer daño, somos amigos.

–¿Lo somos? En el bosque, cuando me recogiste, ¿era amistad lo que sentías?

–No. Terror. Pero era... era él, el miedo del bosque, de las plantas, no mi miedo; ¿no es así?

–¿Qué diferencia hay? Es todo lo que tú sentiste. ¿No se dan cuenta –y Osden alzó la voz exasperado– de por qué yo os rechazo a vosotros y me rechazáis a mí, todos? ¿No os dais cuenta de que yo retransmito todo afecto negativo o agresivo que sentís hacia mí desde el momento mismo en que nos conocimos? Os devuelvo la hostilidad con creces. Lo hago en defensa propia. Como Porlock. Es defensa personal, sí, pero es la única técnica que he podido desarrollar en substitución de mi defensa congénita de total distanciamiento de los demás. Por desgracia, esta defensa crea un circuito cerrado, que se alimenta y fortalece por sí mismo. Vuestra reacción inicial hacia mí fue la antipatía instintiva que despierta un lisiado; ahora se ha convertido en odio. ¿Es posible que no me haga entender? ¡Allí afuera el bosque-mente sólo transmite terror, ahora, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, porque al estar expuesto a él no puedo sentir nada excepto terror!

–¿Entonces qué debemos hacer? –dijo Tomiko, y Mannon replicó prontamente:

–Trasladar el campamento. A otro continente. Si también allí hubiera mentes vegetales, tardarán en reparar en nosotros, como pasó aquí; quizá ni siquiera adviertan nuestra presencia.

–Eso sería un alivio considerable –acotó Osden, muy tieso.

Los otros lo habían estado observando con una curiosidad nueva. Se había puesto al desnudo, lo habían visto tal como era, un hombre inerme en una trampa. Tal vez, al igual que Tomiko, habían comprendido que la trampa misma, su egoísmo craso y cruel, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y lo habían encerrado en ella, y él, como un gorila enjaulado, les arrojaba mierda a través de los barrotes. Si, al conocerlo, le hubiesen ofrecido confianza, si hubiesen sido lo bastante fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué imagen les habría dado?

Ninguno de ellos pudo hacerlo, y ahora era demasiado tarde. De haber tenido tiempo, de haber tenido soledad, Tomiko podría haber establecido con él una lenta resonancia de sentimientos, una consonancia de fe, una armonía; pero no había tiempo, tenían una misión que cumplir. No había lugar suficiente para el cultivo de algo tan grandioso, y debían conformarse con la compasión, la piedad, los mezquinos sustitutos del amor. De tan poca cosa Tomiko había sacado

fuerzas, pero a él, a Osden, no le bastaba con eso, necesitaba mucho más. Y en su cara desollada Tomiko veía ahora el feroz resentimiento que le inspiraba la curiosidad de todos ellos, incluso su piedad.

–Ve a descansar, esa herida está sangrando otra vez –le dijo, y él obedeció.

A la mañana siguiente empacaron, derritieron el hangar y los habitáculos de burbuja plástica, despegaron con *Guma* en vuelo mecánico y se trasladaron al otro lado del mundo 4470, sobre las landas rojas y verdes, los múltiples mares tibio-verdes. Habían elegido un paraje promisorio en el Continente G; una pradera de veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes mecidas por el viento. No había ningún bosque a cien kilómetros a la redonda, y en la pradera no crecían árboles solitarios ni sotos. Las formas vegetales aparecían solamente en extensas colonias de una sola especie, nunca mezcladas con otras, a no ser por ciertas saprófitas diminutas y ubicuas, y los esporangios. El equipo roció las estructuras con holomeldina y al anochecer del día de treinta y dos horas estaban instalados en el nuevo campamento. Eskwana seguía durmiendo, y Porlock bajo el efecto del sedante, pero todos los demás estaban llenos de optimismo.

–¡Aquí se respira! –decían constantemente.

Osden se levantó y se encaminó, tambaleante, a la puerta de entrada; recostándose en ella midió con la mirada, a través de la luz crepuscular, la extensión de la umbría pradera de ondulantes pastos que no eran pastos. El viento traía una ligera y dulce fragancia de polen; ningún sonido excepto la suave, vasta sibilancia del viento. Con la cabeza vendada apenas inclinada, el émpata permaneció inmóvil durante largo rato. Llegó la obscuridad, y las estrellas, luces en las ventanas de la distante morada del Hombre. El viento había cesado, el silencio era total. Escuchó.

En la larga noche Haito Tomiko escuchaba. Acostada, inmóvil oía la sangre en sus arterias, el respirar de los durmientes, el arrullo del viento, los humores oscuros que fluían, los sueños avanzando, la vasta estática de las estrellas más audible a medida que el universo moría lentamente, el rumor de los pasos de la muerte. Se levantó de la cama con esfuerzo y huyó de la mezquina soledad de su cubículo. Sólo Eskwana dormía. Inmovilizado en su camisa de fuerza, Porlock desvariaba quedamente en su ininteligible lengua nativa. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas, con expresión ceñuda. Postwet To estaba en el nicho de terapia, enchufada. Asnanifoil dibujaba un mandala, el Tercer Diseño de las Primas. Mannon y Harfex acompañaban a Osden.

Tomiko le cambió los vendajes de la cabeza. Su pelo lacio, rojizo, allí donde no había tenido necesidad de rasurarlo, tenía un aspecto extraño. Ahora estaba salpicado de blanco. Mientras trabajaba, le temblaban las manos. Todavía nadie había dicho nada.

–¿Cómo es posible que también aquí esté el miedo? –dijo, y su voz sonó hueca y falsa en el pavoroso silencio de la noche vegetal.

–No son los árboles solamente, los pastos también...

–Pero estamos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, lo dejamos al otro lado del planeta.

–Es todo uno –dijo Osden–. Un gran pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado al otro de tu cerebro?

–No piensa. No es pensante –dijo Harfex, abatido–. No es más que una red de procesos. Las ramas, las excrescencias epifitas, las raíces con esas coyunturas nodulares entre los individuos; todas deben ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay entonces plantas individuales propiamente dichas. Hasta el polen es parte de la cadena, sin duda; es una especie de sensibilidad pensante transportada por el viento, que pone en contacto los continentes. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta sea una sola red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, solitaria...

–Solitaria –dijo Osden–. ¡Es eso! ¡Eso es el miedo! No es porque nosotros tengamos movilidad, o seamos destructivos. Es simplemente porque somos. Somos otro. Nunca ha habido aquí ningún otro.

–Tienes razón –dijo, casi susurró Mannon–. No tiene pares. Ni enemigos. Ni relaciones con nada excepto consigo mismo. A solas por toda la eternidad.

–Entonces, ¿qué función cumple en la supervivencia de las especies?

–Ninguna, tal vez –dijo Osden—. ¿Por qué ponerte teológico, Harfex? ¿No eres hainiano? ¿No es la medida de la complejidad la medida de la felicidad eterna?

Harfex no mordió el anzuelo. Parecía enfermo.

–Deberíamos abandonar este mundo –dijo.

–Ahora saben por qué siempre quiero irme, alejarme de ustedes –dijo Osden con un humor un tanto morboso–. ¿No es agradable, no... el miedo del otro...? Si al menos se tratase de una inteligencia animal. Yo puedo comunicarme con los animales. Me entiendo con las cobras y con los tigres; la inteligencia superior le da a uno esa ventaja. Tendrían que haberme empleado en un zoológico, no en un equipo humano... ¡Si pudiese empatizar con la estúpida patata maldita! Si no fuese tan agobiante... Todavía recibo algo más que el miedo, ¿saben? Y antes de que el pánico lo dominara, tenía... había una paz. En ese entonces yo no pude captarla, no me di cuenta de lo inmensa que era. Conocer toda la luz del día, nada menos, y toda la noche. Todos los vientos y los arrullos simultáneamente. Las estrellas del invierno y las estrellas del estío al mismo tiempo. Tener raíces y no tener enemigos. Ser una integridad. ¿Se dan cuenta? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser total...

Nunca había hablado así antes, pensó Tomiko.

–No tienes armas con que defenderte de él, Osden –dijo–. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a él. Quizá no todos nos volvamos locos, pero tú sí, si no nos marchamos.

Osden titubeó, luego alzó la vista hasta Tomiko, la primera vez que la miraba a los ojos, una mirada larga, apacible, límpida como el agua.

–¿Acaso la cordura me ha dado algo alguna vez? –dijo, irónico–. Pero no te falta razón, Haito. Hay algo de cierto en lo que dices.

–Tendríamos que irnos –masculló Harfex.

–Si me entregase a él –murmuró Osdén como para sí– ¿podría comunicarme?

–Cuando hablas de "entregarte" –dijo Mannon con voz rápida y nerviosa– supongo que quieres decir cesar de retransmitir la información empática que recibes del ente vegetal: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual o bien te matará instantáneamente, o te hará retroceder al retraimiento psicológico total, al autismo.

–¿Por qué? –dijo Osdén–. Su mensaje es rechazo. Pero mi salvación es rechazo. El no es inteligente. Pero yo sí.

–La escala es lo equivocado. ¿Qué puede hacer un solo cerebro humano contra algo tan vasto?

–Un solo cerebro humano puede percibir un diseño de la magnitud del de las estrellas y las galaxias –dijo Tomiko– e interpretarlo como amor.

Mannon los miró; Harfex estaba silencioso.

–En el bosque sería más fácil –dijo Osdén–. ¿Quién de ustedes me llevará hasta allí?

–¿Cuándo?

–Ahora. Antes que todos ustedes se hagan añicos o se pongan violentos.

–Yo –dijo Tomiko.

–Ninguno de nosotros –dijo Harfex.

–Yo no puedo –dijo Mannon–. Estoy... estoy demasiado asustado. Me estrellaría con el jet.

–Trae a Eskwana. Si todo sale bien, podría servir de medium.

–¿Está usted aceptando el plan del Sensor, Coordinadora? –preguntó Harfex, formal.

–Sí.

–Yo no lo apruebo. Sin embargo, iré con ustedes.

–Me parece que no nos queda otra cosa que hacer, Harfex –dijo Tomiko, mirando la cara de Osdén, la horrible máscara blanca transfigurada, ansiosa como el rostro de un enamorado.

Olleroo y Jenny Chong, que jugaban a las cartas para alejar los pensamientos de sus lechos rondados por fantasmas, del pavor creciente que las asediaba, parloteaban como niños asustados.

–Esa cosa, la que está en el bosque, te agarrará...

–¿Asustadas de la obscuridad? –se burló Osdén.

–Pero fíjate en Eskwana, y Porlock, y hasta Asnanifoil...

–No puede hacerte daño. Es un impulso que corre a través de las sinapsis, un viento que pasa entre las ramas. No es más que una pesadilla.

Partieron en un helijet. Eskwana enroscado siempre en su sueño profundo, en el compartimiento trasero, Tomiko piloteando, Harfex y Osdén silenciosos, atisbando a la distancia la oscura línea de los bosques más allá de las vagas millas grises de planicie a la luz de las estrellas.

Se acercaron a la línea negra, la cruzaron; ahora debajo de ellos nada más que oscuridad.

Tomiko buscó un sitio donde aterrizar, volando bajo, aunque tuvo que luchar contra su deseo frenético de volar a gran altura, de salir de allí, de huir. La enorme vitalidad del mundo vegetal era mucho mayor aquí en el bosque, y su pánico batía en olas oscuras e inmensas. Allá delante había un pálido claro, la desnuda cresta de un otero un poco más elevado que la más alta de las formas negras que lo rodeaban; los no-árboles; los enraizados; las partes del todo. Posó el helijet en el claro, un mal aterrizaje. Sus manos resbalaban sobre la palanca como si se las hubiese frotado con jabón.

Ahora el bosque los rodeaba, negro en la oscuridad. Tomiko se encogió y cerró los ojos. Eskwana se quejó en sueños. La respiración de Harfex era entrecortada y ruidosa, estaba sentado muy tieso, y ni siquiera se movió cuando Osdén pasó el brazo por delante de él y abrió la puerta corrediza.

Osdén se puso de pie; su espalda y su cabeza vendada eran apenas visibles al tenue resplandor del tablero de control cuando se detuvo, encorvado, en el vano de la puerta.

Tomiko temblaba. No podía levantar la cabeza.

–No, no, no, no, no, no, no –dijo en un murmullo–. No. No. No.

Osdén dio un paso repentino y silencioso hacia el vacío, y se hundió en la oscuridad. Desapareció.

–¡Estoy llegando! –dijo una gran voz inaudible.

Tomiko gritó. Harfex tosió; parecía estar tratando de ponerse de pie, pero no lo hizo.

Tomiko se encogió sobre sí misma, toda su atención concentrada en el ojo ciego de su vientre, en el centro de su ser; y fuera de eso no había nada más que miedo.

Cesó.

Tomiko levantó la cabeza; lentamente aflojó los puños. Se irguió en su asiento. La noche era oscura, y sobre el bosque brillaban las estrellas. No había nada más.

–Osdén –dijo, pero la voz no salió de su garganta. Volvió a hablar, más alto, el solitario croar de una rana bramadora. No obtuvo respuesta.

49 cuentos Fantásticos

Empezó a comprender que algo raro le había pasado a Harfex. Estaba tratando de localizar la cabeza del hainiano en la oscuridad, porque él había resbalado cuando de pronto, en la profunda calma, en el oscuro compartimiento trasero de la nave, habló una voz.

–Bien –dijo.

Era la voz de Eskwana. Encendió de golpe las luces y vio al ingeniero enroscado en su sueño, con la mano cubriéndole a medias la boca.

La boca se abrió y habló.

–Todo bien –dijo.

–Osden...

–Todo bien –dijo la voz suave desde la boca de Eskwana.

–¿Dónde estás?

Silencio.

–Vuelve.

Se estaba levantando viento.

–Me quedaré aquí –dijo la voz suave.

–No puedes quedarte...

Silencio.

–¡Estarás solo, Osden!

–Escucha. –La voz era más débil, confusa, como perdida en el murmullo del viento–. Escucha. Te quiero.

Ella gritó su nombre después de eso, pero no hubo respuesta. Eskwana yacía inmóvil y en silencio. Harfex yacía más inmóvil.

–¡Osden! –gritó, asomándose al silencio oscuro, sacudido por el viento del bosque del ser–. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osden!

Silencio y viento entre las hojas.

Terminaron el estudio ordenado en el mundo 4470, ellos ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una u otra de las mujeres iban diariamente al bosque, buscaban a Osden en la zona circundante al otero sin vegetación, aunque Tomiko en el fondo de su corazón no sabía con certeza en qué otero desnudo habían aterrizado aquella noche en plena vorágine de terror. Dejaban montones de vituallas para Osden, alimentos suficientes para cincuenta años, ropas, carpas, herramientas. No siguieron buscando; no había forma de hallar a un hombre solo, escondido, si quería esconderse, en aquellos laberintos interminables y umbríos corredores enmarañados de lianas, tapizados de raíces. Habrían podido pasar sin verlo a una brazada de distancia de él.

Pero él estaba allí; porque ya nunca más existió el miedo .

Racional, y valorando mucho más la razón después de una intolerable experiencia de desatino inmortal, Tomiko trató de comprender racionalmente lo que Osden había hecho. El había asumido el miedo, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su ser a lo desconocido, una rendición incondicional que no dejaba sitio para el mal. Había aprendido el amor hacia el Otro, y por lo tanto había entregado todo su ser. Pero este no es el vocabulario de la razón.

Los miembros del equipo de Exploración caminaban bajo los árboles, a través de las vastas colonias de vida, rodeados por un silencio soñador, una calma melancólica a medias consciente de su presencia y totalmente indiferente a ellos. No había horas. La distancia no importaba. Si al menos tuviésemos mundo suficiente y tiempo... El planeta fluctuaba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y de verano dispersaban un polen fino y pálido a través de los mares serenos.

Guma regresó después de muchas exploraciones, años y años luz, a lo que varios siglos atrás había sido el Puerto de Smeming en Pesm. Todavía había hombres para recibir (incrédulos) los informes del equipo y registrar las bajas: el Biólogo Harfex, muerto de miedo, y el Sensor Osden, dejado como colono.

Híbrido

Keith Laumer

Hybrid, © 1961 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Noviembre de 1961). Traducción de José Ma. Pomares en *Ciencia Ficción Selección-24, Libro Amigo 425*, Editorial Bruguera, Agosto de 1976.

Plantar un árbol, escribir un libro, tener un hijo... En cierto modo, en el siguiente relato encontrará estas tres cosas –y algunas más– fundidas en una.

En las profundidades del suelo del planeta, pequeñas raíces más resistentes que cable de acero sondeaban entre cristalinas partículas de arena, a través de compactas vetas de arcilla y capas ligeras de pizarra, buscando y descartando elementos inservibles, en busca del calcio, el hierro y el nitrógeno.

Aún más abajo, un sistema secundario de raíces rodeaba y sujetaba la superficie masiva del lecho de roca. Los zarcillos sensores controlaban la más diminuta vibración de la costra planetaria, las rítmicas presiones de la marea, el peso estacional de la capa de hielo, los pasos de las criaturas salvajes que cazaban bajo la enorme sombra del gigantesco árbol Yanda.

En la superficie, muy por encima, el inmenso tronco macizo como un acantilado, con su vasta circunferencia anclada por poderosos contrafuertes, se elevaba más de ochocientos metros sobre la prominencia, extendiendo sus enormes ramas bajo la blanca luz del sol.

El árbol sólo muy remotamente captaba el movimiento del aire sobre las pulidas superficies de innumerables hojas, el estremecido intercambio de moléculas de agua, bióxido de carbono y oxígeno. Reaccionaba automáticamente a las débiles presiones del viento, estirando las ramas más delgadas para mantener cada hoja en un ángulo constante con respecto a la radiación que se abría paso a través del complejo follaje.

El largo día seguía avanzando. El aire fluía siguiendo intrincadas pautas; en la subestratosfera, la radiación aumentaba y disminuía al impulso de las masas de vapor, las moléculas nutritivas se movían a lo largo de los capilares; las rocas crujían suavemente en la obscuridad, bajo las pendientes sombreadas. En la invulnerabilidad de su masa titánica, el árbol dormitaba en un generalizado estado de conciencia de bajo nivel.

El sol se movía hacia el Oeste. Su luz, filtrada a través de un creciente espesor de atmósfera, era ahora de un amenazador color amarillento. Las nervudas ramas giraban, siguiendo a la fuente de energía. Con una cierta somnolencia, el árbol replegó sus brotes más tiernos ante el creciente frío, ajustando su temperatura y su pérdida de humedad, así como su receptividad a la radiación. Mientras se iba quedando dormido, soñó en el lejano pasado, en aquellos años de libre migración por la plataforma fáunica, antes de que el instinto de enraizar y crecer le hubiera

llevado hasta allí. Recordó el bosquecillo de su juventud, el árbol patriarcal, los hermanos-espora.

Ahora ya era de noche. El viento estaba aumentando. Una poderosa ráfaga se abalanzó contra el pesado obstáculo del árbol; las grandes ramas crujieron, resistiendo; las estremecidas hojas se ensortijaron, apretándose contra la lisa corteza.

Desde el profundo subsuelo, las fibras abrazadas a las rocas transmitían información que era comparada con las impresiones procedentes de las distantes superficies de las hojas. Se estaban produciendo grandes vibraciones procedentes del noroeste; la humedad relativa estaba aumentando, mientras que la presión del aire disminuía... Se formaba un esquema de la situación, señalizando peligro. El árbol se agitó; un temblor recorrió el poderoso sistema de ramas, sacudiendo los frágiles cristales helados que habían empezado a formarse sobre las superficies en sombra. Se dio la alerta en el corazón-cerebro, disipando el eufórico sueño. Poco a poco, las facultades dormidas desde hacía tiempo empezaron a entrar en juego. El árbol se despertó.

Instantáneamente, captó la situación. Una tormenta se acercaba desde el océano... un gran tifón. Ya era demasiado tarde para tomar medidas efectivas. Ignorando el dolor producido por la desacostumbrada actividad, el árbol envió nuevas raíces de choque... cables de siete centímetros de diámetro, tan fuertes como el acero... para que se agarraran a los grandes bloques de roca situados cien metros al norte de las raíces extremas.

No había otra cosa que pudiera hacer el árbol. Impasiblemente, esperó la violenta embestida de la tormenta.

–Hay una tormenta allá abajo –dijo Malpry.

–No te preocupes, la sortearemos.

Gault manejó los controles, con los ojos fijos en los cuadrantes.

–Alejémonos y hagamos luego una nueva aproximación –dijo Malpry, estirando el cuello desde su plataforma de aceleración.

–Cállate, yo dirijo este trasto.

–Encerrado en él con dos locos –se lamentó Malpry–, tú y ese rastrero.

–Yo y ese rastrero nos estamos cansando de escuchar a un bicho como tú, Mal.

–Cuando descendamos, Malpry, arreglaremos cuentas allá afuera –dijo Pantelle–. Ya te he dicho que no me gusta que me llames “rastrero”.

–¿Volvéis a empezar? –dijo Gault–, ¿Ya os habéis curado de la última vez?

–No del todo. No parece que me pueda curar muy bien en el espacio.

–Y nada de ajustar cuentas, Pantelle –dijo Gault–. El es demasiado grande para ti, Mal, déjale en paz.

–Le dejaré en paz –murmuró Malpry–. Tendría que abrir un agujero y dejarle en él...

–Guarda tu energía para cuando estemos allá abajo –dijo Gault–. Si no cometemos ningún error con éste; lo conseguiremos.

–Capitán, ¿puedo hacerme cargo del reconocimiento en el campo? Mi entrenamiento en biología...

–Será mejor que permanezcas en la nave, Pantelle. Y no trates de pasarte de listo. Limitate a esperarnos. No disponemos de la fuerza necesaria para volver a traerte.

–Eso fue un accidente, capitán...

–No te preocupes más por eso, Pantelle. Quisiste hacerlo bien, pero sólo tienes dos pies y diez dedos.

–He estado trabajando para mejorar mi coordinación, capitán. He estado leyendo...

La nave fue zarandeada como una veleta cuando penetraron en la atmósfera. Pantelle gritó.

–¡Oh, oh! –exclamó–. Me temo que se me ha vuelto a abrir de nuevo ese codo izquierdo.

–¡No te vayas a desangrar encima de mi, bestia! –exclamó Malpry.

–¡Quietos! –dijo Gault entre dientes–. Estoy ocupado.

Pantelle se colocó torpemente un pañuelo sobre el corte. Tendría que practicar aquellos ejercicios relajantes sobre los que había estado leyendo algo. Y pronto empezaría a aumentar definitivamente de peso... y a vigilar su dieta. Y en esta ocasión sería muy cuidadoso y se la haría buena a Gault, en cuanto descendieran.

Ya incluso antes de que aparecieran las primeras señales de daño, el árbol supo que había perdido la batalla contra el tifón. En el respiro que se produjo en el momento en que el ojo de la tormenta pasó sobre él, comprobó los daños. No recibió ninguna respuesta del cuadrante nororiental de la red sensorial, donde las raíces habían sido arrancadas de la superficie de las rocas; las propias raíces extremas se agarraban ahora a la piedra pulverizada. Mientras que la fibra casi indestructible del árbol Yanda había resistido, el granito había fallado. El árbol estaba condenado como consecuencia de su propia masa.

Sin compasión alguna, la tormenta volvió a atacar, tronando desde el sudoeste para asaltar al árbol con una ciega ferocidad. Los cables de choque se rompieron como si fueran hilos de telaraña; los grandes bloques de roca crujieron y se partieron, con detonaciones que se perdieron entre el bramido del viento. En el tronco aumentaban las presiones de un modo agónico.

A casi cuatrocientos metros al sur de la raíz base, una hendidura abierta en la empapada vertiente empezó a aumentar de tamaño. El agua, arrastrada por el viento, se introdujo en ella, ablandando el suelo y haciendo que millones de diminutas raíces perdieran su asidero. Después, las raíces más grandes empezaron a moverse y a resbalar...

Mucho más arriba, la majestuosa copa del árbol Yanda se sometía imperceptiblemente al irresistible torrente de aire. El gigantesco contrafuerte del norte, forzado contra la piedra que se extendía por debajo crujió cuando se colapsaron las torturadas células y después estalló con un demoledor estruendo audible incluso por encima de la tormenta. Por el sur abrió un gran arco de tierra, dejando expuestas las raíces y una enorme caverna.

La tormenta siguió su curso, atronando la pendiente, dejando tras sí un reguero de escombros destrozado y de lluvia torrencial. Una última y vengativa ráfaga azotó las ramas en un frenesí final; después, vencedora se marchó.

Y en el devastado promontorio, la magnífica masa del antiguo árbol, inclinada con la inercia incapaz ya de resistencia, terminó por desplomarse acompañada por el enorme estruendo de todos sus tendones partidos y desgarrados.

Y en el corazón-cerebro del árbol, la conciencia se fue apagando, acompañada por el insufrible dolor de la destrucción.

Pantelle descendió por la puerta abierta y se apoyó contra la nave para recuperar su ritmo respiratorio. Se sentía mucho más débil de lo que esperaba. Aunque la suerte parecía venirle en pequeñas dosis, aquello le haría tener que volver a empezar con su programa de aumento de peso. Y aún no se sentía preparado para entenderse con Malpry. Pero en cuanto tuviera un poco de alimentos frescos y de aire puro...

—Estos se pueden comer sin peligro —dijo Gault, limpiando la aguja analizadora sobre su pantalón y volviendo a guardársela en su bolsillo.

Extendió dos grandes frutos rojos a Pantelle.

—Cuando termines de comer, Pantelle, será mejor que consigas algo de agua y limpies el interior. Mientras tanto, Malpry y yo daremos un vistazo por ahí.

Los dos se alejaron. Pantelle se sentó sobre la hierba primaveral y mordió la esfera, del tamaño de una manzana. Pensó que la textura de aquella fruta le recordaba la del aguacate. La piel era dura y aromática; posiblemente se trataba de un acetato natural de celulosa. No parecía haber semillas. Si era ése el caso, aquello no sería propiamente una fruta. Resultaría interesante estudiar la flora del planeta. En cuanto regresara a casa tendría que apuntarse a un curso de botánica en E. T. Probablemente, iría a Heidelberg o a Uppsala, y asistiría a cinco conferencias dadas por eminentes profesores. Tendría un pequeño y agradable apartamento —dos habitaciones serían suficientes— en la parte vieja de la ciudad, y por las tardes se reuniría con los amigos para discutir ante una botella de vino.

Sin embargo, aquellos pensamientos no contribuían en nada a realizar el trabajo. Había un centelleo de agua al otro lado de la pendiente. Pantelle terminó su comida, recogió los cubos y se puso en marcha.

–¿Por qué tenemos que salir fuera? –preguntó Malpry.

–Necesitamos el ejercicio. Pasarán cuatro meses antes de que podamos tener otra oportunidad.

–¿Qué somos, turistas que hemos venido a disfrutar del panorama? –preguntó Malpry, deteniéndose, apoyándose contra una roca y respirando con dificultad. Se quedó mirando hacia arriba, el cráter y las enmarañadas raíces y, más allá, hacia la extensión de enormes ramas del árbol caído, que parecían como un bosque.

–Esto hace que nuestros secuoyas parezcan simples arbustos –dijo Gault–. Ha tenido que ser la tormenta. La que hemos evitado cuando veníamos hacia aquí.

–¿Y qué?

–Una cosa tan grande... tendría que sugerirte algo.

–¿Hay algún dinero en ello? –preguntó Malpry con un gruñido.

Gault le miró agriamente.

–Ya entiendo. Tenemos que ir hacia allá. Sigamos.

–No me gusta la idea de dejar al rastrero allá solo, con la nave.

–¿Por qué no dejas tranquilo al muchacho? –preguntó Gault, mirándole con severidad.

–No me agradan los locos.

–No juegues conmigo, Malpry. Pantelle es muy inteligente... a su manera. Quizá sea eso lo que no puedes perdonarle.

–Me pone fuera de mí.

–Es un buen muchacho. No quiere hacer ningún daño...

–Ya –dijo Malpry–. Quizá no quiera hacer ningún daño... pero no es bastante...

Tras el delirio de la gran conmoción sufrida, la conciencia fue volviendo lentamente al árbol. Las señales externas fueron penetrando a través de los impulsos hasta los sentidos semiparalizados...

»Presión de aire, cero; disminuyendo... presión de aire, 112, aumentando... presión de aire negativa...

»Gran temblor de radiación desde... Gran temblor de radiación desde...

»Temperatura 171 grados; temperatura –40 grados; temperatura 26 grados...

»Intensa radiación sólo en el azul... sólo en el rojo... ultravioleta...

»Humedad relativa infinita... Viento desde el nor-noroeste, velocidad infinita... Viento aumentado verticalmente, velocidad infinita... Viento desde el este, desde el oeste..."

El árbol no comprendía las informaciones procedentes de los nervios-troncos, por lo que concentró su atención, dedicándola al concepto de la situación más inmediata. Una breve valoración fue suficiente para revelar la amplia extensión de su ruina.

No había razón alguna para intentar una amplia supervivencia personal. Sin embargo, tenía la necesidad de tomar ciertas medidas inmediatas para ganar tiempo y favorecer la propagación de esporas de emergencia. Inmediatamente, la mente del árbol desencadenó el síndrome de supervivencia. Las redes capilares sufrieron un espasmo, obligando a los jugos vitales a acudir al cerebro. Las hélices sinápticas se dilataron, elevando la conductividad neurológica. Poco a poco, la conciencia fue extendida al sistema de fibras mayores, después a los filamentos individuales y finalmente a las entretrejidas redes capilares.

Allí se produjo la turbulencia de las moléculas de aire chocando contra los tejidos rotos, mientras la luz impregnaba las superficies expuestas. Los filamentos microscópicos se contrajeron, cortando la pérdida de fluido a través de las heridas.

Ahora, la mente del árbol pudo concentrar toda su atención en examinar la infinitamente complicada matriz celular. Allí reinaba la confusión de amidas; sin embargo, había un cierto orden en el incesante y continuo movimiento de las partículas, en el fluir de los líquidos, en las complejidades de la espiral alfa. Delicadamente, la mente del árbol ajustó el mosaico funcional, preparándose para la generación de esporas.

Malpry se detuvo y se llevó una mano a los ojos a modo de pantalla. Una figura alta y delgada apareció en la sombra de la inclinada masa de raíces, en la vertiente.

–Parece como si regresáramos en el momento oportuno –dijo Malpry.

–¡Maldita sea! –exclamó Gault.

Echó a correr y Pantelle le salió al encuentro.

–¡Te dije que te quedaras en la nave, Pantelle!

–Terminé mi trabajo, capitán. No me dijiste...

–Está bien, está bien. ¿Algo va mal?

–No, nada. Pero acabo de recordar, algo...

–Después, Pantelle. Regresemos a la nave. Tenemos trabajo que, hacer.

–Capitán, ¿sabes lo que es esto? –preguntó Pantelle, señalando hacia el gigantesco árbol caído.

–Claro, es un árbol –contestó Malpry y volviéndose hacia Gault, añadió–: Vamos...

–Sí, pero, ¿de qué clase?

–Déjame en paz. No soy botánico.

–Capitán, se trata de una especie muy rara. de hecho se supone que está extinguida. ¿Has oído hablar alguna vez del Yanda?

–No... Sí –Gault miró a Pantelle–. ¿Es esa clase de árbol?

–Estoy seguro. Capitán, éste es un descubrimiento muy valioso.

–¿Quieres decir que vale algo en dinero? –preguntó Malpry, mirando a Gault.

–No lo sé. ¿De qué estás hablando, Pantelle?

–De una raza inteligente que pasó por una primera fase animal. Después, echaron raíces, se asentaron en un lugar fijo y empezaron a funcionar como una planta. Fue el modo utilizado por la naturaleza para alcanzar la competencia necesaria para la selección natural, además de la ventaja de la selección consciente de un lugar donde echar raíces.

–¿Cómo podemos conseguir dinero con esto?

Pantelle miró hacia la elevada pared del tronco caído, curvado entre la maraña de ramas desgajadas... treinta, sesenta, incluso más metros de diámetro. La corteza era lisa, casi negra. Las hojas, del tamaño de un pie, eran brillantes y de varios colores.

–Este gran árbol...

Malpry se detuvo y cogió un fragmento de una raíz rota.

–Con este trozo –dijo–, me es suficiente para romperte la crisma...

–¡Ya está bien, Mal!

–Vivió y vagó por el planeta, quizá hace diez mil años, durante la primitiva fase animal. Después, el instinto le trajo hasta aquí para completar el ciclo de la naturaleza. Contemplad a este antiguo campeón, mirando a través del valle por primera vez, despidiéndose a medida que comienza la metamorfosis.

–Tonterías –dijo Malpry.

–El suyo ha sido el destino de todos los machos de su raza que vivieron demasiado tiempo, elevados para siempre sobre la tierra, para recordar a través del tiempo la breve gloria de la juventud. El mismo no deja de ser un monumento heroico.

–¿Y de dónde te has sacado todas esas ordinarieces? –preguntó Malpry.

–Este fue el lugar –dijo Pantelle sin contestarle–. Aquí terminaron todos sus viajes.

–Está bien, Pantelle. Muy conmovedor. Pero antes has dicho algo sobre lo valioso que puede ser este árbol.

–Capitán, este árbol todavía está vivo, al menos durante algún tiempo. Aun cuando muera su corazón, perdurará la apariencia de vida. Una capa de nuevos vástagos aparecerá para amortajar el cadáver. Serán como pequeñas plantas atávicas, que no tendrán ninguna conexión con el cerebro, como parásitas del cuerpo, idénticas al origen ancestral de donde provienen estos gigantes, simbolizando con ello la extinción de cien millones de años de evolución.

–Vayamos a la cuestión que nos interesa.

–Podemos cortar fragmentos del corazón del árbol. Tengo un libro... En él se dan detalles sobre la anatomía... Podemos mantener los tejidos vivos. Una vez que regresemos a la civilización, podemos regenerar el árbol... incluyendo el cerebro y todo lo demás. Eso costará algún tiempo...

–Suponte que vendemos los fragmentos que cortemos.

–Sí, cualquier universidad pagaría muy bien por ellos.

–¿Cuánto tardaríamos en hacerlo?

–No mucho. Podemos cortar los fragmentos por medio de una barrena de combustión para abrirnos camino...

–Está bien. Trae tus libros, Pantelle. Lo intentaremos.

Aparentemente la mente del Yanda observaba. Había transcurrido un largo período de tiempo desde que se iniciara la estimulación de la propagación de esporas por última vez, ante la proximidad de una hembra. Encerrado en sus introvertidos sueños, el árbol había tomado nota consciente de que el contacto con los hermanos espora había fallado y de que las criaturas que esperara habían ido disminuyendo. Ahora, las impresiones almacenadas durante tanto tiempo salieron a la luz. Parecía evidente que ninguna hembra volvería a pasar de nuevo por aquella zona. El género de los árboles Yanda había desaparecido. El fuego del instinto, que había motivado la elaboración del mecanismo de propagación de emergencia, se había quemado a si mismo en la futilidad. El nuevo modelo de ojos al acecho, dirigidos borrosamente hacia un paisaje vacío, únicamente ocupado por la retorcida jungla de las ramas; la miríada de filamentos del nexo de transferencia, enfriándose hasta llegar a la inactividad; los miembros prensiles que deberían haber traído una criatura lista para la fecundación colgaban inactivos; los sacos de esporas, desbordándose inútilmente al no indicarse ninguna otra acción posterior. Ahora, la muerte llegaría con lentitud y seguridad.

En alguna parte se inició un tamborileo, un gran temblor a través del silencio muerto. Cesó un momento, comenzó de nuevo, y siguió. No parecía tener importancia, pero una débil curiosidad hizo que el árbol extendiera un filamento sensorial, para explorar el abandonado nervio-tronco...

Convulsivamente, la mente del árbol retrocedió espantada, separándose del contacto. Tuvo una impresión de destrucción lenta causada por el fuego, de una casi imposible actividad termal...

Desorientada, la mente del árbol consideró las implicaciones del dolor punzante. ¿Un fenómeno ocasionado en órganos sensoriales dañados? ¿Un extraño impulso partido de los nervios destruidos?

No. El impacto había sido traumático, pero la información estaba allí. La mente del árbol volvió a examinar cada una de las vibraciones sinápticas, reconstruyendo la experiencia. El significado estuvo claro en un momento: un incendio se estaba profundizando, dirigiéndose hacia el interior del cuerpo del árbol.

Trabajando con mucha rapidez, el árbol reunió una barrera de moléculas incombustibles que situó en el camino del fuego y esperó. El calor llegó ante la barrera, dudó un momento... y la barrera terminó por empezar a arder.

Se necesitaba un muro de contención mucho más grueso.

El árbol aplicó toda su disminuida vitalidad a la tarea. La nueva barrera protectora fue aumentando, se interpuso en el camino del fuego, se dobló para interceptarlo...

Finalmente, osciló y se detuvo. La exigencia de energía resultaba demasiado grande. Los hambrientos conductos musculares se convulsionaron. La negrura se cerró sobre la conciencia en desintegración.

Después, muy lentamente, volvió la claridad. Ahora, el fuego avanzaría incontrolado. No tardaría en pasar las ya exiguas defensas, avanzando hasta consumir el propio corazón-cerebro. Ya no quedaba ninguna otra medida que tomar. Era algo muy desafortunado, pues la propagación no se había consumado aún, pero era algo inevitable. Tranquilo, el árbol esperó su destrucción a través del fuego.

Pantelle dejó la barrera de combustión, se sentó en la hierba y sonrió.

—¿Qué les ha hecho extinguirse? —preguntó Malpry de repente.

Pantelle le miró.

—Saqueadores contestó,

—¿Qué quieres decir?

—Los mataban para conseguir el *dran*. Se autojustificaban diciendo que el árbol Yanda era una amenaza, pero en realidad sólo iban en busca del *dran*.

—¿Es que no puedes hablar con claridad?

—Malpry, ¿te he dicho alguna vez que no me gustas en absoluto?

Malpry escupió.

–¿Qué pasa con ese *dran*?

–Los árboles Yanda poseen un ciclo reproductor muy extraño. En el caso de una emergencia, las esporas liberadas por el árbol masculino pueden ser implantadas en casi todas las criaturas de sangre caliente, y llevadas en el cuerpo durante un período de tiempo indefinido. Cuando el animal receptor se aparea, las esporas dormidas entran en juego. Los descendientes parecen perfectamente normales; en realidad, las esporas actúan corrigiendo cualquier defecto en el individuo, reparando las heridas, combatiendo las enfermedades, etc.; como consecuencia de todo ello, el índice de vida aumenta. Pero llega un momento en que la criatura se ve sometida a la metamorfosis, echa raíces y se convierte en un árbol Yanda masculino normal... en lugar de morir a causa de la avanzada edad.

–Estás hablando demasiado. ¿Qué es ese *dran* al que te referías?

–El árbol emite una especie de gas hipnótico con objeto de atraer a los animales en los que poder implantar sus esporas. Es un potente narcótico. Eso es el *dran*. Los saqueadores mataron los árboles Yanda para conseguirlo. Como justificación, decían que estos árboles podían hacer que los humanos dieran a luz monstruos. Eso no tiene sentido alguno. Pero el *dran* se vendía en el mercado negro a precios fabulosos.

–¿Y cómo se consigue ese *dran*?

Pantelle miró a Malpry.

–¿Por qué quieres saberlo?

Malpry observó el libro que estaba sobre la hierba.

–Lo dice ahí, ¿verdad?

–Eso no te importa. Las órdenes de Gault son que me ayudes a conseguir fragmentos del corazón del árbol.

–Pero él no sabía nada del *dran*.

–Apoderarnos del *dran* significaría matar la especie. No puedes...

Malpry avanzó hacia el libro. Pantelle se abalanzó sobre él pero falló en su intento de derribarle. Malpry le dio un fuerte golpe en la espalda.

–No me toques, rastrero.

Tenía los puños cerrados y caídos a lo largo de sus piernas.

Pantelle quedó echado en el suelo, aturdido. Malpry recogió el libro y encontró en él lo que quería saber. Al cabo de diez minutos tiró el libro al suelo, recogió la barrena de combustión y se dirigió hacia el árbol.

Malpry puso en marcha el sistema de combustión limpiándose el rostro, lleno de sudor. Un insecto dotado de numerosas patas huyó precipitadamente, alejándose de allí. Algo se movió ligeramente bajo sus pies. Una de las cosas buenas era que

en aquel árbol no había ningún animal de un tamaño superior a un ratón. Era un lugar infernal. Tenía que vigilar su avance; no iba a perderse ahora entre toda aquella madera...

La aterciopelada pared del semiquemado tronco fue hundiéndose, hasta que, en un momento determinado, apareció un tramo que se ensanchó repentinamente. Malpry se detuvo, respirando con dificultad. Sacó su empapado pañuelo, observando fijamente la pared negra que tenía ante sí. Un anillo de retoños blancos brotaba del árbol muerto. Cerca de ellos había otros vástagos, como hilos negros enmarañados, semejantes a algas marinas, de aspecto viscoso, que parecían estar en suspensión...

Malpry se retiró, gruñendo. Algún animal que se arrastraba, alguna especie de hongo inmundo... Pero...

Malpry se detuvo. Quizá fuera eso lo que estaba buscando. Seguro, aquello era lo que mostraban las fotografías del libro. Allí era donde estaba el *dran*. Pero no se imaginaba que fuera algo que se arrastrara...

–¡Deténte, Malpry!

Malpry se revolvió.

–No seas... estúpido... –Pantelle estaba intentando respirar profundamente; mostraba una magulladura en la mandíbula–. Déjame descansar... Déjame hablar contigo...

–Muérete de una vez, mamarracho. Descansa todo lo que quieras. Pero no estropees mis planes.

Malpry le dio la espalda, sin soltar la barrena de combustión.

Pantelle cogió una rama rota y la descargó sobre la cabeza de Malpry. La madera, podrida, se partió. Malpry se tambaleó, pero se recuperó. Se volvió hacia su contrincante, con el rostro lívido; por él corría hilillo de sangre.

–Está bien, rastrero –rugió.

Pantelle se le acercó, lanzando su brazo derecho hacia adelante y doblándolo con violencia. Malpry arremetió al mismo tiempo contra él, y el codo de Pantelle le dio en la mandíbula. Sus ojos se pusieron vidriosos, sus piernas flaquearon y cayó sobre sus manos y rodillas. Pantelle lanzó una risa de triunfo.

Malpry sacudió la cabeza, respiró intensamente y volvió a ponerse en pie. Pantelle cobró fuerzas y le pegó con vigor en la mandíbula. Pero el golpe pareció aclarar la cabeza de Malpry. Evitó un segundo puñetazo y, reuniendo todas sus fuerzas, golpeó a Pantelle, que perdió el equilibrio, recibiendo otros dos puñetazos, a derecha e izquierda. Pantelle rebotó de un lado a otro y finalmente cayó, quedando allí tendido. Malpry, sobre él, aún le golpeó de nuevo en la mandíbula.

Después, le golpeó con el pie. Quizá el rastrero había muerto. Tenía las manos extendidas hacia Malpry. Aquello no le gustaría a Gault, pero había sido el rastrero quien había empezado. Se había deslizado tras él y le había golpeado a

traición. Tenía la señal que lo demostraba. De todos modos, las noticias sobre el *dran* calmarían a Gault. Sería mejor ir a buscarle y traerle hasta allí. Después, terminarían de cortar el *dran* y abandonarían aquel planeta tan horrible. Mientras tanto, el rastrero podía desangrarse.

Malpry se volvió, dirigiéndose hacia la nave, dejando a Pantelle encogido junto al árbol caído.

El Yanda extendió sus ojos externos para estudiar a la criatura caída que, al parecer, había perdido ahora el sentido. Un fluido rojo surgía de unos orificios situados en su parte superior, que parecían ser como pequeñas ventanillas en su epidermis. Se trataba de una criatura muy extraña, que se asemejaba superficialmente a las familiares criaturas receptoras de las esporas. Tanto sus acciones como las de la otra criatura que se había marchado resultaban en extremo curiosas. Quizá fueran macho y hembra y el encuentro sólo había sido una copulación. Posiblemente, ese estado de hibernación en que parecía encontrarse la que había quedado allí no era más que un proceso normal, preparatorio del proceso de echar raíces. Si no se tratara de una criatura tan extraña, podría servir como portadora.

La superficie del organismo se removió, sacudiendo uno de sus miembros. Al parecer, estaba a punto de revivir. No tardaría en marcharse y no se le volvería a ver por allí. Sería prudente realizar un examen rápido; si la criatura demostraba ser apta como receptora...

Con gran rapidez, el árbol elaboró un complejo de diminutos filamentos que tantearon prudentemente la figura inmóvil, penetrando después por la sorprendentemente suave y blanda capa superficial, en busca de fibras nerviosas. A continuación, fluyeron toda una serie de impresiones indescifrables. El árbol puso en marcha unos filamentos sensoriales más grandes, divididos y subdivididos en fibras que sólo tenían unos pocos átomos de diámetro, los desparamó en abanico a través del hombre inconsciente, recorriendo la espina dorsal y penetrando en el cerebro...

Aquello era una verdadera maravilla de complejidad, una increíble profusión de conexiones. Se trataba de un centro capaz de realizar las más elevadas funciones intelectuales... Algo inaudito en una criatura receptora. Llena de curiosidad, la mente del árbol exploró más profundamente, aturdiéndose, escuchándolo todo a través de un caleidoscopio de impresiones, memorias ocultas y llamativos simbolismos.

La mente del Yanda nunca había tropezado con los procesos hiperintelectuales de la emoción. Siguió presionando, cada vez más profundamente, hacia la fantasmagoría de los sueños...

Color, risas y palmadas. Banderas desplegadas al sol, coros de una música remota y flores que se abrían por la noche. Abstracciones de increíble belleza, mezcladas con vividas conceptualizaciones de la gloria. Totalmente fascinada, la mente del árbol exploró los secretos y románticos sueños de realización de Pantelle...

Y, de repente, se tropezó con la mente del ser extraño.

Hubo un momento de gran quietud cuando las dos mentes se valoraron mutuamente.

–Estás muriéndote –dijo la mente extraña.

–Sí. Y tú estás atrapada, en una criatura receptora enfermiza. ¿Por qué no has seleccionado un receptáculo más fuerte?

–Yo... Me originé aquí. Yo... Nosotros... Somos uno.

–¿Y por qué no fortaleces tu receptáculo?

–¿Cómo?

La mente del árbol Yanda se detuvo.

–Sólo ocupas una esquina del cerebro. ¿Es que no utilizas tus poderes?

–Sólo soy un segmento...

La mente extraña también se detuvo, confundida. Luego prosiguió:

–Estoy conceptualizada por la mente monitora, por el subconsciente.

–¿Qué es la mente monitora?

–Es la totalidad de la personalidad. Se encuentra por encima de la conciencia, dirigiendo...

–Tienes un cerebro de extraordinario poder. Y sin embargo, grandes masas de tus células permanecen sin ser utilizadas. ¿Por qué existen grandes ramales inútiles, como parece ser el caso?

–No lo sé.

Ya no hubo más información procedente del cerebro extraño, que, en realidad, albergaba numerosas mentes.

La mente del Yanda rompió el contacto establecido.

Se produjo una ráfaga de fuerza mental, arrolladora. La mente del Yanda retrocedió, buscando a tientas su orientación.

–NO ERES UNA DE MIS MENTES.

–¿Tú eres la mente monitora? –preguntó el Yanda.

–SI. ¿QUE ERES TU?

La mente del Yanda proyectó su concepto de sí misma.

–EXTRAÑO. MUY EXTRAÑO. POSEES HABILIDADES MUY ÚTILES. ASÍ LO PERCIBO. ENSÉÑAMELAS.

La mente del Yanda se retorció bajo el torrente de impulsos de pensamiento.

–Reduce tu volumen. Me destruirás.

–LO INTENTARE. ENSÉÑAME ESE TRUCO QUE POSEES PARA MANIPULAR LAS MOLÉCULAS.

El Yanda reptó bajo el retumbar de la mente extraña. ¡Qué instrumento! Se trataba de una anomalía fantástica... Una mente como aquella unida a aquella frágil criatura receptora..., incapaz incluso de utilizar sus poderes. Pero sería una cuestión muy simple llevar a cabo las correcciones necesarias, remodelar y endurecer el receptáculo, eliminar los defectos...

–¡ENSÉÑAME, MENTE YANDA!

–Extraño, moriré pronto. Pero te enseñaré. Hay, sin embargo, una condición...

Las dos mentes conferenciaron y llegaron a un acuerdo. Inmediatamente, la mente del Yanda inició los reajustes a nivel submolecular.

Primero, llevó a cabo una regeneración de células, suturando las lesiones abiertas en el brazo y en la cabeza. Se modificaron los anticuerpos en proporciones vastísimas y, poco después, éstos fluyeron a través de todo el sistema. Los parásitos murieron.

–Mantén este proceso –aconsejó la mente del árbol.

Después, siguieron las capas musculares; indudablemente, eran inadecuadas. La misma estructura de las células era endeble. El Yanda introdujo las mejoras necesarias; organizó perfectamente el almacén del desgastado cuerpo y reforzó la musculatura. Y después, las partes del esqueleto...

El árbol visualizó las articulaciones del mecanismo ambulatorio, y consideró por un momento la posibilidad de sustituirlo por un sistema tentacular mucho más práctico...

Quedaba poco tiempo. Sería mejor conservar los huesos y limitarse a reforzarlos mediante la utilización de fibras metalovegetales. Los sacos de aire también. Y el corazón. Tal y como estaban, no habrían podido resistir mucho más tiempo.

–Observa, extraño, esto y esto.

–YA LO VEO. ES UN TRUCO MUY INTELIGENTE.

El Yanda trabajó sobre el cuerpo de Pantelle, ajustando, corrigiendo, reforzando, desechando un apéndice o pequeño rabo que halló, añadiendo allí una pequeña unidad de reserva de aire. Los restos de un ojo que quedaban en lo más profundo del cerebro fueron restaurados y dotados de sensibilidad para las frecuencias de radio, siendo posteriormente unidos a los controles. La espina dorsal fue hábilmente fusionada a la base; añadió mesenterios adicionales para que ayudaran a sostener el aparato intestinal. Siguiendo el modelo básico contenido en los genes, la mente del árbol reconstruyó todo el cuerpo.

Una vez terminado todo el proceso y en cuanto la mente del ser extraño hubo absorbido todas las técnicas demostradas, la mente del Yanda descansó.

–Ya ha terminado.

–ESTOY LISTO PARA RESTABLECER LA MENTE CONSCIENTE Y HACERME CARGO DEL CONTROL.

–Recuerda tu promesa.

–LA RECORDARE.

La mente del Yanda comenzó a retirarse. El turbador instinto había sido satisfecho. Ahora, podría, descansar hasta que llegara el final.

–ESPERA. TENGO UNA IDEA MEJOR, YANDA.

–Dos semanas aquí y catorce para regresar –dijo Gault–. ¿Por qué no me dices lo que ocurrió allí?

–¿Cómo está Malpry? –preguntó Pantelle.

–Está bien. Los huesos rotos se soldarán, y tú sólo te has roto unos pocos.

–El libro estaba equivocado sobre las esporas del árbol Yanda –dijo Pantelle–. No poseen en si mismas la capacidad de reconstruir a la criatura receptora...

–¿El qué?

–El animal infectado. El nivel de salud y de vida del receptáculo mejora. Pero las mejoras son realizadas por el árbol en el momento de la propagación, con objeto de asegurar una buena oportunidad de vivir a las esporas.

–Quieres decir que tú...

–Hicimos un trato. El Yanda me dio esto...

Pantelle presionó un dedo contra la mampara de acero. El metal se dobló.

–...Y algunos pequeños trucos más. A cambio, me convertí en receptáculo de las esporas del árbol Yanda.

Gault se apartó de él.

–¿Y eso no te preocupa? Los parásitos...

–Es un trato justo. Las esporas son microscópicas y estarán completamente dormidas hasta que se desarrollen las condiciones adecuadas.

–Sí, pero tú mismo has dicho que esa mente vegetal ha actuado en tu propia mente.

–Únicamente borró todas las cicatrices de la experiencia traumática, corrigió las deficiencias, y me enseñó a utilizar lo que tengo.

–¿Qué te parece si me lo enseñas a mí?

–Lo siento, Gault –dijo Pantelle, moviendo la cabeza en un gesto negativo–. Es imposible.

Gault consideró las observaciones de Pantelle.

–¿Y qué sucede con esas “condiciones adecuadas” para las esporas? –preguntó de repente–. Algún día te despertarás y te encontrarás con que te están saliendo retoños.

–Bueno –dijo Pantelle–. Será entonces cuando tenga que cumplir mi parte del trato. Una criatura receptora transmite las esporas a través del proceso de apareamiento normal. La descendencia alcanza muy buena salud y una larga vida antes de que se produzca la metamorfosis. Eso no tiene nada de malo... vivir cien años y después elegir un lugar bonito y adecuado para echar raíces y crecer y ver cómo las estaciones del año se van sucediendo...

Gault consideró lo que estaba escuchando.

–Un hombre termina por cansarse –dijo–. Conozco un lugar desde donde puedes contemplar el Pacífico a varias millas de distancia, a lo lejos...

–He prometido ser muy activo –dijo Pantelle–. Me ocupará una gran parte de mi tiempo, pero tengo el decidido propósito de cumplir con mis obligaciones hasta el final. *¿Has oído eso, Yanda?* –preguntó Pantelle en silencio.

–*Lo he oído* –fue la respuesta que le llegó desde el rincón no utilizado de su cerebro que había asignado al modelo del ego del árbol Yanda.

Nuestros próximos mil años serán muy interesantes.

Tierra extraña

Edmond Hamilton

Alien earth, © 1949 by Standard Magazines (*Thrilling Wonder Stories*, Abril 1949). Traducción de Hernán Sabaté, en *Trasplante obligatorio*, recopilación de Asimos-Greenberg-Waugh, Ediciones Martínez Roca S.A., 1986.

Edmond Hamilton (1904-1977) fue uno de los grandes pioneros de las revistas de ciencia ficción en los Estados Unidos, y publicó su primer relato en Amazing, en 1928. Durante la primera parte de su larga carrera fue conocido por el sobrenombre de «Hamilton el destructor de mundos», ya que muchos de sus escritos reflejaban batallas entre sistemas planetarios. A principios de la década de 1940 escribió la mayor parte de sus relatos de la famosa serie sobre el Capitán Futuro. Su esposa, la afamada escritora de ciencia ficción Leigh Brackett, fue quien se encargó de la publicación de una antología de su marido, titulada The Best of Edmond Hamilton (1977).

A lo largo de la historia, en muchas épocas se ha considerado a las plantas como seres carentes de vida. No vivían; simplemente, vegetaban. Después de todo, no se movían, no comían y no emitían sonidos. Parecían existir con el mero propósito de servir de alimento a los animales.

En la Biblia, de hecho, cuando al tercer día la tierra seca fue creada, Dios hizo que apareciera cubierta ya de plantas. Se las consideraba meros tributos de la tierra. La palabra vida no se utiliza en relación a ellas. Sólo en el quinto día, cuando se crean los primeros animales, se utiliza la palabra vida. «Y dijo el Señor, que las aguas produzcan en abundancia criaturas móviles que posean vida (...)» (Génesis, 1, 20).

Los animales son criaturas móviles; las plantas, no.

Una vez creado el mundo animal (incluido el hombre), Dios dice a éste, y presumiblemente a la vida animal en general: «(...) Mira, te he dado todas las hierbas que tienen semillas (...) y todos los árboles (...) que ofrecen semillas; todo ello será alimento para ti» (Génesis, 1, 29).

Aunque esto parece clasificar a los animales como seres vivos y a las plantas como alimento, éstas últimas son seres tan absolutamente vivos como los animales. Hacia 1830 se descubrió que los vegetales, igual que los animales, están compuestos de células que contienen protoplasma. Posteriores estudios han puesto en evidencia que la naturaleza química de las células vegetales y las animales son muy parecidas, que ambas utilizan proteínas y ácidos nucleicos y que sus sistemas o patrones de reacción química son similares en ambas.

De hecho, si se compara la química de los vegetales y la de los animales, parece que los primeros se imponen claramente. En primer lugar, poseen clorofila, lo que les posibilita utilizar la energía del sol para almacenar energía química y construir sus tejidos. Los animales no poseen clorofila y deben vivir, como parásitos, de esta capacidad de los vegetales. En segundo lugar, las plantas tienen la facultad

de fabricar celulosa, un material de sostén poderoso y resistente a los químicos, lo que es otra capacidad de la que carecen los animales. En tercer lugar, las plantas pueden elaborar a partir de elementos simples los complejos compuestos químicos que precisan para la vida, sin excepción. Los animales necesitan encontrar en su dieta estructuras complejas ya elaboradas y de no recibirlas pueden llegar a morir. (A esos complejos compuestos, o estructuras, químicos los denominamos vitaminas.)

Pese a todo, los vegetales son, en diversos aspectos, una forma de vida más sencilla que los animales. Carecen de los tejidos más complicados de éstos y no poseen músculos ni nervios; tampoco se mueven (en tierra, al menos) porque tienen que utilizar raíces para obtener agua, y esas raíces los anclan al terreno.

Sin embargo, en cierto modo se mueven: crecen, dirigen los extremos de sus ramas, lentamente, para recibir la luz del sol, e inclinan sus raíces para que crezcan en dirección al agua. Hay plantas cuyas hojas se cierran al tocarlas.

El movimiento existe, aunque sea lento, pues utilizan impulsos como la humedad o el crecimiento diferencial, en lugar de usar la rapidez de las fibras musculares y su capacidad de contracción. Si se miran las plantas mediante fotografías tomadas a intervalos, en serie, o se pasa una tras otra en un proyector de cine, el movimiento se acelera y las plantas parecen adoptar una vida manifiesta. La misma impresión daría si nosotros ralentizáramos nuestra percepción, como apunta Hamilton en Tierra extraña.

Isaac Asimov

1. Vida ralentizada

El muerto estaba de pie en un pequeño claro iluminado por la Luna en mitad de la jungla, donde Farris le había encontrado.

Era un hombrecillo aceitunado vestido con una tela de algodón blanca. Un miembro típico de las tribus laosianas de aquella tierra de nadie, en plena Indochina. Estaba de pie sin sostenerse en sitio alguno, con los ojos abiertos, la mirada fija al frente sin parpadear y un pie ligeramente levantado del suelo. y no respiraba.

—¡Pero no puede estar muerto! —exclamó Farris—. Los muertos no aparecen de pie en plena selva.

Piang, el guía, le interrumpió. Aquel engreído nativo de Annam había perdido toda su autosuficiencia desde el mismo instante en que se apartaron del sendero. y aquel muerto inmóvil y en pie había completado su desmoralización.

Desde que los dos hombres habían penetrado dando traspies en aquel bosquecillo de árboles de algodón y casi habían tropezado con el muerto, Piang no había dejado de barbotear palabras inconexas con aire asustado, sin dejar de señalar la figura, absolutamente inmóvil. Ahora, por fin, Farris le oyó decir con claridad:

–¡Ese hombre está *hunati!* ¡No le toque! ¡Tenemos que irnos de aquí, hemos penetrado en un rincón malo de la selva!

Farris no se movió. Llevaba demasiados años como buscador de árboles de teca para ser del todo escéptico a las supersticiones del sudeste asiático pero, por otra parte, sentía cierta responsabilidad para con el hombre.

–Si no está muerto, como dices, seguro que le sucede algo y necesita ayuda –sentenció.

–¡No, no! –insistió Piang–. ¡Está *hunati!* ¡Vámonos de aquí en seguida!

Pálido de terror, el guía echó un vistazo a la arboleda iluminada por la Luna. Se encontraban en una meseta baja donde la jungla era más monzónica que tropical. Los grandes árboles de algodón y los ficus estaban menos ahogados aquí por los matorrales y los zarcillos, y a través de mortecinos pasillos que se abrían entre las plantas podía divisarse, al fondo, unos gigantescos banianos que se alzaban como señores oscuros de aquel silencio plateado.

El silencio. El silencio era demasiado total para ser del todo normal. Hasta ellos llegaba el débil jolgorio de los pájaros y los monos procedente de la espesura, más allá de la arboleda y, por un instante, escucharon el rugido de un tigre traído por el eco desde las colinas laosianas. Sin embargo, la meseta en que se encontraban y la

espesura que la circundaba permanecían en total silencio.

Farris se acercó al nativo, inmóvil y con la mirada fija, y le tocó suavemente la muñeca, delgada y de piel oscura. Durante unos instantes, le fue imposible localizarle el pulso. Por fin, notó un latido, una pulsación increíblemente lenta.

–Un latido cada dos minutos –murmuró Farris–. ¿Cómo diablos puede mantenerse con vida?

Observó con atención el pecho desnudo del hombre. Vio que se alzaba, pero con tal lentitud que el ojo apenas podía captar el movimiento. Permaneció expandido dos minutos y luego, con igual lentitud, empezó a bajar otra vez.

Farris se sacó del bolsillo una linterna e iluminó los ojos del individuo. Éste no reaccionó al estímulo, al menos al principio. Después, lentamente, sus párpados se contrajeron hasta cerrarse y, tras permanecer cerrados unos instantes, volvieron a abrirse a la misma velocidad casi inapreciable.

–Ha parpadeado... ¡pero con una lentitud cien veces mayor de lo normal!– exclamó–. El pulso, la respiración, los reflejos... todos le funcionan cien veces más lentamente de lo normal. Ese hombre ha sufrido una conmoción o bien está drogado.

Entonces advirtió algo que le produjo un ligero escalofrío.

El ojo del individuo parecía estar volviéndose hacia él con infinita lentitud. y su pie levantado se había alzado un poco más. Como si estuviera caminando, pero aun ritmo cien veces más lento de lo normal.

Aquello era espantoso. Pero a continuación llegó hasta Farris algo todavía más espeluznante. Un ruido... el sonido de una ramita al quebrarse.

Piang exhaló el aire en un silbido de puro miedo y señaló hacia la arboleda. Farris miró hacia allí bajo la luz de la luna.

A unos cien metros había otro nativo. También permanecía inmóvil, pero tenía el cuerpo inclinado hacia delante con el ademán de un corredor repentinamente congelado. Y bajo sus pies, había crujido la ramita que habíamos oído.

—Adoran a los grandes, ¡por el Cambio! —dijo mi guía annamés con un ronco tono de pavor en la voz—. ¡No debemos entremeternos!

Lo mismo decidió Farris. Aparentemente, se había metido en algún extraño rito mágico de la jungla, y ya había tenido suficientes experiencias con los nativos asiáticos como para no desear intervenir en sus misteriosas religiones propias.

El estaba en aquel rincón perdido, en la parte más oriental de Indochina, para dedicarse al comercio de madera de teca. Y ya tendría suficientes dificultades en aquella inexplorada tierra de nadie para, además, buscarse problemas con las tribus. Aquellos extraños hombres entre vivos y muertos, víctimas de una droga o de una enfermedad, no debían correr peligro si otros hombres de su tribu estaban cerca para vigilarles.

—Sigamos —asintió Farris lacónicamente.

Piang encabezó la marcha en el descenso desde la meseta cubierta por la selva. El guía cruzó la espesura como un ciervo asustado hasta que fueron a dar de nuevo al camino.

—Éste es... el camino al puesto avanzado del Gobierno —dijo, con gran alivio—. Debimos de perdernos en la hondonada de ahí atrás. No me había adentrado tanto en Laos más que un par de veces.

—Piang, ¿qué es *hunati*? ¿y ese Cambio que has mencionado?

El guía se puso inmediatamente mucho más serio.

—Es un ritual de adoración. —Después, recuperando en parte su habitual charlatanería, añadió—: Esos hombres de las tribus son muy ignorantes. No han estado en la escuela de la misión, como yo.

—¿Adoración a qué? Los grandes, has dicho antes. ¿Quiénes son?

Piang se encogió de hombros e improvisó una mentira.

—No lo sé. En toda la gran selva, hay hombres que se pueden volver *hunati*, se dice. Yo no sé cómo.

Mientras avanzaba, Farris se puso a pensar. Había notado algo misterioso en aquellos hombres. Una especie de suspensión animada, pero no del todo. Más bien una increíble ralentización de la actividad.

¿Qué debía haberla causado? ¿Y cuál podía ser su propósito?

–Supongo que cualquier tigre o serpiente dará buena cuenta de un hombre en ese estado.

Piang hizo un enérgico gesto de negativa con la cabeza.

–No. El hombre que está *hunati* está a salvo... Al menos, de los animales. Ningún animal le tocará.

Farris quedó asombrado. ¿Se debería quizás a que su extrema inmovilidad hacía que los animales no se fijaran en él? Finalmente, supuso que era parte de las creencias de aquel culto a la naturaleza regido por el miedo. Aquel tipo de animismo era frecuente en esta parte del mundo, y no era difícil comprender la razón, se dijo Farris con cierta aprensión. Aquí, en la selva tropical, la naturaleza no era la diosa sonriente de las tierras templadas. Era algo que no se amaba, sino que se temía.

¡Y bien que lo sabía! Había estado dos días en la jungla laosiana desde que dejara el curso del alto Mekong, cuando había calculado que en un día alcanzaría su objetivo: el puesto de investigación botánica del Gobierno francés.

Se quitó de encima unas hormigas aladas que intentaban picarle en su nuca bañada en sudor y lamentó no haberse detenido al caer el sol. Sin embargo, el mapa mostraba que estaban a pocos kilómetros del puesto y habían seguido, sin calcular que Piang perdería el camino, y casi debería haber contado con ello, se dijo Farris, pues éste no era sino un sinuoso sendero que daba vueltas y revueltas en la pendiente de la meseta, cubierta de densa maleza.

Los ficus de treinta metros, los palos de Campeche para tintes y los árboles de algodón tamizaban la luz de la luna. El sendero se retorció constantemente para evitar los impenetrables infiernos de bambú o para vadear pequeños arroyos, y la espesura de los zarcillos y lianas tenían una diabólica habilidad para engancharle a uno en la obscuridad.

Farris se preguntó si no habrían perdido el camino otra vez, y se preguntó también, no por primera vez, por qué habría dejado Norteamérica para meterse en el asunto de la teca.

–Ahí está el puesto –dijo de repente Piang, con manifiesto alivio.

Frente a ellos, en la ladera cubierta por la jungla, había un saliente plano. Allí brillaba una luz, procedente de las ventanas de un bungalow de bambú irregularmente construido.

Farris se dio plena cuenta del cansancio que había acumulado cuando cubrió los últimos metros del camino. Se preguntó si encontraría allí una cama decente y qué tipo de persona sería el tal Berreau para haber escogido enterrarse en aquel puesto de investigación botánica perdido de la mano de Dios.

La casa de bambú estaba rodeada de gráciles palos de Campeche de gran talla, pero la luz de la luna ponía a la vista un jardín alrededor del edificio, circundado por un seto bajo de sapán.

De la galería a obscuras surgió una voz que sorprendió a Farris. Era una voz de muchacha que hablaba en francés.

–¡Por favor, André! ¡No vuelvas con eso! ¡Es una locura!

Una voz de hombre respondió con aspereza:

–*Lys, tais-toi! Je reviendrais...*

Farris carraspeó diplomáticamente y luego dijo, en dirección a la oscura galería:

–¿*Monsieur Berreau?*

Se hizo un silencio total. Después, la puerta de la casa se abrió y la luz procedente del interior bañó a Farris y al guía.

En el umbral, Farris vio a un hombre de unos treinta años, en ropa interior y con la cabeza descubierta, de enjuta y rígida figura.

La muchacha no era más que algo borroso bajo el súbito resplandor. Farris subió los escalones.

–Supongo que no tienen muchos visitantes. Me llamo Hugh Farris. Tengo una carta para usted del *Bureau* de Saigón.

Hubo una pausa. Después, el hombre dijo:

–Si quiere pasar, *M'sieur Farris...*

En la salita iluminada por la luz, de paredes de bambú, Farris dirigió una rápida mirada a la pareja.

A sus expertos ojos, Berreau parecía un hombre que hubiera permanecido demasiado tiempo en los trópicos: sus rasgos finos y rubios estaban deslucidos por el clima corrosivo y sus ojos tenían un aire inquieto y febril.

–Lys, mi hermana –dijo, al tiempo que asía la carta de manos de Farris.

La sorpresa de éste aumentó. Hasta aquel momento, había supuesto que la muchacha era su esposa. ¿Por qué querría una muchacha tan joven enterrarse en aquella espesura?

No le sorprendió, en cambio, que ésta tuviera un aire desgraciado. Debía ser bastante bonita, pensó, de no ser por aquella mirada de nervioso desconsuelo.

–¿Quiere beber algo? –preguntó ella. Después, dirigiendo una mirada breve y nerviosa a su hermano, le dijo a éste–: Así, ¿ya no te irás, André?

Berreau volvió el rostro hacia el bosque iluminado por la luna, y una tensión ansiosa, de codicia, se formó en sus mejillas. A Farris le causó sobresalto, pero el francés se volvió rápidamente.

–No, Lys. Sírvenos algo, por favor. y dile a Ahra que se cuide del guía.

Leyó la carta con rapidez mientras Farris se hundía con un suspiro en una silla de mimbre. Desde ella, alzó la mirada con ojos cansados.

–Así que viene a por teca, ¿no?

Farris asintió.

–Sólo para encontrar los árboles y sacarles unas tiras de corteza. Después tienen que pasar unos años antes de talarlos, ¿sabe?

–El Comisario dice que debo prestarle toda mi colaboración.

Explica la necesidad de abrir nuevas zonas de explotación de madera de teca.

Dobló lentamente la carta. Farris comprendió que, evidentemente, aquello no le gustaba al hombre, pero obedecería las órdenes.

–Haré cuanto pueda por ayudarle –prometió Berreau–. Supongo que querrá contratar a algunos nativos. Yo los conseguiré.

–Un extraño velo pareció nublarle los ojos al añadir–: Pero por aquí hay algunos bosques que no sirven para la explotación forestal.

Ya hablaremos de esto más adelante.

Farris, sintiéndose más exhausto por momentos tras la larga travesía, agradeció el vaso de ron con soda que Lys le tendía.

–Tenemos una pequeña habitación libre. Creo que estará cómodo allí –murmuró.

Farris le dio las gracias.

–Estoy tan cansado que podría dormir sobre un tronco. Tengo los músculos tan rígidos que yo mismo parezco un *hunati*.

El vaso de Berreau cayó al suelo con un súbito estrépito.

2. La brujería de la ciencia

El joven francés hizo caso omiso de los fragmentos de cristal y avanzó rápidamente hacia Farris.

–¿Qué sabe usted de los *hunati*? –preguntó en tono áspero.

Asombrado, Farris advirtió que las manos del hombre temblaban.

–No sé nada, salvo lo que vi en la jungla. Topamos con un hombre inmóvil bajo la luz de la luna que parecía muerto, pero no lo estaba. Simplemente, parecía increíblemente ralentizado. Piang me dijo que estaba *hunati*.

Un destello cruzó la mirada de Berreau.

–¡Sabía que se iba a convocar el Rito! –exclamó–. Y los otros han llegado...

Se palpó. Era como si la falta de costumbre de tener extraños cerca le hubiera hecho olvidar por un instante la presencia de Farris.

Lys bajó su rubia cabeza y apartó la mirada de Farris.

–¿Qué decía usted? –preguntó el norteamericano.

Sin embargo, Berreau se había puesto en tensión y volvía a escoger sus palabras.

–Las tribus laosianas tienen unas creencias muy extrañas, *M'sieur* Farris. Un poco difíciles de comprender.

He tenido ocasión de ver algunas brujerías muy raras en mis viajes por Asia, pero eso es increíble.

–Es ciencia, no brujería –corrigió Berreau—. Ciencia primitiva, nacida hace mucho tiempo y transmitida por tradición oral. El hombre que vio en la jungla estaba bajo la influencia de un producto químico que no se encuentra en nuestra farmacopea, pero que no es menos potente.

–¿Quiere usted decir que esas tribus tienen un fármaco que ralentiza los procesos vitales hasta reducirlos a esa increíble lentitud? –preguntó Farris con aire escéptico—. ¿Algo que nuestra ciencia moderna desconoce?

–¿Tan extraño le parece? Recuerde, *M'sieur* Farris, que hace un siglo, una vieja campesina inglesa curaba las enfermedades cardíacas con una flor, el digital, hasta que un médico estudió su remedio y descubrió la digitalina.

–Pero, ¿por qué iba a querer vivir tan despacio incluso un laosiano de estas tribus? –inquirió Farris.

–Porque ellos creen que pueden comunicarse con algo mucho más grande que ellos mismos –respondió Berreau.

–*M'sieur* Farris –interrumpió Lys–, debe de estar muy cansado. La cama ya está preparada.

Farris vio el temor nervioso de su rostro y comprendió que la muchacha quería poner fin a la conversación.

Antes de abandonarse al sueño estuvo pensando en Berreau. Había algo extraño en aquel tipo. Le había parecido demasiado entusiasmado con el asunto aquel de los *hunati*. Sin embargo, aquella increíble e inexplicable ralentización del ritmo vital del ser humano era lo bastante extraño para trastornar a cualquiera. ¿Qué dioses podían ser tan extraños que el hombre tuviera que vivir cien veces más lento de lo normal para comunicarse con ellos?

A la mañana siguiente, desayunó con Lys en la amplia galería.

La muchacha le dijo que su hermano ya había salido.

–Después le llevará al poblado del valle para buscar a sus trabajadores –le informó.

Farris advirtió en su rostro la leve sombra de la infelicidad. Lys miraba en silencio hacia el gran océano verde de la jungla que se extendía más allá de la meseta en cuya ladera se encontraban.

–¿No le gusta la selva? –preguntó Farris.

–La odio –<lijo ella–. Una se asfixia aquí.

Farris le preguntó por qué no se iba, y ella se encogió de hombros.

–Lo haré pronto. Es inútil quedarse. André no regresará conmigo. Ha estado aquí cinco años –continuó–, demasiado tiempo.

Cuando vi que no regresaba a Francia, vine para llevármelo, pero no quiere irse. Ahora tiene vínculos aquí.

Volvió a quedar en silencio. Farris se abstuvo, discretamente, de preguntarle a qué vínculos se refería. Quizás hubiera alguna mujer annamesa detrás, aunque Berreau no parecía de aquel tipo de hombres.

El día empezó su tarea de convertirse en pegajosamente tropical, y transcurrieron las horas cálidas y tranquilas de la mañana.

Farris, tumbado en una silla y descansando a gusto, aguardó a que volviera Berreau.

Pero éste no regresó. y cuando la tarde empezó a difuminarse, Lys se puso más y más nerviosa.

Una hora antes del atardecer, salió a la galería vestida con unos pantalones y chaqueta.

–Voy al poblado; volveré pronto –dijo a Farris.

La muchacha mentía muy mal. Farris se puso en pie.

–Vas a por tu hermano. ¿Dónde está?

En el rostro de Lys se reflejaron la inquietud y la duda. Finalmente, permaneció en silencio.

–Créeme, quiero ser un amigo –<lijo Farris con suavidad–. Tu hermano está mezclado en algo aquí, ¿verdad?

Ella asintió, con el rostro blanco como la cera.

–Por eso no ha querido volver a Francia conmigo. No puede decidirse. Es como un horrible vicio que le tuviera fascinado.

–¿De qué se trata?

–No puedo decirlo –replicó ella con un gesto de la cabeza–. Espera aquí, por favor.

Farris la vio partir y advirtió que se encaminaba ladera arriba, en lugar de descender. Iba hacia la parte alta de la meseta cubierta por la jungla.

Llegó a su altura con rápidas zancadas.

–No puedes subir sola a la jungla, para buscarle a ciegas.

–No le busco a ciegas. Creo saber dónde está –susurró Lys–. Pero tú no debes ir allí. A los nativos no les gustaría.

Farris comprendió al instante.

–¿Es esa arboleda de la meseta, donde encontramos a los *hunati*?

El silencio de la muchacha fue elocuente.

–Vuelve al bungalow –dijo él–; yo le encontraré.

Lys no estaba dispuesta a hacerlo. Farris se encogió de hombros y empezó a avanzar

–Entonces, iremos juntos.

Ella titubeó, pero al fin continuó. Subieron la ladera de la meseta y cruzaron la jungla.

El sol poniente enviaba dardos y flechas de oro fundido por las rendijas del enorme dosel de follaje bajo el que avanzaban. El denso verde de la selva exhalaba cálidos y olorosos efluvios. Hasta los pájaros y monos estaban silenciosos a aquella hora sofocante.

–¿Está metido tu hermano en esos extraños ritos de los *hunati*? –preguntó Farris.

Lys alzó la vista como para lanzar una inmediata negativa, pero volvió a bajar los ojos.

–En cierto modo, así es. Su pasión por la botánica le llevó a interesarse por ello, y ahora está metido hasta el cuello.

Farris estaba sorprendido y confuso.

–¿Cómo puede el interés por la botánica llevar a un hombre a ese loco ritual a base de drogas o lo que sea?

La muchacha no respondió a eso. Avanzó en silencio hasta que alcanzaron la parte alta de la meseta. Una vez allí, se volvió para susurrar:

–Ahora debemos guardar silencio. No nos conviene que nos vean aquí.

La arboleda que cubría la meseta estaba dividida por las barras horizontales de la roja luz del crepúsculo. Los grandes árboles de algodón y los ficus eran pilares que sostenían una inmensa nave catedralicia de un verde cada vez más oscuro.

Un poco más adelante se alzaban los banianos enormes, como monstruos que ya había visto a la ida a la luz de la luna. Aquellos árboles empequeñecían cuanto había a su alrededor, como enormes torres infinitamente longevas e infinitamente majestuosas.

Farris vio de repente a un nativo laosiano, una pequeña figura oscura, a diez metros de distancia delante de él. Había otros dos, a cierta distancia. y todos estaban allí totalmente quietos, mirando en otras direcciones.

Reconoció en ellos a los *hunati*. Hombres en aquel extraño estado de vida ralentizada, retardada hasta extremos increíbles en sus procesos vitales. Farris notó un escalofrío y murmuró por encima del hombro:

–Será mejor que regreses al bungalow y esperes.

–No –susurró ella–. Ahí está André.

Farris se volvió, sobresaltado. Entonces, también él vio a Berreau.

Su cabeza rubia descubierta, su rostro enjuto y blanco, como una máscara, congelado en una postura bajo una gigantesca higuera a unos treinta metros a la derecha.

¡Hunati!

Aunque Farris lo había pensado, no por ello se sentía menos sorprendido. Tampoco era que considerara a los nativos como seres inferiores. Lo más extraño para él era que, apenas unas horas antes, había estado hablando con un Berreau absolutamente normal. ¡Y ahora, le encontraba así!

Berreau permanecía de pie en una posición ridícula que recordaba las «estatuas vivientes» de la antigüedad. Un pie ligeramente levantado, el cuerpo algo inclinado hacia delante y los brazos un poco alzados.

Al igual que los nativos ralentizados de delante, Berreau estaba vuelto hacia el rincón más alejado de la arboleda, donde se alzaban los gigantescos banianos. Farris le tocó el brazo.

–Berreau, tiene que despertar de esa pesadilla.

–No sirve de nada hablarle –susurró la muchacha–. No te escucha.

No, no escuchaba. Estaba viviendo a un ritmo tan lento que ningún sonido tenía sentido para él. Su rostro era una máscara rígida, con los labios ligeramente entreabiertos para respirar y la mirada fija al frente. Lenta, muy lentamente, los párpados se cerraron y cubrieron aquellos ojos de mirada fija, antes de volver a abrirse en un parpadeo infinitamente ralentizado.

El movimiento, el pulso, la respiración... todo cien veces más lento de lo normal. Estaba vivo, pero no en forma humana. En absoluto en forma humana...

Lys estaba tan anonadada como Farris. Más tarde, éste se dio cuenta de que, hasta aquel instante, no debía haber visto nunca a su hermano en aquel estado.

–Tenemos que llevarle al bungalow, como sea –murmuró la muchacha–. ¡No puedo dejarle otra vez aquí fuera días y días!

Farris agradeció el pequeño problema práctico que le permitió apartar sus pensamientos de aquel horror inmóvil, congelado, aunque sólo fuera por un instante.

–Podemos improvisar una camilla con nuestras chaquetas –dijo–. Cortaré un par de palos.

Los dos bambúes, pasados por las mangas de ambas chaquetas, resultaron una parihuela de fortuna que dejaron en el suelo.

Farris alzó a Berreau. El cuerpo de éste estaba rígido, con los músculos tensos en un esfuerzo no menos potente porque fuera infinitamente lento.

Depositó al francés en la camilla y miró a la muchacha.

–¿Me ayudas a llevarlo? ¿O vas por un nativo?

Ella movió la cabeza en actitud negativa.

–Los nativos no deben enterarse de esto. André no pesa mucho.

Era cierto. Pesaba muy poco, como si estuviera consumido por la fiebre, aunque el horrorizado Farris sabía que no era la fiebre lo que le afectaba.

¿Por qué saldría a la jungla un joven botánico civilizado y empezaría a tomar una asquerosa droga primitiva que le ralentizaba a uno hasta dejarle en un estado de helado estupor? No tenía sentido.

Lys condujo su parte de la carga viviente bajo la mortecina luz de la luna en completo silencio. No dijo nada, ni siquiera cuando, de trecho en trecho, depositaron el cuerpo del muchacho en el suelo para tomarse un descanso.

Una vez llegaron al bungalow y lo depositaron en la cama, la muchacha se derrumbó en una silla y ocultó el rostro entre sus manos.

Farris le habló dándole unos ánimos que él mismo no tenía.

–No te preocupes. Ahora le cuidaremos. Pronto le sacaremos de esto.

Ella movió la cabeza con gesto de negativa.

–¡No! ¡No intentes despertarle! Tiene que hacerlo por sí mismo, y le llevará muchos días.

«De ningún modo», pensó Farris. Él tenía que buscar la madera de teca, y necesitaba que Berreau le ayudara a contratar la mano de obra

Entonces, el abatimiento de la pequeña figura de la muchacha le emocionó. Se acercó y suavemente le golpeó en el hombro.

–Está bien, te ayudaré a cuidar de él. Veremos de meterle un poco de sentido común para hacerle regresar a Francia. y ahora veamos qué hay de cena.

Lys encendió una lámpara y salió. Farris escuchó que llamaba a los sirvientes.

Miró a Berreau y volvió a sentirse mal. El francés yacía en la cama con la mirada fija en el techo. Estaba vivo, respiraba..., y sin embargo su retardado ritmo vital le distanciaba de Farris tanto como pudiera hacerlo la muerte.

No. No del todo. Lenta, tan lentamente que apenas alcanzaba a detectar el movimiento, los ojos de Berreau se volvían hacia la figura de Farris.

Lys entró de nuevo en la sala. Seguía en silencio, pero Farris empezaba a conocerla mejor y, por su expresión, supo que estaba asombrada.

¡Los criados se han ido! ¡Ahra, y las muchachas..., y también tu guía! Deben de habernos visto traer a André.

Farris la comprendió.

¿Entonces nos han dejado porque hemos traído de vuelta a un hombre que está *hunati*?

–Todos los nativos temen ese rito –asintió ella–. Se dice que sólo algunos se dedican a ello, pero todos le tienen un temor reverencial.

Farris dedicó un instante a maldecir en voz baja al desaparecido annamés que le había llevado hasta allí.

–Piang se ha largado como un conejo asustado a las primeras de cambio. Un buen comienzo para el trabajo que tengo que hacer aquí.

–Quizás habría sido mejor que te fueras con él –murmuró Lys, titubeante. A continuación, añadió en clara contradicción con lo anterior–: No, no puedo tomarme la situación con heroísmo. ¡Quédate conmigo, por favor!

–Por supuesto –asintió él–. No puedo regresar río abajo e informar que no he cumplido mi encargo por culpa de...

Farris se detuvo, pues la muchacha no le escuchaba. La mirada de Lys estaba fija en un punto más allá de donde él se encontraba.

Precisamente, en la cama donde habían depositado a Berreau. Farris se volvió en redondo. Mientras ellos conversaban, Berreau se había estado moviendo, en un intento por levantarse. Tardó minutos en levantar el cuerpo, con una lentitud dolorosa e interminable.

Casi imperceptiblemente, su pie derecho empezó a levantarse del suelo. Estaba empezando a andar, sólo que a una velocidad cien veces más lenta de lo habitual.

Berreau pretendía encaminarse hacia la puerta. Lys lo contemplaba con unos ojos llenos de ansiedad y lástima.

–Intenta regresar a la arboleda –dijo–. y seguirá intentándolo mientras siga estando *hunati*.

Farris levantó a Berreau del suelo sin ningún problema y lo devolvió a la cama. Sintió en la frente un sudor frío.

¿Qué había en aquella meseta que atraía a los adoradores, sumergidos en un extraño trance de vida ralentizada?

3. Impía atracción

–¿Cuánto tiempo permanecerá en ese estado? –preguntó a la muchacha, volviéndose hacia ella.

–Mucho –respondió ella, apesadumbrada–. Tardará semanas hasta que se le pase el *hunati*.

A Farris le disgustó la perspectiva, pero no podía hacer nada.

–Bien, nos cuidaremos de él. Los dos juntos.

–Uno de nosotros tendrá que estar vigiéndolo en todo momento, porque intentará volver a la jungla.

–De momento, ya has tenido suficiente –dijo Farris–. Yo le vigilaré esta noche.

Así lo hizo. No sólo aquella noche, sino las siguientes. Los días se transformaron en semanas. Los nativos siguieron evitando la cabaña y las únicas caras que vio durante ese tiempo fueron la de la pálida muchacha y la del hombre que vivía de aquel modo tan diferente al de los seres humanos.

Berreau no cambió. No parecía dormir, ni necesitar alimento o bebida. No cerraba nunca los ojos, salvo para efectuar sus lentísimos parpadeos.

No dormía ni dejaba de moverse. Siempre estaba en acción, aunque fuera en aquel extraño tempo terriblemente lento que apenas podía distinguirse a simple vista.

Lys tenía razón. Berreau pugnaba por regresar a la jungla. Quizá viviera cien veces más lento de lo normal, pero de algún modo seguía consciente y no dejaba de intentar volver a la arboleda silenciosa y prohibida donde le habían encontrado.

Farris se cansó de devolver a la cama la figura inmóvil como una estatua y, con el permiso de la muchacha, ató a Berreau por los tobillos. Ello no mejoró demasiado las cosas. En cierto modo, resultaba todavía más perturbador estar sentado junto al lecho iluminado y contemplar la lenta pugna de Berreau por liberarse.

La angustiada lentitud de cada movimiento hacía que los nervios de Farris se crisparan. Pensó en administrarle a Berreau algún sedante para mantenerle dormido, pero no se atrevió.

Había observado en el antebrazo de Berreau una pequeña incisión manchada de una sustancia verde y pegajosa. Junto a ella había varias cicatrices de incisiones anteriores. Farris desconocía qué tipo de loca droga había sido inoculada a aquel hombre para convertirle en *hunati*, y no se atrevió a buscar un antídoto.

Finalmente, una noche, Farris alzó la mirada de un ejemplar antiguo de *L'illustration*, aburrido de tanto releerlo, y se puso en pie con un respingo.

Berreau todavía estaba acostado en la cama, pero acababa de parpadear. Lo había hecho a la velocidad normal, y no con la lentitud de aquellas últimas semanas.

—¡Berreau! —dijo rápidamente Farris—. ¿Se encuentra bien, por fin? ¿Puede oírme?

Berreau le miró con aire frío y poco amistoso.

—Sí, le oigo, Farris. ¿Puedo preguntarle por qué se ha entremetido en esto?

Farris se quedó sorprendido. Llevaba tanto tiempo haciendo de enfermero que había llegado a considerar inconscientemente al otro como un enfermo que le estaría agradecido por sus desvelos. Sin embargo, ahora advertía que Berreau estaba lleno de una fría irritación y, por otra parte, en absoluto agradecido.

El francés estaba liberándose los tobillos. Aunque sus movimientos eran temblorosos, consiguió ponerse en pie con normalidad.

—¿Y bien? —insistió.

Farris se encogió de hombros.

—Su hermana había salido a buscarle, y yo la ayudé atraerle hasta aquí. Eso es todo.

Berreau pareció un poco sorprendido.

—¿Lys ha hecho eso? ¡Es una transgresión del Rito! ¡Puede traerle problemas! —dijo Berreau.

El resentimiento y la crispación hicieron que las bruscas palabras de Farris parecieran brutales.

—¿Por qué se preocupa ahora de Lys, si lleva meses torturándola con sus experiencias sobre la brujería nativa?

Berreau no le contestó con acritud, como Farris esperaba, sino que asintió pesadamente.

—Es cierto. Eso es lo que he hecho con Lys.

—¿Por qué lo hace, Berreau? —exclamó Farris—. ¿A qué viene ese asunto impío de los *hunati* que tanto le atrae? ¿Por qué quiere vivir cien veces más lento de lo normal?, ¿qué consigue con ello?

El francés lo contempló con ojos demacrados.

—Cuando uno está *hunati*, entra en un mundo extraño. Un mundo que existe a nuestro alrededor a lo largo de toda la vida, pero que jamás comprendemos ni experimentamos.

—¿Qué mundo?

—El mundo de las hojas verdes, de las raíces y las ramas —respondió Berreau—. El mundo de la vida vegetal, que nunca llegamos a comprender por la diferencia que existe entre su ritmo vital y el nuestro.

Un tanto vagamente Farris empezó a entender.

–¿Quiere decir que este cambio *hunati* le permite vivir al mismo ritmo que las plantas?

–Sí –confirmó Berreau–. y esa simple diferencia de ritmos vitales es el umbral a un mundo desconocido e increíble.

–Pero..., ¿cómo?

El francés señaló la incisión de su antebrazo, a medio curar.

–Es la droga. Un producto nativo que ralentiza el metabolismo, el ritmo cardíaco, la respiración, los mensajes nerviosos, todo el funcionamiento corporal. Se basa en la clorofila. La sangre verde de la vida vegetal, el complejo químico que permite a las plantas asimilar la energía directamente del sol. Los nativos la preparan a partir de hierbas, según un método propio que desconozco.

–Nunca habría dicho que la clorofila pudiera tener efecto en un organismo animal –afirmó Farris, incrédulo.

–Esta afirmación demuestra que sus conocimientos de bioquímica están caducos –replicó Berreau–. En marzo de 1948, dos químicos de Chicago se dedicaron a la producción o extracción de grandes cantidades de clorofila y anunciaron que la inoculación de ésta en perros y ratas parecía prolongar en gran medida la vida al modificar la capacidad de oxidación de las células.

»Prolongar la vida, sí. ¡Pero ralentizándola! Un árbol vive más que un hombre porque no vive tan aprisa. Se puede conseguir que un hombre viva tanto y tan lentamente como un árbol, mediante la inoculación del adecuado compuesto clorofílico en su sangre.

–A eso es a lo que se refería al decir que los pueblos primitivos se anticipan a veces a descubrimientos científicos modernos, ¿verdad?

Berreau asintió.

–Esta solución clorofílica *hunati* puede ser un secreto antiquísimo. Creo que siempre ha sido conocido por algunos hombres entre los pueblos primitivos que habitan las selvas del planeta. –Con la mirada perdida, y en tono sombrío, añadió–: La adoración a los árboles, la dendrolatría, es tan antigua como la raza humana. El Árbol Sagrado de Sumeria, los bosques de Dodona, los robles de los druidas, el árbol Ygdrasil de los nórdicos, incluso nuestro árbol de Navidad... Todos ellos parten de la adoración primitiva a ese otro tipo de vida extraño que comparte la Tierra con nosotros. Creo que siempre ha habido adoradores secretos que han mantenido el conocimiento de la pócima que les permitía conseguir una comunión total con ese otro tipo de vida, adecuándose durante un tiempo a su lento ritmo vital.

–Pero, ¿cómo se introdujo usted en ese extraño culto? –preguntó Farris con aire asombrado.

El francés se encogió de hombros.

—Los seguidores del culto sentían gratitud hacia mí porque había salvado la jungla de un posible peligro de muerte.

Avanzó unos pasos hacia un rincón de la sala en donde había instalado un laboratorio de botánica y tomó un tubo de ensayo.

Estaba lleno de unas minúsculas esporas, como polvo, de un color verde grisáceo casi leproso.

—Esta es la plaga birmana, que ha arruinado bosques enteros al sur del Mekong. Un peligro mortal para los árboles tropicales. Estaba empezando a penetrar en territorio laosiano, pero yo les enseñé a las tribus el modo de combatirlo. En recompensa, la secta secreta de los *hunatí* me hizo uno de ellos.

—Sigo sin entender cómo un hombre con educación europea ha podido caer en esas estúpidas ceremonias y rituales —insistió Farris.

—*Dieu*, ¡estoy tratando de hacérselo entender! ¡Intento decirle que fue mi curiosidad como botánico lo que me llevó a entrar en el Rito y a tomar la pócima! —Berreau continuó sin detenerse—. ¡Pero usted es como Lys, no entiende nada! ¡No puede comprender lo maravilloso, lo extraño y lo bello de llevar ese otro tipo de vida!

Algo en el rostro arrebatado y pálido de Berreau, en sus ojos hechizados, puso a Farris la piel de gallina. Las palabras del francés habían parecido alzar por un instante un velo, convirtiendo algo cotidiano y familiar en una vaga y terrible amenaza.

—¡Escuche, Berreau! Tiene que cortar con esto y marcharse de aquí en seguida.

El francés sonrió melancólicamente.

—Lo sé. Muchas veces me lo he dicho a mí mismo, pero no me voy. ¿Cómo puedo abandonar el paraíso de un botánico?

Lys había entrado en la sala y miraba con languidez a su hermano.

—André —suplicó—, ¿no quieres abandonar esto y volver conmigo a casa?

—¿O está demasiado hundido en este nefasto vicio para tener en cuenta si a su hermana se le rompe el corazón? —añadió Farris.

—¡Sois un par de puritanos! ¡Me tratáis como a un toxicómano sin conocer la maravillosa experiencia que acabo de tener! He estado en otro mundo, en una tierra extraña que nos rodea cada día de nuestras vidas y que ni siquiera vemos, y pienso regresar allí una y otra vez.

—¿Volverá a usar ese fármaco de clorofila para entrar en ese estado? —interrogó Farris, furioso.

Berreau asintió, desafiante.

—¡No! —exclamó Farris—. ¡De ningún modo! De lo contrario, saldremos a buscarle y le traeremos aquí otra vez. Una vez esté *hunatí*, quedará indefenso ante nosotros.

—¡Tengo un modo de evitar que lo hagáis! ¡Sus amenazas son peligrosas! —replicó el francés, furioso.

—¡No tiene cómo! —contestó de inmediato Farris—. Una vez esté ralentizado en ese otro tiempo vital, queda a merced de la gente normal. No le amenazo, Berreau, ¡sólo intento salvarle la salud mental!

Berreau salió de la sala sin responder. Lys miró al norteamericano con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes por eso —le confortó Farris—. Se repondrá pronto.

—Me temo que no —musitó la muchacha—. Se ha convertido en una locura en su cerebro.

Interiormente, Farris asintió. Fuera cual fuese la atracción por ese mundo desconocido que había llevado a Berreau a entrar en aquel cambio de ritmo vital, ahora había hecho presa en él y en su razón hasta límites que parecían irrecuperables.

Un escalofrío recorrió a Farris: hombres que vivían al mismo ritmo de las plantas, pasando del plano de la vida animal a otro tipo de vida y de mundo extrañamente distinto.

Aquel día el bungalow estaba sumido en un opresivo silencio: los sirvientes se habían ido, Berreau estaba encerrado en su laboratorio y Lys deambulaba de un lado a otro con tristeza en la mirada.

Sin embargo, Berreau no intentó salir, pese a que Farris había estado esperándole, dispuesto a un enfrentamiento. Por la tarde, Berreau pareció volver a sus investigaciones. Ayudó a Lys a preparar la cena.

Sentado a la mesa, el francés casi parecía alegre. Demostraba un febril buen humor que no convenció a Farris. De común acuerdo, ninguno de los tres mencionó lo que tenían más presente en sus mentes.

Cuando Berreau se retiró a dormir, Farris le dijo a Lys:

Vete a la cama; últimamente has dormido muy poco y te caes de sueño. Yo vigilaré.

En su habitación, Farris sintió que también a él le invadía el sopor. Se incorporó de la silla, luchando contra la pesadez que le impulsaba a cerrar los párpados. Entonces, de pronto, lo comprendió.

—¡Narcóticos! —exclamó, y notó que su voz era apenas un susurro—. ¡Nos ha puesto algo en la cena!

—Sí —dijo otra voz lejana—. Sí, Farris.

Berreau había entrado. Parecía un gigante a los ojos vidriosos de Farris. Al acercarse más a él, Farris vio en su mano una aguja de la que goteaba una sustancia verde y viscosa.

–Lo lamento, Farris. –Berreau estaba subiéndole la manga y Farris no podía hacer nada por impedirlo–. Lamento hacerles esto a usted y a Lys, pero de lo contrario se entremeterían. y éste es el único modo en que no podrán hacerme volver.

Farris notó el pinchazo de la aguja. Fue lo último que sintió antes de quedar inconsciente a causa del narcótico.

4. Mundo increíble

Farris se despertó y, durante un confuso momento, se preguntó qué le había sobresaltado tanto. Entonces se dio cuenta.

Era la luz del día. Se apagaba y encendía cada pocos minutos. La oscuridad nocturna llenaba la habitación y, de pronto, había un repentino estallido de la aurora, un breve período de luz brillante, y de nuevo la noche.

Iba y venía, se iluminaba y oscurecía cada pocos instantes mientras él contemplaba el fenómeno. Parecía el latir lento y estable de un gigantesco pulso, sístole y diástole de luz y oscuridad.

¿Días reducidos a minutos? ¿Cómo podía ser? y entonces, mientras acababa de despertar, lo recordó.

–¡Estoy *hunati*! ¡Me ha inyectado esa sustancia cloroflílica en las venas! – exclamó.

Sí, ahora él también estaba *hunati*. Vivía a un ritmo cien veces más lento de lo normal.

Y por eso los días y las noches parecían transcurrir cien veces más deprisa de lo normal. ¡Desde que había despertado, habían pasado ya varios días!

Se puso en pie, tambaleándose. Al hacerlo, tocó la pipa que estaba sobre el brazo del asiento.

La pipa no cayó al suelo. Desapareció al instante y, en el momento siguiente, estaba en el suelo.

–Se ha caído, pero tan rápido que no he alcanzado a verlo.

Farris sintió que su cerebro reaccionaba al impacto de algo tan sobrenatural. Se descubrió temblando intensamente.

Luchó por sobreponerse. Aquello no era brujería. Era una ciencia secreta y demoníaca, pero no sobrenatural.

El se sentía tan normal como siempre. Sólo lo que le rodeaba, sobre todo el rápido cambio de noches y días, le daba a entender que estaba cambiando.

Escuchó un grito y salió a toda prisa de la sala del bungalow. Lys llegó corriendo hasta él.

Todavía llevaba la chaqueta y los pantalones, señal evidente de que había estado excesivamente preocupada por su hermano para acostarse del todo. Y en su rostro había una expresión de terror.

–¿Qué ha sucedido? –gritó–. La luz... Farris la tomó por los hombros.

–Lys, no pierdas la calma. Lo que sucede es que ahora también nosotros estamos *hunati*. Ha sido tu hermano. Nos puso un narcótico en la cena y después nos inyectó ese compuesto de clorofila.

–Pero ¿por qué? –sollozó Lys.

–¿No lo comprendes? El quería volverse *hunati* otra vez y regresar a la jungla. y si nosotros seguíamos normales, podíamos atraparlo y traerle de regreso. Para evitarlo, nos cambió también a nosotros.

Farris fue a la habitación de Berreau. Allí confirmó sus sospechas: el francés no estaba.

–Iré tras él –dijo secamente–. Tiene que volver, porque estoy seguro de que tiene un antídoto para esta maldita droga. Tú espera aquí.

Lys se asió a él.

–¡No, aquí sola, de esta manera, me volvería local!

Farris advirtió que la muchacha estaba al borde de la histeria. No le extrañaba. El lento latido de los días y las noches bastaba por sí solo para desequilibrar la razón de cualquiera.

–Está bien –accedió–. Pero aguarda un momento.

Volvió a la habitación de Berreau y tomó un gran machete filipino, denominado bolo, que había visto apoyado en un rincón.

Entonces vio otra cosa, algo que brillaba a la luz titilante, sobre la mesa del laboratorio del botánico.

Farris se lo llevó al bolsillo. Si no conseguía hacer volver a Berreau por la fuerza, la amenaza de aquel objeto quizá sirviera para convencerle.

El y Lys corrieron a la galería y bajaron la escalera. Entonces se detuvieron, pasmados.

La gran jungla que se alzaba ante ellos era ahora una visión de pesadilla. Se agitaba y extendía con una vitalidad no terrestre; las grandes ramas se aplastaban y se enroscaban unas con otras luchando por la luz mientras los zarcillos se retorcían entre aquéllas a increíble velocidad, en un crujiente rugido de vida vegetal exuberante y agitada. Lys palideció.

–¡La selva ha cobrado vida!

–Es la misma de siempre –la animó Farris–. Somos nosotros los que hemos cambiado. Ahora vivimos con tal lentitud que las plantas parecen moverse deprisa.

–¡Y André está ahí metido! –gritó ella, con un estremecimiento. Por fin, el valor volvió a sus pálidas facciones–. Pero no tengo miedo –añadió.

Iniciaron la marcha por la jungla hacia la meseta de los árboles gigantescos. En aquel mundo increíble reinaba una sensación tremenda de irrealidad.

Farris notó la diferencia en sí mismo. No tenía sensación alguna de ralentización. Sus propios movimientos y percepciones le parecían normales. Lo único que sucedía era, simplemente, que a su alrededor la vegetación tenía una salvaje movilidad que, por su rapidez, parecía propia de animales.

Las hierbas crecían bajo sus pies como pequeñas espadas verdes alzándose hacia la luz. Los capullos se hinchaban, estallaban, extendían al aire sus brillantes pétalos, esparcían su fragancia..., y morían.

De cada brote surgían nuevas hojas para vivir su breve e intenso momento, antes de amarillear y caer. La selva era un calidoscopio de colores en constante cambio, desde el verde pálido al marrón amarillento, que formaba pequeñas y rápidas olas conforme sus componentes nacían o morían.

Sin embargo, aquella vida de la jungla no tenía nada de pacífica o serena. Hasta entonces, a Farris le había parecido que las plantas de la tierra existían en una plácida inercia absolutamente distinta a la vida animal, que constantemente cazaban o eran cazados. Ahora comprendía lo equivocado que había estado.

Cerca de ellos, un almez tropical crecía junto a un helecho gigante. Como un pulpo, los zarcillos del primero se enroscaron alrededor del helecho, que se agitó. Sus frondas dieron violentas sacudidas mientras sus tallos pugnaban por liberarse. Sin embargo, los agujones de los zarcillos le causaron rápidamente la muerte.

Las lianas reptaban como grandes serpientes entre los árboles, rodeando los troncos y enterrando sus hambrientas raíces parásitas en la corteza viva de los mismos.

Y los árboles las combatían. Farris vio cómo las ramas se sacudían y golpeaban las lianas asesinas; era como la lucha de un hombre contra una gigantesca pitón.

Sí, era muy parecido. Porque los árboles, las plantas, tenían conciencia. De un modo extraño, muy diferente, pero eran tan conscientes como sus hermanos más rápidos.

Cazadores y cazados. Lianas estranguladoras, orquídeas hermosas y mortíferas que eran como cánceres corroyendo troncos sanos, hongos que se arrastraban como lepra: eran los lobos y chacales de aquel mundo vegetal.

Incluso entre los árboles, Farris observó el desarrollo de una lucha sorda e interminable por la existencia. Los árboles de algodón y los bambúes y ficus..., también ellos conocían el dolor, el temor y la amenaza de muerte.

Podía escucharlos. Con sus nervios aurales amortiguados hasta una receptividad increíble, escuchó la voz de la jungla, la auténtica voz que no tenía nada que ver con el familiar sonido del viento en las ramas.

Era la voz primordial del nacimiento y la muerte que hablaba ya mucho antes de que el hombre apareciera en la Tierra, y que seguiría hablando mucho después de que desapareciera.

Al principio, sólo había notado un enorme rugido crujiente. Ahora distinguía diversos sonidos: los agudos gritos de la hierba y de los brotes de bambú al surgir de la tierra, el jadeo y el gemido de las ramas enzarzadas y agonizantes, la risa de las hojas jóvenes allá en lo alto, el susurro furtivo de los zarcillos.

Y casi alcanzaba a oír pensamientos que hablaban dentro de su mente. Los remotos pensamientos de los viejos árboles.

Farris sintió una terrible amenaza, y no quiso escuchar los pensamientos de los árboles.

La lenta y constante pulsación de luz y oscuridad prosiguió. Días y noches corrían a tremenda velocidad sobre los *hunati*.

Lys, a su lado, tambaleándose por el camino, emitió un grito de terror. Un zarcillo negro serpenteante había surgido de entre los árboles y se lanzaba sobre ella con la rapidez de una cobra, enroscándose hábilmente para rodear su cuerpo.

Farris blandió su machete y lo dejó caer sobre la planta. Sin embargo, ésta volvió a la carga, creciendo con asombrosa rapidez y alargando el extremo hacia él. Descargó otro golpe, horrorizado, y empujó a la muchacha hacia delante, por la ladera de la meseta.

—¡Tengo miedo! —gimió ella—. ¡Puedo oír los pensamientos..., los pensamientos de la selva!

—Es tu imaginación —replicó él—. ¡Ignóralos!

¡Pero él también los escuchaba! Muy leves, como sonidos en el límite de la capacidad auditiva. Le pareció que a cada minuto —a cada día reducido aun aparente minuto— podía entender con más claridad los impulsos telepáticos de aquellos organismos que tenían una vida consciente propia, paralela a la humana pero prohibida, eternamente a éste, salvo cuando el hombre estaba *hunati*.

Le pareció que el humor de la jungla había cambiado; que tras el daño producido al zarcillo se había percatado de su presencia. Como una multitud llevada por la ira, los árboles que les rodeaban se volvieron amenazadores. Un gruñido y un murmullo surgió entre ellos.

Las ramas golpearon a Farris y a la muchacha, las lianas se cernieron sobre ellos con sus ciegas cabezas y su gracia serpenteante. Los arbustos y zarzas se clavaron en sus carnes con crueldad, extendiendo sus espinosas ramas para desgarrarles. Los delgados árboles jóvenes les azotaron como látigos, y las cañas de bambú, de rapidísimo crecimiento, intentaron bloquear su avance, mientras vibraban golpeándose unas con otras, como si estuvieran furiosas.

—¡Es nuestra imaginación! —le aseguró a la muchacha—. Como la jungla vive al mismo ritmo que nosotros, nos parece que sabe de nuestra presencia.

¡Tenía que creérselo él mismo, era imprescindible.

–¡No! –gritó Lys–. ¡No! La jungla sabe que estamos aquí.

Un acceso de pánico amenazó con romper el autocontrol de Farris, mientras el salvaje rugido de la selva aumentaba. Echó a correr, arrastrando con él a la muchacha, cubriéndola del ataque de la enfurecida jungla con su cuerpo.

Siguieron adelante, internándose en la impresionante arboleda sobre la meseta, bajo el latir del transcurso de los días y las noches.

Ahora, los árboles les parecían gigantes en plena lucha; los grandes árboles de algodón y los ficus se golpeaban mutuamente con estrépito mientras sus ramas pugnaban por alcanzar el cielo despejado y azul, como dos gigantes combatientes cubiertos de hojas bajo los cuales los dos seres humanos eran unos pigmeos.

Sin embargo, los arbustos y árboles menores de la jungla que quedaban bajo su posición seguían lanzando con malicia sus zarcillos y sus lianas hacia ellos, y desgarraban a los humanos con las espinas. La mente enfebrecida de Farris volvió a captar, con más nitidez y limpieza, el leve impacto de unos impulsos telepáticos incomprensibles.

Después, amortiguando todos aquellos pensamientos mortecinos y enfurecidos, llegaron otros avasalladores, dominantes, de una acusada majestuosidad, unas voces silenciosas, intensas, potentes y extrañas como la voz de una tierra primordial.

–¡Detenedles! –parecían repetir en la mente de Farris–. ¡Detenedles! ¡Matadles!
¡Ellos son nuestros enemigos!

Lys emitió un tembloroso grito:

–¡André!

En aquel instante, Farris le vio. Berreau estaba delante de ellos, de pie a la sombra de los monstruosos banianos. Tenía los brazos alzados hacia los impresionantes colosos, como si los adorara. Sobre él se cernían los gigantes verdes, dominando toda la jungla.

–¡Detenedles! ¡Matadles!

Las majestuosas voces mentales resonaban ahora tan alto que la mente de Farris apenas podía escuchar nada más. Cada vez estaba más cerca de ellos..., más...

Entonces lo comprendió, aunque su mente se negaba a reconocer que así era. Supo de dónde partían aquellas voces, y por qué Berreau adoraba a los banianos.

Naturalmente que eran como dioses, aquellos colosos verdes que habían vivido eras, cuyos brazos alcanzaban el cielo y cuyas raíces aéreas caían y se extendían y se agarraban como cientos de manos...

Violentemente, Farris intentó apartar de sí el pensamiento. Él era un hombre, de un mundo humano, y no debía adorar a dioses extraños.

Berreau se había vuelto hacia ellos. Los ojos del francés estaban rojos de furia, y Farris, antes incluso de que Berreau dijera una palabra, se dio cuenta de que éste se había vuelto loco.

—¡Iros los dos! —ordenó—. ¡Habéis sido unos estúpidos al venir por mí! Mientras veníais habéis matado, y la jungla lo sabe!

—¡Escuche, Berreau! —gritó Farris—. ¡Olvide esta locura y regrese con nosotros!

Berreau emitió una carcajada espeluznante.

—¿Es una locura que los Señores descarguen ahora sus palabras encolerizadas sobre vosotros? Podéis escucharlas en vuestro cerebro, pero tenéis miedo de escuchar. ¡Hace bien en tener miedo, Farris! Lleva muchos años sacrificando árboles, igual que acaba de descargar ese machete, y la jungla sabe que es su enemigo.

—¡André!

Lys, con el rostro semienterrado entre las manos, estaba sollozando.

Farris sintió que la mente se le rompía bajo el impacto de aquella escena de locura. El latir incesante y acelerado de la luz y la oscuridad, el crujir y gemir de la jungla viva a su alrededor, los zarcillos que se extendían como áspides y las ramas que les golpeaban y los banianos gigantes meciéndose airados sobre ellos...

—¡Este es el mundo donde el hombre pasa toda su vida y jamás llega a ver o sentir! —gritaba Berreau—. He venido a él una y otra vez. ¡Y en cada ocasión he oído con más claridad la voz de los Mayores!

»Son las criaturas más antiguas y poderosas de nuestro planeta. Hace tiempo, el hombre lo sabía y las adoraba por la sabiduría que podían conceder. Sí, las adoraba como a Ygdrasil, y al Roble del Druida, y al Árbol Sagrado. Pero el hombre moderno ha olvidado esta otra tierra. ¡Todos menos yo, Farris..., todos menos yo! He encontrado en este mundo una sabiduría como jamás podría soñar. ¡Y vuestra estúpida ceguera no va a arrancarme de su lado!

Farris comprendió que era demasiado tarde para hacer entrar en razón a Berreau. El francés había frecuentado y profundizado en exceso aquella otra tierra, tan extraña para la humanidad como si se encontrara en el otro extremo del universo.

Precisamente por temor a ello, Farris había llevado en el bolsillo de su chaqueta el objeto que recogiera en el laboratorio de Berreau. Aquello era lo único que podía obligar a Berreau a obedecerle.

Farris lo extrajo del bolsillo y lo sostuvo en alto para que el francés pudiera verlo.

—¡Ya sabe qué es esto, Berreau! ¡Y ya sabe qué puedo hacer con ello si me obliga!

En los ojos de Berreau hubo un destello de tremendo temor al reconocer el pequeño tubo de ensayo de su propio laboratorio.

—¡La plaga birmana! ¡No sería capaz, Farris! ¡No sería capaz de dejar eso suelto aquí!

La furia, el odio y el temor se fundieron en la mirada de Berreau al contemplar el inocente tubo de ensayo tapado con un corcho que contenía el polvillo gris verdoso.

—¡Le mataré por esto! —añadió el francés, con los dientes apretados.

Lys emitió un grito. Unas lianas negras habían reptado hasta ella mientras la muchacha ocultaba el rostro entre las manos. Ahora, las lianas se habían enroscado a sus piernas como serpientes agitadas y ahora tiraban de ella para derribarla al suelo.

La jungla pareció emitir un rugido de triunfo. Los zarcillos, ramas, zarzas y plantas trepadoras se alzaron hacia ellos. Las extrañas voces telepáticas latieron en sus mentes, mortecinamente atronadoras.

—¡Matadles! —decían los árboles.

Farris se lanzó contra la masa de lianas y zarzas, descargando su machete sobre ellas. Cortó los zarcillos que retenían a la muchacha y las ramas que les azotaban furiosamente a ambos.

Entonces, desde atrás, Berreau descargó un golpe furioso sobre el codo de Farris e hizo caer el machete de la mano de éste.

—¡Ya le dije que no matara, Farris, se lo dije!

—¡Matadles! —latió el pensamiento telepático de los árboles.

Sin apartar la mirada de Farris, Berreau dijo a su hermana:

—¡Huye, Lys! Sal de la jungla. Este asesino debe morir.

.Al mismo tiempo que lo decía, se lanzó sobre Farris, pálidas las facciones y con los puños cerrados.

El norteamericano tuvo que retroceder unos pasos y tropezó con un baniano gigante. Los dos hombres cayeron al suelo, agarrados el uno al otro. Los zarcillos se lanzaron inmediatamente hacia ellos, rodeándoles y dificultando sus movimientos hasta dejarles inmovilizados.

Y entonces, la jungla emitió un chillido.

Un grito a la vez telepático y audible, cargado de terror. Una expresión de extraña agonía más allá de todo lo humano.

Las manos de Berreau soltaron el cuello de Farris. El francés, confundido con su rival entre los zarcillos y zarzas, alzó la mirada con aire horrorizado.

Entonces Farris se dio cuenta de lo sucedido. El pequeño tubo de ensayo, el contenedor de la plaga, se había roto sobre el tronco del baniano cuando Farris se golpeó con él.

Y aquella pequeña mancha de hongos verdegrisáceos corría ahora por la jungla como si fuera un incendio. La plaga, aquel asesino de otra zona selvática muy alejada, se propagaba con asombrosa y terrible rapidez.

–*Dieu!*–gritó Berreau–. *Non... non...!*

Incluso en condiciones normales, las plagas de hongos parecen extenderse con rapidez. Ahora, ralentizados como estaban Farris y los dos hermanos, los hongos parecían un furioso fuego mortífero.

La mancha de la epidemia cubría los troncos, las ramas y las raíces aéreas de los majestuosos banianos, engullendo sus hojas, sus brotes y sus esporas. Los hongos corrían triunfalmente por el suelo, sobre lianas, hierbas y arbustos, consumiendo otros árboles y aprovechando las aéreas lianas.

Y atacó también a los zarcillos que mantenían medio inmovilizados a los dos hombres. Zarzas y lianas se agitaron en furiosas agonías hasta quedar rígidas y secas.

Farris sintió el húmedo y frío hongo colársele en la boca y en las fosas nasales y notó la tensión de unos cables acerados que aplastaban la vida en su interior. Entonces, el mundo pareció oscurecer...

Entonces, una cuchilla de acero silbó y refulgió, y la presión disminuyó. Llegó a sus oídos la voz de Lys, cuya mano intentaba arrancarle de las lianas rígidas y agonizantes que había conseguido cortar parcialmente. Farris se encontró libre, por fin.

–¡Mi hermano! –gimió la muchacha.

Farris utilizó el machete para abrirse paso entre la densa masa de zarcillos moribundos que se agitaban como serpientes, rodeando todavía a Berreau.

Por fin, mientras apartaba las plantas, pudo ver el rostro del francés. Tenía un color rojo púrpura, rígido, y con la mirada fija y apagada. Las poderosas lianas se habían enroscado alrededor de su cuello hasta estrangularle.

Lys se arrodilló a su lado, llorando desconsoladamente. Sin embargo, Farris hizo que se pusiera de pie.

–¡Tenemos que salir de aquí! Está muerto. ..., pero nos llevaremos el cuerpo.

I –No –sollozó ella–. Déjale aquí, en la jungla.

Los ojos muertos del francés contemplando la muerte de aquel mundo vivo y extraño cuya frontera había cruzado ahora definitivamente. Sí, a Farris le pareció un simbolismo adecuado.

Al alejarse con Lys del lugar, a través de la jungla que se agitaba enfurecida en sus estertores agónicos, a Farris se le encogió el corazón.

A su alrededor, cada vez a mayor distancia, la muerte verdegrisácea se extendía por la verde espesura. Y, cada vez más débiles, llegaban hasta ellos los extraños

gritos telepáticos que Farris nunca estaría seguro de haber escuchado en realidad.

–¡Morimos, hermanos! ¡Morimos!

Entonces, cuando a Farris le parecía que su salud mental cedería bajo el peso de aquella extraña agonía, se produjo un repentino cambio.

El latir de los días y las noches alternados se hizo más lento, y cada período de luz y de oscuridad fue haciéndose más y más prolongado...

Farris recuperó la conciencia tras un período de confusa semiinconsciencia. Él y la muchacha se encontraban de pie, tambaleándose bajo un brillante sol en la jungla agostada por la plaga.

Y dejaron de estar *hunati*.

Aquel fármaco clorofílico había perdido fuerza en sus organismos y, por fin, habían regresado al ritmo normal de la vida humana.

Lys alzó la vista, confusa, hacia la jungla que ahora parecía estática, apacible, inmóvil... y en la que la plaga verdegrisácea avanzaba ahora con tal lentitud que resultaba imposible apreciarlo a simple vista.

–Es la misma jungla, y sigue agonizando, consumiéndose –murmuró Farris con voz ronca–. Pero ahora vivimos otra vez a la velocidad normal y no podemos apreciarlo.

–¡Vámonos, por favor! –jadeó ella–. ¡Vámonos de aquí en seguida!

Tardaron una hora en regresar al bungalow y recoger todo lo que podían transportar. Por fin, tomaron el sendero hacia el Mekong.

El atardecer les vio salir de la zona consumida por la epidemia, ya avanzada la marcha hacia el río.

–¿Acabará realmente con toda la jungla? –susurró la muchacha.

–No. La jungla se defenderá, frenará y vencerá a esa plaga de hongos. Tardará muchos años, décadas incluso, según nuestro ritmo vital. Sin embargo, para ellos, para los árboles, la fiera lucha sigue desarrollándose en cada instante.

Y mientras continuaban su avance, a Farris le pareció que en su mente aún latía débilmente, procedente de la zona que dejaban atrás, aquel extraño y lacerante gemido telepático.

–¡Morimos, hermanos!

No volvió la vista atrás, pero se dio cuenta de que jamás podría volver a aquella selva ni a ninguna otra, que su profesión había terminado, y que nunca más volvería a matar un árbol.

El zapallo que se hizo Cosmos

(cuento del crecimiento)

Macedonio Fernández

En *Los universos vislumbrados, antología de ciencia-ficción argentina*, selección de Jorge A. Sánchez, colección Más allá, Ediciones Andrómeda, 1978.

Como ocurre con otros dos autores, Roberto Arlt y Juan L. Ortiz, Macedonio es un campo que suele ser utilizado por los argentinos para enfrentar cuestiones aún no dirimidas de la idiosincrasia nacional, impidiendo así la consideración objetiva. Ese enfrentamiento suele concretarse alrededor de un doble mito. El primero es el de un viejito original, cuyo principal valor e influencia habrían sido el magnetismo: de su charla, su presencia y su actitud vital (en lo que se aproximaría al mito paralelo de Juan L. Ortiz en lo poético). Se deja por completo de lado su obra, cuya importancia sería menor comparada con la magnitud de esos elementos. Ese mito tiene la ventaja para los que lo promueven (entre los que puede citarse a Borges, que en una de sus numerosas equivocaciones verbales disminuyó el valor de Macedonio como escritor) de mantenerlo en una especie de limbo al que sólo pueden acceder quienes lo conocieron u oyeron. El otro mito es el del gurú precursor, una especie de genio que elude la imagen más directa y romántica del mismo, para apoyarse sobre rasgos más contemporáneos, menos directamente ridículos.

Ambos espejismos se alzan sobre una circunstancia que recién en los últimos años ha comenzado a modificarse: La escasísima cantidad de obra publicada en relación a la escrita. La misma resulta una especie de décima parte visible de un iceberg cuyos nueve décimos restantes permanecían ocultos y daban pie a cualquier tipo de suposiciones. A los únicos libros publicados en vida (No todo es vigilia la de los ojos abiertos, 1928; Papeles de Reciénvenido, 1929 y Una novela que comienza, 1941) se agregaron durante la década del sesenta una nueva cantidad de trabajos que fomentaban aún la idea de lo misceláneo y una estructuración de textos relacionados que bajo el título de Museo de la novela de la Eterna (1967), transformaba en tímidos ensayos formales a la mayor parte de los experimentos narrativos del boom latinoamericano. Con la edición de sus Obras completas, comenzada en 1974 y aún en curso de preparación, los contornos reales de Macedonio Fernández van apareciendo con mayor exactitud y desmoronando en proporción directa el doble mito a que hicimos mención.

En lo que se refiere a la ciencia-ficción, los puntos de contacto son al mismo tiempo ambiguos y permanentes. En muchas de sus ideas sueltas, opiniones, teorías, esquemas de argumentos o cuentos terminados coincide con intereses de las últimas corrientes del género: la preocupación por la ecología orgánica y planetaria, por la crisis de la racionalidad occidental (filosófica, médica, política), por la naturaleza dudosa de lo real y de las definiciones de lo real.

El zapallo que se hizo Cosmos es uno de sus textos más clasificables, más terminados, más directamente relacionados, por su idea central y su estilo, con ciencia-ficción.

Elvio E. Gandolfo

Érase un zapallo creciendo solitario en ricas tierras del Chaco. Favorecido por una zona excepcional que le daba de todo, criado con libertad y sin remedios fue desarrollándose con el agua natural y la luz solar en condiciones óptimas, como una verdadera esperanza de la Vida. Su historia íntima nos cuenta que iba alimentándose a expensas de las plantas más débiles de su contorno, darwinianamente; siento tener que decirlo, haciéndolo antipático. Pero la historia externa es la que nos interesa, esa que sólo podrían relatar los azorados habitantes del Chaco que iban a verse envueltos en la pulpa zapallar, absorbidos por sus poderosas raíces.

La primera noticia que se tuvo de su existencia fue la de los sonoros crujidos del simple natural crecimiento. Los primeros colonos que lo vieron habrían de espantarse, pues ya entonces pesaría varias toneladas y aumentaba de volumen instante a instante. Ya medía una legua de diámetro cuando llegaron los primeros hacheros mandados por las autoridades para seccionarle el tronco, ya de doscientos metros de circunferencia; los obreros desistían más que por la fatiga de la labor por los ruidos espeluznantes de ciertos movimientos de equilibración, impuestos por la inestabilidad de su volumen que crecía por saltos.

Cundía el pavor. Es imposible ahora aproximársele porque se hace el vacío en su entorno, mientras las raíces imposibles de cortar siguen creciendo. En la desesperación de vérselo venir encima, se piensa en sujetarlo con cables. En vano. Comienza a divisarse desde Montevideo, desde donde se divisa pronto lo irregular nuestro, como nosotros desde aquí observamos lo inestable de Europa. Ya se apresta a sorberse el Río de la Plata.

Como no hay tiempo de reunir una conferencia panamericana –Ginebra y las cancillerías europeas están advertidas– cada uno discurre y propone lo eficaz. ¿Lucha, conciliación, suscitación de un sentimiento piadoso en el Zapallo, súplica, armisticio? Se piensa en hacer crecer otro Zapallo en el Japón, mimándolo para apresurar al máximo su prosperación, hasta que se encuentren y se entredestruyan, sin que, empero, ninguno sobrezapalle al otro. ¿Y el ejército?

Opiniones de los científicos; qué pensaron los niños, encantados seguramente; emociones de las señoras; indignación de un procurador; entusiasmo de un agrimensor y de un toma-medidas de sastrería; indumentaria para el Zapallo; una cocinera que se le planta delante y lo examina, retirándose una legua por día; un serrucho que siente su nada; ¿y Einstein?; frente a la facultad de medicina alguien que insinúa: ¿purgarlo? Todas estas primeras chanzas habían cesado. Llegaba demasiado urgente el momento en que lo que más convenía era mudarse adentro. Bastante ridículo y humillante es el meterse en él con precipitación, aunque se olvide el reloj o el sombrero en alguna parte y apagando previamente el cigarrillo, porque ya no va quedando mundo fuera del Zapallo.

A medida que crece es más rápido su ritmo de dilatación; no bien es una cosa ya es otra: no ha alcanzado la figura de un buque que ya parece una isla. Sus poros ya tienen cinco metros de diámetro, ya veinte, ya cincuenta, Parece presentir que todavía el Cosmos podría producir un cataclismo para perderlo, un maremoto o una hendidura de América. ¿No preferirá, por amor propio, estallar, astillarse, antes de ser metido dentro de un Zapallo? Para verlo crecer volamos en avión; es una cordillera flotando sobre el mar. Los hombres son absorbidos como moscas; los coreanos, en la antípoda, se santiguan y saben que su suerte es cuestión de horas.

El Cosmos desata, en el paroxismo, el combate final. Despeña formidables tempestades, radiaciones insospechadas, temblores de tierra, quizá reservados desde su origen por si tuviera que luchar con otro mundo.

“¡Cuidaos de toda célula que ande cerca de vosotros! ¡Basta que una de ellas encuentre su todocomodidad de vivir!” ¿Por qué no se nos advirtió? El alma de cada célula dice despacito: "yo quiero apoderarme de todo el 'stock', de toda la 'existencia en plaza' de Materia, llenar el espacio y, tal vez, los espacios siderales; yo puedo ser el Individuo-Universo, la Persona Inmortal del Mundo, el latido único". Nosotros no la escuchamos ¡y nos hallamos en la inminencia de un Mundo de Zapallo, con los hombres, las ciudades y las almas dentro!

¿Qué puede herirlo ya? Es cuestión de que el Zapallo se sirva sus últimos apetitos, para su sosiego final. Apenas le falta Australia y Polinesia.

Perros que no vivían más de quince años, zapallos que apenas resistían uno y hombres que rara vez llegaban a los cien... ¡Así es la sorpresa! Decíamos: es un monstruo que no puede durar. Y aquí nos tenéis adentro. ¿Nacer y morir para nacer y morir...? se habrá dicho el Zapallo: ¡oh, ya no! El escorpión, que cuando se siente inhábil o en inferioridad se pica a sí mismo y se aniquila, parte al instante al depósito de la vida escorpiónica para su nueva esperanza de perduración; se envenena solo para que le den vida nueva. ¿Por qué no configurar el Escorpión, el Pino, la Lombriz, el Hombre, la Cigüeña, el Ruiseñor, la Hiedra, inmortales? Y por sobre todos el Zapallo, Personación del Cosmos; con los jugadores de póker viendo tranquilamente y alternando los enamorados, todo en el espacio diáfano y unitario del Zapallo.

Practicamos sinceramente la Metafísica Cucurbitácea. Nos convencimos de que, dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá nunca si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del Plasma Inmortal. Tenía que suceder: Totalidad todo Interna. Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello Sin Muerte.

Parece que en estos últimos momentos, según coincidencia de signos, el Zapallo se alista para conquistar no ya la pobre Tierra, sino la Creación. Al parecer, prepara su desafío contra la Vía Láctea. Días más, y el Zapallo, será el Ser, la Realidad, y su Cáscara.

49 cuentos Fantásticos

(Vivimos en ese mundo que todos sabíamos pero todo en cáscara ahora, con relaciones sólo internas y, así, sin muerte.

Esto es mejor que antes.)

La semilla pragmática

Howard Fast

The pragmatic seed, © 1973. Traducción de Rolando Costa Picazo en *Un toque de infinito*, relatos de Howard Fast, Ciencia-Ficción 3, Emecé Distribuidora S.A.C.I.F. y M., 1974.

Una visión algo inquietante de nuestro viejo y querido planeta Tierra.

La semilla fue llevada por el espacio hace cuatro, cinco, seis billones de años. Entonces la semilla no era más que una semilla, no tenía conocimiento de sí. Era impulsada por los vientos electrónicos y magnéticos del universo, y para ella no existían ni el tiempo ni el espacio. Todo era azar, y la semilla no tenía idea de qué quería ni cuál era su último destino. Se movía a través de un espacio estrellado, increíble, pero también por un espacio vacío, porque entonces las estrellas y las galaxias eran sólo pequeños focos de iluminación en el infinito.

El profesor y el sacerdote eran viejos y buenos amigos, y por eso sus charlas eran tranquilas y sin muchas discusiones. Uno enseñaba física y el otro religión. Los dos tenían cincuenta y tantos años, habían dejado atrás la mayoría de las pasiones, y encontraban deleite en las cosas simples. Ese día de otoño se reunieron después de la cena y empezaron a pasear por el parque de la universidad. Era una tarde hermosa y fresca de octubre. Habían comido temprano, y quedaba una hora de luz. Los grandes arcos y los robles se lucían en maravillosos tonos herrumbre y ámbar. Era una tarde apropiada para que se renovara la fe en Dios, como hizo notar el sacerdote.

—Yo siempre había pensado —dijo el profesor— que la fe era algo absoluto.

—No lo es.

—¿Cómo puede ser de otra manera? Claro —agregó el profesor—, que hablo como hombre de poca fe.

—Lo que es una lástima.

—Pero con algunos conocimientos.

—De lo que me alegro.

—Gracias. Pero, ¿no estamos los dos en la misma situación? Si su fe necesita ser renovada periódicamente, y puede ser influenciada por hechos tan comunes como la acción de ciertas sustancias químicas en las hojas de los árboles deciduos, es tan relativa como mi pequeño caudal de conocimiento.

El sacerdote permaneció ensimismado en sus pensamientos durante un minuto, y luego reconoció que el profesor había esgrimido un argumento interesante.

–Sin embargo –dijo–, lo que necesita renovación no es mi fe, sino yo. Mi fe es absoluta, como Dios.

–Pero es imposible conocer a Dios, si es que uno cree en Él. ¿Es su fe imposible de conocer también?

–Quizá... en cierta forma.

–Entonces agradezco a Dios que la ciencia no dependa de la fe. Si así fuera, estaríamos todavía viviendo en épocas primitivas.

–Lo cual no sería lo peor del mundo – dijo el sacerdote.

En la infinidad del espacio, sin embargo, las leyes del tiempo y el azar dejan de existir, y en un millón o un billón de años (dos cifras que carecen de sentido), los vientos del espacio llevaron la semilla hacia otra galaxia, un gran molinete de incontables estrellas brillantes. En cierto lugar del espacio, la galaxia ejerció su atracción de gravedad sobre la semilla, y ésta se precipitó a través del espacio hacia el borde exterior de la galaxia. Por último se acercó a una de las aspas alargadas del molinete y quedó atrapada en el campo de gravitación de una de las incontables estrellas que componían la galaxia. Obedeciendo ciegamente a las leyes del universo, la semilla dio vueltas formando un gran círculo alrededor de la estrella, igual que otros trozos de pecio que se habían incorporado al campo de la estrella. Pero si bien todos obedecían las leyes del azar, la semilla era distinta. La semilla estaba viva.

–Puede no ser lo peor del mundo –reconoció el profesor–, pero como recién me recupero de una infección que muy bien podía haber acabado conmigo de no ser por la penicilina, me quedo con la ciencia.

–Es comprensible.

–Y desconfío de una fe que se renueva con la belleza del crepúsculo –señaló el magnífico despliegue de colores en el oeste.

–Sin embargo –dijo el sacerdote suavemente–, la fe es más constante y segura que la ciencia. ¿Reconoce eso?

–De ninguna manera.

–Pero la ciencia es pragmática y empírica a la vez.

–Naturalmente. Experimentamos, observamos, anotamos los resultados. ¿Qué otra cosa podría ser la ciencia si no pragmática y empírica? Lo que tiene de malo la fe es que no es ni pragmática ni empírica.

–Eso no es exacto –dijo el sacerdote–. Por el contrario, ése es el fundamento de la fe.

–De nuevo me perdí – dijo el profesor.

–Entonces se pierde con facilidad. Permítame darle un ejemplo que puede entender su mente científica. ¿Ha leído a San Agustín?

–Sí.

–Si le digo que esencialmente mi fe no se diferencia fundamentalmente de la de San Agustín, ¿lo aceptaría?

–Si, creo que sí.

–Habría leído también, estoy seguro, el almagesto de Claudio Ptolomeo, que establecía a la tierra como centro del universo.

–Eso no es ciencia –dijo despreciativamente el profesor.

–Por el contrario, fue ciencia, y muy buena hasta que Copérnico la desbarató. Como ve, mi querido amigo, el conocimiento empírico es siempre seguro y absoluto hasta que surge otro nuevo conocimiento y demuestra que está equivocado. Cuando el hombre postuló, hace miles de años, que la tierra era plana, tenía la evidencia de sus propios ojos en qué basarse. Su conocimiento era seguro y demostrable, hasta que surgieron nuevos conocimientos que eran a su vez seguros y demostrables.

–Eran más seguros y demostrables. Hasta su clara mente jesuita debe aceptar eso.

–Soy paulista, aunque no importa, pero acepto su corrección. Más demostrable y más seguro. Y enormemente diferente de la teoría anterior. Sin embargo, la fe de San Agustín todavía me sirve.

La vida de la semilla y la estructura de esa vida tenían una relación especial con la luz y la energía que salían de la estrella. Absorbían la radiación y la convertían en alimento, y con el alimento crecían. Durante miles y miles de años la semilla giró alrededor de la estrella y se alimentó de la fuente interminable de radiación, y durante miles y miles de años siguió creciendo. La semilla se convirtió en fruta, planta, ser, animal, ente, o quizá simplemente una fruta, ya que todos estos términos describen cosas completamente distintas de la cosa en que llegó a convertirse la semilla.

El profesor suspiró y meneó la cabeza.

–Si me dice que la creencia en los ángeles sigue siendo la misma, me hace acordar del hombre que cultivaba acónito para que no se acercaran los vampiros a su casa. Tuvo un éxito increíble.

–Ese es un golpe bastante bajo, para provenir de un hombre de ciencia.

–Mi querido amigo, usted puede mantener la fe de San Agustín porque no requiere experimento, ni observación, ni catálogo de resultados.

–Yo pienso que sí –dijo el cura, casi disculpándose.

–¿Experimentos como el de hoy, caminar en el crepúsculo y sentir que se renueva la fe?

–Quizá. Pero dígame, la medicina, es decir la práctica de la medicina, ¿es empírica?

–Ahora mucho menos que antes.

–¿Y hace cien años? ¿Era empírica la medicina entonces?

–Claro, cuando usted habla de la medicina –dijo el profesor–, y dice que es empírica, es como si dijera que es pura charlatanería. Eso se debe a que en el caso de la medicina, se trata de vidas humanas.

–Lógicamente, y cuando ustedes experimentan con bombas atómicas y con plasma y cosas por el estilo, no se trata de vidas humanas.

–Estamos a mano. Touché.

–Pero hace cien años, el médico estaba tan seguro de su profesión y de sus curas como el de hoy. ¿Quién era ese hombre que le sacó el intestino grueso a medio centenar de pacientes porque estaba convencido de que era la causa del envejecimiento?

–Claro, la ciencia progresa.

–Sí quiere llamarlo progreso –dijo el sacerdote–. Pero ustedes los científicos construyen castillos de conocimientos con arena muy húmeda. Sigo pensando que mí fe descansa sobre una base más sólida.

–¿Qué base?

La forma que tomó la cosa que antes había sido una semilla fue la de una esfera, una esfera enorme de veinticinco mil millas de circunferencia, medida con la vara humana, pero una medida muy insignificante dentro del universo. Era la tercera masa de materia, contando a partir de la estrella, y su forma no era distinta a la de las otras. Vivió, creció, tomó conciencia de sí, no como conocemos nosotros la toma de conciencia, pero de cualquier manera no se puede negar que tomó conciencia de sí. En el curso de los eones de su existencia aparecieron pequeñas culturas en su superficie, igual que hay pequeños organismos que prosperan en la piel del hombre. Un aura de oxígeno y nitrógeno la rodeó y protegió su piel de los pinchazos de los meteoros, pero la cosa era diferente, no se daba cuenta de las culturas que aparecían y desaparecían de su piel. Durante una eternidad navegó por el espacio, rodeando al astro que la alimentaba y le daba vida.

–La sabiduría y el amor de Dios –replicó el cura–. Una base muy sólida. Por lo menos no está sujeta a alteraciones cada década. Ustedes estaban muy contentos con su física de Newton, seguros de haber desentrañado todos los secretos del universo, y después vinieron Einstein, y Fermi, y Jeans, y los demás, y todas las certezas se desmoronaron.

–Todas no.

–¿Qué queda, si la luz puede ser tanto una partícula como una onda, si el universo puede tener límites o ser ilimitado, si la materia tiene su contraparte, la antimateria?

–Por lo menos aprendemos, trabajamos con realidades.

–¿Realidades? ¡Vamos!

–Oh, sí. La realidad cambia, se amplía nuestra visión, seguimos adelante.

–¿Con la esperanza de que por lo menos su visión pueda compararse a la fe? – preguntó el cura, sonriendo.

Los miles de años se convirtieron en millones y éstos en billones, y la cosa que antes había sido una semilla seguía girando alrededor del sol. Pero ahora estaba madura, plena. Sabía que se le terminaba su tiempo, pero no se oponía ni protestaba contra el cielo eterno de la vida. Vagamente sabía que la semilla original se había desprendido de la fruta madura, y sabía que lo que había ocurrido debía volver a ocurrir en el ciclo interminable de la eternidad, que su propósito era propagarse: con qué fin, no lo sabía ni le interesaba. Su plenitud aceptaba los hechos.

El día llegaba a su fin. El sol, que ya estaba bajo en el horizonte, se había refugiado detrás de un encaje de nubes rojas, púrpuras y anaranjadas, y contra este fondo las hojas doradas de los árboles formaban un todo que ridiculizaba el arte de los mejores orfebres. Una fresca brisa nocturna coronaba un día perfecto.

–Qué día perfecto –dijo el cura. No se discutió más.

–Qué cosa extraña.

Habían llegado al final del parque, donde terminaba el césped y empezaban los campos.

–Qué cosa extraña –dijo el profesor, señalando el campo de maíz.

–¿Qué es extraño?

–Esa grieta. Ayer no estaba allí.

El sacerdote siguió con la mirada lo que señalaba con el dedo extendido el profesor y vio la grieta a la que se refería, como de un metro de ancho, atravesando el campo.

–Muy extraño –acordó.

–Evidentemente es una falla. No sabía que había una aquí.

–Se está ensanchando, sabe –dijo el cura.

49 cuentos Fantásticos

Y siguió ensanchándose cada vez más y más y más y más.

Las arenas azules de la Tierra

Robert F. Young

Hopsoil, © 1960 by Mercury Press Inc.. Traducción de Giménez Sales-Navarro Gonçalves en *Ciencia Ficción Selección-23*, Libro Amigo 414, Editorial Bruguera S. A., 1976.

Marte ha sido durante décadas el objetivo favorito de los autores de SF. Desde Wells a Bradbury, pasando por Rice Burroughs, han sido legión los astronautas literarios que han hecho volar (nunca mejor dicho) su imaginación hacia el sugestivo planeta rojo. Si un hipotético marciano leyera todo lo que los terrestres han escrito sobre su mundo, probablemente se partiría de risa... O, tal vez, como "venganza poética", escribiría un relato como el que sigue.

NOTA: La historia que sigue llegó hasta mi por conductos hasta ahora inaccesibles, cuya naturaleza no puedo ni debo divulgar. Es, por lo que sé, la primera historia marciana de ciencia ficción que llega a la Tierra, y aunque siga su propio curso, hay muchas cosas que se pueden deducir de ella, como, por ejemplo: 1) Que los marcianos son muy parecidos a nosotros. 2) Que su civilización es muy parecida a la nuestra. 3) Que todo el tiempo que los escritores de ciencia ficción de la Tierra han empleado usando a Marte como espejo de los defectos de nuestra sociedad, los escritores marcianos de ciencia ficción lo han empleado a su vez usando a la Tierra como espejo de los defectos de la suya, 4) Que el asunto de las imitaciones ha sido tan explotado en Marte como en la Tierra, y que algunos escritores marcianos de ciencia ficción han empezado a parodiar a otros escritores marcianos de ciencia ficción. 5) Que esta misma historia está entre dichas parodias

La nave descendió de la abismal inmensidad y se posó, como un oscuro pájaro sin alas, sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf abrió la puerta. Salió a la centelleante luz del sol y llenó sus pulmones con una bocanada de aire fresco. A su alrededor, llegando hasta el ondulado horizonte, se extendían las arenas azules. En la distancia, los destrozados edificios de una ciudad extinguida hacia mucho tiempo brillaban bajo la luz como grandes alas de cristal coloreado. Más arriba, pequeñas nubes redondas jugaban en el enorme campo de juegos del cielo.

Se le nublaron los ojos. «La Tierra –pensó–. ¡La Tierra al fin!»

Los tres hombres: que componían el resto de la tripulación salieron de la nave y se detuvieron a su lado. Ellos también miraron el paisaje con ojos nublados.

–Azul –suspiró Birp.

–Azul –murmuró Fardel.

–Azul –masculló Pempf.

–Azul, naturalmente –acabó el capitán con suavidad–. ¿No han sostenido nuestros astrónomos durante mucho tiempo que el color azul de la Tierra no puede ser atribuido solamente a la capacidad para absorber la luz que tiene su atmósfera? ¡La superficie *tenía* que ser azul!

Y agachándose, recogió un puñado de la extraña substancia que cayó por entre sus dedos como humo azul.

–Las arenas azules de la Tierra –murmuró reverentemente. Se enderezó y, quitándose el casco, dejó que el aire limpio de la Tierra le acariciase el pelo, a la brillante luz del sol. En la distancia, la ciudad dejaba escapar un sonido semejante al de muchas campanas de cristal, el viento le trajo aquel sonido por encima de las arenas azules, y él pensó en los cálidos veranos de Marte y en sus largos y perezosos días, y en sus tardes calurosas, en las que se tomaba un refresco en el porche de la abuela Frimpf.

Sintió que alguien respiraba sobre su cuello y se volvió, irritado.

–¿Qué le ocurre, Birp?

Birp se aclaró la garganta :

—Lo siento, señor –dijo–. Pero ¿no cree usted que...? Quiero decir, señor, que ha sido un largo viaje, y Pempf, Fardel y yo estamos un poco se..., quiero decir que estamos un poco tensos y que pensamos...

Pero ante la expresión de reproche que vio en los ojos del capitán, dejó la frase en suspenso.

–Muy bien –dijo éste fríamente–. Abrid una caja de esa bazofia, pero sólo una, ¿entendido? Y si encuentro una sola botella vacía estropeando este paisaje virgen os daré con ella en la cabeza.

Birp, que había salido disparado hacia la nave, se paró en seco al oír la advertencia del capitán.

Pero ¿qué haremos, entonces, señor? Si las ponemos otra vez en la nave tendremos que gastar mucho combustible para despegar, y ya andamos con las reservas justas.

El capitán reflexionó unos instantes. No era un gran problema y lo resolvió en seguida –sin muchas dificultades.

–Enterradlas –contestó.

Mientras la tripulación se tragaba su cerveza, el capitán permaneció mirando hacia la distante ciudad. Se imaginó a sí mismo contando todo aquello a su esposa cuando volviese a Marte, y se imaginó a sí mismo sentado ante la mesa del comedor describiendo las torres de cristal, las agujas centelleantes y los ruinosos edificios.

A su pesar, vio también a su esposa. Sentada al otro extremo de la mesa, escuchaba y comía, pero más tragaba que escuchaba. ¡Cielos!, estaba más gorda ahora que cuando él habla partido. Por milésima vez se preguntó por qué las esposas tenían que engordar tanto..., tanto, que a veces sus maridos tenían que sacarlas en carretones. ¿Por qué no se levantaban y se movían de vez en cuando en lugar de abalanzarse en manada sobre cualquier electrodoméstico que los fabricantes lanzaran al mercado? ¿Y por qué tenían que comer, comer y tragar todo el tiempo?

El rostro del capitán palideció al pensar en la factura del mercado que tendría que pagar a su vuelta, y este pensamiento le trajo otros sobre cosas igualmente angustiosas, tales como los impuestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba, el aire, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, la tercera guerra mundial, la cuarta guerra mundial...

Suspiró. ¡Era como para darse a la bebida, aquello de tener que pagar por guerras en las que habían luchado el padre, el abuelo, el bisabuelo y el tatarabuelo! Miró con envidia a Birp, Pempf y Fardel. A ellos no les preocupaban sus impuestos. No les preocupaba nada. Bailaban alrededor de la caja vacía de cerveza como unos auténticos bárbaros, y habían compuesto ya una canción soez sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf escuchó las palabras y poco a poco se le fueron calentando las orejas.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo bruscamente—. Enterrad la botellas, quemad la caja y volved a la nave. Mañana será un día muy duro.

Obedientes, Birp, Pempf y Fardel enterraron las cuatro filas de pequeñas botellas en la arena azul, cubriendo, uno por uno, aquellos pequeños soldados muertos. Después de quemar la caja y de dar las buenas noches al capitán entraron en la nave.

El capitán se quedó fuera. Salía la luna. ¡Y qué luna! Su mágico resplandor convirtió la llanura en un extenso mantel azul oscuro, y la ciudad en un candelabro de plata.

El misterio de aquellos edificios vacíos y de aquellas calles abandonadas cruzó la llanura y penetró hasta la médula de sus huesos. ¿Qué había pasado con los habitantes de la ciudad?, se preguntó. ¿Qué les había sucedido a los habitantes de las otras ciudades que había visto cuando la nave había entrado en órbita?

Sacudió la cabeza. No lo sabía y probablemente no lo sabría nunca. Su propia ignorancia le entristeció y, de pronto, encontró irresistible el patetismo de la llanura y el ininterrumpido silencio de la noche. Volvió a la nave y cerró la puerta tras él. Estuvo largo tiempo tendido en la oscuridad de su camarote, pensando en las personas de la Tierra, en la civilización que habla venido y se había ido, sin dejar tras de sí más que un puñado de cristales. Finalmente, se quedó dormido.

Cuando salió, a la mañana siguiente, había veinticuatro árboles de cerveza frente a la nave.

Este nombre surgió en el acto en la mente del capitán Frimpf. Nunca había visto árboles de cerveza, y nunca había oído hablar de ellos, pero ¿qué otro nombre podía darse a un grupo de grandes plantas leñosas con botellas de líquido ambarino colgando de sus ramas y listas para ser recogidas como frutos maduros?

Algunos de los frutos habían sido ya arrancados. Y había un semillero en el flamante huerto: por la hilera de montículos que habla al borde del huerto se podía deducir que habían sido plantadas nuevas semillas.

El capitán estaba mudo de asombro. ¿Cómo era posible que un terreno –incluso un terreno de la Tierra– hiciera crecer, de unas botellas vacías y en una sola noche, árboles de cerveza? Empezó a vislumbrar lo que les podía haber ocurrido a los habitantes de la Tierra.

Pempf vino hacia él con una botella en cada mano.

–Pruebe, señor –dijo entusiasmado–. ¡Nunca habrá probado nada semejante!

El capitán le detuvo con una mirada penetrante.

–Soy un oficial, Pempf. ¡Y los oficiales no beben cerveza!

–Lo... lo olvidé, señor. Lo siento.

–¡Ya lo creo que debe sentirlo! ¡Usted y los otros dos! ¿Quién les dio permiso para comer..., quiero decir beber frutos de la Tierra?

Pempf inclinó la cabeza lo suficiente como para demostrar que estaba arrepentido, pero no tan arrepentido como debía, de acuerdo con su graduación.

–Nadie, señor. Creo..., creo que perdimos la cabeza.

–¿No tienen la menor curiosidad por saber cómo han crecido esos árboles? Usted es el químico de la expedición. ¿Por qué no está analizando el suelo?

–No sería de ninguna utilidad, señor. Un suelo como éste, capaz, con sus propiedades, de hacer crecer árboles de botellas vacías, es el producto de una ciencia con un millón de años de adelanto sobre la nuestra. Además, señor, no creo que el suelo sea el único responsable. Creo que la luz del sol, al reflejarse en la superficie de la Luna, se combina con ciertas radiaciones lunares y da a la luz de Luna resultante la facultad de fecundar y multiplicar cualquier cosa plantada en este planeta.

El capitán le miró.

–¿Cualquier cosa, dice usted?

–¿Por qué no, señor? Plantamos botellas vacías de cerveza y han salido árboles, ¿no?

–Hummm –murmuró el capitán.

Se volvió bruscamente y entró otra vez en la nave. Pasó el día en su camarote, pensando. Olvidado completamente del apretado plan del día. Después de la

puesta del sol salió y enterró detrás de la nave todos los billetes de Banco que había traído consigo. Sentía no tener más, pero en realidad no importaba, porque tan pronto diesen fruto los árboles tendría todas las semillas que quisiera.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, durmió sin soñar con la factura del mercado y con los impuestos.

Pero a la mañana siguiente, cuando salió afuera y dio apresuradamente la vuelta a la nave, no encontró ningún árbol de billetes floreciendo bajo el sol. No encontró más que los pequeños montículos que él mismo había dejado la noche anterior.

Al principio, la decepción le dejó aturdido. Luegopensó: «Quizá el dinero lleve más tiempo. ¡Probablemente sea tan difícil de hacer crecer como de conseguirlo.» Volvió al otro lado de la nave y miró hacia el huerto. Los árboles eran tres veces más grandes que el día anterior y formaban ya un pequeño bosque. Perplejo, caminó por los claros salpicados de sol y mirando con envidia los grandes racimos de frutos de ámbar.

Un rastro de taponos le llevó hasta un claro en el que crecía un nuevo sembrado. Crecía a ojos vistas. Pempf, Fardel y Birp bailaban alrededor como ninfas barbudas de los bosques, esgrimiendo botellas y cantando a voz en grito. La canción obscena sobre las arenas azules de la Tierra tenía ahora una segunda estrofa.

Al verle se detuvieron en seco, y al advertir la expresión del capitán dieron por terminada la fiesta. Este se preguntó si habrían dormido aquella noche. Lo dudaba. Pero hubiesen dormido o no, estaba claro que la disciplina se relajaba rápidamente. Si quería salvar la expedición tenía que actuar con prontitud.

Pero, por alguna razón, su iniciativa parecía haberle abandonado. La idea de salvar la expedición le hizo pensar en la vuelta a Marte, y la vuelta a Marte le hizo pensar en su gruesa esposa, y su gruesa esposa le hizo pensar en la factura del mercado, y ésta en los impuestos, y el recuerdo de los impuestos, por una razón inexplicable, le hacía pensar en el pequeño armario de licores de su camarote y en la botella de whisky por descorchar que permanecía sola en su repisa.

Decidió aguardar hasta mañana para reprender a la tripulación. Seguramente por entonces sus árboles de billetes habrían surgido ya de la tierra, dándole una idea de cuánto debía esperar para recoger su primera cosecha de dinero y plantar la segunda. Cuando su fortuna estuviese asegurada podría encararse mejor con el problema de los árboles de cerveza.

Pero a la mañana siguiente los montículos, en la parte de atrás de la nave, estaban igual. El huerto de cerveza, por el contrario, era algo digno de verse. Se había extendido hasta la mitad de la llanura, en dirección a la ciudad muerta, y el viento, en las ramas cargadas de frutos, hacía un sonido semejante al de una planta embotelladora en plena producción.

En la mente del capitán quedaban muy pocas dudas sobre la suerte que habían corrido los habitantes de la Tierra. Pero ¿qué había ocurrido con los árboles que dichos habitantes habían plantado? No era un tipo obtuso, y la respuesta llegó en seguida. Los habitantes de la Tierra habían llevado a cabo una función semejante

a la de las abejas en Marte: al beber el fruto líquido habían fecundado el caparazón de

cristal que le recubría, y estos caparazones fecundados y plantados habían producido nuevos árboles.

«Una ecología muy agradable», pensó el capitán.

Pero como todas las buenas cosas se había extinguido. Una por una, todas las personas se habían convertido en activos fecundadores, y, finalmente, habían muerto agotados, y los árboles, incapaces de reproducirse por sí solos, se habían extinguido.

Un destino trágico, sin duda. Pero ¿era acaso más trágico que morir a causa de los impuestos?

El capitán pasó el resto del día tratando de encontrar un medio de fecundar el dinero. Sus ojos se desviaban cada vez con más frecuencia hacia la puerta del pequeño armario de los licores. Al atardecer, Birp, Pempf y Fardel aparecieron solicitando una audiencia.

Fardel fue quien habló.

—Señor —dijo—. Lo hemos decidido. No vamos a volver a Marte.

El capitán no se sorprendió, pero no pudo dejar de mostrarse irritado.

—¡Volved a vuestro huerto y dejadme en paz! —dijo, dándoles la espalda.

Cuando hubieron salido fue hasta el armario de los licores y abrió la puerta. Cogió la única botella que quedaba. Sus dos compañeras habían quedado vacías hacía tiempo, y habían sido arrojadas por el dispositivo de eliminación. Ahora flotaban, en órbita, en algún lugar entre la Tierra y Marte.

—Ha sido una suerte que salvara una —dijo, y la fecundó. Luego salió, tambaleándose, y la enterró, detrás de la nave, y se sentó para ver cómo crecía.

Quizá sus árboles de dinero crecieran, o quizá no. Si no crecían no volverla a Marte. Estaba harto de su gruesa. esposa, estaba harto de la cuenta del mercado y de los impuestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba y el aire, y de los de la primera, segunda, tercera y cuarta guerras mundiales. Y sobre todo estaba. harto de ser un honorable oficial con la boca seca.

Salió la Luna y él pudo ver, encantado, cómo los primeros brotes de su árbol de whisky surgían de las arenas azules de la Tierra.

Regresa, cazador

Richard McKenna

Traducción de M. Figueroa en *Los agonistas de Casey*, relatos de Richard McKenna, Ediciones Minotauro S. R. L., 1977.

En este planeta los malditos árboles son inmortales, decían los recién llegados, de mal humor. No había madera para el fuego y tenían que quemar pirolene con fragmentos de tallos verdes. Roy Craig, inclinado sobre la hoguera, calentaba un humeante caldo de venado y pensaba que hubiese sido mejor utilizar la cocina eléctrica de la nave. Pero los recién llegados eran todos marcas rojas y querían encender hogueras al aire libre y tenían razón, por supuesto.

Cuatro de ellos estaban sentados frente a Craig, del otro lado del fuego, hablando a gritos y cargando perdigones explosivos. Estaban vestidos con trajes azules de faena y tenían un punto rojo tatuado en la frente. Bork Wilde, el nuevo jefe de campo, los miraba con atención. Era un hombre alto y de facciones rudas, y tenía dos puntos rojos en la frente. Craig no tenía nada en la frente, excepto unas pecas, pues nunca se había sometido a la prueba mordiniana de masculinidad, y a pesar de que medía un metro ochenta de altura se sentía como un chico entre hombres. Era el único sin puntos en aquella cuadrilla de marcas rojas y ahora le encomendaban todas las tareas menores. No se sentía muy contento.

La cuadrilla de seis hombres había acampado junto a la nave –un carguero gris, de casco alto–, a prudente distancia de un recinto amurallado que se alzaba en lo alto de la loma, a tres kilómetros. Alrededor del campamento, los tallos de plata, desnudos y acanalados, se ramificaban a quince metros de altura dando un tinte acuoso al crepúsculo. Normalmente, los tallos y ramas estaban cubiertos por hojas zoofitas de todos los tamaños y colores. Los hombres y el fuego habían excitado a las hojas, que se habían desprendido y flotaban ahora en una nube irisada y pulsátil, recogiendo los rayos del sol sobre el encaje plateado de las ramas superiores. Piaban y gorjeaban difundiendo un aroma dulzón. Algunas, más audaces, bajaban hasta los hombres. Uno de los que cargaban perdigones, un individuo de cara de rata llamado Cobb, les arrojó una brasa llameante.

–¡Silencio, sabandijas! –rugió–. ¡Dejen pensar a un hombre!

–¿Pero tú piensas realmente, Cobb?–le preguntó Whelan.

–Si pienso que pienso, entonces estoy pensando, ¿no?

Los nombres se rieron. Las raíces fibrosas, rojas y blancas de la superficie se retiraban lentamente, enterrándose, o hacia los lados, dejando el suelo desnudo alrededor del fuego. Los recién llegados pensaban que escapaban de las llamas, pero Craig recordaba que las raíces hacían siempre lo mismo cuando la cuadrilla acampaba sin encender hogueras. A la mañana, toda el área alrededor de la nave sería suelo desnudo. Un miriápodo de color castaño, y de unos tres centímetros de largo, salió del suelo y se escurrió detrás de las raíces. Craig le sonrió y revolvió el caldo. Una hoja verde y roja se dejó caer desde la nube y se le posó en

la muñeca huesuda moviendo lentamente las tenues alas vellosas. El cuerpo era abultado y no parecía tener cabeza o apéndices. Craig volvió a un lado y a otro la muñeca y se preguntó ociosamente por qué la hoja no se caía. Era una bonita criatura.

Otra hoja, de alas grandes como platos, con dibujos dorados y verdes, se posó en el hombro de Wilde. Wilde le lanzó un manotón y le arrancó las alas con las puntas de los dedos. La hoja lloriqueó y se sacudió. Craig sintió un escalofrío.

—No haga eso —dijo involuntariamente, y luego, en tono de disculpa—: No hacen ningún daño, señor Wilde. Bajen sólo a curiosear.

—¿Quién te pidió consejo, blanco? —preguntó Wilde perezosamente—. Me gustaría de veras que estas mariposas chupasangres pudiesen saber qué hago aquí.

Se volvió y pateó hacia la nave uno de los tallos débiles, turgentes y rígidos. Arrojó luego la hoja rota en la misma dirección y se rió mostrando unos dientes equinos.

Craig se mordió los labios.

—El caldo está listo —dijo—. Acérquense.

Limpiaron el campamento y cayó la noche. Sólo una luna brillaba en el cielo. Las hojas pegaron las alas y se durmieron en las ramas superiores. El fuego se apagó. Los hombres roncaron envueltos en mantas. Craig se quedó sentado mirando a Sidis que había aparecido en el umbral de la cabina mayor. Sidis era un ecólogo de Belconti que había sido jefe de la vieja cuadrilla. Había venido en este primer viaje de los nuevos sólo para adiestrar a Wilde como jefe de cuadrilla. Insistía en comer y dormir dentro de la nave, soportando las burlas de los marcas rojas del planeta Mordin. Sidis tenía también la frente blanca, pero esto no lo consolaba mucho a Craig. El ecólogo era del planeta Belconti, donde había otras costumbres.

Para los hombres de Mordin, el coraje era el bien supremo. Descendían de una colonia terrestre perdida, que había vuelto a la edad de piedra, y que había ascendido luego hasta dominar la pólvora en una guerra incesante contra el terrible Gran Russel, el dinotaurio que era la forma de vida dominante en el planeta Mordin antes que llegasen los hombres, y aun mucho tiempo después. Durante muchas generaciones los jóvenes candidatos a la masculinidad habían partido en bandas juramentadas a matar al Gran Russel con arcos y flechas. Luego se redescubrieron los rifles, y los cazadores salieron solos. Los sobrevivientes llevaban los puntos rojos de la masculinidad. En la generación siguiente los planetas civilizados llegaron otra vez a Mordin. Hubo una inundación de conocimientos, y una explosión demográfica. De pronto no quedaron bastantes Russels vivos. La familia de Craig no había podido comprarle entonces una cacería de Gran Russel, y él no había podido convertirse en un hombre.

Puedo tener aún una oportunidad, pensaba Craig amargamente.

Diez años antes del nacimiento de Craig, el Consejo de Caza de Mordin advirtió que nadie había reclamado el planeta y decidió convertirlo en un gran campo de caza de dinosaurios. La flora y fauna de tipo terrestre que vivía en Mordin no podía comer ni desplazar las hojas. Mordin llamó a los biólogos de Belconti para que exterminasen la vida nativa. Los trabajadores sirvieron a las órdenes de los biotécnicos de Belconti. Todos eran blancos; ninguna marca roja obedecería a los débiles belcontis, entre los que se contaban muchas mujeres. Con el auxilio de una planta destructora, *thanasís*, los belcontis limpiaron dos grandes islas y reimplantaron allí especies de Mordin. Llamaron a una isla la Base, y edificaron en ella sus cuarteles. En la otra pusieron un dinosaurio Gran Russel. El animal se desarrolló.

Cuando era niño, me dijeron que yo mataría a mi Gran Russel en este planeta, se dijo Craig. Se abrazó las rodillas. Ese Gran Russel era aún el único en el planeta.

Pues durante treinta años los continentes se resistieron a morir. Las hojas enquistaron áreas de *thanasís*, se adaptaron, recuperaron terreno. Los genetistas de Belconti diseñaron variedades aún más mortíferas de *thanasís*, llevándolas al límite extremo de su índice válido de recombinación. Luego de décadas de dudosas batallas, estas nuevas variedades comenzaron ostensiblemente a perder terreno. Los belcontis opinaron que era inútil proseguir los ensayos. Pero el planeta de las hojas se convirtió en un símbolo de futura esperanza para aliviar la inquietud social de Mordin. El Consejo de Caza no abandonaría la lucha. Marcas rojas fueron a estudiar biotécnica en Belconti. Luego regresaron al planeta de las hojas para hacer ellos mismos el trabajo.

Craig había ido allá también con un contrato de dos años. Trabajando con otros blancos bajo la dirección de un belconti, casi había olvidado la pena de la masculinidad no realizada. Había extendido su contrato otro par de años. Luego, hacía un mes, los marcas rojas habían venido de Mordin, a substituir a los técnicos de Belconti y a los trabajadores de Mordin. Los belcontis volverían en su propia nave de relevo en el plazo aproximado de un año. Craig sería el único blanco en el planeta excepto los belcontis, y éstos no contaban.

Ya estoy solo en realidad, se dijo. Apoyó la cabeza en las rodillas y deseó poder dormir. Alguien le tocó el hombro. Alzó los ojos y vio a Sidis.

—Entra un rato, Roy —susurró Sidis—. Quiero hablarte.

Craig se sentó a la larga mesa de la cabina principal, frente a Sidis. Sidis era un hombre delgado y moreno, con las suaves maneras de la gente de Belconti y una sonrisa torcida.

—Me preocupa lo que harás en los próximos dos años —dijo—. No me gusta el modo como te dan órdenes, sobre todo ese pequeño y antipático Cobb. ¿Por qué lo soportas?

—No puedo impedirlo. Soy un blanco.

—Eso no significa nada. Será una ley de aquí, pero no es una ley justa.

—Es justa pues es natural —dijo Craig—. No me gusta no ser un hombre, pero así son las cosas.

–Eres un hombre. Tienes veintidós años.

–No seré un hombre mientras no me sienta como tal –dijo Craig–. Y no me sentiré como tal mientras no mate mi Gran Russel.

–Temo que aun en ese caso te sentirás distinto –dijo Sidis–. Te he observado durante dos años y se me ocurre que tienes ciertas cualidades que no sirven para este mundo. De modo que te haré una propuesta –echó una ojeada a la puerta y luego miró otra vez a Craig.– Declárate ciudadano de Belconti, Roy. Todos te apoyaremos. Sé que Mil Ames te encontrará un empleo en la administración. Puedes regresar a Belconti con nosotros.

–¡Gran Russel! –dijo Craig–. Nunca podría hacer eso, señor Sidis.

–¿Por qué no? ¿Quieres pasarte aquí la vida como un blanco? ¿Tendrás algún día una mujer?

–Quizá. Alguna desdeñada por los marcas rojas. Me odiará, y maldecirá su mala suerte.

–¿Y eso te parece justo?

–Es justo porque es natural, y es natural que una mujer quiera a un hombre verdadero y no simplemente a un muchacho crecido.

–No es así para las mujeres de Belconti. ¿Qué dices, Roy?

Craig apretó las manos entre las rodillas. Bajó la cabeza y la meneó lentamente.

–No. No. No podría. Mi lugar está aquí. Quiero ayudar a que en el futuro ningún muchacho se sienta traicionado, como yo me he sentido –Craig alzó la cabeza–. Además, ningún hombre de Mordin ha escapado a una lucha.

Sidis sonrió.

–Esta lucha está perdida de antemano.

–No. Será como dice el señor Wilde. En los laboratorios del campamento de la Base usarán un trans-algo, he oído decir.

–Un translocador en la matriz genética –dijo Sidis; se le ensombreció la cara–. Puedo asegurarte que no lo usarán mientras Mil Ames dirija los laboratorios. Luego que nos vayamos se matarán a sí mismos en menos de un año –miró fijamente a Craig–. No quería decírtelo, pero esta es una de las razones por las que espero que vengas con nosotros.

–¿Qué significa eso de que nos mataremos nosotros mismos?

–Con un sistema libre proscrito.

Craig sacudió la cabeza. Sidis parecía pensativo.

–Escúchame. Ya sabes que estos tallos se unen todos bajo Tierra como si formasen una planta –dijo–. La *thanasís* bombea en ellos sistemas de enzimas que se duplican a sí mismos, tratando de predigerir todo el continente. Diseñamos

los sistemas libres en el laboratorio. Son capaces de digerir a un hombre, y por eso los vacunamos contra la nueva variedad, cada vez que diseñamos una. Hemos diseñado también un virus específico de control capaz de matar todas las variedades de la *thanasis*. Bien –Sidis juntó las puntas de los dedos–. Mediante el translocador la *thanasis* puede diseñar de nuevo su propio sistema libre. El resultado podría ser algo inmune a todo, algo que ningún virus de control conocido sería capaz de dominar. Luego nos mataría a todos y reinaría en el planeta.

–Eso es lo que ocurrió en el planeta Froy, ¿no?

–Sí. No hay posibilidad de evitarlo. Por eso te pido que vayas con nosotros a Belconti.

Craig se puso de pie.

–Casi deseo que no me haya hablado usted del peligro –dijo–. Ahora no puedo pensar en irme.

Sidis se reclinó en su asiento y extendió los dedos sobre la mesa.

–Habla con Midori Blake antes de decir algo definitivo. Sé que te tiene afecto, Roy. Siempre pensé que ella te gustaba.

–Me gusta estar cerca de ella –dijo Craig–. Me gustaba cuando ustedes iban allá, en vez de acampar al aire libre. Me gustaría aún ahora.

–Trataré de convencerlo a Wilde. Piénsalo, ¿quieres?

–No, no puedo pensar –dijo Craig–. No sé qué siento –se volvió hacia la puerta–. Caminaré un rato y trataré de pensar.

–Buenas noches, Roy.

Sidis extendió la mano hacia un libro.

La segunda luna se elevaba en ese momento. Craig caminó por un bosque de tallos plateados y fantasmales. Las hojas posadas en los tallos piaban somnolientas, perturbadas por la presencia extraña. Soy demasiado ignorante para ser un belconti, pensó Craig. Estaba cerca de la muralla circular. Los tallos crecían allí más juntos, eran más duros y se unían al fin en un muro ascendente de treinta metros. Craig subió un trecho y se detuvo. Era insensato ir más arriba sin un traje protector. La *thanasis* crecía del otro lado. Sus sistemas libres se difundían en radios de cientos de metros, aun en los días tranquilos. Los tallos plateados entremezclaban sus raíces como una planta gigante. La *thanasis* los atacaba como una enfermedad y los tallos se defendían amurallándola para detener el crecimiento de la planta y obligarla a envenenarse a sí misma. Craig subió unos pocos metros más.

Por supuesto, soy bastante corpulento como para vencer a Cobb, pensó. Para vencer a cualquiera de los hombres de la cuadrilla, excepto al señor Wilde. Pero

sabía que en una pelea se le doblarían las rodillas y que se quedaría sin voz, pues los otros eran hombres y él no.

–Pero no soy un cobarde –dijo en voz alta.

Subió a la cima. La *thanasís* era un mar de obscuridad a la luz de las lunas. Podía ver a sus pies el contorno de las hojas estrechas y puntiagudas, cubiertas de vello y cargadas de veneno que el agua de las lluvias debería llevar a las raíces de la pendiente. Pero la muralla detenía el agua envenenada. La plantación de *thanasís* estaba ahogándose en esta agua. Craig veía los zarcillos extendidos hacia el muro inexorable, ansiosos por descargar sus sistemas libres en el tejido enemigo y luego succionar y absorber. Los zarcillos sintieron el calor del cuerpo de Craig y se movieron débilmente. Allá abajo se veía la forma ascendente y leñosa. Decían que aun los matorrales de un metro de altura eran capaces de devorar a un hombre en una semana.

No estoy asustado, pensó Craig. Se sentó, se sacó las botas y dejó que los pies desnudos le colgaran sobre la *thanasís*. Midori Blake y todos los belcontis hubiesen pensado que estaba loco. No sabían lo que era el coraje; eran sólo cerebros. Le gustaban sin embargo. Midori sobre todo. Pensó en ella mientras miraba por encima de la oscura *thanasís*. Todo el continente tendría que ser así al principio. Luego matarían a la *thanasís* con un virus de control y plantarían hierba y árboles verdaderos y traerían pájaros y todo sería como eran ahora la Base y las islas del Russel. Sidis estaba equivocado. La transmateria los ayudaría. Tenía que quedarse y ayudar y ganar el resto del dinero que necesitaba. Ahora que se había decidido se sentía mejor. En seguida sintió que algo le tironeaba suavemente el tobillo izquierdo.

Un dolor repentino y agudo le atravesó el hueso. Recogió bruscamente la pierna. El zarcillo se quebró y subió con él, todavía retorciéndose y clavándose en la carne. Craig silbó y juró entre dientes mientras se arrancaba el zarcillo con el taco de la bota, teniendo cuidado de no tocarlo con las manos. Luego se puso la bota derecha y corrió de vuelta al campamento para que lo trataran.

Llevó la bota izquierda en la mano, pues sabía que el tobillo se le hincharía en seguida. Cuando llegó al campamento el dolor le paralizaba toda la pierna.

Sidis estaba todavía levantado. Neutralizó el veneno, le dio un sedante a Craig, y lo ayudó a acostarse en una de las cuchetas de la nave. No hizo ninguna pregunta. Miró a Craig con su torcida sonrisa.

–Ustedes, los de Mordin –dijo, y meneó la cabeza.

Los belcontis decían siempre lo mismo.

A la mañana, Craig tuvo que aguantar las burlas de Cobb. Wilde estaba furioso.

–Si estás tratando de ganarte una semana en la lista de enfermos, apunta otra vez –dijo–. Te doy dos días.

–Necesita dos semanas –dijo Sidis–. Haré el trabajo de Craig.

–No, no será necesario –dijo Craig–. Estoy perfectamente.

Fue un día de tortura al sol ardiente y amarillo. Cada vez que apoyaba en el suelo el pie vendado, Craig sentía un dolor lancinante que le subía por la espina dorsal. Hundió la barrena automática en una muralla de tallos, y la savia aromática, roja, purpúrea, brotó a borbotones y le empapó las vendas. Sembró luego los perdigones explosivos, se echó al hombro sus aparatos y caminó hasta la posición siguiente. Repitió la operación una y otra vez, como una máquina, sin detenerse a comer el almuerzo, ignorando las hojas que se le adherían al cuello y las manos. Había decidido terminar su recorrido antes que los otros, aunque eso lo matara. Pero cuando concluyó y tuvo tiempo de pensar, descubrió que el pie le dolía bastante menos. Sujetó un trapo rojo a su barreno y lo movió por encima de la cabeza. La máquina voladora descendió a recogerlo. Sidis manejaba la nave.

–Eres el primero –dijo–. No entiendo cómo estás vivo. Tienes que descansar ahora.

–Manejaré los controles –dijo Craig–. Me siento bien.

–Supongo que estás probando algo –Sidis sonrió–. Muy bien.

Se apartó y Craig se sentó a los controles. Manejar la máquina voladora era uno de los trabajos menores que Craig prefería. Le gustaba estar solo en la pequeña cabina de control de dos asientos, con ventanas alrededor. Se elevó hasta una altura de trescientos metros y miró a lo largo de la pared de tallos que se perdía en el horizonte. A la luz del día el mar de *thanasís* era verde oscuro. La zona de hojas fuera de la muralla brillaba con un color plateado, y tenía una aureola de colores móviles. Era muy hermosa. Lejos y arriba, en el norte, vio una nube de color entre las otras, aborregadas. Era una masa de hojas migratorias que flotaba en el viento. Hermosa también.

–Transfieren substancia muy rápidamente para levantar o reparar los muros –oyó que Sidis le decía a Wilde en la cabina principal–. Notará usted que la biomasa es menos densa al pie de la pendiente. Cuando usted libera el agua envenenada, el efecto es inmediato y la *thanasís* se propaga aceleradamente. Pero siempre se forma un nuevo cerco.

–La próxima vez haré saltar arcos de ochenta kilómetros.

Craig descendió planeando para recoger a Jordan. Jordan era un hombre rechoncho, rubio, de la edad de Craig. Trepó a bordo sonriendo.

–Nos ganaste otra vez, ¿eh, Craig? –dijo–. Se necesitan agallas, muchacho. Te felicito.

–Tengo dos años más de práctica –dijo Craig.

Se sentía muy bien ahora. Era la primera vez que Jordan lo llamaba por el nombre y no "blanco". Tomó altura de nuevo. Jordan se sentó en el asiento vacío.

–¿Cómo está el pie? –preguntó.

–Bastante mejor. Podría calzarme la bota, sin atarme los cordones.

–No lo intentes. Esta noche me encargo yo de las tareas domésticas –dijo Jordan–. Tú descansa ese pie, Craig.

–Allá está Whelan haciendo señas –dijo Craig.

Descendió a recoger a Whelan con la cara roja de placer. Cuando Rice y Cobb subieron también a la máquina, Craig se elevó a tres kilómetros de altura y Wilde accionó el explosivo. Treinta kilómetros de tejido de cerco se alzaron en una fuente de polvo y llamas. Las hojas volaron en nubes aterrorizadas y cromáticas siguiendo los contornos de las ondas explosivas. Abajo, una sábana de agua envenenada obscureció la llanura de plata.

–¡Ja! ¡Adelante, *thanasís*! –gritó Wilde–. Magnífico espectáculo –suspiró–. Bueno, ha sido un buen día, hombres. Sidis, ¿dónde podríamos acampar?

–Estamos a sólo una hora de la isla Burton –respondió Sidis–. Cuando yo trabajaba en esta área, me detenía todas las noches en la estación de taxonomía.

–Quisiera echarle una ojeada a esa isla –dijo Wilde–. El Consejo de Caza ha proyectado algo ahí.

Le gritó unas órdenes a Craig. Craig subió a quince kilómetros de altura y dirigió rápidamente la nave hacia el sudeste. Sobre el horizonte de plata ondeaba un mar purpúreo. Un rosario de islas apareció a lo lejos. Había sido un buen día, pensó Craig. Jordan parecía querer que fuesen amigos. Y ahora al fin vería otra vez a Midori Blake.

Hizo descender la nave en un suelo removido, cerca de los edificios familiares de piedra gris que se alzaban en el extremo este. Los hombres salieron de la máquina, y Helen y George Toyama, canosos, sonrientes, vestidos con delantales de laboratorio, se acercaron a saludarlos. Craig se había calzado la bota izquierda pero dejando los cordones sueltos. Helen le dijo que Midori estaba pintando en el barranco.

Craig se fue cojeando sendero abajo, pasó junto a la casita de Midori y las habitaciones de los Toyama en los acantilados de la izquierda. Midori y los Toyama eran los únicos pobladores de la isla Burton; un santuario de investigación que nunca había sido tocado por la *thanasís*, y el único lugar, además de la Base, habitado por seres humanos.

El barranco era el sitio preferido de Midori. Pintaba allí continuamente, una y otra vez, sin sentirse nunca satisfecha. Craig lo conocía bien: el precipicio de cuarzo, la laguna y la cascada, las hojas que bailaban a la luz del sol, el bosque de tallos plateados que transformaba la luz del día en un claro de luna. Midori decía que era esa luz peculiar lo que se le escapaba. A Craig le gustaba mirarla pintar, sobre todo cuando ella se olvidaba de él y cantaba entre dientes. Era una muchacha hermosa, delicada, de ojos negros, y era bueno estar en el mismo mundo con ella. Craig oyó el canto de Midori entre el rumor de la cascada y el piar de las hojas. Se acercó y se detuvo junto al caballete, al lado de un peñasco de cuarzo. Midori lo oyó, se volvió y le sonrió cálidamente.

–¡Roy! ¡Qué alegría verte! –dijo–. Temía que te hubieras vuelto a casa.

Midori era menuda, y llevaba un vestido gris. Tenía el pelo corto, y una voz cantarina, y se movía con la gracia rápida de un pájaro. Craig le sonrió, feliz.

–Durante un tiempo pensé que hubiese sido mejor volver –dijo–. Ahora me alegra haberme quedado.

Se acercó cojeando a Midori.

–¡Tu pie! –dijo Midori–. Ven y siéntate. Aquí, en la roca. ¿Qué ocurrió?

–Me tocó la *thanasís*. No tiene importancia.

–¡Sácate la bota! Te aprieta.

Midori ayudó a descalzarse a Craig, y le acarició el tobillo hinchado y rojo, con las puntas de los dedos. Luego se sentó a su lado.

–Sé que te duele. ¿Cómo pasó?

–No me sentía muy contento –dijo Craig–. Me senté en un cerco con los pies desnudos.

–Roy, tonto. ¿Por qué no estabas contento?

–Oh... cosas –unas hojas brillantes se le posaron en el tobillo desnudo; Craig no las ahuyentó–. Dormiremos al aire libre ahora, en vez de venir aquí. Los nuevos muchachos son todos marcas rojas. Soy nadie otra vez y...

–¿Quieres decir que ellos piensan que son mejores que tú?

–Son mejores y eso es lo que duele. Matar a un Gran Russel es algo así como un acto espiritual, Midori –Craig se frotó el pie derecho–. Un día habrá en este planeta bastantes Russels y ningún niño crecerá engañado.

–Las hojas no morirán –dijo Midori dulcemente–. Es evidente ahora. Hemos perdido la partida.

–Vosotros, los de Belconti. Los mordinianos nunca se entregan.

–La *thanasís* ha sido derrotada. ¿Matarás a las hojas con rifles?

–Por favor, no bromees a propósito de rifles. Emplearemos una trans-algo en la *thanasís*.

–¿Translocación? Oh, no –Midori se llevó los dedos a los labios–. No es posible controlarla fuera de los laboratorios. No se atreverán.

–Los mordinianos se atreven a cualquier cosa –dijo Craig orgullosamente–. Todos estos hombres estudiaron en Belconti, y saben cómo hacerlo. No es lo mismo.

Se frotó otra vez el pie derecho. Las hojas se le habían posado ahora en la cabeza y los hombros, y le cubrían el tobillo desnudo. Trinaban débilmente.

–¿Qué pasa, Roy?

–Me hacen sentir ignorante. He estado trabajando en los cercos dos años, y ellos ya saben más que yo de las hojas. Quiero que me digas algo de las hojas que pueda sorprenderlos. ¿Sienten?

Midori calló un rato apoyando la mejilla en la palma de la mano.

–Las hojas son raras y maravillosas y yo las quiero –dijo lentamente–. Son en parte plantas y en parte animales. La vida nunca se dividió en reinos en este planeta. Las zoofitas voladoras, explicó Midori, funcionaban como hojas en relación con los tallos vegetativos. Pero estos tallos controlaban su propia temperatura. La red de raíces conductoras del continente llevaba los fluidos a cualquier parte y en cualquier cantidad mediante un sistema de válvulas peristálticas. Un tallo con hojas era un verdadero organismo.

–Pero las hojas, Roy, no pueden vivir sin tallos, y van siempre de un lado a otro. Todo es parte de todo. Nuestro trabajo aquí, en la isla Burton, consiste en clasificar las hojas, y no podemos hacerlo. Cambian continuamente, en todos los planos, físicos o químicos. No hay *clases* –Midori suspiró–. Esto es lo maravilloso. ¿Te sirve de algo?

–No lo entiendo del todo. Es lo que te decía hace un rato. Soy un ignorante –dijo Craig–. Dime algo simple que pueda llamarles la atención a los otros.

–Bueno, díles esto. Los dibujos coloreados de las hojas son sistemas plásticos que sintetizan diferentes colores. Recombinan partes para formar nuevos organismos, sin necesidad de esperar el desarrollo de la evolución, en graduaciones bioquímicas de una amplitud inconcebible para el hombre. Cualquiera sea el veneno o el sistema libre que diseñamos para la *thanasís*, las hojas encuentran siempre una contrasustancia, y cada vez con mayor rapidez. Por eso la *thanasís* ha sido derrotada.

–¡No! ¡No digas esas cosas, Midori! –protestó Craig–. La traslocación...

–Ni siquiera eso –interrumpió Midori–. Las hojas tienen un poder de traslocación ilimitado y cualquier número de sexos. Son sin duda, colectivamente, el más poderoso laboratorio bioquímico de toda la galaxia, algo así como una inteligencia bioquímica, casi una mente, una mente que aprende con mayor rapidez que nosotros –las menudas manos de Midori le sacudieron el brazo a Craig–. Sí, díles eso. Es necesario que entiendan. La inteligencia humana ha sido derrotada aquí. Ahora probaréis la ferocidad humana... Oh, Roy.

–Que les diga eso –murmuró Craig amargamente–. Vosotros, la gente de Belconti, pensáis que todos los mordinianos somos estúpidos. Parece como si quisieras que perdiéramos.

Midori se volvió y se puso a limpiar los pinceles. Obscurecía y las hojas se posaban otra vez en los tallos. Craig, tristemente silencioso, pensaba en las manos de Midori, que le habían tocado el brazo. Midori habló otra vez, dulcemente.

–No sé. Si quisierais tener aquí granjas y casas... Pero sólo pensáis en la muerte ritual del hombre y el dinotaurio.

–Quizá las almas de las gentes se completan de modo distinto en los distintos planetas –dijo Craig–. Sé que a la mía le falta un pedazo. Y sé qué pedazo es ese –apoyó ligeramente la mano en el hombro de Midori–. En los días de fiesta vuelo alguna vez a la isla Russel sólo para mirar un rato al Gran Russel, y entonces sé. Me gustaría llevarte a que lo vieses. Entenderías entonces.

–Entiendo ya, y no estoy de acuerdo.

Midori sacudió los pinceles, pero no se apartó de la mano de Craig. Craig pensó en lo que ella había dicho.

–¿Por qué nunca vemos una hoja muerta? –preguntó–. ¿Por qué en todo un continente no hay leña bastante para encender un fuego?

Midori se rió y se volvió hacia Craig. El brazo de Craig se deslizó a lo largo de la espalda de la muchacha. Craig trató de no tocarla.

–Se devoran a sí mismas internamente –dijo Midori–. Lo llamamos reabsorción. Pueden nacer de nuevo en otro sitio y con otra forma, como un cerco, por ejemplo. Roy, en este planeta no se ha conocido nunca la muerte o la decadencia. Todo es reabsorbido y reconstituido. Tratamos de matarlas y ellas sufren, pero esta... sí, esta *mente* no puede concebir la idea de la muerte. No hay concepción bioquímica de la muerte.

–Oh, Midori, ¡las hojas no piensan! –dijo Craig–. No me atrevería a asegurar que sienten.

–Sí, sienten –Midori se puso de pie apartando el brazo de Craig–. Esos píos son gritos de dolor. Papá Toyama recuerda que en otro tiempo había silencio en el planeta. Desde que está aquí hace ya veinte años, la temperatura ha subido doce grados en las hojas, que han doblado también el ritmo metabólico y la velocidad de los impulsos neurónicos, reduciendo la cronicidad...

Craig se incorporó y alzó las manos.

–Alto el fuego, Midori –dijo–. Ya sabes que no conozco esas palabras. Estás enojada conmigo.

La cara de Midori no se veía bien en la obscuridad.

–Creo que estoy asustada –dijo la muchacha–. Estoy asustada de lo que hemos hecho.

–Esos píos siempre me han puesto triste, de algún modo –dijo Craig–. Nunca le haría daño a una hoja. Pero, Gran Russel, cuando pienso en continentes enteros que lloran día y noche, durante años... tú también me asustas, Midori.

Midori empezó a empaquetar su equipo de pintora. Craig se calzó la bota izquierda. Se ató fácilmente los cordones, sin sentir ningún dolor.

–Iremos a casa y prepararé la cena –dijo Midori.

Habían hecho eso a veces, en otro tiempo, en un tiempo mejor. Craig tomó la caja de pinturas y caminó junto a Midori, cojeando apenas. Subieron por el sendero del acantilado.

–¿Por qué te quedaste cuando ya había vencido tu contrato, si el trabajo te pone triste? –preguntó Midori de pronto.

–Dos años más y habré ahorrado bastante como para comprarme una cacería de Gran Russel en Mordin –dijo Craig–. Pensarás que es una razón bastante tonta.

–De ningún modo. Pienso que podrías tener una razón más tonta todavía.

Craig buscó a tientas alguna respuesta. No entendía la frialdad repentina de Midori. La voz de Jordan resonó allá arriba.

–¡Craig! ¡Eh, Craig!

–¡Sí, aquí Craig!

–¡Pronto! ¡Corre! –aulló Jordan–. Bork está furioso porque no estás cargando perdigones. Te he guardado un poco de caldo.

La vida en el campamento fue desde entonces mejor para Craig. Jordan se turnó con Craig en las tareas domésticas e invitó a Rice y a Whelan a que hicieran lo mismo. Sólo Wilde y Cobb seguían llamando "blanco" a Craig.

Jordan se había instalado en la cabina de mando mientras Craig llevaba la máquina a la isla de la Base. La isla Russel asomaba como una mancha azul en el horizonte, hacia el sur, y en el este se veía el borde dentado del continente.

–De regreso en casa. Cerveza y vida al aire libre, ¿eh, Craig? –dijo Jordan–. Quizá podamos salir de caza.

–Ojalá –dijo Craig.

La isla de la Base tenía buen aspecto: seiscientos kilómetros cuadrados de llanura y lomas con montes de robles y hayas. Abundaban los animales de caza y los pájaros trasplantados de Mordin. En el lado norte, los edificios y los campos rectilíneos señalaban la presencia del hombre. La luz del sol se reflejaba en los invernaderos donde crecía la *thanasís*, guardada por barreras de iones. La isla era la imagen ideal del futuro del planeta, cuando la *thanasís* hubiese destruido las hojas, y hubiera sido destruida a su vez, y la vida nativa de Mordin hubiese reemplazado a ambas. La isla de la Base era un nuevo hogar para los hombres de Mordin.

Eran la primera cuadrilla de cercos que llegaba a la isla. Wilde informó que habían destruido dos mil kilómetros de cerco, cincuenta por ciento más que el promedio de los hombres de Belconti. Barim, el jefe de cazadores, los felicitó. Era un hombre corpulento, de voz grave y pelo gris, con cuatro puntos rojos en la frente. Craig estrechaba por primera vez la mano de un hombre que había matado cuatro Russels.

Barim recompensó a la cuadrilla con una semana de carne de animales de caza. Jordan salió a cazar con Craig. Craig derribó veinte ciervos y doce jabalíes y decenas de aves. Jordan se burló de Cobb, que había cazado menos, y el hombrecito se enojó.

Los nuevos hombres habían traído una alegría jovial y ruidosa a la Base, que le gustaba bastante a Craig. Craig se enteró de algunas cosas. Barim había ordenado la producción inmediata de polen translocador. Mildred Ames, la jefa bióloga de Belconti, se había opuesto. Pero los laboratorios eran propiedad de Mordin. Barim les ordenó a sus propios hombres que comenzaran a trabajar. La señorita Ames puso el grito en el cielo. Barim echó a todos los belcontis. La señorita Ames contraatacó –estoque contra garrote– y metió otra vez a su gente en los laboratorios, aunque como observadores solamente, en beneficio de la ciencia. La batalla había sido muy animada, concluyó Craig.

Las gentes de Mordin que trabajaban en el laboratorio se reían: los belcontis están celosos, asustados, les daremos una lección. ¡Una buena lección, por los huesos del Gran Russe!

Craig vio varias veces a la señorita Ames, que rondaba los laboratorios. Era una mujer alta, delgada, y ahora andaba siempre con el ceño fruncido. Había nombrado a Sidis Observador del laboratorio. Sidis no trabajaría más en los cercos.

Craig pensaba en lo que había dicho Midori. Le gustaba particularmente esa noción de reabsorción y esperaba la oportunidad de soltarla en la mesa común.

La oportunidad se le presentó una mañana a la hora del desayuno. La cuadrilla de Wilde compartía una mesa con los hombres del laboratorio en la amplia sala de pisa de piedra. Había siempre allí un clamor de voces y un confuso ruido de cubiertos y platos. Craig estaba sentado entre Cobb y Jordan y frente a un hombre rechoncho y calvo del laboratorio llamado Joe Breen. Joe trajo a la conversación el tema de los cercos. Craig dijo en seguida:

–Esos cercos los construyen muy rápidamente. Los tallos se devoran a sí mismos y crecen otra vez. El proceso se llama reabsorción.

–Reabsorben hijos de perra, ¿eh? –dijo Joe–. ¿Qué opinas del modo en que se aparean?

Wilde gritó desde la cabecera de la mesa:

–¡Ese modo no es para mí!

–¿Qué quiere decir? –le murmuró Craig a Jordan.

Cobb lo oyó.

–El blanco quiere conocer los hechos reales de la vida –dijo en voz alta–. ¿Quién le dirá la verdad?

–¿Quién sino papá Bork? –gritó Wilde–. Te explicaré qué hacen, blanco. Cuando una de esas sabandijas siente el cosquilleo se junta hasta con una docena de las otras. Todas se amontonan en un tallo y se reabsorben en uno de esos bultos

rosados que se ven en todas partes. Al rato el bulto se abre y deja caer un montón de lombrices. ¿entiendes?

Todos los hombres sonreían. Craig enrojeció y sacudió la cabeza.

–Los nuevos bichos se arrastran y se plantan a sí mismos y de cada uno nace un tallo fitógeno –dijo Jordan–. Durante todo un año producen hojas como locas. Luego se convierten en tallos vegetativos.

–Demonios, he visto muchas de esas lombrices –dijo Craig–. No sabía que fuesen semillas.

–¿Sabes cómo se distinguen las lombrices hembras de las lombrices machos, blanco? –preguntó Cobb.

Joe Breen se rió.

–Por favor, Cobb –dijo Jordan–. El sexo de esas lombrices no se especifica, se cuenta –le hablaba ahora a Craig–. Tienen un par de patas por cada padre.

–¡Eh, eso es magnífico! –dijo Wilde–. Quizá una docena de sexos, y cada uno arrancando un pedazo de todos los otros en una sola operación. ¡Algo magnífico!

–Una vez en la vida puede estar bien –dijo Joe–. Pero, Gran Russel, y hablamos de poliploideos y multihíbridos... Me gustaría poder desarrollar a la *thanasis* de ese modo.

–Yo la desarrollaré a mi modo –dijo Wilde–. Denme sólo la posibilidad.

–Estas mujeres de Belconti piensan que los mordinianos son brutos –dijo Joe–. Será mejor que te reserves para Mordin.

–Hay una hermosa presa de caza que vive sola en la isla Burton.

–¡Sí! El blanco la conoce –dijo Cobb–. ¿Qué opinas, blanco?

Craig cerró la mano sobre la taza de café.

–Es graciosa, tranquila, reservada –dijo–. Una muchacha buena y decente.

–Quizá el blanco no hizo la prueba –dijo Cobb; le guiñó un ojo a Joe–. A veces a las tranquilas sólo es necesario pedirselo.

–¡Denme la posibilidad y seré yo quien se lo pida! –gritó Wilde.

–El viejo Bork se acercará a ella con sus dos marcas rojas y brillantes y ella caerá en posición de carga, lista como un fusil aceitado –dijo Joe.

–¡Sí, y descubrirá que el viejo Cobb de una sola marca se le ha adelantado! –gritó Cobb.

Sonó la bocina que llamaba al trabajo. Los hombres se incorporaron con un ruido de sillas arrastradas.

–Seguirás vigilando la fermentación hasta el lunes –le dijo Wilde a Craig–. Luego comenzaremos un nuevo trabajo al aire libre.

Craig deseó estar en los campos. Sentía una repentina repugnancia por el campamento de la Base.

El nuevo trabajo consistía en espolvorear con polen translocador las áreas del continente norte donde –vistas desde el aire– unas rayas plateadas en las masas verdes señalaban que las hojas se habían infiltrado en las viejas plantaciones de *thanasis*. Las plantas destructoras, sin flores, y con sexos en diferentes individuos, eran polinizadas por el viento. Las cicatrices de los viejos cercos aparecían como dibujos en relieve a lo largo de medio continente. Tallos nuevos, plateados e iridiscentes, cubrían la mayor parte de los sitios que habían sido devastados hacía un tiempo por la *thanasis*. Wilde señalaba en un mapa los cercos que sería necesario volar la próxima vez. Los hombres tenían que trabajar con trajes y cascos protectores de color negro, sofocantes. No dejaban los lugares contaminados, comían alimentos en conserva, y ya no se reunían alrededor del fuego. Al cabo de dos semanas agotaron el cargamento de polen y descendieron en la isla Burton. Dedicaron medio día a la tarea de librarse de la contaminación. Craig rompió filas tan pronto como pudo y corrió por el camino del desfiladero.

Encontró a Midori junto a la laguna. La muchacha había estado bañándose, y tenía el vestido amarillo pegado al cuerpo, y el cabello empapado. Craig no pudo dejar de pensar que él podía haber llegado unos minutos antes. Recordó la voz ronca de Cobb: a veces las muchachas tranquilas sólo esperan que uno les pida. Meneó la cabeza. No. No.

–Hola, Midori –dijo.

Unas hojas pequeñas, con dibujos dorados, rojos y verdes, se habían posado en los brazos y en los hombros desnudos de Midori. La muchacha dijo que le alegraba verlo, y sonrió tristemente cuando Craig le contó que estaban sembrando polen translocador. Una hoja bajó al hombro de Craig, que trató de cambiar de tema.

–¿Por qué lo hacen? –preguntó–. Los muchachos creen que chupan sangre, pero nunca me dejan marcas.

–Sacan muestras de fluidos, pero tan pequeñas que no lo sientes.

Craig apartó la hoja con un movimiento de la mano.

–¿Hacen eso realmente?

–Muestras muy, muy pequeñas. Sienten curiosidad por nosotros.

–¿Probando la comida, eh? –Craig frunció el ceño–. Pero si ellas pueden comerlos, ¿cómo es posible que los cerdos y los dinotaurios no puedan comerlas a ellas?

–Roy tonto. No nos comen. Quieren entendernos, pero no conocen otros símbolos que los átomos y los grupos y radicales químicos –Midori se rió–. A veces me pregunto qué pensarán de nosotros. Quizá crean que somos semillas gigantes. Quizá crean que somos una sola molécula, terriblemente complicada –rozó con

los labios una hoja pequeña, plateada y roja, que tenía en el brazo; la hoja se le subió a la mejilla—. Es el modo que tienen de vivir con nosotros.

—Bueno, pero eso es lo que llamamos comer.

—Se alimentan sólo de agua y de la luz del sol. No conciben una vida que devore vida. Oh, Roy, no nos comen. ¡Es como un beso!

Craig pensó que si él fuera una hoja podría tocar a Midori; los brazos y los hombros suaves, la mejilla firme, Suspiró profundamente.

—Conozco un beso mejor.

Midori bajó los ojos.

—¿Sí, Roy?

—Sí —dijo Roy, inseguro; sentía una picazón en las manos sudorosas, torpes, demasiado grandes—. Midori, yo... algún día yo...

—¿Sí, Roy?

—¡Eh, la cuadrilla! —rugió una voz en el sendero.

Era Wilde que bajaba a trancos, con una sonrisa que exhibía sus grandes dientes equinos.

—Papá Toyama nos ha preparado una fiesta. Vamos —dijo; miró de cerca a Midori y silbó entre dientes—. La pequeña y bonita Midori podría comer también con nosotros.

—Gracias, señor Wilde —respondió Midori con una vocecita fría.

Mientras subía por el sendero, Wilde le dijo a Midori:

—Aprendí la danza *tanko* en Belconti. Le dije a Toyama que si tocaba algo, nosotros bailaríamos para él luego de la comida.

—No tengo realmente ganas de bailar —dijo Midori.

Wilde y Cobb se sentaron junto a Midori, y luego se alternaron cortejándola rudamente en la salita. Craig hablaba con Helen Toyama en un rincón. Helen era una mujer regordeta, plácida, que fingía no oír las torpes historias de caza que se contaban Jordan, Rice y Whelan. Papá Toyama estaba de pie, sirviendo vino. Parecía delgado, viejo y frágil. Craig miraba a Midori. Wilde tenía una cara cada vez más roja y hablaba cada vez más alto y no se apartaba de Midori. Bebía un tazón tras otro de vino. De pronto se puso de pie.

—¡Un brindis! —gritó—. ¡De pie, hombres! ¡Presenten armas a la pequeña y bonita Midori!

Los hombres se pusieron de pie y bebieron. Wilde rompió su tazón apretándolo entre las manos. Se guardó un trozo en el bolsillo y le alcanzó otro a Midori. Midori lo rechazó meneando la cabeza. Wilde sonrió mostrando los dientes.

49 cuentos Fantásticos

–Los veremos a menudo, amigos, muy pronto –dijo–. Barim los trasladará a todos a la Base. Nuestros hombres del laboratorio vendrán la próxima semana a recoger los materiales útiles.

La cara de papá Toyama, afilada y amable, perdió el color.

–Habíamos pensado siempre que la isla Burton sería un santuario dedicado al estudio de las hojas.

–No era lo que pensábamos nosotros, los de Mordin.

Toyama miró, impotente, de Helen a Midori.

–¿Cuánto tiempo nos queda para terminar nuestros proyectos?

Wilde se encogió de hombros.

–Un mes, digamos. Si necesitan tanto tiempo.

–Lo necesitamos, y más –el viejo hablaba ahora con una voz colérica–. ¿Por qué no podemos quedarnos hasta que llegue la nave de relevo de Belconti, por lo menos?

–Esto ha sido nuestro hogar durante veinte años –dijo Helen dulcemente.

–Le diré al Cazador que les dé todo el tiempo posible –dijo Wilde más tranquilo–. Pero tan pronto como consigamos en las cámaras unas semillas translocadoras puras, sembraremos esta isla. Nos parece que obtendremos un efecto máximo en suelo virgen.

Papá Toyama parpadeó y asintió con un movimiento de cabeza.

–¿Más vino? –preguntó mirando alrededor.

Wilde bailó con Midori y a Craig le pareció que la música de papá Toyama tenía un sonido raro, triste, como los trinos de las hojas.

Estos híbridos translocadores son realmente mortíferos, afirmaban los hombres del laboratorio. Los sistemas libres tenían una estabilidad térmica, y provocarían en las hojas los efectos de una fiebre. El índice de recombinación era fantástico. Habría que esperar, por supuesto, a que la acción de los híbridos se manifestara realmente. Los tallos estaban aún infiltrándose en las áreas de la *thanasis*. Esos bastardos de Belconti tendrían que haber iniciado la translocación hacía años, gruñían los hombres del laboratorio, asustados, tratando de prolongar sus empleos, y de conservar este planeta para ellos. Pero ahora sólo era necesario esperar.

Craig y Jordan se hicieron buenos amigos. Una tarde Craig estaba sentado a la mesa, en el salón de bebidas, cavernoso y humeante, esperando a Jordan. Una hora antes, en el campo de tiro, había disparado contra tres imágenes del Gran Russel batiendo a Jordan por diez puntos. Barim, que pasaba casualmente por el campo, le había palmeado la espalda a Craig y lo había llamado "rifle sólido". Craig sonreía al recordarlo. Vio que Jordan venía con la cerveza, abriéndose

camino entre las filas de mesas ruidosas y pobladas y el horno donde giraba el cuerpo del cerdo. Jordan puso cuatro botellas en la mesa de madera tosca.

–¡Bebe, cazador! –dijo sonriendo–. ¡Muchacho, hoy te la has ganado!

Craig le devolvió la sonrisa y bebió un largo trago.

–Sentía la cabeza de hielo –dijo–. Era como si no fuese yo quien disparaba.

Jordan bebió y se enjugó la boca con el dorso de la mano.

–Así es también en la realidad –dijo–. Te conviertes en un gran rifle.

–¿Cómo es, Jordan? ¿Cómo es entonces?

–Nadie puede decirlo –Jordan alzó los ojos hacia el humo–. No comes durante dos días, te hacen pasar por las ceremonias de caza, empiezas a sentirte de un modo raro, con la cabeza liviana, como si no tuvieras familia ni nombre. Entonces... –apretó los puños–. Bueno, entonces... para mí... allí estaba el Gran Russel acercándose, cada vez más enorme... llenando el mundo... sólo él y yo en el mundo. –Jordan palideció y cerró los ojos–. Ese es el momento. ¡Oh, ese es el momento! –suspiró y miró solemnemente a Craig–. Disparé como si fuera algún otro, como tú dijiste. Tres tiros a un flanco y *sentí* cómo lo alcanzaba.

Craig notó que el corazón le golpeaba el pecho. Se inclinó hacia adelante.

–¿Estabas asustado entonces, un poco por lo menos?

–No te asustas, pues en ese momento tu mismo eres el Gran Russel –Jordan se inclinó también hacia adelante, murmurando–: Sientes que tus propios tiros te alcanzan, Craig, y sabes que ya nunca volverás a tener miedo. Es como si tú y el Gran Russel estuviesen bailando una danza sagrada desde hace un millón de años. Luego, en alguna parte de ti mismo, sigues bailando esa danza hasta que te mueres.

Jordan suspiró, se reclinó en la silla y extendió la mano hacia la botella.

–Sueño mucho con eso –dijo Craig; le temblaban las manos–. Me despierto asustado y sudoroso. Bueno, de todas maneras, mandé mi nota de inscripción al Colegio de Cazadores con la nave en que tú llegaste.

–Triunfarás, Craig. ¿No oíste cómo el Cazador te llamaba "rifle sólido"?

Craig sonrió, feliz.

–Sí, y fue como si lo hubiese dicho otras veces.

–Mueve ese trasero, Jordan –dijo una voz jovial.

Era Joe Breen, el hombre calvo y fornido del laboratorio. Tenía seis botellas en las manos velludas. Sidis venía detrás. Joe puso las botellas en la mesa.

–Este es Sidis, mi ojo vigilante de Belconti –dijo.

49 cuentos Fantásticos

–Conocemos a Sidis, es un viejo volador de cercos también –dijo Jordan–. Hola, Sidis. Estás engordando.

–Hola, Jordan; Roy –dijo Sidis–, no se te ha visto mucho últimamente.

Sidis y Joe se sentaron. Joe destapó las botellas.

–Estamos casi todos los días afuera –dijo Craig.

–Estarán afuera más aún, tan pronto como obtengamos la semilla translocadora pura –dijo Joe–. No falta mucho. Sidis consigue continuamente nuevas variedades.

–Las conseguiremos y las plantaremos, ¿eh, Craig? –dijo Jordan–. Sidis, ¿por qué no te libras de Joe y vienes otra vez a volar cercos?

–Hay mucho que aprender aquí en los laboratorios –dijo Sidis–. Nos haremos famosos con esto, si Joe y sus compinches no nos matan antes que publiquemos los resultados.

–Al diablo con los laboratorios. Para mí no hay nada como el campo. ¿No es cierto, Craig?

–Es cierto. El campo es limpio y agradable, gracias a las hojas –dijo Craig–. La reabsorción evita que haya cosas sucias, podridas y muertas...

–¡Bueno que me disparen por la espalda! –Joe golpeó la mesa con su botella–. La cerveza te pone poético, blanco –se burló–. Quieres decir realmente que se comen a sus propios muertos y sus propios excrementos. ¡Ahí tienes un tema para un poema!

Craig sintió aquella ira familiar e insensata.

–Gracias a ellos la vida no se detiene –dijo–. No comen otra cosa que agua y luz.

–Se alimentan con agua y helio –dijo Joe–. He estado leyendo unos informes. Un viejo, llamado Toyama, piensa que catalizan la fusión del hidrógeno.

–Sí. Es un hecho confirmado –dijo Sidis–. Crecen de noche y bajo Tierra y en el invierno. Si uno lo piensa un rato, son realmente maravillosas.

–Diablos. Otro poeta –dijo Joe–. Todos ustedes los de Belconti son poetas.

–No, pero ojalá tuviésemos más poetas –dijo Sidis–. Roy, ¿no olvidaste lo que te dije hace un tiempo?

–No soy poeta –dijo Craig–. No he compuesto nunca una línea.

–Craig es de los nuestros. Barim lo llamó hoy "rifle sólido" –dijo Jordan, decidido a cambiar de tema–. Joe, ese viejo, Toyama, está todavía allí. En la isla de Burton. Tenemos órdenes de trasladarlo a la Base en nuestro próximo viaje de inspección.

–¡Gran Russel, debe de haber pasado aquí unos veinte años! –dijo Joe–. ¿Cómo aguantó?

–Se trajo a su mujer –dijo Jordan–. Craig mismo lleva aquí tres años, y lo soporta bien.

–Se está transformando en un condenado poeta –dijo Joe–. Blanco, te recomiendo que te vuelvas a casa en la próxima nave de relevo, mientras eres todavía un hombre.

Craig encontró sola a Midori. La casa parecía vacía. Los cuadros estaban apilados junto a cajones de libros y ropa. Midori lo recibió con una sonrisa, pero parecía fatigada y triste.

–Es duro, Roy. No quisiera irme –dijo–. No soporto pensar lo que van a hacer ustedes en esta isla.

–Nunca pienso en lo que hacemos, excepto que es necesario hacerlo –dijo Craig–. ¿Te ayudo a empacar?

–Ya hemos terminado. Estamos trabajando desde hace días. Y ahora Barim se niega a transportar nuestras cajas de muestras –Midori parecía estar a punto de echarse a llorar–. Papá Toyama tiene el corazón destrozado.

Craig se mordió los labios.

–Diablos, podemos transportar cincuenta toneladas –dijo–. Y nos sobra espacio. ¿Por qué no pedirle al señor Wilde que lleve esas cajas?

Midori tomó el brazo de Craig y alzó hacia él los ojos.

–¿Se lo pedirías, Roy? Yo... yo no quisiera deberle un favor.

Craig encontró una oportunidad luego de la cena en casa de los Toyama. Wilde había dejado de hacerle la corte a Midori y había llevado afuera su tazón de vino. Craig lo siguió y le preguntó si no podían llevar las cajas. Wilde miraba el cielo. Las dos lunas se movían en un campo claro poblado de estrellas.

–¿Y qué hay en todas esas cajas? –preguntó Wilde.

–Muestras, platinas y esas cosas. Es algo muy querido para ellos.

–Todo es nuestro ahora. Se supone que yo debiera destruirlo –dijo Wilde–. Oh, diablos. Muy bien, pero tú te encargarás de llevarlas a bordo –rió entre dientes–. Le pediré a Midori que hagamos un último paseo hasta esa laguna de ella. Le diré que tú estás cargando las cajas –le dio un codazo a Craig–. Puede ser una ayuda, ¿eh?

Luego de haber embarcado las ochenta cajas, Craig se elevó a treinta metros de altura probando la estabilidad del aparato. Por la ventanilla lateral vio que Midori y Wilde salían de la casa de Toyama y desaparecían en el sendero del desfiladero. Wilde apoyaba el brazo en el hombro de la muchacha. Craig descendió a la casa de los Toyama, pero no tenía ganas de unirse otra vez al grupo. Se quedó afuera durante una hora, paseando de un lado a otro, sintiendo una furia apagada y

dolorosa. Luego salieron otros miembros de la cuadrilla, discutiendo ruidosamente.

–¡Eh, Craig! ¿Dónde has estado, muchacho? –Jordan palmeó el hombro de Craig–. Le aposté a Cobb que puedes ganarle mañana en el campo de tiro, como me ganaste a mí. Le haremos pagar la cerveza al viejo Cobb, ¿eh, muchacho?

–Me harán pagar un comino –dijo Cobb.

–No te escaparás –dijo Jordan–. Vamos, Craig. A dormir. Tienes que estar bien mañana.

–No tengo sueño –dijo Craig.

–Apuesto a que el viejo Bork está dando en el blanco en este momento –dijo Cobb.

Todos se rieron excepto Craig.

A la mañana siguiente, mientras volaban de regreso a la Base, Craig, que manejaba la máquina, oía que Wilde entonaba canciones de caza y hacía chistes en la cabina principal. Parecía todavía borracho. Cuando llegaron, hasta ayudó a la cuadrilla a llevar los equipajes al edificio de los belcontis. Craig no encontró la ocasión de hablar con Midori. No estaba tampoco seguro de querer encontrarla. Esa misma tarde Cobb lo dejó muy mal parado en el campo de tiro. Jordan trató de consolarlo, pero Craig bebió hasta emborracharse. A la mañana siguiente lo despertaron las sacudidas insistentes de Jordan.

–¡Despierta, maldita sea! ¡Salimos otra vez, ahora mismo! –dijo Jordan–. Que Bork no sepa que te has quedado dormido. Algo le salió mal anoche en la casa de los belcontis y está furioso como una víbora sin cabeza.

Cuatro horas más tarde, todavía somnoliento y enfermo, vestido con el traje negro protector, Craig hizo descender la máquina otra vez en la isla Burton. Llevaban un cargamento de semillas translocadoras puras. Los hombres salieron.

–Jordan y el blanco –ordenó Wilde con el ceño fruncido–, siembren el camino del desfiladero hasta la cascada.

–Pensé que empezaríamos en los lugares altos y soleados –dijo Jordan–. Aquí hay mucha sombra.

–¡Siembren, he dicho! –Wilde mostró los dientes de caballo–. Vamos, Rice, Cobb, Whelan. Vayan alrededor de esos edificios.

Cuando terminaron la siembra, Jordan y Craig descansaron brevemente en el peñasco de cuarzo junto a la laguna. Craig miró alrededor por primera vez. Las hojas bailaban y piaban encima de ellos. Los tallos que subían por las pendientes empinadas transmutaban la luz dorada del sol en una plateada y clara luz de luna que centelleaba en las paredes de cuarzo y en el agua de la cascada.

–Caramba, se está bien aquí –dijo Jordan–. Es bastante emocionante, ¿verdad? Será un hermoso campo de caza algún día.

–Vámonos –dijo Craig–. Nos esperan.

Dejaron la isla a la caída del sol. Craig miró los edificios abandonados por la ventanilla lateral. La casa de Midori, pequeña, olvidada, parecía acusarlo.

En la Base seis hombres murieron a causa de un sistema libre mutante antes que pudieran sintetizar un inmunizador. Un virus de control escapó de un translocador y los hombres de Wilde tuvieron que resignarse a descansar luego de meses de trabajo. La Base, antes jovial y ruidosa, parecía ahora apagada y triste. Los hombres de los laboratorios hablaban de sabotaje de los belcontis. Bebían durante horas, sin alegría.

En su primer día libre, Craig buscó una máquina de paseo, encontró a Midori en los edificios de los belcontis, y la invitó a volar. Midori se puso una blusa blanca, un collar de perlas, y una falda azul y amarilla. Parecía triste, y distraída. Craig olvidó que estaba enojado con ella y trató de animarla. Volaban a casi dos mil metros de altura, hacia el sur.

–Estás hermosa con ese vestido. Pareces una hoja –dijo.

Midori sonrió débilmente.

–Mis pobres hojas. Cómo las extraño –dijo–. ¿A dónde vamos, Roy?

–A la isla Russel, allá abajo. Quiero que veas al Gran Russel.

–Quiero verlo –dijo Midori; en seguida dio un grito y apretó el brazo de Craig–. ¡Mira ese color en el cielo! ¡A la derecha!

–Hojas migratorias –explicó Craig–. Las vemos ahora continuamente.

–Ya sé. Acerquémonos. Por favor, Roy.

Craig llevó la máquina hacia la nube verde y dorada. Había allí millones de hojas, todas con el saco opalescente de hidrógeno inflado, e iban hacia el nordeste.

–¡Qué hermosas son en el aire! –gritó Midori, con el rostro animado y ojos chispeantes–. ¡Entra, por favor, Roy!

Craig recordó haber visto a Midori animada del mismo modo, mientras pintaba en el desfiladero. Puso la máquina a la velocidad del viento dentro de la nube y perdió en seguida toda sensación de movimiento. Las hojas vividamente coloreadas obscurecían el Cielo, la Tierra y el Mar. Craig se sintió perdido y mareado. Se acercó más a Midori. La muchacha abrió su ventanilla para que entraran los trinos y el aire aromático.

–Son tan hermosas que no puedo soportarlo –dijo–. No tienen ojos, Roy. Sólo nosotros podemos saber qué hermosas son.

Midori pió y trinó con una voz aguda y clara. Una hoja escarlata, verde y plateada se posó en la mano extendida de Midori, y la muchacha cantó para ella. La hoja desinfló su saco y agitó levemente unas alas de terciopelo. Craig se movió, incómodo.

–Parece casi como si te conociera –dijo.

–Sabe que la quiero.

–¿Que la quieres? ¿Es posible querer algo tan distinto? –Craig frunció el ceño–. El amor no es eso para mí.

Midori alzó los ojos.

–¿Qué es el amor para ti?

–Bueno, desear proteger a quien quieres, luchar por él, hacer cosas por él –Craig tenía la cara encendida–. ¿Qué puedes hacer por unas hojas?

–Tratar de que no las exterminen –dijo Midori dulcemente.

–No empieces otra vez. No me gusta pensar en eso. Pero sé que debe ser así.

–Nunca será así –dijo Midori–. Lo sé. Mira todos esos dibujos y colores distintos. Papá Toyama recuerda un tiempo en que todas las hojas eran verdes. Desarrollaron los nuevos pigmentos y figuras fabricando substancias contra la *thanasia* –Midori bajó la voz–. Piénsalo, Roy. Todos esos colores y dibujos son ideas nuevas en la mente bioquímica, inconcebiblemente poderosa, de este extraño planeta. Esta nube es un mensaje, de un extremo a otro. ¿No te asusta?

–Tú me asustas –Craig se alejó un poco de Midori–. Yo no sabía que han estado cambiando de ese modo.

–¿Quién ha pasado aquí bastante tiempo como para notarlo? ¿Quién se preocupa tanto como para mirar y ver? –le temblaban los labios a Midori–. Pero piensa en la agonía y en los cambios. Los hombres han trabajado durante años tratando de matar este planeta. ¿Qué pasaría si algo... de algún modo... *entendiese*?

Craig sintió un frío en la nuca. Se apartó más de Midori. Se sentía raro y solo, hundido en aquella nube de perfume y trinos, fuera del tiempo y del espacio, inmóvil. No se atrevía a mirar a Midori.

–¡Maldición, este planeta pertenece al Gran Russel! –dijo roncamente–. ¡No fracasaremos! Por lo menos nunca recuperarán la Base o la isla Russel. Las semillas no pueden caminar por el agua.

Midori lo miró fijamente, y Craig no pudo saber si la muchacha lo juzgaba o le rogaba o lo interrogaba. Bajó los ojos.

–Sácate esa cosa de la mano –dijo–. Cierra la ventanilla. Nos iremos de aquí.

Media hora más tarde, la máquina volaba sobre las hierbas verdes y normales y los robles normales de la isla Russel. Craig descubrió al Gran Russel y lo enfocó

en la pantalla y miró con Midori cómo la bestia perseguía y mataba un búfalo. Midori ahogó un grito.

–Tres metros de alto, cuatro toneladas, y ligero como un gato –dijo Craig orgullosamente–. Ese pelo largo y rojizo es como alambre. Las manchas azules son corazas defensivas.

–¿No le bastan esos dientes para matar a sus presas? –preguntó Midori–. ¿Para qué enemigos necesita esas garras y cuernos terribles?

–Los de su propia especie, y nosotros. Nuestros muchachos lo cazarán aquí, en este mismo planeta, y se harán hombres. Nuestros hombres lo cazarán aquí para curar sus almas.

–Estás enamorado de esa bestia, ¿no es cierto? ¿Sabes que eres un poeta? –Midori no podía apartar los ojos de la pantalla–. Es hermosa, feroz y terrible, pero no lo que las mujeres llamamos belleza.

–Es el dios del planeta. Se necesitan cuatro disparos perfectos para derribarlo –dijo Craig–. Salta y ruga como un mundo que se acaba. Oh, Midori, ¡yo también tendré mi día!

–Pero puedes morir.

–Con la mejor de las muertes. En los días perdidos de la colonia nuestros abuelos lo perseguían con arcos y flechas –dijo Craig–. Aún ahora nos reunimos a veces en una banda de juramentados y lo combatimos hasta la muerte con arcos y flechas.

–He leído acerca de esas bandas. Supongo que no es posible que sientas otra cosa.

–No quiero sentir otra cosa. Una banda juramentada es el mayor honor que pueda recibir un hombre –dijo Craig–. Pero gracias por tratar de entender.

–Quisiera entender, de veras, Roy. ¿Pero no puedes creer en tu propio coraje si no enfrentas al Gran Russel?

–Eso es lo que las mujeres no entenderán nunca –Craig sorprendió la mirada interrogativa de Midori–. Las muchachas se convierten naturalmente en mujeres, pero el hombre tiene que hacerse a sí mismo. Es como si sólo el Gran Russel pudiese darme mi coraje de hombre. Hay cantos y ceremonias con sal y fuego... y luego el muchacho come un pedazo del corazón y... No quiero hablar de eso. Te reirías.

–Tengo ganas de llorar más que de reír –Midori miró a Craig con una expresión rara–. Hay distintos tipos de coraje, Craig. Tienes más coraje de lo que crees. Debes buscar tu verdadero coraje en ti mismo y no en el del Gran Russel.

–No puedo –Craig apartó los ojos–. No seré nadie en mi interior mientras no enfrente al Gran Russel.

–Llévame a casa, Roy. Me parece que me echaré a llorar –Midori bajó la cabeza y se llevó las manos a la cara–. Yo no tengo mucho coraje.

Volaron en silencio hacia la Base. Cuando Craig la ayudó a bajar de la máquina, Midori lloraba realmente. La muchacha apoyó un momento la cabeza en el pecho de Craig. Tenía en el pelo el aroma de las hojas.

–Adiós, Roy –dijo, con una voz tan débil que Craig apenas la oyó.

Luego Midori dio media vuelta y se fue corriendo.

Craig no la vio durante un tiempo. La cuadrilla de Wilde se pasaba los días en el campo, volando cercos y plantando semillas translocadoras. Craig se sentía mejor lejos de la Base. El humor de la gente de la isla era áspero ahora. En todas partes, a lo largo del continente del norte, unos nuevos tallos plateados, verdes y rojos manchaban las áreas de color verde oscuro de la *thanasis*. Otras cuadrillas informaron que en los continentes central y sur ocurría lo mismo. Wilde estaba todo el día furioso. Cobb maldecía amargamente ante cualquier nimiedad. Jordan dejó de bromear. Una noche, en el campamento, mientras trataba de conciliar el sueño, Craig oyó que Wilde gritaba preguntas incrédulas en el comunicador de la máquina.

Poco después Wilde salía echando maldiciones para despertar a los hombres.

–¡Hay hojas en la isla de la Base! ¡Los tallos brotan en todas partes!

–¡Gran Russel del cielo! –dijo Jordan incorporándose–. ¿Cómo es posible?

–¡Los plantaron los bastardos de Belconti! –dijo Wilde–. Barim los arrestó a todos en nombre de las leyes de la Base.

Cobb se puso a maldecir en una voz tranquila y monótona.

–Los mataremos a todos –dijo Wilde ásperamente–. Sembraremos las semillas que nos quedan e iremos a ayudar.

Craig se sentía entumecido. No podía creerlo. Poco después del mediodía hacía descender la máquina en el campamento de la Base, en el área viciada que se extendía más allá de la rampa de emergencia. Wilde se limpió rápidamente y fue a ver a Barim mientras la cuadrilla descontaminaba la máquina. Cuando salieron del túnel de irradiación con ropas nuevas, Wilde los estaba esperando.

–¡Blanco, ven conmigo! –ladró.

Craig lo siguió hasta el edificio de piedra gris que se alzaba a orillas del prado. Entraron y Wilde empujó a Craig y lo metió en una sala.

–Aquí está, Cazador –dijo, y cerró la puerta.

Los muros de piedra estaban decorados con rifles, flechas y arcos. El corpulento jefe de cazadores, de pelo gris, con cuatro puntos rojos en la frente, esperaba sentado ante un escritorio de madera, de frente a la puerta. Miró fríamente a Craig, y le indicó con un movimiento de cabeza que se sentara en una silla, junto a la pared. Craig se sentó tiesamente en la más cercana a la puerta de entrada. Tenía la boca seca.

–Roy Craig –dijo Barim muy serio–, se te juzgará por la vida y el honor de acuerdo con las leyes de la Base. Jura ahora decir la verdad en nombre de la sangre del Gran Russel.

–Juro decir la verdad en nombre de la sangre del Gran Russel –dijo Craig con una voz que le pareció falsa a él mismo y sintiendo que transpiraba.

–¿Qué dirías de alguien que traicionase deliberadamente nuestro proyecto de destruir las hojas? –preguntó Barim.

–Sería culpable de traición de caza, señor. Sería un proscripto.

–Muy bien –Barim juntó las manos y se inclinó hacia adelante clavando los ojos grises en Craig–. ¿Qué había en esas cajas que trajiste de la isla Burton? ¿Qué le dijiste a Bork Wilde?

Craig sintió un nudo en el estómago.

–Platinas, muestras, cosas científicas, señor.

Barim le hizo varias preguntas acerca de las cajas. Craig trató desesperadamente de decir la verdad sin nombrar a Midori. Barim lo obligó a nombrarla y luego lo interrogó acerca de las actitudes de la joven. Craig sintió un miedo terrible y creciente. No apartó los ojos de la mirada de Barim y contó tortuosamente lo ocurrido, evitando citar a Midori. Al fin Barim quebró el eslabón de miradas dando una palmada en la mesa.

–¿Estás enamorado de Midori Blake, muchacho?–rugió.

–No sé, señor –dijo, pensando tristemente cómo podía saber uno si estaba enamorado–. Bueno. .. me gusta estar con ella... nunca pensé... somos muy buenos amigos –tragó saliva–. No lo creo, señor –dijo al fin.

–Hay semillas de hojas sueltas en la isla –dijo Barim–. ¿Quién las plantó?

–Pueden caminar y plantarse ellas mismas, señor.

Craig sentía la boca seca como polvo. Evitó la mirada de Barim.

–¿Crees que Midori Blake sería moralmente capaz de traerlas aquí y soltarlas?

Craig torció involuntariamente la boca.

–Moralmente... no entiendo bien, señor...

Le transpiraban las manos.

–Pregunto si sería capaz de querer hacerlo, y de hacerlo.

Craig sintió un frío en el corazón. Miró a Barim a los ojos.

–No, no señor –dijo–. Nunca creería eso de Midori.

Barim sonrió ásperamente y dio otra palmada en la mesa.

–¡Wilde! –gritó–. ¡Tráígalos!

Midori entró primero, vestida con una blusa blanca y una falda negra. Tenía la cara muy pálida, pero serena, y le sonrió débilmente a Craig. Luego apareció Mildred Ames, delgada, vestida de blanco y en seguida Wilde, con el ceño fruncido. Wilde se sentó entre Craig y la señorita Ames, y Midori en un extremo.

–Señorita Blake, el joven Craig ha sido claramente instrumento suyo, como usted misma ha afirmado –dijo Barim–. El juicio ha concluido y sólo falta la sentencia. Una vez más le suplico que nos diga por qué ha hecho esto.

–Usted no entendería –dijo Midori–. Conténtese con lo que sabe.

Había hablado en voz baja, pero con firmeza. Craig se sintió desanimado y enfermo.

–Puedo entender sin perdonar –dijo Barim–. Por usted misma, tengo que conocer el motivo. Usted debe de estar loca.

–Sabe muy bien que no.

–Sí –Barim pareció encogerse en su asiento–. Invente un motivo, entonces –casi suplicaba ahora–. Diga que odia a Mordin. Diga que me odia a mí.

–No odio a nadie. Siento pena por todos ustedes.

–¡Yo le diré un motivo! –la señorita Ames se puso de pie de un salto, con la cara encendida–. ¡Han jugado con la translocación de un modo insensato e irresponsable poniéndonos en peligro a todos! ¡Admitan la derrota y váyanse!

Esta intervención ayudó a que Barim se recobrará.

–Por favor, siéntese, señorita Ames –dijo con calma–. Dentro de tres meses la nave de relevo la alejará del peligro. Pero nosotros no admitimos la derrota ni tememos la muerte. No le pedimos a nadie que nos lllore.

La señorita Ames se sentó, tiesa y desafiante. Barim volvió otra vez los ojos a Midori, con una cara de hierro.

–Señorita Blake, es usted culpable de traición de caza. Ha traicionado usted a su propia especie en una lucha con una forma extraña de vida –dijo–. Si no admite un motivo razonablemente *humano*, he de concluir que ha abjurado usted de su propia especie.

Midori no respondió. Craig le echó una mirada. La joven estaba sentada muy derecha, tranquila, con los pies juntos, y las manos en el regazo. Barim dio una palmada en la mesa y se puso de pie.

–Muy bien. En nombre de las leyes del campamento, la sentencio a usted, Midori Blake, a que sea apartada de la especie. Es usted una mujer y no pertenece a Mordin, por lo tanto le evitaré la pena más severa. Se la dejará, sin nada, hecho con las manos, en la isla Burton. Allí podrá nutrirse un tiempo de los frutos y raíces de la Tierra, que usted ha traicionado. Si sobrevive hasta que llegue la nave de relevo, será devuelta a Belconti –Barim miró fieramente a Midori–. ¿Tiene algo que decir antes que dé orden de ejecutar la sentencia?

Los cuatro puntos rojos parecieron más brillantes en la palidez repentina de la frente del Cazador. Algo se quebró en Craig. Se levantó de un salto, gritando.

–¡No puede ser eso, señor! ¡Es pequeña y débil! No conoce nuestras costumbres...

–¡Siéntate! ¡Cállate, llorón!

Wilde tironeó de Craig arrastrándolo hacia la silla.

–¡Silencio! –gritó Barim.

Wilde se sentó respirando con dificultad.

–Conozco demasiado bien las costumbres de ustedes –dijo Midori–. No necesito misericordia. Lívenme a la isla Burton.

–¡Midori, no! –la señorita Ames se volvió hacia la joven–. Te morirás de hambre. ¡La *thanasís* te matará!

–Tú tampoco entiendes, Mildred –dijo Midori–. Señor Barim, ¿me otorgará lo que pido?

Barim se inclinó hacia adelante, apoyándose en los codos.

–Así ha sido ordenado –dijo roncamente–. Midori Blake, casi me ha hecho sentir otra vez el gusto del miedo –se enderezó y volviéndose hacia Wilde habló con una voz impersonal–: Cumpla la sentencia, Wilde.

Wilde se puso de pie y le ordenó a Craig:

–Lleva la cuadrilla a la máquina. Que todos se pongan los trajes protectores. Corre, muchacho.

Craig salió tambaleándose a la luz del crepúsculo.

Craig llevó la máquina hacia el nordeste, adelantándose al sol, recuperando la luz del día. En la cabina principal, detrás de él, dolía el silencio. Se inclinó hacia adelante, apartándose del mamparo de la cabina, como si quisiese empujar la máquina con los músculos. No quería pensar. Sabía que así tenía que ser y sin embargo no podía soportarlo. Luego de una angustiada eternidad hizo descender la máquina junto a los edificios desiertos de la isla Burton. Todos dejaron la máquina: los hombres vestidos de negro, Midori aún con la blusa blanca y la falda negra. Se mantuvo aparte, sin hablar, mirando su casita a orillas del precipicio. Las hojas de color verde oscuro de la *thanasís* crecían en todos los senderos.

–Abran los equipos de los cercos –ordenó Wilde–. Vuelen todos los edificios. Blanco, tú vienes conmigo.

En la casa de Midori, Wilde le ordenó a Craig que plantara perdigones explosivos cada tres pies a lo largo de los cimientos. Un solo perdigón hubiese sido suficiente. Craig dijo al fin:

–El Cazador no dijo que hiciésemos esto, señor Wilde. ¿No podemos dejarle esta casa por lo menos?

–No la necesita. La *thanasís* la matará antes que amanezca.

–Dejemos que muera aquí entonces. Le gustaba mucho esta casa.

Wilde sonrió sin alegría, desnudando sus dientes de caballo.

–Es una proscrita, blanco. Conoces la ley: nada hecho con las manos.

Craig inclinó la cabeza, apretando los dientes. Wilde silbaba una melodía sin sentido mientras Craig ponía los perdigones. Regresaron a la máquina y Jordan informó que ya habían puesto los explosivos para volar los otros edificios. Midori no se había movido. Craig quería hablar con ella, decirle adiós. Sabía que si trataba de hacerlo no encontraría las palabras y se pondría a gritar. La rara sonrisita de Midori parecía haberla llevado ya a otro mundo, a un millón de años luz de Roy Craig y los otros. Cobb miraba a Midori con una cara de rata ansiosa.

–Detonaremos desde el aire –dijo Wilde–. La explosión nos mataría si nos quedásemos aquí.

–Antes tenemos que sacarle las ropas –dijo Cobb–. Recuerda la ley, Bork: nada hecho con las manos.

–Es cierto –dijo Wilde.

Midori se quitó la blusa, mirando fijamente a Wilde. Una niebla roja le nubló los ojos a Craig.

–Carguen los equipos –dijo Wilde de pronto–. A la máquina todos. ¡Salten, perros!

Desde la ventanilla lateral junto a los controles Craig vio que Midori se alejaba por el camino del desfiladero.

Caminaba tan descuidadamente como si fuese a pintar. La *thanasís* le tocaba las piernas desnudas y Craig creyó ver el vivido color rojo, y sintió el dolor en su propia piel. La máquina se elevó con un rugido convulsivo. Cuando Wilde voló los edificios, Craig no miró por la ventanilla.

Alejándose del sol, hundido en un Infierno sin pensamientos, Roy Craig corrió al encuentro de la noche.

Los hombres de Mordin libraron la batalla perdida de la Base con fuego, substancias químicas y azadas. Craig trabajaba hasta caerse de cansancio para no tener que pensar. Los tallos crecían bajo Tierra con una energía inverosímil. Reaparecían más numerosos cada vez, como cabezas de hidra. Nuevos capullos de hojas, del tamaño de una uña de pulgar, teñían el aire de la Base en animados torbellinos. En una ocasión Craig vio que Joe Breen lanzaba hachazos a las hojas danzantes.

Barim decidió al fin de mala gana que el campamento se trasladase a la isla Russel y que en la isla de la Base se sembrara *thanasís*. Craig se desmayó

mientras ayudaba a levantar el nuevo campamento. Despertó en cama, en uno de los pequeños cuartos de la enfermería de la Base. El médico de Mordin le sacó muestras de sangre y le hizo algunas preguntas. Craig admitió haber sentido náuseas y dolores en las articulaciones durante varios días.

–Estuve un poco trastornado, doctor –dijo defendiéndose–. No me di mucha cuenta.

–Tengo otros veinte que se dieron cuenta –gruñó el médico.

Salió del cuarto con el ceño fruncido. Craig se durmió, y cayó en una pesadilla interminable en la que huía de unos ojos de mujer. Despertaba a medias cuando le daban alguna medicina o lo sometían a alguna prueba clínica. Se dormía otra vez y enfrentaba un dinotaurio Gran Russel que lo miraba con inescrutables ojos femeninos. A la mañana del segundo día despertó y vio a papá Toyama en otra cama que habían metido en el cuarto.

–Buenos días, Roy –dijo papá Toyama, sonriendo–. Me hubiera gustado encontrarte en otro sitio, de veras.

Había muchos enfermos y por lo menos diez habían muerto, le dijo a Craig. Los hombres de Belconti habían vuelto a los laboratorios y trabajaban frenéticamente tratando de identificar el agente y el vector. Craig se sentía vacío y con dolor de cabeza. No le importaba mucho. Vio la figura desdibujada de la señorita Ames, vestida con delantal blanco, que daba un rodeo a su cama y se detenía entre él y Papá Toyama. La mujer tomó la mano del viejo.

–No sonrías, Mildred.

–No sonrío. Me he pasado la noche analizando los espectros de difracción –dijo–. Es lo que temíamos, una variedad de dos unidades Ris.

–Aja. Lo del planeta Froy otra vez –dijo el viejo serenamente–. Me gustaría ver a Helen. No nos queda mucho tiempo.

–Sí –dijo la señorita Ames–. Me ocuparé de eso.

Unos pasos rápidos y pesados sonaron afuera.

–Ah, estaba usted aquí, señorita Ames.

Barim, vestido de cazador, con ropas de cuero, cubrió el vacío de la puerta. La señorita Ames se volvió y lo miró por encima de la cama de Craig.

–Me dijeron que encontró el virus –dijo Barim.

La señorita Ames sonrió levemente.

–Sí.

–Bueno, ¿qué defensa hay? Doce han muerto. ¿Qué puedo hacer?

–Puede dispararle con un rifle. Es un sistema libre de *thanasis* que ha alcanzado dos grados de libertad temporal. ¿Significa algo para usted?

Las pesadas mandíbulas de Barim se cerraron como una trampa.

–No –dijo el hombre en seguida–, pero me doy cuenta. La plaga, ¿no es cierto?

La señorita Ames asintió.

–Ningún traje puede protegernos. No hay cura posible. Estamos todos infectados.

Barim se mordió el labio inferior y miró a la mujer en silencio.

–Ojalá nunca hubiésemos venido aquí –dijo al fin–. Pondré en órbita el cohete de emergencia para advertir a la nave de relevo. Eso la salvará, cuando llegue, y Belconti podrá advertir al sector –una débil sonrisa ablandó las facciones torvas y ásperas de Barim–. ¿Por qué no me lo refriega por la nariz? ¿Por qué no me dice ahora que ya me había avisado?

–¿Necesito hacerlo? –la señorita Ames alzó la mandíbula–. Los compadezco a ustedes, hombres de Mordin. Ahora morirán todos sin dignidad, pidiendo agua a gritos y llamando a sus madres. ¡Cómo detestarán esa muerte!

–¿Y eso la consuela? –Barim seguía sonriendo–. No, señorita Ames. Me he pasado la noche pensando que podía ser la plaga. Los hombres están labrando ya puntas de flecha. Nos uniremos en una banda juramentada y moriremos todos luchando con el Gran Russel –Barim hablaba ahora con una voz más profunda y los ojos brillantes–. Unos irán tambaleándose, otros arrastrándose, y llevaremos a los impedidos y todos moriremos como hombres.

–Como salvajes. No, no –la señorita Ames alzó las manos en un ademán de sorprendida protesta–. Perdoné, señor Barim, mis palabras. Necesito su ayuda, y la de todos sus hombres. Si nos esforzamos algunos podrán sobrevivir.

–¿Cómo? –gruñó Barim–. En el planeta Froy...

–En el planeta Froy nuestra gente sólo contaba con recursos humanos. Pero estoy segura de que aquí las hojas han sintetizado ya el inmunizador de la plaga, un inmunizador que parece escapar a las posibilidades de la ciencia terrestre –la señorita Ames habló con una voz temblorosa–. Por favor, ayúdenos, señor Barim. Si podemos encontrarlo, aislarlo y estudiar su estructura...

Barim la interrumpió bruscamente.

–No. Demasiado largo. Uno no debe escapar chillando a la muerte, señorita Ames. Mi alternativa es decente y segura.

La señorita Ames alzó otra vez la barbilla y habló con una voz aguda:

–¿Cómo se atreve a condenar a sus propios hombres sin consultarlos? Pueden elegir luchar por la vida.

–No. No los conoce –Barim se inclinó y sacudió el hombro de Craig con afecto y rudeza a la vez–. Muchacho –dijo–, te levantarás e irás con nosotros en una banda juramentada, ¿no es cierto?

–No –dijo Craig, alzando la cabeza de la almohada y apoyándose temblorosamente en los brazos.

La señorita Ames sonrió y le palmeó la mejilla.

–Te quedarás y nos ayudarás a sobrevivir, ¿no es verdad?

–No –dijo Craig.

–Muchacho, ¡cuidado con lo que dices! –advirtió Barim–. El Gran Russel puede morir también de la plaga. Le debemos una muerte limpia.

Craig se incorporó del todo. Miraba fijamente hacia adelante.

–Inmunda sea la sangre del Gran Russel –dijo lenta y claramente–. Inmunda con excrementos y carroña. Inmunda...

El puñetazo de Barim tiró la cabeza de Craig contra la almohada, partiéndole el labio.

–¡Estás loco, muchacho! –murmuró el Cazador, muy pálido–. ¡Ni aun loco puedes decir esas palabras!

Craig se incorporó a medias otra vez.

–Ustedes son los locos, no yo –dijo; se pasó la lengua por los labios y la sangre le goteó sobre la chaqueta de dormir–. Moriré proscrito, así moriré. Proscrito en la isla Burton –se encontró con la mirada incrédula de Barim–. Inmunda sea...

–¡Silencio! –gritó Barim–. Sí, serás proscrito. Te llevará una cuadrilla, extraño.

Dio media vuelta y salió rápidamente del cuarto. La señorita Ames lo siguió.

–Hombres de Mordin –dijo, meneando la cabeza.

Craig se sentó en el borde de la cama y se alisó la empapada tela del pijama. El cuarto giró, borroso, a su alrededor. La sonrisa de Papá Toyama era como una luz.

–Estoy avergonzado. Estoy avergonzado. Por favor, perdónanos, Papá Toyama –dijo Craig–. No sabemos hacer otra cosa que matar, matar y matar.

–Todos hacemos lo que debemos hacer –dijo el viejo–. La muerte cancela las deudas. Será bueno descansar.

–No mis deudas. Nunca descansaré –dijo Craig–. Lo supe de pronto. Gran Russel, cómo lo supe. Supe que amaba a Midori Blake.

–Era una muchacha rara. Helen y yo pensábamos que te quería, allá en la isla Burton –Papá Toyama inclinó la cabeza–. Pero nuestras vidas son sólo piedrecitas en una cascada. Adiós, Roy.

Jordan entró poco después, vestido con un traje negro protector. Miró a Craig con una expresión amarga de desprecio. Señaló la puerta con el pulgar.

–¡Arriba, extraño! ¡En marcha!

En pijama y descalzo, Craig lo siguió. Alguien gritó en algún lugar de la enfermería. Parecía la voz de Cobb. Cruzaron el campo de las naves. El paisaje

parecía una escena submarina. Unos hombres cargaban combustible en el cohete de emergencia. Craig se sentó en la máquina apartado de los otros. Faltaba Cobb. Wilde tenía la cara roja y temblaba con los ojos brillantes de fiebre. Jordan se sentó a los controles. Nadie habló. Craig dormitó y vio unas sombras coloreadas mientras la máquina dejaba atrás el sol. Despertó cuando descendían en la isla Burton, a la luz del alba.

Descendió y se quedó de pie, tambaleándose, al lado de la máquina. La *thanasís* asomaba entre los escombros de los edificios y crecía en los senderos hasta la altura del pecho. Las hojas se agitaban en los tallos y piaban somnolientas en el aire húmedo. Los ojos de Craig buscaban algo, un recuerdo, una presencia, una consumación, un descanso, no sabía bien qué. Lo sentía muy cerca. Wilde se acercó por detrás y lo empujó. Craig echó a caminar.

–¡Extraño! –llamó Wilde.

Craig se volvió. Miró los ojos febriles que brillaban sobre aquella sonrisa de dientes equinos. Los dientes se movieron:

–Inmunda sea la sangre de Midori Blake. Inmunda con excrementos y...

En los huesos y en los músculos de Roy Craig estalló una fuerza que no venía de ninguna parte. Saltó, descargó el puño y sintió en los nudillos los dientes rotos de Wilde. Wilde cayó. Los otros bajaron en desorden de la máquina.

–¡Derecho de sangre! ¡Derecho de sangre! –gritó Craig.

–¡Derecho de sangre! –repitió Wilde.

Jordan contuvo a Rice y a Whelan. Craig sintió que un fuego le animaba los nervios. Wilde se incorporó escupiendo sangre, balanceando los puños. Craig fue a su encuentro. El mundo giró y osciló, atravesado por colores centelleantes, con jadeos, gruñidos y maldiciones. No obstante, firmes en el centro de las cosas, Wilde sostenía la pelea y Craig respondía rápidamente. Sintió los golpes, pero ningún dolor, y luego sus propios golpes, en todo el cuerpo, hasta los tobillos. Cayeron entre la escoria de los edificios, dando puntapiés, manotazos, sin aliento, y lucharon de rodillas golpeando con puños y brazos. La escena se aclaró al fin y Craig vio con un ojo el cuerpo inerte y doblado de Wilde. Se incorporó tambaleándose. Se sentía sin peso y limpio por dentro.

–Derecho de sangre, extraño –dijo Jordan, ceñudo y esperando.

–Dejémoslo así –dijo Craig.

Se volvió hacia la senda de los acantilados, ignorando los dolores que sentía en el pecho, aplastando las plantas exuberantes de la *thanasís*. Una campana llamaba dentro de su cabeza. De regreso, de regreso, de regreso. No miró hacia atrás.

La *thanasís* era más rala en el desfiladero sombrío. Craig oyó la cascada y unos viejos recuerdos descendieron sobre él. Se volvió para mirar el agua y se le doblaron las piernas. Se arrodilló junto al peñasco de cuarzo. Midori estaba allí de algún modo. Ella era de este lugar.

La luz del alba entraba ahora oblicuamente en el desfiladero. Centelleaba en el cuarzo y dibujaba un arco iris en la espuma de la cascada. Las hojas se elevaban desde los fantasmales tallos plateados para bailar su propio arco iris en el aire. Algo subió en la garganta de Craig, ahogándolo. Las lágrimas le empañaron el ojo sano.

–Midori –dijo–. Midori.

La presencia era ahora abrumadora. Craig sintió que le estallaba el corazón. No podía encontrar palabras. Alzó los brazos y la cara amoratada al cielo, y gritó incoherentemente. Luego la oscuridad barrió el dolor intolerable.

Movimientos titánicos. Vientos que se apresuraban. Violencias en enjambre.

Uniones en la oscuridad. Un trillón de un trillón de veces de búsquedas pacientes. Luces rotas que se filtraban, plateadas, verdes, doradas, rojas.

Mitigaciones. Lisuras. Transformaciones en otras cosas.

Conciencia llameante, vasta cómo un planeta y diminuta como un átomo, sin foco. La protosensibilidad de un dios que anhela conocerse a sí mismo. Interminable y paciente agonía en busca del ser.

Forma y color que se despliegan. Centelleos de terrible alegría y de amor inexpresable. Miraba. Sentía. Oía. Gustaba.

Cristalinas extensiones polares. Vino de dulzura. Dorado resplandor solar en el agua azul. Caricia de un viento perfumado. Espina de amargura. Tamborileo de lluvia. Curva plateada y verde de una colina. Rugidos y sacudidas de tormenta. Acritud de sal. Montañas dormidas. Golpe de olas. Dibujos de estrellas derramados en la oscuridad. Ausencia de aspereza. Lunas frescas de la noche.

Sabía y amaba.

Hombres ocultos bajo unas malezas. Llanura verde. Sol alto y dorado. Rugidos. Forma roja y velluda que salta. Arcos que se estiran. Luces de flechas que susurran. Gritos roncacos de hombres. Lanzas. Cuerpos desgarrados. Atravesados por cuernos, golpeados por patas. Forma grande que se agacha. Tritura. Sangre que corre. Gritos que se apagan.

Sabía y lamentaba.

La mujer en la laguna. El cabello en corrientes de luz solar. Gracia. Belleza que era dolor.

El amor la sacudía, terriblemente.

Disposición reposada, total, e inmaculada, para siempre. El hombre forjado otra vez. Excitación que estalla. De regreso. ¡De regreso! ¡De regreso!

Despertó en su mundo.

Era como despertar fresco y descansado en la hermosa mañana de un día donde va a ocurrir algo maravilloso. Craig estaba sentado en una cavidad al pie de un enorme tallo de plata. Apartó unos fragmentos que parecían de papel y vio el estanque y oyó la cascada. Midori dio un grito de alegría y se acercó corriendo. Craig se incorporó, sano y fuerte, para darle la bienvenida.

–¡Midori! Midori, ¿cuándo moriste? –quería saber un millón de cosas, pero había una que le parecía más importante–. ¿Puedo perderte otra vez?

–Nunca.

Midori sonreía, radiante. Ambos estaban desnudos. Craig no se sentía excitado ni avergonzado.

–No morimos, Roy –dijo Midori–. Nos hicieron de nuevo.

–La plaga los mató a todos.

–Sí, pero nosotros no morimos.

–Cuéntame.

Craig escuchó como un niño creyendo sin entender. De algún modo la existencia planetaria había encontrado en su infinito espectro de vida una banda que correspondía a los seres humanos.

–Como si fuésemos moléculas gigantes aisladas y esta vida hubiese descubierto nuestra fórmula estructural –dijo Midori.

Los humanos habían sido reabsorbidos en la biomasa del planeta, librados luego de la *thanasís* y reconstituídos sin mácula.

–Somos inmunes a la *thanasís* ahora –dijo Midori–. Nos han hecho de nuevo, Roy.

Craig no tenía ya la cicatriz roja de la *thanasís* en el tobillo. Todas sus otras cicatrices habían desaparecido también. Tomó las manos de Midori, contempló su belleza, y creyó.

–Tratamos durante tanto tiempo de matarlas –dijo.

–Las hojas no podían saberlo. Para ellas la muerte y la ruina son sólo cambios vitales –dijo Midori, sonriendo maravillosamente–. Esta vida nunca se divide, Roy. En la totalidad no hay sino amor.

–Amar es hacer una totalidad –dijo Craig–. Sé acerca del amor ahora.

Le contó a Midori sus visiones.

–Yo también las tuve. Nos fundimos con la conciencia planetaria.

–¿Seguiremos comiendo y bebiendo y durmiendo... y todo?

Midori rió.

–¡Tonto Roy! –tironeó de las manos de Craig.– Por supuesto. Ven, te mostraré.

Tomados de la mano corrieron a la laguna. Las arenas le lastimaban los pies a Craig. Junto a la laguna los tallos se habían unido como cercos formando una serie de cuartos conectados, como conos huecos. Craig siguió a Midori por los cuartos. Eran limpios y secos y había en ellos sombras plateadas. Salieron otra vez y Midori le mostró unas excrecencias castañas en algunos tallos. Arrancó una, le sacó la cubierta que parecía un papel delgado, y descubrió unos nódulos perlados, del tamaño de ciruelas, apretados en la cavidad. Partió un nódulo en dos con los dientes y se llevó la otra mitad a los labios.

–Prueba –dijo.

Craig comió. Era una materia fresca y quebradiza, con un sabor delicioso e insólito. Comió otros nódulos, contemplando a Midori.

–Hay cientos de estas vesículas –dijo la muchacha–. Todas tienen sabor distinto. Crecieron sólo para nosotros.

Craig la miró y luego observó la belleza del desfiladero, inundado por una luz intensa y transmutada. No pudo soportarlo. Cerró los ojos y se apartó de Midori.

–No puedo. No puedo, Midori –dijo–. No soy bastante bueno para esto.

–Lo eres, Roy.

–Tú querías esto antes. Pero yo sólo pensaba en destruirlo. Y ahora ha hecho esto por mí –Craig sintió en su interior un dolor agónico–. Quisiera devolverle ese amor y no puedo. No ahora. Ni más tarde. No puedo, Midori.

–Roy. Escúchame –Midori estaba ante Craig otra vez, pero él no abrió los ojos–. Esta vida emergió con potencialidades infinitas. Dominó el ambiente utilizando sólo partes minúsculas de esas potencialidades. Nunca se dividió ni luchó contra sí misma para evolucionar de un cierto modo. Vivió como en un sueño. Podía haber pasado la eternidad soñando.

–¿Hasta que nosotros llegamos, quieres decir? ¿Con la *thanasis*?

–Sí. La obligamos a cambiar, a intentar recombinaciones genéticas, a acelerar procesos. Lo que ocurría en un sitio, podía ser duplicado en otra parte, pues todo es uno. Un año aquí equivale a millones de años de evolución terrestre. La vida se elevó a un nuevo nivel de conciencia.

Craig sintió la mano de Midori en el brazo. No abrió los ojos.

–¡Escúchame, Roy! Nosotros la despertamos. Nos conoce y nos quiere por eso.

–¡Nos quiere por la *thanasis*!

–Quiere también a la *thanasis*. Conquistó a la *thanasis* con amor.

–Y me conquistó también a mí. Me domó. Como una mascota. Un parásito. ¡No, no puedo, Midori!

–¡Oh no! Roy, por favor, ¡entiende! Nos piensa ahora, bioquímicamente. Como las hojitas más minúsculas, somos pensamientos de esta mente extraña. Se me

ocurre que hemos dado nitidez a su conciencia, de algún modo. Hemos sido para ella como un sistema de símbolos, como un instrumento que da forma...

Midori bajó la voz. Craig podía sentir su calor y su cercanía.

–Somos también pensamientos de ella que se piensan a sí mismos, los primeros que ella tiene –murmuró Midori–. Es un misterio grande y sagrado. Nos quiere y nos necesita –la muchacha se apretó contra Craig–. ¡Roy, mírame!

Craig abrió los ojos. Midori sonrió, suplicante. Craig le acarició la suave curva de la espalda y sintió que ella se estremecía. La abrazó con fuerza. Todo estaba bien.

–Puedo quererla ahora –dijo–. La quiero a través de ti.

–Te devolveré su amor –susurró Midori en el hombro de Craig.

Luego, tomados del brazo, deslumbrados por aquel amor, caminaron hacia el mar. Se detuvieron en la arena centelleante y el agua fresca les golpeó los tobillos.

–Roy, ¿lo has pensado? Nunca estaremos enfermos, nunca envejeceremos. Nunca tendremos que morir.

Craig hundió la cara en los cabellos de Midori.

–Nunca es mucho tiempo.

–Si nos cansamos, podemos ser reabsorbidos y perdernos otra vez en la conciencia planetaria. Pero eso no es la muerte.

–Nuestros hijos pueden continuar.

–Y los hijos de nuestros hijos.

–Podría hacer esto por cualquiera ahora, ¿no es cierto? –preguntó serenamente Roy.

–Sí. Por cualquier ser humano viejo o enfermo que viniese aquí –dijo Midori–. Recobrarán la juventud y la fuerza para siempre.

–Sí –Craig alzó los ojos hacia el cielo azul y abovedado–. Pero ahí arriba hay un cohete con un mensaje de advertencia, para que no se acerquen. Desearía, desearía que ellos pudiesen saber...

–Que ellos son su propia plaga.

Craig le acarició la cabeza a Midori.

–Un día lo sabrán –dijo.

Plantas químicas

Ian Williamson

Traducción de ? en ?.

El crucero averiado descendió rápido y casi sin control. De la plantilla de hombres que lo manejaba, diecisiete estaban inactivos a causa de la brutal desaceleración. Estaban diseminados en sus diferentes puestos por toda la nave; cada uno de ellos soportaba su cuerpo sentado, tumbado o en la postura que le parecía más cómoda; asidos a un raíl o a un puntal, con los dientes apretados y los ojos cerrados. Y en cierto modo esos diecisiete eran los más afortunados: solo tenían que aguantar, mientras que los otros tres que estaban en la cabina de mando tenían que actuar además.

De los tres, el piloto, en cuyas manos estaba el escaso control de la situación que quedaba, era, naturalmente, el más afectado. Había tenido que luchar con la nave desde los niveles más altos del hidrógeno hasta la más baja troposfera, desde una incandescencia meteórica a un descenso brusco, casi suicida. Habían quedado fuera de servicio dos máquinas y estaba esperando que se inutilizara la tercera y última. Era una soberbia lección de pilotaje, porque el *Persephone* se había estado moviendo a velocidades interestelares poco tiempo antes. El capitán tenía instalado un micrófono delante de él y lanzaba con gran trabajo palabras a través de él, agotándose casi los pulmones. A su lado, el vigía estaba tumbado boca abajo delante de su teclado. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, porque tenía un trozo de papel enguantado entre los dientes. Esto hacía disminuir el silbido de su respiración lo suficiente para que impidiera que se interfiriera con el torturado esfuerzo del capitán por transmitir sus órdenes con su micrófono. Manejaba el teclado de las llaves de control con mano trémula.

De pronto, milagrosamente, cesó la presión mortífera; despacio, deliberadamente, el gran elefante Inercia levantó su pata de encima de cada uno. Dio media vuelta y se sentó.

–Hazle descender rápidamente –dijo el piloto, ahora que volvía a ser posible hablar normalmente–; en cualquier momento podrán marchar.

El capitán Bascombe buscó en el desconocido paisaje para encontrar un punto identificable, un hito que le sirviera de señal. Por debajo de ellos había un continente de rocas peladas, de monótono paisaje. Al borde se veía un brillante mar azul. Había un estuario, un pequeño valle con mucha vegetación y un río con varios lagos. A pesar de lo apurado de la situación, el capitán tuvo ocasión de asombrarse.

–Sirius –dijo–, ¿qué demonios es esto? –y sin esperar respuesta dijo al piloto–: Haznos bajar aquí. Aquí no habrá dificultad alguna en localizarnos –y al vigía–: Di que estamos aterrizando en el extremo oeste de un continente ecuatorial, cerca de cinco lagos de colores. Aterrizaremos –hizo otra pausa para examinar más de

cerca el paisaje inclinado, que ahora veía cada vez con más claridad— cerca del rojo.

Al lado del lago se veía un espacio plano en medio de la vegetación y pensó que tendría suficiente espesor para aguantar la nave, a pesar del aterrizaje violento que tendrían que realizar. Las dos máquinas averiadas apenas ayudaban a contener la caída vertiginosa y el *Persephone* dio un fuerte choque contra el suelo.

El piloto separó las manos de los controles, puso los brazos con precaución encima del cuadro de distribución y apoyó la cabeza sobre ellos, gozando del lujo de una mera existencia pasiva. Nadie le daba golpecitos en la espalda ni le estrechaba la mano. Acababa de salvar las vidas de todos con una hazaña sin precedentes de pericia y tesón, pero en el Servicio Interplanetario no suele haber heroicidades de esta clase. Demostraron suficientemente su gratitud no molestándole, para que pudiera descansar mientras la tripulación celebraba el estar todavía con vida.

El último resto de energía de las baterías se agotó con las constantes llamadas angustiosas, y el capitán nombró a los que deberían entrar de guardia. Había poco más que hacer que esperar a que vinieran a rescatarlos. Los que no entraban de guardia se retiraron a dormir.

Durmieron durante cuatro horas, hasta que les despertaron bruscamente las voces de los que montaban guardia y el movimiento de la nave. Esta estaba inclinada de una manera alarmante y todavía se movía. Una rápida inspección por los portillos laterales mostró en seguida a qué era debida esta inclinación. La vegetación azul sobre la cual la nave había aterrizado se había enrollado, formando un bulto debajo del casco, y poco a poco la fue inclinando por la ladera que acababa en el lago. Cuando habían llegado a esta conclusión, un nuevo empuje hizo que la nave volcara completamente. Todos corrieron hacia los portillos para salir, pero con el calor incandescente que sufrió al atravesar la atmósfera todo el metal del casco se había hecho una sola plancha y no se podía salir. Las baterías estaban agotadas y no había luz, y, por tanto, nada se podía hacer. Estaban sin medios de comunicación. Los soldados podrían haber abierto con el soplete un agujero para salir, pero sin energía eléctrica no se podía. Lentamente, pero con un continuado impulso, el navío interplanetario fue deslizándose metro a metro hasta el borde de la ladera...

Dos naves captaron las señales de socorro e inmediatamente fueron en su auxilio hacia el planeta indicado. La más pequeña, y más próxima, era la nave planetaria *Hannibal*, al mando del capitán Britthouse. La otra nave era la interplanetaria *Berenice*, cuyo comandante era Japp.

A ninguno de estos dos oficiales le agradó recibir la señal. Sus respuestas fueron rápidas, como no podían dejar de serlo, pero no se consideraban en la obligación de fingir impaciencia por ir a salvarlos.

El comandante Rupert Japp iba de camino a una reunión mucho más importante; de hecho, a la misma a la cual se dirigía el *Persephone* cuando su protección de inercia voló. Esta reunión era nada menos que la reunión de toda la Flota del Sector a la terminación de las maniobras decenales en gran escala. El

comandante Japp esperaba encontrarse mismamente delante de las narices del propio almirante y estaba ansioso por aparecer pronto allí. La señal de alarma puso fin a sus planes, y a los pocos minutos toda la nave estaba desalentada con su mal humor.

El capitán William Benjamin Britthouse estaba no menos disgustado que Japp. El también tenía una cita, pero no con una flota, ni tampoco con un almirante, sino con una chica. Tenía el anillo en el bolsillo. La señal de auxilio descompuso también sus planes, pero hizo un cálculo rápido y vio que no durmiéndose y trabajando intensamente podía emplear tres días en el salvamento y llegar a tiempo a su cita. Esto quería decir que disponía de cuatro horas para obtener la licencia, encontrarse con Jenny, declarársele, casarse con ella y llevarla a bordo del *Trans-Galaxic* expreso con destino a la Tierra. Creía que tendría el tiempo justo para hacerlo todo. Pitó llamando a sus oficiales, tenientes Bob Crofton y John Michelson, para explicarles lo importante que era darse prisa.

Durante el tiempo que tardaron las dos naves en acudir al salvamento, las Fuerzas Planetarias e Interplanetarias se enfrascaron en una de sus innumerables discusiones. La Fuerza Planetaria sostenía que desde el momento en que la nave averiada estaba en una superficie planetaria y además había lanzado una llamada pidiendo auxilio, era evidente que el caso caía de lleno en su jurisdicción y el dirigir la operación incumbía al capitán Britthouse. Los Interplanetarios, como es natural, eran contrarios a esto y alegaban que era una nave interplanetaria la que estaba en apuros, y un comandante, nada menos, que iba en su auxilio, no necesitaba para nada que un cerdo planetario metiese las narices en ello. De todos modos, con las vidas de veinte hombres en juego no podían plantear este problema oficialmente, contentándose con la presunción de que, evidentemente, la solución estaría en que el mando de la operación recayese en el de más edad de los dos oficiales en cuestión. El hecho de que el comandante Japp fuese mayor que el capitán Britthouse, y también su superior jerárquico, era, naturalmente, puramente fortuito. Puramente.

En un nivel estratosférico remoto en el orden jerárquico se llegó a un compromiso: la jefatura de la operación sería asumida automáticamente por el oficial que mandase la nave que primeramente entrase en la atmósfera del planeta en que el *Persephone* había sufrido su accidente. El mensaje pidiendo ayuda había llegado simultáneamente a las dos naves y justamente en el momento en que entraban en la atmósfera se comunicaron entre sí y continuaron navegando juntas.

El capitán Britthouse rió. Cuando Bill Britthouse reía se oía su risa en casi toda la parte delantera de la nave. Era un sonido muy familiar en esta nave de la Fuerza Planetaria, una cosa imperdonable en una nave oficial. Paseó el mensaje por delante de las narices de sus dos oficiales y se sentó, limpiándose las lágrimas; era todavía lo suficientemente joven para considerar la situación muy graciosa.

Cuando se quedó tranquilo y pudo hablar normalmente dijo:

—Bueno. Por lo menos, nos han dado algún trabajo que hacer. Podemos sacar a esos idiotas de ese hoyo donde se han metido y dejar a la superioridad que adjudique después a cada uno su parte —y volviéndose al operador de comunicaciones añadió—: Preséntele mis cumplidos al comandante de la nave

interplanetaria y propóngale una conferencia para discutir a ver cómo vamos a cooperar en el salvamento.

El comandante Japp se sintió muy molesto al recibir este mensaje, porque esperaba que el otro se hubiera puesto a sus órdenes, ofreciéndole sus servicios; pero esta oferta de cooperación era prácticamente un insulto. «¡Cooperar! ¡Vaya! ¡Con un simple capitán!» Envió un mensaje al capitán exigiéndole ásperamente que rectificase inmediatamente esa intolerable situación. Entre tanto, se creyó en la necesidad de burlarse un poco de ese cachorrillo. Sugirió que lo mejor sería localizar primero la nave averiada. De este modo el capitán Bascombe, del *Persephone*, no tendría más remedio que someterse a sus órdenes y esto lo arreglaría todo. Desgraciadamente no pudo, porque ya no existía el *Persephone*.

El capitán Britthouse estaba durmiendo cuando el teniente Michelson le llamó al cuarto de control. Envolvió lo que quedaba de su almuerzo en algo que se semejaba a un *sandwich*, y se fue con ello en la mano. En ese momento estaban sobre el mar y se aproximaban a una costa. El mar era verdaderamente un mar de un azul brillante y no de ese azul oscuro de los mares de la profundidad y la dispersión. Era un azul que ofendía la vista.

–Bajemos aquí, Mike –dijo Britthouse–, para ver esto más de cerca. Es el mar más raro que he visto.

Cuando bajaron más, vieron que era vegetación. Billones de hojas sin forma, como nenúfares, cubrían la superficie del Océano, que parecía sólido, en una extensión de centenares de millas.

Se veían algunos canales ocasionales oscuros y amenazadores, con unas olitas blancas que señalaban la presencia de corrientes. Se volvieron a elevar un poco para seguir buscando el *Persephone*.

El teniente Michelson leyó y releyó la señal de socorro y no cogía bien el sentido de ella.

«...una fila de lagos de colores. Hemos aterrizado al lado del lago rojo. Tenemos las máquinas completamente destrozadas y las baterías...»

Aquí quedaba cortada.

–¿Por qué se preocupa? –le espetó al oído Britthouse. Se sentó enfrente de él, al otro lado de la mesa, señalando a la pantalla, donde se veía la costa–. Están ahí, ¿no es eso?

Efectivamente, allí había cinco maravillosos lagos en medio de la verde planicie; parecían joyas sobre terciopelo. Todos de diferentes colores. Había uno rubí, uno zafiro, uno esmeralda, otro...

–Pero ¿dónde está el *Persephone*? –preguntó Britthouse, extrañado.

Nadie pudo contestarle a esta pregunta, ya que el *Persephone* no había duda de que no estaba al lado del lago rojo.

De creer lo que habían dicho en la petición de auxilio, tenían las máquinas tan estropeadas cuando aterrizaron que el moverse por sus propios medios estaba fuera de lo posible. Localizar el sitio que habían dicho era fácil y seguro, y, sin embargo, no estaba allí.

Michelson bajó la nave otra vez, para inspeccionar el lugar más de cerca, y pasó sin ver a la nave *Berenice*, que estaba inspeccionando por encima del valle sin haber perdido tiempo en investigar sobre el mar... El *Hannibal* llegó hasta la boca del estuario y Britthouse dio un vistazo rápido a todo el conjunto. El color azul cielo del mar hacía fuerte contraste con una ancha franja en la orilla, que era de un color oscuro y llegaba hasta la playa.

–Parece como si la vida vegetal saliera del mar aquí –comentó Britthouse–. Parece un poco tarde, Bob. ¿Cómo está la atmósfera?

–Como la de la Tierra, aproximadamente, solo que con un diez por ciento de oxígeno, poco más o menos.

–Entonces está bien –respondió–. Aterrizo aquí mismo, Mike, y luego vamos río arriba.

La planta marina crecía por todo el estuario del pequeño río, dejando solamente unos canales en el centro por donde corría el agua. El valle, con su serie de lagos, estaba lleno de vegetación, que lo cubría todo, incluso los lagos. Únicamente había una meseta más alta, por lo que se veía que no era todo un pantano.

–Quizá haya obrado sabiamente después de lo sucedido –dijo Britthouse–, pero lo que no hubiera hecho jamás es descender en semejante lugar. Es demasiado bonito para ser saludable.

Sus tenientes asintieron. Su larga experiencia de hombres planetarios les había enseñado que la vida suele hacer extrañas jugarretas a los incautos; por regla general, suelen ser escépticos hasta que están en dique.

–¿Por qué supone que lo ha hecho? –preguntó Crofton.

–La idea era bastante buena –dijo el capitán–, sabía que sus máquinas estaban acabadas y que su radio podía fallar de un momento a otro. No tenía tiempo de escribir un informe completo para el globo, y con una radio inutilizada no podía indicarnos un punto fijo. Así, pues, tenía que encontrar un mojón importante. Seguramente que así lo hizo, pero no tenía necesidad de aterrizar allí mismo. Podía haberse colocado en aquella meseta cercana y hubiese sido igualmente fácil encontrarla. La cuestión es que ahora no está ahí. Lo mejor será que enlace con el *Berenice*, y sugiérales que establezcamos una base en la meseta, en la cabeza del valle, y elaboremos un plan de acción.

El comandante Japp disintió. Estaba acostumbrado a operar desde su nave. Para él una superficie planetaria era o un puerto o un lugar que se debe evitar. De acuerdo con esto, invitó al capitán Britthouse a su nave, poniendo toda clase de facilidades a su disposición.

–¡Valiente idiota! –exclamó Britthouse–. Facilidades a la punta de mi pie! Supongo que quiere decir que tiene una alfombra en el cuarto de mapas –y se volvió a sus oficiales–: Usted se queda al mando de la nave, Mike. Bob, dile al sargento Davys que esté preparado para recibir la lancha del *Berenice*, y tú ven conmigo como ayuda moral. Y nada de «Conforme, jefe» –rezongó cuando Crofton le respondió: «A sus órdenes, señor»– y golpea tu tacón contra el otro cuando lo digas y saludes. Vamos.

Britthouse hubiera querido darle la mano a Japp al llegar, pero este le recibió con un saludo muy frío y le hizo pasar al cuarto de oficiales. El capitán iba muy molesto mientras recorría el pasillo. No se había quitado el uniforme de diario, mientras que Japp estaba esplendente con uniforme de comandante de Subsector de Flota de Segunda Clase. Iba por el pasillo muy ufano, resplandeciente y engallado. Pero cuando entraron en el cuarto de oficiales Britthouse se quedó asombrado. Había una mesa preparada para una comida. Los oficiales del *Berenice* estaban formados en dos filas de azul y plata y la mesa brillaba con la magnífica cristalería y las fuentes de plata.

Britthouse estaba más que asombrado; se quedó molesto y horripilado pensando que, no lejos de allí, había veinte hombres de esa misma flota perdidos, quizá en peligro de muerte, y este mamarracho daba una fiesta a todo lujo. No estaba de acuerdo en conformarse con esto, y dando media vuelta, salió del cuarto.

–Comandante Japp –dijo–: Quiero hablarle en privado, si no le molesta.

La cara del comandante se quedó impasible. Ya esperaba esto y tenía preparada la trampa. El tono que empleó al contestarle fue francamente despreciativo.

–Si lo considera necesario, capitán Britthouse, muy bien.

Su tono indicaba claramente que solo un palurdo planetario podía tener tan malos modales. Volvió al cuarto y, dirigiéndose a los oficiales, dijo:

–Caballeros, pónganse cómodos; no les haremos esperar mucho tiempo.

Una vez en su camarote, se quedó mirando al hombre planetario. Resultaba unas pulgadas más alto que él, a pesar de su inclinación de hombros.

–Y bien, Britthouse, ¿qué hay?

Hacía lo posible por resultar insultante usase o no el tratamiento. Britt dominó muy bien los nervios.

–Estimo, comandante, que es un momento poco a propósito para celebrar la hospitalidad que me ofrece de una manera tan pomposa. En mi opinión debíamos continuar con nuestra investigación lo más activamente posible. No hemos...

Japp le cortó la palabra de un modo brusco:

–Ya he mandado los mensajes necesarios –dijo–, y todo el Sector de Flota viene ya hacia acá a toda velocidad. Llegarán dentro de unas ocho horas. Mientras tanto, no hay nada que hacer.

Britt se encontró cogido con esta salida inesperada, perdió el resuello, quedándose de momento sin poder contestar.

–Pero..., pero ¿por qué llamar a la Flota? –dijo a todo evento–. ¿No podríamos nosotros solos hacernos cargo de la situación?

Esta respuesta era mejor de lo que Japp esperaba, pero no por ello dejó de tenderle su bien cebada trampa.

–Sería completamente suicida, mi querido capitán, emprender una empresa de esta naturaleza con solo dos pequeñas naves contra una civilización hostil. De todos modos es algo que está claramente prescripto en mis ordenanzas. No tengo autoridad para exponer mi nave contra una inteligencia organizada.

Si Britt quedó antes atónito, ahora quedó completamente fulminado. Dudaba cuál de los dos había perdido la razón. Aquel hombre parecía que hablaba una lengua extraña. Por fin encontró una idea concreta que exponer.

–¿Qué inteligencia organizada? –preguntó–. ¿Qué es lo que ha encontrado para convencerse de que hay una inteligencia organizada?

–Yo creo que la cosa es evidente –respondió Japp fríamente–. Un crucero ligero Mark Noveno, con una masa inerte de ocho mil toneladas, desaparece completamente a las veinte horas de haber aterrizado en una corriente de agua evidentemente artificial y sin dejar rastro. Solamente un sistema bien organizado puede tener medios para transportar un navío de ese volumen y de ese peso en tan poco tiempo y sin dejar la menor huella. Pero resulta más significativo todavía que solamente una inteligencia organizada es capaz de desear hacer tal cosa. ¿Qué criatura sin una gran inteligencia sería capaz de acercarse siquiera a un objeto desconocido de ese tamaño? ¿O es que tiene otra explicación que ofrecer?

Britt estaba completamente anonadado. Naturalmente, no tenía ninguna explicación que dar. Ni siquiera había cavilado sobre el asunto. Necesitaba recoger algunos hechos primero. Para él resultaba demasiado pronto para empezar a hacer hipótesis. Además, no veía esperanza de poder explicarle su punto de vista a este... griego; conocía el tipo. El argumentar con este individuo era perder el tiempo. De repente se acordó de su cita con Jenny y le dominó una desesperación feroz y un gran deseo de abandonar por completo el asunto.

–Lo siento, comandante –dijo–, no estoy de acuerdo con usted, y le ruego que nos excuse. Deseo ir a mi nave inmediatamente.

No se habló ninguna otra palabra. En completo silencio los dos hombres planetarios pasaron por delante de la guardia que rendía honores y bajaron a la lancha, que se los llevó. Britt se sentía miserablemente consciente de haber hecho una mala faena. La situación le había caído del cielo, no pensó que podía haber sido deliberadamente, y él había estropeado un buen caso, y lo había estropeado por su reacción. No le gustaba que le indujeran a tomar decisiones rápidas. Por instinto se inclinaba a examinar cualquier situación con detalle antes de sacar conclusiones. Japp era aparentemente uno de esos héroes legendarios «famoso por su habilidad para tomar decisiones rápidas en un caso de emergencia». Britt siempre había menospreciado esta habilidad, era simplemente incapacidad para ver más de una posibilidad en cada caso. La entrevista que

acababa de tener no le hizo cambiar de opinión. Comprendió que no debía abandonar la empresa y dejar el campo libre a Japp para que actuara a su antojo. Mientras hubiera una posibilidad, aunque fuese remota, de que los hombres del *Persephone* estuvieran todavía vivos, no podía dejar de hacer todo lo posible.

Se afirmó más en su determinación de continuar su investigación con urgencia, con o sin la ayuda de Japp, y no iba a faltar a su cita con Jenny.

—Así, pues, mañana por la mañana temprano —dijo a sus oficiales— vamos a salir y recorreremos todos esos lagos de comedia musical, a ver lo que encontramos por allí.

El día del planeta tenía unas treinta horas, de las cuales había doce de noche y dieciocho de día, condiciones ideales para el hombre decidido a trabajar como una fiera. Para Britt era muy lamentable tener que hacerlo en estas condiciones, pero creía que su obligación era llegar hasta el límite.

El madrugar tanto tuvo su recompensa, pues la oblicuidad de los rayos solares hacía que las irregularidades del terreno se acusaran con mucho relieve, y lo mismo pasó con el bulto que hacía el *Persephone* al otro lado del lago rojo. No perdieron el tiempo. Michelson hizo bajar la nave rápidamente sobre las rocas desnudas a una plataforma, donde tenía buen asiento, muy cerca del lago.

El sargento Davys puso en marcha el *Jenny*, el pequeño vehículo que podía andar por cualquier terreno, e inmediatamente se subieron Britt, Bob, Crofton y el sargento. Bajaron por la rampa dentro de él, subieron por la ladera hasta el valle en un ángulo alarmante, chirriando al andar sobre las rocas. El sargento Davys era un experto conductor y el cochecillo —estaba hecho para moverse por cualquier terreno, por muy inverosímil que fuera. Era prácticamente indestructible y sus pequeños motores nucleares estuvieron en una ocasión completamente sumergidos y no por eso dejaron de funcionar al atravesar un pantano en Sirio IV bajo una gravedad de 4.2. Ni siquiera ratearon cuando, bajo las instrucciones de Britt, el sargento los condujo hasta un macizo grande de vegetación.

Era como una maleza de arbustos y cañas de unos cuatro pies de altura coronados por unas hojas grandes y planas que se parecían a las hojas del ruibarbo venenoso. El *Jenny* estaba en su elemento y consideraba aquello como pienso de pollos. Irrumpió en medio de la maleza con gusto, dando bandazos y saltos entre los húmedos tallos, aplastando una pulpa jugosa y haciendo de ella una especie de papilla. Salpicaduras y pedazos saltaban en tal cantidad que el *Hannibal* se veía turbio y parecía una caricatura.

—Está bien, Britt —dijo la voz de Michelson en el teléfono—; está a unos pocos metros del lugar donde están ustedes.

Este aviso ya era innecesario, porque se veía claramente el bulto que hacía la nave desde el nivel del suelo, porque la vegetación que había allí no era más alta de lo normal. Lo más extraño e inexplicable era que la meseta pelada, diferente del terreno que la rodeaba, era exactamente del tamaño necesario para que el *Persephone* hubiera podido aterrizar en ella.

El *Jenny* había andado en varias direcciones sin encontrar resto de la nave, hasta que iba a darse por vencido, cuando Michelson tuvo una inspiración.

–¿Cómo es el terreno por ahí? ¿Está tapado con verde?

La respuesta fue que no, que lo que había era roca al descubierto, los huesos desnudos del planeta.

–¿No hay tierra? –dijo Michelson–. Entonces, ¿dónde están las raíces de esas plantas?

La respuesta a esto fue también negativa.

–No tienen raíces. Los tallos parecen salir de una tela metálica que forman unas ramas encima de la roca.

Siguiendo la mayor de estas ramas vieron que algunas bajaban y entraban en el lago y otras seguían alrededor del lago, pero la mayoría recorrían el valle a todo lo largo y por la playa, entrando en el agua.

En ese momento Britthouse comenzaba a sentirse fracasado. La única señal del desaparecido *Persephone* era el extraño pequeño *plateau* de vegetación, porque estaba convencido de que las plantas y los lagos de colores raros estaban relacionados en cierto modo con el misterio. Le parecía que solamente una inspección biológica en gran escala podía dar la suficiente información sobre la naturaleza de esta producción. No creía que hubiera animales de ninguna clase en aquellas tierras, mucho menos seres superiores. El planeta era evidente que pertenecía al período Silúrico y no era muy cierto que en esta temprana edad hubiera animales en la tierra y en el mar.

Había muchos ejemplos de planetas que alcanzaban inclusive el carbonífero superior sin ninguna aparición de animales. Su proyecto de llegar a tiempo a su cita con Jenny parecía que se iba alejando. De los tres días que tenía ya se le había ido medio sin resultado práctico alguno. En una de sus transformaciones acostumbradas, súbitamente abandonó sus concentrados pensamientos y se convirtió en una trepidante dinamo de energía. En cinco minutos discurrió un plan para efectuar una inspección ultrarrápida y diez minutos más tarde había tres grupos exploratorios que habían llegado del *Hannibal* siguiendo cada uno el plan que le había sido asignado.

Tuvieron un día sorprendente y agotador, encontrándose al final del mismo, en la playa cerca del estuario, al borde del mar muerto y sin olas, con el peso de su flotante capa de vegetación azul.

–Conforme –dijo Britthouse, cuando se reunieron en torno suyo–. Vamos a ver tus informes, Mike.

–Yo creo –respondió Mike– que el valle era originariamente un glaciar; pero desde entonces ha habido una considerable erosión debida al agua. El nivel superior sobre la línea de vegetación fue seguramente un valle helado y colgante. Hay una gran falla en el nivel y una cascada. Los lagos geológicamente son un rompecabezas; Podrían corresponder a terminales de los restos glaciales, pero son demasiado regulares para eso. Es muy difícil formar conclusiones sobre el valle bajo, porque está completamente cubierto por la vegetación, y hasta los lagos también están cubiertos. Al parecer, también crece la vegetación en el fondo de ellas. La gran escala geológica es suficientemente sencilla. En este sitio,

al parecer, la erosión, al cabo de muchísimo tiempo, ha acabado por formar una planicie, que viene a ser una de las más viejas en la superficie del planeta. Probablemente esta debe ser la mayor meseta del planeta, puesto que, por lo que yo he visto, en ninguna parte hay planicies de más de unos cuantos metros, sin contar las playas y los estuarios.

–Esto puede ser muy significativo –dijo Britt–. Ahora tú, Bob.

–Sencillamente, la confirmación de lo que ya suponíamos esta mañana: toda la superficie que hemos recorrido es simplemente una maraña en raíces inmensa, correspondiente a una planta única, enorme. Lo mismo pasa con las algas. Crecen raíces en las playas y en los estuarios; pero la planta en el valle es una extensión de la planta del mar. Las hojas son mayores y más oscuras, eso es todo. ¿Tú qué has visto, Britt?

–Una cosa extraña: aunque la planta flota en la superficie del mar, nace en el fondo de los lagos.

–La densidad del agua del mar –dijo Bob.

–Seguramente –respondió Britt–. Esto explica por qué se hunde, pero no por qué crece, y crece todo alrededor de los lagos; el agua tiene que circular a través de ellas metros y metros entre un lago y otro.

–¿Qué me cuentas del color de los lagos? Esto es lo que más sorprende cuando se les ve desde el aire.

– No resulta tan extraño cuando se los ve desde tierra –dijo–; pero el agua tiene un color diferente en cada lago. Mañana vamos a ir a dar una vuelta por todos ellos y traeremos muestras de agua de cada uno y también muestras de vegetación. Haremos algunos análisis. Ya sé que parece muy remota la utilidad que esto pueda tener para nuestro propósito; pero creo que si conseguimos averiguar la razón de la existencia de estos lagos, tendremos una clave sobre la desaparición del *Persephone*.

Se volvió hacia el vigía:

–¿Ha tomado todo esto en el magnetófono?

–Sí, señor.

– Bueno, embobínelo y mande una copia al comandante Japp con mis respetos.

La contestación del comandante Japp, que se recibió a la mañana siguiente, era francamente ofensiva; le rogaba que informara al capitán Britthouse que a él no le interesaban nada las investigaciones botánicas que estaban haciendo sobre el planeta y sugería que reservara su información para la autoridad competente. De hecho, estaba asombrado. La actividad desarrollada por la tripulación del *Hannibal* no había dejado de llegar a sus oídos y tenía la desagradable sospecha de que Britthouse todavía se obstinaría en continuar. Había oído desconcertantes rumores sobre lo chismosa que era la gente planetaria. Deseaba fervientemente que hubieran conservado sus narices fuera de este asunto, que no era de su incumbencia. Sin embargo, veía que se le pedía alguna acción de su parte; alguna teoría detallada sobre la desaparición del *Persephone*.

Una noche entera de estar preocupado pensando en el asunto no dio ningún resultado. No se le ocurrió consultar con sus oficiales; sin expresar claramente sus pensamientos, inconscientemente pensaba que él, como comandante, resultaba automáticamente la persona más indicada para resolver el problema. Una ducha fría y un buen desayuno le reconfortaron mucho. Tomó papel y lápiz con la idea de dejar arreglado este asunto. Empezó a hacer un resumen con las informaciones que tenía, a la manera de una demostración de Euclides:

1. El *Persephone* un Mark IX crucero ligero de 8.000 toneladas aterriza cerca de una corriente de agua, al parecer artificial, sin máquinas, y solamente con la reserva de energía suficiente para transmitir una señal pidiendo auxilio.
2. A las veinte horas al *Persephone* ha desaparecido y no se ve rastro alguno de lucha ni ninguna máquina que hubiese servido para moverlo, excepto una pequeña planicie con mucha vegetación en el sitio donde es presumible que haya aterrizado (no hacia más que utilizar la información de Britt).
3. Por tanto, parece evidente que se lo han llevado por el aire y que la plataforma de vegetación no es más que un modo rápido de disfrazar el sitio donde, al aterrizar, aplastó la vegetación.
4. De aquí se deduce que estamos ante a una inteligencia hostil y organizada con gran habilidad mecánica.
5. Orden – Sección XVI – Capítulo 473 – Párrafo 28673 – Prohíbe expresamente intervenir en semejante caso con menos de tres navíos. De ser así, hay que poner el caso en conocimiento del más próximo Sector de Fuerza.

Esto parecía suficiente, pero pensó que sería mejor dar una información más amplia en vista de los esfuerzos de ese Britthouse, ¡que así reviente! ¿Por qué había sido secuestrado el *Persephone*? Supongamos que no haya sido secuestrado, sino sencillamente destruido en el mismo lugar donde estaba y la plataforma camuflada. Esto parecía lo más verosímil. Pero ¿por qué? Supongamos que la corriente de agua artificial tuviese un significado religioso y que las que la han consumido han destruido el *Persephone* en un acto de rabia y después se asustaron de las consecuencias y trataron de ocultar el asesinato. De repente se dio cuenta de que esta era la solución. El próximo paso sería rápido. En cuanto llegase el Sector de la Flota tenían que asolar todo el valle como represalia, lo cual, inevitablemente, traería consigo el descubrimiento de los autores, que habrían de abandonar sus refugios para que el Sector de Flota les prendiese y asumiera el control de la situación.

El Consejo Sociológico protestaría, naturalmente, pero sería demasiado tarde. Se regocijaba pensando en el ridículo que iba a hacer Britthouse con su descripción detallada de la botánica de un valle quemado.

Japp no perdió tiempo en componer un informe oficial con estas conclusiones para dirigirlo al próximo sector de Flota. Después de pensarlo, se vio forzado, aunque a disgusto, a enviar una copia a Britthouse. La acción del joven idiota de enviar copias de sus informes le ponía a él en la obligación de cierta reciprocidad.

«Tiene, sin embargo, una ventaja –pensó con satisfacción–: Esto, probablemente, evitaría que continuase molestando y revolviendo.»

La gente de Britt estaba en este momento con el *Jenny* en la cabeza del valle cuando el vigía del *Hannibal* lanzó el segundo mensaje. El sargento Davys sacó el original de la máquina y se lo entregó al capitán. Lo leyó dos veces y lo pasó a Mike y Bob, y se sentó, dando un gruñido de furia.

–¿No es esto propio de estos malditos idiotas interplanetarios? –preguntó–. No hay más que un remedio para esto: tráete el calentador pesado, que vamos a demostrarles quién es el que manda. Vamos a bajar al valle, y si no hemos terminado nuestras «investigaciones botánicas» van a tener que esperarse los condenados a que acabemos antes que empiecen a bombardear. ¿Por qué no podrán dejar de meter las narices en todo? Este es un asunto planetario.

–Pero el Sector de la Flota no actuará solamente empujado por Japp, ¿no es verdad? –preguntó Bob inocentemente.

–Si cuando vengan no hemos encontrado al *Persephone*, lo harán, aunque no sea más que para azuzar a Japp contra estos cerdos planetarios. Todavía no conocéis a estos muchachos felices, llenos de galones.

Se quedó de pie impaciente, indicando el camino del barranco.

Ahora estaban en el límite superior de la vegetación, al borde del precipicio, en la cabeza del valle, con su masa azul oscura de árboles por debajo de ellos. El lago amarillo brillaba allá abajo con unas olas amarillo limón que rompían en la playa. Más lejos estaba el lago rojo, que marcaba un fuerte contraste con el borde azul. A lo lejos se veían más pequeños el lago verde y el lago azul, y luego, apenas visible, estaba el quinto y último, que era el lago morado, que tenía detrás el mar azul brillante.

–Nunca me acostumbraré a esto –declaró Bob Crofton–. Cada vez que lo miro me da dolor de cabeza. ¿Tienes bastantes fotos, Mike? Si Japp y su banda quemaran todo esto y queda aniquilado, quiero tener alguna prueba de que ha existido y no es un sueño mío.

–Deja de chismorrear y ven a ver esto –llamó Britt.

En este momento la pequeña corriente de agua, que bajaba de la montaña pelada, había abierto un corte en el escarpado borde, formando una cascada sobre el lago amarillo. La vegetación azul se había extendido barranco arriba: unos tallos largos y azules, sin hojas, crecían hacia arriba y se introducían por las grietas e intersticios de las rocas.

–¿Has visto alguna vez un valle como este en un terreno tan antiguo geológicamente hablando? –preguntó Britt.

Mike miró hacia arriba y abajo tratando de escudriñar lo grande y profundo que era, antes de contestar:

–No –dijo–. Parece como si hubiera sido cortado; pero para eso resulta demasiado áspero. Además, ¿quién ha podido cortarlo? ¿Creéis que Japp, después de todo, pueda tener razón?

–No lo sé –respondió Britt–; pero empiezo a creer que esta vegetación, al menos, no se ha formado de manera natural.

Bajó por la ladera hasta el mismo barranco, un poco embarazado por su traje protector y su casco, pero iba encontrando salientes de la piedra y huecos donde afianzar los pies y las manos, y se agarraba a las raíces azules.

Se agachó por retirar una rama, se paró súbitamente para poder pasar por delante: había una rama más gruesa que sobresalía de la roca. Por debajo de esta rama apareció un filón de mineral de un material negro-azulado que rutilaba con un brillo metálico. Cogió unos trozos que se habían desprendido al mover él la rama y se volvió barranco arriba. Enseñó a los otros la muestra de mineral que había cogido y les explicó que recorriesen todo el barranco para averiguar la extensión del filón. Los dos tenientes se miraron y se encogieron de hombros. Bill Britthouse tenía fama de que encontraba siempre una explicación para los hechos más inverosímiles, pero esto les parecía que era ir demasiado lejos.

Mientras estaban ocupados en tan ardua tarea, él se sentó al borde, sin hacer nada más que estar sentado mirando. Cuando sus disgustados subalternos acabaron su inspección, él ya había visto lo que quería. Varios fragmentos de roca y de mineral desprendidos de los lados del corte fueron arrastrados por la corriente de agua hasta el lago.

–¿Y bien? –preguntó cuando regresaron.

–Cubre la mayor parte de las laderas del barranco –le informó Bob–. Es un filón bastante ancho y viene a correr paralelo al fondo del barranco.

–Bueno –respondió Britt–, coge estas muestras de mineral, llévatelas al *Hannibal* y haz un análisis especial. Necesito únicamente saber qué metales contiene. ¡Date prisa!

Bob salió corriendo aturdido.

–Tú ven conmigo, Mike. Vamos a tomar muestras de agua en cada uno de estos malditos lagos y de su vegetación. Me parece que, por fin, vamos a averiguar algo.

Doce horas después ya no estaba tan seguro. Habían trabajado como demonios durante cinco horas haciendo un recorrido relámpago por todo el valle en el *Jenny*, cogiendo muestras, y otras siete horas de trabajo agotador en el pequeño laboratorio de la nave, analizando las muestras recogidas. Aunque los resultados tenían interés para Britt, no veía la conexión que pudiera haber con la desaparición del *Persephone*. Envió a sus oficiales a la cama y se quedó dándole vueltas en la cabeza a sus problemas. También hizo una lista, para ayudar al proceso de sus pensamientos; pero fue una lista muy poco parecida a la que había hecho Japp:

1. Mineral: Cromo.
2. Equivalencia clorofílica: también Cr.
3. Lagos - Cr en solución: amarillo-alcálico; rojo-ácido; verde-alcálico; azul-oxidado; púrpura-intermediario para Clorofila-eq.

4. *Persephone*...?

Eventualmente abandonó el trabajo, esperando que una noche de sueño le refrescaría el cerebro. Desgraciadamente, la mañana siguiente le trajo poca inspiración y sí solamente un oficio áspero de Japp para que estuviera dentro de una hora en los alrededores del área indicada, porque el Sector de la Flota estaba al llegar, preparado para empezar las operaciones.

–Que me condene si voy –gruñó Britthouse–. Sargento Davys, saca el Jenny. Vamos a recorrer arriba y abajo todo el valle hasta que Japp esté negro. Me quedaré allí hasta que se solucione el asunto y ¡que reviente si se atreve...!

Cinco minutos después, el fiel sargento se presentó en el cuarto de control con una cara muy apurada:

–Lo siento, capitán, pero me temo que el *Jenny* esté inservible.

–¿Por qué?

–La corrosión, señor. Los ejes están muy gastados y los cojinetes también tienen mucha holgura. No me atrevo a salir con ella.

–Pero ese metal es prácticamente inoxidable.

–Ya lo sé, señor. Por eso no lo comprendía el primer día, pero el líquido que se les ha metido dentro ayer los ha puesto mucho peor.

–¿El líquido? ¿Qué líquido?

–El líquido, la savia de esas plantas, señor. El líquido que las ha estado impregnando durante dos días completos. Esto es lo que ha oxidado todo, señor.

–¡Fuego sagrado! –exclamó Britt–. ¡De todos estos destilados idiotas!...

–Lo siento, señor –respondió el sargento–. No pensé en ello.

–¡No usted, sargento! –exclamó Britt–. El idiota soy yo. De acuerdo. Ahora tenemos que movernos. Tenemos que sacarlo antes que este loco de Japp empiece sus bombardeos. Hay que darse mucha prisa, Mike.

–¿Usted sabe dónde está el *Persephone*? – preguntó el piloto asombrado.

–Seguro –dijo Britt con una ancha sonrisa–. En el fondo del lago rojo.

No hubo más oportunidad de hablar porque puso la nave en marcha, se elevó del sitio donde estaba y marchó valle abajo hasta que describió un semicírculo y fue a aterrizar bruscamente (de un modo que se subía el estómago) justamente cerca del lago rojo, frente a la cascada que caía sobre el lago. Los sirvientes de las piezas estaban justamente metiendo dos torpedos en los tubos cuando se recibió el mensaje de la Flota Interplanetaria, que estaba firmado nada menos que por el propio almirante. Sencillamente repetía el parte anterior de Japp, pero añadía que si no cumplía esta orden, daría parte de ello «a la autoridad competente».

Britt demoró bastante el cumplir la orden y ya se divisaban en lontananza las naves del Sector de Flota que se proyectaba sobre el cielo azul.

–¡Caramba, qué aspecto más formidable! –dijo Britt–. Sirio, ya conoce la clase de holgazanes que llevan, pero construyen buenas naves. Siento tener que estropearles su diversión. ¡Artilleros! ¿Listos? ¡Fuego!

Mientras los dos torpedos de explosión retardada buscaban en el agua del lago rojo, Britt elevó el *Hannibal* de un salto que los dejó sin respiración.

Quince segundos después, del lago rojo surgió un gran géiser de agua y humo. La capa de vegetación que lo cubría se partió en dos y la presión del agua que había debajo hizo que esta subiera, saliendo como un torrente hasta que se fue vaciando el lago.

–Esto debió de ser bueno –dijo Britt–; fíjense en el sitio donde se mezclan las dos corrientes de agua.

Tenía razón, era más que bueno: era espectacular. Donde se mezclaba el agua roja con el agua azul, se producían unas nubes de vapor y unos chorros de líquido hirviendo, de lodos pardos y verdes que ascendían por el aire. Grandes cantidades de vegetación de varios colores eran proyectadas a los lados y una fuerte niebla producida por el vapor se fue acumulando en el fondo del valle.

En este momento el vigía anunció que el almirante de la Sección de la Flota estaba en la pantalla y que quería que el capitán Britthouse hiciese el favor de ponerse al aparato.

La cara del almirante era un modelo de frío desprecio.

–Le he de advertir, capitán Britthouse –dijo–, que de esta chiquillada de querer adelantárseme en esta tarea daré parte a sus superiores. ¿Será usted tan amable de retirar su nave del campo de mis operaciones sin más demora?

Britt tenía los dedos índice y corazón cruzados y ocultos debajo de la mesa.

–¿Y si estuviese equivocado?

Por un momento dejó de mirar a la pantalla; después vio que el almirante estaba esperando su respuesta y le dirigió una sonrisa seráfica.

–Gracias por su valiosa cooperación, señor –dijo–. Le voy a rogar que suspenda su fuego por un momento, hasta que el objeto que empieza a hacerse visible en el segundo lago pueda ser identificado.

Cortó la comunicación y se llevó el *Hannibal* a la playa del lago rojo. El agua había bajado mucho y en el fondo del lago se veía un gran bulto. Estaba cubierto de hojas, tallos de vegetación pardusca y todo sucio y negro, pero su figura no dejaba lugar a duda: era el *Persephone*.

Gradualmente fue bajando el agua hasta que quedó completamente al descubierto. Parecía como si lo hubieran cubierto de guirnaldas parduscas; los metales estaban oxidados y picados y en algunos sitios tenían incluso agujeros.

–¡Oh Dios! –gruñó Mike–, no debe de haber nadie vivo aquí dentro.

Pero con la punta de una barra abrió un boquete en el casco. Pronto los hombres que había dentro hicieron una gran abertura en el metal oxidado, y con sus trajes espaciales, dando traspiés, se escurrían entre los charcos y el barro y fueron llegando a donde estaba Britthouse esperándolos, de pie, junto al *Hannibal*. Según avanzaban saludaban igualmente al hombre planetario y a la tripulación de la Flota Interplanetaria. Britt se quedó el tiempo necesario para saludar al primer hombre que salió a la playa, le estrechó la mano, le dio palmaditas en la espalda y se tocó el casco, mientras decía unas breves palabras.

Entonces saludó al abandonado barco interplanetario que ostentaba su majestuoso volumen detrás de su nave. Subió al *Hannibal*, que en menos de diez minutos ya no era más que un puntito en el cielo.

–Muy sencillo –les estaba diciendo a sus tenientes–; en cierto modo, el viejo Japp tenía razón: fue una inteligencia organizada la que movió al *Persephone*.

–Pero ¿cómo...? Pero ¿dónde...?

–La planta –dijo– es el primer ejemplar de vegetación artificial en el universo.

Es notable, pero los jóvenes estaban decididos a no dejar esto sin que lo explicara.

–Estas plantas, esta planta, ¿es artificial? –preguntaron–. ¿Cómo lo sabe? No hacen nada.

–¿Y qué cosa querían ustedes que hiciera una planta artificial? –preguntó Britt–. ¿Lucir un diploma? ¿O tirar de sus raíces y andar por ahí pretendiendo ser un animal? Un vegetal, aunque sea artificial, es siempre un vegetal, ¡so cretinos! Hace lo que todo vegetal necesita hacer: come. Y los vegetales comen minerales. Y este no tenía el cromo necesario que precisa para su propia clase de clorofila, y así buscó una fuente suplementaria de él. Siguió arroyo arriba, desde el mar, hasta localizar la fuente de mineral, e hizo que el río se convirtiera en una factoría química que le proporcionara su alimento. Estos lagos eran sus depósitos de agua mineral. Producían las aguas ácidas y alcalinas sin necesidad de complicados procedimientos.

–Pero ¿qué relación guarda esto con el *Persephone*?

–Esto me tuvo preocupado algún tiempo. Después descubrí que la savia corroe el acero cromado. El *Persephone* se debe de haber impregnado todo él de savia cuando aterrizó. Aún más, estaba posado sobre este ácido activo. Entonces lo que hace es un terrible esfuerzo y empuja todo este don de los dioses al tanque para que se disuelva.

–Buen trabajo hicimos al desecar el lago a tiempo –dijo Bob.

–No estaba en ningún peligro –replicó Britt–; tenía reserva bastante de aire y de comida para varias semanas. Me figuro que tendrían todas las salidas bloqueadas y no podían salir. Sea como sea, lo único que podían hacer era esperar hasta que el ácido de la planta disolviera el casco, y entonces, con sus trajes de espacio, podrían nadar hasta la playa. El peligro grande para ellos provenía de ese

49 cuentos Fantásticos

endemoniado griego, Japp, porque los gruesos cañones de la Flota los hubieran frito vivos en diez minutos.

—¿Griego? —preguntó Michelson—. ¿Es que es griego?

—¡Oh!, ¿No lo saben? —masculló Britt—. Escuchad. Hubo una vez un grupo de pensadores griegos (esto era en tiempo de Aristóteles) que estuvieron toda una noche discutiendo furiosamente sobre el número de dientes que tiene un caballo en la boca, y no pudiendo ponerse de acuerdo, interpellaron a un transeúnte, que resultó ser un árabe, y le persuadieron para que fuera el árbitro de la discusión. Escuchó atentamente todos sus argumentos y, en seguida, sin decir una palabra, se alejó. Al cabo de un momento volvió y les dio la contestación exacta.

—¿Cómo te arreglaste para decidir? —le preguntaron.

—¿De quién fue el mejor argumento, en qué lógica te has apoyado?

—¡Al diablo la lógica! —respondió—. Yo no he hecho más que ir al establo y contar los dientes de mi caballo.

La floración de la extraña orquídea

Herbert George Wells

The flowering of the strange orchid, 1895. Traducido por ? en *El bacilo robado y otros incidentes*.

La compra de orquídeas siempre conlleva cierto aire especulativo. Uno tiene delante el marchito pedazo de tejido marrón, y por lo demás debe fiarse de su criterio o del vendedor o de su buena suerte, según se inclinen sus gustos. La planta puede estar moribunda o muerta, o puede que sea una compra respetable, un valor justo a cambio de su dinero, o quizá –pues ha sucedido una y otra vez– lentamente se despliegue día tras día ante los encantados ojos del feliz comprador alguna nueva variedad, alguna nueva riqueza, una rara peculiaridad del *Labellum*, una sutil coloración o un mimetismo inesperado. El orgullo, la belleza y la ganancia florecen juntos en una delicada espiga verde y puede que incluso la inmortalidad. Porque el nuevo milagro de la naturaleza puede andar necesitado de un nuevo nombre específico, y ¿cuál tan conveniente como el de su descubridor? ¡*Juangarcía!* Nombres peores se han puesto.

Fue quizá la esperanza de un descubrimiento feliz de ese género la que hizo a Wedderburn asistir con tanta asiduidad a esas subastas, esa esperanza y también, quizá, el hecho de que no tenía ninguna otra cosa más interesante que hacer. Era un hombre tímido, solitario, bastante ineficaz, con ingresos suficientes como para mantener alejado el aguijón de la necesidad y sin la suficiente energía nerviosa que le impulsara a buscar cualquier ocupación exigente. Podía haber coleccionado sellos, monedas o traducido a Horacio o encuadernado libros o descubierto alguna nueva especie de diatomeas. Pero de hecho cultivaba orquídeas y disponía de un pequeño pero ambicioso invernadero.

–Tengo la sensación –dijo tomando el café– de que hoy me va a suceder algo.

Hablaba, igual que se movía y pensaba, despacio.

–¡Oh!, no digas eso –dijo el ama de llaves, que era también prima lejana suya. Pues *sucedier algo* era un eufemismo que para ella sólo significaba una cosa.

–No me has entendido bien. No quiero decir nada desagradable... aunque apenas si sé a lo que me refiero.

–Hoy –continuó después de una pausa–, en casa de Peter van a vender un lote de plantas procedentes de las islas Andamán y las Indias. Me acercaré a ver lo que tienen. Quizás haga una buena compra sin saberlo, puede que sea eso.

Le pasó la taza para que se la llenara de café por segunda vez.

–¿Es eso lo que coleccionaba ese pobre joven del que me hablaste el otro día? – preguntó su prima mientras le llenaba la taza.

–Sí –respondió, y se quedó pensativo mientras sostenía un trozo de tostada.

–Nunca me pasa nada –observó al poco tiempo, empezando a pensar en voz alta–. Me pregunto por qué. A otros les pasan bastantes cosas. Ahí está Harvey. Sin ir más lejos, la pasada semana, el lunes encontró seis peniques, el miércoles todos sus pollos tenían la modorra, el viernes su prima volvió a casa desde Australia, y el sábado se rompió el tobillo. ¡Qué torbellino de emociones comparado conmigo!

–Por mi parte preferiría pasar de tanta excitación –dijo el ama de llaves–. No puede ser bueno para uno.

–Supongo que es molesto. Con todo... ya sabes, nunca me pasa nada. De niño nunca tuve ningún accidente. Siendo adolescente nunca me enamoré. Nunca me casé... Me pregunto qué se sentirá cuando te pasa algo, algo realmente notable.

–Ese coleccionista de orquídeas sólo tenía treinta y seis, veinte años más joven que yo, cuando murió. Se había casado dos veces y divorciado una. Había tenido malaria cuatro veces y una vez se fracturó el fémur. En una ocasión mató a un malayo y otra le hirieron con un dardo envenenado. Finalmente lo mataron las sanguijuelas de la jungla. Debe de haber sido todo muy molesto, pero también debe de haber sido muy interesante, sabes, excepto quizá, las sanguijuelas.

–Estoy segura de que no fue bueno para él –dijo la señora con convicción.

–Puede que no.

Entonces Wedderburn miró su reloj.

–Las ocho y veintitrés minutos. Voy a ir en el tren de las doce menos cuarto, así que hay mucho tiempo. Creo que me pondré la chaqueta de alpaca, hace bastante calor, el sombrero gris de fieltro y los zapatos marrones. Supongo...

Miró por la ventana al cielo sereno y al soleado jardín, y, después, nerviosamente, a la cara de su prima.

–Creo que sería mejor que llevaras el paraguas si vas a Londres –dijo con una voz que no admitía negativa–. A la vuelta tienes todo el trayecto desde la estación hasta aquí.

Cuando volvió se encontraba en un estado de suave excitación. Había hecho una compra. Era raro que lograra decidirse con la rapidez suficiente para comprar, pero esta vez lo había hecho.

–Hay Vandas –explicó–, un Dendrobio y algunas Palaeonophis.

Repasó las compras amorosamente al tiempo que tomaba la sopa. Estaban extendidas delante de el sobre el impoluto mantel y le estaba contando a su prima todo sobre ellas mientras se demoraba lentamente con la comida. Tenía la costumbre de revivir por la tarde todas sus visitas a Londres para entretenimiento propio y de ella.

–Sabía que hoy pasaría algo. Y he comprado todas esas cosas. Algunas, algunas de ellas, estoy seguro, ¿sabes?, de que algunas serán notables. No sé cómo,

pero lo siento con tanta seguridad como si alguien me lo hubiera dicho. Ésta – apuntó a un marchito rizoma– no fue identificada. Quizá sea una *Palaeonophis* o puede que no. Quizá sea una especie nueva o incluso un género nuevo. Fue la última que recogió el pobre Batten.

–No me gusta su aspecto –dijo el ama de llaves–. Tiene una forma tan fea...

–Para mí que apenas si llega a tener forma alguna.

–No me gustan esas cosas que asoman –dijo el ama de llaves.

–Mañana estará fuera en una maceta.

–Parece –continuó el ama de llaves– una araña que se hace la muerta.

Wedderburn sonrió e inspeccionó la raíz ladeando la cabeza.

–Ciertamente no es que sea un bonito pedazo de material. Pero nunca se pueden juzgar estas cosas por su apariencia cuando están secas. Desde luego puede que termine siendo una orquídea muy hermosa. ¡Qué ocupado estaré mañana! Esta noche tengo que ver exactamente lo que hago con ellas y mañana me pondré a la obra.

–Encontraron al pobre Batten, que yacía muerto o moribundo en un manglar, no recuerdo cuál –continuó de nuevo al poco rato–, con una de estas mismas orquídeas aplastadas bajo su cuerpo. Había estado enfermo durante algunos días con cierto tipo de fiebre nativa y supongo que se desmayó. Esos manglares son muy insalubres. Dicen que las sanguijuelas de la jungla le sacaron hasta la última gota de sangre. Puede que se trate de la mismísima planta que le costó la vida.

–Eso no mejora mi opinión de ella.

–Los hombres tienen que trabajar aunque las mujeres puedan llorar –sentenció Wedderburn con profunda gravedad.

–¡Mira que morir lejos de todas las comodidades en un pantano! ¡Anda que enfermarse de fiebre con nada que tomar más que específicos y quinina, y nadie a tu lado más que horribles nativos! Dicen que los nativos de las islas Andaman son unos desgraciados de lo más repugnante, y de todas formas, a duras penas pueden ser buenos enfermeros sin haber tenido la preparación necesaria. ¡Y sólo para que la gente en Inglaterra disponga de orquídeas!

–No creo que fuera agradable, pero algunos hombres parecen disfrutar con ese tipo de cosas –continuó Wedderburn–. En todo caso los nativos de su grupo eran lo suficientemente civilizados para cuidar toda su colección hasta que su colega, que era un ornitólogo, volvió del interior, aunque no conocían la especie de orquídea y la habían dejado marchitarse. Eso hace a estas plantas más interesantes.

–Las hace repugnantes. A mí me daría miedo que tuvieran restos de malaria adheridos. ¡Y sólo pensar que un cuerpo muerto ha estado extendido sobre esa cosa tan fea! No había pensado en eso antes. ¡Se acabó! Te digo que no puedo comer ni un bocado más de la cena.

–Las quitaré de la mesa si te parece y las pondré en el hueco de la ventana. Allí las puedo ver igual.

Los días siguientes estuvo, desde luego, especialmente ocupado en el pequeño invernadero lleno de vapor yendo de acá para allá con carbón vegetal, trozos de teca, musgo y todos los demás misterios del cultivador de orquídeas. Pensaba que disfrutaba de un tiempo maravillosamente lleno de acontecimientos. Por la tarde hablaba de las nuevas orquídeas a los amigos y una y otra vez insistía en sus expectativas de algo extraño.

Varias de las Vandas y los Dendrobios fenecieron bajo sus cuidados, pero pronto la extraña orquídea empezó a dar señales de vida. Estaba encantado y tan pronto como lo descubrió hizo que el ama de llaves abandonara la elaboración de mermelada para verlo de inmediato.

–Ése es un brote –explicó–, pronto habrá muchas hojas ahí, y esas cositas que salen por aquí son raicillas aéreas.

A mí me parecen deditos blancos asomándose del tejido marrón –opinó el ama de llaves–. No me gustan.

–¿Por qué no?

–No lo sé. Parecen dedos intentando agarrarte. Lo que me gusta, me gusta, y lo que no me gusta, no me gusta; no puedo remediarlo.

–No lo sé seguro, pero creo que ninguna orquídea de las que conozco tiene raicillas aéreas exactamente como éstas. Desde luego pueden ser imaginaciones mías. ¿Ves que están un poco aplanadas en el extremo?

–No me gustan –dijo el ama de llaves temblando repentinamente y dándose la vuelta–. Sé que es estúpido por mi parte, y lo siento mucho especialmente porque te gustan tanto. Pero no puedo por menos de pensar en ese cadáver.

–Pero puede que no fuera esa planta en particular. Eso no fue más que una suposición mía.

El ama de llaves se encogió de hombros.

–De todas maneras, no me gustan –concluyó.

Wedderburn se sintió un poco dolido por su aversión a la planta, pero eso no le impidió hablarle de las orquídeas en general y de ésta en particular siempre que le apeteció.

–Pasan cosas tan curiosas con las orquídeas –le contó un día–... hay tantas posibilidades de sorpresa. Darwin estudió su fertilización y mostró que toda la estructura de una flor de orquídea común estaba ideada para que las polillas pudieran llevar el polen de una planta a otra. Bueno, pues se conocen cantidades de orquídeas cuya flor no puede ser fertilizada de esa manera. Algunos *Cypripediums*, por ejemplo, no hay insecto conocido que pueda fertilizarlos, y a algunos jamás se les ha encontrado semilla.

–Entonces ¿cómo forman las nuevas plantas?

–Con estolones y tubérculos y ese tipo de brotes. Eso tiene fácil explicación. El enigma está en ¿para qué sirven las flores?

»Es muy probable que mi orquídea sea algo extraordinario en ese sentido. Si es así lo estudiaré. A menudo he pensado en hacer investigaciones como Darwin. Pero hasta ahora no he encontrado tiempo o alguna otra cosa me lo ha impedido. ¡Me gustaría mucho que vinieras a verlas!

Pero ella respondió que en el invernadero de las orquídeas hacía tanto calor que le daba dolor de cabeza. Había visto la planta una vez más y las raicillas aéreas – algunas de ellas tenían ahora más de un pie de largas– desgraciadamente le habían recordado tentáculos que se alargaban para agarrar algo. Se metieron en sus sueños y crecían tras ella con una rapidez increíble. Así que había decidido con plena satisfacción no volver a ver la planta y Wedderburn tenía que admirar sus hojas en solitario. Tenían la forma ancha acostumbrada y eran de un verde profundo y lustroso con salpicaduras y puntos de rojo profundo en dirección a la base. No conocía ninguna otra hoja del todo igual. La planta estaba colocada en un banco bajo cerca del termómetro y muy cerca había un dispositivo por medio del cual un grifo goteaba sobre las tuberías de agua caliente y mantenía el ambiente lleno de vapor. Ahora se pasaba las tardes meditando con cierta regularidad sobre la floración ya próxima de la extraña planta.

Finalmente tuvo lugar el gran acontecimiento. Tan pronto como entró en el pequeño invernadero supo que la espiga había eclosionado, aunque su gran *Palaeonophis Lowii* tapaba la esquina donde estaba su nuevo encanto. Había un olor nuevo en el aire, un perfume poderoso, de un intenso dulzor que dominaba a todos los demás de aquel pequeño invernadero abarrotado y lleno de vapor.

Nada más advertirlo se apresuró hasta la extraña orquídea, y, ¡oh, maravilla!, las verdes espigas trepadoras tenían ahora tres grandes manchas de flores de las que procedía la embriagadora dulzura. Se quedó parado ante ellas en un éxtasis de admiración.

Las flores eran blancas con vetas de dorado naranja en los pétalos, el pesado labellum estaba enrollado en una intrincada proyección y un maravilloso púrpura azulado se mezclaba allí con el oro. Vio de inmediato que se trataba de un género completamente nuevo. ¡Y la inaguantable fragancia! ¡Qué calor hacía allí! Las flores se balanceaban ante sus ojos.

Miraría si la temperatura estaba bien. Dio un paso hacia el termómetro. De repente todo le pareció vacilante. Los ladrillos del suelo bailaban arriba y abajo. Luego las blancas flores, las hojas verdes detrás de ellas, todo el invernadero pareció extenderse por los costados y después curvarse hacia arriba.

A las cuatro y media su prima, siguiendo la invariable costumbre, hizo el té. Pero Wedderburn no vino a tomarlo.

–Está adorando a esa horrible orquídea –se dijo a sí misma y esperó diez minutos–. Se le debe de haber parado el reloj. Iré a llamarlo.

Fue directa al invernadero y, abriendo la puerta, voceó su nombre. No hubo respuesta. Observó que el aire estaba muy enrarecido y cargado de un intenso perfume. Luego vio algo que yacía sobre los ladrillos entre las tuberías del agua caliente.

Durante un minuto quizá, se quedó inmóvil.

Él estaba tumbado con la cara hacia arriba a los pies de la extraña orquídea. Las raicillas aéreas como tentáculos ya no se balanceaban libremente en el aire sino que se habían apiñado todas juntas, una maraña de cuerdas grises, y se estiraban, tensas, con los extremos bien adheridos a su barbilla, cuello y manos.

No lo entendió. Después vio que por debajo de uno de los exultantes tentáculos sobre la mejilla corría un hilillo de sangre.

Con un grito inarticulado corrió hacia él y trató de apartarlo de las ventosas semejantes a sanguijuelas. Rompió bruscamente dos de los tentáculos y de ellos goteó una savia roja.

Luego el embriagador perfume de la flor hizo que le diera vueltas la cabeza. ¡Cómo se agarraban a él! Rasgó las duras cuerdas y él y la blanca florescencia flotaron a su alrededor. Sintió que se desmayaba, pero sabía que no podía permitírselo. Le dejó, rápidamente abrió la puerta más próxima y, después de jadear un momento al aire libre, tuvo una brillante inspiración. Cogió una maceta y rompió las ventanas del extremo del invernadero. Luego volvió a entrar. Tiró ahora con renovadas fuerzas del cuerpo inmóvil de Wedderburn y estrelló estrepitosamente contra el suelo la extraña orquídea. Ésta todavía se aferraba a su víctima con la más obstinada tenacidad. En un arrebato los arrastró hasta el aire libre.

Entonces pensó en romper las raicillas chupadoras una a una y en un minuto le había liberado y le arrastraba lejos del horror. Estaba blanco y sangraba por una docena de manchas circulares.

El hombre que hacía las chapuzas de la casa subía por el jardín asombrado por la rotura de cristales y la vio emerger arrastrando el cuerpo inanimado con manos manchadas de rojo. Por un instante pensó cosas imposibles.

—¡Trae algo de agua! —gritó ella, y su voz disipó todas sus imaginaciones.

Cuando, con desacostumbrada celeridad, volvió con el agua, la encontró llorando de emoción y con la cabeza de Wedderburn sobre su rodilla limpiándole la sangre de la cara.

—¿Qué pasa? —dijo Wedderburn abriendo los ojos débilmente y cerrándolos de nuevo inmediatamente.

—Ve a decir a Annie que venga aquí fuera y luego ve a buscar al doctor Haddon de inmediato —le dijo al hombre tan pronto como trajo el agua, y añadió al ver que dudaba—: Te lo explicaré todo cuando estés de vuelta.

Pronto Wedderburn abrió de nuevo los ojos, y al verlo molesto por lo sorprendente de su situación, le explicó:

49 cuentos Fantásticos

–Te desmayaste en el invernadero. –¿Y la orquídea?

–Yo me encargué de ella.

Wedderburn había perdido mucha sangre, pero aparte de eso no tenía ninguna lesión grave. Le dieron brandy mezclado con un extracto de carne de color rosado y le subieron a su dormitorio. El ama de llaves contó fragmentariamente la increíble historia al doctor Haddon.

–Venga a ver el invernadero.

El frío aire exterior entraba por la puerta abierta y el empalagoso perfume casi se había desvanecido. La mayoría de las rotas raicillas aéreas, ya marchitas, yacían entre algunas manchas oscuras sobre los ladrillos. El tallo de la floración se rompió con la caída de la planta y las flores crecían con los bordes de los pétalos mustios y marrones. El doctor se inclinó hacia ella, pero vio que una de las raicillas aéreas todavía se movía débilmente y dudó.

A la mañana siguiente la extraña orquídea todavía estaba allí, ahora negra y putrefacta. La puerta batía intermitentemente con la brisa matinal y toda la colección de orquídeas de Wedderburn estaba reseca y postrada. Pero el propio Wedderburn en su dormitorio estaba radiante y dicharachero con la gloria de su extraña aventura.

La orquídea indecisa

Arthur C. Clarke

Traducción de Flora Casas en *Cuentos de la taberna del ciervo blanco*, Alianza Editorial S. A..

Muy pocos clientes de «El Ciervo Blanco» admitirían que los relatos de Harry Purvis sean ciertos, pero todos estarán de acuerdo en que algunos son más verosímiles que otros. Y en cualquier escala de probabilidades, el asunto de la orquídea indecisa ocuparía un lugar muy bajo.

No recuerdo qué táctica ingeniosa utilizó Harry para iniciar su relato; puede que algún aficionado a las orquídeas trajera su último engendro al bar y eso le proporcionara una buena excusa. No importa. Recuerdo la historia que, al fin y al cabo, es lo que cuenta.

Esta vez la aventura no estaba relacionada con ninguno de los numerosos parientes de Harry, y evitó explicar cómo se las había arreglado para conocer tantos detalles sórdidos. El héroe –si así puede llamársele– de esta epopeya de invernadero era un inofensivo oficinista, muy bajito, llamado Hércules Keating. Y si piensan que ésta es la parte más inverosímil del relato, esperen a lo que sigue.

Hércules no es un nombre que pueda llevarse con facilidad en la mayoría de los casos, y si a ello añadimos una estatura de cuatro pies y nueve pulgadas y el aspecto de necesitar un año de gimnasia incluso para poder parecer un alfeñique de noventa y siete libras, puede ser realmente vergonzoso. Quizá esto ayude a explicar el hecho de que Hércules tuviera muy poca vida social y que sus amigos fueran las macetas de un invernadero situado en la parte trasera de su jardín. Era de gustos sencillos y necesitaba poco dinero para vivir, gracias a lo cual había llegado a conseguir una colección de orquídeas y cactus realmente notable. Disfrutaba de muy buena reputación entre los cactófilos y a menudo recibía paquetes que olían a tierra y a selvas tropicales desde los lugares más remotos del globo.

A Hércules sólo le quedaba un pariente con vida, la tía Henrietta, y sería difícil encontrar dos personas más dispares. Se trataba de una mujer imponente, de seis pies de altura, que usaba trajes de «tweed» de hechura un tanto hombruna, conducía un Jaguar imprudentemente y fumaba puros, uno tras otro. Sus padres habían querido un chico, y nunca llegaron a convencerse de que su deseo no se hubiera cumplido. Henrietta se ganaba la vida –y ganaba bastante– con la crianza de perros de diferentes tamaños y razas. A menudo paseaba con dos de sus últimas adquisiciones, que no eran precisamente el tipo de canes portátiles que caben en el bolso de una dama. Las perreras Keating se especializaban en grandes daneses, aisacianos, san bernardos...

Henrietta consideraba a los hombres, con razón, como el sexo débil y, por tanto, no se había casado. Pero por alguna razón extraña, se tomaba un interés de tía (sí, esa es la palabra adecuada) por Hércules, y le visitaba casi todos los fines de semana. Mantenían una relación muy curiosa; es posible que Hércules

contribuyera a reforzar los sentimientos de superioridad de Henrietta. Si se le tomaba como un ejemplar típico del sexo masculino, habría que reconocer que se trataba de una especie realmente despreciable. Pero si éste era el motivo de la actitud de Henrietta, no era consciente de ello y parecía profesarle a su sobrino auténtico cariño. Mostraba hacia él una actitud protectora, pero amable.

Como era de esperar, su comportamiento no ayudaba precisamente a paliar el complejo de inferioridad de Hércules. Al principio, toleraba a su tía; después empezó a temer sus visitas, su voz atronadora y sus apretones de manos, capaces de romper los huesos a cualquiera y, al final, acabó por odiarla. Llegó un momento en que el odio se convirtió en el sentimiento dominante de su vida, por encima, incluso, del amor a sus orquídeas. Pero no se atrevía a mostrarlo, consciente de que si la tía Henrietta lo descubría, sería capaz de partirle en dos y arrojar los trozos a su manada de lobos.

No había forma alguna de que Hércules pudiera expresar sus sentimientos reprimidos. Tenía que mostrarse amable con la tía Henrietta, aunque sintiera deseos de asesinarla. Y se sentía así muy a menudo, pero sabía que nunca lo haría. Hasta que un día...

Según el vendedor, la orquídea provenía de «algún lugar de la región amazónica», dirección un tanto vaga. Cuando Hércules la vio por primera vez no le pareció demasiado atrayente, a pesar de gustarle tanto las orquídeas. Una raíz informe, del tamaño aproximado del puño de un hombre; eso era todo. Exhalaba un perfume como de putrefacción, un olor inconfundible a carroña. Hércules no estaba seguro de que pudiera crecer y así se lo dijo al vendedor, con la esperanza de adquirirla por un precio módico. La llevó a su casa sin mucho entusiasmo.

La planta no dio muestras de crecimiento durante el primer mes, pero Hércules no se preocupó por eso. Un día, apareció un minúsculo brote verde que empezó a trepar hacia la luz. Después, el avance fue rápido. Se desarrolló un tallo grueso y carnoso, tan grande como el antebrazo de un hombre, de un color verde virulento. Cerca de la parte superior del tallo, una serie de protuberancias muy curiosas rodeaban la planta; por lo demás, carecía totalmente de forma. Hércules parecía muy interesado; tenía la seguridad de haber descubierto una especie completamente nueva.

La velocidad de crecimiento era fantástica; pronto excedió a Hércules en altura, aunque esto no signifique mucho. Las protuberancias se desarrollaban, dando la impresión de que en cualquier momento la orquídea haría eclosión.

Hércules esperaba con ansiedad, sabiendo que algunas flores tienen una vida muy corta, y pasaba el mayor tiempo posible en el invernadero. A pesar de la vigilancia, la transformación ocurrió una noche mientras dormía.

Por la mañana, la orquídea apareció rodeada de ocho zarcillos que colgaban casi hasta llegar al suelo. Debían haberse desarrollado en el interior de la planta y brotado con una velocidad inusitada para el mundo vegetal. Hércules se quedó mirando el fenómeno con incredulidad, y se fue a trabajar muy pensativo.

Aquella noche, mientras regaba la planta y comprobaba el estado de la tierra, observó un hecho aún más extraño. Los zarcillos aumentaban de grosor y no estaban completamente inmóviles. Mostraban una tendencia, ligera pero inconfundible, a vibrar, como si poseyeran vida propia. A pesar de su interés y entusiasmo, Hércules encontró esta circunstancia más que inquietante.

Días más tarde, ya no le quedaba la menor duda. Cuando se aproximaba a la orquídea, los zarcillos se inclinaban hacia él de una forma muy alarmante. La impresión de que tenía hambre era tan fuerte que Hércules empezó a sentirse muy incómodo, y una idea comenzó a rondarle la cabeza. Hubo de pasar algún tiempo antes de que recordara de qué se trataba; entonces se dijo a sí mismo: «¡Por supuesto! ¡Qué tonto soy!», y se dirigió a la biblioteca local. Allí pasó media hora muy provechosa, releyendo un relato escrito por un tal H. G. Wells, titulado «La floración de la extraña orquídea».

«¡Dios mío!», pensó Hércules cuando hubo terminado el relato. Hasta el momento no había apreciado en su planta ningún aroma soporífero capaz de subyugar a una posible víctima, pero las demás características se parecían demasiado. Hércules regresó a su casa muy agitado.

Abrió la puerta del invernadero y observó la avenida de plantas, hasta que su vista alcanzó a la reina de todas ellas. Examinó con cuidado la largura de los zarcillos –se sorprendió llamándolos tentáculos– y se acercó hasta donde le pareció una distancia prudencial. La planta daba la impresión de estar alerta y al acecho, actitudes más propias del reino animal que del vegetal. Hércules recordó la infortunada historia del doctor Frankenstein y no le pareció demasiado divertido.

¡Pero aquello era ridículo! Semejantes cosas no ocurrían en la vida real. Bueno, sólo había una forma de comprobarlo...

Hércules fue a la casa y volvió a los pocos minutos con una escoba, en cuyo extremo había colocado un trozo de carne cruda. Sintiéndose como un idiota, avanzó hacia la orquídea del mismo modo que un domador de leones se acercaría a una de sus fieras a la hora de comer.

No pasó nada al principio. Pero un instante después, dos zarcillos se retorcieron bruscamente. Empezaron a contraerse hacia delante y hacia atrás, como si la planta estuviera tomando una decisión. De improviso, se movieron a tal velocidad, que prácticamente se hicieron invisibles. Se enroscaron alrededor de la carne y Hércules notó un estirón en el extremo de la escoba. La carne desapareció en un momento; la orquídea la sostenía contra su pecho –si es que puede utilizarse tal metáfora.

–¡Por las barbas del Profeta! – gritó Hércules, que no se permitía muy a menudo semejante lenguaje.

La orquídea no volvió a mostrar signos de vida durante veinticuatro horas. Estaba esperando a que la carne estuviera un poco pasada y desarrollando, al mismo tiempo, su aparato digestivo. Al día siguiente, una red de lo que parecían raíces cortas cubría la carne, aún visible. Por la noche, la carne había desaparecido. La planta había probado el sabor de la sangre.

Las emociones de Hércules mientras observaba a su favorita eran muy confusas. A veces, casi le producía pesadillas, y vislumbraba todo tipo de horribles acontecimientos. La orquídea era por entonces muy grande y si él se colocaba al alcance de sus garras, no tendría escapatoria. Pero no correría el menor riesgo. Había instalado un sistema de tuberías para regarla a una distancia conveniente, y en cuanto al alimento menos ortodoxo, se limitaba a arrojarlo al alcance de sus tentáculos. Comía una libra de carne cruda al día, pero Hércules pensaba con desasosiego que sería capaz de engullir mayores cantidades si tuviera la oportunidad de hacerlo. El sentimiento de triunfo por haber conseguido semejante maravilla botánica superaba sus escrúpulos naturales. Cuando quisiera, podría convertirse en el cultivador de orquídeas más famoso del mundo. Era muy propio de sus cortas luces el que no se le ocurriera pensar que otras personas, aparte de los aficionados a las orquídeas, pudieran interesarse por su mascota.

La criatura medía ya seis pies, y parecía que aún seguiría creciendo, aunque mucho más lentamente que hasta entonces. Hércules había quitado el resto de las plantas de aquella parte del invernadero, no tanto por temor al canibalismo, sino para poder cuidarlas sin peligro. Había tendido una cuerda a lo largo de la nave central para evitar el riesgo de que, accidentalmente, quedara al alcance de aquellos ocho brazos colgantes.

Era evidente que la orquídea poseía un sistema nervioso muy desarrollado y algo que podía aproximarse a inteligencia. Sabía cuándo la iban a alimentar y mostraba señales inconfundibles de alegría. Lo más fantástico –aunque Hércules aún no estaba seguro– era que podía producir sonidos. A veces, antes de la comida, le parecía oír un silbido increíblemente agudo, rayano con el límite de audibilidad. Un murciélago recién nacido emitiría un sonido semejante; se preguntaba qué finalidad tendría. ¿Acaso atraía la orquídea a su presa mediante la emisión de sonidos? Si así fuera, el truco no funcionaría con él.

Mientras Hércules hacía estos descubrimientos tan interesantes, su tía Henrietta seguía dándole la lata, y sus sabuesos atacándole. Porque lo cierto es que no estaban tan bien educados como su tía pretendía. Venía zumbando en su coche los domingos por la tarde, con un perro en el asiento delantero y otro ocupando la mayor parte del maletero. Después subía las escaleras de dos en dos, ensordecía a Hércules con sus saludos, le paralizaba con un apretón de manos y le lanzaba el humo de su puro en plena cara. Hubo un tiempo en que le atemorizó la idea de que le besara, pero pronto comprendió que un comportamiento tan afeminado era totalmente imposible.

La tía Henrietta despreciaba bastante las orquídeas de Hércules. Opinaba que emplear el tiempo libre en un invernadero era un entretenimiento decadente. Su válvula de escape consistía en ir de caza mayor a Kenya. Esto no contribuía a aumentar las simpatías de Hércules, que detestaba los deportes sangrientos. Pero, a pesar del odio que le inspiraba su arrolladora tía, todas las tardes de domingo preparaba puntualmente el té y mantenían un «tête-à-tête» de lo más amistoso, al menos en apariencia. Henrietta nunca llegó a sospechar que Hércules, mientras servía el té, deseaba que estuviera envenenado; tras su máscara de rudeza se escondía un gran corazón y el conocimiento de tal deseo la hubiera herido profundamente. Hércules no habló a su tía del pulpo vegetal. A veces, le mostraba los ejemplares más interesantes, pero éste quería mantenerlo

en secreto. Quizá antes de planear con todo detalle el diabólico plan, su subconsciente ya preparaba el terreno...

Un domingo por la noche, ya muy tarde, cuando el rugido del Jaguar acababa de desvanecerse en la obscuridad y Hércules se encontraba en el invernadero tratando de recobrar el equilibrio nervioso, la idea se le presentó, totalmente definida, en su mente. Estaba contemplando la orquídea, observando que los zarcillos habían alcanzado el grosor del pulgar de un hombre, cuando una imagen muy placentera apareció ante sus ojos. Se imaginó a la tía Henrietta en poder del monstruo, luchando en vano por escapar de las garras carnívoras. ¿Por qué no? Sería el crimen perfecto. El sobrino, enloquecido, llegaría demasiado tarde al lugar de los hechos para prestarle ayuda y, cuando la policía atendiera su frenética llamada, podrían comprobar que se trataba de un desgraciado accidente. Por supuesto que habría una investigación, pero el comisario sería benévolo a la vista de la tristeza evidente de Hércules...

Mientras más lo pensaba, más le gustaba la idea. No podía haber ningún fallo, con tal que la orquídea cooperase. Ese era el principal problema. Tendría que llevar a cabo un plan de entrenamiento con aquella criatura. Ya tenía un aspecto realmente diabólico, pero debía de cuidar todos los detalles, para que actuara de acuerdo con su apariencia.

Teniendo en cuenta que no poseía experiencia alguna en tales asuntos, y que no podría consultar con ninguna autoridad en la materia. Hércules adoptó una táctica prudente, como si de un negocio se tratase. Suspendió varios trozos de carne del extremo de una caña de pescar, fuera del alcance de la orquídea, hasta conseguir que la criatura agitara los tentáculos con desesperación. En esos momentos sus fuertes silbidos podían oírse con claridad, y Hércules se preguntaba cómo podía producir el sonido. También se preguntaba cuáles serían sus órganos de percepción, pero esto constituía otro misterio imposible de resolver sin un acercamiento peligroso. Si todo iba bien, quizá tía Henrietta tendría la oportunidad de descubrir estos hechos tan interesantes, aunque seguramente estaría demasiado ocupada en aquellos momentos como para que la posteridad pudiera beneficiarse de ellos. No cabía duda de que la bestia era lo suficientemente poderosa como para entendedérselas con su presunta víctima. Una vez había arrebatado una escoba de las manos de Hércules y, aunque ello en sí probase muy poco, el terrible «crac» de la madera un momento más tarde había provocado una sonrisa de satisfacción en los finos labios del entrenador. Empezó a mostrarse mucho más amable y atento con su tía. Se convirtió en un sobrino modelo en todos los sentidos.

Cuando Hércules consideró que sus tácticas de picador habían puesto a la orquídea en el estado adecuado, se preguntó si debería ponerla a prueba con carnaza viva. Este problema le preocupó durante varias semanas, en las que miraba con ojos calculadores a cada gato o perro que transitaba por la calle, pero finalmente abandonó la idea, por una razón muy peculiar. Tenía demasiado buen corazón para llevarla a la práctica. Tía Henrietta sería la primera víctima.

No dio de comer a la orquídea durante las dos semanas previas a su plan. No se atrevió a dejar pasar más tiempo; no quería debilitar a la bestia, sino simplemente aumentar su apetito, para que el resultado del encuentro fuera el previsto. Y un

buen día, después de llevar las tazas a la cocina, se sentó de cara al humo del puro de tía Henrietta y dijo inocentemente:

–Me gustaría enseñarte una cosa, tía. Quiero darte una sorpresa. Vas a morirte de risa.

Pensó que no era una descripción demasiado exacta, pero podía dar una idea general.

La tía se quitó el puro de la boca y miró a Hércules con auténtico asombro.

–¡Vaya! –bramó–. No gana una para sorpresas. ¡Qué habrás estado haciendo, sinvergüenza!

Le dio una palmada amistosa en la espalda que le hizo expulsar todo el aire de sus pulmones.

–No te lo puedes imaginar –dijo Hércules tras recobrar el aliento–. Está en el invernadero.

–¿Cómo? –exclamó la tía evidentemente confusa.

–Sí, ven a echar un vistazo. Va a causarte verdadero asombro.

La tía dio un bufido, que podía haber indicado incredulidad, pero siguió a Hércules sin más preguntas. Los dos alsacianos, muy ocupados en comerse la alfombra, la miraron ansiosamente y se levantaron, pero ella los alejó con un movimiento de la mano.

–No preocupaos, chicos –gritó bruscamente–. Volveré dentro de un minuto.

Hércules no lo creyó muy probable. Era una tarde oscura y las luces del invernadero estaban apagadas. Cuando entraron, la tía bufó:

–Dios mío. Hércules, este lugar huele como un matadero. No recuerdo una peste semejante desde que maté a un elefante en Bulawayo y tardamos una semana en encontrarlo.

–Lo siento, tía –se disculpó Hércules mientras la conducía a través de las tinieblas–. Estoy usando un nuevo fertilizante. Produce unos resultados sorprendentes. Vamos..., un par de yardas más. Quiero que sea una *auténtica* sorpresa.

–Espero que no se trate de una broma –dijo la tía en tono de sospecha, mientras proseguía la marcha con determinación.

–Te aseguro que no es ninguna broma –contestó Hércules con la mano en el interruptor de la luz. Podía ver la protuberancia amenazante de la orquídea; la tía se encontraba a diez pies de ella. Esperó hasta que llegó a la zona de peligro, y pulsó el interruptor. La estancia quedó iluminada por una luz fría. Tía Henrietta se detuvo, con los brazos en jarras, delante de la orquídea gigante. Hércules creyó que se retiraría antes de que la planta entrara en acción, pero, unos segundos más tarde, vio que la observaba tranquilamente, incapaz de hacerse una idea de qué demonios era aquello. Pasaron cinco segundos hasta que la orquídea

empezó a moverse. Entonces, los tentáculos colgantes se pusieron en acción, pero no en la forma que Hércules esperaba. La planta los dobló cuidadosamente, pero en torno a *sí misma*, como protegiéndose, y emitiendo al mismo tiempo un grito de auténtico terror. Hércules comprendió la triste realidad en un momento de indescriptible desilusión.

Su orquídea era una cobarde redomada. Era capaz de afrontar los peligros de la vida salvaje del Amazonas, pero al enfrentarse con tía Henrietta su valor se había venido abajo.

En cuanto a su presunta víctima, se quedó mirando a la criatura con perplejidad, que pronto se convirtió en una actitud muy diferente. Giró sobre sus talones y apuntó a su sobrino con un dedo acusador.

—¡Hércules! —bramó—. La pobrecilla está muerta de miedo, ¿has estado maltratándola?

Hércules permanecía de pie con la cabeza colgando, avergonzado y frustrado.

—No, no, tía —acertó a decir—. Debe ser nerviosa por naturaleza.

—Bueno, estoy acostumbrada a tratar con animales. Deberías haberme avisado antes. Hay que tratarlos con firmeza, pero con suavidad al mismo tiempo. La dulzura da siempre buenos resultados, con tal de que aprendan a distinguir quién es el amo. Venga, venga, pequeñita, no tengas miedo de la tía; no va a hacerte daño.

Era una visión repugnante, pensó Hércules en su negra desesperación. Con sorprendente delicadeza, tía Henrietta empezó a hacer mimos a la bestia, dándole golpecitos y acariciándola hasta que los tentáculos se relajaron y el grito penetrante se desvaneció. Hércules salió apresuradamente, conteniendo un gemido, al ver como uno de los tentáculos avanzaba y empezaba a acariciar los dedos nudosos de Henrietta.

Desde entonces es un hombre acabado. Y lo que es peor, nunca pudo escapar a las consecuencias de su crimen malogrado. Henrietta tenía una nueva mascota y a veces le visitaba no sólo los fines de semana, sino dos o tres veces entre semana. Evidentemente, no confiaba en que Hércules tratara a la orquídea adecuadamente, y aún sospechaba que la maltrataba. Traía piltrafas sabrosísimas, que incluso los perros rechazaban pero que la orquídea aceptaba encantada. El olor, que hasta entonces se había limitado al invernadero, empezó a introducirse en la casa...

Y así continúa la situación, concluyó Harry Purvis, dando por finalizado este relato tan inverosímil, para satisfacción de, al menos, dos de las partes interesadas. La orquídea es feliz y tía Henrietta, puede ejercer, sin duda, su dominio sobre otra criatura. La bestia sufre un ataque de nervios cada vez que un ratón se cuele en el invernadero, y Henrietta se desvive por consolarla.

En cuanto a Hércules, no hay posibilidad de que vuelva a causar problemas a ninguna de las dos. Parece como si se hubiera sumido en una especie de abulia vegetal; en realidad, añadió Harry pensativamente, cada día se parece más a una orquídea.

49 cuentos Fantásticos

De una especie inofensiva, por supuesto...

Lotófagos

Stanley G. Weinbaum

The lotus eaters, © 1935 by Street & Smith Publications Inc., para *Astounding Stories*, Abril de 1935. Traducción de Mariano Orta en *Lo mejor de Stanley G. Weinbaum*, Super Ficción 20, Ediciones Martínez Roca S.A., primera edición en 1977.

–¡Uf! –exclamó «Ham» Hammond, mirando por la claraboya de babor de la cámara de observación–. ¡Vaya un sitio para pasar una luna de miel!

–Entonces no deberías de haberte casado con una bióloga –contestó la señora Hammond. Apoyaba la cabeza sobre el hombro de su marido y él pudo ver los grises ojos de su esposa bailar en el cristal de la claraboya–. Ni con la hija de un explorador –añadió.

Porque Pat Hammond, hasta su boda con Ham unas cuatro semanas antes, había sido Patricia Burlingame, hija del gran explorador inglés que había conquistado para Gran Bretaña tanta zona crepuscular de Venus como Crowley había ganado para los Estados Unidos.

–No me casé con una bióloga –replicó Ham–. Me casé con una muchacha que casualmente se interesa por la biología; eso es todo. Es uno de sus pocos defectos.

Redujo el chorro de los reactores inferiores y el cohete descendió suavemente sobre un cojín de llamas hacia el negro paisaje inferior. Lenta y cuidadosamente, Ham reguló los controles hasta conseguir la mínima vibración y luego cerró el chorro de repente. Se posaron con un leve temblor y un extraño silencio cayó como una manta tras el cese del rugiente estampido.

–Ya estamos –anunció él.

–Ya estamos –repitió Pat–. ¿Dónde?

–Exactamente a ciento treinta kilómetros al este de la cordillera opuesta a Venoble, en la Tierra Fría británica. Al norte está, supongo, la continuación de las Montañas de la Eternidad. Al sur y al oeste, misterio.

–Acabas de conseguir una buena descripción técnica de ningún sitio –se rió Pat–. Voy a apagar las luces para ver el exterior.

Así lo hizo y en la obscuridad las claraboyas parecieron círculos débilmente luminosos.

–Sugiero –prosiguió ella– que la Expedición Conjunta suba a la cúpula para iniciar las observaciones. Si estamos aquí para investigar, investiguemos un poco.

–Este apéndice de la expedición está conforme –respondió Ham con una risita.

Hizo una mueca de contento en la obscuridad ante la desenvoltura con que Pat abordaba el serio problema de la exploración. Aquí estaban ellos, la «Expedición

Conjunta de la Royal Society y el Smithsonian Institute para la Investigación de las Condiciones en el Lado Oscuro de Venus» como rezaba el largo título oficial.

Ham representaba técnicamente la mitad americana del proyecto –Pat no había querido admitir a ningún otro– pero era a ella a quien la sociedad y los miembros del Instituto dirigían sus preguntas, sus requerimientos y sus instrucciones. Era lo justo. Después de todo, Pat era la autoridad más competente en lo relativo a la flora y la fauna de las Tierras Cálidas y, además, la primera criatura humana nacida en Venus, en tanto que Ham era sólo un ingeniero que el lucrativo comercio de *xixtchil* había atraído a la frontera de las Tierras Cálidas.

Allí había conocido a Patricia Burlingame y allí, después de un azaroso viaje hasta el pie de las Montañas de la Eternidad, la había conquistado. Se casaron en Erotia, el asentamiento americano, hacía poco menos de un mes, y luego habían aceptado hacerse cargo de la expedición a la cara oscura de Venus.

En un principio, Ham no estuvo de acuerdo. Hubiera preferido una buena luna de miel terrestre en New York o Londres, pero había dificultades. La principal de ellas la astronómica; Venus había superado el perigeo y transcurrirían ocho largos meses antes de que el planeta, en su lento giro alrededor del Sol, alcanzase un punto desde donde un cohete pudiera llegar a la Tierra.

Ocho meses en la primitiva y fronteriza Erotia o en la igualmente primitiva Venoble, si elegían el asentamiento británico, sin ninguna diversión excepto cazar, sin radio ni juegos, incluso muy pocos libros. Y si tenían que cazar, argüía Pat, ¿por qué no añadir la emoción y el peligro de lo desconocido?

Nadie sabía qué vida, si había alguna, se ocultaba en el lado oscuro del planeta. Muy pocos lo habían visto alguna vez, y esos pocos desde cohetes que sobrevolaban a toda velocidad grandes cordilleras o infinitos océanos helados. Ahora se presentaba una oportunidad de avistar el misterio y explorarlo con los gastos pagados.

Había que ser multimillonario para construir y equipar un cohete privado, pero la Royal Society y el Smithsonian Institute, gastando dinero del gobierno, estaban por encima de semejantes consideraciones. Habría peligro, quizás, y emociones de las que dejan sin aliento, pero... podrían estar solos.

Este último punto había convencido a Ham. Así pues, habían consumido dos afanosas semanas avituallando y equipando el cohete, habían volado muy alto sobre la barrera de hielo que limita la zona crepuscular y se habían precipitado frenéticamente a través de la línea de tormentas donde el frío viento inferior de la cara sin sol choca con los cálidos vientos superiores que azotan desde la cara desierta del planeta.

Porque Venus, desde luego, no tiene rotación ninguna y por tanto no tiene alternancia de días y noches. Una cara está siempre iluminada por el Sol y la otra está siempre sumida en la obscuridad, y sólo la lenta libración del planeta presta a la zona crepuscular una cierta apariencia de estaciones. Esta zona crepuscular, la única parte habitable del planeta, apunta por un lado al llameante desierto y por el otro acaba bruscamente en la barrera de hielo donde los vientos superiores ceden su humedad a las escalofriantes corrientes inferiores.

Así pues, allí estaban ellos, apretados en la diminuta cúpula de cristal, por encima del panel de navegación, muy juntos sobre el peldaño superior de la escalerilla y con el sitio justo en la cúpula para las cabezas de uno y otro. Ham rodeó con un brazo a la muchacha mientras contemplaban el paisaje exterior.

Lejos hacia el oeste, la luz centelleaba sobre la barrera de hielo. Como inmensas columnas, las Montañas de la Eternidad se recortaban contra la luz, con sus poderosos picachos perdidos en las nubes inferiores. Hacia el sur, estaban las explanadas de las Eternidades Menores, que limitaban la Venus americana y, entre las dos cordilleras, se perfilaban los perpetuos relámpagos de la línea de tormentas.

En torno a ellos, iluminado débilmente por la refracción de la luz solar, se extendía un yermo de oscuro y salvaje esplendor. Por todas partes había hielo, colinas de hielo, torres, llanuras, peñascos y acantilados de hielo, todo reluciendo con un hábito verdoso al débil resplandor que llegaba desde detrás de la barrera. Un mundo sin movimiento, helado y estéril.

–¡Es... es glorioso! –murmuró Pat.

–Sí –convino él–, pero frío, sin vida, amenazador. Pat, ¿crees que hay vida aquí?

–Yo diría que sí. Si la vida puede existir en mundos tales como Titán y Japeto, debería de existir aquí. ¿Qué frío hace? –miró el termómetro exterior de columnas y cifras luminiscentes–. Sólo treinta bajo cero. En la Tierra existe vida a esa temperatura.

–Existe, sí. Pero no podría haberse desarrollado a una temperatura bajo cero. La vida tiene que comenzar en un medio líquido. Ella se echó a reír suavemente.

–Estás hablando con una bióloga, Ham. Tienes razón; la vida no podría haberse desarrollado a treinta bajo cero, pero suponte que tuvo su origen en la zona crepuscular y emigró aquí. O suponte que fue empujada aquí por la terrorífica competencia de las regiones cálidas. Ya sabes las condiciones que reinan en las Tierras Cálidas, con los hongos, los árboles Jack Ketch y los millones de pequeñísimos parásitos que se devoran unos a otros.

Ham quedó pensativo.

–¿Qué clase de vida esperarías encontrar? Ella soltó una risita.

–¿Quieres que te haga una predicción? Muy bien. Supondría, por lo pronto, alguna especie de vegetación como base, porque la vida animal no puede mantenerse sin ella.

–Entonces, tiene que haber alguna vegetación. ¿De qué tipo?

–Dios lo sabe. Puede conjeturarse que la vida de la cara oscura si es que existe, provino en su origen de los terrenos más débiles de la zona crepuscular, pero en lo que pueda haberse convertido, eso no lo sé imaginar. Desde luego, hay el *triops noctivans* que descubrí en las Montañas de la Eternidad.

–¡Descubriste! –Soltó una risa burlona–. Estabas tan fría como el hielo cuando te saqué de aquel nido de diablos. ¡Ni siquiera viste a uno!

–Examiné el que los cazadores trajeron a Venoble –replicó ella sin turbarse–. Y no olvides que la sociedad quiso ponerle mi nombre: el *triops patriciae*. –Un estremecimiento involuntario la agitó al recordar a aquellas criaturas satánicas que lo habían destrozado todo excepto a ellos dos–. Pero yo preferí otro nombre: *triops noctivivans*, el morador de tres ojos en la obscuridad.

–Romántico nombre para una bestia diabólica.

–Sí, pero a lo que yo quería referirme es a esto: que es probable que los triops... o triopses... Oye, ¿cuál es el plural de triops?

–Trioptes –gruñó él–. Raíz latina.

–Bien, es probable que los trioptes estén entre las criaturas que se puedan encontrar aquí, en el lado de la noche eterna, y que aquellos feroces diablos que nos atacaron en el sombrío cañón de las Montañas de la Eternidad sean una avanzadilla que penetran en la zona crepuscular a través de los pasos oscuros y sin sol que hay en las montañas. No pueden resistir la luz; tú mismo lo viste.

–¿Qué me cuentas?

Pat se echó a reír por la expresión.

–Esto: por su forma y su estructura, seis miembros, tres ojos y todo lo demás, está claro que los trioptes están emparentados con los nativos ordinarios de las Tierras Cálidas. Por eso deduzco que están recién llegados a la cara oscura; que no se desarrollaron aquí, sino que fueron empujados hace muy poco tiempo, geológicamente hablando. Bueno, geológicamente no es la palabra, porque *geos* significa tierra. Venéreamente hablando, debería decir.

–Creo que no. Confundes la raíz. Lo que has dicho significa afrodisíacamente hablando. Ella rió de nuevo.

–Lo que quiero decir, y debería haber empezado por aquí para evitar la discusión, es paleontológicamente hablando. Eso lo entiende todo el mundo. De cualquier modo, quiero decir que los trioptes no llevan en el lado oscuro más que de unos veinte a cincuenta mil años terrestres, o quizá menos. ¿Qué sabemos nosotros de la velocidad de evolución en Venus? Quizás es más rápida que en la Tierra; quizás un triops puede adaptarse a la vida nocturna en cinco mil años.

–Yo he visto estudiantes universitarios adaptarse a la vida nocturna en un semestre –observó Ham con una sonrisa burlona. Ella pasó por alto el comentario y continuó:

–Y por eso mantengo que tenía que existir vida aquí antes de llegar los trioptes. De no haber encontrado qué comer no podrían haber sobrevivido. Y puesto que mi examen mostró que el triops es en parte carnívoro, aquí no sólo debe de haber vida vegetal, sino vida animal. Eso es todo cuanto puede deducirse con arreglo a un simple razonamiento.

–Entonces no puedes deducir qué clase de vida animal será esa. ¿Inteligente quizá?

–No lo sé. Podría ser. Pero a pesar de la forma como vosotros los yanquis adoráis la inteligencia, biológicamente es un hecho sin importancia. Ni siquiera tiene mucho valor para la supervivencia.

–¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso, Pat? ¿Qué es, si no la inteligencia, lo que ha dado al hombre la supremacía en la Tierra... y en Venus también, dicho sea de paso?

–Pero, ¿tiene realmente el hombre la supremacía en la Tierra? Mira, Ham, he aquí lo que quiero decir con eso de la inteligencia. El gorila tiene un cerebro mucho mejor que la tortuga, ¿no es así? Y sin embargo, ¿quién ha tenido más éxito: el gorila, que escasea y está limitado a sólo una pequeña región en África, o la tortuga, que es común por doquier, desde el Ártico al Antártico? En cuanto al hombre..., bueno, si tuvieses ojos microscópicos y pudieses ver todos los seres que pueblan la Tierra, llegarías a la conclusión de que el hombre es un ejemplar raro y de que el planeta es realmente un mundo de nematodos, esto es, un mundo de gusanos, porque los nematodos superan con mucho todas las otras formas de vida puestas juntas.

–Pero eso no es supremacía, Pat.

–No he dicho que lo fuera. Dije meramente que la inteligencia no es lo más importante para sobrevivir. Si lo fuera, ¿por qué los insectos, que no tienen inteligencia, sino sólo instinto, plantean tal batalla a la raza humana? Los hombres tienen mejores cerebros que los pulgones del trigo, la filoxera, la mosca de las frutas, los escarabajos, las polillas y todas las demás plagas, y sin embargo ellos combaten nuestra inteligencia con sólo un arma: su enorme fecundidad. ¿Te das cuenta de que cada vez que nace un niño, hasta que es equilibrado por una muerte, sólo puede ser alimentado de una manera? Y esa manera es privando a los insectos de toda la comida que representa el peso del niño en insectos.

–Todo eso parece bastante razonable, pero, ¿qué tiene que ver con la inteligencia en la cara oscura de Venus?

–No lo sé –replicó Pat, y su voz tomó un extraño tono de nerviosismo–. Sólo quiero decir... Vamos a ver, Ham. Un lagarto es más inteligente que un pez, pero no lo bastante para conseguir ninguna ventaja por ello. Entonces, ¿por qué el lagarto y sus descendientes siguen desarrollando inteligencia? ¿Por qué..., a menos que toda la vida tienda a hacerse inteligente con el tiempo? Y, si eso es verdad entonces puede haber inteligencia incluso aquí, una inteligencia extraña, ajena, incomprensible.

Se estremeció en la obscuridad y se apretó contra él.

–No te preocupes –dijo de pronto con voz alterada–. Probablemente no es más que fantasía. El mundo de aquí es tan raro, tan extraterrestre... Estoy cansada, Ham. Ha sido un día largo.

Bajaron hasta el cuerpo del cohete. Cuando las luces flamearon sobre el extraño paisaje, más allá de las claraboyas, él sólo vio a Pat, encantadora con el exiguo vestidito a la moda de la Tierra Fría,

–Ya veremos mañana –dijo él–. Tenemos comida para tres semanas.

Mañana, desde luego, significaba sólo tiempo y no luz de día. Se levantaron sumidos en la eterna obscuridad de la cara sin Sol de Venus. Pero Pat estaba de mejor humor y se dedicó alegremente a los preparativos de la primera salida al exterior. Sacó los trajes espaciales de gruesa lana reforzada con cuero y Ham, en su calidad de ingeniero, inspeccionó cuidadosamente las cuatro poderosas lámparas que coronaban las caperuzas.

Por supuesto, eran primordialmente para ver, pero también tenían otro propósito. Se sabía que los trioptes, tan increíblemente fieros, no podían afrontar la luz y así, usando los cuatro rayos del casco, uno podía moverse rodeado por un halo protector. Eso no impedía que ambos incluyeran en su equipo dos revólveres y un par de terroríficos lanzallamas. Pat llevaba también una bolsa colgada a la cintura en la que se proponía meter ejemplares de toda la flora que encontrase en el lado oscuro y también ejemplares de la fauna, si los había pequeños e inofensivos.

Se sonrieron a través de las máscaras.

–Te hace parecer gorda –comentó Ham maliciosamente y gozó al verla hacer una mueca de fastidio.

Ella se volvió, abrió la puerta y salió.

Era diferente que mirar por la claraboya. La escena que antes vieran con algo de la irrealidad y de toda la inmovilidad y silencio de un cuadro, estaba ahora efectivamente alrededor de ellos, y el frío aliento y la voz quejumbrosa del viento inferior probaban sin duda alguna que el mundo era real. Por un momento permanecieron en el círculo de luz de las claraboyas del cohete, mirando con respeto al horizonte, donde los increíbles picos de las Grandes Eternidades se recortaban, negros, contra la falsa puesta de sol.

Hasta donde podía alcanzar la visión en aquella región sin sol, sin luna y sin estrellas, se extendía una desolada llanura donde picos, alminares, torres y lomas de hielo y de piedra surgían en indescritibles y fantásticas formas, esculpidas por la salvaje maestría del viento inferior.

Ham rodeó con un acolchado brazo la cintura de Pat y se sorprendió al sentirla estremecerse.

–¿Tienes frío? –preguntó, mirando la esfera del termómetro que tenía en la muñeca–. Sólo estamos a uno bajo cero.

–No tengo frío –replicó Pat–. Es el escenario; eso es todo. –Se apartó un poco–. Me pregunto qué es lo que dará calor a esta zona. Porque sin luz solar...

–Te equivocas –interrumpió Ham–. Cualquier ingeniero sabe que los gases se difunden. Los vientos superiores pasan a nueve o diez kilómetros por encima de nuestras cabezas y naturalmente traen mucho del calor del desierto que se encuentra más allá de la zona crepuscular. Hay alguna difusión del aire caliente en el frío y luego, además, cuando los vientos calientes se enfrían, tienden a bajar. Y lo que es más, el contorno del país tiene mucho que ver con eso. –Hizo una pausa–. Oye –continuó pensativamente–, no me extrañaría que encontrásemos zonas cerca de las Eternidades donde hubiese una corriente baja,

donde los vientos superiores se deslizaran a lo largo de la ladera y proporcionaran a ciertos sitios un clima bastante soportable.

Seguía a Pat mientras ella iba indagando alrededor de los peñascos que estaban cerca del círculo luminoso del cohete.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¡Aquí está, Ham! ¡He aquí nuestro ejemplar de vida vegetal del lado oscuro.

Se inclinó sobre una gris masa bulbosa.

—Tipo líquen u hongo —continuó—. Nada de hojas, por supuesto; las hojas sólo son útiles a la luz del Sol. Nada de clorofila por la misma razón. Una planta muy primitiva, muy simple y, sin embargo, en algunos aspectos, nada simple. ¡Mira, Ham, un sistema circulatorio altamente desarrollado!

Él se acercó aún más y, a la débil luz amarillenta que se filtraba desde las claraboyas, vio la fina tracería de venas que indicaba la muchacha.

—Eso —continuó ella— indicaría una especie de corazón y me pregunto si... — Bruscamente aplicó la esfera de su termómetro contra la masa carnuda, la sostuvo allí un momento y luego miró—. ¡Sí! Mira cómo la aguja se ha movido, Ham. ¡Es un vegetal caliente! Una planta de sangre caliente. Y, si lo piensas bien, es lo más natural, Porque es la única clase de planta que podría vivir en una región que está eternamente por debajo del grado de congelación. La vida tiene que vivirse en agua líquida.

Ella tiró de aquella cosa que, con un súbito estallido, se soltó mientras oscuras gotas de líquido fluían de la desgarrada raíz.

—¡Uf! —exclamó Ham—. ¡Que cosa tan repugnante! «Y desgarras la sangrienta mandragora», ¿eh? Sólo que decían que éstas gritaban al ser arrancadas.

Se detuvo. Un lento, pulsante y ominoso gemido salió de la temblorosa masa de pulpa y Ham dirigió una mirada de asombro a Pat.

—¡Uf! —gruñó de nuevo—. ¡Es repugnante!

—¿Repugnante? ¿Por qué? Es un organismo hermoso. Está adaptado perfectamente a su entorno.

—Bueno, me alegro de no ser más que un ingeniero —rezongó él al ver cómo Pat abría la puerta del cohete y depositaba aquella cosa sobre un cuadrado de caucho que había allí dentro—. Ven, vamos a mirar por aquí.

Pat cerró la puerta y lo siguió fuera del cohete. Instantáneamente la noche los envolvió como una negra niebla y sólo al mirar atrás a las iluminadas claraboyas pudo convencerse Pat de que estaban en un mundo real.

—¿No deberíamos encender nuestras lámparas? —preguntó Ham—. Sería lo mejor, o nos arriesgamos a una caída.

Antes de que uno de ellos pudiese dar un paso, un sonido se impuso a través de la queja del viento inferior, un grito salvaje, feroz, extraterrestre, que sonaba como una carcajada infernal.

–¡Es triopts! –jadeó Pat, olvidando plurales y gramática al mismo tiempo.

Estaba asustada; por lo general era tan valiente como Ham y a veces más temeraria y atrevida, pero aquellos chillidos misteriosos le hacían recordar los momentos de angustia vividos en el cañón de las Montañas de la Eternidad. Estaba horriblemente asustada y manoteó frenética e ineficazmente en busca de los interruptores de las lámparas y en busca del revólver.

Justo cuando doce piedras pasaron zumbando junto a ellos, y una golpeó dolorosamente en el hombro de Ham, éste encendió sus luces. Cuatro rayas se dispararon en una larga cruz sobre los relucientes picachos y las risas salvajes se trocaron en un alarido de dolor. Por un instante alcanzó a vislumbrar unas figuras sombrías que se alejaban por montículos y peñascos, deslizándose como espectros hacia la obscuridad y el silencio.

–Llegué a tener miedo, Ham –murmuró Pat; se acurrucó contra él y continuó luego con más fuerza–: Pero he aquí la prueba. El *triopts noctivivans* es actualmente una criatura del lado nocturno. Los que están en las montañas son avanzadillas que han emigrado a los abismos sin sol.

Muy lejos sonó la risa cortante.

–Me pregunto –dijo Ham– si ese ruido que hacen podría constituir una especie de lenguaje.

–Es lo más probable. Después de todo, las especies nativas de las Tierras Cálidas son inteligentes, y estas criaturas están emparentadas con ellas. Además lanzan piedras y conocen el uso de aquellas vainas asfixiantes que nos mostraron en el cañón, vainas que, dicho sea de paso, deben de ser el fruto de alguna planta del lado nocturno. Los trioptes son sin duda inteligentes de una manera bárbara, feroz y ávida de sangre, pero son bestias tan inaccesibles que dudo que los seres humanos consigan enterarse de mucho de su lenguaje o de sus mentes.

Ham le dio la razón con solemnidad, tanto más cuanto que en aquel momento una piedra malignamente lanzada arrancó brillantes chispas de una helada columna situada a doce pasos de distancia. Él torció la cabeza enviando de soslayo las lámparas de su casco sobre la llanura, y un grito de dolor brotó de la obscuridad.

–Gracias a Dios, las luces los mantienen bastante a raya –masculló–. Son unos pequeños y divertidos súbditos de Su Majestad *, ¿no es así? ¡Dios salve a la Reina, si tiene muchos como ellos!

* – Estaban en territorio británico, en la latitud de Venoble. El Congreso internacional de Lisl había dividido los derechos de la cara oscura en el año 2020, dando a cada nación con posesiones en Venus una extensión que se alargaba desde la zona crepuscular a un punto del planeta directamente opuesto al Sol a mediados de otoño. (Nota del autor)

Pero Pat estaba ocupada de nuevo en su búsqueda de ejemplares. Había encendido sus lámparas y se movía ágilmente de un lado a otro entre los

fantásticos monumentos de aquella extraña llanura. Ham la seguía, mirando cómo arrancaba trozos de una sangrante y gimiente vegetación. Encontró una docena de variedades y una pequeña criatura en forma de cigarro puro a la que le fue imposible considerar como planta, como animal o como ninguna de ambas cosas. Cuando su bolsa estuvo completamente llena, volvieron por la llanura al cohete, cuyas claraboyas relucían a lo lejos como una fila de ojos escrutadores.

Pero una sorpresa los aguardaba cuando abrieron la puerta y entraron. Una bocanada de aire cálido, pegajoso, pútrido e irrespirable que les subió a la cara con un olor a carroña, les hizo retroceder.

–¡Vaya...! –jadeó Ham y luego se echó a reír–. ¡Tu mandrágora! –cloqueó burlonamente–. ¡Mírala!

La planta que ella había colocado dentro se había convertido en una masa de podredumbre. En el calor del interior se había descompuesto rápida y completamente y ahora no era más que un montón semilíquido sobre la esterilla de caucho. Pat la empujó hacia la entrada y la arrojó afuera.

Penetraron en el interior, que todavía olía mal, y Ham conectó un ventilador. El aire que entraba era frío, por supuesto, pero puro, estéril y sin polvo. Cerró la puerta, puso en marcha un calentador y alzó la visera para lanzarle a Pat una sonrisa burlona.

–¡Conque este era tu hermoso organismo!, ¿eh? –bromeó.

–Lo era. Era un hermoso organismo, Ham. No puedes censurarle nada si lo hemos expuesto a temperaturas con las que nunca sospechaba tropezar, – Suspiró y extendió su bolsa de ejemplares sobre la mesa–. Creo que lo mejor será que me ocupe de todo esto inmediatamente, ya que no se conservan.

Ham lanzó un gruñido y se dedicó por su parte a preparar una comida, trabajando con la maestría de un verdadero colono de las Tierras Cálidas. Miró a Pat mientras ésta se inclinaba sobre sus ejemplares inyectándoles una solución de bicloruro.

–¿Crees tú? –preguntó él– que el triops es la forma más desarrollada de vida en este lado oscuro?

–Sin duda alguna –replicó Pat–. Si existiera alguna forma superior, hace mucho tiempo que habría exterminado a estos pequeños diablos.

Pero estaba totalmente equivocada.

En el espacio de cuatro días, agotaron las posibilidades de exploración que ofrecía la llanura próxima al cohete, Pat había reunido una amplia colección de ejemplares y Ham había tomado un número incalculable de observaciones sobre temperaturas, variaciones magnéticas y direcciones y velocidad del viento inferior.

Así pues, decidieron trasladar la base. Volaron hacia el sur, hacia la región donde las vastas y misteriosas Montañas de la Eternidad se alzaban al otro lado de la barrera de hielo en el oscuro mundo de la cara nocturna. Volaban lentamente, a

algo menos de cien kilómetros por hora, pendientes sólo de que la luz delantera les alertase contra picachos aislados.

Hicieron alto dos veces y en cada una de ellas les bastó un día o dos para convencerse de que la región era similar a su primera base. Las mismas plantas venosas y bulbosas, el mismo y eterno viento inferior, las mismas risas de gargantas triópticas sedientas de sangre.

La tercera parada fue diferente. Se detuvieron a descansar en una salvaje y árida meseta entre los ribazos de las Grandes Eternidades. Muy hacia el oeste, medio horizonte todavía relumbraba en verde con la falsa puesta de sol, pero todo el espacio hacia el sur era negro y quedaba oculto a la vista por los inmensos escarpes de la cordillera que se alzaba sobre ellos a unos cuarenta kilómetros en los negros cielos. Las montañas eran invisibles, desde luego, en aquella región de noche interminable, pero Pat y Ham sentían la colosal proximidad de aquellos increíbles picos.

La poderosa presencia de las Montañas de la Eternidad los afectaba en otro modo. La región estaba caliente, no caliente conforme a las normas de la zona crepuscular, sino mucho más caliente que la llanura de abajo. Sus termómetros señalaban cero a un lado del cohete y cinco sobre cero al otro. Los inmensos picos, que ascendían hasta entrar en el nivel de los vientos superiores, desviaban corrientes que traían aire caliente para templar el frío hálito del viento inferior.

Ham contempló lúgubrementemente la parte de la meseta visible a la luz del cohete.

—No me gusta —gruñó—. Nunca me gustaron estas montañas, sobre todo desde que te dio la chifladura de cruzarlas para volver a la Tierra Fría.

—¡Chifladura! —repitió Pat—. ¿Quién bautizó estas montañas? ¿Quién las cruzó? ¿Quién las descubrió? ¡Mi padre! ¡Él y nadie más que él!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso imaginas que te basta silbar para que se doblen de rodillas a tus pies y el Paso del Loco se transforme en la alameda de un parque?

—¡No eres más que un yanqui cobardica! —increpó ella—. Voy a salir a dar un vistazo. —Se puso el traje, se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo—. ¿No vas..., no vas a venir también? —preguntó tímidamente.

Él sonrió con cierta malicia.

—Desde luego. Estaba esperando que me lo pidieses.

Se puso su traje y la siguió.

El paisaje tenía sus particularidades. A primera vista la meseta presentaba la misma salvaje aridez de hielo y piedra que habían encontrado en la llanura anterior. Había pináculos que la erosión del viento había esculpido con las formas más fantásticas, y el agreste paisaje que los rayos de sus cascos desvelaban era un terreno análogo a los ya conocidos. Pero el frío aquí era menos cruel; por extraño que parezca, en este curioso planeta, ganar altitud producía calor en lugar de frío, porque se llegaba así a la región de los vientos superiores. Aquí, en las

Montañas de la Eternidad, el viento inferior aullaba menos persistentemente, roto en ráfagas por los poderosos picos.

La vegetación era más abundante. Las venosas y bulbosas masas estaban por todas partes y Ham tenía que pisar con mucho cuidado para no repetir la desagradable experiencia de arrancar una y oír su doloroso gemido. Pat no sentía tales escrúpulos, insistiendo en que el gemido no era más que un tropismo; que los ejemplares que ella arrancaba y preparaba para su disección no sentían más dolor que el que pudiera sentir una manzana al ser comida; y que, al fin y al cabo, era misión de una bióloga ser una bióloga.

En algún lado más allá del círculo de luz que les envolvía chirrió la risa burlona de un triops y más que ver, Ham imaginaba las formas de aquellos demonios de la obscuridad. Por el momento, sin embargo, se mantenían en calma puesto que ninguna piedra que pasase zumbando había revelado una intención hostil.

Caminar en el centro de un círculo móvil de luz producía una sensación extraña. Ham no podía dejar de pensar que detrás del límite de visibilidad acechaban Dios sabe qué criaturas extrañas e increíbles, aunque la razón arguyera que tales monstruos no podían permanecer eternamente invisibles.

Ham y Pat seguían avanzando, Delante de ellos, los rayos de los cascos resplandecieron sobre un helado escarpe, un acantilado que se alzaba al término del camino que seguían.

Pat lo señaló con un ademán urgente.

–¡Mira allí! –exclamó, manteniendo fija su luz–. Cuevas en el hielo, madrigueras tal vez. ¿Las ves?

Las vio: un rosario de pequeños boquetes negros en la base del escarpe de hielo. Algo negro se deslizó riendo sobre la helada cuesta y se alejó: un triops. ¿Eran estos los habitáculos de las bestias?

–Fíjate –dijo Ham–, más de la mitad de agujeros tienen algo delante. ¿Rocas, quizá?

Precavidamente, con los revólveres en la mano, avanzaron. A la creciente intensidad de los rayos, disminuía la apariencia pétrea de aquellos objetos y se afirmaba su carácter de seres vivos. Finalmente no quedó duda alguna: la carnosa esponjosidad de los bulbos y la visible red circulatoria que se transparentaba la confirmaron. Habían dado con una nueva variedad de vida.

Estaban ahora a cuatro metros escasos de una de las criaturas. Recordaba un cesto boca abajo por su forma y tamaño. Como rasgos característicos destacaban un círculo completo de ojos que contorneaban el organismo y numerosas patas en su parte inferior. Ham acertó a distinguir cómo unos párpados semitransparentes se cerraban para proteger los ojos de la claridad de los focos.

Tras un instante de vacilación, Pat se encaró al inmóvil misterio.

–¡Bien! –exclamó–. Dimos con un nuevo amigo. ¡Hola paisano!

Entonces se produjo el acontecimiento que, por unos momentos, sumiría a Pat y a Ham en la consternación más profunda, que les dejaría asombrados, perplejos y aturdidos. Desde una membrana situada al parecer en la parte superior de la criatura, surgió una voz aguda y destemplada, que repitió:

–¡Hola, paisano!

Sobrevino un silencio expectante. Ham empuñó su revólver sin saber demasiado por qué. De haber sido necesario no habría atinado a utilizarlo. Estaba paralizado, atónito.

Pat recobró al fin la voz.

–No es... no puede ser real –dijo débilmente–. Es un tropismo. Esa cosa se ha limitado a repetir los sonidos que la han alcanzado. ¿No es así, Ham? ¿No es así?

–¡Bueno..., desde luego! –estaba mirando la hilera de ojos–. Tiene que ser así. Escucha –se inclinó hacia adelante y gritó directamente a la criatura–: ¡Hola! –Y volviéndose a Pat–: Vamos a ver si responde.

Lo hizo.

–No es un tropismo –chirrió en un inglés agudo, pero perfecto.

–¡No es ningún eco! –jadeó Pat. Retrocedió–. Estoy asustada –gimió, tirando de un brazo de Ham–. ¡Vámonos, pronto! Ham hizo que se colocara detrás de él.

–No soy más que un yanqui cobardica –gruñó–, pero voy a interrogar a este gramófono viviente hasta descubrir qué o quién lo hace funcionar.

–¡No, Ham, no! ¡Estoy asustada!

–No parece peligroso –observó Ham.

–No es peligroso –afirmó aquella criatura sobre el hielo.

Ham tragó saliva y Pat dejó escapar un débil chillido.

–¿Quién... quién eres? –preguntó Ham, titubeando.

No hubo ninguna respuesta. Los ojos lo miraban fijamente desde detrás de los párpados traslúcidos.

–¿Quién eres? –intentó otra vez.

De nuevo ninguna respuesta.

–¿Cómo es que sabes inglés? –preguntó al azar.

La voz chirriante sonó:

–Yo no saber inglés.

–Entonces, ¿por qué hablas inglés?

–Tú hablas inglés –explicó el misterio con toda lógica.

–No quería decir por qué. Quiero decir cómo.

Pat había superado en parte su aterrorizado asombro y su rápida mente percibía una pista.

–Ham –susurró, anhelante–, fijate que usa las mismas palabras que nosotros hemos usado. Somos nosotros quienes le damos el significado.

–Nosotros me damos el significado –confirmó la cosa, sin ningún respeto a la gramática. Ham comprendió por fin.

–¡Dios mío! –exclamó–. Entonces somos nosotros los que tenemos que darle un vocabulario.

–Vosotros habláis, yo hablo –sugirió la criatura.

–¡Claro! ¿Comprendes, Pat? Podemos decir cualquier cosa. –Hizo una pausa–. Veamos..., «cuando en el curso de los acontecimientos humanos sucede...»

–¡Cierra el pico! –espetó Pat–. ¡Yanqui, no te olvides que ahora estás en territorio de la Corona! «Ser o no ser; esa es la cuestión...»

Ham sonrió burlonamente y guardó silencio. Cuando ella hubo ahogado su memoria, se encargó él de la tarea: «Una vez había tres ositos...»

Y así continuaron. De pronto la situación le pareció a Ham fantásticamente ridícula. ¡Allí estaba Pat, en la cara nocturna de Venus, relatándole cuidadosamente el cuento de Caperucita Roja a una monstruosidad carente de humor! La muchacha le lanzó una mirada de perplejidad al prorrumpir él en una carcajada.

–¡Cuéntale el del caminante y la hija del granjero! –dijo él, desternillándose–. A ver si puedes arrancarle una sonrisa. Ella se unió a su carcajada aunque después añadió:

–En realidad, se trata de un asunto serio. ¡Imagínate, Ham! ¡Vida inteligente en el lado oscuro! ¿O es que no eres inteligente? –le preguntó de pronto a la cosa que estaba sobre el hielo.

–Soy inteligente –aseguró la criatura–. Soy inteligentemente inteligente.

–Por lo menos eres un lingüista maravilloso –dijo la muchacha–. ¿Has oído hablar alguna vez de alguien que haya aprendido inglés en media hora, Ham? ¡Figúrate lo que es eso!

Por lo visto, le había perdido ya todo el miedo a la criatura.

–Bueno, vamos a ver cómo resulta –sugirió Ham–. ¿Cómo te llamas, amigo?

No hubo ninguna respuesta.

–Es natural –intervino Pat–. No puede decirnos su nombre hasta que se lo digamos en inglés, y no podemos hacer eso porque... Bueno, vamos a llamarlo Oscar. Eso servirá.

–Está bien. Vamos a ver, Oscar, ¿qué eres tú?

–Humano; soy un hombre.

–¿Eh? ¡Que te aspen, si lo eres!

–Esas son las palabras que vosotros me habéis dado. Para mí, yo soy un hombre para vosotros.

–Espera un momento. «Para mí, yo soy...» Ya comprendo, Pat. Quiere decir que las únicas palabras que nosotros tenemos para lo que él se considera a sí mismo son palabras como hombre y humano. Bien, ¿cuál es tu pueblo, entonces?

–Pueblo.

–Quiero decir tu raza. ¿A qué raza perteneces?

–A la humana.

–¡Oh! –gimió Ham–. Prueba tú, Pat.

–Oscar –dijo la muchacha–, tú eres humano, ¿eres un mamífero?

–Para mí, el hombre es un mamífero para ti.

–¡Vaya por Dios! –lo intentó de nuevo–. Oscar, ¿cómo se reproduce tu raza?

–No tengo las palabras.

–¿Naciste?

El extraño rostro, o el cuerpo sin rostro, de la criatura cambió ligeramente. Pesados párpados cayeron sobre los semitransparentes que defendían sus muchos ojos; parecía como si aquella cosa se estuviese concentrando.

–Nosotros no nacemos –chirrió.

–Entonces..., ¿semillas, esporas, partenogénesis? ¿O división?

–Esporas –chilló el misterio– y división.

–Pero...

Se detuvo, desconcertada. En el momentáneo silencio llegó la burlona risotada de un triops y ambos se volvieron automáticamente hacia la izquierda. Se quedaron mirando con fijeza y apartaron la vista consternados, Uno de aquellos diablos se había apoderado de una de las criaturas de las cuevas y se la estaba llevando. Y para que el horror resultase más espeluznante, el resto de sus congéneres permanecía delante de sus agujeros mirando con la mayor indiferencia.

–¡Oscar –chilló Pat–, han atrapado a uno de los tuyos! Se interrumpió de pronto al oír el estampido del revólver de Ham, pero fue un disparo inútil.

–¡Oh! –gimió la muchacha–. ¡Los diablos! ¡Han atrapado a uno!

–La criatura que estaba ante ellos no hizo el menor comentario–. Oscar –gritó Pat–, ¿es que no te importa? ¡Han asesinado a uno de los tuyos! ¿No comprendes?

–Sí.

–Pero, ¿es que eso no te afecta en absoluto? –En cierto modo, las criaturas habían llegado a ganarse la simpatía de Pat: sabían hablar, eran algo más que animales–. ¿No te importa en absoluto?

–No.

–Pero, ¿qué son esos diablos para vosotros? ¿Qué hacen para que los dejéis asesinaros?

–Nos comen –dijo Oscar plácidamente.

–¡Oh! –jadeó Pat, horrorizada–. Pero, ¿por qué no...? Se interrumpió; la criatura estaba retrocediendo lenta y metódicamente hacia su agujero.

–¡Espera! –gritó la muchacha–. No pueden llegar aquí. Con nuestras luces...

La voz chirriante se dejó oír:

–Hace frío. Me voy por culpa del frío.

Se hizo el silencio.

La temperatura había bajado. El radicado viento inferior gemía ahora más firmemente y, mirando a lo largo del ribazo, Pat vio que todas y cada una de las criaturas estaban retirándose como Óscar a sus respectivos agujeros. Volvió una mirada de impotencia hacia Ham.

–¿He soñado todo esto? –susurró.

–Entonces lo hemos soñado los dos, Pat.

La tomó del brazo y la guió de vuelta al cohete, cuyas redondas claraboyas brillaban como una invitación en la oscuridad.

Una vez en el cálido interior, habiéndose quitado el pesado traje, Pat se sentó con las piernas cruzadas, encendió un cigarrillo e inició una consideración más racional del misterio.

–Hay algo que no entiendo en esto, Ham. ¿Notas tú algo raro en la mente de Óscar?

–Es diabólicamente rápida.

–Sí; es bastante inteligente. Inteligencia de nivel humano o incluso –vaciló–, más que humano. Pero no es una mente humana. Es distinta en cierto modo, alienígena, extraña. No puedo expresar completamente lo que pienso, pero, ¿te has dado cuenta de que Óscar nunca hace una pregunta? Ni la más mínima.

–¿Cómo que...? ¡Es raro eso!

–Es condenadamente raro. Cualquier inteligencia humana, al tropezar con otra forma de vida racional, haría un montón de preguntas. Nosotros las hicimos. Y eso no es todo. Esa indiferencia suya cuando el triops atacó, ¿cómo catalogarla? Yo he visto a una araña cazadora atrapar a una mosca entre un conjunto de éstas sin impresionarlas lo más mínimo, pero, ¿podrían reaccionar así criaturas inteligentes? No podrían; ni siquiera con cerebros poco evolucionados. Si matas a un ciervo, el resto del rebaño huye; si disparas a un gorrión, la bandada desaparece.

–Eso es verdad, Pat. Oscar y los suyos son unos tipos rarísimos. Unos extraños animales.

–¿Animales? No me digas que no te has dado cuenta, Ham.

–¿Cuenta de qué?

–Oscar no es ningún animal, Es una planta, un vegetal móvil, de sangre caliente. Todo el tiempo que estuvimos hablando con él, estuvo hozando con..., bueno, con su raíz. Y aquellas cosas que parecían patas eran... vainas. No andaba sobre ellas; se arrastraba sobre su raíz. Y, lo que es más, él...

–¿Qué es más?

–Lo que es más, Ham, es que esas vainas son de la misma clase que aquellas que nos lanzaron los trioptes en el cañón de las Montañas de la Eternidad, las que estuvieron a punto de asfixiarnos y...

–Querrás decir las que hicieron que te desmayaras, ¿no?

–De cualquier modo, tuve la suficiente presencia de ánimo para darme cuenta de ellas –replicó la muchacha, ruborizándose–. Pero eso forma parte del misterio, Ham. ¡La mente de Oscar es una mente vegetal! –Hizo una pausa, mientras Ham cargaba su pipa y lanzaba bocanadas de humo–. ¿Crees –preguntó de improviso– que la presencia de Oscar y de sus compañeros representa una amenaza para la colonización de Venus? Sé que son criaturas del lado oscuro, pero, ¿qué pasaría si se descubren minas aquí? ¿Qué pasaría si resulta que esta es una zona apta para la explotación comercial? Los humanos no pueden vivir indefinidamente apartados de la luz del Sol, lo sé, pero podría surgir la necesidad de montar aquí colonias temporales y, ¿qué pasaría entonces?

–Bien, ¿qué iba a pasar entonces? –replicó Ham.

–¿No te lo imaginas? ¿Hay sitio en un mismo planeta para dos razas inteligentes? ¿No se produciría un conflicto de intereses más tarde o más temprano?

–¿Y qué? –gruñó él–. Estos seres son primitivos, Pat. Viven en cuevas, sin cultura, sin armas. No representan ningún peligro para el hombre.

–Pero son espléndidamente inteligentes. ¿Cómo sabes tú que los que hemos visto no son sino una tribu bárbara y que en la inmensidad del lado oscuro no existe una civilización vegetal? Tú sabes que la civilización no es la prerrogativa del género humano; piensa si no en la poderosa y decadente cultura de Marte y

los restos muertos de Titán. Lo que pasa simplemente es que el hombre ha conseguido imprimir la marca más indeleble, por lo menos hasta ahora.

–Tienes razón, Pat –convino él–. Pero si Oscar y sus congéneres no son más combativos de lo que se mostraron con los trioptes asesinos, no creo que constituyan ninguna amenaza.

Ella se estremeció.

–No logro entenderlo. Me pregunto si...

Se detuvo, frunciendo el ceño.

–¿Si qué?

–No... no lo sé. Se me ha ocurrido una idea..., una idea más bien horrible –alzó la mirada de improviso–. Ham, mañana voy a averiguar con toda exactitud hasta qué punto es inteligente Oscar. Averiguar exactamente su tipo de inteligencia... si puedo.

Pero hubo ciertas dificultades. Cuando Ham y Pat se acercaron al ribazo helado, después de caminar por aquel terreno fantástico, comprendieron que serían incapaces de identificar la cueva de Oscar. A los centelleantes reflejos de las luces, cada abertura tenía exactamente el mismo aspecto que las demás y las criaturas que estaban a la entrada los miraban fijamente con ojos en los que no podía leerse expresión ninguna.

–Bueno –dijo Pat, desconcertada–, tendremos que probar. Tú, el de ahí, ¿eres Oscar? La voz rechinante sonó:

–Sí.

–No lo creo –objetó Ham–. Estaba más a la derecha. ¿Eh, eres tú, Oscar?

Otra voz chirrió:

–Sí.

–¡No podéis ser los dos Oscar! El elegido por Pat respondió:

–Todos somos Oscar.

–¡Oh, no te preocupes! –intervino Pat, adelantándose a las protestas de Ham–. Por lo visto, lo que uno sabe lo saben todos. Podemos elegir a cualquiera. Oscar, dijiste ayer que eras inteligente. ¿Eres más inteligente que yo?

–Sí. Mucho más inteligente.

–¡Vaya! –comentó Ham con una risita–. ¡Trágate esa, Pat! Ella resopló.

–Bueno, eso lo coloca muy por encima de ti, yanqui. Oscar, ¿mientes alguna vez?

Párpados opacos cayeron sobre párpados traslúcidos.

–Mentir –repitió la voz chillona–. Mentir. No. No hay necesidad.

–Bueno, pero tú... –Se interrumpió repentinamente al oír un sordo estampido–. ¿Qué es eso? ¡Oh, mira, Ham, una de sus vainas ha estallado!

La muchacha retrocedió.

Les asaltó un olor fuerte y penetrante que traía a su memoria aquella hora de peligro que pasaron en el cañón, pero esta vez no tan intenso como para casi asfixiar a Ham y hacer que la muchacha se desmayara. Era un olor fuerte, acre y sin embargo no del todo desagradable.

–¿Para qué es eso, Osear?

–Así es como nos...

La voz se cortó en seco.

–¿Reproducimos? –sugirió Pat.

–Sí. Reproducimos. El viento lleva nuestras esporas de unos a otros. Vivimos donde el viento no sopla de un modo regular.

–Pero ayer dijiste que vuestro método era el de la división.

–Sí. Las esporas se alojan en nuestros cuerpos y hay una... Una vez más la voz se extinguió.

–¿Una fertilización? –sugirió la muchacha.

–No.

–Bueno... ¡ya sé! ¡Una irritación!

–Sí.

–Que produce un crecimiento en forma de tumor, ¿verdad?

–Sí. Cuando el crecimiento está terminado, nos dividimos.

–¡Uf! –rezongó Ham–. ¡Un tumor!

–Cierra el pico –disparó la muchacha–. Eso ni más ni menos es un bebé: un tumor normal.

–Un tumor normal..., bueno, me alegro de no ser biólogo. Ni de ser mujer.

–Yo me alegro de lo contrario –dijo Pat altivamente–. Oscar, ¿cuánto sabes tú?

–Todo.

–¿Sabes de dónde viene mi gente?

–De más allá de la luz.

–Sí, pero, ¿antes de eso?

–No.

–Venimos de otro planeta –dijo la muchacha con un tono que quería ser impresionante. Viendo que Oscar guardaba silencio, añadió–: ¿Sabes lo que es un planeta?

–Sí.

–Pero, ¿lo sabías antes de que yo dijese la palabra?

–Sí. Muchísimo antes.

–Pero, ¿cómo? ¿Sabes lo que son las máquinas? ¿Sabes lo que son las armas? ¿Sabéis vosotros hacerlas?

–Sí.

–Entonces, ¿por qué no las hacéis?

–No hace falta.

–¿Cómo que no hace falta? –protestó ella–. Con luz, incluso sólo con fuego, podríais mantener a raya a los trioptes, podríais impedir que os comieran.

–No hace falta.

Ella se volvió, impotente, hacia Ham.

–Este individuo está mintiendo –sugirió él.

–No lo creo –murmuró ella–. Es otra cosa, algo que no entendemos. Oscar, ¿cómo es que sabes todas estas cosas?

–Inteligencia.

Junto a la cueva siguiente, otra vaina estalló de improviso.

–Pero, ¿cómo? Dime cómo descubriste los hechos.

–Partiendo de cualquier hecho –chirrió la criatura posada sobre el hielo–, la inteligencia puede construir un cuadro del... Hubo un silencio.

–¿Del Universo? –sugirió ella.

–Sí. Del Universo. Arranco de un hecho y empiezo a razonar desde él. Construyo un cuadro del Universo. Empiezo con otro hecho. Razono a partir de él. Si los resultados coinciden, sé que el cuadro es verdadero.

Los dos oyentes miraban con consternado respeto a la criatura.

–¡Vaya! –exclamó Ham, tragando saliva–. Si eso es verdad, Oscar podría descubrirnos cualquier cosa. Oscar, ¿puedes comunicarnos secretos de cosas que no sepamos?

–No.

–¿Por qué no?

–Primero tendríais que darme las palabras necesarias. No puedo deciros aquello para lo cual no tenéis palabras.

–¡Es verdad! –susurró Pat–. Pero, Oscar, yo tengo las palabras tiempo y espacio y energía y materia y ley y causa. Dime la ley suprema del universo.

–Es la ley de... Silencio.

–¿Conservación de la energía o de la materia? ¿Gravitación?

–No.

–¿De... de Dios?

–No.

–¿De la vida?

–No. La vida no tiene ninguna importancia.

–¿De... qué? No se me ocurre pensar en otra palabra.

–Hay la posibilidad –dijo Ham tensamente– de que no haya ninguna palabra.

–Sí –rechinó Óscar–. Es la ley de la posibilidad. Esas otras palabras son facetas diferentes de la ley de la posibilidad.

–¡Cielo santo! –jadeó Pat–. Óscar, ¿tú sabes lo que yo quiero decir con estrellas, soles, constelaciones, planetas, nebulosas, átomos, protones y electrones?

–Sí.

–Pero, ¿cómo? ¿Has podido mirar las estrellas que están por encima de esas nubes eternas? ¿O el Sol que está más allá de la barrena?

–No. La razón es suficiente, porque sólo hay un camino posible para la existencia del universo. Sólo lo que es posible es real; lo que no es real tampoco es posible.

–¡Eso... eso parece significar algo! –murmuró Pat–. No sé exactamente qué. Pero, Oscar, ¿por qué no utilizas tus conocimientos Para protegerte de tus enemigos?

–No hay necesidad. No hay necesidad de hacer nada. Dentro de cien años estaremos...

Silencio.

–¿A salvo?

–Si... no.

–¿Cómo? –un horrible pensamiento la asaltó–. ¿Quieres decir... extinguidos...?

–Sí.

–¡Pero Oscar! ¿No quieres vivir? ¿No quiere vivir tu gente?

–Querer –chilló Oscar–. Querer, querer, querer. Esa palabra no significa nada.

–Significa... significa deseo, anhelo.

–El deseo no significa nada. Anhelo, anhelo. No, mi gente no anhela sobrevivir.

–¡Oh! –exclamó Pat débilmente–. Entonces, ¿por qué os reproducís?

Como en respuesta, una vaina recién estallada lanzó sobre ellos su acre polvo.

–Porque no tenemos más remedio –rechinó Oscar–. Cuando las esporas presionan, tenemos que expulsarlas.

–Ya comprendo –murmuró Pat lentamente–. Ham, creo que he dado con el quid. Creo que comprendo. Volvamos a la nave.

Sin decir adiós, se alejó y Ham la siguió pensativamente. Una extraña melancolía lo apesadumbraba.

Tuvieron un ligero percance. Una piedra arrojada por alguno de los trioptes emboscados tras la loma rompió la lámpara izquierda del casco de Pat. Aquello apenas pareció molestar a la muchacha; miró brevemente de soslayo y siguió andando. Pero durante todo el regreso, en la obscuridad que tenían a la izquierda, los iban persiguiendo chillidos, aullidos y risotadas burlonas.

Dentro del cohete, Pat depositó cansadamente su bolsa de muestras encima de la mesa y se sentó sin quitarse el pesado traje. Tampoco se lo quitó Ham. A pesar del opresivo calor de la vestimenta, también él se dejó caer melancólicamente en un banquillo.

–Estoy cansada –dijo la muchacha–, pero no tan cansada como para no darme cuenta de lo que significa este misterio.

–¿Qué significa?

–Ham –preguntó ella–, ¿cuál es la gran diferencia entre la vida vegetal y la vida animal?

–Pues... que las plantas extraen su sustento directamente del suelo y del aire. Los animales necesitan plantas u otros animales como alimento.

–Eso no es enteramente verdad, Ham. Algunas plantas son parásitas y hacen presa en la vida de otras. Piensa en las Tierras Cálidas, o piensa incluso en algunas plantas terrestres: los hongos o las plantas carnívoras, como la dionaea, que atrapa moscas...

–Bueno, los animales se mueven y las plantas no.

–Tampoco eso es verdad. Mira las bacterias; son plantas, pero nadan de un lado a otro en busca de comida.

–Entonces, ¿cuál es la diferencia?

–A veces resulta difícil expresarla –murmuró ella–, pero creo que ahora la veo. Es esta: los animales tienen deseo y las plantas necesidad. ¿Comprendes?

–Ni jota.

–Escucha, entonces. Una planta, incluso una planta que se mueve, actúa así porque no le queda más remedio, porque está hecha así. Un animal actúa porque quiere actuar o porque está hecho de forma que quiera actuar.

–¿Qué diferencia hay?

–Grandísima. Un animal tiene voluntad, una planta no tiene voluntad, ¿Comprendes ahora? Oscar tiene toda la espléndida inteligencia de un genio, pero no tiene ni la voluntad de un gusano. Tiene reacciones, pero ningún deseo. Cuando el viento es caliente, sale y se alimenta; cuando es frío, se vuelve a meter en su cueva, confortable por el calor de su cuerpo. Pero eso no es voluntad; es simplemente una reacción. Él no tiene deseos.

Ham se quedó mirando fijamente, olvidando su cansancio.

–¡Que me aspen, si eso no es verdad! –exclamó–. Por eso nunca hacen preguntas. Se necesita deseo o voluntad para formular una pregunta. Y por eso no tienen ninguna civilización ni la tendrán nunca.

–Por eso y por otras razones –dijo Pat–. Fíjate en esto: Oscar no tiene sexo, y a pesar de tu orgullo yanqui, el sexo ha sido un gran factor para promover la civilización: es la base de la familia. Entre los congéneres de Oscar no hay ni padres ni hijos. Él se divide; cada mitad suya en un adulto, probablemente con todos los conocimientos y memoria del original.

»No hay necesidad de amor ni lugar para él y por tanto ningún incentivo para luchar por la pareja, por la familia, y ninguna razón para hacer la vida más fácil, y ninguna causa para aplicar la inteligencia a desarrollar el arte o la ciencia o lo que quiera que sea –hizo una pausa–. ¿Has oído hablar alguna vez de la ley de Malthus, Ham?

–Que yo recuerde, no.

–La ley de Malthus dice que la población depende de la existencia de alimentos. Si los alimentos aumentan, la población aumenta proporcionalmente. El hombre se desarrolló conforme a esta ley; ha quedado suspendida por un tiempo, pero nuestra raza llegó a ser humana bajo el imperio de la misma.

–¡Suspendida! Eso suena como rechazar la ley de la gravitación o corregir la ley de la atracción de los cuerpos.

–No, no –dijo ella–. Quedó suspendida por el desarrollo de la maquinaria que ha impulsado tanto el aumento de la producción de comida que la población no llegó a alcanzarlo. Pero lo alcanzará, y la ley de Malthus regirá de nuevo.

–¿Qué tiene que ver eso con Óscar?

–Esto, Ham; él nunca se desenvolvió sometido al imperio de esa ley. Otros factores mantenían el número de sus congéneres por debajo del límite de la existencia de alimentos, y por eso se desarrollaron libres de la necesidad de luchar por la comida. Está tan perfectamente adaptado a su entorno, que no necesita nada más. Para él una civilización sería algo superfluo.

–Sí, pero entonces, ¿qué pasa con los triops?

–Sí, el triops. Mira, Ham, como te dije hace días, el triops es un recién llegado, empujado desde la zona crepuscular. Cuando esos diablos llegaron, la gente de Oscar había completado ya su evolución y no podían cambiar para adaptarse a las nuevas condiciones, o al menos no podía hacerlo con suficiente rapidez. Por eso... están condenados.

»Como Oscar dice, se extinguirán pronto, y eso..., eso ni siquiera les importa –la muchacha se estremeció–. Todo lo que hacen, todo lo que pueden hacer, es sentarse ante sus cuevas y pensar. Probablemente tienen pensamientos estupendos, pero no pueden ejercitar ni siquiera la voluntad de una mosca, Eso es una inteligencia vegetal; eso es lo que tiene que ser.

–Creo... creo que tienes razón –masculló él–. En cierto modo es horrible, ¿no?

–Sí –a pesar de su grueso traje, la muchacha se estremeció–. Sí; es horrible. Pensar que existen esas mentes inmensas y espléndidas y que no hay forma de que actúen... Es como un poderoso motor de gasolina con el eje roto, Ham, ¿sabes cómo voy a llamarles? *lotophagi veneris*, lotófagos de Venus. Contentos con sentarse y soñar sobre la existencia mientras mentes inferiores, las nuestras y la de los trioptes, luchan por sus respectivos planetas.

–Es un buen nombre, Pat –cuando ella se puso en pie, Ham le preguntó, sorprendido–: ¿Y tus muestras? ¿No vas a prepararlas?

–Mañana, mañana.

Se echó en su camastro sin quitarse el traje espacial.

–¡Pero se estropearán! Y tengo que arreglar la luz de tu casco.

–Mañana, mañana –repitió ella cansadamente.

Ham se sentía tan desalentado que no pudo seguir discutiendo.

Cuando el nauseabundo olor de las plantas podridas lo despertó, algunas horas más tarde, Pat dormía, embutida aún en el pesado traje. Ham arrojó la bolsa y las muestras por la portezuela y luego le quitó el traje a la muchacha que apenas se movió mientras él la arrojaba suavemente en el camastro.

Al despertar, Pat ni tan siquiera echó de menos la bolsa de las muestras. Tampoco hizo ningún comentario al verlas esparcidas sobre la pálida meseta cuando salieron para ir al encuentro de Oscar. La lámpara del casco de la muchacha seguía sin reparar y una vez más, a la izquierda, las risotadas burlonas de los moradores de la noche los seguían, flotando misteriosamente en el viento inferior. Un par de veces, piedras lanzadas desde lejos arrancaban hielo de agujas cercanas. Caminaron melancólicamente y en silencio, como en una especie de fascinación, pero sus mentes parecían tener una extraña claridad.

Pat se dirigió al primer lotófago que vio.

–Hemos vuelto, Oscar –dijo con una débil recuperación de su acostumbrada desenvoltura–. ¿Cómo has pasado la noche?

–Pensando –rechinó aquella cosa.

–¿Pensando en qué?

–Pensando en...

La voz cesó. Estalló una vaina y el punzante olor curiosamente agradable llegó a sus narices.

–¿En nosotros?

–No.

–¿En el mundo?

–No.

–¿En...? ¿De qué sirve esto? –acabó ella cansadamente–. Podríamos estar así siempre y quizá no acertáramos nunca con la pregunta justa.

–Si hay una pregunta justa –añadió Ham–. ¿Cómo sabes que hay palabras para expresarla? ¿Cómo sabes siquiera que sean pensamientos que nuestras mentes puedan concebir? Debe de haber pensamientos más allá de nuestro alcance.

A la izquierda del grupo, una vaina estalló con un sombrío estampido, Ham vio que el polvo se movía como una sombra a través de los rayos de sus lámparas cuando el viento inferior lo empujaba, y vio cómo Pat aspiraba una profunda bocanada de aquel aire que se arremolinaba a su alrededor. Era curioso lo agradable que resultaba aquel olor, especialmente si se tenía en cuenta que estaba formado por la misma materia que en concentración más alta casi les había costado la vida. Se sintió vagamente preocupado al asaltarle aquel pensamiento, pero no pudo asignar ningún motivo a aquella preocupación.

Se dio cuenta de pronto de que ambos estaban en pie en completo silencio ante el lotófago. Habían venido a hacer preguntas, ¿no era así?

–Oscar –dijo él–, ¿cuál es el significado de la vida?

–Ninguno. No hay ningún significado.

–Entonces, ¿por qué luchar así por ella?

–Nosotros no luchamos por ella. La vida carece de importancia.

–Y cuando hayáis desaparecido, el mundo continuará igual, ¿no es así?

–Cuando hayamos desaparecido, no habrá diferencia para nadie, excepto para los trioptes que nos comen.

–Que os comen –corrigió Ham.

Había algo en aquel pensamiento que penetró la niebla de indiferencia que le embotaba la mente. Miró a Pat, pasiva y silenciosa a su vez, y al resplandor de la lámpara del casco de la muchacha pudo ver sus claros ojos grises mirando fijamente al frente profundamente abstraída y cavilosa. Y más allá de la loma sonaron de pronto los chillidos y las risotadas salvajes de los habitantes de la obscuridad.

–Pat –dijo él.

No hubo ninguna respuesta.

–Pat –repitió, levantando una mano melancólica hacia el brazo de la muchacha–. Tenemos que volver –a su derecha estalló una vaina–. Tenemos que volver – repitió.

Una súbita granizada de piedras llegó volando desde la loma. Una le dio en el casco, y su lámpara delantera estalló con una sorda explosión. Otra le dio en el brazo produciéndole un dolor agudo que, sorprendentemente, le pareció sin importancia.

–Hemos de volver –reiteró él con obstinación. Pat habló al fin sin moverse.

–¿Para qué? –preguntó ella sombríamente.

Ham frunció el ceño ante la pregunta. ¿Para qué? ¿Para volver a la zona crepuscular? Surgió en su mente un cuadro de Erotia y luego una visión de aquella luna de miel que habían planeado pasar en la Tierra, y después toda una serie de escenarios terrestres: New York, un verde prado, la soleada granja de su juventud. Pero todo aquello parecía muy lejano y muy irreal.

Una violenta pedrada en el hombro le hizo recuperar la conciencia y vio cómo una piedra rebotaba en el casco de Pat. Sólo dos de las lámparas de la muchacha alumbraban ahora, la trasera y la derecha, y él se dio cuenta vagamente de que en su propio casco sólo ardían la trasera y la izquierda. Sombrías figuras se deslizaban y saltaban por la cresta de la loma que ahora, debido a la rotura de sus luces, quedaba en la penumbra. Numerosas piedras zumbaban alrededor de ellos.

Hizo un esfuerzo supremo y agarró un brazo de la muchacha.

–¡Hemos de volver! –masculló.

–¿Para qué? ¿Para qué hemos de volver?

–Porque nos matarán, si nos quedamos.

–Sí, ya lo sé, pero...

Él dejó de escuchar y tiró salvajemente del brazo de Pat. La muchacha se tambaleó detrás de él mientras Ham caminaba obstinadamente hacia el cohete.

Cuando sus lámparas traseras barrían la loma sonaban agudos chillidos. Mientras avanzaban con infinita lentitud, los gritos se extendieron a derecha e izquierda. Comprendió lo que aquello significaba: los demonios estaban rodeándolos para situarse frente a ellos donde las estropeadas lámparas no lanzaban su luz protectora.

Pat seguía pasivamente, sin hacer ningún esfuerzo por sí misma. Era simplemente el tirón del brazo de su marido lo que la obligaba a andar y el esfuerzo se hacía para él intolerable. Frente a ellos, cambiantes sombras que aullaban y chillaban, estaban los demonios que iban en pos de sus vidas.

Ham torció la cabeza de forma que su lámpara derecha barrierá la zona, Sonaron los chillidos del enemigo que se precipitaba en pos de picos y peñascos para encontrar refugio en la sombra protectora.

Pat se dejó caer, dispuesta al parecer, a no dar ni un paso más.

–No vale la pena –murmuró la muchacha, pero no opuso ninguna resistencia cuando él la alzó en brazos.

A Ham se le ocurrió vagamente una idea: colocó su carga de forma que la lámpara derecha de la joven proyectase su rayo hacia adelante y de ese modo, tambaleándose, llegó por fin al círculo de luz que rodeaba al cohete, abrió la puerta y depositó a Pat en el suelo.

Tuvo una impresión final. Los trioptes, sombrío cortejo envuelto en fúnebres risotadas, se deslizaban en la oscuridad hacia la loma donde Oscar y su gente aguardaban en plácida aceptación de su destino.

El cohete rugía a siete mil metros de altura. A punto como estaban de entrar en la zona crepuscular, Pat y Ham podían ver bajo ellos las nubes blancas por delante y negras por detrás. A aquella altura, se podía apreciar muy bien la pronunciada curvatura del planeta.

–En realidad, una pelota de la que no puede utilizarse más que una pequeñísima parte –dijo Ham, mirando hacia abajo.

–Fueron las esporas –continuó Pat, pasando por alto aquel comentario–. Sabíamos que contenían narcótico, pero no podíamos sospechar que contuvieran una droga tan sutil como ésa, capaz de anular la voluntad y arrebatar las fuerzas. La gente de Oscar son lotófagos y lotos al mismo tiempo. Lo siento, lo siento por ellos. ¡Esas colosales y espléndidas mentes tuyas, tan inútiles! –hizo una pausa–. Ham, ¿qué te hizo ver lo que estaba pasando? ¿Qué te impulsó a actuar?

–Fue el comentario de Oscar, cuando dijo que sólo servía de comida a los trioptes.

–¿Y qué?

–Pues bien, ¿sabías que habíamos consumido toda nuestra comida? Aquel comentario me hizo recordar que llevábamos dos días sin comer.

Proceso

Alfred Elton van Vogt

Process, © 1950 (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Diciembre de 1950). Traducido por ? en ?

Bajo la brillante luz de aquel lejano sol, el bosque respiraba y estaba vivo. Era consciente de la nave que acababa de aparecer, tras atravesar las ligeras brumas de la alta atmósfera. Pero su automática hostilidad hacia cualquier cosa alienígena no iba acompañada inmediatamente por la alarma.

Por decenas de miles de kilómetros cuadrados, sus raíces se entrelazaban bajo el suelo, y sus millones de copas se balanceaban indolentemente bajo miles de brisas. Y más allá, extendiéndose a lo ancho de las colinas y las montañas, y más allá aún, hasta el borde de un mar casi interminable, se extendían, otros bosques, tan fuertes y poderosos como él mismo.

Desde un tiempo inmemorial el bosque había guardado el suelo de un peligro cuya comprensión se había perdido. Pero ahora empezaba a recordar algo de este peligro. Provenía de naves como aquella que descendía ahora del cielo. El bosque no llegaba a determinar exactamente cómo se había defendido a sí mismo en el pasado, pero sí recordaba claramente que aquella defensa había sido necesaria.

A medida que iba siendo más y más consciente de la aproximación de la nave a través del cielo gris-rojo que había sobre él, sus hojas susurraron un eterno relato de batallas libradas y ganadas. Los pensamientos recorrían su lento camino a lo largo de canales de vibraciones, y las ramas madres de cientos de árboles temblaron imperceptiblemente.

Lo vasto de tal temblor, afectando poco a poco a todos los árboles, creó gradualmente un sonido y una tensión. Al principio fue casi impalpable, como una suave brisa soplando a través de un verdeante valle. Pero aumentó de intensidad.

Adquirió substancia. El sonido llegó a envolverlo todo. Y la totalidad del bosque aguardó, vibrando su hostilidad, esperando la cosa que se le acercaba a través del cielo.

No tuvo que esperar mucho.

La nave aumentó de tamaño mientras seguía la curva de su trayectoria. Su velocidad, ahora que estaba más cerca del suelo, era mayor de lo que había parecido al principio. Planeó amenazadora, por encima de los árboles más cercanos, y descendió aún más, sin preocuparse de las copas. Algunas ramas se rompieron, algunos vástagos se incendiaron, y árboles enteros fueron barridos como si se tratara de seres insignificantes, sin peso ni fuerza.

La nave prosiguió su descenso, abriéndose camino a través del bosque que gritaba y gemía a su paso. Se posó, abriendo un profundo surco en el suelo, tres kilómetros después de que tocara el primer árbol. Tras ella, la senda de árboles tronchados se estremecía y palpitaba bajo la luz del sol, un recto sendero de destrucción que –recordó repentinamente el bosque– era idéntico al que se había producido en el pasado.

Empezó amputando los sectores alcanzados. Hilo refluir su savia, y cesó su vibración en el área afectada. Más tarde enviaría nuevos brotes a reemplazar a aquellos que habían sido destruidos, pero ahora aceptó aquella muerte parcial y sufrió por ella. Conoció el miedo.

Era un miedo teñido por la rabia. Sentía la nave yaciendo sobre los troncos partidos, en una parte de sí mismo que aún no estaba muerta. Sentía la frialdad y la dureza de aquellas paredes de acero, y el miedo y la rabia aumentaron.

Un susurrar de pensamientos pulsó a lo largo de los canales vibratorios. Espera, decían, hay un recuerdo en mí. Un recuerdo de un lejano tiempo en el que vinieron otras naves parecidas a ésta.

El recuerdo se negó a precisarse. Tenso pero vacilante, el bosque se preparó a lanzar su primer ataque. Empezó a crecer alrededor de la nave.

Mucho tiempo atrás había descubierto el poder de crecimiento que poseía. Había sido en un tiempo en el que ocupaba una extensión mucho más limitada que la que cubría ahora. Y entonces, un día, se dio cuenta de que estaba muy cerca de otro bosque como él mismo.

Las dos masas de árboles en crecimiento, los dos colosos de entremezcladas raíces, se acercaron mutuamente lenta, prudentemente, en una creciente pero cautelosa sorpresa y maravilla de que otra forma de vida similar a la suya hubiera podido existir todo aquel tiempo. Se acercaron, se tocaron... y lucharon durante años.

Durante aquella prolongada lucha casi nada creció en las regiones centrales, que se detuvieron. Los árboles dejaron de desarrollar nuevas ramas. Las hojas, por necesidad, se robustecieron y afirmaron sus funciones para períodos mucho más largos. Las raíces se desarrollaron lentamente. Toda la energía utilizable del bosque fue concentrada en los procesos de defensa y ataque.

Auténticas murallas de árboles se levantaban en una noche. Enormes raíces cavaban túneles en las profundidades del suelo penetrando kilómetros y kilómetros, abriéndose paso entre rocas y metales, edificando una barrera de madera viva contra el invasor crecimiento del bosque extranjero. En la superficie, las barreras se cerraron en una línea de un kilómetro o más de árboles situados tronco contra tronco. Y, bajo estas bases, la gran batalla se detuvo finalmente. El bosque aceptó el obstáculo creado por su enemigo.

Más tarde, luchó con las mismas armas contra un segundo bosque que lo atacaba desde otra dirección.

Los límites de estas demarcaciones empezaron a ser tan naturales como el gran mar salado del sur, o las heladas cúspides de las montañas que se cubrían de nieve una vez cada año.

Y como había hecho en su batalla contra los otros dos bosques, el bosque concentró toda su fuerza contra la nave invasora. Los árboles crecieron a un ritmo de treinta centímetros cada pocos minutos. Las plantas trepadoras escalaron los árboles, se proyectaron por encima de la nave. Los incontables filamentos reptaron por encima del metal, y se anudaron por sí mismos alrededor de los árboles del otro lado. Las raíces de aquellos árboles se enterraron profundamente en el suelo, y se anclaron en un estrato rocoso más resistente que ninguna nave jamás construida. Los troncos se ensancharon, y las lianas engrosaron hasta convertirse en enormes cables.

Cuando la luz de aquel primer día dejó paso al grisor del atardecer, la nave estaba enterrada bajo cientos de toneladas de madera, y oculta bajo un follaje tan denso que ninguna parte de ella era visible.

Había llegado el momento de pasar a la acción para la destrucción final.

Poco después de obscurecer, pequeñas raíces comenzaron a tantear por debajo de la nave. Eran infinitésimamente pequeñas; tan pequeñas que en su estadio inicial no tenían más que unas pocas docenas de átomos de diámetro; tan pequeñas que el aparentemente sólido metal parecía casi vacío para ellas; tan increíblemente pequeñas que penetraron sin ningún esfuerzo en el duro acero.

Fue en aquel momento, como si hubiera estado aguardando a que llegara aquel estadio, que la nave reaccionó, pasando a la acción. El metal empezó a calentarse, luego quemó, después se puso al rojo vivo. Era todo lo que necesitaba. Las minúsculas raíces se contrajeron y murieron. Las raíces más grandes cerca del metal ardieron lentamente a medida que el creciente calor las alcanzaba.

En la superficie se inició otro tipo de violencia. Chorros de llamas surgieron de un centenar de orificios en la superficie de la nave. Primero las lianas, luego los árboles, empezaron a arder. No era el estallido de un incontrolable fuego, ni el feroz incendio saltando de árbol en árbol en una furia irresistible. Desde hacía mucho tiempo, el bosque había aprendido a controlar los fuegos iniciados por los rayos o por la combustión espontánea. Se trataba únicamente de enviar grandes cantidades de savia al área afectada. Cuanto más verde era el árbol, cuanto más savia lo permeaba, más intenso tenía que ser el fuego para mantenerse.

El bosque no pudo recordar inmediatamente haberse hallado nunca frente a un fuego que pudiera arrasar al mismo tiempo toda una hilera de árboles dejando que cada uno de ellos derramase un líquido viscoso por cada una de las resquebrajaduras de su corteza.

Pero este fuego sí podía. Era distinto. No tan sólo poseía llama, sino que era también energía. No se alimentaba tan sólo de madera, sino que vivía con una energía contenida en sí mismo.

Finalmente, este hecho despertó los recuerdos asociativos del bosque. Era un recuerdo agudo e inconfundible de lo que había hecho hacía mucho tiempo para librar, a él y a su planeta, de una nave como aquella.

Comenzó por retirarse de las inmediaciones de la nave. Abandonó su intento de aprisionar aquella estructura alienígena con un andamiaje de madera y hojas. A medida que la preciosa savia se retiraba a los árboles que ahora debían formar la segunda línea de defensa, las llamas adquirieron amplitud, y el fuego se hizo tan brillante que toda la escena adquirió una tonalidad irreal.

Pasó cierto tiempo antes de que el bosque se diera cuenta de que hacía rato que los rayos de fuego ya no surgían de la nave, y que toda la incandescencia y el humo que aún quedaban eran producidos por la madera ardiendo.

Esto también coincidía con sus recuerdos de lo que había ocurrido en la anterior ocasión.

Frenéticamente, pero con reluctancia, el bosque inició lo que ahora se daba cuenta que era el único medio de librarse del intruso. Frenéticamente porque se sentía terriblemente convencido de que la llama emitida por la nave podía destruir bosques enteros. Y reluctantemente porque el método de defensa traía consigo el sufrir quemaduras de energía apenas menos violentas que las que pudiera producirle la máquina.

Decenas de miles de raíces crecieron hacia las profundidades en busca de formaciones que habían evitado cuidadosamente desde que había llegado la última nave. A pesar de la necesidad de apresurarse, el proceso en sí mismo era lento. Pequeñísimas raíces, estremeciéndose ante lo que tenían que hacer, se obligaron a sí mismas a abrirse camino hacia las profundidades, se enterraron en determinados estratos minerales, y a través de un intrincado proceso de ósmosis arrancaron granos de metal puro de las capas naturales de metal impuro. Los granos eran casi tan pequeños como las raíces que habían penetrado en las paredes de acero de la nave, tan pequeños como para poder ser transportados hacia la superficie, suspendidos en la savia, a través del laberinto de gruesas raíces.

Muy pronto hubo miles de granos moviéndose a lo largo de los canales, luego millones. Y, aunque cada uno de ellos era en sí mismo pequeñísimo, el suelo donde fueron depositados brilló muy pronto a la luz del agonizante fuego. Cuando el sol de aquel mundo ascendió por sobre el horizonte, el plateado reflejo formaba un círculo a treinta metros alrededor de la nave.

Fue poco después del mediodía cuando la máquina alienígena dio señales de comprender lo que estaba ocurriendo. Una docena de escotillas se abrieron, y algunos objetos flotaron fuera de ellas. Se posaron en el suelo, y comenzaron a absorber aquella mancha plateada con cosas terminadas en una boquilla que chupaban el polvo finísimo en forma ininterrumpida. Trabajaban con grandes precauciones; pero una hora después de oscurecer habían recogido más de doce toneladas del finamente disperso uranio 235.

A la caída de la noche, todas las cosas provistas de dos patas desaparecieron en el interior de la nave. Las escotillas se cerraron. La larga nave en forma de

torpedo se elevó suavemente del suelo y se dirigió hacia el cielo, donde el sol brillaba aún débilmente.

La primera consciencia de la nueva situación le llegó al bosque cuando las raíces debajo de la nave informaron de un súbito descenso de la presión. Pasaron varias horas antes de que llegara a la conclusión de que la nave enemiga había sido echada. Y varias horas más antes de que se diera cuenta de que el uranio que permanecía aún en el suelo debía ser retirado. Sus radiaciones se estaban extendiendo peligrosamente.

El accidente se produjo por una razón muy simple. El bosque había tomado aquella substancia radiactiva de las rocas. Para librarse de ella, necesitaba tan solo introducirla de nuevo en las más cercanas capas rocosas, particularmente las del tipo de roca que absorbía la radiactividad. Para el bosque, la situación era tan obvia como esto.

Una hora después de que iniciara la realización de su plan, la explosión lanzó su hongo hacia el espacio abierto.

Era algo que estaba mucho más allá de la capacidad de comprensión del bosque. Ni vio ni escuchó aquella colosal silueta portadora de muerte. Lo que experimentó fue sin embargo suficiente. Un huracán arrasó kilómetros cuadrados de bosque. Las ondas de calor y de radiación provocaron incendios que requirieron horas para ser extinguidos.

El miedo se apagó lentamente cuando recordó que también había ocurrido lo mismo la otra vez. Pero más aguda que este recuerdo fue la visión de las posibilidades que abría lo ocurrido... la naturaleza de tal oportunidad.

Poco después del amanecer del día siguiente, lanzó su ataque. Su víctima era el bosque que –según su desfalleciente memoria– había invadido originalmente su territorio.

A lo largo de todo el frente que separaba a los dos colosos, entraron en erupción pequeñas explosiones atómicas. La sólida barrera de árboles que formaban las defensas exteriores del otro bosque se derrumbó ante los sucesivos ataques de tan irresistible energía.

El enemigo, reaccionando normalmente, puso en marcha sus reservas de savia. Cuando estaba plenamente dedicado a la gigantesca tarea de edificar una nueva barrera, las bombas empezaron de nuevo a actuar. Las explosiones resultantes destruyeron completamente las reservas de savia. Y el enemigo, no pudiendo comprender lo que estaba ocurriendo, estuvo perdido desde aquel momento.

En la tierra de nadie donde habían actuado las bombas, el bosque atacante lanzó una oleada de raíces. Cada vez que se manifestaba una resistencia, estallaba una nueva bomba atómica. Poco después del siguiente mediodía una titánica explosión destruyó el centro sensitivo de árboles del otro bosque... y la batalla finalizó.

Se necesitaron meses para que el bosque creciera en el territorio de su derrotado enemigo, arrancando sus agonizantes raíces, arrasando en su empuje los

49 cuentos Fantásticos

indefensos árboles que habían quedado, y tomando posesión plena e indiscutida de su nuevo territorio.

Una vez terminada la tarea, se volvió como una furia contra el bosque que lo franqueaba por el otro lado. Una vez más, atacó con el trueno atómico, e intentó abrumar a su adversario con una lluvia de fuego.

Fue respondido con igual fuerza. ¡Explosiones atómicas! Su conocimiento se había difundido a través de la barrera de entrelazadas raíces que formaba la separación entre los dos bosques.

Los dos monstruos se destruyeron mutuamente casi por completo. Cada uno de ellos se convirtió en un vestigio, que tuvo que iniciar de nuevo el doloroso proceso de su crecimiento. A medida que pasaban los años, el recuerdo de lo que había ocurrido se fue desvaneciendo. Pero tampoco tenía importancia. Actualmente, las naves venían muy a menudo. Y de todos modos, aunque el bosque hubiera recordado, sus bombas atómicas no podían estallar en presencia de una nave.

La única forma que había de echar a las naves consistía en rodear cada nave alienígena con un círculo de fino polvo radioactivo. Entonces, la nave absorbía el material y se retiraba apresuradamente.

La victoria del bosque fue desde entonces tan simple como eso.

El armonizador

Alfred Elton van Vogt

Ilustración de Ramón de la Fuente

The harmonizer, © 1944, by Street & Smith Publishers.



Parece natural que en 1944, en pleno conflicto mundial, en medio de la más espantosa contienda que la humanidad haya conocido, los hombres (y no debemos olvidar que los autores de SF lo son, a pesar de las dudas que puedan existir al respecto en algunos momentos) sientan un anhelo de paz. Paz definitiva y sin cortapisas. Este anhelo es el que originó el relato que pueden leer a continuación.

Después de que hubo sacado dos brotes del suelo, la planta ibis comenzó a mostrar la irritabilidad propia de la materia viva inteligente. Se dio cuenta de que estaba creciendo.

Este darse cuenta fue un proceso lento, muy influenciado por la reacción química del aire y la luz sobre las innumerables membranas que formaban su estructura vital. Gotitas de ácido se precipitaron sobre las delicadas películas coloidales. El ritmo de dolor y placer que siguió bajó hasta sus raíces.

Era un estadio muy primitivo del desarrollo de una planta ibis. Como un cachorrillo recién nacido, reaccionaba ante los estímulos. Pero aún no tenía objetivo alguno, ni pensaba. Y ni siquiera recordaba que había estado viva anteriormente.

¡Slach! ¡Snip! La azada del hombre alcanzó los dos brotes plateados y los cercenó a unos cinco centímetros por debajo de la superficie.

—Creí que había acabado con todas las hierbas de este lado —dijo el hombre.

Su nombre era Wagnowski, y era un soldado que debía partir para el frente al día siguiente. En realidad, no usó exactamente las palabras aquí citadas, pero su imprecisión venía a decir lo mismo.

La planta ibis no se dio cuenta inmediatamente de lo que había sucedido. La serie de mensajes que había comenzado cuando el primer brote se había abierto paso a través del terreno aún seguía bajando hacia las raíces, dejando el impacto de su significado en cada una de las múltiples membranas coloidales. Dicho impacto tomó la forma de una pequeña reacción química que, a su manera, causó una sensación.

Instante a instante, a medida que sus mensajes eran transmitidos por la tenue electricidad inducida en las películas membranosas, la planta ibis iba viviendo más. Y a pesar de lo pequeño que era cada acto de consciencia químico en sí mismo, *ningún acontecimiento subsiguiente lo podía cancelar en lo más mínimo.*

La planta estaba viva, y lo sabía. El corte de sus brotes y de la parte superior de su raíz provocó simplemente que descendiese una segunda oleada de reacciones. El efecto químico de esta segunda oleada fue aparentemente el mismo que el de la reacción primitiva: gotas de ácido compuestas de no más de media docena partículas coloidales. La reacción parecía la misma, pero no lo era. Antes, la planta había estado excitada y casi ansiosa; ahora, se irritó.

Tal como ocurre en las plantas, los resultados de esta reacción no fueron aparentes en seguida. La ibis no hizo ningún intento inmediato de producir nuevos brotes. Pero al tercer día comenzó a suceder una cosa muy curiosa. A la raíz cercana a la superficie comenzaron a salirle raicillas horizontales. Estas se abrieron camino en la oscuridad subterránea, manteniéndose horizontales por el simple sistema de percibir, como todas las plantas, la gravitación.

Al octavo día, una de las nuevas raicillas entró en contacto con la raíz de un arbusto, y comenzó a enrollarse a su alrededor... Entonces, de alguna manera, se estableció una relación, y al quinceavo día una nueva serie de brotes salió a la superficie en la base del arbusto, emergiendo a la luz. Lo asombroso, lo diferente de

esta segunda serie de brotes, era que no tenían una tonalidad plateada. Eran de un color verde oscuro. En color, forma y textura, las hojas, a medida que se desarrollaban, se fueron pareciendo cada vez más a duplicados exactos de las hojas del arbusto.

Rápidamente, aparecieron nuevos brotes. A medida que pasaban las semanas, el «miedo» que había producido su mimetismo desapareció, y las hojas volvieron a adquirir su tonalidad plateada. Lentamente, la planta se fue haciendo consciente de los pensamientos humanos y animales, pero no fue sino hasta doscientos días más tarde cuando la ibis comenzó a mostrar sus sensibilidad básica. La reacción que siguió fue tan potente y de unos efectos tan amplios como los resultados de la misma sensibilidad en su anterior existencia.

Eso había sido ochenta millones de años antes.

La nave, con las plantas ibis a bordo, estaba pasando a través del sistema solar cuando ocurrió la catástrofe.

Cayó en una Tierra de pantanos, neblinas y fantásticos monstruos reptiloides. Cayó rápidamente y sin control. Su velocidad, cuando golpeó la densa atmósfera, era colosal. Y no había absolutamente nada que pudieran hacer al respecto los superseres que iban a bordo.

Lo que había sucedido era una precipitación de la materia mantenida en suspensión en las cámaras de motores. Como resultado de la condensación, los cristaloides de la zona de penumbra submicroscópica situada por encima del estado molecular perdieron área superficial. La tensión superficial se debilitó hasta la décima, la centésima, la milésima parte de lo necesario. Y, en aquel momento, por el más improbable de los accidentes, la nave pasó cerca de la Tierra y se enfrentó con la masa muerta del campo magnético del gigantesco planeta.

¡Pobre nave! ¡Pobres seres! Estrellados, muertos desde hacia ochenta millones de años.

Durante todo aquel día y la noche siguiente, los restos de la nave ardieron y se fundieron, y llamearon con una incandescencia blanca y destructora. Cuando terminó la primera noche, iluminada por el fuego, no quedaba mucho de lo que había sido una nave de más de un kilómetro y medio de largo. Aquí y allá, sobre el terreno cretáceo, el agua y el bosque primigenio, yacían secciones no quemadas, trozos retorcidos de metal que se alzaban hacia los cielos perpetuamente cubiertos, con sus partes inferiores fundidas para siempre en un denso y fétido suelo que actuaría incesantemente contra su dureza hasta que al fin, derrotado el metal, sus elementos se disolvieran en el suelo y se convirtieran ellos mismos en suelo.

Mucho antes de que esto sucediera, la ibis, que aún estaba viva, había reaccionado a la humedad, y enviado zarcillos sobre el desgarrado metal de lo que había sido su sala de cultivo, hacia los abiertos agujeros del suelo. Antes había trescientas plantas, pero en el último terrible período previo al choque se habían hecho algunos esfuerzos por destruirlas.

En total, ochenta y tres ibis sobrevivieron al deliberado intento de destruirlas, y entre ellas se produjo una mortífera carrera por plantar raíces. Las que tardaron más en recuperar consciencia supieron instintivamente que sería mejor alejarse un poco. Entre las últimas, y debilitada por el daño sufrido en el choque, se hallaba la ibis. Fue la última en llegar al terreno dador de vida. Luego, siguió un período doloroso e interminable durante el cual sus zarzillos y raíces se abrieron paso entre la amasada maraña de sus compañeras en lucha, hacia el remoto borde del creciente bosque de matorrales plateados.

Pero llegó hasta allí. Vivió. Y, habiendo sobrevivido, habiendo tomado posesión de un área adecuada en la que desarrollarse sin interferencias, perdió su febrilidad, y se expandió hasta ser un hermoso árbol de tonos plateadas.

Creció hasta treinta, cuarenta y cinco, sesenta metros. Y entonces, madura y satisfecha, se dispuso a pasar una existencia eterna en un terreno grotesco pero inmensamente fértil. No pensaba. Vivía y disfrutaba y experimentaba la existencia. Durante un millar de años no se formaron otras gotas de ácido en sus membranas coloidales que las debidas a la reacción a la luz, el calor, el agua, el aire y otros estímulos del estar simplemente viva.

Esta existencia idílica fue interrumpida una grisácea y encapotada mañana por un apagado pero tremendo trueno y un temblor del suelo. No era un terremoto pequeño. Los continentes se estremecieron en los espasmos del renacimiento. Los océanos corrieron hacia donde antes había habido Tierra, y la Tierra surgió húmeda de los cálidos mares. Una ancha extensión de profunda agua cenagosa separaba antes del cataclismo el bosque de árboles ibis del continente. Cuando el temblor del torturado planeta dejó paso a la estabilidad parcial de aquella inquieta era, el pantano estaba unido al lejano y más alto terreno por una larga y pelada cordillera de colinas,

Al principio era simplemente barro, pero se secó y endureció. Brotó hierba, y los arbustos aparecieron en algunos lados. Crecieron árboles a partir de semillas llevadas por el viento. La joven vegetación corrió hacia el cielo y, simultáneamente, llevó a cabo una implacable lucha para obtener espacio; pero todo esto no tenía importancia en comparación con el hecho de que existía la cordillera. Por encima del abismo que había aislado a las ibis había sido tendido un puente. No tardó mucho en manifestarse el nuevo estado de cosas. Un día cualquiera, un ser llegó altanero sobre las alturas, un ser con una cola acorazada que mantenía rígidamente enhiesta, con colmillos como cuchillos y ojos que brillaban como el fuego con la furia de una inacabable hambre bestial.

Así llegó el *Tyrannosaurus rex* al pacífico hábitat de las ibis, y despertó de su estado latente a una planta que había sido cultivada y desarrollada por sus creadores con un solo objetivo.

Los animales no eran nada nuevo para los árboles ibis. Las ciénagas que los rodeaban estaban repletas de grandes y plácidos vegetarianos. Gigantescas serpientes se arrastraban por entre los helechos al borde del pantano, y serpenteaban por las turbias aguas. Y había un incesante corretear de bestias jóvenes, casi descerebradas, por entre los árboles plateados.

Era un mundo de vida hambrienta, pero su hambre era de vegetación, o de seres vivos que apenas si eran más que plantas: las largas y cuculantes hierbas del pantano, los matorrales cargados de hojas, las empapadas raíces de las plantas acuáticas y las mismas plantas, los peces primitivos, los seres culebreantes que no tenían sensación de dolor o ni siquiera de su fin. En el tranquilo torpor de su existencia, los reptiles o anfibios comedores de plantas no eran casi más que plantas gigantescas que podían moverse.

Los más enormes de todos eran aquellas criaturas bonachonas, los brontosaurios de largos cuellos y cola, uno de los cuales estaba comiéndose las generosas hojas de un alto helecho la mañana en que el dinosaurio comedor de carne entró en escena con la delicadeza de un ariete.

La lucha que siguió no fue del todo desigual. El brontosaurio tenía, por encima de todo, peso y deseos de escapar, algo que resultó ser especialmente difícil dado que el *Tyrannosaurus rex* tenía sus asombrosos colmillos clavados en la gruesa parte inferior del cuello del enorme ser, a la vez que había clavado sus garras en la maciza carne del gran costado al que se aferraba. El movimiento del brontosaurio estaba limitado por la necesidad de arrastrar consigo las muchas toneladas de su agresor.

Como un gigante borracho, la gran bestia se tambaleó ciegamente hacia el agua cenagosa. Si vio el árbol ibis, fue una imagen que no le dijo nada. El golpe derribó al brontosaurio, lo cual constituía prácticamente sentencia de muerte para un ser que, aún en las circunstancias más favorables, necesitaba diez minutos para ponerse en pie. En pocos minutos, el dinosaurio le dio el golpe de gracia y, con una babosa y sangrienta ferocidad, comenzó a engullir.

Estaba aún absorto en su sangriento banquete, media hora más tarde, cuando la ibis comenzó a reaccionar en forma concreta.

Las reacciones iniciales habían comenzado casi en el mismo momento en que el dinosaurio había llegado a la vecindad. Cada coloide sensitivo del árbol captó las oleadas de ansia casi palpables irradiadas por el carnívoro. Las ondas mentales de la bestia eran emitidas como resultado de las tensiones superficiales de las membranas de su cerebro embrionario; y éstas eran de naturaleza eléctrica, por lo que su efecto en las delicadamente equilibradas películas de las membranas del ibis fue el de iniciar una febril secreción de ácidos. Se formaron cuadrillones de gotitas; y aunque, una vez más, no parecían diferentes de los ácidos similares agregados a consecuencia de otros estímulos, la diferencia comenzó a manifestarse media hora después de que el brontosaurio exhalara su estertor final.

El árbol ibis y sus compañeros exudaron billones y billones de diminutas motas de polvo. Algunas de esas motas flotaron hacia el dinosaurio, y fueron absorbidas por sus pulmones, desde los cuales pasaron a su riego sanguíneo.

La reacción no fue visible instantáneamente. Tras varias horas, el gigantesco estómago del dinosaurio quedó saciado. Se apartó para revolcarse y dormir en un barrizal, que rápidamente llenó con el olor de sus enormes defecaciones y orines, un proceso que realizaba con la misma facilidad dormido que despierto.

Al despertarse, no tuvo dificultad para oler la carne no refrigerada de su reciente presa. Corrió ansioso a continuar alimentándose, durmió, y comió de nuevo, y luego una vez más. Le llevó varios días de incesante digestión el absorber al brontosaurio, pero luego estuvo, de nuevo, ferozmente hambriento.

Pero no fue a cazar. En lugar de esto, vagó por los alrededores sin objetivo y sin descanso, buscando despojos. A su alrededor, se movían anfibios y reptiles, presas ideales. El dinosaurio no mostró interés alguno. Excepto por una inadecuada dieta constituida por los despojos de los pequeños reptiles, pasó la siguiente semana muriéndose de hambre en medio de la abundancia.

Al quinceavo día, un trío de pequeños y vulgares dinosaurios se encontraron con su debilitado cuerpo, y se lo comieron sin darse siquiera cuenta de que aún estaba vivo.

En alas de un miliar de brisas, las fragantes esporas flotaron. Eran inacabables. Ochenta y tres árboles ibis habían comenzado a producir aquello para lo que habían sido creados. Y, una vez iniciado, el proceso no se detenía.

Las esporas no echaban raíces. No era ése su objetivo. Flotaban. Colgaban en las corrientes de aire sobre los tranquilos árboles, caían hacia la húmeda Tierra, pero siempre dispuestas a aceptar el abrazo de un nuevo viento, tan ligeras, tan etéreas, que no estaban fuera de su capacidad los viajes al otro extremo del mundo. Tras de sí dejaban una pista de cadáveres entre los reptiles carnívoros. Una vez afectados por las motas de dulce aroma, los más gigantescos asesinos de la historia del planeta perdían su brutalidad, y morían como moscas envenenadas.

Naturalmente, llevó mucho tiempo completar el proceso; pero no era el tiempo lo que faltaba. Cada carnívoro muerto suministraba despojos para las hambrientas hordas que recorrían la Tierra; y así, durante décadas, miles de millares de seres vivieron gracias a la abundancia de carnívoros muertos. Adicionalmente, puesto que había un índice de mortalidad normal entre los no carnívoros cada año, el suministro de carne *per capita* aumentó, al principio de una forma gradual, y luego con una celeridad devastadora.

La muerte de tantos asesinos había creado un desequilibrio entre los carnívoros y sus presas. Los vegetarianos, que ya existían en gran número, comenzaron a reproducirse casi sin peligro. Los retoños crecían en un mundo que hubiera sido idílico de no ser por una cosa: no había bastante comida. Cada bocado de verde alcanzable, cada raíz, vegeta! y brote, era arrancado por mandíbulas ansiosas antes de que consiguiera madurar.

Durante un tiempo, los carnívoros supervivientes se dieron grandes banquetes, y luego, una vez más, se alcanzó un equilibrio temporal. Pero, una y otra vez, los prolíficos vegetarianos pusieron a sus retoños en un mundo convertido en pacífico por la exudación de unas plantas que no podían soportar la brutalidad, pero que no sentían nada cuando la muerte llegaba por hambre.

Los siglos dejaron caer su niebla de olvido sobre cada sangrienta indentación de aquella sierra que iba y venía. Y, mientras tanto, a medida que pasaban los milenios, los ibis mantenían su pacífica existencia. Durante mucho tiempo *fue* pacífi-

ca, sin incidentes de ninguna clase. Durante cien mil años, los señoriales árboles se alzaron en su aislamiento casi total, y estuvieron contentos. Durante aquella gran extensión de tiempo, la Tierra, aún inestable, se había agitado muchas veces ante la estremecedora furia transformadora de los colosales terremotos; pero no fue sino cuando los árboles ya estaban cerca de cumplir su segundo centenar de millares de años que fueron de nuevo afectados.

Un continente fue arrancado y desgarrado. El abismo era de millar y medio de kilómetros de ancho, y en algunos lugares de casi cuarenta kilómetros de profundidad. Cortó el borde de la isla, y lanzó a la ibis a un abismo de cinco kilómetros de profundidad. El agua entró rugiente en el agujero, y la Tierra llegó estrepitosa en torrentes casi líquidos. Estremecido y enterrado, el árbol ibis sucumbió a su nuevo ambiente. Se redujo rápidamente al estado de una raíz que luchaba por permanecer viva contra fuerzas hostiles.

Fue tres mil años después cuando tuvo lugar el segundo acto de los árboles ibis en la superficie del planeta.

Una nave ataviada con una miríada de colores descendió por entre la neblina y oscuridad de la hirviente jungla planetaria que era la Tierra en el cretáceo. Mientras se aproximaba al bosquecillo plateado, frenó su enorme velocidad y se detuvo en seco directamente sobre la isla en el pantano.

Era un aparato mucho más pequeño que el enorme navío que se había desplomado en una terrible destrucción tantos, tantos años antes. Pero era lo bastante grande como para lanzar, tras un corto intervalo, seis gráciles botes patrulleros.

Rápidamente, los botes corrieron hacia el suelo.

Los seres que salieron de ellos tenían dos brazos y dos piernas, pero allí terminaba su parecido con la forma humana. Caminaban sobre el gomoso suelo con la facilidad y confianza de los dueños y señores absolutos. El agua no era barrera para ellos; caminaban sobre ella como si fuera una materia gelatinosa. Ignoraban a los reptiles; y, por alguna razón, cuando estaban amenazados por un encuentro, eran las bestias las que se apartaban, siseando de miedo.

Los seres parecían tener una profunda comprensión natural de su objetivo, pues no intercambiaron palabra entre ellos. Sin emitir sonido o malgastar un gesto, hicieron flotar una plataforma colocándola sobre una pequeña colina. La plataforma no emitía fuerza alguna visible o audible, pero, bajo ella, el terreno espumeó y se despedazó. Una sección de la cámara de motores de la vieja y gran nave fue catapultada al aire, y mantenida en suspensión por haces invisibles.

No era un objeto inerte. Chisporroteaba y brillaba con energía radiante. Expuesta al aire, siseaba y rugía como la mortífera máquina que era. Torrentes de fuego brotaron de ella hasta que algo, *algo verde*, fue disparado contra ella desde un largo tubo, parecido al de un cañón. Lo verde debía de haber sido energía atómica, con una potencia desproporcionada a su tamaño. Instantáneamente, el rugido, el siseo, el chisporroteo de energía de la cámara de motores fue ahogado. Igual que si hubiera sido un ser vivo golpeado de muerte, el metal quedó inerte.

Los superseres volvieron su atención concentrada hacia el bosquecillo de árboles ibis. Primero los contaron. Luego, hicieron incisiones en varias raíces, y extrajeron una cierta cantidad de meollo blanco de cada una. Los extractos fueron llevados a la nave madre, y sometidos a examen químico. De esta forma se descubrió que había habido ochenta y tres árboles. Se inició una detenida búsqueda del que faltaba.

Pero la enorme herida en las entrañas del planeta había sido llenada por las corrientes con barro y agua. No quedaba ni rastro de la planta.

«Hay que llegar a la conclusión –anotó finalmente el comandante en el libro de a bordo– de que el ibis perdido fue destruido por una de las calamidades tan comunes en los planetas en formación. Desgraciadamente, ya se han producido grandes daños en la evolución natural de la vida de la jungla. Debido a este desarrollo acelerado, la inteligencia, cuando finalmente surja, será peligrosamente salvaje en su manifestación. El lapso temporal transcurrido impide toda recomendación anticipada de rectificación.»

Pasaron ochenta millones de años.

Wagnowski se apresuró a ir a lo largo de la tranquila carretera suburbana, atravesando la verja. Era un grueso y robusto soldado con fríos ojos azules, que volvía a casa con permiso y al principio, mientras besaba a su mujer, no se dio cuenta de los daños que las bombas habían producido en su casa.

Finalmente, vio el árbol plateado. Lo miró. Estaba a punto de exclamar algo, cuando se dio cuenta de que toda un ala de la casa era un caparazón vacío, del que sólo quedaba una única pared que se alzaba en precario equilibrio.

–¡Los malditos fascistas americanos! –aulló con ansias asesinas–. ¡Son todos unos hijos de...!

Menos de media hora más tarde, el sensible árbol ibis comentó a emitir un delicioso perfume. Primero Rusia, y luego el resto del mundo, respiró la «paz» que se iba extendiendo.

Se acabó la Tercera Guerra Mundial.

Mujer de pie

Yasutaka Tsutsui

Traducido por Elvio E. Gandolfo en: *Cuentos de ciencia ficción contemporáneos*, tomo 2, Biblioteca Básica Universal 166, Centro Editor de América Latina, 1981

El gusto del pueblo japonés por las antiguas leyendas fantásticas y los cuentos macabros preparó el terreno para la aceptación masiva de la ciencia ficción, que hizo su verdadera entrada en el país luego de la Segunda Guerra Mundial. Entre los antecedentes se cuentan las numerosas traducciones de obras de Verne, Mary Shelley y otros autores en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Japón abre sus fronteras a Occidente luego de más de dos siglos de aislamiento.

Entre los primeros autores, por lo general imitadores de Jules Verne, se encuentra Shunro Oshikawa (1877-1914), autor de la novela Acorazado submarino (1900).

En la década del 50 varios factores se combinaron para imponer triunfalmente el género: la vasta cantidad de libros de bolsillo de ciencia ficción dejados atrás por las tropas estadounidenses al retirarse; el impacto, brutal por lo brusco, de la tecnología; el gusto del pueblo japonés por lo novedoso. Pronto aparecieron antologías de traducciones de las principales revistas norteamericanas, hasta alcanzar el nivel de difusión actual: cinco revistas mensuales cuyo tiraje combinado alcanza varios centenares de miles de ejemplares, y una colección editada por la firma Hayakawa SF Series que ha traducido 318 volúmenes entre 1957 y 1974. Estas cifras, unidas a la producción de innumerables series televisivas, filmes y productos de juguetería relacionados por lo general con la robótica y los monstruos de cartón piedra, convierten a Japón en el segundo mercado mundial para la ciencia ficción, superado sólo por Estados Unidos.

Entre los autores más populares se encuentra Sakio Komatsu, autor de El hundimiento del Japón, novela que explota el temor básico a los terremotos (así como gran parte de los films, historietas o relatos abundan en monstruos provocados por experimentos atómicos). Una corriente menos popular pero de mayor calidad literaria tiene como principal representante a Kobo Abe, autor de sutiles cuentos fantásticos y de ciencia ficción, que en más de una ocasión recuerdan la parsimonia de Kafka. Dentro de esta corriente se inscribe Yasutaka Tsutsui, el autor del presente relato Mujer de pie.

Me quedé levantado toda la noche y al fin terminé un cuento de cuarenta páginas. Era una obra trivial, de entretenimiento, incapaz de hacer bien o mal.

"En esta época uno no puede escribir cuentos que hagan bien o mal; es inevitable", me dije mientras aseguraba el manuscrito con un clip y lo metía en un sobre.

En cuanto a si hay en mí materia prima para escribir cuentos que puedan hacer bien o mal, hago todo lo posible por no pensar en eso. Si me pusiera a pensar en eso, tal vez quisiera intentarlo.

El sol de la mañana me hirió los ojos cuando me puse los zuecos de madera y abandoné la casa con el sobre. Como aún faltaba un tiempo para que llegara el primer camión postal, dirigí mis pasos hacia el parque. Por la mañana no vienen niños a este parque, un simple cuadrado de ochenta metros en medio de un barrio residencial apiñado. Aquí se está tranquilo. Así que siempre incluyo el parque en mi caminata matutina. Hoy día hasta el escaso verde suministrado por diez o doce árboles es invaluable en la megalópolis.

Tendría que haber traído un poco de pan, pensé. Mi perrogajo favorito se alza cerca del banco del parque. Es un perrogajo afectuoso de piel color ante, bastante grande por tratarse de un perro mestizo.

El camión de fertilizante líquido acababa de pasar cuando llegué al parque; el suelo estaba húmedo y había un tenue olor a cloro. El caballero mayor a quien veía a menudo estaba sentado en el banco cercano al perrogajo, alimentando el poste color ante con lo que parecía carne picada. Por lo común los perrogajos tienen un apetito excelente. Tal vez el fertilizante líquido, absorbido por las raíces bien hundidas en el suelo y que sube a través de las patas, deja algo que desear.

Comen cualquier cosa que uno les dé.

—¿Le trajo algo? Hoy salí apurado. Olvidé traer mi pan —le dije al hombre mayor.

Se volvió hacia mí con ojos amables y una suave sonrisa.

—Ah, ¿a usted también le gusta este muchacho?

—Sí contesté, sentándome junto a él—. Se parece como una gota de agua a un perro que yo tenía.

El perrogajo alzó hacia mí una mirada de ojos grandes, negros, y meneó la cola.

—En realidad, yo también tenía un perro parecido a este muchacho —dijo el hombre, rascando el pelo del cuello del perrogajo—. Lo convirtieron en perrogajo a los tres años. ¿No lo ha visto? Entre la lencería y la tienda de artículos de cine, sobre la costanera. ¿No vio allí un perrogajo que se parece a este muchacho?

Asentí con un movimiento de cabeza, agregando:

—¿Así que ése era suyo?

—Sí, era nuestro favorito. Se llamaba Hachi. Ahora está vegetalizado por completo. Un hermoso perrárbol.

—Ahora que lo dice, se parece mucho a este muchacho. Tal vez provenían de la misma raza.

—¿Y su perro? —preguntó el hombre mayor—. ¿Dónde está plantado?

—Nuestro perro se llamaba Buff —contesté, sacudiendo la cabeza—. Lo plantaron junto a la entrada del cementerio que está a las afueras de la ciudad. Pobrecito,

murió apenas lo plantaron. Los camiones de fertilizante no van por allí con mucha frecuencia, y quedaba tan lejos que yo no podía llevarle de comer todos los días. Tal vez lo plantaron mal. Murió antes de convertirse en árbol.

—¿Lo arrancaron entonces?

—No. Por suerte en esa zona no importa demasiado que huela o no, así que lo dejaron allí y se secó. Ahora es un esquelegajo. Me enteré de que es un material espléndido para las clases de ciencias de la escuela primaria cercana.

—Qué maravilla.

El hombre mayor acarició la cabeza del perrogajo.

—Me pregunto cómo llamaban a este muchacho antes de que se convirtiera en perrogajo.

—Prohibido llamar aun perrogajo por su nombre original —dije—. ¿No es una ley extraña?

El hombre me miró con ojos penetrantes, después contestó con tono casual:

—¿Acaso no se limitaron a extender a los perros las leyes que tenían que ver con las personas? Por eso pierden el nombre cuando se transforman en perrogajos —asintió mientras rascaba la mandíbula del perrogajo—. No sólo los nombres antiguos: uno tampoco puede darles un nombre nuevo. Porque no hay nombres propios para las plantas.

Caramba, por supuesto, pensé .

Miró mi sobre, que tenía las palabras MANUSCRITO ADJUNTO.

—Disculpe —dijo—. ¿Usted es escritor?

Me sentí un poco embarazado.

—Bueno, sí. Hago algunas cositas triviales.

Después de mirarme con atención, el hombre siguió acariciando la cabeza del perrogajo.

—Yo también acostumbraba escribir algo.

Logré reprimir una sonrisa.

—¿Cuántos años hace que dejé de escribir? Parecen muchos.

Miré el perfil del hombre. Ahora que él lo decía, era un rostro que me parecía haber visto antes en alguna parte.

Empecé a preguntarle el nombre, vacilé, y me quedé en silencio.

El hombre mayor dijo bruscamente:

—El mundo se ha vuelto difícil para escribir.

Bajé los ojos, avergonzado de mí mismo, que aún seguía escribiendo en semejante mundo.

El hombre se disculpó confundido ante mi repentina depresión.

–Fue grosero de mi parte. No lo estoy criticando a usted. Soy yo quien tendría que sentirse avergonzado.

–No –le dije, después de mirar con rapidez a nuestro alrededor–. No puedo dejar de escribir, porque no tengo el valor necesario. ¡Dejar de escribir! Caramba, después de todo, ese sería un gesto contra la sociedad.

El hombre mayor siguió acariciando al perrogajo. Después de una larga pausa habló:

–Es doloroso, dejar de escribir de pronto. Ahora que hemos llegado a esto, creo que me sentiría mejor si hubiese seguido escribiendo temerariamente crítica social, y me hubiesen arrestado. Incluso hay momentos en que creo eso. Pero sólo era un diletante, nunca conocí la pobreza, perseguía sueños de tranquilidad. Deseaba llevar una vida cómoda. Como persona de gran dignidad, no podía soportar verme expuesto a los ojos del mundo, ridiculizado. Así que dejé de escribir. Una historia lamentable.

Sonrió y sacudió la cabeza.

–No, no, no hablemos de eso. Nunca se sabe quién puede estar oyendo, incluso aquí, en la calle.

Cambié de tema.

–¿Vive cerca?

–¿Conoce el salón de belleza de la calle principal ? Pase por allí. Me llamo Hiyama –hizo un movimiento de cabeza hacia mí–. Venga a visitarme alguna vez. Estoy casado, pero...

–Muchísimas gracias.

Le de mi nombre.

No recordaba a ningún escritor llamado Hiyama. Sin duda escribía con seudónimo. No tenía intenciones de visitar su casa. Estamos en un mundo en que incluso dos o tres escritores que se reúnen son considerados asamblea ilegal.

–Es hora de que pase el camión postal.

Miré mi reloj pulsera mientras me paraba.

–Temo que es mejor que me vaya –dije.

Volvió hacia mí una triste cara sonriente y se inclinó.

Después de acariciar un poco la cabeza del perrogajo, abandoné el parque.

Desemboqué en la calle principal, pero sólo había una cantidad ridícula de coches que pasaban; los peatones eran pocos. Junto a la acera estaba plantado un gatárbol, de treinta o cuarenta centímetros de altura.

A veces doy con un gatogajo que acaba de ser plantado y aún no se ha convertido en gatárbol. Los gatogajos nuevos me miran la cara y maúllan o gimen, pero aquellos cuyas cuatro patas plantadas en el suelo se han vegetalizado, con los rostros verdosos rígidamente inmóviles y los ojos bien cerrados, sólo mueven las orejas de vez en cuando. Después están los gatogajos a quienes les brotan ramas del cuerpo y puñados de hojas. La mente de estos parece estar vegetalizada por completo: ni siquiera mueven las orejas. Aun cuando pueda distinguirse un rostro de gato, sería mejor llamarlos gatárboles.

Tal vez sea mejor convertir a los perros en perrogajos, pensé. Cuando se les termina la comida, se vuelven malos y hasta atacan a la gente. ¿Pero por qué tienen que convertir a los gatos en gatogajos? ¿Hay demasiados gatos perdidos? Para mejorar la condición alimenticia, aunque sea un poco? O tal vez para reverdecer la ciudad...

Cerca del hospital enorme que se encuentra en la esquina donde se intersectan las autopistas hay dos hombrárboles, y junto a estos árboles un hombregajo. Este hombregajo viste uniforme de cartero, y no se puede distinguir hasta qué punto se le han vegetalizado las piernas, por los pantalones. Tiene treinta y cinco o treinta y seis años, es alto, un poco encorvado de hombros.

Me acerqué a él y le tendí mi sobre, como siempre.

—Por certificado, entrega especial, por favor.

El hombregajo, asintiendo en silencio, aceptó el sobre y sacó estampillas y un formulario de correo certificado de su bolsillo.

Me di vuelta con rapidez después de pagar el franqueo.

No había nadie más a la vista. Decidí tratar de hablarle.

Siempre le llevo el correo cada tres días, y aún no había tenido oportunidad de hablar con él con cierta calma.

—¿Qué hizo? —le pregunté en voz baja.

El hombregajo me miró sorprendido. Después, una vez que recorrió la zona con los ojos, contestó con expresión amarga:

—Decir cosas innecesarias no me hará ningún bien. Se supone que ni siquiera tengo que contestar.

—Lo sé —dije, mirándolo a los ojos.

Cuando vio que no me iba, suspiró hondo.

—Sólo dije que la paga es baja. Lo que es más, me oyó : el patrón. Porque la paga de un cartero es realmente baja —con expresión sombría, sacudió la mandíbula hacia los dos hombrárboles que estaban juntos a él—. A estos tipos les pasó lo

mismo. Sólo por dejar escapar algunas quejas acerca de la paga baja. ¿Los conoce? –me preguntó.

Señalé a uno de los hombrárboles.

–Recuerdo a éste, porque le entregué una gran cantidad de correspondencia. Al otro no lo conozco. Ya era un hombrárbol cuando me mudé aquí. –Ese era mi amigo –dijo.

–¿El otro no era encargado, o jefe de sección?

Asintió.

–Correcto. Era encargado.

–¿No tiene usted hambre, o frío?

–No se siente demasiado –contestó, aún inexpresivo. Cualquiera que es convertido en hombregajo pronto se vuelve inexpresivo–. Incluso creo que ya me parezco bastante a una planta. No sólo en cómo siento las cosas, sino también en el modo en que pienso. Al principio era triste, pero ahora no importa. Solía tener mucho hambre, pero dicen que la vegetalización se desarrolla más rápido cuando uno no come.

Me miró con ojos opacos. Era probable que esperase convertirse pronto en hombrárbol.

–Dicen que a la gente con ideas radicales les hacen una lobotomía antes de convertirlos en hombregajos, pero tampoco me hicieron eso. No había pasado un mes desde que me plantaron aquí y ya no me sentía furioso.

Le dio un vistazo a mi reloj pulsera.

–Bueno. ahora será mejor que se vaya. Casi es la hora de llegada del camión postal.

–Si –pero aun no podía irme, y vacilé, inquieto.

–Oiga –dijo el hombregajo–. ¿Por casualidad algún conocido suyo fue convertido hace poco en hombregajo?

Herido en lo más hondo, lo miré a la cara por un momento, después asentí lentamente.

–Mi esposa, para ser precisos.

–Ajá, su esposa, ¿eh? –por unos instantes me miró con el mayor interés–. Me preguntaba si no se trataba de algo así. De otro modo nadie se molesta en hablarme. ¿Qué hizo entonces, su esposa?

–Se quejó de que los precios eran altos en una reunión de amas de casa. Si eso hubiera sido todo, perfecto, pero además criticó al gobierno. Estoy empezando a tener éxito como escritor, y creo que la ansiedad de ella por ser la esposa de ese escritor hizo que lo dijera. Una de las mujeres la delató. La plantaron sobre el

costado izquierdo del camino mirando desde la estación hacia el ayuntamiento, cerca de la ferretería.

–Ah, en ese lugar –cerró los ojos un poco, como recordando el aspecto de los edificios y los negocios de la zona–. Es una calle bastante tranquila. Mejor así, ¿verdad? –abrió los ojos y me miró, inquisitivo–. No va a ir a verla, ¿no? Es mejor no verla con mucha frecuencia. Tanto para ella como para usted. Así los dos pueden olvidar más pronto.

–Sí, lo sé.

Dejé caer la cabeza.

–¿Su esposa? –preguntó, con un matiz comprensivo en la voz–. ¿Alguien le ha hecho algo?

–No. Hasta ahora nada. Sólo está allí, de pie, pero aún así...

–Eh –el hombregajo que hacía las veces de buzón alzó la mandíbula para llamarme la atención–. Llegó. El camión postal. Mejor que se vaya.

–Tiene razón.

Dí unos pasos tropezantes, como empujado por su voz.

Luego me detuve y me di vuelta.

–¿Quiere que haga algo por usted?

Logró arrancar una sonrisa a sus mejillas y sacudió la cabeza.

El camión rojo del correo se detuvo junto a él.

Seguí mi camino, más allá del hospital.

Pensé en ir a mi librería favorita y entré en una calle de negocios atestados. Se suponía que mi libro saldría en cualquier momento, pero ese tipo de cosas ya no me hace feliz en lo más mínimo.

Un poco antes de la librería, sobre la misma acera, hay una pequeña heladería barata, y a la orilla de la calle, frente a ella, se encuentra un hombregajo a punto de convertirse en hombrárbol. Es un varón joven, al que plantaron hace ya un año. El rostro ha adquirido un tinte marrón matizado de verde, y tiene los ojos cerrados con fuerza. Con la larga espalda un poco doblada, está levemente inclinado hacia adelante. Las piernas, el torso y los brazos, visibles a través de las ropas reducidas a harapos por la exposición al viento y la lluvia, ya están vegetalizados, y aquí y allá brotan ramas. Se ven hojas tiernas en los extremos de los brazos, alzados por encima de los hombros como alas batientes. El cuerpo, que se ha convertido en árbol, e incluso el rostro, ya no se mueve en absoluto. El corazón se ha hundido en el tranquilo mundo de las plantas.

Imaginé el día en que mi esposa llegaría a ese estado, y una vez más se me retorció el corazón de dolor, tratando de olvidar. Era la angustia de tratar de olvidar .

Si en la esquina de esta heladería doblo y sigo derecho, pensé, puedo ir hasta donde está mi esposa, de pie, puedo encontrarme con mi esposa. Puedo ver a mi esposa. Pero no es conveniente ir, me dije. No hay modo de saber quién podría verte; si la mujer que la delató te interrogara, te verías realmente en problemas. Me detuve ante la heladería y me asomé calle abajo. El movimiento de peatones era el de siempre. Perfecto. Cualquiera lo pasará por alto si sólo te detienes y hablas un poco. Si sólo intercambias una o dos palabras. Desafiando a mi propia voz que gritaba "¡No vayas!" avance vivamente por la calle.

Con el rostro pálido, mi esposa estaba de pie al borde de la acera, frente a la ferretería. Sus piernas no habían cambiado, y sólo daba la impresión de que los pies se hubieran enterrado en el suelo hasta los tobillos. Inexpresiva, como esforzándose por no ver nada, por no sentir nada, miraba, fijamente hacia adelante. Comparadas con cómo se las veía dos días antes, sus mejillas parecían un poco huecas. Dos obreros que pasaban la señalaron, hicieron una broma vulgar, y siguieron su camino, con risotadas estruendosas. Me acerqué a ella y alcé la voz.

—¡Michiko! —le grité al oído.

Mi esposa me miró, y la sangre le invadió las mejillas. Se pasó una mano por el cabello enredado.

—¿Viniste otra vez? No tendrías que hacerlo, en serio.

La empleada de la ferretería, que vigilaba el negocio, me vio. Con aire de fingida indiferencia, apartó los ojos y se retiró al fondo del local. Lleno de gratitud por su consideración, me acerqué unos pasos más a Michiko y la enfrenté.

—¿Te vas acostumbrando?

Reunió todas sus fuerzas para lograr una sonrisa en el rostro endurecido.

—Mmmm. Estoy acostumbrada.

—Anoche llovió un poco.

Mirándome aún con ojos amplios, oscuros, asintió levemente.

—Por favor no te preocupes. Apenas si siento algo.

—Cuando pienso en ti, no puedo dormir —dejé caer la cabeza—. Siempre estás de pie, afuera. Cuando pienso en eso, me resulta imposible dormir .Anoche hasta pensé en traerte un paraguas.

—Por favor, no hagas nada de eso —mi esposa frunció apenas el entrecejo—. Sería terrible que hicieras algo así.

Un camión grande pasó detrás de mí. El polvo blanco cubrió el cabello y los hombros de mi esposa con un tenue velo, pero a ella no pareció molestarle.

–En realidad estar de pie no es tan desagradable –habló con deliberada despreocupación, esforzándose por impedir que yo me preocupara.

Percibí un cambio sutil en las expresiones y el modo de hablar de mi esposa respecto a dos días antes. Parecía como si sus palabras hubiesen perdido algo de delicadeza, y como si el alcance de sus emociones se hubiese empobrecido hasta cierto punto. *Observarla así, desde afuera, ver como se vuelve poco a poco inexpresiva, es aún más desolador por haberla conocido como era antes: las respuestas agudas, su alegre vivacidad, las expresiones ricas, plenas.*

–Esa gente –le pregunté, señalando con los ojos hacia la ferretería–, ¿se portan bien contigo?

–Bueno, sí. Tienen buen corazón. Sólo una vez me dijeron que les pidiera cualquier cosa que necesitara. Pero aún no han hecho nada por mí.

–¿No tienes hambre?

Sacudí la cabeza.

–Es mejor no comer.

Eso es. Incapaz de soportar ser una mujergajo, esperaba convertirse en mujerárbol aunque fuera un solo día antes.

–Así que por favor no me traigas nada de comer –clavó los ojos en mí–. Por favor olvídate. Estoy segura de que incluso sin hacer ningún esfuerzo en especial, voy a olvidarte. Me alegra que hayas venido a verme, pero después la tristeza dura mucho más. Para los dos.

–Tienes razón, desde luego, pero... –despreciando a ese ser que no podía hacer nada por su propia esposa, dejé caer otra vez la cabeza–. Pero no te olvidare –hice un movimiento afirmativo con la cabeza. Llegaron las lágrimas–. No olvidare. Nunca.

Cuando alcé la cabeza y la miré otra vez, ella tenía clavados en mí ojos que habían perdido algo de su brillo, con todo. el rostro resplandeciendo en una sonrisa tenue como una imagen tallada de Buda. Era la primera vez que la veía sonreír así.

Sentí que estaba teniendo una pesadilla. *No, me dije, ésta ya no es tu esposa.*

El traje que nevaba puesto cuando la arrestaron se había ensuciado y arrugado terriblemente. Pero como es lógico no me permitirían llevarle ropa para cambiarse. Mis ojos captaron una mancha oscura que tenía en la falda.

–¿Eso es sangre? ¿Qué pasó?

–Oh, esto –habló temblorosa, bajando los ojos hacia la falda, confundida–. Anoche dos borrachos me hicieron una broma.

–¡Bastardos! –sentí una rabia feroz ante la inhumanidad de los borrachos. Si la hubiera expresado ante ellos, habrían dicho que dado que mi esposa ya no era humana, no importaba la que ellos hicieran.

–¡No pueden hacer ese tipo de cosa! ¡Es contra la ley!

–Es cierto. Pero no puedo reclamar.

Y como es lógico yo tampoco podía ir a la policía y reclamar. Me considerarían aún más una persona problemática.

–Te verán –dijo mi esposa con ansiedad–. Te la ruego, no te entregues.

–No te preocupes –le sonreí, autodespreciándome–. Me falta valor para eso.

–¡Bastardos! Qué es lo que... –me mordí el labio. El corazón me dolía casi hasta romperse–. ¿Sangró mucho?

–Mmmm, un poco.

–¿Duele?

–Ya no duele.

Michiko, que había sido antes tan orgullosa, ahora sólo dejaba ver un poco de tristeza en la cara. La forma en que había cambiado me sacudió. Un grupo de muchachos y muchachas, que nos compararon penetrantemente a mí y a mi esposa, pasaron detrás de mí.

–Ahora debes irte.

–Cuando seas una mujer árbol –dije al separarnos–, pediré que te transplanten a nuestro jardín.

–¿Puedes conseguirlo?

–Tendría que ser capaz de conseguirlo –asentí con energía–. Tendría que ser capaz.

–Me gustaría mucho que la lograras –dijo mi esposa, inexpresivamente.

–Bueno, hasta la próxima.

–Me sentiría mejor si no regresaras –dijo ella en un murmullo, con los ojos bajos.

–Lo sé. Esa es mi intención. Pero es probable que venga, de todos modos.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

Después mi esposa habló bruscamente.

–Adiós.

–Ummm.

Empecé a caminar.

Cuando miré hacia atrás al llegar a la esquina, Michiko me seguía con la mirada, aun sonriendo como un Buda tallado.

Con un corazón que parecía a punto de partirse en dos, camine. De pronto advertí que había llegado frente a la estación. Sin querer, había regresado a mi trayecto de costumbre.

Frente a la estación hay una pequeña cafetería a la que siempre voy, llamada *Punch*. Entré y me senté en un reservado de un rincón. Pedí café, lo tomé amargo. Hasta entonces siempre lo había bebido con azúcar. El sabor áspero del café sin azúcar, sin crema, me atravesó el cuerpo, y lo saboreé con masoquismo. *De ahora en adelante lo beberé siempre amargo.* Eso fue lo que resolví.

En el apartado vecino tres estudiantes hablaban sobre un crítico que acababan de arrestar y a quien habían convertido en un hombregajo.

—Oí que lo plantaron en plena avenida Ginza.

—Le gustaba el campo. Siempre vivió en el campo. Por eso lo ubicaron en un lugar como ése.

—Parece que le hicieron una lobotomía.

—Y los estudiantes que trataron de recurrir a la fuerza en la Asamblea, protestando por el arresto... los arrestaron a todos y también los convertirán en hombregajos.

—¿No eran casi treinta? ¿Dónde los plantarán a todos?

—Dicen que los plantarán frente a su propia universidad, a ambos lados de una calle llamada Camino de los Estudiantes.

—Ahora tendrán que cambiarle el nombre. Ponerle Avenida de la Violencia, o algo así.

Los tres dejaron escapar risitas.

—Eh, no hablemos más de eso. Puede oírnos alguien.

Se callaron los tres.

Cuando abandoné la cafetería y enfilé hacia casa, me di cuenta de que ya empezaba a sentirme yo mismo como un hombregajo. Canturreando para mis adentros las palabras de una canción popular, seguí mi camino.

Soy un hombregajo al costado del camino. Tú también eres una mujergajo. Qué diablos importa, nosotros dos, en , este mundo. Hierbas secas que nunca florecen.

Luana

Gilbert Thomas

Luana, © 1966 by Mercury Press Inc. Traducción de F. Corripio, J. Piñeiro, y C. Gaudes en *Ciencia Ficción Selección-2*, Libro Amigo 187, Editorial Bruguera S. A., 1971.

Las paradojas, taras, y frustraciones de toda una clase social, son objeto de una implacable sátira en esta magnífica narración, pequeña obra maestra de humor y penetración psicológica.

Este relato ha sido calificado por la autorizada opinión de los redactores del Magazine of Fantasy & Science Fiction como "un perfecto exponente del más alto nivel alcanzado por la ciencia ficción".

Después de una jornada de micetología –mi especialidad–, suelo dedicarme a la pintura o la escultura. Debo aclarar que he terminado con las mujeres, debido a lo mucho que me han hecho sufrir en la vida. El arte, pobre remedo de la existencia, no siempre resulta un buen sustituto, pero no tengo más remedio que conformarme.

Así, pues, comencé por pintar acuarelas que representaban rudimentarios vegetales. Nada tan hermoso como un líquen primaveral que se extiende por la superficie áspera de una roca, y que introduciéndose en sus grietas la desmenuza hasta transformarla en arena. Los hongos que destrozan el Partenón reduciéndolo a fragmentos de mármol, nunca dejaron de maravillarme con su poder. Así es como la belleza se convierte en polvo.

Tras la pérdida de mi primera esposa, resolví dedicarme a la escultura moderna. Antes había logrado captar la hermosura del *Monascus purpureas* en unos lienzos, y los que pinté de otras especies –a las que protegía de la corrupción mediante infusiones de ácido desoxirribonucleico (DNA), sin el cual la vida no puede existir– fueron adquiridos por el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Pero yo anhelaba realizar algo grande. Y esto a pesar de que mi primera esposa no había sido nada corpulenta, como tampoco lo fuera mi segunda mujer. Eran, por el contrario, mujercitas suaves y apetecibles como la fina «colmenilla», hongo que resulta delicioso cuando se fríe con manteca, o se agrega a la sopa.

Ni que decir tiene que a mí me encontraron manso, y únicamente preocupado por mi trabajo. Que el ubicuo *Penicillium* hubiese salvado a millones de seres, además de crear el suculento queso de Roquefort, no parecía preocuparles lo más mínimo. También les tenía sin cuidado que los viajes del hombre por el cada vez más amplio universo de la mente, se debieran a la influencia del tartrato de dietilamida del ácido D-lisérgico (LSD-25), que se extrae del hongo.

Mi primera esposa se irritaba conmigo al extremo de llamarme mohoso.

–¡Tú, condenado mohoso! –me dijo una vez, mientras yo comía higos a la hora del desayuno.

Me había aficionado a comer esos frutos después de mi último viaje a Europa, y tras haber descubierto que le sentaban muy bien a mi organismo.

–¡Higo mohoso! –exclamó en seguida nuestra hija, desde la habitación contigua.

Algo natural, si se tiene en cuenta que era una chiquilla de tipo pícnico, o gordita, como se dice vulgarmente.

Luego, Elva se dirigió a la cocina en busca de unos buñuelos, y cuando estaba a punto de comerlos, ¡Dios me ampare!, se dio cuenta que éstos se hallaban pasados, cubiertos de moho. Estallando en incontenible llanto, salió corriendo de la habitación, mientras gritaba:

–¡Tú lo has hecho! ¡Tú lo has hecho!

Yo no había sido, desde luego. Lo cierto es que las esporas se hallan por todas partes, dispuestas a alimentarse de lo que sea. Elva había esperado demasiado para consumir los buñuelos, y los micelios le ganaron la partida.

Picasso es también un genio de la escultura moderna. (Todo hombre debe tener sus héroes, especialmente cuando se halla deprimido.) Siempre he admirado su cabra, que creó en Vallauris en la década del cincuenta, empleando una variedad de materiales. Todo lo que tenía a mano, a decir verdad: alambre, estuco, cestos de frutas. Al terminar su obra, descubrió que le faltaba algo: los órganos genitales. Para remediarlo tomó un bote de hojalata vacío, lo aplastó y dobló sobre sí mismo, y luego lo insertó en el húmedo yeso, justamente debajo de la cola, rígida y erguida, y del protuberante orificio anal. Soberbio. Siempre he soñado con hacer algo semejante.

Mi segunda esposa, la griega, era morena y bonita, pero una mañana se volvió negra y azul. Le dio por pasar la noche fuera de casa, sin mi permiso, y de cuando en cuando pude notar en su piel unos moretones y lo que parecían unas señales de dientes. Por lo general, estas marcas le aparecían en el cuello, y solían descender peligrosamente hacia los senos. Cuando la apremié a que me diera una explicación, me dijo que no le gustaba usar gafas, y que había tropezado contra algo. Al contestarle yo que me parecía que algo hubiese tropezado con ella, pidió el divorcio. De todas formas, no recuerdo que hubiera sido miope alguna vez. Por el contrario, en el pequeño café del puerto del Pireo, hizo gala de una vista excelente. Lo bastante como para acercarse a mí y preguntarme:

–¿No es usted el doctor Raymond Kelpé, el famoso micetólogo norteamericano?

Contesté afirmativamente, y ella se sonrojó al tiempo que decía que también le interesaban las talofitas. Agregó que era una estudiante adelantada especializada en tómulas, microorganismos que permiten la transformación del petróleo en alimentos –las petroproteínas–, estudios que realizaba en la Universidad de Atenas. Dijo que asistió a una de mis conferencias, y que estaba enterada del hecho que yo me encontraba en el país para tratar de salvar el Partenón. Esto aún parecía posible, y más de una mañana había ascendido yo a la Acrópolis con

un viejo albañil, que con su cuenco de cemento procuraba ayudarnos a restaurar las históricas piedras para darles su antiguo aspecto.

Pallas se convirtió en mi ayudante, y me aconsejó que tuviera mucho cuidado con las apasionadas muchachas atenienses. Para demostrar lo cierto que era eso, me sedujo. El hecho resultaba relativamente sencillo en el laboratorio, pues yo solía trabajar allí hasta bastante tarde. Nos hallábamos ambos entre bandejas de saprofitos, que acababan de criar, y ya podían verse los pequeños *champignons* naciendo de su lecho de bellotas desmenuzadas, hojas muertas y café molido, todo ello sembrado de *merde*. Allí, en aquel perfumado ambiente –pues el diminuto hongo posee un delicioso aroma–, Pallas fue a alcanzar una retorta, y se desvaneció dramáticamente, yendo a caer sobre un cultivo de hongos de un par de metros de longitud. Su bata de laboratorio quedó algo levantada, y cuando me incliné para practicarle la respiración boca a boca, ella lanzó un suave quejido.

Nos casamos. Pero a poco de encontrarnos ya en Estados Unidos, advertí que pasaba cada vez más tiempo lejos de mí..., y en compañía del doctor Gilroy Mannfried, realizando investigaciones sobre paracirugía, en el Edificio 29. Yo trabajo en el 28. Pallas había seguido siendo mi ayudante, pero al fin dijo que estaba harta de todo aquello, y que quería volver a Grecia, donde el cielo era más luminoso. Añadió que ya tenía dieciocho años y que los hongos no habían sido otra cosa que una pasión de juventud. Por el contrario, ahora le interesaba mucho más la paracirugía. Terminó sacándome la lengua. Hasta entonces se había mostrado dócil y amable, pero no puedo soportar que alguien muerda a mi mujer. No dejó ahora de pensar que el doctor Mannfried pudo entregar a Pallas algún narcótico, dexamil, o algo parecido. Lo cierto es que empecé a notarme muy soñoliento hacia las nueve o las diez de la noche, y una o dos horas más tarde, ya estaba dormido como un tronco. Es probable que echasen un poco de hidrato de cloral en mi bebida. El amor siempre encuentra una salida, y nadie mejor que un facultativo sabe que el *Juramento de Hipócrates* ya está hoy tan pasado de moda como el médico de cabecera. En cierta ocasión creí escuchar algunos quejidos de Pallas, pero no pude librarme de la somnolencia. Era muy posible que hubiesen invadido mi dormitorio, para experimentar nuevas emociones.

Mientras tanto, me dediqué de nuevo a la escultura moderna, e hice ensayos al estilo de Picasso, utilizando miga y corteza de pan como materia prima. Dicho material es maleable, y rociado con substancias plásticas permite lograr una enorme variedad de formas y de colores, desde el tono del trigo maduro hasta el del pan moreno, adornado el conjunto con unas pocas algas, para conseguir la pátina del tiempo. Me invitaron a exponer en el salón del Museo de Arte de Los Angeles, y mis trabajos obtuvieron halagüeños comentarios, aunque se exhibían entre obras de Giacometti, Rueben Nakian y Peter Volkos. Mis creaciones artísticas no resultaban afectadas por las inclemencias del tiempo, y por hallarnos en una nueva era del arte, a nadie escandalizó que utilizara el pan como materia básica para una obra de arte. Después de todo, los tiempos cambian.

Aparte de esto, yo seguía con mi trabajo de laboratorio, relacionado con los vuelos espaciales Gemini I, II, III, IV, etc. El asunto era cada vez más complejo, y uno de esos hechos me permitió lograr mi gran oportunidad.

Pallas se presentó un miércoles por la mañana con una mejilla ensangrentada. Juró que estaba completamente harta de los norteamericanos, y que volvía

inmediatamente a Grecia..., vía el Lejano Oriente, donde esperaba hallar cierta paz espiritual en el estudio de aquellas religiones. Yo tenía que darle la libertad, y, por extraña coincidencia, recurrió, precisamente, a las mismas desagradables observaciones que había hecho Elva. Pero si es cierto que los hongos son mi debilidad, la de ella lo era Grecia. Le llamé una palabra algo fuerte, e inmediatamente me arrepentí. Poco después ella ofrecía un aspecto lastimoso, llorando a lágrima viva, con la cara sangrando, el vestido hecho jirones y sacándome la lengua, de vez en cuando. Mi última chica, palabra. Tuve que darle libertad, en efecto, pero no sin antes hablar con el doctor Mannfried.

—No sé de qué me está hablando —contestó, mientras se pasaba la lengua por los labios. Es un maldito, como muchos de los que empuñan el bisturí; parecen simples carniceros, pero no hay que fiarse, pues son capaces de enhebrar una aguja con los pulgares—. Si apenas conozco a su mujer... —añadió—. Pero eso sí, debo decir en favor de ella, que es deliciosa. Debo felicitarle por su buen gusto.

Me hubiera quedado satisfecho con darle un puñetazo a aquel cerdo; pero, ¿qué habría conseguido con eso? Al fin y al cabo yo necesito las manos para mi trabajo tanto como él necesita las suyas.

—Sí, claro que es deliciosa —contesté, y dando media vuelta me dirigí al mercado para comprar todo el pan del día anterior que hubiera disponible. Tendría que procurar mantenerme muy ocupado, ahora que iba a quedarme solo.

Por insólito que parezca, el doctor Mannfried se aficionó a mi compañía, una vez que Pallas se hubo marchado camino de Hong Kong. Gozaba hablando de ella, el muy cochino. Hasta cuando hablaba de mi primera mujer se le hacía agua la boca, aunque entonces no se hubiera aprovechado de ella porque el hijo de Mannfried aún no había terminado sus estudios, y el cirujano había jurado solemnemente, en su juventud, no dedicarse al libertinaje hasta que el chico hubiese cumplido los 21 años. Yo no soy un individuo hablador, sino que, por el contrario, prefiero escuchar. Y así tuve que aguantar sus charlas mientras moldeaba miga de pan para transformarla en el motivo de mis sufrimientos: me dediqué a modelar mujeres. Era algo más fuerte que yo mismo.

Lo que ocurrió por aquella época fue algo soberbio, que levantó un tanto mi espíritu: el primer paseo de un hombre por el espacio (en realidad era el segundo, pues el primero lo habían efectuado ya los rusos). Después me llamaron desde Cabo Cañaveral para que dirigiese el equipo de descontaminación y esterilización, a fin de dejar listo al Gemini IV, para su próximo vuelo espacial. Y es que los planetas y el cosmos en modo alguno deben convertirse en un vertedero de desechos humanos. Aquello, por otra parte, era una especie de entretenimiento, unos preparativos para el no lejano viaje a la Luna.

Debe tenerse en cuenta que los microorganismos que lleva encima un solo astronauta —cualquiera de ellos—, alcanzan aproximadamente la enorme cifra de 10^{12} , es decir, ¡un uno seguido de doce ceros! Por consiguiente, limpié a fondo a mis muchachos, utilizando gas de óxido de etileno. Todo quedó limpio y reluciente como una patena.

Pero cuando abrieron la escotilla en los espacios siderales, ocurrió al revés de lo previsto... Algo penetró en el interior de la astronave. «Y yo encontré la espora».

No había la menor duda que se trataba de una espora, y, además, era la única. Tampoco podía ser una de las terrestres, a semejante altura. Indudablemente, había sido atraída en el cosmos hacia esa especie de aspiradora gigante que era la cápsula espacial, cuando se abrió la portezuela exterior. Es evidente que los cielos no están formados por el simple vacío: hay materia, antimateria, y, además, ahora sabíamos que había otra cosa: una espora.

La llevé conmigo a mi laboratorio, en un avión reactor, y me dispuse a proporcionarle un medio adecuado. Tal vez por egoísmo conservé el asunto en secreto.

No tenía la menor idea del alimento que podía consumir la espora. La coloqué sobre un pedazo de pan, y resolví esperar. ¿Viviría aún?

Hasta poco antes, había resistido las temperaturas rigurosísimas del espacio sideral; aguantó también los devastadores efectos de las radiaciones. Bien podía tratarse de la mutación de cierta forma orgánica originada en otro planeta.

Debo confesar que me quedé dormido observando el trozo de pan colocado sobre la tierra esterilizada. Me hallaba sin dormir, desde que hiciera mi descubrimiento, y el sueño protege el organismo cuando la excitación se prolonga durante mucho tiempo. No se trataba en este caso de hidrato de cloral. Simplemente, reinaba un apacible silencio en el laboratorio, y la luz que había sobre el objeto del experimento esparcía una agradable claridad. Debían ser las diez de la noche cuando me quedé dormido. Cuando desperté ya había amanecido.

¡Cielo santo, aquello era enorme! Jamás había visto nada igual. Al principio creí que se trataba de un árbol, ya que el tronco medía cerca de un metro de diámetro. De alto medía casi dos metros, y con su perfecta simetría era el hongo más hermoso que yo había contemplado en mi vida. De un delicado color crema, su casquete o sombrerillo poseía un brillante tono anaranjado que unos castos lunares blancos suavizaban. El pan había desaparecido, y la colosal seta parecía haberse alimentado de la tierra y la madera del cajón. Corrí a mi alojamiento, situado fuera del laboratorio, y regresé apresuradamente con algunas hogazas de pan, que coloqué alrededor del tronco. La talófito, sin embargo, pareció rechazar el alimento, habiendo alcanzado su completo desarrollo. ¡Qué consistencia más suave! ¡El *tourneados aux champignons* que podía prepararse con aquello! ¡Esa seta iba a hacerme famoso! Mas por ahora no debía divulgar mi secreto. Tenemos obligación de revelarlo todo a la NASA. ¡Al demonio la NASA! Aquél era un triunfo que yo debía disfrutar en privado. Por ahora no necesitaba la fama periodística ni anhelaba recibir un telegrama de Estocolmo, informándome que fuera a recoger mi premio. Palpé el tallo del hongo, y pensé al momento que aquella talófito, tal vez, fuera capaz de comerme; pero cuando se trata del trabajo soy un individuo audaz. Lo oprimí con la mano y noté una substancia cálida, suave y flexible como el cuerpo de una muchacha. Rodee con mis brazos el tallo... ¡Qué criatura! Lo besé y percibí un aroma dulce y penetrante, como el de algunos hongos. Ahora la seta estaba en mi laboratorio, y era sólo mía. Pero, ¿acaso produciría esporas? ¿Terminaría por ennegrecerse, corromperse y desaparecer, disgregándose en esporas que vuelan hasta perderse en alguna remota pradera? Nada de eso. Al segundo y al tercer día comprobé que mi hongo se mantenía sin cambios, aunque oscilaba levemente a impulsos de la brisa matinal. Había terminado por llevar la seta a través del parque de la Universidad,

hasta colocarla en mi alojamiento, para conservar mejor el secreto y facilitar así el experimento. Me sorprendió lo ligero que era el hongo, pues no pesaba más de lo que suele pesar una muchacha. No pude menos de pensar que el máximo rendimiento del mundo, obtenido en la producción de hongos, era de sólo 50 kilos por metro cuadrado.

Su carne parecía viva, palpitante. Aunque no soy panteísta, a menudo he imaginado que las plantas, sean árboles, matas o flores, tienen una vida propia de la que nada sabemos. Dejé la ventana abierta para que la talófito pudiera respirar. Las cortinas ondulaban suavemente a impulsos del viento, y mi seta se balanceaba con gracia.

¿De dónde demonios habría llegado? Que existía una forma de vida en otros planetas, era algo que ya sabíamos; es decir, que yo sabía. Los demás ya se enterarían a su debido tiempo. Lo cierto es que el experimento podía comenzar. Tenía que empezar. Yo era un científico, después de todo, y me sentía obligado a hacerlo. Había que cortar. Como no sabía lo que iba a suceder, me acerqué con lentitud, muy lentamente, y después de una pausa clavé la hoja en el tronco.

Diría que el hongo había lanzado un suspiro, pero tal vez sólo se trataba de mi imaginación. Hice unos cortes con toda facilidad. ¡Qué espléndida textura! Parecían los muslos de una muchacha, con aquella piel suave y tersa.

Solicité permiso de la Universidad, diciendo que me ausentaba. Y conforme iban transcurriendo los días, yo iba cincelandando cada vez más hondo en el tallo de Lulú. Ya le había dado hasta un nombre, igual que hacen los observatorios meteorológicos con los huracanes. Lulú me parecía nombre apropiado para una chica bronceada, tal vez una hermosa mulata de los mares del Sur, de la Polinesia... ¡Qué piel más fina! Luana... Sí, Luana. Adiós, Lulú... Ahora te llamas Luana. Aloha, que también significa hola. No conseguí clasificarla entre ninguna de las especies conocidas de hongos, pero eso no me sorprendió. Por fin, resolví abandonar todo experimento, y llevé a mi casa más herramientas de escultura, para emprender seriamente el trabajo. ¡Qué figura! No tuve el menor inconveniente, pues hasta podría decir que Luana casi se modelaba ella sola. El anaranjado de la superficie cedía el paso a un tono rosa dorado que ponía flores en su cabello. Puedo jurar que era como si Luana ya «estuviese allí», aunque nunca llegara a hablar —no me atrevería a asegurar tanto—, ni yo le hablé a ella. Todo tiene su límite. Dudé si debía esculpirla con vestidos, o sin ellos. Pero nunca estuve de acuerdo con aquel Papa que, con tan poco acierto, mandó pintar taparrabos a los querubines de Miguel Ángel, para cubrirles pudorosamente. De modo que por fin quise esculpir completa a Luana, y por ello la modelé desnuda. Y nada de arte abstracto. ¿Quién desea ver representado al ser querido en una de esas inauditas abstracciones? No. Quería algo natural, fotográfico. Doy mi palabra a que soy un buen escultor. La Venus de Milo; ésa era mi modelo. Aunque algo más fina, más delgada, más dócil. Yo sabía que Luana era dócil; tal vez era japonesa, una dulce japonesita de hablar vacilante, que yo nunca terminaría de comprender. Y fue ése el día en que el doctor Mannfried entró sin anunciarse.

El muy maldito se había quedado inmóvil, conteniendo el aliento y con los ojos clavados en Luana. Estaba atónito. Por lo visto, yo lo había hecho mejor de lo que creía. Pero es que, en esos momentos, yo estaba sumamente inspirado.

–¡Dios santo! –exclamó–. ¿Qué es eso?

–Sólo una estatua –respondí.

–Podría jurar que está viva.

–Bueno, no se acerque demasiado.

–¿Por qué no?

–Podría morderle. Mannfried tuvo la delicadeza de ruborizarse. A decir verdad, jamás creí que algún día iba a ver a un cirujano sonrojándose. Quiso tocar a Luana, pero yo le empujé hacia el patio, al tiempo que me restregaba las manos para librarme de los trocitos de hongo. Hasta los llevaba en el pelo. Pero dejé de sacudirlos, pues me parecía un sacrilegio. Su carne era levemente húmeda, agradable al tacto, excelente para realizar sutilezas con el cincel. El doctor Mannfried tomó un fragmento que había entre mis cabellos, y dijo con aire alelado:

–Es esponjoso...

–Sí, ¿verdad? –respondí.

–¿Qué es?

–¿Qué es el qué?

–El material que usted emplea.

–Bueno, es un nuevo tipo de plástico.

–¡Ah! Pero me di cuenta que no me creía. Y entonces cometí el error de decir:

–Me gustaría que no dijese nada a nadie acerca de esto. Él sonrió con aire codicioso; sin duda ya tenía algo en la mente. Comprendí que no debía haberme fiado de aquel grandísimo puerco.

–Vamos, puede confiar en mí –aseguró Mannfried. Desde entonces vino todos los días a ver a Luana. Y por raro que parezca, fue manteniendo su palabra, ya que nadie mencionó a Luana, entre mis conocidos, ni preguntaron qué estaba haciendo en mi período de permiso.

Cuando hacía calor, yo solía enchufar dos grandes ventiladores oscilantes, que colocaba uno a cada lado de Luana, y que había adquirido precisamente con aquel objeto. Luego, en el tocadiscos de alta fidelidad ponía *Dulce Leilani* y *Bali H'ai*, y me sentaba a contemplar a Luana, que oscilaba levemente al compás de la música como una ninfa de algún planeta remoto, tal vez ya desaparecido del Universo, y situado originariamente a miles de millones de años luz, ya que las esporas son inmortales. Bueno, casi inmortales. Por otra parte, si se elevara la temperatura de la Tierra sólo unos pocos grados, las esporas como la que dio origen a mi hermosa Luana, mi seta danzarina, sin duda se apoderarían de todo el planeta.

Coloqué algunos sabrosos bollos muy cerca de ella, por si deseaba volver a alimentarse. Además, resultaba imposible saber cuándo podía morir. Pensé

coverirla con un paño mojado, pero ya ella misma me pareció bastante húmeda, y no quise correr el riesgo de que se formaran hongos. El que le salieran hongos a un hongo sólo podía resultar gracioso para los que nunca hubiesen conocido a Luana. Sin embargo, a ella le faltaba algo, y yo sabía lo que era; pero siendo muy tímido no me atrevía a realizarlo. El doctor Mannfried, en cambio, era capaz de hacerlo, el muy desvergonzado.

–Le falta «eso» –dijo él, tras haberla observado atentamente unos minutos, y después de desplazar un ventilador de su sitio, para ver mejor.

Ahora daba la impresión que ambos la compartíamos. Ya no había manera de librarse de aquel cerdo indecente.

–No, amigo mío –agregó Mannfried–; será un gran escultor, pero se ha olvidado de tallarle una cosa. Yo aún no le había dejado que la tocara.

–Esa es mi especialidad –continuó diciendo el cirujano. Al recordar a Picasso y la cabra, sentí una desazón que no podría describir. Aquel español de raza, había sido capaz de hacerlo, pero yo no podía. Hasta pensé tallarle un bikini, por pequeño que fuera, mas luego no me pareció adecuado. Lo cierto es que el doctor Mannfried tenía razón, y resolví dejarle actuar.

–He quitado mucho de eso –aseguró–, pero es la primera vez que voy a poner uno. Y observé que estaba sudando, a pesar de los ventiladores, y que sus ojos relucían extrañamente.

–¿Ahora? –pregunté.

–Sí, ahora –respondió.

–¿Puedo... mirar?

–No, será mejor que espere fuera.

–Tendrá cuidado, ¿verdad?

–Por favor, conozco mi oficio.

–¿Cuánto tardará, doctor?

–Lo sabrá cuando haya concluido. No tiene por qué preocuparse.

Y así diciendo, tomó el más pequeño y aguzado de mis cinceles, y avanzó hacia Luana. Tenía la vista clavada en ella, y su mano temblaba perceptiblemente.

Creo que estuve paseando arriba y abajo durante diez o quince minutos, fumando un cigarrillo tras otro –lo que no es mi costumbre–, y sin apartarme de la puerta. Era mejor que el doctor Mannfried realizara lo que yo no me había atrevido a hacer. Fue un agudo grito del cirujano lo que me hizo irrumpir precipitadamente en la habitación donde se hallaba mi amada. El doctor Mannfried estaba abrazado a Luana, como en éxtasis, y tenía los dientes clavados en su cuello.

Nunca sabré cómo pude resistir los momentos que siguieron. Traté de rellenar el hueco de su cuello con miga de pan moreno, pero no era lo mismo. Aquella noche tanta era mi tristeza que no puse el tocadiscos.

Poco después de la medianoche recibí una llamada telefónica de mi colega, el doctor Shih. Me dijo que fuera inmediatamente a casa del doctor Mannfried, pues se trataba de un caso urgente. Por raro que parezca, yo aún creo en Hipócrates, y por ello me dirigí adonde me indicaban. Al llegar a la puerta, me encontré con el doctor Shih, que me miraba con ojos espantados.

–Raymond, Raymond... –me dijo–. Mannfried está agonizando...

–Ah, vaya –respondí yo.

Un alarido estremecedor retumbó en la casa, como si todas las voces del Averno salieran de la garganta de un solo hombre. Corrí al dormitorio y pude ver que lo que había sido el doctor Mannfried yacía ahora tendido rígidamente en el lecho. Una mirada a su rostro me reveló en seguida lo que había ocurrido. He visto aquella misma expresión en el semblante de una familia de siete miembros que murieron en el siglo XV, y quedaron momificados en unas catacumbas de Francia. El gesto de insufrible agonía persistió a través de los siglos. Sólo una cosa podía haber motivado aquella mueca en el semblante de un ser humano: la intoxicación con un hongo del género amanita.

Luana era una seta venenosa.

Ya me temía yo eso.

La mansión de las rosas

Thomas Burnett Swann

The manor of roses, © 1966 by Mercury Press Inc. Traducción de F. Corripio, J. Piñeiro, y C. Gaudes en *Ciencia Ficción Selección-2*, Libro Amigo 187, Editorial Bruguera S. A., 1971.

Se ha dicho de los relatos de SF que son los sucesores de los "cuentos de hadas". Esta observación, bastante errónea en lo que se refiere a la SF propiamente dicha, es, sin embargo, válida con respecto a ciertas manifestaciones afines, como el Sword & Sorcery (literalmente: espada y brujería) o Heroic Fantasy, género que se inspira directamente en antiguas mitologías (sobre todo en las célticas), supersticiones y leyendas.

La mansión de las rosas es, en cierto modo, un cuento de hadas. Pero un cuento de hadas maduro, que no se limita a reproducir viejos esquemas, sino que supone un acercamiento lúcido a ciertos mitos y planteamientos que el hombre contemporáneo cree, un tanto fatuamente, haber dejado atrás. La xenofobia, el maniqueísmo, el clasismo, el machismo, el fanatismo, el puritanismo y unos cuantos "ismos" más, son denunciados, con eficaz y elegante sencillez, en este desmitificador relato lleno de ternura, poesía y fino humor.

Thomas Burnett Swann, viajero, investigador y escritor inglés, ha publicado, además de biografías y libros de poemas, varios relatos de fantasía y ciencia ficción, de los que The manor of roses es tal vez el más logrado.

Capítulo 1

Tengo treinta y cinco años; soy, por lo tanto, una mujer madura, y a pesar de estos tiempos de calamidades y de plagas, de muertes prematuras y de fenecimiento de la belleza antes que el cuerpo muera, se dice que aún sigo siendo tan hermosa como una virgen bizantina, flotando en el cielo de un mosaico dorado y soportando las penas como una túnica de pétalos blancos. Pero las penas no sirven de túnica, sino que son como la desnudez para los ojos de los curiosos, para la lengua de las urracas maldicientes que gozan con la pesadumbre de los demás:

«Siempre está muy triste... La mansión necesita un heredero... ¿Quién nos va a defender del bosque amenazador, de los ladrones y de las malignas mandrágoras?»

Once años hace, en el Año del Señor de 1202, llegó Edmundo el Lobo, el compañero de armas de mi esposo, y nada más desmontar del caballo me dio la noticia de que mi marido había muerto, dejándome como compensación las riquezas capturadas antes de que pereciese en la batalla. ¿Riquezas capturadas? No, un simple botín, diría yo, conseguido en el saqueo de Constantinopla. Miren, esta es una época en que los hombres son como chiquillos provocadores y crueles, dispuestos siempre a dar muerte a un judío, a un húngaro, o a un griego,

por considerarle un infiel. Se sienten felices empuñando la espada, y aseguran que con ello sirven a Dios. Son días en que los muchachos no están lo bastante crecidos para el orgullo de sus padres, ya que los únicos hombres de verdad son los cruzados.

Y sin embargo, yo amaba a mi esposo, un normando pelirrojo, alegre como los hombres del Sur, y no como la mayor parte de nuestras adustas gentes de Norte. Le amaba por su jovialidad, por su pelo de color de los ladrillos romanos, y también porque me dio un hijo.

Pero las ansias del cruzado, como el maléfico espíritu de la plaga, también se apoderan de los niños. Tan sólo el año pasado, en Francia y Alemania, Esteban proclamó su alto mensaje de Cristo, Nicolás hizo sonar su irresistible flauta, y los niños se fueron tras él como las mareas hacia la Luna, y afluyeron hacia el Mediterráneo como ríos de inmaculadas vestiduras blancas.

Poco de aquella locura llegó hasta Inglaterra. Tal vez nuestros niños son poco inclinados a las visiones, quizá prefieren cazar, en vez de congregarse bajo las frías arcadas de los templos, para mantener conversaciones con Dios. Pero la demencia, que aquí no afectó a millares, fue a tocar justamente a mi hijo. Y un día se marchó hacia Londres montado en su palafrén roano, vestido con un jubón de piel de oveja teñido de amarillo, y ajustada una correa de cuero a la cintura, de la que pendía una bolsa tintineante, llena de peniques recién acuñados. ¡Iba dispuesto a tomar un barco hasta Marsella, para unirse a Esteban! Pero Esteban y la mayor parte de su cándido ejército fueron vendidos como esclavos al infiel; Nicolás murió de peste antes de alcanzar el mar, y mi hijo, que apenas tenía quince primaveras, llegó a Londres, recorrió las orillas del Támesis en busca de un navío de dos castillos que le llevara al otro lado del canal, y cayó al fin bajo el cuchillo de un bandido. El demonio, creo yo, había poseído a aquellos niños, una burla lanzada como un guantelete al rostro del Señor.

Pero Dios no es ciego, y en menos de un año, me envió a los otros chicos. Por desgracia, todos estaban contagiados de la misma locura. Ellos fueron Juan, un normando de pelo oscuro; Esteban, que aunque sajón se llamaba igual que el muchacho de Francia, y Ruth, a la que llamaban su ángel guardián, pero que nadie sabría decir si había venido del Cielo o de los Infiernos. Presentí que Dios me había convertido en instrumento suyo para protegerles de la ruina que había caído sobre mi propio hijo. ¿Acaso se equivocó Él al encomendarme una misión tan inestimable y difícil? Lo cierto es que lo intenté, Madre del Señor, ¡bien que lo intenté! Les protegí de las mandrágoras del bosque, les amé, les perjudiqué, y luego, al final... Pero ustedes mismos podrán juzgarme...

Corrió cegado por las lágrimas entre los zarzales, asustando a las aves, haciendo que remontaran el vuelo tantos faisanes y perdices como los necesarios para agasajar a un rey. Los sapos le miraron asombrados y en seguida se arrojaron a la laguna con un sordo y simultáneo chapoteo. ¿Ignoraban acaso que él, el tímido Juan, que había perdido su arco en la espesura y esparcido sus flechas durante la carrera, no era criatura de temer? Juan había vuelto de la partida de caza con su padre, el señor del castillo de Goshawk, y en compañía de los caballeros Roberto, Arturo, Eduardo y los demás. Los nombres de esos caballeros eran diferentes,

pero su aspecto era casi el mismo. Tenían manos rudas, encallecidas de tanto empuñar la espada contra el infiel... y contra sus compatriotas ingleses; mejillas enrojecidas por el hidromiel, y no por el Sol de nuestros cielos; cuerpos que exhalaban fuerte olor porque se cubrían con jubones forrados de pieles, que llevaban con orgullo incluso en verano, no queriendo imitar a los villanos, que en la época del calor usaban sencillas camisas y calzas sin faldellín. El pelo lacio y humedecido por el sudor, lo llevaban largo por detrás, y cortado en un cerquillo sobre la frente.

A Juan, el hijo del barón, le habían permitido disparar la primera flecha contra un ciervo al que acosaba a los sabuesos. No era buen arquero, pero el ciervo se hallaba tan cerca que sólo podía errarse el tiro si se hacía adrede. Y erró el tiro adrede. Una vez, mientras recogía castañas con su amigo Esteban, el pastor, vio Juan al mismo animal, un magnífico ejemplar de ciervo cuya cornamenta se parecía a las ramas desnudas de los árboles que azota el viento a orillas del mar del Norte.

–No nos tiene miedo –le había susurrado Esteban, en aquella ocasión.

–Ni hay motivo para que lo tenga –respondió Juan–. Jamás podríamos hacerle daño. Es demasiado hermoso.

Ahora, en el momento de la caza, el animal volvió su cabeza y les miró como si los reconociera, y tal vez con un aire de resignación. Estaba acorralado por los sabuesos contra un denso matorral de helechos.

Juan lanzó su flecha por encima de la cornamenta, instante que aprovechó el animal para escapar, atravesando los tupidos helechos como si fueran briznas de hierbas y dejando a los perros inmovilizados por la sorpresa.

–¡Mujerzuela! –gritó su padre con voz ronca a causa de la ira que le producía el haber perdido un festín y un par de astas para adornar el frío vestíbulo del castillo–. ¡Debí entregarte una rueca, en vez de un arco!

Al terminar la partida, Juan fue castigado. Una vez que los caballeros hubieron abatido un animal más pequeño, una joven gacela, tendieron al muchacho sobre el cuerpo cálido y ensangrentado, y cada uno de ellos le pegó de plano con la espada. La mayor parte de los caballeros le golpeó con suavidad, ya que, al fin y al cabo, se trataba del hijo del señor feudal. Pero el golpe de su padre le hizo sangrar y morderse la lengua para contener un llanto vergonzoso.

Después le dejaron marchar.

–¡Vete a las perreras y dile a tu amigo Esteban que te seque las lágrimas! –le gritó aún su padre, con tono burlón.

Un coro de carcajadas subrayó la mofa. Se decía que Esteban se había acostado con todas las hijas de los villanos comprendidas entre los doce y los veinte años. Y los que no tenían hijas solían afirmar, con aire festivo: «Las muchachas lloran hasta que Esteban les seca las lágrimas».

Una vez solo en el bosque, Juan olvidó su afrenta. Estaba demasiado asustado, para acordarse. Apenas cumplidos los doce años, sabía que los bandidos

sentenciados a la horca se refugiaban entre los sicómoros que recordaban a los romanos, y entre las encinas que estaban ahítas de sangre de los sacrificios druidas. En cuanto a los animales, había lobos, osos y jabalíes de largos colmillos, sin olvidar las anfibenas, que eran serpientes de dos cabezas, ni los grifos de escamosas alas. Pero lo peor de todo eran los seres de la mandrágora, que crecían como raíces y luego saltaban de la Tierra, uniéndose a sus congéneres para practicar estos actos de antropofagia.

¿Adónde podía ir?, pensó Juan. Al castillo no, ciertamente, pues allí estarían ahora los cazadores, remojándose en grandes tinas de madera, restregándose unos a otros las espaldas, para quitarse la suciedad de varias semanas, mientras las mozas de la cocina les arrojaban encima cubos de agua y miraban furtivamente sus desnudeces.

En un tiempo el castillo había albergado a su madre. Las sombras se atenuaron con la blancura de sus vestidos, y por los salones se difundió el aroma del clavo, de la canela y otras especias de la cocina. Los muros exteriores florecieron con las corolas del damasco, árbol cuyas semillas habían llegado de Tierra Santa. Y las delicadas ascalonias, o «cebollas de Ascalón», asomaron sus tallos verdes en torno al tronco de los árboles, como pequeños gnomos guardianes.

«Si tiene que haber frutos de guerra –había dicho ella–, debemos procurar que sean cosas vivas, y no muertas; cosas dulces, en vez de amargas; cosas suaves, y no ásperas; que aumenten el verde de la Tierra, y no el oro de los cofres.»

Seis años antes ella había muerto víctima de la peste. Ahora, cuando Juan se arrodillaba en el suelo de piedra de la capilla, rezaba al Padre, al Hijo y a la Virgen, pero la Virgen era su madre.

No, no podía regresar al castillo. Podía, pero se vería obligado a visitar la cabaña del abad y tendría que recibir otra lección sobre lógica y astrología, sobre ensayos de Lucano y Aristóteles. En realidad Juan era un buen alumno, y hasta sobresaliente; pero había momentos para estudiar, y momentos para acudir junto a Esteban. A pesar de la burla de su padre, aquél era el momento de ir a buscar a Esteban. No es que su amigo fuese delicado y femenino como una hermana; todo lo contrario, era tan mal hablado y agresivo como cualquier muchacho capaz de tumbar a una chica en el heno. Pero dominaba su rudeza ante Juan, respetaba sus conocimientos, e ignoraba sus debilidades.

Esteban era un villano sajón que tenía tres años más que Juan. Sus antepasados, como él mismo aseguraba con razón, habían sido poderosos condes. Pero los conquistadores normandos les redujeron a la condición de siervos, obligándoles a trabajar las tierras que antaño habían poseído, en las que una vez se alzó una torre de madera rodeada por una empalizada, y ahora se veía el castillo levantado por el abuelo de Juan, una fortaleza de piedra circundada por bastiones en cuya entrada se hallaba el rastrillo de hierro de una poterna, custodiada por arqueros protegidos detrás de las troneras.

Los padres de Esteban habían muerto víctimas de los seres de la mandrágora, en una de las rápidas incursiones que éstos efectuaron fuera del bosque para robar ovejas y cerdos. Un día como aquél, dos años antes, Juan y Esteban se habían hecho amigos inseparables. Juan encontró a Esteban arrodillado junto al cuerpo

de su madre; no conocía entonces ni siquiera el nombre del chico que permanecía al lado del cadáver, pero le colocó un brazo, con aire de consuelo, en torno a los hombros –gesto audaz, para alguien tan tímido– y casi esperó un áspero gruñido o incluso un golpe, como respuesta. Sin embargo, Esteban escondió su cabeza entre los brazos del hijo de su amo y se puso a sollozar convulsivamente, sin lágrimas. No pasó mucho tiempo, cuando ambos resolvieron adoptarse mutuamente como hermanos; para ello se hicieron un corte en el antebrazo, con un cuchillo de caza y mezclaron sus sangres sellando así el pacto.

A partir de entonces, Esteban había vivido en un desván situado encima de las perreras, haciendo de cuidador de sabuesos, de pastor y de granjero, mientras adquiría gran destreza en el arte de luchar con los puños y con el garrote. No sabía leer inglés, y mucho menos francés o latín, pero los lobos temían su palo y los hombres crecidos, sus puños. ¿Cómo se le hubiera podido describir adecuadamente? Era irritable, pero su enfado era motivado por las cosas, y no contra ellas; por los siervos y la miseria en que vivían; por los perros a los que obligaban a acometer temerariamente en las cacerías, y que a menudo perecían entre los colmillos de los jabalíes; por los animales que eran muertos para distracción de los amos, y no para que sirvieran de comida. Algunas veces, también se mostraba jovial: hablaba de las cosas en voz alta, con aire radiante, manejaba el arco, daba de comer a sus perros o blandía la guadaña lleno de vitalidad.

Otras veces ni estaba alegre ni enfadado, sino que parecía encontrarse más allá de ambos estados de ánimo; caía como en un raptó de ensoñación, y anhelaba encontrar un ángel, o la espada Excalibur, o, mejor aún, soñaba en comprar su libertad, para luego convertirse en un Caballero Hospitalario, ayuda de peregrinos y terror de los infieles.

–Pero tendrás que hacer un voto de castidad –le había dicho Juan, en una de esas ocasiones.

–Bueno, ya pensaré en eso cuando llegue el momento –repuso Esteban.

Por otra parte, era uno de esos seres que tan poco abundan, un soñador que pone en práctica sus sueños, y últimamente había hablado del triste sino corrido por la Cruzada de los Niños, añadiendo que ya era hora de que otros Esteban y otros Nicolás siguieran a los primeros muchachos, pero armados con espadas, en vez de símbolos, para que pudieran triunfar donde los otros fracasaron.

Juan sentía un hondo temor de que Esteban se marchase a Jerusalén sin llevarle con él, a pesar de que no sabía si iba a tener valor suficiente para un viaje semejante, primero a través de las tinieblas del bosque hasta llegar a Londres, luego en barco hasta Marsella, y por último a la tierra de los sarracenos. Ahora Juan, empero, salió de su ensimismamiento y apresuró el paso; pero volvió a pensar en las razones que iba a esgrimir para hacer que su amigo renunciara a su propósito. Encontró entonces al viejo Eduardo segando en la Pradera Común; llevaba un taparrabo andrajoso sujeto a la cintura, y su rostro y sus hombros eran tan ásperos y oscuros como una silla de montar después de un viaje desde Londres a Edimburgo. El viejo no alzó la vista, ni perdió un solo golpe de guadaña.

«¿Para qué mirar al cielo? –solía decir–. *Pertenece a los ángeles, y no a los siervos.*»

–¿Has visto a Esteban? –le preguntó Juan.

Zas, zas, zas, hacía la guadaña, y las hierbas se abatían como las víctimas de la peste.

–¿Has visto a Esteban? –inquirió el chico, en voz más alta.

–Bueno, que no soy sordo –gruñó el anciano–. Vuestro padre me quitó la juventud, los cerdos y el maíz, pero no las orejas. Al menos por ahora. Vuestro amigo, en cambio, perderá las suyas, si no hace su trabajo. Debería estar ya aquí, en la pradera, en estos momentos.

–Entonces, ¿dónde está? –exclamó Juan, desesperado.

–Habrà ido hacia la Cueva de los Romanos, a juzgar por la mirada que tenía. Allí va a esconderse, cuando sueña despierto. Ni siquiera me dirigió una sola palabra.

La Cueva de los Romanos eran las ruinas donde aquellos habían venerado a su dios del sol Mithra, en una bóveda subterránea. Más tarde, y como desagravio al Dios de los cristianos, los sajones alzaron una iglesia de troncos y transformaron la cueva en una cripta para enterrar a sus muertos. Durante la conquista normanda, las mujeres y los niños se ocultaron en la iglesia, y los normandos arrojaron teas encendidas al techo y quemaron el templo con sus ocupantes dentro. Los restos carbonizados y retorcidos fueron quedando ocultos por la floreciente aliaga, y los pocos maderos ennegrecidos que se alzaban como manos implorantes entre las flores amarillas, ya no atraieron más fieles hacia los sepultados dioses.

Ningún forastero hubiera sospechado que había una cripta debajo de las matas florecientes, pero Juan apartó las ramas espinosas y se internó por una estrecha hendidura hasta alcanzar un tramo de escaleras. Aquel lugar estaba como imbuido de un espíritu sagrado; se percibía una sensación extraña, de tiempos idos, como la que se siente cuando se observa una gran piedra druida que los líquenes han erosionado y que se alza hacia las estrellas como participando de su cósmica lejanía. Allí los adoradores de Mithra se habían bañado con la sangre de los toros sacrificados, y ascendieron los siete peldaños de los iniciados para rendir homenaje al Sol. Era un vergonzoso rito pagano, según había dicho el abad, y Juan le preguntó entonces la razón de que Jehová hubiera ordenado a Abraham que sacrificase a Isaac.

–Era sólo como prueba –contestó rápidamente el anciano.

–Pero, ¿y la hija de Jefté? Ella no era ninguna prueba.

El abad prefirió cambiar de tema.

Aunque sólo tenía doce años, Juan ya había empezado a hacer preguntas acerca de la Biblia, de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo. Para Esteban, la religión era sentimiento, y no reflexión. Dios era como un patriarca de frondosa barba, y los ángeles tenían que ser tan reales como los árboles del bosque. Juan pensaba de modo diferente. Sólo la Virgen María quedaba al margen de toda duda, de toda

discusión, y le parecía una hermosa mujer, sin edad precisa; envuelta en un manto de seda bordada, moraba en lo alto del cielo unas veces, y otras casi al alcance de la mano; brillando más que el Sol, y, sin embargo, tan sencilla como el pan, la hierba, los pájaros y el amor de Esteban. Era invisible, pero no inalcanzable.

Al llegar al pie de las escaleras, Juan se vio ante una cueva larga y estrecha, de paredes de tierra en las que estaban inhumados los cristianos envueltos en sus sudarios, y que terminaba en una bóveda semicircular. Ahora, en aquel lugar ya no se adoraba a Mithra, ni se sacrificaban toros sagrados; tampoco se veneraba a la Virgen María, que acunaba en sus brazos al niño Cristo. Esteban se hallaba arrodillado sobre las piedras y sostenía un cirio, que iluminaba el techo cubierto de pinturas que representaban a Jesús caminando sobre las aguas, multiplicando los panes y los peces, y ordenando a los ciegos que vieran y a los lisiados que caminasen.

—Juan —dijo Esteban—, he encontrado...

—¡Una Virgen!

Estaba tendida sobre un lecho de hierbas. Su rostro parecía una máscara de marfil, bajo la luz de la vela. Juan pensó en la imagen de una Virgen procedente del altar de alguna catedral francesa, aunque parecía animada con el inconfundible soplo de la vida. Luego, al acercarse, comprobó decepcionado que no se trataba de la Virgen, pues era excesivamente joven. Tan sólo era una muchacha.

—Es un ángel —dijo Esteban.

—Ah, un ángel —murmuró Juan, y suspiró lamentando la juventud de la aparición.

¿Para qué necesitaba él otro ángel, y femenino, por añadidura? Dios, o la Virgen María, le había enviado a Esteban, angelical aunque no femenino, y menos aún afeminado, con su revuelto cabello en lugar de una aureola, su rostro más enrojecido que sonrosado una especie de arcángel Miguel o Gabriel dispuesto a hacer resonar su poderosa trompeta, en lugar de pulsar una suave lira.

El ángel se movió y abrió los ojos con un gracioso parpadeo; sin sorpresa ni temor, sino más bien, según le pareció a Juan, con meditado cálculo, como algunas de las rústicas muchachas que acudían al desván de Esteban. Sus dientes eran blancos como la tela de su túnica, que se ajustaba en el talle por medio de un cerúleo cordón de seda. Sus puntiagudas zapatillas, de piel festoneada de terciopelo, eran como las que deben usarse en las suaves praderas del cielo. Pero no tenía alas. ¿O acaso las escondía bajo su túnica? Juan se sintió tentado a hacerle alguna pregunta.

—Salúdala —murmuró Esteban—. Dale la bienvenida.

—¿Cómo debo saludarla? No conozco el lenguaje de los ángeles —respondió Juan, apesadumbrado.

—Puedes hablarle en latín, me parece. Tiene que conocerlo, con tantos sacerdotes pronunciando el *benedicte* en esa lengua.

Esteban tenía razón. En el rudo inglés ni había que pensar, y tampoco en el francés de los normandos, quienes, al fin y al cabo, eran descendientes de los bárbaros vikingos.

–¿Quo vadis? –preguntó Juan, tal vez con muy poca delicadeza.

Su sonrisa, aunque deliciosa a juicio de Juan, no sirvió para contestar a la pregunta.

–¿Qué estás haciendo aquí? –repitió el muchacho, en el francés de los normandos.

Esteban, que conocía algo de francés, le dio frenéticamente unos cuantos codazos.

–Nunca debes hacer preguntas a un ángel –susurró–. Dale la bienvenida. Ríndele homenaje. Recita algunos salmos, o cuando menos, un proverbio.

–No estamos seguros de que sea un ángel, ¿no crees? En realidad, no nos lo ha dicho.

Por fin la aparición habló.

–No sé cómo me encuentro aquí –dijo en un latín impecable, y, al notar que Esteban no la había entendido, repitió sus palabras en inglés, aunque con una grave dignidad que suavizaba la rudeza de la lengua.

En ese momento Juan observó el pequeño crucifijo que el ángel sostenía entre sus manos. Era una cruz griega de brazos iguales, labrada en oro y con gemas incrustadas, la que por sus estudios dedujo que procedía de Oriente.

–Sólo recuerdo la obscuridad que me rodeaba –siguió diciendo el ángel–, y luego, una caída, tras lo cual me encontré en medio de un gran bosque. Estuve vagando por allí hasta que encontré el pasadizo que conduce a esta cueva, y me refugié para pasar la noche. Debía de estar muy cansada, pues me parece que he dormido mucho tiempo.

Alzó el crucifijo, y, como si el leve peso fuera excesivo para sus delicadas manos, la joya se escurrió entre ellas y fue a reposar sobre su pecho.

–Es de imaginar que tendrás hambre –dijo Juan, sin gran entusiasmo.

Esteban se volvió rápidamente y de nuevo habló en voz baja:

–¡Pero si los ángeles no comen! ¿No lo entiendes, Juan? Dios nos la ha enviado como un mensaje. ¡Para que nos guíe a Tierra Santa! Esteban de Francia recibió su mensaje de Cristo, y ahora nosotros recibimos a otro ángel.

–Sí, pero recuerda lo que le ocurrió a Esteban de Francia. Le vendieron como esclavo, o se ahogó en el mar. Sólo los tiburones saben la verdad.

–No creo que haya muerto; pero si es así, sin duda estará escuchando la voz de Satanás, y no la de Dios. Pero nosotros podemos ver a nuestro ángel.

–Del mismo modo que puedes verme a mí –respondió ella–, deberías darte cuenta de que tengo hambre. Los ángeles también comen, te lo aseguro, al menos cuando viajan, y se nutren de algo más substancioso que los néctares y el rocío. ¿Tienes un poco de venado, o de aguamiel?

–Deberías llevarla al castillo –afirmó Esteban, que se mostraba reacio a abandonar a su recién hallado ángel–. No tengo nada tan hermoso en las perreras.

–No, no pienso llevar a nadie al castillo –dijo Juan–. Y no sólo eso, sino que pienso quedarme contigo en las perreras.

–¿A causa de tu padre, tal vez?

–Si; me azotó con la espada delante de sus hombres, y me llamó... –le fue imposible repetir el calificativo y menos ante Esteban–, me llamó patán. Y todo porque fallé el tiro frente a un ciervo; nuestro ciervo, el que una vez prometimos no herir jamás.

Esteban asintió con aire comprensivo.

–Hiciste bien al no acertarle. Dicen que es el ciervo más viejo del bosque. Aseguran... –y al llegar aquí bajó la voz– aseguran que en realidad no es un ciervo, sino Merlin, convertido en animal por Viviana. Pero dime, Juan, ¿cómo vas a poder vivir conmigo en las perreras? Sería un rudo golpe para el orgullo de tu padre. ¡El hijo de un barón compartiendo un cuchitril con el muchacho que cuida los sabuesos! ¡Te daría aún más azotes, y yo también los recibiría! Tal vez no recuerdes que le cortó las orejas a mi padre porque rompió una guadaña. Y ahora, con un ángel con nosotros, lo único que podemos hacer es...

–¿Dejar que se marche el ángel?

–No; salir cuanto antes hacia Tierra Santa. Tengo algo de comida en las perreras y una muda de ropa. Ni siquiera necesitas volver a por nada al castillo. Sólo tenemos que seguir el camino romano a través del bosque, hasta llegar a Londres, allí dirigimos hacia Marsella, y luego continuar el viaje hasta las Tierras de Ultramar.

–Pero fue en Marsella donde el francés Esteban cayó en manos de los tratantes de esclavos.

–No importa, ahora tenemos un guía.

–¿Y si no es un ángel, en realidad?

–Al menos habremos escapado del castillo.

–Entonces, ¿crees que debemos dejar el castillo para siempre?

La perspectiva de abandonar a su padre llenaba de gozo a Juan, que se sentía como un halcón al que quitan la caperuza. Pero en el castillo estaban todos sus bienes: el compendio de sus preceptos, es decir *Los reyes de Bretaña*, escrito en el mejor pergamino y encuadernado con tapas de marfil; y también estaba otro pergamino con su poema preferido: *El búho y el ruiseñor*, que él mismo había

copiado laboriosamente y con toda exactitud. Sin embargo, lo más importante de todo era que entre los muros de la fortaleza habitaba el espíritu de su madre, junto con todo lo que le recordaba a ella: las escaleras por las que ascendiera, los tapices que tejió, los ropajes que había arreglado, los ecos de la tonada que cantaba para hacer la vida más llevadera, y que hablaba de nobles guerreros y de amores inmortales:

*Oíd, el que talló esta madera
me pide que os recuerde,
oh, criatura llena de dones,
la promesa más antigua...*

—¿Abandonar el castillo de mi padre —repitió Juan—, para no volver jamás?

El rostro de Esteban se volvió rojo como la Oriflama, el pendón encarnado de los reyes de Francia.

—¿El castillo de tu padre? —dijo entre dientes—. ¡Estas tierras pertenecían ya a mis antepasados, cuando los tuyos no eran sino vikingos llenos de escorbuto! ¿Crees que voy a quedarme aquí para siempre como cuidador de perros, sirviendo a un hombre que apalea a su propio hijo, y al que debo entregar lo que cultivo y lo que cazo, y al que tengo que pedir permiso para tomar mujer? Créeme, Juan, ninguno de los dos tenemos que hacer nada aquí. ¡Ante nosotros está Jerusalén!

Para Esteban este nombre sonaba como una trompeta marcial; pero a Juan le recordaba el doblar a muertos de una campana.

—Recuerda que hay un gran bosque en el camino —afirmó Juan—, y luego un canal, y más tarde un mar proceloso donde pululan los infieles. También ellos tienen barcos, ya lo sabes, y son más rápidos que los nuestros, y están armados con el Fuego Griego.

Pero Esteban le cogió por los hombros y fijó en él la mirada implacable de sus ojos azules.

—Sabes bien que no puedo abandonarte, Juan —manifestó.

—No tienes por qué hacerlo —repuso el aludido.

El ángel les interrumpió en ese momento, y parecía un poco disgustado porque en aquel cambio de alegatos y protestas, de razones y argumentos masculinos, casi hubieran olvidado el sublime plan que estaban considerando. Por consiguiente, dijo:

—En cuanto a conducirnos hasta Tierra Santa, lo cierto es que no conozco el bosque que debemos atravesar; pero aquí las tierras son húmedas, y al pasar frente al castillo su aspecto me pareció francamente desagradable; es lúgubre y sombrío, con un foso seco y una torre tenebrosa, y con estrechas ventanas sin vidrio alguno. Es una fortaleza, y no un hogar. Si en realidad soy un ángel, espero encontrar moradas más agradables aquí, en la Tierra; de lo contrario volveré

rápidamente al Cielo. No obstante, partamos mientras tanto hacia Londres, y vosotros me guiaréis hasta que me halle en terreno conocido.

Llevando al ángel entre ellos, ascendieron las escaleras hasta llegar al exterior, donde lucía el Sol. Dieron un corto rodeo para eludir al viejo Eduardo, que aún se ocupaba en segar la hierba en la Pradera Común, y alcanzaron por fin las perreras. Era mediodía, y el barón y sus caballeros habían permanecido en el castillo desde que regresaron de la partida de caza. Los siervos, saliendo de los campos, se habían reunido a la sombra del molino de agua, para comer su pan y su sencilla bebida. Si alguno de ellos advirtió el paso rápido y furtivo de los candidatos a cruzados, sin duda pensó que se dedicaban a juegos juveniles, o imaginó que Esteban había hallado una mozueta para compartirla con el hijo de su amo, y tal vez murmuraría: «Ya era hora».

Mientras los sabuesos de Esteban les hacían fiestas, ellos treparon hasta el desván que estaba encima de la perrera, para recoger las escasas pertenencias de aquél: dos mantos verdes con capuchas para los días de invierno, un par de zuecos y unas largas medias azules que cubrían la pantorrilla, un zurrón de cuero lleno de pan y de tajadas de queso, una botella de cerveza y un nudoso cayado de pastor.

–Es para las lobas –dijo Esteban, alzando el garrote–. Lo he utilizado a menudo.

–Y también es para las mandrágoras –agregó Juan con malicia, esperando asustar al ángel.

–Lo que no tenemos son ropas de muchacha –manifestó Esteban.

–No te preocupes –dijo ella sonriendo, mientras bebía la cerveza de Esteban y comía de su pan y su queso con tanto apetito que daba la impresión de que iba a dejarlos sin provisiones antes de que se iniciase el viaje–. Cuando se ensucie mi túnica, la lavaré en un arroyo, y entonces –añadió con picardía– los dos podréis comprobar si soy realmente un ángel.

La observación pareció a Juan muy poco angelical, por no decir carente de delicadeza. ¡Como si fueran ellos a espiarla mientras se bañaba!

Esteban quiso tranquilizarla, y dijo:

–Jamás hemos dudado de que lo fueras. Y ahora...

Interrumpió lo que estaba diciendo para volverse y dedicarse a poner en orden el desván.

–Debemos dejarle solo con sus sabuesos –susurró Juan al ángel, al tiempo que la conducía escaleras abajo.

Poco después, Esteban con aire silencioso, se les unió en la espesura. Su jubón estaba húmedo de lenguas amigas, y lo mismo sucedía con su rostro, aunque en éste no se sabía si era a causa de las lamidas o de sus propias lágrimas.

–¿Qué te parece? –dijo Esteban–. Podíamos llevarnos a uno o dos con nosotros. El pequeño galgo rabón...

–No –le interrumpió Juan–. Mi padre se pondrá furioso cuando se dé cuenta que nos hemos marchado, pero en seguida se encogerá de hombros y dirá: «Bah, no son más que un par de muchachos que no valen para nada; ninguna pérdida representan para el castillo». Pero si nos llevamos uno solo de sus perros, mandará inmediatamente a sus caballeros tras nuestra pista.

–Ahora me doy cuenta, nuestro ángel no tiene nombre –declaró Esteban repentinamente, algo irritado, como si pensara: «Puesto que ha venido a apartarme de mis sabuesos, al menos debiera haber traído un nombre».

–Yo tuve un nombre, estoy segura de ello, pero se me ha ido de la memoria. ¿Cómo os gustaría llamarme?

–¿Qué os parece Ruth? –manifestó Esteban–. Según la Biblia, siempre iba de viaje, guiando a sus primos y demás parientes, ¿no es eso?

–Era a su suegra –corrigió Juan, quien consideraba que, si iban a ir a las Cruzadas, convenía que Esteban se hallara al corriente de las Sagradas Escrituras.

–Guiando y dejándose guiar por dos fornidos esposos –observó a su vez el ángel, que en esos aspectos parecía estar mejor informada; y se apresuró a explicar–: Bueno, los dos fueron esposos suyos, pero sucesivamente. Si, creo que el nombre de Ruth resulta muy adecuado.

«Es demasiado joven para ser como Ruth», pensó Juan, que le calculaba unos quince años (por más que, como ángel, podía tener quince mil). La misma edad que Esteban, en cuyos pensamientos entraban las visiones angélicas, pero cuyas necesidades del cuerpo no eran ni mucho menos celestiales. A diferencia de los Caballeros Templarios, no había hecho voto de castidad. La situación no era, pues, la más propicia para iniciar una cruzada en el nombre del Señor.

Pero una vez que se internaron en el bosque, el mayor del sur de Inglaterra, Juan comenzó a pensar en mandrágoras y grifos en vez de en Ruth. Era cierto que la vieja calzada romana cruzaba la espesura en dirección a Londres y a Chichester –dentro de una hora llegarían a la carretera–, pero aun en esa vía no se era inmune a los peligros del bosque.

Capítulo 2

Por consejo de Ruth, dieron un buen rodeo para no pasar por las tierras del vecino castillo, al que llamaban el Cubil del Jabalí.

–Alguien podría reconocer a Juan –dijo ella–, y avisar a su padre.

–Es cierto –admitió Juan, observando la torre normanda, una de las fortalezas de madera negra construidas por Guillermo el Conquistador para consolidar sus triunfos–. Mi padre y Felipe el Jabalí fueron amigos en tiempos pasados. Felipe solía cenar con nosotros por San Miguel y en otras fiestas, y entonces yo tocaba los timbales en su honor. Pero hace ya bastante tiempo que él y mi padre rompieron su amistad a causa de los límites de sus terrenos. Ambos reclaman

cierta arboleda de encinas, cuyos frutos sirven de alimento a los cerdos. Por eso estoy seguro de que Felipe no se mostraría hospitalario.

Tras rodear bastante camino, siguiendo un plácido riachuelo en cuyo curso se veía un viejo molino cuyas piedras no convertían ya el trigo en harina, los viajeros alcanzaron la vía romana. En un tiempo orgulloso camino de legiones invencibles, por sus piedras resonaron más tarde las pisadas de sajones, vikingos y normandos, todos los cuales la usaron para el comercio y la guerra; pero, a diferencia de los concienzudos romanos, jamás repararon los destrozos causados por las ruedas y el paso del tiempo. Ahora había quedado reducida en algunos puntos a un simple camino de carretas, si bien los recios bloques fijados con hormigón, colocados por los romanos, aún permitían el paso de jinetes, caminantes y de las damas de alcurnia, que viajaban en literas de dos caballos.

—Me siento como este camino —dijo Ruth, en un suspiro—, desgastada y muy poco limpia.

Se le había desgarrado el ribete de la túnica con los espinos, y ensuciado la tela con el cieno. Había perdido el rodete que aureolaba su cabeza y el cabello de sus trenzas sedosas, dorado como la flor de la escamonea, se esparcía igual que una cascada sobre sus hombros. Juan, por su parte, iba acalorado, jadeante, empapado en sudor, y sentía deseos de hacer como los siervos y quitarse el jubón de mangas largas para quedar en camisa.

—Esteban —dijo Ruth, con aire abatido—, ahora que hemos hallado la carretera, ¿no podríamos descansar un poco?

Su habla, aunque melodiosa como siempre, se había simplificado al adoptar el sencillo inglés vulgar.

—¡Pero si acabamos de iniciar el viaje! —respondió Esteban, echándose a reír—. Londres aún está muy lejos. Es mejor que hayamos recorrido algunas leguas, antes de que llegue la noche.

—Ahora está mediada la tarde, ¿por qué no descansamos hasta que refresque un poco?

—Está bien —repuso el aludido, y le dio unas palmaditas afectuosas en señal de aquiescencia.

Esteban, que no tenía facilidad para expresarse con palabras, lo hacía mejor con sus manos, que eran nido para calentar a un pájaro aterido, bálsamo para las heridas de sus perros, y muy expertas para manejar la guadaña, o el hacha y recoger ramas con que encender una hoguera. Sabía hacer ademanes, señalando o tocando con la exquisita elocuencia del sordomudo y del ciego. Cuando se le daban los buenos días, respondía con unas palmadas en la espalda. Si caminaba con alguien, le cogía por el brazo, trepando a los árboles por el placer de sentir el rudo contacto de la corteza en sus manos, y nadaba en invierno, en los helados arroyo hasta que su cuerpo entraba en calor. Pero sólo tocaba las cosas o la gente que amaba; nunca cuando algo era feo, o se trataba de gentes desagradables.

—Descansaremos tanto tiempo como quieras —agregó.

Ruth dijo sonriendo:

–Creo que voy a tener que pedirte prestado uno de tus jubones. Ya ves cómo se arrastra mi túnica por el suelo.

Luego, en un arranque de pudor, se escondió detrás de unos helechos para cambiarse de ropa.

–Ten cuidado con los basiliscos. Ya sabes que su mordedura es fatal –le advirtió Juan, y susurró muy bajo a Esteban–: Primero se come tu comida y luego se pone tu ropa.

–Querrás decir nuestra comida y nuestra ropa –corrigió Esteban–. Recuerda que ahora los dos somos cruzados.

Juan se calló, avergonzado. Oyó entonces cómo Ruth quebraba ramitas y sacudía las ropas como si deseara poner de manifiesto las distintas etapas de su cambio de indumentaria. Pensó en las mozas –¿diez, veinte?– que se habían desnudado para Esteban. El tema del amor sexual le azoraba. Los razonamientos aristotélicos de su mente se negaban a examinar, esclarecer y evaluar el problema. Sus pensamientos eran como molinos de viento sorprendidos en un incendio del bosque. El había amado a su madre de un modo –¿cuál era el término adecuado?– filial; a Esteban le amaba fraternalmente. Pero en cuanto a lo otro, bueno, no había sido capaz de reconciliar el código cortesano que cantaban los juglares –rosas, galardones y juramentos de eterna fidelidad– con la recordada escena de Esteban, cuando le sorprendió el año anterior, con una fregona desnuda en su desván, y sin que pareciera turbarse lo más mínimo. Esteban se limitó a sonreír, y dijo: «Dentro de un año, o poco más, Juan, podremos ir de mozas juntos». Mientras tanto, la muchacha se reía neciamente, sin esforzarse por ocultar su desnudez, y esto le recordó a una de aquellas rameritas bíblicas a las que rapaban la cabeza o lapidaban vergonzosamente. ¿Quién podía culpar al pobre Esteban de ceder ante esos impulsos? En cuanto a él, Juan había hecho votos, como los caballeros, de pobreza, castidad y obediencia a Dios. Al principio pensó recluirse en un monasterio, pero por no separarse de Esteban, que no tenía el menor espíritu monástico, se decidió a llevar una vida de acción.

–¿Te ha comido la lengua un cuervo? –inquirió Esteban, sonriendo y mientras le rodeaba los hombros con un brazo–. Créeme que no he querido ofenderte. Oye, ¿sabes una cosa? Hueles a clavo.

Juan se puso rígido, no por el contacto, sino ante lo que parecía ser una insinuación. No había olvidado la burla de su padre: «¡Mujerzuela!» Según la costumbre eran las muchachas y las mujeres quienes guardaban sus vestidos en cofres impregnados de aroma de clavo, mientras que los hombres del castillo colgaban su atuendo en la estancia llamada guardarropa, situada cerca de los retretes de la escalera, cuyo pozo iba a parar al foso de la fortaleza. El hedor de ese pozo protegía a las vestiduras del guardarropa contra las polillas.

–Era de mi madre –murmuró Juan–. Me refiero al cofre, donde guardo algunas cosas; aún lo utilizo.

–Mi madre, en cambio, colocaba menta florida en su cofre –dijo Esteban–. Mas yo prefiero el olor del clavo. Tal vez ahora se me pegue un poco; llevo una semana sin bañarme.

Y diciendo esto, apretó afectuosamente el hombro de Juan, y éste entonces comprendió que su masculinidad no había sufrido mancha. Lo cierto es que Esteban nunca se burló rudamente de él en ese aspecto. Bromear, tal vez, pero sin poner jamás en tela de juicio su calidad de varón.

–No me parece un camino peligroso –siguió diciendo Esteban, que se mostraba comunicativo quizá porque Juan estaba silencioso–. Las gentes de la abadía de Chichester vigilan para limpiar la zona de bandidos. No llevan espadas, pero libre Dios al ladrón que cae bajo sus estacas.

–Sin embargo, el bosque se extiende a nuestro alrededor –dijo Juan– como orgullosa morada de los grifos de alas verdes y escamosas. Parece como si la espesura fuera a devorar el camino. Ya se ha comido los bordes de la calzada, y... –agregó bajando la voz–: ella vino del bosque, ¿no es cierto?

–¡Ella vino del cielo, tonto! –contestó Esteban, riéndose–. ¿No la has oído decir que no conoce nada del bosque?

Antes de que Juan pudiera replicar a su amigo, Ruth se presentó ante ellos, tan verde como el rocío en lo mejor de la primavera. Resplandecía aún en el rústico atuendo de Esteban, con la caperuza echada sobre la espalda. Su cintura aparecía rodeada por el cordón dorado de su túnica, y desdeñando sus zapatillas festoneadas de terciopelo, se había puesto los zuecos del muchacho, cuya tosquedad realzaba la delicadeza de su pie desnudo. En el manto, que se había quitado, llevaba envueltas las zapatillas y el crucifijo.

–Nadie adivinaría hora que soy un ángel –manifestó sonriendo–, y ni siquiera una muchacha.

–Desde luego, no se conoce que eres un ángel, pero una muchacha sí. Deberías endurecer tus manos y ocultar tus bucles, para poder pasar por un chico.

Ella hizo ademán de querer esconder su ondulado cabello en la caperuza, pero furtivamente, algunos rizos dejó fuera.. En el momento en que reanudaron el viaje, Ruth comenzó a cantar una tonada familiar de aquellos días:

*En el valle de mi inquieta fantasía
busqué el monte y el aguamiel...*

Aunque ella cantaba acerca de un hombre que buscaba a Jesucristo, las palabras fluían de sus labios tan jovialmente como si se tratara de un alegre villancico. Juan echó de menos sus timbales, y Esteban comenzó a silbar. De este modo se olvidaron de la soledad del camino, desierto a aquellas horas, y los grifos de escamosas alas les parecieron inofensivos.

De improviso, al volver un recodo de la carretera, casi tropezaron con un caballero, que llevaba una roja cruz pintada en el escudo –parecía un caballero

templario—, y detrás del cual cabalgaba una dama en un robusto corcel, conducido por un criado que no alzaba la vista del suelo.

El caballero les miró con gesto de desagrado. A pesar de los votos que le exigía su orden, parecía más dedicado a la guerra que a servir a Dios. La dama, en cambio, sonrió y les preguntó hacia dónde se dirigían.

—Vivo en un castillo, más adelante —repuso Juan, prestamente, en francés normando.

A diferencia de sus amigos, iba ataviado a la moda de los jóvenes caballeros de la época, con un manto de color violado y cinturón de seda bordado en plata. Así se explicaba que fuera el portavoz del pequeño trío de jóvenes.

—He venido con mis amigos —añadió— a buscar castañas al bosque, y nos disponemos a regresar a casa.

El caballero acentuó más su ceño, hasta que su expresión resultó abiertamente hostil. Detuvo el caballo, y todo en él parecía indicar que sospechaba que Juan hubiera robado una excelente túnica a fin de hacerse pasar por el hijo de un caballero. Los jóvenes de noble cuna, aunque tuvieran doce años, no solían hacerse acompañar de villanos; menos aún les llamaban amigos suyos, y no iban a recoger castañas al bosque a semejantes horas de la tarde.

—No hemos pasado castillo alguno en muchas leguas —gruñó al tiempo que colocaba su recia mano, surcada de gruesas venas, sobre la empuñadura de su espada.

—El de mi padre se halla alejado de la carretera, y la torre no es muy alta —aclaró Juan, sin la menor vacilación—. A decir verdad, le llaman *La Tortuga*, y es tan fuerte como el caparazón de ese animal. Más de un barón ha tratado de conquistarlo inútilmente.

—Procura volver al castillo lo antes posible —terció la dama con tono admonitorio—. Vosotros no tenéis caparazón, como la tortuga, y el camino es peligroso después del anochecer. Mi protector y yo nos dirigimos a la fortaleza de nuestro amigo Felipe el Jabalí. ¿Sabéis si está aún muy lejos?

—A unas dos leguas, poco más o menos —respondió Juan, y les dio detalladas explicaciones en un francés tan pulido que nadie, ni siquiera el ceñudo caballero, pudo tener la menor duda acerca de su sangre normanda y de su noble cuna. El muchacho hizo entonces una cortés reverencia, les deseó buen viaje hasta el castillo de Felipe el Jabalí, y condujo a sus amigos hacia la imaginaria fortaleza llamada *La Tortuga*.

—¡Qué jovencito tan guapo! —oyeron aún que decía la dama—. Y varonil, para su edad.

—De no haberme sentido tan asustado —dijo Esteban, una vez que estuvieron a prudente distancia del caballero, de la dama y del poco comunicativo servidor—, habría soltado una carcajada, cuando dijiste que tu castillo se llamaba *La Tortuga*. ¡Si no hay castillos por aquí en tres leguas a la redonda! Es la primera mentira que te oigo decir.

–¿También tú sentiste miedo? –preguntó Juan, asombrado ante aquella confesión.

–Desde luego que lo tuve. Esos dos eran amantes, y se dirigían a una cita en el castillo del Jabalí. Este individuo consiente tales cosas, según he oído decir. Es como si administrasen un burdel para la nobleza. La dama seguramente tiene el marido lejos de estas tierras, y el caballero templario bien pudo habernos matado, para evitar que fuéramos con cuentos a alguien.

Cuando se hizo de noche, buscaron una gran encina de ancho tronco, y entre los dos chicos ayudaron a subir a Ruth hasta las primeras ramas. Entonces se preparó ella un lecho con hojas y musgo en la cruz del árbol, y, habiéndose quitado los zuecos, se instaló allí cómodamente y con toda desenvoltura, en compañía de los dos muchachos. Parecía tener habilidad para hacer aquella clase de nido, tanto en la Tierra como encima de ella. Una vez que hubo comido algo de pan y de queso, y bebido cerveza, volvió a descender al suelo, y rechazó toda ayuda de sus acompañantes, demostrando que era muy ágil.

–¿Se habrá enfadado con nosotros? –dijo Juan.

–Se bebió toda la cerveza –declaró Esteban–, y ahora se ha marchado...

Treparon por una rama hasta donde se confundía la copa de la encina con la de otra que estaba en la vecindad, creyendo que Ruth se hallaría debajo de ese árbol.

Pero pronto advirtieron que llegaba de un olmo no lejano, y que se reunía con ellos en el improvisado refugio.

–Estaba buscando junquillos –explicó ella– para cubrirnos y no pasar frío; pero no los he encontrado, de modo que tendremos que prestarnos el calor mutuamente.

A continuación se situó en el centro del lecho de hojarasca, pensando, sin duda, que tendría a un muchacho a cada lado. Esteban se tendió a su izquierda.

Con la rapidez y agilidad de Lucifer encarnado en una serpiente, Juan se deslizó entre los dos, obligando a Ruth a correrse hacia un extremo del lecho, pero sufrió cierta decepción al ver que ella aceptaba la maniobra sin protestas. Notó entonces el suave contacto de la muchacha y su fragancia a galanga, una planta aromática, que traían de las tierras de ultramar, y que era usada como base para perfume por las damas inglesas.

–Las estrellas brillan mucho esta noche –declaró ella–. Mira, Juan, allí está Arturo, espiando a través de las hojas; y allí se ve a Sirio, la estrella del Norte, a la que los vikingos llamaban *Farol del Vagabundo*.

Esteban le dio un leve codazo, como diciendo:

«¿Lo ves?, sólo un ángel sabe estas cosas.»

–Esteban –susurró Juan.

–Dime.

–Ya no tengo miedo. No lamento haber abandonado el castillo, ni me atemoriza estar en el bosque.

–¿Es eso cierto, Juan?

–Si; y se debe a que no estoy solo.

–Ya te dije que estaríamos a salvo con nuestro ángel.

–No me refiero al ángel –dijo aquél, al tiempo que apoyaba su cabeza en el hombro de Esteban, con lo que el olor a perros y a heno se impuso sobre el aroma de galanga que exhalaba Ruth.

–Vamos, duérmete, hermanito, y sueña con Londres y la Tierra Santa.

Pero el miedo volvió a adueñarse de Juan antes de que pudiera soñar con algo. Alrededor de la medianoche, cuando ya había refrescado bastante y los búhos lanzaban su grito, Juan se despertó con el toque de un cuerno, y en seguida oyó un alarido como si un centenar de nutrias hubieran sido atrapadas por la rueda de un molino de agua. El chillido parecía llegar de lejos, y a pesar de todo era tan intenso que le obligó a cubrirse los oídos con las manos.

–¡Los cazadores han encontrado una mandrágora! –exclamó Esteban, incorporándose en el lecho de hojas–. Es una noche sin Luna, y ya habrán dado las doce. En estas horas salen de caza; soplan el cuerno para disimular los chillidos. ¡Vamos a ver lo que han cogido!

Pero Juan no tenía muchos deseos de abandonar el árbol, y declaró:

–Si han dado muerte a una mandrágora, no querrán compartirla con nadie. Además, pueden ser unos bandidos.

Ruth también se había despertado con el ruido y los chillidos, y dijo:

–Juan tiene razón. No es agradable contemplar ese espectáculo aterrador. ¡Dar muerte a un retoño extraído de la tierra!

–Me quedaré aquí, haciendo compañía a Ruth –afirmó Juan, pero Esteban ya le arrastraba fuera del nido y le obligaba a descender por el tronco.

–¡No podemos dejar a Ruth sola! –gimió Juan, levantándose del suelo, adonde había caído en el forzado descenso.

–Bah, los ángeles no necesitan protección, todo lo contrario –aseguró Esteban–. Vamos, date prisa o no podremos ver a los cazadores.

Encontraron a los cazadores de la mandrágora al otro lado de la carretera, muy adentro de la espesura. Se trataba de un par de rudos leñadores, padre e hijo, a juzgar por su aspecto, su complexión y el rubio cabello, color de lino, aunque el más anciano estaba corcovado y gastado como una vieja hoz, mientras que el hijo llevaba un parche sobre uno de sus ojos. Los leñadores contemplaban una mandrágora moribunda del tamaño y la forma de un niño recién nacido, exceptuando los sucios zarcillos que de ella salían, así como los enormes

órganos reproductores y la verde mata de herboso cabello, que había crecido fuera de la tierra, con flores purpúreas en forma de campanilla. El martirizado cuerpo se retorció como una gallina decapitada. Ya muerto a su lado, y atado a la mandrágora por una cuerda, yacía un perro con las orejas ensangrentadas.

Como aquella noche no había Luna, y las estrellas más brillantes, Arturo y Sirio, estaban veladas por la neblina del bosque, uno de los cazadores llevaba una linterna, a cuya luz Juan vio a la mandrágora, al perro y la sangre, en un espectáculo estremecedor que le hizo pensar en la caída de Lucifer a los infiernos, y preguntarse si Esteban y él no habrían caído también en el Averno.

Uno de los cazadores vio a los muchachos y les dijo, al tiempo que se quitaba de los oídos, con el meñique, unos tapones de cera que se había colocado:

–Pudisteis haber muerto reventados, como este viejo sabueso al que le estallaron los tímpanos.

Entonces extrajo un largo cuchillo de su cinturón y lo tendió a su padre, mientras agregaba:

–No, no; limpio y rápido... Córtalo, no lo destroces.

El viejo partió en rodajas el cuerpo de la mandrágora, que rezumaba savia, más que sangre, y lo envolvió en trozos de tela que colocó cuidadosamente en un zurrón de piel.

–Uno menos de esos demonios –murmuró el padre, irguiéndose de nuevo.

–Una semana más, y hubiera salido del suelo, para unirse a los suyos en sus cubiles.

–¡El rescate del rey Ricardo, en afrodi... afrodisíacos! –tartamudeó el hijo, completando la palabreja con un gesto de triunfo.

En efecto, el negocio de las raíces de la mandrágora era lucrativo e inagotable: decréditos barones, privados ya de la potencia sexual y amantes cuya pasión no era correspondida. Desde los tiempos bíblicos de Jacob y Lia se había reconocido a la raíz un infalible poder afrodisíaco. Si, el valor del rescate pagado por el rey Ricardo no era una exageración. Cualquier hombre pagaría con oro y plata, con tierras o ganado, por conquistar un amor reacio o resucitar su apetito carnal extinguido.

Cuando los leñadores hubieron terminado su macabra disección, el hijo sonrió a los muchachos y les ofreció un fragmento del tamaño de un guisante.

–Tomad, chicos –les dijo–. Echad esto en el plato de una moza, y se arrojará a vuestros brazos.

–El no lo necesita –repuso Juan, rechazando el obsequio–. Las chicas ya van tras él, sin necesidad de eso, como las hormigas tras la miel.

–Pero tú, en cambio, si lo necesitarás, ¿verdad? –barbotó entre risotadas el leñador más joven, dirigiéndose a Juan, y guiñándole su único ojo.

Los siervos tuertos eran algo común en Francia e Inglaterra, por aquella época, y la mayoría de ellos habían perdido el ojo que les faltaba por culpa de sus iracundos amos, y no en peleas. Tal vez el leñador no se había dado bastante prisa en llevar la leña para la chimenea del salón de un castillo.

–Porque no me pareces muy dispuesto para esos menesteres –añadió el leñador.

–Dentro de poco lo estará –terció Esteban, al notar la confusión de Juan–. Sólo hay que darle un par de años, pues no tiene más que doce.

Luego, señalando al perro muerto, agregó:

–¿Tenían que haber usado un lebré? ¿No podíais haberlo hecho vosotros mismos? Después de todo llevabais cera en los oídos.

–Cualquiera sabe que los perros pegan un tirón más fuerte, lo que arranca la mandrágora entera. Es como extraer un diente de cuajo, con raíz y todo. Además, ya era un perro viejo, y no le quedaban muchos años en los huesos. Y ahora podremos comprar una jauría completa, con lo que nos paguen por la raíz.

Una vez que los leñadores se hubieron marchado, mientras hablaban animadamente acerca de la venta de su tesoro en la próxima feria y de cómo gastarían el dinero, los muchachos procedieron a enterrar el perro muerto.

–Habría sido mejor que también le hubiesen puesto cera en los oídos –comentó Esteban, con amargura.

–La cera no le hubiese servido de nada –dijo Juan–. Al menos, así lo he leído en un tratado sobre animales. Los oídos del perro son tan finos que el chillido de la mandrágora traspasa la cera y mata al animal, de todas formas.

–No es de extrañar que las mandrágoras nos den muerte y nos coman. ¡Con ese modo de arrancar sus crías de la tierra, para luego cortarlas en rodajas! De no ser porque mataron a mis padres, hasta sentiría piedad de esas criaturas. Ahora, un hatajo de viejos libidinosos correrán como monos detrás de las mozas de cocina.

–Me figuro –dijo Juan, que furtivamente había enterrado el pedacito de mandrágora junto con el can muerto– que la pregunta principal es: ¿Quiénes comenzaron primero a comerse a los otros? –luego cogió con fuerza la mano de Esteban y añadió –: Creo que voy a ponerme enfermo.

–No será nada –manifestó Esteban, mientras rodeaba con su brazo protector los hombros del amigo–. Volveremos al árbol, y se te pasará durmiendo.

Pero también Esteban temblaba; Juan notó los estremecimientos en el brazo que le rodeaba. Pensó que le habría afectado la muerte del viejo perro. «Debo sobreponerme –se dijo–, para no entristecerle más.»

Ruth les estaba aguardando con una expresión que no resultaba fácil ver, bajo la tenue luz de las estrellas.

–Sentimos haberte dejado sola tanto tiempo –dijo Esteban–, pero es que los cazadores habían dado muerte a una mandrágora y entonces...

–No quiero que me habléis siquiera de eso –contestó ella.

–Las mandrágoras no pueden trepar a los árboles, ¿verdad? –preguntó Juan–. Porque seguramente los padres de la que arrancaron estarán buscando a los culpables.

–Claro que trepan a los árboles –repuso Esteban, que conocía bastante bien el bosque, y cuando no sabía algo lo improvisaba–. Son árboles, en cierto modo; es decir, plantas de gruesas raíces.

–¿Crees que saben que estamos aquí? Si no pueden ver, ¿no serán capaces de olfatearnos?

–Me gustaría que dejarais de hablar acerca de las mandrágoras –intervino Ruth–. Cualquiera podría pensar que nos rodean a centenares, cuando todo el mundo sabe que esos pobres seres están casi extinguidos.

–A los padres de Esteban les dieron muerte las mandrágoras –manifestó Juan, con aspereza.

Luego se sintió tentado de abofetear a la chica, que parecía tener la virtud de interrumpir con tonterías. Era apropiado y generoso el que Esteban mostrase compasión por una cría de mandrágora, pero imperdonable que aquella muchacha ignorante simpatizara con ese hatajo de criaturas asesinas. Los orígenes celestiales de Ruth cada vez le parecían menos claros.

La muchacha lanzó entonces un pequeño grito, en respuesta a las palabras de Juan.

–¡Oh, perdón, no lo sabía! –exclamó.

–No importa –repuso Esteban–. Pero al menos, los que mataron a mis padres lucharon abiertamente, y no se ampararon en la obscuridad. Las mandrágoras salieron en grupo de la espesura, antes del anochecer, agitando sus retorcidos brazos y blandiendo mazas. Nos hallábamos relativamente protegidos, con excepción de mi madre, que nos traía cerveza al campo. Estábamos en el tiempo de la siega y usamos las guadañas como armas. Sólo se llevaron a uno de los nuestros, además de a mis padres, mientras que nosotros nos apoderamos de cuatro mandrágoras. Son las hembras las más peligrosas, pues se hacen pasar por seres humanos y van a vivir a los poblados. Los machos no pueden hacerlo, pues desde pequeños tienen demasiada pelambreira, y, por otra parte... bueno, ya sabéis... poseen unos órganos demasiado desarrollados. Pero las hembras jóvenes se parecen mucho a nuestras chicas, al menos exteriormente. Por dentro es muy diferente: tienen resina, en lugar de sangre, y unos esqueletos de color castaño que..., ¿cómo podríamos llamarlos, Juan?

–Fibrosos, tal vez.

Mientras Ruth escuchaba en silencio, se había encogido como un ovillo.

«Como una araña de diadema –pensó Juan–; hasta con sus reflejos dorados.»

–Cuéntaselo, Juan –dijo Esteban, que se había quedado sin aliento después de un discurso tan prolongado, y agregó dirigiéndose a Ruth–: Sabe de todo, habla

francés, inglés, latín... Conoce la historia de nuestros reyes y reinas desde Arturo hasta el malvado rey Juan. Incluso sabe la historia de esas desvergonzadas diosas paganas que iban por ahí desnudas y se casaban con sus hermanos.

Juan, visiblemente complacido, siguió contando la historia iniciada por su amigo. Le gustaba hablar para los demás, pero nunca tenía otro auditorio que Esteban.

–En los viejos tiempos, antes de las Cruzadas –comenzó diciendo Juan, que preparaba su relato como un experto narrador–, las mandrágoras sólo habitaban en los bosques y eran tan sucias y peludas que jamás se las podía confundir con un ser humano. No tenían gustos especiales, en cuanto a lo que comían. Tanto se alimentaban de animales como de hombres, y cuando atrapaban a un cazador en sus redes, lo asaban sobre carbones ardientes, y tras comérselo esparcían sus huesos por el suelo, como hacemos con los palillos de tambor para la fiestas de San Miguel.

Entonces, igual que un avezado juglar, Juan hizo una pausa y miró a Ruth para apreciar el efecto que en ella hacía su relato. La expresión de la chica pareció satisfacerle. Por otra parte, ésta se encontraba tan al borde del lecho de hojarasca, que con un poco más que se corriera caería del árbol, pensó Juan, con regocijo.

–Pero cierto día una pequeña mandrágora hembra se perdió, saliéndose del bosque, y un tosco herrero la tomó por una chiquilla extraviada, desnuda y sucia, después de haber pasado unos días en la espesura. La llevó a su casa, con su familia, y la chica engordó y se puso muy hermosa. El hombre y su mujer no disimulaban su orgullo, pero adelgazaron y todos resaltaban la generosidad del humilde herrero que daba lo mejor de su comida –en un invierno en que ésta tanto escaseaba– a aquella huérfana. Mas durante el verano siguiente la muchacha fue arrollada por una carreta cargada de heno y murió en el accidente. Las gentes de la aldea se disponían a apalearlo hasta matarlo, cuando advirtieron que la sangre de la chica, más que de color rojo tenía el aspecto espeso y viscoso de la resina.

–¿Qué significa «viscoso»? –preguntó Esteban.

–Pegajoso, como la substancia que rezuma la araña cuando teje su tela. Así se vino a saber que las mandrágoras eran vampiros y antropófagos a un tiempo, y que cuanto más se nutrían de seres humanos menos resinosa se volvía su sangre, hasta que aquella quedaba completamente remplazada por otra de color rojo, como la humana, aunque sus huesos nunca tomaban color blanco. Sin embargo, debían seguir comiendo carne de hombre, o su sangre volvía a tomar aspecto resinoso.

»Pues bien, las mandrágoras se enteraron de lo ocurrido a la muchacha –seguramente por un ladrón escapado, antes de comérselo–, y cómo ésta se había hecho pasar por un ser humano. Entonces resolvieron enviar más de sus crías hembras a los poblados, donde la vida resultaba más fácil que en los bosques. Entraron por la noche en algunas casas y dejaron sus pequeñas, bien lavadas, por cierto, en lugar de las niñas humanas que se llevaron con ellos a la espesura para darles el terrible destino que cabe imaginar. Al día siguiente, los lugareños pensaron que las hadas habían realizado la substitución, y todos sabemos que el

que rechaza al descendiente de un hada arrastra la mala suerte durante toda su vida. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera conocerse el designio de las mandrágoras por los alrededores del bosque. Ahora, cuando una madre encuentra un niño que no es el suyo en su cuna, o llega un chiquillo desconocido al poblado, generalmente le pinchan con una daga. Si de la herida mana resina, lo ahogan y luego lo queman. A pesar de esto, algunas mandrágoras consiguen engañar a la gente, y pasan como seres humanos.

»Debéis saber que su caso no se parecía en nada al de los cruzados del siglo pasado, que se convirtieron en vampiros cuando atravesaron el territorio de Hungría. Los naturales de esta tierra contagiaron su enfermedad, y luego los cruzados la trajeron a Inglaterra. Esos vampiros tenían que cortar la piel, para chupar la sangre de la víctima; además poseían un aspecto cadavérico, antes de nutrirse, y luego se volvían sonrosados y pletóricos. No era ningún problema reconocerlos, para luego quemarlos. Pero las chicas mandrágoras pueden sorber la sangre de una persona con sólo oprimir sus labios contra la piel, y extraen la sangre por los poros. Y lo más terrible del caso es que no tienen el siniestro aspecto de los vampiros, por lo que a veces ni ellas mismas saben lo que son, ni que nacen de una semilla hundida en el suelo. Se alimentan como en sueños, y al llegar la mañana siguiente se han olvidado de todo.

–Eso es algo monstruoso –declaró Ruth.

–¿No te parece? –concedió Juan, contento de que su relato hubiera resultado un éxito.

–Bueno, pero también es monstruoso el pinchar a los niños con cuchillos, para ver si son mandrágoras.

–¿De qué otra forma se les puede distinguir de los seres humanos? Precisamente porque hay gentes sentimentales como tú, las mandrágoras consiguen infiltrarse entre nosotros.

–Con franqueza –replicó Ruth–, no creo que las mandrágoras suplanten a nadie. A mi entender se esconden en el bosque y se nutren de venado y de bayas, pero no de cazadores. Y ahora, será mejor que nos durmamos. Por lo que me habéis dicho, aún nos queda una larga jornada para llegar a Londres. Todos necesitamos descansar.

–Buenas noches –dijo Esteban.

–Que tengáis dulces sueños –contestó Ruth.

Capítulo 3

Cuando amaneció al día siguiente, el Sol parecía el escudo de un sarraceno en el cielo –el escudo de Saladino como hubiera dicho un cruzado–, y el bosque resplandecía de senderos dorados por los rayos del Sol, mientras que los pájaros revoloteaban en el aire o se posaban en las ramas, moviendo con gracia las vivaces colas. Ruth y Esteban, ya despiertos, sonrieron a Juan, que acababa de abrir los ojos.

–Decidimos dejarte dormir –dijo Esteban–. Gruñías como un jabalí cuando te sacudí para despertarte, de modo que nos marchamos tras un aguzanieves, en busca de desayuno.

–Y te hemos traído algunas fresas silvestres –dijo Ruth, con los labios más rojos aún a causa de los frutos que estaba comiendo y de los que entregó a Juan un cestillo rebosante, para luego añadir–: Lo tejí con junquillos.

Aunque Ruth aseguraba no conocer el bosque, era evidente que poseía notable destreza natural.

Una vez de nuevo en el suelo, terminaron su desayuno con nueces de haya, que requerían habilidad para partirlas y para extraer las semillas. Ruth cogió la botella de cerveza de Esteban y bebió un trago tan abundante que la dejó vacía.

–Es para ayudar a que baje la comida –explicó a sus dos acompañantes.

–No sé cómo les gustan tanto a los cerdos esas nueces –dijo Esteban–. Ni siquiera vale la pena partirlas.

–Bueno, los cerdos no las parten –manifestó en seguida Juan.

–Si, claro; y por otra parte –siguió diciendo Esteban–, no hay mucho donde elegir en esta parte del bosque. Pero al menos hemos encontrado un arroyo –y recogiendo la bolsa que contenía lo que les quedaba de comida y unas pocas prendas, añadió–: Ruth, coge tu hatillo y vámonos a nadar.

–Lo he escondido –dijo ella, con cierta brusquedad– por temor a los ladrones. Lo recogeré cuando volvamos de bañarnos.

«Bah, tanto misterio por un sencillo crucifijo y una túnica –pensó Juan–. Es como si creyese que Esteban y yo somos unos vulgares rateros. ¡Y todo eso después de haberse bebido nuestra cerveza!»

El riachuelo avanzaba perezosamente, y en las tranquilas aguas de sus márgenes crecían mastuerzos parecidos a tréboles de cuatro hojas. Esteban que solía tomar un baño al mes en una tina, junto con los demás mozos del establo, mientras que las hijas de los villanos les echaban cubos de agua por encima, se quitó el jubón con presteza. Estaba realmente orgulloso de su cuerpo, y en una ocasión dijo a Juan:

«Cuanto menos ropa llevo puesta, mejor me siento. Un atuendo como el tuyo, de caballero, me sienta muy mal, pero desnudo... hasta las damiselas me han mirado a veces.»

Juan, sin embargo, estaba decidido a poner las cosas en su lugar. En presencia de Ruth no quería enseñar su cuerpo delgado, de piel blanca, ni dejaría que Esteban hiciera una exhibición.

–Puedes ir a nadar tú primero –dijo a la muchacha–. Nosotros aguardaremos en el bosque.

–No, es mejor que vayáis primero vosotros –respondió ella, riéndose–. Esteban ya sólo tiene puesto el taparrabo, y parece que se le va a caer. Pero no me alejaré demasiado.

–No pensarás espiarnos, ¿verdad? –gritó Juan a Ruth, que ya se alejaba hacia la espesura, pero ésta ni le contestó.

El agua del riachuelo estaba helada, a pesar de la fuerza con que brillaba el Sol. Juan se estremeció entre los juncos, al llegarle el agua tan sólo a las pantorrillas pero quedó totalmente mojado cuando Esteban se zambulló aparatosamente a su lado. Luego chapotearon llenos de gozo entre las plantas, y con la arena del fondo se frotaron recíprocamente las espaldas. Por lo que a Juan se refería, Ruth y el viaje a Londres podían aguardar con calma.

Cuando al fin treparon a la orilla, se echaron a rodar sobre la hierba, para secarse el cuerpo. Esteban, experto luchador, sorprendió a Juan con lo que él llamaba una «llave de anfibena». Sus brazos rodearon a su oponente como el extremo de una serpiente de dos cabezas, y terminaron por arrojarle al suelo.

–¡Eres mi prisionero hasta que me den el rescate! –exclamó arrodillándose sobre el pecho de Juan como una deidad marina navegando sobre un delfín–. ¡Exijo seis botellas de cerveza de malta!

–Lo que te voy a dar... –repuso Juan, liberándose de pronto con tal imprevista violencia que Esteban fue a caer de bruces debajo de él sobre la hierba–, ¡son seis buenos vergajazos con la vara del abad!

Esteban no se mostró disgustado, sino que gritó:

–¡Voto al arco de Robín! ¡Has aprendido todas mis artimañas!

–Será mejor que nos vayamos vistiendo –dijo Juan, al tiempo que dejaba en libertad a su amigo, antes de que éste volviera a tumbarle–. Ruth también querrá nadar, sin duda. Espero que no le haya dado por espiarnos.

Al decir esto, advirtió de soslayo unos helechos que se agitaban perceptiblemente a cierta distancia de la orilla. Con alivio comprobó que se trataba de un aguzanieves blanco, y no de la muchacha. De todas formas, algo había asustado a la avecilla.

–¿Qué crees que iba a mirar Ruth? –le preguntó Esteban, entre risas.

–A ti –contestó Juan, observando con admiración a su amigo.

Y es que Esteban era un muchacho con cuerpo de hombre «*de un rosa atezado desde la coronilla hasta la punta de los pies*», según decía una canción popular, y lo bastante apuesto para tentar a cualquier chica. Cuando agitó su empapada cabellera, una cascada de rebeldes bucles cayó sobre su cuello. Era una combinación de belleza y de fuerza, pensó Juan. Por centésima vez se maravilló de que aquel joven le hubiese elegido a él como hermano; es decir, hermano adoptivo, ya que en realidad no había entre ellos ningún vínculo de sangre, y ni siquiera de raza.

Juan contempló su propio cuerpo, y sintió deseos de estar vestido. En el castillo nunca se había bañado con los amigos de su padre; sólo lo hizo a veces con Esteban, no lejos del viejo molino, y también él solo, arrojándose agua con un cubo entre los helechos. Esto se debía a que ni siquiera en el castillo disponía de habitación propia, sino que estaba obligado a dormir en compañía de los antipáticos hijos de los caballeros de su padre.

Esteban comprendió los pensamientos de su amigo y dijo:

—¿Sabes, Juan?, ahora ya no estás tan flaco. Tu cuerpo empieza a llenarse. Los huesos están en su lugar, y ya tienes fuerza, como acabas de demostrarlo. Te convertirás en un hombre antes de que puedas darte cuenta.

—¿El año que viene? —inquirió Juan, aunque tal perspectiva le parecía más lejana que el poder capturar a un fénix de ardiente plumaje—. Sin embargo, tú ya eras un hombre a los trece años.

—A los once; pero es que yo soy diferente, por ser un siervo. Nosotros crecemos más aprisa. Yo diría que a ti te faltan dos o tres años, aún. Luego podremos ir juntos a buscarnos guapas muchachas.

—¿Quién va a quererme, cuando puede tenerte a ti?

Esteban le condujo hacia la orilla del riachuelo, y señaló a las aguas, que quedaban libres entre las hierbas, donde se veían reflejados sus cuerpos, el claro y el moreno, como las dos caras de la Luna.

—Mira; yo tengo músculos, pero tú tienes elegancia, y también cerebro. Eso se advierte en tu rostro.

—No me gusta mi cara. Ni siquiera pienso mirarme en esos espejos de cristal que han traído de Tierra Santa. Siempre me sobresalto cuando lo hago.

—Seguramente ya no te sucederá eso. Yo diría que desde que abandonamos el castillo he notado en ti un cambio. Ayer, sin ir más lejos, cuando te enfrentaste con el caballero templario, estuve a punto de mojarme el taparrabo. Y tú, en cambio, ni siquiera pestañeabas. Además, dabas una impresión de aplomo, de sabiduría. Algún día tendrás tanto músculo como yo, mientras que a mi siempre me será negado el poseer un cerebro como el tuyo. Ahora, vamos en busca de Ruth.

Ante la insistencia de Esteban, arrollaron sus jubones y avanzaron vestidos tan sólo con sus taparrabos, esas fajas de tela que todo hombre de la época, fuera sacerdote, caballero o villano, llevaban arrolladas a la cintura y entre las piernas. Ahora ambos parecían dos labriegos despojados de su ropaje para enfrentarse con una ruda jornada de labor, y de ese modo no suscitarían sospechas ni tentarían a los ladrones.

—Pero mira mis hombros —se quejó Juan—. Fíjate qué blancos están.

—Ya se tostarán con el Sol, durante el camino hacia Londres —respondió Esteban, y, alzando la voz, gritó—: ¡Ruth, ya puedes ir a bañarte!

El joven tuvo que volver a llamarla, antes de que ella contestase con voz distante:

–¿Qué quieres, Esteban?

–¡Puedes ir a nadar, si quieres! ¡Tienes el río entero para ti sola! –exclamó Esteban, y añadió, sonriendo a Juan–: Se ha tomado demasiado en serio lo de no espiarnos; en cambio, nosotros no le prometimos nada.

–¿Serías capaz de mirar furtivamente a un ángel?

–Bah, ¿y quién se acuerda de que es un ángel? –respondió Esteban, dando a su amigo unas palmadas en la espalda–. Está bien, no la espiaré, me limitaré a pensar que podría hacerlo. Siempre me he preguntado si los ángeles estarán conformados como las muchachas. Vamos un rato a explorar los alrededores, mientras ella se baña. Sería capaz de tomarme otro buen desayuno después del ejercicio que hemos hecho. Pero es conveniente que no nos alejemos demasiado del curso del riachuelo.

Detrás de un matorral de hayas, Esteban descubrió unas matas de delgado tallo y hojas fragantes.

–Esto es hinojo –afirmó–. Excelente por si caemos con fiebre en Londres. Recogeremos algunas matas, sin olvidar tampoco las raíces.

Pero Juan, pensando en las mandrágoras, no sentía afición alguna por las raíces, y olisqueando se acercó a unas plantas de menta.

–¿Es esto lo que usaba tu madre para dar aroma agradable a sus vestidos?

–Si, y también tiene muy buen sabor.

Se arrodillaron en el húmedo suelo, arrancaron hojas y las masticaron; los jugos dulzones y ardientes les dejaron sin aliento y con la garganta áspera, igual que si hubiesen bebido un fuerte aguardiente.

Pero, ¿dónde estaban el riachuelo, el camino y la encina donde habían dormido?

–Los árboles parecen todos iguales –declaró Esteban–. Aquella vieja haya, ¿no la hemos visto antes?

Y esos matorrales pisoteados, y la tierra revuelta...

Al parecer, se hallaban ahora en el lugar donde los leñadores habían desenterrado a la mandrágora; el hoyo del suelo seguía conservando su inquietante forma humana, con prolongaciones correspondientes a los extremos de las raíces que arrancara el infortunado perro.

–Vámonos de aquí –dijo Juan, sintiendo que le daban náuseas, lo mismo que si se hallara en un hediondo guardarropas.

–¡Espera! –exclamó Juan–. Mira, hay otro agujero. Es... es donde enterramos al perro. ¡Cielo santo! –era su juramento más atrevido–, los muy canallas lo han desenterrado y...

En torno al hueco cavado en el suelo vieron numerosos huesos esparcidos... Un cráneo de animal... un fémur... un coxal...; todo ello tenía aún algunas adherencias de carne.

–Esteban –dijo Juan, cogiendo la mano de su amigo–. Sé lo que piensas. Ha sido repugnante que se comieran al perro muerto. Ahora lo que debemos hacer es marcharnos de aquí. Quizá nos tomen por los cazadores.

Algo les estaba espiando.

Al principio pareció un árbol. O mejor, un cadáver exhumado de la tumba, con raíces creciéndole de los miembros. Entre jadeos y sacudidas se les fue acercando. Tenía el color desvaído del tronco de la haya, y su piel –¿o era su corteza?– estaba cubierta en parte por una verde mata de pelos –¿o eran raicillas?–. Los ojos ardían como ascuas en dos cuencas negras que parecieron a Juan diminutos dragones flamígeros acosando desde sus cavernas. La boca no era más que una amplia hendidura, y cuando se abrió dejó entrever unos dientes triangulares y aguzados como los del tiburón, hechos para desgarrar, triturar y aplastar.

–¡Corre! –gritó Juan, dando un empujón a su amigo, pero el temerario Esteban había optado por luchar con el agresor.

–¡Maldito devorador de perros! –exclamó Esteban, mientras cargaba contra la mandrágora utilizando la cabeza como ariete.

A consecuencia del impacto, la extraña criatura se derrumbó como una puerta de goznes carcomidos, pero en su caída envolvió con las extremidades a Esteban. Ya en el suelo, parecía un pulpo vegetal, agitando los delgados tentáculos en torno a su presa.

Juan sintió frío a causa de la ira, en vez de calor. Su semblante adquirió un tono azulado, en lugar de enrojecer, igual que si le hubiesen sumergido en un río, rompiendo la capa de hielo. Primero quedó asombrado; luego, las células adormecidas de su cerebro funcionaron con notable precisión. Se dio cuenta de que era muy joven y débil; contra aquella piel semejante a una corteza de árbol, sus puños desnudos nada hubieran podido hacer. Desarmado, una serie de golpes ciegos en nada habrían ayudado a su amigo. Cayó de rodillas y con las manos comenzó a escarbar en el suelo, como un topo. Salieron guijarros, piñas, nuececillas, todo ello inservible. Luego dio con una piedra grande, de bordes dentados. Con las manos despellejadas y sangrantes, arañó frenéticamente la tierra para desenterrar aquella arma de la que dependía una vida, y, sin ponerse en pie, se arrastró hasta la caída mandrágora. El fibroso cráneo crujió y se deshizo en astillas, con sonido estremecedor, bajo los golpes de la piedra, y empapó a Juan de savia y una substancia vegetal verde que parecía una col machacada en un molino.

–¡Esteban! –gritó angustiado, pero la respuesta le llegó siseante desde arriba, cargada de amenazas:

–¡Ser humano!

Innumerables dedos, retorcidos como garfios, le envolvieron y apresaron, arrastrándole después, junto con Esteban, sobre la tierra hiriente.

Las guaridas de las mandrágoras no parecían habitáculos, sino oscuras catacumbas excavadas para ocultarse de los hombres y de las fieras. En realidad no se sabía si aquellos seres las habían hecho, o si las hallaron en estado natural, para luego agrandarlas y comunicarlas con otras cuevas, cubriendo por último el suelo con paja. Juan se sintió dolorosamente consciente mientras su delgado cuerpo, apenas protegido por el taparrabo hecho jirones, se retorció y rozaba contra las ásperas paredes del pasadizo, tortuoso como la garganta de un dragón. Vio a sus agresores en la penumbra, y al divisar una figura de clara piel, que transportaban inconsciente, comprendió que no le habían separado de su amigo.

—¡Madre de Dios! —dijo jadeante—. ¡Déjale que siga inconsciente!

Durante la prolongada marcha del grupo, Juan notó que pasaban de una a otra cueva, tan sólo debido a la falta de paja que se apreciaba en el hueco de las puertas. Al fin, una luz tenue y fluctuante anunció que se acercaban a una hoguera. Quizá era una cueva central, y suponía el fin del largo y brutal viaje.

La estancia donde ardía el fuego era circular y espaciosa; en ella las mandrágoras hembras se dedicaban en silencio a apilar trozos de hierba sobre el lecho de piedra de la chimenea. Juan pudo advertir que allí no se usaban ramas ni raíces para hacer fuego, sin duda porque aquellos seres eran ellos mismos de naturaleza vegetal. Se preguntó qué pensarían las mandrágoras si supusieran que el carbón que utilizaban para el fuego habían sido plantas en épocas remotas.

Sus agresores los arrojaron al suelo, como si fueran troncos, junto al hogar, y se unieron a las mujeres en la tarea de alimentar el fuego. Juan se hallaba firmemente atado, con los pies cruzados y las manos detrás de la espalda, pero consiguió moverse y quedar de lado, para observar a Esteban. Las mejillas de su amigo estaban llenas de arañazos y en su frente se apreciaba un gran magullón. Sus cabellos estaban llenos de sangre y de telarañas.

—Esteban, Esteban, ¿qué te han hecho? —murmuró, mordiéndose los labios para evitar las lágrimas.

Al ver caído a su héroe, aumentaba por él su ternura, hasta llegar a la veneración. Pero era necesario mostrarse fuerte, se dijo. Había que buscar la forma de escapar.

Examinó la estancia, y advirtió que no había en ella lechos ni jergones en el suelo. Por lo visto, las mandrágoras dormían en cuevas más pequeñas, y usaban la mayor como lugar de reuniones. Allí se juntaban para hablar y comer, y las paredes de tierra estaban ennegrecidas por el humo de las hogueras. Había huesos esparcidos sobre la paja, junto con colmillos, pieles y pelos de animales. El hedor de los desperdicios era insoportable, lo que unido a las emanaciones de excrementos y orines, hizo que se revolviere el estómago de Juan. Luchó contra las náuseas procurando pensar cómo hubiera resuelto la situación el sabio abad. Se encontraba ahora como Hércules en los establos del rey Augias, o como Cristo entre los corrompidos mercaderes del Templo.

Entonces, al otro lado de la cueva divisó una cruz. No se equivocaba: se trataba de una gran cruz de piedra, colocada en una especie de capilla. Unas piedras

cóncavas, en forma de concha de tortuga, servían como asientos. Entre éstos, el suelo aparecía socavado por las rodillas de los penitentes. Sí, el lugar era indudablemente una capilla, y Juan recordó el relato –un mito, según había creído siempre– del sacerdote llamado Agustín, que había llegado a Inglaterra con los cristianos, y que fue a predicar a las mandrágoras en sus cavernas.

Los monstruosos seres le dieron muerte, pero paradójicamente adoptaron luego un culto que era un lamentable remedo del cristianismo.

–¡Asesino de criaturas!

Una mandrágora macho había gritado a Juan estas palabras, inclinándose sobre él y despidiendo un fuerte hedor a aguas estancadas. Su voz era gutural, y al principio Juan no le entendió. El ser hablaba con un arcaico acento inglés. Luego siguió lanzando maldiciones contra los hombres, y en especial contra los caballeros, deseando que las ballenas se tragasen hasta el último de ellos, cuando navegaban hacia los campos de batalla en sus navíos de madera. Después, habiendo maldecido a las gentes de las que Juan parecía provenir, acusó a éste y a su amigo de haber dado muerte con su perro a la pequeña mandrágora. Era su retoño, gritó aquel ser. Un retoño de su propia semilla.

Aunque las mandrágoras copulaban como los hombres y los animales, Juan había oído que sus hembras daban a luz seres que parecían bellotas, las que plantaban en el suelo y que luego se convertían en raíces. Si no eran descubiertas por los cazadores y alcanzaban la madurez, las raíces salían del suelo como una tortuga de su huevo, y sus madres las llevaban a las cuevas a fin de que se unieran al resto de la tribu.

–¡No, no! –respondió Juan, moviendo negativamente la cabeza–. Nosotros no matamos a vuestro pequeño. Fueron los cazadores quienes lo hicieron.

El ser sonrió con una expresión que resultaba peculiar de las mandrágoras. El enojo y el placer parecían provocar el mismo gesto de enseñar los dientes. Por lo demás, sus rostros eran inexpresivos.

–Vosotros sois los cazadores –dijo la mandrágora.

La turba reunida en la cueva central había hecho que aumentase el calor, como ocurre en las cocinas de los castillos, cuando se prepara un festín. Sin embargo, los seres que alimentaban el fuego, encorvados como bajo el peso de su propia suciedad, no parecían notar la elevada temperatura que allí reinaba.

Era evidente que habían encendido la hoguera para preparar su comida. Ahora comenzaron a aguzar unos cuchillos en las desgastadas piedras.

El resplandor del fuego debió llamar la atención de las jóvenes mandrágoras que estaban en las habitaciones vecinas, ya que irrumpieron en la gran cueva y se reunieron gesticulando en torno a los dos cautivos. Aún no tenían el aspecto cansino y vacilante de sus mayores; por el contrario, parecían inteligentes y llenas de vitalidad. Según parecía, la vida de aquellos seres en el bosque los desgastaba pronto mental y corporalmente. No era extraño, por lo tanto, que los exhaustos adultos, por mucho que odiasen a los seres humanos, procurasen introducir a sus hijas en las poblaciones.

Las muchachas que vio Juan, exceptuando una, parecían todas adolescentes, aunque lo bastante crecidas como para que el pelo les poblara ya los brazos y una parte de la cara. La excepción era una pequeña de unos cuatro años, que resplandecía de belleza a pesar de la suciedad que la cubría. Sus ojos aún no se habían enrojecido ni hundido en sus cuencas, mientras que su boca era del color de las frambuesas silvestres. Bien podía haber pasado por una niña humana.

Los pequeños parecían haber interrumpido sus juegos para acudir a la sala. Se divertían con una especie de dados, pues eso semejaban los pequeños objetos blancos que al chocar emitían un chasquido, como los minúsculos cubos de hueso de ballena que servían también para distraer a los caballeros del castillo de Juan. Pero los dados de las pequeñas mandrágoras no eran verdaderamente cúbicos, sino irregulares: unos trozos de hueso con figuras toscamente talladas. Los griegos, según recordaba Juan por enseñanzas del viejo abad, habían usado las tabas de los carneros y de otros animales, en lugar de dados.

Pero aquellas extrañas crías pronto encontraron otra diversión muy movida. Despojaron a Juan y a Esteban de sus taparrabos, y comenzaron a pellizcarles con dedos ágiles, mientras se burlaban del escaso vigor de los seres humanos. Y es que los niños mandrágoras, desnudos como sus padres, poseían ya enormes genitales; de ahí que se atribuyera a las raíces muertas de mandrágora un notable poder afrodisíaco. Esteban se estremeció un momento, mas para alivio de Juan no llegó a despertarse, no viéndose así convertido en objeto de hirientes burlas. No sin razón se había mostrado siempre orgulloso de su virilidad, y el verse superado y afrentado por chiquillos de ocho y nueve años hubiera significado para él un gran sufrimiento. Sólo la bonita pequeña de cuatro años, que miraba con aire de reproche a sus amigos, se mantenía al margen del juego.

Dobló una campana de iglesia, y su sonido se difundió misterioso por aquellas oquedades, llenando de asombro a Juan. Al momento se hizo el silencio en la gran cueva. Uno de aquellos seres, ya viejo como un tronco desgastado y cubierto de musgo, se abrió paso entre los niños con andar vacilante, y se detuvo entre Juan y Esteban. Los examinó con cuidado, detenidamente, como si estuviera eligiendo. Por fin eligió a Esteban. Cuando trató de inclinarse, sus lomos crujieron como un puente levadizo carcomido. Juan pensó que se iba a quebrar en dos partes, y que nunca alcanzaría el suelo. Pero logró su propósito y alzó a Esteban entre sus brazos llenos de musgo.

—¡Maldito, suelta a mi amigo! —gritó Juan.

Contorsionándose prodigiosamente, el muchacho consiguió deshacer las ataduras que sujetaban sus tobillos y golpeó con una rodilla los órganos pudendos de la mandrágora. El ser lanzó tal alarido que Juan creyó que le introducían por los oídos unos atizadores al rojo vivo. Se retorció en el suelo e intentó alzar las manos para acallar los ecos del grito y calmar el dolor. Perdió momentáneamente el conocimiento, y cuando lo recuperó vio a Esteban tendido en la losa de piedra de la capilla. Inclinado sobre él, el viejo mandrágora parecía la encarnación de un espíritu exterminador. Los demás adultos, unos veinte, aproximadamente, tomaron asiento en las piedras conformadas como caparazones de tortuga, mientras los niños se situaban cerca del fuego, para contemplar el rito. Juan no vio en los rostros de esas criaturas una expresión de

curiosidad o de interés, sino de miedo y recelo, mientras que la pequeña de cuatro años escondía su cara entre los brazos de una muchacha mayor.

El viejo mandrágora que dirigía el ritual entonó lo que parecía una salmodia de ofrenda. Juan alcanzó a oír las palabras «divinidad» y «sacrificio», y comprendió con horror el triste destino que iba a correr Esteban. Primero el rito, luego el festín. La misma víctima iba a servir para los dos objetos. Como ya tenía sueltas las ligaduras de las piernas, Juan a pesar de tener atadas las manos, se puso en pie y avanzó hacia la capilla. Poco antes había dado muerte implacablemente a una mandrágora. Ahora pensó en el fuego, el Fuego Griego de los orientales, que lanzaban a los barcos y arrojaban desde las murallas; la brea y el azufre ardientes que hervían en los infiernos. Juan se sintió como si las mandrágoras y hasta las piedras fueran a ceder ante su impulsivo avance; como si María, la Madre de Cristo, fuese a descender desde los castillos celestes para entrar en el santuario de su alma y ayudarle a salvar a su amigo.

Pero las mandrágoras se alzaron como una sólida empalizada, y el muchacho, devuelto a la realidad de sus frágiles doce años, golpeó con puños impotentes en los torsos de madera.

—¡No, a él no! —gritó mientras caía de rodillas, sollozando—. ¡A mi, no a Esteban!

—Juan...

El nombre repercutió en los recovecos de la caverna como el resonar de una maza sobre un yelmo.

—No temas, Juan, no le pasará nada.

El cabello rubio de la muchacha, cubierto de hojas y suciedad, le caía sobre las espaldas como si fuera una cascada de monedas de oro. Llevaba puesta su túnica, pero la tela había perdido su blancura a causa de las manchas y las lágrimas. Ahora parecía un ángel caído, con lejanas visiones del cielo y reflejos más próximos del Infierno en su mirada.

Ruth había entrado en la cueva como si fuera acompañada, no obligada. No daba la impresión de una cautiva. Parecía haberse ganado el favor de aquellos seres, se dijo Juan, cediendo a sus caprichos.

«Dios la perdonará, si salva a mi amigo, y yo la serviré con humildad hasta mi muerte —pensó el muchacho—. Si salva a mi amigo...»

Entonces vio que ella llevaba su crucifijo, y lo aferraba tan fuertemente, que para quitarle los brazos de oro de entre sus dedos tal vez hubiera sido necesario cortarle las manos.

Uno de los acompañantes de la joven llamó al siniestro oficiante, que seguía impassible ante la losa donde yacía Esteban. El ser no habló ni hizo gesto alguno, pero de su silencio trascendía una honda desaprobación.

Ruth avanzó hasta la hoguera y alzó el crucifijo frente a las llamas, que arrancaron de él mil reflejos áureos, como un mar bajo el crepúsculo. Las mandrágoras admiraron el fulgor de aquella singular joya con sus pobres ojos hundidos. En cierto modo, debían de haberse parecido algo a los hombres de la

Primera Cruzada, que tomaron Jerusalén de manos de los turcos y contemplaron por vez primera la cruz del Santo Sepulcro. Fueran cuales fuesen los motivos que les habían impulsado hacia la Tierra Santa, todos aquellos soldados purgaron sus culpas en aquel trascendental momento de reverencia y exaltación. Algo parecido ocurría ahora con las mandrágoras.

El viejo que dirigía el rito, movió la cabeza lanzando gruñidos de aprobación. Ruth se acercó a él entre las filas de mandrágoras, que se apartaron murmurando quedamente, y depositó el crucifijo en sus manos. Los dedos del viejo acariciaron lentamente, con deleite, los brazos de oro de la joya, deteniéndose con delicadeza en las perlas incrustadas. Ruth no aguardó a recibir una señal. Sin la menor vacilación, y sin muestra alguna de temor, se dirigió hacia donde se hallaba Juan y le desató las manos.

—Ayúdame a desatar a Esteban —le dijo—. He comprado vuestras vidas con el crucifijo.

Cuando se hallaron lejos de las sombras de la última cueva y alzaron el rostro hacia el Sol matutino, el mandrágora macho que los acompañaba les abandonó sin hacer un solo gesto, impaciente, según parecía, por volver a admirar el crucifijo. En la oscuridad de los pasadizos, Esteban había recuperado el conocimiento, pero dejó que Ruth y Juan guiasen sus pasos, mientras ellos eran a su vez conducidos por el ser de vacilante andar.

—¿Te encuentras bien, Esteban? —preguntó Juan, dejando que su amigo se tendiese en la hierba.

—Me siento muy cansado —repuso el aludido, desperezando sus entumecidos miembros y cerrando los ojos.

—¿Y tú, Ruth? —volvió a inquirir, y miró a la muchacha con gesto reverente y no exento de temor, pues la consideraba autora de un milagro.

Pero, ciertamente, ahora Ruth no tenía aspecto milagroso, cuando se tendió al lado de Esteban. Unas horas antes, a Juan le había parecido una araña, y en este momento le recordó una rica túnica, pero mojada, hecha jirones, pisoteada, abandonada.

—¿Qué ha ocurrido, Ruth?

—Me encontraron junto a la orilla del riachuelo cuando terminaba mi baño. Fui a coger las ropas, y al alzar la mirada los vi... a ellos.

—¿Y después?

—Me pusieron las manos encima, y me arrastraron hacia sus cuevas. Yo luché desesperadamente, pero el que me retenía era muy fuerte.

—¿Y pensaste en el crucifijo, en que podía interesarles esa joya?

—Sí. Recordaréis que yo lo había escondido en el tronco de un árbol. Traté de hacerles comprender que les entregaría un tesoro si me dejaban en libertad. Ya

sabéis cómo hablan, como los niños pequeños, que mezclan frases y palabras desordenadamente. Yo seguía gritando: «¡Un tesoro! ¡Un tesoro!» Por fin parecieron comprender. Sonrieron, cambiaron unas pocas palabras entre ellos y me soltaron. Les conduje hasta el árbol. Pasamos entonces por el lugar donde vosotros habíais estado luchando. Vi jirones de vuestros taparrabos y comprendí que otras mandrágoras os habían capturado. Me detuve entonces y declaré que deseaba vuestra libertad, al mismo tiempo que la mía. De lo contrario, no tendrían el tesoro. Volvieron a acceder.

»Luego treparon detrás de mi al tronco del árbol. La vista del crucifijo, cuando le hube quitado la tela, les hizo perder la respiración. Yo se lo ofrecí a uno de ellos, pero negó con la cabeza. No querían tocarlo; debía entregárselo yo misma al viejo que oficiaba sus ritos. Tal vez pensaron que su mugre y fealdad podía empañar el oro y debilitar su poder mágico. Miraban absortos la joya, como si fueran a echarse a llorar. Entonces me puse la túnica, y me trajeron hasta aquí.

–Y mantuvieron su promesa.

–En efecto, aunque abominables, parecen tener una religión, y poseen principios.

El relato de Ruth impresionó profundamente a Juan, que comenzó a decir:

–Pero, ¿por qué...?

Tenía intención de preguntar el motivo por el cual las mandrágoras habían podido sentirse obligadas a cumplir una promesa dada a una muchacha, cuando tanto odiaban a los seres humanos. Pero Ruth le interrumpió diciendo:

–No podemos seguir aquí todo el día. Ellos cumplieron, mas tal vez cambien de parecer. ¿Dónde está el camino?

Se pusieron en pie, aún vacilantes, pero Esteban rechazó toda ayuda:

–Debo recobrar me yo solo –manifestó, y a cierta distancia vieron las arboledas de altos sicómoros y fornidos robles con aire de viejos monarcas que habían reinado sobre un país de celtas, romanos y sajones, hasta que la llegada de los normandos les obligó a marchar al destierro.

–Creo que la carretera se encuentra en esa dirección –manifestó Esteban, señalando hacia las arboledas.

Pero el joven debía de estar aún aturdido por los golpes recibidos en la cabeza, ya que si bien anduvieron un largo trecho, no llegaron al camino..., sino que fueron a dar a la Mansión de las Rosas.

Capítulo 4

Yo les observaba cuando salieron penosamente del bosque, yendo el más fuerte de los muchachos apoyado en sus amigos, que eran el delgado chico de pelo oscuro y la joven de cabellera de ángel. Cuando la mañana es soleada, abandono la mansión con los primeros gorjeos de las aves y me voy a recoger rosas blancas de los setos que bordean mi propiedad, o me dirijo al molino de

viento, el primero, según creo, levantado en el sur de Inglaterra. Una vez en el interior del molino, observo cómo esas dos piedras, que ya no están impulsadas por el agua, muelen el grano para hacer el pan de mis cocinas.

Ahora ya había llegado la tarde. Poco antes comía a la sombra de una morera mi provisión de albaricoques, pan tierno y aguamiel, y al regresar hacia el seto de rosas vi a los chicos. Debí de haber quedado boquiabierto, ya que ellos, a su vez, se detuvieron a mirarme por encima de la cerca. La muchacha pareció turbarse y susurró algo a sus acompañantes. No era época en que los jovencitos llamaran a cualquier mansión desconocida que encontrasen. Parecían gorriones asustados: la chica y el chico de más edad habían dejado de ser niños hacía tiempo, y, sin embargo, movían a compasión, no por su pequeñez o fragilidad, sino por el aire exhausto que tenían. Sin duda, algo muy grave les había sucedido, y ellos no sabían si yo era amiga o enemiga. Tenía que probarles mis amistosas intenciones, como si se tratara de avecillas a las que uno quiere atraer y hacer comer en la mano.

—Seguid el seto hacia la derecha —les dije sonriendo—. Encontraréis allí la puerta exterior. Si venís del bosque, seguramente estaréis cansados y hambrientos. Puedo ofrecerles comida y un sitio donde dormir.

Había hecho una canastilla de rosas con mis propias manos. No temo a las espinas, con mis guantes de piel de antílope; mis largas mangas abotonadas en la muñeca; mi gorro con su toca, y el vestido azul recamado de flores de lis doradas, que me llega a los tobillos y cae en pliegues desde la cintura. Observé a los dos chicos, ataviados con taparrabos toscamente, hechos con hojas, y envidié la libertad de los hombres para vestirse y para trasladarse a donde desean (exceptuando, claro está, cuando se ponen sus pesadas armaduras y se marchan a la guerra).

El más joven, de cabello oscuro, y que aún sostenía a su amigo, se dirigió a mí en el cortés lenguaje de los caballeros normandos:

—No estamos ataviados como para hacer compañía a una distinguida dama; como bien suponéis, señora, venimos ahora del bosque.

El rostro del muchacho confirmó la impresión que me ofrecía su forma de hablar. Se afirma que Saladino, el enemigo más noble de Inglaterra, posee un semblante de aire infantil, parecido a éste; un rostro ascético, de sabio y de poeta a un tiempo. Pero antes que nada me di cuenta de su necesidad y la de su amigo, el mozo sajón con aspecto de errabundo Aeungus *, el Eterno Joven cuyos besos eran llamados sus pájaros. Incluso aquel taparrabo parecía una afrenta a su cuerpo. Lo cierto es que necesitaba ayuda. Su boca, que forzaba a sonreír, revelaba agotamiento y hambre, y su frente estaba surcada por una herida. Ambos muchachos tenían la piel cubierta de arañazos.

* _ El Eros irlandés, dios del amor, de la belleza y de la juventud (N. del T.).

La chica llevaba una túnica blanca sucia y desgarrada, sin embargo, parecía un ángel esculpido en marfil e instalado en la hornacina de una catedral de Londres. Pero su hermosura resultaba lejana e inexpresiva. «Está cansada —me dije—. El

agotamiento se refleja en su rostro. Más tarde será el momento de leer en su corazón.»

Fui a recibirles a la portezuela de la cerca, una entrada tan estrecha y baja que mi hijo pasó por encima de ella de un solo salto, cuando se marchó por la vía romana hacia Londres.

Les tendí los brazos, como ofreciendo las rosas que en ellos llevaba.

Los tres se quedaron inmóviles: el chico moreno en actitud de venir hacia mí, y los otros dos más rezagados.

–Bueno, puedo ofrecerles algo más que flores –les dije, dejando caer al suelo las rosas.

El muchacho normando respondió:

–Decidme, señora, ¿a quién tenemos el honor de dirigirnos?

–Me llamo lady María. Habéis llegado a la Mansión de las Rosas.

–Hubiera creído que erais otra María. ¿Podéis ayudar a nuestro amigo? Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Pero fue al normando, y no a su amigo, a quien ayudé. El muchacho vaciló de pronto sobre sus pies, se inclinó y tuvo que aferrarse a mi mano extendida.

–Lamentaría manchar su vestido.

–¿Con esta noble tierra parda? Es la más pura de las substancias. Es la madre de las rosas.

–Habéis esparcido vuestras flores por el suelo.

–Tengo más en mi rosaeda –repuse, dejándole que se apoyara en mi brazo, y, entonces, seguidos de sus amigos, le conduje hasta la casa.

En un tiempo la mansión estuvo rodeada de un foso, pero tras la muerte de mi marido hice llenar el hueco con tierra y mandé plantar moreras, que ahora están llenas de pardiños y de plateadas telas de los gusanos de seda. Los árboles formaban un anillo más pequeño, dentro del otro que constituían los setos de rosas, pero no aislaban mi casa, que fue construida de ladrillos, en lugar de la fría piedra gris preferida por mis vecinos, los barones. Y es que mi esposo había prometido construirme una mansión, como regalo de bodas.

–Constrúyela de ladrillos, el color de tu pelo –le dije.

–Y será muy sólida –contestó él.

Pero la alta cortina de muralla, con su puerta de roble, sus desgastados ladrillos, que parecían los de una «villa» romana, y sus estrechas aspilleras, para que los arqueros pudieran lanzar desde allí sus flechas, había perdido su aire amenazador, como una armadura colgada de una pared. Bien sabe Dios que no sería capaz de resistir un asedio con mi pacífica servidumbre: jardines, porteros, cocineras, senescal y mozos de establo; treinta personas en total, y sin un solo

caballero entre ellos. La maligna peste no tuvo piedad con la Mansión de las Rosas.

El portero vino hacia mi para hacerse cargo del muchacho.

–Os vais a cansar, señora –me dijo.

Moví negativamente la cabeza. Ninguna carga era tan pesada como la soledad.

Una vez que hubimos entrado en el patio principal Sara, la cocinera, que había salido de la cocina para tomar un poco de Sol, alzó sus robustos brazos y chilló:

–¡Mi señora!, ¿qué habéis encontrado?

–Unos chicos, ya lo ves. Vamos, Sara, vuelve pronto a la cocina y prepara una comida como para deleitar a unos jóvenes hambrientos. Faisán y...

–Lo sé, lo sé –respondió ella–. Habéis olvidado que yo también tengo hijos, y que os sirven lo mejor que pueden.

Sara, junto con sus tres hijos y dos hijas, era nueva en la mansión, pero actuaba como si hubiera sido mi ama de leche. En seguida añadió:

–Sé muy bien lo que gusta a los jóvenes, la caza y las aves del bosque. Todo lo que vuela y lo que anda con pezuñas, ¡y dos piezas mejor que una, a menos que se trate de un jabalí!

La cocinera se adelantó en seguida, ascendió las escalerillas de la puerta, y tras hacer fatigosamente una genuflexión, a causa de su corpulencia, desapareció más allá del umbral en que aparecía tallada una virgen acunando al Santo Niño.

–Es una casa muy hermosa –dijo el muchacho sajón, a modo de cortesía–. Parece la granja de un abad.

–Bueno, de un abad muy rico –explicó el otro, temeroso de que yo hubiese interpretado mal la alabanza de su amigo, ya que también había abades pobres que vivían en chozas.

–Sí... he querido decir... –tartamudeó el sajón–, que parece un lugar tan... apacible, con esa Virgen y el Niño, y su...

Se le agotó la inspiración, y esperó a que su amigo acudiera en su ayuda.

–Con sus techos en punta, en lugar de almenas, y ventanas de verdad, en vez de troneras, y hasta con vidrios en las ventanas. ¡Y fíjate, Esteban, en el jardín! Hay tomillo, perejil, laurel, mejorana, clavo, estragón...

–Ya veo que conoces bastante de hierbas aromáticas –le dije.

–Tengo un herbario –repuso él.

Una vez en el interior de la casa, les conduje hasta el baño. En toda la campiña, y creo que incluso en toda Inglaterra, ninguna otra mansión puede jactarse de poseer, bajo su techo, una fuente para el baño. La boca de un delfín, fundido en bronce por los artesanos de Constantinopla, vertía un fuerte chorro de agua en un

pilón donde jugueteaban los tritones de las coloreadas baldosas. Durante el invierno yo hacía tapar la boca del delfín, y para el baño, mandaba llenar el pilón con agua caliente que traían en cubos desde la cocina.

–Vuestra amiga puede bañarse la primera –manifesté a los muchachos en inglés, que era el idioma que estábamos hablando todos; y luego añadí dirigiéndome a ella–: ¿Cómo te llamas?

Como ella tardase en contestar, el sajón respondió:

–Se llama Ruth, y es nuestro ángel guardián. Ella nos ha salvado.

–¿De las fieras salvajes?

–De las mandrágoras.

–Hay muchas en el bosque, pobres bestias descarriadas –dije estremeciéndome–. Sin embargo, nunca me hicieron daño alguno. Más tarde me contaréis el modo en que huisteis; pero ahora, Ruth, será mejor que tomes tu baño. Una vez que lo hayas hecho, mandaré que te lleven vestidos, y un perfume de jazmín, y...

La muchacha me miró con ojos velados por la emoción, y dijo:

–Sois muy amable, señora.

Yo hubiera querido decirle: «Tengo dos veces tu edad y soy mucho menos hermosa; pero confía en mí, querida niña, confía en mí».

Me volví entonces hacia los muchachos. El normando, según dijo, se llamaba Juan, y el sajón, Esteban.

–Cuando termine Ruth, os tocará el turno a vosotros –declaré.

–Gracias, mi señora –contestó Juan–; nos encantará bañarnos ante ese delfín, pero...

–Ya sé, preferís antes comer algo. ¿Qué os parece un poco de pan y queso, con té de poleo, para resistir hasta la hora de la cena? Es decir –rectifiqué prestamente–, cerveza, en vez de té. ¡Ofreceros té! He estado demasiado tiempo en compañía de mujeres...

–¡Cerveza! –exclamaron ambos con deleite; y agregó el normando–: Mi hermano tiene una herida, señora.

–¿Tu hermano? –inquirí con asombro, al ver que un caballero normando llamaba así a un siervo sajón.

–Nos adoptamos mutuamente. ¿No tenéis algo para curarle la herida de la cabeza?

–No, mejor para mi estómago –terció sonriendo Esteban–. Ahí es donde más me duele.

–Te curaré ambas cosas –respondí.

La gran sala de mi mansión es calurosa y húmeda en verano, y fría en invierno, a pesar de los troncos de pino, tan gruesos como barriles de cerveza, que arden en la chimenea. Siempre ha sido una sala para hombres; en ella gritan, ríen, fanfarronean y calientan el cuerpo con hidromiel. Para mí, en cambio, prefiero la sala de estar, donde no sólo tejo y bordo, sino que hasta duermo, tomo mis comidas y recibo a los amigos que de tarde en tarde vienen a visitarme. Dejé a los chicos en la sala, de estar con tres piezas de pan, dos grandes quesos y una garrafa de cerveza, y les dije que después de comer se lavasen con telas empapadas en alcanfor y se pusieran luego ropa limpia.

–Llamadme cuando hayáis terminado.

Apenas había tenido tiempo de buscar una túnica para Ruth, cuando escuché la voz de Juan, diciendo:

–Lady María, hemos terminado.

Exhalaban tal fragancia a alcanfor, que pasé por alto la suciedad que aún se veía en sus rodillas y codos. En cuanto al pan, el queso y la cerveza, todo ello había desaparecido como si por la sala hubiera pasado un ejército de duendecillos. Curé las heridas de los muchachos con una pomada de hinojo y díctamo, y ellos se abandonaron a mis cuidados sin reserva alguna, como los hijos a una madre, haciéndome sentir que mis manos habían descubierto de nuevo su principal razón de ser.

–Esto no escuece nada –manifestó Esteban–. Mi padre, en cambio, usaba un emplasto de piel de serpiente, piojos de la madera y arañas. Escocía como el demonio, y apeataba más aún.

–Las manos de lady María son como la seda –manifestó Juan–. Por eso no te duele.

Los dos muchachos se pusieron encima de la ropa interior unas túnicas que habían pertenecido a mi hijo: Juan, de verde, con una capa de color malva que se abrochaba a la espalda, y largas calzas que hacían juego con la capa, además de zapatos de cuero negro con hebillas; Esteban iba de azul, con capa de color rosado y calzas grises, aunque con cada prenda que se ponía daba la impresión de colocarse otra cadena que le retuviera aferrado contra un muro.

–No me atrevería yo a entrar así en el bosque –comentó–. Me tomarían por un faisán y dispararían sobre mi en cuanto me vieses.

–Sólo será por esta noche –dije yo–. ¿No quieres presentarte con aire gallardo ante Ruth?

–Está acostumbrada a verme casi desnudo. Así me tomará por un bufón.

–Mi señora...

Ruth acababa de entrar en la estancia. Vestía túnica carmesí ajustada al talle por un cinto de ante dorado, y los pliegues del vestido le llegaban hasta sus pies, aunque permitiendo ver sus zapatillas, verdes como dos pequeños lagartos. Se

había recogido el pelo con una redecilla, y sus trenzas doradas relucían como luciérnagas enjauladas. (Es extraño, pero siempre, al pensar en ella, se me representaba como una criatura del bosque, un ser salvaje, misterioso, indomable.)

–Mi señora, ya pueden tomar su baño los muchachos. Y le agradezco mucho su atención, al haberme enviado una túnica tan hermosa.

–¡Ya nos hemos bañado! –exclamó Esteban, con aire ofendido–. ¿No ves que estamos vestidos como galanes?

–Lady María nos curó las heridas con hinojo y dictamo –declaró a su vez Juan–, y ya no sentimos ningún dolor.

–Ahora vamos a comer –dijo Esteban.

–De nuevo –corrigió Juan.

Ruth examinó con interés el cuarto de estar, y pareció perder un poco de la timidez que había mostrado hasta ese momento.

–¡Qué estancia tan encantadora! –manifestó, extendiendo un brazo, como para incluir todo lo que allí había–. Está toda hecha de luz del Sol.

–No toda –manifesté, señalando hacia el techo, constituido por vigas y colgantes–. Allí se forman las telarañas, a menos que esté siempre detrás de los hijos de Sara. Tienen que limpiar con una escalera, y no les gusta quitar el polvo de los rincones oscuros. Temen a los duendecillos.

–Pero en lo demás –manifestó Ruth– no hay la menor obscuridad.

La sala se hallaba iluminada por la luz del atardecer que entraba por los ventanales. El hogar estaba lleno de leños; en un rincón había un sillón de alto respaldo y cojines bordados; hacia un lado de la estancia, un gran mirador en forma de arcada estaba formado por vitrales de colores, procedentes de Constantinopla; y ocultando el maderamen del suelo, una alfombra arábiga lucía sus dibujos rojos, amarillos y blancos, con un cerco de estilizadas letras persas. El enmaderado de las paredes, en cambio, era genuinamente inglés, y sus paneles de roble estaban pintados con hojas verdes y rosas que hacían juego con la alfombra. Ruth siguió contemplando la habitación con aire de muchacha acostumbrada a la belleza, sus formas y sus colores, aunque no dejaba de expresar su admiración. Acarició mi telar con aire entendido y se detuvo luego ante mi lecho de dosel, exclamando:

–¡Es como una tienda de campaña de seda!

Se acercó luego a la jaula de mimbre que estaba junto a la cama y manifestó:

–Pero estos jilgueros, ¿no echan de menos el bosque?

–Viven muy contentos –respondí–. Los alimento con semillas de girasol, y aquí están a salvo de armiños y comadreja. A cambio de eso, cantan para mí.

–¿Es cierto que el jilguero enjaulado canta de un modo diferente?

–Sí; su voz se hace más dulce.

–Eso imaginaba; así pierden el aire rústico de la espesura.

–¿No te parece apropiado, querida mía?

–No lo sé, señora.

Tomamos asiento en unos bancos situados ante una mesa de madera apoyada en caballetes. Juan y yo, frente a Ruth y Esteban. Mi esposo solía cenar conmigo en la gran sala, y éramos servidos por diligentes y silenciosos escuderos que recibían los platos de los criados de la cocina. Tras su muerte, en cambio, comencé a hacer mis comidas en la sala de estar. Durante los últimos doce meses me habían servido Shadrach, Meshach y Abednego, los tres hijos ilegítimos de mi cocinera, Sara. Por regla general, me gustaba cenar sin ceremonia alguna, charlando con los muchachos, unos trillizos de cabello rojo como el fuego, que parecían haber salido de un horno incandescente.

Pero esa noche, y en honor a mis invitados, había ordenado a Sara y a sus hijas Rahab y Magdalena, que preparasen un banquete, en lugar de una simple cena, festín que debían servir sus hijos. Las muchachas habían puesto la mesa con ricos manteles, que representaban a caballeros árabes montados en sus ágiles y pequeñas cabalgaduras, y sobre los bordados de los caballeros, colocaron un pastel en forma de castillo, hecho de azúcar, harina de arroz y pasta de almendras, como si se tratara de una fortaleza asediada.

Una vez que hube dado las gracias al Altísimo, los hijos de Sara aparecieron trayendo aguamaniles, jofainas y servilletas, que colocaron ante los invitados. Esteban cogió en seguida su aguamanil, y llevándose a la boca, comenzó a beber de él; pero Juan le susurró frenéticamente:

–¡No es caldo, sino agua para lavarte las manos!

–No temáis –dije yo–. Habrá cosas mejores para beber.

–Jamás me he sentido tan limpio desde que me bautizaron –aseguró Esteban, y al reírse salpicó el mantel con el líquido de su aguamanil.

En cuanto a Ruth y Juan, se notaba que estaban acostumbrados a usar cubiertos. Cortaron el faisán y el pato, antes de cogerlo con los dedos, y comieron un pastel de pescado y cangrejo con las cucharas. Esteban contemplaba a sus amigos con evidente perplejidad.

–Yo siempre he usado el cuchillo para cazar y pescar –confesó–. Si lo utilizara de ese modo seguramente me cortaría un dedo. Y entonces podríais comprobar si soy una mandrágora.

–Ya lo sabemos desde hace tiempo –repuso Juan–. De parecer un arbusto espinoso, alguien te hubiera cortado en trocitos para venderte como afrodisíaco. Habrías proporcionado una verdadera fortuna.

Las chanzas de Juan, según pude comprobar, no tenían más propósito que el desviar la atención de los demás del tosco comportamiento de Esteban, quien a todo esto había dejado caer el cuchillo al suelo. Entonces Juan arrancó con los dedos el ala de un faisán, y se puso a comerlo glotonamente, como para que su amigo no tuviera de qué avergonzarse.

Yo me reí a gusto por primera vez desde la muerte de mi hijo, y declaré:

–Los cuchillos son una verdadera molestia, lo mismo que las cucharas. ¿Para qué se han hecho los dedos, sino para comer con ellos? Mientras uno mismo no se los muerda...

También yo arranqué una pata de ave y noté cómo la grasa, tibia y pegajosa, rezumaba entre mis dedos.

–Toma –agregué, dirigiéndome a Esteban–; coge esta zanca, que es demasiado grande para mi, y la dividiremos en dos partes.

Se rompió el hueso, y la carne se separó en dos porciones desiguales, yendo para Esteban la mayor parte de ella.

–Eso significa que serás afortunado en amores –declaré jovialmente.

–Ya lo es ahora –intervino Juan–. Los pájaros lo saben muy bien.

–Creo que no se refiere a eso –repuso Esteban, poniéndose serio de pronto–, sino al cuidado, la preocupación por alguien, ¿no es así, lady Maria? También yo sé de esas cosas.

–Entonces, siempre conservarás ese don.

–Así lo espero –repuso.

Juan nos sonrió a Esteban y a mi, feliz de que los tres fuéramos buenos amigos, mientras Ruth, en silencio, seguía cortando su carne en porciones muy pequeñas y se las llevaba a la boca con el remilgo de una monja.

Shadrach, Meshach y Abednego se movían diligentes entre la sala y la cocina, retirando fuentes y volviéndolas a llenar, pero daba la impresión de que Juan y Esteban nunca iban a satisfacer su hambre. Con la discreta aunque efectiva ayuda de Ruth, dieron cuenta de tres faisanes, dos patos, dos pasteles de cangrejo, y cuatro jarros de hidromiel.

–Dejad algo para nosotros –susurró Shadrach al oído de Esteban–. Esta es la última ave que queda.

Esteban se mostró sorprendido, y luego, con gesto contrito anunció que se hallaba harto como una garrapata en la oreja de un sabueso. Shadrach aprovechó entonces la ocasión para llevarse la fuente con el ave a la cocina.

Después del festín, los muchachos me narraron sus aventuras, animándose, más que interrumpiéndose, con comentarios como:

«¿Le has contado lo del arroyo, Juan?», o bien, «Esteban, tú relatas mejor lo de la lucha».

Juan hablaba más porque tenía mayor facilidad de palabra; Esteban, por su parte, gesticulaba y hacía ademanes, y más de una vez pidió a Juan que terminara lo que estaba contando. Y Ruth no intervino hasta el final de la historia, cuando con toda calma, y sin que nuestras miradas se encontrasen, explicó cómo había sido capturada por las mandrágoras, y el convenio que hizo con aquellos seres.

Yo la examinaba mientras ella iba hablando. ¿Era una muchacha tímida? Más bien me parecía distante, como abstraída. Y también recelosa, al menos de mí. Unos simples celos no bastaban para explicar su proceder. Yo no era ni mucho menos una rival para la clase de amor que parecía desear de Esteban. No, no era mi belleza lo que la molestaba, sino la sabiduría y experiencia que los jóvenes suponen un atributo de la madurez. En una palabra, mis sensatos razonamientos. Algo había en ella, ciertamente, que no deseaba que trascendiese.

–Y ahora, los regalos –declaré yo.

–¿Regalos? –inquirió Juan.

–Sí; acostumbran a hacerse con los postres.

–Pero es que nosotros no tenemos nada que daros.

–Me habéis contado una maravillosa historia. Ningún juglar me hubiera mantenido tan interesada como vosotros. Veréis lo que os voy a regalar...

Y así diciendo, di unas palmadas y Shadrach, Meshach y Abednego aparecieron con mis obsequios, unos instrumentos musicales que habían pertenecido a mi hijo. Para Ruth un rabel, instrumento de tres cuerdas procedentes de Oriente, que se tocaba con un arco; para los chicos, unos pequeños timbales que se colgaron de los hombros con una correa, y que comenzaron a tocar con los palillos apropiados.

Ruth aferraba el rabel entre sus manos, sin decidirse, hasta que Esteban se volvió hacia ella y le dijo:

–¡Vamos, Ruth, toca para nosotros! ¿Qué esperabas, acaso, un arpa?

Entonces Ruth les acompañó, y los muchachos iniciaron una especie de desfile por la estancia; Esteban iba el primero, Juan avanzaba detrás, y cerraba la marcha Ruth, tañendo el rabel con evidente destreza, la cual había perdido ya su aire lejano y enigmático. Shadrach, Meshach y Abednego estaban apoyados en el marco de la puerta, y detrás de ellos se hallaba Sara con sus regordetas hijas. No me sorprendió cuando comenzaron a cantar; pero yo misma me asombré cuando me vi acompañándoles con la última tonada en boga aquellos días.

*Está llegando el verano
y canta vivaz el cuclillo,
crecen las semillas, florecen los prados,
y todo el bosque revive con los cantos.
¡Canta, cuclillo, canta!*

Al cabo de una hora, los tres músicos, cuyo auditorio se había retirado ya a la cocina, casi habían perdido las energías que recuperaran con el banquete. Ruth se dejó caer en el sillón situado junto a la chimenea, y los muchachos, agradeciendo aún mis obsequios, se acomodaron en los asientos del mirador. Esteban comenzó a bostezar y a dar cabezadas, mientras que Juan, sentado frente a él, le daba de vez en cuando un discreto puntapié para que no se durmiera.

—Venid —dije yo entonces—; encima de las cocinas hay una pequeña estancia donde solía dormir mi hijo. Afirmaba que el salón era demasiado grande, y que en la sala de estar hacía excesivo calor. Os enseñaré dónde está la habitación, mientras Ruth se prepara para acostarse. A ti, Ruth, te prepararemos un lecho junto a esta ventana. Sólo hay que unir los asientos en que se hallan Juan y Esteban, y colocar encima unos cojines. ¿O quizá prefieras —me temo que hice el ofrecimiento con muy poco entusiasmo— compartir mi propio lecho, bajo el dosel?

—Los asientos de la ventana me parecen muy cómodos.

Señalé hacia un armario con grandes herrajes y pinturas en la madera, y añadí:

—No está cerrado con llave. Abre las puertas, y hallarás un camisón, que puedes ponerte mientras yo acompaño a los muchachos a su cuarto.

La estancia de mi hijo era tan pequeña como la capilla de una torre, y sólo poseía una ventana; pero la cama, amplia y con dosel, resultó irresistible para los agotados muchachos.

—¡Es justamente como su lecho! —exclamó Juan.

—Algo más pequeño, pero igual de mullido.

—En casa —agregó Juan— dormía en un banco, contra la pared, compartiendo el cuarto con otros ocho muchachos, hijos de los caballeros de mi padre. Yo tenía el banco de la pared gracias a que mi padre era el dueño del castillo.

—Y yo dormía sobre la paja —terció Esteban, al tiempo que palpaba el colchón, se tendía sobre él y lanzaba un profundo suspiro de satisfacción—. Esto es tan mullido como el cuerpo de un cachorrillo. ¿De qué está hecho el colchón?

—De plumas de ganso.

—Con los gansos que comimos anoche, podría hacerse un colchón, ¿no es cierto?

—Dos, me parece —corregí yo, mientras sacaba una piel de oso forrada de seda, de un pequeño y desvencijado armario que mi hijo había construido cuando sólo tenía doce años—. Y ahora, me marcho a ver cómo se las arregla Ruth.

No soy una persona reservada, y por consiguiente no voy a negar que al ver a los muchachos allí —Esteban en el lecho, sonriendo con aire adormecido, y Juan aún en pie, pero con manifiestos deseos de acostarse—, casi se me saltaron las lágrimas. Tampoco necesito decir que me sentía muy complacida al ofrecerles la cama de mi hijo, mientras quisieran permanecer en la Mansión de las Rosas.

Pero quizá la emoción no me dejó expresar estos sentimientos, y me limité a decir:

–Dormid tanto como queráis. Sara os hará el desayuno a cualquier hora que os levantéis.

–Sois muy amable, mi señora –manifestó Esteban–. Pero mañana, creo yo, debemos madrugar para proseguir nuestro viaje hacia Londres.

–¡A Londres! –exclamé yo–. ¡Pero si vuestras heridas aún no están curadas!

–En realidad no eran sino magullones, y si no nos vamos ahora que las habéis curado con vuestra magnífica medicina, tal vez nunca nos marchemos de aquí.

–Quizá yo también desee que no os marchéis jamás.

–Pero tened en cuenta, lady María, que debemos luchar para libertar Jerusalén.

–¿Acaso pensáis triunfar donde han fracasado reyes como Federico Barbarroja y Ricardo Corazón de León? ¡Precisamente vosotros, dos chiquillos sin arma alguna!

–Ya no somos chiquillos –protestó Esteban–. Yo soy un mozo de quince años, y Juan está creciendo como un joven olmo. ¿No es cierto, Juan?

–Si, es verdad –confirmó el otro, sin demasiado entusiasmo–; pero no veo qué razón hay para que nos marchemos por la mañana.

–También es a causa de Ruth.

–¿Y es Ruth vuestro ángel guardián? –inquirí con ironía que pasó inadvertida para los muchachos.

–Sí, porque nos ha salvado la vida.

–¿Tú crees, Esteban? Bien, dormid ahora. Mañana hablaremos; deseo contaros algo acerca de mi hijo.

Volví a la sala sintiéndome bastante cansada. Ruth ya se había puesto el camisón, y tras colocar los asientos con los cojines encima, estaba acostada y fingía dormir, aunque se olvidaba de aparentar la respiración lenta y profunda del durmiente. Bien, ya hablaría con ella por la mañana. Pero yo estaba segura de una cosa: ella no conduciría a mis muchachos a ninguna cruzada. Una ráfaga helada me despertó. No era extraño que tras un caluroso día veraniego la noche resultase casi invernal. Me levanté, encendí una vela y saqué edredones para Ruth y para mí. El rostro de la joven parecía flotar entre su cabello dorado. Era como una cabeza decapitada, o de un ahogado.

Pensé en los chicos, tiritando bajo las corrientes de las ventanas sin vidrios. Me había olvidado de correrles las cortinas del dosel. Con mi camisón de noche y mis zapatillas de raso y agudas puntas, como las que usan todas las damas inglesas y que cruelmente oprimen los dedos de los pies, crucé el gran salón y luego la cocina, avanzando de puntillas entre los jergones donde Sara y sus hijos dormían junto al fuego, para subir luego por una escalera de empinados peldaños.

Tras descorrer una cortina de tosca piel, me detuve en el hueco de la puerta de la habitación de mi hijo y miré a los muchachos. Se habían dormido sin apagar siquiera la lámpara que colgaba de una barra, junto al lecho. La piel de oso les cubría hasta la barbilla, y sus cuerpos se encontraban en el centro de la cama, buscando calor.

Me incliné sobre ellos y comencé a extender el edredón. Juan que estaba más cerca de mí, abrió los ojos, y mientras sonreía, susurró:

–Madre...

–María –propuse yo, sentándome en el borde de la cama.

–Eso es lo que quise decir.

–Siento haberte despertado.

–Yo me alegro, en cambio. Habéis venido a traernos un edredón, ¿no es cierto?

–Si; procuremos no despertar a tu hermano.

Se ensanchó la sonrisa de Juan; le complacía que yo aceptase a Esteban como su hermano y su igual.

–No creo que se despierte con nuestra conversación, pero si me levantase de la cama lo notaría en seguida. Una vez que se ha dormido, no escucha nada, a menos que sea el ladrido de un sabueso enfermo.

–Entonces, ¿os marcháis mañana?

–Yo no quiero irme, y creo que en el fondo Esteban tampoco lo desea. La idea es de Ruth. Ella le susurraba algo en la sala, cuando vos y yo estábamos hablando. Le alcancé a escuchar eso mismo, que debíamos marchar a Londres. Afirmó que por eso había venido con nosotros y nos había salvado la vida de las mandrágoras.

–¿Por qué no confía ella en mí, Juan?

–Creo que os teme, señora. Por algo que vos podéis averiguar.

–¿Qué puedo yo averiguar? –dije.

Había temor en los ojos de Juan cuando, mirando a Esteban, que continuaba durmiendo, manifestó:

–Creo que Ruth es una mandrágora, aunque se ha hecho pasar por un ser humano.

Me estremecí. Hubiera sospechado varias cosas de ella; que fuese ladrona, aventurera, ramera precoz, portadora de la plaga; pero nada tan terrible como que fuese una mandrágora. Aunque el temor era como un tizón clavado en mi pecho, hablé serenamente, pues no quería juzgarla hasta que Juan me hubiese puesto al corriente de todo. Parecía un chico muy imaginativo, al que asustaba el bosque, y que ahora estaba medio adormecido. Sólo tenía doce años. No obstante, por lo que había visto, podía considerársele singularmente maduro para su edad.

Esteban, a mi entender, era capaz de despertarse por la noche y ponerse a charlar despreocupadamente acerca de las mandrágoras. Pero Juan no era así, y no lo haría sin tener una razón.

–Dime, ¿por qué crees eso, Juan?

Sus palabras se desgranaron como los ochavos caen de una bolsa cortada por un ladrón: rápidas, confusas a veces, y, a pesar de todo, con un fondo de lógica que me hizo compartir sus sospechas. La misteriosa llegada de Ruth a la cueva de los romanos; sus imprecisas respuestas y la afirmación de que lo había olvidado todo; su gran conocimiento del bosque; su emoción y disgusto cuando ellos dos le hablaron de la caza de la mandrágora por los leñadores; y el incomprensible hecho de que les hubiese canjeado por el crucifijo de oro.

–Y las mandrágoras mantuvieron su palabra –añadió Juan–, a pesar de que creían que Esteban y yo habíamos dado muerte a uno de sus pequeños. Era como si nos dejasen marchar para que ella se adueñara de nosotros.

–Lo cierto es que a su manera tienen un profundo sentimiento religioso –declaré–. He visto unas como cruces de piedra alrededor de mi mansión. Tal vez se hayan sentido obligados por su palabra, en efecto. La fe de los salvajes suele ser inquebrantable, bastante más honda que la de algunos de nuestros cruzados, que saquean ciudades y cometen desmanes. Quizá Ruth te contó la verdad acerca del crucifijo.

–Lo sé –respondió él–, lo sé. No está bien que sospeche de ella, cuando siempre ha sido tan cariñosa conmigo. ¡Hasta me llevó fresas, cuando estábamos en el bosque! En cuanto a Esteban, él la venera. Pero yo tenía que contaros todo esto, ¿no creéis? Tal vez la tomaron por un ser humano, cuando era pequeña, y creció en algún poblado. Ahora, quizá alguien entró en sospechas, y Ruth tuvo que huir al bosque, refugiándose en la catacumba donde Esteban y yo la encontramos. Mirad, si estoy en lo cierto...

–En ese caso estamos todos en peligro, sobre todo, tú y Esteban, que habéis convivido con ella. Tendremos que averiguar la verdad, antes de que abandone esta casa.

–¿Os referís a que debemos hacerle una herida? Pero si hace ya tanto tiempo que pasa por un ser humano, la herida tiene que ser profunda.

–No le haremos daño, tan sólo la enfrentaremos con la acusación. Supongamos que es una mandrágora, y que lo sabía ya cuando os encontré, o se lo dijeron ahora sus semejantes, en el bosque. Tal vez manifestaron con orgullo: «Hermana, ¡qué hermosa has crecido en el poblado!» Pero mañana le pediremos pruebas de su inocencia. Si lo es, se ofrecerá sin vacilar a la prueba del cuchillo. Eso ya será suficiente, pues una verdadera mandrágora rechazaría semejante prueba, y entonces sabremos que es culpable.

–Es como el Juicio de Dios, en los combates, ¿verdad? El Señor condena al culpable; le hostiga la conciencia hasta que pierde la justa. Ahora no será un combate, sino eso, un juicio. Dios hará que Ruth se revele como culpable o inocente.

–Y tú y yo seremos los instrumentos del Señor. Nada más.

–¿Y si ella es culpable?

–Le pediremos que se marche al bosque, a reunirse con su gente.

–Esteban quedará con el corazón destrozado.

–Así salvará su vida, al protegerse de Ruth y del viaje a Londres. Sin su ángel protector, ¿crees que insistirá en seguir adelante con su descabellado plan? No, permanecerá aquí, contigo y conmigo. La Mansión de las Rosas tiene necesidad de buenos muchachos, como vosotros dos.

–¿No le trataréis como a un criado, por el mero hecho de ser villano? Sabed que sus antepasados eran condes sajones, cuando los míos sólo eran piratas vikingos.

–También los míos fueron piratas; y sedientos de sangre, igualmente. Pero no te preocupes, tanto tú como Esteban seréis mis hijos. Tú lo adoptaste; ¿por qué no puedo hacerlo yo?

–¿Sabéis, señora? –manifestó Juan–; siempre os recuerdo tal como os vimos la primera vez, junto a la cerca, con los brazos llenos de rosas.

–¿Es cierto eso, Juan?

–Si; nunca estuvo más justificado el nombre de una casa: la Mansión de las Rosas.

–Pero yo, como mis rosas, también tengo espinas para proteger a los que amo. Ruth se dará cuenta de ello mañana.

Luego me arrodillé junto a él y rocé su mejilla con mis labios. No era como si le besase por vez primera, sino como si lo estuviese haciendo todas las noches desde... ¿desde hacía cuántos años? Desde que mi hijo se marchó a Londres y no volvió jamás.

–Estáis llorando –me dijo.

–Es el humo de la lámpara, me irrita los ojos.

El se colgó de mi cuello, y ya no era un muchacho, sino una criatura a la que casi podía haber amamantado.

–Me gusta vuestro cabello cuando lo lleváis suelto –manifestó–. Es como una aureola que se extendiera hasta vuestros hombros.

Y se quedó dormido en mis brazos.

Capítulo 5

Me despertó el estridente gorjeo de los gorriones. Sus inquietos cuerpecillos iban a dar contra las ventanas, y por una vez lamenté que en ellas hubiera cristales.

Me hubiese gustado que entrasen en la sala, con su desafinado píar, para que compartieran conmigo la seguridad de aquellos muros. Eran seres diminutos que revoloteaban bajo los rayos del Sol ruidosa y valientemente, pero que caían bajo las garras del águila y del halcón que descendían raudos del cielo. Y cuanto más piaban en señal de desafío, tanto más atraían a la muerte.

Pero había otros gorriones a los que podía auxiliar.

Me levanté y vestí sin ayuda alguna. No llamé a las hijas de Sara para que me peinasen, ni para que abrochasen las mangas de mi vestido en las muñecas, o adornasen mis dedos con anillos de jade y turmalina. No quise despertar a Ruth. Temía el momento de la confrontación.

Cubierta desde la punta de los pies hasta la cabeza con el ámbar y el verde de mi gorro, de mi túnica, mis guantes, medias y zapatos, me encaminé hacia el patio y tomé asiento sobre un banco, entre las hierbas aromáticas, entre la fragancia suave del espliego y el agudo olor del estragón, reflexionando en lo que debía preguntar a Ruth.

El Sol ya estaba tan alto como la torre de un campanario, cuando unos ruidos que procedían de la sala me indicaron que los muchachos ya se habían despertado y estaban reunidos. Ruth y Esteban bromeaban con Juan y le empujaban, cuando entré en la estancia.

El muchacho sajón parecía estar a sus anchas, con sólo el taparrabo, y Ruth llevaba puesta la túnica verde que se puso para la cena de la noche anterior, aunque iba sin zapatos y sin capa. Estaban diciendo a Juan que debía seguir el ejemplo de ellos, y ponerse ropas ligeras para marchar al bosque.

–Estás blanco como una oveja, esta mañana –rezongó Esteban–. Necesitas tomar el Sol.

Juan, ataviado con su jubón y su capa, parecía tener diez años, en lugar de doce. Sentí compasión por el muchacho. Tendría que aliarse conmigo, en contra de sus amigos. Me devolvió la sonrisa e hizo una ligera inclinación de cabeza, como diciendo:

«Debe ser ahora mismo».

Habló Esteban con voz que reflejaba un profundo agradecimiento:

–Lady María –dijo–, tenemos que dejaros y emprender la marcha hacia Londres. Nos habéis proporcionado alimento y techo, y nunca os olvidaremos. En medio de un bosque tenebroso habéis sido nuestro faro. Vuestros regalos, los timbales y el rabel, nos ayudarán a ganarnos el pasaje hasta Tierra Santa.

–Caballeros y abades os arrojarán peniques –repuse–, pero los ladrones os los quitarán. Tardaréis mucho tiempo en ganar para vuestros pasajes.

–Es la única forma en que podemos ir. Y cuando regresemos por este camino, os traeremos un escudo sarraceno para que lo colguéis en la chimenea de vuestro salón.

Entonces besó mi mano con cierta ternura impulsiva y ruda. Un aroma a alcanfor le envolvía desde el baño que tomara el día anterior. Se había peinado el cabello con flequillo sobre la frente, como unos juncos que sobresalieran por encima de sus ojos intensamente azules. Pensé que el trabajo del peine pronto quedaría deslucido, y la aflicción mancharía aquel pelo rubio con sus telarañas, y tal vez con sangre.

–Creo que deberías conocer mejor a tus acompañantes –dije al fin.

Los ojos de Esteban se agrandaron, en gesto de interrogación. La inocencia que expresaban hacia mucho más difícil mi resolución.

–¿Juan? ¡Pero si es mi amigo! Si os referís a que es demasiado joven, tendríais que haberle visto luchar contra las mandrágoras.

–No; hablo de Ruth.

–Ruth es un ángel –declaró con la misma convicción con que uno dice: «Creo en Dios».

–Tú afirmas que es un ángel, ¿verdad, Esteban? Pero, ¿lo es? Pregúntaselo a ella misma.

Se volvió el joven hacia la muchacha, en busca de una confirmación.

–Dijiste que habías venido del cielo, ¿no es eso?

–Sólo dije que no me acordaba –contestó ella, mirando a la alfombra persa atentamente, como si estuviera contando los polígonos o leyendo las extrañas letras que se veían en los bordes.

–Pero aseguraste que recordabas haber caído desde muy alto.

–Se puede caer desde otros lugares, además del cielo.

Juan intervino al fin.

–No obstante, aseguraste que recordabas algunas cosas –dijo con voz que parecía proceder de las hondas cuevas romanas–. Algo relacionado con el bosque; los sitios dónde hallar fresas, cómo tejer un canastillo de juncos, cómo escapar de las mandrágoras.

–Ruth –manifesté yo–; dínos quién eres. Cuéntalo todo. Queremos saberlo.

Ella comenzó a temblar.

–No lo sé, no lo sé... –murmuró.

Yo sentía ya compasión por ella, pero quise que nos revelara la verdad.

Me dirigí hacia el armario con paso lento, aunque resuelto. A pesar de mis suaves zapatillas, pisé el suelo como si estuviera aplastando unos gorgojos que amenazasen mis rosales. Abrí las puertas del mueble, me arrodillé y extraje un puñal sarraceno, cuya empuñadura de marfil estaba engastada con zafiros que

adoptaban la forma de una gacela corriendo. La hoja era muy aguda, y en el acero había incrustaciones de plata.

También había acero en mi voz, cuando dije:

–No abandonarás mi casa hasta que nos digas quién eres. Te he aceptado como invitada y como amiga. Ahora tengo motivos para creer que eres peligrosa; para los muchachos, no para mí.

–¿Vais a herirme, lady María?

Y al decir esto se alejó de la luz de la ventana y se colocó en las sombras, junto a la chimenea.

Yo casi esperaba que se convirtiera de pronto en una araña, y huyese a esconderse entre las vigas del techo.

–Voy a pedirte que te sometas a una prueba.

–Entonces, creéis que soy una mandrágora...

–Creo que debes probarnos que no lo eres –respondí, y avancé hacia ella empuñando la daga–. Mi esposo dio muerte al sarraceno que poseía este puñal. Lucharon por él, y mi marido lo hundió en el corazón de su enemigo. Ya ves que su hoja está acostumbrada a la sangre. Sabrá bien lo que debe hacer.

–¡Lady María! –exclamó Esteban, y se interpuso entre nosotras dos como un jabalí iracundo, casi hasta clavarse la hoja en el propio pecho–. ¿Qué estáis diciendo, lady María?

–¡Pregúntaselo! –exclamé–. ¡Pregúntaselo! ¿Por qué tiene miedo del cuchillo? ¡Porque demostraría su culpabilidad!

Esteban me golpeó en la mano, y el puñal cayó al suelo. Me cogió por los hombros y me sacudió con violencia.

–¡Bruja! –exclamó–. ¡Has blasfemado contra un ángel!

La ira me había abandonado; sentía dudas. Me abandoné a sus manos punitivas. En ese momento sólo hubiera querido dormir profundamente.

Juan salió de su marasmo y golpeó a su amigo con los puños, desesperadamente.

–¡Es cierto, es cierto! ¡Tienes que hacer que se marche! –gritó.

Esteban replicó con un empujón tan violento como la sacudida de una ballesta. Olvidé la daga; olvidé a la muchacha. Lo único que vi fue a Juan, cuando golpeó con estruendo contra las puertas del armario, y luego se derrumbó al suelo, retorciéndose y gimiendo. Librándome de las manos de Esteban, corrí hacia el chiquillo y lo tomé en mis brazos.

–No estoy herido –dijo jadeando–; pero Ruth... el puñal...

Vi el destello de luz en la hoja que empuñaba Ruth. Esteban giró sobre sus pies, no ya como un jabalí iracundo, sino como un oso encadenado, hostigado por unos, engañado por otros. ¿Quiénes eran sus amigos, y quiénes sus enemigos? Con gesto salvaje miró al muchacho al que había golpeado y luego a la chica que había defendido. Ruth avanzó hacia mí silenciosamente, con mirada tan fría como los guijarros bajo la helada corriente. Bien hubiera podido estar muerta.

El puñal fulguró entre nosotras dos. Yo alcé las manos, en ademán de defensa, no sólo para protegerme, sino para resguardar a Juan. Ruth asestó el golpe... contra su propia mano, en la parte carnosita bajo el pulgar. Yo pude oír –sí, lo oí realmente– cómo se desgarraba la carne, y el metal raspaba contra el hueso. La hoja debió de atravesar todos los músculos de la palma, antes de llegar a los huesos. Luego ella retiró el cuchillo, sin un solo grito, con un rápido y violento tirón, como el pescador que arranca el anzuelo. Entonces extendió su mano, para enseñar la herida. La carne estaba separada, mostrando el hueso, y una sangre carmesí, sin el menor vestigio de resina, fluyó llenando el hueco de la herida.

Ruth me sonrió triunfante, pero sin malicia, igual que una niña que se hubiera justificado ante una persona mayor.

–¿Creíste que iba a herirte? –dijo casi en tono jovial; y entonces, viendo la sangre que caía de su mano, enrojeciendo la alfombra, se estremeció y dejó caer el puñal.

Esteban la sujetó y la colocó en el sillón junto al hogar, y luego le oprimió la palma de la mano para cortar la hemorragia.

–Sois una mujer diabólica –me dijo él, mirándome fieramente–. Vuestra belleza es sólo aparente, ya que oculta un corazón mísero.

–No es hora de lanzar denuestos –declaré–. Vuestros dos amigos están heridos.

Miró a Juan, que estaba en mis brazos, y se irguió como si fuera a dejar caer la mano de Ruth para acudir junto al muchacho.

–No, quédate con Ruth –dije, y levantando a Juan le ayudé a cruzar la habitación para depositarlo en el asiento del mirador, cuyos cristales de colores animaron sus pálidas mejillas; yo agregué–: Juan se recuperará pronto. Ruth es la que está peor. Déjame que la atienda, Esteban.

–¡No la toquéis!

Fue la misma Ruth, quien habló diciendo:

–El dolor es muy intenso. ¿Podréis aliviarlo, lady María?

Le apliqué en la herida una tintura de opio y de polvos de pétalos de rosa, y luego le vendé la mano. Juan se levantó de su asiento en la ventana y se colocó detrás de mí, en muda asistencia a Ruth. Al cabo de unos instantes, Esteban dijo a sus amigos, con tono vacilante:

–Perdonadme, los dos. Fue mía la idea de la cruzada, ¿os acordáis? Yo os he metido en esto.

El semblante de Ruth estaba tan blanco como el pergamino frotado con tiza que aguarda la pluma de ave del monje. Su sonrisa era radiante, cuando dijo:

—Sin embargo, Esteban, lady María tuvo razón, en cierto modo. Yo soy tan ángel como puedas serlo tú. O menos aún, quizá, pues tú eres un soñador, y yo os he mentido al comienzo, como lady María ha supuesto. Por eso no obraba abiertamente con ella, porque noté que sospechaba de mi. Mi nombre no es Ruth, sino Magdalena, y no vine del Cielo, sino del castillo del Jabalí situado a una legua del vuestro. Mi padre era un noble de nacimiento, hermano de Felipe el Jabalí. Pero odiaba la vida del caballero: las cacerías, los festines, las justas, y también las cruzadas que se emprendían sin la bendición de Dios. Un día abandonó el castillo de su hermano para irse a Chichester, donde vivió dedicado al estudio en un cuarto que alquiló sobre el local de una carnicería. Se ganó la vida copiando manuscritos y leyendo el mensaje de las estrellas. Él fue quien me enseñó lenguas: inglés, normando, francés y latín, y también me enseñó, como si yo fuese un muchacho, a conocer el firmamento, el mar y los bosques. Igualmente me instruyó sobre el modo de comer en la mesa y otros aspectos de la educación, y cómo tañer el rabel. «Algún día —acostumbraba a decirme— te casarás con un caballero, con un noble cortés, si es que aún existen, y tendrás que hablarle sobre asuntos que interesan a los hombres, mientras le deleitas con algunas cosas propias de mujeres. Entonces quizá no se marche a una cruzada descabellada, como hacen muchos maridos, sólo porque sus esposas son unas necias». Me educó esmeradamente, y yo crecí más pobre que un galés. Cuando murió de la plaga, el año pasado, me dejó peniques, en lugar de libras y sin otro pariente que Felipe el Jabalí, mi tío, el cuál despreciaba a mi padre y sólo me acogió en su castillo porque me llevó hasta allí un abad de Chichester.

»Pero el Jabalí había enviudado hacía poco, y le gustaban demasiado las mujeres. No tardé en advertir que le agradaba. Debo de haber crecido bastante, en los últimos tiempos. Me llevó a cazar con los halcones y elogió mis conocimientos del bosque. Tomé asiento junto a él en los banquetes, bebí de su cerveza, me reí de sus chistes groseros y estuve a punto de olvidar el latín. Pero una vez, después de una fiesta, me siguió hasta la capilla y me hizo proposiciones inconfesables. ¡Mi propio tío! Le golpeé con un candelabro, y nadie me detuvo cuando abandoné el castillo. ¿Adónde podía ir? Me dirigí a Chichester; tal vez el abad quisiera darme refugio.

»Cuando pasaba ante el castillo de tu padre, Juan, oí a un jinete detrás de mi. Fui a esconderme tras los matorrales, cuando me precipité por unas escaleras hasta una lóbrega cueva. Como veis, tuve una caída, aunque no fue del Cielo. Exhausta y llena de miedo, me quedé dormida allí mismo, para despertarme cuando Esteban afirmaba que yo era un ángel. y hablaba de Londres y de la Tierra Santa. ¡Londres! ¿Acaso no era mejor que Chichester, para mi? Además, estaría más lejos de mi tío. Por eso os dejé creer que yo era un ángel, porque estaba cansada de los hombres y de sus mezquinos sentimientos. Había oído hablar de tu fama, con las muchachas, Esteban, pero después de haberte conocido, cambié de opinión. No eras el mozo que relataban las habladurías, sino un muchacho afectuoso y digno de confianza. Mas ya no podía decir que había mentido, pues hubiera perdido vuestro respeto.

»En cuanto al crucifijo que encontrasteis en mis manos, se lo quité a mi tío. El me debía algo, pensé yo. Le oí decir que valía el rescate de un caballero. Projecté venderlo y comprar una tienda de costura, para casarme luego con un hombre noble y cariñoso. Cuando lo cambié por vosotros a las mandrágoras, ocurrió tal como yo os había dicho. Mantuvieron su promesa en honor a su fe. Como veis, fueron mucho más honradas de lo que yo había sido.

Esteban se hallaba muy callado y quieto; le sabía parco en palabras, pero no en ademanes o en gestos. Quise interrumpir el silencio con frases amables y disculpas. Sin embargo, Ruth estaba mirando a Esteban; era ella quien debía hablar.

—Ahora soy para ti como cualquier otra moza de cocina —dijo con infinita tristeza—. Debí haberte dicho la verdad, para que obrases como creyeras conveniente. En cambio, ya no me queda nada.

El sajón pensó durante un buen rato, antes de hablar, y cuando lo hizo, sus palabras no reflejaban acusación alguna.

—Creo que en el fondo yo tampoco te consideraba un ángel —declaró—. No podía concebir que mereciese la ayuda de un guardián del cielo. Además, me inspirabas los sentimientos de una chica de carne y hueso. Sin embargo, quería tener un motivo para huir; una excusa y una esperanza. Me faltó valor. Para un siervo es algo muy grave el abandonar a su amo. El padre de Juan me hubiese matado, o cortado las manos o los pies. Por eso me mentí a mí mismo: ¡Había venido un ángel para guiarme! De modo que los dos hemos sido poco honrados, Ruth... es decir, Magdalena.

—Ruth, mejor. Es el nombre que me diste.

—Sí, Ruth; y aún podemos ir a Londres, sin que haya mentiras entre nosotros.

Volvió a expresarse con ademanes. Cogió a la muchacha por los hombros, con la deferencia de un hermano, y mirando a Juan primero, y luego a mí, agregó:

—No obstante, lady María, ha sido cruel que buscarais la verdad de ese modo.

—Nunca había pensado tocar a Ruth —intervino Juan—, sino tan sólo probarla. Lo que yo conté a lady María le hizo entrar en sospechas.

—Juan, Juan... —dijo Ruth, acercándose al muchacho y colocándole su mano vendada en el hombro—. Sé que nunca me has tenido simpatía. Algo sospechaste desde el principio, y pensabas que yo quería a tu amigo. Estabas en lo cierto, y no lo cambiaría por Robín Hood, aunque éste volviera a ser joven y reinase de nuevo en el bosque. Pero tampoco te he querido mal. Eras su hermano adoptivo. ¿Cómo hubiera podido amarle a él, sin amarte también a ti? Tuve deseos de decir: «No temas perder a Esteban por mi culpa. A ti te ha querido primero, y si yo consigo una parte de su corazón, no será la misma que a ti te pertenece. ¿No comprendes, Juan, que el corazón humano tiene tantos rincones como las catacumbas de los primeros cristianos?» Sin embargo, no dije nada, pues así habría demostrado ser una muchacha, en lugar de un ángel.

–¿Vienes con nosotros, Juan? –preguntó Esteban, con aire vacilante–. No pretendí hacerte daño. Fue como cuando te pegué por haber pisado uno de los cachorros. Pero entonces me perdonaste.

–Ahora ya no hay ninguna razón para que os marchéis –declaré yo.

–Y tampoco la hay para que permanezcamos aquí.

–¿Iréis a una cruzada sin un ángel guardián que os proteja?

–Nos iremos a Londres, y después, ¿quién sabe? Tal vez a Venecia, Bagdad, ¡incluso a Catay! Quizá sólo quería yo correr mundo, y no rescatar Jerusalén.

Entonces aprisionó los hombros de Juan con sus grandes manos y agregó:

–Vienes con nosotros, ¿verdad, hermano?

–No, Esteban –respondió Juan–. Lady María me necesita.

–También te necesita Esteban –terció Ruth.

–Pero Esteban es fuerte. De poco le ha servido Juan, si no fue para que le protegiese –declaré.

–Algún día, Juan –añadió Ruth–, comprenderás que el necesitar a una persona es el mejor regalo que se le puede hacer.

–Yo os necesito a todos vosotros –dije–. Quedaos aquí y ayudadme. Dejad también que os ayude. Londres causó la muerte de mi hijo. Es una ciudad dejada de la mano de Dios.

Esteban movió negativamente la cabeza y repuso:

–Tenemos que marcharnos; al menos Ruth y yo. El Jabalí podría saber que estamos aquí. Ella le hirió en su orgullo más que en la cabeza, y además le quitó el crucifijo.

–Yo me quedo aquí –dijo Juan.

Les preparé unas provisiones para el camino, procurando que no les faltase tocino ahumado ni cerveza; les entregué el puñal árabe para que lo utilizaran contra los ladrones, si se hacía necesario, o para que lo vendiesen en Londres, y luego colgué de sus hombros el rabel y los timbales.

–Debéis ganaros la vida en Londres –manifesté cuando Esteban quiso dejar los instrumentos a Juan.

Me dirigí con Esteban y Ruth hasta la puerta de la cerca y les di instrucciones para que encontrasen la carretera:

–Caminad una milla hacia el Este, hasta llegar al castaño que tiene en el tronco un agujero como un ventanal...

Pero Esteban miraba por encima del hombro, buscando a Juan.

–Se ha quedado en la sala –le dije–. Te quiere demasiado, para despedirse.

–No, demasiado poco. ¿Por qué se queda en realidad con vos, señora?

–El mundo es un lugar muy duro, Esteban. Más aún que el bosque, donde al menos se encuentran oasis como la Mansión de las Rosas.

¿Cómo iba a hacerle comprender que Dios me había enviado a Juan a cambio del hijo que yo había perdido?

–Yo sería su oasis –declaró Esteban, con el fuerte cuerpo estremecido de dolor.

–No te preocupes, volveremos a por él. Esteban –terció Ruth, y añadió dirigiéndose a mí–: Mi señora, os agradecemos de corazón vuestra hospitalidad.

Y a continuación hizo una reverencia y me besó la mano con insospechado afecto.

–Quiera el Señor que un ángel verdadero os proteja –contesté yo.

A continuación se encaminaron hacia el bosque, tan orgullosos y erguidos como vikingos, a pesar de su carga y sus heridas. No derramaron más lágrimas, ni echaron una sola mirada atrás. ¡Más allá de la espesura estaba Londres, Bagdad, Catay!

Entonces advertí entre el follaje, el extraño rostro, como una Luna llena sobre el fondo oscuro de las enredaderas retorcidas.

–¡Ruth, Esteban! –grité–. ¡Os están vigilando!

Pero aquel ser no estaba mirando a los dos jóvenes. Ella me observaba a mí. La había visto varias veces en el bosque. Algo así como curiosidad, o más bien temor, la distinguía del resto gris y anónimo de la tribu. Quizá era ella quien había dejado aquellas efigies en los terrenos de mi propiedad, como amuletos para ahuyentar al diablo. Nunca hizo un gesto amenazador, y cuando en una ocasión avancé rápidamente hacia ella, se esfumó entre la hiedra como un velo de neblina bajo los rayos del Sol. Ahora me detuve y la contemplé con una mezcla de vergüenza y timidez.

Volví a adelantarme hacia donde estaba, empujada por un impulso que era superior a mis temores.

–No voy a hacerte daño –le dije, llena de miedo, pensando que sus amigos podían salir de pronto de entre los árboles y apoderarse de mí antes de que pudiera gritar pidiendo auxilio–. No voy a hacerte daño; sólo quiero hablarte.

El fuerte olor a plantas que trascendía de ella inundó mis fosas nasales. Siempre había pensado que la rosa y la mandrágora representaban la antítesis del bosque: la gracia y la perversidad. Al mirarla de cerca por vez primera, me pareció como un árbol retorcido y maltratado por los temporales, como un ser natural totalmente ajeno al concepto humano de la belleza y la fealdad.

Extrayendo palabras arcaicas del recuerdo de mis lecturas de obras antiguas, le dije suavemente:

–Dime, ¿por qué observas mi mansión? ¡Hay algo en ella que es de tu agrado?
¿Las hierbas aromáticas, quizá?

–No..., las hierbas no –repuso ella, vacilante.

–¿El qué, entonces? Ya sé, las rosas, ¿verdad? Puedes coger las que quieras.

–No... un retoño.

–¿Un retoño? ¿En mi casa?

Ella se arrodilló, se apoderó de mis manos y las besó con inusitada ternura.

–Sí, este retoño... – musitó.

Me llevé las manos a los oídos como si hubiera escuchado el alarido de una mandrágora en la noche. Era yo quien había gritado. Después huí, huí enloquecida...

Tenía los ojos cerrados, y su cabeza descansaba sobre un cojín bordado. Se incorporó cuando me oyó entrar en la estancia.

–¿Ya se han marchado?

–¿Cómo? ¿Qué has dicho, Juan?

–¿Se han marchado ya Esteban y Ruth?

–Sí...

–Estáis pálida, lady Maria –dijo él, acercándose–. No os apenéis por mí; yo quise quedarme.

–Creo que debieras marcharte con tus amigos –declaré lentamente–. Me pidieron que te dijera eso.

–Pero si habíamos dicho que me quedaba para protegeros; para ser vuestro hijo –declaró él, con sorpresa –. Vos dijisteis...

–En realidad era a Esteban a quien quería. Tú eres demasiado pequeño. Esteban es ya un joven, y le hubiera enseñado a ser un señor y un buen caballero. Pero ahora se ha marchado, ¿y para qué necesito un débil chiquillo de doce años a mi lado?

–Yo no pido que me queráis como a Esteban...

Coloqué mis manos sobre sus hombros delgados, pero de duros músculos en los que ya bullía una fuerza varonil que desmentía mis palabras.

–¡Ve a reunirse con él! –exclamé–. ¡Hazlo ahora, o le perderás para siempre!

Su semblante estaba intensamente pálido, cuando susurró:

49 cuentos Fantásticos

–Lady María, creo que os entiendo. Vos me queréis, ¿verdad? Por eso me dejáis marchar. Así que me queréis...

Dejé caer mis manos de sus hombros. No debía tocarle. No debía besarle.

–Así..., así... –murmuré.

Más allá del seto, se volvió hacia mí y agitó una mano, sonriendo. Luego echó a correr para alcanzar a sus amigos. Antes ya de que llegara al límite del bosque, Esteban salió de entre los árboles.

–¡Te esperaba! –exclamó Esteban–. ¡Sabía que vendrías!

Los muchachos se abrazaron con tanta algarabía de risas y estrépito de timbales que el ruido debió de llegar hasta la ciudad de Londres. Luego, cogidos del brazo con Ruth en medio, se internaron en la espesura.

*Está llegando el verano,
y canta vivaz el cuclillo...*

También yo me dirigí hacia el bosque. Durante largo tiempo permanecí inmóvil, contemplando aquellos objetos, aquella especie de amuleto de piedra dejados por las mandrágoras, que eran como un baluarte entre los enormes y añosos robles, y parecían destinados a ahuyentar a cualquier ser maligno, fuera demonio, grifo, lobo u hombre, que pudiera amenazar mi casa.

Mis rodillas se hundieron entre el musgo y sentí dolor cuando descansaron en la piedra. Mis labios estaban resecos, con la plegaria. Seguí allí, aguardando...

No volví la cabeza cuando noté el intenso olor de plantas que ella exhalaba; me limité a decir:

–¿Te gustaría vivir conmigo, en la Mansión de las Rosas?

Su grito fue humano, como de angustia hija del éxtasis. Igual que el de un mártir cristiano al que hubieran dicho: ¿Quieres ver el Santo Cáliz?

–¿Para serviros? –preguntó.

–Para ayudarme, tú y tus amigos. Para que compartáis la casa conmigo.

Incliné la cabeza bajo los dedos tímidos y vacilantes que soltaron mis trenzas como se extiende el fino brocado para admirar su tejido y la delicadeza de sus dibujos.

–Retoño... –musitó–. Hermosa como una Virgen...

¿Qué había dicho Juan, poco tiempo antes?: «Me gusta vuestro cabello, cuando lo lleváis suelto. Es como una aureola que se extendiera hasta vuestros hombros...»

49 cuentos Fantásticos

Las rosas y yo tenemos eso en común: se nos juzga demasiado benévola por la suavidad de nuestros pétalos.

—Y ahora debo irme —dije—. Los que están en la mansión tal vez no os acojan con agrado. Primero tengo que pedirles que se marchen. Es por el bien de ellos... y por el vuestro. Mañana me reuniré aquí con vosotros, y os llevaré a mi casa. La Tierra, madre de las rosas, tiene muchos retoños.

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud por el eficaz auxilio que me han brindado las obras *A History of Everyday Things in England: 1066-1499*, de Marjorie y C. H. B. Quennell, y *The Crusades*, de Henry Treece. Los cantares citados en mi narración son versiones modernizadas de poemas anónimos pertenecientes a la antigua lírica inglesa.

Las mandrágoras

Clark Ashton Smith

Gilles Grenier el hechicero y Sabine, su esposa, procedentes del Bajo Averoine, de lugares desconocidos o que incluso no constan en ningún mapa, habían elegido con sumo cuidado el emplazamiento de su cabaña, cerca de las marismas cuyas aguas estancadas el río Isoile, una vez superado el gran bosque, estría en canales de aguas inmutables, infestadas de juncos, estanques abotagados de juncias, cubiertos de espuma como los potingues de las brujas. La casa se alzaba entre mimbreras y alisos sobre un pequeño montículo. Y enfrente, orientado a las marismas, había un pequeño prado hundido en tierra rojiza donde crecían los cortos y gruesos tallos con pobladas hojas de mandrágoras cuyo tamaño y abundancia superaban el de cualquier otra marca de la provincia donde latiese la brujería.

Gilles y Sabine empleaban las raíces carnosas y bifurcadas de aquella planta, que en opinión de muchos eran semejantes a las extremidades del cuerpo humano, para confeccionar filtros amorosos. Sus pociones, preparadas con muchísimo esmero y astucia, enseguida adquirieron reputada fama entre la gente común de las villas; incluso recibían pedidos de las clases más elevadas, que acudían de incógnito a la cabaña. Se afirmaba que las pociones producían sorprendentes efectos aun en los corazones más fríos y distantes, que hendían las corazas de las almas más virtuosas y castas.

Así pues, la demanda de aquellas pócimas magistrales devino enorme. Además, la pareja de hechiceros elaboraba preparados más sencillos para pequeños hechizos y diversas artes adivinatorias. Y según la creencia popular, Gilles leía perfectamente los dictados de las estrellas. Teniendo en cuenta la mentalidad del siglo XV, cuando ciencia y brujería aún iban indiscerniblemente unidas, no es de extrañar que tanto él como su mujer gozasen de excelente reputación. Nadie los acusaba de echar maleficios. Y como los bebedizos habían promovido la celebración de un buen número de matrimonios, la Iglesia local estaba contenta porque se arreglaban bien los asuntos ilícitos surgidos a partir de tales prácticas.

Aun así, al principio hubo quien desconfió de Gilles; con cierto temor murmuraban que lo habían expulsado de Blois, pues en aquella zona había la creencia popular de que todos los llamados Grenier eran hombres lobo. Pusieron de relieve su abundante cabellera, el espeso vello negro de las manos y una barba que prácticamente le nacía a la altura de los ojos. Pero en líneas generales, se juzgó que aquellas aseveraciones carecían de fundamento, y que en Gilles no se apreciaban signos ni actitudes propios de la licantropía. Y al poco, a causa de los motivos expuestos antes, los escasos detractores se vieron completamente superados por la tácita aceptación popular que consiguieron sus prácticas.

En realidad apenas nada se sabía de ellos, ni siquiera los visitantes asiduos. Mantenían la discreción propia de los que se mueven entre misterios y hechizos. Sabine, atractiva mujer con ojos grisazulados y cabello color del trigo, aspecto del todo opuesto al de una bruja tradicional, era ostensiblemente más joven que

Gilles, con el pelo y la barba ya maculados por la edad. Algunos clientes rumoreaban que, a menudo, se los oía enzarzados en violentas discusiones. Por supuesto, la gente enseguida se burló, diciendo que la causa de tales disputas domésticas era la confección de los filtros. Pero aparte de estas trivialidades, de poco más se podía hablar. Las contrariedades conyugales de Gilles y Sabine, graves o insubstanciales, para nada interferían en los magníficos resultados de sus bebedizos.

Tan poco se notaba la presencia de Sabine que incluso cinco años después de instalarse en Averaigne, los clientes y los vecinos tardaron mucho en percatarse de que Gilles estaba solo. El hechicero respondió que su esposa había emprendido un largo viaje para visitar a los parientes de una lejana provincia. Nadie puso en duda aquellas explicaciones ni se cayó en la cuenta de que nadie la había visto marcharse.

A mediados de otoño, de un modo impreciso y parco Gilles dijo a los que le preguntaron que al menos no regresaría hasta poco antes de la primavera. Aquel año el invierno no solo llegó antes de lo previsto, sino también se demoró más de lo normal: fuertes nevadas y ventiscas azotaron el bosque y las tierras altas, y sojuzgaron las ciénagas con una espesa capa de hielo. Fue una estación dura, dominada por las privaciones. Cuando advino la ansiada primavera, las flores cubrieron los prados y brotaron las hojas en los alisos, muy pocos pensaban en la ausencia de Sabine. Y más adelante, cuando las manzanas sucedieron a las campanillas púrpura de las mandrágoras, su prolongada ausencia dejó de alimentar los temas de conversación.

También parecía que la ausencia no incumbiese para nada a Gilles, plácidamente dedicado a sus libros y marmitas, a la recolección de hierbas y raíces para las fórmulas mágicas. Obraba como si supiera a ciencia cierta que su esposa ya no regresaría jamás. Y es que en realidad la había matado un atardecer de otoño, en el curso de una ácida disputa. En defensa propia, le había arrebatado el cuchillo con el que lo amenazaba y le había abierto el pálido y delicado cuello. Acto seguido, la enterró a la luz de los últimos rayos de la Luna, en el prado de las mandrágoras, procurando tapar bien la tierra removida como si, en realidad, hubiese estado plantando nuevas raíces.

Cuando el deshielo también llegó al prado, ya no estaba seguro del lugar exacto en el que había sepultado el cadáver. Ahora bien, a medida que avanzaba la primavera, se apercibió de que en una de las zonas las mandrágoras crecían con mayor profusión que en el resto. Fue allí donde llegó a pensar que yacía el cuerpo de Sabine. Lo visitaba con frecuencia, y no podía evitar sonreírse con complacida y clandestina ironía, en vez de preocuparse porque gracias a aquel osario las mandrágoras brotasen y crecían como en ninguna otra parte. A decir verdad, también era paradójico que el destino lo hubiese llevado a hacer del prado un cementerio familiar.

El asesinato de su esposa no le suscitaba ningún sentimiento de culpabilidad. Desde el principio habían vivido como el perro y el gato. Sabine tenía un carácter endiabladamente fuerte y ladino. Nunca había amado a aquella taimada bruja; cuando lo dejaba solo se sentía infinitamente mejor, sin soportar sus continuos sarcasmos, su mirada ceñuda, sin temer que sus largos dedos y afiladas uñas le desenredasen la barba.

Como había previsto, con la primavera la demanda de sus filtros amorosos subió como la espuma. Los hombres y mujeres de la vecindad acudían constantemente, tanto los galanes que pretendían asaltar los muros de la virtud como las esposas que ansiaban recobrar la ilusión de sus primeros días de matrimonio, o las mujeres crepusculares que deseaban rejuvenecer con el ardor de hombres jóvenes. Por eso, de nuevo tuvo que dedicarse a abastecer bien sus existencias en pócimas amorosas. Para tal efecto, se dirigió al prado de noche, bajo la Luna llena de mayo, en busca de raíces recién salidas con que elaborar sus bebedizos.

Con una sonrisa algo perversa, comenzó a seleccionar las plantas, bañadas por la luz argétea de la Luna, que crecían justo donde estaba enterrada Sabine. Con una peculiar paleta hecha a partir del fémur de una bruja, comenzó a desenterrar con mucho cuidado las raíces en forma de hombres diminutos. Aunque completamente familiarizado con las formas extrañas y en cierta manera humanas de la mandrágora, el aspecto de la primera raíz que extrajo lo sorprendió. Inusualmente grande y pálida, cuando se la acercó a los ojos para examinarla mejor vio que sus formas y extremidades ¡eran las propias de una mujer, proporcionada por el justo medio y con los diez dedos de los pies claramente distinguibles! Carecía de brazos y, sin embargo, el pecho estaba formado por una gran mata de hojas ovales.

Gilles se sorprendió sobre todo por el modo en que la raíz semejó girarse y contorsionarse de dolor cuando la arrancó de la tierra. La dejó caer súbitamente y el minúsculo ser se quedó temblando sobre la hierba. Tras reflexionar un poco, juzgó que aquel prodigio era de naturaleza demoníaca y siguió escarbando. Para su sorpresa, la siguiente raíz se parecía extraordinariamente a la anterior. Y la media docena más que extrajo eran la exacta y burda reproducción en miniatura de una mujer de la cabeza a los pies. Y sumido en el desconcierto más absoluto, se dio cuenta del singular parecido que guardaban con la difunta Sabine.

Este hallazgo perturbó profundamente al hechicero, pues superaba aun su enorme capacidad para comprender lo inexplicable. Aquel milagro, divino o diabólico, empezó a cobrar un cariz siniestro e inquietante. Era como si la esposa asesinada hubiera regresado, o que las mandrágoras hubiesen forjado una impía imitación de ella. Le temblaba el pulso cuando se dispuso a desenterrar otra raíz; por eso trabajó con un cuidado menor del acostumbrado y, sin querer, con la paleta de hueso la partió torpemente.

Reparó en que había hendido uno de los minúsculos tobillos. Al mismo tiempo, un grito agudo y lleno de reprobación, parecido al de la voz de Sabine mezclado con furia y dolor, semejó perforarle los oídos pese a percibirlo de forma muy atenuada, como si lo hubiese emitido desde muy lejos. El grito cesó y no lo volvió a oír. Hórridamente aterrorizado, Gilles se dio cuenta de que se había quedado contemplando fijamente la paleta: en ella brillaba una mancha oscura del color de la sangre. Temblando de pies a cabeza, tiró de la raíz mutilada para descubrir que de ella emanaba un líquido parecido a la sangre. Al principio, desarmado por el miedo y algunos escrúpulos, tuvo la intención de enterrar los despojos mutilados y cuyo obsceno parecido con Sabine lo atormentaba. Los escondería en lo más recóndito, fuera de su vista y la de otros; de no ser así, acaso alguien llegaría a sospechar de él o incluso lo acusaría de asesinato.

Sin embargo, comenzó a calmarse. Se le ocurrió pensar que, aunque las vieses otros, aquellas raíces se podrían contemplar como un mero capricho natural, no tenían por qué revelar su delito, puesto que muy pocos identificarían un auténtico parecido con Sabine. Asimismo, pensó que aquellas raíces quizá manifestarían propiedades extraordinarias con las que fabricar pociones de efectos increíbles en cuanto a poder y eficacia. Venciendo por completo sus temores iniciales y la repulsa que le inspiraba la situación, llenó un cesto de mimbre con las figurillas temblorosas y de cabeza vegetal. Retornó a la cabaña, sopesando las posibilidades que le podría reportar semejante fenómeno, menoscabando los normales prejuicios que cualquier otro sentiría en idéntica situación.

Gracias a su manifiesta audacia, cuando se dispuso a aderezarlas para el caldero no le perturbó en absoluto el hecho de descubrir que las mandrágoras estaban bañadas en una substancia sanguinolenta. Consideró que los borboteos frenéticos del caldo, hirviente y espumoso como la saliva de un demonio, se debían a las excepcionales propiedades de tamaños ingredientes. Incluso osó elegir la raíz con las formas más parecidas a una mujer para colgarla en medio de la cabaña, junto a otras hierbas y componentes, con la intención de consultarla cual oráculo del futuro, como se usaba entre hechiceros.

Los nuevos filtros fueron adquiridos por ávidos clientes. Gilles se arriesgó a recomendarlos para vencer las más arduas virtudes, ya que según él sus propiedades inundaban de pasión los pechos más inasequibles y marmóreos; incluso eran capaces de inflamar la pasión de un muerto.

Ahora, al recordar esta antigua leyenda de Averroigne, creo que se dijo que el impío brujo, sin temer a Dios ni al diablo, osó cavar nuevamente en la zona donde yacía Sabine para extraer muchos más ejemplares de raíces blancuzcas y con formas femeninas, las cuales gritaban desesperadas bajo la luz de la Luna o movían sus miembros compulsivamente. Y todos los ejemplares que sacó se parecían sobremanera a la difunta Sabine en miniatura, de la cabeza a los pies. Y a partir de ella compuso nuevos filtros para venderlos cuando se presentase la ocasión.

Sin embargo, nunca llegó a vender estas últimas creaciones, y de las primeras sólo vendió unas pocas debido a las tremendas y calamitosas consecuencias que conllevaron su prescripción. Quienes las tomaron, hombres o mujeres, no se sintieron invadidos por la más inflamada de las pasiones, como era deseable, sino que les atacó una obscura ira, una locura satánica que les impelía de modo irresistible a agredir y aun matar a quienes mediante el bebedizo habían buscado prender en ellas la llama de amor. Así, los maridos se volvieron contra las mujeres, las muchachas contra quienes las cortejaban, con palabras insufladas de odio y acciones deplorables. Un joven galán que había acudido a la cita prometida fue acometido por una mujer vengativa que le clavó en el rostro sus afiladas uñas y le abrió sangrantes canales. Una dama que había creído salir vencedora del torneo amoroso fue maltratada hasta morir por su caballero, hasta entonces dechado de cortesía y respeto.

Tal revuelo armaron aquellos sucesos que se pensó que había una invasión de demonios. Al principio se creyó que todos aquellos hombres y mujeres enajenados estaban poseídos por el diablo. Pero cuando salió a colación el uso de las pociones y se vio claramente de quién procedían, la carga de toda la culpa

recayó sobre los hombros de Gilles Grenier, que fue acusado de brujería tanto por las leyes eclesiásticas como las civiles.

Los oficiales encargados de arrestar a Gilles lo encontraron al atardecer en su cabaña, inclinado y murmurando sobre un caldero lleno de espuma y que borboteaba con un fluido que hervía cual detritus del Flegeto. Penetraron y lo prendieron por sorpresa. No ofreció resistencia, pero sí mostró una gran sorpresa cuando le explicaron los devastadores efectos que habían causado sus filtros. No alegó nada en favor ni en contra de las acusaciones de brujería.

A punto de llevárselo prisionero, los oficiales percibieron una voz muy débil y trémula que salía de las sombras de la cabaña, donde colgaban manojos de hierbas y plantas, así como aperos propios de la brujería. Lo parecía emitir una extraña raíz, dividida justo por el lugar que podría equivaler a la cintura de una mujer y ennegrecida por el fuego del caldero. Uno de los oficiales creyó reconocer en ella la voz de Sabine, la esposa del brujo. Todos juraron que la habían oído perfectamente pronunciar estas palabras: "En lo más profundo del prado, donde más crecen las mandrágoras".

Petrificados de espanto por las misteriosas palabras y por la repulsiva apariencia humana de la planta, aquel fenómeno lo atribuyeron al influjo de Satanás. Asimismo, no sabían qué pensar de aquellas palabras. Preguntaron a Gilles con mucha insistencia, pero el brujo se negó a cooperar. Fue su nerviosismo ante tales cuestiones lo que finalmente les decidió ir a examinar el sitio señalado por la voz.

Comenzaron a cavar alumbrados por linternas. Hallaron gran cantidad de raíces y, por debajo, apareció el cadáver de una mujer en el que aún se distinguían los rasgos de Sabine. A consecuencia del descubrimiento, Gilles Grenier fue acusado de brujería y de uxoricidio. Lo declararon culpable de ambos delitos, aunque él negó firmemente cualquier imputación de intencionalidad en los efectos de los filtros. En cuanto al asesinato, alegó que la había matado en defensa propia.

Lo colgaron en la horca, junto a otros asesinos, y su cadáver fue quemado en la hoguera.

El jardín de Adompha

Clark Ashton Smith

The garden of Adompha, © 1938. Traducido por Inmaculada de Dios en *Zothique (el último continente)*, Ciencia Ficción 16, EDAF, 1977.

«Señor de los bochornosos y rojos parterres y de los huertos soleados por las inquietas llamas, en tu jardín florece el Árbol que sostiene el Infierno, frutos de innumerables cabezas de demonios y corre la raíz llamada Baaras, parecida a una escurridiza serpiente. Y allí las bifurcadas y pálidas mandrágoras, desgajadas del suelo por sí solas, van de un lado a otro pronunciando tu nombre hasta que los últimos entre los condenados piensan que los demonios están pasando gritando con airado frenesí y extraño espanto.»

Letanía a Thasaidón de Ludar

Era bien sabido que Adompha, rey de la extensa isla oriental de Sotar, poseía en los amplios dominios de su palacio un jardín secreto para todos los hombres, excepto para él mismo y para el mago de la corte, Dwerulas. Las cuadradas murallas de granito del jardín, altas y formidables como las de una prisión, eran claramente visibles, elevándose sobre los majestuosos bosques y árboles del alcanfor y las anchas parcelas de flores multicolores. Pero nada había podido saberse nunca respecto a su interior, porque todo el cuidado que era necesario era prestado únicamente por el mago bajo la dirección de Adompha y los dos se referían a él en obscuras adivinanzas que nadie podía interpretar. Las gruesas puertas de bronce respondían a un mecanismo cuyo secreto no compartían con nadie más, y el rey y Dwerulas, bien por separado o juntos, visitaban el jardín únicamente durante aquellas horas en las que nadie estaba fuera. Y en verdad, no había quien pudiera alardear de haber visto ni siquiera la apertura de la puerta.

Se decía que el jardín había sido protegido contra el Sol por grandes láminas de plomo y cobre, que no dejaban ni la menor grieta por donde la estrella más diminuta pudiese mirar al interior. Algunos juraban que la intimidad de sus dueños durante sus visitas era asegurada por un sueño letal que Dwerulas, por miedo de sus mágicas artes, acostumbraba a provocar sobre toda la vecindad, durante aquel tiempo.

Un misterio tan sobresaliente difícilmente podría dejar de provocar curiosidad y surgieron varias versiones distintas, con relación a la naturaleza del jardín. Algunos aseguraban que estaba lleno de plantas siniestras de hábitos nocturnos que proporcionaban rápidos y poderosos venenos para uso de Adompha, junto con esencias más insidiosas y siniestras empleadas por el mago en la fabricación de sus conjuros. Probablemente estas historias no dejaban de tener algo de razón, porque, después de la construcción del vallado jardín, habían sobrevenido en la corte real numerosas muertes atribuibles a envenenamientos y desastres que eran claramente obra de un brujo, junto con la desaparición física de gente cuya presencia en el mundo no agradaba ya a Adompha o a Dwerulas.

Los crédulos susurraban otras historias más extravagantes. Aquella leyenda de infamia fuera de lo normal que había rodeado al rey desde la infancia adquirió un tinte más odioso y la fama de Dwerulas, que con certeza había sido vendido antes de nacer al Archidemonio por su madre bruja, adquirió una nueva negrura, pues excedía a todos los demás hechiceros en la profundidad y maldad de su abandono.

Despertando del sopor y los sueños producidos por el jugo de la amapola negra, el rey Adompha se levantó en las horas muertas y estancadas que van de la salida de la Luna a la aurora. El palacio a su alrededor estaba silencioso como un cementerio, pues sus ocupantes habían cedido al sopor nocturno inducido por el vino, las drogas y el aguardiente. Alrededor del palacio dormían los jardines y la ciudad de Loithé, bajo las lentas estrellas de los tranquilos cielos meridionales. Adompha y Dwerulas acostumbraban visitar el recinto de altas murallas a aquellas horas, con poco temor de ser seguidos u observados.

Adompha salió, deteniéndose brevemente para iluminar con el cubierto ojo de su linterna de negro bronce la cámara en penumbra que estaba contigua a la suya. La habitación había estado ocupada por Thuloneah, su odalisca favorita, durante el pocas veces igualado período de ocho noches, pero sin sorpresa ni desconcierto vio que el lecho de desordenadas sedas estaba ahora vacío. Esto le confirmó que Dwerulas le había precedido al jardín. Y supo, además, que no había ido ociosamente ni de vacío.

El recinto del palacio, rodeado por todas partes por sombras continuas, parecía mantener aquel secreto que el rey prefería. Llegó junto a las cerradas puertas de bronce de la enorme pared de granito y emitió, cuando se acercaba, un fuerte silbido parecido al de una cobra. En respuesta a la subida y bajada de este silbido, la puerta se abrió silenciosamente hacia dentro y se cerró a su espalda, también en silencio.

El jardín, plantado y cultivado en privado, y separado por el techo metálico de las esferas del cielo, estaba iluminado únicamente por un extraño globo ardiente que colgaba en su centro en medio del aire. Adompha contempló este globo con horror, porque su naturaleza y origen le eran desconocidos. Dwerulas pretendía que había salido del Infierno en una medianoche sin Luna y por su voluntad, que levitaba debido al poder infernal y que se alimentaba de las incesantes llamas de aquel clima en que los frutos de Thasaidón adquieren un tamaño fuera de lo normal y un sabor encantado. Despedía una luz sanguínea en la que el jardín temblaba y se agitaba, como visto a través de una luminosa neblina de sangre. Incluso en las lúgubres noches de invierno, el globo despedía un fuerte calor y nunca se apartaba de su extraña suspensión, aunque no tenía ningún soporte visible; bajo él, el jardín florecía malignamente, lozano y exuberante como cualquier parterre del círculo profundo.

Indudablemente, ningún Sol terrestre podría haber producido los frutos de aquel jardín, y Dwerulas decía que sus semillas eran del mismo origen que el globo. Había troncos pálidos y bifurcados que se lanzaban hacia arriba como queriendo desgajarse del suelo, desplegando hojas inmensas como las oscuras y nervudas alas de los dragones. Había flores del color del amaranto, tan anchas como bandejas y sostenidas por tallos del grueso de un brazo que temblaban continuamente.

Y había muchas otras plantas diversas, extrañas como los siete infiernos y sin otra característica común que los injertos que Dwerulas había implantado aquí y allá con sus innaturales y hechiceras artes.

Aquellos injertos eran diversos miembros y partes de seres humanos. Habilidadosamente, y con un éxito constante, el mago los había unido a las brotes, mitad vegetales, mitad animales, sobre los que después vivieron y crecieron, sorbiendo una savia parecida al íchor de los demonios. Así eran preservados los recuerdos, cuidadosamente escogidos, de una multitud de personas que habían provocado el disgusto o el aburrimiento del rey o de Dwerulas. Sobre los troncos de palmeras, bajo el follaje plumoso, colgaban en racimos las cabezas de los eunucos, como enormes dátiles oscuros. Una desnuda enredadera sin hojas tenía por flores las orejas de soldados castigados. Cactus deformes tenían como fruta pechos de mujeres, o sus cabellos como hojas. Extremidades o torsos completos habían sido unidos con monstruosos árboles. Algunas de las gigantescas hojas del tamaño de una bandeja portaban corazones palpitantes y ciertas flores más pequeñas tenían en el centro ojos que todavía se abrían y cerraban entre las pestañas. Otros injertos eran demasiado obscenos o repelentes para ser relatados.

Adompha avanzó entre las híbridas plantas que se agitaban y susurraban ante su proximidad. Las cabezas parecieron tenderse ligeramente hacia él, las orejas se agitaron, los pechos se estremecieron un poco, los ojos se dilataban o se entornaban como si vigilasen su avance. Sabía que aquellos restos humanos vivían únicamente con la perezosa vida de las plantas, compartiendo únicamente su actividad subanimal. Las había considerado como un placer estético curioso y mórbido, había encontrado en ellas la infalible atracción de cosas enormes y sobrenaturales. Ahora, por primera vez, pasó entre ellas con un lánguido interés. Comenzó a vislumbrar el momento fatal en que el jardín, con todos sus nuevos prodigios, no ofrecía ya un refugio para su inexorable aburrimiento.

En el centro del extraño vergel, donde un espacio circular todavía estaba vacío entre las apiñadas plantas, Adompha se acercó a un montón de tierra arcillosa recién excavada. A su lado, completamente desnuda, pálida y con aspecto de estar muerta, yacía la odalisca Thuloneah. Cerca de ella habían sido depositados varios cuchillos y otros utensilios, junto con redomas de bálsamos líquidos y de viscosas gomas que Dwerulas utilizaba para sus injertos y que había sacado de una bolsa de cuero. Una planta conocida como el dedaim, de tronco bulboso, pulposo y de color blanco y tirando a verde, de cuyo centro irradiaban varias ramas sin hojas que recordaban reptiles, dejaba caer de cuando en cuando sobre el pecho de Thuloneah una gota de un líquido amarillo-rojizo procedente de unas incisiones practicadas en su suave corteza.

Dwerulas apareció por detrás del túmulo arcilloso con la brusquedad de un demonio emergiendo de su caverna subterránea. En sus manos sostenía el pico con el que acababa de terminar de cavar un agujero profundo y semejante a una tumba. Comparado con el porte y estatura reales de Adompha; no parecía más que un enano envejecido. Su aspecto mostraba todas las señales de una edad inmensurable, como si los polvorientos siglos hubiesen deseado su carne y sorbido la sangre de sus venas. Sus ojos resplandecían en el fondo de órbitas semejantes a fosas, sus rasgos eran negros y resecos como los de un cadáver

muerto hacía largo tiempo, su cuerpo engarfiado como un milenarío cedro del desierto. Siempre estaba inclinado, de forma que sus brazos largos y huesudos llegaban casi hasta el suelo. Como siempre, Adompha se sintió maravillado por la demoníaca fuerza de aquellos brazos, maravillado de que Dwerulas manejase tan rápidamente aquel pesado pico y de que hubiese podido llevar sin ayuda humana hasta el jardín las cargas de aquellas víctimas cuyos miembros utilizara en sus experimentos. El rey nunca se había dignado asistir a tales trabajos, sino que, después de indicar de tiempo en tiempo las personas cuya desaparición no le desagradaría en absoluto, no había hecho más que observar y supervisar el barroco jardín.

—¿Está muerta? —preguntó Adompha, observando sin emoción alguna los voluptuosos miembros y cuerpo de Thuloneah.

—No —dijo Dwerulas, con voz tan dura como el herrumbroso gozne de un ataúd—, pero le he administrado el todopoderoso y adormecedor jugo del dedaim. Su corazón late impalpablemente y su sangre fluye con la lentitud de ese mezclado líquido. No se despertará..., excepto como una parte de la vida del jardín, compartiendo su oscura cadencia. Ahora, espero vuestras instrucciones. ¿Qué parte... o partes?

—Sus manos eran muy hábiles —dijo Adompha como murmurando en voz alta en respuesta a la pregunta apenas formulada—. Conocían las sutiles formas del amor y eran diestras en todas las artes amorosas. Me gustaría que conservases sus manos... pero nada más.

La singular y mágica operación había sido completada. Las bellas, finas y alargadas manos de Thuloneah, limpiamente cortadas por las muñecas, fueron unidas, sin apenas señal de la sutura, a los pálidos y podados extremos de las dos ramas más altas del dedaim. En este proceso, el brujo empleó la goma de plantas infernales y había invocado repetidamente los curiosos poderes de ciertos genios subterráneos, según acostumbraba a hacer en tales ocasiones. Los brazos semivegetales se tendieron ahora hacia Adompha con sus manos humanas, como en ademán de súplica. El rey sintió que su viejo interés en la horticultura de Dwerulas se reavivaba, una extraña excitación se despertó en él ante la mezcla de lo bello y lo grotesco en la planta injertada. Al mismo tiempo su carne volvió a vivir los sutiles ardores de noches pasadas..., porque las manos estaban cargadas de recuerdos.

Se había olvidado por completo del cuerpo de Thuloneah, que yacía cerca de él con los brazos mutilados. Despertado de su ensoñación por el brusco movimiento de Dwerulas, se volvió y vio al mago inclinarse sobre la muchacha inconsciente, que no se había movido durante el proceso de la operación. La sangre todavía manaba de los muñones de sus muñecas, formando charcos sobre la oscura Tierra. Dwerulas, con ese vigor innatural que envolvía todos sus movimientos, cogió a la odalisca en sus nervudos brazos y la subió con facilidad. Tenía el aire de un trabajador que continúa una tarea interrumpida, pero pareció vacilar antes de arrojarla al agujero que le serviría de tumba. Allí, durante las estaciones calentadas e iluminadas por el globo traído del infierno, su cuerpo oculto, al pudrirse, alimentaría las raíces de aquella planta anómala que tenía sus propias manos como injerto. Parecía como si fuese remiso a desprenderse de su voluptuosa carga. Adompha, que le observaba con curiosidad, fue consciente,

como nunca lo había sido antes, de la siniestra maldad, de la lujuria que fluía del jorobado cuerpo de Dwerulas y de sus torcidas extremidades, como un hedor todopoderoso.

Aunque él mismo había caído profundamente en todo tipo de iniquidades, el rey sintió una vaga repulsión. Dwerulas le recordaba un insecto horroroso que había sorprendido una vez dedicado a sus vampíricas actividades. Recordó cómo había aplastado al insecto con una piedra..., y al hacerlo concibió una de esas inspiraciones atrevidas y repentinas que siempre le habían impulsado a una acción igualmente brusca. Se dijo a sí mismo que no había venido al jardín con aquella idea, pero la oportunidad era demasiado urgente y perfecta para dejarla pasar. En aquel momento, el mago le daba la espalda y sus brazos estaban ocupados por su pesada y hermosa carga. Agarrando el pico de hierro, Adompha lo dejó caer sobre el pequeño y seco cráneo de Dwerulas con una fuerza bastante considerable, heredada de antepasados heroicos y piratas. El enano, sujetando a Thuloneah, se derrumbó en la profunda fosa.

Preparando el pico por si fuese necesario un segundo golpe, el rey esperó, pero no hubo ningún sonido ni movimiento provenientes de la tumba. Sintió cierta sorpresa de haber vencido con tanta facilidad al formidable mago, de cuyos poderes sobrehumanos estaba casi convencido, y una cierta sorpresa también ante su propia temeridad. Después, tranquilizado por su triunfo, el rey pensó que podría intentar un experimento propio, puesto que creía haber adquirido gran parte de la habilidad y conocimientos de Dwerulas por medio de la observación. La cabeza de Dwerulas formaría una adición apropiada y única en una de las plantas del jardín. Sin embargo, después de echar un vistazo al interior de la fosa, se vio obligado a abandonar la idea, porque vio que había golpeado demasiado bien y reducido la cabeza del hechicero a un estado en el que sería inútil para su experimento, puesto que tales injertos requerían una cierta integridad de la cabeza o miembro humano.

Reflexionando, no sin disgusto, en la inesperada fragilidad de los cráneos de los hechiceros, que se dejaban aplastar con tanta facilidad como las cáscaras de los huevos, Adompha comenzó a rellenar la fosa con arcilla. El cuerpo de Dwerulas y la acurrucada forma de Thuloneah bajo él fueron pronto cubiertos por los blandos y frágiles terrones, mientras compartían una misma inmovilidad. El rey, que había llegado a temer a Dwerulas en el fondo de su corazón, fue consciente de un profundo alivio cuando pisoteó la tumba fuertemente y la igualó con el suelo que la rodeaba. Se dijo a sí mismo que había hecho bien, porque los conocimientos del mago habían llegado a incluir últimamente demasiados secretos regios, y un poder como el suyo, fuese natural o proveniente de regiones ocultas, nunca era completamente compatible con el seguro dominio y el prolongado imperio de los reyes.

En la corte del rey Adompha y en la marítima ciudad de Loithé, la desaparición de Dwerulas se convirtió en motivo de mucha especulación, pero poca investigación. Las opiniones sobre si era al rey Adompha o al demonio Thasaidón a quien había que estar agradecido por una desaparición tan saludable estaban divididas y, en consecuencia, tanto el rey de Sotar como el señor de los siete infiernos fueron más temidos y respetados que antes. Sólo los más indomables entre los hombres

y los demonios podían soportar a Dwerulas, del que se decía que había vivido durante todo un milenio sin dormir ni una sola noche, llenando todas sus horas con iniquidades y hechicerías de una negra subterránea.

Después de la inhumación de Dwerulas, un vago sentimiento de miedo y terror, que no podía explicarse por completo, había impedido al rey visitar el cerrado jardín. Sonriendo impasiblemente ante los salvajes rumores de la corte, continuó su búsqueda de nuevos placeres y sensaciones extrañas y violentas. Sin embargo, en esto tuvo poco éxito, pues parecía como si todos los senderos, incluso los más extravagantes y tortuosos, condujesen únicamente a los ocultos precipicios del aburrimiento. Apartándose de extraños amores y crueldades, de extravagantes pompas y enloquecedoras músicas, de los afrodisíacos aromas de flores traídas de muy lejos, de los pechos, extrañamente formados, de muchachas exóticas, recordó con un nuevo deseo aquellas formas florales semianimadas que Dwerulas había dotado con los más provocativos encantos de las mujeres.

Así pues, una noche, en la hora media entre la llegada de la Luna y la del Sol, cuando todo el palacio y la ciudad de Loithé estaban sumergidos en un ebrio sopor, el rey abandonó a su concubina y se dirigió al jardín que era ahora secreto para todos los hombres, excepto para él mismo.

En contestación al silbido de cobra, que era lo único que podía activar su astuto mecanismo, la puerta se abrió ante Adompha y se cerró detrás de él. Cuando aún se estaba cerrando, se dio cuenta de que un cambio singular había sobrevenido en el jardín durante su ausencia. El misterioso globo colgado en medio del aire ardía con una luz más sangrienta, con la radiación más tórrida, como si estuviese avivado por airados demonios; las plantas, que habían crecido excesivamente en altura y estaban recubiertas y camufladas por un follaje más espeso que el que habían ostentado anteriormente, permanecían inmóviles en una atmósfera que era como el caliente aliento de algún rojo infierno.

Adompha vaciló, dudoso del significado de aquellos cambios. Se acordó de Dwerulas por un momento, recordando ciertos prodigios inexplicables y hazañas nigrománticas conseguidas por el mago..., y se estremeció ligeramente. Pero había matado a Dwerulas, enterrándolo con sus propias y reales manos. El creciente calor y brillantez del globo, el excesivo crecimiento del jardín, se debían sin duda a algún proceso natural incontrolado.

Presa de una fuerte curiosidad, el rey inhaló el sofocante perfume que llegó asaltando su olfato. La luz deslumbraba sus ojos. Llenándole con extraños y nunca vistos colores; el color le golpeaba como saliendo del solsticio de un verano infernal. Creyó oír voces, al principio casi inaudibles, pero subiendo hasta convertirse en un murmullo semiarticulado que le sedujo con una dulzura extraterrestre. Al mismo tiempo, pareció contemplar, entre la vegetación inmóvil y en rápidas ojeadas, los miembros medio velados de unas bailarinas, miembros que no pudo identificar como ninguno de los injertos hechos por Dwerulas.

Atraído por el encanto del misterio y presa de una vaga intoxicación, el rey se adentró en el laberinto proveniente del Infierno. Cuando se acercó, las plantas retrocedieron suavemente y se apartaron a ambos lados para permitirle el paso. Como en una mascarada arbórea, parecían ocultar sus injertos humanos tras el manto de su reciente follaje. Después, cerrándose tras Adompha, arrojaron su

disfraz, revelando fusiones más extrañas y anómalas que las que él recordaba. Cambiaban a su alrededor de instante en instante como formas de delirio, de forma que nunca estaba completamente seguro de qué parte de su apariencia era árbol y flor y cual mujer y hombre. El balanceo de un follaje convulso y las contorsiones de cuerpos y extremidades rebeldes se turnaban. Después, por alguna transición imposible de distinguir, pareció como si ya no estuviesen afianzados en el suelo, sino que se movían a su alrededor sobre pies fantásticos y vagos, formando círculos cada vez más grandes, como los bailarines de algún amenazador festival.

Una vez y otra Adompha recorrió las formas que eran a la vez florales y humanas, hasta que la vertiginosa locura de su movimiento provocó un vértigo semejante en su cerebro. Oyó el rumor de un bosque azotado por la tormenta, junto con el clamor de unas voces familiares que le llamaban por su nombre, que maldecían y suplicaban, se burlaban y pedían, miles de voces de guerreros, consejeros, esclavos, cortesanos, castrados o amantes. Por encima de todas, el sanguíneo globo resplandecía con una refulgencia cada vez más maligna y siniestra, con un ardor casi más insoportable. Era como si toda la vida del jardín girase, se elevase y llamease estáticamente hasta llegar a alguna culminación infernal. El rey Adompha había perdido todo recuerdo de Dwerulas y su oscura magia. En sus sentidos ardía el mismo ardor de la esfera salida del Infierno y parecía compartir el movimiento y éxtasis delirante de aquellas oscuras formas que le rodeaban. Por su sangre subió un líquido enloquecedor, ante él revolotearon las vagas imágenes de placeres que nunca había conocido ni sospechado, placeres en los que traspasaría con mucho los límites impuestos a las sensaciones de los mortales.

Entonces, entre aquella fantasmagoría que se arremolinaba, oyó el chirrido de una voz tan dura como los goznes herrumbrosos de la cubierta de un sarcófago. No pudo comprender las palabras, pero, como si hubiese sido pronunciado algún conjuro ordenando la inmovilidad, todo el jardín adquirió instantáneamente un aspecto tranquilo y silencioso. El rey se quedó completamente estupefacto, porque la voz había sido la de Dwerulas! Miró a su alrededor salvajemente, asombrado y confuso, viendo únicamente las inmóviles plantas con su manto de profuso follaje. Ante él sobresalía una que consiguió reconocer como el dedaim, aunque su tronco en forma de bulbo y sus ramas alargadas habían emitido una enmarañada masa de filamentos oscuros, parecidos a cabellos.

Muy lenta y suavemente, las dos ramas superiores del dedaim descendieron hasta que sus puntas estuvieron al mismo nivel del rostro de Adompha. Las esbeltas y alargadas manos de Thuloneah emergieron de su follaje y comenzaron a acariciar las mejillas del rey, con aquella habilidad amatoria que todavía recordaba. En el mismo momento, vio que la espesa maraña de cabellos sobre el ancho y llano extremo del tronco del dedaim se separaba y, como saliendo de unos hombros jorobados, la pequeña y reseca cabeza de Dwerulas se elevó hasta encontrarse a su altura... Mientras contemplaba con un vacío horror el cráneo aplastado y cubierto por coágulos de sangre, los rasgos resecos y ennegrecidos como por siglos, los ojos que resplandecían en oscuras fosas como brasas sobre las que soplasen los demonios, Adompha tuvo la confusa impresión de que una muchedumbre se lanzaba sobre él desde todas partes. En aquel jardín de enloquecidas fusiones y transmutaciones mágicas no había ya

49 cuentos Fantásticos

ningún árbol. A su alrededor, en el ardiente aire, nadaban rostros que recordaba demasiado bien, rostros contorsionados ahora por una maligna rabia y un mortal deseo de venganza. Por una ironía que sólo Dwerulas hubiese podido concebir, los suaves dedos de Thuloneah continuaron acariciándole, mientras sentía los tirones de innumerables manos que convertían sus vestiduras en harapos y desgarraban su carne con las uñas.

Siembra de Marte

Clark Ashton Smith & E. M. Johnson (argumento)

Seedling of Mars or *The planet entity*, © 1931.

Fue en el otoño de 1947, tres días antes del encuentro de balompié anual entre Stanford y la Universidad de California, cuando el extraño visitante procedente del espacio exterior aterrizó en mitad del enorme estadio en Berkeley donde debía celebrarse el encuentro.

Descendiendo con una curiosa intención, fue visto y señalado por multitudes en los pueblos que bordean la bahía de San Francisco, en Berkeley, en Oakland, en Alameda y en el propio San Francisco. Brillando con una luz rojiza, de un tono cobre dorado, flotó descendiendo desde un cielo azul celeste sin nubes, dejándose caer en una especie de lenta espiral sobre el estadio. Era completamente diferente de cualquier otro tipo de nave aérea y tenía casi cien pies de longitud.

La forma general era ovoide, y, más o menos, angular, con una superficie dividida en docenas de planos distintos, además de muchas escotillas, con forma de diamante, de un material de color purpúreo, diferente del que se había empleado para construir el cuerpo de la nave. Incluso a primera vista, sugería el genio inventivo y la artesanía de un mundo extraterrestre, de una gente cuyas ideas sobre la simetría mecánica habían sido condicionadas por necesidades evolutivas y por sentidos y facultades distintos de los nuestros.

Sin embargo, cuando la extraña nave hubo aterrizado en el anfiteatro, muchas teorías conflictivas en relación a su origen y a su propósito se propagaron por los pueblos de la bahía. Había quien temía la invasión de algún enemigo extranjero, y quien pensó que la extraña nave era la vanguardia de algún ataque, planeado durante mucho tiempo, desde los soviets de Rusia y China, o incluso desde Alemania, cuyas intenciones eran aún sospechosas, y muchos de entre los que postulaban un origen ultraplanetario estaban también preocupados, considerando que quizá el visitante fuese hostil, y podría señalar el comienzo de alguna incursión desde otros mundos.

Mientras tanto, completamente inmóvil y en silencio, y sin signos de vida o de ocupación, la nave reposaba sobre el estadio, donde las multitudes empezaron a amontonarse para mirarla. Estas multitudes, sin embargo, fueron pronto dispersadas por orden de las autoridades civiles, ya que la naturaleza e intenciones del extraño eran tan indeclaradas como sospechosas. El estadio fue cerrado al público; y, para el caso de manifestaciones de hostilidad, se montaron nidos de ametralladoras en las gradas superiores con la presencia de una compañía de infantes de marina, y con bombarderos revoloteando preparados para soltar su letal carga sobre la brillante masa cobriza.

El interés más intenso fue sentido por la hermandad científica, y un gran grupo de profesores, de químicos, de metalúrgicos, de astrónomos y de biólogos fue

organizado para visitar y estudiar el objeto desconocido. Cuando, a la tarde siguiente a su aterrizaje, los observatorios locales emitieron un boletín indicando que la nave había sido vista acercándose a la Tierra desde el espacio traslunar la noche anterior a su aterrizaje, quedó establecido, más allá de cualquier discusión, el hecho de su génesis no terrestre a los ojos de la mayoría; y la discusión se centró en sobre si había venido de Marte, Venus, Mercurio o uno de los planetas superiores; o si, quizá, se trataba de un vagabundo que procedía de un sistema solar distinto del nuestro.

Pero, por supuesto, los planetas más cercanos eran preferidos en esta discusión por la mayoría, especialmente Marte; porque, según podían determinar los que habían observado con mayor exactitud, la línea de acercamiento de la nave habría formado una trayectoria al planeta rojo.

Durante todo aquel día, mientras hervían las discusiones, mientras números extras con titulares vívidamente especulativos y fantásticos eran editados tanto por la prensa local como por la prensa de todo el mundo civilizado, cuando el sentimiento del público estaba dividido entre el miedo y la curiosidad, y los infantes y pilotos de guardia continuaban expectantes ante signos de posible hostilidad, la nave sin identificar mantenía su silencio e inmovilidad iniciales.

Los telescopios y catalejos estaban fijos sobre ella desde las colinas próximas sobre el estadio; pero incluso éstas mostraban poco en relación a su carácter. Aquellos que la estudiaban vieron que sus ventanas numerosas estaban hechas con algún tipo de material vítreo, más o menos transparente; pero nada se movía detrás de aquél, y las imágenes de rara maquinaria que permitían ver en el interior de la nave carecían de sentido para los observadores. Una de las ventanas, más grande que las demás, se creía que era una especie de puerta o escotilla; pero nadie se acercó para abrirla; y, detrás de ella, había una extraña fila de bastones inmóviles, muelles y pistones, que impedían ver más lejos.

Fue considerado que sin duda los ocupantes de la nave eran tan cautelosos ante el entorno extraterrestre como las gentes de la bahía ante la nave. Quizá tenían miedo de mostrarse ante los ojos humanos; quizá tenían dudas respecto a la atmósfera terrestre y del efecto que podría tener en ellos; o quizá estaban sencillamente al acecho y planeando algún ataque demoníaco con armas inconcebibles o ingenios de destrucción.

Aparte de los miedos de algunos, y el asombro y las especulaciones de otros, una tercera división de los sentimientos del público comenzó a cristalizarse. En círculos estudiantiles y entre los amantes del deporte, el sentimiento era que la extraña nave se había tomado una libertad inadmisibile al ocupar el estadio, especialmente en un momento tan próximo a un acontecimiento deportivo. Circuló una petición para que se retirase, y fue presentada a las autoridades de la ciudad. El gran casco metálico, se sentía, sin importar de dónde procediese o por qué, no debía ser permitido que se interfiriese con algo tan sacrosanto, o de tanta importancia, como un partido de balompié.

Sin embargo, a pesar de la intranquilidad que había creado, la nave se negó a moverse ni siquiera una fracción de pulgada. Muchos empezaron a creer que los ocupantes habían sido aplastados por las circunstancias de su tránsito a través

del espacio; o quizá habían muerto, incapaces de soportar la atmósfera y la presión gravitatoria de la Tierra.

Se decidió no acercarse a la nave hasta la mañana del día siguiente, cuando el comité de investigación la visitara. Durante la tarde y la noche, científicos de muchos Estados se dirigieron a California por aeroplano o cohete para llegar a tiempo al acontecimiento.

Se consideró aconsejable limitar el número de miembros de este comité. Entre los sabios afortunados que habían sido seleccionados estaba John Gaillard, astrónomo asistente en el observatorio de Monte Wilson. Gaillard representaba la corriente más radical y libremente especulativa del pensamiento científico y se había hecho famoso por sus teorías concernientes a la habitabilidad de los planetas inferiores, especialmente Marte y Venus. Desde hacía largo tiempo, había defendido la idea de vida inteligente, y altamente desarrollada, en aquellos mundos, y había incluso publicado más de un tratado relativo a estos temas. Su emoción ante la noticia de la extraña nave fue intensa. Era uno de los que habían visto la mota, brillante e inclasificable, en el espacio más allá de la órbita de la Luna, a última hora de la noche anterior; y había sentido, incluso entonces, una premonición de su verdadera naturaleza. Otros miembros del grupo también eran de mente libre y abierta, pero ninguno tenía un interés tan vital y profundo como Gaillard.

Godfrey Stilton, profesor de astronomía de la universidad de California, que también estaba en el comité, podía haber sido como la verdadera antítesis de Gaillard en sus ideas y tendencias. Estrecho, dogmático, escéptico de todo aquello que no pudiese demostrarse matemáticamente, despreciativo de todo aquello que quedase fuera de los límites del más estrecho empirismo, era contrario a admitir el origen extraterrestre de la nave, e incluso la posibilidad de vida orgánica en otro mundo que no fuese la Tierra. Varios de sus cofrades pertenecían al mismo tipo intelectual.

Aparte de estos dos hombres y sus compañeros científicos, el grupo incluía tres periodistas, además del jefe de policía local, William Polson, y el alcalde de Berkeley, James Gresham, ya que se consideraba que las fuerzas del gobierno deberían estar presentes. El comité al completo constaba de cuarenta hombres, y cierto número de mecánicos expertos, equipados con sopletes de acetileno e instrumentos de cortar, fueron mantenidos en reserva fuera del estadio para el caso de que fuese necesario abrir la nave a la fuerza.

A las nueve de la mañana, los investigadores entraron en el estadio y se acercaron al objeto brillante multiangular. Muchos sintieron la emoción que acompaña al acercarse a un imprevisible peligro; pero estaban animados por la más viva curiosidad y por sentimientos del más vivo asombro. Gaillard, especialmente, se sentía en presencia de un misterio de más allá de este mundo y se maravilló al acercarse a la masa cobriza dorada, su sentimiento aumentó hasta ser un auténtico vértigo, como sentiría quien contempla las simas insondables de los secretos arcanos y las pasmosas maravillas de un mundo extraterrestre. Le parecía estar en el mismo borde entre lo concreto y lo inconmensurable, entre lo finito y lo infinito.

Otros del grupo, en un grado menor, estaban poseídos por idéntica emoción. E incluso el duro y poco imaginativo Stilton se sintió algo afectado por un raro nerviosismo, que, con la mentalidad que tenía, atribuyó al tiempo que hacía... o a un toque de su úlcera.

La extraña nave reposaba en una completa tranquilidad, como antes. Los miedos de quienes esperaban a medias una mortífera emboscada se calmaron mientras se acercaban; y las esperanzas de los que contaban con una manifestación amistosa de ocupantes vivos quedaron insatisfechas. El grupo se reunió ante la puerta principal, que, como todas las demás, tenía la forma de un gran diamante. Se levantaba varios pies por encima de sus cabezas en un ángulo del casco; y se quedaron mirando, a través de su transparencia malva, los intrincados mecanismos, coloreados como los ricos paneles de una catedral medieval.

Todos dudaban sobre lo que debía hacerse, porque parecía evidente que los ocupantes de la nave, si estaban vivos y conscientes, no tenían prisa en mostrarse al escrutinio humano. La delegación decidió esperar unos pocos minutos antes de requerir los servicios de los mecánicos que se habían reunido y de sus antorchas de acetileno; y, mientras esperaban, dieron un paseo e inspeccionaron las paredes de metal, que parecían estar hechas con una aleación de cobre y oro rojo, templado a una dureza sobrenatural mediante un proceso desconocido para la metalurgia terrestre. No había signos de unión en la miríada de planos y facetas, y todo el enorme casco, aparte de sus ventanas transparentes, podría haber estado hecho con una sola lámina de la rica aleación.

Gaillard se quedó mirando hacia arriba a la puerta principal, mientras sus compañeros daban vueltas en torno a la nave hablando y discutiendo entre ellos. De alguna manera, tuvo una intuición de que algo extraño y milagroso estaba a punto de suceder, y, cuando la gran puerta comenzó a abrirse lentamente, sin ninguna agencia visible, dividiéndose en dos válvulas que se apartaron a los lados, la emoción que sintió no fue por completo de sorpresa. Tampoco se quedó sorprendido cuando una especie de escalera metálica, consistente en estrechos escalones que eran poco más que barrotes, descendió paso a paso desde la escotilla hasta el suelo a sus propios pies.

La ventana se había abierto y la escalera se había estirado en silencio, sin el menor crujido o sonido metálico; pero otros, además de Gaillard, se habían fijado en el acontecimiento, y todos se dieron prisa muy excitados y se agruparon ante los escalones.

Contrariamente a sus lógicas expectativas, nadie salió de la nave; y podían ver poco más del interior de lo que había sido visible por las válvulas cerradas. Esperaban a algún exótico embajador de Marte, a algún precioso y raro plenipotenciario de Venus que descendiese por la curiosa escalera; pero el silencio y la soledad de la habilidad mecánica de todo ello resultaban pasmosos. Parecía que la gran nave fuese una entidad viviente, y poseyese cerebro y nervios propios, ocultos en su interior forrado de metal.

La puerta abierta y los escalones representaban una clara invitación, y, después de algunas vacilaciones, los científicos se decidieron a entrar. Algunos todavía estaban temerosos de una trampa; y cinco de los cuarenta hombres decidieron, desconfiados, permanecer fuera; pero todos los demás se sentían atraídos

poderosamente por una ardiente curiosidad y por el entusiasmo investigador, y, uno por uno, ascendieron por las escaleras y entraron en la nave.

Encontraron el interior todavía más causante de asombro de lo que lo habían sido las paredes exteriores. Era bastante amplio y se hallaba dividido en varios espaciosos compartimentos, dos de los cuales estaban en el centro de la nave, amueblados con sofás bajos cubiertos con tejidos suaves y lustrosos de color gris perla amontonados. Los otros, además de la antecámara detrás de la entrada, estaban llenos de maquinaria, cuya fuerza motriz y modo de funcionamiento resultaban igualmente oscuros para los más expertos de entre los investigadores.

Raros metales y extrañas aleaciones, algunos de ellos difíciles de clasificar, habían sido empleados en la construcción de esta maquinaria. Cerca de la entrada, se encontraba una especie de mesa tripodal, o tablero de instrumentos, cuyas extrañas filas de palancas y botones no eran menos misteriosas que los caracteres de algún criptograma. Toda la nave parecía estar completamente abandonada, sin ningún rastro de vida humana o extraterrestre.

Vagabundeando por los apartamentos y asombrándose ante las maravillas mecánicas sin resolver que se encontraban ante ellos, los miembros de la delegación no se dieron cuenta de que las anchas válvulas se habían cerrado detrás de ellos con el mismo sigilo con el que se habían abierto.

Ni tampoco escucharon los gritos de advertencia de los que se habían quedado fuera.

La primera sugerencia de algo fuera de lo normal vino de una repentina inclinación y levantamiento de la nave. Sorprendidos, miraron por las escotillas como ventanas, y vieron por los paneles, violetas y vítreos, el alejarse y el girar de las innumerables filas de asientos que rodeaban el enorme estadio. La nave extraterrestre, sin ningún piloto visible para guiarla, estaba elevándose en el aire rápidamente en una especie de movimiento espiral. Se estaba llevando hacia algún mundo desconocido a toda la delegación de atrevidos científicos que la habían abordado, junto al alcalde de Berkeley y el jefe de policía, además de los tres privilegiados reporteros, que habían pensado que obtendrían una ultrasensacional exclusiva para sus respectivos periódicos.

La situación era por completo sin precedente, y más que sorprendente; y las reacciones de los distintos hombres, todas estuvieron señaladas por la sorpresa y la consternación. Muchos estaban demasiado pasmados y confundidos para darse cuenta de todas las implicaciones y las consecuencias; otros estaban francamente aterrorizados; y todavía otros estaban indignados.

—¡Esto es un abuso! —exclamó Stilton, tan pronto como se hubo recobrado un poco de su sorpresa inicial.

Hubo exclamaciones similares procedentes de otros de temperamento parecido al suyo; todos consideraban de una manera enfática que algo debía hacerse respecto a la situación, y que alguien (a quien desafortunadamente no eran capaces de identificar) debería sufrir las consecuencias de esta audacia sin paralelo.

Gaillard, aunque compartía el asombro generalizado, estaba emocionado en el fondo de su corazón por una sensación de prodigiosa aventura ultraterrena, por una premonición de una empresa ultraplanetaria. Sentía una certeza mística de que él y los demás se habían embarcado en un viaje a un mundo que nunca antes había sido pisado por el hombre; y que la extraña nave había descendido a la Tierra y abierto sus puertas para cumplir con este propósito; que un poder esotérico y remoto estaba guiando cada uno de sus movimientos y los estaba extrayendo a su destino preestablecido. Vastas imágenes, incoadas, de un espacio sin límites y de un esplendor de rareza interestelar llenaban su mente, e imágenes que no podrían dibujarse se alzaron para asombrar su vista desde unos límites ultratelúricos.

De alguna manera incomprensible, sabía que el deseo de toda su vida de penetrar en los misterios de las distantes esferas pronto sería gratificado; y él (si no sus compañeros) estuvo resignado desde el primer momento de su extraño secuestro y cautividad en la nave espacial voladora.

Discutiendo su situación de una manera muy voluble y vociferante, los sabios reunidos se apresuraron a las distintas ventanas y miraron abajo, al mundo que estaban abandonando. En una simple fracción de tiempo, se habían elevado a la altitud de las nubes. Toda la región en torno a la bahía de San Francisco, así como los bordes del océano Pacífico, se extendía a sus pies como un inmenso mapa en relieve; y podían ver la curvatura del horizonte, que parecía torcerse y hundirse conforme se elevaban.

Era una perspectiva terrible y magnífica; pero la aceleración creciente de la nave, que había ganado ahora una velocidad igual, y mayor, que la de los cohetes que eran utilizados en aquellos tiempos para circunvalar el globo en su estratosfera, les obligó enseguida a abandonar su postura vertical y a buscar el refugio de los cómodos sofás. También se abandonó la conversación, porque casi todo el mundo empezó a sentir una constricción y presión intolerable, que sujeto sus cuerpos como por argollas de un inflexible metal.

Sin embargo, cuando todos se hubieron tumbado en los sofás, sintieron un misterioso alivio cuyo origen no pudieron determinar. Parecía como si una fuerza emanase de los sofás, aliviando de alguna manera el peso plomizo de la gravedad aumentada a causa de la aceleración y haciendo posible a los hombres soportar la terrible velocidad con que la nave se alejaba de la Tierra y de su campo gravitacional.

De repente, se encontraron capaces de levantarse y andar una vez más. Sus sensaciones, en conjunto, eran prácticamente normales; aunque, contrastando con el aplastante peso inicial, había ahora una extraña ligereza que les impulsaba a acortar sus pasos para evitar chocarse con la maquinaria y las paredes. Su peso era menor de lo que habría sido en la Tierra, pero la pérdida no era suficiente como para producirles incomodidad o mareo, y era acompañada por una especie de alborozo.

Se dieron cuenta de que estaban respirando un aire fino, rarificado y estimulante que no era diferente del que se respira en la cima de las montañas de la Tierra, aunque impregnado por uno o dos elementos desconocidos que le daban un

toque de acidez cítrica. Este aire tendía a aumentar el regocijo y a acelerar su pulso y sus respiraciones un poco.

–¡Esto es lamentable! –farfulló el indignado Stilton, tan pronto como descubrió que sus facultades de moverse y respirar se encontraban razonablemente controladas–. Esto resulta contrario a toda ley, decencia y orden. El gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica debería hacer algo inmediatamente al respecto.

–Me temo –comentó Gaillard– que nos encontramos fuera de la jurisdicción de los U.S.A., además de la de todos los demás gobiernos mundanos. Ningún avión ni ningún cohete podría atravesar las capas del aire por las que nos estamos moviendo; y, en breves momentos, penetraremos en el éter interestelar. Presumiblemente, esta nave está regresando al mundo desde el que partió; y nosotros vamos con ella.

–¡Absurdo! ¡Descabellado! ¡Indignante! –la voz de Stilton era un rugido, apenas atenuado por la finura de la atmósfera–. Siempre he defendido que el viaje por el espacio era completamente quimérico. Ni siquiera los científicos de la Tierra han sido capaces de inventar una nave semejante; y es ridículo suponer que exista vida muy inteligente, capaz de desarrollar inventos semejantes, en otros planetas.

–Entonces, ¿cómo explica nuestra situación? –preguntó Gaillard.

–La nave es, por supuesto, de fabricación humana. Debe ser un nuevo, y ultrapoderoso, tipo de cohete, diseñado por los soviéticos, y bajo control automático o por radio, que probablemente aterrizará en Siberia, después de viajar por las capas más elevadas de la estratosfera.

Gaillard, sonriendo con amable ironía, consideró que podía abandonar con seguridad la discusión. Dejando a Stilton mirando indignado, por una de las ventanas traseras, la masa que se alejaba del mundo, de la cual el conjunto de Norteamérica, junto con Alaska y Hawai, había empezado a mostrar las siluetas de la costa, se reunió con el resto del grupo en una renovada investigación de la nave.

Algunos aún defendían que tenía que haber seres vivientes ocultos en el interior de la nave; pero una búsqueda cuidadosa en cada uno de los apartamentos, esquinas y rincones obtuvo el mismo resultado que antes. Abandonando ese objetivo, los hombres comenzaron a examinar de nuevo la maquinaria, cuya fuerza motriz y método de funcionamiento aún eran incapaces de comprender. Completamente perplejos y confundidos, miraron el tablero de instrumentos, sobre el cual ciertas llaves se movían ocasionalmente, como manejadas por una mano invisible. Estos cambios de situación siempre iban acompañados de algún cambio en la velocidad de la nave, o por una ligera alteración de su rumbo, posiblemente para evitar la colisión con un fragmento meteórico.

Aunque nada concreto podía descubrirse respecto al mecanismo por el que la nave era empujada, ciertos factores negativos quedaron enseguida establecidos. El método de propulsión era claramente no explosivo, ya que no había un rugido ni una estela llameante dejada por los cohetes. Era un deslizamiento silencioso y sin vibraciones, sin nada que indicase actividad mecánica, que no fuese el

movimiento de ciertas palancas y el brillo de ciertos intrincados mecanismos y pistones con una extraña luz azul. Esta luz, tan fría y temblorosa como la del Ártico, no era de naturaleza eléctrica, sino que sugería más bien una fuente desconocida de radiactividad.

Después de un rato, Stilton se reunió con los que estaban agrupados en torno al tablero de instrumentos. Murmurando aún a causa de la ilegal y poco científica indignidad a la que se habían visto sometidos, contempló las palancas alrededor de un minuto, y entonces, agarrando una entre sus dedos, experimentó con la idea de ganar el control de los movimientos de la nave.

Para su pasmo y el de todos sus colegas, la palanca resultó ser imposible de mover. Stilton se esforzó hasta que se le marcaron venas azules en su mano, y le corría el sudor a chorros por su cabeza medio calva. Entonces, una por una, intentó mover las otras palancas tirando de ellas, pero siempre con el mismo resultado. Evidentemente, las palancas estaban bloqueadas a otro control que no fuese el del piloto desconocido.

Persistiendo aún en su intento, Stilton se aproximó a otra palanca de un tamaño más grande y de una forma diferente al resto. Al tocarla, gritó con agonía, y retiró sus dedos del extraño objeto con alguna dificultad. La palanca estaba fría como si estuviese sumergida en el frío absoluto del espacio exterior. De hecho, parecía quemar sus dedos con su extremada congelación. Después de esto, desistió, y no hizo ningún nuevo intento de interferir en el funcionamiento de la nave.

Gaillard, después de contemplar estos acontecimientos, había vagabundeado a uno de los apartamentos principales. Mirando una vez más desde su asiento en el sofá de una blandura y elasticidad sobrenaturales, contempló un espectáculo que le dejó sin aliento. El mundo entero, un gran globo brillante, de muchos colores, estaba flotando detrás de la nave en la negra sima salpicada de estrellas. Lo terrible de las profundidades sin dirección, el impensable aislamiento del infinito, cayeron sobre él, y se sintió mareado y con la cabeza dándole vueltas, y fue arrastrado por un pánico que le dominaba, sin límites ni nombre.

Entonces, extrañamente, el terror desapareció, en un regocijo que surgía ante la perspectiva de un viaje por cielos vírgenes hasta costas que nadie había pisado. Ignorando el peligro, olvidando el terrible distanciamiento del entorno acostumbrado al hombre, se entregó por completo a la mágica convicción de una maravillosa aventura y de un destino único que estaba por llegar.

Otros, sin embargo, eran menos capaces de orientarse en esas circunstancias raras y terribles. Pálidos y horrorizados, con una sensación de pérdida irreparable, de un peligro omnipresente y de una confusión mareante, miraban cómo se alejaba la Tierra, de cuyos confortables entornos habían sido arrancados de una manera tan inexplicable y tan terriblemente repentina.

Muchos estaban mudos a causa del miedo, al darse cuenta más claramente de su impotencia en manos de una fuerza todopoderosa y desconocida.

Algunos hablaban en voz alta y sin sentido sobre cosas banales, en un esfuerzo para ocultar su alteración. Los tres periodistas lamentaron ser incapaces de comunicarse con los periódicos a los que representaban. James Gresham, el

alcalde, y William Polson, el jefe de policía, estaban estupefactos y eran completamente incapaces de decir qué hacer bajo circunstancias que anulaban su acostumbrada importancia en los asuntos cívicos. Y los científicos, como podría haberse esperado, estaban divididos en dos grandes grupos. Los más radicales, y aventureros, estaban más o menos inclinados a recibir favorablemente lo que quiera que estuviese por venir, a causa de los nuevos conocimientos; mientras que los otros aceptaban su destino con distintos grados de desgana, de protesta o de miedo.

Pasaron varias horas; y la Luna, una esfera de cegadora desolación en el gris abismo, había sido dejada atrás junto a la menguante Tierra. La nave aceleraba sola a través de la extensión cósmica, en un Universo cuya grandeza era una revelación hasta para los astrónomos, familiarizados como estaban con las magnitudes y las multitudes de los soles, las nebulosas y las galaxias. Los treinta y cinco hombres estaban siendo apartados de su planeta natal, por una inmensidad impensable, a una velocidad mayor que la de cualquier cuerpo del sistema solar o satélite.

Era difícil medir la velocidad exacta; pero podían formarse una idea de ésta basándose en la velocidad con la que los planetas más próximos, Marte, Mercurio y Venus, iban modificando sus posiciones relativas. Parecían casi estar saliendo disparados como las pelotas de un malabarista.

Resultaba claro que alguna especie de gravedad artificial estaba funcionando en la nave; porque la falta de peso, que de otra manera habría sido inevitable en el espacio exterior, no era sentida en ningún momento. Además, los científicos descubrieron que estaban siendo aprovisionados con aire de ciertos tanques de forma rara. Evidentemente, además, había algún sistema de calefacción oculto alguna especie de aislamiento ante la frialdad del espacio; porque la temperatura del interior de la nave se mantenía constante en torno a unos 65 a 70 grados Fahrenheit.

Mirando sus relojes, algunos del grupo descubrieron que ya había pasado la hora del mediodía en la Tierra; aunque hasta los menos imaginativos se dieron cuenta de lo absurda que resultaba la división del tiempo en veinticuatro horas del día y de la noche, en medio de la eterna luz de Sol del vacío.

Muchos comenzaron a sentir sed y hambre, y a mencionar sus apetitos en voz alta. No mucho más tarde, como respondiendo, igual que el servicio que se proporciona a una buena mesa, en un hotel o en un restaurante, ciertos paneles de la pared metálica del interior, hasta entonces inadvertidos por los sabios, se abrieron sin ruido ante sus ojos y dejaron al descubierto mesas sobre las cuales había curiosos aguamaniles de boca ancha y platos profundos, parecidos a soperas, llenos hasta el borde con comidas desconocidas.

Demasiado sorprendidos para comentar durante mucho tiempo este nuevo milagro, los miembros de la delegación procedieron a probar las viandas y las bebidas que así se les ofrecían. Stilton, todavía sumido en su indignado silencio, se negó a probarlas, pero se quedó solo en su negativa.

El agua era, por supuesto, potable, aunque con un sabor ligeramente alcalino, como si procediese de pozos del desierto; y la comida, una especie de pasta

rojiza, respecto a cuya naturaleza y composición los químicos dudaban, sirvió para apagar las punzadas del hambre, aunque no resultase especialmente seductora para el paladar.

Después de que los hombres de la Tierra hubiesen tomado esta comida, los paneles se cerraron de una manera tan silenciosa y discreta como se habían abierto. La nave avanzó por el espacio, hora tras hora, hasta que resultó evidente para Gaillard y sus compañeros astrónomos que o bien se dirigía directamente al planeta Marte, o bien pasaría muy cerca del mismo, en su camino a otro planeta.

El planeta rojo, con sus señales familiares, que habían contemplado tan a menudo por los telescopios del observatorio, y sobre cuya naturaleza y origen se habían hecho muchas preguntas, empezó a alzarse ante ellos y a crecer con una velocidad taumatúrgica. Entonces, notaron una señalada disminución en la velocidad de la nave, que continuó directa hacia el planeta cobrizo, como si su objetivo estuviese oculto entre el laberinto de manchas oscuras y singulares; y resultó imposible dudar por más tiempo que Marte era su punto de destino.

Gaillard y aquellos que le eran más o menos afines en sus intereses e inclinaciones se emocionaron con expectativas, pavorosas y sublimes, cuando la nave se aproximó al planeta extraño. Entonces, empezó a flotar delicadamente sobre un exótico paisaje en el que los famosos “mares” y “canales”, enormes a causa de su proximidad, podían ser claramente reconocidos.

Pronto se acercaron a la superficie del planeta rojizo, describiendo espirales por su atmósfera sin nieblas ni nubes, mientras la deceleración aumentaba hasta alcanzar la velocidad de un paracaídas. Marte les rodeaba con horizontes rígidos y monótonos, más próximos que los de la Tierra, sin mostrar ninguna otra elevación saliente, como colinas o lomas; y pronto colgaban sobre él a una altura de media milla o menos. Aquí la nave pareció frenar y pararse, sin descender más.

Debajo de ellos, podían ver un desierto de bajas elevaciones y arena amarilla rojiza, interseccionado por uno de los llamados “canales”, que se extendía sinuosamente a cada lado hasta desaparecer en el horizonte.

Los científicos estudiaron este terreno con una sorpresa que iba en continuo aumento, al imponerse en sus percepciones la verdadera naturaleza del venoso canal. No era agua, como muchos antes de entonces habían supuesto, sino una masa de pálida vegetación verde, de vastas hojas o frondes dentados, todos los cuales parecían emanar de un único tallo rastrero de color carne, de varios cientos de pies de diámetro y con hinchadas articulaciones nodulares a intervalos de media milla. Aparte de esta parra anómala y supergigantesca, no había signos de vida, animal ni vegetal, en todo el horizonte; y la longitud del tallo rastrero, que cubría todo el horizonte visible pero que, por su forma y características, parecía ser un simple zarcillo de algún crecimiento aún más grande, era algo que hacía temblar las ideas previas de la botánica terrestre.

Muchos de entre los científicos estaban casi estupefactos a causa del asombro mientras miraban abajo, desde las ventanas violetas, a esta titánica enredadera. Más que nunca, los periodistas elevaron un lamento por los avasalladores titulares que, bajo las circunstancias que prevalecían, serían incapaces de

proporcionar a sus periódicos respectivos. Gresham y Polson creían que había algo vagamente ilegal en la existencia de un ser tan monstruoso bajo la forma de una planta; y la desaprobación científica sentida por Stilton y sus cofrades de mentalidad académica era la más pronunciada.

—¡Escandaloso! ¡Inaudito! ¡Ridículo! —murmuro Stilton—. Esta cosa desafía las leyes más elementales de la botánica. No existe un precedente concebible para ella.

Gaillard, que se hallaba de pie a su lado, estaba tan arrebatado por su concentración en la contemplación de la nueva planta, que apenas escuchó el comentario. El convencimiento de una aventura vasta y sublime, que había estado creciendo en su interior desde el inicio de aquel viaje, raro y estupendo, se veía ahora confirmado con diáfana claridad. No podía dar forma definitiva o coherencia al sentimiento que le poseía; pero le inundaba el presentimiento de una maravilla presente y de un milagro futuro, y la intuición de revelaciones, extrañas y tremendas, que estaban por venir.

Pocos del grupo querían hablar, o habrían sido capaces de hacerlo. Todo lo que les había sucedido durante las horas recientes, y todo lo que ahora veían, estaba tan alejado del alcance de los actos y de la inteligencia humanos, que el ejercicio normal de sus facultades estaba más o menos inhibido por el esfuerzo para ajustarse a estas condiciones únicas.

Después de que hubiesen contemplado la parra de proporciones gigantescas durante un par de minutos, los sabios se dieron cuenta de que la nave se movía de nuevo, esta vez en una dirección lateral. Volando muy lentamente y con intención, seguía lo que parecía ser el rumbo del zarcillo en dirección al oeste de Marte, sobre el que estaba descendiendo un Sol pequeño y pálido por un cielo quemado y empañado, vertiendo una luz débil y gélida sobre el desolado paisaje.

Los hombres fueron abrumadoramente conscientes de una voluntad inteligente detrás de todo lo que estaba ocurriendo; y la sensación de esta supervisión, remota y desconocida, era más fuerte en Gaillard que en los demás. Nadie podía dudar que cada movimiento de la nave estaba medido y predestinado; y Gaillard sentía que la lentitud con que seguían el curso de la gran planta estaba calculada para proporcionar a la delegación tiempo suficiente como para estudiar su nuevo entorno; y, en particular, para estudiar la misma planta.

En vano, sin embargo, observaron su cambiante entorno para descubrir algo que pudiese indicar la presencia de formas orgánicas de tipo humano, no humano o sobrehumano, como se podría imaginar que existían en Marte. Por supuesto, Sólo entidades semejantes, se creía, podrían haber construido, enviado y guiado la nave en que ahora se encontraban cautivos.

La nave continuó avanzando durante por lo menos una hora, recorriendo un territorio inmenso, en el cual, después de muchas millas, la desolación inicial cedía su lugar a una especie de pantano. Aquí, donde las aguas lodosas se entretejían con la tierra gredosa, el retorcido tallo se hinchaba hasta proporciones increíbles con hojas lustrosas que emparraban el suelo pantanoso casi a una milla por cada lado del elevado tallo.

Aquí también, el follaje asumía una verdosidad más viva y más rica, cargada con una sublime exuberancia vital; y el propio tallo mostraba una increíble succulencia, junto con un barniz y un brillo lustrosos, un florecimiento que, de manera rara e incongruente, sugería carne bien alimentada. La cosa parecía palpitar a intervalos regulares y rítmicos, bajo los ojos de los observadores, como una entidad viva; y, en algunos lugares, había nódulos de forma rara, o uniones al tallo, cuyo propósito nadie conseguía imaginar.

Gaillard llamó la atención de Stilton al extraño latido que podía notarse en la planta; un latido que parecía comunicarse a las hojas de cien pies que temblaban como si fuesen plumas.

—¡Humpf! —exclamó Stilton agitando la cabeza con un aire en que se mezclaba la incredulidad y el asco—. Esta palpitación es del todo imposible. Tiene que haber algo que esté más en nuestra vista..., quizá alguna alteración en el foco a causa de la velocidad de nuestro viaje. Es eso, o que hay una cualidad reflectiva en la atmósfera que da una ilusión de movimiento a los objetos estables.

Gaillard se abstuvo de llamarle la atención sobre el hecho de que este supuesto fenómeno de enfermedad visual o refracción atmosférica se limitaba en su aplicación enteramente a la planta y no extendía sus límites al paisaje que les rodeaba.

Poco después de esto, la nave llegó a una enorme ramificación de la planta; y aquí los terrestres descubrieron que el tallo que habían estado siguiendo no era más que uno de tres que se separaban para interseccionar el suelo pantanoso desde ángulos muy distintos entre sí y luego desaparecían por horizontes opuestos. La intersección estaba señalada por un doble nódulo, del tamaño de una montaña, que tenía una extraña similitud con unas caderas humanas. Aquí, el latido era más fuerte y se notaba más fácilmente que nunca; y extrañas manchas variadas y venosidades de color rojizo resultaban visibles en la pálida superficie del tallo.

Los sabios se sintieron cada vez más emocionados ante la magnitud, sin precedentes, y las singulares características de la notable planta. Pero les aguardaban revelaciones de una naturaleza aún más extraordinaria. Después de posarse durante un momento sobre la monstruosa juntura, la nave voló elevándose más a una velocidad acelerada, a lo largo del tallo principal, de una longitud incalculable, que se extendía por el horizonte de Marte occidental. Revelaba nuevas ramificaciones e intervalos variables, volviéndose incluso más grande y lujuriente al penetrar regiones pantanosas que eran, sin duda, el barro residual de un mar hundido.

—¡Dios mío! La cosa debe rodear todo el planeta —dijo uno de los periodistas con voz impresionada.

—Eso parece —Gaillard asintió gravemente—. Tenemos que estar viajando casi en línea paralela con el ecuador; y ya hemos seguido a la planta a lo largo de cientos de millas. Basándonos en lo que hemos visto, parece que los “canales” marcianos son sencillamente sus ramificaciones, y quizá las masas señaladas por los astrónomos como “mares” son masas de su follaje.

–No puedo comprenderlo –gruñó Stilton–; la maldita cosa es completamente contraria a la ciencia y a la naturaleza..., no debería existir en ningún Universo racional o concebible.

–Bueno –dijo Gaillard un poco frívolamente–. Existe; y no veo cómo te puedes librar de eso. Además, aparentemente se trata de la única forma de vida vegetal en el planeta; por lo menos, hasta el momento hemos fracasado en encontrar algo remotamente parecido. No hay ninguna razón en absoluto para suponer que los reinos animal y vegetal tengan que exhibir en otros reinos la misma naturaleza y multiplicidad que muestran en la Tierra.

Stilton, mientras escuchaba el poco ortodoxo argumento, miraba a Gaillard fijamente como un mahometano miraría a algún infiel descarriado, pero estaba demasiado furioso o demasiado asqueado como para decir nada más.

La atención de los científicos fue ahora atraída a un área verdosa en la línea de su vuelo, cubriendo muchas millas cuadradas. Aquí, vieron que el tallo principal había echado una multitud de raíces, cuyo follaje ocultaba el suelo de debajo igual que un denso bosque.

Tal y como Gaillard había conjeturado, el origen de las zonas parecidas a mares estaba ahora explicado.

Cuarenta o cincuenta millas después de esta área de follaje, llegaron a otra que era incluso más extensa. La nave ascendió hasta una gran altura, y su vista descendió sobre una extensión de follaje de las dimensiones de un reino. En el medio, discernieron un nódulo circular de varias leguas de extensión, alzándose como un gran monte redondeado, del cual emanaban en todas direcciones los tallos del extraño vegetal que circunvalaban el planeta. No sólo el tamaño, sino además ciertos rasgos del inmenso nódulo, causaron la más completa confusión a los que lo contemplaban, era como la cabeza de un gigantesco pulpo, y los tallos que se extendían en todas direcciones sugerían los tentáculos. Y, lo más extraño de todo, los hombres discernieron, en el centro de la cabeza, dos enormes masas, claras y transparentes como el agua, que combinaban el tamaño de lagos con la forma y apariencia de jórganos ópticos!

Toda la planta palpitaba como un capullo que respirase; y el pasmo con el que los exploradores involuntarios la contemplaban no puede expresarse con palabras. Todos se veían obligados a reconocer que, más allá de sus proporciones sin paralelo y del modo de crecimiento, la cosa no podía asociarse en ningún sentido con género alguno de la botánica terrestre. Y a Gaillard, además de al resto, se le ocurrió la idea de que se trataba de un organismo inteligente, y de que la masa palpitante que ahora contemplaban era el cerebro, o el ganglio central, de su desconocido sistema nervioso.

Los enormes ojos que retenían la luz como colosales gotas de rocío, parecían devolver su escrutinio con una inteligencia sobrehumana e indescifrable; y Gaillard se sintió obsesionado por la idea de que unos conocimientos sobrenaturales y una sabiduría rayana en la omnisciencia habitaban en aquellas profundidades hialinas.

La nave comenzó a descender y se posó verticalmente en una especie de valle cercano a la montañosa cabeza, donde el follaje de dos tallos que se alejaban había dejado una especie de claro. Era como un claro de bosque, con selva impenetrable por tres lados y un escabroso despeñadero por el cuarto. Aquí, por primera vez durante la experiencia de sus ocupantes, la nave tocó suelo marciano, descendiendo con una delicada flotación, sin vibraciones ni sacudidas; y, casi inmediatamente después de su aterrizaje, las válvulas de la puerta principal se abrieron, y la escalera de metal descendió hasta el suelo, evidentemente preparada para que desembarcasen sus pasajeros humanos.

Uno por uno, algunos con precauciones y timidez, otros con ansiedad aventurera, los hombres descendieron de la nave y comenzaron a inspeccionar sus contornos. Descubrieron que el aire marciano era un poco diferente del que habían estado respirando en la nave espacial; y que, a aquella hora, cuando el Sol aún brillaba desde el oeste sobre el extraño valle, la temperatura era moderadamente cálida.

Era una escena impensable y fantástica; y los detalles eran por completo diferentes de los de cualquier paisaje terrestre. Bajo sus pies había un suelo suave y resistente, parecido a una especie de limo húmedo, por completo privado de hierbas, hongos, líquenes o cualquier otra forma de vida menor vegetal. Las hojas de la gigantesca parra colgaban a una gran altura sobre el claro como de antiguos árboles perennes, y temblaban en aquel aire sin brisas a causa del latido de los tallos.

Cerca de ellos se levantaba la vasta pared, color carne, de la gran cabeza central, que se elevaba como una colina hacia los ocultos ojos y que estaba, sin duda, profundamente enterrada y enraizada en el suelo marciano. Acercándose a la masa viviente, los terrestres vieron que la superficie estaba cubierta de una red de millones de reticulaciones parecidas a arrugas, y contenía grandes poros que recordaban los de la piel de un animal bajo un microscopio extremadamente poderoso. Efectuaron su inspección en un silencio lleno de pasmo; y, durante algún tiempo, nadie se sintió capaz de expresar en voz alta las extraordinarias conclusiones a las que todos ellos se habían visto empujados.

Las emociones de Gaillard eran casi religiosas mientras contemplaba la apenas imaginable amplitud de esta forma de vida extraterrestre, que parecía mostrar atributos más cercanos a la divinidad que los que había encontrado en ninguna otra manifestación del principio vital.

En él, veía la apoteosis combinada del reino animal y vegetal. La cosa era tan perfecta y completa, tan autosuficiente, tan independiente de formas de vida menores en su crecimiento, que abarcaba el mundo. Desprendía una impresión de longevidad de eones, quizá de inmortalidad. ¡Y qué conciencia, arcana y cósmica, podría haber alcanzado durante los ciclos de su desarrollo! ¡Qué facultades y sentidos sobrehumanos podría poseer! ¡Qué poderes y potencialidades más allá de los logros de otras formas más limitadas y finitas!

En un grado menor, muchos de entre sus compañeros tenían unos sentimientos similares. En presencia de esta portentosa y sublime anomalía, casi se olvidaron del enigma aún sin solucionar de la nave espacial y de su viaje por inmensidades nunca antes recorridas. Pero Stilton y los demás conservadores

estaban muy escandalizados por la naturaleza inexplicable de todo ello; y, si hubiesen tenido mentalidad religiosa, habrían expresado su sensación de violación e indignación diciendo que la planta monstruosa, al igual que los acontecimientos sin paralelo en los que habían representado un involuntario papel, estaban manchados con la más grave herejía y la más flagrante blasfemia.

Gresham, quien había estado contemplando los contornos con pomposa y confundida solemnidad, fue el primero en romper el silencio.

–Me pregunto dónde para el gobierno local –dijo–, y, por cierto, ¿quién coño manda aquí? Oiga, señor Gaillard, ustedes los astrónomos saben muchas cosas sobre Marte. ¿No hay algún consulado de los Estados Unidos en alguna parte de este agujero abandonado de la mano de Dios?

Gaillard se sintió obligado a informarle de que no había un servicio consular en Marte, y de que la forma de gobierno del planeta, junto con su sede oficial, eran aún una cuestión abierta.

–Sin embargo –continuó–, no me sorprendería descubrir que estamos ahora en presencia del gobernante, único y supremo, de Marte.

–¡Huu! Yo no veo a nadie –gruñó Gresham con una expresión de preocupación, mientras contemplaba las masas temblorosas de follaje y la cabeza, como un monte elevado, de la gran planta. El sentido del comentario de Gaillard quedaba muy por encima de su órbita intelectual.

Gaillard había estado inspeccionando la pared de color carne de la cabeza, con un interés y una fascinación supremos. A cierta distancia a un lado, notó ciertos crecimientos peculiares, o encogidos o atrofiados, como cuernos caídos o flácidos. Eran tan grandes como el cuerpo de un hombre, y podrían en algún otro momento haber sido más grandes. Parecía como si la planta los hubiese hecho crecer para algún propósito desconocido, y, al haberse cumplido dicho propósito, hubiese permitido que se marchitasen. Aún sugerían, de una manera pasmosa, partes y miembros semihumanos, extraños apéndices, mitad brazos, mitad tentáculos, como si hubiesen sido modelados partiendo de una forma de vida marciana animal, sin paralelo y aún por descubrir.

Justo bajo ellos, en el suelo, Gaillard se fijó en un grupo de extraños instrumentos metálicos, con toscas hojas y lingotes sin forma del mismo metal cobrizo con el que se había construido la nave espacial.

De alguna manera, aquel lugar sugería un astillero abandonado, aunque no había andamiajes como los que normalmente se emplean en la construcción de una nave. Una rara intuición de la verdad apareció en la mente de Gaillard mientras examinaba los restos metálicos, pero estaba demasiado pasmado por todo lo que había visto, además de por todo lo que había supuesto y conjeturado, como para comunicar sus hipótesis a los otros sabios.

Mientras tanto, todo el grupo había vagabundado por el claro, que comprendía un área de varios cientos de yardas. Uno de los astrónomos, Philip Colton, que había realizado estudios adicionales de botánica, estaba examinando las hojas serradas de la gigantesca parra con una mezcla de interés y de la perplejidad más completa. Las frondas o ramas estaban forradas con agujas como de pino,

cubiertas de un vello largo y sedoso; y cada una de estas agujas tenía por lo menos cuatro pies de longitud y tres o cuatro pulgadas de grosor, posiblemente con una estructura hueca o tubular. Las frondas crecían a un nivel uniforme desde el tallo principal, llenando el aire como un bosque horizontal, y alcanzando el propio suelo en un orden unido y enlazado.

Colton sacó una navaja de su bolsillo e intentó cortar un trozo de una de esas hojas. Al primer contacto de la afilada hoja, toda la fronda se retiró de su alcance; y entonces, volviendo, le propinó un tremendo golpe que le lanzó al suelo y arrojó el cuchillo de entre sus dedos a una distancia considerable.

De no ser por la menor gravedad marciana, habría resultado severamente dañado por el golpe y la caída. Tal y como fue, se quedó tumbado, amoratado y jadeante, mirando con ridícula sorpresa la gran rama, que había recuperado su posición inicial entre sus compañeras, y ahora no daba señal de otro movimiento que el singular temblor producido por la palpitación rítmica del tallo al que estaba unida.

La situación de Colton había sido notada por sus compañeros, y, de repente, todas sus lenguas se soltaron por este acontecimiento; una confusa discusión se inició entre ellos; ya no resultaba posible para nadie dudar de la naturaleza animada o medio animal de la planta, e incluso el indignado y colérico Stilton, quien consideraba que las leyes más sagradas de las posibilidades científicas estaban siendo violadas, se vio obligado a admitir la existencia de un enigma biológico que no podría explicarse en los términos de la morfología ortodoxa.

Gaillard no tenía ganas de desempeñar ningún papel en la discusión, prefiriendo sus propias ideas y conjeturas, y continuó vigilando la carne palpitante. Se quedó un poco separado de los demás, y más cerca que ellos de la carnosa y porosa cuesta de la enorme cabeza; y, de repente, vio el crecimiento de lo que parecía ser un nuevo tentáculo desde su superficie, a una distancia de unos cuatro pies del suelo.

La cosa crecía como en una película a cámara lenta, alargándose y creciendo visiblemente, con un nudo bulboso en su extremo. Este nudo se convirtió enseguida en una gran masa, ligeramente arrugada, cuya silueta confundía y tentaba a Gaillard con la silueta de algo que una vez había visto pero que no conseguía recordar ahora. Había una extraña sugestión de miembros en formación y miembros que enseguida se volvieron más concretos; y entonces, con una especie de impacto, se dio cuenta de que la cosa parecía ¡un feto humano!

Su involuntaria exclamación de sorpresa atrajo la atención de los otros; y pronto toda la delegación estuvo agrupada en torno a él, contemplando, con el aliento contenido, el increíble desarrollo del nuevo brote. A la cosa le habían salido dos piernas bien formadas, que ahora descansaban en el suelo, sosteniendo con sus pies de cinco dedos el erguido cuerpo, en el cual la cabeza y los brazos ya estaban del todo evolucionados, aunque aún no habían alcanzado tamaño adulto.

El proceso continuó, y, simultáneamente, una especie de cadarzo lanoso empezó a aparecer en torno al tronco, los brazos y las piernas, como el rápido tejerse de un enorme capullo. Las manos y el cuello estaban desnudos; pero los pies se

hallaban cubiertos con un material diferente, que tomó la apariencia de cuero verde.

Cuando el cadarzo se engrosó y se obscureció hasta un tono gris perla, y adquirió una apariencia bastante a la moda, resultó evidente que la silueta estaba siendo vestida con prendas como las que portaban los hombres de la Tierra, probablemente en deferencia a las ideas humanas sobre el pudor.

La cosa era increíble; y aún más extraño e increíble era el parecido que Gaillard y sus compañeros estaban descubriendo en la cara de la figura que aún seguía creciendo. Gaillard se sentía como si estuviese mirando en un espejo, ¡porque todos los rasgos esenciales de la cara eran los suyos!

Las prendas y los zapatos eran réplicas fieles de los que él mismo llevaba; ¡y cada parte y cada miembro de este extraño ser, incluso la yema de los dedos, estaban proporcionados como los suyos!

Los científicos vieron que el proceso de crecimiento estaba aparentemente completado. La figura se hallaba de pie con los ojos cerrados y un aspecto en blanco y sin expresión en sus facciones, como un hombre que aún no se ha despertado de su letargo. Estaba aún unido por un grueso tentáculo al palpitante nódulo montañoso; y este tentáculo salía de la base del cerebro como un cordón umbilical extrañamente situado.

La figura abrió los ojos y miró a Gaillard lanzándole una mirada profunda, larga, calmada y penetrante, que sirvió para aumentar su emoción y estupefacción. Sostuvo la mirada con la más extraña sensación imaginable..., la sensación de que tenía enfrente a su alter ego, un Doppelgänger en el que se encontraba el alma y la inteligencia de una entidad extraña y mayor. En la mirada de los ojos crípticos sintió el mismo misterio, profundo y sublime, que había visto desde las brillantes órbitas, semejantes a lagos de rocío brillante o de cristal, en la cabeza de la planta.

La figura levantó su mano derecha y pareció llamarle. Gaillard avanzó lentamente hasta que él y su milagroso doble se encontraron cara a cara. Entonces, el extraño ser colocó la mano sobre su frente, y a Gaillard le pareció que un hechizo mesmerico descendía sobre él en ese momento. Casi sin voluntad propia, para un fin que no le permitió comprender en ese momento, comenzó a hablar; y la figura, imitando cada tono y cada cadencia, repetía las palabras por él pronunciadas.

Transcurrieron muchos minutos hasta que Gaillard se dio cuenta del verdadero sentido y significado de este notable coloquio. Entonces, con un fogonazo de conciencia clara, se dio cuenta de que ¡le estaba dando a la figura lecciones de lengua inglesa! Estaba vertiendo un torrente, fluido e ininterrumpido, que contenía el vocabulario principal del idioma, junto con sus reglas gramaticales. Y, de alguna manera, por un milagro de inteligencia superior, todo lo que decía era comprendido y recordado por su interlocutor.

Debieron transcurrir horas en este proceso; y el Sol marciano se estaba vertiendo ahora por la aserrada hojarasca. Mareado y exhausto, Gaillard se dio cuenta de que la larga lección había terminado; porque el ser retiró la mano de su frente y se dirigió a él, en un inglés educado y bien modulado.

—Muchas gracias. He aprendido todo lo que necesitaba saber para propósitos de comunicación lingüística. Si tú y tus compañeros me escucháis ahora, os explicaré todo lo que os ha confundido, y declararé las razones por las que habéis sido traídos desde vuestro planeta propio hasta el suelo de un planeta extraño.

Como hombres en un sueño, apenas capaces de creer la fantástica evidencia de sus sentidos y sin embargo incapaces de refutarla o de repudiarla, los terrícolas escucharon mientras el sorprendente doble de Gaillard continuaba.

—El ser por medio del que hablo, hecho a semejanza de uno de vuestro grupo, es un simple órgano especial que he desarrollado para poder comunicarme con vosotros. Yo, la entidad creadora, que combino en mí mismo el más profundo genio y energía de esas dos divisiones de la vida que son conocidas para vosotros como vegetal y animal... Yo que poseo la virtual omnisciencia y omnipotencia de un dios, no he tenido la necesidad de un lenguaje articulado o formal en ningún momento previo de mi existencia. Pero, dado que incluyo en mi interior todas las potencialidades de la evolución junto con poderes mentales que rayan en la omnisciencia, no he tenido la menor dificultad en adquirir esta nueva capacidad. Fui yo quien construyó, mediante otros órganos especiales que había desarrollado para este propósito, la nave espacial que descendió sobre vuestro planeta y después volvió a mí con una delegación, compuesta en su mayoría, como he descubierto, por la fraternidad científica de la humanidad. La construcción de la nave, junto a su modo de control, quedarán en claro una vez que explique que soy el amo de muchas energías cósmicas, que van más allá de los rayos y de las radiaciones conocidas a los sabios de la Tierra. Estas fuerzas puedo extraerlas del aire, del suelo o del éter a voluntad, o incluso puedo invocarlas desde estrellas remotas y nebulosas. La nave espacial fue construida con metal que había integrado partiendo de moléculas que flotaban al azar en el aire; y utilicé rayos solares, en forma concentrada, para crear la temperatura que haría que esos metales se fundiesen en una sola lámina. La energía empleada para impulsar y guiar la nave es una especie de energía supereléctrica cuya naturaleza no entraré a elucidar sino para decir que está asociada con la fuerza básica de la gravedad, y además con ciertas propiedades radiactivas del éter interestelar que no pueden detectarse con los instrumentos que vosotros poseéis. Establecí en la nave la gravedad marciana, y la aprovisioné con aire y agua marcianos, además de con productos alimenticios sintetizados químicamente, para acostumbraros durante vuestro viaje a las condiciones dominantes en Marte. Yo soy, como podéis haber imaginado, el único habitante de este mundo. Podría multiplicarme si fuese necesario; pero, hasta el momento, por razones que enseguida comprenderéis, no he considerado que esto fuese deseable. Siendo completo y perfecto por mí mismo, no tengo necesidad de compañía con otras entidades, y, hace mucho tiempo, para mi propia comodidad y seguridad, me vi obligado a extirpar otras formas de vida vegetal rivales, y además a ciertos animales que se parecían levemente a la humanidad de vuestro mundo, y quienes, en el curso de su evolución, se estaban volviendo preocupantes y hasta peligrosos para mí. Con mis grandes ojos, que poseen un poder de magnificación óptica que queda más allá de vuestros más poderosos telescopios, he estudiado la Tierra y los otros planetas, durante las noches marcianas, y he aprendido mucho en relación a las condiciones que existen en cada uno. La vida en vuestro mundo, su historia, el estado de vuestra civilización, han sido de muchas maneras un libro abierto para mí; y también me he formado una idea precisa de los

fenómenos geológicos, de la fauna y de la flora de vuestro mundo; comprendo vuestras imperfecciones, vuestra injusticia social y vuestros problemas de ajuste, y las múltiples enfermedades y miserias a las que estáis sujetos, debido a las disonantes múltiples entidades en las que la expresión de vuestro principio vital ha sido subdividida. De todos esos males y errores, yo estoy exento. He alcanzado un dominio y un conocimiento prácticamente absolutos; y ya no hay nada en el Universo que yo tema, dejando a un lado el inevitable proceso de deshidratación y desecación al que Marte está viéndose lentamente sometido, al igual que todos los demás planetas que envejecen. Soy incapaz de retrasar este proceso, excepto de una manera limitada y parcial; y ya me he visto obligado a sondear las aguas artesianas del planeta en muchos lugares. Podría vivir solamente con la luz del Sol y el aire; pero el agua es necesaria para mantener la propiedades alimenticias de la atmósfera, y, sin ella, mi inmortalidad fallaría con el paso del tiempo; mis tallos gigantes se encogerían y secarían, y mis vastas e innumerables hojas se secarían por falta del líquido vital. Vuestro mundo es joven, con mares superabundantes y arroyos y un aire cargado de humedad. Tenéis más de lo que necesitáis de un elemento que a mí me falta; y os he traído aquí, como representantes del género humano, para proponeros un intercambio que sólo puede resultar beneficioso para vosotros igual que para mí. A cambio de una módica cantidad del agua de vuestro mundo, os ofreceré los secretos de la vida eterna y de la energía infinita, y os enseñaré cómo vencer vuestras imperfecciones sociales y a dominar por completo vuestro entorno planetario. A causa de mi gran tamaño, mis tallos y mis zarcillos que rodean el ecuador marciano y alcanzan hasta los polos, me resultaría imposible abandonar mi mundo natal; pero os enseñaré cómo colonizar otros planetas y a explorar el Universo exterior. Para estos distintos fines, sugiero la creación de un tratado interplanetario y una alianza permanente entre yo mismo y los pueblos de la Tierra. Considerad bien lo que os ofrezco: porque la oportunidad es sin precedente ni paralelo. En relación a los hombres, soy como un dios en relación a los insectos. Los beneficios que puedo proporcionaros son inestimables; y, a cambio, sólo pido que establezcáis en la Tierra, según mis instrucciones, ciertas estaciones transmisoras utilizando una onda superpotente, por medio de las cuales los elementos esenciales del agua, menos sus indeseables propiedades salinas, puedan ser teleportados a Marte. La cantidad así retirada no causará diferencias, o éstas serán mínimas, en el nivel de vuestras mareas y en la humedad de vuestro aire; pero para mí es el medio de asegurarme una vida perdurable.

La figura dio por finalizada su perorata, y se quedó de pie mirando a los terrícolas en un silencio educado y hasta cierto punto inescrutable. Se quedó esperando su respuesta.

Como podría haberse esperado, las emociones con que los miembros de la delegación acogieron este notable discurso distaron de ser unánimes en su tono. Todos los hombres se encontraban más allá del pasmo y de la sorpresa, porque los milagros se habían amontonado sobre los milagros hasta que sus cerebros se encontraban atontados a causa del asombro; y habían llegado al punto en que tomaban la creación de una figura humana y su dotación de la capacidad de hablar completamente por supuesto. Pero la propuesta planteada por la planta, a través de su órgano de aspecto humano, era otra cuestión, y produjo diversas

resonancias en las mentes de los científicos, los periodistas, el alcalde y el jefe de policía.

Gaillard, que se encontró a sí mismo completamente conforme con la proposición, y cada vez más unido con la entidad marciana, deseaba acceder al instante y dar su apoyo y el de sus compañeros al tratado planteado y al plan de intercambio. Se vio obligado a indicar al marciano que la delegación, aun siendo de la misma opinión, no tenía poderes para representar a las gentes de la Tierra en la formación de la planteada alianza; que lo más que podría hacer era plantear la oferta ante el gobierno de los Estados Unidos y los demás gobiernos de la Tierra.

La mitad de los científicos, después de alguna deliberación, se declararon favorables al plan y dispuestos a apoyarlo hasta el límite de sus habilidades. Los tres periodistas estaban igualmente dispuestos a hacer lo mismo, y prometieron, quizá impetuosamente, que la influencia de la prensa en el mundo se añadiría a la de los famosos sabios.

Stilton y los otros dogmáticos del grupo se mostraron enfática y hasta rabiosamente opuestos, y se negaron a considerar la oferta del marciano ni siquiera por un instante. Cualquier tratado o alianza de esta clase, mantenían, sería altamente indeseable e incorrecto. Nunca sería válido para las naciones de la Tierra mezclarse en un lío de una naturaleza tan cuestionable, o tener comercio con un ser de la clase del monstruo planta que carecía de un status biológico legítimo. Era impensable que científicos ortodoxos y de mente sólida defendiesen algo tan sospechoso. Consideraban además que había un sabor de truco o engaño en todo el asunto; y, en todo caso, era demasiado irregular como para ser considerado o contemplado con otra cosa que no fuese aprensión.

La escisión entre los sabios se volvió definitiva en una violenta discusión en que Stilton denunció a Gaillard y a los otros promarcianos prácticamente como traidores del género humano, y como bolcheviques intelectuales cuyas ideas eran peligrosas a la integridad intelectual de la humanidad. Gresham y Polson estaban del lado de la ley y el orden mentales, siendo por profesión conservadores; y, así, el grupo estaba dividido en partes más o menos iguales de los que favorecían aceptar la oferta del marciano y quienes la rechazaban con más o menos sospecha e indignación.

Durante el curso de esta vehemente discusión, el Sol se había puesto detrás de las altas murallas de hojarasca, y un frío gélido, como el que podría sentirse en un mundo medio desierto sin aire que lo atenúe, había tocado ya el crepúsculo rosa pálido. Los científicos comenzaron a temblar y sus pensamientos se vieron distraídos del problema que habían estado discutiendo por la incomodidad física de la que eran conscientes de una manera en aumento.

Escucharon la voz del extraño maniquí en el crepúsculo:

—Puedo ofrecerles un selecto refugio durante la noche, además de durante vuestra estancia en Marte. Encontraréis la nave espacial bien iluminada y caliente, con todas las comodidades que podáis necesitar. Además, también puedo ofrecerles otra hospitalidad. Mirad debajo de mi follaje, un poco a la derecha, donde estoy preparándoos ahora un refugio no menos cómodo y propicio que la nave... Un

refugio que os ayudará a formaros una idea de mis variados poderes y potencialidades.

Los terrícolas vieron que la nave estaba brillantemente iluminada vertiendo una hermosa radiación amatista desde sus ventanas violeta. Entonces, debajo del follaje cercano por la derecha, notaron otra luminosidad todavía más extraña, que parecía ser emitida, como una especie de brillo nocturno, por las propias grandes hojas.

Incluso desde donde estaban de pie, notaron el agradable calor que comenzaba a calmar el frígido aire; y, avanzando hacia la fuente de estos fenómenos, descubrieron que las hojas se habían elevado y arqueado formando una amplia alcoba. El suelo estaba forrado con una especie de tejido de colores elástico, mullido y suave bajo sus pies, parecido a una alfombra fina. Jarras con líquidos y platos con comida estaban dispuestos en mesas bajas; y el aire en la alcoba era tan cálido como el de una noche de primavera en un clima subtropical.

Gaillard y los otros promarcianos, profundamente asombrados, estaban dispuestos a servirse inmediatamente del refugio de esta taumatúrgica hostelería. Pero los antimarcianos no querían saber nada de esto, considerándolo como obra del diablo. Sufriendo agudamente a causa del frío, con dientes entrechocados y miembros temblorosos, permanecieron en el claro abierto durante algún tiempo, y por fin se vieron empujados a buscar la puerta hospitalaria de la nave espacial, considerándola el menor de entre dos males según un extraño razonamiento.

Los otros, después de comer de las mesas que misteriosamente se les había proporcionado, se tumbaron en los tejidos como colchones. Se encontraron muy refrescados con el líquido de las jarras, que no era agua, sino alguna especie de rosado vino aromático. La comida, un auténtico maná, estaba más agradablemente condimentada que la que habían consumido durante su viaje en la nave espacial.

En su estado de excitación nerviosa, que era consecuencia de sus experiencias, ninguno de ellos había esperado dormir. El aire poco familiar, la gravedad alterada, la radiación desconocida del exótico suelo, además de su viaje sin precedentes y los milagrosos descubrimientos y revelaciones del día, todos eran profundamente inquietantes y posibles causantes de un profundo desequilibrio de cuerpo y de mente.

Sin embargo, Gaillard y sus compañeros se sumieron en un profundo reposo sin sueños tan pronto como se hubieron tumbado. Quizá el líquido y el alimento sólido que habían consumido ayudase a esto; o quizá había algún narcótico o influencia mesmérica en el aire, cayendo desde las vastas hojas o procedente del cerebro del señor planta.

A los antimarcianos no les fue tan bien en este sentido, y su sueño resultó tenue e interrumpido. La mayoría de ellos habían comido muy poco de las viandas que se les ofrecía en la nave espacial; y Stilton en particular se había negado a comer y a beber en absoluto. Además de que, sin duda, su estado mental hostil era tal como para hacerles más resistentes al poder hipnótico de la planta, si tal poder estaba siendo ejercido. En cualquier caso, no compartieron los beneficios que se les concedieron a los otros.

Un poco antes del amanecer, cuando Marte estaba todavía enlutado en la obscuridad crepuscular, pero ligeramente iluminado por las dos lunas, Phobos y Deimos, Stilton se levantó de la suave cama en la que se había revuelto durante toda la noche, y comenzó a experimentar de nuevo, sin intimidarse ante su anterior fracaso e incomodidad, con los controles mecánicos de la nave.

Para su sorpresa, descubrió que las llaves de extraña forma ya no se resistían a sus manos. Podía moverlas y ordenarlas a voluntad; y enseguida descubrió el principio de su funcionamiento y fue capaz de hacer despegar y volar a la nave.

Sus compañeros se le unieron, llamados por su grito de triunfo. Todos estaban completamente despiertos y jubilosos con la esperanza de escapar de Mane y de la jurisdicción de la monstruosa planta. Animados por esta esperanza y temerosos a cada momento de que el marciano volviese a reafirmar su control esotérico sobre el mecanismo, se levantaron sin ser obstaculizados por el jardín oscuro del espacio extraterrestre y se dirigieron hacia la esfera brillante y verde de la Tierra, que podían distinguir entre las constelaciones desconocidas.

Mirando hacia atrás, vieron los grandes ojos del marciano mirándolos extrañamente desde la obscuridad, como estanques de clara fosforescencia azulada; y temblaron con el miedo de volver a ser llamados y capturados. Pero, por alguna razón inescrutable, se les permitió continuar su rumbo hacia la Tierra sin interferencia.

Sin embargo, su viaje se vio marcado hasta cierto punto por el desastre; y el torpe pilotaje de Stilton apenas representaba un sustituto para el conocimiento y la habilidad, medio divinos, del marciano. Más de una vez, la nave colisionó con meteoritos, ninguno de los cuales, afortunadamente, era lo bastante pesado como para penetrar el casco. Y cuando, después de muchas horas, se acercaron a la Tierra, Stilton fracasó en conseguir el grado necesario de deceleración. La nave cayó a una terrible velocidad y sólo se salvó de la destrucción cayendo en el Atlántico Sur. El mecanismo atascado se volvió inútil a causa de la caída, y la mayoría de los ocupantes fueron severamente golpeados y tuvieron moretones.

Después de flotar a la deriva durante varios días, la masa cobriza fue avistada por un buque de pasajeros con ruta al norte y arrastrada hasta el puerto de Lisboa. Allí, los científicos la abandonaron, y regresaron a América, después de narrar sus aventuras a los representantes de la prensa mundial, y emitieron una solemne advertencia contra los planes subversivos e infames propuestas del monstruo interplanetario.

El interés despertado por su regreso y por las noticias que traían fue tremendo. Una ola de profunda alarma y pánico, debida en parte a la inmemorial aversión humana por lo desconocido, se extendió inmediatamente por las naciones e inmensos miedos, exagerados y sin forma, crecieron como hidras oscuras en las mentes de los hombres.

Stilton y los demás conservadores siguieron cultivando estos miedos y creando con sus declaraciones una ola de prejuicios antimarcianos que abarcaba todo el mundo, una ciega oposición y una animosidad dogmática. Alistaron en su bando a cuantos de la hermandad científica pudieron; es decir, a los que tenían una mentalidad como la suya, además de a aquellos que se sentían impresionados o

sometidos por la autoridad. Intentaron también, con mucho éxito, unir los poderes políticos en una fuerte liga que aseguraría el rechazo de cualquier nueva oferta de alianza procedente del marciano.

En toda esta reunión de fuerzas hostiles, de las fuerzas del conservadurismo, de la insularidad y la ignorancia, el factor religioso, como era inevitable, pronto se hizo notar. La pretensión de poder y conocimientos divinos hecha por el marciano fue tomada por las diversas jerarquías mundanas –por cristianos, mahometanos, budistas, hindúes e incluso por el vudú– como una blasfemia supremamente repugnante. La impiedad de semejantes pretensiones y la amenaza de un dios no antropomórfico y el tipo de culto que podría introducirse en la Tierra no podía tolerarse ni un momento. Califa y Papa, lama e imán, pastor y mahatma, todos hicieron causa común contra este invasor extraterrestre.

Además, los poderes políticos gobernantes consideraron que podía haber algo de bolchevique detrás de la oferta del marciano de impulsar un estado utópico en la Tierra. Y los intereses financieros, comerciales y manufactureros, de igual manera, consideraron que podía representar una amenaza a su bienestar o estabilidad. En resumen, cada rama de la vida y de la actividad humanas estaba bien representada en el movimiento antimarciano.

En el intervalo en Marte, Gaillard y sus compañeros habían despertado de su sueño para descubrir que el brillo luminoso de las hojas arqueadas había dado paso a la luz dorada de la mañana. Descubrieron que podían alejarse con comodidad de la alcoba, porque el aire del claro en el exterior se estaba calentando rápidamente bajo el Sol que ascendía.

Incluso antes de que hubiesen notado la ausencia de la nave cobriza, fueron advertidos de su marcha por el órgano humanoide de la planta. Este ser, al contrario que sus prototipos humanos, se encontraba exento de la fatiga; y había permanecido de pie toda la noche, o apoyado contra la pared carnosa a la que estaba unido. Ahora se dirigió a los terrícolas para decirles esto:

–Por razones propias, no he hecho el menor intento de impedir la fuga de vuestros compañeros, quienes, con su actitud ciegamente hostil, serían inútiles para mí, y cuya presencia tan sólo serviría para entorpecer el lazo que existe entre nosotros. Alcanzarán la Tierra e intentarán advertir a sus gentes contra mí y envenenar sus mentes contra mi benéfica oferta. Por desgracia, semejante resultado no puede evitarse, incluso si les hiciese volver a Marte utilizando mi control sobre la nave o les enviase para siempre al vacío entre los mundos. Noto que hay mucha ignorancia y dogmatismo y ciego autointerés que vencer, antes de que la excelente luz que ofrezco pueda disipar la oscuridad de las mentes terrestres. Después de que os haya retenido aquí durante unos días, y os haya instruido profundamente en los secretos de mi sabiduría trascendente, y os haya imbuido de sorprendentes poderes que servirán para demostrar mi omnivalente superioridad a las naciones de la Tierra, os enviaré de regreso allí como mis embajadores, y, aunque encontraréis gran oposición de vuestros semejantes, mi causa vencerá al final gracias al apoyo infalible de la verdad y de la ciencia.

Gaillard y sus compañeros recibieron este mensaje, además de los muchos que le siguieron, con supremo respeto y una reverencia que era medio religiosa. Cada vez estaban más convencidos de que se encontraban en presencia de una entidad mayor y más elevada que el hombre, de que el intelecto que así les hablaba por medio de una forma humana era prácticamente inagotable en su amplitud y profundidad, y poseía muchas de las características de la infinitud y más de uno de los atributos de la deidad.

A pesar de ser agnósticos por inclinación o educación la mayoría de ellos, empezaron a concederle un cierto culto al sorprendente señor planta; y escuchaban con una actitud de completa sumisión, cuando no de abyección, los torrentes de su sabiduría acumulada al cabo de años, de secretos inmortales de la ley cósmica de la vida y la energía, con los que el gran ser comenzó a instruirles.

La educación así proporcionada era a un tiempo simple y esotérica. El señor planta comenzó a hablar sobre la naturaleza monística de todos los fenómenos de materia, luz, color, sonido, electricidad, gravedad y otras formas de radiación, además del tiempo y del espacio; que eran, dijo, tan sólo distintas variaciones perceptivas de un único principio o substancia subyacente.

A los oyentes se les enseñó la invocación y control, mediante medios químicos bastante rudimentarios, de muchas fuerzas y tipos de energía que habían quedado, hasta el momento, más allá del campo de detección de los sentidos y de los instrumentos humanos. Se les enseñó también el terrible poder que se podía obtener refractando con ciertos elementos sensibilizados los rayos infrarrojos y ultravioletas del espectro, que, en una forma altamente concentrada, podía utilizarse para la desintegración y la reconstrucción de las moléculas de la materia.

Aprendieron a fabricar motores que emitían rayos de destrucción y transmutación; y como emplear estos rayos desconocidos, más potentes aún que los llamados rayos cósmicos, en la renovación de tejidos humanos y en la conquista de la enfermedad y la vejez.

Simultáneamente a esta educación, el señor planta se dedicó a construir una nueva nave espacial, en la cual los terrícolas regresarían a su propio planeta para predicar el evangelio marciano. La construcción de esta nave, cuyas planchas y vigas parecían materializarse en el vacío ante sus propios ojos, fue una lección práctica en el uso de esas arcanas fuerzas naturales. Los átomos que formarían las aleaciones necesarias fueron traídos juntos del espacio mediante el empleo de invisibles rayos magnéticos, fundidos mediante calor solar concentrado en una zona especialmente refractaria de la atmósfera y moldeados en la forma deseada como la botella que adquiere su forma ante el aliento del soplador del vidrio.

Equipados con estos nuevos conocimientos y potencial dominio, con un cargamento de mecanismos sorprendentes hechos por el marciano para su uso, los promarcianos finalmente se embarcaron en su viaje en dirección a la Tierra.

Una semana mas tarde del secuestro de los treinta y cinco terrícolas del estadio de Berkeley, la nave espacial conteniendo a los prosélitos marcianos aterrizó al mediodía en ese mismo estadio. Bajo el control del infinitamente hábil ser planta,

descendió sin contratiempos tan delicadamente como un pájaro; y, tan pronto como las noticias de su llegada se extendieron, se vio rodeada de una gran multitud, en la que los motivos de la curiosidad y de la hostilidad estaban igualmente mezclados.

A través de la denuncia de los dogmáticos dirigidos por Stilton, los sabios y los tres periodistas dirigidos por Gaillard habían sido declarados delincuentes internacionales antes de su llegada. Se esperaba que volverían más pronto o más tarde a través de las maquinaciones del ser planta; y una ley especial, que les prohibía aterrizar en suelo terrestre bajo pena de prisión, había sido aprobada por todos los gobiernos.

Ignorantes de todo esto, e ignorantes también de lo extendido y virulento que era el prejuicio contra ellos, abrieron la puerta de la nave y se levantaron dispuestos a emerger.

Gaillard, que iba el primero, se paró al principio de las escaleras metálicas, y algo pareció frenarle mientras miraban a las caras amontonadas de la multitud, que se había agrupado con increíble rapidez. Vio enemistad, miedo, odio y sospechas en muchos de esos rostros; y en otros una curiosidad bufonesca, como podría mostrarse ante monstruos de feria. Un pequeño grupo de policías, dando codazos y haciendo retroceder a la canalla con mala educación profesional, se estaba dirigiendo hacia la primera fila; y gritos de burla y odio, empezando de dos en dos y de tres en tres para unirse en un tosco rugido, fueron lanzados contra los ocupantes de la nave.

—¡Malditos promarcianos! ¡Abajo con los sucios traidores! ¡Colgad a los perros...!

Un tomate podrido, grande y goteante, fue arrojado contra Gaillard y se estrelló en los escalones a sus pies. Silbidos, gritos e insultos se añadieron al rugiente manicomio, pero, por encima de todo ello, él y sus compañeros escucharon una voz tranquila que hablaba desde el interior de la nave, la voz del marciano transportada a través de incontables millas de éter.

—Tened cuidado y posponed vuestro aterrizaje. Confiaos a mi guía, y todo estará bien.

Gaillard retrocedió al escuchar esta voz amenazadora, y la puerta valvular se cerró detrás de él junto con las escaleras dobladas, justo en el momento en que los policías que habían acudido a detener a los ocupantes de la nave se abrían camino entre la multitud.

Mirando estos rostros llenos de odio, Gaillard y sus compañeros sabios contemplaron una asombrosa manifestación del poder del marciano. Una pared de llamas violetas, descendiendo desde los distantes cielos, pareció interponerse entre la nave y la multitud, y los policías fueron arrojados, amoratados y jadeantes, pero sin daños, hacia atrás por la gran ola.

Esta llama, cuyo color cambiaba a azul y amarillo y a escarlata como una especie de aurora, brilló durante horas en torno a la nave e hizo virtualmente imposible que nadie se acercase. Retirándose a una distancia respetuosa, pasmados y aterrorizados, la multitud miraba en silencio; y la policía esperaba en vano una oportunidad para cumplir sus órdenes.

Al cabo de un rato, la llama se volvió blanca y nebulosa, y sobre ella, como en el seno de una nube, una extraña escena, parecida a un espejismo, apareció impresa, visible por igual a los que se encontraban dentro y fuera de la nave. Esta escena era el paisaje marciano en el que el cerebro central del señor planta estaba situado; y la multitud se quedó boquiabierta al recibir la mirada de los enormes ojos telescópicos, y vio los interminables tallos y masas de extensas asociaciones de follaje perenne.

Otras escenas y demostraciones siguieron, todas las cuales estaban calculadas para impresionar a la multitud con los poderes de obrar maravillas y las maravillosas facultades de este remoto ser.

Imágenes que ilustraban la vida histórica del marciano, además de las diferentes energías naturales arcanas sujetas a su dominio, seguidas una tras otra en rápida sucesión. El propósito de la pretendida alianza con la Tierra y los beneficios que de ella recibiría la humanidad fueron también representados. La sabiduría y benignidad divina del poderoso ser, su superior naturaleza orgánica, su supremacía vital y científica, quedaron en claro hasta para el observador más tonto.

Muchos de aquellos que habían acudido a burlarse, o habían estado preparados para recibir a los promarcianos y a su evangelio con desprecio, odio y violencia, se convirtieron al instante a la causa extraterrestre ante estas sublimes demostraciones.

Sin embargo, los científicos más dogmáticos, los auténticos irreductibles, representados por Godfrey Stilton, mantuvieron una postura de obstruccionismo adamantino, en la que fueron apoyados por los oficiales de la ley y del gobierno, además de por los prelados de las distintas religiones. La división de opiniones que se extendió por todo el mundo se convirtió en la causa de muchas guerras civiles y revoluciones, y en uno o dos casos condujo a hostilidades bélicas entre dos naciones.

Se realizaron numerosos esfuerzos para capturar y destruir la nave espacial marciana, que, bajo la guía de su piloto ultraplanetario, aparecía en muchos sitios del mundo, descendiendo repentinamente desde la estratosfera para realizar increíbles milagros científicos ante los ojos de las pasmadas multitudes. En todos los rincones del mundo, las imágenes fueron proyectadas sobre la pantalla de fuego nublado, y más y más gente se pasó a la nueva causa.

Los bombarderos persiguieron a la nave e intentaron arrojar su mortífera carga sobre ella, pero sin éxito, porque, siempre que la nave estaba en peligro, la aurora de llamas intervenía, desviando y devolviendo las bombas que habían explotado, a menudo para perjuicio de los que las habían lanzado.

Gaillard y sus compañeros, con valor de leones, salieron muchas veces de la nave, para mostrar, ante las multitudes o ante grupos selectos de sabios, las maravillosas invenciones y taumaturgias químicas que les había proporcionado el marciano. Por todas partes, la policía intentó detenerles, multitudes enloquecidas intentaron hacerles daño, regimientos armados intentaron aislarles y cortarles la retirada a la nave. Pero, con una habilidad que no parecía menos que sobrenatural, conseguían siempre evitar ser capturados; y a menudo confundían a

sus perseguidores mediante sorprendentes demostraciones o invocaciones de fuerzas esotéricas, paralizando temporalmente a los oficiales cívicos con rayos invisibles, o creando en torno a ellos una zona defensiva de calor intolerable o de frío ártico. Sin embargo, a pesar de esta miríada de demostraciones, las fortalezas del aislamiento y la ignorancia humanos seguían siendo inexpugnables en muchos lugares.

Profundamente alarmados por la amenaza extraterrestre a su estabilidad, los gobiernos y las religiones de la Tierra, además de los elementos científicos más conservadores, reunieron sus fuerzas en un intento, de lo más decidido y heroico, para frenar la incursión. Hombres de todas las edades, en todas partes, fueron llamados a filas en los ejércitos regulares; e incluso las mujeres y los niños fueron equipados con las armas más mortíferas del momento para su uso contra los promarcianos, quienes, junto con sus mujeres y familiares, fueron considerados como infames renegados a los que había que cazar y asesinar como bestias salvajes, sin ceremonias.

La guerra civil resultante fue la más terrible de la historia humana. Clase social contra clase social y familia contra familia. Nuevos gases, más letales que los que hasta aquel momento se habían utilizado, fueron diseñados por los químicos, y regiones y ciudades enteras fueron apagadas bajo sus terribles efectos. Otras se convirtieron en fragmentos que volaban por los aires bajo el efecto de únicas cargas de explosivos superpotentes; y se hizo la guerra con aviones, con cohetes, con submarinos, con cruceros, con tanques, con cada vehículo y artilugio de muerte o destrucción creados por el ingenio homicida.

Los promarcianos, que habían alcanzado algunas victorias al principio, estaban en una gran inferioridad numérica; y la suerte del combate empezó a volverse contra ellos. Repartidos en muchos países, se encontraron incapaces de unirse y organizar sus fuerzas en el mismo grado que sus oponentes oficiales. Aunque Gaillard y sus devotos compañeros iban a todas partes con su nave espacial, ayudando y apoyando a los radicales, e instruyéndoles en las nuevas armas y energías cósmicas, el grupo sufrió grandes derrotas a través de la brutal superioridad numérica de sus oponentes. Más y más, se vieron reducidos a pequeñas bandas, cazados y perseguidos, y obligados a buscar refugio en las zonas más salvajes y menos exploradas de la Tierra.

En Norteamérica, sin embargo, un gran ejército de rebeldes científicos, cuyos familiares se habían visto empujados a unirse a ellos, consiguió mantener a raya a sus enemigos durante un tiempo. Rodeados por fin, y enfrentándose a enemigos superiores, el ejército estaba al borde de una derrota aplastante.

Gaillard, sobrevolando las negras y voluminosas nubes de la batalla, en que se mezclaban los gases venenosos con los humos de explosivos de alta potencia, sintió por primera vez la acometida de la verdadera desesperación. A él y a sus compañeros les parecía que el marciano les había abandonado, asqueado, quizá, con el horror bestial de todo el asunto y la odiosa y ciega estrechez de miras y la necedad fanática de la humanidad.

Entonces, a través del cielo lleno de humo, una flota de naves doradas y cobrizas descendió para aterrizar en el campo de batalla entre los partidarios de Marte. Había miles de estas naves; y de todas las puertas de entrada, que se habían

abierto simultáneamente, surgió la voz del señor planta, llamando a sus partidarios e indicándoles que entrasen en la nave.

Salvados de la aniquilación por este acto de providencia marciana, todo el ejército obedeció la orden; y, tan pronto como los últimos hombres, mujeres y niños hubieron subido a bordo, las puertas se cerraron de nuevo, y la flota de naves espaciales, girando en graciosas y burlonas espirales sobre las cabezas de los confundidos conservadores, se elevó sobre el campo de batalla como una bandada de pájaros rojo cobrizo, y desapareció en los cielos del mediodía, conducida por la nave que llevaba al grupo de Gaillard.

En el mismo momento, en todas las partes del mundo en que pequeñas bandas de heroicos radicales se habían visto aisladas o amenazadas con la captura o la destrucción, otras naves descendieron de igual manera y se llevaron a los promarcianos y sus familias hasta el último elemento. Estas naves se unieron a la flota principal en mitad del espacio; y, después, todas continuaron su curso bajo el misterioso pilotaje del señor planta, volando a una velocidad supercómica a través del vacío rodeado de estrellas.

Contrariamente a las expectativas de los exiliados, las naves no fueron conducidas hacia Marte; y pronto resultó evidente que su objetivo era el planeta Venus. La voz del marciano, hablando por el eterno éter, hizo el siguiente anuncio:

—En mi infinita sabiduría, mi suprema prescencia, os he apartado de la lucha sin esperanza para establecer en la Tierra la luz soberana y la verdad que os había ofrecido. Tan sólo a vosotros de la Tierra os he encontrado dignos; y la multitud de la humanidad que han rechazado la salvación con odio y de una manera contumaz, prefiriendo la obscuridad natal de la enfermedad, la muerte y la ignorancia en la que nacieron, deben ser abandonados desde ahora a su inevitable destino. A vosotros, como los fieles sirvientes en los que confío, os envío para colonizar bajo mi tutela un gran continente en el planeta Venus, y fundar, entre la exuberancia primordial de este nuevo mundo, una nación supercientífica.

La flota pronto se acercó a Venus, y rodeó el ecuador a una gran altura de su atmósfera cargada de nubes, por la que no se podía distinguir otra cosa que no fuese un océano hirviente que parecía estar a punto de evaporarse, que parecía cubrir todo el planeta. Aquí, bajo un Sol que nunca se ponía, prevalecían por todas partes unas temperaturas intolerables, tales que podían haber cocido la carne de un ser humano expuesto directamente a la acuosa atmósfera. Sufriendo, incluso en el interior de sus naves aisladas, ese terrible calor, los exiliados se preguntaban como iban a subsistir en un mundo semejante.

Por fin, su destino se puso ante su vista, y sus dudas quedaron resueltas. Aproximándose al lado nocturno de Venus que nunca queda expuesto a la luz del día, en una latitud en la que el Sol caía muy lateralmente, como sobre reinos árticos, contemplaron, a través de vapores cada vez menos densos, una inmensa extensión de tierra, el único continente en aquel mar planetario. Dicho continente estaba cubierto con fértiles junglas, conteniendo una flora y una fauna similares a las de las eras preglaciales de la Tierra.

Calamentos, palmeras y helechos de un verdor increíble se mostraron ante sus ojos; y vieron por todas partes los grandes reptiles sin cerebro, megalosaurios, plesiosaurios, laberintodontes y pterodáctilos del período jurásico.

Siguiendo las instrucciones del marciano, antes de aterrizar, dieron muerte a estos reptiles, incinerándolos por completo con rayos infrarrojos, de forma que no quedasen ni sus cadáveres para manchar el aire con sus efluvios putrefactos. Cuando todo el continente hubo sido limpiado de esta apestosa forma de vida, las naves descendieron; y, al emerger, los colonos se encontraron en un terreno de fertilidad sin paralelos, en donde el propio suelo parecía vibrar con primordial vigor, y cuyo aire era rico en ozono, oxígeno y nitrógeno.

Aquí, la temperatura, aunque seguía siendo subtropical, resultaba agradable y cálida; y, por medio del uso de tejidos protectores proporcionados por el marciano, los terrícolas pronto se acostumbraron a la perpetua luz del Sol y a la intensa radiación ultravioleta. Con los conocimientos a su disposición, fueron capaces de combatir las bacterias desconocidas y altamente perniciosas que eran características de Venus, e incluso de exterminar algunas de estas bacterias con el transcurso del tiempo. Se convirtieron en los amos de un clima saludable, dotado de cuatro estaciones templadas y equilibradas proporcionadas por la rotación anual del planeta, pero con un único día perpetuo, como las místicas islas de Blest, con un Sol bajo que nunca se ponía.

Bajo el liderazgo de Gaillard, quien permanecía en íntima unión y continuo contacto con el señor planta, los grandes bosques fueron talados en muchos lugares. Ciudades de elevada y etérea arquitectura, tan hermosas como las de un Edén espacial, construidas con la ayuda de rayos de fuerza, comenzaron a elevar sus graciosas torretas y cúpulas como nubes majestuosas sobre los gigantescos calamentos y helechos.

A través de los trabajos de los exiliados terrestres, se estableció una nación verdaderamente utópica, aliada al señor planta como a una deidad tutelar; una nación dedicada al progreso cósmico, a la libertad y a la tolerancia espiritual; una nación feliz, cumplidora de la ley, bendita con una longevidad de milenios, y libre de la pena, de la enfermedad y del error.

Aquí también, en las costas del gran mar de Venus, se construyeron los grandes transmisores que enviaban, a través del espacio interplanetario, ondas incesantes de radiación electrónica con el agua necesaria para reaprovisionar el suelo y el aire deshidratados de Marte, asegurando así al ser planta una perpetuidad de vida semejante a la de un dios.

Mientras tanto, en la Tierra, sin que lo supiesen Gaillard y sus compañeros de exilio, que no habían hecho ningún esfuerzo para comunicarse con el mundo que habían abandonado, algo sorprendente había sucedido; una prueba final de la virtual omnipotencia y omnisapiencia del marciano.

En el gran valle de Cachemira, en el norte de la India, descendió un día, desde el cielo despejado, una semilla de una milla de largo, brillando como un enorme meteorito, y aterrizando a los supersticiosos pueblos asiáticos, quienes vieron en su caída el aviso de alguna terrible catástrofe. La semilla echó raíz en el valle, y, antes de que su auténtica naturaleza hubiese sido establecida, el supuesto

meteorito comenzó a echar, y a enviar en todas direcciones, una multitud de enormes tentáculos que inmediatamente echaron hojas. Cubrió pronto las llanuras del sur y las eternas nieves y rocas del Hindu-Kush y el Himalaya con su gigantesca verdura.

Pronto, los montañeros afganos pudieron escuchar la explosión de la yema de sus hojas como un distante trueno entre sus pasos; y, al mismo tiempo, avanzó como un monstruo destructor de hombres por la India central. Extendiéndose por todas las direcciones, y creciendo a la velocidad de un tren expreso, los tentáculos de la poderosa viña procedieron a cubrir los reinos asiáticos. Cubriendo valles, cimas, colinas y mesetas, desiertos, ciudades y costas con sus titánicas hojas, invadió Europa y África; y entonces, atravesando el estrecho de Bering, entró en Norteamérica y se dirigió hacia el sur, ramificándose por todas partes hasta que todo el continente, y también Sudamérica hasta Tierra del Fuego, hubieron sido enterrados bajo la masa de follaje insuperable.

Frenéticos esfuerzos fueron realizados para frenar el progreso de la planta por parte de los ejércitos, utilizando bombas y cañones, con riegos letales y con gases; pero todo fue en vano. Por todas partes, la humanidad fue ahogada debajo de las vastas hojas, como las de un omnipresente árbol de veneno, que emitía un olor estupefaciente y narcótico que confería a quienes lo olían una rápida eutanasia.

Pronto, la planta cubrió el globo, porque los mares ofrecían nula o escasa barrera para sus tallos maduros y zarcillos. Cuando el proceso de crecimiento estuvo completo, la chusma antimarciana se había reunido con los grotescos monstruos de tiempos prehistóricos en el limbo del olvido al que van a parar todas las especies que han sido superadas y se han quedado anticuadas. Pero, por clemencia divina del señor planta, la muerte final que alcanzó a los recalitrantes fue tan tranquila como irresistible.

Stilton y sus colegas consiguieron escapar a la general condena durante un breve tiempo, huyendo en un cohete a la plataforma ártica. Allí, mientras se estaban congratulando de su escape, vieron, a lo lejos en el horizonte, el elevarse de los veloces tallos, debajo del follaje de los cuales, el hielo y la nieve parecían deshacerse en rugientes torrentes. Estos torrentes enseguida se convirtieron en un mar como el del diluvio, en el que los últimos dogmáticos se ahogaron. Sólo así escaparon a la eutanasia de las grandes hojas que había alcanzado a todos sus semejantes.

Los colmillos de los árboles

Robert Silverberg

The fangs of the trees, © 1968 (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Octubre de 1968). Traducido por ? en *La otra sombra de la Tierra*, Super Ficción 62, Ediciones Martínez Roca S. A., 1981.

Desde la casa de la plantación, sobre la colina de Dolan, gris y esbelta como la aguja de una torre, Zen Holbrook alcanzaba a ver todo cuanto le interesaba: las alamedas de los árboles del jugo en el amplio valle, la corriente rápida donde su sobrina Naomi prefería bañarse, el lago tranquilo y sereno más allá. También veía la zona amenazada de infección en el Sector C, al lado norte del valle, donde –¿o era sólo su imaginación?– las lustrosas hojas azules de los árboles parecían ya manchadas con el tono naranja de la enfermedad del moho.

Si su mundo iba a acabarse, aquello significaba el principio del fin.

Permaneció en pie ante el curvado ventanal del centro de información, sobre la casa. Era a primera hora de la mañana. Dos lunas pálidas pendían aún en el cielo del amanecer, pero el sol se levantaba ya sobre el país de las colinas. Naomi estaba levantada y fuera de la casa, jugueteando en el arroyo. Cada mañana, antes de dejar la casa, Holbrook pasaba revista a toda la plantación. El radar y los sensores ofrecían a su vista planos de todos los puntos clave. Adelantando el cuerpo, Holbrook pasó sus manos de dedos gruesos sobre los mandos y encendió las pantallas que flanqueaban el ventanal. Poseía mil setecientas hectáreas de árboles del jugo... Una fortuna, aunque, debido a la hipoteca, lo que ganaba era poco en comparación con lo mucho que daba a ganar. Su reino. Su imperio. Registró el Sector C, su favorito. Sí, en la pantalla se veían largas filas de árboles, de quince metros de altura, agitando sus miembros inquietos. Ésta era la zona de peligro, el sector amenazado. Holbrook examinó intensamente las hojas de los árboles. ¿Tenían ya manchas de moho? Los informes del laboratorio llegarían un poco más tarde. Estudió los árboles, vio el brillo de sus ojos, el destello de sus colmillos. Eran muy buenos los árboles de este sector. Cumplidores, unos productores magníficos.

Sus árboles favoritos. Le gustaba tratar de convencerse a sí mismo de que los árboles tenían personalidad, nombre, identidad. No hacía falta simular demasiado. Puso en marcha el audio.

–Buenos días, César –dijo–. Buenos días, Alcibíades, Héctor. Buenos días, Platón.

Los árboles reconocían su nombre. En respuesta a su saludo, agitaron las ramas como si el viento barrierá la alameda. Holbrook vio el fruto casi maduro, largo e hinchado, cargado de jugo alucinógeno. Los ojos de los árboles –placas brillantes y escamosas incrustadas en varias filas sobre el tronco– brillaron y se volvieron buscándole.

–No estoy en la alameda, Platón –advirtió Holbrook–. Todavía me encuentro en la casa de la plantación. Pronto iré ahí. Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Entre la penumbra, a nivel del suelo, surgió el hocico largo y sonrosado de un ladrón de jugo, saltando de un montón de hojas caídas. Disgustado, Holbrook observó cómo el roedor, pequeño y audaz, cruzaba la alameda en cuatro saltos rápidos y venía a caer sobre el enorme tronco de César, trepando con destreza entre los grandes ojos del árbol. Los miembros de César se agitaban furiosos, pero no conseguía localizar al monstruo. El ladrón de jugo se desvaneció entre las hojas y reapareció nueve metros más arriba, moviéndose ahora en el nivel donde crecía el fruto. Fruncía ansiosamente el hocico. Luego, se incorporó sobre las cuatro patas posteriores y se dispuso a chupar un fruto casi maduro, por un valor de ocho dólares en alucinógenos.

De la copa del Alcibíades surgió, como una serpentina estrecha y sinuosa, un zarcillo, un tentáculo poderoso. Cruzó el espacio que le separaba de César y cayó como el rayo en torno al ladrón de jugo. El animal apenas tuvo tiempo de gemir al comprender que había sido atrapado cuando ya el tentáculo acababa con él, estrangulándolo. En un gracioso arco, el zarcillo regresó a la copa de Alcibíades, y la boca abierta del árbol quedó a la vista cuando las hojas se entreabrieron. Los dientes se separaron, el tentáculo se desprendió de su presa y el cuerpo del ladrón cayó en la boca del árbol. Alcibíades se estremeció de placer. Fue un ligero temblor de las hojas, una afectación de modestia, la satisfacción en realidad por sus rápidos reflejos que le habían proporcionado un bocado tan exquisito. Era un árbol muy listo y muy hermoso, y estaba muy satisfecho de sí mismo. «Una vanidad perdonable –pensó Holbrook–. Eres un buen árbol, Alcibíades. Todos los del Sector C sois buenos árboles. ¿Pero si tienes la enfermedad del moho, Alcibíades? ¿Qué será de tus hojas brillantes, de tus ramas esbeltas, si tengo que quemarte y eliminarte de la alameda?»

–Muy bien hecho –le dijo–. Me gusta verte siempre tan alerta.

Alcibíades siguió agitándose. Sócrates, a cuatro árboles en diagonal, en la misma fila, apretó las ramas contra el tronco en lo que Holbrook reconoció como un gesto de disgusto, un gruñido torvo. No a todos los árboles les gustaba la vanidad de Alcibíades, su orgullo y su rapidez.

De pronto, Holbrook no pudo soportar la vista del Sector C. Tocó los botones de mando y pasó al Sector K, el nuevo, al extremo sur del valle. Aquí los árboles no tenían nombres, ni los recibirían tampoco. Holbrook había decidido hacía tiempo que era una afectación tonta considerar a los árboles como si fueran amigos o animalitos domésticos. Eran, sencillamente, productores de ingresos. Y suponía un error encariñarse con ellos..., según comprendía con mayor claridad ahora que algunos de sus amigos se veían amenazados por el moho, que se contagiaba de un mundo a otro para arruinar las plantaciones de árboles del jugo.

Registró el Sector K con mayor frialdad.

Debería pensar en ellos como árboles, se dijo. No como animales, ni como personas. *Árboles*. Raíces muy largas que se hunden a dieciocho metros bajo el suelo para nutrirse. No pueden moverse de un lugar a otro. Se desarrollan por fotosíntesis. Florecen, son fecundados por el polen y producen grandes frutos

como falos, cargados de alcaloides capaces de inducir sombras muy interesantes en la mente de los hombres. Árboles, árboles, árboles. Pero tienen ojos. Y dientes. Y boca. Poseen miembros prensiles. Piensan. Reaccionan. Tienen un alma. Cuando se les hiere, incluso gritan. Están adaptados para perseguir animales pequeños. Digieren carne. Algunos prefieren el cordero a la ternera. Unos son pensativos y solemnes; otros, alegres y saltarines; otros plácidos, casi bovinos. Aunque todos son bisexuales, algunos presentan una personalidad decididamente masculina; hay otros femeninos, otros ambivalentes. Almas. Personalidades.

Árboles.

Los árboles sin nombre del Sector K le tentaban a cometer el pecado de apegarse a ellos. Ese gordo podía llamarse Buda. Y aquél, Abe Lincoln. Y tú, tú eres Guillermo el Conquistador...

Árboles.

Había hecho el esfuerzo y había triunfado. Examinó fríamente la alameda, asegurándose de que no había sufrido daño durante la noche a causa de los animales de presa; comprobando los frutos maduros; leyendo los informes que proporcionaban los sensores, monitores que vigilaban el nivel del azúcar, la etapa de la fermentación, la toma de manganeso, todo el proceso complicado y equilibrado de la vida del que dependía el éxito de la plantación. Holbrook lo manejaba todo prácticamente solo. Tenía a sus órdenes tres vigilantes humanos y tres docenas de robots. El resto se hacía por telemetría y, por lo general, todo iba bien. Por lo general. Adecuadamente guardados, cuidados y alimentados, los árboles daban su fruto tres veces al año. Holbrook lo enviaba a la planta de transformación, junto al puerto espacial de la costa, donde se sometía el jugo al debido proceso y se embarcaba hacia la Tierra. Holbrook no participaba en eso; no era más que un productor del fruto. Llevaba aquí diez años y no tenía planes para cambiar de profesión. Llevaba una vida tranquila, una vida solitaria, la vida que él había elegido.

Hizo girar los registros del radar de un sector a otro, hasta haberse asegurado de que todo iba bien en la plantación. En el recorrido final, captó la corriente y a Naomi justo en el momento en que salía del baño. La muchacha subió a un acantilado rocoso, sobre las aguas agitadas; y agitó sus largos cabellos, lisos y dorados. Daba la espalda a la cámara. Holbrook observó con placer cómo goteaba el agua de su cuerpo esbelto. Las sombras delineaban su silueta; la luz del sol brillaba en la cintura estrecha, en la curva de las caderas, en las nalgas tensas. Tenía quince años, estaba pasando un mes de sus vacaciones de verano con el tío Zen y se divertía como nunca entre los árboles del jugo. Su padre era el hermano mayor de Holbrook. Éste sólo había visto antes a Naomi en dos ocasiones, una cuando era aún un bebé y otra cuando tenía unos seis años. Se había sentido algo inquieto cuando le hablaron de enviársela, ya que no entendía nada de niños y, además, no estaba muy ansioso de compañía. Pero no se negó a la petición de su hermano. Por otra parte, tampoco era ella una niña. Se volvió ahora, y la cámara mostró a Holbrook los senos como manzanas, el vientre liso, el ombligo hundido, los muslos esbeltos. Quince años. No, ya no era una niña. Era una mujer. No ocultaba en absoluto su desnudez y nadaba así cada mañana, aun no ignorando la existencia de las cámaras. Holbrook no se sentía cómodo

observándola. ¿Debía hacerlo? La verdad, no resultaba adecuado. La vista de la muchacha le agitaba sospechosamente. «¡Qué diablos, soy su tío!» Un músculo se le crispó en la mejilla. Se dijo que la única emoción que le invadía al verla era el placer y el orgullo de que su hermano hubiera engendrado algo tan encantador. Sólo admiración, eso era todo lo que se permitía sentir. Ella estaba morena, de color miel, con tonos rosados y dorados. Parecía emitir una radiación más brillante que la del sol. Holbrook apretó el botón de mando. «He vivido demasiado tiempo solo. Mi sobrina. Mi sobrina... Sólo una niña. Quince años. Encantadora.» Cerró los ojos, los abrió apenas, se mordió el labio. «¡Vamos, Naomi, cúbrete!»

Cuando la chica se puso los shorts y el sujetador, fue como un eclipse de sol. Holbrook cerró el centro de información y bajó a la casa de la plantación, tomando al pasar un par de cápsulas como desayuno. Un cochecito reluciente salió del garaje, Holbrook saltó al interior y se puso en camino para dar los buenos días a la chiquilla.

Todavía estaba junto a la corriente, jugando con una cosita peluda, enroscada en un arbusto, semejante a un gatito con muchas patas.

–¡Mira esto, Zen! –le gritó–. ¿Es un gato o un ciempiés?

–¡Apártate de eso! –le gritó con tal vehemencia que ella dio un salto atrás, aterrada.

Él ya tenía el arma en la mano y el dedo en el gatillo. El pequeño animal, impasible, seguía enroscando las patas en torno a las ramas.

Muy cerca de él, Naomi se asió a su brazo y dijo roncamente:

–No lo mates, Zen. ¿Es peligroso?

–No lo sé.

–Por favor, no lo mates.

–Es la regla en este planeta –dijo–. Cualquier cosa con columna vertebral y más de una docena de patas es probablemente mortal.

–*¡Probablemente!*

La voz sonó burlona.

–Aún no conocemos toda la fauna local. A éste no lo había visto antes, Naomi.

–Es demasiado lindo para ser peligroso. ¿No quieres guardar el arma?

La guardó y se acercó a la bestezuela. No había garras, tenía los dientes pequeños, el cuerpo débil. Mala señal. Una criatura así, sin medios visibles de defensa... Había muchas probabilidades de que ocultara un aguijón venenoso en la peluda cola. La mayoría de los animales con tantas patas lo tenían. Holbrook cogió una rama de un metro de largo y precavidamente, la arrojó contra la sección media del animal.

Rápida respuesta. Un siseo, la parte trasera se volvió como un relámpago... y ¡bum! un aguijón de muy mal aspecto se clavó en la corteza de la ramita. Cuando

la cola se retiró, unas cuantas gotas de un fluido rojizo cayeron de la madera. Holbrook se alejó y el animal le miró furioso, como esperando que se acercara más a él.

–¡Qué rico! –dijo Holbrook–. Una monada. Naomi, ¿es que no quieres vivir ni hasta cumplir los dieciséis años?

Ella seguía de pie muy pálida y agitada, casi atónita ante la ferocidad del ataque.

–Parecía tan cariñoso –dijo–. Casi domesticado.

Zen sacó el arma y lanzó un rápido rayo a la cabeza del animal, que cayó del árbol, se enroscó y no se movió más. Naomi apartó la vista. Holbrook la sujetó por los hombros.

–Lo siento, cariño –dijo–. No quería matar a tu amiguito. Pero un minuto más y él te habría matado a ti. Cuenta las patas cuando juegues con los bichos de aquí. No lo olvides. Cuenta siempre las patas.

Asintió ella. Le resultaría muy útil esta lección de no fiarse de las apariencias. No es oro todo lo que reluce. Holbrook miró la hierba de un tono cobrizo y pensó por un momento en lo que significaba tener quince años y despertar a la horrible verdad del universo. Propuso amablemente:

–Vamos a visitar a Platón, ¿quieres?

Naomi olvidó su tristeza. La otra cara de la moneda de tener quince años: uno se recupera pronto.

Aparcaron el cochecito al llegar al Sector C y entraron a pie. A los árboles no les gustaba que los vehículos motorizados circularan entre ellos. Estaban conectados, a pocos centímetros por debajo de la tierra arcillosa de la alameda, por una red de filamentos entremezclados que tenían cierta función neurológica y, aunque no registraban el peso de un humano, cualquier vehículo que cruzara el camino originaba un coro de gritos entre los árboles. Naomi iba descalza. Holbrook, junto a ella, llevaba botas hasta la rodilla. Se sentía grande y torpón a su lado. Era bastante corpulento, pero la ligereza de la muchacha intensificaba aún más el contraste.

Ella se entregó a su juego habitual con los árboles. Su tío se los había presentado a todos, y ahora pasaba de uno a otro, saludando a Alcibíades y Héctor, a Séneca, a Enrique VIII, a Tomas Jefferson y al rey Tut. Naomi conocía a todos los árboles tan bien como él, mejor quizás, y ellos la conocían a su vez. Cuando pasaba entre ellos, los árboles se agitaban y se acicalaban, enderezándose y disponiendo sus miembros y ramas del mejor modo posible. Incluso el viejo Sócrates, retorcido y rechoncho, parecía deseoso de gustar. Naomi se acercó a la caja gris colocada en medio del camino donde los robots dejaban trozos de carne cada noche y lanzó algunos a sus preferidos. Pedazos de carne cruda y roja. Cargados los brazos con aquellos trofeos sanguinolentos, bailaba alegremente por el camino, ofreciéndoselos a sus árboles favoritos. Una ninfa en medio de sus ritos, pensó Holbrook. Tiraba la carne a lo alto, vigorosamente. Cuando ésta iba por el aire, salían tentáculos de un árbol u otro para atraparla al vuelo y metérsela en la garganta. Los árboles no *necesitaban* carne, pero les gustaba, y era una

tradicción muy corriente entre los cultivadores que los árboles bien alimentados producían más jugo. Holbrook daba carne a sus árboles tres veces a la semana, excepto al Sector D, que tenía ración diaria.

–No te saltes a ninguno –recomendó.

–Sabes que no lo haré.

Ningún trozo volvía a caer al suelo de la alameda. A veces, dos árboles trataban de coger el mismo a la vez, lo que daba por resultado una ligera pelea. No se mostraban precisamente amistosos entre ellos. Por ejemplo, había mucha inquina entre César y Enrique VIII y era indudable que Catón despreciaba tanto a Sócrates como a Alcibíades, aunque por razones diferentes. De vez en cuando, por la mañana, Holbrook y su personal hallaban miembros arrancados, yaciendo en el suelo. Sin embargo, y por lo general, incluso los árboles con personalidades conflictivas se las arreglaban para tolerarse mutuamente. Tenían que hacerlo, ya que estaban condenados a una proximidad constante. Holbrook había intentado en una ocasión separar dos árboles del Sector F enfrentados en una enemistad constante, pero era imposible arrancar del suelo un árbol ya crecido sin matarlo y estropear el sistema nervioso de los treinta vecinos más próximos, según aprendió a su costa.

Mientras Naomi daba de comer a los árboles, les hablaba y acariciaba sus troncos escamosos como podría hacerlo con un rinoceronte domesticado, Holbrook desenrolló en silencio una escalera telescópica e inspeccionó de nuevo las hojas buscando manchas de moho. En realidad, apenas servía de nada. El moho no se hacía visible en las hojas hasta que había penetrado ya en las raíces del árbol. Probablemente, las manchas de tono naranja que creía ver eran puro producto de su imaginación. Tendría el informe del laboratorio en una o dos horas, y él le diría cuanto necesitaba saber, bueno o malo. Sin embargo, no podía dejar de mirar. Cortó un puñado de hojas de una de las ramas bajas de Platón, disculpándose por ello, y las volvió entre sus manos, frotando la superficie brillante. ¿Qué eran estas pequeñas colonias de partículas rojizas? Su mente trató de rechazar la posibilidad de la peste. ¿Una plaga que saltara de un mundo a otro y que caía sobre él, arruinándole? Había creado su plantación a base de créditos. Un poco de dinero propio y mucho del banco. Pero el crédito es un arma de dos filos. Si la peste atacaba la plantación y mataba un número de árboles suficiente para que su parte quedara por debajo del nivel que el banco consideraba necesario como garantía, éste se apoderaría de todo. Aunque podrían contratarle para que trabajara como administrador suyo. Ya había oído hablar de cosas así.

Platón se agitó inquieto.

–¿Qué ocurre, viejo? –murmuró Holbrook–. Lo has pillado, ¿verdad? Sientes algo por dentro... Lo sé, lo sé. También yo lo siento en mi interior. Tenemos que tomárnoslo con filosofía. Los dos. –Dejó caer las hojas al suelo y pasó con la escalerilla a Alcibíades–. Vamos, hermoso, vamos. Déjame mirar. No te cortaré ninguna hoja. –Le pareció que aquel árbol orgulloso gruñía irritado–. Estás un poco manchado aquí debajo, ¿sabes? También te has contagiado.

Las ramas exteriores del árbol se contrajeron, como si Alcibíades las ciñera contra sí angustiado. Holbrook siguió adelante por la fila. Las manchas de moho

resaltaban mucho más que la víspera. No, no se dejaba llevar por la imaginación. El Sector C había sido alcanzado. Ya no necesitaba recibir el informe del laboratorio. Se sintió extrañamente tranquilo ahora, aunque aquello le anunciaba su ruina.

—¿Zen?

Bajó la vista. Naomi estaba al pie de la escalera, sosteniendo un fruto casi maduro en la mano. Había algo grotesco en ellos. Los frutos parecían una broma de la botánica. Presentaban una forma tan claramente fálica que un árbol maduro con cien o más frutos pendientes de sus ramas resultaba el arquetipo del macho por excelencia. Todos los visitantes lo encontraban muy gracioso. Pero la mano de una chica de quince años sosteniendo aquel objeto rozaba con la obscenidad. Naomi jamás había hecho comentarios sobre la forma de los frutos, ni mostraba ahora el menor sonrojo. Al principio, Holbrook lo había tomado por inocencia o timidez. Al conocerla mejor, empezó a sospechar que simulaba deliberadamente ignorar aquella coincidencia biológica tan absurdamente cómica sólo para no molestarle a él. Puesto que la juzgaba una niña, se comportaba decorosamente como tal, se dijo Holbrook. La fascinante complejidad de la interpretación que daba a la actitud de Naomi le había mantenido ocupado durante días.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—Aquí mismo. Alcibíades lo dejó caer.

«El asqueroso bromista», pensó Holbrook.

—¿Y qué? —dijo.

—Está maduro. Llegó el momento de la cosecha, ¿no?

Apretó el fruto. Holbrook sintió que el rostro le ardía.

—Échale una mirada —continuó ella. Y se lo tiró.

Tenía razón. Iba a empezar la época de la cosecha en el Sector C. Cinco días antes de lo debido. No se alegraba. Suponía otra prueba de la enfermedad, que, como bien sabía ahora, se había extendido a estos árboles.

—¿Qué hay de malo? —preguntó ella.

Bajó y le mostró el montón de hojas que cortara de Platón.

—¿Ves estas manchas? Es moho. Una enfermedad que ataca a los árboles del jugo.

—¡No!

—Ha ido pasando de un sistema a otro durante los últimos cincuenta años. Y a pesar de las cuarentenas, ha llegado hasta aquí.

—¿Qué les pasa a los árboles?

—Se produce una aceleración metabólica —explicó Holbrook—. Por eso empiezan a caer ya los frutos. Se aceleran sus ciclos hasta recorrer todo un año de vida en un

par de semanas. Se vuelven estériles. Pierden las hojas. Seis meses después del contagio, están muertos –hablaba abrumado, con los hombros hundidos–. Lo sospechaba desde hacía dos o tres días. Ahora lo sé.

–¿Y cuál es la causa, Zen?

Parecía interesada, pero no realmente preocupada.

–En último término, un virus. Las etapas son tan diversas que no puedo explicarte toda la secuencia. Se trata de un vector de intercambio: el virus inunda una planta y se introduce en sus semillas, los roedores se las comen y así entra en su sangre, que luego chupan los insectos que les pican y que transmiten a un mamífero y... ¡Oh, diablos! ¿Qué importan los detalles? Se necesitaron ochenta años para seguir la huella de una sola secuencia. No es posible poner en cuarentena un mundo entero contra todo, claro. El moho acaba por llegar a él viajando sobre cualquier criatura viviente. Y aquí lo tenemos.

–Supongo que fumigarás la plantación.

–No.

–¿No se acaba así con el moho? ¿Cuál es el tratamiento?

–No hay ninguno –contestó Holbrook.

–Pero...

–Mira, he de volver a la casa. Puedes entretenerme sin mí, ¿verdad?

–Claro. –Señaló la carne–. Ni siquiera he terminado de darles de comer. Y están muy hambrientos esta mañana.

Iba a decirle que ya era completamente inútil alimentarles, que todos los árboles de aquel sector estarían muertos a la caída de la noche. Pero el instinto le advirtió que sería demasiado complicado empezar a explicárselo ahora. Le envió una rápida sonrisa, carente de alegría, y se dirigió al vehículo. Cuando la miró de nuevo, Noemí lanzaba una gran trozo de carne hacia Enrique VIII, que la atrapó con destreza y se la metió en la boca.

El informe del laboratorio salió por la ranura de la pared un par de horas más tarde, confirmando lo que Holbrook sabía ya: moho. Por lo menos la mitad del planeta se había enterado de la noticia para entonces y Holbrook había recibido ya a una docena de visitantes. En un planeta con una población humana inferior a las cuatrocientas personas, constituía todo un récord. El gobernador del distrito, Fred Leitfried, fue el primero en aparecer, lo mismo que el comisionado agrícola local, puesto que Fred Leitfried ocupaba también ese cargo. A continuación, acudió una delegación formada por dos hombres del Gremio de Cultivadores de Árboles del Jugo. Luego vino Mortensen, el hombrecillo rechoncho que dirigía la planta de transformación, y Heemskerck, de la línea de exportación, y algunos empleados del banco, junto con un representante de la compañía de seguros. Una par de cultivadores vecinos se presentaron un poco más tarde. Le sonrieron compasivamente y, como buenos camaradas, le dieron unos golpecitos de ánimo en el hombro. Sin embargo, bajo esa conmiseración latía una hostilidad en potencia. No se lo dirían claramente, pero Holbrook no necesitaba de la telepatía

para saber lo que pensaban: *Librate de esos árboles enfermos antes de que infesten todo el maldito planeta.*

En su caso, él habría opinado lo mismo. Aunque los vectores del moho hubiesen llegado a su mundo, en realidad la enfermedad no era tan contagiosa. Quedaría confinada, las plantaciones vecinas se salvarían, incluso se salvarían las alamedas aún no dañadas de su propia plantación..., siempre que actuase con la rapidez suficiente. Si fuera un vecino suyo el que tuviera el moho en los árboles, Holbrook tendría tantos deseos como ellos de que los cortara inmediatamente de raíz.

Fred Leitfried, un hombre alto, de rostro amable, ojos azules y sombríos incluso en una ocasión alegre, parecía ahora a punto de estallar en llanto.

–Zen –dijo–, he ordenado la alerta en todo el planeta. Los biólogos estarán preparados en treinta minutos para interrumpir la cadena de transmisión. Empezaremos en tu propiedad y trabajaremos en un radio cada vez más amplio hasta haber aislado todo este sector. A partir de ese momento, confiaremos en la suerte.

–¿En qué vector de transmisión estás pensando? –preguntó Mortensen, mordiéndose nerviosamente el labio inferior.

–En los saltadores –respondió Leitfried–. Son los más grandes y más fáciles de cazar y sabemos que son portadores potenciales del moho. Si todavía no se les ha contagiado el virus, tal vez interrumpamos ahí la secuencia y nos libremos de ello.

Holbrook preguntó hoscamente:

–¿Sabes que hablas de exterminar quizás un millón de animales?

–Lo sé, Zen.

–¿Crees que podrás hacerlo?

–Hay que hacerlo. Además –añadió Leitfried–, los planes de contingencia fueron redactados hace mucho tiempo y todo está dispuesto para llevarlos a cabo. Haremos que un producto letal para los saltadores cubra como una neblina la mitad del continente antes de la caída de la noche.

–Una vergüenza –murmuró uno de los hombres del banco–. Unos animales tan pacíficos...

–Pero ahora suponen una amenaza –adujo uno de los cultivadores–. Tienen que desaparecer.

Holbrook soltó un gruñido. A él le gustaban los saltadores. Mansos como conejitos, aunque casi del tamaño de un oso, mordisqueaban los arbustos y no hacían daño a los humanos. Desdichadamente, se les había identificado como susceptibles a la infección por el virus del moho y, en otros mundos, se había demostrado que, interrumpiendo una etapa básica en la secuencia de transmisión, se detenía el contagio del moho, ya que el virus moría si no encontraba terreno adecuado para la etapa siguiente de su ciclo vital. A Naomi le

gustan los saltadores, pensó. Nos juzgará unos canallas por aniquilarlos. Pero hemos de salvar nuestros árboles. Si realmente fuéramos unos canallas, los habríamos exterminado antes incluso de que el moho apareciese, sólo para asegurarnos.

Leitfried se volvió a él:

–¿Sabes lo que tienes que hacer ahora, Zen?

–Sí.

–¿Necesitas ayuda?

–Prefiero actuar solo.

–Podemos conseguirte diez hombres.

–Se trata sólo de un sector ¿no? –protestó—. Puedo hacerlo. Y *debo* hacerlo. Son mis árboles.

–¿Cuándo empezará? –preguntó Borden, el cultivador cuya plantación lindaba con la de Holbrook por el este. Había casi cien kilómetros de monte bajo entre las dos propiedades, pero no era difícil comprender que se mostrara impaciente y deseoso de que se adoptaran las medidas de protección necesarias.

–Dentro de una hora, supongo –respondió Holbrook—. Primero he de efectuar algunos cálculos. Fred, ¿y si subieras conmigo y me ayudaras a comprobar el área infectada en la pantalla?

–De acuerdo.

–Antes de que se vaya, señor Holbrook... –empezó el de la compañía de seguros, avanzando un paso.

–Dígame.

–Quiero que sepa que lo aprobamos por completo. Le apoyaremos en todo.

Muy amable de su parte, pensó Holbrook con amargura. ¿Para qué servían los seguros, si no para apoyar siempre? No obstante, consiguió devolverle una amable sonrisa, acompañada de un murmullo de gratitud.

El del banco no dijo nada, y Holbrook se sintió agradecido por su silencio. Habría tiempo más tarde para hablar de la garantía, la nueva negociación de las acciones y todo lo demás. Primero se precisaba saber qué parte de la plantación sobreviviría después de adoptar las necesarias medidas de protección.

En el centro de información, él y Leitfried pusieron en marcha todas las pantallas a la vez. Holbrook indicó el Sector C e introdujo un plano esquemático de la alameda en la computadora. Añadió los datos del informe del laboratorio.

–Ésos son los árboles infectados –dijo, utilizando una pluma luminosa para trazar un círculo en la pantalla—. Tal vez unos cincuenta en total –amplió un poco el círculo—. Y ésta es la zona de incubación posible. Entre ochenta y cien árboles más. ¿Qué te parece, Fred?

El gobernador del distrito cogió la pluma luminosa de manos de Holbrook y se acercó a la pantalla. Hizo un círculo todavía más amplio, que llegaba casi a la periferia del sector.

–Han de desaparecer todos éstos, Zen.

–Son cuatrocientos árboles...

–¿Cuántos tienes en total?

–Tal vez siete u ocho mil –repuso Holbrook, encogiéndose de hombros.

–¿Quieres perderlos todos?

–De acuerdo. Al parecer, pretendes crear un foso de protección en torno a la zona infectada. Un área estéril.

–Sí.

–¿Para qué? Si el virus llega como caído del cielo, ¿a qué preocuparse por...?

–No hables así –le atajó Leitfried. Su rostro se alargó más aún, imagen viva de toda la tristeza, frustración y desesperación del universo. Parecía sentir lo mismo que Holbrook. Pero su tono era incisivo cuando dijo–: Zen, sólo te queda una alternativa. O vas a la plantación y empiezas a quemar los árboles o te rindes y dejas que el moho se apodere de todo. En el primer caso, se te ofrece la oportunidad de salvar la mayoría de cuanto posees. Si cedes, nosotros lo quemaremos de todos modos para protegernos. Y no nos detendremos en esos cuatrocientos árboles.

–Lo haré –dijo Holbrook–. No te preocupes por mí.

–No estaba preocupado. De verdad que no.

Leitfried se deslizó tras los botones de mando para inspeccionar toda la plantación, mientras Holbrook daba sus órdenes a los robots y disponía el equipo que necesitaba. A los diez minutos, estaba ya todo organizado y él dispuesto a salir.

–Hay una chica en el sector infectado –dijo Leitfried–. Es esa sobrina tuya, ¿no?

–Sí. Naomi.

–Muy guapa; ¿qué edad tiene, dieciocho, diecinueve años?

–Quince.

–Una figura preciosa, Zen.

–¿Qué hace ahora? –preguntó éste–. ¿Sigue dando de comer a los árboles?

–No, se ha tendido a su sombra. Creo que habla con ellos. Contándoles un cuento, quizá. ¿Quieres que ponga el audio?

–No te molestes. Le gusta jugar con los árboles. Ya sabes, darles un nombre, imaginarse que tienen personalidad... Cosas de críos.

–Claro –dijo Leitfried.

Sus miradas se encontraron por un instante, evasivas. Holbrook bajó los ojos. Los árboles *tenían* en efecto una personalidad. Todos los relacionados con el negocio del jugo lo sabían y, probablemente, no había muchos cultivadores que no mantuvieran con sus árboles una relación mucho más íntima de lo que admitían ante los demás. Cosas de críos... En realidad, cosas de las que no se hablaba.

«¡Pobre Naomi!», pensó Holbrook.

Dejó a Leitfried en el centro de información y salió por la parte de atrás. Los robots lo habían dispuesto todo tal y como él lo programara: el camión de fumigación con el arma de fusión montada en el lugar del tanque químico. Dos o tres de aquellos mecánicos de brillante metal se habían quedado esperando que les ordenara subir al camión, pero él los alejó y se situó tras el panel de dirección. Activó la computadora, y la pequeña pantalla se iluminó. Desde el centro de información, Leitfried le saludó y le transmitió el plano esquemático de la zona de infección, con los tres círculos concéntricos que indicaban los árboles infectados, los que podían estar incubando la enfermedad, y el cinturón de seguridad que Leitfried insistía en crear en torno a todo el sector.

El camión arrancó en dirección a los árboles. Era mediodía ahora, mediodía de la jornada más larga que había conocido. El sol más alto y un poco más anaranjado que aquel bajo el cual naciera, ascendía perezosamente por el cielo, todavía no dispuesto a iniciar la caída hacia las llanuras distantes. El día era caluroso, pero, en cuanto entró en las alamedas, donde el toldo espeso de los árboles ocultaba el suelo a los rayos del sol, sintió una frescura deliciosa en el techo del camión. Tenía los labios resecaos y se había iniciado un inquietante latido tras su ojo izquierdo. Guiaba el camión manualmente, llevándolo por el sendero de acceso en torno a los sectores A, D y G. Al verle, los árboles agitaron ligeramente las ramas. Estaban ansiosos porque se bajara y paseara entre ellos, les diera un golpecito en el tronco, les dijera lo buenos que eran. No disponía de tiempo para eso.

A los quince minutos, se hallaba ya en el extremo norte de su propiedad, al borde del Sector C. Aparcó el camión de fumigación ante la entrada de la alameda. Desde aquí, alcanzaría cualquier árbol del área con el arma de fusión. Pero todavía no.

Caminó entre los árboles condenados.

No veía a Naomi por ninguna parte. Tendría que encontrarla antes de empezar a disparar. Y además, deseaba despedirse de sus árboles. Corrió por la avenida principal del sector. ¡Qué delicioso frescor, incluso a mediodía! ¡Qué dulcemente olía aquel aire cargado! El suelo de la alameda aparecía cubierto de frutos. Habían caído a docenas en las dos últimas horas. Recogió uno. Maduro. Lo abrió con un giro experto de la muñeca y llevó el interior pulposo a sus labios. El jugo, rico y dulce, resbaló al interior de su boca. Probó lo suficiente para saber que el producto era de primera calidad. No tomaría una dosis alucinógena, pero aquello le daría una poco de euforia, lo bastante para enfrentarse a lo que debía hacer, a la horrible tarea que le esperaba.

Alzó la vista hacia los árboles. Parecían algo encogidos, suspicaces, inquietos.

–Tenemos problemas, amigos –dijo Holbrook–. Héctor, tú lo sabes. Os ha atacado una enfermedad. La sentís en vuestro interior. No hay modo de salvaros. Todo cuanto puedo esperar es salvar a los demás árboles, a los que aún no tienen manchas de moho. ¿Entendido? ¿Lo comprendéis, verdad? ¿No es cierto, Platón? ¿César? Tengo que hacerlo. Os costará unas cuantas semanas de vida, pero tal vez salve a miles de árboles.

Hubo un furioso agitar de ramas. Alcibiades echó atrás sus miembros, desdeñosamente. Héctor, elevado y noble, estaba dispuesto a aceptar su medicina. Sócrates, bajo y malformado, parecía también resignado. La cicuta o el fuego, ¿qué importaba? Critón: le debo un gallo a Esculapio. César se mostraba enojado. Platón se encogía. Sí, lo habían comprendido todos. Pasó entre ellos acariciándoles, consolándoles. Había iniciado su plantación con esta alameda, y confiado en que sus árboles le sobrevivieran.

–No pronunciaré un largo discurso. Todo cuanto puedo deciros es adiós. Habéis sido buenos, habéis tenido una vida útil. Ahora, vuestro tiempo ha terminado y yo lo siento terriblemente. Eso es todo. Ojalá no fuera preciso hacerlo –recorrió con la mirada toda la alameda–. Fin del discurso. Adiós.

Volviéndose, retrocedió lentamente hacia el camión de fumigación. Estableció contacto con el centro de información y preguntó a Leitfried:

–¿Sabes dónde está la chica?

–Un sector más allá del tuyo, hacia el sur. Está dando de comer a los árboles.

Y pasó la imagen a la pantalla de Holbrook.

–Dame la línea de audio, ¿quieres? –dijo éste. Luego a través de los altavoces, la llamó–: ¿Naomi? Soy yo, Zen.

Ella miró a su alrededor, deteniéndose en el momento de ir a lanzar un trozo de carne.

–Espera un segundo –dijo–. Catalina la Grande tiene hambre y no me perdonará si la olvido.

La carne subió hacia el cielo, fue apresada desapareció en la boca de un árbol.

–Muy bien –continuó Naomi–. ¿Qué ocurre?

–Será mejor que vuelvas a la casa de la plantación.

–Todavía he de dar de comer a muchos árboles.

–Déjalo para esta tarde.

–Zen, ¿qué sucede?

–Tengo un trabajo que hacer y prefiero que te mantengas alejada de los árboles mientras lo hago.

–¿Dónde estás ahora?

–En el Sector C.

–Tal vez pueda ayudarte, Zen. Estoy en el sector inmediato. Iré enseguida.

–No. Vuelve a la casa.

Las palabras brotaron con la seguridad de una orden. Jamás le había hablado así con anterioridad. Ella pareció agitada y temerosa, pero se metió obediente en su vehículo y abandonó el lugar. Holbrook la siguió en la pantalla hasta que desapareció de su vista.

–¿Dónde está ahora? –preguntó a Leitfried.

–Viene de regreso. Ya la veo en el sendero de acceso.

–De acuerdo –dijo Holbrook–. Ocúpala en algo hasta que esto haya terminado. Voy a empezar.

Giró el arma de fusión, apuntando el cañón hacia el corazón del sector. En el núcleo central del arma, un poco de materia solar pendía de una barra magnética, poniendo a su disposición una cantidad infinita de energía, más que suficiente para la potencia que hoy necesitaba. Carecía de punto de mira, pues no estaba diseñada como arma de ataque. Sin embargo, sabría manejarla. Apuntaba a un blanco muy grande. Con la vista, seleccionó a Sócrates, en el borde de la alameda. Montó el arma lentamente, con una vacilación deliberada, meditó en el mejor modo de cumplir con su deber y apoyó el dedo en el gatillo. El nexo neural del árbol estaba en la copa, detrás de la boca. Un tiro rápido allí...

–Eso es.

Un arco de llama blanca siseó a través del aire. La copa retorcida de Sócrates resplandeció por un instante. Una muerte rápida, una muerte limpia, mejor que la putrefacción del moho. Luego, Holbrook paseó la línea de fuego por todo el árbol, desde la copa a lo largo del tronco. La madera era dura. Disparó una y otra vez. Miembros, ramas y hojas fueron cayendo, mientras el tronco aún seguía intacto y grandes nubes de humo aceitoso se alzaban sobre la alameda. Holbrook vio silueteado el tronco desnudo contra el brillo del rayo de fusión y se sorprendió al comprobar lo recto que había sido el tronco del viejo filósofo bajo las ramas. Ahora ya no era más que un pilar de cenizas. De pronto, se derrumbó y desapareció.

De los otros árboles surgió un gemido bajo y terrible.

Sabían que la muerte rondaba entre ellos y sentían el dolor de la ausencia de Sócrates mediante la red de raíces nerviosas que cubría el subsuelo. Lloraban de temor, de angustia y de rabia.

Holbrook dirigió hoscamente el arma de fusión hacia Héctor.

Era éste un árbol grande, impasible, estoico. Ni quejoso ni adulator. Deseaba darle la buena muerte que merecía, pero falló el blanco. El primer disparo dio a dos metros y medio por lo menos bajo el centro cerebral del árbol, y el grito que

surgió de sus compañeros reveló lo que Héctor debía de estar sintiendo. Holbrook vio unos miembros que se agitaban frenéticamente, una boca que se abría y cerraba en un horrible espasmo de tormento. El segundo disparo puso fin a la agonía. Casi serenamente, Holbrook remató la tarea de aniquilar aquel árbol lleno de nobleza.

Estaba terminando cuando advirtió que un vehículo llegaba junto al camión y que Naomi saltaba de él sonrojada, con los ojos muy abiertos, próxima a la histeria.

–¡Detente! –gritó–. ¡Detente, tío Zen! ¡No los quemes!

Al saltar a la cabina del camión de fumigación, le cogió por las muñecas con una fuerza sorprendente y se lanzó contra él. Estaba dominada por el pánico, los senos agitados, jadeante, respirando, con dificultad.

–Te dije que fueras a la casa de la plantación –gruñó él.

–Lo hice. Pero vi las llamas.

–¿Quieres irte de aquí?

–¿Por qué quemas los árboles?

–Porque están infectados de moho –contestó–. Hay que quemarlos antes de que contagien a los demás.

–¡Eso es un *asesinato*!

–Naomi, mira, ¿quieres volver...?

–¡Mataste a Sócrates! –gritó ella, mirando la alameda–. ¿Y... a César? No. Héctor. Héctor ha desaparecido también. ¡Los has quemado!

–No son personas. Son árboles. Árboles enfermos que, de todas formas, morirán pronto. Quiero salvar a los otros.

–¿Pero por qué matarlos? Tiene que haber algún tipo de droga al que recurrir, Zen. Un pulverizador o algo por el estilo. Hay drogas ahora para curar cualquier enfermedad.

–No para ésta.

–¡Tiene que haberla!

–Sólo el fuego –afirmó Holbrook.

El sudor le caía helado por el pecho y sentía el temblor de todos sus músculos. Ya era bastante duro hacerlo, sin tenerla a su lado. Le habló con la mayor serenidad posible:

–Naomi, es preciso; y cuanto antes mejor. No existe alternativa. Amo a estos árboles tanto como tú, pero he de quemarlos de raíz. Recuerda lo que ocurrió con aquel animalito peludo y con el aguijón en la cola. No podía mostrarme sentimental hacia él sólo porque te pareciera lindo. Suponía una amenaza. Y ahora Platón, César y los demás amenazan cuanto poseo. Son portadores de la

plaga. Vuélvete a la casa y enciértrate allí, en donde quieras, hasta que haya terminado.

–¡No te dejaré que los mates!

Hablaba llorosa, desafiante. Exasperado, la cogió por los hombros, la sacudió dos o tres veces y la tiró de la cabina del camión. Ella vaciló pero cayó en tierra sobre sus pies. Saltando a su lado, Holbrook exclamó:

–¡Maldita sea, no me obligues a pegarte, Naomi! Esto no es asunto tuyo. Tengo que quemar esos árboles, y si no dejas de interferir...

–Tiene que haber otro modo. Permitiste que esos hombres te asustaran, ¿no es verdad, Zen? Ellos temen que la infección se extienda, de modo que te dijeron que quemaras los árboles a toda prisa. Y ni siquiera te paraste a pensar, a pedir otra opinión. Te viniste aquí con el arma y empezaste a matar a unos inteligentes, a unos sensibles y encantadores...

–...árboles –terminó él–. Te estás pasando de la raya, Naomi. Por última vez...

Su respuesta fue saltar al camión y colocarse ante el cañón del arma de fusión, con su pecho apoyado contra el metal.

–¡Si disparas, tendrás que hacerlo a través de mí!

Nada que él dijera la obligaría a bajar. Se había entregado por completo a una fantasía romántica, la Juana de Arco de los árboles del jugo, defendiendo la alameda contra la barbarie. De nuevo trató de razonar con ella, y de nuevo negó Naomi la necesidad de extirpar los árboles. Le explicó con todo el ímpetu de que fue capaz la imposibilidad total de salvarlos. Con la misma falta de lógica anterior, le contestó que forzosamente existía otro medio. Holbrook soltó maldiciones, la llamó estúpida, adolescente histérica... Le suplicó, le rogó. Le ordenó. Naomi seguía aferrada al arma.

–No puedo perder más tiempo –dijo él al fin–. La faena ha de realizarse en cuestión de horas o toda la plantación desaparecerá –sacó la pistola de su funda, le quitó el seguro y la apuntó con ella–. Baja de ahí –dijo heladamente.

La chica se echó a reír.

–¿Tengo que creer acaso que vas a disparar contra mí?

Por supuesto, tenía razón. Se quedó inmóvil, vacilante, impotente, sudoroso y desconcertado. La locura se contagiaba. Su amenaza había sido completamente vana, y ella lo había comprendido de inmediato. Holbrook subió al camión, la agarró y trató de sacarla de allí.

Naomi era fuerte y la situación de él muy precaria. Consiguió soltarla del arma, pero no arrojarla del camión. No quería hacerle daño, y su misma solicitud le volvía incapaz de triunfar en la lucha. Porque ella peleaba con una fuerza histérica, toda codos, rodillas, uñas que arañaban. Consiguió sujetarla al fin y descubrió con horror que la había asido por uno de sus senos. Lo soltó, embarazado y confuso. Ella se apartó de él. La aferró de nuevo y esta vez logró

empujarla al borde del camión. Naomi saltó, aterrizó sin dañarse volvió y corrió hacia la alameda.

¿De modo que otra vez le había vencido? La siguió allí y le costó un momento descubrir dónde estaba. La encontró acariciando el tronco de César y mirando aterrada los restos quemados donde se alzaran Sócrates y Héctor.

–¡Adelante! –dijo–. ¡Quema toda la alameda! ¡Me quemarás a mí con ellos!

Holbrook se lanzó contra la muchacha. Ella le esquivó y echó a correr hacia Alcibíades. Trató de agarrarla, perdió el equilibrio y cayó, tratando de afianzarse en el aire. Cayó...

Algo fino, áspero y largo, le golpeó en los hombros.

–¡Zen! –gritó Naomi–. El árbol... Alcibíades...

Se vio en el aire. Alcibíades le había atrapado con un tentáculo y lo alzaba hacia su copa. El árbol luchaba con la carga. Un segundo zarcillo se tendió hacia el hombre, y Alcibíades dejó de tener dificultades. Holbrook se agitaba a unos tres metros del suelo.

Raras veces los árboles atacaban a los humanos. Habría sucedido unas cinco veces en total desde que los hombres cultivaban los árboles del jugo. En cada caso, la víctima había estado haciendo algo que ellos consideraban hostil..., como desarraigar un árbol enfermo, por ejemplo.

Un hombre constituía un gran bocado para un árbol del jugo, aunque no demasiado para su apetito.

Naomi chilló, pero Alcibíades siguió izándole. Holbrook oía ya el entrecocar de los colmillos allá arriba. La boca del árbol estaba dispuesta a recibirle. Alcibíades, el presumido; Alcibíades, el voluble; Alcibíades, el impredecible... Bien bautizado en verdad. Aunque, ¿era traición actuar en defensa propia? Alcibíades tenía el imperioso deseo de sobrevivir. Había visto el destino de Héctor y Sócrates. Holbrook alzó la vista a los colmillos, más cercanos ya.

«De modo que éste es el fin –pensó–. Devorado por uno de mis propios árboles. Mis amigos. Me está bien por ser tan sentimental. Al fin y al cabo, son carnívoros. Tigres con raíces.»

Alcibíades gritó.

En el mismo instante, uno de los tentáculos que se enrollaban al cuerpo de Holbrook perdió fuerza. Cayó unos seis metros de golpe antes de que el otro tentáculo se estabilizara, sosteniéndole a escasa altura. Cuando pudo respirar de nuevo, Holbrook miró hacia abajo y vio lo que había sucedido. Naomi había recogido el arma que él dejara caer al sentirse cogido por el árbol y había quemado uno de los tentáculos. Ahora apuntaba de nuevo. Hubo otro aullido de Alcibíades. Holbrook advirtió una gran conmoción en las ramas por encima de él y cayó bruscamente al suelo, aterrizando sobre un montón de hojas. Un instante después, giraba sobre sí mismo y se incorporaba. Nada roto. Naomi permanecía a su lado, con el arma todavía en la mano.

–¿Estás bien? –preguntó serenamente.

–Sólo un poco agitado, eso es todo –empezó a levantarse–. Te debo la vida –añadió–. Un minuto más y acabo en la boca de Alcibíades.

–Por un momento, pensé en dejar que te devorara, Zen. El árbol actuaba en defensa propia. No fui *capaz*. Así que quemé uno de los zarcillos.

–Sí, sí. Te lo agradezco mucho –se levantó al fin y dio unos pasos vacilantes hacia ella–. Vamos, será mejor que dejes el arma antes de que te hagas un agujero en el pie.

–Espera un segundo –dijo Naomi glacialmente, reculando conforme Holbrook avanzaba hacia ella.

–¿Qué?

–Un trato, Zen. Yo te rescaté, ¿no es cierto? No tenía por qué hacerlo. A cambio, tú dejas a esos árboles en paz. Al menos, comprueba si hay o no alguna droga. ¿De acuerdo? Un trato.

–Pero...

–Me debes la vida, dijiste. Pues págame. Lo que quiero de ti es una promesa. Si no hubiera cortado ese zarcillo, estarías muerto ahora. Que los árboles vivan también.

Se preguntó si se atrevería a usar la pistola en su contra. Guardó silencio largo rato, sopesando la opción. Luego, contestó:

–De acuerdo, Naomi. Me salvaste y no puedo negarte lo que pides. No tocaré los árboles. Averiguaré si hay alguna droga para matar el mohó.

–¿Lo dices en serio?

–Lo prometo. Por todo lo que es sagrado, ¿quieres darme ahora esa pistola?

–¡Toma! –gritó ella; las lágrimas resbalaban por su rostro–. ¡Tómala! ¡Oh, Dios mío, Zen, qué horrible es todo esto!

Le quitó el arma y la metió en la funda. La muchacha pareció hallarse agotada, sin fuerzas, una vez que se la hubo entregado. Cayó en brazos de Holbrook y él la retuvo estrechamente, sintiéndola temblar contra su pecho. También Holbrook temblaba al abrazarla fuertemente, consciente de las tensas puntas de los jóvenes senos contra su pecho. Una oleada poderosa –que reconoció como deseo– le inundó. «Asqueroso» se dijo. Esbozó una mueca al recordar las imágenes de aquella mañana, que aún danzaban ante sus ojos: Naomi desnuda, la piel brillante por el baño, los senos como manzanas, los muslos firmes. «Mi sobrina. De quince años. ¡Que Dios me ayude!» Consolándola, le pasó las manos por los hombros, por la espalda. Sus ropas eran livianas, el cuerpo de la chica se revelaba bajo ellas.

La tiró bruscamente al suelo.

Ella cayó encogida, dio la vuelta y se llevó la mano a la boca al lanzarse Holbrook sobre ella. Soltó un grito agudo y penetrante cuando el cuerpo del hombre cayó sobre el suyo. Sus ojos aterrados revelaban claramente el temor de que él la violara, pero otra clase de ideas malvadas llenaban la mente de Holbrook. Rápidamente; la volvió hacia el suelo, le cogió la mano derecha y le dobló el brazo tras la espalda. Luego, la alzó hasta sentarla.

–Ponte de pie –ordenó, forzándole el brazo para persuadirla.

Naomi obedeció.

–Ahora camina. Sal de la alameda y regresa al camión. Te romperé el brazo si es preciso.

–¿Qué pretendes? –preguntó ella con voz apenas audible.

–De vuelta al camión –insistió.

Dio otro tirón del brazo. Naomi gimió de dolor. Pero se puso en marcha. Ya en el camión, la mantuvo bien sujeta y llamó a Leitfried, al centro de información.

–¿Qué ocurre, Zen? Lo seguimos todo y...

–Demasiado difícil de explicar. La chica les tenía mucho cariño a los árboles, eso es todo. Envía unos robots aquí para que se la lleven, por favor.

–*¡Lo prometiste!* –gritó Naomi.

Llegaron los robots a toda prisa. Eficientes, mantuvieron inmóvil a Naomi con sus dedos de acero hasta introducirla en un vehículo y llevársela a la casa de la plantación. Una vez desaparecida, Holbrook se sentó por un momento en tierra para descansar, para que se le despejara la cabeza. Al fin, subió de nuevo a la cabina.

Y apuntó con el arma de fusión, a Alcibíades en primer lugar.

Le llevó poco más de tres horas. Cuando terminó, el Sector C era un campo de cenizas, y un amplio cinturón de tierra despejada se extendía desde el límite exterior de la devastación hasta el huerto más próximo de árboles sanos. Hasta pasado algún tiempo, no sabría si había logrado salvar la plantación. En fin, había hecho cuanto se hallaba en su mano.

Al volver en coche hacia la casa, pensaba menos en la ejecución llevada a cabo que en la sensación del cuerpo de Naomi contra el suyo y todo cuanto había sentido en el momento de tirarla al suelo. El cuerpo de una mujer, sí. Pero ella era una niña. Una niña todavía, enamorada de sus animalitos domésticos. Incapaz aún de comprender que, en el mundo de la realidad, uno ha de sopesar el pro y el contra entre lo necesario y lo que nos es querido y obrar del mejor modo posible. ¿Qué había aprendido hoy Naomi en el Sector C? ¿Qué el universo sólo ofrece en ocasiones una elección brutal? ¿O simplemente que el tío al que ella adoraba era capaz de traición y de asesinato?

49 cuentos Fantásticos

Le habían dado sedantes, pero estaba despierta en su habitación. Cuando él entró, se subió las sábanas para ocultar el pijama. Le miró con ojos fríos, muy hundidos.

–Lo habías prometido –dijo amargamente–. Y me engañaste.

–Tenía que salvar a los demás árboles. Ya lo entenderás, Naomi.

–Sólo entiendo que me mentiste, Zen.

–Lo lamento. ¿Me perdonas?

–¡Vete al Infierno! –dijo, y esas palabras adultas resultaron horribles en aquellos labios infantiles.

No pudo quedarse más con ella. La dejó y subió a hablar con Fred Leitfried, en el centro de información.

–Todo ha terminado –dijo en voz alta.

–Actuaste como un hombre.

–Sí, sí.

Registró el sector de cenizas, mediante la pantalla. Seguía sintiendo el calor de Naomi contra su cuerpo. Vio sus ojos hoscos. Vendría la noche, las dos lunas danzarían en el cielo, brillarían las constelaciones a las que nunca había llegado a acostumbrarse. Quizá le hablaría de nuevo. Intentaría hacerla comprender. Y luego la enviaría lejos, hasta que se hubiera transformado del todo en una mujer.

–Empieza a llover –comentó Leitfried–. Eso ayudará a la maduración.

–Probablemente.

–¿Te sientes un asesino, Zen?

–¿A ti qué te parece?

–Lo sé, lo sé.

Holbrook empezó a cerrar las pantallas. Había hecho todo cuanto se propusiera hacer hoy. Y dijo serenamente:

–Fred, eran árboles. Solamente árboles. Árboles, Fred, *árboles*.

Las botas mágicas

Viktor Saporin

Traducido por Carlos Robles en *Lo mejor de la Ciencia Ficción rusa*, relatos recopilados por Jacques Bergier, Libro Amigo 88, Editorial Bruguera S. A., 1968.

Todo empezó con una nadería. Al ponerse Petja una bota, su madre notó que la suela tenía un agujero del tamaño de una monedita, tapado sólo por la plantilla. Otra «monedita», un poco más grande, aparecía también en la suela del otro pie. Petja había observado que, quién sabe por qué, la bota derecha se desgastaba más de prisa que la izquierda, por lo que el descubrimiento no le sorprendió en absoluto.

Sin embargo, su madre endureció la mirada.

–Imagínese, Iván Ivanovic –a falta de otros, la mujer se dirigía a un huésped de sus vecinos, una persona venida de lejos, que en aquel momento había entrado en la cocina–. Este chico se come las botas. Se las he comprado hace un mes y mire. ¿Ha visto alguna vez algo semejante?

Iván Ivanovic dejó sobre la mesa la tetera que tenía en la mano y miró a Petja.

–Es un chico como otro cualquiera –dijo–. No tiene importancia.

–¡Un chico como otro cualquiera! –la madre de Petja alargó los brazos–. ¿Dónde ha visto algo parecido? Es un desastre. ¡Se come los zapatos!

–Yo también era así –repuso Iván Ivanovic, conciliador; volvió a coger la tetera y la puso bajo el grifo–. Mire, no ha pasado nada, he llegado a ser profesor... Sólo es un chico nervioso...

–Pero las botas las hacen para chicos normales –continuó la madre de Petja–. No hay zapatos especiales para los que no se están nunca quietos.

–Es verdad –contestó Iván Ivanovic, en tono serio–. Es verdad, los futbolistas, los deportistas, disponen de botas especiales, y nadie piensa en acusarles de correr demasiado. Sin embargo, para los chicos no hay nada. Y es natural que corran... Habría que proporcionarles también botas adecuadas...

–No sé dónde encontrar botas que le duren más de un mes –exclamó la mujer, sacudiendo la cabeza–. ¡Sería un milagro!

Petja, ofendido, arrugó la nariz. ¡Qué culpa tenía él de ser un chico nervioso! ¿Debía, entonces, quedarse sentado siempre, con las piernas cruzadas? En vez de afrontar el problema específicamente, como hacía su profesor, su madre las tomaba siempre con él. Como si gastara las suelas adrede.

Iván Ivanovic dejó la tetera sobre la plancha del hornillo y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se detuvo, mirando otra vez a Petja como para examinarlo.

–Le enviaré un par de botas mágicas –prometió, con sencillez–. El muchacho me parece adecuado, siempre que sea verdad todo cuanto me ha dicho acerca de él. Se las mandaré, pero con una condición: que el chico se ponga las botas todos los días y le deje hacer todo lo que quiera. Y no se preocupe, Antonina Ignatevna, ya verá cómo mis botas no se gastan nunca.

A pesar de la cólera, Antonina Ignatevna no pudo por menos de sonreír. Era una buena persona ese Iván Ivanovic...

–Ojalá fueran mágicas...

Petja estaba convencido de que Iván Ivanovic había inventado todo aquello para calmar a su madre. No tenía, realmente, aspecto de mago...

¿Dónde estaba el cucurucho que Petja recordaba haber visto sobre la cabeza del malabarista del circo? ¿Y aquella mirada penetrante o aquel modo de mover las manos, propio de los magos? Iván Ivanovic era un hombrecillo de chaqueta gris, con gafas, de barbita puntiaguda. Se parecía mucho a Sereza, el zapatero del segundo piso. Nadie habría dicho al verlo que de joven fue un muchacho nervioso.

Sin embargo, dos semanas después de la partida de Iván Ivanovic llegó un paquete. Su remitente era el hombrecillo.

Petja pensó que contendría un par de botas claveteadas con refuerzos metálicos, tal vez un par de botas de montaña semejantes a las que en una ocasión vio en un escaparate. Pero en el paquete había un par de zapatos negros vulgares, de corte sencillísimo.

Petja se los probó. Le iban de perilla.

–En seguida se ve que es un hombre... –murmuró la madre–. Con toda su inteligencia, Iván Ivanovic no sabe que a los chicos se les debe comprar todo un poco grande. Y aseguraba que le durarían mucho tiempo... Venga, póntelos. A caballo regalado...; pero las gastarás pronto. Recuérdalo...

Aquel día comenzó la extraordinaria historia de las botas.

Contra todas las leyes de la naturaleza, las botas siguieron intactas.

Al principio, Petja caminó despacio, con cautela. Llevaba botas mágicas y nunca se sabe... Luego, poco a poco, se acostumbró a la novedad hasta que no pensó más en ello. Volvió a correr como antes y a jugar al fútbol cuanto quiso.

Una tarde, cuando Petja ya se había metido en la cama, la madre cogió las botas y se puso a observarlas.

«Ya las has llevado bastante –dijo para sí–, y... ¡Pero si están nuevas! Y pensar que... La suela está como nueva. Entonces, si quiere, sabe cuidarlas...»

Aquella noche la mujer dio a Petja el beso de despedida con cariño especial, pero Petja tenía la vaga sensación de no haber merecido enteramente el agradecimiento de su madre.

«Bah –se dijo, al dormirse–, dependerá mucho de las botas. También María Petrovna se lamentaba muchas veces de la calidad de sus botas. No se me puede echar la culpa a mí...»

María Petrovna habitaba en el apartamento de enfrente y era una mujer conocida por su escepticismo con respecto a todo y a todos. A los chicos, nerviosos o no, los había clasificado tiempo atrás en la categoría de los fenómenos absolutamente negativos.

Por eso, cuando Antonina Ignatevna le contó las alabanzas de Petja, explicando que se había vuelto formal y que ya no gastaba las botas, no vaciló en desilusionarla.

–Mire, María Petrovna, son realmente botas mágicas –insistió la madre de Petja–, o mi Petja ha cambiado. Hace seis meses que las lleva, sin quitárselas nunca, y aún no se han gastado.

–No tiene nada de extraordinario –le replicó María Petrovna, tras haber echado una mirada a las suelas–. ¿Ve estas bolitas? No se gastan nunca. Pero a mí no me gustan; producen reuma.

–¿Qué dice? ¡La suela de esparto deja pasar el aire! –objetó Antonina Ignatevna.

–Bueno, son de goma –admitió María Petrovna.

–No pueden ser de goma –disentió Antonina Ignatevna–. ¡Son tan ligeras! ¡Pruebe!

A regañadientes, María Petrovna cogió las botas.

–No pesan casi nada –dijo, con desprecio–. Se ve que están hinchadas.

–¿Por qué hinchadas?

–Sencilísimo. ¿Sabe cómo se hace? Se hinchan las burbujas de aire de la goma. Por eso es ligera.

Dejó las botas en el suelo, limpiándose los dedos.

Antonina Ignatevna sabía perfectamente que el procedimiento de obtener el crepé era muy distinto, pero, como siempre, María Petrovna había dicho la última palabra.

Pasaron los meses... Las botas no se gastaban, como si de verdad fuesen mágicas. Antonina Ignatevna empezó a mirarlas con cierto temor. Sabía que el profesor no era Mefistófeles, sino un hombre normal, pero en aquel regalo suyo había algo sobrenatural. Y no se trataba únicamente de la resistencia extraordinaria de las botas, había algo más.

En una ocasión, Antonina Ignatevna descubrió un araño en la punta de la bota izquierda. Sin duda, al jugar con otros chicos, Petja le había dado un golpe. Sin embargo, unos días después el araño había desaparecido sin dejar la menor huella. ¿Y cómo explicar el hecho de que las botas pareciesen siempre nuevas, aunque Petja no se preocupaba nunca de limpiarlas?

Por otra parte, seguían ajustándose exactamente a la medida del pie de Petja; pese al transcurso del tiempo, no se habían deformado.

Es cierto que, en general, el zapato de piel cede y se adapta al pie, pero al propio tiempo envejece. En cambio, aquellas botas parecían ser nuevas de trinca.

María Petrovna, incapaz de estarse callada, le echó un día un pequeño sermón a Antonina Ignatevna:

–Exagera usted con su pequeño. ¡Cada día, un par de zapatos nuevos! Debería gastar mejor el dinero. ¡Ya se arrepentirá!

–Por favor –le contestó Antonina Ignatevna– ¡Si hace un año que lleva los mismos zapatos!

–¿Cree que soy tonta? –María Petrovna parecía ofendida–. Estas madres... ¡Pierden la cabeza por los hijos! No saben qué hacer por ellos... Pero así sólo los malcrían...

Dicho esto, empezó a acusar a Antonina Ignatevna de mentirosa. De no saber educar a su hijo. De comprar cada día a «su Petenfza» un par de zapatos nuevos, mientras ella seguía usando los mismos, viejos y aun desfondados.

La pobre Antonina Ignatevna intentó explicarle la verdad, pero, ¿qué explicaciones podía dar?

Por culpa de las botas, la vida de Antonina Ignatevna se complicó de una forma increíble. ¿Decir la verdad? Nadie la creería. ¿Admitir que compraba a Petja un par de zapatos nuevos todos los días? Era absurdo.

Pasaron otros dos meses, pero los zapatos no envejecían. Antonina Ignatevna fue presa de la consternación.

–Ven –dijo un buen día a Petja–. Deja que estas botas descansen un poco. Ponte las viejas.

Y le volvió a dar las botas que en su tiempo provocaron su conversación con el profesor. El zapatero Sereza les había puesto medias suelas.

–Hice muy bien al comprarlas un número mayor –observó la mujer–. Las debes llevar, se te quedarán pequeñas. Estas las guardaré en el armario.

¿Quería convencerse de que su hijo había aprendido a cuidar las botas? ¿O bien aquellas botas eternas empezaban a asustarla? Es difícil decir lo que la madre de Petja tenía en la mente, pero cuando el chico se calzó las botas viejas, lanzó un suspiro de alivio.

Acostumbrado a las botas del profesor, tan ligeras que parecía que no las llevaba, Petja sentía ahora pesados sus pies. No pasó mucho tiempo sin que Antonina Ignatevna no tuviese que llevarlas de nuevo al zapatero. Por lo tanto, Petja seguía siendo el chico inquieto de antes, y el secreto de la larga duración de las botas regaladas por el profesor no dependía de sus cuidados. Pero Antonina Ignatevna continuó testarudamente haciendo arreglar las botas viejas hasta que, por fin, el bueno de Sereza le dijo:

–Ya es hora de echarlas a la basura. Cómprele al chico un par de botas nuevas.

¡Comprar unas botas nuevas cuando en el armario tenía un par más de nuevo!

A regañadientes, abrió el cajón donde las había puesto. Hacía ya varios meses que no las veía.

–Tienen un poco de polvo –suspiró, dándoselas a su hijo–. Pruébatelas, quizá te estarán estrechas.

Petja cogió las botas que, como en el pasado, alegraban la vista con su limpieza.

Y como en aquel lejano día en que Petja se las puso por primera vez, también ahora le sentaban como un guante.

Pero esto no fue lo que más sorprendió a Antonina Ignatevna. Ahora estaba en cierto modo acostumbrada a cosas semejantes. Pero no a aquello. Recordaba perfectamente que, al meter las botas en el armario, las suelas parecían ligeramente gastadas; entonces se había alegrado, porque las rozaduras y los arañazos venían a confirmar que se trataba de botas normales, de objetos de este mundo sometidos al desgaste de las fuerzas de la naturaleza. Hecho extraño, ahora se alegraba de algo que un tiempo atrás la enfurecía.

Pues bien, al echar una mirada a las suelas, Antonina Ignatevna vio, con asombro, que estaban absolutamente nuevas.

Y no sólo eso. Mirándolas de costado, examinando el espesor de las suelas, hizo un descubrimiento aun más increíble.

La pobre mujer se puso las gafas, se las quitó y, finalmente, las acercó de nuevo a sus ojos. ¿Sería posible? ¡Las suelas eran aún más gruesas que antes! Nunca había conseguido comprender cómo Petja no conseguía desgastar unas suelas tan delgadas, pero ahora... ¡habían crecido!

Antonina Ignatevna se quedó sin aliento. Era absurdo. ¿Pueden existir en el mundo zapatos que crecen?

Casi tuvo miedo de darle a Petja botas tan extraordinarias. ¿Pero qué podía hacer? ¿Tirarlas?

El dilema fue resuelto por la casualidad. Aquel día, Petja no pudo utilizar las botas del profesor, porque se puso enfermo. Por fortuna, sólo se trataba de un ligero catarro, que lo retuvo, sin embargo, en el lecho durante una semana. Durante aquel tiempo, las famosas botas no quedaron sin usar. Su fama se había extendido por todo el caserío y los amigos de Petja, cuyas respectivas madres tampoco les escatimaban los coscorriones a causa de los zapatos rotos, se las pidieron prestadas para jugar a la pelota. ¿Qué les importaba a ellos que la eterna duración de aquellas botas no tuviese una explicación científica? El caso más bien excitaba su fantasía, y muchos defendían las versiones más increíbles, demostrando una fe ilimitada en las posibilidades en la técnica, mientras otros, los más pequeños, que aún no habían salido del mundo de la fantasía, creían que las «botas del profesor» eran verdaderamente mágicas.

Así, las botas de Petja empezaron a ser usadas por turno. Con ellas jugaban a la pelota muchachos enloquecidos que a veces se dislocaban una rodilla o un tobillo, pero no se rompían nunca. Aguantaban bastantes pruebas duras, pero realmente no parecía existir ninguna fuerza en el mundo capaz de estropearlas.

Llegó así un día en que Antonina Ignatevna ya no pudo más y, tras preguntar a la vecina su dirección, escribió una carta a Iván Ivanovic.

Esta fue la respuesta del profesor:

«...Sí, crecen. Y en esto, querida Antonina Ignatevna, no hay nada milagroso. Comprendo su asombro e intentaré explicarle el motivo.

»¿Por qué crecen? ¿Ha oído hablar alguna vez de las epifitas? Son plantas que no viven sobre la tierra, sino en el aire. No tienen raíces y pueden vivir sobre una empalizada, incluso sobre un hilo del telégrafo, sin tocar la tierra. ¿Cómo se nutren? No de telegramas, naturalmente, y perdóneme la broma. Toman todo lo preciso para su desarrollo del aire. En el aire siempre hay humedad, siempre hay polvo que contiene partículas minerales. Y nuestras plantas se adaptan a este tipo de alimentación, digamos «aérea».

»Desde hace varios años, nuestro instituto estudia estos minúsculos organismos vegetales, que viven en grandes colonias como los corales. Estas dan lugar a una masa compacta, ligera, flexible como la goma, pero que deja pasar el aire. Las botas que se obtienen con esa masa no son en nada inferiores a la piel, incluso tienen una propiedad de la que la piel carece: crecen. ¿Recuerda la piel de zapa de Balzac? Aquélla disminuía. Pero la nuestra crece continuamente, porque vive. Las células vegetales de que está formada se multiplican con rapidez, alimentándose, como todas las epifitas, a través del aire. Para las suelas hemos preparado una piel que crece de modo particularmente rápido, porque esta parte del zapato se gasta más. Le diré también que la suela puede alimentarse mejor que las demás partes de la bota, porque se halla en contacto con la tierra, donde la humedad y las substancias minerales son más numerosas. La alimentación más substancial contribuye a hacer que la suela se regenere más de prisa. Es un proceso imperceptible para el ojo del hombre; si no llega usted a tener las botas encerradas en el armario durante cuatro meses enteros, es probable que nunca hubiera descubierto que éstas crecen realmente. Como es natural, también las botas que crecen tienen sus inconvenientes. No se pueden conservar almacenadas largo tiempo porque su número variaría. Un adulto que se compra hoy un par, un tiempo después las encontraría demasiado grandes. En los zapatos de los adultos sólo puede aplicarse en la suela. Y no es poco; en efecto, hemos recibido muchas cartas de agradecimiento de carteros y de personas cuya profesión les obliga a caminar mucho, entre los cuales hemos distribuido un cierto número de pares, a título de prueba.

»Pero las botas de los chicos se pueden fabricar todas ellas con piel creciente. Creemos haber resuelto un problema que preocupa a todos: la confección de botas que puedan ser llevadas durante varios años seguidos. En nuestros experimentos hemos sometido ya a desgaste artificial varios pares, calculando un consumo normal de cinco años, pero una cosa es la experimentación y otra la prueba práctica. Por esta razón me interesa muchísimo saber el fin que tendrán las botas de Petja. Escríbame, por favor, si no le molesta demasiado, al menos

una vez cada seis meses. Tenemos bajo nuestro «patrocinio» muchos escolares que usan nuestras botas, pero las de Petja forman parte de la primera partida y todas las noticias al respecto nos son particularmente precisas. Yo ya le he escrito dos veces, pero debo haber confundido la dirección, porque tampoco mis parientes me han contestado.

»Para nuestros experimentos no escogemos a los chicos especialmente inquietos, pero eso no significa que nuestras botas sean tratadas de la peor manera. Como en todas las demás cosas, también con ellas es necesario un cierto cuidado.

»Al probar una nueva marca de bicicleta, se la somete a las pruebas más difíciles, pero al usarlas normalmente, es bueno observar todas las normas prescriptas de mantenimiento. Nuestras botas están destinadas a los adultos obligados por su profesión a caminar mucho y a los chicos, pero no a las personas descuidadas. Dígaselo a Petja. Cuidar un objeto significa doblar su vida. Si Petja quiere convertirse en un ejemplo en materia de botas, no como destructor, sino por saberlas conservar y sacarles rendimiento, deberá observar estas sencillas normas, que adjunto a la carta. Esto también es un experimento y le ruego que colabore. Antes era un caso desesperado de descuido, pero hoy, sin embargo, se me cita como ejemplo de orden. Quisiera saber precisamente lo que duran nuestras botas cuando se las cuida bien. Escríbame.

»P.S.: Dentro de unos días entrara en servicio la primera fábrica experimental para la producción en serie de las “botas mágicas”.»

Una semana más tarde, Petja y su madre asistieron en un cine a la proyección de un documental sobre la fábrica de «suelas autorregeneradoras», como las llamaba el locutor.

–Tenemos «sierras autoafiladas» –decía el locutor–, existen relojes de cuerda automática, relojes para los distraídos que, una vez se les ha dado cuerda, ya no se paran nunca. Ahora nos llega la suela que no se gasta nunca. Ahí está, ante vuestros ojos.

En la pantalla aparecieron enormes tinajas poco profundas que contenían un caldo nutritivo en el que se cultivaban pequeñísimos organismos vegetales que, vistos al microscopio, parecían minúsculas estrellas amarillas.

El documental mostraba cómo estos organismos, al crecer, formaban una delgada hoja, tan ligera que flotaba sobre el caldo. La hoja seguía creciendo, haciéndose poco a poco más espesa.

–Con el desarrollo de los microorganismos –explicaba el locutor–, el material resulta cada vez más compacto. Ahora, la piel ya está lista. Puede ser enviada al corte.

En un departamento cerrado, numerosas máquinas automáticas recortaban, en la «piel» artificial que allí llegaba, miles de suelas de varias dimensiones.

–Y la suela sigue creciendo –añadió el locutor.

Se vio una enorme suela que ocupaba toda la pantalla. La toma en acelerado proporcionaba una rápida visión del crecimiento. El espesor de la suela aumentaba a ojos vistas.

–El tiempo transcurrido es, en realidad, de dos meses –explicó el locutor–. La suela ha crecido tanto, que ha compensado el desgaste producido por un uso prolongado y constante. Y seguirá creciendo indefinidamente, como los hongos que quizá alguno de ustedes cultiva. ¡Gastarán los zapatos, pero esta suela no se desgastará jamás!

–¡Menos mal! –apenas salió del cine Antonina Ignatevna lanzó un suspiro de alivio–. Ahora todo está claro...

Al encontrarse a María Petrovna, se enfrentó con ella sin miedo:

–¡Vaya al cine! –le aconsejó–. Vera cómo se hacen los zapatos de Petja. ¡Ya no podrá decir que le compro un par nuevo cada mes!

–Ya sé lo que hacen en el cine –replicó la vecina–. Un montón de trucos. Tengo un sobrino que estudia en el Instituto de Cinematografía y precisamente estos días han dado una clase especial sobre ilusiones ópticas.

–Pues estas botas existen –replicó la madre de Petja, acercando su hijo a Maria Petrovna–. Y Petja, también. No son ninguna ilusión óptica.

–Bueno. Supongamos que sea verdad –concedió la vecina, con superioridad–. Pero todos los chicos son unos mentirosos. Y el suyo no es mejor que los demás. No comprendo por qué lo mimas así. ¿Qué necesidad tenía de hacerle esas botas especiales?... ¿No le basta con las botas corrientes?

Simbiótica

Symbiotica, © 1943 (*Astounding Science Fiction*, Octubre de 1943). Traducido por Marila Estévez en *nueva dimensión* 103, 1978.

Habían encargado al *Marathon* que le echara una ojeada a un planeta con posibilidades, cercano a Rigel, y lo que nos habría gustado a algunos era saber cómo diablos podían nuestros astrónomos de Tierra seleccionar astros que valieran la pena a una distancia tan enorme.

En el viaje anterior nos habían encontrado un trabajo jugoso cuando nos enviaron a aquel mundo mecánico con su vecino acuático cerca del Boyero. El *Marathon*, una nave diseñada poco antes por Flettner, era algo superior y sin comparación en nuestra parte del cosmos. Así que nuestra solución del misterio fue que los astrónomos se hablan agenciado algún aparato igualmente revolucionario.

De todos modos, habíamos hecho el viaje según las instrucciones y nos acercamos lo suficiente para comprobar que, una vez más, los astrónomos justificaban sus pretensiones de maestría al decir que ahí había un planeta con posibilidades de tener vida.

A estribor, Rigel refulgía como un horno distante, unos treinta grados por encima del plano de la horizontal en ese momento. Con esto quiero decir que al plano horizontal siempre es la horizontal de la nave, con la que el cosmos integro tiene que relacionarse, le guste a no. Pero la primaria de este planeta no era la lejanísima Rigel; su propio sol –mucho más próximo– parecía un paso más pequeño y bastante más amarillo que el Viejo Sol.

Había dos planetas más, algo más lejos, y vimos un tercero orbitando hacia el lado opuesto del sol. Eso deba un total de cuatro, pero tres eran tan estériles como la mente de un gupi de Venus, y sólo éste, el más interior, prometía algún interés.

Descendimos proa adelante. La forma en que aquel mundo se hinchaba en las portillas de observación le hizo cosas a mis tripas. Un viaje en el calmoso *Upsydaisy* me había bastado para acostumbrarme a vivir suspendido sobre millones de kilómetros de nada, pero se me ocurría que harían falta uno o dos siglos para habituarme a los despegues y aterrizajes de toro bravo de las naves Flettner.

El joven Wilson seguía su piadosa costumbre de rogar por la seguridad de su equipo fotográfico. A juzgar por la expresión de agonía espiritual que tenía, se habría creído que estaba casado con sus malditos trastos. Aterrizamos; ¡krunf! La nave resbaló febrilmente sobre la panza.

–Yo no sufriría tanto –le dije a Wilson–. Esas cajas con vidrio de botella nunca te fríen un pollo ni te ponen un pastel de fresa junto a la boca.

–No –reconoció–. Es cierto. ¿Qué te parecería si escupo en las agujas?

–Te rompería el cuello –le aseguré.

–¿Te enteras? –dijo significativamente, antes de largarse a averiguar si sus cacharros habían sobrevivido ilesos.

Aplastando la nariz contra la portilla más cercana, estudié lo que alcanzaba a ver del nuevo mundo a través del grueso disco. Era verde. Resultaba increíble que un lugar pudiera ser tan completa y absolutamente verde. El sol, que desde el espacio se veía color prímula, ahora parecía verde muy claro. Lo inundaba todo de luz amarillo-verdosa.

El *Marathon* se encontraba en un calvero en medio de un bosque imponente. La zona circundante era un vergel de verde hierba, plantas, arbustos y bichos. Y el bosque era una masa casi sólida de cosas enormes cuyos tonos variaban de un verde plateado muy claro a un verde muy oscuro y brillante que lindaba con el negro.

Brennand se acercó. Su cara tomó rápidamente un color verde bilioso al recibir la extraña luz. Parecía un espectro.

–Bueno, ahí vamos otra vez –se volvió, borró enseguida la sonrisa y la reemplazó con una expresión de alarma–. ¡Eh, no me vomites encima!

–Es la luz –advertí–. Mírate al espejo. Pareces un trozo de hagi no digerido flotando en las esclusas de un vehículo lunar.

–Gracias –me dijo.

–Te las mereces.

Nos quedamos un rato mirando por la portilla y esperando la llamada general para la conferencia que solía proceder a nuestra primera salida de la nave. Yo contaba con que continuara mi buena racha y sacaran mi nombre del sombrero. A Brennand también le picaban los pies de ganas de apoyarlos en suelo real. Pero la llamada no se produjo.

Finalmente, Brennand se quejó:

–El capitán está lerdo, ¿por qué se retrasa?

–Ni idea.

Volví a mirar su cara de leproso. Era abominable. Su expresión indicaba que él tampoco estaba enamorado locamente de mis rasgos.

–Sabes lo cauteloso que es McNulty –dije–. Supongo que la aventurita en *Mecanistria* le ha convencido de contar hasta cien antes de dar una orden.

–Si –admitió Brennand–. Iré a averiguar qué se cuece.

Se alejó por el corredor.

No pude acompañarle porque en ese momento mi deber era estar atento en la armería. Nunca se sabe cuando vendrán a por lo que hay dentro, y tienen la costumbre de hacerlo a toda velocidad.

Brennand acababa de desaparecer de mi vista cuando llegó la partida exploradora pidiendo a voces su equipo. Eran seis. Molders, un ingeniero; Jepson, navegante; Sam Hignett, nuestro médico negro; el joven Wilson; y dos marcianos, Kli Dreen y Kli Morg.

–Tuviste suerte otra vez –le gruñí a Sam, tirándole su rayo-aguja y artefactos varios.

–Sí, sargento –sus dientes blanquísimos brillaron al sonreír de satisfacción–. El capitán dice que nadie saldrá a pie hasta que hayamos explorado con el bote salvavidas número cuatro.

Kli Morg cogió su arma con un tentáculo largo y serpenteante, le dio unas vueltas con desprecio de la seguridad general y gorjeó:

–Danos a Dreen y a mí los cascos.

–¿Cascos? –miré a los terrestres y a él–. ¿Vosotros queréis trajes espaciales, también?

–No –respondió Jepson–. Lo de ahí fuera está a quince libras y tiene tanto oxígeno que corres cuando crees que estás paseando.

–¡Barro! –saltó Kli Morg–. ¡Igual que barro! Danos nuestros cascos.

Se los di. Estos marcianos están tan condicionados por las tres libras de presión de su planeta de origen que cualquier cosa más pesada o más densa les irrita el hígado, supuesto que lo tengan. Por eso se les permitía usar la compuerta de estribor, donde se mantenía la presión baja a su gusto. Podían soportar una atmósfera más pesada durante un tiempo limitado, pero antes o después se volvían insociables y se comportaban como si les hubieran echado encima todas las penas del mundo.

Les ayudamos a ajustarse los cascos que les cubrían hasta los hombros y a vaciar aire hasta que estuvieron cómodos. Había colaborado por lo menos cincuenta veces en esa tarea y seguía pareciéndome tan estafalaria como al principio. No es justo que la gente se sienta más feliz al respirar a bocanadas cortas.

Jay Score entró en la armería justo cuando yo acababa de adornar a todos los clientes como árboles de Navidad. Apoyó sus ciento cincuenta kilos en la barrera tubular, que crujió inmediatamente. Se separó enseguida. Sus ojos brillaban intensamente en su cara tan impasible como siempre.

–Lo malo de ti es que no conoces tu propia fuerza –le dije, sacudiendo la barrera para ver si se habla estropeado.

Ignoró la observación, se volvió a los otros y les dijo:

–El capitán ordena que seáis especialmente cuidadosos. No queremos que se repita lo que pasó con Haines y su grupo. No voléis a menos de trescientos metros ni os arriesguéis a aterrizar en cualquier parte. Mantened la antecámara funcionando todo el tiempo, los ojos bien abiertos, y volved en cuando descubráis algo digno de mención.

–De acuerdo, Jay –Molders se echó un par de cintas de munición al hombro–. Miraremos donde pisamos.

Salieron. Poco después se separó el salvavidas, con una maullante parodia del sonoro y profundo redoble del *Marathon*. Brennand volvió, se acercó a la portilla y contempló el bote que se perdía de vista.

–McNulty está tan receloso como una solterona con una penitenciaría en el patio trasero –comentó.

–Le sobran razones, y él será quien dé las explicaciones cuando lleguemos a casa.

Pasó una sonrisa traviesa por su cara enfermiza.

–Me di una vuelta por la parte ruidosa y vi que un par de esos vagos de la cuadrilla de popa les habían ganado a todos. No esperaron órdenes. Están afuera ahora mismo, jugando al pato en la roca.

–¿Jugando a qué? –aullé.

–Al pato en la roca –repitió, con maliciosa satisfacción.

Fui a la cola, con Brennand a los talones, sonriendo. Era cierto, dos de esos mecánicos sucios que se encargan de los tubos nos la habían jugado. Debían haberse arrastrado por el principal, antes de que se enfriara del todo. Metidos hasta el tobillo en la vegetación verde, estaban bromeando y tirando chinas a una piedra colocada sobre un peñasco. Al verlos se habría pensado que se trataba de una fiesta escolar.

–¿Lo sabe el capitán?

–No seas tonto –replicó Brennand–. ¿Crees que escogería a ese par de vagabundos sin afeitar para la primera salida?

Uno de ellos se volvió, notó que le estábamos observando. Sonrió mostrando muchas dientes, gritó algo imposible de oír, dio un salto de tres metros en el aire y se golpeó el pecho con una mano mugrienta. Dejó bien claro que la gravedad era baja, el contenido de oxígeno alto, y que él se sentía rebeldemente en forma. La expresión de Brennand sugería que tenía poderosas tentaciones de reptar por el tubo y participar en la juerga.

–McNulty va a despellejar a esos rufianes –dije, ocultando debidamente mi envidia.

–No se les puede culpar. Todavía tenemos la gravedad artificial conectada, la nave está llena de niebla y hemos hecho un viaje larguísimo. Yo mismo sería capaz de ponerme a hacer castillos de arena, si tuviera un cubo y una palito.

–No hay arena.

Cansados de la roca, los fugitivos hicieron una provisión de chinas y fueron hacia un gran arbusto que crecía a unos quince metros de la popa del *Marathon*. Cuanto más se alejaran, más probable era que fueran descubiertos desde la

guardia del capitán, pero les importaba un pimiento. Sabían que McNulty no podía hacer mucho más que echarles un sermón y anotarlos en el cuaderno de bitácora disfrazado de severa reprimenda.

El arbusto tenía cuatro o cinco metros de alto y una gruesa masa de follaje verde brillante al extremo de un tronco delgado y cimbreante. Uno de los dos se adelantó un par de metros, arrojó una piedra y acertó justo en medio del follaje. Lo que ocurrió después fue tan rápido que tuvimos dificultad para seguirlo.

El guijarro dio en las ramas. El arbusto entero se curvó hacia atrás como si el tronco fuera un muelle de acero. Un terceto de criaturas diminutas cayeron en el límite del arco y se perdieron de vista entre la vegetación. El arbusto retornó a la posición anterior, sin cambios, excepto un leve temblor de las ramas más altas.

Pero el que había arrojado la piedra yacía boca abajo. Su compañero, tres o cuatro pasos más atrás, se había parado y miraba boquiabierto, como petrificado por algo absolutamente inesperado.

—¡Eh! —dijo Brennan—. ¿Qué pasa ahí?

Fuera, el caído se movió, se dio la vuelta, se sentó y empezó a quitarse cosas. Su compañero se acercó y le ayudó. A la nave no llegaba ningún sonido, así que no podíamos oír lo que hablaban ni los tacos que seguramente estaban usando. Terminado el proceso de quitar cosas, el caído se puso de pie. Le fallaba el equilibrio y el otro tuvo que sostenerle para volver a la nave. Tras ellos, el arbusto tenía el mismo aspecto inocente de antes; sus temblores habían cesado.

A mitad de camino hacia el *Marathon* el de la piedra vaciló y se puso pálido, luego se mojó los labios y se cayó. El otro lanzó una mirada ansiosa al arbusto, como si no le hubiera sorprendido que cargara contra ellos. Se agachó, se echó a su compañero al hombro y fue hacia la compuerta central. Jay Score le encontró antes de que hubiera llevado su carga veinte pasos. Jay Score tomó el cuerpo yerto y lo llevó con facilidad. Corrimos a proa a averiguar lo sucedido.

Jay pasó a nuestro lado y entró con su carga en la diminuta clínica, donde Wally Simcox, el ayudante de Sam, empezó a trabajar. El camarada de la víctima estaba en la puerta con cara de enfermo. Pareció más enfermo todavía cuando llegó el capitán McNulty y le clavó una mirada acusadora antes de pasar al interior.

Medio minuta después, el capitán asomó la cara roja y colérica.

—Vayan a decirle a Steve —ladró— que llame enseguida al bote; necesitamos a Sam urgentemente.

Corrí al cuarto de radio y di el mensaje. Las cejas de Steve dieron un paseo por su cara mientras movía una palanquita y acunaba un micrófono contra el pecho. Se comunicó con el salvavidas y escuchó la respuesta.

—Vuelven de inmediato.

Regresé y le pregunté al entusiasta del pato en la roca:

—¿Qué pasó, estúpido?

Se contrajo.

–El arbusto lo tomó por diana y llenó de dardos el lugar donde estaba. Largos, finos como espinas. Por toda la cabeza y el cuello y a través de la ropa. Uno le atravesó la oreja. Por suerte no le dieron en los ojos.

–¡Demonios! –exclamó Brennand.

–Unos cuantos pasaron a mi izquierda y cayeron seis metros más atrás. Tenían bastante fuerza; los oía zumbar como abejas furiosas –tragó saliva–. Debe haber arrojado cien o más.

Entonces salió McNulty, con expresión más bien fiera.

–¡Ya me ocuparé de usted más tarde! –le dijo muy lenta y deliberadamente al fugitivo.

La mirada que acompañó a las palabras le habría quemado los pantalones a un policía del espacio. Observamos su rechoncha figura desfilando por el corredor.

La víctima, con evidente amargura, se largó a toda marcha a su puesto en la popa. Al minuto siguiente el bote describió un círculo completo sobre nosotros y descendió con un silbido agudo. La tripulación entró en manada al *Marathon* mientras resonaban las grúas que acomodaban las doce toneladas del bote dentro de la nave.

Sam pasó una hora en la clínica y salió meneando la cabeza.

–Ha terminado. No pudimos hacer nada por él.

–¿Quieres decir que... ha muerto?

–Sí. Los dardos tenían un poderoso veneno alcalino. Es virulento. No disponemos de antídoto. Coagula la sangre, como el de las víboras –se pasó cansadamente la mano por el pelo rizado–. Detesto tener que comunicárselo al capitán.

Le seguimos en dirección a proa. Pegué el ojo a la mirilla de la compuerta de estribor, al pasar, para echar un vistazo a los marcianos. Kli Dreen y Kli Morg jugaban al ajedrez y otros tres los observaban. Como de costumbre, Sug Farn roncaba en un rincón. Hace falta ser marciano para aburrirse con las aventuras y sudar de emoción con un juego lento como el ajedrez. Siempre tuvieron una escala de valores invertida.

Conservando un ojo en el tablero, Kli Dreen dirigió el otro a mi cara. Esa manera de mirar en dos direcciones me eriza la piel. Tengo entendido que los camaleones pueden girar los ojos independientemente, pero no hay camaleón que pueda llevar eso al extremo de hacerte nudos en tus propios nervios ópticos. Corrí tras Brennand y Sam. Había un fuerte olor a jaleo por aquel extremo.

El capitán se disparó al oír el informe de Sam. Su voz resonaba fuertemente por la puerta entreabierta.

–Apenas aterrizamos y ya hay que registrar una baja... imprudencia temeraria, más que una chiquillada idiota... flagrante desprecio por las normas

establecidas... pura indisciplina –hizo una pausa para tomar aliento–. Con todo, la responsabilidad es mía. Jay, llamada general.

La llamada general aulló cuando Jay apretó el botón. Entramos nosotros, poco después los demás y por último los marcianos. Mirándonos con aire de autoridad ultrajada, McNulty nos echó un largo sermón.

Habíamos sido escogidos especialmente para tripular el *Marathon* porque se nos consideraba como individuos fríos, calculadores, bien disciplinados, maduros, que ya habían sido destetados y superado entretenimientos infantiles como el pato en la roca.

–O el ajedrez –agregó, con tono evidentemente resentido.

Kli Dreen se sobresaltó y miró a su alrededor para comprobar si sus congéneres tentaculados habían oído la increíble blasfemia. Un par de ellos gorjearon en voz baja mientras se les calentaba lo que tienen en vez de sangre.

–Miren –continuó el capitán, dándose cuenta subconscientemente de que habla escupido en el agua bendita de alguien–, no soy un aguafiestas, pero es preciso hacer hincapié en que hay un tiempo y un lugar para cada cosa –los marcianos se calmaron un poco–. Y por eso –continuó McNulty– quiero que siempre estén...

Le interrumpió el chillido de un teléfono. Había tres sobre su escritorio. Los miró boquiabierto como quien tiene muchas razones para dudar de sus oídos. Nos miramos para ver si faltaba alguien. No debería faltar; una llamada general es para toda la dotación de la nave.

McNulty decidió que contestar el teléfono sería el modo más sencillo de resolver el misterio. Cogió el aparato, emitió un ronco e incrédulo .¿Sí? Otro teléfono siguió sonando, demostrándole que habla elegido mal. Soltó el que tenía en la mano, tomó otro y repitió el monosílabo.

El teléfono hizo ruiditos contra su oreja mientras sus rasgos sufrían las más extrañas contorsiones.

–¿Quién? ¿Qué? ¿Por qué se despertó? –los ojos se le salían de las órbitas–. ¿Alguien llamando a la puerta?

Dejó el teléfono, rumió un poca, ligeramente atónito, y luego dijo a Jay Score:

–Era Sug Farn. Se queja de que le están estropeando la siesta unos martillazos en el tornillo de la compuerta de estribor –se desplomó en una silla, respirando asmáticamente; sus ojos salientes miraban en derredor, descubrieron a Steve Gregory–. Por el amor de Dios, hombre, controle esas cejas –le espetó.

Steve alzó una, bajó la otra, dejó caer la mandíbula y trató de parecer contrito. El resultado fue imbécil. Inclinandose sobre el capitán, Jay Score le habló en voz baja y suave. McNulty asintió cansinamente. Jay se irguió y nos habló.

–Muy bien, volved a vuestros puestos. Es mejor que los marcianos se pongan los cascos. Instalaremos un pom-pom en esa compuerta y apostaremos la tripulación del bote salvavidas armada al lado. Después abriremos la compuerta.

Eso era bastante sensato. Se podía ver a cualquiera que se acercara a la nave a plena luz, pero no cuando ya estaban al lado; las portillas no permitían un ángulo de observación suficiente, de modo que lo que estuviera justamente bajo la compuerta quedaría protegido por la nave.

Nadie cometió la falta de tacto de mencionarlo, pero el capitán se había equivocado al convocar la reunión sin dejar guardia. A menos que los martillantes quisieran alejarse de la puerta que aporreaban, no teníamos manera de echarles la vista encima sin abrir. No íbamos a entretenernos en preparar la comida y hacer las camas antes de descubrir lo que había fuera, sobre todo después de la fea experiencia con máquinas hostiles que habían empezado a dismantelar la nave en nuestras propias narices.

Bien, sacaron al soñoliento Sug Farn de su rincón y le enviaron a por su casco. Colocamos el pom-pom con su cañón central alineado con el centro del tomillo. Algo dio media docena de golpes fuertes en el exterior. A mí me sonó como una serie de pedradas.

Lentamente, la puerta se deslizó a lo largo del tornillo y se abrió. Entró una brillante luz verdosa y una corriente de aire que me hizo sentir como un hipopótamo rebosante de salud. Al mismo tiempo, el sucesor del viejo Andrew, el Ingeniero Jefe Douglas, desconectó la gravedad artificial y todos nos encontramos con dos tercios del peso normal.

Contemplamos esa abertura verde con tal ansiosa intensidad que resultaba fácil imaginarse un féretro de metal animado apareciendo de repente, con las lentes frontales iluminadas de fría enemistad.

Pero no se oyó ningún rechinar de máquinas escondidas, ningún ruido amenazador de brazos y piernas metálicos, nada más que el suspiro de ese viento extrañamente vigorizante al pasar entre árboles lejanos, el murmullo de la hierba y un redoble lejano, raro e inidentificable que podía haber salido de tambores de la jungla.

El silencio era tan profundo que la respiración de Jepson sonaba muy fuerte junto a mi hombro. El artillero del pom-pom se agazapó en su asiento, con la vista clavada en las miras, en dedo en el gatillo y las cintas de reserva preparadas a ambos lados. Los tres encargados del pom-pom entretenían la espera mascando chicle.

Entonces escuché unas suaves pisadas de alguien que se movía sobre la hierba, inmediatamente debajo de la compuerta.

Todos sabíamos que a McNulty le daría un patatús si alguien osaba acercarse al borde. Guardaba molestos recuerdos de la última vez que alguien lo hizo y fue arrebatado. Así que nos quedamos quietos como una pandilla de momias, esperando.

A poco se oyó un galimatías quejumbroso bajo la abertura. De inmediato, una roca lisa del tamaño de un melón voló por el agujero, erró a Jepson por dos dedos y se estrelló contra la pared del fondo.

Despreocupándome del capitán, me harté, sujeté mi arma con la mano derecha y avancé medio agachado por la pasarela que cruzaba la rosca de la compuerta. Al llegar al borde, a tres metros sobre el suelo, asomé mi curiosa cabeza. Molders había venido tras de mí. El redoble amortiguado sonaba más claro que nunca, pero tan inidentificable como antes.

Debajo había un grupo de seis seres, sorprendentemente humanos a primera vista. El mismo tipo de cuerpo, iguales miembros y dedos, rasgos similares. La mayor diferencia era que su piel era gruesa y arrugada, de un verde indefinido, y que les sobresalía del pecho desnudo un órgano raro, parecido a un crisantemo. Tenían los ojos negros como el azabache y se movían con la agilidad de un mono.

A pesar de esas diferencias, nuestra similitud superficial era tan sorprendente que me quedé mirándolos con la boca abierta mientras ellos me contemplaban a mí. Luego uno de ellos gritó algo con el tono cantarín de un chino excitado, balanceé el brazo derecho e hizo lo posible por vaciarme el cráneo. Me agaché y oí y sentí el proyectil pasar junto a mi pelo. Molders también lo esquivó, apoyándose en mí sin querer. La cosa golpeó en el interior. Vi a alguien soltar un florido juramento, perdí el equilibrio y caí afuera. Aferrando el arma, caí sobre verde blando, di una vuelta y quedé de pie. Esperaba ver en cualquier momento una lluvia de meteoros agujereándome. Pero el sexteto ya no estaba. Se encontraban a quince metros y alejándose de prisa hacia el refugio del bosque con saltos largos y ágiles que habrían avergonzado a un canguro hambriento. Habría sido fácil majar a uno o dos, pero McNulty me habría crucificado por ello. Las leyes de Tierra son estrictas sobre el tratamiento de los aborígenes extraterrestres.

Molders salió de la compuerta, seguido por Jepson, Wilson y Kli Yang. Wilson llevaba su cámara de ojo de lechuza con un filtro sobre el objetivo. Estaba loco de entusiasmo.

—Los cogí desde la cuarta portilla. Hice dos fotos cuando se largaban.

—¡Hum! —Molders miró alrededor; era un grandote flemático con más pinta de cervecero escandinavo que de hombre del espacio—. Sigámoslos hasta el borde de la jungla.

—Buena idea —acordó Jepson de buena gana; no se habría mostrado tan entusiasmado si hubiera sabido lo que le esperaba; golpeando con los pies el suelo cubierto de hierba, aspiró una bocanada de aire rico en oxígeno—. Es nuestra oportunidad de dar un paseo legítimo.

Partimos sin demora, sabiendo que el capitán no tardaría mucho en empezar a gritar que volviésemos. No hay hombre más difícil de convencer de que hace falta correr riesgos y de que las bajas son el precio del conocimiento, ni hombre que vaya tan lejos para hacer tan poco una vez llegado.

Los seis verdes se detuvieron al borde de la selva y desde allí observaron con recelo. Habían corrido velozmente en campo abierto, pero no eran tan rápidos a la sombra de los árboles, que parecían darles confianza. Uno de ellos se volvió, se dobló en dos y nos hizo momos por entre las rodillas. Era absurdo, sin finalidad ni sentido.

–¿Y eso a qué viene? –gruñó Jepson, mirando con desagrado la cara que le hacía muecas debajo de un trasero arrugado.

–Lo he visto antes –informó Wilson con una risita obscena–. Es un gesto de burla, descrito a veces como la despedida del árabe a su corcel. Debe ser popular a escala cósmica.

–Si me hubiera dado prisa podría haberle escaldado la sentadero –dijo Jepson, dolorido. Entonces metió un pie en un haya y se fue de bruces.

Las verdes, entre gritos de alegría, arrojaron una andanada de piedras que no acertaron el blanco. Echamos a correr, dando grandes saltos. La gruesa capa de aire no afectaba la baja gravedad, al pesar igual en todas direcciones; nuestro peso era bastante menor que en la Tierra, así que batimos las marcas de los campeones olímpicos de salto.

Cinco de los verdes desaparecieron entre los árboles. El sexto trepó como una ardilla por el tronco del más próximo. Su comportamiento inducía a pensar que, por alguna razón desconocida, consideraban los árboles como refugio seguro contra todos los ataques.

Nos detuvimos a unos veinticinco metros de ese árbol. Podían estar esperándonos con una carga monstruosa de dardos. Teníamos pensamientos sombríos de lo que había hecho un arbusto comparativamente pequeño. Separados, listos para el cuerpo a tierra al menor movimiento anormal, nos aproximamos con cautela. No pasó nada. Más cerca. Nada aún. De esta forma llegamos bajo las enormes ramas y cerca del tronco. Del árbol o de su corteza emanaba una extraña fragancia, entre piña y canela. El redoble misterioso que oyéramos antes sonaba más fuerte que nunca.

Era un árbol imponente. Su tronco verde oscuro, de corteza fibrosa y más de dos metros de diámetro se elevaba unos ocho metros antes de abrirse en ramas largas y fuertes terminadas en una gran hoja espatulada. Mirando aquel tronco se hacía difícil saber cómo había trepado por él nuestra presa, pero lo había hecho como un maestro.

De todos modos, no pudimos verle. Dimos veinte vueltas al tronco con cuidado, mirando las grandes ramas, entre las que se filtraba la luz verde formando un dibujo de mosaicos. Ni rastros de él. No había dudas de que estaba ahí, pero no podíamos localizarle. Era imposible que hubiera pasado de ese árbol al más próximo, o que hubiera bajado sin ser observado. Entre todos veíamos bien aquel pedazo de madera rara, a pesar de la extraña luz, pero cuanto más mirábamos más invisible resultaba.

–¡Es un misterio! –exclamó Jepson, separándose bastante del tronco en busca de un ángulo mejor.

Con un sonoro ¡suuush!, la rama que estaba sobre su cabeza bajó. Me pareció oír el grito de triunfo del árbol cuando el golpe puso alas a mi imaginación.

La hoja espatulada dio de lleno en la espalda de Jepson, y una vaharada del olor piña-canela inundó el lugar. Con idéntica velocidad, la rama retornó a su posición original, llevándose a su víctima. Maldiciendo como un mecánico de popa

borracho, Jepson ascendió con la hoja, luchando furiosamente mientras nos juntábamos en un racimo atónito debajo. Veíamos que estaba pegado al envés de la hoja y que se iba cubriendo poco a poco de un pegote espeso, amarillo verdoso, mientras forcejeaba. Esa cosa debía ser cien veces más pegajosa que la mejor cola de cazar pájaros.

Le gritamos a coro que se quedara quieto antes de que la porquería mortal se le pegara a la cara. Tuvimos que usar un buen montón de decibelios y algunos epítetos vergonzosos para atraer su atención. Ya tenía la ropa cubierta de pegote y el brazo izquierdo inmovilizada a un costado. Era una verdadera facha. Si le llegaba a la nariz y la boca, se quedaría ahí y se asfixiaría.

Molders hizo un decidido intento de trepar por el tronco y lo encontró imposible. Se apartó para mirar hacia arriba y volvió rápidamente al observar otra hoja preparada a administrarle una dosis de lo mismo.

El lugar más seguro era debajo del infortunado Jepson. A unos seis metros de altura, el pegote avanzaba poco a poco sobre su presa; calculé que en media hora estaría totalmente cubierto, en menos tiempo si se movía. Mientras tanto, el redoble continuaba como si estuviera contando sonoramente los últimos momentos del condenado. Me hizo pensar en tambores de la jungla oídos a través de paredes gruesas.

—Cuanto más tiempo perdamos peor será —dijo Wilson, haciendo un ademán en dirección al *Marathon*, un dorado cilindro a quinientos metros de distancia—. Vámonos de prisa por cuerdas y perros de acero. Le bajaremos enseguida.

—No —decidí—. Lo haremos mucho más pronto.

Di unas patadas para comprobar la elasticidad y el acolchado del suelo. Satisfecho, apunté mi rayo-aguja al punto de unión entre la rama y la hoja de Jepson.

Al verme, él soltó un berrido:

—¡Espera, estúpido descerebrado! Me vas a...

El rayo se disparó a plena fuerza. La hoja cayó y el árbol se volvió loco. Jepson cayó seis metros a la increíble velocidad de dos zafiedades por cada treinta centímetros. Con la hoja aún pegada al lomo, aterrizó entre chillidos y un chorro de consideraciones macabras. Todos estábamos aplastados contra el suelo y tratábamos frenéticamente de enterrarnos más, mientras el árbol azotaba con violencia y sed de venganza en su hojas espatuladas.

Una rama tesonera seguía golpeando con su hoja a menos de un metro de mi cabeza, mientras yo intentaba meter la susodicha calabaza bajo tierra. Oía el trallazo con rítmica regularidad y sentía el olor de piña y canela en el aire. Me hizo sudar la idea de cómo sufrirían mis pulmones, se me saltarían los ojos y me estallarían el corazón si recibía una buena ración de aquella pasta en la cara. Prefería morir por un rayo aguja.

Después de un rato, el árbol cesó en su insensato castigo y quedó inmóvil, como un gigante dormido que puede despertarse furioso en cualquier momento.

Gateamos hasta Jepson y lo arrastramos a una zona segura, tirando de la hoja a la que estaba adherido.

No podía caminar, pues tenía las botas y las perneras de los pantalones pegadas una a la otra. El brazo izquierdo estaba igualmente asegurado a su costado. Se encontraba en una situación apuradísima y maldecía sin parar ni para tomar resuello. Antes de eso no había sospechado nunca tal fluidez en él. Pero lo llevamos a la seguridad del calvero y fue ahí donde recité las pocas palabras que él había dejado sin mencionar.

Impasible como siempre. Molders no dijo nada, conformándose con escucharnos a Jepson y a mí. Molders me había ayudado en el arrastre y ahora ninguno de los dos se podía soltar. Habíamos quedado adheridos a la víctima original, unidos como hermanos pero sin hablarnos como hermanos, ni llenos de nada parecido al amor fraternal.

No tuvimos otro remedio que cargar con Jepson, con nuestras manitas pegadas en las partes más inconvenientes de su anatomía. Eso significaba que había que llevarlo horizontal y boca abajo, como a un marinero borracho. Seguía adornado por la hoja. Continuaba recitando, siendo los errores biológicos el tema de su apasionada conferencia.

El joven Wilson no contribuía precisamente a hacer la tarea más fácil ni más agradable, pues encontraba diversión en las desgracias ajenas. Nos seguía entre risitas, sin dejar en paz la cámara, que le habría encajado en el gznate con gran placer de mi parte. Estaba indecentemente feliz de no tener goma encima.

Jay Score, Brennand, Armstrong, Petersen y Drake salieron a nuestro encuentro cuando cruzábamos torpemente el prado. Miraron a Jepson con curiosidad y le escucharon con mucho respeto. Les advertimos que no tocaran. No estábamos exactamente de buen humor cuando llegamos al *Marathon*. El peso de Jepson era dos tercios del normal, pero tras quinientos metros parecía un mamut engomado.

Lo depositamos en la hierba bajo la puerta abierta, sentándonos a la fuerza a su lado. El redoble seguía sonando. Jay entró en la nave y trajo a Sam y Wally para ver que podían hacer con el súper-adhesivo. La cosa ya se había endurecido. Sentía las manos y los dedos como si me las hubieran incluido en *glasita*.

Sam y Wally probaron con agua fría, agua tibia, agua caliente y agua muy caliente, sin resultado. El ingeniero jefe Douglas ensayó con una botella de combustible de cohetes que usaban a veces como quitamanchas, para pulir bronce, matar insectos y en fricciones para su lumbago. Servía para dieciocho cosas, más, según él. Pero no disolvía el pegote.

Después recurrieron a una gasolina especial que tiene Steve Gregory para su antigualla de encendedor. Perdieron el tiempo. La gasolina se comía la goma y alguna otra cosa, pero no eso.

—¡No aflojéis, amigos! —nos animó Wilson, entre carcajadas. Jepson enseguida expresó dudas sobre la validez del certificado de matrimonio de su madre, en el caso de que lo tuviera. Yo seguí con los abuelos. Jepson pasó al tema, altamente explotable, de la inexistente progenie de Wilson. Molders seguía callado y plácido,

con las manos aprisionadas en vidrio verde amarillento—. Sí que estáis empantanados —continuó Wilson, con falsa compasión.

Volvió Sam con yodo. No resultó, pero causó una espuma rara en la superficie del pegamento y un hedor espantoso. Molders permitió que su rostro mostrara un leve disgusto. El ácido nítrico diluido hizo burbujas sobre el pegote endurecido, pero nada más. Era peligroso, para colmo.

Sam fue en busca de algún otro solvente y se cruzó con Jay Score, que venía a ver como nos iba. Jay tropezó, cosa rarísima en él, considerando su sobrehumano sentido del equilibrio. Su mole empujó accidentalmente la espalda del joven Wilson, y ese mono sonriente cayó entre las piernas de Jepson, donde el pegote debía haberse conservado lo suficientemente blando.

Wilson se debatió, vio que se pegoteaba todo, cambió de actitud al ver la inutilidad de sus esfuerzos. Jepson le dedicó una carcajada sardónica a cambio de una mirada asesina.

Jay recogió la cámara caída, la balanceó en una de sus potentes manos, y dijo, impasiblemente contrito:

—Es la primera vez que tropiezo. Mala suerte.

—¡Suerte, un cuerno! —bramó Wilson, deseando que Jay se convirtiera en un charquito de hojalata fundida.

En ese momento volvió Sam con un botellón de vidrio y echó unas gotas sobre mis manos encerradas. La repugnante cosa verde se hizo baba y mis manos quedaron libres.

—Amoníaco —informó Sam. No necesitaba decirlo, el olor era bien evidente. Era un solvente excelente y pronto quedamos limpios.

Di tres vueltas a la nave persiguiendo a Wilson. Tenía la ventaja de unos años menos y era demasiado veloz para mi. Abandoné, sin aliento. Ibamos a subir a bordo y contarle nuestra aventura al capitán otra vez. Se podían ver las mortíferas hojas azotando el aire y oír los violentos trallazos, incluso desde esa distancia. Estudiamos el espectáculo, intrigados. Entonces habló Jay Score, con tono duro y metálico.

—¿Dónde esté Kli Yang?

Nadie lo sabía. No estaba con nosotros cuando arrastramos a Jepson. La última vez que recordaba haberle visto fue cuando estábamos bajo el árbol y sus ojos de plato me daban escalofríos al observar a la vez dos ramas opuestas.

Armstrong se metió en la nave y volvió con la noticia de que Kli Yang no estaba a bordo. Con los ojos tan protuberantes los como los del marciano perdido, el joven Wilson dijo que no recordaba haber visto a Kli Yang salir de la selva. Salimos, disparados hacia el árbol, que continuaba agitándose como una cosa enloquecida liada en sus propias raíces.

Al llegar al monstruoso vegetal, hicimos un círculo fuera del alcance de las hojas y buscamos al marciano envuelto en goma.

No era así.

Estaba a doce metros de altura, con cinco de sus poderosos tentáculos abrazando el tronco y los otros cinco alrededor del nativo verde. El cautivo se debatía salvaje e inútilmente, chillando sin interrupción algo ininteligible.

Kli Yang bajó con cuidado. Por su aspecto y sus movimientos, parecía un cruce imposible entre un profesor universitario y un pulpo educado. Con los ojos saltones de terror, el indígena golpeaba el casco-hombreira de Kli. Kli, impertérrito ante esta hostilidad, llegó a la rama que había atrapado a Jepson y no bajó más. Sin soltar al verde, a pesar de sus enérgicas protestas, continuó por la rama fustigante hasta el lugar donde había caído la hoja. El y el nativo estaban siendo sacudidos en arcos de seis metros.

Calculó bien y se soltó en el punto inferior de un movimiento descendente y se alejó a distancia segura antes de que pudiera alcanzarle otro latigazo. Se oyeron voces en alguna parte cercana de la selva y un objeto ligeramente similar a un coco verde azulado voló de las sombras y se rompió a los pies de Drake. El extraño proyectil era tan delgado y frágil como una cáscara de huevo, tenía la superficie interior blanca y no parecía contener nada de nada. Sin hacer caso de los gritos ni de la bomba que no era bomba, Kli Yang llevó a su cautivo al *Marathon*.

Drake se demoró un momento, echó una curiosa mirada al coco o lo que fuera, pateó despreciativamente la cáscara rota. Al mismo tiempo recibió a toda potencia algo que flotó de los pedazos; con las mejillas hundidas y los ojos en blanco, retrocedió a toda prisa. Entonces se sacudió de náuseas. Los espasmos fueron tan violentos que se cayó al recular. Conservamos la cabeza lo suficiente para recogerle y salir tras Kli Yang sin curiosear en lo que le había atacado. Vomitó durante todo el recorrido y sólo se recuperó al llegar junto a la nave.

–¡Qué barbaridad! –resopló, agarrándose la cintura–. Qué olor más abominable. En comparación con eso, la mofeta es la rosa del reino animal –se limpió la boca–. Me puso el estómago patas arriba.

Fuimos a ver a Kli Yang, cuyo cautivo había sido llevado a la cocina para una comida de paz.

–No fue tan difícil subir al árbol–dijo Kli, arrastrando el yelmo–. Daba latigazos, pero no podía alcanzar su propio tronco –oliscó con desdén y se frotó la cara plana con la punta flexible de un gran pináculo–. No sé como vosotros, bípedos primitivos, podéis tragar esa sopa que llamáis aire. ¡Podría nadar!

–¿Dónde encontraste al verde, Kli? –preguntó Brennan.

–Estaba pegado al tronco, a más de doce metros. Su delantera se adaptaba perfectamente a una oquedad de la corteza, y su espalda combinaba tan bien con el tronco que no pude verle hasta que se movió cuando me acerqué –recogió el casco–. Un notabilísimo ejemplo de camuflaje natural –mirando el casco con un ojo, dirigió el otro a Brennan e hizo un gesto de disgusto–. ¿Y si redujeráis la presión en alguna parte donde las formas superiores de vida puedan vivir en paz y comodidad?

–Vaciamos la compuerta de babor –prometió Brennan–. Y no te pongas tan altanero conmigo, caricatura de una araña de goma.

–¡Bah! –replicó Kli Yang, con gran dignidad–. ¿Quiénes inventaron el ajedrez y no pueden distinguir un peón blanco de una torre negra? ¿Quiénes son incapaces de jugar al pato en la roca sin meterse en líos? –tras esa referencia a la ineptitud terrestre, se colocó el casco y me hizo señas de que se lo ajustara–. ¡Gracias! –dijo por el diafragma.

Ahora era cuestión de averiguar algo sobre el verde.

El capitán McNulty en persona entrevistó al indígena. Sentado noblemente tras su escritorio de metal, contemplaba al inquieto cautivo con una mezcla de pomposidad y benevolencia. El nativo estaba de pie, saltándosele los ojos de puro miedo. Al verlo de cerca noté que llevaba un taparrabos del color de su piel. Lo espalda era bastante más oscura que la delantera, más tosca y fibrosa, con pequeños módulos distribuidos de forma irregular, una simulación perfecta de la superficie del tronco donde se habla refugiado. Hasta el taparrabos era más oscuro detrás que delante. Tenía los pies anchos y descalzos, con dedos de dos articulaciones y casi tan largos como los de las manos. No llevaba otra ropa ni armas. El peculiar crisantemo del pecho atrajo la atención general.

–¿Ha comido? –preguntó el capitán muy solícito.

–Se le ofreció comida –le dijo Jay–. La rechazó. No quiso tocarla. En mi opinión, lo único que desea es volver a su árbol.

–Humm –gruñó McNulty–. Cada cosa a su debido tiempo –poniendo cara de tío benevolente, dijo al nativo–: ¿Cómo te llamas?

El verde entendió el tono de interrogación, agitó los brazos y soltó una parrafada intraducible. Habló y habló, marcando su perorata con muchos gestos enfáticos pero incomprensibles. El lenguaje era líquido y cantarín.

–Ya veo –murmuró McNulty al agotarse el chorro de palabras; miró inquisitivamente a Jay Score–. ¿Será telepático este individuo, como aquellas langostas?

–Lo dudo mucho. Yo le adjudicaría el nivel mental de un pigmeo del Congo, o quizás inferior. No posee una simple lanza siquiera, y menos aún arco y flechas, o cerbatana.

–Opino lo mismo. Su inteligencia no parece muy notable –conservando su aire paternal, McNulty continuó–: No tenemos una base común para que nos comprenda por ahora, supongo que habrá que crearla. Escogeremos nuestro mejor lingüista y le pondremos a aprender los rudimentos del lenguaje de este individuo y a que le enseñe el nuestro.

–Permítame intentarlo –sugirió Jay–. Tengo la ventaja de una memoria mecánica.

Se acercó al indígena verde, moviendo silenciosamente su enorme y bien proporcionado cuerpo sobre las almohadillas de espuma de goma de sus pies. Al

nativo no le gustó su tamaño ni su sigilo, y tampoco aprobó los ojos brillantemente iluminados. Se fue alejando de Jay hasta pegarse a la pared, dirigiendo fugaces miradas a uno y otro lado, buscando vanamente una vía de escape.

Jay se detuvo al notar el miedo del otro y se dio una palmada en la cabeza que habría separado la mía del cuello.

–Cabeza –dijo; hizo el mismo ademán media docena de veces, repitiendo–: ¡Cabeza, cabeza!

El verde no podía ser tan estúpido.

–Mah –dijo, vacilante.

–¿Mah? –preguntó Jay, tocándose la cabeza de nuevo.

–¡Bia! –balbuceó el otro, recuperando en parte su compostura–

–Es facilísimo –aprobó McNulty, empezando a gloriarse de su habilidad lingüística–. Mah, cabeza; bia, sí.

–No necesariamente –le contradijo Jay–. Depende de como haya traducido su mente mi acción. Mah podría significar cabeza, cara, cráneo, hombre, pelo, dios, mente, pensamiento, alienígena, e incluso el color negro. Si compara mi pelo con el suyo, mah significaría negro, y bia verde, y no sí.

–Oh, no había pensado en eso –el capitán parecía aplastado.

–Tendremos que continuar con el no merito hasta haber acumulado suficientes palabras para formar frases de estructura simple. Entonces podremos deducir más significados sobre el contexto. Deme dos o tres días.

–Adelante, entonces. Haga lo posible, Jay. No podemos pretender hablar su jerigonza en cinco minutos, no es razonable.

Jay se llevó al cautivo a la salita de descanso y llamó a Minshull y Petersen. Pensó que igual podían aprender tres que uno. Tanto Minshull como Petersen sobresalían en idiomas, hablaban ido, esperanto, venusiano, alto marciano y bajo marciano, especialmente el bajo. Eran los únicos capaces de tener una bronca con los maniáticos del ajedrez en su propia lengua.

Encontré a Sam en la armería, esperando para entregar el material que se habla llevado.

–¿Qué visteis desde el bote, Sam? –le pregunté.

–No mucho. Estuvimos muy poco tiempo fuera. No hicimos más que ciento noventa kilómetros. Selva, selva y selva, con algún claro que otro. Un par de calveros eran grandes, del tamaño de condados, El de mayor tamaño que vimos estaba junto a un lago largo y azul. Vimos varios ríos y arroyos.

–¿Alguna señal de vida superior?

–Ninguna –señaló a la salita donde Jay y los otros estaban interrogando al nativo, o intentándolo–. Parece que debería existir vida superior, pero desde arriba no se

observa. Todo queda oculto bajo el follaje. Wilson está revelando su rollo con la esperanza de encontrar algo que se nos escapara. Dudo que haya nada notable en la película.

–Bueno, ciento noventa kilómetros en una dirección no son bastantes para juzgar a un mundo entero. Yo no me dejo engañar, desde que aquel tío me vendió una lata de pintura a rayas.

–¿No salía?

–La apliqué al revés –le dije.

Fue en medio de ese chiste venerable cuando se me ocurrió una idea genial. Corrí al cuarto de radio. Steve Gregory estaba sentado junto a sus aparatos, tratando de parecer ocupado en no hacer nada. Yo iba dispuesto a paralizarle con la brillantez de mi onda cerebral.

Mientras Steve arqueaba una ceja, le dije:

–¿Qué tal si pasaras el peine fino por las bandas?

–¿Qué tal si te peinaras tú? –replicó, frunciendo el ceño.

–Estoy bien peinado. ¿Recuerdas aquellos silbidos raros, y las cascadas que oímos en Mecanistria? Pues bien, si hay vida superior en esta bola de tierra, a lo mejor saben hacer ruidos. Podrías detectarlos.

–Seguro –dejó sus espesas cejas quietas, por una vez, pero lo estropeé moviendo las orejas–. Si estuvieran transmitiendo.

–¿Por qué no vas y lo averiguas? Sería útil. ¿A qué esperas?

–Mira –dijo con cierta deliberación–. ¿Tienes todas las armas cargadas, limpias y prepararlas para la acción?

–Claro que sí. Siempre están a punto. Es mi trabajo.

–¡Y este es el mío! –sacudió otra vez las orejas–. Llegas con unas cuatro horas de retraso. Repasé todo el éter en cuanto aterrizamos y no encontré más que un siseo no modulado en los doce metros con tres. Es la descarga característica de Rigel y venía de la misma dirección. ¿Crees que me paso la vida roncando como Sug Farn?

–No, no. Lo siento, Steve, creí que era una idea brillante.

–Bueno, no te preocupes, sargento –dijo con amabilidad–. Cada hombre con su trabajo, y cada mecánico de popa con su mugre –movió lentamente los diales de sus selectores.

El altavoz carraspeó como si se estuviera aclarando la garganta y anunció en tono agudo:

–¡Pip•pip•wop! ¡Pip•pip•wop!

Nada podía haberse calculado mejor para alterar la serenidad de sus cejas. Juro que después de llegar al pelo siguieron viaje y se alojaron debajo del cuello de su camisa.

–Morse –dijo, con el tono quejumbroso de un niño herido.

–Siempre creí que el Morse era un código terrestre –comenté–. De todos modos, si es Morse, podrás traducirlo –hice una pausa, dominado por el altavoz con su ¡Pip•piper•piiiip•wop! y terminé–: Cada gallo a su gallinero.

–No es Morse –rectificó–. Pero son señales de chispa –podía haber fruncido el seño si no le hubiera llevado demasiado tiempo traer las cejas de vuelta a su sitio. Echándome una de esas miradas trágicas que se ven a veces, cogió un papel y empezó a anotar los impulsos.

Había que ocuparse de los trajes, cargadores y demás, así que le dejé, volví a la armería y continué con mi trabajo. El seguía enredado cuando obscureció. Soy de su grupo también, pero no por mucho tiempo.

Cayó el sol; los rayos largos y verdosos fueron desapareciendo del cielo. Se tendió su sudario violeta sobre el bosque y el claro. Yo iba por el corredor hacia la cocina cuando se abrió la puerta de la salita y salió el nativo verde. Tenía cara de desesperación, y movía las piernas como si le esperaran mil premios internacionales.

Oí el grito de Minshull, en la sala, cuando el indígena caía en mis brazos. El verde se escurría como una anguila, me golpeó por todas partes, trató de emplear sus pies descalzos para separarme las piernas del tronco. Su áspero cuerpo exudaba un olor a piña y canela.

Los otros salieron corriendo, le apresaron y le hablaron hasta que se calmó un poco. Con los ojos llenos de ansiedad, parloteó excitadamente, haciendo gestos de urgencia y agitando los brazos leñosos de una forma que me recordó la de las ramas azotando el aire. Jay consiguió tranquilizarle con palabras vacilantes. Habían aprendido las suficientes para un entendimiento básico, aunque no para comprender a la perfección. Con todo, se las arreglaban.

–Creo que lo mejor será que le digas al capitán que quiero soltar a Kala –dijo Jay a Petersen.

Petersen se largó y volvió al minuto.

–Dice que hagas lo que creas más conveniente.

Jay condujo al nativo hasta la compuerta abierta, habló un ratito con él y le otorgó la dulce libertad. El verde no necesitó repetición; se zambulló desde el borde. Alguien en la oscura selva tenía que deberle un taparrabos, porque sus pies rozaban apenas la hierba al correr, como si le fuera la vida en unos segundos. Jay estaba en la abertura, contemplando la obscuridad.

–¿Por qué le abriste la jaula, Jay?

Se volvió y me dijo:

–He tratado de persuadirle de que vuelva al amanecer. No sé si lo hará, habrá que ver. No tuvimos tiempo de sacarle mucho, pero su idioma es muy sencillo y entendimos lo suficiente para averiguar que se llama Kala, de la tribu Ka. Todos los miembros de su grupo son Kaalgo, como Kalee, Ka'noo o Kaheer.

–Igual que los marcianos y sus Klis, Leids y Sugs.

–Sí –asintió, sin importarle lo que pensarían los marcianos de la comparación con los aborígenes verdes–. También nos dijo que cada hombre tiene su árbol y cada mosca su liquen. No comprendo lo que quiso decir con eso, pero me convenció de que, de alguna manera misteriosa, su vida dependía de que estuviera con su árbol durante la obscuridad. Era imperativo. Traté de demorarlo, pero su necesidad era digna de compasión. Prefería morir antes que alejarse de su árbol.

–A mí me parece una tontería –me soné la nariz y sonreí–. Más tonto le habría parecido a Jepson.

Jay miró pensativamente las sombras, de donde venían extraños perfumes nocturnos y esos latidos interminables que parecían tambores.

–También nos enteramos de que hay otros, mas poderosos que los Ka. Tienen mucho gamish.

–¿Tienen qué? –pregunté.

–Gamish –repetió–. Con esa palabra no pude. La repetía una y otra vez. Dijo que el *Marathon* tiene mucho gamish. Yo tengo mucho gamish y Kli Yang tiene muchísimo. Parece que el capitán McNulty tiene sólo un poquito. Los Ka, nada.

–¿Es algo que le da miedo?

–No exactamente. Se trata más de respeto que de miedo. Por lo que entiendo, cualquier cosa insólita, sorprendente o única está llena de gamish. Lo meramente anormal tiene una cantidad menor de gamish. Lo ordinario carece de ello.

–Eso demuestra las dificultades de la comunicación. No es tan fácil como creen en casa.

–No, no lo es –sus ojos relucientes se dirigieron a Armstrong, que se apoyaba en el pom-pom–. ¿Estás tú de guardia?

–Hasta medianoche, después me reemplaza Kelly.

La elección de Kelly para la guardia me pareció un error psicológico. Ese ejemplar tatuado estaba adherido permanentemente a una llave Inglesa de un metro veinte, y en caso de crisis tendía a blandir el mencionado instrumento antes que los artículos modernos como pom-poms y pistolas de rayos. Corrían insistentes rumores de que se había aferrado al cacho de hierro durante su propia boda, y que su mujer había pedido el divorcio alegando el efecto de esa cosa sobre su moral. Mi opinión particular era que Kelly era un Neanderthal descolocado en el tiempo por varios siglos.

–Actuaremos sobre seguro y cerraremos la compuerta –decidió Jay–. A pesar del aire fresco.

Eso era característico de él, y lo que le hacía tan humano; podía mencionar el aire fresco como si él lo respirara. La manera en que lo decía te hacía olvidar que jamás había tomado una bocanada de aire desde el día en que el viejo Knud Johansen lo terminó y le dio animación.

–Ajustemos la compuerta.

Dando la espalda a la obscuridad, empezó a recorrer cuidadosamente la pasarela.

Una voz aguda salió de la noche y gritó algo ininteligible.

Jay se paró en seco. Se oyeron pasos justamente debajo de la abertura. Un objeto esférico como de vidrio voló a través del hueco, rozó el hombro izquierdo de Jay y se hizo trizas en la cámara superior de retroceso del pom-pom. Se derramó un líquido dorado y muy volátil que se vaporizó en un instante.

Jay giró sobre un pie y miró la negrura. Armstrong, sobresaltado, saltó a la pared y acercó un dedo al botón de alarma general. No llegó. Antes de tocarlo, cayó como si alguien invisible le hubiese dado un mazazo.

Saqué el arma y avancé cautelosamente, vi el brillante hilo de la rosca haciendo anillos metálicos en torno a la silueta de Jay, destacada sobre el fondo de ébano. Fue un tremendo error; debí haber apretado el botón.

Tres pasos y la cosa de la bola rota me hizo el mismo efecto que a Armstrong. La imagen de Jay se infló como una pompa de jabón, el círculo se amplió, se hizo enorme, la rosca creció, ancha y profunda, con la figura gigantesca de Jay en el medio. La pompa estalló y yo caí al suelo con la cabeza en un torbellino.

No sé cuánto tiempo permanecí en estado de cadáver, pues cuando abrí los ojos tenía un leve recuerdo de gritos y pisadas alrededor de mi cuerpo postrado. Deben haber pasado cosas mientras yo yacía como un pedazo de carne tirada. Seguía aún en el suelo. Estaba echado en la hierba húmeda de rocío, cerca de la selva, con las estrellas indiferentes espíandome desde la bóveda de la noche. Estaba atado como una momia egipcia. Jepson era otra momia a un lado y Armstrong al otro. Había varios más un poco más allá.

A trescientos o cuatrocientos metros, ruidos airados estropeaban el silencio de la noche, una mezcla de maldiciones terrestres y extraños sonidos agudos. Hacia ese lado estaba el *Marathon* lo único que alcanzaba a ver era el embudo de luz que salía de la compuerta. La luz parpadeante iba y venía, quedó interrumpida una o dos veces. Evidentemente, se libraba una batalla en el camino de los rayos, que quedaban bloqueados por el vaivén de los contrincantes.

Jepson roncaba como si fuera sábado por la tarde en su pueblo, pero Armstrong había recuperado el sentido y la lengua. Usó ambos con vigor e imaginación. Rodó y empezó a morder las ligaduras de Blaine. Una forma vagamente humana se acercó en silencio y golpeó. Armstrong quedó inmóvil.

Parpadeando, acomodé la vista lo suficiente para discernir varias formas más, medio ocultas en la penumbra. Sin moverme, y portándome bien, dediqué pensamientos poco elogiosos a McNulty, el *Marathon*, el viejo Flettner que lo

inventó, y todos los buenos ciudadanos que le dieron apoyo moral y financiero. A menudo había tenido la sensación de que tarde o temprano serían causa de mi muerte, y parecía que el presentimiento iba a resultar justificado.

En lo más íntimo, una vocecita me dijo: “Sargento, ¿recuerdas la promesa que hiciste a tu madre sobre las malas palabras? ¿Te acuerdas de aquella vez, cuando le diste a un gupi venusiano un bote de leche condensada a cambio de un ópalo de fuego casi tan grande como el reloj del pueblo? ¡Arrepiéntete, sargento, mientras estás a tiempo!”

Así que me quedé quietecito y me dediqué a un vago arrepentimiento. Junto a la luz intermitente, las voces agudas iban creciendo y se apagaban algunas terrestres. A veces se oía ruido de cosas frágiles y quebradizas haciéndose añicos. Más formas indefinidas trajeron más cuerpos, los depositaron por ahí y se desvanecieron en las sombras. Deseaba contar los bultos, pero la obscuridad no me lo permitía. Todos los recién llegados estaban inconscientes, pero se reanimaron pronto. Reconocí la voz colérica de Brennan y la respiración asmática del capitán.

Brilló una fría estrella azul entre un tenue fleco de nubes pasajeras cuando terminó la pelea. La pausa que siguió fue horrible; un silencio solemne, sombrío, roto sólo por el rumor de muchos pies desnudos en la hierba, y el continuo redoble de la selva.

Se reunió un gran número de siluetas. El claro estaba lleno. Unas manos me alzaron, revisaron mis ligaduras, me echaron en una hamaca de juncos y me llevaron, a la altura de un hombro. Me sentía como un jabalí difunto transportado por una fila de portadores nativos. Me pregunté si Dios me haría enfrentarme con aquel gupi.

La caravana desfiló hacia el interior del bosque; mi dirección era con la cabeza por delante. Venía otra hamaca inmediatamente detrás y sentía, más que veía, una ringla de ellas más atrás.

Jepson era la sardina más próxima; avanzaba horizontalmente, declamando en voz muy alta el relato de cómo había estado atado desde el momento en que llegó a este mundo impublicable. Sin conocer al astrónomo que habla escogido este planeta para investigación, le identificó con un nombre del que ningún hombre se enorgullecería, y lo adornó con una larga serie de títulos imaginativos y extremadamente vulgares. También informó a sus indiferentes portadores que el susodicho astrónomo había nacido fuera del matrimonio.

Describiendo una cautelosa curva alrededor de un árbol apenas visible, la fila marchó audazmente bajo el siguiente, esquivó el tercero y el cuarto. Cómo demonios podían distinguir un árbol de otro con esa birria de luz estaba fuera de mi capacidad de comprensión.

Estábamos en la más profunda obscuridad cuando sonó una tremenda explosión en el claro y una columna de fuego iluminó el cielo. Hasta las llamas parecían un poco verdes. La fila se detuvo. Doscientas o trescientas voces piron quejosamente, desde la vanguardia hasta cien metros detrás de mí.

“Han volado el *Marathon*, pensé. Oh, bien, todo ha de terminar algún día, hasta la esperanza de volver a casa”.

Los pitos y flautas circundantes quedaron ahogados por el ruidoso piar de llamas, que se convirtió en un rugido que estremecía la tierra. Mi hamaca se sacudió al reaccionar los que la sostenían. El paso que cogieron había que sentirlo para creerlo; iba casi volando, evitando un árbol sí y otro no, a veces esquivando sombras que no eran árboles ni nada. Se me fue el alma a los pies.

Los bramidos en el calvero terminaron repentinamente en un retumbo sonoro, y una lanza carmesí se elevó y atravesó las nubes. Era un espectáculo que había presenciado muchas veces pero creía que no volvería a ver. ¡El despegue de una nave espacial! ¡Era el *Marathon*!

¿Tan talentosas eran estas criaturas que podían tomar un vehículo totalmente extraño, comprender enseguida su funcionamiento y llevarlo donde quisieran? ¿Serían esos los seres que los Ka consideraban superiores? La situación resultaba demasiado incongruente para creerla: astrónomos expertos transportando prisioneros en primitivas hamacas de junco. Además, la excitación de sus comentarios y la velocidad de la marcha sugerían que la espectacular salida del *Marathon* les había cogido por sorpresa. No tenía manera de resolver el misterio.

Nuestro viaje continuó mientras la estela de fuego de la nave describía un arco hacia el norte. Hubo un alto y nuestros captos se reunieron, pero su aflautado parloteo indicó que no había sido para comer. Veinte minutos más tarde se produjo otra detención y un jaleo de primera en la vanguardia. Los guardias se mantuvieron cerca de nosotros, mientras que un poco más adelante se oía un escándalo de muchas voces y unos sonoros maullidos, junto con el batir de grandes ramas. Traté de imaginarme un tigre verde brillante.

Escuché varios fut-futs como de dardos al atravesar cuero húmedo. El maullido se convirtió en chillido y terminó en una tos ahogada. Seguimos adelante, rodeando algo muy grande que me esforcé en vano por ver. Si ese mundo hubiera tenido luna... Pero no había luna; sólo las estrellas y las nubes y la selva amenazadora de donde salían los eternos tambores.

Al rayar el alba, la fila esquivó cautelosamente un bosquecillo de arbolitos jóvenes, de apariencia inocente. Llegamos a la orilla de un ancho río. Ahí, por primera vez, pudimos examinar de cerca a nuestros captos mientras dirigían bultos y portadores hacia la orilla.

Eran criaturas muy similares a los Ka, más altos, más delgados, con grandes ojos inteligentes. Tenían parecidas pieles fibrosas, más grises, no tan verdes, y los mismos crisantemos en el pecho. A diferencia de los Ka, llevaban el cuerpo cubierto por vestiduras tableadas, petos de fibras tejidas y varios objetos de madera como cerbatanas complicadas y vasijas en forma de cuenco con un recipiente bulboso en la base. Algunos tenían cestillos con esferas de vidrio del tipo de la que me había dejado fuera de combate.

Estiré el cuello para ver mejor, pero sólo pude atisbar a Jepson en la hamaca siguiente y Brennan a continuación. En seguida me arrojaron sin ceremonias al borde del agua, con Jepson a mi lado y los demás en hilera.

—¡Cerdos malolientes! —dijo Jepson, volviendo la cabeza hacia mí.

—Tómatele con calma —aconsejé—. Estás hecho un nudo.

—No me gustan los tipos que tratan de ser ingeniosos en el momento menos oportuno —replicó, de mal genio.

—No pretendía ser ingenioso, pero tenemos derecho a nuestras propias opiniones, aunque estemos en un lío.

—¡Otra vez! —exclamó, luchando por aflojar sus ligaduras—. ¡Algún día te voy a atar, para siempre!

No respondí. Es inútil gastar saliva en un hombre de mal genio. La luz aumentó, penetrando la tenue niebla verde que flotaba sobre el río verde. Alcancé a ver a Blaine y Minshull más allá de Armstrong y la redonda forma de McNulty.

Diez de nuestros captores recorrieron la fila abriendo chaquetas y camisas, desnudándonos el pecho. Tenían una buena provisión de los cuencos con recipientes bulbosos. Un par de ellos dejó mi pecho al aire y se lo quedaron mirando como Marco Antonio a Cleopatra. Algo les parecía inefablemente maravilloso, y no se trataba de la barba de repuesto.

No hacía falta ser un genio para adivinar que echaban en falta mi crisantemo y no podían imaginar como había ido por la vida sin eso. Tal vez me consideraban como una especie de eunuco. Por fin decidieron que habían dado con una nueva y prometedora línea de investigación y siguieron la pista.

Cogieron a Blaine y al idiota que habla estado jugando al pato en la roca, los desataron, los desnudaron y los estudiaron como a vacas premiadas en una feria ganadera. Uno de ellos golpeó a Blaine en el plexo solar, donde debía haber estado la cosa, y éste le saltó encima y lo derribó. El otro nudista aprovechó sin demora la oportunidad de sumarse a la refriega. Armstrong, que no era precisamente un alfeñique, hizo un esfuerzo soberano, reventó sus ligaduras, se irguió morado por la tensión y se lanzó rugiendo a la pelea. Le colgaban fragmentos de la maltrecha hamaca por la espalda.

Todos intentamos violentamente romper las ataduras. Pero no lo conseguimos. Los verdes se concentraron en la escena y cayeron algunas esferas frágiles alrededor de los tres terrestres. El mecánico de popa y Blaine se desplomaron al mismo tiempo. Armstrong se estremeció, vaciló, aguantó lo suficiente para tirar dos nativos al río y desmayar a otro. Después cayó también.

Los verdes sacaron a sus congéneres del río, vistieron al dormido Blaine y al otro, agregaron a Armstrong y ataron a los tres. Conferenciaron otra vez. No entendía ni torta de sus gorjeos, pero se me ocurrió que opinaban que teníamos una buena cantidad de gamish.

Empezaban a irritarme las ligaduras. Habría dado mucho por una oportunidad de entrar en acción y abrir unas cuantas cabezas verdes. Me retorcí y miré con ojos

mortecinos un arbusto que crecía cerca de mi hamaca. La planta agitaba las ramitas y despedía olor a caramelo quemado. La vegetación era toda movimiento y hedores.

Los verdes terminaron su charla abruptamente y se agolparon en la margen del río. Una flotilla de embarcaciones largas, estrechas y bien formadas llegaron a la orilla. Nos llevaron a bordo, cinco prisioneros por bote. Los veinte tripulantes manejaron rítmicamente una hilera de diez palas de madera a cada lado del bote y llevaron la embarcación corriente arriba a buena velocidad, dejando una estrecha estela.

—Tenía un abuelo que fue misionero —le dije a Jepson—. Se metió en un jaleo de estos.

—¿Y qué?

—Que terminó frito.

—Espero sinceramente que te pase lo mismo —comentó Jepson, sin caridad; trató en vano de romper sus ligaduras.

A falta de cosa mejor en que ocupar mi atención, observé la manera en que nuestra tripulación manejaba el bote y llegué a la conclusión de que las palancas accionaban dos grandes bombas o tal vez una serie de bombas pequeñas, y que la embarcación avanzaba chupando agua por la proa y soltándola por la popa.

Más tarde supe que estaba equivocado. Su método era mucho más sencillo. Las palancas conectaban bajo el agua con veinte remos de pala hendida. Los dos alerones de cada pala se cerraban en un movimiento y se abrían al siguiente. Así avanzaban más de prisa que con remos, pues las palas se movían atrás y adelante sin más peso que el suyo, no había que alzarlas, girarlas y bajarlas con el esfuerzo muscular de los remeros.

Seguimos río arriba, ya con el sol más alto. Luego la corriente se dividía, rodeando una isleta rocosa de un centenar de metros de largo. En el extremo superior de la isla habla un grupo de cuatro árboles enormes de aspecto siniestro, con troncos y ramas de un verde sombrío, casi negro. Tenían un grupo de grandes ramas horizontales y después continuaba el tronco hasta terminar en un penacho casi veinte metros más arriba. Cada una de las ramas finalizaba en una docena de prolongaciones gruesas que se curvaban hacia abajo como una garra.

Las tripulantes aumentaron al máximo la velocidad. La fila de botes se encaminó al canal de la derecha, dominado por la rama más grande y amenazadora. Cuando la proa de la primera embarcación llegó abajo, la rama movió ansiosamente los dedos. No fue ninguna ilusión; lo vi con la misma claridad que veo la bonificación de viaje cuando me la ponen sobre la mesa.

Tenía plena intención de atrapar; por su tamaño y extensión, calculé que podía coger el bote integro y hacer con él y su carga cosas que no quise pensar.

Pero no lo hizo. Cuando entraba en la zona de peligro, el barquero se puso de pie y gritó una retahíla incomprensible. Los dedos se aflojaron. El encargado de la barca siguiente hizo lo mismo, y el otro. Después el mío. Echado de espaldas, tan

dispuesto para la acción como un cadáver, contemplé el enorme estrangulador mientras pasábamos lentamente debajo. Nuestro barquero se calló; el del bote siguiente continuó. Yo sentía la espalda húmeda.

Unos cinco kilómetros después viramos hacia la margen opuesta. No vi los edificios hasta que los verdes me sacaron de la hamaca y me levantaron. Enseguida perdí el equilibrio y caí sentado. Tenía las piernas transitoriamente muertas. Mientras me las frotaba para restablecer la circulación, examiné con curiosidad aquello, que podía ser una aldea o una verdadera metrópolis.

Sus edificios cilíndricos eran de madera verde claro, de altura y diámetro uniforme, y cada uno tenía un árbol creciendo en el medio. El follaje de cada árbol se extendía más allá del radio de la casa correspondiente, ocultándola a la vista desde arriba. Nada podía haberse calculado mejor para esconder el lugar a una inspección aérea, aunque no había motivos para suponer que los habitantes pudieran temer ese tipo de amenazas.

La manera en que árboles y edificios compartían los mismos sitios hacía imposible la estimación del tamaño del lugar, porque más allá de la primera hilera de casas redondas había árboles, árboles y más árboles, cada uno de los cuales podía tener un edificio.

No sabía si estaba mirando un caserío o el suburbio costanero de una superciudad que se extendía hasta el horizonte. No era raro que el bote salvavidas no hubiera observado en su exploración sino selva. Podían haber estado estudiando un área habitada por millones sin ver más que jungla.

Con las armas a punto y la vista atenta, una horda de verdes nos rodeó mientras otros seguían desatando prisioneros. El que hubiésemos llegado en un artilugio milagroso como el *Marathon* no parecía impresionarlos en lo más mínimo. Los pies ya me obedecían. Me levanté y miré a mi alrededor. Fue como recibir dos golpes.

El primero vino al hacer la lista mental de mis compañeros de infortunio. Era poco más de la mitad de la dotación del *Marathon*. Los demás faltaban. En una hamaca yacía la forma pálida y laxa del tipo que había recibido los dardos a poco de desembarcar. No sé por qué los verdes habían considerado oportuno traerse un cadáver.

Sobre un par de hamacas unidas reposaba Sug Farn, despierto pero soñador y sin dar muestras de interés. Era el único marciano presente. Faltaba el resto de la panda del planeta rojo. Tampoco estaban el Jefe Douglas, Bannister, Kane, Richards, Kelly, Jay Score, Sirve Gregory, el joven Wilson y una docena más.

¿Habrían muerto? No parecía probable. ¿Por qué iban a transportar un cadáver y dejar los otros? ¿Habían escapado? ¿O formaban parte de un segundo grupo de prisioneros llevados a otra parte? No había forma de conocer su destino, pero era raro que faltasen.

Le di un codazo a Jepson.

—Eh, ¿te has fijado...?

Un repentino rugido sobre el río me cortó en mitad de la frase. Todos los verdes miraron hacia arriba y gesticularon con las armas. Movían la boca, pero no se les oía porque el ruido ahogaba sus voces. Giré para mirar y sentí que mis propios ojos se hacían pedunculados al ver la elegante pinaza del *Marathon* bajar en picado casi hasta la superficie del agua y elevarse nuevamente. Se perdió tras las copas de los árboles.

Se podía oír su bramido haciendo un gran círculo. La nota se volvió más aguda cuando la navecilla aceleró y bajo otra vez. Apareció nuevamente, rozando el agua; salpicó una lluvia de gotitas verdes y envió una ola hacia la orilla. Desapareció otra vez, a tal velocidad que no pude ver quien nos miraba desde la cabina del piloto.

Escupiendo en sus nudillos, Jepson miró a los verdes con ojos malévolos.

–¡Se lo tienen merecido, los piojosos!

–Qué cosas dices –le reconvine.

–En cuanto a ti... –continuó; no añadió más porque en ese momento un verde con cara de mala uva, delgado y alto, le dio un empujón en el pecho y pió algo con tono de interrogación.

–¡A mi no me hagas eso! –gruñó Jepson, contestando con otro empujón.

El verde trastabilló, tomado de sorpresa. Sacudió la pierna derecha. Creí que su intención era darle a Jepson una buena patada en la espinilla, pero no. El gesto era mucho más mortífero. Arrojó algo con el pie, algo vivo, veloz y malvado. Alcancé a ver una cosa que parecía una viborita. No era más grande que un lápiz y, para variar, no era verde sino de brillante color naranja con pintas negras. Dio en el pecho de Jepson, mordió y bajó con tal rapidez que apenas pude seguir el movimiento. Una vez en el suelo, hendió velozmente la hierba en su camino hasta su amo.

Se enroscó en el tobillo del verde, como un adorno inofensivo. Muy pocos de los nativos llevaban objetos similares, todos naranja y negro menos uno, que era amarillo y negro.

Jepson abrió la boca sin producir sonido alguno, aunque se veía que lo estaba intentando. Se tambaleó.

El indígena que llevaba la vileza amarilla y negra estaba a mi lado, estudiando a Jepson con interés académico.

Le rompí el cuello al maldito. La manera en que sonó me recordó a un palo de escoba podrido.

La cosa de su pierna lo abandonó en cuando quedó tieso, pero a pesar de su velocidad llegó tarde. Estaba preparado esta vez. Jepson caía de bruces en el momento en que mi bota aplastaba a la falsa víbora.

Se había armado un guirigay fenomenal. Oí la voz ansiosa de McNulty gritar “¡Hombres, hombres!”. Incluso en un momento así, ese fanático con exceso de

conciencia podía entretenerse en visiones de degradación por tolerar maltrato a los nativos.

Armstrong berreaba una y otra vez .¡Otro zoquete! y cada exclamación iba seguida por un sonoro chapotazo en el río. Las cerbatanas hacían fut fut y se rompían esferas a diestra y siniestra. Jepson yacía como muerto mientras los combatientes luchaban sobre su cuerpo. Brennand chocó conmigo. Respiraba en largos y trabajosos jadeos y estaba haciendo lo posible por arrancar un par de ojos de una cara verde.

Para entonces yo ya me habla servido otro aborigen y estaba partiéndolo en pedazos. Traté de imaginarme que era un pollo frito, del que nunca paraba de coger más que la parte que se tira última al otro lado de la cerca. Era difícil de sujetar el verdedito, y botaba como una pelota de goma. Por sobre la marea de hombros divisé a Sug Farn sacudiendo a cinco a la vez y le envié el manojito de anacondas que tenía por miembros. Mi adversario aplicó sus hostiles dedos en mi ausente crisantemo, pareció sorprenderse de su mala memoria y estaba aún pensando en otro método de incapacitarme cuando fue a parar al río.

Entonces estallaron varias esferas a mi, pies, y lo último que recuerdo es el maullido de triunfo de Armstrong justo antes de un chapotazo. Lo último que vi fue a Sug Farn dirigiendo de repente un tentáculo que había pasado por alto y arreglándose para que de los seis verde, que me atacaban sólo llegaran cinco. El otro estaba subiendo cuando yo caía.

Por la razón que fuera, no perdí el sentido completamente esta vez. Tal vez recibí solo media dosis del contenido de las esferas, tal vez la mezcla era diferente y menos potente. Lo que sé es que caí en cinco indígenas sobre las costillas; el cielo giró como loco y mi cerebro se convirtió en una papilla fría y grumosa. Luego, sorprendentemente, estuve bien despierto y con los brazos atados.

A mi izquierda, un grupo de nativos formaban una pila sobre algunas formas que no alcanzaba a ver, pero sí a oír. Armstrong bramaba como un campeón de porqueros bajo el montón, que se rompió, tras un par de minutos de agitación, y reveló su cuerpo sujeto junto con los de Blaine y Sug Farn. A mi derecha estaba Jepson, sin ligaduras pero aparentemente con las piernas inutilizadas. No había rastros de la pinaza, ni sonidos lejanos que indicaran que seguía en el aire.

Sin más trámites, los verdes nos llevaron a través del prado y ocho kilómetros al interior del bosque, o ciudad, o lo que fuera eso. Dos transportaban a Jepson en una hamaca. Seguía lloviendo. Aquí y allá, unos cuantos ciudadanos impasibles salían a la puerta de sus moradas y contemplaban la procesión. Por la manera en que nos estudiaban se habría dicho que éramos los únicos ejemplares sobrevivientes.

Minshull y McNulty caminaban justamente detrás de mí en aquel desfile fatídico. Oí al capitán pontificar:

–Hablaré con su jefe sobre esto. Le haré notar que todas estas lamentables confrontaciones son el resultado inevitable de la irracional belicosidad de su pueblo.

–Sin lugar a dudas –apoyo Minshull, sardónico.

–Considerando todas las atenuantes de la dificultad de comprensión –continuó McNulty– aún creo que tenemos derecho a ser recibidos con un mínimo de cortesía.

–Oh, en efecto –dijo Minshull; su voz era solemne, como la del presidente de una convención de enterradores–, y opinamos que la recepción ofrecida dejaba mucho que desear.

–Exactamente –aprobó el capitán.

–Por consiguiente, sería muy deplorable que se produjeran nuevas hostilidades –añadió Minshull, totalmente serio.

–Por supuesto –asintió McNulty.

–Además, eso nos obligaría a arrancarle las tripas a cada uno de los remalditos bastardos verdes de este repugnante planeta.

–¿Eh? –McNulty perdió el ritmo, horrorizado–. ¿Qué ha dicho?

Minshull puso cara de inocente sorpresa.

–Nada, capitán. No he abierto la boca. Debe estar soñando.

Lo que intentaba replicar el escandalizado capitán seguirá siendo un misterio, pues en ese momento un verde notó que se retrasaba y lo empujó. Resopló enfadado, aceleró el paso y de ahí en adelante caminó en introspectivo silencio.

Salimos de una fila larga y ordenada de casas envueltas en árboles y entramos en un calvero dos veces mayor que aquel donde había aterrizado el *Marathon*. Era aproximadamente circular, llano y con una alfombra de musgo tupido de color esmeralda. El sol, ya alto, vertía una lluvia de lentejas de un verde pálido en el exótico anfiteatro, en cuyo perímetro se agolpaba una horda de nativos silenciosos y expectantes que nos observaban con mil ojos.

El centro del claro acaparó nuestra atención. Allí, destacando como el rascacielos más alto de nuestra vieja ciudad, se alzaba un verdadero monstruo leñoso. Era imposible calcular su altura, pero los arrayanes gigantes de Tierra eran enanos en comparación con él. El tronco no medía menos de doce metros de diámetro y las ramas parecían inmensas allá arriba, aunque disminuidas por la perspectiva. Si esos zulúes transcósmicos intentaban ahorcarnos, lo iban a hacer por todo lo alto. Nuestros cuerpos pataleantes parecerían bichitos suspendidos entre el cielo y la tierra.

Minshull debía sufrir pensamientos similares, porque le oí decirle a McNulty:

–Ahí está el árbol de Navidad. Nosotros seremos sus adornos. Probablemente lo echarán a suertes, y el que tenga el as de espadas elegirá el hada de la punta.

–No sea morboso –le regañó McNulty–. No harían algo tan ilegal.

Entonces un nativo alto de cara arrugada señaló al capitán y seis saltaron sobre él antes de que pudiera explayarse más sobre el tema de la jurisprudencia

interestelar. Con total indiferencia por las costumbres y normas que su víctima consideraba sagradas, lo condujeron hacia el árbol.

Hasta ese momento no habíamos notado el redoble que sonaba alrededor del claro. Era fuerte, y había algo siniestro en su ritmo insistente y amortiguado. El misterioso ruido había estado con nosotros desde principio; nos habíamos habituado, se había hecho inconsciente en nosotros, de misma manera que no nos fijamos en el tic-tac de un reloj. Pero ahora, quizás a causa del énfasis que daba a la dramática escena, escuchábamos claramente el lúgubre sonido.

La luz verde daba un aspecto horrible al rostro del capitán, que era llevado sin ofrecer resistencia. Con todo, conseguía dar importancia a su característico pavoneo y sus rasgos mostraban el aire ridículo de quien posee fe incommovible en la virtud de ser dulcemente razonable. No he conocido nunca a un hombre con más inútil confianza en la ley escrita. Al verle avanzar, supe que le sostenía la convicción profunda de que esas pobres gentes ignorantes serían incapaces de hacerle mal sin presentar antes los formularios necesarios y hacerlos sellar y firmar debidamente. Cuando McNulty muriera, sería con aprobación oficial y después de satisfacer todos los requisitos legales.

A mitad de camino hacia el árbol, el capitán y su escolta fueron recibidos por nueve nativos altos. Aunque no se diferenciaban por sus vestiduras de sus congéneres, daban la impresión de estar por encima de la masa. Brujos, decidió mi agitada mente.

Los custodios de McNulty les entregaron enseguida a los recién llegados y corrieron hacia el borde del claro como si el diablo en persona fuese a aparecer en el centro. No había ningún diablo; sólo el árbol monstruoso. Conociendo lo que eran capaces de hacer los vegetales de este mundo verde, era muy probable que este, el abuelo de todos los árboles, pudiera cometer una clase única y formidable de maldad. Una cosa se podía afirmar con seguridad de aquel coloso de madera: poseía una cantidad extraordinaria de gamish.

Los nueve desnudaron a McNulty hasta la cintura. Continuó hablándoles todo el tiempo, pero estaba demasiado lejos para que entendiéramos su autoritario sermón, del que los desnudadores no hacían el más mínimo caso. Volvieron a examinar atenta mente su pecho, conferenciaron, intentaron arrastrarle hacia el árbol. McNulty se resistió con dignidad. Ellos no perdieron tiempo en cortesías; lo alzaron entre varios y lo llevaron.

Armstrong dijo con voz tensa:

—Aún tenemos piernas, ¿verdad? —y de una patada hizo caer al guardia más cercano.

Pero antes de que pudiéramos seguir su ejemplo y comenzar otra batahola inútil, se produjo una interrupción. El continuado redoble de la selva fue dominado por un quejido más feroz y penetrante que aumentó a aullido. El aullido se transformó en un rugido explosivo cuando, plateada y veloz, la pinaza sobrevoló a baja altura el árbol fatal.

Algo cayó de la panza de la nave, se infló en forma de sombrilla, vaciló en su caída y se posó suavemente en la copa del árbol. ¡Un paracaídas! Alcancé a ver a

alguien colgado de las correas justo antes de que fuera tragada por el espeso follaje, pero la distancia hacía imposible su identificación.

Los nueve que llevaban a McNulty lo depositaron en el suelo sin ceremonias y miraron arriba. Las manifestaciones aéreas producían en estos nativos más curiosidad que miedo. El árbol estaba inmóvil. De pronto surgió entre las ramas más altas un rayo aguja que rozó una rama gruesa en su unión con el tronco y la separó. El miembro amputado cayó al suelo. De inmediato, un millar de protuberancias parecidas a capullos que estaban ocultas entre las hojas se hincharon como globos inflados, alcanzaron el tamaño de calabazas gigantes y estallaron como tracas. Despidieron una niebla amarilla que se aglomeró con tal velocidad y en tal cantidad que envolvió al árbol entero en menos de un minuto.

Los nativos chistaron como una bandada de lechuzas asustadas, volvieron grupas y huyeron. Los nueve guardias de McNulty también olvidaron las intenciones que tuvieran y salieron corriendo. El rayo cogió a dos antes de que hubieran avanzado diez pasos; los otros siete redoblaron la velocidad. McNulty quedó luchando con las ligaduras de sus muñecas mientras la niebla se le acercaba lentamente.

De nuevo surgió el rayo en lo alto del árbol. De nuevo una rama enorme cayó a tierra. El árbol apenas se veía, envuelto en su propia niebla. El último indígena había desaparecido de la vista. El reptante vapor amarillo había llegado a treinta metros del capitán, que lo contemplaba fascinado. Seguía con las manos atadas a los lados. Las tracas continuaban entre la nube, aunque no con tanta rapidez.

Gritando al aterrorizado McNulty que usara las piernas, luchamos furiosamente con nuestras ataduras. La única respuesta de McNulty fue retroceder unos metros. Con un esfuerzo sobrehumano, Armstrong se liberó, cogió un cuchillo del bolsillo de sus pantalones y se puso a cortar ligaduras. Minshull y Blaine, los primeros que desató, corrieron de inmediato hacia McNulty, que posaba a diez metros de la niebla como un Ajax rechoncho desafiando el poder de dioses extraños. Lo trajeron.

Cuando acabábamos de soltarnos, pasó otra vez la pinaza y se perdió de vista tras la columna de vapor amarillo. Vitoreamos roncamente. Entonces, de la base de la niebla, salió alguien grande tirando de un cuerpo con cada mano. Era Jay Score. Tenía una radio diminuta sujeta a la espalda.

Llegó a nosotros, grande, poderoso, con los ojos relucientes, soltó los cadáveres y dijo:

—Mirad. Esto es lo que os hará el vapor si no os movéis de prisa.

Miramos. Los cuerpos pertenecían a los nativos que había herido con el rayo, pero esa no era la causa de la horrible corrupción de la carne. Ambos restos leprosos ya habían dejado de ser cadáveres y no eran todavía esqueletos. Sólo jirones de carne y órganos medio disueltos sobre huesos en descomposición. Era fácil imaginar lo que le habría ocurrido a Jay si hubiese estado hecho del mismo material que nosotros o respirase aire.

—Volvamos al río—aconsejó Jay—aunque tengamos que abrirnos paso peleando. El *Marathon* aterrizará en el claro de la orilla. Tenemos que llegar allí, cueste lo que cueste.

–Y recuerden, hombres –añadió oficiosamente McNulty– que no quiero matanzas innecesarias.

Eso era de risa. Todo nuestro armamento consistía en el rayo de Jay, el cuchillo de Armstrong y nuestros puños. Detrás, a poca distancia y acercándose más, estaba la niebla mortífera. Entre nosotros y el río se encontraba la metrópolis verde con su desconocido número de habitantes armados con artefactos desconocidos. De verdad, nos hallábamos entre un diablo amarillo y un mar verde.

Partimos, con Jay a la cabeza, seguido de McNulty y el fornido Armstrong. Inmediatamente después, dos hombres llevaban a Jepson, que conservaba el uso de su lengua, aunque no de sus piernas. Otros conducían el cadáver que nuestros atacantes trajeran de la nave. Sin oposición ni problemas recorrimos unos doscientos metros entre el bosque y allí enterramos los restos del hombre que fuera el primero en pisar el suelo del planeta. Desapareció de nuestra vista con el silencio yerto y sin protestas de los muertos, mientras la selva latía a nuestro alrededor.

En los cien metros siguientes tuvimos que enterrar a otro. El jugador de pato en la roca sobreviviente, conmovido por el triste fin de su compañero, tomó la delantera como penitencia. Marchábamos lenta y cautelosamente, con la vista alerta a cualquier emboscada, dispuestos a reaccionar a cualquier movimiento anómalo en un arbusto que lanzara dardos o una rama pringante.

El que iba delante esquivó un árbol con una vivienda verde. Dedicó toda su atención a la entrada de la casa, y no advirtió que se movía bajo otro árbol. Éste era de tamaño mediano, con corteza de color verde plateado y largas y decoradas hojas de las que colgaban numerosos hilos nudosos, cuyos cabos llegaban a cerca de un metro de suelo. Rozó dos de los hilos. Se vio un relámpago de luz azul, al aire se impregnó de olor a ozono y a pelo chamuscado, y él se desplomó. Había sido electrocutado igual que si lo hubiera alcanzado un rayo.

A pesar de la proximidad de la niebla, retrocedimos los últimos cien metros y lo enterramos junto a su camarada. Terminamos justo a tiempo; aquella lepra vaporosa estaba casi en nuestros talones cuando emprendimos la marcha. En el cielo casi invisible el sol derramaba sus limpios rayos y dibujaba mosaicos entre las hojas.

Desviándonos de esta nueva amenaza, a la que denominamos el arbolito, llegamos al extremo del equivalente de la Calle Mayor en esos contornos. Aquí teníamos ventaja en un aspecto, pero no en otro. Las casas estaban perfectamente alineados y bastante separados; podríamos caminar por el centro de la ruta bajo el cielo descubierto y quedar fuera del alcance de la belicosa vegetación del planeta. Pero eso nos hacía mucho más vulnerables a los ataques de nativos decididos a oponerse a nuestra fuga. De una manera u otra, teníamos que avanzar con el cogote bien estirado.

Mientras caminábamos con tesón, preparados mentalmente a enfrentarnos con lo que viniera, me dijo Sug Farn:

–Sabes, tengo una idea que valdría la pena que estudien.

–¿Cuál es?–le pregunté, con un hilo de esperanza.

–Supongamos que tuviéramos doce escaques por lado –sugirió, con total desprecio por nuestras circunstancias–. Así tendríamos cuatro peones más y cuatro piezas gordas más por lado. A estas se les podría llamar «arqueros». Moverían dos escaques hacia adelante y comerían avanzando un cuadrado de costado. ¿No sería un juego hermosamente complicado.

–Ojalá te tragues un juego de ajedrez y se te bloqueen los intestinos –le dije, desilusionado.

–Tal como debía haber sabido, tu apreciación mental concuerda con la de los vertebrados inferiores.

Diciendo esto, sacó un frasquito de perfume *hooloo* que había conseguido conservar a lo largo de nuestras vicisitudes, se apartó de mí y olió de manera calculadamente ofensiva. No me importa lo que digan los demás. ¡No olemos como dicen los marcianos! ¡Esos antipáticos de brazos serpenteantes son unos mentirosos!

Interrumpiendo la marcha y nuestra discusión Jay Score gritó:

–Creo que ya está bien –descolgó la radio portátil, sintonizó y dijo por el micrófono –: ¿Eres tú Steve? –una pausa, y luego–: Sí, aguardamos a unos seiscientos metros del lado del río. No hay oposición, todavía. Pero vendrá. De acuerdo, nos quedaremos aquí un rato –otra pausa–. Sí, te guiaremos.

Pasando su atención de la radio al cielo, pero aún con un auricular pegado a la cabeza, escuchó. Todos escuchamos. Al principio no oímos más que el redoble que no terminaba nunca en ese loco mundo, pero pronto percibimos un zumbido lejano, como el de un abejorro gigante.

–Recibimos –dijo Jay, tras coger el micrófono–. Venís en la dirección correcta, y acercándoos –el sonido creció en Intensidad–. Más cerca, más cerca –esperé un momento, el zumbido pareció desviarse–. Vais desviados –otra pausa, el sonido se oyó fuerte y potente–. Dirección correcta –se transformó en un estruendo–. ¡Bien! –gritó Jay–. ¡Estáis casi encima!

Miró hacia arriba y todos le imitamos a la vez. Al instante, la pinaza pasó por el cielo a tal velocidad que apareció y desapareció en menos tiempo del que se necesita para tomar aire una vez. De todos modos, los de a bordo debieron vernos, pues la navecilla zumbó en un arco amplio y gracioso y volvió a tremenda velocidad. Esta vez pudimos observarla y le gritamos como una pandilla de críos.

–¿Nos tenéis? –preguntó Jay por el micrófono–. Intentadlo en la próxima pasada.

La pinaza describió otro arco, retomó su camino anterior y rasgó el aire en dirección a nosotros. Parecía una monstruosa bala de cañón antiguo. Dejó caer un chorro de bultos y paquetes con paracaídas. Los objetos caían como maná del cielo mientras el sembrador seguía su trayectoria y abría un agujero en el cielo del norte. De no haber sido por aquellos árboles infernales, la pinaza podría haber aterrizado, arrebatándonos a todos de las garras del peligro.

Nos echamos con ansia sobre los bultos, rasgamos tapas, tironeamos del contenido. Trajes espaciales para todos. Servirían para protegernos de diversas formas de maldad gaseosa—. Armas, aceitadas y cargadas, reservas de excitantes. Una cajita llena de espuma de goma y algodón con media docena de bombas atómicas diminutas. Un botellín de yodo y un botiquín de primeros auxilios para cada hombre.

Un envoltorio grande habla quedado atascado en lo alto de un árbol; mejor dicho, se había enredado el paracaídas en las ramas y el paquete colgaba de las cuerdas. Rogando que no contuviera nada que pudiera hacer estallar el suelo bajo nuestros pies, quemamos las cuerdas con rayos y lo hicimos caer. Contenía una buena provisión de raciones concentradas y una lata de veinte litros de jugo de frutas.

Ordenamos y cargamos los pertrechos y continuamos la marcha. Al principio fue fácil; sólo árboles, árboles. árboles y casas cuyos ocupantes habían huido. Durante esa parte del viaje me di cuenta de que era siempre el mismo tipo de árbol el que cobijaba una casa. No había ninguna en los pegoteadores ni los electrocutadores cuyos poderes conocíamos por desgraciada experiencia. Nadie se preocupó de investigar si aquellos árboles domésticos eran inocuos, pero fue ahí donde Minshull descubrió que eran el origen del eterno redoble.

Sin hacer caso de McNulty, que cloqueaba como una gallina nerviosa, Minshull entró de puntillas en una casa, con el arma preparada. Reapareció unos segundos después y dijo que el edificio estaba desierto, pero que el árbol del centro sonaba como un tam tam tribal. Había aplicado la oreja al tronco y oído el latir de su potente corazón.

Eso dio pie a McNulty para una disertación sobre el tema de nuestro muy cuestionable derecho a mutilar o hacer daño a los árboles de este planeta. Si, en realidad, eran seres semiconscientes, según la ley interestelar tenían categoría de aborígenes y como tales estaban protegidos legalmente por la subsección tal y cual, párrafo equis, del Código Transcósmico que regula las relaciones interplanetarias. Se ocupó de todos los aspectos legales del asunto con gran entusiasmo y completo desprecio por el hecho de que podríamos estar hirviendo en aceite antes de la caída de la noche.

Cuando hizo una pausa para tomar resuello, Jay Score indicó:

—Capitán, tal vez esta gente tiene sus propias leyes y está a punto de aplicarlas — estaba señalando directamente al frente.

Seguí la línea de su dedo y me embutí frenéticamente en mi traje. El tiempo mínimo para vestirse se dice que es veintisiete segundos. Lo superé por veinte, pero jamás podré probarlo. Aquí viene el ajuste de cuentas, pensé. El largo brazo de la justicia va a enfrentarme con aquel pobre gupi y el bote de leche condensada.

Esperándonos a ochocientos metros de distancia había una vanguardia de cosas enormes, como serpientes, más gruesas que yo y de por lo menos treinta metros de largo. Venían hacia nosotros, con movimientos envarados y poco sinuosos. Detrás, también avanzando torpemente, formaba un pequeño ejército de arbustos

engañosamente inofensivos. Al fondo, gritando con el coraje de quienes se sienten seguros, había una horda de nativos verdes. El progreso de esas huestes de pesadilla quedaba determinado por la velocidad de los serpenteantes de vanguardia, y esos reptaban de manera tortuosa, como si estuvieran esforzándose por moverse cien veces más deprisa que lo normal.

Atónitos ante el increíble espectáculo, nos detuvimos. Los reptantes avanzaban sin desmayo y daban una irresistible impresión de fuerza tremenda preparada para dispararse de repente. Cuanto más se acercaban más grandes y maléficas parecían. Cuando estuvieron a unos escasos trescientos metros me di cuenta de que cualquiera de ellos podía abrazar a seis de nosotros y hacer con todos más que una boa constrictor con cualquier cabra.

Allí teníamos las fieras de una vasta selva consciente. Lo supe por instinto, y les oía maullar suavemente. Esos eran, entonces, mis tigres verdes, del tipo de la cosa con que habían peleado nuestros captores en la jungla esmeralda. Pero, aparentemente, se podían domesticar, poniéndole riendas a su fuerza y su furor. Esta tribu lo había hecho. Eran, en verdad, superiores a los Ka.

—Me parece que puedo cubrir esta distancia —dijo Jay Score cuando la separación se habla reducido a menos de doscientos metros.

Manejó tranquilamente una bombita que podía haber hecho trizas al *Marathon* o a una nave de doble tamaño. Su debilidad principal y más preocupante era que jamás apreció el poder de las cosas que hacen pum. Así que jugueteó con ella descuidadamente, haciéndome desear que estuviera en la otra punta del cosmos, y justo cuando me tenía al borde de las lágrimas, la lanzó. Su brazo silbó en el aire cuando arrojó el proyectil.

Nos aplanamos en el suelo. La tierra se hinchó como la barriga de un enfermo. Trozos enormes de plasma y pedazos de materia fibrosa verde surgieron como una fuente, colgaron un momento en el aire y luego llovieron a nuestro alrededor. Nos levantamos, corrimos cien metros y nos arrojamos cuerpo a tierra otra vez cuando Jay lanzaba la siguiente. Esa me hizo pensar en volcanes que nacían junto a mis maltratados oídos. La explosión me hizo encoger hasta las botas. Apenas habla disminuido el estruendo cuando reapareció la pinaza, cayó en picado sobre la retaguardia del enemigo y les soltó un par por allí. Más disrupción. Me hacía todo nudos de ver lo que estaba sucediendo, incluso por encima de las copas de los árboles.

—¡Ahora! —gritó Jay.

Cogió a Jepson, se lo echó al hombro y avanzó. Le seguimos.

Nuestro primer obstáculo fue un enorme cráter en cuyo fondo se apilaba tierra humeante mezclada con algunos gusanos amarillos mutilados. Rodeando el borde, salté sobre dos metros de serpiente reventada que, incluso muerta, continuaba sacudiéndose espasmódicamente, de manera horripilante. Había muchos otros trozos ahí y en el segundo hoyo, todos verdes por dentro y por fuera y erizados de zarcillos que seguían vibrando como si buscaran en vano la vida desaparecida.

Cubrimos los cien metros entre cráteres en tiempo record, Jay siempre delante a pesar de su carga. Yo sudaba como un loco atormentado y daba gracias a mi buena estrella por la baja gravedad que me permitía mantener ese ritmo.

Nos dividimos nuevamente y rodeamos el segundo cráter. Entonces nos encontramos cara a cara con el enemigo y de ahí en adelante todo fue confusión.

Me venció un arbusto. El condicionamiento de terrestre hizo que no lo tuviera en cuenta, a pesar de las experiencias recientes. Estaba atento a otras cosas y en un instante se desvió un paso, se enroscó alrededor de mis piernas y me tumbó. Me di un buen porrazo y maldije con el poco aliento que me quedaba. El arbusto roció metódicamente mi traje con un fino polvo gris. Entonces un largo tentáculo se deslizó por detrás, arrancó el arbusto de mis piernas y lo hizo pedazos.

—Gracias, Sug Farn —jadeé; me levanté y cargué.

Otro antagonista vegetal cayó ante mi rayo, que continuó a toda potencia sesenta o setenta metros más y le asó las tripas a un nativo gesticulante. Sug barrió un tercer arbusto y lo desparramó con desprecio. El extracto polvo que rociaba no parecía afectarle.

Jay nos llevaba ya veinte metros de ventaja. Hizo una pausa, arrojó otra bomba, se echó al suelo, se levantó y siguió corriendo con Jepson al hombro. La pinaza bramó en una pasada baja, creando una tremenda carnicera, en la retaguardia enemiga. Un rayo pasó a mi lado, peligrosamente cerca de mi casco, y quemó un arbusto. En los audífonos del yelmo oía una constante y monótona retahíla de maldiciones en seis voces distintas por lo menos. A mi derecha, un árbol grande se sacudió y cayó al suelo, pero no tuve ni tiempo ni ganas de mirarlo.

Entonces una serpiente atrapó a Blaine. Cómo había sobrevivido entera, la única entre sus congéneres despedazadas, era un misterio. Tenía espasmos como todos los otros cachos, pero estaba entera. Blaine saltó sobre ella y en ese instante se enroscó a su alrededor. El chilló por el micrófono de su casco. Fue terrible oír su agonía. El traje espacial se hundió en las partes comprimidas por la serpiente, y saltó la sangre por los pliegues. La conmoción por lo visto y oído fue tan grande que me detuve sin querer, y Armstrong tropezó conmigo.

—¡Sigue! —rugió, dándome un empujón.

Cortó con su arma a la gran boa en pedazos que siguieron retorciéndose. Seguimos a la mayor velocidad posible, dejando, a la fuerza, el cuerpo aplastado de Blaine a merced de la jungla.

Atravesadas las filas de vanguardia de vida semivegetal, entramos en las de nativos, cuyo número había disminuido considerablemente. Estallaban globos frágiles a nuestros pies, pero los trajes nos protegían del contenido gaseoso. Además, nos movíamos demasiado de prisa para absorber una dosis mortal. Me cargué a tres verdes seguidos con el rayo aguja y vi a Jay arrancarle la cabeza a otro sin dejar de correr.

Estábamos jadeando por el ejercicio cuando, inesperadamente, el enemigo se rindió. Los nativos que quedaban se perdieron entre los árboles protectores en el momento en que la pinaza hacía otro picado vengativo. Teníamos el camino libre.

Sin disminuir la velocidad, con la vista alerta y las armas preparadas, corrimos hacia la orilla. y allí, reposando en el gran claro, encontramos la cosa más bella del cosmos: el *Marathon*.

Sug Farn escogió ese momento para darnos un susto, pues cuando saltábamos alegremente hacia la compuerta, se nos adelantó, levantó un muñón de tentáculo y dijo:

–Sería mejor que no entráramos todavía.

–¿Por qué no? –preguntó Jay. Se fijó en el muñón del marciano y agregó–: ¿Qué demonios te ha pasado?

–Me vi obligado a perder casi todo un miembro –respondió Sug Farn, con la tranquilidad de alguien para quien perder un miembro es como quitarse el sombrero–. Fue aquel polvo. Está compuesto por millones de insectos submicroscópicos. Se mueve y come. Empezó a comerme. Echaos un vistazo.

¡Tenía tazón! Vi las manchas grises que cambiaban de lugar en la superficie de mi traje espacial. Tarde o temprano abriría una brecha en el material y se metería conmigo.

En mi vida me he sentido más piojoso, Sin perder de vista el borde de la espesura, tuvimos que pasarnos una media hora irritante y sudorosa asándonos unos a otros con las armas puestas para ángulo ancho y baja potencia. Estaba casi cocido cuando cayó el último piojo.

El joven Wilson, incapaz de dejar pasar una humillación pública, aprovechó la oportunidad para sacar una cámara cine monográfica y registrar la descontaminación comunal. Yo sabía que la película se mostraría alguna vez a un mundo divertido, sentado en cómodos sillones, muy lejos de los problemas de la región de Rigel. Tenía la secreta esperanza de que algunos de los bichos consiguieran viajar junto con la película y añadieran un toque de realismo a la diversión.

Con aire más oficial, Wilson tomó también la selva, el río y un par de barcas volcadas, con todas sus palas bivalvas expuestas. Después, con el corazón agradecido, embarcamos.

La pinaza ocupó su lugar y el *Marathon* despegó sin demora. Nunca me he sentido más feliz que cuando entró a raudales la gloriosa luz blanco amarilla y nuestros rostros perdieron el verde bilioso. Con Brennan a mi lado, observé como dejábamos atrás el estrafalario mundo, y no puedo decir que lamentara despedirme.

Jay se nos acercó y me informó:

–Sargento, no haremos más aterrizaje. El capitán ha decidido volver a Tierra inmediatamente a presentar un informe completo.

–¿Por que? –preguntó Brennan; señaló la ya diminuta esfera–. Hemos salido sin nada que valga algo.

–McNulty opina que hemos aprendido lo suficiente por un buen tiempo –el ronco zumbido de los tubos de popa llenó la breve pausa–. McNulty dice que dirige una expedición exploratoria, no un matadero. Está harto y piensa presentar su dimisión.

–¡Tonto oficioso! –exclamó Brennand con vergonzosa falta de respeto,

–¿Y qué hemos aprendido? –preguntó.

–Bien, sabemos que la vida en ese planeta es en su mayor parte simbiótica –respondió Jay–. Sus diferentes seres comparten su existencia y sus facultades. Los hombres conviven con los árboles, cada uno según su especie. El punto común es aquel extraño órgano pectoral.

–Drogas en lugar de sangre –comento Brennand, con repugnancia.

–Pero –continuó Jay– hay algunos superiores a los Ka, superiores a todos, algunos tan altos y parecidos a dioses que pueden dejar sus árboles y recorrer el mundo de día o de noche. Pueden ordeñar los árboles y transportar el fluido de la vida en recipientes, para beberlo. De la asociación simbiótica, ellos han obtenido el dominio y, por el criterio del planeta, son los únicos libres.

–¡Como han caído los poderosos! –intervine.

–No es así –me contradijo Jay–. Hemos escapado de su poder, pero no los hemos conquistado. El mundo sigue siendo suyo, solamente suyo. Nos retiramos con bajas, y aún tenemos que encontrar la manera de curar a Jepson.

Se me ocurrió una idea cuando se iba.

–¡Eh! ¿Qué pasó después del ataque a la nave? ¿Cómo seguisteis nuestra pista?

–La batalla estaba perdida. La prudencia era mejor que el valor. Así que nos fuimos antes de que averiaran la nave. Después, os seguimos con toda facilidad –sus ojos permanecían siempre inescrutablemente relucientes, pero juro que había un destello de humor malicioso en ellos cuando continuó–. Vosotros teníais a Sug Farn. Nosotros, a Kli Yang y el resto de la panda –se palmeó la cabeza–. Los marcianos poseen mucho gamish.

–Maldita sea su estampa, son telépatas –gritó Brennand, enrojeciendo de cólera–. Me olvidé por completo de eso. Y Sug Farn no dijo ni pío. Esa araña bizca no hizo más que dormirse a la menor ocasión.

–Sin embargo –dijo Jay– estaba en contacto constante con sus compañeros.

Se alejó. Entonces sonó el aviso y Brennand y yo nos abrazamos como hermanos mientras la nave pasaba al impulso Flettner. El mundo verde se convirtió en un puntito con una rapidez que nunca deja de asombrarme. Nos frotamos las entrañas para devolverles su forma original. Después, Brennand agarró la válvula de la compuerta de estribor, giró el control y observó como el manómetro subía de tres libras a quince.

–Los marcianos están ahí dentro –indiqué–. No les va a gustar.

49 cuentos Fantásticos

–No pretendo que les guste. ¡Les enseñaré a esas caricaturas de goma a ocultarnos cosas!

–A McNulty tampoco le gustará.

–¡A quién le importa si le gusta o no a McNulty! –gritó.

En ese momento apareció el mismísimo McNulty, caminando con rolliza dignidad.

Brennand agregó rápidamente en tono aún mas alto:

–Debería darte vergüenza hablar así. Deberías tener más respeto y referirte a él como el capitán.

Mirad, si algún día tomáis el camino del espacio, no os preocupéis demasiado por la nave. ¡Concentraos en los vagos insensibles que la comparten con vosotros!

El pecado de Hyacinth Peuch

The sin of Hyacinth Peuch © 1952 (*Fantastic*, Otoño de 1952).

En un valle de Bretaña cerca del boscoso límite del Departamento de Morbihan se encuentra un pueblecillo cuyo nombre es Chateauverne. ¿Le resulta familiar ese nombre?

Si no es así, se debe a que Monsieur el prefecto de Morbihan y sus superiores de París han hecho todo lo posible para que las muertes no se publicaran en los periódicos. No tiene sentido recargar el terror con su difusión. Además, había que tener en cuenta el turismo.

El abate Courtot cooperó en la tarea de mantener cerrada la boca de sus feligreses en la medida de lo posible, es decir, dentro de un radio de cinco metros a su alrededor: el abate era bastante sordo.

Si visita usted Chateauverne hoy, le resultará difícil creer que hace muy poco sus habitantes temían salir a caminar de noche. Todavía se conservan algunos signos: cierta tensión entre la gente joven, cierta resistencia a hacer el amor en los recodos sombríos de los caminos apartados.

Si es observador, notará que aún las casas más viejas, ruinosas y descuidadas poseen pesados postigos de sólida madera de roble con enormes cerrojos y trancas forjados a mano, que tuvieron ocupado a Emile Periè sobre el yunque más de un mes.

Aquí y allá verá a unas pocas personas de ojos fatigados vestidas con ropas oscuras. La concurrencia a la iglesia de Ste. Marie es un veinte por ciento mayor que antaño, más regular y más reverente. Por supuesto, existe siempre un obstinado núcleo de incorregibles que se sientan del otro lado de la plaza y miran el desfile de los piadosos, mientras beben y escupen, con el aire de quien no duda de que sólo la gente sucia tiene necesidad de bañarse. Sin embargo, el Diablo aumentó el rebaño del abate al reducirlo.

Chateauverne es un grupo de casas con tejados alrededor de una plaza de cantos rodados donde Hyacinth Peuch, el idiota del pueblo, dormita entre cerdos y gallinas. A un lado se encuentra la casa del abate y la tienda de ramos generales de la viuda Martin. En el lado opuesto está la fonda larga y baja de Jean Pierre Boitavin, cuyo hermano Baptiste fue el cuarto asesinado antes de que se descargara la lluvia. Allí es donde se sientan, a la sombra, los cínicos.

—La población es de seiscientos habitantes y no se ha modificado mucho en los últimos dos siglos. Los ciudadanos de Chateauverne se dedican por entero a la agricultura, si por dedicación se entiende el constante cálculo, y por lo tanto poseen la terrena sofisticación de los que están en contacto diario con las formas inferiores y más lujuriosas de vida. Procrean juiciosamente, con un ojo en el futuro y otro en la cuenta bancaria, y, en opinión del abate, saben más de lo que conviene a la salvación de sus almas inmortales.

El óseo tintineo de la muerte irrumpió en este escenario una cálida noche de mayo en que el aire era fragante y soñoliento y los insectos nocturnos zumbaban bajo los árboles.

Joséphine Rimbaud tenía una cita. Era joven, de curvas interesantes y distaba mucho de poseer una carga excesiva de capacidad intelectual. Esta tierna desventaja daba a sus emociones una espléndida imparcialidad; tanta, en efecto, que en una oportunidad, se sabía, había respondido con una tentadora sonrisa a la vacía mueca de Hyacinth Peuch quien, aunque no estaba tan profundamente sumergido en la idiotez para desdeñar unas piernas bien torneadas, era considerado generalmente como un deplorable cómplice para cualquier aventura erótica.

Que a Joséphine le faltara algo en un sentido al par que poseía más de lo suficiente en otros era un asunto que exigía una corrección por parte de una mano ajena. Es natural impulsar a los demás hacia la perfección. De los muchos maestros ansiosos por contribuir a su educación, ella eligió a Hercule Girandole, hijo de un granjero, porque tenía pelo ondulado, Hercule era un nombre que sonaba fuerte y poderoso y una girandole es una rueda de fuegos de artificio. Joséphine no se oponía para nada a afrontar fuegos de artificio giratorios.

De modo que a las ocho, cuando las sombras empezaban a profundizarse, se puso en marcha decidida a ampliar su mente con las sencillas lecciones de biología del dispuesto Hercule. Se adornó con cintas y frunces que acentuaban adecuadamente sus atractivos femeninos, se dio unos dulces toques de perfume en los lugares apropiados y salió sedienta de educación.

Trotó alegremente todo a lo largo de la Avenue des Hirondelles, que fuera en una época parte de la propiedad de los Verne, y luego tomó un estrecho sendero flanqueado por altos setos y que conducía hasta la vieja plantación, adonde se habían dirigido tímidamente con el mismo encantador propósito doce generaciones previas.

El lugar de la cita era un pequeño obelisco de granito que decía: Ici la Météorite de 1897. No era literalmente así, porque la piedra del espacio había sido exhumada años antes y enviada a algún lugar donde profundos ancianos largos de pelo y cortos de vista pudieran examinarla. Incluso el agujero que había dejado estaba ahora relleno de vegetación.

Joséphine se detuvo junto al obelisco y miró en derredor en la semiobscuridad. La hierba era más suave que una cama.

—¡Hercule! —susurró en voz temblorosa. Una llamada así era seductora, en tanto que el imperioso mugido que habría deseado proferir no hubiese sido digno de una señorita. Alisó su vestido, pensando por qué él se escondía y la desesperaba—. ¡Hercule!

No hubo respuesta. Solamente el suspiro del viento y el roce de los árboles. La muchacha frunció el ceño. Llegaba tarde. Eso no estaba bien. La mujer puede llegar tarde para subrayar su decoro y su tímida negativa a caer en la trampa, si no teme que otra se adelante; pero el hombre debe ser puntual y, aún mejor,

llegar antes de la hora, para tener tiempo de caminar nerviosamente, entre la esperanza y la desesperación y consumido por la pasión y el deseo.

Era lamentable. Indignada, dio vuelta al obelisco, miró detrás de un matorral, quiso ver lo que había detrás de un árbol y cayó cuan larga era al tropezar con un par de piernas cruzadas.

Se puso de pie, pensando que esa noche tenía una poderosa maldición, y miró las piernas. Siguió la oscura forma hasta la cara contraída: descubrió que la girándula no volvería a girar.

Joséphine se volvió y corrió. Ni un grito. Ni un gemido. Ni un angustioso pedido de auxilio. Simplemente corrió, con la boca abierta, con las caderas ondulando, sin parar, los dos kilómetros hasta el pueblo. La primera persona que vio fue la viuda Martin, que ocupaba masivamente el vano de la puerta de su tienda. Cuando estuvo a su lado, jadeó unas pocas palabras frenéticas, se dejó caer sobre los cantos rodados del suelo y se entregó a un acceso de histeria.

Ahora bien: la viuda Martin pesaba cien kilos, tenía bigotes negros y una vez había matado un chanco de un revés destinado simplemente a apartarlo de sus tablones de hortalizas. Germaine Joubert, la chismosa del pueblo, juraría más tarde que el infortunado animal había dado tres vueltas de carnero en el aire antes de cerrar sus ojos y expirar, con la misma expresión que tenía el finado Henri Martin en sus últimos momentos, similitud que bien podía no ser una coincidencia. Comprenderá usted por esto que la viuda Martin era très formidable, y la última persona que perderla el juicio por la angustia de Joséphine.

La miró, por encima de sus labios con herpes, y dijo:

—No importa lo que haya hecho ese inservible de Girandole, revolcarte en el estiércol no lo va a arreglar.

Hippolyte Lemaitre dejó su silla en la acera de la fonda y cruzó la plaza, seguido por Hyacinth Peuch y varios otros. Todos contemplaron a Joséphine, y en especial lo poco extra que no solía exhibir en momentos más normales.

Hippolyte se dirigió a la viuda Martin.

—¿Qué ocurre, Hortense?

—Una torpeza de ese Girandole.

—Tut —dijo Hippolyte, para quien la falta de destreza en el apareamiento era un pecado imperdonable.

—Hercule... —dijo Joséphine, incorporándose con los ojos húmedos, enrojecidos y llenos de horror—. ¡Está muerto!

—¿Qué? —exclamó Hippolyte.

—¿Muerto? —dijo la viuda Martin.

—Todo retorcido y desangrado. Yo le vi —se dejó caer e inició otro acceso—. ¡Terrible! ¡Terrible!

49 cuentos Fantásticos

–Va a llover –dijo Hyacinth Peuch, mostrando unos dientes que parecían antiguas lápidas en ruinas–. Va a llover mucho, van a ver.

–¿Dónde ha ocurrido eso? –preguntó con el ceño fruncido Hippolyte Lemaitre–. ¿Dónde? ¡Habla, muchacha!

–Junto a la piedra del meteoro.

–Seguramente se la tiró encima –sugirió la viuda Martin.

–¡No lo hice yo! –gritó Joséphine.

Llegó Germaine Joubert. Se le movían las aletas de su nariz delgada y sus ojos acuosos se movían en todas direcciones.

–¿No hiciste qué?

–No se entregó a Girandole –informó la viuda Martin, que siempre se imaginaba a Germaine con los ojos clavados en las cloacas–. Le cortó las tripas. La muerte antes que la deshonra.

–¡Dios mío! –dijo Germaine; se le erizó el pelo, y hasta la peluca–. Dios mío.

Y salió corriendo para ser la primera en distribuir la noticia.

–Bueno –dijo Hippolyte–. Voy a telefonar a Sif. Es mejor que vaya a ver en seguida.

La viuda Martin asintió y le miró mientras se iba. Ignorando a Joséphine, se sentó en el escalón del umbral y jugó ociosamente con su labio superior.

–Va a llover –repitió Hyacinth Peuch; la miró con la cabeza puesta de costado–. Va a llover mucho. Ya verá.

Media hora más tarde llovía a cántaros.

Napoleón Sif, el gendarme de Pontaupis, llegó en su bicicleta en menos de una hora. Tenía los calcetines mojados y su capa chorreaba. Experimentaba el bilioso tedio de quien se siente víctima de una oscura conspiración. Como casi todos los naturales de Pontaupis, a nueve kilómetros, pensaba que Chateauverne era un pozo de iniquidades donde cualquier cosa podía suceder y por lo común sucedía.

Entró en la fonda, sacudió su capa sobre el suelo, colgó su gorro en el respaldo de una silla y se secó la cara con un pañuelo.

–¿Qué ocurre? ¿Un muerto?

Un coro de voces le respondió:

–El joven Girandole.

–Retorcido como un tirebouchon junto a un árbol, debajo de la lluvia.

–Helado y desangrado junto al obelisco.

–El viejo Rimbaud se llevó a Joséphine a su casa: dijo que le iba a arrancar la verdad a palos.

–Hortense Martin piensa que...

–¿A quién le importa lo que piense Hortense?

–¿Quiere un coñac? –preguntó Jean Pierre Boitavin—. Está tan mojado como si hubiera venido pedaleando por dentro del canal.

–Bueno, cómo no –dijo Sif, ablandado. Miró la copa, hizo girar suavemente el contenido, olisqueó el bouquet, bebió un sorbito y chasqueó los labios—. Hum. Que espere Girandole. No se va a mojar más aunque esté flotando.

–Que espere –aprobó Jean Pierre—. Yo también voy a esperar hasta el fin de los tiempos: me debía cuarenta francos. Un hombre no tiene derecho a morir cuando debe dinero. Es indecente.

Sif terminó de beber y asintió.

–Si todos lo hicieran, quedaríamos arruinados –dijo. Se abotonó la capa y adoptó una pose de gran autoridad—. Convendría que uno o dos me acompañaran para enseñarme el lugar donde ha perecido este deudor.

Un par se ofreció, más por morbosa curiosidad que por un sentido de civismo. Al salir se encontraron con el abate Courtot que caminaba apresuradamente bajo la lluvia. El viejo sacerdote se detuvo ante la autoridad.

–¿Qué le trae aquí, hijo? Espero que no sea nada grave.

–Girandole está duro en el bosque.

–¿De veras? –el abate movió tristemente la cabeza—. A Hercule no le va a gustar.

–¿No? –Sif le miró.

–Un padre borracho es una manantial de vergüenza.

–El joven Girandole –le gritó Sif en el oído— está muerto.

–¡Dios mío! –el abate retrocedió un paso y se masajeó su órgano auditivo—. Qué cosa horrible! Un joven encantador, y bueno...

Muy turbado, les miró alejarse y desaparecer en la oscura lluvia.

Casi toda la población de Chateauverne vio el cadáver, tuvo náuseas y malos sueños, aparte de Emile Périè y la viuda Martin, que tenían un carácter excepcionalmente fuerte. Los hermanos Boitavin hicieron un viaje especial hasta L'Orient para comprar una nueva remesa de coñac.

Dos ancianos y asombrados médicos y Napoleón Sif estuvieron de acuerdo en que ningún cuerpo humano podía ser tan espantosamente retorcido por obra del hombre y que lo mejor sería depositar la responsabilidad en el amplio regazo del Altísimo. Dieron por sentado que Hercule había sido víctima de un rayo en la flor

de la juventud, por obra de Dios, que cumplía sus designios en formas misteriosas.

A Girandole el mayor, que había derramado sus energías con tal entusiasmo que pocas veces se le había visto perpendicular, y que ahora pasaba sus últimos años recordando con deleite sus pasadas iniquidades, se le señaló que los hijos suelen pagar las culpas de los padres. Un sistema de justicia que, a sus ojos, tenía sus ventajas.

Joséphine, ya recuperada del golpe y dispuesta a mirar en torno en busca de nuevos conquistadores, se le hizo ver que quizás un solo minuto de modestia la había salvado de compartir la suerte de su enamorado.

En el funeral, el abate Courtot hizo uso pleno y legítimo de la dolorosa ocasión, y disertó sobre varios aspectos de la venganza celestial. Hizo oblicuas referencias a los hábitos poco santos de ciertas personas a quienes todos identificaron como los demás.

Hercule descendió a la fosa. Napoleón pedaleó de vuelta hasta Pontaupis. Joséphine Rimbaud permitió que el joven Armand Descoules la acompañara en dirección aproximada a la de su hogar, con la esperanza de que en alguna parte del camino le ofreciera algo más que consuelo espiritual. Hyacinth Peuch ayudó a llenar la tumba con las manos desnudas y dejando caer un hilo de baba al suelo.

Todo el asunto quedó reducido a chismes, gestos, encogimientos de hombros. Pero sólo durante seis días, hasta que ocurrió el siguiente crimen.

Hyacinth Peuch trajo la mala noticia. Trastabilló hasta el pequeño grupo sentado en el exterior de la fonda de Boitavin, puso la cabeza de costado e hizo una mueca.

–Va a llover pronto.

–Vete, tonto –le dijo alguien, con impaciencia.

–Mucha lluvia para lavar la sangre farfulló–. La sangre de Laverne.

–Laverne no tiene sangre –declaró Lamaitre, dirigiendo un guiño a los demás.

Era más bien una exageración que una mentira. Jules Laverne era un personaje alto y sombrío, tan flaco que le llamaban Le Pendu, el ahorcado.

Sus rasgos finos y como de pájaro tenían cierta semejanza con los últimos señores de Verne, y esto, unido a su nombre, había fomentado en él la ilusión de que una pandilla de siniestros abogados le había quitado su legítima herencia. Jules se comportaba, por lo tanto, con la fría dignidad de un duque engañado, inspeccionaba periódicamente sus propiedades recorriendo los extensos campos de los Verne, y ocasionalmente examinaba los registros civiles de los pueblos vecinos en busca de un antiguo certificado de matrimonio que no existía, ya que la unión específica que le interesaba sólo se había celebrado en la cama.

–Mucha sangre de Laverne –insistió Hyacinth, con cierta glotonería–. Cerca de la piedra del meteoro.

–¿Qué? ¿Dónde?

–Retorcido como el otro. Lo vi –volvió a trastabillar al recordarlo–. ¡Va a llover pronto!

No había el menor indicio de lluvia. Finas nubes ocultaban en parte el sol que se ponía: por lo demás el cielo estaba claro. A pesar de esto, el grupo se agitó; se sentían incómodos y no les gustaba que el idiota se mostrara tan seguro. Y además, si debía haber una segunda víctima en la plantación, Laverne tenía tantas posibilidades como cualquiera, y más que la mayoría. Siempre estaba rondando el lugar mientras pensaba en lo distinto que podría haber sido todo. Miraron a Hyacinth, y se miraron entre sí.

Antes que nadie pudiera decir una palabra, Germalne Joubert se aproximó con sus ojitos vivísimos.

–¿Pueden creerlo? ¡Es increíble! –hizo una pausa para crear suspense, y luego agregó–: Jules Laverne, ese escuálido, ese proscrito, ha dejado su bicicleta junto a la casa de Tillie Benoit ¡toda la noche! Una vergüenza. ¿Que le ve ella? ¿O qué le ve él? Y además, qué impudencia, dejar la bicicleta como un anuncio, jactándose abiertamente... Si me preguntan...

–Nadie le pregunta nada, lengua larga –dijo Hippolyte, quien sostenía que Germaine era capaz de percibir el calor del estiércol a distancia.

–¿Eh? ¿Le he oído bien, Monsieur?

–Es claro que sí. Llévase la lengua a otra parte.

Ella alzó una indignada y justiciera cabeza.

–Permítame que le diga, Monsieur Lemaitre, que si no fuera por los pocos que somos puros...

–Más bien a la fuerza que por elección –respondió él agudamente, y la miró alejarse con la nariz en alto. Y les dijo a los demás–: Tille Benoit no le hubiera sonreído a Jules por cincuenta mil francos. Es tan cálida como una roca y terminará por darle a los gusanos lo que ha negado a los hombres, pero...

–¿Qué? –urgió uno de los otros.

–Su casa está sobre el camino a la plantación. Por lo tanto, voy a dar una vuelta por el obelisco. ¿Alguien viene?

–Yo.

Otro gruñó:

–En ese caso yo también me podría adherir a esta locura.

–Va a llover –les recordó Hyacinth Peuch, mostrando sus dientes amarillos–. Lavaré la sangre.

–Lluvia, lluvia, lluvia –comentó el gruñón–. Siempre habla de lluvia, como si no tuviéramos bastante.

–Escupió en el suelo–. El pobre tonto escucha demasiado a estos escarbadores de basura que se llaman a si mismos granjeros. Siempre el tiempo amenaza llevarles a la bancarrota. No estarán satisfechos mientras no tengan una lluvia cada día y otra el domingo para limpiar los desagües. Todo lo que le piden a Dios es eso: lluvia y desagües. Del resto se ocupa la Banque de France.

Ya se oían truenos cuando llegaron a la piedra con la inscripción Ici la Météorite de 1897. Las primeras gotas cayeron mientras llevaban a la plaza la estropeada figura de Laverne.

Napoleón Sif volvió a coger una mojadura, como los dos médicos. Contemplaban meditabundos la extraña forma que parecía haber sufrido un tormento inimaginable, de otro mundo, antes de ir a reclamar sus derechos en una propiedad más alta y remota. Tenía todos los huesos rotos y las articulaciones dislocadas. El torso había girado sobre sus caderas y la cabeza miraba incongruamente la espalda. Las piernas estaban retorcidas como hilo.

El rayo, aventuró Sif, no golpea dos veces en el mismo lugar. Bah, comentó un médico eso era un mito. El otro corroboró que los rayos suelen caer en el mismo lugar, sobre todo si hay en el subsuelo un yacimiento de hierro. De cualquier modo, el cadáver de Laverne había aparecido exactamente a tres metros del de Girandole. El veredicto fue como el anterior: muerte causada por un rayo.

Enterraron a Jules Laverne junto con sus fútiles esperanzas y sus sueños ociosos. Sif regresó a Pontaupis. Los Boitavin trajeron otro cargamento de bebidas de l'Orient. Hyacinth Peuch tiró tierra a la tumba.

El abate Courtot habló solemnemente del pecado de imitar a los superiores, del abismo que aguarda al orgullo, del oropel de los tesoros mundanos, que no se pueden llevar consigo. La piadosa Joséphine tradujo esta información teológica como la recomendación autorizada a usar dichos tesoros mientras aún estaban calientes.

El nombre de Laverne se unió al de Girandole en las conversaciones morbosas, y no se le dio otro sentido a ninguno de ambos durante las cuarenta y ocho horas subsiguientes. Un tiempo muy corto, con todo; porque como Laverne no tenía mucha substancia, la tercera muerte llegó muy pronto.

La falta de énfasis del próximo anuncio aumentó su horror. Era la tarde del día del mercado, única ocasión semanal en que Chateauverne se veía a sí mismo como un pueblo abierto y bullicioso.

Emile Périé se abrió camino por la plaza, entre jaulas de gallinas y cerdos rezongones. Era un hombre gigantesco de pelo en pecho y cejas amenazadoras a quien se llamaba a sus espaldas y a cierta distancia l'encadreur, el marquero de obras de arte. Aunque era el herrero del pueblo, se le atribuía el otro oficio desde el día memorable en que sus nalgas habían quedado prisioneras en un excusado mal construido. Se necesitó la colaboración de cuatro personas para ponerle en

libertad y, como era un hombre rudo y taciturno, el recuerdo de ese remoto episodio era lo único que le molestaba.

Emile pasó junto a una pared donde se alineaban algunos sombríos borrachos y a una cerca donde estaban sentados algunos septuagenarios y penetró pesadamente en la fonda. Le hizo un gesto a Baptiste y dijo en voz ronca:

–¡Otro!

Baptiste Boitavin no comprendía, pues le había visto entrar.

–Pero Emile, ¿cómo puedo servirte otro si aún no has pedido el primero?

–Lo beberé ahora. Un coñac doble. No vendrá mal.

–Las manos de Périé representaron un movimiento de torsión, como si estuviera matando una gallina invisible–. Ha habido otro.

La cara de Baptiste palideció: esta vez había comprendido. Echó un vistazo a los demás parroquianos, se inclinó sobre el mostrador y preguntó en voz baja:

–¿Quién?

–Portale. –Las manos volvieron a girar–. Estaba así, todo dado vuelta. –Bebió un trago de coñac–. Reventado y seco, como una naranja podrida.

–¡Ooooh! –dijo Baptiste, y retrocedió un paso–. El teléfono.

–Que no vengan más cretinos de Pontaupis –sugirió Périé–. No es momento para inútiles.

–Llamaré a la gendarmería de Vannes. ¿Dónde está el cuerpo? ¿En la plantación?

–No. Lo traje aquí, doblado y flexible como una sogá mojada. Está en la capilla, y sólo la viuda Martin me vio.

–Se quedó acodado sobre el mostrador, bebiendo, hasta que Baptiste regresó del teléfono y le hizo una seña. Respondió encogiéndose de hombros, salió y fue a buscar a la forja un martillo de tres kilos que puso al lado de su cama.

Por alguna razón misteriosa, la primera respuesta al pedido de ayuda de Baptiste llegó en la forma de una excitada brigada de bomberos con una escalera de doce metros y tres bombas. Este circo, que había batido el récord de Vannes a Chateauverne por más de un minuto, apareció en la plaza con un sonoro clamor de sirenas y campanas, diseminando gansos, gallinas, repollos y chismosos. De inmediato Chateauverne se convirtió en un tumulto, mientras los voluntarios corrían en todas direcciones en busca de un inexistente incendio. Entre algunos ebrios se hablaba de quemar algo para justificar el brío de la visita y los gastos.

Una hora más tarde, después de muchos gritos, discusiones y repetidas llamadas telefónicas a Vannes, los bomberos se retiraron llevándose tres botellas de vino nuevo. Se les sugirió no ir a Pontaupis, de donde quizá les habrían llamado, y que debía haber sido arrasada hasta sus cimientos mucho antes.

Menos espectacularmente fue descargada en una calle lateral una carretada de gendarmes, que entraron en la capilla. Germaine Joubert les vio, se acercó a la puerta con otras personas y las noticias empezaron a volar de boca en boca.

–El tercero.

–Como los otros.

–Es Portale.

Les impresionó, aunque la noticia no les tocaba tan de cerca. Magnífico Portale no era un nativo de Chateauverne. De origen extranjero, y según se creía ibérico, había vagado por las inmediaciones durante años, ganándose precariamente la vida con una cara llena de amor y un corazón lleno de concupiscencia. Se rumoreaba que Magnífico era el padre de diecisiete hijos, ocho de ellos de su legítima esposa. A pesar de esta indiscriminación copulatoria se le tenía en cierta estima porque había alegrado la vida de las mujeres sin hijos y su pecado era en suma la caridad cristiana.

Los gendarmes se llevaron a Magnífico violentamente contraído y el día siguiente regresaron con grandes cajas, palas, un documento oficial lleno de frases como «dispónese» y «por cuanto», excavaron las tumbas de Girandole y Laverne, los empaquetaron y se los llevaron a Vannes.

Para este momento, Chateauverne había decidido que dos eran bastante y tres demasiado. La soberbia puntería de los rayos resentía la credulidad, especialmente porque nada similar había ocurrido nunca. Debía haber un asesino suelto, un maníaco.

Aparecieron los postigos de roble. La forja de Emile Périé empezó a echar humo y a producir martillazos para tratar de cumplir las exigencias de un súbito boom de trancas y cerrojos más grandes y sólidos. Armand Descoules tenía todas las calles para él después de las ocho y media, pero debía cortejar a Joséphine a la distancia máxima de un tiro de piedra de su casa y tuvo que postergar su romántica intención de tomar lo poco que aún le faltaba.

La cuarta noche después del traslado de los cuerpos a Vannes, cuando todavía proseguían las especulaciones y el miedo rondaba por los callejones oscuros, Baptiste Boitavin llegó a una decisión.

–Este salvaje ha matado solamente de noche y en la plantación –dijo–. Ese es un juego al que pueden jugar dos –tomó entonces una pesada escopeta de dos caños y agregó–: Vamos a buscarlo y a terminar con él.

–Excelente idea –aprobó Hippolyte Lemaitre–. Esos de Vannes duermen con la satisfacción porcina de los que están engordados a impuestos. Nos podrían liquidar a todos en orden alfabético antes de que se despierten. Lo mejor será que actuemos nosotros mismos.

Hubo murmullos de apoyo. Sólo Timothée Clotaire, el sepulturero de la iglesia, se opuso. Era el tipo de hombre que invariablemente presenta un problema ante cualquier solución.

–¿Y si este asesino no es un ser humano?

–Ya sabemos que no lo es. Es inhumano. –Baptiste escupió en el suelo–. Le mataremos.

–¿Y si es una fiera, como un gorila enloquecido?

–Lo mismo volará hecho pedazos.

–¿Y si fuera un elefante escapado del Cirque Nationale? –insistió Timothée. Su mirada veía la escopeta de Baptiste del tamaño de una cerilla en comparación con un elefante.

–Por mí, podría ser una boa constrictor de veinte metros –afirmó redondamente Baptiste, echándose el arma al hombro–. Estoy listo. ¿Quién más viene conmigo?

Se le unieron diez, armados con siete rifles, una pistola de tiro al blanco, un antiguo machete y una maza de roble con formidables tachones de bronce. Impregnado de ferocidad marcial, el grupo se puso en marcha, seguido a la distancia por Hyacinth Peuch, que mostraba sus dientes amarillos y parecía curioso.

Durante tres horas batieron los bosques. Se llamaban unos a otros y orinaban a intervalos frecuentes; molestaron bastante a los conejos y a los búhos, pero no encontraron nada maníaco ni monstruoso. Uno por uno fueron regresando a sus hogares, fatigados, cada cual de acuerdo a la medida de su paciencia.

A las tres de la mañana Jean Pierre Boitavin despertó a Hippolyte Lemaitre golpeando violentamente la puerta.

–¡Hola! ¡Ya está aquí! ¿Volvieron los demás?

Seguramente. –Hippolyte se frotaba los ojos, demasiado estupidizado por el sueño para sentirse irritado–. ¿Qué ocurre, Jean Pierre?

–¿Dónde está Baptiste?

–¿No ha regresado? –Hippolyte miró su reloj, vio que era muy tarde y se despertó en el acto. Hizo girar la llave–: Pase y espere a que me vista. Vamos a buscarle.

Le encontraron exactamente donde se lo figuraban, aunque ninguno había querido admitirlo. Cerca de la piedra del meteorito, con el arma sin descargar junto a su mano fría. Apenas era reconocible.

Una nueva gran caja llegó de Vannes y se llevó a Baptiste bajo la mirada inquisitiva de Roger Corbeau, un chico de doce años y pelo en desorden. Roger era por naturaleza tan poco respetuoso del peligro que ya se había roto cuatro huesos, le habían hecho siete suturas y había tenido en dos oportunidades la vida en un hilo.

Esto no ocurría porque estuviese lleno de coraje sino más bien por la ceguera particular de las personas propensas a los accidentes. En otras palabras, tenía algo en común con Hyacinth Peuch, sólo que no tan desarrollado. Entre los conocedores locales de los desastres, cundía la idea de que Roger no duraría mucho en este mundo porque Jesús lo quería para hacerse con él un rayo de sol.

Los oráculos dieron justo en el centro. Roger fue obedientemente a la cama, se escapó por la ventana del tejado, y se dirigió directamente a la plantación para ver por sí mismo lo que ocurría. Seguramente su entusiasmo se habría evaporado en menos de una hora si le hubieran hecho esperar todo ese tiempo; pero, característicamente, eligió un momento en que el servicio era rápido y eficiente. A su debido tiempo fue buscado, descubierto y llevado a Vannes en una caja más chica, bajo una lluvia feroz.

Dos gendarmes con sus carabinas cargadas empezaron a montar guardia por las noches en la plantación. Durante los diez días siguientes no ocurrió nada. Reinaba el buen tiempo y hacía calor. Aunque les aburría su tarea, la cumplían a conciencia; pero no oyeron nada sospechoso ni vieron nada que pudiera ser motivo de alarma.

A las diez y veinte de la undécima noche, uno de ellos fue a casa de Tillie Benoit en busca del café que ella preparaba, tal como se había establecido oficialmente. Llevaba una lata de mala gana, porque la atmósfera estaba más fría y parecía presagiar una lluvia, y además porque pensaba que bien podría prepararles el café alguien más sociable y simpático que Tillie, una mujer flaca y frígida que les dispensaba esa bebida como si le estuviera haciendo un favor a los leprosos.

Sin embargo se quedó con Tillie tanto como pudo, mantuvo con ella una conversación llena de elevada moralidad y bajos propósitos, con la encallecida determinación de alguien que considera cada fortaleza como un desafío y que, de cualquier manera, debe mantener la reputación cuidadosamente cultivada de ser tan apasionado como un gato entero repleto de curry.

Pasó casi una hora antes de que regresara, derrotado. Una vez en el obelisco, miró a su alrededor.

—Marcel.

Silencio.

—¡Marcel!

No hubo respuesta.

En voz más alta y levemente temblorosa:

—¡Marcel!

El viento frío susurraba entre los árboles. Percibió un olor acre, débil pero familiar y perturbador. Olfateó, tratando de recordar.

¡Sangre!

Dejó caer la lata de café de la mano izquierda y la carabina de la derecha. Abandonó a Marcel, giró y corrió como jamás había corrido antes.

Cuarenta hombres de la primera compañía del regimiento 23 de Infantería llegaron la tarde siguiente. Ocuparon posiciones en la plantación con órdenes estrictas de no permitir la entrada a nadie. Un periodista llegó desde l'Orient, y fue enviado por la viuda Martin a investigar una masacre imaginaria en Pontaupis,

donde hacía tiempo que estaba haciendo falta una buena. El prefecto de Morbihan visitó personalmente Chateauverne, estuvo tres minutos y se marchó.

La semana siguiente no ocurrió nada. Tillie Benoit rechazó a los cuarenta soldados, cada uno de los cuales pensó que era idéntica a la madre de su perrito mascota. El oficial al mando de la tropa, un capitán, no opinó al respecto. Estaba satisfecho porque le habían dado una dirección en donde podía hacer sus ejercicios de calistenia sobre alfombra, tan necesarios para la salud y el espíritu del guerrero.

Por lo que se podía ver, poco más se hizo al respecto de las sucesivas tragedias; pero el jueves a la noche apareció una persona en la fonda. Era un hombre pequeño y delicado, de aspecto ágil, con una barba blanca de chivo y ojos fríos y azules.

—¿Es usted Jean Pierre Boitavin?

—Sí, señor.

El otro exhibió una tarjeta.

George Fournier, Inspecteur. Sureté Générale.

—¡Ah, la Policía! —dijo Jean Pierre, impresionado—. No es necesario preguntar qué le trae aquí.

El inspector Fournier asintió.

—Ya he interrogado a una cantidad de personas: el abate Courtot, Périé, Lemaitre, Mme. Martin y otros. Todos aquellos cuya información podría ser útil. Sólo me quedan dos nombres en la lista: el suyo y... —tomó una libreta y la consultó— un tal Hyacinth Peuch —los ojos helados horadaron a Jean Pierre—. Por favor, dígame todo lo que sepa sobre este asunto.

Obediente, Jean Pierre contó los hechos con tantos detalles como pudo recordar.

—Es la misma historia —comentó Fournier—. ¿Dónde está Peuch? ¿Dónde se le puede encontrar?

—Allí fuera. —Jean Pierre señaló la plaza—. Es ese pobre subnormal que está jugando con esas basuras.

—Ajá... ¿Puede hablar?

—Ciertamente, monsieur. Sólo que la gente extraña le asusta —pensó un instante—. Le voy a llamar y le voy a dar un coñac. Esperaremos hasta que lo absorba, después, usted podría convidarle con otro: eso tendrá un aire fraternal. Y después de dos coñacs le besaré la frente y le llenaré de baba.

—Llámele —ordenó Fournier, acostumbrado a sufrir cuando se trataba de cumplir con su deber.

Hyacinth se acercó con ese andar arrastrado y ladeado que caracteriza a muchos subnormales. Bebió lentamente el coñac, con cierta suspicacia, porque la gente

del pueblo le aconsejaba siempre que se cuidara de la gente que le ofrecía regalos.

–Hyacinth sabe cuándo va a llover –dijo Jean Pierre, para gratificarle con un elogio–. Si dice que lloverá, llueve. Después de cada una de las muertes anuncio que los ángeles llorarían, y así lo hicieron.

–¿Ah, sí? –dijo Fournier, estudiando el aspecto de cementerio de los dientes de Hyacinth–. ¿Y por qué llueve después de las muertes?

–Para que se vaya la sangre –informó Hyacinth.

Luego terminó el coñac, chasqueó los labios y sonrió.

–¿Que vaya adónde?

–A las raíces.

–Ah, a las raíces –dijo Fournier; alzó una ceja inquisitivamente–. ¿Y qué raíces son esas?

–Las del árbol. –Hyacinth miró la copa vacía.

–Sírvale otro –ordenó Fournier–. Me interesan muchísimo los árboles, Monsieur Peutch. ¿De qué árbol me habla?

Encantado de oírse llamar monsieur, el tonto tartamudeó:

–El... el grande que... que atrapa conejos.

Un destello brilló en los ojos de Fournier mientras preguntaba:

–¿Usted lo ha visto hacer eso?

Hyacinth no respondió.

–Muéstreme cómo lo hace –invitó Fournier, con paciencia.

–Vamos, muéstrale al señor –dijo Jean Pierre–. Nunca han visto una cosa así en París.

Con cierta resistencia, Hyacinth dejó su copa, se paró, extendió rígidamente los brazos por encima de la cabeza y miró al cielorraso.

–Está así todo el día –informó–. No se puede mover por la luz. Pero de noche...

–¿Sí?

–Hay cosas que corren sobre las raíces, cosas con sangre...

–Siga –urgió Fournier.

–Entonces... –Hyacinth respiró profundamente. Luego sus brazos vibraron, y de pronto bajaron velozmente hasta sus pies, con toda su fuerza. Los dedos arañaron el suelo. Luego enderezó el cuerpo y alzó un poco los brazos. Se quedó

mirándoles, con un gorgoteo de placer, mientras sus manos retorcían algo y la sangre imaginaria goteaba sobre sus pies.

–Y en seguida llueve –dijo.

Jean Pierre empinó la botella de coñac.

–Necesito yo un trago –dijo. Bebió y miró a Hyacinth–. Nom d'un chien! ¿Cómo puede haber un árbol así?

–¿Y le viste coger así conejos? –dijo Fournier–. ¿Muchas veces? ¿Desde hace mucho?

–Cuatro, cinco, seis años. Tal vez más. No sé –Hyacinth sostuvo una mano a la altura de su cabeza–. Desde que el árbol era así de grande.

–¿Y eso ocurre con frecuencia? –dijo Fournier.

–Sólo de noche y cuando está por llover –dijo el experto en los procedimientos del misterio–. Si no hay lluvia, no hay caza.

Fournier no se molestó en preguntar por qué no había dicho nada de esto antes. Sabía la respuesta: los locos aprenden pronto a no hablar demasiado de su locura.

–¿Nos puedes llevar hasta ese árbol?

–Sí, Monsieur.

En la creciente obscuridad, el vegetal no parecía distinto de otros árboles cercanos. Simplemente un grueso y nudoso tronco de altas ramas y una masa de hojas anchas y carnosas. Estaba exactamente a ocho metros del obelisco.

Cuarenta soldados lo rodeaban mientras el inspector Fournier examinaba cuidadosamente lo que se podía ver a la luz de media docena de linternas.

–¿Está seguro de que ésta es la planta asesina?

–Seguro, Monsieur –afirmó Hyacinth, muy satisfecho de ser el centro de la atención sin que nadie se burlara.

–¿No hay otros?

–No, Monsieur.

–Eso es una locura –exclamó el capitán, frustrado en sus designios de dedicar la noche a asaltar los encantos de la maestra del pueblo. Atravesó marcialmente el cerco de soldados, golpeó con su bastón el duro tronco y agregó con autoridad–: Ninguna planta puede tener suficiente sensibilidad o velocidad de reacción. Ni sus miembros pueden tener bastante elasticidad. Es decir que...

Sus últimas palabras se perdieron en una súbita ráfaga de aire y un tremendo swish cuando media docena de ramas descendieron y le capturaron. Subió y subió en el aire, y las ramas le exprimieron como un trapo mojado. No brotó de él

un grito ni un gemido. Sólo se oyó el ruido de los huesos rotos, la carne desgarrada, el gotear de la sangre.

Con una sacudida final, las ramas dejaron caer el cuerpo y regresaron a su posición original. Silencioso, impasible, satisfecho, el árbol se irguió en la oscuridad.

Alguien iluminó con una linterna el cuerpo, murmurando sombríos juramentos.

–Va a llover –prometió Hyacinth Peuch.

Fournier volvió a la vida como si se despertase de una pesadilla. Se hizo cargo de la situación con rápidas órdenes.

–Saquen el cuerpo de aquí. Traigan madera, ramas, quesoeno, todo lo que sea combustible. Arrójenlo junto al monstruo. Con cuidado, no se acerquen. ¡Rápido, idiotas, rápido!

Se lanzaron a una frenética actividad. En poco tiempo la pirámide de leña llegó hasta la altura de las ramas bajas. Encima de todo arrojaron el quesoeno requisado de las lámparas y estufas de Tillie Benoit. Fournier personalmente arrimó la cerilla. El fuego empezó a arder, vaciló, y de pronto se alzó hacia el cielo.

En ese momento el árbol empezó a sacudirse como un ser enloquecido, arrojando chispas y tizones ardientes en todas direcciones, lleno de vida violenta y terrible. Los hombres no fueron piadosos: continuaron arrojando leños al fuego hasta que el tronco de un árbol vecino reventó por la presión de la savia hirviente.

Al alba no quedaba más que un círculo de cenizas grises del que retiraron unos carbonizados restos de raíces, con los que hicieron un fuego más pequeño. A las diez de la mañana, cansados, sucios, despeinados, regresaron a la plaza.

Fournier entró en la fonda, se lavó y pidió el desayuno.

–Era un árbol, una planta sedienta de sangre venida de quién sabe dónde. Quizás ese meteorito trajo la semilla desde algún oscuro mundo. –Pensó un momento–. Sea como sea hemos visto el fin de este vampiro. Chateauverne no volverá a tener problemas.

–No estoy tan seguro, Monsieur –dijo Jean Pierre–. En Chateauverne, cuando a uno no lo estrangulan o le usan para el caldo, le roban cuarenta francos o le retienen prisionero en un excusado como un emperador sin poder. –Alcanzó una botella–. ¿Querría un coñac?

–Ciertamente.

Falta contar el resto, que quizá nunca será narrado. Una chispa de vida había venido del fondo del espacio y se había arraigado en Chateauverne: como era fototrópica, de día permanecía como hipnotizada, y de noche crecía, se movía, y bebía sangre. Así ocurrió hasta que fue destruida.

No se le concedió a Hyacinth Peuch, el tonto, ningún crédito por esto. Antes bien, se le criticó por no haber hablado antes, aunque en ese caso nadie le hubiese creído.

Hasta un idiota puede tener sensibilidad, de modo que tampoco la primavera siguiente se expuso a ser insultado. Al regresar de cierta glorieta escondida donde a veces sus ojos, bizcos pero eficaces, le instruían sobre las artes gemelas del cortejo y la conquista, vio una especie de castaña velluda que cruzaba el sendero.

Era una cosa pequeña, pardusca, brillante, cubierta de ciliat temblorosas. Se movía lenta y trabajosamente entre la hierba; cayó sin poder evitarlo por el plano inclinado de un zanjón y trepó la margen opuesta: allí se acomodó en la parte más alta, se hundió en el suelo y desapareció de la vista.

Muy de vez en cuando volvió a ese lugar, pero cerca de la zanja brotaban continuamente matas y arbustos, y no habla manera de distinguir entre locales y visitantes. Un día, a fines de octubre, advirtió una rata muerta, seca y retorcida debajo de un arbusto de un metro de alto.

Chateauverne recibió el aviso que se le debía.

—Va a llover —le dijo Hyacinth a la viuda Martin, en su voz encharcada y llena de gorgoteos, sonriendo, con la cabeza ladeada y una gota pendiente de la nariz.

Ahora bien, la viuda Martin era una mujer sana y fuerte, consciente de su soledad, y estaba gozando silenciosa e inocentemente de sus propios deseos; y la imagen de Hyacinth le resultaba en ese momento tan indeseable como una rata muerta en un banquete.

Así que gruñó:

—¡Vete, tonto!

...Y, rascándose el trasero, olvidó la cuestión.

La parra

Kit Reed

The vine © 1967 by Mercury Press Inc. (The Magazine of Fantasy and Science Fiction, Noviembre de 1967). Traducción de F. Corripio, J. Piñeiro, y C. Gaudes en *Ciencia Ficción Selección-2*, Libro Amigo 187, Editorial Bruguera S. A., 1971.

La total entrega exigida a sus cuidadores por la inmensa vid, la fatal sumisión de sus siervos, y los intereses creados a su alrededor constituyen una escalofriante alegoría de la servidumbre del hombre contemporáneo, esclavo de sus necesidades artificiales, y prisionero de ciegas y devoradoras estructuras. He aquí un alucinante relato del que todos somos, en mayor o menor grado, protagonistas.

Día tras día, verano tras verano, venciendo obstáculo tras obstáculo, contumazmente, a través de los siglos, la familia Baskin había cuidado aquella parra.

Nadie sabía con exactitud los años que tenía, quién la había plantado, ni quién había sido el primer Baskin que la cuidara. Cuando los primeros colonos llegaron al valle, la parra ya estaba allí. Nadie sabía, tampoco, quién había edificado el inmenso invernadero que la albergaba o quién enviaba los camiones que llegaban cada otoño para llevarse la fruta.

Los mismos Baskin tampoco lo sabían. Aun así, continuaban cuidando la parra, arrancando las malas hierbas a su alrededor, recogiendo su fruta, regándola en épocas en las que nadie disponía de agua y abonándola cuando no había abono. La familia vivía en una casa pequeña, situada al pie de su inmenso tronco, dedicando todos sus días a la planta. Todos los miembros de la familia Baskin tenían la espalda encorvada y su piel mostraba un color pálido y blando a causa de vivir toda una vida bajo el invernadero.

Cuando morían eran enterrados en el suelo familiar, situado en el exterior del gran invernadero, sin ataúdes ni sudarios, para que pudiesen continuar alimentando a la planta. El hijo mayor era el único que se casaba. Generalmente cortejaba a su novia fuera del valle, para que la muchacha no supiese, hasta ser llevada a casa, que tenía que parir hijos e hijas que cuidasen la parra. Aunque no había prueba alguna, circulaban rumores de que existía un ritual macabro en el que los Baskin entregaban parte de su sangre, cuatro veces al año, para enriquecer la tierra en su base.

Aun cuando la fantástica parra estaba alojada entre paredes de cristal, su sombra se extendía por gran parte del valle. En el buen tiempo los granjeros podían contemplar su magnífico fruto y darse cuenta de que no había uvas que se pudiesen comparar con las que colgaban dentro del invernadero.

Cuando llegaban las heladas tempranas o la sequía asolaba el terreno, los granjeros culpaban a la parra. Pero aun cuando la odiaban terriblemente, se sentían atraídos por ella.

Tanto en verano como en invierno había un constante desfile de gente que llegaba desde todos los rincones del valle, y con el tiempo aún de más lejos, gentes que ansiaban ver el invernadero y su contenido, y esperaban en silencio hasta que les tocaba el turno de entrar en él.

Fuera del conservatorio no crecía la hierba. En un radio de cientos de yardas a la redonda la tierra aparecía desnuda, como si fuese terreno de erosión. Los visitantes se aproximaban al invernadero mediante un pasaje elevado, conscientes de la poderosa red de ramas, hojas y raíces que se extendía a sus pies. Más adelante, el invernadero estaba casi oscurecido por la enorme abundancia de hojas y de fruta que colgaba de sus ramas.

En la pequeña puerta de este elevado pasaje, los visitantes entregaban una moneda a la hija más joven de los Baskin y atravesaban el torniquete, para atisbar desde la barandilla el enorme y sinuoso tronco de la parra. Sus ojos lo seguían hasta la base y hasta la tierra cuidadosamente trabajada que lo sostenía, y la mayor parte de aquellas personas no acertaban a comprender por qué aquel tronco medía veinte pies de diámetro.

La tierra se hallaba dividida por una serie de pasos pavimentados en madera a lo largo de los cuales los Baskin caminaban con sus tijeras de podar, azadas, y picos, dispuestos a ablandar un terrón, o atar alguna parte de la planta que hubiera podido liberarse del enorme árbol y comenzara a inclinarse peligrosamente.

En la parte alta se extendía la parra enlazándose en mil formas diferentes y casi oscureciendo el techo. Todo el invernadero estaba lleno de ramas y fruta de esta sola planta, de manera que el visitante podía permanecer en la barandilla del pasaje exterior, a la izquierda de la casa de los Baskin, y contemplar yardas y más yardas de espacio libre cruzado por caminos de madera y cubierto por ramaje verde. De este tejado de verdor colgaban enormes racimos de impecables uvas, fruta opulenta de la parra. Forzando un poco la vista, todos los visitantes podían también distinguir a los Baskin yendo de acá para allá a lo largo de los senderos de madera, con sus rostros pálidos y ataviados con sus camisas de algodón gris.

Había algunas personas que aseguraban que la parra succionaba la vida de los Baskin y había otras que decían que, por el contrario, eran los Baskin quienes adquirían vida a causa de su parra.

Fuera cual fuese la verdad, el visitante percibía en sus movimientos cierta prisa, una urgencia extraña, y al cabo de un momento quizá se veía obligado a llevarse una mano a la garganta como si la parra también le amenazase, aspirando el aire que respiraba, y así el visitante se volvía apresuradamente y huía de allí sin apenas darse cuenta de la presencia de los demás que se apretujaban sobre la barandilla para poder ocupar un mejor lugar de observación.

Aun atemorizado en tal manera, el visitante regresaba siempre. En su lejano hogar, y en otra estación del año, cerraría sus ojos y vería una vez más aquella gigantesca estructura viviente. Algo le impulsaría a volver y así lo haría, quizá con una esposa reciente a con un hijo recién nacido, diciendo: «Intenté decírtelo. No hay palabras para describir la parra».

Y así, las multitudes que llegaban al valle se hacían más y más grandes, y con el tiempo se construyeron nuevas carreteras y lugares donde poder comer, y como algunas personas llegaban desde muy lejos y precisaban de un lugar de descanso, la gente del valle construyó paradores.

Uno por uno, los granjeros disminuyeron su propia producción, abandonando viñedos para invertir su dinero en moteles y restaurantes. Las casas cinematográficas hicieron acto de presencia, y alguien construyó una terraza, que estaba orientada hacia el invernadero, dotándola con parasoles multicolores y con piscinas.

También hubo quien construyó pequeños puestos de venta donde se expendían uvas y botellas de vino que, según se aseguraba, procedían de la famosa parra.

La gente del valle prosperó rápidamente, y aun cuando todavía vivían a la sombra de la parra, ya no la maldecían. En lugar de mirarla con odio alzaban sus ojos al cielo y murmuraban: «Espero que llueva, la parra necesita agua.» O: «Si hay helada espero que no se quiebren los cristales del invernadero y se dañe la parra.»

Con el tiempo abandonaron definitivamente el cultivo de la tierra y desde entonces sus vidas dependieron del constante fluir de visitantes que llegaban a ver la parra.

Y así ocurrió que Charles Baskin nació en época de prosperidad, cuando la gente del valle ya no evitaba a la familia. En su lugar decían: «¿Está muy atareada tu familia?»; o golpeando afectuosamente sobre la espalda de Charles le preguntaban: «¿Cómo va la parra, Charles?»

«Maravillosamente bien», respondía él, un tanto distraídamente, porque ya estaba cerca de los veinte años, era el primogénito y debía buscar esposa.

En otros tiempos la cosa hubiera sido más difícil... Un Baskin que entonces quisiera hacer la corte a una muchacha tenía que tomar un carro o un carromato y atravesar las montañas, viajando sin descanso hasta llegar a una ciudad donde nunca hubiesen oído hablar de la parra.

La propia madre de Charles había llegado al valle procedente de una de tales ciudades. Había llegado allí con sus ojos nublados por el amor y los oídos cuajados de las mentiras de su padre, mentiras y promesas; y no entendió las cosas tal y como eran hasta que entró en el invernadero. Se dio cuenta entonces de que se pasaría el resto de su vida cuidando la parra.

Charles la había visto languidecer durante toda su infancia, llorando sentada sobre una de las enormes raíces de la planta, y había escuchado de sus labios, noche tras noche, historias y anécdotas de lo que ocurría fuera del valle.

Sin embargo, durante aquellos veinte años transcurridos, las cosas habían cambiado mucho allí. Los padres de su madre habían llegado de visita y en lugar de protestar se sintieron encantados. Les llevó hasta el lugar el alcalde, reventando de orgullo, y los dos abuelos admiraron el invernadero, y alabaron la casa, e incluso llegaron hasta el extremo de acariciar el tronco de la parra.

La madre aún estaba protestando y tratando de explicar cosas, cuando los dos viejos la interrumpieron para decirle totalmente convencidos:

–Querida, debes ser muy feliz aquí.

Y a continuación partieron.

Charles, presenciando la escena, había pensado: «¿Y por qué no lo iba a ser?» La parra en aquellos días exudaba prosperidad y aun cuando aquellos que llegaban a verla se sentían asombrados, también deseaban mostrarse solícitos y casi siempre aconsejaban: «Más alimento.» O: «No podemos permitir que le suceda nada a esta parra.»

Y así, cuando Charles llegó a su mayoría de edad, cualquier muchacha del valle se hubiese sentido orgullosa de entrar a formar parte de la familia que cuidaba la parra. Varias de las chicas que por allí vivían trataron de llamar su atención, pero él siempre había amado a Maida Freemont, cuyo padre dirigía un lugar de recreo en la colina.

Cierto día, bajo una maravillosa puesta de sol, los dos contemplaron las últimas luces que se reflejaban sobre el techado del invernadero, situado más abajo que ellos. Charles dijo entonces:

–Baja al valle y vive conmigo.

–No sé... –replicó Maida mirando por encima del hombro de Charles hacia el techado del invernadero–. Ese lugar me pone muy nerviosa.

–Tonterías –dijo su padre, que acababa de escuchar las últimas palabras de su hija–. Alguien tendrá que cuidar de la parra con el tiempo.

–Sí –respondió Charles, a la vez que sentía un estremecimiento de premonición–. Yo te quiero Maida, cuidaré de ti.

Y acto seguido la abrazó estrechamente, pensando que si se casaba con ella todo marcharía bien.

–Maida...

–Dime...

La llevó en viaje de bodas a través del océano. Unos cuantos días de libertad antes de que se metiera a vivir en el invernadero. Regresaron del viaje tostados y con aspecto saludable; y Charles la condujo a través de los pasadizos que se extendían por las paredes de cristal, esperando ver la parra.

Charles cogió a su esposa en brazos y atravesó el portillo.

–Y bien –dijo al mismo tiempo que la depositaba en el balcón interior–, ya estamos aquí...

La muchacha ocultó el rostro en el hombro de su esposo y murmuró:

–Sí..., ya estamos aquí.

Cuando nuevamente se abrazaron, Charles se sintió muy incómodo. Notó que se producía un sutil cambio en el color de la luz del invernadero y cierta extraña diferencia en el aire que les rodeaba. El aire en aquellos momentos era más pesado, como si acabara de recibir una pincelada de fermento. Molesto, tomó a Maida por una mano y se apresuró a penetrar en la casa.

El resto de la familia se hallaba sentada en la sala de estar: el padre, la madre, Sally y Sue. Se habían cambiado sus ropas de trabajo. La madre y las muchachas se habían puesto vestidos de color de alhucema, y el padre lucía su camisa de color vino. Rodearon inmediatamente a los nuevos esposos y pasó un minuto antes de que Charles se diera cuenta de que allí faltaba alguien.

–¿Dónde está el abuelo ?

Su madre respondió evasivamente:

–Se fue...

–¿Adónde?

El padre movió la cabeza y respondió:

–Algo... le sucedió y murió.

Sue dijo calmadamente:

–Ya era hora.

Intervino la madre para hacer las cosas más fáciles:

–Convertí su cuarto en una magnífica sala para vosotros y así tendréis un verdadero apartamento.

En el exterior hubo un ruido extraño, como si toda la parra se estremeciese. Maida se apretó contra Charles, y éste respondió:

–Está bien, madre. Eso es estupendo.

Maida murmuró:

–¡Oh, Charlie, Charlie, sácame de aquí!

El vaciló.

La familia les contemplaba con ojos violeta. Estaban esperando.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Charles abrazó más estrechamente a Maida y dijo:

–Vamos, querida.

Y en el rellano de la escalera añadió:

–Confía en mí. Confía en la parra.

Subieron los dos juntos. En el exterior se oyó otro extraño ruido, muy parecido a un gigantesco suspiro.

Charles se levantó temprano, pero la familia ya estaba trabajando. Sally se hallaba en el torniquete de entrada al pasadizo recogiendo dinero de los visitantes. Sue estaba agachada en uno de los pasillos de madera arrancando distraídamente una mala hierba. Su madre estaba subida en una escalera situada en el extremo más alejado del invernadero, atando una fina rama de la parra.

Charles se aproximó a ella.

–Madre, aquí hay algo diferente –dijo.

Pero la madre solamente frunció el ceño, atando un nudo, y no dijo nada.

Cuando a mediodía regresaron a la casa, Maida parecía haberse recuperado y animado mucho. Estaba en la cocina. Llevaba los cabellos recogidos y sujetos en la nuca y silbaba alegremente. Dijo:

–Hice un pastel.

Terminaron la comida felizmente. Sally habló mucho sobre un muchacho que había visto. Había atravesado el torniquete de entrada al pasadizo dos veces sin haberse acercado a la barandilla para contemplar la parra. Sólo le interesaba charlar con ella. La madre sonreía al mismo tiempo que daba a Maida algunas instrucciones sobre el gobierno de la casa. El padre estaba un poco pálido y como abstraído.

–El pastel –dijo Maida, cortándolo.

Todos abrieron la boca asombrados.

–¡Uvas!

Una vez que terminaron de hablar con ella, Charles la condujo hasta su habitación, tratando de tranquilizarla.

–Por favor, querida, no llores más. Lo que ocurrió es que no has comprendido...

–Todo lo que yo quería era...

–Lo sé, pero perjudicaste a la parra. Ninguno de nosotros jamás hace daño a la parra.

Baskin, aquella tarde, permaneció una hora más en el invernadero, quizá pensando cómo arreglar el estropicio que había realizado su mujer en la parra. Fue de un lado a otro por los pasadizos de madera, arrancando malas hierbas y podando, hasta que poco antes de la puesta de sol tropezó con su padre.

Se hallaba en tierra, cerca del muro exterior, terriblemente pegado al terreno, como si estuviese comulgando con él. Cuando Charles le llamó, el viejo no respondió, ni se movió.

Inclinándose y alzándole un poco, Charles logró sentarle contra el muro de cristal.

–Padre, ¿no crees que no es normal estar tirado ahí en la suciedad, de esa manera?

El viejo le miró y musitó:

–Tenía que hacerlo...

–¿Por qué, padre? ¿Por qué?

–No lo comprenderías.

–Padre, ¿te encuentras bien?

El viejo le apartó calmosamente y replicó:

–Vamos..., es la hora de regar la parra.

Los últimos visitantes se habían ido ya, y así abrieron las esclusas que daban paso al agua. Cenaron bajo el suave murmullo del agua que regaba la tierra. Aquella noche, Charles y Maida se abrazaron más estrechamente, como si estuviesen atemorizados por la constante lluvia artificial.

El padre ya no volvió a ser el mismo de antes. Al cabo de dos meses había fallecido, languideciendo misteriosamente ante los ojos de toda la familia, hasta morir. A la vez que el viejo se iba perdiendo poco a poco, la parra prosperaba, produciendo más fruto, extendiendo más y más sus ramas hasta que llegó un momento en que Charles temió que el invernadero no fuese lo suficientemente grande para albergarla. Trabajó largas horas podando y arreglándola, intentando mantenerla dentro de ciertos límites, y cuanto más trabajaba, menos resultados parecían alcanzar sus esfuerzos.

Su madre y las muchachas también parecían afectarse mucho, haciendo inútiles esfuerzos y languideciendo más y más ante sus ojos.

Solamente Maida estaba bien, atareada en un género de vida que nada tenía que ver con la parra o con el invernadero. Estaba embarazada y en sus sueños sobre el futuro, cuando conversaban sobre el porvenir, ni Charles ni Maida mencionaban la parra para nada.

Solamente Sally parecía resentirse del inminente bebé, riñendo con Maida porque no ayudaba como lo hacían los demás, aunque la propia Sally pasaba cada vez menos tiempo trabajando. En lugar de hacerlo se entretenía en el torniquete de entrada, charlando con el muchacho visitante.

–Mejor será que le digas que deje de venir por aquí –dijo Charles una noche.

–¿Por qué? Tengo que vivir mi propia vida, ¿no?

Charles frunció el ceño mirando a Sally y respondió:

–Tu vida es la parra.

Al día siguiente la muchacha había desaparecido. Había metido sus ropas en una maleta de cartón, para huir con el muchacho. Desde una distante ciudad enviaron una tarjeta que decía:

«Salid de ahí antes de que sea demasiado tarde.»

No había dirección del remitente.

Sue movió la cabeza con gesto de pesadumbre y comentó:

–Tendremos que trabajar más duro para compensar su marcha.

–No servirá de nada –respondió la madre, desde su rincón–. No servirá de nada.

–No digas eso –replicó Charles secamente–. Entre todos tenemos que cuidar la parra.

Muy avanzada ya en su embarazo, Maida murmuró:

–¡Maldita sea la parra!

Como Charles no pudo encontrar a su madre para que le ayudara, cuando nació el niño entre él y Sue oficiaron de comadronas. Cuando todo acabó, Charles salió hacia los pasadizos de madera y llamó a la anciana para darle la buena noticia.

Finalmente la encontró boca abajo, pegada a la tierra, como lo había estado su padre, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para alzarla. Imaginaba que algo la había golpeado cuando la apartó de la tierra. Atemorizado la llevó hasta la casa y la acostó. Aun cuando la mujer era fuerte, Charles no le permitió dejar la casa para nada. Entre él y Sue cargaron con el trabajo porque no tenían otro remedio que hacerlo así. De todas formas la madre murió pronto. La enterraron en el solar familiar, donde podría alimentar a la parra.

En aquellos momentos quedaban en la casa solamente cuatro personas: Charles, Maida, el bebé... y Sue, quien poco a poco también iba languideciendo y adelgazando ante sus ojos.

Charles estaba desesperado y probablemente habría huido de allí a no ser por el pequeño. El bebé era su futuro y todas sus esperanzas. Crecería fuerte y saludable, llevando en sí la tradición de los Baskin en cuanto se refería al cuidado de la parra.

–Pronto tendremos una niña –dijo sonriendo a Maida.

Al otro lado del fuego, Sue se llevó ambas manos a los labios. Sus dedos acariciaron el rostro, nerviosamente, e inmediatamente se puso en pie y echó a correr.

Cuando Charles salió al porche escuchó sus pasos, rápidos y desesperados. Pero estaba todo muy oscuro y la gran parra crujió sobre él. Con un estremecimiento, entró en la casa.

No volvieron a ver a Sue, y así Maida tuvo que cuidar al bebé en la casa y salir a ayudar a su esposo en el trabajo de la parra.

Era una muchacha ágil y capaz, y ahora que había dado a luz un hijo, parecía sentirse extrañamente reconciliada con la vida en el interior del invernadero, como uno más de los que siempre habían trabajado allí.

Ella y Charles trabajaban bien, pero Charles comenzó a observar ciertos cambios en su esposa. A menudo la hallaba en el pasadizo de madera más lejano del invernadero con una mejilla apoyada en el muro de cristal, profundamente ensimismada. Fue por esta época cuando Charles descubrió el esqueleto de Sue suspendido entre la verde espesura de la parra. Lo liberó de su encierro y lo enterró rápidamente para que Maida no lo viese.

La tierra parecía vivir cuajada de fuertes raíces que en aquel momento se agitaron espasmódicamente. Charles dio un salto atrás, terriblemente alarmado.

«Nos iremos –pensó mordiéndose el labio inferior–. Me llevaré a ella y al niño muy lejos de aquí.»

.Pero ya era demasiado tarde. Maida no respondió a sus angustiosos gritos, y finalmente la encontró pegada a la tierra junto a la puerta de la casa.

Cuando la alzó, la muchacha sonrió. Parecía estar ciega, pero, aun así, su aspecto era tan encantador como siempre. Allí donde había tocado la tierra– su piel estaba cruzada por diminutas venas rasgadas. La llevó en brazos, corriendo, tropezando, hasta la carretera. Cuando la policía la trasladó al hospital, Charles llamó al padre de Maida.

–Señor Freemont, Maida y yo nos iremos de aquí tan pronto se encuentre mejor para viajar.

–Y harás bien, muchacho –respondió el señor Freemont–. Yo cuidaré aquí de Maida. Tú vuelve a tu trabajo en la parra.

–Me parece que no acaba usted de entenderlo, tenemos que irnos de aquí...

El viejo le aconsejó nuevamente que regresara al invernadero y añadió:

–Pronto estará bien, hijo. Vuelve a tu trabajo.

Como no había otra cosa que hacer, así lo hizo Charles, pero tenía la mente ocupada con sus proyectos. Cuando Maida mejorase se la llevaría de allí en compañía del bebé; si era preciso robaría un coche y partirían del valle hasta que estuvieran muy lejos de aquella tierra maldita, sanos y salvos.

–Ha muerto –dijo el padre de Maida. Llorando junto al torniquete de entrada a los pasadizos altos.

–La parra la mató –respondió Baskin desesperadamente.

El viejo aplicó sobre su hombro una afectuosa palmada y luego añadió:

–Bien..., bien, está llegando la hora de la recolección. Ya sabes cómo les gusta eso a los visitantes...

–Pero tengo que...

–Tienes que seguir trabajando en nombre de Maida. Por el valle. Todos dependemos de ti.

Antes de que Charles pudiese protestar, el viejo colocó un rastrillo en su mano. Al cabo de un rato un grupo de hombres comenzó a instalar un torniquete automático.

–Te diré algo –dijo el viejo–. Colocaremos un rótulo de «Prohibidas las visitas» y así dispondrás de cierto tiempo para cumplir con el luto.

–Pero no hay...

Baskin penetró en el invernadero añadiendo:

–...No hay tiempo para lutos. Solamente queda el tiempo justo para cuidar la viña.

Tal exigencia ocupó todas sus horas libres. Cuidaba también al niño, al que dejaba en el porche en un lugar donde él podía vigilarle, y si aquella noche dejó al bebé sin atender, casi no fue culpa suya.

Oyó un fuerte chasquido y un distante lamento. Charles corrió para ver lo que había ocurrido. La parra había roto un panel de cristal del invernadero. Charles estaba a punto de volverse hacia la casa y hacia el bebé cuando una rama llena de hojas cayó alrededor de uno de sus brazos sosteniéndole como si deseara decirle: «Escucha».

Impaciente, Charles se sacudió la presa. Con creciente pánico echó a correr.

No pudo llegar a tiempo. Nadie hubiese podido hacerlo. El bebé, o bien había trepado por su cuna, o le habían sacado de allí. Estaba jugando en la tierra frente a la casa. Baskin gritó, destrozándose casi la garganta, pero antes de que el bebé pudiese oír o responder, una fuerte raíz surgió del suelo, rodeó el cuello del niño y lo introdujo profundamente en la tierra.

Charles imaginó oír un eructo cósmico.

Lanzándose desesperadamente sobre la tierra la rasgó con furia, pero no encontró rastro del bebé, ni su gorra, ni siquiera un solo hueso. En su dolor e ira, Baskin cavó más profundamente con ambas manos, golpeando las raíces y maldiciendo la tierra. El suelo estaba vivo, luchaba en contra de él, y finalmente le costó gran trabajo desembarazarse de las raíces que trataban de hacer presa en su carne.

Se retiró hacia el porche jadeando penosamente. Entró en la casa, recogió papeles, astillas y trapos, y caminó sobre uno de los pasillos de madera hasta llegar al gran tronco, para formar una pira en su base. Empapó la carga con petróleo y le prendió fuego.

Así fue cómo Charles Baskin finalmente hizo la guerra a la parra.

Dando un salto hacia atrás, para evitar el calor, la maldijo mil veces, pensando que todo acabaría muy pronto, pero mientras contemplaba la quema el sistema de riego funcionó repentinamente, quizá movido por algún largo tentáculo de la parra. Cuando el humo desapareció, se dio cuenta de que la parra apenas había sufrido daño alguno con el fuego ya apagado, y estaba succionando desde su interior, de vez en cuando, bañándose el tronco con nueva savia.

Baskin, entonces lo atacó con una sierra automática, pero antes de que hubiese llegado muy lejos, la parra comenzó a dejar caer tijeretas desde todas sus ramas y cada una de ellas comenzó a enraizar. y todas, como por arte de magia se apoderaron de la sierra, intentando volverla hacia él. Charles se vio obligado a retroceder rápidamente hacia un lugar seguro, huyendo del invernadero, sumido en la más honda desesperación.

Pensó verter una cuba de lejía en el terreno, pero antes de que pudiese aproximarse lo suficiente, las raíces ya sobresalían de la tierra por el exterior del invernadero asiendo la cuba y tratando de alcanzar al propio Baskin.

Tenía que atacar de nuevo al tronco, pero el invernadero se había convertido en un lugar impenetrable. Aquella «cosa» se había rodeado de una espesa armadura de gruesas raíces y fibras y en ningún momento pudo Charles acercarse al tronco.

Desesperado, trazó otro plan: si no podía dañar la planta, destrozaría el invernadero, y la primera helada mataría la parra.

Solamente había roto tres paneles de cristal, cuando la encolerizada planta le aplicó unos fuertes latigazos con sus raíces a la vez que lanzaba un profundo y estremecedor bramido. Charles aún estaba luchando denodadamente cuando el primer camión apareció en el horizonte. Llegaba gente de la ciudad para investigar.

–Gracias a Dios –dijo al primer hombre que le ayudó–. Gracias a Dios que han llegado.

El hombre le miró a través del verdor y le preguntó:

–¿Qué ha sucedido?

–Tenemos que matarla –respondió Baskin.

Luego pensó: «Ahora verán».

Al cabo de dos segundos añadió:

–Tenemos que matarla antes de que nos mate a todos.

–Ese hombre trataba de hacerle daño a la planta –dijo alguien a su espalda–. Parece que hemos llegado a tiempo.

Baskin abrió la boca sin acabar de comprender del todo.

–Sí, justamente a tiempo –musitó.

49 cuentos Fantásticos

Los hombres retrocedieron y dejaron que la parra terminara lo que estaba haciendo. Entonces echaron suertes para ver a quién le tocaba quedarse allí para cuidar la planta. El afortunado ganador envió un amigo a la ciudad para que comunicara la buena noticia a su esposa, y entonces avanzó abriendo las dobles puertas que daban paso al invernadero. Al aproximarse, la parra retiró sus tentáculos enrollándolos calmosamente en su primitivo lugar. En voz baja, casi acariciadora, el hombre preguntó en la oscuridad:

—¿Te encuentras bien?

El árbol de la buena muerte

Hector G. Oesterheld

Hector G. Oesterheld nació en Buenos Aires en 1922. A fines de la década del 40 comienza escribiendo cuentos infantiles, publicados por editorial Abril.

Luego colabora en la mítica revista Mas Allá, y en 1950 publica su primer historieta, «Alan y crazy»; hacia 1955 publica «El sargento Kirk» y «Bull Rokett».

En 1957 con dibujos de Solano López, publica la primera parte de «El eternauta» que se convertiría en la más famosa historieta Argentina.

Hector G. Oesterheld fue secuestrado y asesinado en 1977 por la dictadura militar que sojuzgó Argentina entre 1976 y 1983.

Para mayor información sobre el autor y su obra los remito a «La argentina premonitoria» de Jorge Claudio Morhain, publicada en el número 96 de la revista axxón.

Sadrac, Octubre de 1999

María Santos cerró los ojos, aflojó el cuerpo, acomodó la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se estaba bien allí, a la sombra de aquellas hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del Sol.

Carlos, el yerno, no podía haberle hecho un regalo mejor para su cumpleaños.

Todo el día anterior había trabajado Carlos, limpiando de malezas el lugar donde crecía el árbol. Y había hecho el sacrificio de madrugar todavía más temprano que de costumbre para que, cuando ella se levantara, encontrara instalado el banco al pie del árbol.

María Santos sonrió agradecida; el tronco parecía rugoso y áspero, pero era muelle, cedía a la menor presión como si estuviera relleno de plumas. Carlos había tenido una gran idea cuando se le ocurrió plantarlo allí, al borde del sembrado.

Tuf-tuf-tuf. Hasta María Santos llegó el ruido del tractor. Por entre los párpados entrecerrados, la anciana miró a Marisa, su hija, sentada en el asiento de la máquina, al lado de Carlos.

El brazo de Marisa descansaba en la cintura de Carlos, las dos cabezas estaban muy juntas: seguro que hacían planes para la nueva casa que Carlos quería construir.

María Santos sonrió; Carlos era un buen hombre, un marido inmejorable para Marisa. Suerte que Marisa no se casó con Larco, el ingeniero aquel: Carlos no era más que un agricultor, pero era bueno y sabía trabajar, y no les hacía faltar nada.

¿No les hacía faltar nada?

Una punzada dolida borró la sonrisa de María Santos.

El rostro, viejo de incontables arrugas, viejo de muchos soles y de mucho trabajo, se nubló.

No, Carlos podría hacer feliz a Marisa y a Roberto, el hijo, que ya tenía 18 años y estudiaba medicina por televisión.

No, nunca podría hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela...

Porque María Santos no se adaptaría nunca –hacía mucho que había renunciado a hacerlo– a la vida en aquella colonia de Marte.

De acuerdo con que allí se ganaba bien, que no les faltaba nada, que se vivía mucho mejor que en la Tierra, de acuerdo con que allí, en Marte, toda la familia tenía un porvenir mucho mejor; de acuerdo con que la vida en la Tierra era ahora muy dura... De acuerdo con todo eso; pero, ¡Marte era tan diferente!...

¡Qué no daría María Santos por un poco de viento como el de la Tierra, con algún "panadero" volando alto!

–¿Duermes, abuela? –Roberto, el nieto, viene sonriente, con su libro bajo el brazo.

–No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

–¿No necesitas nada?

–No, nada.

–¿Seguro?

–Seguro.

Curiosa, la insistencia de Roberto; no acostumbraba a ser tan solícito; a veces se pasaba días enteros sin acordarse de que ella existía.

Pero, claro, eso era de esperar; la juventud, la juventud de siempre, tiene demasiado que hacer con eso, con ser joven.

Aunque en verdad María Santos no tiene por qué quejarse: últimamente Roberto había estado muy bueno con ella, pasaba horas enteras a su lado, haciéndola hablar de la Tierra.

Claro, Roberto no conocía la Tierra; él había nacido en Marte, y las cosas de la Tierra eran para él algo tan raro, como cincuenta o sesenta años atrás lo habían sido las cosas de Buenos Aires –la capital–, tan raras y fantásticas para María Santos, la muchachita que cazaba lagartijas entre las tunas, allá en el pueblito de Catamarca.

Roberto, el nieto, la había hecho hablar de los viejos tiempos, de los tantos años que María Santos vivió en la ciudad, en una casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación.

Roberto le hizo describir ladrillo por ladrillo la casa, quiso saber el nombre de cada flor en el cantero que estaba delante, quiso saber cómo era la calle antes de que la pavimentaran, no se cansaba de oírla contar cómo jugaban los chicos a la pelota, cómo remontaban barriletes, cómo iban en bandadas de guardapolvos al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto, el almacén del barrio, la librería, la lechería... ¿No tuvo acaso que explicarle cómo eran las moscas? Hasta quiso saber cuántas patas tenían... ¡Cómo si alguna vez María Santos se hubiera acordado de contarlas! Pero, hoy, Roberto no quiere oírla recordar: claro, debe ser ya la hora de la lección, por eso el muchacho se aparta casi de pronto, apurado.

Carlos y Marisa terminaron el surco que araban con el tractor. Ahora vienen de vuelta.

Da gusto verlos; ya no son jóvenes, pero están contentos.

Más contentos que de costumbre, con un contento profundo, un contento sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya hubieran construido la nueva casa. O como si ya hubieran podido comprarse el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

Tuf-tuf-tuf... El tractor llega hasta unos cuantos metros de ella; Marisa, la hija, saluda con la mano, María Santos sólo sonríe; quisiera contestarle, pero hoy está muy cansada.

Rocas ondulantes erizan el horizonte, rocas como no viera nunca en su Catamarca de hace tanto. El pasto amarillo, ese pasto raro que cruje al pisarlo, María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que se estira por todas partes, por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de los ojos de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que le pasa delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos...

¡"Panaderos"!

¡Sí, "panaderos", semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

El gastado corazón de María Santos se encabrita en el viejo pecho: ¡"Panaderos"!

No más pastos amarillos: ahora hay una calle de tierra, con huellones profundos, con algo de pasto verde en los bordes, con una zanja, con veredas de ladrillos torcidos...

49 cuentos Fantásticos

Callecita de barrio, callecita de recuerdo, con chicos de guardapolvo corriendo para la librería de la esquina, con el esqueleto de un barrilete no terminando de morirse nunca, enredado en un hilo del teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja, ve la hilera de casitas bajas, las más viejas tienen jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con algún balcón cromado, el colmo de la elegancia.

"Panaderos" en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo mismo, desde aquellas nubes tan blancas y tan redondas...

"Panaderos" como los que perseguía en el patio de tierra del rancho allá en la provincia.

¡"Panaderos"!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso.

"Panaderos" jugando en el aire, yendo a lo alto.

Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

—Ha muerto feliz... Mira, parece reírse.

—Sí... ¡Pobre doña María!...

—Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

—Sí... Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario.

—¡Abuela!... ¡Abuelita!

La mujer del bosque

Abraham Merritt

Ilustrado por Virgil Finlay

The woman of the wood, © ?. Traducción de Sebastián Castro en *nueva dimensión* ?.

Los habitantes del pozo, *publicado en nuestro número 13, puso a los lectores de ND en contacto con uno de los más extraordinarios clásicos de la fantasía, un autor que influenciaría extraordinariamente a otro gran clásico, H. P. Lovecraft.*

La mujer del bosque *fue el único relato que Merrit publicó en la revista Weird Tales (que se presentaba con el subtítulo de The Unique Magazine), pero marcó todo un hito en la historia de la revista.*

Hoy, junto con Los habitantes del pozo, es el relato más conocido de Merritt, y es reeditado constantemente en infinidad de antologías.

Mac Kay permanecía sentado en el balcón del pequeño albergue, un edificio agazapado como un gnomo bajo los abetos, en la orilla oriental del lago.

Era un pequeño y solitario lago cerca de una de las cumbres de los Vosgos, aunque solitario no es la palabra exacta; era más bien retirado, distante. Las montañas lo rodeaban por todos lados, formando como un amplio cuenco bordeado de árboles, y parecía estar lleno, o al menos esa había sido la impresión que había tenido Mac Kay al verlo por primera vez, con el tranquilo vino de la paz.

Mac Kay había sido un as de la Gran Guerra, primero volando con los franceses, luego con las fuerzas de su propio país. Y, como un pájaro, amaba a los árboles. Para él un árbol no era solamente un tronco, unas raíces, unas ramas y unas hojas, sino también una personalidad. Tenía una profunda consciencia de las características que los diferenciaban, incluso dentro de los de una misma especie: este abeto era amable y benevolente, ese otro austero y taciturno, aquel se erguía arrogante, aquel de más allá era un sabio sumergido en una verde meditación. Los abedules eran las ninfas, esa de aquí loca y libertina, aquella otra virginal y soñadora.

La guerra lo había golpeado duramente, minando su cuerpo, su mente, su alma. Hacía años de aquello, pero su herida aún no se había cerrado. Sin embargo, cuando penetró en aquel gran cuenco verde al volante de su coche, notó que el espíritu del lugar le tendía los brazos, lo acogía y lo acariciaba, le prometía la curación. Tuvo la impresión de que era atraído como una hoja seca en medio del bosque, de que era acunado tiernamente por las suaves manos de los árboles.

Se detuvo en aquel pequeño albergue y decidió quedarse, primero unos días, luego unas semanas.

Los árboles lo habían curado; el suave murmullo de las hojas, el ligero canturrear de las agujas de los pinos, habían ahogado primero, luego arrojado de su mente, el estruendo de la guerra y el recuerdo de los sufrimientos. La herida de su alma se había cerrado lentamente y había cicatrizado, e incluso la cicatriz había desaparecido, como las cicatrices de la Tierra desaparecen bajo las doradas hojas del otoño. Los árboles habían impuesto sus ligeros dedos verdes sobre sus ojos para borrar las visiones de la guerra. Había absorbido la savia de las boscosas montañas, y de ella había extraído nuevas fuerzas.

Sin embargo, mientras su cuerpo y su alma iban sanando, Mac Kay había empezado a notar, poco a poco, que aquel lugar estaba inquieto; que la paz ya no era perfecta, que en ella anidaba un fermento de miedo.

Era como si los árboles hubieran esperado a que curara por completo para hacerle saber su propia agitación. Ahora estaban intentando decirle algo; había en el murmullo de las hojas, en el cantar de las agujas de los pinos, algo estridente, una especie de aprensión y de cólera.

Y era aquello lo que había persuadido a Mac Kay a quedarse en el albergue, la impresión de que algo lo estaba llamando, la impresión de que algo no iba bien y pedían su ayuda. Tendía el oído para sorprender algunas palabras entre el rumor de las ramas, unas palabras que vacilaban en el umbral de su comprensión humana.

Pero esas palabras nunca eran formuladas.

Se había ido orientando gradualmente, había enfocado su mente hacia el lugar de donde surgía la desazón del valle, o al menos de donde él creía que surgía.

A orillas del lago tan solo había dos edificaciones. La primera era el pequeño albergue, y a todo su alrededor los árboles se apretujaban como para protegerlo gentilmente, afectuosamente. Como si no solo aceptaran su presencia, sino que hicieran de él una parte más del bosque.

No ocurría lo mismo con la otra casa. Antiguamente había sido el pabellón de caza de unos señores muertos hacía mucho tiempo, ahora era una pura ruina. Estaba situada al otro extremo del lago, exactamente frente al albergue y sobre un altozano, a unos ochocientos metros de la orilla. Antes había estado rodeada de campos fértiles y de un hermoso huerto.

Ahora el bosque los había invadido. Los baldíos campos estaban ocupados por álamos y abetos, como soldados guardando un puesto de avanzada; los pelotones de jóvenes retoños avanzaban como exploradores entre los viejos y resecos árboles frutales. Pero el bosque había tropezado con una fuerte resistencia: renegridos tocones testimoniaban que los que vivían en el pabellón habían derribado a los invasores, el calcinado suelo revelaba que habían incendiado el bosque.

Allí estaba el núcleo del conflicto que adivinaba. Allí, el verde pueblo del bosque era a la vez amenazador y amenazado, estaba en pie de guerra. El pabellón era una fortaleza sitiada por los árboles, una fortaleza cuya guarnición efectuaba escaramuzas, blandiendo el hacha y la antorcha para vencer a los asaltantes.

Pese a todo, Mac Kay sentía la inexorable ofensiva del bosque; lo imaginaba como un ejército verde cubriendo incansablemente las brechas ocasionadas entre sus filas, extendiendo sus raíces por las zonas devastadas, enviando su savia para sostener a los jóvenes retoños, con una paciencia aplastante, una paciencia y una fuerza extraídas del propio seno de las eternas colinas.

Tenía la impresión de una incesante vigilancia, como si día y noche el bosque tuviera fijos sus miríadas de ojos en el pabellón, sin que nada pudiera desviarlos de allí. Había hablado de esa impresión al dueño del albergue y a su mujer, que se lo habían quedado mirando con curiosidad.

—Al viejo Polleau no le gustan los árboles, eso es cierto —había dicho el hombre—. Ni a él ni a sus dos hijos. No les gustan los árboles, y me atrevería a decir que a los árboles tampoco les gustan ellos.

Entre el pabellón y el lago, en la ladera del ribazo, había un precioso bosquecillo de abedules y de abetos, ocupando no más de una hectárea. No fue tan solo la belleza de aquellos árboles, sino su curiosa disposición, lo que despertó la curiosidad de Mac Kay. A cada extremo del bosque había diez o quince abetos de relucientes agujas, no agrupados sino desplegados como en orden de combate; a lo largo de los otros dos lados había también algunos abetos, situados a intervalos muy regulares. Los abedules, esbeltos y delicados, crecían en el interior de aquel perímetro, protegidos por los otros árboles más sólidos, pero lo suficientemente espaciados como para no molestar.

Para Mac Kay, aquel bosquecillo evocaba una procesión de alegres damiselas paseando bajo la protección de valerosos caballeros. Con una especie de sexto sentido, veía a los abedules con los rasgos de mujeres adorables, risueñas y vaporosas, y los abetos eran sus amantes, quizá trovadores o guerreros revestidos de brillantes armaduras verdes. Y cuando el viento soplaba y curvaba la copa de los árboles, era como si las damiselas de ligeros pies se sujetaran sus largas ropas de follaje, inclinaran sus tocadas cabezas y bailaran, rodeadas por los abetos caballeros, que las tomaban del brazo y danzaban con ellas bajo los poderosos acordes del viento. En aquellos momentos creía casi oír la suave risa de los abedules y los alegres gritos de los abetos.



Luego, un día, Mac Kay vio a Polleau y sus dos hijos. Había dejado transcurrir la tarde en su ensoñación, en mitad del bosquecillo, y al anochecer lo abandonó a disgusto para tomar de nuevo la barca y atravesar el lago en dirección al albergue. Estaba a un centenar de metros de la orilla cuando surgieron tres hombres de entre los árboles y se le quedaron mirando fijamente; tres hombres de expresión sombría, más grandes y más fuertes que la mayoría de los campesinos franceses.

Los saludó amistosamente, pero no le respondieron; permanecieron inmóviles allí, mirándole torvamente. Y, mientras Mac Kay se inclinaba de nuevo sobre los remos, uno de los hijos levantó su hacha y la dejó caer salvajemente contra el tronco de un estremecido abedul que tenía a su lado. Mac Kay creyó oír al árbol lanzar un gemido de dolor, y a todo el bosquecillo suspirar. Tuvo la impresión de que la afilada hoja se hundía en su propia carne.

—¡Pare! —gritó—. ¡No haga eso, por el amor de Dios!

Por toda respuesta, el muchacho dio un nuevo hachazo, y Mac Kay pudo ver en su rostro un odio chirriante, de una intensidad como jamás había visto. Maldiciendo por lo bajo, hizo girar la barca, sintiendo su corazón inundado de rabia, y forzó los remos para regresar a la orilla. Oyó de nuevo el sordo choque del hacha, y luego otra vez, y otra, y mientras se acercaba a tierra firme oyó un crujido y, de nuevo, el grito de dolor. Se giró.

El abedul se inclinaba, estaba empezando a caer, y en aquel mismo momento Mac Kay vio algo que lo dejó alucinado. Junto al abedul se hallaba uno de los grandes abetos, y el otro árbol se abatió hacia él, como una joven desvaneciéndose en brazos de su enamorado. Y mientras sujetaba al estremecido abedul, una de las enormes ramas del abeto que el otro árbol había doblado en su caída recuperó su anterior posición con tal violencia que el hombre que manejaba el hacha recibió el golpe en pleno rostro y cayó hacia atrás.

Por supuesto, no se trataba más que de una casualidad, la rama curvada por la caída del arbolillo había recuperado por su propia inercia su posición anterior. Pero la impresión de un gesto consciente era tal, la sensación de una cólera y de una venganza tan vívida, que Mac Kay sintió que su cabello se erizaba y su corazón daba un salto.

Durante un instante Polleau y su otro hijo contemplaron el robusto abeto y el plateado abedul yaciendo reclinado contra su verde seno, enlazado y protegido por las grandes ramas umbrías como una joven herida en los tiernos brazos de su amante. Durante un momento interminable padre e hijo se los quedaron mirando.

Luego, sin pronunciar palabra, pero con la misma expresión de odio, ambos se inclinaron hacia el otro muchacho y lo ayudaron a levantarse, llevándose lo consigo sosteniéndolo entre los dos.

Y aquella mañana, sentado en el balcón del albergue, Mac Kay recordaba aquella otra escena; cuanto más pensaba en ella, más viva era la impresión de humanidad del abedul abatido reclinándose en las ramas del abeto protector, y de

la deliberada voluntad del golpe dado al hombre. Habían pasado dos días desde aquello, durante los cuales había sentido aumentar la inquietud de los árboles y sus cuchicheantes llamadas le parecían más apremiantes que nunca.

¿Qué intentaban decirle? ¿Qué querían que hiciera?

Turbado, contempló el lago, buscando horadar las brumas que se arrastraban por su superficie ocultando la otra orilla. Y de pronto tuvo la sensación de que el bosquecillo le llamaba, sintió que su atención era atraída del mismo modo que el polo atrae y retiene la aguja imantada de la brújula.

El bosquecillo le llamaba, le suplicaba que acudiera a su encuentro.

Mac Kay obedeció instantáneamente; se levantó y descendió al pequeño embarcadero; saltó a la barca, y empezó a remar a través del lago. Apenas sus remos penetraron en el agua, su inquietud se disipó y fue reemplazada por una sensación de paz y una curiosa exaltación.

La bruma era espesa sobre el lago. No había el menor soplo de viento, y sin embargo la neblina torbellineaba en volutas, derivando y adoptando caprichosas formas, como empujada por unas manos aéreas e impalpables.

Aquella bruma estaba viva; se definía en fantásticas formas de palacios de opalescentes fachadas, ante los cuales la barca pasaba rápidamente; formaba colinas y valles y llanuras cuyo suelo era un estremecimiento de sedas. Minúsculos arcoiris aparecían, fugaces, y sobre el agua brillaban reflejos de luz destellando como ópalos. Tuvo la ilusión de distancias inconmensurables... las colinas de bruma eran auténticas montañas, los valles ya no eran ilusorios. El mismo era un coloso atravesando un bosque encantado.

Una trucha saltó fuera del agua, y fue como un leviatán surgiendo de los abismos insondables.

Todo era silencio. Mac Kay se inclinó hacia adelante y se dejó llevar a la deriva, manteniendo los remos inmóviles. Ante él, alrededor de él, tenía la impresión de que en el silencio se abrían las puertas de un mundo desconocido.

De pronto oyó voces, numerosas voces; tenues al principio, un simple murmullo; luego más fuertes. Suaves voces de mujeres, cantarinas, mezcladas con otras más graves de hombres. Voces que se elevaban y descendían y se hinchaban para cantar una melopea salvaje y alegre que tenía sin embargo acentos de tristeza y de rabia, como si unos dedos encantados tejieran en la seda de los rayos del Sol hilos oscuros teñidos en las tinieblas de la tumba e hilos enrojados empapados en puestas de Sol.

Derivó, sin apenas atreverse a respirar, temeroso de que el menor hálito rompiera aquel misterioso canto. La música estaba cada vez más próxima. Más próxima y nítida; y sintió de pronto que su barca avanzaba más rápidamente, que ya no iba a la deriva; como si las pequeñas olas de su estela la empujaran con manos suaves y silenciosas. La embarcación embarrancó, su fondo rozó los pequeños guijarros de la playa, y el canto se interrumpió.

Mac Kay se irguió y miró ante él. La bruma era más densa todavía, pero de todos modos podía distinguir los contornos del bosquecillo. Tenía la impresión de estar atravesando con la mirada numerosos velos de fina gasa; los árboles parecían moverse, irreales, etéreos. Y, deslizándose entre los árboles, unas siluetas danzaban como las sombras de las tupidas ramas agitadas por una ligera brisa.

Saltó a tierra y ascendió lentamente hacia los árboles. Emergió así de la bruma que, tras él, disimulaba ahora el lago.

Las girantes siluetas desaparecieron, ya no había más movimiento, ya no había ningún sonido entre los árboles, y sin embargo sentía aún que el bosquecillo vivía y le observaba intensamente. Quiso hablar, pero tenía un nudo en la garganta, como si un encantamiento lo redujera al silencio.

—Me habéis llamado. He venido a escucharos, a ayudaros si puedo.

Las palabras se formaban en su mente, pero era incapaz de expresarlas con la voz. Lo intentó desesperadamente, se esforzó; las palabras parecían morir en sus labios antes de que consiguiera darles vida.

Una columna de bruma avanzó como un torbellino y se inmovilizó, vacilante, exactamente delante de él. De pronto, un rostro femenino surgió de ella, sus ojos a la altura de los de Mac Kay.

Un rostro de mujer, sí; pero contemplando aquellos extraños ojos fijos en los suyos, Mac Kay comprendió que pese a las apariencias aquel no podía ser el rostro de una criatura humana. Los ojos no poseían pupilas, los iris eran de un verde tan oscuro como el de un jaral, y en ellos danzaban minúsculas estrellas, parecidas a polvo en un rayo de Luna. Aquellos ojos de corza eran inmensos, muy separados, bajo una frente amplia coronada con trenzas color oro pálido, trenzas hechas de seda tejida entre polvo de oro. La nariz era pequeña y recta, la boca escarlata y exquisita. El rostro era ovalado, rematado con un mentón pequeño y delicadamente puntiagudo.

Era un rostro admirable, pero su belleza era extraña, mágica. Durante un largo momento sus extraños ojos se sumergieron en los de Mac Kay. Y luego dos delgados brazos blancos surgieron de la bruma, rematados en unas manos diáfanas de estilizados dedos. Los dedos rozaron sus oídos.

—Oirá —murmuraron los labios escarlatas.

Inmediatamente un grito se elevó a todo su alrededor; contenía murmullos y crujir de hojas acariciadas por la brisa, el canto de las arpas eólicas en las ramas, la risa de ocultos riachuelos, los gritos alegres de los torrentes cayendo en secretos estanques... todas las voces del bosque.

—¡Oirá! —gritaban.

Los largos y blancos dedos acariciaron los labios de Mac Kay, frescos como la corteza de un abedul contra la mejilla tras una larga y agotadora carrera por el bosque, frescos y sutilmente suaves.

—Hablará —susurraron los labios rojos.

–¡Hablará! –respondieron las mil voces del bosque, como en una letanía.

–Verá –murmuró la mujer, y los frescos dedos se posaron sobre sus ojos.

–¡Verá! –repitió todo el bosquecillo.

La bruma que había ocultado al bosquecillo se levantó, se disipó y desapareció. Fue reemplazada por una atmósfera límpida, translúcida, un éter pálido vagamente luminoso, y Mac Kay tuvo la impresión de hallarse sumergido en el corazón de una diáfana esmeralda. Sus pies hollaban un musgo dorado tachonado de minúsculas estrellas azuladas. La mujer de extraños ojos y mágica belleza estaba de pie ante él. Pudo admirar sus esbeltos hombros, sus firmes senos, la esbeltez de sauce de su cuerpo. Una túnica la recubría del cuello hasta las rodillas, sedosa y delicada y como tejida con tela de araña, a través de la cual su cuerpo relucía como el brillo de una luna joven de primavera con fuego corriendo por sus venas.

Tras ella, sobre el dorado musgo, vio a otras jóvenes parecidas, muchas de ellas, mirándole con los mismos ojos verde oscuro donde danzaba un polvo de brillantes estrellas; como ella, las otras coronaban sus cabezas con trenzas de oro pálido; como ella, tenían rostros ovalados con un mentón puntiagudo; como ella, poseían una belleza mágica y frágil. Pero si bien la primera le miraba gravemente, como sopesándolo, las otras, sus hermanas, parecían burlonas; algunas parecían querer seducirle, ojos brillantes y boca ávida, mientras otras lo estudiaban con curiosidad, y otras incluso parecían querer suplicarle.

En aquella atmósfera transparente de verdosa luminosidad, Mac Kay tuvo consciencia bruscamente de que los árboles del bosquecillo seguían estando allí; pero ahora eran realmente fantasmagóricos, como pálidas sombras proyectadas sobre una pantalla glauca; sus troncos y sus ramas y sus hojas se erguían a su alrededor, como grabados en el aire por algún artista espectral, estilizados y sin substancia, fantasmas de árboles enraizados en otra dimensión.

Y de pronto se dio cuenta de que había hombres entre aquellas mujeres; hombres cuyos ojos eran también separados, extraños y sin pupilas, pero cuyos iris eran marrones o azules; hombres de mentón puntiagudo y rostro ovalado, de hombros poderosos y vestidos con mallas color verde oscuro; hombres curtidos, fuertes y musculosos, pero tan gráciles como las mujeres, y poseyendo como ellas una belleza mágica.

Mac Kay oyó un gemido. Giró la cabeza. Cerca de él, uno de los sombríos hombres vestidos de verde apretaba entre sus brazos a una muchacha. Ella estaba reclinada contra su pecho. Los ojos del hombre expresaban una terrible rabia, y los de la muchacha, semicerrados, sufrimiento. Mac Kay creyó estar viendo de nuevo el abedul que el hijo del viejo Polleau había abatido y que había caído contra el gran abeto. Creyó distinguir la silueta de los dos árboles alrededor del hombre y de la muchacha. Durante un instante, la muchacha y el hombre, el abedul y el abeto, se confundieron. La mujer de labios escarlata le rozó el hombro, y la visión se disipó.

–Se está muriendo –susurró ella en un suspiro, y Mac Kay creyó reconocer en su voz un rumor de hojas afligidas–. ¿No es algo atroz que se esté muriendo así, nuestra hennana, tan joven, tan esbelta, tan hermosa?

Mac Kay miró de nuevo a la joven. Su piel, tan blanca, parecía gris; la irradiación color de Luna que relucía en los cuerpos de las demás era en ella pálida y deslucida; sus estilizados brazos colgaban blandamente; su cuerpo era flácido. Su boca parecía apergaminada, sus grandes ojos verdes estaban velados. El oro pálido de sus cabellos había perdido su lustre, se habían vuelto secos y quebradizos. Estaba asistiendo a una muerte lenta, a un marchitamiento.

–¡Que el brazo que la ha golpeado se seque y caiga! –gritó el hombre verde que la sostenía, y en su voz Mac Kay oyó un fragor salvaje, como el de negras ramas entrechocando bajo una borrasca invernal–. ¡Que su corazón se seque y que el Sol lo consuma!

–¡Que la lluvia lo ahogue, que el viento lo arrastre!

–Tengo sed –susurró la joven.

Las demás se agitaron vagamente. Una de ellas se le acercó, sosteniendo un cáliz que parecía hecho con delgadas hojas transformadas en cristal verde. Se dirigió hacia uno de los árboles inmateriales, levantó un brazo y bajó una rama. Una esbelta muchacha, con la mirada entre furiosa y asustada, avanzó por un lado y se echó contra el árbol, abrazándolo con los dos brazos. La mujer del cáliz bajó la rama e hizo un profundo corte con un arma parecida a una punta de flecha de jade. De la herida brotó un líquido opalescente que llenó lentamente la copa. Cuando estuvo llena, la mujer que estaba cerca de Mac Kay avanzó y apretó sus largas manos sobre la herida de la rama. Cuando se apartó, Mac Kay vio que el líquido ya no brotaba. Apoyó una mano sobre el hombro de la temblorosa muchacha y apartó sus brazos del árbol.

–Está curado –le murmuró suavemente–. No te preocupes, hemanita mía. La herida está cicatrizada. Muy pronto ya no pensarás más en ella.

La joven que llevaba el cáliz apoyó una rodilla en el suelo y llevó la copa a los resecos labios de aquella que se... marchitaba.

Los velados ojos brillaron, lanzaron destellos; aquellos labios tan secos y pálidos se volvieron rojos; el blanco cuerpo relució como si su fuego interno hubiera sido reanimado.

–¡Cantad, hermanas! –gritó–. ¡Danzad por mí, hermanas!

El canto prosiguió, el mismo que Mac Kay había oído mientras derivaba en la bruma del lago. Tal como antes, aunque escuchaba atentamente no podía distinguir ninguna palabra, pero comprendía claramente lo que expresaba... la alegría del nacimiento de la primavera, el renacimiento, el rebrotar, la verde savia de la vida ascendiendo y cantando en todas las ramas, hinchando las yemas y haciendo estallar las tiernas hojas nuevas; la danza de los árboles en la perfumada brisa de la primavera; los tambores de la lluvia repiqueteando sobre los capullos a punto de abrirse; la pasión del Sol veraniego derramando sus dorados rayos sobre los árboles; el lento y majestuoso pasear de la Luna mientras

las manos verdes se tendían hacia ella para extraer de su seno la leche del fuego plateado; la loca zarabanda de los alegres vientos cantando y silbando en el bosque; el suave entrechocar de las ramas, los besos de las amorosas hojas... todo aquello y mucho más aún, cosas que rebasaban el entendimiento de Mac Kay ya que aquellas voces hablaban de cosas ocultas, de misteriosos secretos, para los cuales el hombre no tiene palabras... todo aquello estaba contenido en el canto.

Todo aquello y mucho más aún estaba contenido en la cadencia y el ritmo de aquellas muchachas de extraños ojos verdes, de aquellos hombres de piel curtida; algo increíblemente antiguo, pese a ser tan joven como el instante que huye, algo secular que había existido antes que el hombre y que seguiría viviendo después de él.

Mac Kay escuchaba, Mac Kay observaba, maravillado; su propio Universo estaba casi olvidado; su mente se dejaba arrastrar, por aquellos verdes encantamientos.

La mujer que estaba a su lado le rozó el brazo. Le señaló a la joven.

–Se muere... se marchita. Y ni siquiera nuestra vida, que hemos derramado entre sus labios, puede salvarla.

Mac Kay miró: vio que el color de los labios de la joven se desvanecía, que la luminosidad de la vida se apagaba; los ojos que por un momento habían destellado se velaban de nuevo.

Sintió de pronto una inmensa piedad y una sorda cólera. Se arrodilló a sus pies, tomó una de sus manos entre las de él. Pero ella gimió:

–¡Apártelas! ¡Retire sus manos! ¡Me queman!

–Intenta ayudarte –murmuró el hombre vestido de verde con voz tierna, pero pese a todo se inclinó y apartó las manos de Mac Kay.

–No es así como la ayudará –dijo la mujer.

–¿Qué puedo hacer entonces? –preguntó Mac Kay, poniéndose en pie–. ¿Qué puedo hacer por ella?

El canto se interrumpió, las danzas cesaron. Reinó un gran silencio, y Mac Kay sintió todas las miradas clavadas en él. Todos aquellos seres estaban tensos, ansiosos, atentos. La mujer tomó sus manos. Las de ella eran frescas, y sintió correr en sus venas una extraña suavidad.

–Hay tres hombres allá abajo –dijo ella–. Nos odian. Muy pronto todos nosotros seremos como ella, moriremos y nos marchitaremos. Lo han jurado, y serán fieles a su juramento. A menos que...

Se interrumpió. Mac Kay sintió que una extraña desazón lo invadía. El polvo de estrellas se había convertido en rojas brasas en los ojos de la mujer. Y aquello lo aterraba, sin que pudiera comprender el porqué.

–¿Tres hombres? –murmuró, y en su confusa mente aparecieron vagamente Polleau y sus hijos–. ¿Tres hombres? ¿Pero qué pueden hacer tres hombres

contra todos vosotros, que sois tan numerosos? ¿Qué pueden hacer tres hombres contra vuestros valerosos guerreros?

—No... no hay nada que nosotros... que nuestros hombres puedan hacer para defendernos. No podemos hacer nada. Antes éramos alegres, cantábamos felices, día y noche. Pero ahora, día y noche, vivimos en el temor. Quieren destruirnos. Los nuestros nos han advertido. Y no pueden ayudarnos. Esos tres son los dueños de la hoja y de la llama. Somos impotentes contra la hoja y la llama.

—¡La hoja y la llama! —repitieron como un eco los que les rodeaban—. Somos impotentes contra la hoja y la llama.

—Nos van a destruir —murmuró la mujer—. Vamos a morir todos. Como ella... Nos marchitaremos o arderemos... a menos que...

Repentinamente, enlazó con sus blancos brazos el cuello de Mac Kay. Apretó su esbelto cuerpo contra el de él. Su boca escarlata buscó los labios del hombre y se aplastó contra ellos. Una corriente de deseo, un fuego verde corrió por las venas de Mac Kay. Abrazó a la mujer, la apretó contra sí.

—¡No morirás! —gritó—. ¡No, ninguno de vosotros morirá!

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró a lo más profundo de sus ojos.

—Han jurado destruirnos. Pronto. Nos destruirán con el hacha y el fuego. Esos tres. A menos que...

—¿A menos qué? —preguntó él, fieramente.

—¡A menos que tú los mates! —gritó ella.

Mac Kay se estremeció, algo helado apagó el suave fuego verde del deseo. Sus brazos cayeron; apartó a la mujer. Durante un instante ella permaneció temblorosa ante él.

—¡Mátalos! —susurró ella, y luego desapareció.

Los fantasmagóricos árboles oscilaron; su silueta se precisó y se concretó. La verde luminiscencia se oscureció. Durante un breve instante, Mac Kay tuvo la impresión de oscilar entre dos mundos, y sintió que el vértigo lo invadía. Cerró los ojos. El vértigo se disipó. Volvió a abrir los ojos, y miró a su alrededor.

Estaba en el lindero del bosquecillo, en la parte del lago. Ninguna sombra danzaba, no quedaba el menor rastro de las jóvenes blancas y de los hombres curtidos vestidos de verde. Sus pies hollaban el verde musgo; la suave alfombra dorada salpicada de destellos azulados había desaparecido. Estaba rodeado de abetos y de abedules. A su izquierda, uno de los abetos más grandes sostenía entre sus ramas un abedul cuyas hojas empezaban ya a amarillear. Era aquel que el hijo de Polleau había derribado tan salvajemente. Durante un breve instante, Mac Kay vio, en sobreimpresión sobre las siluetas de los dos árboles, el inmaterial contorno de un hombre vestido de verde y una joven delgada agonizando.

Durante aquel instante fugaz, el hombre y el abeto, la mujer y el abedul, se confundieron. Mac Kay retrocedió, y sus manos tocaron la lisa y fresca corteza de otro abedul cercano.

El contacto de aquella corteza le recordó... ¿se estaba volviendo loco?... le recordó curiosamente el de las largas y delicadas manos de la mujer de labios escarlata. Pero no le transmitió aquel deseo desconocido, aquella brusca fiebre verde que sus manos le habían provocado. De todos modos, el contacto de la corteza le permitió recuperarse. Las siluetas del hombre y la mujer habían desaparecido. Delante suyo estaban tan solo un recio abeto contra el que se apoyaba un abedul derribado.

Mac Kay permaneció inmóvil, confundido, como alguien que acaba de despertarse bruscamente tras haber soñado. Y de pronto una ligera brisa agitó las hojas del abedul contra el cual estaba apoyado. Las hojas se agitaron como suspirando. La brisa aumentó y el murmullo se hizo más perceptible.

—¡Mátalos! —decían las hojas—. ¡Mátalos! ¡Ayúdanos! ¡Mata!

Y el murmullo era el de la mujer de labios escarlata. ¡Era la misma voz!

Una repentina cólera, violenta, irracional, se apoderó de Mac Kay. Echó a correr a través del bosquecillo, hacia el pabellón de caza donde vivían Polleau y sus hijos. Y mientras corría, el viento se hizo más furioso y los gritos de los árboles más violentos.

—¡Mata! —cuchicheaban—. ¡Mátalos! ¡Sálvanos! ¡Mata!

—¡Los mataré! —prometió Mac Kay—. ¡Os salvaré!

Jadeaba, y la sangre pulsaba en sus sienes. No sentía más que un solo deseo, agarrar entre sus dos manos el cuello de Polleau, los de sus hijos, y estrangularlos a los tres. Y verlos morir, verlos marchitarse ante sus ojos; morir como la esbelta ninfa en brazos del hombre vestido de verde.

Gritando sin darse cuenta de ello, alcanzó el lindero del bosquecillo y penetró en un campo inundado por un resplandeciente Sol. Siguió corriendo unos instantes antes de darse cuenta de que las órdenes cuchicheadas habían cesado, de que ya no percibía el exacerbado murmullo de las encolerizadas hojas. Tuvo la impresión de verse libre de un encantamiento, como si hubiera conseguido escapar de las garras de un brujo. Se detuvo, se dejó caer al suelo, y hundió su rostro en la hierba del campo.

Tendido allí, se esforzó en poner un poco de orden en sus pensamientos, en volver a hallar su cordura. ¿Qué era lo que iba a hacer? ¿Echarse como un loco sobre los habitantes del viejo pabellón para... para matarlos? ¿Y por qué? ¿Porque aquella especie de hada de labios escarlata cuyo beso sentía aún sobre su boca se lo había pedido? ¿Porque el murmullo del viento en los árboles del bosquecillo lo había vuelto loco cuchicheándole la misma orden?

¡Y por todo ello estaba dispuesto a matar a tres hombres!

¿Quiénes eran esa mujer y sus hermanas y sus galanes de verdes armaduras?
¿Una ilusión, los fantasmas surgidos de la hipnosis de las danzantes brumas que había atravesado en el lago y lo habían rodeado?

¿Había conseguido la moviente bruma posar sobre su mente sus hipnóticos dedos... y su amor a los árboles? ¿Habrían influenciado su subconsciente la llamada que durante largo tiempo había creído oír y el recuerdo de la insensata muerte del joven abedul, pintando en su mente las fantásticas escenas que creía haber visto?

Ahora, bajo la luz del Sol, el encantamiento se disipaba y su consciencia se despertaba de nuevo.

Mac Kay se levantó, sintiendo sus piernas aún temblorosas. Se giró hacia el bosquecillo. El viento había cesado, las hojas permanecían inmóviles, silenciosas. Tuvo de nuevo la impresión de ver un desfile de gentiles damiselas acompañadas de caballeros y trovadores. Pero la alegría había desaparecido. Las palabras de la mujer de labios escarlata volvieron a su memoria: la alegría se había desvanecido y había sido reemplazada por el miedo. Fuera el fantasma de un sueño, una ninfa o una dríada, tenía una parte de razón.

Un plan empezaba a tomar forma en su mente. Por mucho que intentara racionalizar lo sucedido, algo en el fondo de su corazón le afirmaba obstinadamente la realidad de su aventura. Fuera como fuese, se dijo, el bosquecillo era demasiado hermoso como para ser destruido. Seguro que debía haber soñado, pero estaba dispuesto a salvarlo aunque tan solo fuera por la belleza que contenía bajo sus verdes copas.

El viejo pabellón estaba muy cerca, a menos de cuatrocientos metros. Un sendero conducía hasta él, serpenteando entre los campos. Mac Kay lo siguió, subió los peldaños de carcomida madera y escuchó. Oyó voces. Llamó con los nudillos. La puerta se abrió, y el viejo Polleau apareció con aspecto ceñudo, mirándole desconfiado. Uno de sus hijos estaba tras él. Ninguno de los dos parecía excesivamente amistoso.

Mac Kay creyó oír al bosquecillo gemir desesperadamente a sus espaldas. Y pareció como si los dos hombres que estaban en el umbral lo hubieran oído también, ya que sus ojos se desviaron de él para contemplar los árboles, y vio una expresión de odio en sus sombríos rostros.

—¿Qué desea? —preguntó secamente Polleau padre.

—Soy uno de sus vecinos —dijo cortésmente Mac Kay—. Estoy alojado en el albergue.

—Sé quien es usted —gruñó el otro—. ¿Qué es lo que quiere?

—El aire de esta región me va muy bien —dijo Mac Kay, dominando su cólera—. Estoy pensando en quedarme aquí uno o dos años, el tiempo suficiente para rehacer mi salud. Me gustaría comprar una parte de sus tierras y construir allí una casa.

–¿Ah, sí? –dijo el viejo, con un deje de acidez–. ¿Puedo preguntarle por qué simplemente no se queda en el albergue? Allí estará bien cuidado; parece que se come muy bien.

–Necesito estar solo. No me gusta verme rodeado de gente. Quiero vivir en mis propias tierras, bajo mi propio techo.

–¿Y por qué se dirige a mí? –preguntó Polleau–. Hay muchos terrenos que podría adquirir al otro lado del lago. Allá el paisaje es más alegre que aquí. Además, ¿qué parte de mis tierras es la que le interesa?

–Aquel bosquecillo de allá abajo –dijo Mac Kay, girándose.

–Oh. Me lo imaginaba –murmuró Polleau, y cruzó con su hijo una mirada de complicidad–. Ese bosque no está en venta, señor.

–Puedo pagárselo bien. No tiene más que decir una cifra.

–No está en venta –insistió Polleau–. A ningún precio.

–Vamos –dijo Mac Kay, esforzándose en reír, aunque la firmeza de aquella negativa le estrujaba el corazón–. Tiene usted muchas hectáreas de terreno. No me diga que les tiene apego a unos cuantos árboles. Puedo pagarme mis fantasías. Le ofrezco lo que vale toda su propiedad.

–Como usted dice, por unos pocos árboles, ¿eh? –gruñó Polleau, y tras él su hijo soltó una risita cruel–. Es mucho más que esto, señor. Muchísimo más. Y usted lo sabe. Si no, ¿por qué está dispuesto a pagar un precio tan alto? Sí, usted lo sabe, puesto que sabe también que vamos a destruirlo, y usted quiere salvarlo. ¿Pero quién se lo ha contado, señor?

Había tanta maldad en la figura bruscamente inclinada hacia adelante, en la cruel sonrisa de sus lobunos dientes, que Mac Kay tuvo un movimiento instintivo de retroceso.

–¡Unos pocos árboles! –gruñó Polleau–. ¿Quién ha podido decirle lo que vamos a hacer, eh, Pierre?

Su hijo respondió con una nueva carcajada. Y aquella risa reavivó en el corazón de Mae Kay el ciego odio que había sentido mientras huía a través del murmurante bosque. Se dominó y se dispuso a irse, ya que por el momento no podía hacer nada. Pero Polleau lo retuvo.

–Espere, señor. Venga, entre. Tengo algo que decirle, y también algo que mostrarle. Y al mismo tiempo quiero preguntarle algo.

Se apartó e hizo una ruda inclinación. Mac Kay penetró en el pabellón. Polleau y su hijo le siguieron. Se encontró en el interior de una enorme sala oscura cuyo techo era sostenido por masivas vigas de renegrida madera, de las que colgaban ristras de ajos y de cebollas y jamones ahumados. Había una enorme chimenea con una gran campana al fondo, y ante ella estaba sentado el otro hijo de Polleau. Giró la cabeza cuando entraron, y Mac Kay vio que una venda cubría todo un lado de su rostro, ocultando su ojo izquierdo. Reconoció sin embargo al que había

derribado a hachazos el tembloroso abedul. Observó, con una cierta satisfacción, que el abeto no había golpeado en vano.

El viejo Polleau se acercó al joven.

–Mire, señor –murmuró, levantando el vendaje.

Mac Kay no pudo reprimir un estremecimiento de horror al ver la órbita vacía, oscura y sanguinolenta.

–¡Dios de los cielos, Polleau! –exclamó–. ¡Este muchacho necesita atención médica! Entiendo algo de medicina, permítame ir a buscar mi maletín al albergue. Me ocuparé de él.

El viejo Polleau agitó la cabeza, pero por un breve instante sus rasgos se ablandaron un poco. Volvió a colocar la venda en su lugar.

–Se curará. Nosotros también entendemos de estas cosas. Usted vio quién le hizo esto. Usted estaba mirando, desde su barca, cuando aquel maldito árbol le golpeó. Le reventó el ojo, y cuando volvimos aquí le colgaba por su mejilla. Yo mismo se lo acabé de arrancar. Ahora la herida se está curando. No necesitamos sus servicios, señor.

–No tenía que haber derribado aquel abedul –murmuró Mac Kay en voz baja, casi para sí mismo.

–¿Por qué no? –dijo Polleau padre–. ¡Aquel árbol lo odiaba!

Mac Kay lo miró fijamente, preguntándose lo que podía saber aquel viejo campesino. Las palabras que acababa de oír le convencieron aún más de que lo que había visto y oído en el bosquecillo no había sido un sueño. Y lo que añadió Polleau no hizo más que reforzar aquella convicción.

–Señor –dijo–, usted viene aquí como embajador. El bosque le ha hablado. Bien, yo también voy a hablarle. Durante cuatrocientos años los míos han vivido aquí. La Tierra es nuestra desde hace un siglo. Y durante todo ese tiempo los árboles nos han detestado, señor, tanto como nosotros los detestamos a ellos. Durante siglos, la guerra y el odio han hecho estragos entre nosotros y el bosque. Mi padre, señor, fue aplastado por un árbol; mi hermano mayor se vio convertido en un inválido a causa de otro. Mi abuelo, pese a ser leñador, se perdió en los bosques y regresó con la mente extraviada, delirando y hablando de extrañas mujeres que lo habían hechizado y lo habían atraído a los barrancos y a los estanques y a las espesuras y lo habían atormentado. Los árboles nos han combatido de generación en generación, hiriendo y matando a nuestros hombres y a nuestras mujeres.

–¡Accidentes! –exclamó Mac Kay–. ¡Esto es ridículo, Polleau! ¡No puede usted culpar a los árboles!

–En lo más profundo de su corazón usted no cree en lo que está diciendo. Es una lucha ancestral, señor. Comenzó hace siglos, cuando nosotros éramos siervos, los esclavos de los nobles. Para cocinar, para calentarnos en invierno, teníamos derecho a recoger las ramas caídas y la hojarasca para encender nuestros fuegos. Pero si derribábamos un árbol para tener algo con lo que calentarnos

nosotros y nuestras mujeres y nuestros hijos, si alguna vez nos atrevíamos a partir una rama, entonces nos colgaban, o nos arrojaban a las mazmorras para que nos pudriéramos allí, o nos azotaban hasta que nuestra espalda no era más que un amasijo de surcos sanguinolentos. Los árboles nos han sitiado –gritó el viejo, con un odio fanático–. Nos han robado nuestros campos, han retirado el pan de la boca de nuestros hijos; nos han dejado su madera muerta como una limosna; nos han tentado prometiéndonos su calor cuando nos sentíamos helados hasta los huesos. ¡Sí, señor, nos hemos muerto de frío para que ellos vivieran! ¡Nuestros hijos han muerto de hambre a fin de que sus jóvenes brotes pudieran plantar sus raíces! ¡Los árboles nos han despreciado siempre! ¡Hemos muerto para permitir que vivieran, y nosotros somos hombres, señor!

»Y luego hubo la revolución, la libertad. Oh, señor, cómo nos vengamos. Enormes hogueras crepitaban en nuestras chimeneas, ya no nos veíamos obligados a apretarnos los unos contra los otros ante un exiguo fuego de hojarasca. Allí donde había reinado el bosque había ahora campos cultivados, y nuestros hijos podían comer hasta hartarse. Los árboles se habían convertido en los esclavos, ¡y nosotros éramos los dueños! Y ellos lo sabían, los árboles lo sabían, y nos odiaban. Y nosotros les hemos devuelto su odio, hemos respondido golpe a golpe, por cada uno de nuestros muertos hemos derribado a cien de ellos. Hemos combatido con el hacha y la antorcha...

Polleau empezó a gritar, los ojos desorbitados, llameantes de rabia, el rostro en una contorsionada mueca, la baba resbalando por la comisura de sus labios, las manos crispadas sobre sus cabellos grises.

–¡Los árboles! ¡Los malditos árboles! ¡Ejércitos de árboles que nos invadían, nos asediaban, nos aplastaban! ¡Que robaban nuestros campos como antes! ¡Que edificaban a nuestro alrededor su fortaleza como antes se construían las torres de piedra! ¡Avanzando solapadamente, siempre más cerca! ¡Legiones de árboles! ¡De malditos árboles! Ejércitos malditos...

Mac Kay escuchaba, completamente aterrado. Veía ante sí un corazón devorado por el odio. Aquello era una locura. Pero no podía imaginar qué era lo que la había provocado. ¿Dónde estaban las raíces del mal? ¿Un instinto profundo, heredado de remotos antepasados que habían odiado al bosque ya que representaba el símbolo de sus dueños, antepasados cuyo odio desatado había abismado la verdeante vida sobre la que reinaban los nobles, protegiéndola, como un niño despreciado odia al favorito que goza del amor y las atenciones de sus padres? En unas mentes tan extraviadas, la caída de un árbol, el golpe brutal de una rama, pueden ser asimilados a actos deliberados; el crecimiento natural de un bosque evocar el implacable avance de un enemigo.

Y sin embargo... ¡el golpe dado por el abeto cuando cayó el abedul había sido realmente deliberado! Y además, estaban las jóvenes del bosque...

–Ten paciencia –murmuró el hijo indemne a su padre, apoyando una mano en el hombro del viejo–. Muy pronto golpearemos nosotros.

Polleau pareció calmarse un poco.

–Podremos derribar cien, mil –jadeó–. Pero volverán, a miles. Pero si uno de nosotros es derribado... ¡no regresa nunca! Ellos poseen el número, nosotros... nosotros poseemos el tiempo. No somos más que tres, pero tenemos tiempo. Nos observan cuando atravesamos el bosque, nos acechan para hacernos tropezar, para golpearnos, para aplastarnos. Pero como dice Pierre, señor, devolvemos golpe por golpe. Atacamos al bosquecillo porque allá late el corazón de todo el resto del bosque. Allí palpita su vida secreta. Nosotros lo sabemos, y usted también. Lo destruiremos. ¡Arrancaremos el corazón del bosque, que tendrá que reconocernos como sus dueños!

–¡Las mujeres! –gritó de pronto el hijo que estaba de pie–. ¡He visto a las mujeres del bosque! Hermosas jóvenes de piel luminosa que invitan, que se burlan y que desaparecen antes de que uno pueda cogerlas.

–Las hermosas jóvenes que nos espían por la noche tras las ventanas, y que se burlan de nosotros –murmuró el hijo que había perdido su ojo.

–¡Ya no se burlarán más! –gritó Polleau–. ¡Muy pronto morirán, todas ellas! ¡Todos los árboles morirán! ¡Todos!

Sujetó a Mac Kay por los hombros y lo sacudió violentamente.

–¡Vaya a decírselo! ¡Vaya a decirles que los destruiremos hoy mismo! ¡Dígales que seremos nosotros quienes reiremos y quienes nos burlaremos cuando llegue el invierno y contemplemos sus cuerpos arder en nuestra chimenea, calentándonos! ¡Vaya... vaya a decírselo!

Hizo girar a Mac Kay, lo empujó hacia la puerta, la abrió, y lo proyectó con todas sus fuerzas por los escalones. Mac Kay cayó.

Tras él oyó al mayor de los hijos echarse a reír y la puerta resonar al cerrarse. Se levantó y subió de nuevo los escalones, golpeando la puerta con los dos puños. El hijo rió de nuevo. Mac Kay aporreó la madera violentamente, maldiciendo. Los tres hombres no respondieron. Finalmente, la desesperación acabó por atenuar su cólera. Los árboles, pensó. ¿Podrían ayudarle, aconsejarle quizá?

Volvió a bajar los escalones y atravesó lentamente el campo, en dirección al bosquecillo.

Su paso se hacía más pesado, más lento, a medida que se acercaba. Había fracasado. No era más que un mensajero trayendo una sentencia de muerte. Los abedules permanecían inmóviles, sus hojas parecían colgar sin vida. Como si supieran ya que había fracasado. Se detuvo en el lindero del bosque. Miró su reloj, se sorprendió un poco al comprobar que era ya pasado el mediodía, suspiró. Al bosquecillo no le quedaban ya más que unas pocas horas de vida. Muy pronto se iniciaría la obra de destrucción.

Mac Kay cuadró los hombros y penetró entre los árboles. Un silencio singular reinaba en el bosquecillo. Y una profunda tristeza.

Sentía a su alrededor la aflicción de una vida replegada sobre sí misma para llorar. Avanzó por entre el bosque silencioso y triste hasta el lugar donde el

esbelto árbol de plateada corteza permanecía cerca del abeto que sostenía entre sus ramas al derribado abedul. Apoyó sus manos sobre la fresca corteza.

–Dejadme veros de nuevo –murmuró–. Dejadme oír. Habladme.

Nadie le respondió. Insistió, suplicó. El bosquecillo guardaba silencio. Paseó al azar por entre los árboles, murmurando, rogando. Los esbeltos abedules permanecían impasibles, mustios, dejando colgar sus hojas y sus ramas como los brazos y las manos de cautivos aguardando resignadamente ser entregados a sus vencedores. Los abetos parecían curvados como hombres desesperados sujetándose la cabeza con las manos. Su corazón gimió; compartía el dolor del bosquecillo, la inmensa tristeza de los árboles.

¿Cuándo iba a atacar Polleau?, se preguntó. Miró nuevamente su reloj. Había transcurrido una hora. ¿Cuánto tiempo iba a esperar aún Polleau? Se dejó caer sobre el musgo, la espalda adosada a un liso tronco.

En aquel mismo instante, como una respuesta, sintió estremecerse el tronco contra el cual estaba apoyado. Todo el bosquecillo parecía estremecerse; todas las hojas temblaban.

Aterrado, Mac Kay se levantó de un salto. Su razón le afirmaba que no se trataba más que del viento, y sin embargo... ¡no había viento!

Y mientras permanecía allí, petrificado, un inmenso suspiro lo rodeó, como si una brisa enlutada soplara sobre los árboles, y sin embargo... ¡no había viento!

El suspiro creció, acompañado ahora de débiles gemidos.

–¡Están llegando! ¡Están llegando! ¡Adiós, hermanas! ¡Adiós...! –Mac Kay podía oír claramente las palabras ahora.

Echó a correr hacia el viejo pabellón de caza. Y mientras avanzaba el bosque se ensombrecía, como si impalpables sombras se reunieran en él, como si inmensas alas invisibles lo recubrieran.

El temblor del bosquecillo se acentuó; las ramas se buscaron entre sí, se entrelazaron, se aferraron, y el lúgubre lamento fue haciéndose más y más fuerte:

–¡Adiós, hermanas! ¡Adiós!

Mac Kay desembocó bruscamente en el campo. Vio a Polleau y sus dos hijos acercarse. Ellos también le vieron, y se echaron a reír, blandiendo irónicamente sus relucientes hachas. Retrocedió, se agazapó para esperarles, todas sus razonables hipótesis olvidadas, sintiendo que crecía en él aquella misma rabia que, algunas horas antes, lo había empujado a matar.

Agazapado así, oyó brotar de todas las copas, no ya del bosquecillo sino también del gran bosque, un furioso clamor. Le llegaba de todos lados: rabioso, amenazador, como las voces de legiones de inmensos árboles rugiendo entre los aullidos de la tormenta.

El clamor abrumó a Mac Kay, atizó su cólera y la hizo surgir en llamas.

Si los tres hombres lo oyeron no parecieron prestarle atención.

Avanzaban tranquilamente, burlándose de Mac Kay, agitando sus hachas. Se precipitó a su encuentro.

—¡Retrocedan! —gritó—. ¡Retrocedan! ¡Váyanse, Polleau! ¡Se lo advierto!

—¡Nos lo advierte! —se burló Polleau padre—. Pierre, Jean, ¿lo oís? ¡Nos lo advierte!

El brazo del viejo campesino saltó hacia adelante, y su mano se cerró sobre el hombro de Mac Kay, apretándolo como un cepo.

De un brutal empujón, lo arrojó contra su hijo válido, que lo recibió y lo sujetó, haciéndolo girar y lanzándolo al suelo violentamente.

Mac Kay cayó de cabeza contra unos matorrales a la orilla del bosque. Se levantó precipitadamente, aullando como un lobo. El clamor del bosque se hacía más estridente.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —rugía.

El robusto muchacho había levantado su hacha. La dejó caer sobre el tronco de un abedul, partiéndolo casi de un solo golpe.

Mac Kay oyó un gemido atroz que surgía de todo el bosque. Antes de que el hacha fuera retirada del tronco, saltó hacia el leñador y le lanzó un puñetazo en pleno rostro. El hijo de Polleau maldijo, trastabilló, pero antes de que Mac Kay pudiera golpearle de nuevo lo sujetó con un abrazo de oso y apretó. Mac Kay aflojó sus músculos, como desvanecido, y el muchacho soltó su presa. Inmediatamente Mac Kay se apartó unos pasos y golpeó de nuevo, mientras daba un salto de costado para eludir aquellos fornidos brazos. Pero Polleau hijo fue más rápido y consiguió hacer presa de nuevo. Mientras apretaba otra vez, se oyó un gran crujido de madera y el abedul herido por el hacha se derrumbó. Cayó justo detrás de los dos hombres, y sus ramas parecieron tenderse para sujetar los tobillos del hijo de Polleau.

Este vaciló y cayó hacia atrás, arrastrando a Mac Kay en su caída. Golpeó tan violentamente contra el suelo que soltó su presa, y Mac Kay pudo liberarse de nuevo. Estuvo inmediatamente en pie, pero el muchacho, tan rápido como él, se lanzó otra vez al ataque. Por dos veces los puños de Mac Kay le golpearon en el corazón antes de que los largos brazos lo atraparan de nuevo.

Pero ya no eran tan fuertes como antes; Mac Kay tenía ahora la certeza de que estaban en igualdad de condiciones.

Lucharon enlazados, y cayeron, y rodaron sobre sí mismos, brazos y piernas enlazados, intentando ambos desesperadamente liberar una mano para sujetar la garganta de su adversario. Polleau padre y su otro hijo, el tuerto, corrían en torno a ellos, gritando sus ánimos a Pierre, pero sin atreverse a golpear a Mac Kay por temor a alcanzar al muchacho.

Y durante todo aquel tiempo Mac Kay oía aullar a todo el bosque. El dolor había desaparecido, la triste resignación se había esfumado. Ahora el bosque vivía y

rabiaba. Vio los árboles agitarse e inclinarse como si los torciera un huracán. Vagamente, se dio cuenta de que los tres hombres no habían visto ni oído nada; vagamente también, se preguntó el porqué.

—¡Mátalo! —gritaba el bosquecillo, sin poder cubrir el inmenso rugido del gran bosque más allá.

—¡Mátalo, mátalo! —clamaba el gran bosque.

Sintió más que vio dos siluetas indistintas, las sombras de unos hombres curtidos revestidos con mallas verdes, que se inclinaban sobre él mientras rodaba y se debatía.

—¡Mátalo! —susurraron—. ¡Haz brotar su sangre! ¡Mátalo! ¡Haz brotar su sangre!

Consiguió arrancar una de sus manos de la presa del hijo de Polleau. Inmediatamente sintió en su palma la empuñadura de un cuchillo.

—¡Mátalo! —susurraron los hombres oscuros.

—¡Mátalo! —gimió el bosquecillo.

—¡Mátalo! —retumbó el gran bosque.

El brazo libre de Mac Kay se elevó y cayó, hundiendo la hoja en la garganta del hijo de Polleau. Captó un gemido ahogado, oyó a Polleau gritar, notó en su rostro y en su mano un chorro de sangre caliente, sintió su olor acre y salado. Los brazos que lo sujetaban cayeron; se levantó.

Como si la sangre hubiera desencadenado algún encantamiento, los hombres oscuros surgieron de la inmaterialidad y cobraron substancia. Uno de ellos se arrojó sobre el hombre al que Mac Kay había degollado, el otro se echó sobre Polleau padre. El hijo tuerto giró sobre sus talones y huyó aullando de terror. Una joven blanca surgió de las sombras y se abatió a sus pies, sujetó sus tobillos y le hizo caer. Otra muchacha apareció, y luego otra, y todas se arrojaron sobre él. Sus gritos de terror se convirtieron en aullidos de dolor, y luego cesaron bruscamente.

Ahora Mac Kay ya no podía ver a ninguno de los tres hombres, ni a Polleau ni a sus dos hijos, ya que los hombres verdes y las mujeres blancas los cubrían por completo.

Petrificado, contempló sus enrojecidas manos. El rugir del gran bosque se había convertido en un canto triunfal. El bosquecillo estaba loco de alegría. Los árboles se convertían en ligeros fantasmas apenas perceptibles en la atmósfera opalina, al igual que antes, cuando Mac Kay se había visto envuelto por primera vez en aquella verde magia. Y a su alrededor giraban y danzaban las esbeltas mujeres del bosque, con su resplandeciente blancura.

Lo rodearon, cantando con sus suaves voces de pájaro. Percibió, más allá del alegre coro, a la mujer de la columna de bruma cuyos besos habían hecho correr un fuego verde por sus venas.

Le tendió los brazos, con sus separados ojos reflejando éxtasis, su lechoso cuerpo reluciendo como un claro de Luna, sus entreabiertos labios rojos sonriéndole, como un cáliz escarlata lleno con la promesa de inefables dichas. El coro se rompió, las danzarinas se apartaron para dejarla pasar.

Bruscamente, un sentimiento de horror invadió a Mac Kay.

Pero no era aquella esplendorosa mujer ni sus hermanas quienes lo aterraban, sino él mismo.

¡Había matado! Y la herida que la guerra había abierto en su alma, la herida que creía ya curada, acababa de abrirse de nuevo.

Se precipitó contra el círculo roto, apartó a la deslumbrante mujer con sus manos ensangrentadas, y corrió sollozando hacia el lago. Los cantos cesaron. Oyó algunos gritos tiernos, suplicantes, casi lamentos; voces suaves que intentaban retenerlo. Oyó el sonido de precipitados pasos tras él, pasos ligeros como las hojas de otoño cayendo sobre el musgo.

Mac Kay corrió desesperadamente. Los árboles se espaciaron, la orilla estaba ante él. Oyó a la más hermosa de las jóvenes llamarle, sintió su mano sobre su hombro. Intentó ignorarla. Atravesó la estrecha playa en dos saltos, empujó la barca al agua y se arrojó de bruces en su interior.

Durante un momento interminable permaneció tendido en ella, agitado por los sollozos; luego se sentó y tomó los remos. Se giró hacia la orilla, de la que se había separado una docena de metros.

La mujer permanecía en el lindero del bosquecillo, contemplándole con sus grandes ojos sabios llenos de piedad. Tras ella se apretujaban los rostros blancos de sus hermanas, las sombrías, figuras de los hombres vestidos de verde.

—¡Vuelve! —murmuró la mujer, tendiendo sus delicados brazos.

Mac Kay vaciló. Su horror se desvanecía ante aquella suave mirada compasiva. Inició una media vuelta. Su mirada se posó entonces en sus manos ensangrentadas, y el pánico volvió. No tenía más que una idea, huir de allí. Huir de aquel lugar donde yacía el hijo de Polleau, con la garganta abierta, poner el lago entre aquel cadáver y él.

Con la cabeza inclinada, Mac Kay se curvó sobre los remos y remó con todas sus fuerzas. Cuando volvió a levantar la vista, una cortina de bruma le ocultaba la otra orilla, le ocultaba el bosquecillo, de donde ya no llegaba ningún ruido. Miró hacia atrás, hacia el albergue. La bruma flotaba también por aquel lado, ocultándolo.

Mac Kay se sintió aliviado de verse oculto así de los vivos y de los muertos por aquellos velos vaporosos. Agotado, se dejó caer al fondo de la barca. Al cabo de un momento se inclinó sobre la borda y, temblando, se lavó la sangre de las manos. Frotó la mancha de los remos, allá donde sus manos habían dejado una huella roja. Arrancó el cuello de su chaqueta, lo mojó en el lago y se lavó el rostro. Luego ató sólidamente la manchada chaqueta con el cuello alrededor de la piedra que hacía las veces de ancla y lo arrojó todo al fondo del lago. Había también un poco de sangre en su camisa, pero no podía quitársela.

Durante un momento remó al azar, hallando en aquel ejercicio un consuelo a la enfermedad de su alma. Su abotagada mente empezó a funcionar de nuevo; analizó su situación, buscó un medio de afrontar el futuro, de salvarse.

¿Qué era lo que debía hacer? ¿Confesar que había matado a Polleau hijo? ¿Qué móvil podía invocar? ¿Qué razón podía dar a su acto sino que el hombre iba a derribar unos cuantos árboles, unos árboles que pertenecían a su padre y con los que tenía derecho a hacer lo que quisiera?

Si hablaba de la mujer del bosque, de las muchachas del bosque, de las sombras de sus verdes caballeros ayudándole... ¿quién iba a creerle?

Le tomarían por loco. Le considerarían completamente loco, como empezaba a pensar él mismo.

No, nadie le creería. ¡Nadie! Y además, su confesión tampoco devolvería la vida al hombre al que había matado. No, no confesaría nada.

Pero... Otro pensamiento acudió a su mente. ¿Y si era... acusado? ¿Qué les había ocurrido exactamente al viejo Polleau y a su otro hijo? Mac Kay había supuesto de la forma más natural del mundo que estaban muertos, muertos bajo el montón de aquellos cuerpos blancos y oscuros. Pero, ¿habían muerto realmente?

Mientras se había sentido hechizado por aquella magia verde no lo había dudado, ya que... ¿por qué otro motivo hubiera estallado de alegría el bosquecillo, por qué el gran bosque hubiera lanzado su canto triunfal?

¿Estaban realmente muertos, Polleau y su hijo tuerto? Recordó claramente que ellos no habían oído como él, visto como él.

Para ellos, Mac Kay y su adversario no habían sido más que dos hombres luchando en el interior de un bosque; solo esto... hasta el final. ¿El final? ¿Tampoco habían visto nada entonces?

No, el único hecho real era que había degollado a uno de los hijos de Polleau. Aquella era la única verdad incuestionable. Acababa de lavar de sus manos y de su rostro la sangre de aquel hombre.

Todo lo demás no era indudablemente más que un espejismo, pero una cosa era cierta: ¡él había matado a aquel muchacho!

¿Remordimientos? Había creído sentirlos. Ahora sabía que no lamentaba nada; en él no había ni la sombra de un remordimiento.

Era el pánico lo que le había electrizado, el pánico lo que le había hecho huir, la reacción tras la batalla, los ecos de la guerra. Lo que había hecho, aquella... ejecución, era justificada. ¿Con qué derecho pretendían aquellos hombres destruir el bosquecillo, exterminar su belleza?

Ningún remordimiento. ¡Se sentía feliz de haber matado!

En aquel momento, Mac Kay no hubiera dudado en hacer girar su barca y forzar los remos para ir a beber el cáliz carmesí de los labios de la mujer del bosque.

Pero la bruma se espesaba. Se dio cuenta de que estaba muy cerca del embarcadero del albergue.

No había nadie a la vista. Era el momento de borrar de su camisa aquellas manchas acusadoras. Luego...

Rápidamente abordó el muelle, amarró la barca, y subió a su habitación sin ser visto. Se encerró en ella y empezó a desvestirse.

Pero el sueño le invadió golpeándole como una ola y, casi inconsciente, se arrojó a la cama.

Lo despertó un golpe en la puerta. La voz del dueño del albergue le anunció que la cena estaba servida. Murmuró una respuesta y, mientras los pasos del viejo se alejaban, se levantó. Su mirada se posó en su camisa, y en las manchas, ahora de un color rojo óxido. Perplejo, las examinó durante unos instantes hasta que los recuerdos volvieron a él.

Fue a la ventana. La tarde declinaba. Hacía viento y los árboles cantaban, con todas sus hojas danzando; el bosque murmuraba su regocijo. El miedo había desaparecido, las secretas preocupaciones se habían ido. El bosque estaba tranquilo, feliz.

Buscó el bosquecillo en el crepúsculo. Sus damiselas danzaban suavemente en la brisa, inclinando sus tocados de hojas, levantando el borde de sus vestidos de hojas. A su lado danzaban sus verdes caballeros, agitando despreocupadamente sus brazos de oscuras agujas. El bosquecillo estaba alegre también, tan alegre como el día en que su belleza lo había atraído por primera vez.

Mac Kay se desvistió, ocultó la manchada camisa en su maleta, se lavó y se vistió con ropas limpias, y bajó a cenar. Comió con buen apetito. De tanto en tanto, se sorprendía vagamente de no sentir ningún pesar, ninguna pena por el hombre al que había matado. Estaba cerca de pensar que lo había soñado todo, tal era su indiferencia al respecto. Incluso había dejado de preocuparse por la posibilidad de ser descubierto y acusado.

Su alma estaba tranquila; oía al bosque cantarle que no tenía nada que temer; y cuando fue a sentarse un momento en su balcón, aquella noche, se sintió invadido por una gran paz. El murmullo del bosque lo acunó, y durmió con un sueño sin pesadillas.

A la mañana siguiente, Mac Kay no salió del albergue. El bosquecillo danzaba alegremente y le hacía señales, pero resistió a sus llamadas. Algo le susurraba que aguardara, que dejara que la extensión del lago quedara entre el bosque y él hasta que no supiera lo que yacía exactamente allí. Y la sensación de paz no le abandonaba.

Sólo el dueño del albergue pareció preocupado, al transcurrir el día. Bajó varias veces al embarcadero, intentando ver la otra orilla.

–Es extraño –le dijo finalmente a Mac Kay, cuando el Sol se ocultaba ya tras las montañas–. Polleau debía venir a verme hoy. Siempre ha sido un hombre de palabra. Y si no hubiera podido venir me habría enviado a alguno de sus hijos.

Mac Kay se mostró indiferente.

–Y hay otra cosa que no acabo de comprender –prosiguió el viejo–. No he visto humo surgir del pabellón durante todo el día. Es como si se hubieran ido.

–¿Dónde pueden haber ido? –preguntó Mac Kay con voz indiferente.

–No lo sé. Y eso me inquieta, señor. El viejo Polleau no es muy simpático, es cierto, pero es mi vecino. Quizá hayan sufrido un accidente...

–Supongo que, si les hubiera ocurrido algo, se lo hubieran hecho saber.

–Quizá, pero... Si no vienen mañana y no veo humo, iré a ver qué pasa.

Mac Kay sintió que algo estrujaba ligeramente su corazón...

A la mañana siguiente sabría con certeza lo que había ocurrido realmente en el bosquecillo.

–Creo que es lo más prudente –dijo–. No hay que esperar mucho. Al fin y al cabo... pueden ocurrir muchos accidentes.

–¿Vendrá conmigo, señor? –preguntó el dueño del albergue.

¡No!, susurró una vocecita en el interior de Mac Kay. ¡No, no vayas!

–Lo siento –dijo–, pero tengo trabajo. De todos modos, si me necesita para algo, no dude en enviar a por mí.

Aquella noche también durmió sin pesadillas, blandamente acunado por los tiernos murmullos del bosque.

La mañana siguiente transcurrió sin que pudiera ver ningún signo de vida en la orilla opuesta. A la una de la tarde, Mac Kay vio al viejo dueño del albergue y su criado subir a la barca para atravesar el lago. Sus temores regresaron repentinamente, su serenidad se vio destruida. Febrilmente, tomó sus prismáticos y los enfocó en la barca, siguiendo a los dos hombres hasta que llegaron a tierra y ascendieron hacia el bosquecillo. Su corazón latía dolorosamente, sentía sus manos húmedas y sus labios secos. Examinó la orilla, preguntándose lo que podían estar haciendo entre los árboles. ¡Debían llevar ya al menos una hora allí! ¿Qué era lo que habían hallado? Miró su reloj y reprimió un sobresalto. Apenas había transcurrido un cuarto de hora.

Los segundos fueron pasando lentamente. Fue casi una hora más tarde cuando los vio salir del bosquecillo y empujar la barca al agua. Con la garganta seca y las sienas pulsando, se esforzó en tranquilizarse y descendió lentamente hacia el embarcadero.

–¿Alguna novedad? –preguntó cuando la barca se acercó.

Los dos hombres no respondieron, pero cuando la embarcación entró en contacto con el embarcadero levantaron la vista hacia él y Mac Kay pudo ver en sus ojos una expresión a la vez perpleja y horrorizada.

–Están muertos, señor –murmuró finalmente el dueño del albergue–. Polleau y sus dos hijos. ¡Los tres muertos!

Mac Kay sintió que su cuerpo se envaraba de una forma terrible y el vértigo lo invadía.

–¡Muertos! –murmuró. –¿Qué les ha ocurrido?

–Los árboles –dijo el viejo, y Mac Kay tuvo la impresión de que le miraba de una forma extraña–. Los árboles, por supuesto. Ellos los han matado, señor. Hemos subido por el pequeño sendero que conduce hasta el bosquecillo, y al otro extremo hemos visto que estaba bloqueado por unos árboles derribados. Había moscas zumbando en torno a esos árboles, señor, así que hemos mirado debajo. Allí estaban los tres, Polleau y sus dos hijos. Un abeto había caído sobre Polleau y le había hundido el pecho. Hallamos a uno de sus hijos debajo de varios abedules y un abeto. Los árboles le habían partido la espina dorsal y arrancado un ojo, pero eso, el ojo, parecía una herida más antigua...

–Debe haber sido un golpe de viento –aventuró el criado–. Aunque aquí nunca hemos tenido ningún viento capaz de arrancar los árboles de esa manera. Y no había ningún otro árbol derribado, aparte los que estaban caídos sobre ellos tres. ¡Y le juro, señor, parecía como si hubieran saltado del suelo! Como si les hubieran saltado encima. O como si unos gigantes los hubieran arrancado de raíz para utilizarlos como mazas. No estaban rotos: podían verse todas sus raíces...

–Pero... ¿y el otro hijo? Polleau tenía dos hijos –dijo Mac Kay, sin conseguir dominar el temblor en su voz.

–Pierre –dijo el dueño del albergue, y Mac Kay tuvo de nuevo la impresión de que el hombre le miraba de una forma extraña–. Estaba tendido bajo un enorme abeto. Había sido degollado.

–¡Degollado! –murmuró Mac Kay.

¡Su cuchillo! ¡El cuchillo que habían deslizado en su mano aquellas formas indistintas!

–Su garganta estaba destrozada –dijo el dueño del albergue–. Y en la herida todavía había un trozo de la rama rota que la había producido. Una rama rota, señor, puntiaguda, afilada como un cuchillo. Debió golpear a Pierre en el momento en que el abeto se derrumbaba, y clavarse en su cuello... rompiéndose.

Aturdido por el estupor, con los pensamientos girando locamente en su cabeza, Mac Kay murmuró con voz pálida:

–¿Dice usted... una rama rota?

–Exactamente, señor –asintió el dueño del albergue, mirándole directamente a los ojos–, Queda muy claro lo que debió pasar... Jacques –dijo, dirigiéndose a su criado–, sube a la casa. Ya no te necesito por ahora.

Siguió con la vista al hombre que se alejaba; luego, bajando la voz, le murmuró a Mac Kay:

–No es tan sencillo como parece, señor. Ya que en la mano de Pierre he encontrado... esto.

Se metió una mano en el bolsillo y extrajo un botón del que colgaba un pedazo de tela. El botón y el tejido habían pertenecido a la chaqueta ensangrentada que Mac Kay había arrojado al fondo del lago; ¡debían haber sido arrancados en el transcurso de la lucha por el hijo de Polleau!

Mac Kay quiso hablar, pero el viejo levantó la mano y la giró, con la palma hacia abajo. El botón y el trozo de tela cayeron al agua, y una pequeña ola se los llevó. Los dos hombres contemplaron flotar al botón, sin decir una palabra, hasta que finalmente desapareció.

–No me diga nada, señor –murmuró el dueño del albergue–. Polleau era un hombre duro, y sus chicos también lo eran. Los árboles les odiaban. Los árboles los han matado, Y ahora los árboles son felices. Eso es todo. En cuanto a... al recuerdo, ha desaparecido, He olvidado que lo encontré. Lo único que creo es que usted también debería desaparecer.

Aquella noche, Mac Kay hizo las maletas. Cuando amaneció estaba en su ventana, contemplando el bosquecillo. Se estaba despertando allá al otro lado del lago, parecía desperezarse con la gracia de las jóvenes doncellas aún medio dormidas. Saboreó su belleza por última vez, y le dirigió un ademán de adiós.

Desayunó con apetito. Se instaló al volante de su automóvil, puso el motor en marcha. El viejo dueño del albergue y su mujer acudieron a desearle buen viaje. Estaban llenos de afectuosa solicitud, pero en la mirada del viejo había algo parecido a la perplejidad, y un cierto respetuoso temor.

La carretera atravesaba el umbrío y denso gran bosque. Muy pronto el albergue y el lago desaparecieron, lejos a sus espaldas.

Mac Kay conducía canturreando, acompañado por el suave rumor de las hojas y por el ligero canto de las estremecidas agujas de pino, la voz del bosque, tierna, amistosa, acariciante; el bosque, en un regalo de despedida, le hacía donación de su paz, de su felicidad, de su fuerza.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>